

Corona de Estrellas 3

de

La Piedra Ardiente



Kate Elliott

Lectulandia

El rey Henry ha unificado los reinos de Wender y Varre, pero continúan las contiendas. Sabella, la hermanastra de Henry, fomenta la rebelión contra él en Varre, que está siendo invadido por los inhumanos Eika desde el Norte. Henry no ha decidido cuál de sus tres hijos será su heredero, aunque los rumores apuntan a que Sanglant, su inmortal descendiente bastardo, es el favorito. Liath, enamorada de Sanglant, busca un portal al país de los Aoi, donde nació la madre de este, para investigar la desaparición de este pueblo mágico.

Sus vidas y su amor correrán peligro, forzados por las fuertes exigencias de la política, el conocimiento prohibido y la familia.

Lectulandia

Kate Elliott

La piedra ardiente

Corona de estrellas-3

ePub r1.0

Titivillus 17.11.17

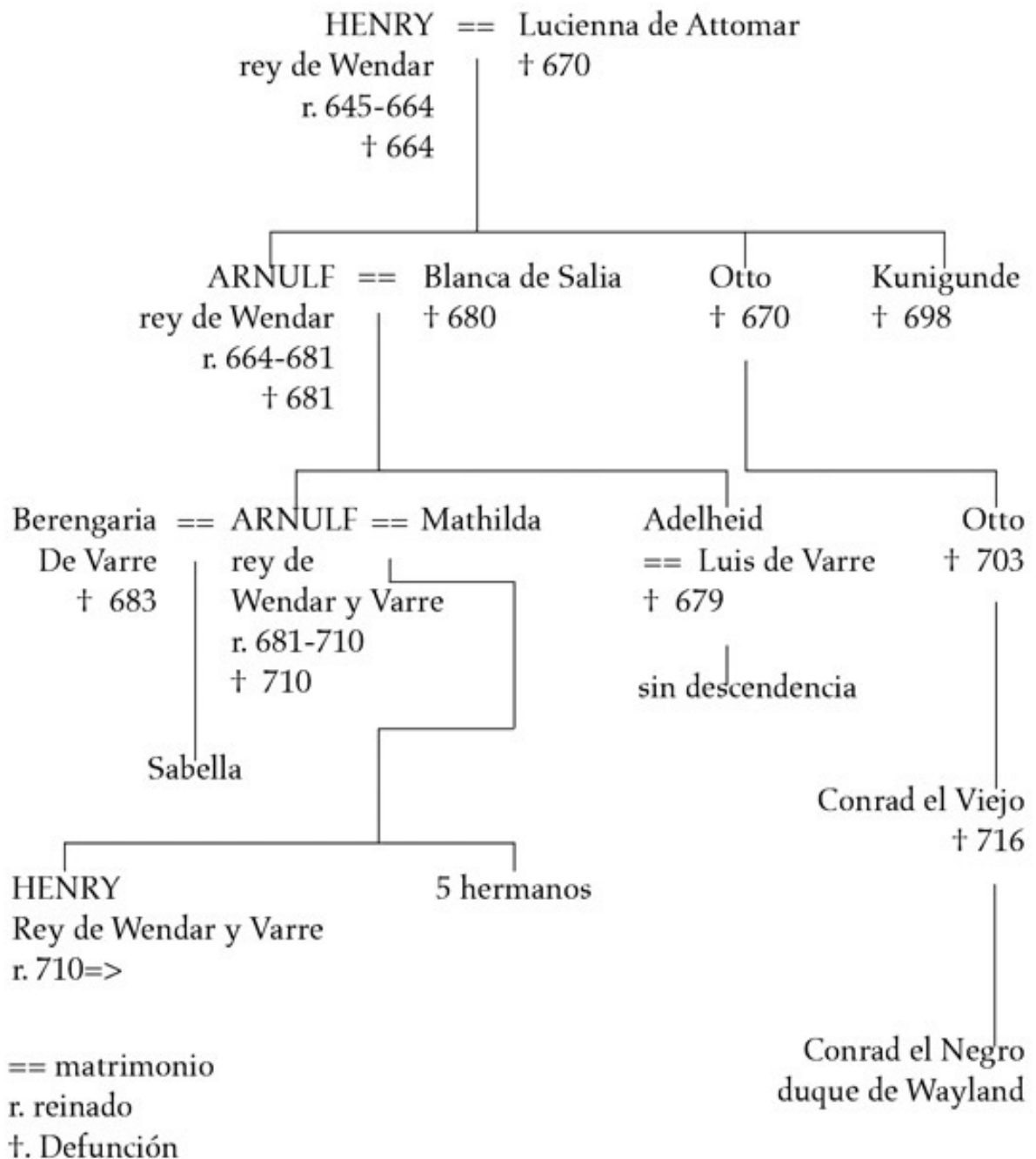
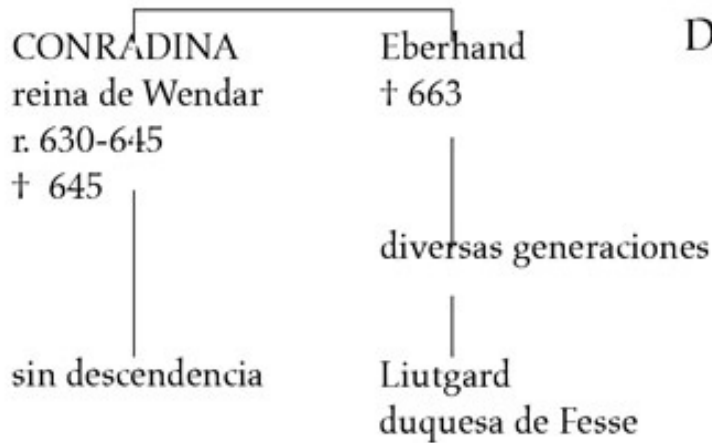
Título original: *The Burning Stone*
Kate Elliott, 1999
Traducción: Leticia Fidalgo González
Diseño de cubierta: Jody A. Lee

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



RECIENTES SOBERANOS DE WENDAR Y VARRE



PRÓLOGO

Había corrido hasta ese punto sin que lo alcanzaran, pero sabía que el señor quman aún lo seguía. Un estremecimiento convulsivo lo sacudió al acurrucarse junto a la maleza arremolinada junto a un arroyo. Aún tenía la ropa húmeda. El día anterior se había escapado nadando por un río, pero no se había rendido. El príncipe Bulkezu nunca permitiría que un esclavo huyera tras burlarse de él en público.

Al final se calmó lo suficiente como para escuchar el agua fluir despacio y el viento susurrar entre las hojas. Al otro lado del arroyo, un par de tordos, rellenitos y enérgicos, con el pecho moteado, aparecieron ante sus ojos. Dios, se moría de hambre.

Los pájaros se alejaron aleteando como si, en vez de insectos, hubieran atrapado sus pensamientos. Metió la mano en el agua y bebió un sorbo. A continuación, seducido por el frío, sacó agua con las manos para beber, hasta que le dolió la piel. Junto a la rodilla, una alfombra de hojas secas formaba un montículo. Las revolvió y con la economía de la mucha práctica recogió un puñado de larvas y se las metió en la boca. Notó que se movían durante un instante, pero había aprendido a tragar rápido.

Tosió, pero aguantó las ganas de vomitar. Era un salvaje por hacer eso. ¿Pero qué otra opción le habían dejado los quman? Se habían burlado de él por sus predicaciones y, además, le habían quitado su libro y su libertad. Se habían burlado de él por las ropas, por la cara bien afeitada y por su digna defensa de la Señora y el Señor del Círculo de la Unidad entre hombres y mujeres. Además, lo trataron, igual que a sus esclavas o como a cualquier hombre que consideren funda en vez de espada, con tanta indignidad que se estremecía con solo recordarlo. Se habían portado aún peor, muchísimo peor, y se reían mientras tanto. Para ellos había sido una diversión convertirlo en mujer, un acto visto como el segundo peor insulto que se puede dedicar a un hombre. ¡Ay, Dios! No había sido el insulto, sino el dolor y la infección lo que casi le causa la muerte.

Sin embargo, todo eso ya había acabado. Había escapado antes de que le cortaran la lengua, que en realidad le importaba más que lo otro.

El agua formaba remolinos en la orilla. El grito cortante de un halcón lo hizo volver a la marcha. Ya había descansado lo suficiente. Se apartó de los matorrales con cuidado, vadeó el arroyo y cayó en el rítmico trote con el que solía cubrir el terreno. Estaba muy cansado, pero al oeste se encontraba la tierra de la que había salido con orgullo tantos años atrás que había dejado de contarlos: cinco, siete o nueve. Quería regresar allí o morir. No sería esclavo de los quman nunca más.

Llegó el anochecer. La luna creciente le ofreció suficiente luz para ver mientras avanzaba como una sombra entre las sombras de la llanura incolora. Las estrellas giraban en el firmamento; él seguía su trayecto hacia occidente, con la Estrella Polar a la derecha.

Más tarde, le llamó la atención una chispa de luz vacilante en el sombrío horizonte. Maldijo entre dientes. ¿La patrulla lo había alcanzado y adelantado y

esperaba como la araña aguarda a que la mosca caiga en su red? No era digno de Bulkezu, que era honesto a la manera de su pueblo, si es que aquello se podía llamar honestidad, pero que también se ponía como una fiera cuando aparecían los problemas: no tenía delicadeza alguna. Siempre le había bastado con la fuerza y la destreza.

No, se trataba de otra persona, o de otra cosa.

La rodeó, con sigilo, hasta que, con la luz gris de antes del amanecer, pudo ver, desde lo alto de una cuesta, las descomunales formas de unas rocas altas, solas en la llanura como si en algún momento un gigante hubiera dado una gran zancada y las hubiera dejado allí sin ningún orden, como una bagatela olvidada. Su pueblo llamaba «coronas» a esos círculos de rocas; chispeaba fuego en medio. Entonces se dio cuenta de que no era un campamento quman: eran tan supersticiosos que no osarían aventurarse en un lugar tan mágico.

Se acercó arrastrándose sobre manos y rodillas. La hierba le pinchaba las manos. La luna se mostraba como la primera y suave estela extendida por el horizonte, al este. El fuego brillaba cada vez más hasta el punto de que le quemaba los ojos. Cuando se aproximó a la roca más cercana, se escondió tras ella y apenas se asomó.

Aquel fuerte resplandor no era una fogata.

En medio del anillo de rocas surgía una roca más pequeña, ni más alta ni más ancha que un hombre. Y ardía.

Las rocas no pueden arder.

Pensativamente, tocó el Círculo de Unidad de madera que todavía llevaba encima. Hubiera rezado, pero los quman le habían quitado la fe, además de otras muchas cosas.

Detrás de la roca de fuego, había una mujer agachada. Tenía las curvas de alguien que no se priva de comer y el pulcro poder de un depredador rápido y musculoso. El pelo era del mismo color que los bordes de la llama, que proyectaba una red de fuego en el vacío. Su piel también desprendía un resplandor dorado y bronce, un lustre de fuego, y llevaba unos collares que brillaban y chispeaban a la luz de aquella hoguera sobrenatural.

Fuego de brujas.

Se contoneaba, se balanceaba de un pie a otro mientras cantaba en voz baja.

La roca llameaba con tanta intensidad que se le humedecieron los ojos, pero no dejó de mirar. A través de la roca de fuego «vio» como a través de una puerta. Vio otro país. Lo «escuchó». Era un lugar más sombrío de lo habitual, tan tenue como el mundo de los espíritus del que su anciana abuela le había contado historias, pero con el súbito reflejo del color, de plumas vistosas, de conchas blancas, de un sendero de tierra color pardo, de un silbido agudo como el de un pájaro.

La visión se disipó y la roca se apagó como si la hubiera sofocado una capa de tierra lanzada sobre ella.

Ambos, la roca y el fuego, acabaron por irse del todo.

Poco después, la mecha y la lengua de fuego volvieron a la vida. La mujer alimentó una hoguera normal con estiércol seco y ramitas. En cuanto el fuego se avivó con brío, hizo un chasquido con la lengua, se levantó y se volvió para ponerse frente a él.

¡Ay, Señor! Llevaba unas sandalias de cuero, atadas con unas tiras que también le envolvían las pantorrillas; una falda de cuero cortada en jirones hasta la rodilla; y, nada más, a no ser que los abundantes collares contaran como ropa. De oro y con cuentas, cubrían bastante como para taparle casi todo el pecho, hasta que se movió. Efectivamente, una bruja.

No parecía humana. Con la mano derecha sostenía una lanza con obsidiana en la punta.

—Ven —dijo en lengua wendiana.

Hacía tanto tiempo que no oía el idioma de su propio pueblo que al principio no le entendió.

—Ven —le repitió—. ¿Entiendes esta lengua? —dijo, volviendo a intentarlo, con una expresión que él no comprendió.

Al ponerse en pie, le dolieron las rodillas. Se arrastró hacia delante despacio, preparado para salir corriendo, pero ella solo observaba. Una raya doble de pintura roja, como el tatuaje de un salvaje, surgía en el dorso de su mano izquierda y se deslizaba por la curva del codo hacia el hombro. No llevaba un sombrero de fieltro y curvado, como hacían las mujeres quman, ni tampoco tenía el cabello cubierto con un chal, como acostumbraban a hacer las mujeres wendianas. Solo tenía el pelo recogido con cintas de cuero decoradas con cuentas. Una única y radiante pluma surgía por detrás, medio escondida. Tenía un resplandor verde tan puro y asombroso que parecía hecha con esquiras de esmeraldas.

—Acércate —le repitió en wendiano—. ¿Qué eres?

—Soy un hombre —respondió con voz quebrada. Se preguntó con amargura si en ese momento se podría definir como tal.

—Eres de la familia de los wendianos.

—Soy de la familia de los wendianos. —Le impactó darse cuenta de lo difícil que le resultaba expresarse en voz alta en la lengua que los quman le habían prohibido hablar—. Me llamo... —Se detuvo. «Perro», «gusano», «esclava» y «pedazo de mierda» eran los nombres que le habían dado los quman, sin que hubiera mucha diferencia de significado entre los cuatro. Pero había escapado—. En una época me llamaban Zacharias, hijo de Elseva y Volsianus.

—¿Cómo te han de llamar ahora?

Parpadeó.

—Mi nombre no ha cambiado.

—Todos los nombres cambian, como todo, pero he observado que el género humano suele estar ciego ante esa verdad.

Al este, el borde del sol rasgaba el horizonte, por lo que tuvo que cubrirse los

ojos.

—¿Vos que sois? —susurró él.

Con el amanecer se había levantado viento.

Aunque no era viento. Se oía algo parecido al zumbido de unas alas. Ese silbido lo dejó sin respiración. Intentó emitir algún sonido, para alertarla, pero el grito quedó atrapado en la garganta. Lo observó, sin parpadear. Estaba sola, casi desarmada, con una lanza como única protección. Él conocía el desprecio con el que los quman trataban a las mujeres que no pertenecían a sus familias.

—¡Corred! —gritó con voz ronca para que le entendiera.

Dio la vuelta, se lanzó contra la roca y se quedó allí, atónito. La roca más sobresaliente le impedía ver. Todavía podría escapar, aunque ¿no era demasiado, tarde después de haber oído las alas agitarse y zumbar? Igual que los grifos que acechaban los verdes pastos, los guerreros quman atrapaban a sus presas con enorme rapidez y sin previo aviso, a excepción de ese zumbido incorpóreo que vibraba en el aire. El sonido de su paso.

Había aprendido a contar cuántos eran por el ruido: por lo menos eran una docena, y no más de veinte. Por encima de los demás ruidos, se oía el suave repiqueteo del hierro de las alas de grifos de verdad.

Empezó a llorar de miedo, desconsolado. Los quman hubieran dicho: «como una mujer»; su pueblo hubiera dicho: «como un cobarde y un infiel», enfermo de debilidad. Estaba muy cansado y era débil. Si hubiera sido fuerte, habría aceptado el martirio para mayor gloria de Dios, pero estaba demasiado asustado. Había elegido la debilidad y la vida y, por eso, ellos habían renegado de él.

Ella se volvió para mirar hacia el este por la puerta formada por las rocas en pie y un dintel. A él le impresionaba tanto su falta de miedo que se dio la vuelta, y miró.

Al cabalgar, las alas desprendían luz tras ellos y el runrún de las plumas ahogaba incluso el retumbar de los cascos de los caballos. Ondeaban, giraban, zumbaban y vibraban. En otro tiempo, había creído que eran alas reales, pero ya sabía la verdad: eran plumas atadas con un cable a unos armazones de madera remachados al cuerpo de los abrigos de las armaduras, que tenían unas escamas relucientes: unas tiras de metal cosidas en abrigos de cuero rígido. En un estandarte sujeto a una lanza, portaban el símbolo del clan de los pechanek: la garra de una zarpa de un leopardo de las nieves. Los quman tenían muchas tribus. A esta él la conocía muy bien, a su pesar.

En primera línea cabalgaba un jinete cuyas alas brillaban por las duras plumas de hierro de un grifo. Igual que los demás, llevaba una visera de metal forjada con cierto parecido a una cara, sin expresión e intimidatoria, aunque Zacharias no necesitaba ver su rostro para saber quién era.

Bulkezu.

El nombre le sacudió el pecho como si se tratara de un golpe mortal.

Un grupo de quince jinetes se acercó al anillo de rocas, más despacio y aplacando el zumbido de las alas. A una distancia prudencial, inspeccionaron el círculo de rocas

y se repartieron para examinar el perímetro y evaluar las puertas de piedra, la forma del suelo y la fuerza de sus defensas. En un principio, los caballos respingaron, porque les asustaron las enormes rocas o las sombras de la noche que aún se extendían por el interior del anillo, pero, imitando el valor de sus señores, se calmaron y se acercaron todos a la vez.

La mujer se preparó en la puerta oriental con la lanza en mano. No había mostrado ningún miedo durante la espera. Los jinetes hablaron entre ellos. Un viento que Zacharias no pudo sentir en la piel alejó sus palabras. Eran audibles, pero distantes, por lo que no pudo entender qué se gritaban, como si el sonido atravesara el agua.

De repente, los zumbidos comenzaron de nuevo, cuando los jinetes se lanzaron al galope y atacaron: unos por la izquierda, otros por la derecha, algunos desde el otro lado del círculo. Las alas zumbaban y los cascos de los caballos resonaban. En realidad, se acercaban en silencio si, no fuera por los chirridos y el golpear de las armaduras contra las monturas de madera.

El brillante sol del amanecer cegaba la vista de Zacharias, pero pudo ver a Bulkezu: las alas de hierro, la cara de hierro y las relucientes tiras de la armadura de hierro. Las dos plumas a cada lado del casco mostraban un blanco y marrón deslumbrantes. Las plumas de grifo de las alas de madera curvilíneas atadas a la espalda brillaban por el destello de un hierro mortal. En el lugar en el que el suelo se nivelaba, justo tras la puerta oriental, se dirigió al galope hacia la mujer que los aguardaba, con la lanza bajada.

Zacharias suspiró, pero sin reaccionar. Ya sabía que era un cobarde y un debilucho. No podía presentarse abiertamente ante un hombre que primero se había mofado de él, que luego lo había violado y que después había blandido un cuchillo.

No era capaz de presentarse abiertamente, pero observaba petrificado al principio, y luego, con un sentimiento de viva tristeza hacia la mujer que aguardaba sin temor alguno. Estiró los dedos con un movimiento imperceptible. De la mano abierta surgió un remolino de bruma que envolvió todo alrededor. Solo el interior del anillo permaneció intacto, teñido de una leve neblina azul. Una niebla sobrenatural que engulló al mundo tras las rocas.

Todo sonido se disolvió en esa niebla húmeda: el ronroneo y el zumbido de las plumas en movimiento, los caballos acercándose, el distante eco del viento a través de los pastos.

Con una exclamación aguda y repentina, la mujer saltó a un lado. Un caballo se irguió y se quedó inmóvil mientras las plumas creaban un camino de fuego en medio de la niebla. Con quietud el caballo salió de la neblina de un salto y galopó hacia el anillo de rocas; los cascos resonaban contra los guijarros. Bulkezu tuvo que agacharse para que las alas no golpearan el dintel.

Los otros jinetes parecían figuras fugaces en busca de una puerta por la que entrar; sin embargo, no tenían más fuerza que un pez que nada bajo la turbia

superficie de un estanque. No podían abandonar aquel mundo envuelto en brumas. No podían introducirse en el círculo.

El líder guerrero enseguida escrutó el interior del anillo de rocas, pero la mujer había desaparecido. Mientras giraba con su caballo formando un estrecho círculo, las plumas dejaban tras de sí un halo azul. De todo lo que había allí, solo esas plumas parecían inmunes al hechizo.

—¡Perro! —gritó al ver a Zacharias en medio de la bruma—. ¡Rastrero! ¡No te escaparás de mí! —Animó al caballo hacia delante, metió la lanza entre su pierna y el vientre del animal y desenvainó la espada. Zacharias se achicó hacia atrás, atrapado contra la roca. No tenía adónde correr.

Sin embargo, el caballo no había dado más de tres pasos cuando la tierra empezó a temblar y las enormes rocas crepitaron, crujieron y se balancearon con furia de un lado a otro, aunque Zacharias solo sintió tras él una roca sólida e inmóvil. El caballo de Bulkezu cayó de rodillas, relinchó de pavor y lo tiró al suelo. Las rocas se tambalearon como si el hechizo que las había colocado allí también se estuviera deshaciendo en ese momento. Zacharias gritó y levantó las manos para protegerse, aunque la sola carne no lo protegería contra la roca.

Era algo más que brujería.

La mujer apareció de nuevo en el centro del círculo, firme e inquebrantable ante los temblores de la tierra, salvo por el brillante resplandor y el balanceo de las cuentas de sus collares de oro. Detrás de ella, Bulkezu se levantó con dificultad. Zacharias intentó chillar para avisarla, pero se le congeló la respiración en los pulmones y solo pudo jadear, ahogado, y señalar.

Con un gruñido, la mujer se volvió y lanzó la hoja de obsidiana entre las dos arqueadas alas de Bulkezu para que llegara a la cabeza. El golpe lo obligó a doblarse y el casco se ladeó hacia un lado con torpeza; casi se le cae. De la base de la cabeza le subía sangre hacia la maraña de pelo negro. El temblor no cesó y la neblina tampoco desapareció. En el exterior del círculo, los demás jinetes iban de puerta en puerta sin encontrar una entrada.

La mujer se acercó a Bulkezu con tanta rapidez que él tuvo que rodar hacia un lado y se levantó bruscamente con media vuelta. Las puntas de las mortales alas sisearon en el aire y a ella le cortaron el abdomen y los collares que la protegían.

Cuentas de jade y turquesa y bolitas de oro corrieron por el suelo alrededor. Él se puso de pie de un salto, con la espalda al frente. Se colocó el casco con dos golpes sucesivos, porque a la primera no le quedó bien puesto sobre los ojos, por lo que con un gruñido de enfado, se lo quitó y lo tiró a un lado, para tener la cara despejada y mostrarse orgulloso y apuesto, como un quman.

Por la piel morena de la mujer se abrían camino inquietantes ribetes rojos. La sangre brotaba de los cortes y descendía serpenteando por las cuentas color bermellón para acabar en la cinturilla de la falda.

Se miraron frente a frente, ambos heridos, ambos guerreros. Se midieron

mutuamente. El guerrero quman aterraba con el simple destello de las plumas de grifo atadas a las alas de su espalda; solo podía portarlas un hombre que hubiera matado a un grifo. A la mujer extraña, ni nacida ni criada como humana, de tez y pelo oscuros, la sangre le corría por el vientre sin remisión. Con la mirada fija en su oponente, parecía tan inquebrantable como la roca que se encontraba detrás de Zacharias.

Bulkezu se hizo hacia delante, con su espada golpeado la lanza, y acertó distancia. Zacharias soltó un grito ahogado. Sin embargo, la lanza giró tras el golpe de Bulkezu. Ella se hizo a un lado, atrapó el mango de la lanza y lo apaleó en la parte posterior de las rodillas. La mujer no era frágil ni endeble; la fuerza de su golpe hizo que se arrodillara, aunque, en realidad, él se sentó, con lo que bloqueó el mango con su cuerpo y pudo arremeter con la espada. Ella saltó hacia atrás y prescindió de la lanza, pero mientras él se ponía en pie para seguirla, la lanza «se movió». Como una serpiente que volvía a la vida, se enrolló alrededor de las piernas de Bulkezu, con lo que este cayó al suelo, sobre sus propias manos. Cuando la espalda tocó el suelo, se hundió en la tierra, como si unas zarpas ocultas la arrastraran hacia las profundidades. No importaba cuánto la buscara, no lograba alcanzarla.

Ella volvió a alzar los brazos, con el pecho cubierto por una única vuelta de oro alrededor de la suave ondulación de un pecho. El temblor se reanudó, aún con más violencia. El viento derribó a Zacharias. Con una daga, Bulkezu intentó cortar a tajos la lanza mágica encadenada a sus piernas, pero de nada le sirvió. Tras cada corte, surgían nuevos ramales que crecían aún más y de esos ramales brotaban raíces que se enterraban en el suelo hasta el punto de que la maraña de ramas le inmovilizó las pantorrillas y se le enroscó alrededor de los brazos. Frustrado, le lanzó la daga. Ella miraba, con los brazos extendidos y la sangre corriendo por el pecho hasta perderse en los pliegues de la falda.

La daga disminuyó su velocidad, ¿o fue un engaño de la bruma o del temblor de la tierra? Las sacudidas continuaban y la daga se congeló, suspendida en el aire.

Imposible. Zacharias, pasmado, se levantó y se apoyó en la roca en busca de fuerza. ¿Qué era ella?

—¡Maldita bruja! ¿Qué quieres? —gritó Bulkezu, sin que ella contestara. Daba la sensación de que no lo entendía y que no parecía importarle. En medio de la extensa bruma del exterior del círculo de rocas, los jinetes persistían en su intento por entrar.

Bulkezu se esforzaba en el suelo, pero no lograba liberarse de la maraña que lo sujetaba de manos y pies. Su espada había desaparecido en la tierra. Estaba furioso. Derrotado por una simple mujer, ¡y, encima, con una de las armas más primitivas! Sin embargo, el odio de Bulkezu no era más visible que el júbilo de Zacharias.

Zacharias se pavoneaba, como un gallito. Había vivido para ver la caída de Bulkezu.

—¡La brujería es una fuerza más poderosa que la espada! —gritó Zacharias en la lengua del pueblo quman—. ¿Qué importa si ella solo es una mujer y tú, un fuerte

guerrero? ¿Qué importa si las tribus te veneran por haber dado muerte a un grifo, por haber sido el primer guerrero de toda una generación en hacerlo? Puedes ser un experto en la guerra, puedes ser poderoso, pero ella tiene un arma más peligrosa que la fuerza bruta. Sus hechizos te tumban. Solo puedes matarla, nunca podrás dominarla a tu voluntad, como ella está haciendo contigo. Y, en realidad, tampoco puedes matarla.

—Perro ladrador, poco mordedor —soltó Bulkezu sin mirarlo. No apartaba la vista de su oponente—. Y respecto a ti, a ti que solo eres una mujer, hoy has encontrado un enemigo.

La mujer sonreía, como si considerara las amenazas tan insignificantes como ridículas. En ese instante, Zacharias se enamoró de ella, o de lo que ella era y tenía: no era cobarde y sus dioses la acompañaban. ¿Qué importaba que él ya no poseyera esa parte con la que algunos medían la hombría? ¿No había dicho Daisan el Bendito que el camino hacia el verdadero amor dura hasta el final de los días y en nada se relaciona con el deseo carnal? Ella era todo lo que él no era.

—Os ruego —expresó con la voz quebrada en lengua wendiana— que me permitáis serviros y así obtener fortaleza.

Ella lo miró y luego se dio la vuelta para coger el caballo y manearlo. A un lado de la hoguera había una cesta y un carcaj. Desenterró arcos y flechas y con cierto cuidado se acercó al enfadado guerrero para arrancar una pluma de grifo del armazón de madera que se arqueaba sobre su cabeza como dos cayados de pastor. Al principio le sangraron los dedos, y profusamente, pero se los lamió y murmuró entre dientes unas palabras, como si rezase.

—No, os lo ruego, permitidme hacerlo. —Zacharias avanzaba, mientras Bulkezu maldecía en voz alta—. Permitidme hacerlo. Él me avergonzó y así podré hacer que ahora él se avergüence el triple.

Ella retrocedió y lo contempló con los ojos entrecerrados. Él nunca había visto unos ojos tan verdes, insondables, luminosos como el jade pulido. Tras examinarlo, ella tomó una decisión. Antes de que mostrara resistencia, le cortó la oreja izquierda con el cuchillo de obsidiana. Cuando aulló de dolor, ella lamió la sangre que le invadía la piel, y entonces le dio el cuchillo y se dio la vuelta como haría con un sirviente leal.

—¡Mátala ahora! —gritó Bulkezu—. ¡Y te daré una posición honorable entre mis esclavos!

—Entre los esclavos no hay honor. ¡Tú ya no eres mi señor!

—¿No te das cuenta de lo que es? Aishoi, la tribu del oro y los que desaparecieron de entre los vivos de la tierra.

El frío de las rocas se filtró por la piel de Zacharias y le caló hasta los huesos. Entonces, todo tuvo sentido. Ella procedía del mundo del espíritu. Era una aoi, era miembro de la tribu de los Perdidos.

Bulkezu refunfuñó, sin dejar de forcejear. Solo un hombre que nunca ceja en su

esfuerzo puede acosar y dar muerte a un grifo.

—Pondré precio a su sangre. Mis jinetes te seguirán y la matarán y te traerán de vuelta para que te postres ante mis pies.

Zacharias se rio y, por una vez, se deshizo del miedo, que ya era una nimiedad en comparación con la posibilidad de derrotar al hombre que lo había humillado.

—Primero, negocias, y luego, amenazas, tú, Bulkezu, el más poderoso de los hijos del clan pechanek. Sin embargo, lo que tú me arrebataste no es nada en comparación con lo que yo estoy a punto de quitarte, porque los dioses le dan la vida a los hombres, pero nunca recuperarás tus habilidades y tu reputación una vez que te despojen de ellas. ¡Y lo hará un perro, un pedazo de mierda al que utilizaron como tú usas a las esclavas! —Se hizo con una pluma.

—¡Maldito seas! Nunca dejarás de ser un esclavo y ¡siempre serás un gusano! ¡Y te mataré! ¡Lo juro por los huesos de Tarkan!

Como si fueran el eco de la amenaza, las plumas de hierro forjado cortaron la piel de Zacharias al más mínimo contacto, y las palmas y los dedos se convirtieron en un cúmulo de cortes que chorreaban. La sangre le manchaba las manos y las hacía resbaladizas. Bulkezu se esforzaba y maldecía, sin poder liberarse de las ataduras, mientras Zacharias le despojaba de las alas.

Las quitó todas, excepto una. Al terminar, le seguían sangrando las manos, pero el corazón se regocijaba.

—¡Matadlo ahora! —gritó.

—Su sangre me ralentizará. —Ella lo dijo sin emoción alguna, por lo que Zacharias comprendió que no había discusión alguna—. Tú tampoco lo tocarás —añadió—. Si vas a servirme, entonces servirás a mi causa y no a la tuya.

Sujetó las manos de Zacharias y lamió la sangre, se levantó y le indicó que debería colocar la mayoría de las plumas en el carcaj. Ella puso plumas a varias de sus flechas con punta de piedra, después las levantó en la mano para calcular el peso y el equilibrio. Una vez satisfecha, se dirigió a la puerta oriental y comenzó a disparar, uno por uno, a los jinetes que rodeaban su santuario. Al mismo tiempo, ellos lanzaron una lluvia de flechas hacia las rocas. Ya había abatido a cuatro, cuando ellos se dieron cuenta de que ni sus flechas, ni ellos, podían entrar en el círculo, aunque las de ella sí podían salir.

Al final, se batieron en retirada con los heridos. A gran distancia, Zacharias los vio examinar las flechas y hablar de ellas, mientras un jinete se alejaba al galope hacia el este.

—Mi tribu no tardará en venir con más guerreros —dijo Bulkezu, aunque sabía que la mujer no entendía sus palabras. Se había recuperado y hablaba sin malicia, pero con la seguridad de un hombre que ha ganado muchas batallas y que sabe que aún ganará más—. Entonces, estarás indefenso, incluso aunque tengas mis plumas.

—¡Tú sí que estarás indefenso sin ellas! —gritó Zacharias.

—Puedo matar otro grifo. Rastrero, en el fondo de tu corazón, sabes que nunca

dejarás de ser un gusano.

—No —susurró Zacharias, aunque, en realidad, sabía que era cierto. En otro tiempo había sido un hombre de la única manera que importaba serlo: había mantenido sus votos, pero los abandonó cuando Dios lo abandonó a él.

Bulkezu miró hacia la mujer. Podía mover el cuello y los hombros y contornearse un poco para liberar peso de las rodillas y de las manos. Sin embargo, por mucho que girara e hiciera fuerza para liberarse del hechizo, no dejaba de estar clavado al suelo.

—Levantaré un ejército y entonces quemaré todos los pueblos que me encuentre por el camino hasta que tenga tu cabeza bajo mis pies y su cabeza en mis manos.

Zacharias se estremeció, pero había llegado demasiado lejos como para permitir que el miedo lo destruyera. En contra de toda esperanza, volvía a ser un hombre libre, atado al servicio de otro solo por su voluntad. En el fondo de su corazón podía ser un gusano, pero los corazones cambian. Ella había dicho que todo cambia.

—Ven, tú, al que en otro tiempo llamaban Zacharias, hijo de Elseva y Volusianus. —Se había retirado del borde del círculo y había levantado dos cestas de juncos entretejidos, que colgó de los extremos de la lanza de Bulkezu. Equilibró y amarró la lanza como un polo a la silla de montar. A la silla ató tres bolsas de piel blanca de aspecto raro: cada una tenía cinco dedos extendidos hacia abajo como si tratara de una ubre de vaca deforme o de una mano hinchada y sin huesos. Tiró tierra sobre la hoguera mientras silbaba. Se levantó un viento que se llevó la bruma del santuario de rocas y que provocó una terrible y cortante tormenta. En la lejanía los jinetes se retiraron aún más.

Bulkezu luchaba contra la lanza y sus numerosos enraizados brazos que lo sujetaban con firmeza a la tierra. No se podía mover en absoluto. Con el creciente viento las demás plumas del grifo silbaban y se agitaban. Mientras ella probaba los arreos, sin prestarle atención, Bulkezu ponía sus hombros a prueba para ver hasta dónde podía abrir las alas o si podían descender lo suficiente como para cortar el asta mágica con el filo de hierro de la última pluma.

—¡Me vengaré!

No prestó atención a la amenaza, sino que, cuando todo estuvo a su manera, regresó a la puerta oriental para observar. La niebla cubrió el lugar, con lo cual ella, y Zacharias con ella, pudieron emprender la huida, invisibles e imperceptibles para los jinetes que se mantenían a la espera. ¿Pero de cuánto tiempo dispondrían antes de que los jinetes quman dieran con ellos?

Ella se dio la vuelta para sonreírle, como si hubiera adivinado sus pensamientos, igual que el tordo moteado. Con cuidado, se limpió la sangre seca del abdomen, dio una palmada con las manos manchadas de rojo y pronunció unas palabras. Una ráfaga de calor inundó la cara de Zacharias y, de repente, como si la roca de fuego hubiera parpadeado de nuevo en el centro del círculo, se dio cuenta de que la mujer aoi no iba a abandonar el santuario por un camino mortal.

Ella lo miró sin pestañear, como si pusiera a prueba su valor. Bulkezu no dijo

nada. Zacharias soltó las riendas del caballo, desató el petate de la silla de montar, rebuscó en él y sacó la excelente chaqueta de cuero hasta la rodilla que los hombres quman vestían cuando no portaban una armadura. Se la ofreció a ella para que se cubriera, ya ni siquiera le quedaban los collares.

La roca ardía sin provocar ningún ruido. El viento giraba a su alrededor, siseando entre las rocas.

Bulkezu echó hacia atrás la cabeza y emitió el extraño e inquietante alarido que, según los chamanes, era el grito de los grandes grifos. Zacharias lo había oído una vez, en la lejanía, cuando el clan pechanek deambulaba por la salvaje frontera de la hierba profunda, la tierra más allá del dominio humano en la que solo los héroes y los chamanes pueden aventurarse. ¡Ay, Dios! No lo olvidó nunca.

Sin embargo, no iba a dejar que eso le arrancara el valor que tanto le había costado recuperar.

Ella avanzó, Zacharias la siguió, guiando al caballo.

El calor del fuego le quemaba la cara, pero justo antes que pudiera resistirse y apartarse de la llama, atravesaron la salida. El grito de Bulkezu, la aguda canción del viento a través de los pastos y las rocas, el húmedo calor de un día de verano cubierto por la neblina... todo desapareció hasta el punto de que parecía que los había seccionado sin piedad una hoja de acero afilada.

PRIMERA PARTE

LA MANO MUERTA



CAPÍTULO 1



LO QUE VNE

Las ruinas se extendían por una verde ladera desde la ribera del río hasta la última muralla desmoronada en la abrupta base de una colina. Allí, sobre ese muro caído, a la luz de un pálido cuarto de luna, se acercó a descansar un búho. Plegó las alas y, con la extraña y directa mirada de los búhos, se fijó en el anillo de rocas que coronaban la cima de la colina allá arriba.

Las estrellas se desvanecían a medida que se alzaba la luz y, con ella, sobre un velo de baja neblina, el Sol. La Luna desapareció en el cielo iluminado. Aun así, el búho aguardó. Un ratón correteaba por la hierba cubierta de rocío, pero el búho no intentó atraparlo. Unos conejos asomaron la cabeza desde sus madrigueras y tampoco les prestó atención. Su mirada no vaciló, aunque parpadeó en una ocasión. En dos. En tres.

Quizá la bruma se levantó lo suficiente como para que la salida del sol se reflejara en las rocas en pie que formaban un amplio círculo en lo alto de la colina. Brilló una luz y el búho despegó, batiendo las alas con fuerza para ganar altura. Desde lo alto de las rocas descendió hacia el interior del círculo, en el cual más rocas se extendían en el suelo siguiendo un patrón ilegible al ojo humano. Una llama parpadeaba por una vieja veta de una roca en pie, más bien pequeña y situada en el centro del círculo. De la llama surgían débiles palabras que se oían como un susurro a través del ojo de una cerradura. Eran dos voces en conflicto.

—Me parece que habéis sido demasiado gentil. Una mano firme hubiera resuelto el problema mucho tiempo atrás y hubiera cedido eso que vos buscáis a vuestra voluntad.

—No, hermana. No acabáis de entender el problema.

—¿Seguís sin aceptar del todo que tengo ciertos dones que ninguno poseéis? ¿No es por eso por lo que me trajeron a vuestro grupo? ¿No corresponde que me permitáis intervenir por si acaso falla vuestro otro plan? Entonces, podréis comprobar de qué soy capaz.

—Estoy en contra.

—No es vuestra la última palabra. Dejad que hablen los demás.

El viento susurraba entre los árboles lejanos y murmuraba entre las rocas. Una liebre apareció dando saltos, se quedó quieta, con las orejas temblando, y luego, se estremeció y saltó hacia una cubierta de juncias y flores de mostaza.

—*Sí ella falla, no perdemos nada* —dijo una tercera voz—. *Y si triunfa, nos beneficiamos. Para ese entonces, nuestra hermana ausente podrá regresar aquí enseguida y nosotros podremos volver a nuestro trabajo mucho antes.*

Tras estas palabras apareció con bastante fuerza una cuarta voz.

—*Siento curiosidad. Me gustaría ver una demostración de esos métodos de los que tanto hemos oído hablar.*

—*A mí no me importa* —añadió una quinta voz, tan débil que casi la apaga el viento—. *Esto es una nimiedad. Haced como queráis.*

Volvió a intervenir la primera voz.

—*Entonces, lo intentaré. ¡Lo que se os ha escapado durante tanto tiempo a mí no se me escapará!*

El búho planeó en espiral. Con una gracia repentina, plegó las alas y, sin importarle las llamas, se posó sobre una pequeña protuberancia en la parte superior de la roca de fuego. La luz del sol atravesó los restos de la bruma y surgió con fuerza en el grandioso círculo de rocas.

Y, de repente, desapareció la roca de fuego, y el búho con ella.

En cualquier pueblo, los extraños despiertan curiosidad y desconfianza, pero los Águilas no eran extraños, precisamente. Eran intercambiables, como un brazo del rey, o sus alas, por así decirlo, y podían aparecer de repente y, tras comer y descansar una noche, irse también de repente, sin reposar de verdad.

Liath había descubierto que como Águila del rey durante las misiones para el rey en realidad solo encontraba soledad en el camino, porque durante los trayectos apenas se cruzaba con gente. En cualquier lugar en el que parase para interrumpir el ayuno o para refugiarse durante la noche, no encontraba descanso mientras permaneciera despierta. Los vecinos, los diáconos, las señoras de los castillos, las monjas, incluso los trabajadores: todos querían noticias detalladas del mundo exterior porque pocos de ellos se habían aventurado alguna vez a más de un día de distancia de sus hogares, y muy pocos habían visto al rey y a su corte.

—¿Ha muerto la reina extranjera? —preguntaban, sorprendidos, a pesar de que la reina Sofía había fallecido hacía casi cuatro años.

—¿*Lady Sabella* se ha rebelado contra la autoridad del rey Henry? —se lamentaban, aterrados y asombrados, aunque todo había sucedido un año antes.

—Nos hemos enterado de que los eika saquearon la ciudad de Gent y que dejaron que se echen a perder los campos —reconocían nerviosos. Luego ella calmaría sus miedos hablándoles de la segunda batalla de Gent y de cómo el conde Lavastine y el rey Henry habían derrotado al ejército eika y devuelto la ciudad en ruinas a manos humanas.

Para ellos, ella era como un ave exótica, brillante, fugaz, de pronta llegada y pronta partida. Sin lugar a dudas, no la olvidarían, ni tampoco sus palabras, mucho después de que ella los hubiera olvidado a ellos y a sus palabras.

Era una idea tranquilizadora.

En el pueblo de Laderne, en la casa del anfitrión, se agolparon perfectamente veinte almas, lo que convirtió su visita en una reunión festiva. Mientras comía, la entretenían con canciones y habladurías de la zona, pero en cuanto el anfitrión le trajo una jarra de cerveza tras la comida, empezaron a hacerle preguntas.

—¿Cuál es vuestra misión? ¿De dónde venís? ¿Adónde vais?

Había aprendido a medir cuánto decir: cuándo reservar sus opiniones o cuándo ser más comunicativa. Mucha gente le ofrecía mejor comida si ella les contaba

bastante y el dueño de esta casa creía claramente en la importancia de la visita: no pudo acabar la cerveza.

—Me dirijo al palacio de Weraushausen, siguiendo órdenes del rey. Dejó allí a sus eruditos, a muchos de sus clérigos y a la mayoría de vástagos de los nobles que se encargan del avance. Su propio hijo, el príncipe Ekkehard, se encuentra entre ellos. Voy a comunicarles dónde se van a encontrar con él.

—¿Weraushausen? ¿Dónde está eso?

—Más allá de Bretwald —respondió ella. Ellos negaron con la cabeza, vacilaron antes de hablar y le aconsejaron que cabalgara con cuidado y que de ningún modo atravesara ese viejo bosque.

—Jóvenes tontos lo intentan de vez en cuando —dijo Merla, la anciana señora de la casa. Le faltaban unos seis dientes, de lo que se enorgullecía mucho—. Y siempre desaparecen. Seguro que los matan los lobos y los osos, o cosas peores. —Asintió con la cabeza, como si le agradara ese atroz destino.

—No, yo en el mercado he oído que los guardabosques estaban abriendo una calzada por el medio de Bretwald por orden del rey —protestó uno de los hombres, cuya cara lucía un rojo resplandeciente a causa del trabajo al sol durante muchas horas.

—Como si cualquiera lo pudiera hacer —replicó la anciana—. No habéis contado nada del rey. ¿Aún no ha nombrado un heredero? ¿Será el príncipe Ekkehard, quizá?

—Tiene una hija mayor, la princesa Sapientia. Tiene edad suficiente para ser designada heredera ahora que ha cabalgado en la batalla y ha dado luz a un hijo.

—Ah, sí, probada su fertilidad y tras dirigir a los soldados en la guerra, Dios ha señalado su valía para gobernar.

Todos, bastante entusiasmados por esta señal del favor de Dios, asintieron sabiamente, excepto un hombre delgado al fondo de la sala. Bebía cerveza y miraba a Liath con sus ojos claros. Casi tenía la cara y las manos tan morenas como ella. Sin embargo, a la altura del pecho, su túnica no estaba abrochada, porque todavía hacía calor, y ella podía ver lo clara que era su piel donde no había llegado el sol.

—Tenía otro hijo, de nombre saliano, Saenglawnto algo así. Era un gran luchador, capitán de los Dragones del rey, pero he oído a un vendedor ambulante que sus Dragones y él murieron cuando los eika tomaron Gent.

Ella se sonrojó. Resultaba de agradecer que, debido a lo morena que estaba, la gente que no la conocía bien no pudiera percibir los cambios en su rostro.

—No está muerto —dijo. Dios santo, ¿cómo podía arreglárselas para que no le temblara la voz?—. Fue hecho prisionero, pero lo liberaron las tropas al mando del conde Lavastine. Ahora mismo se encuentra a salvo al lado del rey.

Al oír ese milagro, prorrumpieron en exclamaciones de alegría. Ella bebió un trago de cerveza, pero el daño ya estaba hecho. Esa noche durmió sin descansar y por la mañana se sonrojó al recordar lo que había soñado.

¡Ay, Señora! ¿Qué le había dicho él seis días atrás, cuando la luz de la aurora se

levantaba sobre el campamento del rey a las afueras de Gent?

—Cásate conmigo, Liath.



El sol no dejó de brillar durante todo el día. Liath cabalgó hacia el noroeste a lo largo de la gran curva norte de Ringwaldweg. A lo largo de toda la jornada, se cruzó con pocos viajeros: dos carreteros que transportaban pesadas lonas sujetas con una docena de barras de hierro en lingotes; una tranquila partida de jornaleros de camino a la cosecha; un vendedor ambulante que empujaba una carretilla; y un trío de educados monjes hacia el sur, descalzos, con las manos llenas de callos y los rostros agrietados por el sol. El viejo bosque conocido como Bretwald se asomaba por su izquierda. Era tan denso que en absoluto resultaba extraño que los viajeros no se tomaran la molestia de abrirse camino por él, y que prefiriesen sufrir la larga jornada de viaje alrededor del margen norte. A su derecha, aparecía una tierra salpicada de árboles, pastos y pueblos aislados rodeados de franjas de prados. Estaba acostumbrada a viajar. Le gustaba la soledad, el paisaje cambiante, la sensación de ser la única en el cosmos, una pequeña partícula en movimiento en medio del gran baile de luces.

Sin embargo, en ese momento, durante uno de los últimos crepúsculos del verano, el viento empezó a soplar y, por algún motivo, no pudo evitar la sensación de que alguien la seguía. Miró hacia atrás, pero no había nada en el camino.

Nunca se ha de confiar en el vacío aparente.

Las nubes trajeron un anochecer anticipado. Desenrolló la capa y se la colocó sobre los hombros mientras caían unas gotas de lluvia. Como el verano había sido seco, la carretera no se embarró al momento, pero, aun así, el camino se llenó de charcos y pronto perdió la esperanza de encontrar algún refugio donde pasar la noche.

Dios sabía que ella no quería dormir al aire libre una noche de lluvia y tormenta, lejos de alguna morada humana.

La lluvia amainó. Más adelante, oyó el ligero tintineo de unos arreos y, por un instante, respiró más tranquila. No tenía miedo a los legítimos jinetes en la calzada del rey.

Por un instante.

En la oscuridad, tras ella, escuchó un leve retumbar, como el tañido de la campana de una iglesia, pero no había pasado cerca de ninguna iglesia desde el mediodía.

¿Ese sonido era el eco de la muerte de un daimon? ¿La estaría siguiendo otra vez una de esas criaturas? Miró hacia atrás, pero no vio que ningún daimon ojeroso se hiciera con la hermosa apariencia de un ángel que se deslizara sobre la tierra, ni vio alas con plumas de cristal. Sin embargo, cuando el creciente viento la zarandeó, oyó

un susurro.

Liathano.

El aire se estremecía y murmuraba en el camino tras ella, justo en el lugar en el que se conectaba a la derecha con una protuberancia en el borde del bosque. Surgieron unas columnas de niebla como grandes troncos de árboles arrancados del bosque y convertidos en una malla.

Seguro que era un simple efecto de luz, aunque tenía la sensación de que le estaban clavando unas zarpas en los hombros y más adentro aún, hasta llegar al corazón. La agarraban firmemente y la tiraban hacia las campanas que tañían. ¿Por qué no esperar? ¿Por qué no aminorar el ritmo y esperar?

Ven hacia mí, Liathano. No huyas más. Espéranos y hallarás la paz.

El caballo resopló nervioso e inclinó las orejas.

Espéranos. Ven hacia nosotros.

Titubeó.

«Corre», hubiera dicho papá. «Corre, Liath».

El deseo de esperar se deslizó por ella como el agua de lluvia por un buen tejado. Animada por el miedo y la rabia, aceleró el ritmo de montura. El caballo empezó a galopar con entusiasmo. Ella miró atrás. Casi se le para el corazón. En el camino aparecieron para perseguirle unas criaturas con vida y como columnas de humo grasiento en formación. Sus voces formaban un murmullo de crujidos como el de innumerables hojas agitadas por un vendaval, al que se unía aquel sordo y terrible tañido. No tenía ninguna duda de que eran criaturas vivientes.

Y acortaban la distancia respecto a ella.

Quitó el arco del carcaj y preparó una flecha. Por el viento podía oler un hedor caliente, como el de una forja. El caballo se desbocó y ella lo dejó correr mientras volvía sobre la silla, tensaba el arco y medía la distancia con sus perseguidores. Lanzó la flecha, pero cayó en el camino vacío sin causar daño.

El grito llegó como un aviso.

—¡Eh, usted! ¡Mire por dónde va!

Delante, en la penumbra, vio un pequeño grupo: dos jinetes y una escolta de cuatro hombres armados. Un noble de bajo rango, quizá, o un mayordomo encargado de los asuntos de su señora: no reconoció el sigil con una cabeza blanca de ciervo de los escudos. Ante su correr precipitado, le dejaron un amplio espacio.

Sin embargo, mientras ella cogía aire para avisarles con un grito, apareció un destello a su derecha. Más allá del camino, donde se elevaba el suelo y formaba un túmulo pequeño, pero compacto, surgió un fognazo en dirección a un misterioso anillo de rocas en pie.

Un búho planeó tan cerca que el caballo respingó y se desvió del camino hacia la derecha. No necesitó espolearlo más. Con el arco en una mano y las riendas en la otra, dejó que el caballo siguiera adelante. Saltó una pequeña zanja para llegar a la ladera cubierta de hierba que marcaba el túmulo. Los hombres le gritaban desde el

camino.

Un instante después oyó gritos.

El caballo subió la ladera a la velocidad de una criatura que huye del fuego, a pesar de que era el fuego lo que le atraía hacia el círculo de rocas: siete rocas pequeñas, dos de ellas abatidas y una escorada. En el centro se levantaba una octava tan alta como un hombre de mediana altura. Emitía una llama azul y blanca que no desprendía calor.

Los chillidos del camino se convirtieron en ruidos confusos que ningún humano debía ser capaz de proferir. No osó mirar atrás. Delante, el búho se posó con una gracia asombrosa sobre la roca de fuego y el caballo saltó...

Ella gritó sorprendida mientras la llama azul y blanca chisporroteaba a su alrededor. El caballo tocó el suelo, respingó de costado y se detuvo.

Con las riendas tensas y el caballo controlado, Liath repasó con la mirada ese claro del bosque: tierra apisonada, una capa de maleza amarillenta y algunos robles jóvenes y árboles que no había visto nunca. Le falló la voz cuando un hombre sentado en un peñasco se levantó para examinarla con interés. No era un hombre humano en ningún sentido: por la piel color bronce y por el rostro lampiño y por el cuerpo decorado con todo tipo de cuentas y plumas y conchas y piedras pulidas, seguro que era de otro tipo. Los humanos los llamaban «aoi», los «Perdidos», la antigua tribu élfica que mucho tiempo atrás había desaparecido de las ciudades y de los caminos por los que se aventuran los humanos.

Aunque ella lo conocía, y él a ella.

—Has venido —dijo él—, antes de lo que esperaba. Debes esconderte hasta que pase el cortejo o no podré responder de lo que el consejo piense de ti o de tu presencia aquí. Así que ven, baja del caballo y dámelo.

Su aspecto no era diferente al que tenía en la visión a través del fuego, aunque era más bajo de lo que esperaba. Las plumas con las que se decoraba brillaban como si las hubiera pintado. La cuerda de lino de su muslo tal vez era un poco más larga que la última vez que lo había visto semanas, ¿o meses?, atrás. Se oyó un gemido tembloroso en la espesura del bosque. Poco después, ella se dio cuenta de que era la llamada de un cuerno. Se protegió los ojos, pero en un sendero que entreveía a lo lejos en medio de las sombras pudo ver un cortejo que se abría camino entre los árboles. En cabeza, giraba una rueda brillante de oro batido y con plumas de un verde irisado, aunque no soplaba el viento.

—¿Cómo llegué aquí? —preguntó con la voz quebrada—. Me perseguían unas criaturas y entonces vi un búho... y la roca de fuego. —Se volvió en la silla para mirar a la roca que aún ardía azul, blanca y fría. No volaba ningún búho.

—Un búho —se preguntó él, mientras tocaba una imponente pluma con manchas marrones y blancas, una pluma sin brillo entre las tantas brillantes que adornaban la funda de su antebrazo. Mostró una sonrisa ligera, si no amable—. Mi viejo enemigo.

—Entonces, el caballo saltó y yo llegué aquí —concluyó ella titubeando. Se

sentía como una ramita empujada por la corriente de una inundación. Habían pasado muchas cosas de repente.

—Ah —mostró la cuerda y la fibra que la entretejía—. De una cosa hacemos otra, aunque no haya ningún cambio o adición de sustancia. Algunas veces lo más importante es el diseño. Estas tiras de lino, solas, no pueden ayudarme o sujetarme como lo hace la cuerda y, sin embargo, ¿no son lo mismo?

—No entiendo lo que decís.

—La roca de fuego es una puerta entre los dos mundos. Todas las rocas son puertas, aunque nos cueste creerlo, pero a esta no la creó la magia mortal, sino que, en realidad, forma parte del tejido del universo. Para usarla, hay que entenderla.

—No sé nada —dijo con amargura—. Se me ha ocultado mucho.

—Mucho se oculta —coincidió con ella—. Aun así, has venido a mí. Si estás dispuesta, sospecho que hay muchas cosas que puedes aprender.

—Ay, Dios. Necesito saber tantas cosas. —No obstante, ella vaciló—. ¿Cuánto tiempo me llevará aprender todo lo que necesito saber?

Él se rio entre dientes.

—Eso depende de lo que creas que necesitas saber. —Le cambió la expresión—. En cuanto lo decidas, te llevará el tiempo que sea necesario. —Miró hacia el bosque, pero en ese pequeño claro aún se encontraban bastante ocultos—. Si lo que preguntas es cuánto tiempo te llevará en el mundo de los humanos, eso no lo puedo responder. Los días y los años no avanzan igual aquí que allí.

—¡Ay, Señora! —miró para la roca. El fuego había empezado a titilar, a morir.

—¿Por qué vacilas? ¿No era esto lo que deseaba tu corazón?

—¿Lo que deseaba mi corazón? —Su voz se fue apagando a medida que pronunciaba las palabras. Por supuesto debía estudiar: era el único modo de protegerse. Deseaba muchísimo obtener conocimientos. Quizá no volvería a tener esta oportunidad.

Y, sin embargo, no podía evitar mirar atrás.

—Todavía estás unida al otro mundo —le dijo él sin consternación, sin irritación, sin jovialidad. Decía la verdad—. Dame la mano.

No era alguien a quien ella fuera a desobedecer. Guardó el arco y le extendió una mano, y gimió de sorpresa y dolor cuando él le hizo un corte en la palma con un cuchillo de obsidiana. Ella se mantuvo firme mientras brotaba la sangre y él cortaba su propia mano de forma parecida y le daba un fuerte apretón de manos para que las sangres fluyeran juntas. Con la mano libre, presionó la roca. El destello del fuego aumentó tanto que ella se estremeció y se apartó. El caballo relinchó nervioso y asustado. Aun así, el viejo hechicero mantuvo la mano firme.

—Ven conmigo —le dijo— ¿Qué te une al mundo de los humanos?

El fuego se abrió y pudieron ver juntos el interior.

Cuando se extiende en la hierba bajo el glorioso calor del sol, puede oírlo

todo y nada a la vez. Cierra los ojos para oír mejor.

Zumba una abeja. El repetitivo silbido de un pájaro suena entre los árboles. Su caballo pace en el borde del claro del bosque, fuera del alcance de sus compañeros: tres perros eika con collares y cadenas de hierro sujetas a una estaca de hierro que él ha clavado en el suelo. Al comer rompen huesos con la mandíbula. Eran los tres que le quedaban de las bestias que formaban su hermandad en la catedral de Gent. Oye cómo las cadenas se destruyen las unas contra las otras cuando los perros se pelean por los restos más sabrosos de los tuétanos.

Un arroyo borbota y resuena a lo lejos: se había lavado allí, aunque nunca podría liberarse realmente de toda la mugre y la vergüenza de las cadenas de Corazón Sangriento por mucho que derramara agua sobre su cuerpo con frecuencia y se lavara con jabón, arena o ungüentos. Ahora, medio vestido, yacía al sol para secar su bendita soledad.

No oye ninguna actividad humana. Había escapado del cautiverio de la corte del rey y encontró este claro cerca del camino que conduce al noroeste: esa fue la dirección en la que ella cabalgó como mandato del rey ocho días atrás. Aquí, ahora, no le entusiasmaba su libertad, ni tomar el sol, ni sentir en su espalda el viento o la buena y apacible tierra o la hierba.

Una mosca se posa en su cara y él se la quita de encima sin abrir los ojos. El calor se extiende de forma agradable por la piel. Con una mano abierta sobre la hierba sujeta la bolsa de piel cuadrada, tensada con placas de metal y adornada con gemas y marfil, en la que guarda el libro. Siente el peso en la punta de los dedos, aunque no necesita tocarla para saber que sigue allí y lo que significa para él: una promesa. Siempre la tiene con él y, cuando caza o se baña, la ata al collar de uno de los perros. Los perros son los únicos de esta nueva rutina en los que puede confiar.

El viento hacía susurrar las hojas, sonidos indiferentes tan distintos a los que siguen cada uno de sus movimientos entre los cortesanos y que ellos creen que él no puede oír.

Un nuevo día de avance del rey nace, florece y se apaga como en una nube. Él espera.

Ha aprendido a ser paciente, entre los perros.

—Lo que te une —dijo el brujo, aunque ella no podía asegurar que lo hiciera con sorpresa o reconocimiento.

—Le hice una promesa. —Que desapareciera la visión provocaba en ella un nuevo dolor.

Estaba segura, sabía lo que debía hacer, lo que papá le hubiera dicho que hiciera, pero nada de eso importaba. Lo había dado por muerto durante todo un año.

—Tengo que regresar. —Entonces, al oír unas voces como si alguien más les

hubiera hablado, se dio prisa—. Volveré a vos. Os lo juro. Pero tengo que regresar...
—Se calló. Sabía lo estúpida que parecía.

Él le soltó la mano y la miró. No tenía ninguna expresión en la cara salvo la quiescencia de la edad.

—Siempre sucede lo mismo con vosotros los jóvenes, pero no creo que te aguarde un camino fácil.

—¿Entonces, puedo volver? —Tras haber elegido, se lamentaba por tener que irse, pero no lo suficiente como para quedarse.

—No puedo ver el futuro. Vete, entonces.

—Pero unas criaturas me persiguen...

—Demasiados misterios. Demasiado movimiento en marcha. Debes elegir... allí o aquí. La puerta se está cerrando.

Las llamas parpadeaban cada vez menos hasta que parecía que cubrían la superficie de la roca como una capa de agua. Si esperaba demasiado, no sería ella quien eligiese.

Agarró las riendas del caballo y le pegó en la grupa con el extremo de las riendas. El caballo corrió hacia delante, algo levantado. Ella no veía con claridad: en los ojos le danzaron manchas, puntos negros y chispas, al rozar con el hombro una roca áspera. Salieron del círculo irregular de rocas con el brillo del sol de la tarde en los ojos.

Desorientada, se tapó los ojos con una mano hasta que pudo ver la calzada ante ella. Todavía no había llegado el crepúsculo. Un frío nada propio de la estación cortaba el aire. El bosque Bretwald se mantenía lejos de la calzada, lleno de pájaros que se acercaban a la linde para comer. Los cuervos se reunían en la copa de los árboles. Un buitre descendió en espiral y se posó en un montón de harapos tirados en el borde de la carretera.

No había ninguna señal de todas las crueles criaturas que la habían acechado.

¿Qué había dicho el viejo brujo? «Los días y los años no avanzan igual aquí que allí».

¿Había llegado antes de haber salido? ¿Sería eso posible: estar aquí junto a la calzada cuando ya había cabalgado por el mismo lugar, sin haber llegado a este lugar? Se removi6 y apuró el caballo, mirando alrededor con cautela, aunque no había ningún movimiento. Los cuervos se agitaron con graznidos estridentes. El buitre al final se movió y voló, pero solo hacia una rama cercana, desde la que observaba cómo ella se paraba en el borde de la calzada y bajaba del caballo para examinar los despojos: un cúmulo de huesos limpios; tabardos húmedos mustios sobre la hierba o esparcidos como guijarros como si el viento hubiera pasado entre ellos; y armas abandonadas cada pocos pasos. Con la bota le dio la vuelta a un escudo: la cabeza de un ciervo blanco la miraba at6nito.

Se echó hacia atrás de un salto y encontró apoyo en el caballo, que le soplabo ruidosamente en la oreja y que se mantenía ajeno a todos esos restos.

Los hombres de armas que había visto llevaban escudos marcados con la cabeza de un ciervo blanco. Y había oído gritos. ¿Cuánto tiempo hacía que habría sido? Un cuerpo podía tardar meses en descomponerse antes de convertirse en un conjunto de huesos limpios.

La luz cambió cuando parte de una nube cruzó por delante del sol. Ante el repentino frío, se estremeció. Subió al caballo y siguió hacia el norte, como antes. A medida que anochecía, estudiaba el firmamento con cierto temor en el pecho. Las estrellas aparecían una a una. Sobre ella, brillaba el cielo de una noche de verano. ¿Habría perdido todo un año?

Más adelante, brillaba una antorcha y luego otra, así que apuró el paso al oler un pueblo cercano. El pequeño y cuadrado campanario de una iglesia surgió en el horizonte y las estrellas quedaron a un lado. Todavía no habían cerrado las empalizadas de la villa que servían de protección ante los animales salvajes y ante los ocasionales estragos provocados por los bandidos que aún merodeaban por Bretwald. El guardia la envió a la iglesia, en la que el diácono guardaba esteras para los viajeros y ofrecía una olla de caldo de puerro cocido a fuego lento para los hambrientos.

Liath estaba muy hambrienta. Le temblaban tanto las manos que le resultaba complicado tomar el caldo y la sidra. El diácono la observaba con cierta preocupación.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Liath cuando por fin consiguió controlar las manos y se calmó el ataque de hambre.

—Hoy celebramos la natividad de san Theodoret y mañana ofreceremos la misa cantada en honor del martirio de san Walaricus.

Entonces, era el 19 de quadrii. Ella escapó de las criaturas el día 18. Por un momento, respiró más tranquila, pero recordó los huesos y el grupo con el que casi se topa en el camino.

—¿De qué año?

—Esa es una pregunta rara —dijo el diácono, pero ella era una mujer joven y él no quiso cuestionar a un Águila del rey—. Estamos en el año 729 tras la proclamación de la Palabra Divina por Daisan el Bendito.

Un día después. Solo un día. Por lo tanto, los huesos que había visto en el borde del camino no tenían nada que ver con ella. Estarían allí desde hacía meses. Los debieron de limpiar los cuervos y buitres y las pequeñas alimañas que se alimentan de carroña.

Fue después, enrollada en su manta sobre una esterilla en la oscura entrada de la iglesia, cuando se dio cuenta de que las ropas del camino, junto a los huesos, estaban húmedas, no rasgadas, ni estropeadas. Si llevaran allí meses o años, se hubieran empezado a pudrir.

La partida de caza salió del bosque y se esparció sin rumbo en pequeños grupos, por lo que perdieron el rastro. El rey cabalgaba entre un séquito de sus fieles acompañantes, que reían todos juntos tras un comentario del conde Lavastine. Alain se replegó a los flancos y se detuvo con el caballo para observar a un trío de jóvenes que pescaba río arriba a la distancia de un disparo de flecha. Con el agua hasta las caderas, soltaban unas amplias redes sobre el agua titilante.

—Alain. —El conde Lavastine se detuvo detrás de él. Los perros de caza negros olfatearon la hierba que, antes de que la ladera alcanzara el río, bordeaba un desnivel de la altura de un hombre. Una roca, desplazada por Miedo, bajó rodando la falda y levantó una nube de polvo, por lo que los demás perros ladraron con enérgico frenesí, mientras se apartaban.

»¡Silencio! —dijo Lavastine con severidad y todos se calmaron a un tiempo, obedientes ante sus deseos. Volvió la mirada a Alain—. Debes cabalgar más cerca del rey, hijo.

—Sus tareas parecen más sencillas que las mías. —Alain señaló a los pescadores allá abajo. Vestidos solo con los calzones, disfrutaban del murmullo del agua en sus cuerpos y del calor del sol sobre sus refulgentes espaldas sin más preocupación que sus artesanales labores. Oyó sus risas resonar desde la distante orilla.

—Una sequía, una helada tardía, un agosto lluvioso. Todo eso puede arruinar sus cosechas.

—Pero al menos los ríos siempre traen peces. No estoy del todo seguro de qué cazan las partidas de nobles.

—No te gusta este tipo de caza, pero debes aprender de ella y debes aprender a juzgar qué partida tendrá éxito y cuál fracasará. Así es como establecemos nuestras alianzas. Cuentas con el favor del príncipe.

—No con el de la princesa.

—Solo porque cuentas con el del príncipe.

—Porque soy un bastardo, como él.

—Erais —dijo Lavastine con un repentino tono de mordacidad, como el mordisco profundo de un perro de caza, aunque más como un aviso que como un ataque—. Ahora sois aclamado y honorado legítimamente.

—Sí, padre —dijo Alain, obediente—, pero cuando la princesa Sapientia me mira

y luego mira a lord Geoffrey se acuerda de que el rey puede elegir otro candidato aparte de ella, cuando llegue el momento de designar heredero. —Los perros se sentaron al sol, sin dejar de jadear: Rabia, Pesar, Pasión, Gozo y Miedo. Pánico se durmió. Solamente Incólume seguía olisqueando en el borde del desnivel, entretenido con algo que no interesaba a los demás. Una roca se tambaleó; el rey y sus compañeros analizaban la situación, señalaban hacia el denso ramal de bosque después del cual aparecían huertos y campos de avena madura plantados en medio de un cuidado mosaico de setos.

—Nunca me ha importado mucho el séquito del rey —añadió Lavastine. Él también miraba hacia el bosque. El quejido de un cuerno de caza flotaba en el aire.

—¿No os gusta el rey? —preguntó Alain, con mucha osadía, aunque estuvieran solos y no les oyera nadie a excepción de los perros.

Lavastine tenía una mirada dura y persuasiva, que dirigió a Alain en ese momento.

—El rey está por encima de nuestras preferencias o aversiones, Alain. Lo respeto, como se merece. No tengo motivo de queja alguno, mientras nos deje a mí y a los míos en paz, y me conceda lo que me he ganado. —El rayo de aprobación de sus ojos no se extendía a los labios—. Eso que nosotros ganamos en Gent, tú y yo. Hay muchos hombres jóvenes y algunas pocas mujeres que se unirían con mucho gusto a tu séquito, Alain, si les mostraras tu favor. Has aprendido buenos modales a la perfección y te comportas igual de bien, o incluso mejor, que la mayoría de los jóvenes nobles que vemos en la corte. Has acertado al mantenerte por encima de sus juegos e intrigas inútiles, pero ha llegado el momento de crear nuestro propio séquito.

Alain suspiró.

—Mi familia de acogida me crio para que trabajara y para que estuviera orgulloso de ese trabajo. Sin embargo, aquí, ¿solo debo intrigar, cazar y beber? Padre, he de reconocer que no me siento cómodo en su compañía, pero si no me permito esas distracciones, temo que crean que no soy digno.

Lavastine sonrió ligeramente.

—Su frivolidad no te domina y no debe hacerlo. Te has hecho un nombre tú solo en la guerra. Los otros se han dado cuenta de que también te aplicas en el estudio de la scientia. Ese conocimiento práctico es el que te permitirá administrar las tierras de Lavas como yo he hecho cuando me ha correspondido. Tu comportamiento serio demuestra a ojos de los dignos que vienes de un molde de noble metal.

Los elogios avergonzaron a Alain. No sentía que los mereciese. Allá debajo, los pescadores habían recogido las redes del río y gritaban y disfrutaban del jolgorio con la alegría de unos jóvenes que no tienen otras preocupaciones en el mundo que lanzar el pescado a unas cestas en la rocosa orilla. Algunos peces se les resbalan de las manos con saltos y giros que los llevaban de vuelta al río y a la libertad. De todos modos, las cestas ya estaban casi llenas: el contenido se revolvía y deslizaba; las escamas brillaban a la luz como si fueran de plata líquida.

El cuerno volvió a sonar, más cerca esta vez. Un animal enorme apareció en el claro y saltó a los huertos. Los cazadores del rey empezaron a disparar todos a la vez, con las lanzas en mano. Los perros de Lavastine se levantaron de un salto, pero se quedaron mirando, sin acercarse, hasta que su amo silbó en un tono muy agudo. Ladraron con furia cuando un gran jabalí apareció en la distancia bajo el refugio de un grupo de manzanos.

En ese momento, dos grupos de personas de más o menos igual número galoparon hacia el exterior del bosque: uno desde el extremo sur del ramal y el otro desde el centro. La princesa Sapiaientia lideraba la primera partida. Su estandarte azul y blanco ondeaba sobre una lanza llevada por un sirviente; sus acompañantes cabalgaban a su lado con gran estruendo, vestidos con tanto colorido que destruían la serenidad de la tierra cultivada. Algunos incluso saltaron por encima de setos y pisotearon los campos en sus prisas por cazar al jabalí antes que la otra partida.

Esa otra partida había salido del bosque sin problemas y acorraló a la bestia, pero su líder se preocupó tanto por evitar los espacios de avena y por rodear un campo de judías en sólido crecimiento que se acercaron al jabalí por el norte al mismo tiempo que la princesa Sapiaientia y su cortejo lo rodearon por el sur. Por un instante los dos grupos se colocaron frente a frente, como hacen las fuerzas enemigas durante una escaramuza: la princesa, pequeña y temible sobre un asustadizo caballo castrado demasiado grande para ella; su hermanastro, a sus anchas, con una lanza de caza en una mano y en la otra con las riendas de un caballo de un gris tan espléndido que brillaba bajo el sol.

El príncipe levantó una mano y sus acompañantes se detuvieron y contuvieron. Tenía un garbo tan natural que Sapiaientia, cuando iba a caballo tras él, parecía una especie de chucho tras un grácil galgo. Nadie cabalgaba detrás de ellos: al vencedor corresponde el botín.

Sanglant se abrió para que el jabalí retrocediera del desnivel y se atravesó por detrás. Luego, se frenó deliberadamente para permitir que Sapiaientia se encargara de matarlo, como si fuera derecho de ella. Como si él no quisiera lo que pudiera conseguir con facilidad.

Ella solo vio que vacilaba, que se apartaba. El jabalí se recogió y atacó. Ella le dio una estocada en las costillas y alojó la punta de la lanza debajo del hombro delantero, pero el animal se puso debajo de su caballo y este enloqueció y dio sacudidas mientras ella se mantenía aferrada a la silla de montar.

Los cazadores se acercaron corriendo, adelantados por sus perros de caza. Sanglant saltó del caballo y salió a la carrera hacia la bestia herida, que percibió su movimiento y cargó contra él con miedo y furia ciega. En la distancia, Alain escuchó al rey Henry gritar, pero el príncipe se preparó, sin mostrar ningún miedo. El jabalí se clavó solo la punta de la lanza y cayó. Sanglant metió su daga en el ojo del animal para matarlo.

Sapiaientia ya había calmado a su caballo y era la primera en clamar sangre. Los

perros saltaban, aullaban y mordían en grupo alrededor del jabalí muerto, pero tuvieron que apartarse, gimoteando, con las orejas quietas, cuando el príncipe Sanglant comenzó a darles puñetazos a diestro y siniestro como si él fuera la bestia cazada.

Solo cuando se acercaron los demás jinetes él se sacudió, como un perro recién salido del agua, y dio un paso para volver a ser un hombre, alto y apuesto, con una buena túnica bordada, con unos leotardos y con un broche dorado prendido a una capa corta que le cubría la ancha espalda. Sin embargo, el collar de hierro que llevaba en el cuello en vez de la torques dorada de las familias reales parecía fuera de lugar, igual que la rara costumbre que tenía de olfatear como un perro los olores del aire y de reaccionar como un animal salvaje ante cualquier movimiento inesperado a su alrededor.

La princesa Sapiaientia se acercó al príncipe Sanglant, pero antes de poder bajar del caballo, se distrajo con su consejero jefe, el padre Hugh, quien, con elegante gracia, la apartó de las embriagadoras felicitaciones de su cortejo.

—Por lo menos hay uno —dijo Lavastine con suavidad, al observar la escena con los ojos entrecerrados— que desea que no haya una reconciliación entre los hermanos.

Tras veinte días cabalgando con el séquito del rey, Alain no podía estimar ni confiar, ni siquiera respetar al apuesto, encantador e ingenioso padre Hugh, pero sentía la obligación de ser justo.

—Todo el mundo en la corte habla bien del padre Hugh. Todo el mundo dice que su influencia ha beneficiado a la princesa inconmensurablemente.

—Cierto es que sus formas son excelentes y que su madre es una princesa poderosa. No me gustaría ser su enemigo. Ha apoyado a Sapiaientia con dedicación, y toda esa influencia se convertirá en humo si ella no reina tras su padre.

—No me gusta por lo que le hizo a Liath —musitó Alain.

Lavastine ni se inmutó y miró a su hijo con escepticismo.

—Solo tienes su palabra, la de un Águila errante, de que él se comportó según ella dice. En cualquier caso, si ella fue su esclava legal, él podía hacer lo que quisiera con ella. —Con esa facilidad, descartó los miedos y terrores de Liath—. Aun así, el Águila tiene unos dones poco frecuentes. Fíjate en ella, si quieres. Tal vez aún la volvamos a usar a nuestra conveniencia.

El príncipe Sanglant se había retirado al río, lejos de la matanza y la conmoción. Sus nuevos adláteres, como siempre poco seguros de su humor, mantenían una distancia de seguridad y hacían un esfuerzo obvio para separarse de quienes se congregaban alrededor de Sapiaientia. El príncipe se mantuvo de pie en el borde, donde el desnivel descendía bruscamente sobre el agua. Los pescadores habían dejado de mirar al noble y a su elegante séquito.

—Va a tirarse —dijo Alain de repente. Sanglant empezó a desnudarse en el borde del desnivel, como si sus palabras, con toda certeza demasiado lejanas para que el príncipe las oyera, desencadenaran la acción.

Unas risas disimuladas surgieron en el entorno de Sapiencia. Ya habían visto este comportamiento antes: el príncipe Sanglant tenía la manía de lavarse, pero estar sin ropa en un emplazamiento público como ese no se correspondía con la dignidad y el honor que se supone a alguien de noble cuna. Solo la gente común y corriente que se prepara para lavarse o para trabajar en un día de calor se quitaría la ropa ante todo el mundo sin pensar, tan rápido como si se arrodillase ante Dios para orar.

El príncipe dejó la ropa en el suelo y bajó la ladera hasta llegar al agua. Tenía un llamativo número de cicatrices blancas en la piel, pero había empezado a engordar. Alain ya no podía contarle las costillas.

Mientras el viento cambiaba y se movían las posiciones, Alain pudo oír la agradable voz del padre Hugh gracias a la brisa.

—Lamentablemente, y como algunos perros, saltará a cualquier superficie acuática, si no lo detienen. Venga, alteza. Esto no es adecuado.

El grupo de Sapiencia se retiró al bosque mientras los cazadores se ocupaban del animal, aunque algunas de las mujeres de su cortejo no pudieron evitar mirar atrás.

Lavastine suspiró de forma audible. Se produjo una oleada de movimientos en el grupo del rey cuando algunos jinetes, la mayoría mujeres, hicieron ademán de irse con la princesa Sapiencia, mientras otros, incluido el rey, empezaron a bajarse del caballo.

—Venga —dijo Lavastine mientras indicó a su séquito—, ahora yo vuelvo con el rey. Alain, debes elegir el lugar en el que crees que encajas.

En ese momento, media docena de miembros del séquito del príncipe Sanglant habían empezado a desnudarse para acompañarlo en el agua. Alain vio que el rey pretendía bañarse también, como si fuera una venia real ante el comportamiento de su hijo.

Alain consideró prudente permanecer cerca del rey, así que siguió a Lavastine. En el camino, pudo bromear con varios jóvenes nobles de los que se había hecho amigo. Incólume tomó la delantera, aún detrás de un rastro. Bramó y Miedo se adelantó para resoplar en la hierba a su lado.

En el lugar en el que el acantilado dejaba paso a un terraplén transitable, los criados se habían adelantado para abrir paso a machetazos a través de la maleza de la ladera y así hacer un camino para que el rey bajara al río. El príncipe, con las tranquilas aguas hasta la cintura, sumergió la cabeza y se dirigió a la otra orilla. Río arriba, los pescadores recogieron las cestas y se prepararon para irse. Solo se quedaron un rato más para ver al rey bajar por el terraplén y dejar su lujosa ropa al cuidado de sus sirvientes mientras se metía en el agua fresca. A lo lejos se podrían oír los chapoteos en el agua, los gritos y las risas, que ahogaban cualquier sonido producido por el regreso del grupo de Sapiencia al bosque.

—¿Quieres venir, hijo? —Lavastine se bajó del caballo. En cuanto los pies del conde tocaron el suelo, Pánico intentó apartar al conde de un matorral de zarzas, mientras los demás perros armaron tal jaleo que el príncipe se detuvo a mitad de su

camino hacia la otra orilla para darse la vuelta y ver qué era tal alboroto y el rey Henry le dijo algo a un miembro del séquito que desanduvo el trayecto del terraplén.

—¡Silencio! —Lavastine les frunció el ceño a los perros, que se arremolinaban a su alrededor más como cachorros asustados por un rayo que como perros de caza leales y peleones.

Una criatura se movió entre los matorrales. Los perros se embravecieron. Pánico cerró la mandíbula sobre la mano del conde y tiró de él, mientras Incólume y Miedo saltaron sobre las zarzas, mordiendo al aire. Con mucha rabia, Pesar y Rabia rodearon la zarzamora y Pasión y Gozo iban y venían entre Lavastine y el matorral.

Sin embargo, allí no había nada.

—¡Paz! —dijo con brusquedad Lavastine. No le gustaba nada que no se obedecieran sus órdenes de inmediato.

Incólume aulló de repente, como si gritara de dolor. Los demás perros emprendieron un frenesí tan loco alrededor del matorral que los sirvientes y los nobles se apartaron por el miedo que causaban. Entonces los animales se volvieron, hicieron el amago de morder y echaron a correr, como si les persiguiesen, todos juntos en manada río abajo por el terraplén.

—¡Alain! ¡Síguelos!

Alain los siguió rápidamente con solo un siervo como ayudante. Los perros ya se habían adelantado bastante y bajaban en un grupo abierto y frenético hacia un tramo rocoso de playa. Miró hacia atrás y vio a Lavastine quitarse la ropa y abrirse camino con cuidado, como habían hecho antes los demás cortesanos, pendiente abajo hacia el río. Mientras los jóvenes decidieron cruzar para seguir al príncipe, el rey y sus consejeros adultos reposaron en aguas poco profundas y hablaron sin duda de Gent y de los eika y de las últimas noticias sobre los ataques quman en el este y de ciertas alianzas matrimoniales que debían aceptar o rechazar.

Los perros habían desaparecido, así que Alain empezó a trotar. Los encontró agrupados junto a una curva del río en la última franja estrecha de playa. Con las piernas rígidas, ladraban hacia el agua. Alain creyó ver el resplandor de algo diminuto y blanco que luchaba contra la corriente. Entonces, despacio, los ladridos pasaron a gruñidos y los gruñidos dieron lugar al silencio. Los perros se relajaron y vigilaron con calma, como si contemplaran el fluir del río.

¿Se había imaginado él el destello en movimiento? El sol convertía el agua en metal a medida que avanzaba la corriente. El brillo hacía que a Alain le llorasen los ojos, así que parpadeó rápido, pero eso solo provocó que el agua rielara y fluyera con formas extrañas como si se tornara en una superficie resbaladiza y escamosa vista bajo las aguas o en el paso rápido de un barco por un cañón de agua.

Más adelante se encuentra el humo del hogar, la cuna de su tribu. ¿Quién llegó antes que él? ¿Sus soldados y él tendrán que pelear solo para poder poner pie en tierra o ha llegado primero para poder reclamar ante la Madre

anciana y así ella pueda preparar el cuchillo de decisión?

Las aguas del fiordo reflejaban el hondo rubor del firmamento, el poderoso azul del cielo vespertino. Las aguas están tan mansas que todos los árboles de la orilla se reflejan en las profundidades. Cerca de la orilla la espalda brillante de un tritón separa las aguas y un ojo maldito medita; entonces, con un coletazo la criatura desaparece en los perfectos abismos.

Con los dientes cerrados alrededor la mano y, volviendo en sí, miró hacia abajo y vio que Pesar tiraba de él para llamar su atención. Solo quedaban tres perros: los demás habían desaparecido. Se volvió y vio a su ayudante sentado de piernas cruzadas, con los brazos relajados, como si llevara mucho tiempo esperando.

—¡Mi señor! —El hombre se puso de pie de un brinco—. Los demás perros volvieron corriendo junto al conde. Yo no sabía cómo detenerlos y usted permaneció tanto tiempo inmóvil que no sabía si interrumpirlos... —A medida que dejaba de hablar, miró nervioso a los perros que quedaban: Pesar, Rabia e Incólume, que gimoteaba sentado y se lamía la pata delantera derecha.

—No importa. —Alain cogió la pata de Incólume para examinarla. Una espina de zarza se le había clavado en la carne. Lo tranquilizó con la voz, cogió la espina y la sacó de un tirón. El perro gimoteó y volvió a lamerse.

Le distrajo un destello blanco en la corriente del río. Río abajo apareció un pez vuelto hacia arriba. Muerto. Y luego surgieron un segundo, un tercero y un cuarto aún más abajo. Vientres blancos y muertos aparecieron al sol y al aire; la corriente conducía hacia el mar cadáveres relucientes. Más allá distinguió una luz en el agua.

Rabia gruñó.

—¡Mi señor! —El siervo había traído el caballo.

Aun así retrocedió a pie para vigilar a Incólume. La espina no había provocado ningún daño perdurable, por lo que enseguida se puso a correr contento con los demás, de buen humor, mordiendo y pellizcando a sus primos como en un juego. Alain hubiera reído al verlos. Después de todo, era un día agradable y sin preocupaciones.

Pero cuando, al otro lado del río, vio a los pescadores caminar con dificultad de vuelta a casa con las cestas llenas de grandes peces, la imagen del pez muerto en la corriente le recordó otra cosa y le provocó una perturbadora premonición. Aunque no sabía por qué.

La tranquilidad que dominaba el patio interior del palacio de Weraushausen, combinada con el calor del sol, tenía un efecto tan relajante que Liath dormitaba sobre el banco de piedra en el que esperaba aun sin estar cansada. Los miedos y las esperanzas se confundían para convertirse en un sueño confuso: la muerte de papá, Hugh, la maldición de fuego, el amor y la lealtad de Hanna, la promesa de Ivar, las sombras de los elfos muertos, lord Alain y la amistad que le había ofrecido a ella, la muerte de Corazón Sangriento, la hermana Rosvita y El libro de los secretos, los daimones que la perseguían y, más vivido que los demás, el palpable recuerdo del pelo de Sanglant entre sus dedos junto al arroyo en el que él se quitó la mugre de su cautiverio.

El corazón empezó a latirle con fuerza: sentía calor, bochorno, consternación y desaliento, y al mismo tiempo, esperanza.

No podía evitar pensar en él porque solo quería pensar en él. Una abeja pasó zumbando. El jardinero que arrancaba la maleza del jardín se había cambiado a otra hilera. Nadie había venido a llamarla. No sabía cuánto más tendría que esperar.

Se dirigió al pozo con un tejado y muros de piedra blanca encalada. La corriente de aire que surgía de las profundidades olía a agua fresca y a piedra húmeda. El diácono que cuidaba de la capilla le había contado que un manantial alimentaba los pozos. Antes de la llegada de los monjes daisanitas a estas tierras cien años atrás, esa fuente había permanecido escondida entre las rocas y las tribus paganas la veneraban como a una diosa. En ese momento un tanque de piedra la contenía con cuidado bajo el palacio.

¿Eso era el destello de las aguas profundas? Si se fijaba lo suficiente con sus ojos de salamandra, ¿vería en ese espejo la cara del hombre con el que se casaría, como decían las ancianas herboristas? ¿O se trataba solo de una superstición pagana, como apuntaban las madres de la Iglesia?

Retrocedió. De repente temió ver algo y se separó de la sombra del pequeño tejado y se colocó bajo el chorro de sol de mediodía.

Nunca amaré a otro hombre que no sea él. ¿No era esa la promesa que había hecho cuatro días antes en el círculo de rocas que había cruzado a través de una puerta invisible para llegar a una tierra desconocida? ¿Había sido tan insensata como para apartarse de las enseñanzas que le ofreció el viejo hechicero?

Se protegió los ojos de la luz del sol y se volvió a sentar en el banco. Tenía unas pesadas patas diseñadas a semejanza de las garras de un león y talladas en mármol rojizo. Habían utilizado el mismo mármol para los pilares del patio interior.

Como el rey no se encontraba en ese momento en su residencia de Weraushausen, una simple Águila como ella podía sentarse en el patio habitualmente reservado para el rey más que para una sirvienta. Había tanta calma que durante ese rato creería en la paz que se dice que Dios concede a las almas tranquilas, aunque nunca pareciera posible que a ella se le concediera esa paz.

Un grito repentino rompió el silencio, seguido por una risa y los pasos de unos pies corriendo.

—No, niños. Caminad con dignidad. ¡Más despacio!

Los niños de la schola del rey habían llegado para hacer los ejercicios de mediodía, algunos más reposados que otros. Liath observó cómo daban volteretas al sol. Envidiaba su libertad para estudiar, su conocimiento de su familia y su futura posición en la corte del rey. Un niño saltó un plinto y se colgó de las piernas de la vieja estatua de un antiguo general dariyano colocada allí.

—¡Lord Adelfred! Bajaos de ahí. ¡Os lo ruego!

—Hay un Águila —dijo el niño al saltar—. ¿Por qué no oímos su crónica de la batalla de Gent?

Junto a la estatua se había parado Ekkehard, el hijo más pequeño del rey. Se parecía a su padre, aunque tenía la esbeltez de la juventud. En ese momento, tenía una expresión hosca, como si tratara de un fino adorno a su rico ropaje y a los anillos de gemas, lo cual suponía un fuerte contraste respecto a la austera expresión del soldado de piedra.

—Le pregunté a mi padre si podía cabalgar con ella —dijo el niño—, pero no se permite.

—Debemos regresar a la corte del rey pronto —replicó el otro niño, alarmado. Por el ligero acento con el que pronunciaba el wendiano, Liath se preguntó si sería de Avaria, quizá era uno de los muchos sobrinos del duque Burchard.

—¡El rey Henry no puede pretender dejarnos aquí para siempre! ¡Tengo que tener mi comitiva el año próximo y cabalgar hacia el este para luchar contra los quman!

—Eso ya nunca importará —musitó el príncipe Ekkehard. Tenía una voz suave. Liath lo había oído cantar a las mil maravillas la noche anterior. Durante el día, sin un laúd en la mano, tenía un aspecto impaciente y malhumorado—. Pronto cumpliré quince años y también tendré mi propia comitiva y entonces no se me tratará como a un niño. Entonces podré hacer lo que quiera.

—Águila.

Liath se puso en pie y se volvió, esperando ver a un clérigo que viniera a llevarla junto a la clérigo Mónica. Solo vio la parte superior de una cabeza de pelo negro.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el niño. Durante un instante, era como mirarse a un espejo y ver una sombra de sí misma, aunque no se parecían en nada, excepto en

la tez.

—Eres la hija del duque Conrad —respondió Liath.

La niña agarró la muñeca de Liath y dio la vuelta a la mano del Águila para ver la piel clara de su dorso.

—Sin contar a mi padre, a mi avia, es decir, mi abuela, a mi hermana y a mí misma, nunca he visto a nadie con una piel como esa. Una vez vi a una esclava en la comitiva de un presbítero. Dicen que había nacido en la tierra de los gyptos, pero era negra como el carbón. ¿De dónde son tus parientes?

—De Darre —dijo Liath, a la que hizo gracia su risueña arrogancia.

La niña la miraba con una expresión imperiosa.

—Acabas de volver. ¿Hay nuevas noticias? Mi madre, *lady* Eadgifu, debería haber tenido un bebé ya, pero nadie me dice nada.

—No he oído nada sobre tu madre.

La niña miró hacia los otros niños. Ekkehard y su compañero se habían marchado a lanzar los dados a la sombra de las columnatas y los demás se mantenían en la distancia. Solo estaba la vieja estatua, como un leal compañero. En otro tiempo, sostenía una espada, pero ya no. En sus ojos todavía había motas azules; en la protegida curva del codo y en los profundos pliegues de la capa se prolongaban pliegues de piedra. Desde el hombro izquierdo Liath pudo ver manchas de pintura dorada que aún no se había llevado el viento y la lluvia. En las sandalias de piedra y entre los dedos del pie crecía liquen.

¿No se decía que los emperadores y las emperatrices dariyanas y su corte de nobles eran los descendientes mestizos de los Perdidos? Este general de piedra se parecía un poco a Sanglant.

—Aquí soy prisionera, ya sabes —añadió la niña sin ánimo. Tenía el perfil redondo de la juventud, aún difusa por la grasa infantil, y la promesa de un crecimiento futuro, pero también tenía la expresión de poseer una clara conciencia de sí misma a pesar de todo. No tenía más de nueve o diez años y ya entendía el enmarañado baile de intrigas palaciegas. Con un suspiro, soltó la mano de Liath y dio media vuelta.

»Todavía echo de menos a Berthold —murmuró—. Era el único que me prestaba atención.

—¿Quién es Berthold? —preguntó Liath, intrigada por la añoranza de la voz de la niña.

Sin embargo, la niña solo la miró, como si le sorprendiera, como diría Hugh, oír hablar a un perro.

Una clérigo se acercó con prisas a la columnata central y le hizo señales a Liath, quien la siguió a palacio. En una cámara espaciosa de panales de madera, la clérigo Mónica estaba sentada en una esquina de una mesa normalmente ocupada por clérigos que escribían con cuidadosos trazos medio despiertas, o que bostezaban mientras una ligera brisa agitaba el aire. Habían quitado las contraventanas. A través

de las ventanas, Liath pudo ver una cuadra de caballos y, más allá, el borde de tierra que formaba parte de las fortificaciones. A lo largo del arcén nacían flores silvestres de color púrpura y amarillo claro. Las cabras pastaban en una abrupta ladera.

—Pasad —dijo la clérigo Mónica en voz baja. Las clérigos trabajan en silencio y solamente el lejano balar de la cabra y el grito ocasional de uno de los niños penetraron en la habitación. Sin embargo, allí entre ellas existía un ambiente cordial, como si este silencio reflejara un trabajo hecho juntas de buen grado, con un solo corazón y un solo esfuerzo. En la mano derecha de Mónica había dos cartas y varios pergaminos—. Aquí tienes una carta para la hermana Rosvita de la madre Roghard del convento de Santa Valeria. Aquí tienes cuatro capitulares rellenos por las clérigos según órdenes del rey. Al rey Henry contad este mensaje: la schola abandonará Weraushausen dentro de dos días y se dirigirá al sur para encontrarse con él en Thersa, según ordena su majestad. ¿Lo entendéis todo?

—Sí.

—Ahora —la clérigo Mónica hizo señas a una diminuta diaconisa casi tan mayor como ella misma. Liath era mucho más alta que la anciana—, diaconisa Ansfrida.

La diaconisa Ansfrida tenía un ceceo que, combinado con la altanería de una noble, le daba el aspecto de una abstracción ridícula.

—Han construido una nueva calzada a través del bosque. Si la seguís, os ahorrará cuatro días de camino hacia Thersa.

—¿Es seguro cabalgar por el bosque?

A ninguna de las clérigos pareció sorprenderle la pregunta. Los bosques estaban fuera de los parajes de la Iglesia. Todavía eran tierras salvajes.

—No he oído noticias acerca de que las tropas encargadas de la obra se hayan topado con alguna dificultad. Desde que los eika aparecieron el año pasado, hemos estado especialmente tranquilas, sin ataques.

—¿Y las otras criaturas?

La clérigo Mónica suspiró un «ah» que se oyó, pero que se acalló al mezclarse con el ruido de los pies arrastrados y los rayones de los lápices. Al mismo tiempo le dedicó a Liath una extraña mirada.

—En realidad, debemos tener cuidado con los lobos —replicó Ansfrida—. ¿Es a eso a lo que te refieres?

Mejor, pensó Liath, hubiera sido a haber preguntado eso a los habitantes del bosque y no a las mujeres de la Iglesia.

—Sí, a eso me refiero —contestó rápido.

—Puedes esperar fuera —dijo resueltamente la clérigo Mónica—. Un siervo os llevará un caballo.

Así despedida, Liath se retiró, aliviada de alejarse del ojo vigilante de Mónica. Fuera de palacio encontró un banco de madera donde sentarse. Ahí esperaría otra vez. El palacio estaba cercado por muros de construcción reciente. En la zona en la que la zanja y el muro de tierra se levantaban en ese momento, podía ver los restos de un

viejo edificio ya destruido y por el que se excavó al construir la fortificación. El palacio se levantaba ante ella. Con ventanas en lo alto de los muros y seis torres pegadas como centinelas al ala semicircular, desde el exterior parecía más un fuerte que un palacio. Una mezcla de edificaciones anexas se dispersaba en los bordes de protección. En el exterior de la cocina de campaña, una mujer asaba un trozo de ternera sobre un foso humeante. Un siervo dormía medio escondido en la hierba.

Sin el rey en palacio, Weraushausen era un lugar tranquilo. En la capilla se oía la voz de una mujer que comenzaba la oración de los servicios de la hora sexta. En campos lejanos, un coro de hombres robustos cantaba mientras trabajaban bajo el calor del sol. Los grillos zumbaban. Más allá del río, se encontraba el gran margen verde del agreste bosque. Un águila, apenas con una mancha negra, planeaba por el límite exterior.

¿Cómo sería vivir en semejante paz?

Abrió las alforjas. Las cartas estaban lacradas y selladas con figuras diminutas. Al momento reconoció el sello del convento de Santa Valeria por el planetario orrery en miniatura, símbolo de la victoria de esta santa en la ciudad de Sais cuando condenó a los astrólogos paganos. Liath no se atrevió a abrir la carta, por supuesto. ¿Contendría noticias sobre la princesa Theophanu? ¿Se habría recuperado de la enfermedad, o la carta tendría noticias sobre su muerte? ¿La madre Rothgard había escrito para avisar a la hermana Rosvita de que un hechicero viajaba encubierto en la avanzadilla del rey? ¿Rosvita sospecharía de Liath? ¿O sospecharía de Hugh?

Liath echó un vistazo a los capitulares: el rey Henry otorgaba a las monjas de Regensbach una propiedad determinada, llamada Felstatt, a cambio de la cual le deben ofrecer al rey y a sus herederos alojamiento completo y prestar servicios de alojamiento y comida al séquito real, además de dar forraje para los caballos en aquellas ocasiones en las que el séquito real atravesase ese lugar. El rey Henry dota de fondos a un monasterio en Gent en nombre de santa Perpetua en agradecimiento por la victoria en Gent y por el regreso de su hijo. El rey Henry concede inmunidad a todos, menos al servicio real, para los habitantes del bosque de Bretwald a cambio de que mantengan limpia la nueva calzada del bosque. El rey Henry convoca a los ancianos de la Iglesia a un consejo en Autun el primer día del mes de setembre, que en el calendario de la Iglesia se llama misa de Matthias.

Ese día, de acuerdo con los mathematici, era el equinoccio de otoño.

¡Ay, Dios! Si tuviera El libro de los secretos, ¿podría abrirlo en este momento libremente? ¿Alguna vez viviría en un lugar con el ocio y la seguridad que ofrecía este palacio? ¿Había algún lugar en el que ella pudiera estudiar los secretos de los mathematici, pasear por la ciudad de su memoria, explorar la maldición del fuego y que la dejaran sola?

Se rio suavemente, con una mezcla de rabia, pesar y deseo vertiginoso. Le habían ofrecido un lugar así cuando menos se lo esperaba y ella lo había dejado atrás para perseguir un sueño igual de imposible.

Como había prometido la diaconisa, la calzada corría por el bosque de Bretwald. Los pájaros trinaban en las ramas. Una hembra de gamo y unos cervatos gemelos aparecieron trotando, pero enseguida desaparecieron en la espesura del bosque. Oyó el gruñido de un jabalí. Miró detenidamente hacia el interior, más allá del límite que marcaba la calzada. Los árboles se extendían en todos los sentidos hasta cubrir un laberinto incognoscible e impenetrable. El aroma del crecimiento reinaba por encima de todo con la misma intensidad que las especias de un festín del rey. Como un rico prado, casi podía saborearlo con solo respirar.

No obstante, ya no podía cabalgar hacia el interior del bosque sin mirar hacia atrás. No podía olvidar al daimon que la había acechado o a la criatura de las campanas. No podía olvidar el misil de un duende que había matado a su caballo la última primavera, aunque aquella persecución había tenido lugar en otro bosque. Sin embargo, seguro que todos los bosques eran meras piezas de un único bosque, grande y antiguo. Había viajado lo suficiente como para saber que los lugares salvajes de la tierra eran mucho más extensos que las tierras dominadas por las manos humanas.

Allí.

Un uro echó a correr entre los árboles a lo lejos. Sus cuernos curvados atraparon un vago rayo de luz, vivido y perturbador, pero desapareció enseguida. El ruido de su caminar se deshizo en el sordo silencio del bosque, que no era un silencio real en absoluto, sino, más bien, un tejido de cientos de diminutos sonidos mezclados con tanta perfección que se convertían en ese tipo de silencio que el parloteo de las empresas humanas había olvidado, que no conocía o al que no prestaba atención.

Cuando se apagó el último susurro del uro, Liath escuchó tras ella, con bastante claridad, el pisar de unos cascos. Se volvió en la silla pero no vio nada. ¿Y si era Hugh?

¡Ay, Señora! Ese desgraciado de Hugh no tenía ningún motivo para seguirla. Él esperaría en el resguardo que ofrece la avanzadilla del rey porque sabía que ella tenía que volver junto al monarca. No tenía libertad sobre sí misma para elegir adónde ir y cómo vivir: no era más que un Águila del rey a regañadientes y eso era todo lo que ella tenía, su única seguridad, su única familia.

—Excepto Sanglant —susurró. Si lo nombraba muy alto, ¿se despertaría de un largo y casi doloroso sueño y encontraría al príncipe aún muerto en Gent y a ella

sollozando junto a un fuego mortecino?

El sonido de los cascos desapareció con el viento, que agitaba las ramas superiores y que fue interrumpido por el vuelo de una docena de ruidosas palomas torcaces. Así, de repente, vio un destello rojo a lo lejos, hacia atrás, en la oscura calzada. De repente, sacó el arco del carcaj y preparó una flecha sin tensar el arco.

A su izquierda una rama hizo un ruido. Se volvió, pero no apareció nada entre los matorrales. Además, ¿para qué correr? Papá y ella se habían escabullido entre las sombras y al final sus enemigos los habían atrapado.

Frenó el caballo y miró detenidamente entre cada matorral y a lo largo de un inesperado panorama de troncos que se extendían hacia las sombras como los pilares de los pasillos de una catedral. Nada. Lo que se acercaba venía por la calzada. Y no oía campanas tañer.

Sin embargo, se había ruborizado y sudaba. Colocó la flecha y aguardó. Un Águila del rey esperaba respeto y un viaje seguro. Había aguantado mucho, había escapado de Hugh dos veces.

Era lo bastante fuerte como para hacer frente a este enemigo.

A medida que el jinete salía de las sombras de los árboles, vio una figura vestida con ropas normales y la única señal de una capa gris con adornos escarlata. En el cuello parpadeaba una insignia que le resultaba familiar.

—¡Wolfhere!

Él se rio y, cuando estuvo cerca, le habló.

—Te agradecería que no me miraras de forma tan intimidatoria con esa flecha apuntando a mi corazón.

Confusa, bajó el arco.

—¡Wolfhere! —repitió, demasiado atónita como para decir otra cosa.

—Quería alcanzarte antes de que cayera la noche. —Se detuvo detrás de ella—. A nadie le gusta atravesar el bosque solo. —Él montaba un caballo castrado de aspecto hosco, al que su yegua, al percibir peligro, mordió los cuartos traseros para así hacerle saber claramente cuál de los dos tenía prioridad.

—Has cabalgado directamente desde Darre —dijo ella como una tonta, aún demasiado sorprendida como para pensar.

—Eso he hecho —reconoció él con gentileza. Puso a su montura a caminar y ella le siguió.

—A Hanna le llevó meses localizar al rey y solo es día 25 de quadrii.

—Eso es, día de santa Placidaza, la que llevó el Círculo de la Unidad a la tribu de duendes de las montañas Harenz. —Ella percibió de inmediato que él intentaba no sonreír.

—Pero sabes perfectamente que ningún paso sobre las montañas Alfar se despeja hasta el principio del verano. ¿Cómo llegaste a Weraushausen tan rápido?

La miró tendenciosamente, con seriedad en los ojos y la boca torcida.

—Yo sabía dónde estaba el rey.

—Lo buscaste a través del fuego.

—Así fue. Fue un invierno suave y atravesé el paso de Julier antes de lo que esperaba. Cuando podía, observaba a través del fuego. Liath, conozco Wendar bien. Seguí al séquito del rey con esa perspectiva y vi dónde quedaron encerrados. En cuanto vi que el rey Henry había dejado a los niños de la schola en Werauschausen, supe que no volvería por ese camino o que, al menos, mandaría un mensaje por medio de uno de sus Águilas, que sabría qué ruta planeaba seguir él. Esperaba que fueras tú.

¿Cuánto habría descubierto de ella? ¿Sabría que Hugh la torturaba de nuevo? ¿La habría visto quemar el palacio en Augensbur o luchar contra las sombras perdidas en el bosque al este de Laart o matar a Corazón Sangriento? ¿Habría oído lo que le dijo Sanglant? ¿La habría visto cruzar la puerta de la roca de fuego?

Como si pudiera leer sus pensamientos a través de su expresión, él volvió hablar.

—Aunque no podía estar seguro de que todavía siguieras con la avanzadilla del rey en vez de con la princesa Theophanu o en cualquier otra misión. Eres difícil de ver a través del fuego, Liath. Parece que hubiera una neblina a tu alrededor que te oculta. Supongo que Bernard habrá echado algún hechizo sobre ti para que te esconda. Me sorprende que el efecto haya perdurado tanto tiempo después de su muerte.

Como si fueran un desafío, las palabras parecían colgar en el espacio entre ambos. Cabalgaron unos metros en silencio mientras, con las ramas sobre ellos, el arrullo de unas tórtolas les ofrecía una serenata y se quedaba atrás.

—Vas al centro de la cuestión y, de repente, ¿lo dejas a un lado?

—¡Ay! No se me suele acusar de tal debilidad. —Habló con un tono seco y mostró una breve sonrisa—. ¿A qué te refieres, mi niña?

Se rio, con frivolidad, un poco mareada.

—No confío en ti, Wolfhere, y tal vez nunca lo haga, pero te agradezco que me salvaras en el Descanso del Corazón. Y ya no te temo.

Esta vez su sonrisa vino acompañada con un brillo en los ojos, con un ligero parpadeo gris.

No esperó su respuesta, sino que continuó, decidida a sacar inmediatamente todo a la luz.

—¿Por qué me estabas buscando? ¿Por qué me salvaste en el Descanso del Corazón?

Él pestañeó. Ella lo había sorprendido.

—Cuando naciste, le prometí a Anne que te cuidaría. Durante ocho años os busqué a ti y a tu padre, desde que desaparecisteis. Sabía que estabas en peligro. —Miró hacia el borde en el que la calzada y el bosque se encontraban y confundían.

Cuando fruncía el ceño, se le marcaban las arrugas en la frente y ella podía comprobar lo mayor que era. Solo había visto a un puñado de gente que suponía mayores que Wolfhere y, con toda seguridad, ninguno era tan robusto y vigoroso.

¿Qué magia lo hacía tan fuerte a pesar de la edad? ¿O no era magia en absoluto, sino el beso de la diosa Fortuna, quien por sus caprichosos motivos bendecía a algunos con vigor mientras que a otros infligía debilidad?

—Si te hubiera encontrado antes —continuó él, aún sin mirarla—, Bernard no hubiera muerto.

—¿Tú podías habernos protegido? —Él no había visto el cuerpo de papá o las dos flechas clavadas inútilmente en la pared.

—Solo nuestra Señora y nuestro Señor ven todo lo que sucede y todo lo que sucederá. —Un arrendajo gritó con aspereza y salió revoloteando del camino. Su rabadilla era un destello blanco entre el denso verde. Dejó de contemplar un derroche de zarzas en flor enroscadas en los bordes de la calzada y dirigió su pálida y entusiasta mirada hacia ella otra vez.

»¿Y tú que tal, Liath? ¿Has estado bien? Pareces más fuerte.

¿Entendía él el fuego que ella guardaba en su interior y del que papá le había intentado proteger? Ella no quería que él se diera cuenta de su existencia, ni que ella supiera de su existencia, como si cualquier cambio en ella pudiera traicionarlo con su penetrante mirada. Estaba segura de que él la observaba con tanto interés para así poder ver lo que ella pudiera revelar sin querer. Papá siempre decía que había dos formas de esconderse: escabullirse de sombra en sombra, o hablar a plena luz en un camino muy transitado a mediodía. «Habla demasiado sobre nada o cállalo todo» hubiera dicho, pero a Wolfhere no le engañaba con su charla y ella ya no se atrevía a esconderse tras el silencio. En otro tiempo pensó que el silencio la protegería. Ya sabía que la ignorancia es más peligrosa que el conocimiento.

—Tenía miedo de que hicieras preguntas antes —acabó por decir ella, con la voz entrecortada—. A pesar de que yo quería saber sobre papá y sobre mi madre. Tenía miedo de que me hicieras decirte cosas, de que tú fueras uno de los que nos perseguía, pero sé que eres uno de los que nos perseguía.

—Yo no lo diría así: «perseguirte».

—¿No perteneces a la tribu de los lobos? ¿No persiguen los lobos?

—El lobo hace lo que tiene que hacer. Al contrario que los humanos, solo mata cuando lo amenazan o cuando tiene hambre... y solo mata lo que necesita.

—¿Cómo conociste a mis padres?

—Nuestros caminos se cruzaron. —Sonrió con tristeza, mientras recordaba, igual que ella, la conversación, cercana a un lucha entre enemigos, que habían mantenido la pasada primavera en la torre de Steleshame—. ¿Qué sabes de magia, Liath?

—¡No lo suficiente! —Reconsideró estas palabras precipitadas y añadió—: Lo suficiente para mantenerme callada a ese respecto. Solo tengo tu palabra de que prometiste a mi madre protegerme. Ella está muerta y papá nunca mencionó tu nombre. ¿Por qué he de confiar en ti?

Miró con una expresión de pena, como a una verdad traicionada o a una amabilidad desdeñada.

—Porque tu madre... —se detuvo.

Ella esperó. Había varios tipos de silencio: el de un bosque indiferente; el de un hombre que titubea mientras una mujer espera oír la verdad; el que ahoga por el miedo o el que nace de un verdadero manantial de alegría. Este silencio era el que se extendía desde él hacia el bosque. La repentina quietud de los pájaros ante una presencia inesperada que caminaba entre ellos. El silencio invasor cuando una nube envuelve al sol. Su expresión contenía mucha presión contenida, como si tomara una decisión tras una dura pelea.

Cuando por fin habló, dijo algo que ella nunca esperó oír.

—Tu madre no está muerta.

Diez pasos, tal vez doce, en un camino de un bosque seco cuyas ramas hacían ruido por el viento huracanado, condujeron a Zacharias y a la mujer a otro difícil punto del trayecto. Mientras seguía a la mujer aoi a través de una burbuja de calor, le golpearon en la cara remolinos de aire al doblar una curva. El suelo se movía bajo sus pies y, de repente, descendió una pendiente de guijarros y se encontró caminando con dificultad en medio de montones de arena que le llegaban hasta la pantorrilla. Detrás, el caballo pasaba apuros, por lo que tuvo que tirar de él para levantarlo en una pendiente que se desmoronaba hasta el lugar donde la mujer aoi se paró, en un camino señalado por piedras negras. A su alrededor todo era tierra yerma; solo estaban el sol, la arena y el estrecho camino que se cortaba bruscamente a la derecha.

Lo debilitó la desorientación. Tenía la vista borrosa y cuando pudo volver a ver, caminaban por el bosque. Sin embargo, allí los árboles eran diferentes, más densos que en la primera parte de bosque que había visto. Era como si se hubieran trasladado de la tierra en la que la pequeña hierba crece salvaje en los límites hasta más allá de la hierba alta de la jungla que envuelve la tierra y a todo el que camine entre las sombras.

La mujer aoi hablaba con un susurro agudo y levantó una mano para que parasen. Zacharias tiró del caballo para que se detuviera. A lo lejos, escuchó el grito de lamento de un cuerno y vio un destello verde y dorado en medio de la vegetación. Alguien se movía en el bosque. Esperaron durante lo que pareció una eternidad, aunque Zacharias solo exhaló unos veinte suspiros.

—¡Ey! —dijo la mujer, mientras le hacía señas hacia delante. Parecía nerviosa y su paso era rápido y enérgico.

Esta vez, cuando el camino cambió de dirección hacia la izquierda, Zacharias sabía qué esperar. El suelo se movió, pero él mantuvo el equilibrio: solo lo perdió cuando las botas chapotearon en el agua y un viento salado le escoció los labios. El agua le sobrepasó los tobillos. Miró hacia delante para comprobar con sorpresa cómo surgían olas hacia el horizonte. Se tambaleó estupefacto y apenas se pudo sujetar al cuello del caballo. ¿De dónde venía toda esa agua? ¿Hasta dónde llegaba?

En el otro lado, gracias a Dios, se extendía una larga playa de guijarros y más allá montículos de hierba y matorrales. Un sendero de bronce reluciente brillaba bajo el agua.

—¿Qué es este lugar? —susurró él.

La mujer no contestó.

«La tierra de los fantasmas» hubiera dicho su abuela. «El mundo del espíritu». ¿Estaría muerto?

El sendero torcía a la derecha y la mujer aoi desapareció en una densa nube de niebla. Zacharias se deshizo de su miedo y la siguió a un lugar en el que la luz entraba a raudales en la neblina, en el que una hoguera ardía con una llama azul y blanca que le quemó la cara... y que desapareció.

Aspiró un soplo de aire fresco y cayó de rodillas junto a una hoguera apagada. De su ropa caían charcos de agua que empapaban la tierra. Un instante después, tragó saliva al reconocer dónde se encontraban. Habían regresado al mismo círculo de rocas en el que la hechicera había vencido a Bulkezu. Buscó a tientas el cuchillo y entonces vio el cielo y mostró su sorpresa entre dientes.

Era de noche y la luna menguante dejaba al desnudo los huesos del círculo de rocas y el largo horizonte de hierba: una clara extensión plateada bajo la luz de la luna.

Cuatro vueltas sobre un camino de otro mundo no los habían conducido a otro lugar, sino de regreso al mismo sitio, pero en otro tiempo.

Se arrodilló al lado de la vieja hoguera y revolvió las cenizas frías con un dedo. Habían aparecido granzas junto con un pétalo de una flor que se secaba.

—Seis días, tal vez siete —dijo en voz alta, tras tocar la ceniza con la lengua. Levantó la mirada y de repente temió que ella lo castigara a causa de su temor... o de lo que sabía. Sin embargo, sí ella hubiera pretendido matarlo, seguramente ya lo habría hecho—. ¿Hemos caminado por tierras fantasmas? —preguntó.

Ella permanecía de pie bajo un dintel. Miraba fijamente la llanura hacia el oeste. Con la chaqueta de Bulkezu sobre los hombros, tenía el aspecto de un chico quman.

Aunque ella no era un chico.

Levantó la lanza hacia los cielos y dijo unas palabras incomprensibles, gritaba, oraba, ordenaba: ¿Quién lo sabría? Al balancearse también lo hacía su falda de cuero, tan suave como la mejor piel de becerro.

Aunque no era piel de becerro.

—¡Ah... ah... ah..., señora! —El pánico dificultó sus palabras, arrancadas por el susto.

La falda que ella vestía no era de piel de becerro, ni de ciervo. De hecho, en absoluto era de piel de animal.

Bajo el dintel, la mujer aoi se volvió para mirarlo. La falda de piel se deslizaba con garbo a su alrededor, como un fino lustre de bronce que casi parecía resplandecer a la luz de la luna.

—Piel humana —musitó él. Las palabras desaparecieron con la brisa de la noche, pero ella las contestó:

—Una vez te llamaron Zacharias, hijo de Elseva y Volusianus. He tomado tu

sangre en mi sangre. Ahora estás atado a mí y por fin he visto cómo puedes servirme a mí y a mi causa.

Viva.

Al principio Liath solo pudo cabalgar en silencio por la recién abierta calzada, mientras la gran masa de bosque se enmarañaba a su alrededor hasta que se sintió completamente confundida. ¿Por qué papá le había mentado? ¿Lo habría sabido él? ¡Ay, Señora! ¿Por qué no estaría papá vivo, y no su madre?

De inmediato, consideró tal pensamiento un pecado, pero para ella su madre existía tan en la distancia que no pudo aferrarse a ningún sentimiento cuando, tras las palabras de Wolfhere, surgió un recuerdo que, más que parte de su memoria, era un sueño: un patio y un jardín de hierba, las garras de un águila talladas en un banco de piedra, el resbaladizo recuerdo de unos silenciosos sirvientes medio escondidos en la sombra. De su madre recordaba poco, excepto que su pelo era tan claro como la paja y que su piel era tan blanca como si el sol nunca la hubiera tocado, aunque recordaba haberse sentado algunas tardes enteras al sol de un verano de Aosta bajo una luz más pura que el oro batido.

—Lo has sabido todo este tiempo.

—No —dijo él de manera cortante—. Lo descubrí ahora, durante el viaje a Aosta.

—Hanna no me lo dijo.

—Ella ya me había dejado para ir al rey Henry con la noticia de la fuga de la obispo Antonia.

—¿Le contaste a mi madre que me habías encontrado? ¿Le contaste que asesinaron a papá? ¿Qué dijo?

—Dijo que debo llevarte junto a ella lo antes posible.

—¿Pero dónde está ahora?

Él acabó por negar con la cabeza.

—No me atrevo, Liath. Debo llevarte con ella yo mismo. Te buscan otros... y a ella también.

—Los mismos que mataron a papá.

El silencio bastó como respuesta.

—¡Ay, Señora! —ella se consideraba una mujer joven, que había perdido los últimos restos de inocencia cuando mataron a papá y Hugh la había tomado como esclava. Sabía que debía de parecerle muy cambiada, diferente de aquel día en Autun un año atrás, cuando se habían separado. Ella había crecido, engordado y se había

vuelto más fuerte, pero Wolfhere quizá no había envejecido ni un solo día en el último día porque no podía apreciar nada distinto en él. Con el pelo blanco, la mirada observadora y la misma expresión imperturbable con la que todas las sabias y ancianas almas desconciertan a la joven irreflexión, a lo largo de su vida, él había capeado muchas cosas sobre las que ella solo podría hacer conjeturas. Seguro que fue necesaria alguna acción extraordinaria para que un hombre nacido común se convirtiera en enemigo de un rey, porque para nada los reyes necesitan prestar atención a todo lo que se encuentre por debajo de ellos, excepto por la gracia de Dios. Aun así, el entristecido Henry en Autun había apartado a Wolfhere de la corte como castigo por haber sido el mensajero que había llevado la noticia de la muerte de Sanglant en Gent.

Aunque Sanglant no estaba muerto.

—Ojalá hubiera podido llevarte a ti a Darre en vez de a Hanna —musitó Wolfhere. Entonces sonrió con ironía—. Y no es que tenga ninguna queja de Hanna, claro, pero no hay que olvidar... como yo he hecho una o dos veces a mi pesar... que nosotros los Águilas no controlamos nuestros movimientos. Debemos ir adonde nos envíe el rey.

—Si no te gustan las órdenes del rey, ¿por qué sigues siendo un Águila?

—Ah, bien. —La sonrisa desapareció un poco—. He sido un Águila durante muchos años.

Cabalaron durante un rato en silencio mientras el sol de la tarde dejaba sombras por la calzada. Una cometa roja planeó sobre las copas de los árboles y desapareció como si descendiera como una presa. Unas enredaderas colgaban de unas ramas que sobresalían y rozaban el sendero.

—¿Está bien? —acabó por preguntar Liath.

—Está como siempre ha estado.

—Que me digas eso es como si no me dijeras nada. Apenas la recuerdo. ¡Ay, Señora! ¿Puedes imaginar lo que eso significa para mí?

—Eso significa —dijo Wolfhere con expresión sombría— que te perderé como Águila.

Eso la chocó repentina y profundamente.

—Ya no soy huérfana. Tengo un hogar. —Aunque en su mente no podía imaginarse cómo sería un hogar.

—Te convertirás en lo que te garantiza tu derecho de nacimiento, Liath, pese a lo mucho que te haya enseñado Bernard y que yo no sé, porque que tú no me lo contarás. —Aunque había cierta insinuación acusatoria en su voz, él no lo demostró en el rostro.

—El arte de los mathematici, que la Iglesia prohíbe.

—Pero que, aun así, se estudia en ciertos lugares. ¿Me acompañarás, Liath, cuando deje al rey?

No podía contestar. De todas las opciones, esta era la única que nunca había

previsto.



Al final de la tarde, escucharon un corte rítmico y enseguida llegaron a una tierra a medio desbrozar en la que la maleza ardía junto a los tocones de los árboles. Un azor pasó casi rozando por el claro. Unas ardillas saltaban entre las ramas, jugueteando ante esos intrusos. Justo después de pasar por un arroyo poco profundo llegaron a un claro natural en el que había tres cabañas construidas con troncos y varias edificaciones anexas de hierba. Un jardín vallado con resistentes palos se había adueñado del camino central, que también era la calzada. Varios jóvenes trabajaban en la construcción de una empalizada, pero, al ver a los Águilas, dejaron a un lado las herramientas para mirarlos. Uno silbó para avisar a los demás y enseguida Liath y Wolfhere se vieron rodeados por toda la comunidad: unas diez fuertes almas adultas y unos doce niños.

—No, no os podéis ir hoy —dijo la mujer más mayor del grupo, la anciana Uta, a quien los demás respetaban—. No saldréis de Bretwald antes del anochecer. Mejor es aguardar aquí con nosotros que dormir donde las bestias podrían marchar con vos. Tal y como estamos, tenemos una boda que celebrar esta noche. ¡Sería una vergüenza para nosotros no mostrar hospitalidad a nuestros invitados en semejante situación!

Los jóvenes se vistieron unas túnicas de piel de ciervo y luego sacaron fuera una larga mesa con bancos, mientras las mujeres y las chicas preparaban un festín: huevos cocidos, conejo, una pierna de venado asada sobre el fuego, ensalada de verduras, pan negro basto cocido con leche y miel, champiñones asados y todas las bayas que Liath pudo comer sin enfermarse, todo regado con leche de cabra fresca y una sidra acre que se le subió a la cabeza de inmediato. Le fue difícil concentrarse mientras Wolfhere obsequiaba a los extraños con historias de las montañas Alfar y sobre una gran avalancha y sobre la ciudad santa de Darre y el palacio de su santidad la skopos, nuestra madre entre los santos, Clementina, la segunda con ese nombre.

Fue fácil reconocer a la novia: la hija más pequeña de la anciana Uta. Llevaba unas flores en el pelo trenzado y se sentó en el banco de honor junto a su marido. El novio era poco más que un niño y durante toda la comida estuvo mirando a Liath. Había algo familiar en él, pero no sabía decir exactamente qué; sin duda era solo la fuerza de la sidra lo que actuaba sobre las increíbles noticias con las que Wolfhere la había cargado y que la mareaban tanto.

Su madre estaba viva.

—Águila —dijo el joven, de repente—, tú fuiste la que nos sacó de Gent. ¿Me recuerdas? No de buen talante, apostarí. Soy el que perdió tu caballo, por la puerta este. —Con las mejillas enrojecidas por el trabajo al sol, se parecía poco al muchacho

de cara estrecha que había llorado en el exterior de Gent por haber perdido el caballo de Liath y por perder su hogar aquel horrible día. Había musculado su pecho y su cara estaba más rubicunda, pero tenía el mismo fugaz brillo en los ojos.

—¡Ah, muchacho, el que perdió un caballo! —Los hombres se quejaron y las mujeres chasquearon de desagrado—. ¡Un caballo! Ojalá tuviéramos un caballo para transportar esos troncos o, por lo menos, un burro...

—¡Podríamos haber intercambiado un caballo por otra hacha de hierro!

—¡Paz! —dijo Liath bruscamente. Se callaron todos a la vez y se volvieron hacia ella con respeto—. ¿No les contó lo que sucedió en Gent?

—Gent está muy lejos de aquí —intervino la anciana Uta— y no tiene nada que ver con nosotros. De hecho, nunca había oído hablar de ella antes de que vinieran ellos.

—¿Qué es Gent? —dejó caer uno de los niños más pequeños.

—Es el lugar del que son Martin y la joven Uta, niño. —La anciana señaló al novio y luego a una robusta chica con cicatrices en la cara y en las manos—. Los recogimos, porque muchos jóvenes se quedaron sin familia después de la llegada de los jinetes. Siempre nos han sido útiles más manos para trabajar. Nos llevó diez años abrir esa calzada, a nosotros y a los habitantes del bosque. —Hizo una señal con la cabeza hacia la pista que conducía por el este desde el claro hasta el denso bosque—. Ahora que hemos acabado podemos hacer una casa en el claro y liberarnos de nuestro servicio a *lady* Helmingard.

—Bien, entonces —dijo Liath mirando cada vez a uno—, me gustaría que supieran que no es culpa de Martin que perdiera el caballo. Los Dragones del rey murieron salvando todas las vidas posibles en el pueblo ante el ataque eika. No había nada que el joven pudiera hacer en contra de los salvajes.

—¿Al final murieron todos los Dragones? —preguntó Martin.

Ella recordó en ese momento que él había sido el tipo de chico que añoraba los Dragones y que los siguió allí donde pudo.

—Sí —dijo Wolfhere.

—No —dijo Liath con la satisfacción de ver a Wolfhere estupefacto—. El príncipe sobrevivió.

—El príncipe sobrevivió —repitió Wolfhere, con un suspiro. Liath no sabía decir si estaba embelesado o consternado.

—El príncipe —suspiró el joven en un tono más apropiado para una oración—, pero, claro que el príncipe debía haber sobrevivido. Ni siquiera los eika pudieron matarlo. ¿Todavía se encuentran en Gent? Hablo de los eika.

—No, dos grandes ejércitos avanzaron sobre Gent para vengar el ataque del año pasado. —El público aguardaba embelesado la historia. Incluso Wolfhere la observaba con esa mirada fría y gris, con la paciencia suficiente como para desear escuchar claramente la historia de cómo el príncipe Sanglant había sobrevivido a la muerte y que tanto Wolfhere como Liath habían visto a través del fuego.

Así que ella contó el relato de la marcha del conde Lavastine y de la terrible batalla en el campo previa a Gent, de los hechizos de Corazón Sangriento y de las hordas eika. Contó cómo el propio Lavastine había elegido a unos pocos de sus soldados para un último atrevimiento a través del túnel, cómo la muerte de Corazón Sangriento había destruido al ejército eika, cómo el ejército del rey Henry llegó al final y justo a tiempo. No podía evitar detenerse, quizá más de lo apropiado, en las grandes acciones de Sanglant aquel día, al evitar que las líneas de su hermana cayeran, al dar muerte a más eikas que cualquier otro soldado. Para las incomunicadas gentes del bosque, sin duda la historia también podía haber tratado sobre héroes de cien años atrás: ella podría haber cantado la historia de Waltharia y Sigisfrid y el oro maldito de los hevelli, dado que todas sus palabras no significaban para ellos más que una buena historia que contar ante una hoguera.

Aun así, ellos declararon estar muy satisfechos cuando llegó al final.

—Una historia adecuada para un banquete nupcial —dijo la anciana Uta—. Ahora tenemos algo para que llevéis al rey Henry, como muestra de nuestro agradecimiento por su generosidad al liberarnos del servicio a *lady* Helmingard, que tanta carga suponía para nosotros.

Liath se acordó del diploma que portaba, lo sacó de las alforjas y les leyó en alto la promesa del rey Henry de que los guardias del bosque estarían libres de servir a cualquier *lady* o lord mientras mantuvieran transitable la calzada del rey para él y para sus mensajeros y ejércitos. El rey aún no lo había sellado formalmente, pero, aun así, los guardias del bosque escucharon con atención, tocaron el pergamino con veneración y examinaron la escritura, que, por supuesto, ninguno sabía leer.

—Me gustaría volver a Gent —dijo la joven de las cicatrices, la Joven Uta—. No me gusta el bosque.

—Aún tienes que trabajar unos cuantos años —indicó la anciana Uta con severidad y la joven suspiró.

Sin embargo, Martin estaba satisfecho con su nueva vida. Tenía una novia, una posición de honor y seguridad entre su nueva tribu. Los guardas del bosque tenían carne en abundancia y plantas salvajes y pieles con las que comerciar con los agricultores a cambio de granos para completar las verduras que cultivan en los jardines. Incluso durante los años de penuria por las escasas cosechas había animales que cazar en las profundidades del bosque. Hicieron alarde de sus herramientas de hierro: dos hachas y una pala. Las demás estaban fabricadas con madera, piedra o cobre. Tenían un almacén lleno de cestas de frutos secos y semillas, manzanas silvestres secas, recipientes de cuero rebosantes de cebada y trigo sin limpiar, hierbas secas y colgadas en fardos y varias ollas con manteca tapadas. De las vigas colgaban cuatro buenas pieles de lobo y una de oso. Las enrollaron y ataron para dárselos a Wolfhere para que agasajara al rey como muestra de su lealtad y para honrar su reciente visita a Weraushausen y la promesa hecha entre los guardas del bosque y él.

A la hora del crepúsculo, todos acompañaron a los novios a la mejor cama de la

sala y los entretuvieron con canciones y largos y pesados brindis. Se hicieron juramentos: Martin tendría un lugar en la familia a cambio de su trabajo; y se intercambiaron promesas de consentimiento. En un mes o tal vez en un año, un monje podría caminar por la calzada hacia el interior del bosque y podría cantar una bendición en honor a la pareja. Siempre que pudiera, era bueno recibir la bendición de la Iglesia en esos asuntos.

—¡Venga, vamos! —acabó por decir la anciana Uta, compadeciéndose de los recién casados, erguidos en la cama mientras aguantaban las bromas y los cánticos—. ¡Es hora de dejar a estos jóvenes solos para que sigan con lo que deben!

Entre muchas risas, los demás salieron de la sala y se fueron a dormir fuera.

Liath estaba demasiado inquieta como para dormir. Wolfhere encendió una pequeña hoguera, al lado de la cual se sentaron mientras las estrellas comenzaban a centellear en el cielo. Acostada sobre la espalda, intentó dormir, pero se puso a estudiar el firmamento. Se conocía al verano como al «cielo de la Reina». La Reina, su Reverencia, su Séquito y su Espada brillaban con esplendor allá arriba. La Copa de la Reina ocupaba el cenit. Casi se veía entera la deslumbrante estrella conocida como el Zafiro. Su fiel Águila surgió del este, detrás de ella, en su vuelo eterno hacia el Río del cielo, que abarcaba el cielo nocturno igual que la calzada que se abría camino por el denso bosque. El zodiaco se ocultaba tras los árboles y tras una neblina que se extendía por el horizonte meridional, pero, entre las copas de los árboles, alcanzó a ver el Dragón, la sexta Casa. Majestuoso, Mok relucía en los cuartos traseros de León, como un destacado guía entre las hojas.

—Nunca pensé en ir a buscarla —dijo Wolfhere de súbito en medio del silencio.

—¿A quién? —preguntó, aunque al momento supo a quién se refería—. ¿Nunca intentaste buscar a mi madre a través del fuego?

—Solo podemos ver a los vivos y solo a los que conocemos y hemos tocado, a los que nos une cierto vínculo.

—Pero yo vi a los aoi a través del fuego, después de la caída de Gent. —Ella se volvió hacia un lado y él se sentó al otro lado de la hoguera, con la cara en la oscuridad—. Y nunca he visto a ninguna de esas criaturas. —Titubeó, pero no dijo nada más sobre su encuentro con el hechicero aoi.

—Eso es un misterio. Tengo muy poca práctica en esas cuestiones, aunque soy experto en ver. Si hubiera sospechado alguna vez que el príncipe Sanglant estaba vivo, lo hubiera buscado, pero nunca lo sentí. Ambos lo vimos recibir un golpe mortal... —y ahí se calló.

—No estás más sorprendido de lo que yo lo estuve cuando lo vi en la catedral —reconoció ella, pero no supo cómo describirle a Wolfhere cuánto llegó a parecerse Sanglant a una bestia salvaje... y cuánto actuaba como tal. En vez de eso, cambió de tema—. Papá dijo...

Las palabras del último día de vida de papá permanecerían atrapadas para siempre en la mansión de su memoria.

«Si tocas cualquier cosa que hayan tocado sus manos, tendrás un vínculo más contigo... Tienen el poder de buscar y de encontrar, pero yo te he protegido contra ellos».

Si papá hubiera sabido que su madre no estaba muerta, ¿qué habría pasado? ¿Ella lo habría podido salvar?

—¿Cómo pudo papá pensar que ella estaba muerta si no lo estaba?

—¿Cómo pudimos pensar que el príncipe Sanglant había muerto, cuando no fue así?

—Pero si ella estaba viva, entonces ¿por qué no intentó encontrarnos? Ella podía ver a través del fuego. ¡Sabía que no habíamos muerto!

—¡Te buscó! Pero tú no eres la única a la que persiguen. A pesar de nuestra pequeña magia, las distancias son grandes y no son fáciles de atravesar incluso para un Águila con un caballo y la garantía de alojamiento y comida allá donde pare.

—Pero si se tenía que esconder, ¿por qué no nos llevó? ¿Cómo pudo pensar papá que ella estaba muerta? Recuerdo... —Como el fuego llevado al extremo, el recuerdo de aquella noche diez años atrás se llenó de vida.

—¿Qué recuerdas? —preguntó él con delicadeza.

Ella apenas podía hablar.

—Todo empezó a arder: la cabaña, las plantas del patio, las cuadras y la casa de cestería, las demás construcciones... —Cerró los ojos y allí, en el claro del bosque, con el susurro de la noche sobre ella, desenterró de las profundidades los más viejos y dolorosos recuerdos—. Y los bancos. Los bancos de piedra. Incluso ardió la piedra. Entonces fue cuando huimos. Papá cogió el libro y nos fuimos. Él dijo: «Han matado a Anne y se han apropiado de su don como si fuera suyo».

Tuvo que parar porque tenía la garganta bloqueada por el dolor y más preguntas de las que hubiera sabido formular. Al abrir los ojos, miró fijamente al cielo en el que las estrellas brillaban tanto que parecía contener un millar de joyas resplandecientes esparcidas al azar en el firmamento. Un haz de luz centelló y desapareció: una estrella fugaz. ¿Era un ángel enviado a la tierra por la mano de Dios para ayudar con las oraciones de los fieles, como escribieron las madres de la Iglesia? ¿O eran las huellas de una de esas criaturas etéreas nacidas del fuego puro que, como los halcones que caen en picado, descienden de la esfera solar hacia los nidos en la tierra?

Wolfhere no dijo nada. El fuego estallaba con fuerza y escupía una brasa roja hacia la parte interior de su capa. La sacudió y se echó hacia delante para apoyar los codos en las rodillas y así se quedó mirando a la hoguera. Paso un buen rato en silencio mientras las llamas amarillas parpadeaban y morían convertidas en triste carbón. Wolfhere parecía haberse quedado dormido.

La había buscado, pero no pudo verla a través del fuego. ¿Todavía la ocultaría el hechizo de papá? Había sentido la presencia de otros que la buscaban, había sentido el viento de su acecho, el ciego agarre de sus manos vigilantes. Había visto al daimon de alas de cristal. Había visto a las criaturas que la asediaban con voz de campanas y

que dejaron a su paso carne roída hasta los huesos. ¿Todavía estarían ahí fuera? ¿Podría ella, como un ratón, escurrirse por lugares prohibidos y espiarlos?

Hizo una puerta con el carbón y miró detenidamente las profundidades. Ojalá pudiera recordar mentalmente a su madre con suficiente claridad para así poder visionarla con seguridad a través del fuego, es decir, «verla» de nuevo. Mientras la hoguera llameaba ante la fuerza de su mirada fija, de repente le atrapó una premonición de fracaso tan real como la mano que le tocaba el hombro... de la misma forma que la había agarrado la mano de Hugh para subyugarla a su voluntad.

El fuego se levantó con una fuerza repentina como si fuera un ser inerte que cobraba vida: las alas se desplegaron para convertirse en una cortina de llamas, el aliento del ardiente sol se fusionó con la mente y el deseo. Su voz retumbó con el abrasador ardor de la fogata.

—Niña.

Chilló bien alto y se levantó hacia atrás, con tanto miedo que no pudo contener los sollozos que le ardían en el pecho.

Wolfhere se puso en marcha. El fuego se consumió, rápido, hasta convertirse en cenizas. Un último destello de calor, un rescoldo agonizante y se acabó.

—¡Liath!

Saltó y corrió hacia la empalizada a medio construir: unos troncos talados y afilados puestos en una zanja para formar una barrera contra las bestias del bosque. Se apoyó en uno de los postes más robustos. Sin la corteza, resultaba suave el roble en contacto con su hombro y su mejilla. Los guardas del bosque habían hecho bien su trabajo, porque el poste no se torció con su peso.

Todavía temblaba.

Un búho ululó y su sombra pasó revoloteando y desapareció en la noche.

—¡Ay, Señora! —susurró a las silenciosas estrellas que hacían de testigos y a la brisa de la noche y a los muchos animales ocupados con sus labores nocturnas—. Sanglant.

CAPÍTULO 2



UN LIRIO ENTRE ESPINAS

1

Ivar nunca había rezado tanto en toda su vida, ni siquiera durante su primer año como novicio en Quedlinhame. Las rodillas no dejaban de dolerle, pero a Baldwin se le había metido en la cabeza que si rezaba lo suficiente podría protegerse de las atenciones de su novia. Deseaba que incluso una poderosa margravina se resistiese a molestar a un joven en oración, sin importarles cuánto tiempo llevara esperando poner sus manos sobre él.

Y así fue los primeros cinco días tras su partida de Quedlinhame. Pero Ivar tenía oídos y se había criado con hermanas. La margravina Judith no era tan mayor como para haber acabado sus sangres sagradas. Incluso alcanzó a ver un paño de colores dejado con reverencia en una chimenea ardiente.

Las mujeres son especialmente santas durante su periodo, imposibles de corromper por un vil deseo. Incluso una noble como Judith seguía la sabiduría de las madres de la Iglesia en tales asuntos. Ivar sospechaba que todas las oraciones de Baldwin eran un hermoso espectáculo que servía para poco, salvo para avivar el deseo de su novia. Algunas veces, mientras oraba, Ivar veía de reojo cómo la margravina observaba a Baldwin, que, de hecho, rezaba intachablemente.

—No deberías rezar a menos que lo hagas de corazón —dijo Ivar—. Es pecado.

Era el final de la tarde de otro día de viaje hacia el oeste, hacia el rey. Ivar iba sobre un burro, como corresponde a un novicio, mientras que a Baldwin montaba un imponente caballo negro castrado. Sin duda la margravina Judith no pudo resistir la ocasión de exhibir dos hermosas criaturas juntas.

En ese preciso instante, no obstante, Baldwin frunció el ceño todo lo que pudo.

—Regañas como el señor de la boca fruncida. ¡Estoy rezando de corazón! Tú no te haces a la idea de que vaya a casarme con ella, ¿verdad?

—Como si tuvieras otra opción.

—Si el matrimonio no se consuma, entonces no es un matrimonio.

Ivar suspiró.

—Ella no es peor que cualquier otra mujer. Podrás vestir buenas ropas, tendrás una excelente armadura y una buena espada de hierro. Tendrás a los bárbaros quman para luchar en el campo delante. No será tan malo.

—No me gusta —dijo Baldwin con la voz de un niño que hasta el momento nunca había tenido que aceptar algo que no le gustara—. No quiero casarme con ella

—lanzó una mirada hacia donde *lady Tallia* cabalgaba al lado de la margravina Judith—. Incluso preferiría casarme con...

—¡Ella no se puede casar! —siseó Ivar en voz baja, enfadado de repente—. ¡Con nadie! Dios la ha elegido para ser Su sierva, para ser la novia incorrupta de Su Hijo, Daisan el Bendito, tal y como todas las monjas deben comprometerse.

—¿Por qué no me puede elegir? —murmuró Baldwin lastimeramente.

—Porque eres un hombre. Las mujeres sirven a Dios ocupándose de Su corazón, dado que están hechas a la imagen de Dios y es su deber administrar todo lo que Ella crea.

—Si predicas una herejía —susurró Baldwin—, la Iglesia te castigará.

—¡El martirio no es un castigo! Los infieles dariyanos recompensaron a Daisan el Bendito, desollándolo vivo y sacándole el corazón, pero Dios le dio la vida otra vez, porque los mártires viven de nuevo en la Cámara de Luz.

Baldwin se quitó una mosca de delante de la cara, mientras contemplaba a las mujeres que cabalgaban en la parte delantera de la procesión.

—¿Crees que la margravina Judith será elevada a la Cámara de Luz cuando muera o será lanzada al Abismo?

En la vanguardia cabalgaban unos veinte miembros de la guardia real, soldados vestidos con tabardos cosidos con una pantera saltando. Tras ellos se encontraba la margravina Judith. Tenía un porte soberbio, el pelo cano y un hermoso perfil marcado sobre todo por una fuerte nariz. Vestía una túnica de la púrpura más rica, de un tono que Ivar nunca había visto antes y que en ese momento le maravillaba. Estaba bordada con tanta astucia con halcones agachados sobre liebres que escapan y panteras que saltan sobre un ciervo desprevenido que en ciertos momentos pensaba que había visto una escena real, no una plasmada en la seda tejida sobre el lino. Detrás de la margravina, Tallia tenía un aspecto frágil con la cabeza agachada con humildad y los hombros inclinados como si tuvieran un gran peso encima. Todavía vestía con la sencillez de una novicia, con una burda toga y con un mantón sobre la cabeza, con modestia. Las rodeaban otros miembros del séquito entre risas y bromas. Judith prefería a las mujeres como compañeros. De los nobles, clérigos, administradores, sirvientes, mozos de cuadra, carreteros y humildes esclavos que la asistían, casi todos eran mujeres, con la excepción de la mayoría de los soldados y dos hermanos ancianos que habían servido a su madre antes que a ella. Cabalgaba en cabeza de un magnífico cortejo. De todos los séquitos que había visto Ivar, solo el del rey era más grande.

—¿Por qué una noble tan poderosa será enviada al infierno? —Ivar acabó por replicar—. A no ser que esté equivocada respecto a la Palabra Sagrada y la verdad de la muerte y la vida de Daisan el Bendito. Aunque eso es culpa de la Iglesia, que niega la verdad a aquellos que ansían escuchar la Palabra Sagrada. Supongo que la margravina Judith donará un convento a su muerte para que las monjas oren allí todos los días por su alma. ¿Así que por qué no debería ascender a la Cámara de la Luz, con

tantas monjas rezando con tanta devoción por el cuidado de su alma después de su muerte?

Baldwin suspiró ampliamente.

—¿Así que por qué me debo preocupar de ser bueno, si eso solo significa que duraré toda la eternidad junto a ella en la Cámara de Luz después de mi muerte?

—¡Baldwin! ¿No prestaste atención en las clases? —Ivar se dio cuenta en ese momento que la mirada atenta y embelesada de Baldwin, que tan a menudo dedicaba al señor Labios Fruncidos, el hermano Methodius, y a los otros profesores, podía haber ocultado durante todo ese tiempo la ausencia mental absoluta durante las clases —. En la Cámara de la Luz todos nuestros deseos terrenales desaparecerán ante la gloria de la mirada de Dios.

En ese momento, la margravina miró hacia ellos. El brillo de sus ojos hizo que el pobre Baldwin pareciera asustado y súbitamente tímido, pero, lamentablemente, la modestia de Baldwin solo destacaba la extensión de sus pestañas, la curva de sus sonrosadas mejillas y el rubor de sus labios. La margravina sonrió y volvió su atención a sus compañeras, que sonreían a carcajadas ante algún comentario suyo. Como a los gatos, tras atrapar al regordete ratón, le encantaba jugar con él.

Ivar se estremeció.

—De todas maneras, no puedes hacer nada —le dijo a Baldwin.

—Eso no significa que tenga que estar de acuerdo. —Un sollozo medio ahogado comenzó a salir de Baldwin, pero se contuvo—. Por lo menos, tú estás de mi lado —se estiró y sujetó la mano de Ivar con tanta fuerza y desesperación que casi le aplasta los nudillos.

—De momento.

—Te ruego que te mantengas a mi lado —dijo Baldwin duramente, mientras soltaba la mano de Ivar—. Puedes ser mi asistente. Prométeme que te quedarás conmigo, Ivar. —Dedicó toda la fuerza de sus hermosos ojos a Ivar, quien se sonrojó y sintió cómo el calor le invadía la cara. El rubor satisfizo a Baldwin, quien primero le sonrió y luego miró nervioso hacia la mujer que en ese momento controlaba su destino.



Esa noche se permitió que Ivar sirviera vino en la mesa de la margravina. Se detuvieron para pasar la noche en una propiedad monástica y Judith ordenó un buen banquete. La margravina estaba de buen humor: había comida en abundancia y las bromas eran tan directas que Baldwin no pudo separar la mirada del plato trincherero que compartía con su novia. Un poeta que viajaba con ellos interpretó La mejor canción, apropiada para una noche de bodas:

*Llévame a tu alcoba, mi amor
He comido pan y miel.
He bebido bien.
Comer, amigos y beber,
hasta que te emborraches de amor.*

Unas de las nobles acompañantes de Judith le hacía preguntas al anciano tío, hermano de la madre de Baldwin, cuya presencia fue necesaria para poder sacar a Baldwin del monasterio. El anciano le había explicado a la madre scholastica con voz temblorosa que los esponsales entre Judith y Baldwin habían sido formalmente acordados con un juramento cuando Baldwin tenía trece años, así que el pacto reemplazaba el juramento personal de Baldwin para con el monasterio.

En ese momento, borracho, el tío le confió a *lady* Adelinde:

—Pero en aquel momento, cuando la margravina vio al muchacho, todavía estaba casada. ¡Ay! Bueno, si su marido no hubiera muerto peleando contra los quman, sin duda lo hubiera dejado de lado por Baldwin. Él era de buena familia, pero no tan bien parecido como el chico.

Adelinde solo sonreía.

—Y cuando Judith ve a un hombre al que quiere, lo consigue, a pesar de lo que diga la Iglesia sobre la fidelidad a un único esposo. Sin duda será una buena boda para la familia.

—Sí, en efecto —coincidió con entusiasmo—. Mi hermana comprobó cuánto quería al chico, así que es buena negociadora y fue capaz de aumentar sus posesiones con otras unas cuantas buenas.

¡Ay, Dios! Vendido como un joven toro en un mercado. Ivar se bebió el resto del vino de su copa y volvió a llenarla. El vino le quemaba la garganta. La cabeza ya le daba vueltas.

—Se casará con él esta noche —dijo el anciano tío, asintiendo hacia la pareja nupcial. Judith mantenía controlada la copa de vino que compartía con Baldwin para asegurarse de que él no bebía demasiado, pero no le hacía lisonjas ni le prestaba demasiada atención—. Y un obispo cantará una bendición sobre el matrimonio cuando llegemos junto al rey.

*Vamos, mi amada, vayamos pronto al viñedo.
Veamos si el vino ha brotado o si ha florecido.*

—Ves, Adelinde —la margravina llamó la atención de *lady* Adelinde para apartarla del anciano pariente de Baldwin—, no se deben arrancar las flores antes de que se abran o nunca veremos la floración completa. —Señaló hacia Baldwin, que en ese momento estaba rojo de vergüenza. Como una flor bajo la caliente mirada del sol,

y la repentina atención de todos los privilegiados sentados en la mesa de la margravina Judith, no se marchitó, sino que floreció, aunque ella ya dirigía su mirada hacia otro lado. Tenía un repentino e incómodo brillo en los ojos—. ¿No es así, *lady Tallia*?

La joven no levantó la mirada. Ni siquiera se había comido el pan del plato. De repente, Ivar se sintió culpable por haber comido y bebido con tanta ansia. Estaba tan blanca como unos copos de nieve sobre el campo primaveral. Tenía una voz tan suave que apenas se oyó su respuesta.

—«Si una mujer fuera a entregar por amor toda su riqueza, acabaría por ser despreciada».

Esta corrección no tuvo ningún efecto sobre la alegría de la margravina Judith.

—«Aunque este viñedo sea mío y pueda darlo» —replicó a unas sonoras risas y entonces señaló a los miembros del séquito que hacían de camareros—. Vamos, es momento de retirarse.

—¿Qué? —exclamó su dama de compañía con la jovialidad de la embriaguez—. ¿Tan pronto después de sacarlo del monasterio? Criaste caballos en abundancia en el este. Seguro que sabes que se doman poco a poco. La primera vez que colocas los arreos no pones la silla y montas.

—He sido paciente —dijo Judith con una sonrisa agradable, pero con un tono duro. Le hizo un gesto a Baldwin para que se levantara e Ivar lo siguió con precipitación, ya que el pobre Baldwin se había puesto blanco como un sudario.

En medio del ajeteo de la retirada del salón, Ivar se encontró acorralado por la noble dama de compañía de Judith, a quien la bebida había encendido tanto que sus manos no eran menos discretas que su lengua, suelta por el vino.

—¿Tienes esas pecas en otros sitios? —preguntó, mientras que la mano que apoyaba en el muslo de Ivar parecía tener la intención de levantarle la ropa para comprobarlo.

—No, Adelinde. —Judith se colocó entre la mujer e Ivar—. Este joven está entregado a la Iglesia. Ni siquiera se le permite hablar con mujeres. Me he comprometido a devolverlo sin percances al monasterio de San Walaricus, el mártir. Eso significa a salvo en «todos» los sentidos. —Su mirada emocionó a Ivar, pero para ella lo tangible fue su desinterés por él, que era como una silla que ella apartaba a un lado—. Venga, joven, ayuda a mi novio con el descanso de esta noche.

Se había reservado una cámara para la margravina y su séquito. Se habían colocado varios camastros en un lado del suelo. Alrededor de la cama, ancha y blanda, colgaba una cortina, como si fuera un escudo. Una brisa que entró por las contraventanas abrió la cortina. En el exterior, el crepúsculo introdujo una luz mantecosa en la habitación.

Baldwin temblaba mientras Ivar lo ayudaba a sacarse las sandalias, los leotardos y la túnica, dejándole solo la camisa. Se lavó la cara y las manos y se arrodilló junto a la cama con la actitud de un devoto. Su rostro carecía de expresión, igual que una

hermosa estatua de mármol.

Llegó Judith, sonrojada y llena de energía. Era una mujer de buenas proporciones, alta, corpulenta y fuerte. Baldwin era apenas más alto y, con la delgadez de la juventud, por lo que daba la sensación que la robusta presencia de Judith se lo tragaba.

Tras una señal de una de las sirvientas, Ivar dejó a Baldwin y se retiró a una esquina. En la mesa, una de las clérigos de Judith salmodió unas palabras sobre una tira de lino con unas letras, algo en dariyano que Ivar no pudo comprender, aunque tenía la cadencia de uno de los hechizos caseros que utilizan los diáconos parroquiales para expulsar las pestes o curar a los enfermos. Empapó el lino en vinagre y envolvió un guijarro con él. En ese momento, Ivar se dio la vuelta con recato mientras las asistentes de Judith se reunían a su alrededor para desnudarla. Murmuraban y se reían tontamente. Una sirvienta corrió las cortinas. Las demás se acomodaron en los camastros o en el suelo. Ivar no pudo dormir. Con la cara hacia la esquina, cayó sobre las magulladas rodillas, cerró los ojos con fuerza y apretó mucho las manos para rezar.

Incluso con los ojos bien cerrados, no podía evitar oír. La buena margravina parecía demorarse demasiado su tarea.

Su cuerpo se movía en respuesta a lo que estaba escuchando: ropa que cae cuando los cuerpos dan vueltas, un gruñido, risitas contenidas, un repentino jadeo de sorpresa, un suspiro. ¡Ay, Señora! Protégelo. Podía imaginar el despertar del hombre, la mujer que se abre. Si sus pensamientos se detenían más con el novio o con la novia, no podía, no debía pensar. Sus oraciones huyeron de él como liebres asustadas. Sudaba aunque no era una noche de mucho calor.

Unos pocos y breves jadeos que creyó de Baldwin y, al fin, se acabó.

Se había contenido con tanta tensión que los músculos le crujían al moverse. Hizo una mueca y se relajó sobre la alfombra que cubría el suelo de madera, el único camastro que se le concedió y, por fin, se liberó de la terrible experiencia, se quedó dormido... hasta que mucho después esa noche se despertó por lo mismo otra vez.

Cuando acabaron, pudo dormir finalmente, aunque tuvo unos sueños terribles. Seguro que el Enemigo había enviado un centenar de subalternos codiciosos, burlones y ladrones para hostigarlo con visiones de una Liath cálida, servicial y pegada a él.



Por la mañana solo quedaban las formalidades. Judith entregó a su nuevo marido el tradicional regalo de la mañana para celebrar la consumación del matrimonio: una excelente espada dentro de una vaina enjorada; una túnica de seda de Arethousa; un

pequeño arcón de marfil con broches y anillos de joyas; y, doce nomias, monedas de oro acuñadas en el Imperio arethousano. Era un regalo generoso e imponente.

El anciano tío de Baldwin le había comprado una nimiedad como presente para ella: un cetro de oro con campanas escondidas dentro que tintineaban cuando daba vueltas por el suelo.

La dote pagada por Judith a los padres de Baldwin era más sustanciosa, pero no incluía riquezas de bienes muebles. Él ya podía reivindicar varias valiosas propiedades en Austra y Olsatia. Todo se había acordado cinco años antes, por lo que leer en ese momento los privilegios era una mera formalidad.

Dejaron el lugar al final de la mañana. Judith cabalgaba delante con su séquito y dejó que Ivar siguiera el ritmo al lado de Baldwin. El nuevo novio tenía las mejillas enrojecidas y una leve pelusa en la mejilla. Ya era un hombre y le crecería barba.

Ivar se acercó y le tocó la pierna. Baldwin se estremeció como si se asustara ante el más ligero roce.

—¿Estás bien? —susurró Ivar—. Parece que tienes fiebre.

—No lo sabía. —Sus ojos tenían un brillo febril y miraba a Ivar con tanta intensidad que de repente todos los pensamientos que habían atormentado las primeras oraciones de Ivar y los sueños inquietos de la noche anterior volvieron a la vida y danzaron por su cuerpo. Los dos hombres apartaron la mirada a la vez. Cuando Ivar levantó la mirada, fue para ver a Baldwin con los ojos fijos sobre *lady Tallia* y su pálida cara y débil perfil. Los labios de Baldwin estaban algo hinchados y tenía los ojos bien abiertos.

—No lo sabía —repitió, como una revelación, pero de lo que no había sabido antes y sabía ahora no dijo una palabra. Dejó a Ivar cabalgando a su lado en un incómodo silencio.

Rosvita siempre tenía sueños raros cuando dormía con la Vida de santa Radegundis sobre ella, el legado que le había dejado el agonizante hermano Fidelis. Unas voces le susurraban en una lengua que no podía entender muy bien. Unas criaturas iban y venían por el límite de su visión mental como por el límite de un bosque, intentando llamar su atención, y luego salían corriendo como hacían los animales del bosque cuando sentían el rastro de un depredador.

Una rueda dorada brillaba al girar bajo un fuerte sol. El joven Berthold dormía tranquilo en una cueva de piedra, rodeado por seis guardas. En la cima de las montañas comenzó una ventisca de nieve y en los bordes de una tormenta bailaban daimones pálidos como la luna, creados con la misma sustancia que los vientos etéreos. Un león se asomó sobre la fría ladera de un peñasco, y en la llanura de la última hierba bajo esta zona escarpada unos perros de caza negros acosaban a su presa, un ciervo de ocho puntas, mientras un amplio grupo de jinetes vestidos con prendas tan brillantes como gemas seguían su rastro.

—¡Hermana Rosvita!

Una mano se apoyó en su hombro y se despertó, expulsada del sueño por la urgente llamada del mundo de la vigilia. Gruñó y se incorporó, parpadeando.

—Se lo ruego, hermana Rosvita —los nervios hicieron que el joven Constantine gritara como un niño—, el rey desea que vos lo asistáis. Un mayordomo está aquí para acompañarla.

—Se lo ruego, hermano, recuerde su modestia.

Murmuró una disculpa y se dio la vuelta mientras ella salía de debajo de la manta y se ponía las togas clericales sobre la camisa. La hermana Amabilia roncaba placenteramente en la cama. Rosvita envidiaba la capacidad de la joven para dormir en cualquier situación. Contempló Vida y lo cogió por impulso.

El rey estaba fuera, detrás de las cuadras, vestido como si no se hubiera ido a dormir la noche anterior. De pie con un pie apoyado sobre un palo y una mano sobre la misma pierna como si así tuviera un lugar del que obtener paciencia, observaba cómo su hijo paseaba de un lado a otro una y otra vez siguiendo una curva que pronto dejaría una marca visible en la hierba. Durante un instante, Rosvita pensó que el príncipe estaba sujeto a una correa, pero lo que sucedía era solo que el patrón de su caminar inquieto siempre marcaba el mismo trozo de suelo, una y otra vez: como si

aún siguiera el semicírculo que le habían permitido las cadenas. Sin embargo, hacía más de veinte días que lo habían liberado del cautiverio de Corazón Sangriento.

Los perros gruñeron cuando Rosvita se acercó, lo que hizo que le picara el cuello. Como bestias horribles que eran, tenían unos colmillos enormes cubiertos de saliva y unos ojos que desprendían fuego. Su pelaje gris hierro parecía un lustre de metal sobre finas ijadas. Atacaron, pero las cortas cadenas los contuvieron y se tuvieron que contentar con los ladridos y las babas.

Al ver a Rosvita, Henry hizo un gesto hacia su hijo.

—Se le ha metido en la cabeza un plan de locos para salir en busca de una de mis Águilas, sin un escolta siquiera. Seguro que su consejo, buena hermana, hace que razone, porque Villam y yo no lo logramos.

Sanglant dejó de caminar y se paró concentrado, como para escucharla a ella, o a los pájaros cantar los laudes de la mañana. ¿Era verdad, como el hermano Fidelis había dicho hacía más de un año, que los pájaros cantaban a ese niño nacido de la mezcla de sangre humana y aoi? ¿Podría el príncipe realmente entender el lenguaje de los pájaros? ¿O escuchaba otra cosa?

—Dejadme ir, majestad —dijo Sanglant con aspereza—. Llamad a vuestros perros.

Los soldados miraron hacia los perros eika atados a un poste, que bramaban y aullaban, al darse cuenta de su inquietud. Henry miró hacia Rosvita y esperó que hablara.

Ella juntó varias ideas.

—¿Alteza, qué os molesta? ¿Dónde deseáis ir?

—Ella debería estar de vuelta. He tenido paciencia, pero hay cosas que la acechan. —Volvió la cabeza como para olfatear—. Los puedo oler. Hay algo más, algo que no comprendo... ¿Y si se topa con la desgracia en el camino? ¡Tengo que encontrarla!

El que no saliera corriendo libremente se debía solo a la presencia de su padre. Henry no sería rey si no tuviera una fija mirada tan cortante como el rayo y la fuerza de voluntad de diez hombres. Ejercer ambas sobre el príncipe era lo único que impedía su huida.

—¿Cómo vais a encontrar a esa Águila que buscáis? —siguió Rosvita—. Hay muchos caminos.

—¡Pero yo siento la muerte...! Y el rastro del enemigo. —Le tembló todo el cuerpo, gritó algo, más como un alarido de frustración que como una maldición y, de repente, cayó de rodillas—. ¡Ay, Señora, siento que una mano muerta se acerca para, envenenarla!

—Al haber estado tanto tiempo encadenado como los perros —murmuró el rey—, ha perdido el sentido. Nadie debe verlo en estas condiciones.

—Alteza. —Rosvita sabía cómo suavizar a los hombres angustiados. Como hija mayor de la casa de su padre, de niña esa tarea había recaído en ella en más de una

ocasión cuando la rabia superaba al conde Harl. Había tranquilizado a Henry muchas veces. Así que se adelantó y, con cuidado y firmeza, puso una mano sobre el hombro del príncipe, cuyo cuerpo tembló por completo con el simple contacto—. ¿No sería mejor permanecer junto al séquito del rey antes que arriesgarse a perderla en el camino? El Águila que buscáis volverá junto al rey. Si vais en su busca, ¿cómo pretendéis encontrarla con tanta tierra de por medio?

Él se tapaba los ojos con una mano y ella vio entonces que lloraba en silencio. Por lo menos, las lágrimas eran la reacción de un hombre, no de un perro. Animada ante este pequeño éxito, continuó.

—Hoy seguimos nuestra marcha, alteza. En Werlida hay provisiones suficientes para alimentarnos durante una semana o más. ¿Cuántos caminos conducen a Werlida? Puede cabalgar durante meses y no encontrarla. Solo hay que ser paciente.

—Al final vendrá a mí —susurró con la voz quebrada.

Villam sonrió.

—Así habla un joven enternecido por la púa que la mayoría de los jóvenes sienten en lo más profundo. Vos debéis ser paciente, majestad. Él ha aguantado mucho.

El rey miró a su hijo con el ceño fruncido, pero a medida que los clérigos se reunían en la entrada de la casa detrás de ellos y levantaban la voz con los primeros versos de la hora prima, su expresión perdió parte del absoluto pesimismo.

—Ella es una joven bastante bella —prosiguió Villam, casi con persuasión—. Le haría bien recuperar el interés por las mujeres.

—¿Qué quieres decir, hijo, con eso del «rastros del enemigo»? —preguntó el rey—. ¿O con lo de «una mano muerta»?

De repente, como si le alertara algo que solo él podía oír, Sanglant salió corriendo y retiró la estaca que sujetaba a los perros, que aullaron y se arrastraron con las cadenas. Se dirigió hacia los caballos vigilados por un nervioso mozo de cuadra y que se asustaron cuando se acercó el frenético grupo. El príncipe tuvo que pegar a los perros con sus propios puños para que dejaran de atacar el vientre de los caballos. Sin dejar de gruñir, le obedecieron. Él saltó sobre el caballo y, sin soltar las correas de los perros y con una bolsa cuadrada sobre el hombro, cabalgó hacia el río.

El rey miró a Hathui. Ella asintió con la cabeza, como si fuera una orden y se hizo con un caballo para seguir a prisa a Sanglant. Entre quejas apenas audibles, la siguieron cuatro soldados.

—He perdido las esperanzas con él —farfulló Henry.

—Dejad que se recupere —le aconsejó Villam—, y luego dadle los Dragones de nuevo. La batalla le devolverá el tino.

Sin embargo, Henry solo fruncía el ceño.

—El rey de Ungria ha mandado un enviado. Ofrece a su hermano menor como novio para Sapientia.

Rosvita lo miró sorprendida.

—Creía que erais partidario de la petición de mano del príncipe Guillaume de

Salía o del hijo del rey de Polonia.

—¡Salvajes! —murmuró Villam, que había luchado contra los polenios antes de que se convirtieran a la fe de las Unidades—. Hará mejor si la casa con el joven Rodulf de Varingia, porque así su hija garantiza la lealtad del duque. Sapia va a necesitar la lealtad de la duquesa Yolande de Varingia cuando llegue al trono.

—Siempre ha sido un hijo obediente —dijo Henry, sin dejar de mirar fijamente hacia donde había cabalgado su hijo—, pero debe asentar las bases sobre piedra, no sobre arena.

Villam miró a Rosvita y arqueó las cejas como si le fuera a preguntar de qué estaba hablando el rey. Ella solo pudo encogerse de hombros.

En el patio delantero frente a la casa en la que habían permanecido toda la noche, los criados ya cargaban los carros, sacudían las camas de plumas y sacaban los valiosos arcones del rey bajo guardia. Rosvita observaba cómo el joven hermano Constantine se apresuraba, concentrado en un amplio fardo de plumas y botes de tinta. Como no miraba por dónde iba, chocó con un sirviente, dejó caer una botella tapada y, al doblarse para recuperarla, también cayeron varias plumas.

Rosvita sonrió.

—Majestad, ¿y si voy junto a mis clérigos y me preparo?

Henry asintió con la cabeza en señal de aprobación. Cuando ella se puso en marcha, él la llamó.

—Te lo agradezco, buena amiga —dijo con una repentina y brillante sonrisa. Ella inclinó la cabeza, estupefacta, como siempre, ante la fuerza de su aprobación.

Rosvita llegó junto al joven Constantine justo a tiempo para ayudarlo a recoger la última pluma suelta. Un momento después oyó un saludo. El hermano Fortunatus y la hermana Amabilia habían aparecido en los escalones, medio dormidos, y en ese momento se volvieron para ver la llegada de un jinete.

—¿Dónde se encuentra el rey? —solicitó el hombre. Rosvita se acercó para conocer el mensaje—. No, no traigo ningún mensaje —dijo el jinete con educación—. Cabalgo como heraldo de la margravina Judith. Ha vuelto al séquito del rey con su novio. Lleva a *lady* Tallia ante el rey.

—¡Su novio! —dijo Fortunatus.

—¡Dios de los cielos! ¿Qué ha hecho la chica para que la sacaran de Quedlinhame tan pronto? —exclamó Amabilia al mismo tiempo.

Un nuevo grupo de jinetes apareció con estruendo. Los clérigos observaban con expectación. Solo se trataba del enojado príncipe Sanglant escoltado por Hathui y los cuatro guardias inquietos por los perros eika. Los sirvientes se dispersaron y buscaron un lugar seguro. Los perros estallaron en un frenesí de ladridos. Un momento después, el conde Lavastine y sus perros de caza se echaron al patio. El ruido fue tan ensordecedor que Rosvita tuvo que taparse los oídos.

Sanglant bajó de un salto del caballo y tiró de sus perros, pero ellos seguían intentando correr detrás de los otros, que, con prudencia, se mantenían alejados sin

dejar de gruñir amenazantes y de ladrar ensordecedoramente, aunque el conde les ordenaba inclinarse.

El heredero de Lavastine salió de la sala. Lord Alain se arrodilló junto a los perros y les dedicó unas palabras. Todos a la vez dejaron de ladrar y se sentaron, con las lenguas colgando y vigilando pacientes.

Sanglant aún maldecía a los suyos, que ladraban, atacaban y mordían a sus rivales. En la mano derecha, le chorreaba sangre donde sujetaba la cadena, que agarraba con fuerza y que le había cortado la piel. Alain se le acercó con cuidado, se arrodilló y extendió una mano para tocar al perro eika más cercano.

Rosvita cerró los ojos, Amabilia dio un grito ahogado y Fortunatus maldijo casi sin aliento. Constantine gimoteó de miedo. Rosvita se acusó a sí misma de cobarde y abrió los ojos justo en el momento en el que un asombroso silencio inundó el lugar.

Alain había puesto la mano con delicadeza sobre la cabeza del perro eika más grande y feo, el cual se sentó mansamente, temblando tras el toque. Los otros dos se agacharon. La saliva que les caía del hocico manchaba el polvo de sus pies.

—Silencio —les dijo—. Pobres almas atormentadas.

Se puso en pie. Sanglant miró asombrado al joven. El rostro del conde Lavastine estaba tan carente de expresión que Rosvita no pudo leerlo.

Un momento y todos se pusieron en pie. Entonces unas elevadas voces salieron hacia ellos desde la sala detrás de ellos. Sanglant hizo una mueca y alejó a sus perros a toda prisa, justo cuando Sapiaientia y el padre Hugh salían de la sala. Una ayudante sostenía a la infanta Hippolyte. El bebé gorjeaba y parloteaba cuando Hugh le sonreía y le hacía cosquillas bajo la rellenita barbilla.

Sin embargo, Sapiaientia recorrió el patio con la mirada y con la boca fruncida.

—¿Nos hemos perdido algo? —preguntó mientras Sanglant desaparecía detrás de las cuadras. Hathui asintió con la cabeza de manera cortante a Rosvita y se fue a buscar al rey. Los sirvientes salieron cautelosamente de sus refugios y volvieron a sus tareas. El mensajero abandonó con sigilo de la protección de las cuadras y se arrodilló ante el padre Hugh.

—Mi señor, vuestra madre cabalga a menos de una hora detrás de mí por la calzada.

El padre Hugh levantó la cara para mirar al mensajero.

—Ah, tú eres el hijo más pequeño de la anciana Tortua, la campesina de Lercherwald. Has crecido mucho desde que me fui de Austra. ¿Te has casado?

—No, mi señor. La granja ha pasado a mis hermanas mayores y no me ha quedado nada, así que he entrado a formar parte del servicio de vuestra buena madre.

—De hecho —dijo Hugh, con una sonrisa gentil, pero con el brillo del fuego en los ojos—, ese suele ser el destino habitual de los hijos. Por aquí. —Cogió una bolsa de uno de los asistentes y le dio un puñado de monedas de plata al joven—. Para tu dote.

El mensajero enrojeció.

—¡Mi señor Hugh! —le besó la mano. Hugh lo bendijo y le dijo que fuera a buscar algo de comer. Mientras el conde Lavastine se acercaba para mostrar sus respetos a la princesa Sapientia, la mirada de Hugh recorrió el patio hasta detenerse brevemente en Rosvita.

Ella le asintió con la cabeza, como saludo, porque no estaban bastante cerca para hablar. Los ojos de Hugh contenían el fuego de un hombre que se encuentra ante el pronto ataque de una enfermedad provocada. Él le frunció el ceño, se retiró, ofreció una amable sonrisa y se dio la vuelta.

¿Sospecharía que ella era quien le había robado El libro de los secretos? Si así era, ¿qué medida llevaría a cabo en su contra?

Había pasado un buen rato desde el amanecer y el cortejo todavía no estaba preparado para partir. Carros cargados zarandeaban las últimas jaulas de pollos. Una fila de soldados estaba en pie a sus anchas al lado de los carros que portaban los tesoros del rey. Como una señal de favor, el rey había decidido esperar a que llegara el grupo de la margravina Judith para viajar juntos hacia Werlida. Alain permanecía en pie nervioso junto a Lavastine, quien esperaba la llamada del rey. El resplandor del sol hizo que se estremeciera mientras miraba con los ojos entrecerrados hacia el nordeste, tratando de divisar al grupo que se acercaba. Esperar era demasiado difícil.

Lord Geoffrey había estado de jarana hasta tarde la noche anterior. Por fin, salió de la casa, restregándose los ojos; se le notaban los efectos de la noche en vela.

—¡Primo! —dijo a Lavastine a modo de saludo. Asintió con la cabeza frente a Alain y nada más—. ¿Es verdad que la margravina Judith llega hoy?

El ceño fruncido de Lavastine era manifiesto al examinar a Geoffrey.

—Si os hubierais levantado antes, os hubierais enterado de todo.

—¿Y perderme la pelea? —Geoffrey rio con ganas y Alain enrojeció. Un grupo de mujeres, que no eran más que putas, había venido de la cercana ciudad de Fuldas el día anterior para entretener a la corte del rey.

—Yo no lo hubiera llamado pelea —replicó Lavastine—. De hecho, si recordáis, sus travesuras resultaban tan vergonzosas que el rey acabó por pedirles que abandonaran la sala.

—Aun así, no prohibió que ninguno de nosotros las siguiera. El rey no envidia las diversiones de los jóvenes.

—Los jóvenes se comportan como insensatos, como tienen por costumbre, pero vos estáis casado, primo.

—¡Y muy feliz! Vos también os podríais casar de nuevo, primo, si eligieras esposa.

Lavastine cerró la boca con tanta fuerza que la piel alrededor de las comisuras se le puso blanca. Llamó a Pánico a su lado. Geoffrey se inquietó, pero el viejo perro apenas le gruñó y se sentó para que le acariciaran las orejas.

—No me volveré a casar. Alain engendrará al siguiente heredero del condado de Lavas.

La sonrisa de Geoffrey en respuesta fue tensa. No miró a Alain en absoluto,

aunque este sabía que pensaba en él, hasta el momento, único vástago, Lavrentia, mayor que él y quien, según opinó Geoffrey en otro tiempo, habría de heredar el condado de Lavas.

—¡Geoffrey! —gritó uno de los jóvenes lores de un grupo reunido junto a las cuadras—. ¡Os perdisteis lo mejor de anoche! ¡Venid para que os lo contemos!

Geoffrey se excusó y corrió junto a ellos; solo se detuvo para mostrar sus respetos al rey Henry, que los saludó con bastante alegría.

Alain no dejaba de mirar fijamente.

—¡Mirad! —gritó, mientras señalaba una nube de polvo junto al río.

—Corriste un riesgo enorme, Alain —dijo Lavastine de repente—. ¿En qué estabas pensando cuando te acercaste como lo hiciste a los perros del príncipe Sanglant?

—Pobres criaturas. No les tenía miedo, por eso no me atacaron. Si el príncipe no los tratara con tanta brutalidad, puede que tuvieran un carácter mejor. —Entonces enrojeció, al pensar en sus severas palabras.

—Los perros eika no tienen un «carácter mejor». El príncipe Sanglant ha mostrado gran clemencia para con ellos. Yo los hubiera matado en el acto. Que no te hirieran queda fuera de mi entendimiento, hijo. No te vuelvas a acercar a ellos.

—Sí, padre —dijo obediente—. ¡Los veo!

El séquito de la margravina Judith apareció en la calzada. Su estandarte, una pantera que salta sobre un antílope, ondeaba junto a un estandarte marcado con el guivre arconiano colocado entre tres corzos que saltan, dos encima y uno debajo. El sigil de la antigua casa real de Varre. Lavastine silbó entre dientes y se volvió a Alain con una sonrisa triunfante.

—Prepárate, hijo mío. Aquello por lo que hemos trabajado llegará en Werlida.

De repente, los sentidos se agudizaron en anticipación. Alain podía oler la cosecha crecida en verano y oír cómo los pollos rascaban la madera, la llamada de un camachuelo y el murmullo del lejano río. En el lejano horizonte, se reunían unas nubes de color gris mate que prometían lluvia. Bostezó con ansia, contuvo la respiración y se dejó caer sobre Gozo. Alain olió a queso en su punto y hasta el más ligero perfume de incienso utilizado en el servicio de la mañana.

—Tallia —dijo con suavidad, probando su nombre en los labios, aunque la garganta se le bloqueó por la emoción. No podía dejar de mirar cómo el grupo de la margravina Judith se acercaba en toda su gloria: una visión que dos años atrás lo hubiera dejado sin habla por el esplendor de su paso, pero que ya se había convertido en algo habitual. El padre Hugh se acercó a besar la mano de su madre. A su vez Judith bajó del caballo para saludar al rey Henry.

Alain la buscó, pero no pudo ver a Tallia, aunque sabía que debía encontrarse entre el grupo de mujeres ocultas por las capuchas y los chales.

La hermana Rosvita y sus clérigos se mantenían unos pasos tras él, por lo que Alain podía oír sus murmullos.

—¡Dios de los cielos! ¡Tiene cara de ángel!

—Hermana Amabilia —replicó severamente Rosvita—. No miréis así. Es indecoroso.

—«Un lirio entre espinas es mi dulce flor entre los hombres» —citó el más joven, sin que por ello no le temblara la voz, por el sobrecogimiento.

—El hermano Constantine y yo por una vez estamos de acuerdo —murmuró Amabilia.

—¿Dónde encuentra ella esos jóvenes y suculentos bocados? —preguntó el cuarto.

—¡Hermano Fortunatus! —reprendió Rosvita y luego exclamó—: ¡Ivar! ¿Qué significa esto?

—Dios nos asista —murmuró Lavastine, asombrado. Alain dejó de buscar con la mirada a Tallia para ver a un hermoso joven, que saltaba a la vista, y que presentaban ante el rey. Con él, como asistente, caminaba otro joven cuyo pelo rizado, pelirrojo y brillante se apartaba del, por otra parte, modesto hábito con la capucha de la mucetas del novicio. Rosvita se adelantó para interceptar a los jóvenes, pero antes de poder llegar a ellos a través de la multitud, el rey Henry hizo la señal para que comenzara la marcha. De repente, en el patio surgió tal clamor y se levantó tal nube de polvo que Alain tuvo que hacer todo lo posible para mantenerse él mismo y a los perros al lado de su padre.

Al formar parte la margravina Judith del cortejo, el conde Lavastine y Alain fueron relegados a un segundo rango tras Henry, Helmut Villam, Judith, Hugh y la princesa Sapientia. A Alain no le importó. Seguía estirando el cuello de un lado a otro para conseguir ver a Tallia, aunque su grupo no se encontraba a la vista en medio de la multitud.

Por la tarde llegaron a Werlida, un magnífico palacio en un acantilado sobre una amplia curva del río. Serpentearon una calzada que subía desde la parte baja del río y pasaron por un arcén y una empalizada hacia el recinto más bajo, donde la mayoría de los carros pasaron con gran estruendo a un apeadero. Se dispersaron en una aldea con casas de cantera bajas para alojar a los sirvientes y artesanos, con cuatro grandes salas de cestería y con media docena de graneros con postes de madera. Alain sintió el polvoriento aroma del grano viejo almacenado en sacos y vasijas. Cambiaron de zona, hacia arriba, a través de los portalones con no menos de tres murallas con zanjas en la ladera externa. Desde el recinto más alto, vio el río en la brusca base del acantilado allá abajo. Se repartía en tres direcciones. Los campos se esparcían entre los bosquecillos y más allá se extendía el bosque.

En este lugar, en los terrenos de palacio, esperaron en el largo y abierto campo interior, —que no era exactamente un patio—, a que el rey se dirigiera a sus dependencias, situadas al otro lado de la capilla de piedra. Una majestuosa sala de madera con los cimientos de piedra adornaba la parte sur de este grupo de edificaciones. Los mayordomos del rey repartieron las estancias de acuerdo con el

rango y el favor, y no antes de que Alain hubiera colocado a los perros en una caseta improvisada en el exterior del pabellón asignado, el conde vino a buscarlo.

—El rey Henry ha pedido que lo asistiéramos en un consejo privado. Vamos, hijo. Arréglate. —Miró a los perros ya instalados que, a la espera de una caricia, movían los rabos y gemían—. Lleva a dos de los perros.

El rey los recibió en una sala espaciosa con todas las contraventanas abiertas para que pasara la luz y el aire. Solo lo acompañaban Helmut Villam, media docena de siervos y la hermana Rosvita. Henry se sentó en su silla de viaje, en cuyas patas se había tallado astutamente leones y en los brazos, sinuosos cuellos y cabezas de dragones. El rey se inclinó hacia delante mientras su Águila le hablaba con suavidad al oído. Al ver a Lavastine y a Alain se puso en pie.

—Haz que venga de una vez, si puedes convencerlo dentro de las murallas. Si no... —miró hacia Villam, quien dio luz verde casi sin que se viera—, déjalo deambular todo lo que desee esta vez. Es mejor que la corte no lo vea cuando está tan inquieto y de mal humor.

Hizo una reverencia y salió con brío. Henry hizo una señal a los siervos, que salieron de la habitación tras el Águila. Entonces asintió hacia Rosvita, quien con una expresión atribulada, leyó en alto una carta.

—«A mi hermano, su insigne majestad Henry, soberano de Wendar y Varre. Con pesar en mi corazón e inquietud en mi mente, debo relatarles estas nuevas: nuestra sobrina Tallia no puede permanecer en Quedlinhame. Ha extendido la mácula de la herejía entre mis novicios y ha contaminado a más de veinte jóvenes inocentes con sus predicaciones. Aconsejo prudencia al tiempo que os la encomiendo. Considero que el matrimonio será la mejor distracción para ella frente a tales falsedades».

Henry hizo una señal y Rosvita dejó de leer.

—¿Aún deseáis que el matrimonio siga adelante? —preguntó a Lavastine claramente—. La acusación de herejía es muy seria. La madre scholastica ha tenido en cuenta la juventud de Tallia al juzgar su arrebató con clemencia, por esta vez. La joven alega haber tenido visiones, pero no podemos decir si han llegado a su mente mediante la agencia del Enemigo o por su inocente confianza en malos consejeros. Si no se arrepiente de esas visiones, la Iglesia se verá obligada a tomar medidas más drásticas.

Lavastine arqueó una ceja, pensando.

Herejía. Alain sabía en su interior a quién había escuchado Tallia: al padre Agius. Era como si la herejía del cuchillo desollador y el sacrificio y redención de Daisan el Bendito, fuese una plaga que pasaba de un alma vulnerable a otra. Agius había conseguido la muerte de mártir que tanto deseaba. ¿No era esa una señal del favor de Dios? ¿Por qué, entonces, debería favorecer a un hombre que predicaba una herejía

en contra de la verdad de Dios?

Aun así, lo enfurecía pensar en perder a Tallia a causa de las predicaciones de Agius. La ira le brotaba del corazón y Rabia bramaba a su lado.

—Silencio —murmuró Lavastine y el perro se sentó y apoyó la cabeza sobre sus grandes patas. Se volvió hacia el rey—. *Lady Tallia* todavía es joven, majestad. Y, por desgracia, no ha estado en contacto con los sabios consejeros. Una influencia estable... —asintió con la cabeza hacia Alain—, calmará su joven mente.

—Que así sea —expresó Henry, no sin alivio.

—Cuanto antes tenga lugar esta transición, mejor —añadió Lavastine—. He de regresar a mis tierras antes del otoño, para que mi hijo y yo podamos supervisar la siembra. Nos espera un duro invierno a causa de los hombres que fallecieron en Gent... los mismos hombres que entregaron sus vidas para devolver Gent y a su hijo Sanglant a nuestras manos.

La puerta se abrió y los siervos regresaron con dos jóvenes mujeres a la zaga. Una, con una cara regordeta e impaciente, miraba al rey fijamente con la boca abierta, entonces se dio cuenta y se arrodilló obedientemente. La otra, con el chal caído, mostraba el cabello claro como el trigo; era Tallia.

Alain tuvo que cerrar los ojos. Le superaba la gran fuerza de las expectativas y el alivio, y el sencillo y terrible deseo que se tambaleaba; tembló hasta que Pesar le empujó una mano y le ofreció una base en la que apoyarse.

—Tío —dijo Tallia con tanta suavidad que los ruidos habituales del exterior casi ahogan sus palabras—. Os ruego, tío, que me permitáis retirarme en paz a la celda de una monja. Tomaré el voto de silencio, si así debe ser, pero no...

—¡Silencio! No estás hecha para la Iglesia, Tallia. Dentro de dos días te casarás con lord Alain. No intentes discutir conmigo. He tomado una decisión.

Alain levantó la mirada para ver a Tallia arrodillarse ante el rey. Sus mejillas mostraban una palidez terrible y estaba tan delgada como un mendigo en un año de malas cosechas, pero a sus ojos todavía era hermosa. Lo que le gustaba no era solo su belleza. Otra fuerza inexplicable e indescriptible lo había atrapado y no podía dejar de mirar, enmudecido por la vergüenza del deseo que sentía incluso cuando ella le dedicaba una mirada suplicante con lágrimas por las mejillas y la cabeza agachada en señal de sumisión ante el terrible destino que se le había planteado.

El padre Hugh nunca discutía. Cuando alguien estaba en desacuerdo con él, sonreía. Luego hablaba con una persuasión tan dócil que sus contrincantes rara vez reconocían que casi siempre se salía con la suya. Sin embargo, Hanna ya había aprendido a leer los signos de su inquietud. En ese momento, retorció el dedo de uno de los guantes que apenas sujetaba con la mano izquierda: lo retorció una y otra vez mientras escuchaba los consejos de su madre a la princesa Sapientia.

—El príncipe Sanglant representa una amenaza para vuestra posición solo si se lo permitís, alteza —decía la margravina Judith. Hanna se mantenía de pie tras el asiento de Sapientia. La margravina estaba sentada de igual a igual al lado de la princesa en un asiento casi tan elaborado como el trono del monarca. Todos los demás asistentes, incluidos su nuevo marido y su hijo bastardo, permanecían de pie mientras las dos nobles conversaban—. Es cierto que vuestro padre el rey os ha desatendido a causa de su afecto hacia el príncipe. Hablo con claridad porque es una verdad evidente.

Hablaba con claridad porque tenía poder suficiente para hacerlo. Miró a un lado e hizo que Hanna alcanzara a ver la cabeza inclinada de Ivar, quien mostraba un sonrojo en las mejillas que preocupaba a Hanna, como si hubiera una enfermedad en él sin que él mismo fuera consciente de ello. Sin embargo, en semejante situación, no esperaba hablar con él.

—¿Qué aconsejáis? —Demasiado inquieta como para permanecer sentada mucho tiempo, Sapientia se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro—. No me disgusta mi hermano, aunque he de reconocer que desde que lo rescatamos en Gent se comporta de modo extraño, más como un perro que como un humano.

—Su madre no era humana siquiera, lo que sin duda influye. —Judith levantó una mano y Hugh, como hijo obediente, le trajo un vaso de vino. Se movía con mucha gracilidad. Hanna apenas podía creer haber visto cómo este elegante cortesano había golpeado a Liath con fría ira. Era tan distinto, en la corte. De hecho, era tan distinto en todos los aspectos respecto a todos los hombres del Descanso del Corazón, la población en la que ella había crecido: sus elegantes maneras, sus refinadas ropas, su hermosa voz, sus manos limpias—. Pero Dios hizo a las mujeres para que administraran y crearan a los hombres para la lucha y el trabajo duro —continuó Judith—. Cultivad a vuestro hermano de la misma forma que una sabia granjera

cultiva sus campos y obtendréis una muy buena cosecha tras vuestros esfuerzos. Es un luchador destacado y cuenta con la suerte de vuestra familia en el campo de batalla. Utilizad sus buenas cualidades para apoyar vuestra posición como heredera al trono. No seáis tan insensata como para creer los rumores de que Henry desea nombrarlo heredero. Los príncipes de Wendar y Varre no permitirán de ninguna manera ser gobernados por un bastardo, por el cual, además, solo corre sangre mitad humana.

Sapientia se detuvo junto a la ventana. Algo que vio en el exterior le hizo darse la vuelta y mirar a la margravina Judith con media sonrisa.

—El heredero del conde Lavastine fue considerado un bastardo durante un tiempo y ahora es un hijo legítimo, ¡y se ha casado con mi prima esta misma noche!

—Tallia es una vergüenza. Henry hizo bien en regalarla al conde Lavastine como premio por sus servicios en Gent. Así se libra de ella.

—Y le da a Lavastine una novia para su heredero con lazos reales —dijo Sapientia pensativamente—. Creo que no habéis conocido a lord Geoffrey, primo de Lavastine y su heredero antes de que apareciera lord Alain. Es un noble en todos los sentidos, realmente merecedor del condado y del título.

—Lavastine es astuto. En cuanto lord Alain y *lady* Tallia conciban un heredero, Henry estará obligado a apoyar a Alain, aunque lord Geoffrey aspire a la sucesión.

Hugh intervino inesperadamente.

—¿Qué sucedería si el rey Henry decide casar al príncipe Sanglant del mismo modo para darle legitimidad?

Asustada, Judith lo miró como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

—¿Realmente creéis que Henry siente tal afecto por Sanglant como para considerar esa posibilidad?

—Sí —respondió él, cortante.

—No —replicó Sapientia—. Yo soy la heredera. He tenido a Hippolyte y eso prueba mi valía. Lo que ocurre es que odiáis a Sanglant, Hugh. Puedo ver cuánto lo despreciáis. No podéis soportar que yo pueda apreciarlo, aunque hayamos crecido juntos y él siempre me tratara bien cuando éramos niños. Pero vuestra madre tiene razón. —Judith asintió en agradecimiento, aunque Hanna percibió la dureza con la que miró a su hijo, como si pretendiera introducirse en sus adentros para saber lo que opinaba—. Sanglant no supone una amenaza para mi situación, a menos que yo lo permita. Dar a entender que lo temo porque mi padre lo favorece y demuestra un viejo cariño hacia él me debilita a mí, no a él. —Giró la cabeza para mirar a Hanna—. ¿No es así, Águila? ¿No es eso exactamente lo que me contasteis ayer?

¡Ay, Señora! Todos la miraron. Súbitamente deseó no haberle dicho nunca esas imprudentes palabras a Sapientia, pero esta, aunque joven e imprudente, había pedido que alguien se molestase en darle algún consejo práctico, y Hanna guardaba gran cantidad de consejos prácticos recogidos de su propia madre.

—Sabio consejo —dijo la margravina Judith con brillo en los ojos que puso a

Hanna extremadamente nerviosa—. ¿Qué opináis vos, Hugh?

Hugh tenía cierto gesto en los labios que delataba su irritación. Sonreía para disimularlo. Su voz continuaba siendo suave y dulce como la miel.

—Es el deseo de Dios que una hermana ame a su hermano, pero los demás debemos tratar a los débiles y a los fuertes de igual modo, con la misma compasión.

—Aun así —se preguntó Judith—, no había considerado la posibilidad del matrimonio del príncipe Sanglant. Le propondré a Henry que case a Sanglant con mi Theucinda.

—¿Casaréis a vuestra hija legítima con mi hermano bastardo? —preguntó Sapientia, sorprendida.

En su mente, Hanna podía oír los comentarios de su madre. Sabía exactamente lo que habría dicho la señora Mirta: la margravina Judith, una sabia gestora, solo estaba reuniendo a todas las gallinas en su gallinero.

—Theucinda es mi tercera hija y acaba cumplir la mayoría de edad. Gerberga y Bertha tienen obligaciones, propiedades, maridos y herederos en Austra y Olsatia. Theucinda me puede servir a este respecto, si lo considero oportuno. —Acabó su vaso, sin dejar de observar a su hijo—. Pero no me inmiscuiré mucho en el matrimonio de Sanglant. No olvidemos que Henry puede volver a casarse.

—Como vos habéis hecho —dijo Hugh con frialdad, con la mirada puesta en Baldwin, aunque miró enseguida para otro lado, como si fuera violento que lo pillaran mirando.

Judith se rio.

—¿A qué viene ese ceño fruncido, mi niño? He de divertirme. —Al no mirar a Baldwin hizo que su presencia llamara la atención porque entonces todo el mundo lo miró. Realmente Hanna nunca había visto una criatura más hermosa que el pobre chico. Como solían comentar los sirvientes, tenía la cara de un ángel.

Parecía que Hugh estaba a punto de hablar. Súbitamente se adelantó para coger el vaso vacío de su madre para llenarlo de nuevo. Cuando se lo devolvió, le rozó la muñeca con la suavidad de una mariposa que se posa en una flor para beber el néctar. Por un momento, Hanna pensó que pasaba algo entre ellos, madre e hijo, un mensaje tácito que se puede leer en la mirada y en el lenguaje corporal. Pero ella no tenía la clave para comprenderlo.



Cuando Judith se fue, se llevaron a Ivar y a Baldwin precipitadamente, por lo que Hanna solo le leyó la mirada al cruzar el umbral. Levantó una mano como respuesta y se fue. Durante el resto del día, los preparativos del banquete nupcial ocuparon su atención. Gracias a Dios, Hathui la instó a que escoltara dos carros hasta la finca de

un granjero en la periferia con provisiones de miel y velas de ceras de abeja reservadas para uso del rey como renta anual.

Merodeó por la finca, habló con el anciano apicultor mientras sus hijos mayores y los peones cargaban los dos carros con barriles de miel y fardos cuidadosamente envueltos de delicada cera. El hijo menor la observaba con interés.

—¡Ah, el mismísimo rey! —dijo el anciano, que le cayó a Hanna bastante bien—. Nunca he visto al rey Henry. Se dice que es un hombre apuesto, fuerte y alto, y un excelente general.

—Así es.

—Pero he visto a Arnulf el Joven, con estos ojos, y nunca lo olvidaré. Vino por esta granja cuando yo era joven, con sus escoltas, todos con ricas ropas, y con unos caballos cuyo esplendor podría llegar a cegar los ojos de los hombres. Recuerdo que tenía una cicatriz bajo la oreja izquierda, aún reciente. Cabalgaba con un Águila a su derecha, como tú, ¡un Águila normal! Solo que era un hombre. Era raro ver a un hombre normal cabalgar junto al rey como si fuera su mejor compañero. Pero murió.

—¿El Águila? —preguntó Hanna, a quien habían despertado la curiosidad.

—No, el rey Arnulf. Murió muchos años atrás y el hijo subió al trono porque la hija mayor no podía tener hijos y no tiene sentido tener una heredera si no puede concebir hijos, ¿sigue siendo así, no? —Miró hacia uno de los adultos, una mujer de aspecto cansado y con una mueca de enfado. Varios niños ayudaban, o dificultaban, las labores, pero ninguno se le acercó—. Ah, bueno, dicen que Henry tiene hijos propios y un hijo excelente a quien dar el trono y que es capitán de los Dragones. Eso dicen.

—Es el príncipe Sanglant. —Todos la miraron con tanta expectación que se sintió obligada a hablarles un poco de la caída de Gent y de su reconquista.

—¡Ah, vale! —exclamó el anciano, cuando ella acabó—. ¡Esa sí que es una historia! —Hizo un gesto a su hijo menor, que trajo una taza de vinagre endulzado, pero tan agrio, a pesar del meloso sabor, que Hanna no podía evitar fruncir la boca, mientras los anfitriones reían abiertamente.

—Entonces —dijo el anciano apicultor, que hizo una señal a su hijo—, Águila, ¿me podéis hacer un favor? Si os lleváis al chico con vos, podrá ver al rey y caminar de vuelta a casa. Tiene grandes ansias de ver al rey y ¿cómo voy a negárselo, si él fue el último regalo que me dejó mi difunta esposa?

El chico se llamaba Arnulf, sin lugar a dudas en memoria del rey fallecido. Tenía el pelo rubio y una cara amable, aunque vulgar, salvo por un par de brillantes ojos azules que contenían tal cantidad de mudas plegarias que Hanna no tuvo valor para negarse. Arnulf demostró no causar problemas, aunque hizo un centenar de preguntas mientras caminaba junto a los carros, llevados por dos carreteros escépticos al servicio de los mayordomos del rey y que se habían acostumbrado tanto a la presencia del rey durante sus viajes diarios que les divertía la alegría del muchacho.

Mientras atravesaban parte de un bosque, un grupo de jinetes pasaron por la

derecha. Hanna los reconoció por los perros.

—Mira, allí. Es el príncipe Sanglant —le hizo saber. El chico se quedó boquiabierto.

—Dicen que se ha vuelto loco —dijo el primer carretero.

—Nunca ha hecho daño a nadie, solo a los enemigos del rey. Nunca encontrarás un capitán mejor que el príncipe Sanglant. Oí esas historias... —respondió el segundo carretero.

Hanna vio a Hathui cabalgando en el camino y la llamó.

—Ya veo para lo que has venido —dijo Hathui, ya al lado de Hanna—. Deséame buena suerte en mi caza. No lo voy a traer de vuelta a tiempo para el banquete de esta noche —señaló con el mentón para indicar a los jinetes que acababan de desaparecer en el bosquecillo.

—¿Qué le pasa? Se murmuran muchas cosas, que ahora es más perro que hombre. Hathui se protegió del sol con una mano para poder ver mejor los árboles.

—¿Encadenado entre los eika durante un año? —Se encogió de hombros—. Por lo menos los quman hacen esclavos a los prisioneros y los ponen a trabajar en algo. Es un milagro que aún este vivo. —Su mirada mostraba una fuerte simpatía—. No olvides cómo peleó en el exterior de Gent en cuanto lograron liberarlo.

Hanna sonrió.

—No, no me he convertido en la abogada de Sapientia, ni me he puesto en su contra, pero ¿crees que es verdad lo que se rumorea, que Henry considera nombrar a Sanglant su heredero y no a su legítima hija?

El ceño fruncido fue la única respuesta de Hathui, que asintió y se fue cabalgando.

Hanna dejó los carros y a los carreteros junto a las casas de cantera que servían de cocina y dejó que Arnulf la siguiera al gran patio abierto que daba a la capilla, a la sala y a la residencia real. Allí, quiso la suerte que se hubieran reunido el rey y la corte para animar unos combates de lucha. Hanna se abrió camino entre la multitud hasta llegar junto a la princesa Sapientia. Llamó la atención de la princesa al arrodillarse ante ella. Con una exhalación tosca, el muchacho se dejó caer a su lado.

—Alteza. —Sapientia estaba de buen humor. Era todo luz y encanto, luz y encanto que destacaban esa gran energía que tan a menudo la hacían parecer insensata—. Aquí traigo a Arnulf, hijo del apicultor. Nos ha acompañado desde la casa de su padre con miel y velas de cera.

Sapientia sonrió al joven, llamó el mayordomo que supervisaba su tesoro y dio a Arnulf dos monedas de plata.

—Para vuestra dote —dijo ella. Llamó a su padre.

Henry se acercó acompañado por Villam y Judith. Reía, no exageradamente, sino a causa de un buen humor sincero, contagioso y, sin embargo, señorial. Pero cuando Sapientia indicó al joven a quien miraba sobrecogido por esta aparición, la postura del rey cambió.

Se calmó. Posó toda la fuerza de su mirada en el joven y, con mano firme, le tocó la cabeza.

—Mi bendición para tu familia y para ti —dijo y luego retiró la mano. Con la misma rapidez, regresó a las bromas con sus compañeros, con los que se fue mientras la margravina Judith señalaba al siguiente hombre de armas que iba a desafiar al campeón.

Hanna se llevó al tembloroso Arnulf.

—¿Qué es esto? —susurró, con las monedas en la mano.

—Son monedas. Las puedes intercambiar por bienes en el mercado en el recinto al sur, aunque será mejor que no lo hagas hoy, porque sabrán que no estás acostumbrado a regatear y te engañarán.

—Mi dote —murmuró. Parpadeó tantas veces que por un momento Hanna pensó que estaba a punto de desmayarse. Se volvió hacia ella—. ¿Os casaréis conmigo? —preguntó él.

Hanna contuvo una carcajada y sonrió con amabilidad.

—Venga, chico —dijo, al tiempo que se sentía inmensurablemente mayor, aunque no debía de haber demasiada diferencia de edad entre ellos dos—. Lleva las monedas y la bendición a casa para tu familia. —Lo condujo a las compuertas y observó cómo se alejaba, con paso poco firme.

De vuelta junto a Sapia, vio a Ivar de pie en la puerta de la residencia en la que la margravina Judith había ocupado varias estancias. Él la vio, le hizo una señal y se escondió. Ella lo siguió por el umbral.

—¿Ivar?

—¡Calla! —La condujo a un pequeño almacén en el que los camastros de los sirvientes se alineaban junto a la pared. Las contraventanas cerradas hacían que la habitación estuviera oscura y muy cargada. La abrazó.

—¡Oh, Hanna! ¡Pensé que nunca te volvería a ver! No se me permite hablar con mujeres.

Lo besó en cada mejilla, tal y como saludan las mujeres de la familia.

—¡Yo no soy una mujer cualquiera! —dijo ella de modo inseguro—. Yo mamé del mismo pecho. Seguro que podemos hablar juntos sin miedo a que nos castiguen.

—No —susurró, mientras abría un poco la puerta para ver el pasillo; volvió junto a ella—. Rosvita quería verme, pero estaba prohibido, aunque fuera un clérigo y mi hermana. Aunque como me iba reprender de todos modos, ¡me alegro de no haberla visto!

Hanna suspiró. Él seguía siendo tan apasionadamente desconsiderado como siempre.

—Bueno, sí que has ensanchado de espaldas, Ivar. Te pareces a tu padre más que nunca. ¿Pero estás bien? ¿Por qué no estás en Quedlinhame?

Seguía moviendo la cabeza igual, con todos los rizos pelirrojos rebeldes y la cara, tenaz. Siempre se lanzaba antes de medir la distancia.

—¿Es verdad que el rey pretende casar a *lady Tallia*? ¡No deben vejarse! ¡Debe seguir siendo la nave pura de la verdad de Dios! —Se separó de ella otra vez, con las manos en la frente en actitud de desesperación y frustración—. ¡Harán con ella lo que ya han hecho con Baldwin! ¡No les importan en absoluto los votos jurados con honestidad ante la Iglesia!

—¡Calla, Ivar! ¡Venga, calla! —Le sacó las manos de la cabeza para mirarle la frente, pero no estaba caliente. Tenía fiebre en la voz, no en la piel—. ¿Por qué no estás en Quedlinhame? ¿Tu padre ordenó que te buscaran?

Hizo un gesto extraño: con el dedo índice de la mano izquierda hacia abajo sobre el esternón.

—Si hubieras visto...

—¿Visto qué?

—El milagro de la rosa. Las marcas de la piel despellejada en las palmas. Creerías en el sacrificio y en la redención. Conocerías la verdad que se ha estado ocultando.

Nerviosa, se apartó de él y se golpeó con la pared.

—No sé de qué estás hablando, Ivar. ¿Has enloquecido?

—No he enloquecido. —Buscó a tientas su mano, la encontró y la arrastró hacia la pared. La bota de Hanna arrugó el borde de una manta de lana doblada, con lo que descubrió un ramillete de flores prensadas debajo, una prenda de amor.

—La *Translatus* es una mentira, Hanna. Daisan el Bendito, no oró durante siete días, como dicen los Sagrados Versos. No fue elevado en cuerpo a la Cámara de la Luz. Todo es mentira.

—Me estás asustando. ¿No es eso una herejía? —Seguro que los subalternos del Enemigo se habían introducido en él y hablaban a través de él. Intentó alejarse lentamente, pero la agarraba con fuerza.

—Eso nos ha enseñado erróneamente la Iglesia durante años. Daisan el Bendito, fue desollado vivo por orden de la emperatriz Thaisannia. Le arrancaron el corazón, pero la sangre brotó sobre la tierra como una rosa roja. Sufrió y murió, pero resucitó y ascendió a la Cámara de la Luz y por su sufrimiento limpió nuestros pecados.

—¡Ivar! —A lo mejor su voz cortante lo asustaba y lo hacía callar—. ¡Deja que me vaya!

Le soltó la mano.

—Harás como hizo Liath. Abandonarme. *Lady Tallia* era la única que no tenía miedo de caminar hacia donde los demás fuimos apresados. Solo ella nos trajo esperanza.

—¿*Lady Tallia* está diciendo esas mentiras?

—¡Es verdad!, Hanna...

—No, Ivar. No hablaré de eso contigo. Ahora calla, escúchame y, por favor, contéstame esta vez, te lo ruego. ¿Por qué no estás en Quedlinhame?

—Me llevaron al monasterio fundado en honor de San Walaricus, el mártir. En

Eastfall.

—Eso está muy lejos. ¿Pediste que te enviaran allí?

—No. Nos separaron a los cuatro, es decir, a Baldwin, a Ermanrich, a Sigfrid y a mí, porque oímos las predicaciones de *lady Tallia*, porque vimos el milagro de la rosa y no quieren que nadie lo sepa. Por eso es por lo que expulsaron a *lady Tallia* del convento.

—Oh, Ivar. —A pesar de la fiebre que lo había poseído, ella solo lo veía como al chico revoltoso con el que había crecido—. Debes rezar a Dios para que tu espíritu esté en paz.

—¿Cómo puedo estar en paz? —De repente empezó a llorar, con la voz tomada—. ¿Has visto a Liath? ¿Está aquí? ¿Por qué no la he visto?

—¡Ivar! —Se sintió obligada a reprenderle a pesar de lo que Ivar había dicho sobre Rosvita—. Escucha las palabras de una hermana, porque me puedo llamar así. Liath no está hecha para ti. Ahora cabalga como Águila.

—¡Me abandonó en Quedlinhame! Dije que me casaría con ella, dije que nos alejaríamos juntos...

—¿Después de haber hecho tus votos como novicio?

—¡En contra de mi voluntad! Dijo que se casaría conmigo, pero luego se marchó cuando el rey se fue.

—¡Eso no es justo! Me contó vuestro encuentro. ¡Dios de los cielos! ¿Qué iba a hacer? Tú ya habías jurado tus votos. No tenías posibilidades, no tenías apoyos... y ella no tiene familia...

—Dijo que amaba a otro, a otro hombre —dijo Ivar tercamente—. Creo que me dejó para estar con él. Creo que todavía quiere a Hugh.

—¡Ella nunca quiso a Hugh! ¡Sabes lo que hizo con ella!

—¿Entonces a que hombre se refería?

En ese momento, de repente supo a quién se había referido Liath y le atrapó el corazón una angustiada premonición.

—Eso no importa —dijo con precipitación—. Es un Águila y tú te diriges al este. ¡Ay, Dios, Ivar! Puede que nunca te vuelva a ver.

Ivar le agarró los codos.

—¿Me puedes ayuda a escapar? —La soltó y se respondió a sí mismo—. Pero no puedo abandonar a Baldwin. Me necesita. ¡Ay, Señora! Ojalá Liath se hubiera casado conmigo, ojalá hubiéramos huido. Así no hubiera pasado nada de esto.

Oyeron voces en la puerta. Ella se escondió bajo un catre cuando entraron varios mayordomos de Judith.

—¡Ah, aquí está! Lord Baldwin pregunta por ti, chico. Vete a asistirlo ahora.

Ivar no tuvo otra opción que irse. Siguieron con otros recados que finalmente los llevaron a otras salas y ella pudo escapar sin ser vista. Las palabras de Ivar le preocuparon por la noche, cuando el rey y la corte se reunieron para el banquete nupcial. La pareja de novios vestían sus mejores galas. Un clérigo leyó los detalles de

la dote que cada parte aportaría al matrimonio. Lord Alain dio su consentimiento con una voz clara, aunque vacilante, pero cuando llegó el turno de *lady Tallia* habló por ella el rey Henry. ¿Estaba siendo forzada a contraer matrimonio en contra de su voluntad, como decía Ivar? Sin embargo, ¿quién iba a discrepar con la decisión del rey?

Los hijos de la nobleza se casaban para favorecer a sus familias. No tienen nada que decir al respecto. Tallia estaba a disposición de Henry, una vez que había derrotado a sus padres en la batalla.

Habían traído a la obispo de la ciudad vecina de Fuldas para que bendijera a la joven pareja, que se arrodillaban ante ella para recibirla. Lord Alain parecía nervioso, exaltado e inquieto. *Lady Tallia* estaba tan pálida y delgada que Hanna se preguntaba si no se desmayaría. Pero no lo hizo. Con las manos cruzadas con fuerza ante ella, mantenía la cabeza baja, sin mirar a nada ni a nadie, ni siquiera a su novio.

La larga luz del verano se extendía ante ellos mientras entraban en la sala. Habían esparcido juncos frescos por el suelo. Los sirvientes entraban y salían corriendo con bandejas de carne humeante o jarras de vino y aguamiel. Los delgados galgos se escurrían por debajo de las mesas a la espera de las sobras. Sapia permitió que Hanna permaneciese detrás de su asiento y de vez en cuando le ofrecía bocados de su plato, una señal de favor que el padre Hugh percibió con una mirada de sorpresa y que ignoró en cuanto dirigió la atención de Sapia hacia el poeta que se acercó para cantar.

Interpretó el poema en dariyano, pero Hugh le murmuró la traducción a Sapia:

*Ella dijo: Ven, ahora, vos sois mi único amor. Acercaos
Sois la luz que refulge en mi corazón.
Donde en un tiempo solo nacían espinas, ahora florece un lirio.
Él respondió: Anduve solo por el bosque.
La soledad endureció mi corazón.
Pero ahora se derrite el hielo. Las flores nacen.
Ella le ofrece: ¡Venid! No puedo vivir sin vos.
Rosas y lirios esparciré ante vos.
Que no haya demora.*

Hanna enrojeció aunque sabía bien que las palabras no eran para ella, pero seguro que no habría ningún hombre que tuviera una voz más hermosa que la de Hugh. Cuando decía esas frases con tanta dulzura y con tanta música en las palabras, incluso una joven y práctica mujer creía desmayarse de deseo.

Se calmó pronto. ¡Señora de los Cielos! No tenía motivos para ser insensata. No tenía motivos para dejar que le contagie la locura de Ivar. Hay muchas cosas que la pueden distraer, aquí en la fiesta. No había espacio para el aburrimiento en el séquito del rey.

Sus fieles compañeros del largo viaje a las montañas Alfar, los Leones Ingo, Folquin, Leo y el joven Stephen hacían guardia en la puerta. Al verla, Ingo le hizo un gesto con la cabeza. Tal vez, un guiño.

En la mesa del rey, la margravina Judith compartía fuente con Helmut Villam. Con las cabezas cerca, hablaban con mucha seriedad. Baldwin se sentó a una mesa de distancia; a pesar de su condición de nuevo consorte de Judith y su imponente belleza, no tenía garantizado un asiento en la mesa del rey. Y allí estaba sentado Ivar, junto a Baldwin, pero solo comió unas cortezas de pan y un sorbo de vino.

Las clérigos reales comían y hablaban con entusiasmo, aunque de vez en cuando la hermana Rosvita se detenía a mirar a sus jóvenes hermanos con preocupación.

La pareja nupcial estaba sentada al otro lado del rey, por lo que Hanna no podía verlos. En cualquier caso la mesa que más interesaba a Hanna era la de Hathui y el príncipe Sanglant. Hathui rondaba por detrás de la silla de Sanglant y parecía que a intervalos tenían lugar ciertas conversaciones entre el Águila y el rey, tácitas, pero sobreentendidas. El príncipe estaba sentado con la extraña quietud de un hombre activo obligado a estar quieto cuando prefería estar en movimiento. Con los puños sobre la mesa, miraba fijamente a la pared opuesta, es decir, a la nada. En una ocasión, Hathui lo empujó y él volvió en sí y engulló un pedacito de carne, luego titubeó, se sacudió y comió como un hombre... solo para volver a hundirse en el aletargamiento. Del festín y el júbilo a su alrededor, parecía no ser consciente.

Tras un rato apropiado de cantos, el rey Henry pidió a la hermana Rosvita que se acercara. Habían colocado velas, pero aún no las habían encendido, ya que, con todas las puertas abiertas y las contraventanas cerradas, la luz de la tarde todavía pasaba a la sala. La gente allí reunida hizo silencio con expectación cuando la hermana Rosvita abrió un libro y comenzó a leer en alto y con voz clara:

Muchos relatos de las escrituras sagradas de la joven Radegundis llegaron a oídos de Su Graciosa majestad, el ilustre Taillefer, y él hizo que la llevaran a su corte de Autun. El emperador no pudo evitar ser influenciado por su gran santidad, y decidió por fin hacerla su reina. Le suplicó que rezara con él. Con varias limosnas y actos de misericordia hacia los mendigos la introdujo en la caridad con él. Como regalo de la mañana, no solo le dio tierras, sino toda suerte de excelentes regalos que ella distribuiría entre los pobres. Él prometió alimentar a los indigentes en Baralcha cada día de Hefens.

De este modo, la nobleza del emperador Taillefer se apoderó de la joven santa, tan decidida en su voto de mantener su vehículo casto para poder abrazar a Dios con un corazón puro. Al cortejarla así, venció su renuencia. El amor de ella hacia las grandes virtudes y el honor imperial de él suavizaron su corazón y se casaron. Aquí solo se puede plasmar una pequeña parte de las buenas obras que ella llevó a cabo en ese período de su vida. La

gloria temprana no atenuó su fervor hacia Dios, ni tampoco ella se creyó los ceremoniales de la realeza, ni olvidó que las prendas de los pobres ocultan las extremidades de Dios.

Cada vez que recibía parte de los tributos presentados ante el emperador, ella entregaba al menos la mitad como diezmo a Dios antes de que fuera depositado en su erario. A los necesitados entrega ropas y a los hambrientos, banquetes. Construyó una casa para las mujeres pobres en Athies y limpiaba los cabellos y las llagas de los pobres con sus propias manos. Hacía espléndidos regalos a monasterios y conventos. Ningún eremita se quedaba sin las muestras de su generosidad. Cuando su última enfermedad postró al emperador, no pudieron apartarla de su lado aunque estuviera a punto de dar a luz. Se arrodillaba a su lado con tal devoción que los miembros de su séquito temían por su salud, pero no pudieron liberarla de sus oraciones. Al final le llegó la muerte, con suavidad gracias a los esfuerzos de ella, y su alma fue elevada a la Cámara de la Luz.

En ese momento muchos príncipes poderosos acudieron como buitres al lado del ilustre emperador, deseosos de obtener, con astucia o por la fuerza, lo que él pudo haber dejado atrás. Entre esos tesoros se encontraba la bendita Radegundis, una joya de mujer. Pero ella no tenía una familia que la protegiera ante tal avaricia. Aún en un avanzado estado de gestación, Radegundis se vistió, en compañía de su más íntima compañera, una mujer llamada Clothilde, con ropas de mujeres pobres. Eligió el exilio ante los suplicios del poder. Y juró no casarse con ningún príncipe terrenal, sino que, a partir de ese momento, se entregaría sola al servicio de Dios. Así, escaparon de noche y huyeron al convento de Poiterri, donde se refugiaron...

Un estrépito y un grito de sobresalto estremecieron la sala. Sanglant había saltado con tal salvaje entusiasmo que había volcado la mesa en la que estaba sentado con otros. Un silencio atónito recorrió la multitud en fiesta, como un profundo suspiro para sus adentros antes de gritar, mientras él permaneció en pie con la cabeza hacia atrás, como una bestia que escucha el ruido de una ramita en el bosque.

Luego saltó por encima de la mesa volcada y salió disparado hacia las puertas, sin prestar atención a la comida y a las fuentes desparramadas por el suelo, o al vino que lo había salpicado todo y que empapaba los juncos. Los galgos se lanzaron a morder las bandejas derramadas mientras los sirvientes se esforzaban por salvar todo lo posible.

—¡Sanglant! —gritó el rey, puesto en pie, y el joven se detuvo como si le hubiera retenido una cadena. Quizá esa era la única voz que lo podía haber frenado. No se volvió. Le temblaban las manos de forma evidente y miraba la puerta principal tan fijamente que Hanna creía que aparecerían un par de eikas reclamándolo, preparados con las hachas en mano para luchar.

No entró nadie. Todo estaba en calma, a no ser por las marcas y ruidos de los sirvientes que limpiaban y el crujido y por el pesado sonido de la mesa puesta en pie gracias al esfuerzo conjunto de tres hombres.

—Como os decía, alteza —señaló Hugh a Sapia con una voz amable fácilmente perceptible en el silencio que reinaba en la sala—, cuando la reina Athelthry de Alba se enfadó con parte de sus súbditos por fomentar una rebelión en su contra, nombró conde a su perro Contumelus, y se convirtió en un conde tan bueno que se dice que, además de llevar una tintilla al cuello y una cadena de oro como señal de su rango, le otorgó un regalo: después de ladrar dos veces, podía hablar cada tres palabras.

La mitad de los congregados se rieron con disimulo. Henry no se rio y un momento después un rosario de ladridos surgieron en el exterior: los perros avisaban.

—¡Abran camino! —gritó un hombre fuera. Hanna oyó unos caballos, el murmullo de unas voces y alcanzó a ver movimiento en la penumbra tras el umbral.

Dos Águilas entraron en la sala.

—¡Liath! —Hugh se puso en pie con tanta rapidez que la silla tras él se ladeó.

Al otro lado de la sala, Ivar tuvo que contenerse para no salir corriendo hacia Baldwin.

Sanglant dio un paso hacia delante y se quedó inmóvil. Sus mejillas se sonrojaron levemente. Liath le hizo una señal; Hanna lo vio por la forma en la que el caminar de ella tambaleó y supuso que también lo vieron todos los demás. Él la miró fijamente y su cuerpo se fue volviendo, como una flor que gira con el sol, para seguirla con la mirada mientras ella se acercaba al rey con Wolfhere.

Hugh farfulló algo entre dientes que Hanna no pudo entender.

Las dos Águilas se arrodillaron ante la mesa del rey.

—¡Wolfhere! —dijo Henry con tanta antipatía que el viejo Águila se estremeció de verdad. El rey hizo un gesto. Un sirviente se apuró alrededor de la mesa para ofrecer a Liath una copa de vino. Ella bebió un trago y se la pasó a Wolfhere, que la acabó.

—Majestad —comenzó, con la copa aún en la mano.

El rey indicó que Liath debía comunicar sus mensajes primero, pero la sorprendió mirando hacia atrás a Sanglant. Ella tartamudeó algo sin sentido mientras los allí reunidos reían o tosían.

—Vengo de Weraushausen, majestad —dijo, rápidamente recuperada—. Os traigo este mensaje de la clérigo Mónica: se unirá a vos con la schola. También traigo unos capitularios que necesitan su sello y una carta para la hermana Rosvita de parte de la madre Rothgard del convento de Santa Valeria.

—Rezo para que contenga noticias de Theophanu. —Por fin Henry se dignó a mirar a Wolfhere, que había aguardado con paciencia bajo la censura del rey.

—Majestad —dijo Wolfhere con tono de eficiencia—, traigo noticias del sur. El duque Conrad envía este mensaje: esperará a su majestad hasta la misa de Matthias.

—¿Por qué ha tardado tanto en presentarse ante mí después de haber insultado a mi Águila?

—Su esposa, *lady Eadgifu*, falleció durante el parto, majestad.

Un murmullo atravesó la sala y varias mujeres lloraron. El rey hizo la señal del círculo en su pecho.

—Dios tenga piedad de ella. —Se inclinó hacia delante para apoyar una mano sobre la mesa—. ¿Y del mensaje que llevasteis a la *skopos*? ¿Es cierto que creéis que el obispo Antonia no murió en ese alud del que nos han hablado?

—Ella no murió, majestad.

—¿La habéis visto con vida?

—No necesito verla para saber que todavía está viva..., aunque no sé cómo escapó o dónde se encuentra en este momento.

—Comprendo. Continúa.

—Su santidad *Clementia*, *skopos* y madre de todos nosotros, ha juzgado a Antonia de *Karrone*, antigua obispo de *Mainni*: será excomulgada por consentir las artes de los malefici. «Ninguna mujer, ni ningún hombre a la Luz del Círculo de Unidad ha de ofrecerle refugio. Ningún diácono o padre debe confesarla o bendecirla hasta que se presente ante el trono de la *skopos* y se arrepienta de sus hechos. Nunca más entrará en una iglesia ni asistirá a misa. Cualquiera que se relacione con ella o le ofrezca refugio también será excomulgado». Estas fueron las palabras de la *skopos*.

—Un castigo severo —dijo Henry, pensativo, y luego sonrió forzosamente—. Pero justo.

—Traigo más noticias —prosiguió *Wolfhere*. El rey lo miró expectante, quizá predispuesto a verlo con buenos ojos por traer noticias tan favorables a sus intereses. Le indicó que continuara—. La reina *Gertrudis* de *Aosta* ha muerto, majestad, y en *Ventuno* el rey *Demetrius* yace en el lecho de muerte y ha recibido los últimos ritos.

Una quietud profunda con origen en el rostro del rey se extendió rápidamente hasta que el silencio que dominaba la sala provocó que incluso los perros se recostaran con la cabeza sobre las patas.

—El rey *Demetrius* no tiene heredero, como vos sabéis, mi señor y mi rey. Sus herederos y aquellos que aspiraban a su parte del trono *aostano* se han perdido en las guerras en el sur o, si no, se los llevó la pestilencia llevada por los jinetes *jinna* a los puertos del sur. Aunque la reina *Gertrudis* dejó una hija, *Adelheid*, que ha quedado viuda recientemente.

—Viuda —dijo Henry. Miró, y todo el mundo, a su hijo. *Sanglant* permanecía de pie tan quiescente, o estupefacto, como los perros, con los ojos puestos en *Liath*—. Ella es la legítima pretendiente del trono de *Aosta*.

—Así es, majestad —dijo *Wolfhere*, que era el único en la sala que no miraba al príncipe *Sanglant*—. Y no tiene más que veinte años. Los rumores dicen que la guerra y las plagas han asolado tanto a su familia que en este momento no tiene parientes masculinos con los que pelear por sus derechos.

Henry cerró los ojos brevemente. Los abrió e indicó a las dos Águilas que se levantaran.

—El Señor y la Señora me han escuchado —dijo con un tono marcado por la emoción— y han prestado atención a mis plegarias. —Susurró algo al oído del mayordomo. Cuando Liath y Wolfhere se retiraron y fueron escoltados hasta el exterior, un grupo de acróbatas se apuraron en entretener a la corte.

Así que se reanudaron el júbilo y la fiesta.

Sin embargo, Sanglant, que se hizo a un lado para dejar sitio a los acróbatas, se apoyó en la pared y, en vez de regresar a su asiento, se dirigió a la puerta y salió. Poco después, Hugh se excusó y se fue. Ivar hizo ademán de levantarse, pero el joven esposo de Judith lo empujó de vuelta a la silla y le susurró con urgencia al oído.

Cuando Hanna se dispuso a seguirlo, Sapia la llamó.

—¡Águila! ¡Mira! Como se balancea esa joven en esa cuerda.

Sin otra opción, se tuvo que quedar donde estaba.

CAPÍTULO 3



EL COFRE CERRADO

1

—¿Qué significa esto? —preguntó Wolfhere con dureza, al salir de la sala. Una sirviente les trajo comida y cerveza y dejó que se sentaran en un banco para cenar en paz. Liath sonreía irónicamente, mientras Wolfhere la miraba. Paz, de hecho. En el cielo habían aparecido las primeras estrellas, las tres joyas del cielo de la Reina que prometían un esplendor momentáneo, pero hacia el oeste el cielo todavía lucía el tono rosáceo del atardecer.

—No dices nada —apuntó Wolfhere. No había comido nada desde el pan y la sidra que habían tomado al mediodía en una granja aislada, pero él no prestaba atención a la bandeja a su lado sobre el banco, a pesar de que un trozo fresco de cerdo asado humeaba de una forma muy tentadora.

Liath se concentró en la comida porque estaba muerta de hambre. Wolfhere tendría su respuesta enseguida. Ya había engullido la mayor parte de la comida de su mitad del plato, cuando lo vio abrirse camino a través de la multitud de criados que se agolpaban alrededor de la entrada para observar el espectáculo del interior. Avergonzada porque la pillara engullendo la comida, se limpió la boca con el dorso de la mano y se puso en pie. Wolfhere se levantó de un salto, cuando Sanglant salió de entre la muchedumbre y se acercó a ellos.

—¿Qué significa esto? —volvió a preguntar Wolfhere.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué derecho tienes a inmiscuirte? —Ella solo estaba enfadada por la terrible fuerza con la que latía su corazón cuando el príncipe se detuvo ante ella. Había engordado en los últimos veinte días y se había cortado el pelo cuidadosamente, pero la mirada de angustia no había desaparecido. Vestía una lujosa túnica de lino ribeteada con bordados de hilo plateados y dorados, adecuada a su altura. Con una espada en una espléndida funda de cuero rojo en el cinto y varios anillos en los dedos, casi tenía el aspecto de un príncipe y cortesano. Solo el rudo collar de hierro alrededor del cuello estropeaba la imagen. Quizá lo ahogaba: parecía incapaz de hablar y ella no podía pensar una sola palabra cuando él se encontraba tan cerca.

—No olvides el juramento que hiciste como Águila —dijo Wolfhere de repente—. ¡No olvides la noticia que te he dado, Liath!

—Déjanos —dijo Sanglant sin quitar los ojos de encima de Liath.

Ni siquiera Wolfhere se atrevía a desobedecer una orden directa. Gruñó irritado,

se dio la vuelta y se fue muy indignado sin llevarse la cena o la cerveza con él.

—He mantenido a salvo el libro, como te prometí. —Su voz ronca hacía que las palabras parecieran aún más cargadas de significado, aunque siempre era así—. La pregunta que te hice... ¿tienes una respuesta? —Aumentaron los gritos y las risas procedentes de la sala y él miró hacia las puertas y masculló algo más que palabras que era un gruñido.

—Estabas medio loco. ¿Cómo puedo estar segura de que decías en serio lo que me preguntaste?

Se rio: la vieja risa que ella recordaba desde Gent cuando, sitiado, él había vivido cada día como si no le importaba que fuese el último.

—¡Ay, Señora! Dime que te casarás conmigo y ¡olvidémoslo todo!

Impulsivamente, ella alzó una mano para tocarle la cara. No había una barba que le rozara los dedos. Así de cerca podía olerlo: sudor, polvo, el aroma que se desvanece de la ropa recién teñida... todo era fuerte y abrumador. No quedaba nada de la prisión eika. En las tierras salvajes más allá de la ciudad de la memoria, congelada bajo el hielo, el sol de verano inundaba el páramo allanado por el hielo con un calor tan intenso que la rasgaba por dentro con el poder del fuego líquido. Una antorcha llameaba en el patio, murmullos de sorpresa surgieron del interior de la sala y ella se tambaleó ante el espantoso recuerdo del palacio en Augensburg en llamas.

Él puso la mano de Liath en su pecho. Su tacto era como el fluir del agua fresca, relajante, silencioso, sanador. En el lugar en el que él presionaba su mano contra la túnica, ella sintió el latido del corazón. Él no temblaba menos que ella.

¡Señora de los Cielos! Era una locura, pero ella no podía apartarse.

De repente, Sanglant echó la cabeza para atrás, gruñó algo, la empujó a un lado y él dio un paso hacia delante. Sorprendida, al darse la vuelta, Liath vio a Hugh detrás de ella con un brazo estirado para agarrarla. Dio un grito y echó a correr, pero Sanglant ya se había situado entre el enemigo y ella. Comenzó a temblar, sin poder hacer otra cosa que presionar débilmente una mano contra la espalda de Sanglant.

—Hugh —dijo Sanglant como un hombre devoto que pronuncia uno de los miles de nombres del Enemigo.

—Me pertenece. —Hugh estaba tan consumido por la cólera que por un momento ella apenas reconoció al elegante cortesano que honraba con su presencia el séquito del rey. Entonces se controló—: Y la recuperaré.

Sanglant bramó.

—Ella no pertenece a ningún hombre, ni a ninguna mujer. Como Águila del rey debe servir al monarca.

Hugh no se volvió atrás. Sanglant era más alto y ancho de espaldas. Desde luego, tenía el porte de un hombre bien entrenado en la guerra, pero Hugh poseía esa aura indescriptible con la confianza de un hombre que siempre consigue lo que quiere.

—Hemos de aclarar esto para que no haya más malentendidos entre nosotros, alteza. Ella es mi esclava y en el pasado ha sido mi concubina. No creáis otra cosa,

por mucho que ella os cuente una versión diferente.

Estas palabras le sentaron como el hielo, pero Sanglant no se movió para exponerla.

—Al menos entre mis fallos no figura tener que obligar a las mujeres a que se acuesten conmigo.

La diferencia entre ellos era que Hugh no hacía ningún movimiento sin estudiarlo, no se permitía una expresión sin pensar que pudiera estropear su belleza o elegancia, mientras que Sanglant no disimulaba, o quizá se había olvidado de lo que significaba ser un hombre, una criatura a medio camino entre las bestias y los ángeles.

La sonrisa de los labios de Hugh no llegaba a mostrar desdén; más bien parecía entristecido y entretenido mientras su mirada pasaba de Sanglant a Liath, quien no dejaba de mirarlo.

—«Quien tenga un vínculo antinatural con una bestia debe ser condenado a muerte» —dijo él con suavidad.

Ella cogió el vaso de cerveza y le lanzó el líquido a la cara. Temblorosa, soltó el vaso, que cayó contra el banco, rodó y acabó sobre la comida. El dolor la apartó de la cegadora neblina de deseo surgida cuando entró en la sala y vio a Sanglant esperándola.

Alguien se rio. No Sanglant. Los dedos del príncipe tocaron su manga para frenarla.

Hugh se rio, contento, incluso al retirar la cerveza de los labios. No se limpió la cara, ni secó su túnica magníficamente bordada con hojas de parra entrelazadas con flores púrpuras. Ella era tan dolorosamente sensible a las corrientes entre ellos que, en esa ocasión, la risa de Hugh trajo consigo una revelación: el desafío lo excitaba físicamente. Se reía para disimular, para liberar la energía abastecida por la cólera y la lujuria.

—Soy un Águila. —El odio que sentía por lo que le había hecho se volcó en las palabras—. Prometí servir al rey Henry. —Sin embargo, cada palabra de desafío aumentaba la ira de él. Ella lo sentía como una mano real que le apretaba la garganta. Podría pegarle otra vez. Y otra más. No importaba la rabia que soltara: aun así él era más fuerte. Si los dedos de Sanglant no la hubieran agarrado, hubiera huido.

Aunque a Hugh le gustaba perseguir.

—¡No soy tu esclava!

—Ya veremos —dijo Hugh con gran altivez y elegancia, a pesar de los restos de cerveza que le corrían por la barbilla—. Ya veremos, mi rosa, si el rey Henry juzga a mi favor, o al de Wolfhere. —Con una pequeña sonrisa y confiado en la victoria, se fue.

Tardó cinco latidos en entender; cuando lo hizo, le flaquearon las rodillas y cayó sobre el banco.

—Lo llevará ante el rey. Protestará porque él no consintió que me entregara, que Wolfhere pagara el precio de la deuda ilegalmente. ¡Ya sabes cómo odia el Rey a

Wolfhere! —Sintió que se le cerraba el pecho—. ¡No tengo nada que hacer!

—¡Liath! —la cogió por el codo y la levantó—. ¡Te lo ruego, Liath, mírame!

Ella alzó la mirada. Se había olvidado de lo verdes que eran sus ojos. Su salvaje esmalte no había desaparecido del todo, pero había huido como para esconderse, dejando paso a una mirada limpia, decidida y muy pertinaz.

—Liath, si accedes a casarte conmigo, podré protegerte de él.

—Estás medio loco, Sanglant —murmuró ella.

—Así es, ¡Dios de los cielos! ¡Si tú no me hubieras salvado, yo no sería más que una auténtica bestia! Igual que esos perros que me siguen. Sin embargo, tú me esperaste todo este tiempo. Por eso, no he olvidado lo que significa ser un hombre en vez de convertirme en una bestia encadenada.

—No te entiendo. ¡Ay, Señora! Lo que Hugh dijo de mí es cierto: me convirtió en su esclava y en su... —Sentía mucha vergüenza. No podía pronunciar palabra.

Él se encogió de hombros, como si no le importara en absoluto, y la arrimó a un lado.

—Vayámonos de aquí. La mitad de la gente nos mira a nosotros y no a los artistas.

Hizo una pausa repentina y miró hacia atrás. Un número considerable de los reunidos en el exterior de la sala, al no tener una buena visión del espectáculo que los acróbatas ofrecían al rey y a su corte, se habían dado la vuelta para presenciar una escena sin duda igual de entretenida y que los convertiría en el centro de atención de todas las mesas y fogatas de los próximos días cuando llegara el momento de contar chismes sobre la corte. Unos señalaban, otros miraban: sirvientes y carreteros, mozos de cuadra y adiestradores de perros, lavanderas de manos agrietadas y sirvientas con bandejas sobre las caderas que se reían tontamente o que cuchicheaban aunque estuvieran demasiado lejos como para oír lo que decían. ¿La habrían visto lanzarle la cerveza a Hugh? ¿Se preguntarían qué augura el interés de Sanglant en ella? ¿No era él famoso por su amor hacia las mujeres?

Todo eso había sido antes de Corazón Sangriento.

—No, déjalos que miren —musitó él—. Déjalos que sepan y que lo cuenten por ahí, lo harán de todas maneras. —Él le cogió las manos y las envolvió con las suyas—. Liath, cástate conmigo. Aunque si no lo haces, te protegeré igual. Lo juro. Sé que no..., no... —hizo un gesto de dolor y se golpeó en la oreja como para ahuyentar un bicho molesto—... ya no soy el que era. ¡Dios! Murmuran sobre mí. Dicen cosas. Se burlan de mí. Ojalá... ¡Ay! —No le salían las palabras. Parecía desamparado y furioso por ese desamparo, como un lobo capturado que se golpea con estupor contra los barrotes de la jaula—. Ojalá mi padre me diera unas tierras para allí encontrar paz. ¡Ay, Señor! Y la tranquilidad por la que rezo, contigo a mi lado. Solo deseo curarme. —El dolor del corazón le rasgaba la voz, aunque siempre había sonado así.

¿A quién más le hubiera hecho tal confesión? A nadie, sino a ella.

¿Esta no era la razón por lo que había dejado atrás al hechicero aoi? Lo besó.

No fue un beso largo: sus labios rozaron de él, aunque fue embriagador. Él se echó hacia atrás y se precipitó.

—¡Aquí fuera no! —se ruborizó.

—Sabio consejo, alteza —dijo una nueva voz, con una calma cansina e irónica—. ¡Liath! —Hathui se acercó a ellos en la penumbra. Ingeniosamente se detuvo entre ellos, como era lógico: era más alta que Liath, pero, por supuesto, no tanto como Sanglant, aunque sí bastante—. Alteza —hizo una reverencia breve, pero respetuosa —, al rey, vuestro padre, le preocupa que estéis ausente durante tanto tiempo. Solicita que lo acompañéis.

—No —dijo Sanglant.

—Os lo ruego, alteza —le hizo frente como era debido—. Mi compañera estará a salvo conmigo. Yo la vigilaré.

—Liath, aún no has...

—No, tiene razón. —Era como intentar no hundirse en medio de una fuerte corriente y ella no tenía ningún cabo al que aferrarse—. Será mejor, por ahora. — Todo había sucedido demasiado rápido.

Él se calmó, suspiró y se estremeció.

—Tengo el libro. —Se fue dando zancadas.

—Parece que se dirige al río para darse un baño frío y largo —observó Hathui. Hizo una señal y media docena de Leones lo siguieron a cierta distancia.

Liath con suavidad empujó la copa vacía con el pie y se agachó para recogerla.

—Los rumores vuelan —añadió Hathui, mientras cogía la copa de las manos de Liath y la hacía girar. Tenía una superficie de madera gruesa, nada elegante, pero era sólida y resistente.

—¿De verdad que le lanzaste la cerveza a la cara?

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó.

—Has hablado con valor. Tú, amiga mía, te vas a pegar a mí o a Wolfhere. De lo contrario, temo que vayas a cometer alguna insensatez.

—Pero Hugh pretende protestar por el precio de la deuda. Llevará el asunto ante el rey y ya sabes cuánto odia el rey a Wolfhere. ¿Y si me hace volver con Hugh?

—No conoces muy bien al rey Henry, ¿verdad? —dijo Hathui, serena—. Ahora, vamos. Hay un lugar sobre los establos preparado para las Águilas y protegido por los Leones. Allí podrás dormir tranquila. Quizá tengas las ideas más claras por la mañana.

Siguió a Hathui con docilidad.

—El príncipe Sanglant no posee nada, como sabes —dijo Hathui de repente—. Nada excepto lo que le dé el rey: ni armas, ni caballo, ni séquito, ni tierras, ni herencia de su madre, a no ser la sangre... lo cual crea desconfianza entre la corte.

—¡Nada! —replicó Liath, furiosa en nombre de Sanglant por ser juzgado y considerado no capacitado de una forma tan superficial y extrema. Luego titubeó. Hathui decía la verdad del único modo que importaba en el exterior de los muros

espirituales de la Iglesia—. Pero, a mí no me importa —murmuró tercamente. Como respuesta solo obtuvo un suspiro de Hathui.

En cierto modo, era un alivio que los establos estuvieran ocupados por unos cuantos Leones, unas pocas Águila y por Wolfhere, sentado fuera sobre un tronco con un farol ardiendo a los pies mientras cenaba. Parecía muy irritado, pero, gracias a Dios, no dijo nada; tan solo tocó el hombro de Hathui como forma de saludo y le susurró algo al oído que Liath no pudo escuchar. No tenía el sobrenatural y fino oído de Sanglant.

—Vete a dormir, Liath —dijo él con frialdad en cuanto se dignó a saludarla. Todavía estaba enfadado—. Hablaremos por la mañana.

Se oían gritos de la distante sala, seguidos de risas y el arranque de una canción.

—Llevan a los novios al lecho nupcial —dijo Hathui.

—¿A los novios? —preguntó Liath, sorprendida—. ¿Quién se casa esta noche? —Ella podía haberse casado esta noche, por la ley del consentimiento, pero había pasado muy rápido. Debía que contenerse antes de dar el paso irrevocable.

Hathui se rio, pero Wolfhere solo gruñó, aún disgustado.

—No me gusta esto —masculló.

—¿Qué haya una boda? —preguntó, confundida.

—Que estés ciega y ante todo lo demás que sucede por aquí —respondió—. Venga, Hathui. El rey te busca.

Asintió y se fue: su imponente figura se desvaneció en la penumbra.

A Liath no le gustaba quedarse sola con Wolfhere. Tenía una forma de mirarla, dulce pero con un brillo adusto en lo profundo de los ojos, que le incomodaba muchísimo.

—Te lo ruego, Liath —dijo con una voz endurecida por una emoción que ella no identificaba—, no te dejes tentar por él.

En la distancia destellaban unas antorchas y el son de las gaitas surgía al tiempo que los tambores seguían un ritmo rápido, enérgico y firme. En el patio habían comenzado los bailes. Sin lugar a dudas, la celebración duraría toda la noche. Wolfhere hizo unas marcas en la tierra, bebió un trago de cerveza y levantó la copa como oferta de paz.

—Hugh va a pedirle al rey que me devuelva a él —dijo repentinamente.

Wolfhere se asombró.

—Y él lo hará. Supongo. Amenazó mucho en el Descanso del Corazón el día que te liberé de él.

—El rey te odia, Wolfhere. ¿Por qué?

La sonrisa tenía una parte de ironía que hacía que su expresión fuera extrañamente reconfortante e, incluso, digna de confianza. Un hombre que se enfrenta a sus errores tan abiertamente seguro que no puede pretender hacer daño a otros por su propia vanidad o codicia.

—¿Por qué? —repitió él—. Por qué, pues. Es una vieja historia que creía que

había quedado atrás, pero parece que no es así.

Ella no cogió su copa.

—Tiene que ver con Sanglant.

—Todo tiene que ver con Sanglant —dijo Wolfhere enigmáticamente, sin añadir nada más.

El día pasó en una tranquila soledad. Una densa niebla envolvió el círculo de rocas y los apartó del mundo exterior. La mujer aoi meditaba, sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo, los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil como si en él no habitara alma alguna. En otro tiempo, Zacharias hubiera rezado, pero ya no tenía a nadie a quién rezar. Durmió durante parte del día. Después, desplumó y limpió los dos urogallos que la mujer aoi había abatido al amanecer.

Para su familia había sido un gran honor que él, hijo de un titular de plena propiedad, hubiera sido ordenado padre de la Iglesia por su extraordinaria voz de canto, su inteligente lengua y su excelente memorización de las escrituras. Sin embargo, los quman no respetaban ninguna de estas cualidades en un hombre. Le habían arrebatado tanto que apenas recordaba al hombre que había sido en otro tiempo: orgulloso, resuelto y ansioso por introducirse él solo en la tierra de los salvajes para llevarles la Luz de las Unidades. Todo parecía muy claro en aquel entonces. Le habían puesto muchos nombres: hijo, sobrino, hermano. Hermano Zacharias, un título que su madre había repetido orgullosa. Su hermana pequeña había sentido admiración por él. ¿Lo admiraría en ese momento?

Al ponerse el sol, se levantó la neblina y se dirigió nervioso hacia el borde del círculo de rocas, pero no vio nada, ni a nadie, ningún rastro de Bulkezu ni de sus jinetes en la hierba o en el horizonte.

—Necesitamos una hoguera.

Él comenzó, sorprendido y asustado por su voz, pero ella ya se había dado la vuelta para hurgar en una de sus cinco raras bolsas de cinco dedos. Él revisó la maniota del caballo y bajó la colina hacia el arroyo que corría por el terreno más bajo. Gracias a la luz de la luna, le resultó fácil recoger unas astillas. La noche estaba plagada de animales, por lo que el más mínimo crujido de la maleza hacía que se revolviere por miedo a que uno de los guerreros de Bulkezu estuviera esperando para capturarlo y lo arrastrara de nuevo a la esclavitud.

Parecía que habían transcurrido unos pocos suspiros desde que había escuchado el bramido de Bulkezu. Ese sonido todavía le retumbaba en los oídos, pero poco a poco el borboteo del arroyo y los susurros del viento entre los juncos y la maleza cubrieron los recuerdos con el silencio.

Chapoteó en el arroyo, para examinar los juncos con los dedos hasta que encontró

algunos tallos para hacer una cuerda como le había enseñado su abuela. Sin embargo, todavía estaba muy voluble e hizo un trabajo tan precipitado que, tan pronto como regresó al círculo de rocas, la cuerda de juncos se separó y deshizo, por lo que las astillas se repartieron por el suelo.

La mujer aoi lo miró y le indicó dónde apilar la madera.

—Seré digno de ti —susurró él. Si lo escuchó, ella no respondió nada.

Ella se puso de cuclillas para hacer la hoguera: chasqueó unas piedras hasta que prendió la madera. Mientras decía unas musicales palabras, extraños remolinos de luz escapaban del creciente fuego, uniéndose y separándose para crear dibujos. Reflexivamente, Zacharias comenzó a hacer la señal del Círculo en el pecho, como una forma de alejar la brujería. Pero se detuvo. Si los antiguos dioses había sido buenos con su abuela, también los serían con él. La habían protegido: había vivido hasta una edad increíble y había sobrevivido a todos menos a dos de sus doce hijos. La suerte nunca la abandonó.

Y, de todos modos, si la mujer aoi pretendía hacerle daño con la brujería, no podría hacer nada en ese momento.

—¡Madre bendita! —susurró con la mirada fija en el fuego en movimiento.

Se arrastró hacia delante y se fijó en el azote del fuego. Era como mirar hacia otro mundo a través de un pasadizo incorpóreo.

Una figura alta, de ancha espalda, pero de pecho estrecho, se despojó de sus ropas y se zambulló en la fuerte corriente de un río. Evidentemente era un hombre. El hecho de que entrara por voluntad propia en el agua significaba que no era miembro de la tribu quman y aunque el parpadeo del fuego no permitió que Zacharias tuviera una imagen clara de sus rasgos, el hombre se parecía algo a su señora aoi. Sus ropas, apiladas sin mucho cuidado en la orilla, delataban su origen. Vestía como los hombres civilizados: ropa opulenta de un lord. Un instante después seis hombres corrieron hacia la ribera del río detrás de él. Con barba y armados, llevaban unos tabardos marcados con un león negro: soldados wendianos que servían al monarca. Si era así, ¿quién era el hombre que se había lanzado al agua y por qué lo seguían?

La mujer aoi susurró una palabra: «Sawn-glawnt». El fuego se avivó. Ella se levantó y alzó su bastón: un robusto trozo de madera de color de ébano con marcas blancas a lo largo. Comparó el asta con las estrellas.

Entonces lanzó un gruñido de satisfacción, le hizo un gesto y Zacharias tuvo que desmanear el caballo y subió rápido. Ella salió del círculo de rocas hacia el norte. En cuanto se alejaron del círculo, ella comenzó un trote firme que él forzosamente tuvo que seguir con un trote discordante.

Así pasaron mitad de la noche. Ella nunca aflojó el ritmo. Él quería decirle que le dolía el trasero o que el caballo necesitaba descansar, pero en realidad la mujer y el caballo parecían ser criaturas igual de fuertes. Él era el débil, así que no se quejó. La luna en la cima del firmamento comenzó a descender por el oeste. La luz se extendía por el paisaje: praderas onduladas e interrumpidas de vez en cuando por un arroyo o

un bosquecillo de árboles, cuyas raíces se hundían en un terreno bajo. Los pastos suspiraban en medio de la noche con el viento, que era un soplo de calor del verano que venía del este. En ese viento casi percibía el olor de las fogatas de los pechanek, el ardor de leche de yegua fermentada, el húmedo peso de la preparación del fieltro, el rico sabor de un grasiento estofado hecho con grasa y tripas de ovejas, el condimentado té kilkim con el que se comercializaba por los profundos pastos por los que deambulaban los grifos y los bwrmen, desde el imperio de las gentes katai, de cuyas impenetrables fronteras se decía eran custodiadas fila tras fila por dragones dorados.

De repente, la mujer disminuyó el ritmo, se acercó a una hondonada de árboles irregulares y se detuvo justo en el borde.

—Necesitamos una hoguera —dijo y se agachó para cavar un círculo para el fuego.

Zacharias gimoteó al bajar del caballo. Le dolía el trasero muchísimo. Se paró a orinar entre los árboles. ¡Ay, Dios! Todavía le dolía hacer eso; quizá le dolería siempre. Pero aún tenía la lengua, y pretendía conservarla. El suelo estaba cubierto por un denso lecho de rastrojos por lo que le llevó poco tiempo reunir lo necesario para la hoguera. Lo dejó al lado del hoyo que ella había cavado en la tierra y volvió al caballo.

—¿Nos detenemos aquí lo suficiente para cocinar este urogallo? —preguntó él.

—Saw-glawnt. —Su voz sonó con claridad en el silencio.

Él se volvió a tiempo para ver en el arco de fuego al mismo hombre, en esta ocasión, vestido y tumbado en el suelo en posición de dormir, mientras los seis Leones se distanciaban en la penumbra, pero de pie a su alrededor para observarlo. El arco se estiró y se desvaneció en medio de las habituales lenguas de fuego.

La señora se puso en pie, volvió a alzar su bastón y volvió a compararlo con las estrellas. Su sonrisa fue breve, feroz y seca.

—Co-yoi-tohn —dijo, mientras señalaba hacia el noroeste.

—Lo estás buscando —dijo Zacharias de repente.

Desde detrás, tosió una pantera y luego, a mayor distancia, zumbaron unas alas.

Zacharias soltó un grito, sacó su cuchillo y miró detenidamente hacia el este, pero no vio nada... nada de jinetes alados entre los plateados pastos. La mujer miró por encima del hombro. Olfateó el aire y cogió el fardo que llevaba a la espalda, sacó un pastel redondo y duro y se sentó a comer. A él no le ofreció nada. Zacharias afiló un palo y espetó el urogallo, con cuidado para asegurarse de que las vísceras que había vaciado, limpiado y vuelto a limpiar no se cayeran. Estaba demasiado hambriento como para esperar mucho. Le ofreció el urogallo primero a ella, que lo olisqueó con una expresión que le hizo reír.

Aunque se contuvo, avergonzado, ella no se había ofendido. Arrancó un pedazo de carne, la toqueteó, la puso en los labios, la lamió, mordió una esquina, resopló sorprendida, la terminó y extendió la mano imperiosamente para que le diera más. Él

estaba muerto de hambre y se comió cada trozo de su urogallo aunque le doliera el estómago. Ella llegó a romper los huesos y a chupar los tuétanos.

Al acabar, no descansaron. Ella se levantó, se chupó los dedos por última vez, lanzó tierra sobre la hoguera y señaló la dirección que había indicado antes.

—Co-yoi-tohn —repitió—, Co-yoi-tohn. ¿Cómo lo llamarías tú, oeste noroeste?

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó él—. ¿Quién es el hombre al que viste en el fuego?

Ella solo se encogió de hombros. La luz tintineaba en el este: el primer heraldo del amanecer.

—Ahora empezamos la caza.

Con toda seguridad, almas perversas camino del infierno no habrían pasado un lapso de horas nocturnas tan atormentadas como las que pasó Alain durante su banquete nupcial.

Podía aguantar el júbilo, apenas, pero los continuos brindis, las carcajadas y los chistes crueles hacían que deseara hacerse un ovillo y encoger. Y además era tan consciente de que Tallia, a su lado, estaba tensa y retraída que se sentía un monstruo por desear tanto lo que ella a todas luces temía.

Seguro que, cuando todo se calmara y ambos estuvieran a solas, podría convencerla para que confiara en él. Seguro que, igual que era capaz de suavizar a los fieros perros de Lavas y de ganarse la confianza de Liath, conseguiría el amor de Tallia.

Ella vestía un vestido azul de lino maravillosamente bordado con gemas y el dibujo unos corzos saltando que señalaba su ascendencia de Varren. Una fina diadema de plata coronaba su frente: era la única concesión de Henry a su pariente real, a excepción, claro, de la fina torques dorada alrededor de su cuello. Llevaba el pelo, del color del trigo, en una trenza y recogido en la parte de atrás de la cabeza. El peinado hacía que su esbelto cuello pareciera más delicado y más elegante. Esperar para tocarlo y para sentir el pulso latir en su cuello le provocaba dolor en un determinado e incómodo lugar. Ni siquiera cuando tenía que ir a orinar, no se atrevía a levantarse y a dejar la mesa por miedo a llamar la atención hacia sí mismo de un modo muy embarazoso.

Tallia y él compartían una fuente. Él se esforzaba mucho por no manchar las elaboradas mangas de su túnica con las salsas que acompañaban cada plato. Tallia solo comió un mendrugo de pan y bebió dos sorbos de vino. Él estaba hambriento y aunque temía parecer bruto y descuidado a ojos de ella, no pudo evitar comer con ganas hasta que un nuevo brindis le recordó, como una patada en la cabeza de una vaca asustada, que, un poco más tarde, aquella noche por fin cumpliría el deseo de su corazón en el lecho nupcial, donde nada se interpondría entre ellos. Le dieron tantas nauseas que se arrepintió de haber comido.

También, en determinado momento, se tomó un trago de vino por verdaderos nervios y, a continuación, rechazó otra copa al recordar, muerto de miedo, los chistes de su tía Bel sobre unos novios a los que habían emborrachado tanto que luego no

podieron cumplir con sus deberes maritales.

Lavastine dijo unas palabras y respondió a las felicitaciones lacónicamente y a su manera. No necesitaba decir nada: su triunfo le había costado la vida de muchos de sus hombres, pero había ganado para su heredero una novia de la nobleza, además de un asiento, en virtud del linaje de ella, entre los grandes príncipes del reino.

Algunas distracciones estropearon en parte la fiesta: el regreso del Liath y la ridícula escena de Sanglant distrajeron a Alain momentáneamente y alejaron el miedo a que Tallia se desmayara en la mesa presidencial. Los acróbatas y sus trucos captaron la atención de Tallia y durante un feliz, pero breve, espacio de tiempo consiguió que le sonriera mientras él admiraba —no a ella, nunca a ella, nunca mostraba interés en ella, no fuera a ser que se encerrara en sí misma como una tortuga que se recoge en la concha— las animadas volteretas laterales y a los equilibristas, a las delgadas jóvenes de la misma edad de Tallia más o menos y con una especie de belleza dura en el rostro, compuesta a partes iguales por habilidad y por una vida dura.

Los acróbatas se retiraron. El vino fluyó. Los brindis se sucedieron con una rapidez vertiginosa y, luego, ¡ay, Dios!, llegó la hora.

Las sirvientas recogieron las cosas de su mesa, él puso a Tallia encima y luego subió él. Ocho nobles jóvenes cargaron la mesa con ellos dos encima hasta la casa de invitados preparada para la noche de bodas. Realmente resultaba burdo y escandaloso que todos los presentes se riesen e hiciesen sugerencias, pero a Alain no le molestaban esas viejas tradiciones porque así Tallia tenía que sujetarse a él para no caer. Parecía aterrorizada y se pegó a él cuando Alain pasó su brazo alrededor para atraerla hacia él con fuerza. Era delicada como un gorrión.

—Aquí, ahora —le susurró—. Te mantendré a salvo. —Ella apoyó la cara sobre su hombro, confiada.

La multitud bramó en señal de aprobación.

¡Ay, Señora! Quizá fuera él que se desmayara. Estaba inmensamente feliz.

Bajaron la mesa con vacilación junto al umbral. Ayudó a bajar a Tallia, que todavía se aferraba a él, con más miedo hacia la multitud que hacia él.

—¿Quiénes serán los testigos? —gritó alguien entre la gente.

Respondieron cientos de voces.

El propio rey se adelantó para decir las habituales palabras.

—Habéis obtenido el consentimiento, dejemos que este matrimonio se consuma como corresponde para que pueda ser legal y vinculante. Habrá un intercambio de regalos por la mañana, después del amanecer, en esta puerta, para expresar esa consumación. —Se rio con buen humor tras beber vino como para empapar a un cerdo, una buena comida en la compañía de asombrosos artistas y de todos sus acompañantes—. Dios os bendiga esta noche —añadió y, como señal de su enorme favor, le ofreció a Alain la mano para que la besara. Alain flexionó una rodilla, tomó la mano encallecida del rey y besó los nudillos. Tallia, con las dos rodillas inclinadas

junto a él, se llevó la mano de su tío a los labios con un leve suspiro. La luz de la antorcha agrandaba sus sombras en la pared, como si fueran alargados gigantes.

Lavastine se adelantó para abrirles la puerta en un gesto inesperado más propio de un sirviente que de un lord y padre. Alain también cogió sus manos y las besó. Esa noche todo parecía demasiado grande y extenso: el ruido de la gente, el roce del viento en la cara, el amor por su padre que, de repente, parecía aumentar hasta llegar al cielo, los ladridos de júbilo de los perros, que ya no podían escoltarlos por miedo a que asustaran a Tallia y fueran difíciles de controlar entre tanto bullicio.

Lavastine lo cogió por el codo y lo levantó. Tan cerca, Alain vio una única lágrima correr por la mejilla del conde. Lavastine hizo una pausa y cogió la cabeza de Alain en sus manos con delicadeza y le dio un beso en la frente.

—Os lo ruego, hija —le dijo a Tallia—, hacedlo feliz.

Tallia parecía a punto de desvanecerse. Alain la rodeó con el brazo para sujetarla y, dejando atrás las ovaciones y sugerencias lascivas, la ayudó a atravesar el umbral.

Los sirvientes esperaban dentro. La amplia cama tenía la cabecera contra una pared de la sencilla habitación, que había sido acomodada con un edredón de plumas y una gran colcha bordada con los corzos de Varre y los perros negros de Lavas. Obviamente, la colcha se había tardado en hacer algunos meses. En la otra pared, había una mesa y dos bellas sillas. Sobre la mesa se encontraba una jarra de vidrio de calidad y una pila, para lavarse las manos y la cara, y al lado, un cuenco de madera con tórtolas talladas que sostenían bayas maduras, y dos copas doradas llenas de un vino embriagador y oloroso. Un pan nupcial, medio envuelto en un trapo de lino, humeaba en el ambiente cerrado de la pequeña cámara y hacía que se les abriera el apetito. Habían cerrado las contraventanas para ofrecer intimidad en esa noche única.

Los sirvientes le desabrocharon las sandalias y le desenredaron la maraña de nudos que envolvían la túnica, le sacaron a ella el vestido de lino azul. Ambos se quedaron en silencio enseguida: ella, con una fina enagua de lino hasta las pantorrillas y él, con un calzón hasta las rodillas y con las piernas desnudas.

—Váyanse —dijo él. A cada sirviente le dio unas pocas monedas de plata al retirarse—. Dios los bendiga esta noche.

Por fin estaba con Tallia a solas.

Ella se hundió junto a la cama en actitud de rezar, con las manos contra los labios. Él no oía lo que decía. Ella tiritaba como si corriera viento frío. Él pudo ver brevemente la forma de su cuerpo bajo la enagua: la curva de una cadera, la ondulación de la clavícula, la ligera y fugaz turgencia de un pecho.

¡Ay, Señor! Se volvió hacia la mesa, vertió un poco de agua fría en el cuenco y se la echó a la cara. Tuvo que apoyarse en la mesa mientras luchaba por recuperarse. Oía a los perros ladrar como locos en la distancia. Oía música en el patio grande: el chirrido nasal de las gaitas y los mamporros de los tambores. Sin duda, la celebración duraría toda la noche.

Al final se dio la vuelta. Ella no se había movido. De repente, vertió más agua en

el cuenco y la llevó con un paño suave a la cama. Sentado en el suelo, se arrodilló a su lado.

—Os ruego, mi señora —dijo con tanta suavidad como si tratara de sacar un ratón de su escondite bajo el altar de san Lavrentius en la fría iglesia de las Tierras de Lavas—, que me dejéis lavaros la cara y las manos.

Al principio ella no respondió. Parecía que todavía rezaba. Al final volvió los claros ojos hacia él como si fuera un prisionero que suplica sin palabras la suspensión de su condena. Lentamente, separó las manos y se las ofreció a él.

Él jadeó. En el centro de las palmas tenía feas heridas; la de la mano izquierda aún supuraba sin cicatrizar. Su piel era como un pergamino delicado: fina y casi translúcida, si no fuera por los horribles cortes.

Él los tocó con delicadeza con el paño húmedo y dejó que el agua los empapara para suavizar las costras y las gotas de pus.

—¡Hay que cuidar de esto, Tallia! ¿Cómo habéis dejado que se pusieran así?

Él levantó la mirada para ver como sus mejillas enrojecían levemente. Separó los labios. Tenía los ojos muy abiertos. Él cerró los suyos y se inclinó hacia ella y percibió su aroma: el polvo seco del trigo justo antes de la cosecha y un rastro de incienso tan fugaz como si se retirara ante él. Sus labios no se tocaron.

Ella gimoteó. Él abrió los ojos y descubrió que ella había rehuído de él y que, con una mano agarrándolo, comenzaba a llorar.

—¡Dios mío! ¡Os lo ruego! ¡Perdonadme! —Era un monstruo por imponerle su presencia de esa forma, pero no podía soportar alejarse de ella. Sin mirarla a la cara, le curó las manos: mojó las cicatrices pacientemente y con cuidado limpió el pus. Al acabar, dejó el trapo ensuciado en el cuenco.

Ella seguía llorando.

—Os duele. Lo siento. —Solo pudo tartamudear eso. No soportaba verla sufrir.

—No, no —murmuro ella tal y como él había imaginado que haría una mujer que, tras haber sido violada, se ve obligada a conceder el perdón a quién la atacó—. El dolor no importa. No nos corresponde cuidar las heridas que nos causa la misericordia de Dios.

—¿Qué queréis decir?

Aún tenía las mejillas enrojecidas.

—No puedo hablar de ello. Sería arrogante que la gente creyera que Dios me ha favorecido, porque yo no soy más digna que cualquier otro vehículo.

—¿Creéis que esto es una señal de Dios...? —Se detuvo al comprender de repente—. Esta es la marca del despelleje, ¿verdad?

—¿Conocéis el sacrificio y la redención de Daisan el Bendito? —preguntó ella con impaciencia, inclinándose hacia él—. ¡Claro que habéis de conocerlo! Tuvisteis el privilegio de caminar al lado del padre Agius, que fue quien me reveló la verdad. —Estaba tan cerca que su aliento era como un dulce vaho en la mejilla de Alain—. ¿Creéis en la Redención?

Él apenas confiaba en respirar. Ella lo miraba con pasión. En sus dedos notaba cómo el pulso de Tallia golpeteaba como un ciervo corriendo y en su interior sabía que ella, sin darse cuenta, le había revelado cómo suavizar su corazón.

Pero resultó ser mentira.

—No —respondió él en voz baja—. El padre Agius era un buen hombre, pero estaba equivocado. No creo en el sacrificio y en la redención. No os puedo mentir, Tallia. —Ni aunque ello supusiera la oportunidad de que ella se abriera a él por completo.

Ella separó sus manos de él y las cruzó ante ella, de nuevo en actitud de orar.

—Os lo ruego, lord Alain —dijo mirando hacia las manos, con una voz que se desvaneció hasta el punto de que los ratones que hurgan en la pared hacían más ruido—. Os lo ruego, he jurado entregarme al servicio de Dios como un vehículo puro, una novia de Daisan el Bendito, el Redentor, sentado en el trono celestial junto a su madre, Ella que es Dios, misericordia y juicio, Ella que dio aliento a la Palabra Sagrada. Os lo ruego, no me corrompáis aquí en la tierra a causa de un beneficio terrenal.

—¡Pero yo os amo, Tallia! —¡Tenerla tan cerca! Ella presionó con sus manos un ciervo dorado bordado con la cabeza y los cuernos tapados. Un par de esbeltas patas traseras, una grupa de oro y un pequeño mechón de una cola asomaban bajo su muñeca derecha—. ¡Dios nos ha hecho para ser marido y mujer y para traer hijos al mundo!

Un suspiro estremeció todo el cuerpo de Tallia, que subió a la cama y se acostó de espaldas, quieta, con los brazos relajados a los lados.

—Entonces, haced lo que debéis hacer —murmuró con el tono de una mujer que ha llegado a la estación del martirio.

Era demasiado. Alain se tapó la cara con las manos.

Después de un buen rato, aún escuchaba su respiración entrecortada como anticipo al brutal acto que la aguardaba, pero él levantó la cabeza.

—No os tocaré —apenas era capaz de pronunciar las palabras—. No hasta que os hagáis a la idea de... pero os lo ruego, Tallia, intentad pensar en mí como en vuestro esposo. Porque con el tiempo tendremos que hacerlo: el condado necesita un heredero y es nuestro deber... ¡Ay, Dios! Yo... Yo... —No pudo decir nada más. La deseaba tanto.

Ella se levantó, se arrodilló en la cama y le ofreció las manos.

—Sabía que el padre Agius no se podía equivocar al hablar tan bien de vos.

Él no se atrevió a agarrar sus manos, porque eso solo debilitaría los sentimientos que luchaba por controlar.

—¿Agius habló bien de mí? —Solo el hecho de que Agius hubiera pensado en él ya lo asombraba.

—Os elogiaba, así que yo siempre conservé esos elogios en mi corazón, él a quien Dios otorgó morir como un mártir. Aquí. —Dio una palmada en la cama a su

lado—. Aunque soy el vehículo por el que Dios envía una imagen sagrada, no temáis yacer junto a mí. Sé que vuestro corazón es puro.

Ella se colocó con tanto recato en su lado de la cama que él supo lo que ella pretendía que aguantara, aunque quizá para ella no pareciese tener entereza, pero debía complacerla si quería enseñarle a confiar en él, y a amarlo. Se estremeció, se acostó boca arriba con rigidez y cerró los ojos.

Tallia respiró más lentamente, con suavidad, y se quedó dormida. Alain ansiaba mucho dormir, aunque no se atrevió a darse la vuelta. No se atrevió a levantarse para pasear, por miedo a despertarla. Si la despertaba, tan cerca de él, y abría los ojos y lo veía allí con el roce de los brazos, con los dedos en un abrazo involuntario, con el tacto de los labios...

Así aparecía la locura, al pensar de esa forma. No sabía qué hacer, aunque solo podía respirar, respirar, respirar. En la cámara contigua crujió una tabla. Los ratones corrían por las paredes y él casi probó la paciencia de una araña que, tras lanzar el último filamento hacia la esquina más alta de la cámara, se disponía a esperar a su primera víctima. Se había olvidado del pan. En ese momento de frío, su dulce aroma impregnaba toda la habitación y le hacía cosquillas en la nariz. Tallia se volvió en la cama y murmuró algo en sueños. Rozó con los dedos los de Alain.

No lo podía soportar.

Se deslizó fuera de la cama y se acostó en el suelo. La madera dura lo recibía mejor que el lujoso colchón de plumas y, allí, con los brazos como almohada, por fin, agotado, se quedó dormido.



Regresó al fiordo de Rikin el primero de todos los hijos de Corazón Sangriento, de los que sobrevivieron a Gent, y la Madre Anciana de Rikin lo recibió sin sorprenderse.

«Quinto hijo de la quinta Camada». Una Madre Anciana nunca olvida el olor de cada individuo ciego que busca la crisálida que revienta en sus nidos. Ella se situará a un lado, en cuanto se una a la batalla, como hacen todas las Madres Ancianas. A ella no le importa cuál de sus hijos lidera la batalla ahora que Corazón Sangriento ha muerto, mientras triunfe el más fuerte de ellos. Sin embargo, las sabias madres saben que recae la mayor fuerza en la sabiduría.

Ahora él espera en el escudo de la cascada de la Caída del Agua, cuyas heladas aguas manan hacia la cara irregular del acantilado sobre las profundas aguas azules del fiordo, donde la quietud triunfa sobre el movimiento. Espera y mientras observa seis barcos en la lejanía, pero cercanos a la playa. Más allá de ellos, en las aguas centrales más profundas, una cola se voltea, golpea el agua y desaparece. Las gentes

del agua estaban fuera. Tienen el poder de oler la sangre que aún no ha sido derramada y ahora se reunían a la espera de alimentarse. Hasta el momento han regresado ocho barcos de Gent y las tierras del sur. Esta noche, cuando el sol de medianoche se coloque en su menor nivel, la Madre Anciana comenzará a bailar.

¿Ha puesto suficientes trampas? ¿Son adecuados sus preparativos?

Esa es la debilidad de sus hermanos: piensan que la fuerza y la furia lo son todo. Él sabe más.

Sujeta bien bajo el codo el pequeño arcón de madera que había desenterrado de la base de la cascada y se va del saliente. El agua le salpica y le resbala por la piel hasta caer sobre musgo y piedras húmedas, mientras se abre camino por unas rocas escalonadas hacia la cima del acantilado. Allí espera el sacerdote, ansioso. Exclama al ver la caja.

—Yo habría acabado encontrándola —dice el Quinto Hijo, pero no porque quiera fanfarronear. Dice la verdad. Fanfarronear es una pérdida de tiempo. No abre el pequeño cofre. No lo necesita. Ambos saben qué contiene, recostado entre hechizos y sedosas plumas—. Te has vuelto perezoso, anciano. Tu magia no puede vencer a la astucia.

—¿Qué quieres? —lamenta el sacerdote—. ¿Quieres el poder de la ilusión, eso que Corazón Sangriento me robó? ¿Tener el corazón escondido en la montaña para que te proteja de morir en la batalla?

—Mi corazón se quedará donde está. Tampoco quiero tus ilusiones, quiero la inmunidad.

—¿Inmunidad ante la muerte? —grita el sacerdote.

—A tu magia y a la magia de los Suaves. Para mí y para el ejército que pretendo formar. En cuanto lo consiga, podré hacer el resto.

—¡Imposible! —dice el sacerdote categóricamente.

—Para ti que trabajas solo, quizá. —El sacerdote mantiene sus estudios arcanos, si se les podía llamar así, como un misterio incluso para las Madres Ancianas—. Pero hay otros como tú. Juntos, seguro que podéis ejercer una magia que tenga uso práctico y, en cuanto yo triunfe, podréis compartir el botín.

El sacerdote se rio, con un sonido aflautado pareado al viento que corre entre las rocas.

—¿Por qué crees que yo, y los que son como yo, queremos el botín? ¿De qué nos servirá?

—¿Entonces qué queréis tú y los tuyos?

El anciano sacerdote se inclina hacia delante. Con las manos temblorosas, trata de alcanzar el cofre, pero el Quinto Hijo apenas se aparta de él. No teme al sacerdote. Conoce la mayor parte de su magia, pero sabe que una mente más interesada podía causarles estragos.

No confía en la magia.

—Libérame de las Madres Ancianas —susurra el sacerdote con la voz quebrada.

El Quinto Hijo suelta un suspiro, satisfecho y sorprendido ante su confesión. Las joyas insertadas en sus dientes destellan al sol cuando los muestra.

—Puedo darte eso. Después de que tú y tus semejantes me hayáis dado lo que necesito.

—¿Pero cómo los voy a convencer?

—Ese es un problema que tienes que resolver tú.

Entonces deja al viejo sacerdote y sigue hacia delante. Por supuesto, el sacerdote buscará y recurrirá a su magia para llamar a su oculto corazón. Aunque hay otras magias que conocen el poder de la ocultación. Antes de ir a la sala de las Madres Ancianas para reunirse con los demás, lleva el arcón a casa de sus esclavos humanos y lo deja al cuidado de Ursuline, quién se ha nombrado a sí misma Madre Anciana entre las Suaves. Le ha garantizado que el Dios del Círculo tiene una magia, por lo menos, tan fuerte como la de los sacerdotes de los Hijos de las Rocas, lo cual pondrá a prueba la magia de su Dios. En cualquier caso, ningún Niño de las Rocas creará que puede confiar algo tanpreciado y poderoso en un simple y débil esclavo.

Ella es curiosa, pero no insensata. Le coge el cofre y, sin mirar dentro, porque él ya le ha dicho qué contiene, lo guarda en la caja cubierta con un manto que ella llama el corazón sagrado de su Dios. Luego coloca en el altar hierbas marchitas, un jarra agrietada y un círculo rudimentario tallado y canta un hechizo ante él, lo que ella llama un salmo.

—¿Nuestro acuerdo? —pregunta ella con atrevimiento. Ya no lo teme, porque ha visto que cuando mata, lo hace rápido, y ella no teme a la muerte. Él admira eso en ella. Como las Madres Sabias, ella entiende el inexorable destino.

—Nuestro acuerdo —repite él. Ella quiere una prueba. Los Suaves nunca actúan así, no necesitan llevar cosas con ellos, tocar objetos, para mantener su palabra. Él señala el círculo de madera que cuelga en su pecho, el regalo de Alain Henrisson—. Juro por mi vínculo con el que me dio la libertad que te daré lo que me pidas, si mantienes este arcón a salvo hasta que yo lo necesite. Haz eso y yo mantendré nuestro acuerdo, en cuanto me convierta en cacique. De lo contrario, moriré y tú también.

Ella se ríe, pero él conoce lo suficiente a los Suaves para saber que esa risa no es insulto, sino un cumplido.

—Eres diferente a los demás. Dios bendiga a los justos y misericordiosos. Ellos te harán triunfar.

—Eso esperas —coincide él.

Él deja su casucha, silba a los perros y se dirige por el largo valle hacia el complejo de la Madre Anciana. El camino transcurre en silencio delante y detrás de él. Solo unos pocos esclavos lloriquean y gimen en sus encierros. Bestias aisladas hasta que los grandes acontecimientos de los próximos días tomen su curso. Sus esclavos, en libertad, están con sus tareas o escondidos en determinados lugares de acuerdo con su plan. Les ha confiado una gran labor, pero ellos saben que si él no

tiene éxito, morirán en manos del vencedor.

El canto de la Madre Anciana aumenta como un débil estruendo cercano en los abruptos valles de Rikin como el manto de picea y pino y los matorrales mixtos de brezo y helecho. Su canción hace que el líquen surja y crezca en las rocas siguiendo un patrón solo comprensible para las Hijas Veloces. Él se aparta del terreno de baile sobre la tierra apisonada solo acompañado por sus perros.

Sus hermanos braman con desdén al verlo.

—Hermano Débil, ¿pretendes ser el primero en entregarte?

—¡Cobardes! ¿Dónde estabais vosotros cuando comenzaron las batallas en Gent?

—¿Qué tesoros entregaste a Corazón Sangriento, mudo?

Así le gritaban y hostigaban. Sus bandas se apiñan en pelotones, cada uno de los cuales se esfuerza por ser el más ruidoso, como si el estruendo denotara fuerza. Ha ordenado a sus soldados que se mantengan en silencio y así lo hacen. También él guarda silencio mientras la Madre anciana saca el cuchillo de la decisión de la bolsa que lleva en el muslo y lo levanta hacia un punto del ardiente corazón del sol, que ahora desciende por los campos del sur. Con un movimiento drástico, finaliza repentinamente con el ruido y el canto.

Seis de los hijos de Corazón Sangriento se presentan en el centro del terreno de baile. Cuando él da un paso hacia delante, se convierten en siete. Todos los demás Hijos de las Rocas han decidido no competir y entregarse al vencedor. Sin lugar a dudas los que eligen la sumisión demuestran la sabiduría de ser conscientes de lo débiles que son.

Los siete que competirán se dan la espalda los unos a los otros y se arrodillan. Las Hijas Veloces se deslizan sobre la tierra y forman la red del relato con las manos enlazadas y el brillante pelo dorado y plateado y cobre y estaño mientras comienzan a balancearse y a tararear.

El silencio inunda el claro, a excepción de ese murmullo. Ni siquiera ladran los perros. En la distancia, casi podía escuchar a las Madres Sabias oyendo ese silencio como si fuera un discurso, con la atención puesta en este instante inmortal.

¿Son conscientes de la trascendencia que tendrá este día? Ese día en que las Hijas Veloces entrelazarán su canción para la historia. ¿O se reirán de su ambición?

Pronto lo sabrá.

El paso cansino de la Madre Anciana estremece el suelo bajo sus rodillas. Solo ella juzga la valía de los participantes. Las Hijas Veloces se separan para que ella ocupe el lugar destacado. Él, y sus hermanos, inclinan la cabeza.

Ella recorre un lento círculo. De repente, un gruñido, la intensa marcha carmesí de la sangre y un ruido sordo mientras uno de los hijos de Corazón Sangriento pierde el equilibrio y cae. Su sangre empapa el suelo del terreno de baile. Los perros braman, unos pocos ladran, pero son silenciados o asesinados.

Siente que el cuchillo de la decisión le roza la cabeza, el cuello, y se detiene en el cinturón de resplandeciente oro que reviste su cadera: el cinturón tejido con el pelo de

una Hija Veloz hakonin.

Sigue adelante. Quedan seis hijos.

Las Hijas Veloces se mecen hacia delante y hacia atrás, con los pies juntos, y comienzan el largo cántico, la historia de la tribu de Rikin. Tardarán tres días y cuando acaben, solo uno de los hijos de Corazón Sangriento seguirá en el suelo inundado de sangre y clamará victoria.

El círculo se separa. Él salta: es mejor que ser atrapado por cualquiera de los otros cinco y que lo fuercen a una lucha brutal: todos son mayores que él, más grandes, más musculosos y más fuertes.

Aunque él tiene una fuerza de otro tipo.

Con los perros y los guerreros protestando, gruñendo y ladrando tras él, corre hacia la montaña donde espera su primera trampa.



Alain se despertó por el ladrido frenético de los perros eika enloquecidos...

Aunque no se trataba de los perros eika. Rabia ladraba en la puerta, la arañaba con insistencia y oyó a los otros aullar y ladrar en las cámaras de Lavastine como si hubieran enloquecido.

Se levantó para ponerse la túnica por encima del calzón. Sin molestarse por los calcetines, abrió la puerta de un golpe. Tallia gritó detrás, pero él salió corriendo hacia las cámaras de Lavastine.

Los sirvientes se apartaron ante él. No se habían atrevido a acercarse mucho. Habían mordido a uno, al que le sangraba el brazo. Alain caminó hacia una furiosa vorágine de perros de caza, que desgarraban la puerta como perros que se persiguen la cola. Solamente Pánico se levantaba con las patas sobre la jamba de la ventana lanzando gruñidos amenazadores. Alain se pegó a la ventana, pero solo vio a los preocupados sirvientes y a unos pocos curiosos espectadores que se habían parado a mirar ante el alboroto. El viento removía los arbustos en flor del exterior. Un roedor, o un pájaro oculto, hacían ruido entre las hojas y Miedo, Pesar y Rabia salieron disparados de la cámara y corrieron alrededor del largo edificio. La gente se separaba del camino.

—¡Silencio! —gritó Alain, asomado por la ventana, mientras ellos corrían resbalando hasta pararse al otro lado. Olisqueaban los arbustos—. Sentaos. —Se sentaron, pero seguían aullando, sin hacer mucho ruido, al viento y a las hojas. Detrás de él, en la cámara, los ladridos se calmaron y pararon. El silencio abrumador hizo que le zumbaran los oídos. Se volvió y vio a Lavastine sentado sobre la cama, medio

vestido, examinar la pata de Pasión, que gimoteaba mientras él extendía las almohadillas y observaba la carne con el ceño fruncido.

Alain fue hacia él con decisión, se arrodilló a su lado y colocó una mano sobre la ijada de Pasión. Tenía la nariz seca y le costaba recobrar el aliento.

—Le picó algo —dijo Lavastine—, pero no sé el qué.

Alain se sentó en la cama para examinar la pata. Lo mordisqueó levemente cuando examinó la carne, pero confiaba demasiado en él como para morderlo. Al principio, solo notó lo caliente que estaba la pata y que entre dos dedos le crecía una ampolla hinchada. Luego, encontró la herida: dos pinchazos rojos diminutos.

—¿Sería una serpiente?

Lavastine se levantó y fue a hablar con un sirviente, que salió de inmediato.

—Hablaremos con el encargado de la caballeriza. —El conde se dirigió hacia la ventana y se quedó allí, en silencio, con una mano sobre la gran cabeza de Pánico.

Alain pasó una pierna por encima de Pasión para inmovilizarla, cortar la almohadilla de la pata con su cuchillo y chupar todo el veneno que pudiera, por si realmente le hubiera mordido algo venenoso, y luego escupió sobre el suelo. La sangre tenía un sabor ácido, metálico y de repente se coaguló, ni siquiera sangró, solo se filtró por el corte. Le ofreció agua en un cuenco, pero no bebió.

Lavastine volvió de la ventana y le indicó a un sirviente que le ayudara a vestirse. Otro salió a buscar la ropa de Alain. Lavastine se sentó junto a Alain sobre la cama. Contempló a Pasión, le acarició la cabeza mientras se estremecía y jadeaba tumbado en el suelo, sin moverse más allá de eso.

—Es hora de que regresemos a Lavas —dijo—. Ya tenemos lo que habíamos venido a buscar. Le pediré a mi clérigo que señale un día apropiado para el largo viaje y ese día nos despediremos del rey y cabalgaremos hacia el oeste.

—Padre. —Alain tartamudeó y se detuvo. El sonrojo le provocaba tanto calor como la infección de la pata del pobre Pasión. Levantó la mirada y vio a los sirvientes ocupados con sus tareas: vertiendo agua para fregar y barriendo los escalones de fuera—. Yo no..., nosotros no... —No pudo seguir, pero tampoco podía mentir a su padre.

Lavastine arqueó un poco la ceja.

—Ella acaba de salir de un convento. Puede que todavía sienta ciertas reservas. —Pánico se alejó de la ventana y se sentó rígido al lado del conde, en guardia—. Sin embargo, —continuó—, lo práctico para las mujeres es quedarse encinta lo antes posible para dar un heredero.

Solo pensar en Tallia tumbada pálida y frágil en la cama a su lado hacia que, Alain se enrojeciera y que volviera a sentir el dolor de la pasada noche.

—Pero sería... —su voz se convirtió en un susurro porque no podía soportar que nadie más, incluidos los sirvientes, escucharan—... una farsa intercambiar los regalos de la mañana.

Lavastine masajeaba el pie de Pasión. Miraba con gran intensidad la pata del

perro.

—Quizá, pero te mentí acerca de mis intenciones en la batalla de Gent. Tuve que hacerlo, al saber que podías ver al príncipe eika en sueños y que él, quizá, podía ver los tuyos. Hay quien envidia lo que hemos conseguido aquí. Si supieran que el matrimonio no se ha consumado, algunos podrían empezar a correr la voz de que no es válido, incluso aunque un obispo haya bendecido la unión y el propio rey haya dado su consentimiento. No podemos permitirnos darles un arma con la que nos puedan atacar. —Todos los sirvientes, a excepción de uno, se habían retirado de la cámara, atentos como siempre al humor de Lavastine, que miró al que quedaba, asintió con la cabeza por el trabajo bien hecho y volvió a mirar directamente a Alain —. Por consiguiente, intercambiaréis los regalos de la mañana. Es una mujer y, aunque ahora se comporte con timidez, las mujeres, por encima de todo, desean herederos para las tierras y los títulos.

Alain no estaba tan seguro, pero asintió con obediencia y, como si su gesto la hubiera llamado, surgió una oleada de voces en el exterior de la puerta y Tallia entró en la cámara, se paró en seco y se encogió de miedo contra la pared alejada de los perros.

Lavastine se levantó tras mirar a Alain como si le dijera: «Y aquí está ella».

Los sirvientes de Alain aparecieron tras ella, que se cubrió los ojos con una esquina del chal mientras Alain, tras poner cómodo a Pasión sobre la cama, se levantó para vestirse. Una vez vestido decentemente, la convenció para que se sentara en la cama al lado de Pasión. En cuanto vio que el enorme perro estaba demasiado débil como para morderla, se sentó con cuidado, aferrada a la mano de Alain.

Confió en él. Al menos había conseguido eso de ella.

Lavastine sonrió levemente y, con las manos apretadas tras la espalda, hizo un gesto con la cabeza a los sirvientes para que fueran a coger el regalo de la mañana que Alain ofrecería a su novia. Alain aguardaba nervioso, en parte encendido por el inocente apretón de manos de Tallia y en parte aterrorizado de que ella pudiera considerar inapropiado un regalo que había encargado él mismo. No le correspondía a él, al tener menor rango, intentar superar lo que ella le había regalado a él. De todos modos, no podría hacerlo, porque Henry ya había concedido ricas propiedades al condado de Lavas como parte de la dote, pero tampoco el heredero del condado de Lavas podía permitirse aparecer como un indigente ante los nobles reunidos en el séquito del rey.

Se había reunido muchos fuera para presenciar el intercambio de regalos. Cuando llegó el rey, Alain la instó a que se levantara y salieron a saludarlo.

Alain intentó no escuchar los lascivos y escandalosos comentarios que acompañaron su aparición. Tallia casi se había tapado la cara con el chal y se pegó a él, lo que hacía que la gente riera y gritara más, al considerarlo como una señal de la importante transacción que no había tenido lugar la noche anterior.

Henry fue generoso con las tierras de su deshonrosa hermana Sabella: junto con

las propiedades que formaron parte de la dote de Tallia concedidas el día anterior, la extensión total de las tierras regaladas hacían que con el matrimonio se duplicara el tamaño de las propiedades de Lavas. Lavastine mostraba una ligera sonrisa en la cara, lo más parecido al franco regocijo. Henry hizo una señal y sus mayordomos trajeron dos arcones: sedas, una magnífica capa forrada de piel, platos de plata y copas de oro, hermosas vestiduras para el clero de Lavas, ricas ropas para Tallia y Alain y collares de latón para los perros repujados con corzos saltando y perros juguetones.

La multitud murmuró al apreciar la generosidad de Henry.

Lavastine sabía bien cómo intentar superar a un rey. Sus sirvientes presentaron arcones llenos de buenas ropas para que las nobles de linaje real vistieran a sus sirvientes, vasijas de plata y oro para ofrecer a sus clérigos y pequeños cofres magníficamente tallados que contenían suficientes monedas como para honrar a un ejército de mendigos. Al final, el propio Alain le dio a ella el pequeño relicario de marfil de marquetaría con joyas encargado por él. Se abrió con una delicada llave de plata y contenía polvo del mantón de la santa discípula, santa Johanna la Escéptica, y una réplica de una rosa hecha con joyas.

Tallia lloró al ver la reliquia sagrada y besó los pétalos de la rosa. Dejó la reliquia al cuidado de Hathumod, la joven que había venido con ella de Quedlinhame. Lavastine asintió con la cabeza a Alain en señal de aprobación, pero la reacción de Tallia preocupó a Alain. Su intención era que la rosa representara la Rosa de la Sanación, la sanación concedida a todas las almas por la gracia de Dios, pero en ese momento temía que solo la considerara como el símbolo de sus creencias heréticas, la rosa que florecía con la sangre de Daisan el Bendito.

Cuando ella le agradeció de todo corazón y con los ojos libres de cualquier recuerdo de sus delicada noche juntos, la esperanza resurgió en su corazón, y también un hormigueo incómodo en otro lugar. Solo tenía que ser paciente.

La multitud comenzó a dispersarse. El mayordomo del rey anunció que Henry ofrecería una audiencia en el gran patio abierto después del servicio de la hora tercia. Lavastine se escabulló a su cámara y pronto lo siguió Alain, con Tallia tras él, como si quisiera mantenerse detrás de él, o como si no supiera adónde ir.

Pasión todavía estaba sobre la cama y gimoteaba suavemente. Alain fue a acariciarlo. Al tocarlo, se tranquilizó. Lavastine había acercado a Tallia junto a la ventana e intentaba conversar con ella con dificultad. Alain atrajo la atención de un mayordomo.

—Christof, un Águila llegó a palacio anoche, una que se llama Liathano. Llámala para que venga a verme.

El mayordomo no ocultó muy bien su asombro. Era un chico jovial, pero también demasiado cotilla, como percibió Alain demasiado tarde.

—Sé de quién me habla, señor —respondió con obediencia, pero si dejar de mirar al conde Lavastine. Salió.

Cuando regresó, trajo a Liath con él. En cuanto ella cruzó el umbral, los perros

comenzaron a gimotear y a gruñir, y se levantaron para rodear a Lavastine como si fueran crías aterrorizadas. Pasión intentó empujar su cabeza contra el muslo de Alain.

—¡Silencio! —dijo Lavastine con severidad. Se agacharon a sus pies, nerviosos—. ¿Alain?

—Alteza —dijo Liath, al ver a Tallia. Aunque estaba sorprendida, obviamente, no se atrancó con la formalidades—. Señor conde. Lord Alain. He venido tal y como han solicitado.

—¿Alain? —repitió Lavastine. Tenía una mano sobre la cabeza de Pánico, pero su resuelta mirada no se separó de Liath—. ¿Qué significa esto?

Alain no se podía poner de pie a causa de Pasión y, en cualquier caso, él era un lord y ella una simple Águila, no una persona con la que se pudiera poner a la misma altura públicamente por muchas confidencias privadas que hubieran compartido en otro tiempo. Durante un instante, no supo cómo reaccionar al ver la expresión de Tallia: ¿Estaba celosa? ¿O él deseaba que lo estuviera?

—Recuerdo el servicio que este Águila nos prestó en Gent —acabó por decir, y con firmeza, porque todo el mundo aguardaba expectante—, y deseo recompensar su esfuerzo allí.

Lavastine dio un paso hacia delante y se detuvo en seco cuando Pánico le mordisqueó: atrapó la mano de su amo con su gran mandíbula y gruñó con suavidad mientras intentaba arrastrar hacia atrás a Lavastine. El conde se soltó con impaciencia.

—Resuelto —farfulló entre dientes, con tanta suavidad que a lo mejor solo lo escuchó Alain. Siguió con la mirada fija en Liath como hace un hombre con una mujer cuando descubre un profundo vínculo de sangre, o de espíritu, con ella.

—Resuelto —repitió, mirando entonces a los sirvientes.

—¿El caballo gris? —repitieron, atónitos antes el hecho de que un lord regalara tan alegremente su segundo mejor caballo de guerra a una simple Águila.

—Y la silla y la brida de Asselda —añadió—. Cuerda y las alforjas. Y el cinto de cuero trabajado por el maestro Hosel, el que tiene la inscripción de las salamandras, como dicen los Sagrados Versos: «Si caminas a través del fuego, la llama no te consumirá».

—Yo también le daré un obsequio —dijo Alain apresuradamente para desviar la atención del conde, que parecía predispuesto a armarla como si fuera un familiar—. Un carcaj de flechas y... —Lo que él quería decir, preguntarle a ella, no podía hacerlo ante tal audiencia. Su mirada se paró en uno de sus anillos, una banda de oro con una piedra azul muy brillante. Se lo sacó—. Que este anillo de lapislázuli te proteja del mal —dijo, al entregárselo—. Sabed que, si lo necesitáis, aquí podéis encontrar refugio.

—Os lo agradezco, señor conde. Lord Alain. —Aunque su mirada era más elocuente. Encontró gratitud en su expresión, pero aun así también vio que seguía asustada, preocupada por algún acontecimiento que temía sucediera. ¿Todavía la

acosaría lord Hugh? No tenía forma de preguntárselo y, pese a que hizo una pausa, un mayordomo llegó de fuera.

—Ruego que me disculpéis —dijo el hombre a Lavastine—. Fuera se encuentra un Águila con una citación urgente para su compañera... de parte del rey.

Miró a Alain, nada más. Luego se fue. Mientras salía de la cámara, los perros se pusieron en pie con vacilación y se sacudieron.

—Señor conde, he venido tal y como me habéis solicitado. —El encargado de las caballerizas del rey apareció en el umbral y Lavastine le permitió entrar, aunque el hombre miraba a los perros con nerviosismo, pues, aunque estaban dominados, seguían gruñendo suavemente, pero lo dejaron tranquilo.

El encargado examinó a Pasión, se mesó la barba, desconcertado. En esta zona no era habitual encontrarse víboras o serpientes venenosas, según explicó, pero envió al momento a unos hombres para que examinaran los arbustos alrededor del complejo y para avisar al rey.

—Vamos, hijo. —Lavastine le dio una palmadita en la cabeza a Pasión y se levantó para coger los guantes y la lanza—. Debemos presentarnos ante el rey. —Alain titubeó—. Haré todo lo que pueda para ayudar a la chica —añadió suavemente Lavastine.

—Entonces os ruego, padre, que me permitáis estar con Pasión.

Lavastine miró a Tallia, que seguía junto a la ventana, asintió con la cabeza de manera cortante, y se fue.

—Es una mujer de aspecto extraño —dijo Tallia—. Recuerdo haberla visto antes, cuando cabalgamos hacia Quedlinhame.

—Luchó con nosotros en Gent.

—Por eso, vuestro padre y vos le habéis ofrecido magnífica recompensa. La gente hablará bien de vuestra generosidad y seréis conocidos como un hombre piadoso.

Así fue él reprendido, aunque con suavidad, por ese breve deseo que le picaría hasta que sangrara, y cuando sangrara de celos, caería en sus brazos. Tendría que conquistarla de una forma más noble que esta. Pasión introdujo su cabeza aún más en el regazo de Alain y gimoteó. Mientras, él le acariciaba las orejas y rascaba la cabeza para consolarlo todo lo posible, aunque sabía que su presencia ya lo confortaba.

—Pobre alma sufridora —murmuró Tallia—, rezaré a Dios para que sane. —Se arrodilló, inclinó la cabeza y cayó en un melisma de oración.

Varios jóvenes nobles asomaron la cabeza por la cámara para comprobar cómo iba el perro. Todos tenían sus propios y queridos perros, y Alain no pudo evitar emocionarse ante su preocupación. Pero aunque le pidieron con insistencia que se uniera a ellos en la caza de serpientes, no lo hizo. No podía soportar alejarse del lado de Pasión durante toda esa larga y brumosa mañana, mientras el perro luchaba por respirar y gradualmente su pierna parecía ponerse como una piedra.

Sanglant se despertó un tanto entumecido y dolorido después del amanecer. Tras veintinueve días durmiendo en la segunda mejor cama del séquito del rey, las extremidades habían empezado a acostumbrarse a la comodidad. En ese momento, al levantarse del suelo, le dolía todo, pero no le importaba. El dolor de la libertad nunca es tan fuerte como el de la esclavitud.

—¡Alteza! —dijo uno de los Leones con un susurro urgente.

Los escuchó acercarse por el estrecho camino que conducía desde lo alto del risco hasta la ribera del río: el rey y un pequeño séquito.

—Príncipe Sanglant. —El León tenía una mata de pelo pelirrojo y le faltaba parte de una oreja: el lóbulo tenía un corte limpio y una cicatriz blanca cerrada—. Si nos... vuestras ropas...

Solo en ese momento se miró a sí mismo y percibió su desaliño: la túnica torcida alrededor del cuerpo y llena de mugre; los leotardos medio desenrollados en la pantorrilla derecha; el cinturón parecía una serpiente dormida, retorcido alrededor de los pies. Dos de los Leones se atrevieron a acercarse, con una precaución que él percibió, y lo arreglaron para que cuando llegara su padre, tras rodear una antigua caída de rocas que casi habían borrado el último ángulo del camino, tuviera un aspecto presentable.

Henry se tapó los ojos ante el creciente sol.

—Sanglant —Sanglant se arrodilló obedientemente. La mano de Henry, que descansó sobre su cabeza, tenía un peso incómodo—, no viniste la pasada noche.

—Dormí fuera.

Henry retiró la mano. Sanglant levantó la mirada a tiempo para ver el gesto del rey hacia los demás y, al mismo tiempo, el séquito y los Leones se apartaron hasta encontrarse lejos como para no oír.

—Tenemos que hablar, hijo, antes de la audiencia de la mañana. Camina conmigo.

Sanglant se puso en pie. Aunque sobrepasaba media cabeza al rey, nunca sintió que lo hiciera sentir pequeño: Henry utilizaba su poder muy bien.

—Eres inquieto —observó Henry mientras paseaban junto al río, lejos del séquito, formado por seis Leones que habían vigilado a Sanglant durante la noche, cuatro sirvientes, la margravina Villam y la hermana Rosvita—. Has oído la noticia

que trajeron anoche, que los dos soberanos de Aosta han fallecido. Hay una heredera soltera, la princesa Adelheid.

Sanglant se encogió de hombros. No sabía nada. En cuanto Liath entró en la sala, todo lo demás se convirtió en un estruendo de parloteos sin sentido. Ella tenía un andar distinto, el de una persona con muchas leguas a sus pies que no se cansa al andar, como le sucedería a cualquier hombre o mujer acostumbrado a montar. Mantenía el carcaj perfectamente a la espalda: estaba acostumbrada a su peso y confiaba en su pericia con él. Al caminar, el balanceo de su trenza provocaba que la mirada se desviara de la espalda hacia la ondulación de las caderas. Lo había mirado por encima del hombro. Cuando él la había seguido fuera, ella lo había besado a pesar de la confusa confesión que habría hecho a otra mujer despreciarlo. Seguro que ese beso, por mucho que le trastocara lo más profundo de su cuerpo, revelaba lo que deseaba su corazón.

—¡Sanglant! No estás prestando atención.

Necesitó un momento para recordar dónde se encontraba. Se agachó y recogió una rama larga, que partió a la mitad una vez y otra más. Era la única manera que tenía de concentrarse y de no ir junto a ella.

—Liderarás un ejército hacia Aosta. Allí, colocarás a *lady* Adelheid en el trono de reina soberana y te casarás con ella. Después, y con el poder en tus manos, los príncipes aostanos no se opondrán a tu elección como rey soberano. Reinarás con Adelheid, como iguales. Nadie puede dudar de tu valía para el trono aostano, muy reclamado tanto por la fuerza como por sucesión. Eso es lo que quieren los príncipes aostanos: tener reinantes débiles y que dependan de su poder como hacedores de la reina. En cuanto te establezcas en Aosta, con una esposa real y un hijo que demuestre tu fertilidad, solo me quedará un paso más para nombrarte mi heredero aquí en Wendar y Varre. ¿Quién se opondrá a nosotros entonces, si el precio es la restauración de Sacro Imperio dariyano? Por fin el imperio estará a nuestro alcance. Contigo en el trono aostano, yo puedo dirigirme hacia el sur y que me coronen emperador y a ti, mi heredero y sucesor.

La rama cayó hecha trocitos a sus pies. Un águila planeaba sobre ellos hacia el río, que fluía a ritmo constante detrás de él. Casi podía escuchar el más mínimo trozo de tierra apartada de la orilla y arrastrada río abajo por una corriente irrefrenable que la llevaría hasta el mar. De repente, se sintió cansado. Henry, como el río, tenía una fuerza imparable.

—Liath —susurró. Era la única palabra que sabía decir.

Henry gruñó como haría un hombre preparado para el golpe que le espera.

—Tal y como me avisó Villam —farfulló—, juro que Wolfhere la ha enviado para asediarme a mí y para arruinarte a ti.

Henry miraba el río con el ceño fruncido. Sanglant lo observaba, atrapado sin pretenderlo en esa fuerte atracción que necesariamente un soberano ha de levantar a su alrededor, como un manto. Un rey no es rey sin ella. Henry poseía un papel

destacado, pomposo bastante a menudo, con la dignidad apropiada para la responsabilidad que Dios le había otorgado. Su pelo ya era tan blanco como marrón y la cuidada barba estaba salpicada de blanco. Sanglant se tocó la limpia barbilla y el movimiento hizo que Henry se concentrara en él otra vez.

—Muy bien. —Henry no podía ocultar su enojo, pero lo intentaba—. Hazla tu concubina, si quieres. No serás el primer hombre, o mujer, que tiene una concubina. El emperador Taillefer era conocido por tener concubinas entre esposa y esposa, pero...

—No quiero casarme con la princesa Adelheid. Pretendo casarme con Liath.

Henry se rio como si Sanglant le hubiera gastado una broma.

—¿Una mujer de origen humilde?

—La familia de su padre tiene propiedades en Bodfeld.

—¿Bodfeld? —Henry tenía una memoria prodigiosa y la ejercitaba en ese momento—. La señora de Bodfeld solo envía veinte milicias cuando se les solicita que presten servicio. Una familia así difícilmente puede esperar una boda con un hombre de tu posición, y no está claro que la muchacha haya nacido legítimamente.

—Tanto mejor —dijo Sanglant con sarcasmo— para alguien como yo. ¿Por qué os negáis a entender? No quiero ser rey con los príncipes acechándome a la espera de que me hunda para ir a por mi cabeza. Ya lo soporté un año. Quiero que se me concedan unas tierras, que Liath sea mi esposa y paz.

—¡Silencio! ¿Qué hombre o mujer de sangre real puede esperar paz cuando los eika asolan nuestras costas del norte y los quman atacan el este? ¿Desde cuándo los príncipes del reino nos han permitido disfrutar en paz? Incluso la señora más humilde, con pocas tierras y una docena de sirvientes, debe enfrentarse a los bandidos y a los expolios de sus ambiciosos vecinos. Si vivimos nuestras vidas de acuerdo a las enseñanzas de Daisan el Bendito, podremos hallar paz cuando nuestras almas asciendan a la Cámara de la Luz, no antes.

Henry paseó al borde del río, donde el agua se arremolinaba alrededor de un grupo de rocas del tamaño de un huevo. Cogió una y la lanzó con impaciencia hacia el centro de la corriente. Desapareció en medio de las aguas color gris pizarra tras un plaf.

Suspiró. Desde donde se encontraba, Sanglant no podía verle la cara, pero sí la tensión de los hombros. Vestía la túnica de lino de la mañana de color azul intenso. En el cuello, las mangas y el dobladillo habían bordado unos leones dorados enrollados alrededor de estrellas de ocho puntas y el sigil bordado por su boda con la tranquila, astuta y maravillosa amante Sophia, fallecida tres años atrás.

—Aún no te has recuperado del cautiverio —dijo el rey, por fin, dirigiéndose hacia la corriente de agua—. Cuando lo hagas, te arrepentirás de estas precipitadas palabras y te darás cuenta de la sabiduría de mi plan. Sapiencia es valiente y servicial, pero Dios no le ha otorgado responsabilidad para reinar. Theophanu, quizá, si vive... —En ese punto, titubeó y apretó una mano—. Es de naturaleza fría que no motiva a

los soldados a que la sigan hacia el grueso de la batalla. Y Ekkehard... —movía los hombros con desdén—. Demasiado joven, sin experiencia e insensato. Pertenece a la Iglesia, por lo que puede cantar oraciones a Dios con esa hermosa voz. Todo esto te deja a ti... —Se volvió—. Tú tienes la responsabilidad, Sanglant. Siempre la has tenido. Te siguen en la batalla. Confían en ti y te admiran. Debes ser rey después de mí.

—No quiero ser rey. Ni heredero. Ni emperador. ¿Hay otra manera de decirlo para que lo entendáis?

El matiz rojo de las mejillas de Henry delató que una de sus famosas cóleras estaba aflorando, pero Sanglant contemplaba al rey sin apasionamiento. La rabia de los otros nunca lo asustaba, solo en sí mismo. ¡Ay, Señora! La confesión suponía un duro golpe: Henry no podía hacer nada para dañarlo, nada peor de lo que Corazón Sangriento ya había hecho. Al tener a Sanglant como prisionero, Corazón Sangriento lo había liberado de las cadenas que lo ataban a la voluntad de su padre.

—¡Harás lo que te ordene!

—No.

En ese momento, Henry por fin pareció sorprenderse, tanto, de hecho, que, durante un instante, olvidó que estaba furioso. Durante un instante. Poco después la máscara de hierro se rompió, liberó su rostro y la concentración del padre sobre la creciente fortuna del hijo desapareció; la reemplazó la cara de un rey cuyos súbditos se han rebelado inesperadamente.

—Si te desheredo, no tendrás nada, ni siquiera la espada que portas. Ni un caballo para montar. Ni ropas sobre tu cuerpo.

—¿He tenido algo de eso antes? Lo único que un hombre puede reclamar como suyo realmente es la herencia que recibe de su madre.

—Ella te abandonó. —Henry se tocó el pecho a la altura del corazón. Sanglant sabía qué guardaba allí, entre la túnica y el pecho: un pedacito amarillento de tela sangrienta, el único resto terrenal de su madre, que lo había dejado a él, y a Henry, y a la tierra humana mucho tiempo atrás—. Te abandonó sin dejar nada.

—Excepto una maldición sobre mí —dijo entre dientes Sanglant.

—No estaba hecha para vivir en esta tierra —dijo Henry, con la voz rasgada por el viejo dolor.

Se miraron el uno al otro: los dos se habían quedado en el pasado. Sanglant se puso de repente de rodillas ante su padre y Henry se acercó para colocar una mano, en un gesto natural y muy cariñoso, sobre el cabello negro de su hijo.

—¡Ay, Señora! —susurró Sanglant—. Estoy cansado de luchar. Solo quiero descansar.

Henry permaneció callado durante un rato, mientras acariciaba el pelo de Sanglant con suavidad. El viento mecía el agua y pequeñas olas festoneadas vibraban a la luz del sol y desaparecían. El séquito de Henry permanecía lejos del oído humano, pero en el torbellino de silencio que rodeaba el afecto y el perdón del rey,

Sanglant podía escuchar cómo hablaban entre ellos mientras observaban la escena.

—Sigo creyendo que no es inteligente. —Era la hermana Rosvita.

—A lo mejor. —Ese era Villam—. Aunque creo que es sabio luchar por Aosta cuando más débiles están y no hay duda de que solo el príncipe puede liderar esa campaña. Lo que suceda al final, en cuanto Aosta caiga en nuestras manos y Henry sea coronado emperador... Bueno, no podemos ver el futuro, así que debemos avanzar a ciegas. No debemos debilitar el apoyo que otros príncipes y nobles darán a Sanglant mientras no sepan las verdaderas intenciones de Henry.

—¿Has oído lo de la víbora? —Esa voz pertenecía a uno de los auxiliares de Henry algo alejado de Villam y Rosvita. Sanglant reconoció la voz, pero no el nombre.

—Qué va. ¿Una víbora? ¿Aquí? —Ese era un León, el pelirrojo.

—Ah, sí. Mordió a uno de los perros del conde Lavastine y desapareció. El encargado de las caballerizas envió a unos hombres a batir los arbustos alrededor y a poner al descubierto los agujeros de serpientes, pero la gente de la zona dice que no han visto víboras por aquí durante muchos años. Ya ves. Tampoco las ratas mordieron al perro.

Un estremecimiento de alarma lo sacudió. Se puso de pie, lo que sorprendió a su padre.

—¿Qué es eso que dicen de una víbora y los perros de Lavastine?

Henry recuperó la compostura rápido; la mezcla de afecto, dolor y sorpresa fue aplacada tras la máscara de piedra, una expresión que en absoluto delataba sus pensamientos internos: el Henry más zorro.

—En efecto. —Contó lo que sabía sobre lo que había ocurrido—. Sucedió al amanecer. Los hombres han batido los suelos de palacio, pero nadie ha rastreado esas laderas o esta zona junto al río. —Suspiró profundamente—. No, ¿para qué? La criatura se habrá escapado hace mucho entre la tierra o la maleza.

—No si yo la atrapo.

Sanglant inclinó la cabeza hacia atrás y aspiró una bocanada de aire, pero no olió nada más allá de lo normal: hombres sudorosos, los restos del incienso del servicio del amanecer, el pescado muerto, el creciente y fugaz perfume de la lavanda y la consuelda en la otra orilla, el estiércol y la orina de los lejanos establos, la densa y débil prenda del santo sangrado de las mujeres, los fuegos de las cocinas de palacio y la carne abrasadora del cerdo.

—Vete, entonces —dijo el rey enseguida—. Envía de vuelta a esos Leones, porque han estado vigilando toda la noche y mandarán a otros para que los reemplacen. ¿Por dónde vas a empezar?

—Aquí en la base del acantilado. Puede haber bajado por la maleza.

—Ten cuidado de que no te muerda, hijo.

—¿Si me muerde? —replicó con amargura—. El Dios masculino y femenino los creó. No me puede matar.

—Vete con mi bendición, entonces.

Sanglant ya había comenzado la caza y no pensó más en la rápida retirada de su padre.

Hanna esperó a Liath en el exterior de la cámara del conde Lavastine. Liath aún estaba atónita tras la lluvia de regalos que le habían entregado dentro. ¡Ay, Dios! ¿De verdad que el conde Lavastine le había obsequiado con un caballo? Agarró el anillo de Alain en la mano y miró a Hanna, sin decir palabra.

—Te ha llamado el rey. —Hanna le dio un beso, se abrazaron y entonces Hanna se retiró para examinar bien a Liath—. Todo parece en su sitio.

—¿Llamada por el rey?

—¡Liath! —El tono de Hanna dio un salto—. Huye, si quieres, o hazle frente con valor. Cómo te presentes ante el rey influirá en si él decide a tu favor... o a favor del padre Hugh.

Ese era un buen consejo, por supuesto, pero Liath tenía un nudo en la garganta y no podía decir nada.

Mientras atravesaban el gran patio, pasaron junto a varios Leones que holgazaneaban como si la estuvieran esperando, y entre ellos un conocido, Thiadbold, que le guiñó el ojo.

—Sabes dónde estamos si nos necesitas, amiga —dijo.

¿Todo el mundo lo sabría o sospecharía? Hacía falta más cuidado que el que Sanglant y ella habían tenido para conservar un secreto en el séquito del rey. El hecho de que Hugh hubiera ocultado su interés por ella hasta el momento era una muestra más de su astucia.

—Te has ganado su respeto —observó Hanna—, al salvar las vidas de los Leones en Augensburg.

En realidad, mató a más de los que había salvado.

Era media mañana, justo después de la hora tercia. El rey reunió a la corte en el patio, con el trono a la sombra de la gran sala. Oyó ladridos en las casetas de los perros mientras los cazadores los preparaban. Hugh y Wolfhere estaba arrodillados frente al rey; Hugh estaba más cerca del rey que Wolfhere, como beneficio de su rango superior. Wolfhere la señaló brevemente; su compostura la irritaba. Hugh no miró hacia ella, ya que Hanna avanzaba a su lado, que se separó para colocarse en la guardia de la princesa Sapientia. Henry la examinó minuciosamente cuando se arrodilló. Tuvo el cuidado de mantener a Wolfhere entre Hugh y ella. La nobleza rodeaba el trono del rey, repartida como alas arqueadas desde el asiento: Sapientia,

Villam, Judith, la hermana Rosvita y otros, desconocidos ante su mirada mareada. La multitud impaciente se movía como un nido de avispas barrido por una ráfaga de humo.

No vio a Sanglant.

Temblorosa, se puso el anillo de Alain en un dedo.

—Así que esta es el Águila que ha causado tanto revuelo en mi corte. Os llamáis Liathano, nombre arethousano. —Henry tenía una correa en una mano, con tachuelas con accesorios de latón y jugaba con ella mientras la examinaba—. ¿Qué voy a hacer con vos?

—Os ruego, majestad —dijo Hugh—. Esta mujer es mi esclava. Ella pasó a mí porque su padre al morir dejó deudas, que yo cubrí. Como única heredera, heredó la deuda sin poder pagarla...

—¡Podía haberla pagado si no me hubieras robado los libros de mi padre...!

—Silencio —intervino el rey sin levantar la voz—. Continúad, padre Hugh.

Se apretó las manos sin poder hacer nada más.

Hugh inclinó la cabeza como señal de deferencia.

—Como única heredera, heredó la deuda, que no podía pagar, y como yo la pagué, ella pasó legalmente a mi cuidado. Sabía muy bien que una joven sola, sin familia que la cuide estaría en peligro, sobre todo en el norte. Hice lo que pude para mantenerla a salvo.

—¿De qué libros habla? —preguntó Henry.

Hugh se encogió de hombros.

—Todos agradecen el derecho de la Iglesia a confiscar libros que puedan resultar peligrosos. —De forma imprevista buscó la aprobación de una presente—. ¿No es así, hermana Rosvita? Así se estableció por primera vez en el Concilio de Orialle, ¿verdad?

La clérigo asintió con la cabeza, pero con el ceño fruncido.

—La Iglesia ha mantenido este derecho en sus manos.

—Y en virtud de mi capacidad como padre ordenado, siervo de Dios, consideré que era peligroso que los no formados usaran esas obras. Actúe como consideré debido. En cualquier caso, aún no tengo claro que los libros pertenecieran por derecho al padre.

—¡Eso es mentira...!

—No os he dado permiso para hablar —dijo Henry sin mirarla—. Pero la acusación de robo es seria, padre Hugh.

Hugh suspiró, con el ceño algo fruncido y triste.

—En efecto, es una grave acusación, majestad. Pero queda otra acusación igual de importante: yo pagué el precio de la deuda de su padre y, en consecuencia, su esclavitud, ilegalmente. He jurado entregarme a la Iglesia. Es una calumnia sugerir que yo obré injusta o deshonestamente en esa operación. —Durante un instante, Liath sintió verdadera rabia en sus palabras, como si le doliera el honor por una falsa

acusación. Él no la miró. Ella apartó los ojos de él rápido y, súbitamente, se dio cuenta de cuánta gente observaba cómo ella lo observaba a él. ¿Qué había mostrado su rostro? Seguro que más que el de Hugh, que continuó—: Respecto a los libros, ¿a quién esperaba venderlos? ¿Ya qué precio? ¿Al dueño de una propiedad para que los quemara en la hoguera para obtener calor durante el invierno? Debo señalar que, tras la venta de las pertenencias que les quedaban, su padre todavía dejó deudas por un total de dos nomias...

Los presentes susurraron. La gente señalaba. Se oían murmullos.

—¡Dos nomias! ¡Por una esclava! ¡Eso es lo que vale un buen semental!

Por un lado Liath alcanzó a ver cómo el conde Lavastine se colocaba entre el grupo de nobles.

—Hay que reconocer, majestad —continuó Hugh con suavidad—, que ella no podía haber cubierto la deuda, con libros o sin ellos. Da igual lo que ella piense, o desee pensar. La mantuve a salvo, la vestí, la alimenté y le di alojamiento. Y así se me pagó: Su Águila, Wolfhere, me la robó sin mi consentimiento... y, evidentemente, sin el vuestro.

—¡Se lo ruego, majestad! —soltó de repente Wolfhere—. ¿Puedo intervenir?

El rey lo pensó durante un rato. Al final, levantó la mano en señal de consentimiento.

Wolfhere habló resueltamente.

—Liath vino conmigo libremente. Yo pagué toda la deuda de la que se había encargado el padre Hugh: dos nomias. El mariscal Liudolf del Descanso del Corazón fue testigo de la transacción, que se rubricó con vuestro sello, el sello de las Águilas que vos otorgáis a todos los que servimos a la corona de Wendar y Varre. Todos saben que vuestros sirvientes tienen derecho a tomar lo que necesiten cuando lo necesiten. En aquellos difíciles momentos, yo necesitaba más Águilas. Liath y Hanna me sirvieron bien y, de hecho, perdí dos Águilas en Gent, una de ellas era mi propia discípula. No compré la libertad de Liath por una trivialidad, sino por necesidad, majestad, ella le ha servido bien. Os ruego que tengáis en cuenta su servicio.

—Pero se la llevó sin mi consentimiento —dijo Hugh en un tono tranquilo—. Yo no acepté las nomias que me ofreció. No estuve de acuerdo con la transacción.

Henry se removió en el asiento.

—¿Me envidiáis un regalo tan insignificante como esta muchacha?

—En absoluto, majestad —respondió sin perder la compostura. Le brillaba el pelo rubio como el oro a la luz del sol, como él—. Pero no me agrada ver tanta deshonra en vuestras Águilas, ya que ¿no es cierto que han de ser hombres o mujeres libres quienes cabalguen a su servicio?

—Hombres y mujeres nacidos libres —intervino rápido Wolfhere—. No era culpa de Liath que su padre dejara deudas al morir. Ella nació libre.

—¿Cómo sabemos eso? —preguntó Hugh.

—¡Lo juro por los Sagrados Versos! —gritó Liath con dureza—. Tanto mi madre

como mi padre nacieron libres...

—Silencio —dijo el rey con suavidad. Ella se estremeció y se maldijo. ¿Nunca podía estarse callada? Así no iba a ganarse el favor del rey, quien miró a Hugh y a Wolfhere con el ceño fruncido, aunque ella no pudo imaginarse lo que pensaba. Al final, él le hizo un gesto a la hermana Rosvita—. Me gustaría que intervinierais, hermana.

—Solo para esto, majestad. Os aconsejo que enviéis a esta muchacha al convento de Santa Valeria.

El rey se sorprendió.

—Empiezo a creer que esto es más complicado de lo que parece. ¡Santa Valeria! ¿Por qué debería enviarla a Santa Valeria? ¿Para ver por qué Theopanu se demora tanto allí?

—Es una buena y suficiente razón, majestad. Una que servirá a las intenciones.

—Habláis en clave, mi buena consejera. ¿Hay algo más que deseáis decir?

Rosvita titubeó. El corazón de Liath latía con tanta fuerza que pensó que todos los que la rodeaban podrían oírlo. Rosvita sabía lo que estaba escrito en El libro de los secretos. Su testimonio podría por sí solo condenarla.

—No, majestad —dijo al final, aunque de mala gana—. No me gustaría añadir nada más en esta asamblea.

Los susurros se abrieron por la multitud como un tejido mal tejido. Hugh entrecerró los ojos para mirar a la clérigo y luego se retiró, con la cabeza baja en señal de modestia. Lo hacía muy bien: nunca tenía un cabello fuera de lugar, nunca sonreía en exceso, ni fruncía el ceño en un momento inoportuno.

Henry se rio, pero más por exasperación que por buen humor. Hizo un gesto comunicativo.

—¿Alguien más desea intervenir? —preguntó.

Silencio. Nadie era tan insensato, o valiente, como para hablar ante semejante silencio.

Hasta que el conde Lavastine dio un paso adelante, sin perder la calma, aunque al instante se convirtió en el centro de atención.

—Veo que este Águila ha causado gran alboroto en vuestro séquito, majestad, pero a mí me prestó un gran servicio. Si deseáis liberaros de ella, yo la incluiré en mi comitiva.

—¿Realmente lo haríais? —El rey arqueó una ceja, por curiosidad y no del todo entusiasmado—. Demasiados muestran interés por una simple Águila —musitó. Su tono la ponía nerviosa y, como si su miedo lo atrajera, Henry la miró como un rayo abrasador, brillante y aplastante—. ¿Tenéis vos algo que añadir, Águila?

Lo soltó sin pensar.

—¿Dónde está Sanglant?

—Sanglant no se encuentra aquí, porque así lo he ordenado.

No había nada más que decir, ni súplicas, ni exhortaciones. Inclino la cabeza en

señal de sumisión. ¿Qué más podía hacer?

—Wolfhere sale hoy hacia el sur de Aosta. Me habéis ofrecido un buen servicio, Liathano.

Le producía escalofríos escuchar su nombre pronunciado con tanta firmeza en un tono barítono.

«Guárdate de llamar la atención ante quienes pueden firmar tu sentencia de muerte. Si no saben que existes, te ignorarán», hubiera dicho papá.

Pero el rey sabía que ella existía. Sabía su nombre y los nombres son poder. Esperó y, mientras, jugueteaba con el anillo de Alain y rezaba para que la protegiera milagrosamente. ¿Qué más podía hacer?

—Me habéis ofrecido un buen servicio —repitió—, así que os doy a elegir: seguir como Águila y continuar sirviéndome fielmente, como habéis hecho hasta ahora. Si esta es vuestra opción, saldréis con vuestro compañero Wolfhere esta mañana. Renunciad a vuestro juramento como Águila, si así lo deseáis, y haré que volváis con el padre Hugh, tal y como él ha solicitado. Este es el deseo del rey. Que nadie refute mi decisión.

Dijo estas palabras con dureza y en cuanto las pronunció, ella habría jurado que estaban dirigidas a su hijo ausente. Dentro de ella surgió un brote de rebelión. ¿Con qué habría amenazado el rey a Sanglant para obligarlo a alejarse?

Mientras el silencio aumentaba, a la espera de su respuesta, escuchó la respiración irregular de Hugh. También oyó susurros y la alegría de los perros en la distancia. Un caballo relinchó. Un pastor gritó en un cercado bajo tan débilmente que la rozadura de su rodilla contra el suelo hacía más ruido.

—Cabalgaré con Wolfhere, majestad. —Cada palabra se le clavaba como un puñal en el corazón.

Hugh se movió. Ella sabía que exhumaba furia, pero nada de su rabia asomaba por su hermoso y fino rostro. ¡Ay, Señora! Por fin, se había liberado de él, aunque lo único que sentía en el pecho era un vacío frío.

—Tomad de mi tesoro lo que deseéis como recompensa, padre Hugh —continuó Henry—. Habéis cumplido bien con mi hija y con mi reino y agradezco vuestro consejo.

—Majestad. —Hugh se levantó con gracia y, mientras retrocedía, hizo una reverencia como sumisión ante el decreto del rey—. «En su tiempo, la rectitud habrá de florecer, y la prosperidad abundará hasta que la luna desaparezca».

—Podéis iros —dijo el rey a los dos Águilas con el tono de alguien que ha perdido la paciencia.

—Vamos, Liath —murmuró Wolfhere—, nos hemos quedado más de lo debido. —Aunque no parecía descontento.

Ella no era nada: una vasija seca y vacía. Todas sus esperanzas habían desaparecido por nada, pero papá no había criado a una tonta. Insistió en que se detuvieran en los establos del conde y allí tomó posesión de su buen caballo, de su

silla de montar y de su brida, de las cuerdas y de las alforjas, de un carcaj con sus flechas y del cinto de cuero hermosamente labrado por el renombrado maestro Hosel, fuera quien fuera. Wolfhere estaba asombrado ante tanta generosidad, pero no hizo objeción alguna. Estaba demasiado impaciente por irse.

Ella lloró en silencio cuando cruzaron las murallas de Werlida y encaminaron a los caballos hacia la calzada sur, aunque no se atrevió a mirar atrás.

CAPÍTULO 4



ESENCIA DE SANGRE

A través de abedules y de piceas corre consciente de que otro lo persigue: el Segundo Hijo de la Sexta Camada, el menor de sus enemigos porque, de todos los hermanos, él es el primero en acecharlo. Los demás lo valoran tan poco que lo dejarán para el final. Aunque él lo ha planeado todo cuidadosamente: la primera, y mínima, de las trampas será lo suficiente buena para deshacerse del menor de sus oponentes.

Bajo sus pies destroza abundantes helechos. Juncias y zarzas aparecen cuando brinca por una ladera. Oye los ruidos de su perseguido, que está cansado de correr y solo desea acorralar a su presa y luchar hasta la muerte. Que gane el más fuerte.

Por delante, una roca pintada con líquenes surge de la maleza: su indicador. Más allá espera un denso grupo de árboles. Casi puede sentir el aliento del Segundo Hijo en su espalda, sentir el golpe de una mano que trata de arañarle y de arrancar los delicados eslabones de su cinturón dorado, mientras el Segundo Hijo arremete contra él, y falla.

Demasiado tarde. Atraviesa entre los árboles hacia un claro rodeado por gran densidad de helechos en crecimiento y que ofrecen sombra. Viejos piques le hacen avanzar con brío, mientras salta, se enrolla y rueda por el aire y por el suelo seguro justo cuando el Segundo Hijo se equivoca en el claro y brama triunfo...

... Y el suelo se estremece a sus pies y las cuerdas se deslizan alrededor, arrastradas hacia los árboles por diez esclavos escondidos entre las ramas. La trampa se cierra, una red tejida con anzuelos, y el Segundo Hijo cae en ella. Se retuerce, brama furioso.

Mientras lucha por liberarse de la red, los anzuelos atados a la cuerda se clavan en su piel cada vez que se retuerce. Cada púa se agarra a las escamas perfectamente talladas que le protegen la piel. Cuanto más lucha, más se atrapa, arrastra y rasga, pero no es el dolor lo que hace que el Segundo Hijo brame, sino el saber que ha sido vencido.

Se debate en vano, libera una zarpa y comienza a rasgar la cuerda, tejida con kelp, lino y tiras de cortezas y cabello bendecido por el diácono de los Suaves. Sin embargo, se le clavan más anzuelos en el brazo. Cada vez que se hunde uno, se clava con fuerza y él ha de arrancarse piel para volver a empezar.

Por un instante, el Quinto Hijo se permite observar las sacudidas de la red en el aire. A través de las ramas ve a sus esclavos hacer mucha fuerza para mantenerla

tensa mientras la red se retuerce alrededor del Segundo Hijo. Luchar en una red tejida con cuerdas cosidas con anzuelos es como luchar contra el destino: la resistencia solo hunde más las púas.

Da un paso hacia delante en el suelo revuelto y desordenado por el repentino levantamiento de la red. El Segundo Hijo le suelta maldiciones pero no tiene el poder para hacer que esas palabras le golpeen. Está indefenso y, dentro de unos momentos, morirá. El Quinto Hijo se acerca y desenfunda sus garras.



Alain pestañeó, mareado, y repentinamente se despertó de una cabezada incómodo. Oyó a los clérigos cantar el servicio de Nonas, pero la música sonaba en sus oídos como un canto fúnebre en honor de los muertos olvidados; le rasgó el alma el recuerdo tan vivido de Lackling alimentando con alegría a los gorriones, que sintió que el corazón se le iba a partir en dos por el dolor. La luz de la tarde salpicaba la cámara. Pasión todavía yacía en sus brazos. Alain se movió para retirarla de encima de sus piernas, solo para lastimarse, aplastado por su peso. Era como una roca.

—Hijo —Lavastine estaba de pie junto a la ventana y en ese momento se apuró para pasar un dedo por la mejilla de Alain—, no cargues su peso. No quería molestarte. Ha descansado muy tranquila, porque tú estabas a su lado. Allí, sabes. Casi se ha ido.

Pasión gimoteaba sin hacer mucho ruido, pero mientras le acariciaba la cabeza, podía percibir cómo su respiración se hacía más superficial.

—¿Dónde está Tallia? —susurró.

—Cuando te quedaste dormido, se llevó a su séquito y se fue a orar a la capilla. Es mejor así. Dios será misericordioso. —Solo cierta estridencia de su voz demostraba su dolor. Su expresión era tan suave como el pelaje de Pasión. Se sentó en la cama, pasó los dedos por el hocico mientras ella se ponía rígida por completo y, al final, dejaba de respirar.

Los demás perros, que habían permanecido en silencio en vigilia a lo largo del día, comenzaron a aullar. Daba la sensación de que sus cuerpos emitían un olor a almizcle, como el pesado olor del luto. Desde todos los espacios de palacio, todos los demás perros y sabuesos se unieron a ellos hasta que los lamentos se convirtieron en una cacofonía.

Lavastine se sentó en la cama con la cabeza inclinada y la mejilla apoyada sobre las manos cruzadas. Con cierta dificultad, Alain se liberó del peso de Pasión y, con hormigueo en las piernas, hizo una mueca al arrodillarse a su lado. Le salieron las lágrimas. No podía soportar separar la mano de su fría cabeza. Las orejas temían la misma rigidez que tendría una placa de metal moldeada con la misma forma. Los

sirvientes se mantenían apartados, conscientes del inestable temperamento de los demás perros, que podían empezar a atacar sin previo aviso.

Lavastine acabó por moverse y apoyó una mano sobre el cabello de Alain.

—Silencio, hijo. No hay nada que puedas hacer por él ahora.

Pesar ladró y los demás aullaron cuando los sirvientes se hicieron a un lado para dejar paso a una alta figura.

—Alteza. —Lavastine se puso en pie.

Pánico dio dos pasos firmes hacia delante y gruñó al príncipe mientras este entraba en la cámara e, inmediatamente, todos los perros se adelantaron de forma protectora. Los sirvientes se apartaron en seguida del radio de alcance. El príncipe levantó una mano enguantada como si fuera un arma y, aparentemente sin pensar, les devolvió el gruñido a los perros desde lo más profundo de su garganta; era un sonido ronco tan amenazante como el de los perros.

El príncipe y los perros se pusieron frente a frente, sin amenazarse, sin atacarse. Entonces, aún con los pelos erizados, Pánico dio un cauteloso paso a un lado como señal para los demás de que aquel enemigo merecía respeto, e incluso su amistad. El príncipe miró de repente alrededor para comprobar sus posiciones y se arrodilló junto a Pasión. Con cada movimiento del cuerpo de Sanglant, con cada simple postura, Alain podía ver que respondería con un golpe a cualquier movimiento agresivo, pero los perros mantenían la compostura, a excepción de un pequeño aullido que se le escapaba a Rabia de vez en cuando.

Alain se secó la nariz e intentó saludar, pero no conseguía que las palabras atravesaran el nudo de dolor que le atascaba la garganta.

—Oí lo sucedido —dijo el príncipe— y presté mi ayuda a los cazadores para batir los arbustos de los acantilados y la orilla del río, pero no encontramos nada. La víbora debe haber regresado a su guarida. —Volvió a mirar a los perros, pendiente del más mínimo movimiento. Rabia volvió a aullar, con las piernas en tensión, pero no atacó: sabía reconocer un buen contrincante cuando lo tenía delante—. ¿Puedo examinar la herida?

—Os lo agradezco —dijo Lavastine.

Alain dio la vuelta a la pata delantera derecha de Pasión para ver la garra... y por un momento no pudo, hasta que la agarró y suspiró. Casi pesaba demasiado como para ser movida.

—Extraño —dijo Sanglant mientras examinaba la garra—. Es como si se convirtiera en una piedra. —Se dobló para olisquear el cuerpo igual que haría un perro.

Detrás, al ver lo que hacía, los sirvientes susurraron. De repente, Sanglant se puso de pie, con las manos cerradas a los lados, como si los hubiera oído. Gozo ladró para avisar. Fuera amainaron los aullidos y gruñidos.

—Huele como los eika. —Sacudió la cabeza como un perro al salir del agua. Siguió el trazo de la curva de su oreja y la veta de su nariz, seca y fría como una

piedra—. ¿Estáis seguros de que fue una víbora lo que le mordió?

—¿Qué otra cosa pudo haber sido si no? —preguntó Lavastine—. Estaba en el umbral, ahí... —señaló hacia la puerta de la cámara.

—¿Visteis algo? —El príncipe miró hacia Alain. Tenía unos sorprendentes ojos verdes y una expresión tan cautelosa como la de una pantera enjaulada que, con espacio para salir en libertad, sospecha de un arma oculta preparada para golpearla al huir.

—No estaba aquí... —Alain sintió que enrojecía.

—Claro que no —dijo el príncipe, cortante—. Os ruego que me disculpéis. —Se dirigió a la ventana, miró hacia fuera como si buscara a alguien y se dio la vuelta de repente—. Entre los eika vi una criatura muerta, pero que aun así fue reanimada por la magia de Corazón Sangriento. —Cuando mencionó el nombre de su captor, se estremeció por dentro. Tocó el collar de hierro que le rodeaba el cuello, al darse cuenta de que lo había tocado, retiró la mano para llevársela al cinto. Sus hermosos y marcados pómulos enrojecieron y una mancha pálida recorrió su cuerpo moreno.

Lavastine esperó. Jugaba con la correa de Pasión, hacía y deshacía nudos sin mirar hacia las manos.

Sanglant al final negó con la cabeza impacientemente.

—No, es imposible que esa cosa haya sobrevivido a la muerte de Corazón Sangriento, o que pudiera seguirnos tan lejos, cuando solo se mueve con la luz del sol y hemos viajado a caballo velozmente y no es mayor que una rata.

—Alteza, no tengo muy claro de qué me estáis hablando. —Lavastine hizo un gesto a los sirvientes, quienes, todos a la vez, se retiraron para dejar al conde, a su heredero, y al salvaje príncipe a solas con los perros vivos y el compañero muerto.

Sanglant dijo entre dientes.

—La Señora me protege —susurró como si luchara contra un demonio interior—. Lo único que sé es que fue una maldición. —Medía sus palabras despacio, como si no las controlara mucho, como un jinete nervioso al que le han dado una montura sin probar—. Una maldición que Corazón Sangriento dispuso para protegerse a sí mismo contra cualquier hombre o eika que quisiera matarlo. Vuestra gente y vos, acompañadme, conde Lavastine. Tengo ciertas... habilidades. Con la ayuda de vuestros perros, si hay algo que acecha este lugar, lo podremos atrapar. —Hizo una pausa, colocó una mano sobre la fría garra de Pasión y cerró los ojos mientras pensaba.

De repente, se puso en marcha con tanta violencia que los perros comenzaron a ladrar como locos.

—¡Silencio! —dijo Lavastine para parar el ruido y ellos se calmaron.

—En absoluto sois vos —dijo el príncipe—. Es por verla a ella, la que lo mató.

Así de rápido, sin previo aviso y sin ninguna despedida formal, salió por la puerta y desapareció de su vista. Oyeron que los sirvientes se apartaban del camino del príncipe mientras recorría el pasillo con grandes zancadas y luego muchos murmullos

y hojas que caen al suelo tras el paso de un vendaval.

Lavastine se sentó durante un buen rato en silencio. Su rostro mostraba tanta severidad que los sirvientes, al verlo, se retiraron todos juntos.

—Una maldición —acabó por farfullar. Bajó la mirada a la correa enredada y suspiró, mientras a Alain le caía una lágrima de los ojos. Pobre y buena Pasión. Parecía imposible que no estuviera ladrando de alegría para que la dejaran salir a correr.

Entonces levantó una mano y se llevó un dedo a los labios como hacía cuando quería que Alain escuchara atentamente.

—El príncipe Sanglant está en deuda conmigo por haberlo rescatado. Cuentas con su favor y Henry lo favorece a él, lo que no resulta sorprendente. La princesa Sapientia es valiente, pero también impulsiva e inestable. No he visto a la princesa Theophanu, pero se dice de ella que es de corazón frío. Para pesar de Henry, Sanglant solo es medio humano y, además, bastardo. Observa y escucha con cuidado mientras cabalgamos con el séquito del rey. Creo que el rey desea nombrar heredero a Sanglant...

—Pero el príncipe Sanglant fue concebido y nació para que Henry tuviera derecho a reinar por fertilidad. ¡No para gobernar tras él!

—Henry debe legitimarlo, pero él no puede hacerlo, como él, y yo, te legitimamos a ti. Los príncipes del reino no se harán a un lado para ver cómo un bastardo medio humano llega a monarca, sin que les importe cuan respetado sea como líder guerrero. No, por el momento a veces apenas se comporta mejor que un perro. —Empujó suavemente el cadáver de Pasión con el zapato, pareció sorprendido y frotó la puntera. Con el ceño fruncido, tocó las orejas del perro y con la misma mano se limpió las lágrimas antes de volverse hacia su hijo—. Por eso el príncipe trata de introducirme en su círculo, demostrándome un favor tan evidente. Debe cultivar aliados poderosos y debe casarse bien.

—Con alguien como Tallia. —El calor invadió la piel de Alain y eliminó las lágrimas.

—Sí. Ahora que estás casado con Tallia, nadie recordará que en otro tiempo fuiste bastardo. Creo que Henry enviará al príncipe Sanglant a Aosta. Eso haría yo en su lugar y Henry es un rey fuerte y astuto. —Silbó a los perros para ponerlos en orden—. Vamos, dejemos que la pobre Pasión descanse en paz.

Hicieron una procesión solemne: el conde, su heredero, los sirvientes y los seis perros negros. Hicieron falta seis hombres para llevar el cadáver a un lecho, cuyas ramas entretejidas tuvieron que reforzarse dos veces para que pudiera soportar el peso de un perro muerto.

Los sirvientes habían ido antes a cavar una tumba en el exterior de las murallas. Los petirrojos que cazaban gusanos en los túmulos de tierra recién removida se alejaron cuando la procesión fúnebre llegó junto al hoyo abierto. Los hombres que cargaban el lecho lo colocaron al borde de la tumba y levantaron con esfuerzo un lado

para que el cuerpo rodara. El cadáver no se movió hasta que levantaron el lecho casi perpendicularmente con tensión en el rostro y las espaldas sudando. Entonces el cuerpo cayó. Golpeó la tierra con un ruido sordo evidente.

Alain se estremeció. ¡Ay, Señora! ¡Qué extraña muerte le había sobrevenido! Los perros resoplaron en torno a la tierra revuelta, parecía como si no reconociesen los restos que yacían en la tierra como los de su hermano o primo, que ya no olían como del grupo.

Se abrió un espacio en el montículo de tierra que los sirvientes comenzaban a crear sobre la tumba. Caía tierra que la cubría como si el dolor se pudiera enterrar con el cadáver de alguien amado. El golpeteo sonaba como el granizo. En algún lugar, en la distancia, oía el galope de un caballo por la calzada hacia el sur. Olía el perfume de la tierra, de las raíces, y unas cosas que avanzan despacio se entrelazaron. Un gusano se movió ante la implacable mirada del sol, en el lugar en el que la tumba abierta lo había sacado a la luz y deslizado por un montón de tierra húmeda.

La fragancia lo envolvió e hizo que la cabeza la diera vueltas...



Huele a sangre y se acerca con cuidado a la caída de rocas. El Décimo Hijo de la Cuarta Camada se abre ante la muerte, con las extremidades dobladas formando difíciles ángulos, con la garganta rasgada limpiamente y un brazo arrancado. Los guijarros lo salpicaban todo, dejaban marcas en el suelo, el musgo estaba hecho pedacitos por todo el suelo lleno de sangre, también podían ser signos de registros con su efímera escritura del desarrollo y final del duelo. El próximo verano, después de que el invierno limpie la tierra, nadie sabrá que en este ruedo uno peleó y el otro murió.

Agarra con fuerza un hombro de piel de cobre del cadáver y le da la vuelta para mostrar la nuca. El galón se rompe. Lo toca ahora anudado a su brazo derecho. Después de arrancárselo al Segundo Hijo, se lo amarró al brazo como trofeo y como prueba, como uno de los otros hermanos que ahora lleva el galón cortado al Décimo Hijo de modo similar. ¿Dónde se encuentra ese hermano en este momento?

Oye una pisada y el viento cambia y le trae el susurro de un cinto cuyos densos flancos se mueven con el aire mientras alguien se acerca a hurtadillas hacia él tras las rocas. Enseguida se echa a correr.

El hecho de que sea esbelto hace que sea veloz. El Cuarto Hijo de la Novena Camada brama tras él, pero su vasto contorno lo hace igual de lento que brutalmente fuerte. Este hermano podía desgarrarle una extremidad del cuerpo con un simple tirón, como hizo con el Décimo Hermano.

El Quinto Hijo calcula la distancia y acelera y, en una bifurcación radical, vira

hacia la derecha para correr hacia el río Entretejido, donde espera su segunda trampa.

—¡Ey!, ¡ey!, ¡ey! ¡Cobarde y pelele! —brama el Cuarto Hijo.

No le importa, pero sigue corriendo, aunque aminora la marcha y trota, al saber que el Cuarto Hijo no puede atraparlo ni siquiera con un estallido de velocidad. Solo necesita adelantarse lo suficiente como para liberarse de esa fuerza apabullante, pero estando cerca como para que el Cuarto Hijo siga persiguiéndolo y no se rinda para ir a cazar a alguno de los otros.

La arenilla del río se mueve bajo sus pies. Salta por la pasarela que cruza sobre las aguas rápidas en ese lugar donde se encauzan hacia el acantilado y el gran descenso de la cascada de la Caída del Agua. Los tablones se balancean peligrosamente a sus pies. Siente cómo chirrían las débiles cuerdas y casi puede oler los ramales deshilacharse más allá.

Entonces llega al otro lado y se vuelve justo cuando el Cuarto Hijo golpea los tablones con su pesado correr. El más mínimo corte con sus garras y acaba con las tornapuntas de la cuerda que ya están cortadas y deshilachadas en el límite.

El puente se cae bajo el considerable peso del Cuarto Hijo. Los tablones resbalan y caen los lugares donde asirse. Él cae en el agua helada, agua en la que no se iba a ahogar, pero aquí el paso es estrecho y la corriente es y fuerte, ya que se lanza sobre el acantilado y se derrama y hace remolinos y rocía hacia abajo.

Se lanza sobre la cascada de la Caída del Agua. Su cuerpo golpea contra las rocas, choca y da vueltas por la cara irregular del acantilado y al final se empapa en el fuerte estruendo de la base en la que la avalancha de agua martillea contra las aguas del fiordo y mana como vaho.

Él se hunde.

El Quinto Hijo espera encima de la cresta y escudriña las aguas.

¡Allí! Aparece una cabeza, una trenza blanca como el hierro, es como una serpiente sobre el agua. Unos brazos golpean con persistente decisión. Golpeado, sangrando y apaleado por la cascada, el Cuarto Hijo todavía vive.

Lo esperaba.

Pero no tiene que esperar mucho porque sabe lo que viene a continuación.

Allá fuera, donde las aguas del fiordo están en calma, el movimiento forma remolinos. El dorso de una superficie emerge y desaparece, veloz y silencioso mientras lo rodea. Allí, a la izquierda, otra ola se agita en la superficie del agua. Y otra.

El Cuarto Hijo se dirige a la orilla. No está muerto, por supuesto, pero no necesita estarlo. Solo necesita sangrar.

Las aguas se separan cuando una cola pasa rozando, da un coletazo y golpea de nuevo. Demasiado tarde el Cuarto Hijo se da cuenta del peligro. Las aguas se arremolinan con violencia a su alrededor. Se sacude, se hunde. Las húmedas escamas brillan, espaldas curvilíneas se vuelven, una cabeza espantosa se yergue, el agua mana por el cabello enredado que se enrosca y enrolla como un ser vivo. El Cuarto

Hijo emerge de las turbias aguas y se agarra a sus atacantes. Desde su puesto en lo alto del acantilado, el Quinto Hijo escucha un bramido triunfal cuando un miembro de la gente del mar da una sacudida y se hunde, mientras una cola negra borbotea en su estela. Las gentes del mar se acercan. El agua bulle. El Cuarto Hijo desaparece bajo el frío brillo de las aguas del fiordo. Como un molino que hace girar sus aspas, los remolinos ruedan, disminuyen las ondas y se suavizan.

Todo está en calma otra vez, excepto el aplastante rugir de las cascadas. La sangre tiñe el agua y se mezcla con el fluido oscuro arrancado del tritón.

Una espalda aparece en la superficie, pero se desliza con una grácil curva de vuelta a las profundidades y pone rumbo hacia la orilla. Espera. Un arrecife de rocas sobresale a un lado de la base de la cascada. De repente, las aguas se abren y la criatura se alza y muestra el rostro: unos ojos rojos rotundos brillan como hogueras avivadas; sin nariz, pero con una rendija oscura sobre una hinchazón parecida a un nódulo; y una boca sonriente con filas de dientes afilados y resplandecientes. Al alzarse, el cabello y las crines comienzan a contorsionarse desordenadamente y cada mechón tiene una boca que muerde como si unas anguilas se hubieran fijado a la cabeza y al cuello. Tiene brazos y hombros, manos con unas uñas muy afiladas y una espalda acaballonada que la luz convierte en un destello plateado. La gran cola, más larga que unas piernas, y bastante más poderosa, sale el agua y golpea una vez, con fuerza, con eco, contra una roca. No hace ningún otro sonido.

Lanza dos galones, uno cortado y el otro sangrado, contra el arrecife de roca. Las gentes del mar son seres tan salvajes como inteligentes, o eso ha pensado siempre. Pero conocen la competición y conocen las reglas. No se les debe subestimar. Un general ambicioso nunca cuenta con suficientes aliados.

Con una torsión difícil, arqueándose hacia atrás, el tritón abandona el arrecife y golpea el agua con fuerza. El agua salpicada se mezcla con el vaho de la cascada. Da un coletazo, como si saludara, desciende y desaparece.

Todo permanece en calma.

Baja los escalones esculpidos en la roca junto a la cascada. Aquí abajo, en la cueva escondida tras el agua, el sacerdote esconde su corazón en un arcón. Lo descubrió porque fue paciente. Esperó y observó y escuchó al sacerdote murmurar y cantar acerca de su corazón oculto. Y cuando, al final, una noche el sacerdote salió disparado del nido encubierto entre esas sombras para aprovechar el crepúsculo de la mitad del verano, el Quinto Hijo lo siguió.

Ahora tiene bajo control el corazón, y la obediencia, del sacerdote.

Se pregunta, por un momento, por la maldición de Corazón Sangriento. Según su propio testimonio, el sacerdote la apartó de sí mismo. ¿Pero hacia dónde? ¿Quién será maldecido por el veneno del odio y la avaricia frustrada de Corazón Sangriento?

El odio es el peor veneno de todos, porque ciega.

Llega al arrecife, hace una pausa para examinar las aguas, aunque permanecen inmaculadas, libres de cualquier rastro de la horrenda lucha que tuvo lugar no hace

mucho tiempo. El agua habla con una voz efímera, en constante cambio, mortal a causa de su fluidez infinita.

Sin embargo, incluso el agua erosiona las rocas con el tiempo, según dicen las Madres Sabias.

Por encima del constante rugir de la cascada, el sol hace que el agua brille hasta que parece una superficie pintada. ¿Es eso una onda en movimiento o un efecto de la luz?

Se arrodilla para coger los dos galones. Los ata con destreza alrededor de los antebrazos como brazaletes. Tres hermanos muertos. Toca su propio galón, como si fuera un talismán.

Solo quedan dos por ser asesinados...

... Pero serán los más astutos e inteligentes y fuertes de los hijos de Corazón Sangriento, aparte de él mismo, por supuesto. Para ellos, ha preparado la trampa más peligrosa de todas, una a la que ni él mismo sobreviviría.



Rabia saltó ante una mariposa, pero la brillante criatura voló y se perdió en el aire.

Alain permanecía solo junto a la tumba ya cubierta. Solo lo esperaban Rabia, Pesar y un único sirviente, a una distancia segura. Todos los demás se habían ido. Las rodillas casi le fallan y la cabeza le daba vueltas, al arrodillarse junto a la tierra fresca de la tumba. Cuando tocó el suelo, solo sintió la tierra. El espíritu de Pasión, y su cuerpo, habían desaparecido. Un atrevido petirrojo había regresado para cazar en esos campos ricos y en ese momento lo inspeccionaba a una distancia segura, con la cabeza ladeada.

—¿Señor? —El sirviente avanzó instintivamente.

Suspiró y se levantó. Todos seguirían adelante y dejarían a Pasión atrás.

—¿Dónde están los demás?

—El señor conde se ha ido para comenzar con los preparativos de la despedida. Los clérigos le han dicho que mañana es un día propicio para iniciar un largo viaje.

—La maldición —susurró Alain, al recordar su sueño—. Debo averiguar que sabe él.

—¿Disculpadme, Señor?

—Debo hablar con el príncipe Sanglant —silbó a los perros para que le siguieran y fue a buscar al príncipe.

En el patio había alboroto frente a la residencia del rey: dos jinetes hablaban con urgencia con el Águila favorita del rey, mientras un clérigo permanecía a un lado, escuchando con atención. La princesa Sapientia y un grupo de jinetes ataviados para un paseo placentero esperaban con impaciencia, pero como el padre Hugh se había

quedado a escuchar las noticias, ninguno se atrevía a partir. La gente reunida para enterarse de las nuevas se hizo a un lado con rapidez para que Alain y los perros pasaran. Pero en cuanto llegó junto al Águila, las puertas de la residencia del rey se abrieron y el rey Henry salió al resplandor del sol de la tarde. Vestido para cabalgar con una túnica con magníficos adornos, con una capa ligera hasta la rodilla, con un elaborado broche en el hombro derecho y unas suaves botas de cuero, agitó al caballo criado para él y se volvió hacia el auxiliar nervioso y pálido que se encontraba detrás de él.

—¿Qué queréis decir con sin ayudantes?

—Estaba de un humor horrible, majestad, después de ir a los establos y no estaba predispuesto a responder a nuestras preguntas. Y se llevó... los perros... con él y una montura de más.

—¿A nadie se le ocurrió ir tras él?

—Os lo ruego, Águila —interrumpió Alain, cuando los demás permanecían callados—. ¿Sabéis dónde puedo encontrar al príncipe Sanglant?

El Águila lo miró extrañado, pero inclinó la cabeza.

—Se fue solo, señor, con grandes prisas, como si lo embistiera la locura. — Parecía a punto de decir más, pero no lo hizo.

—Dos hombres cabalaron tras él, a una distancia prudencial —contestó el auxiliar que en ese momento ya había enrojecido ante la fuerza de la ira del rey.

El rey gruñó.

—La calzada del sur —dijo furioso—. Ahí es por donde lo encontraréis. No necesito que me lo diga ninguna patrulla. —Su mirada barrió el patio delantero, pasó por su hija y los nobles presentes hasta detenerse en su Águila favorita. A ella le hizo una seña—. Enviad una docena de jinetes para que lo sigan, pero con discreción, como decís. Será lo mejor.

El Águila se retiró con elegancia, pero con prisa, hacia los establos. La clérigo se llevó a los dos jinetes cubiertos de tierra mientras le preguntaban por el alojamiento disponible y Alain de repente se dio cuenta de que no eran jinetes del rey, sino un hombre y una mujer, cada uno con la insignia de un halcón. El padre Hugh tenía en el rostro una sonrisa amable; se volvió hacia la princesa Sapientia y le habló en voz baja mientras se alejaban.

Helmut Villam salió para situarse junto al rey, que se entretenía golpeando contra la palma de su mano la correa de un perro adornada con trozos de latón. Henry le hizo una seña a Alain.

—Así que, joven Alain, también buscáis a mi hijo.

—Así es, majestad. Lo vi esta mañana temprano. Estaba nervioso y dijo algo de una maldición, de una trampa colocada por Corazón Sangriento en contra de cualquiera que pretendiera matarlo.

—¡Corazón Sangriento! Pero si está muerto sin duda. —Pero repentinamente pareció esperanzado—. ¿Creéis que Sanglant puede haber cabalgado hacia el norte,

hacia Gent?

Cualquier hombre hubiera tratado de mejorar el humor del rey, pero Alain no veía ninguna ventaja en mentir.

—No, majestad. Creo que cabalgó tras el Águila, como usted dijo antes.

La expresión de Henry se nubló.

—Deberíais habérsela ofrecido como concubina —dijo Villam, con el tono de un hombre que ha visto acercarse la tormenta durante horas y está disgustado porque su compañero no quiere buscar refugio antes de que comiencen las lluvias.

—¡Lo hice! Pero no confío en Wolfhere. Ella es su discípula. Estoy seguro de que es una encerrona.

Villam gruñó.

—Quizá, pero Wolfhere parecía tener bastantes ansias de sacarla de la corte. En esta cuestión, no creo que vuestro deseo y el de él disten mucho.

—Puede ser —admitió el rey a regañadientes—. ¿Qué voy a hacer? Si hago a Sapientia margravina de Eastfall, entonces estará fuera de la competición, pero si no consigo que Sanglant colabore y vea lo acertado de casarse para conseguir el trono aostano, ¿qué voy a hacer con él?

—No desesperéis aún. Ya lo he dicho y lo repito: animadlo en su petición. Ningún lord, ni *lady* lo seguirá si él no... —vaciló.

—¡Decid lo que pensáis, Villam! Si vos no lo hacéis, ¿quién lo hará?

El suspiro de Villam expresó lo mismo que cien palabras.

—Es mitad perro. Los murmullos de la gente no impiden que sea cierto. Debe volver a ser un hombre y, como dice el filósofo, los jóvenes son los que más probabilidades tienen de enamorarse de alguien especialmente hermoso, para solo después, darse cuenta de que la belleza de un cuerpo es la misma en cualquier otro cuerpo.

Henry se rio.

—¿Cuánto habéis tardado en llegar a esa conclusión, mi buen amigo?

Villam se rio entre dientes.

—Aún no he finalizado el estudio. Deje que el joven haga el suyo. Después será más dócil. Ahora mismo es como un perro que ha olisqueado a una perra en celo... ahora está loco por ella y es incapaz de controlarse.

Alain se enrojeció con furia y el rey de repente sonrió al verlo.

—Iros, hijo —dijo cordialmente—. Vi a Tallia entrar en la capilla hace un rato. Allí la encontraréis.

Alain se despidió con educación y formalidad y se retiró. Las puertas de la capilla le invitaron a entrar. Dentro, encontraría a Tallia. Se sonrojaba aún más con solo pensar en ella.

Ella llegó al umbral de la puerta antes que él, acompañada por Lavastine, que sonrió al verlo. Tallia retrocedió ante Furia y Pesar, pero Alain la puso a su lado, apartada de los perros.

—¿Aguantaréis? —preguntó él, deseoso de hacerla feliz.

—No —apenas respondió. Parecía no encontrarse bien, bastante cansada y demacrada.

—Entonces nos sentaremos tranquilos juntos.

—Alain. —Lavastine señaló con la cabeza hacia el rey—. Ya he hecho saber mi intención de partir mañana. Ha pasado tiempo suficiente para regresar a Lavas.

Tallia tenía la expresión de un ciervo acorralado.

—Descansaremos esta noche —dijo Alain—. No tienes que asistir al banquete si no te sientes bien.

—Sí —murmuró tan débilmente que él apenas la escuchó.

Alain miró a Lavastine, que le dio un ligero gesto de aprobación antes de irse a dar instrucciones a los sirvientes sobre el embalaje. Ellos se retiraron a su cámara, donde ella rezó durante tanto rato que Alain, arrodillado a su lado físicamente, pero no en espíritu, se tuvo que levantar porque le dolían las rodillas. Él pidió que trajeran una bandeja de comida, pero aunque el sol ya se ponía y ella había ayunado todo el día, Tallia solo comió unas pocas gachas y dos mendrugos de pan. Él se sentía un glotón a su lado.

—¿Cómo será en Lavas? —preguntó ella con miedo—. Estaré a vuestra merced.

—¡Por supuesto que no estaréis a mi merced! —¿Cómo podía considerarlo de un modo tan poco halagador?—. Sois la hija del duque Berengar y de la duquesa Sabella. ¿Cómo podéis creer que yo o cualquiera nos podemos aprovechar de vos cuando habéis nacido en una familia real?

—Yo soy un león en el tablero de ajedrez del rey, un peón, nada más que eso —dijo con amargura—. Como vos, lo que pasa que no lo veis.

—¡No somos peones! Dios nos ha dado una voluntad libre.

—No me refiero a eso —dijo con tal suspiro que él pensó que le dolía—. Es del mundo de lo que deseo liberarme. Solo quiero dedicar mi vida a la Santa Madre, que es Dios, y comprometerme como una novia a Daisan el Bendito, y de esta forma vivir una vida de pureza de sagrados y buenos hechos como hizo santa Radegundis.

—Ella se casó y dio a luz a un hijo —respondió él con una rabia repentina, herido por sus palabras.

—Ella estaba embarazada cuando falleció el emperador Taillefer. Nadie sabe qué sucedió con el niño. Yo le pregunté a la hermana Rosvita y dice que la cuestión no se menciona en Vida. Si nuestra Santa Madre hubiera deseado la gloria terrenal y la fortuna de un hijo para santa Radegundis, le hubiera regado con esas riquezas, ya que con su poder es fácil conceder algo tan trivial. Ella tenía mejores planes para Radegundis, que se convirtió en un vehículo sagrado de su propósito.

—¡Un niño no desaparece con esa facilidad! —replicó Alain, que solo pensaba en lo que diría su tía Bel, que ya no era su tía, sobre la idea de los hijos y la prosperidad son trivialidades a los ojos del Señor y la Señora, por medio de los cuales surge todo lo pródigo.

Tallia se rio y, por un momento, pareció tan cruel que él se preguntó si realmente la conocía.

—¿Qué creéis que le sucedería a un niño recién nacido hijo de un emperador fallecido cuya última esposa no tiene familia que la proteja de los buitres que acechan alrededor del cadáver? Creo que Nuestra Señora fue misericordiosa y que el niño nació muerto.

—¡Eso no es misericordioso!

Ella inclinó la cabeza y se apartó de él para arrodillarse de nuevo junto a la cama con las manos cruzadas sobre la colcha hermosamente bordada, con la frente apoyada en las manos mientras susurraba una oración. Él les hizo una señal a los criados para que salieran.

—Tallia... —empezó él, cuando se quedaron solos.

Ella levantó los ojos, llenos de reproche.

—Tallia. —Pero los ojos de cervatillo, la esbelta torre de su cuello, los latidos reflejados en la piel... todo eso lo enardecía. Tuvo que dirigirse a la ventana y asomarse para que le diera un poco de aire fresco en la cara. Solo tenía que tener paciencia para conseguir convencerla.

Cuando se dio la vuelta, ella se había quedado dormida, desplomada sobre la cama. Tenía un aspecto tan frágil que no se atrevió a molestarla, aunque la introdujo con cuidado dentro de la cama. Parpadeó, pero no se despertó. Él quería acostarse a su lado, mantener ese contacto entre ellos, pero parecía algo obsceno, porque ella parecía muy agotada, sin fuerza alguna... era como si él tuviera sentimientos antinaturales hacia un cadáver. Se estremeció y se bajó de la cama.

Inquieto, paseó un rato más. Envió a un sirviente a preguntar por el príncipe Sanglant, pero el príncipe no había regresado a palacio, ni tampoco los que habían ido a buscarlo.

Mucho después, escuchó a los seis perros, encerrados en la cámara de Lavastine, dar la bienvenida al conde con gemidos y lloriqueos cuando volvía del banquete nocturno. Siguió escuchando, a la espera de una séptima voz familiar, pero nunca llegó: Pasión se había ido de verdad.

Con dos caballos, cambiando de uno a otro, pudo apurar bastante y parecía que los perros no se cansaban nunca. Solo se podía seguir una calzada para llegar al pueblo de Ferse, enclavada en una porción de tierra protegida por la confluencia de dos ríos. Allí preguntó a un barquero sobre dos Águilas que habían pasado poco antes ese mismo día. Habían seguido hacia el sur por el bosque, y no se separaron por el camino del este al oeste. Varios granjeros asustados que regresaban del campo hacia casa por el camino confirmaron que vieron pasar a los dos Águilas.

Las cuidadas franjas de campos cultivados se convirtieron en arboledas dispersas y pastos; luego el bosque se adueñó de todo, menos de la calzada. Bajo los árboles, la luz del final de aquella tarde de verano se convertía en una bruma de color desvaído. El viento soplaba a su favor. Los escuchó antes de verlos: dos jinetes y dos caballos de más.

Wolfhere se dio la vuelta primero para ver quién se aproximaba por detrás. Sanglant pudo oír al viejo Águila maldecir entre dientes, y sonrió con satisfacción. Luego se volvió Liath para mirar por encima del hombro. Frenó al caballo de repente, por lo que obligó a Wolfhere a detenerse también.

—Debemos seguir más esta noche si pretendemos dormir en el apeadero que se encuentra más adelante —avisó Wolfhere.

Liath no respondió, no lo necesita. Sanglant sabía cómo hablaba el cuerpo de una mujer, cómo su expresión traicionaba su deseo. Ella intentaba dominar la expresión para no revelar nada, pero se le había iluminado todo el rostro y una sonrisa dominaba su boca. Él supo entonces que solo tendría éxito si se comportaba como un hombre y no como un perro.

Wolfhere no tuvo pelos en la lengua.

—Esto es una locura, Liath. Debemos seguir.

—No. Voy a escuchar lo que Sanglant tenga que decir.

—Sabes lo que tengo que decir. —Sanglant se bajó del caballo, ató a los perros, se acercó a ella y se ofreció a llevar sus riendas, como haría un novio. Ella se las dio, pero no se bajó del caballo.

—No estás pensando detenidamente —continuó Wolfhere, furioso—. Y vas a perder la protección de los Águilas, que es lo que te salvó realmente de Hugh, primero en el Descanso del Corazón y luego esta misma mañana en la corte del rey.

Todo por un hombre que no tiene nada, ni tierras, ni armas, ni séquito, ni control sobre su propio destino porque su madre no le dejó herencia alguna...

—Excepto mi sangre —intervino Sanglant con suavidad y feliz de ver cómo Wolfhere lo miraba enfadado y luego apartaba la mirada.

—... Y vivirás a su merced. Sin la protección de los Águilas o de otra familia cualquiera, él es la única protección que tendrás frente aquellos como Hugh que tratan de esclavizarte. Y esa protección te la ofrecerá solo mientras te desee.

—El matrimonio es un sacramento sagrado —observó Sanglant— y no se deshace por un capricho.

—¿Matrimonio? —exclamó Wolfhere, y durante un instante que duró lo que un suspiro, Sanglant tuvo la satisfacción de verlo aterrado, aunque Wolfhere era demasiado mayor y astuto como para mantenerse así mucho rato. Se recompuso con la rapidez de un soldado que ha perdido el equilibrio en medio de la batalla: con una puñalada agresiva—. Ten cuidado, Liath. Contrariar al rey no es algo que se deba tomar a la ligera. No querrá reconocer el matrimonio. Él ya ha juzgado: que sirvas a sus Águilas o que vuelvas con Hugh. ¿La orden será diferente si vuelves para solicitar casarte con su hijo favorito? ¿O querrá librarse de ti? Si es así, ¿adónde huirás, sin una familia que te apoye? Tu madre te aguarda, Liath.

Sanglant reconoció el peligro al instante.

—¿Tu madre?

—Yo he renunciado a más que tú, Wolfhere —replicó Liath—. Si voy junto a mi madre, de todos modos tendré que dejar los Águilas. ¿Por qué no se iba a oponer Henry en ese caso? Solo porque no lo sabría, ¿y entonces me podría devolver a Hugh? ¿Me reuniré con mi madre con engaños? ¿Por qué he de confiar en ti?

—¿Por qué has de confiar en Sanglant? —preguntó Wolfhere.

Ella solo se rio y la risa hizo que el corazón de Sanglant saltará de alegría, aunque las palabras que siguieron eran de amargura y enojo.

—Porque es tan incapaz de mentir como esos perros. Incluso papá me mintió. Tú me mentiste, Wolfhere, y no sé si mi madre también lo hizo. Si ella hubiera hecho algún esfuerzo por encontrarnos, ¿él no estaría vivo?

La brisa trajo un ligero olor a humo de alguna hoguera distante que se desvaneció cuando Liath miró fijamente a Wolfhere hasta el punto de que logró que apartara la mirada, con una expresión tan dura como la del rey, cuando se permitía sucumbir a alguna de sus famosas cóleras. Algún tipo de fuego sobrenatural brilló en ella: se trataba de algo que podía oler más que ver, un aroma puro, extraño. Sanglant la sujetó de una muñeca y ella, asustada, lo miró y suspiró. Ese olor la quemaba, casi era una criatura viva con derechos propios. Parecía que la piel de Liath humeaba por la rabia.

Con humildad, Wolfhere poco añadió.

—Ella tiene que enseñarte, Liath. Ya sabes que necesitas aprender desesperadamente.

Ahí estaba el peligro. Vio cómo su sombra recorría el rostro de Liath, que

necesitaba algo que él no le podía dar y que Wolfhere podía utilizar para influir en ella. Pero Sanglant no tenía intención de volver a perderla.

—Allá donde necesites ir, te llevaré yo —dijo.

—¿Y si tu padre se opone? —preguntó Liath—. ¿Y si no te da caballos, ni armas, ni escoltas?

Se rio abiertamente.

—No sé. Qué me importa lo que pueda suceder... solo importa lo que pueda pasar ahora, esta noche.

—Criado y entrenado para la guerra —refunfuñó Wolfhere—, sin pensar más allá de la batalla en curso.

Ella se sonrojó claramente y apartó los ojos de ambos, pero él sabía en qué estaba pensando. Le resultó difícil no pensar en sí mismo. Le soltó la muñeca bruscamente. De repente le pareció que la tenía agarrada de forma muy parecida al collar de hierro de Corazón Sangriento, como una forma de forzarla a hacer lo que él quería en vez de dejar que eligiera.

—Es cierto que no tengo nada que ofrecerte a modo de propiedades o ingresos como parte de la dote. Es verdad que mi padre se opondrá. Pero quizá entre en razón cuando se le presente como un acuerdo con testigos, legal y vinculante. No soy el único hombre disponible para casarse con la princesa Adelheid. Dejemos que mi padre se oponga primero y luego ya veremos. ¡A lo mejor unos bandidos nos atacan y matan antes de regresar a Werlida para recibir la valoración del rey! Y tengo otros recursos.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Wolfhere, no sin sarcasmo.

—Wolfhere, ¿dónde se encuentra mi madre en este momento? —preguntó Liath, para interrumpir.

No dijo nada, tercamente.

—No me lo dirás —dijo ella con aspereza.

—En este momento no puedo hablar abiertamente.

—¿Por Sanglant? —Ella parecía estupefacta.

—No estás sola siempre —dijo Wolfhere enigmáticamente y, en respuesta, un búho apareció planeando. Se posó a descansar audazmente en una rama larga que sobresalía sobre la calzada unos pasos más allá del caballo de Wolfhere. ¿Sería el mismo búho que la condujo hacia la roca de fuego? De hecho, era igual de grande. Su repentina llegada hizo que los perros aullaran hasta que la criatura despegó sin ruido y desapareció en medio del oscuro bosque. Los árboles y la maleza se volvieron gris azulados a medida que el final de la tarde de verano daba paso a la noche.

Cuando Wolfhere volvió a intervenir, lo hizo con una rabia sorprendente y con una intensidad feroz.

—Debes aceptar, Liath, que estamos atrapados entre corrientes más grandes de lo que puedas comprender... y hasta que no sepas más, debo ser cauto.

—¿Por qué te odia el rey Henry? —preguntó ella. Él se traicionó a sí mismo al

mirar a Sanglant, lo que hizo que ella también lo mirara—. ¿Tú lo sabes? —preguntó asombrada.

—Claro que lo sé. —Hacía mucho tiempo que la vieja historia suponía para él algo más que una ligera diversión—. Intentó ahogarme cuando yo era niño.

—¿Es verdad eso? —le preguntó a Wolfhere.

Apenas asintió con la cabeza. Ya no podía disimular la rabia, el enfado de un hombre cuyos tranquilos planes pocas veces se ven frustrados.

—Desgraciadamente no tuvo éxito —añadió Sanglant, al que empezaba a divertir realmente el hosco silencio de Wolfhere—. De haberlo tenido, yo no hubiera tenido que sufrir sus muchos intentos de convencerme de que formo parte de una horrible conspiración orquestada por mi madre y su familia. «¿Quién sabe lo que pasará cuando la corona de estrellas presida los cielos?». Ojalá lo hubiera sabido, porque tal vez así mi madre no me hubiera abandonado como a un hijo no deseado. Por lo menos, mi padre se ocupó de mí.

—¿Y seguirá haciéndolo, alteza, si regresáis con una novia que no haya elegido él? —preguntó Wolfhere con dureza.

A pesar de todo, en ese momento Sanglant sonreía con seguridad y su voz era firme.

—Tengo otros recursos, porque me he labrado una reputación como guerrero. En este mundo hay muchos príncipes a los que les gustaría tenerme luchando a su lado, incluso aunque se arriesgaran a contrariar al rey. Ya no soy un Dragón o un peón con el que jugar en vuestras partidas de ajedrez, ni en las de mi padre. He abandonado el tablero y ahora me abriré camino con su bendición... o sin ella. Lo juro.

Wolfhere no contestó. Ni tampoco lo hizo Liath o, por lo menos, no con palabras. Por el contrario, se desabrochó la capa de Águila y la enrolló. Luego se quitó la insignia de Águila y la sujetó a la capa.

—Lo siento —dijo ella, manteniéndolos en vilo—, pero hace días que tomé esta decisión y en condiciones bastante más extrañas que estas. Mi madre ahora sabe dónde encontrarme.

—¡Esto no puede ser! ¡No puedes irte con él!

—¿Porque tú no lo harías? —preguntó ella—. ¡Me niego a atarme al destino que otros me han impuesto!

—¡Liath! —Sin embargo, él no se acercó para coger la capa y la insignia—. Si te vas con él, no tendrás ningún apoyo...

—¿Crees que he conocido otra vida? Papá y yo nos las arreglábamos.

—Durante un tiempo. —¿Esta respuesta pretendía ser un mal presagio o solo era una muestra de frustración? Parecía preocuparse realmente por el destino de Liath—. Reflexiona sobre esto, entonces. No solo debo llevarme la capa y la insignia, sino también el caballo. Se puso a disposición de un Águila, no de la concubina de Sanglant.

Ella sonrió triunfalmente.

—Entonces, coge también mi caballo. —Se bajó de su montura, ató la capa a la silla y quitó el petate—. Esto también es mío. Fue un regalo de la señora Birta. —Le cogió las riendas a Sanglant y se las ofreció a Wolfhere, que sin embargo, no se movió.

—¿Y la espada y el arco? —preguntó también.

No le cambió la expresión. La velocidad con la que había tomado la decisión y la rudeza con la que la ejecutaba sorprendieron a Sanglant, que se sintió un poco preocupado. Ella empezó a desabrocharse el cinturón para quitarse la funda y así la espada.

—No —dijo rápido Wolfhere—. No te puedo dejar sin defensas. Si no te he convencido para que vinieras conmigo, que la culpa sea mía. Puedes cambiar de idea. —En ese momento él cogió las riendas, pero con la mirada fija en el rostro de Liath, como si intentara escrutar su corazón—. Aún puedes cambiar de idea... —en ese punto hizo un ligero gesto de dolor, como si tuviera una espina en el pie—... hasta y a menos que te quedes embarazada de él. ¡Ay, Dios! ¿Por qué no confiarás en mí? Hay cosas maravillosas que podrías saber...

—¡Entonces dime de qué se trata!

Él miró hacia el árbol en el que se había posado el búho.

—Aquí —dijo Sanglant en un intento bastante difícil de hablar con calma, porque en realidad deseaba gritar de satisfacción—, tengo dos caballos. El castaño es más manejable.

—No, solo déjame apretar la cincha de Resuelto. Llevaré este.

Dejaron a Wolfhere en el camino, parado como si lo sujetara una mano invisible con una mano en sus riendas y la otra en las del caballo que había montado Liath, que miró atrás mientras tomaban una curva, hacia el norte, para verlo por última vez. Sanglant ni se molestó.

Al principio no tenían nada que decirse: cabalgaban con los ojos puestos en la calzada que iba oscureciéndose a medida que deshacían el camino hacia Ferse. La respiración de Liath, el ruido sordo de los cascos de los caballos y el escarbar de los perros cada vez que caminaban por ocasionales incursiones en los bordes del camino o se mordisqueaban entre ellos se mezclaban con el rumor del viento entre las ramas y los sonidos nocturnos de animales que se despiertan.

—¿Dónde conseguiste el caballo? —acabó por preguntar él—. Es muy bueno. Me da la sensación que ya lo había montado antes.

—El conde Lavastine me dio a Resuelto para premiar el servicio que le presté en Gent. Y también todas esas cosas.

Eso provocó una chispa de celos, que se apagó enseguida. Ella no estaba cabalgando con el conde Lavastine. Estaba cabalgando con él.

—¿El rey Henry se enfadará mucho? —preguntó Liath con voz trémula.

—Sí. Quiere que me dirija hacia al sur, a Aosta para subir al trono aostano a la princesa Adelheid, para que me case con ella y me declare rey. En ese caso, él podría

ir hacia el sur para que la skopos lo corone emperador, y nombrarme su heredero y sucesor por la legitimidad que me otorga mi título de rey.

Su respuesta pareció más una especie de gruñido contenido que cualquier otra cosa. Entraron en un claro, vanguardia del campo abierto que se encontraba ante ellos y allí él pudo ver con claridad la expresión de Liath a la débil luz del final del día.

—Pero entonces, si te casas conmigo...

Él frenó y ella tuvo que pararse.

—Hablemos de eso de una vez por todas —dijo él, impaciente en realidad no por ella sino por las discusiones que sabría que tendrían cuando volvieran al séquito del rey—. Como prisionero de Corazón Sangriento pude comprobar lo que significa ser rey. Estos, mi séquito... —hizo un gesto hacia los perros que ya estaban tan entrenados como para no intentar arañar el vientre de los caballos—... me hubieran arrancado el cuello en cualquier momento si hubiera mostrado flaqueza. Eso harían los grandes príncipes a mi padre, si él mostrara debilidad. Imagina cómo me acecharían a mí, al ser un bastardo y solo medio humano. Durante un año viví así de atrapado en la catedral de Gent. No volveré a pasar por eso de nuevo. No quiero ser rey, ni emperador y si no me crees vuelve con Wolfhere, o rompe con el rey y ofrece tus servicios al conde Lavastine, que te valora, obviamente. No tendré esta conversación una y otra vez si de corazón dudas de mis intenciones.

Al principio ella no dijo nada, pero acabó por empujar al caballo y comenzó a cabalgar hacia el norte por la calzada. Él la siguió; su corazón latía con fuerza y se apoderó de él un estremecimiento tan fuerte que agarró la silla para mantenerse sentado. El martilleo en sus oídos aumentó hasta que se recuperó y se dio cuenta de que eran unos cascos más adelante.

—Para —dijo él de forma cortante y ella así lo hizo.

—¿Qué pasa? —Pero entonces ella también lo oyó. Poco después vieron a unos jinetes.

Dos hombres se pararon, aliviados.

—¡Alteza! —Sus caballos no estaban bien. No habían pensado en traer más caballos.

—Regresamos al pueblo —les dijo Sanglant—, donde pasaremos la noche. Luego nos reincorporaremos a la comitiva del rey.

Asintieron sin hacer preguntas.

El sol ya se había puesto y siguieron hacia delante bajo la penumbra de la luna al paso, por un lado, para ahorrar las monturas agotadas de su escolta y, por otro, por la débil luz. No tenía nada que decirle a Liath, no al menos con los dos sirvientes tan cerca tras ellos. De todos modos, no sabía que decir. ¿Para qué decir nada? Ya se había tomado una decisión. Gracias a Dios, no quedaba nada que discutir.

Ella cabalgaba con la espalda erguida y con un porte de orgullo y confianza. ¿Pensaría otras cosas mientras cabalgaba a su lado? No podía decir nada a basándose en su expresión, medio escondida en un crepúsculo cada vez mayor. Parecía estar

decidida, con la barbilla en alto.

En la entrada de Ferse solo ardía una farola, como una estrella caída sobre la tierra... la única luz aparte de ese brillo borroso sobre ellos en el firmamento. Las nubes habían cubierto el cielo meridional y soplaban un viento fresco: una tormenta en camino.

Sanglant dejó que uno de los sirvientes golpeará la entrada cerrada, mientras él intentaba no pensar en lo que les aguardaba ante ellos: una cena fría y una cama. Era cierto que en el último mes se le habían acercado unas cuantas mujeres, algunas, sospechaba, animadas por Helmut Villam, quien parecía creer que todo mal que asolaba al cuerpo de un hombre se podía curar con la aplicación vigorosa de sexo, pero no tocó a ninguna. Tenía miedo de quedar en ridículo.

En ese momento, mientras la puerta chirriaba al abrirse y eran admitidos dentro de la empalizada por un joven bastante intimidado que actuaba de vigía, sentía no haberlo hecho. Así, por lo menos habría calmado ese terrible apetito que es el deseo insatisfecho. Incluso las madres y los padres de la Iglesia entendía que es más fácil curar al cuerpo de los apetitos de comida y bebida que de la inclinación a la concupiscencia.

En Ferse aguardaban una docena de jinetes, hombres de armas enviados por el rey que se habían detenido por la misma sopa fría antes de seguir adelante. Se quedaron mirando a Liath cuando el joven vigía condujo a ella y a Sanglant hacia la larga casa comunal de su madre, una mujer llamada Hilda. La casera estaba ansiosa por servir a un príncipe. Les dio de comer pollo asado, verduras, nabos cocidos y un trozo de tarta de miel.

—Necesitamos de vos dos cosas más esta noche —dijo Sanglant tras terminar su vaso de cerveza—. Una cama —algunos de los hombres de armas soltaron una risa, pero él no lo consideró una burla, sino una diversión cordial. Los reconocía a todos como soldados que habían seguidos sus órdenes en la batalla a las afueras de Gent—, y que hagáis de testigo, señora Hilda, junto con esos hombres.

Ellos esperaban con expectación. La señora Hilda hizo un gesto a su hijo para que volviera a llenar los vasos; los demás se apiñaron en las sombras bajo los aleros para escuchar.

Liath no había dicho ni una palabra desde que los alcanzaron los primeros jinetes, pero en ese momento se levantó, con la mano un poco temblorosa al sujetar el vaso de madera. Él se puso de pie a su lado apresuradamente, tenso, como un perro sujeto con la correa corta.

—Con estas gentes como mis testigos, a vos os prometo... —Se atrancó, lo volvió a intentar entonces mirándolo a él, manteniendo la mirada—. Libremente expongo ante Dios y ante estos testigos mi intención de unirme en matrimonio a este hombre, llamado por su madre Sanglant.

Él no se atascó, porque repitió sus palabras.

—Libremente expongo ante Dios y ante estos testigos mi intención de unirme en

matrimonio a esta mujer, llamada por su padre Liathano.

—Así yo lo atestiguo —dijo la señora Hilda con una voz que se podía oír de lejos.

—Así yo lo atestiguo —farfullaron los pobres soldados, que sabían perfectamente que se les solicitaría que explicaran todo el asunto en cuanto volvieran a la corte.

Entonces todo el mundo vació sus copas y se produjo uno de esas incómodas pausas en las que todo el mundo espera a que alguien dé el primer paso.

La señora Hilda actuó primero. Hizo tal alboroto sobre el tener que entregar su mejor cama que Sanglant se hubiera reído si no estuviera tan nervioso. Sin duda, en cuanto se corriera la voz de que el hijo de un rey había pasado su noche de bodas allí, muchos vecinos ofrecerían cestas de su mejor fruta, un buen pollo o varias perdices rellenas por el privilegio de dejar que sus hijos o hijas pasaran su noche de bodas en la misma cama con la esperanza de que se les pegara una parte de la suerte y la fertilidad del rey.

La cama, construida bajo la parte baja de un techo inclinado, tenía un lujoso colchón de plumas y una buena y resistente cortina que se podía correr alrededor. La propia señora Hilda echó a dos galgos acurrucados a los pies del colchón. Mientras una de sus hijas sacudía las sábanas fuera, la casera hacía un valiente intento de sacar las pulgas y chinches. Luego arreó a los soldados hacia la mitad vacía de la casa comunal donde, durante el invierno, la familia guardaba el ganado.

Todavía ardía una lámpara y las puertas de la casa, abiertas para que entrara la brisa, permitían que un reflejo perlado de la luz de la luna dorara los confines oscuros de la larga casa. La señora Hilda los acompañó hasta la cama y cerró las cortinas tras ellos. Con las cortinas corridas, había una oscuridad asombrosa. Él no la veía en absoluto. Faltaba el aire. Liath se sentó a su lado, pero no se movió y él tampoco, excesivamente contento de su autocontrol. Se sentó, pensando en que debería desatarse las sandalias y los leotardos. El sudor hacía que le picara el cuello y unas gotas le recorrieron la espalda. La cama todavía olía a perro, y a la lana almacenada debajo. En el exterior, donde los había atado a un poste, los perros eika ladraron, pero luego se calmaron.

—Sanglant —susurró ella. Dejo salir un suspiro y él casi pierde el control, pero no se movió. Tenía miedo.

Pero ella sí se movió: tocó con los dedos su mejilla, el viejo y recordado gesto en la cripta de la catedral de Gent, luego pasó a la oreja y, al final, bajó al cuello, donde recorrió la rugosa superficie del collar de esclavo hacia el broche.

—Juré que nunca amaría a otro hombre que no fueras tú. —Su voz estaba tensa por el asombro. Sin pedir permiso, encontró el ingenioso mecanismo que cerraba el collar. Sin cadenas que lo mantuvieran cerrado, le fue fácil abrirlo. Con la misma rapidez se lo quitó y luego silbó entre dientes mientras tocaba con dulzura la piel por debajo. Él también silbó de dolor. Era muy tierno. Ella se inclinó hacia delante para besarlo en la base de la garganta, sobre la cicatriz de la herida que le había estropeado la voz, hace cuatro años, ¿o cinco? Le ardían los labios como si fueran fuego, pero es

que hacía mucho calor dentro de las cortinas. De hecho, la única forma de estar cómodos era quitarse la ropa, aunque en un lugar tan restringido y con tantas distracciones alrededor que le impedían concentrarse, no era tarea fácil.

Lo rozó, desnudo ya; su piel ardía al tacto y él de muy buen grado yació debajo de ella, aunque necesitó una fuerza de voluntad increíble para no ocuparse del asunto en un instante, sin duda, ese sería el tiempo que le llevaría, y liberarse de esa presión horrible de excitación.

Ella no tenía la misma fuerza de voluntad, o creía que era innecesaria. Lo que sucedió después fue bastante más rápido de lo que a él le hubiera gustado, pero no se avergonzaba. Sus oraciones no fueron en vano, porque el Señor se ocupó de él y pudo comportarse como haría un hombre, sin perder el control como un perro.

—¡Ay, Señora! —susurró con urgencia, como si la asustara la fuerza de su pasión—. Voy a quemar todo. —Él cerró los brazos alrededor de ella, para convertirse en un escudo para ese miedo. Con el rostro de Liath en su cuello, ella le murmuró—: Yo no, yo no soy lo que parezco. Ya lo percibiste antes. Papá me lo ocultó, lo encerró bajo llave...

Así de cerca, con su cuerpo sobre él, sin nada en medio, nada, él por fin entendió qué era lo que revolvía allí, incipiente, inquieto, casi como un segundo ser atrapado bajo su piel.

Fuego.

—Tú eres como yo —dijo él y percibió que su voz ronca lo hacía parecer asombrado. De hecho, lo estaba.

—¿Qué quieres decir? —Ella se alzó, cambió el peso y lo miró, aunque no tenía manera de verlo en tal oscuridad.

Él eligió las palabras con cuidado, para ser preciso.

—No solo tienes sangre humana.

—¿Sangre aoi? —Parecía atónita.

—No, conozco el aroma de la sangre aoi, y no es ese. No es algo que pueda reconocer.

—La Señora tenga misericordia. —Ella cayó con tanta fuerza sobre él que él se atragantó y tuvo que expulsar todo el aire del pecho.

Durante un rato, él se olvidó de todo; satisfecho, perdió el contacto con cualquier cosa que no fuera el verdadero contacto físico entre ellos, el aliento de Liath en su cuello, su pelo suelto sobre sus hombros, su peso sobre sus caderas y pecho, el húmedo contacto entre sus pieles. Él podía haberse quedado allí por espacio de diez suspiros, o de mil. Existía con ella, nada más, nada menos; ellos solos en todo el mundo era lo único que importaba.

Ella habló en medio del silencio.

—Todavía tienes el libro.

—Sí. ¿Pretendías dejármelo todo este tiempo?

—Todo sucedió muy rápido. No sabía qué hacer. —Ella se contorneó para

soplarle en el cuello, como si su aliento curara el círculo de piel irritada que era el único que le quedaba de su esclavitud—. ¿Sabes qué hay en ese libro?

—No.

—Mi padre era un mathematicus, un hechicero. Sospecho que fue expulsado de la Iglesia por eso, antes de casarse con mi madre, que también era hechicera, y me tuvieron. Ese libro contiene su recopilación de todo lo que he aprendido del arte de los mathematici —titubeó y volvió a tocar la cicatriz de la garganta.

Él esperó. Ella parecía esperar algo de él.

—¿Eso no te preocupa? —acabó por preguntar ella.

—¿Debería?

—Eso no es todo. —Él sintió un ligero rastro de enojo en su voz, porque no había respondido como ella esperaba, y sonrió. Los ojos de Liath brillaban en la oscuridad con una chispa de fuego azul. Detrás de las cortinas oía roncar, la tos de un niño, el gemido inquieto de un perro y el ligero estallido de un tronco en la chimenea encendida fuera, avivada durante la noche—. Lo que Hugh dijo de mí es cierto. Es verdad que me quería por el conocimiento que él creía que yo tenía, pero eso no era todo. Él lo sabía todo. También sabe que hay algo más. Cuando regresemos a la corte, no va a dejar de intentar recuperarme. —Se le cortó la voz—. ¿Me desprecias por lo que fui para él?

—¿Realmente crees que, después de Gent, te voy a juzgar? Es más probable que tú me desprecies por no ser mejor que un perro. —No pudo controlarse. El gruñido que surgió de su garganta fue espontáneo e indeseado. No podía controlar ese vestigio del tiempo entre los perros y se odiaba por ello.

—Chsss —dijo ella con total naturalidad, mientras volvía a pasar el dedo por su garganta—. Ya no llevas el collar de esclavo de Corazón Sangriento.

—Ni tú el de Hugh —contestó él—. Estoy cansado de Hugh. Por mucho poder que pueda seguir teniendo sobre ti, no tiene ninguno sobre mí.

—¿Crees que no? ¡Intentó matar a Theophanu!

De repente y con brusquedad se sentó.

—No hables tan alto —susurró—. ¿Qué quieres decir? —Gracias a su educación, Liath tenía la capacidad de narrar una historia sucintamente sin prescindir de ningún detalle necesario. Le contó el incidente en el bosque en el que Theophanu había sido confundida con un ciervo. Al principio, titubeó pero cuando él no reaccionó con horror se expresó con más confianza y le contó la visión que había tenido a través del fuego de Theophanu ardiendo en fiebre y del broche de la pantera en el que la madre Rothgard había encerrado una licatura forjada por un maleficus; era un hechicero decidido a avanzar solo en función de sus propios y egoístas deseos.

Se había apartado un poco de él durante el relato, aunque la cama se hundía bastante entre ellos. Fue bastante fácil sujetarla por el hombro y acercarla hacia él, a quien no le bastó solo tocarla, sino que tuvo que seguir la otra línea de pensamiento, para no permitir que su cuerpo lo distrajera.

—Si Hugh ha practicado la hechicería, entonces ¿qué otra arma necesito contra él mientras él sepa que puedo acusarlo de eso? Pero debes contarme que más has hecho, si hay más que contar.

De repente, sintió que ella se apartaba de él, no corporalmente, sino de un modo intangible; hubo una retracción repentina del vínculo entre ellos.

—¿Por... por qué?

—Así podemos estar preparados. Así podemos planear nuestras tácticas. No solo has provocado el interés de Hugh. ¡Ay, Señor! Nunca he confiado en Wolfhere, aunque no me desagrada.

—¿Incluso después de...?

Sonrió.

—Es difícil odiar a un hombre por un hecho que no recuerdas y que solo te han contado. No recuerdo que haya intentado hacerme daño alguna vez, solo he sido acosado con las interminables denuncias sobre una corona de estrellas y alguna especie de conspiración incomprensible orquestada por mi madre y su familia. Sin embargo, ahora queda claro por qué está interesado en ti, si es cierto que eres hija de hechiceros. ¿Él lo sabe todo sobre ti?

—No todo —admitió—. No puedo confiar en él, aunque me haya liberado de Hugh. Pero no me desagrada. Aun así, ¿en quién puedo confiar? ¿Quién no me condenará por lo que soy? ¿Quién no me llamará maleficus?

—Yo no te condenaré.

—¿No lo harás? —preguntó con amargura y le contó lo del palacio de Augensburg en llamas—. Eso no es todo. Mientras cabalgaba hacia Lavas, incendié un puente de la misma forma. Vi las sombras de elfos muertos que cazaban en lo profundo del bosque. He hablado con un hechicero aoi, que se ofreció a enseñarme. Me han acosado daimones, uno de los cuales era hermoso como un ángel, pero aun así era un monstruo sin alma. Se lo puedes ver en los ojos. Me llamó con una voz terrible, pero pasó de largo y no me pudo ver, aunque me senté a plena vista. Estaba demasiado asustada como para moverme. ¡Ay, Señora! No sé lo que soy. ¡No sé qué me ocultó papá!

—Chsss. —Presionó su boca sobre sus labios para acallar su furia de impotencia—. Wolfhere tiene razón: necesitas que te enseñen.

—¿Quién en este mundo enseñará a alguien como yo sin condenarme? ¿Sin enviarme ante la skopos para ser procesada por maleficus?

—¿Tu madre?

—Wolfhere no me dirá dónde se encuentra. No confío en su secreto.

—No deberías.

—Y no sé, no sé. Me parece muy raro que esto surja ahora, después de que papá y yo pasáramos tantos años solos.

—Entonces debemos averiguar quién puede enseñarte sin condenarte. Eres como un chico rápido, fuerte y con talento que agarra una espada, pero al que no han

formado. Tiene muchas posibilidades de hacerse daño a sí mismo, a sus compañeros y a sus enemigos.

—Sanglant —dijo con dulzura—, ¿por qué no me temes? ¡Todos los demás parecen hacerlo! —La mano de Liath se desvió para separarse del omoplató izquierdo. Él fue plenamente consciente de cada parte de ella, de todo lo suave, de todo lo duro, que le presionaba.

Lo absurdo de ello lo hizo reír.

—¿Qué más puedes hacerme que no hayas hecho ya? Estoy a tu merced. ¡Gracias a Dios!

Sanglant literalmente sintió cómo la indignación la estremeció. De repente entendió que ella no sabía de qué se estaba riendo. No obstante, incluso tras aquel año entre los perros, recordaba algo de la intrincada danza eternamente interpretada entre mujeres y hombres. Hay lugares por los que se puede sacar la indignación de una mujer, y él sabía cómo llegar a ellos.

Cuando Liath despertó, una extraña sensación le invadía el pecho y las extremidades. Sanglant dormía a su lado, pero solo la tocaba con un tobillo que se cruzaba con el suyo, como un lastre. De hecho, era muy agobiante estar en la cama con las cortinas. Ella no estaba cubierta con nada y, aun así, había algo en ella tan tranquilizador que no le molestaban ni el sudor, ni el calor cargado. Le llevó un buen rato, quieta para no espantarlo, averiguar qué era.

La paz.

Unos truenos retumbaron en la distancia. Un gallo cacareaba fuera. Una pulga le subía por un brazo, pero ella la cogió entre dos dedos.

Sanglant se levantó de repente, con los brazos en actitud defensiva y casi le golpea cuando gruñó.

—¡No puedo ver! —bufó desesperadamente.

—No estás en Gent.

—¿Liath? —parecía más asombrado que encantado. La buscó a tientas, la agarró y la abrazó con tanta fuerza que casi se asfixia.

—¡Ay, Dios! Eres real.

—¿Qué creías que era?

Estaba llorando.

—Soñaba contigo muy a menudo en Gent. Olvidaba qué era un sueño y qué era real y entonces me despertaba. ¡Ay, Señora! Entonces era la peor parte, cuando me despertaba y descubría que aún era prisionero de Corazón Sangriento.

—Chsss —dijo ella y le besó—. Eres libre.

Él solo negó con la cabeza. Se mecía hacia delante y hacia atrás, incapaz de estar quieto, pero con ella aún apretada entre sus brazos. Entonces, tan súbitamente como había empezado, paró y levantó la cabeza para mirarla. La luz se filtraba por donde los anillos de madera que sujetaban la cortina a unas barras ancladas al techo. Ella vio que su expresión era como una máscara gris, desconcertada, jubilosa, decidida.

—No te cases, Liath —susurró él, repitiendo las palabras que él le había dicho tiempo atrás, antes de la caída de Gent. Sonrió—: A no ser que lo hagas conmigo.

—Insensato —murmuró ella.

—¿Qué es eso?

—Esto. Casarse.

La voz de Sanglant se avivó.

—¿Ya te arrepientes?

Ella se rio. Era desconcertante tener esa necesidad que la consumía. No podía apartar sus manos de él.

—Oh, no, no. Nunca. —Era un tipo de fuego diferente, igual de intenso pero más satisfactorio. Él no intentó resistirse a ella a pesar de que sabía que el pueblo se levantaba tras las cortinas para comenzar un nuevo día, aunque se contenía más que ella, pese a que de vez en cuando perdía el control y la mordía.

Al final tuvieron que vestirse. Podía oír a la señora Hilda y a los de la casa andar de un lado para otro, a los soldados moverse sin sosiego en el exterior de la larga casa comunal, hablando y bromeando, aunque ninguno osó molestar a los dos escondidos tras las cortinas. A ella le dio vergüenza cuando por fin abrieron las cortinas. Sanglant no parecía consciente de las miradas, los susurros, las risitas, las felicitaciones jocosas. Se puso los leotardos y se ató las sandalias con gran concentración, al tiempo que, obviamente, hacía planes. Aspiró con fuerza, mantuvo la respiración y negó con la cabeza como cuando un perro se sacude el agua.

—Nada —murmuró—. Aquí no huelo su aroma.

—¿El aroma de quién?

—El de Corazón Sangriento. —Se puso el cinto con la espada—. Corazón Sangriento echó una maldición como protección y en contra de cualquier persona que intentara matarlo. Tu mano tensó el arco del cual salió una flecha que lo abatió.

La señora Hilda apareció afanada con dos vasos de sidra. Mientras se los bebían, ella examinó con satisfacción la colcha enmarañada.

El fuerte sabor de la sidra aclaró la mente de Liath.

—Las maldiciones están hechas de magia —dijo en voz baja—, y papá me protegió de la magia. No me puede hacer daño.

Él maldijo.

—¡Duras palabras!

—¡No es mi intención! Tú no viste al daimon acechándome, diciendo mi nombre, sin verme. No sucedió solo en esa ocasión.

—¿Estás protegida de la magia? ¿Qué quieres decir?

—Supongo que de la misma forma que la armadura protege del golpe de una espada. Es como si yo fuera invisible a la magia.

Él lo consideró seriamente.

—¿Recuerdas cuando murió Corazón Sangriento?

Ella cogió el carcaj y lo puso sobre la cama.

—¿Cómo lo iba a olvidar? Cuando te vi por primera vez... —Se detuvo, al darse cuenta de que había alzado la voz. Todos se habían vuelto para mirarlos: los niños, los adultos, los esclavos, incluso los soldados que se había apiñado en la puerta al oír hablar a Sanglant. No todos los días estas gentes eran testigos de una boda real.

—Ah. —Dijo Sanglant, con vergüenza, aunque ella tuvo la repentina sensación

de que no era el público lo que le hacía sentir incómodo, sino el recuerdo de Gent y las salvajes condiciones en las que Lavastine y ella lo habían encontrado. Él se encaminó hacia la puerta y Liath se apuró para seguirlo, sin estar muy segura de adónde se dirigía. Iba derecho hacia los tres perros eika, que ladraban y escarbaban para alcanzarlos mientras él se acercaba. Les mostró el puño y después recuperó la magnífica y reforzada bolsa. Dentro ella vio El libro de los secretos, pero él no lo sacó. Por el contrario, se sacó la torques de oro, la señal de que pertenecía a una familia real. Se dio la vuelta.

—Esto es lo único que tengo para darte. Mi regalo de la mañana para ti.

El público reunido dio un grito ahogado ante la magnificencia del regalo, aunque Liath sabía que en la nobleza esa pieza de joyería, aunque muy refinada de por sí, no sería sino uno de los muchos regalos, aunque que solo las mujeres y hombres nacidos con linaje real tenía derecho a llevar una torques trenzada con oro sólido.

—No puedo... —se atascó.

—Te lo ruego —murmuró él.

Era lo único que tenía.

Lo aceptó, enrojeció, humillada.

—No tengo nada que darte... —Nada salvo los regalos que le habían dado Lavastine y Alain el día antes y transferirlos en ese momento parecería degradante para él, para ella y para los lores que la habían recompensado. Ella miró hacia los soldados expectantes y la inspiración la visitó—. Pero lo tendré, si deseas esperar.

Su risa fue fuerte y viva en el aire de la mañana.

—He aprendido a ser paciente —dijo sereno, mirando a los soldados que esperaban, a los caballos ensillados: todo estaba preparado para partir y los vecinos aguardaban expectantes. Los truenos volvieron a retumbar mientras la lluvia salpicaba la tierra.

—¿Qué hago, Liath? —musitó—. No tengo nada que darles para agradecerles la hospitalidad de esta noche. No puedo irme sin darles algo. Sería una vergüenza para mi reputación, y para la de mi padre. ¡Ay, Dios! —Se estremeció, ocultó el rostro y súbitamente desenfundó su cuchillo y sacó las joyas de la valija de buen cuero en la que llevaba el libro, mientras hablaba entre dientes—. Wolfhere tenía razón. No tengo nada mío. Todo procede de mi padre.

Ella no sabía que añadir. Tampoco tenía nada, excepto el libro, el caballo y las armas. En realidad, pocas personas poseían mucho. Aun así, ¿no hubiera sido más sabio ir junto a su madre, que presumiblemente tenía los medios para alimentarla, acogerla y enseñarle?

Quizá.

No obstante, mientras observaba a Sanglant distribuir los obsequios y que las joyas realmente impresionaban a los vecinos, no podía imaginarse haber tomado otra decisión la noche anterior.

Se fueron de Ferse con el viento de espalda y se dieron cuenta de que el barquero

no los conduciría, así que se apiñaron bajo los árboles mientras la tormenta pasaba rápido, pero con fuerza. La lluvia azotaba el suelo y convertía la tierra en barro. El viento golpeaba el río y lo convertía en una superficie de olas picadas. Ella utilizó la manta como capa para cubrirse, mientras Sanglant salió en el momento de más fuerza de la tormenta, haciendo caso omiso a la lluvia que caía sobre él. Se empapó hasta el punto de que el pelo se le pegó a la cabeza y las ropas al cuerpo de una forma bastante atractiva. La cicatriz fresca que le había dejado el collar de esclavo destacaba en su piel oscura.

—Dejaste atrás el collar de Corazón Sangriento —dijo ella de repente.

Sanglant se retiró agua de la frente y se apartó de los ojos una maraña de cabello liso y brillante.

—Los vecinos le sacarán provecho.

Entonces sonrió, aquella sonrisa familiar y encantadora que ella había visto por primera vez en Gent. De repente, él comenzó a bromear con los soldados, quienes, igual que Liath, estaban apiñados bajo un árbol con la vana esperanza de permanecer secos. Pronto hizo que se rieran, «que comieran de su mano», como papá había dicho años atrás mientras observaban cómo un capitán andalano preparaba a sus hombres para adentrarse en la batalla, y el tiempo pasó sorprendentemente rápido.

Con todos los caballos, hicieron falta seis viajes para cruzar el río, e incluso cuando siete de los caballos rehusaron subir a bordo de la balsa que se balanceaba, tuvieron que dejar que cruzaran nadando. Sanglant y dos de los soldados se quitaron la ropa para acompañar a los caballos y Liath tuvo que mirar hacia otro lado, con la cara sonrojada mientras escuchaba a sus compañeros, incapaces, en ese momento, de contenerse: hacían bromas sobre las noches de boda y sobre «montar» y otros chistes ordinarios.

—Os lo ruego —dijo Sanglant con severidad cuando se reunió con ellos—, no hagáis bromas sobre el lecho nupcial a mi novia, que ya tendrá que pasar por momentos suficientemente difíciles en la corte del rey.

Parecían un poco abochornados, pero él enseguida empezó a curiosear sobre su vida: les preguntó a todos por su hogar y familia y sobre las batallas en las que habían peleado.

El barro y un segundo aguacero hicieron que avanzaran despacio y Sanglant no parecía tener prisa por volver. Tampoco ella. Cuanto más cerca estaban, más nerviosa se ponía. Sin embargo, llegaron a divisar Werlida a media tarde. Incluso desde la calzada bajo las murallas parecía un verdadero hervidero de actividad, incluso más que cuando ella se había ido.

En las puertas, los guardias los saludaron.

—Príncipe Sanglant, ¡habéis regresado! —Parecían aliviados.

—¿Qué es todo esto? —Sanglant hizo un gesto hacia el recinto más bajo, que bullía con movimientos. Justo enfrente una piara de cerdos chillones había sido confinada en un espacio vallado del que los estaban sacando uno a uno para matarlos.

—Llegaron ni una hora antes que vos, ¡alteza! —exclamaron los guardias.

—¿Quiénes?

Un cuerno retumbó de la calzada detrás y dos docenas de jinetes con el sigil de un halcón galopaban tras ellos, irritados porque se les hiciera esperar, hasta que reconocieron al príncipe.

Sanglant empezó a reírse.

—La señora Fortuna nos acompaña hoy. ¡Mi padre estará demasiado atareado como para ocuparse de mí!

El halcón: símbolo del ducado de Wayland.

El duque Conrad por fin había llegado.

El duque Conrad por fin había llegado.

El rey Henry estaba de un humor de perros, furioso por la desaparición de Sanglant. Rosvita temía que no augurara nada bueno para Conrad cuando Henry, al ser informado de que el duque de Wayland llegaría poco después de las Nonas, sonrió forzosamente. De repente, se fue a orar y se negó a interrumpir el ayuno de mediodía, ya que así acostumbraba a honrar a Dios antes de ponerse la corona.

—¿Habrá algún tipo de ceremonia? —preguntó el joven hermano Constantine, que solo había visto al rey coronado y vestido con todo esplendor una vez en Quedlinhame.

El hermano Fortunatus negó con la cabeza.

—Tiene la intención de mostrar su descontento reuniéndose con Conrad con toda la solemnidad real —chasqueó la lengua suavemente—. Pobre Conrad.

—¡Pobre Conrad! —objetó la hermana Amabilia—. ¿Crees que el duque Conrad es tonto? Yo no lo creo.

De hecho, Conrad el Negro, no era tonto. Entró a caballo a la cabeza de una espléndida procesión, en consonancia con su dignidad y rango; al lado de él, en el lugar de honor, sobre una excelente yegua blanca, cabalgaba la princesa Theophanu, vestida con unas ropas igual de elegantes, que obviamente eran un regalo de él. Parecía que se sentía a sus anchas, hermosa, enérgica y con una compostura elegante... ¡Gracias a Dios!

Solo al verla en ese momento, Rosvita se dio cuenta de cuánto había echado de menos su serena y a veces irónica presencia a lo largo de los últimos meses.

Dado el tumulto en torno a Sanglant, no fue hasta esa mañana cuando Rosvita descubrió entre los capitularios enviados desde la schola la carta de la madre Rothgard y sus terribles contenidos: ¡los malefici, esos hechiceros malévolos, acechaban la corte! La madre Rothgard no mencionaba ningún nombre, y tal vez no sabía ninguno ya que había escrito la carta mientras Theophanu aún estaba gravemente enferma, pero Rosvita había reconocido el broche de una pantera esbozado en el pergamino. Solo el margraviato de Austra y Olsatia tenían una pantera como parte de su sigil.

«*Esto es una problema para la Iglesia*» había escrito la madre Rothgard después de detallar sus sospechas y con qué instrumentos y obligaciones un maleficus hubiera

escondido sobre su persona. *«No habléis con nadie hasta que mi representante, una tal hermana Anne, cuya integridad y cuyo conocimiento son irreprochables, llegue a vos. Sin su ayuda, y sin experiencia en estas cuestiones, no podréis derrotar a los maleficos, y de hecho estaréis a su merced. En cuanto contéis con el apoyo de la hermana Anne, entonces juntas debéis decidir qué medidas llevar a cabo si en realidad podéis expulsarlo de su guarida. No es una cuestión de la que se haya de ocupar la justicia del rey».*

No se molestó en mostrar la carta ni a Amabilia o Fortunatus. En ese momento tenía que esperar a que la audiencia hubiera acabado, para hablar en privado con Theophanu.

El rey recibió al duque Conrad en su condición de reinante, coronado, con el cetro en la mano y en presencia de toda la corte. El patio frente a la gran sala estaba plagado de gente. El monarca había ordenado sacar el trono fuera y colocarlo en una plataforma construida apresuradamente. A su derecha, estaba sentada la princesa Sapientia, la única persona con tal honor entre los presentes.

El duque Conrad entró en la asamblea con el orgullo de un príncipe nacido en la familia real. Montaba a caballo como un noble, con facilidad y naturalidad, y con la ancha espalda y las manos duras de un soldado. Era apuesto, muy atractivo, con la vitalidad de un hombre en lo mejor de la vida: no pasaba de los treinta años. La tez morena y el pelo negro de Conrad eran llamativos, pero tenía unos agudos ojos azules y una sonrisa pícaro, que utilizó para que surtiera efecto en la princesa Theophanu en ese momento en el que se presentaban ante el rey. Rosvita encontró que era más de su gusto que el joven Baldwin, que era de gran belleza pero que carecía de talla. Un sirviente le sujetó el pie para que bajara del caballo. Él mismo ayudó a Theophanu a bajarse del caballo.

—Majestad. —No se arrodilló. Después de todo, tenía la torques dorada, que provocaba un atractivo contraste con su tez morena, alrededor del cuello, y que señalaba su origen real—. Os saludo, primo, y os honro con estos presentes y también os traigo a vuestra hija, que ha cabalgado a mi lado desde el convento de Santa Valeria.

Henry hizo un gesto a un sirviente y se colocó una silla a la izquierda del trono. Theophanu subió los dos escalones de la plataforma y se arrodilló ante su padre para recibir su bendición y su beso. Entonces, con frialdad, ella besó a Sapientia en las dos mejillas y se sentó. No había cambiado su apariencia externa, salvo quizá cierto rubor en las mejillas cuando miraba a Conrad, después de lo cual mantuvo la mirada fija en el horizonte, donde el bosque se encontraba con el cielo en una nube. Al verla tan saludable, resultaba difícil creer que estuviera a punto de morir en el convento de Santa Valeria a causa de una fiebre provocada por la magia más abyecta. Sin embargo, la madre Rothgard no tenía motivos para mentir.

Conrad esperó hasta que ella se hubo sentado y entonces hizo una señal a su séquito. Los sirvientes se acercaron con cajas y arcones. El despliegue llevó un

tiempo: todo estaba ingeniosamente manejado con broches abiertos, ropa abierta y que ondulaba, finos tapices desenrollados que contenían más tesoros preciosos. Conrad no había escatimado en ofrendas: placas de marfil talladas, vasijas de oro, una docena de sillas de montar preciosamente trabajadas; jarras de cristal empaquetadas con virutas de madera; pequeños recipientes de cloissoné llenos de especias; cuencos de palta tan ingeniosamente trabajados que por los lados se podían leer pasajes entero de antiguas historias; y dos encantadoras criaturas que él llamaba «monos» que parloteaba con excitación y retozaban en una gran jaula.

Henry miraba tal munificencia sin emoción. Cuando Conrad hubo terminado, Henry apenas levantó una mano para pedir silencio. La asamblea, entre susurros y empujones para ver mejor, esperaba con expectación.

—¿Así es como esperas expiar vuestra traición?

Conrad resopló y se tensó.

—¡Yo no me uní a Sabella!

—¡No te uniste a mí!

Recuperó la compostura.

—Sin embargo, estoy aquí, primo.

—Así es. ¿Y qué he de pensar de tu aparición? ¿Por qué me devolviste a mi Águila en tu frontera, en las montañas Alfar? ¿Por qué has molestado a mi hermano Benedict y a la reina Marozia de Karrones con tus conflictos? ¿Por qué no me apoyaste contra los eika y contra la infiel rebelión de Sabella ante mi autoridad?

Por un momento, Rosvita creyó que Conrad se daría la vuelta en ese mismo instante, se subiría al caballo y se iría enfadado. Inesperadamente, el padre Hugh dio un paso hacia delante desde donde se encontraba en la primera fila, cerca del asiento de Sapientia, y se colocó entre los dos hombres.

—Majestad —empezó—, dejadme con estas pocas palabras que os ruegue humildemente que vuestro primo y vos festejéis juntos, porque, como una vez dijo Daisan el Bendito: «Recibirás en proporción a lo que das». Acoged a vuestra familia con vino y comida. Es mejor entrar en disputas con el estómago lleno que vacío, porque una mujer hambrienta se alimentará de palabras de enojo, mientras que la que se ha alimentado del banquete ofrecido por Dios sabrá cómo dejar a un lado la ira y buscará la reconciliación.

Por supuesto, tenía razón. Ella dio un paso adelante para añadir su opinión.

—¿Qué mejor reconciliación que un banquete nupcial? —dijo Conrad de repente—. Dadnos vuestra bendición, primo, y vuestra hija Theophanu y yo expresaremos nuestro deseo de que nos casen.

Henry se levantó lentamente. Rosvita aguantó la respiración y esperó. ¡Qué precipitada sugerencia! ¿Qué pretendía ganar con semejante brusquedad?

No obstante, Henry no hizo ninguna mención al matrimonio. Descendió los escalones con dignidad regia y levantó un brazo para dar un apretón de manos a Conrad con cariño de primos.

—La noticia nos llegó solo hace dos días y fue recibida con muchas lágrimas. Que haya paz entre nosotros, primo, mientras lamentamos el fallecimiento de *lady Eadgifu*.

Conrad lloró valientemente y con evidente sinceridad.

—Debemos depositar nuestra confianza en los Dioses, en ellos que gobiernan por encima de todo. Ella era la mejor de las mujeres.

En ese momento surgieron en la asamblea muchos suspiros y gemidos, por parte de aquellos que habían conocido a *lady Eadgifu* y de aquellos cuyos corazones se emocionaron por el dolor mostrado por el duque y por el rey. Rosvita no pudo evitar derramar unas lágrimas, aunque había visto a la princesa albana solo en tres ocasiones y la recordaba sobre todo porque su pelo rubio y la piel de marfil contrastaban magníficamente con el pelo negro y la tez morena de su marido. La primera vez que llegó de Alba, Eadgifu no dominaba muy bien el wendiano y, por tanto, se abstenía de hablar mucho, salvo con su séquito albano.

Entre los congregados, una mujer no lloraba: Theophanu. Había bajado la mirada, pero bajos esos pesados y oscuros párpados, muy parecidos a los de la reina Sophia, escrutaba al padre Hugh. Su expresión tenía la plácida inocencia de un mosaico sagrado, formado por piedras de colores, y ni siquiera Rosvita, que la conocía mejor que nadie, podía adivinar en qué estaba pensando. ¿Quería casarse con Conrad? ¿Todavía seguiría encaprichada con el padre Hugh? ¿Sabría el nombre del maleficus que había intentado matarla?

Hugh le había cogido un libro de magia prohibida a la joven Águila Liath. ¿Era solo una coincidencia que el mago sin identificar hubiera tratado de enfermar a Theophanu mediante una ligadura entrelazada en el broche con forma de pantera?

—¡Abran paso! ¡Abran paso!

Henry soltó el brazo de Conrad al aparecer una pequeña procesión. Todo el mundo empezó a hablar de repente, señalando y susurrando. El rey dio un paso atrás y subió el primer escalón de los dos de la plataforma, pero ahí se detuvo, a la espera, y el duque Conrad se dio la vuelta y, con expresión de sorpresa, se hizo a un lado para dejar sitio.

—Majestad. —El príncipe Sanglant detuvo el caballo a una respetuosa distancia del trono. Parecía cansado por el viaje y estaba desarreglado, con la túnica húmeda por la lluvia y el pelo despeinado, pero, por algún motivo indefinible, siempre vestía el manto de la autoridad. Sin embargo, los perros eika que le pisaban los pies recordaban a todos lo que había sido, y lo que todavía albergaba en su interior. Hizo una señal y su séquito de doce soldados y dos sirvientes se dieron la vuelta y bajaron del caballo.

Les acompañaba otra persona: una joven morena con aire regio y una mirada de tensa altivez, que se mantenía distante respecto a la muchedumbre que la rodeaba. Le llevó un rato a Rosvita reconocerla, aunque no debería haber sido así. ¿Qué demonios hacía él con el Águila, prácticamente desterrada con Wolphere el día anterior? Ya no

llevaba la insignia ni la capa, aunque montaba un buen caballo castrado gris.

El príncipe Sanglant no era un hombre sutil. Liath lo miró y él la cogió por el codo. La mirada, el movimiento, el toque: todo hablaba con la elocuencia de las palabras.

—¿Qué significa esto? —preguntó Henry.

Todos los presentes sabían lo que significaba: Sanglant, el hijo obediente, había desafiado a su padre.

Rosvita conocía bien las señales de la ira de Henry. En ese momento las mostraba: un tic en el labio superior, la dura y brillante mirada, la amenazante forma en la que apoyaba su bastón real en el antebrazo, como si se preparara para un golpe fuerte. Ella dio un paso hacia delante con la esperanza de desviar su rabia, pero Hugh ya se había movido y situado frente al rey.

—Se lo ruego, majestad. —Su expresión era suave, pero le temblaban las manos—. Ya no lleva la insignia que señala que se encuentra a su servicio. Por lo tanto, ahora me pertenece por derecho, «y por indicación vuestra», como esclava.

—Es mi esposa —dijo Sanglant de repente. Su voz ronca, acostumbrada al campo de batalla, superó fácilmente el ruido de la muchedumbre. Todo el mundo a la vez irrumpió en exclamaciones y, tras un alboroto encendido, pero breve, la asamblea, como una gran bestia tranquila, calló para oír mejor. Ni siquiera el poeta preferido del monarca ni una tropa de malabaristas de Aosta ofrecían un espectáculo tan emocionante como ese.

El príncipe bajó del caballo y todo el mundo observó cómo clavaba una estaca de hierro en el suelo para sujetar a los perros. Alrededor de su salvaje presencia, todos retrocedieron cuando el príncipe se adelantó para presentarse ante su padre. Las nubes cubrieron el sol y la lluvia salpicó a la multitud, lo suficiente como para no levantar tierra o humedecer los labios secados por la expectativa.

—Es mi esposa —repitió Sanglant— por consentimiento mutuo, con estos soldados y una mujer libre del pueblo de Ferse como testigos y convertido en legal y vinculante por el acto de la consumación y por el intercambio de los regalos de la mañana.

—«Dejad que los niños se satisfagan primero» —dijo Hugh en voz baja, pero con furia. Ella nunca lo había visto perder la compostura de esa forma: en ese momento, temblaba visiblemente, había enrojecido y estaba inquieto—. «No es justo quitarles el pan a los niños para lanzárselo a los perros».

—Hugh —le advirtió su madre desde su lugar cerca del rey.

Súbitamente, Liath replicó con un tono descarado y enfadado.

—«Incluso los perros bajo la mesa comen las sobras de los niños».

Hugh parecía haber recibido una bofetada. Salió disparado hacia ella. Con la misma rapidez, y con más suavidad de la que Rosvita hubiera esperado, Sanglant se colocó entre ellos de tal forma que Hugh chocó con él. Ir a por el príncipe en ese momento hubiera sido hacer el ridículo. Aun así, titubeó, como si realmente

considerara pelear mano a mano: el cortés clérigo y el príncipe asalvado.

—Yo no te di permiso para que te casaras —dijo Henry.

—Yo no pedí permiso para casarme, ni tampoco lo necesitaba, dado que soy mayor de edad y nací libre.

—Ella no es libre —replicó Hugh, que recuperó la compostura hasta el punto de que ella pudo haber soñado perfectamente aquel destello de rabia—. O está al servicio del rey, y entonces necesita su permiso para casarse, o es mi esclava. Como tal, no tiene derecho a casarse con un hombre nacido libre y mucho menos, alteza —añadió con una reverencia humilde—, con un hombre de vuestro alto rango y nacimiento. —Se volvió hacia el rey—. Sin embargo, no oso a hacer juicio alguno cuando nosotros hemos de inclinarnos ante su sabiduría, majestad.

—A ella le di a elegir. —Henry señaló hacia la joven—. ¿No os di a elegir, Águila? ¿Habéis renunciado a mi servicio y, por tanto, os habéis rebelado contra mi legítima autoridad?

Ella palideció.

—Déjame hablar —intervino Sanglant.

—Sanglant —murmuró ella, con toda la suavidad que puede una persona atrapada en el remolino de los murmullos y con el último aliento antes de hundirse—. No...

—Sanglant. —El rey pronunció su nombre con el mismo tono de advertencia que la margravina Judith había utilizado momentos antes con su hijo.

—¡Voy a hablar! Daisan el Bendito, dijo que lo que envilece al hombre no son las cosas que entran en él desde fuera, sino las que salen de él. Miradlo, a él a quien todos vosotros admiráis y amáis, a él que es encantador, elegante y atractivo. Sin embargo, del corazón de ese hombre salen pensamientos malignos, actos de fornicación con mujeres indefensas y obligadas, robo, asesinato, una implacable avaricia y maldad, fraude, la indecencia de un hombre entregado a la Iglesia que convive con una mujer, envidia, calumnia, arrogancia... y con sus manos y sus finas maneras os ha cegado a todos con su hechicería...

Theophanu se levantó de la silla.

La margravina Judith se adelantó furiosa, enrojecida por la rabia.

—No me quedaré quieta mientras se insulta a mi hijo y se le falta al respecto...

—¡Silencio! —gritó el rey—. ¿Cómo osas cuestionar mis juicios de esa forma, Sanglant?

—No, majestad —dijo Hugh con humilde gentileza, seriedad y paciencia—. Dejemos que hable. Todo lo que dice el príncipe Sanglant es cierto, porque estoy seguro de que odia mentir y que me quiere. ¿Quién entre nosotros es digno? Sé demasiado bien que soy un pecador. Nada me censura más que yo mismo, ya que he fallado a menudo en mis servicios al rey y a Dios.

¿Le dijo Hugh algo más a Sanglant? Movi6 los labios, pero Rosvita no lo pudo escuchar...

Sanglant rugió de rabia y estalló furioso: golpeó al pasivo Hugh con tanta fuerza

que Hugh se encogió en el suelo, con los dientes rotos. Antes de que nadie más pudiera moverse, Sanglant se lanzó sobre él como un perro que salta a por su presa. Los perros eikas enfurecieron, aullaron y tiraron de las cadenas, mientras arrastraron la estaca de la tierra y salieron corriendo.

La gente gritó y se retiró a trompicones. Liath saltó de su caballo, agarró las cadenas y sujetó la estaca brevemente antes de que saliera disparada de sus manos. Rosvita estaba demasiado impresionada para moverse, mientras toda la corte a su alrededor se dispersaba, todos menos Judith, que desenfundó su cuchillo para defender a su hijo. Todos menos el propio rey, que bramó el nombre de Sanglant y se abalanzó para agarrarlo por la espalda de la túnica y apartarlo de Hugh.

Los perros atacaron a Henry con toda la fuerza posible.

Rosvita chilló. Lo oyó en la distancia, inconsciente de que pudiera emitir un ruido tan terrible. Alguien tiró desesperadamente de su vestido. Sanglant golpeó a los perros con frenesí para que se alejaran de su padre y, tras él, Liath gritó un aviso a Villam, quien se había lanzado sobre el rey, mientras ella escarbaba en la tierra en busca del martillo y agarraba la estaca, intentando arrastrar las cadenas. Los Leones atacaron. Aporrearon a los perros, hacían frente a sus fauces para agarrarles las patas y apartarlos del rey, y los despedazaron sin clemencia hasta que la sangre salpicó el suelo como si fuera lluvia.

La piedad golpeó brevemente y desapareció cuando Sanglant surgió entre la vorágine con Henry apoyado en sus brazos. ¡Ay, Dios! ¡El rey estaba herido! Ella corrió a su lado, vagamente consciente de que tres ayudantes se apiñaban detrás de ella: sus clérigos, que no la habían abandonado.

Sanglant confió a Henry a los brazos de las princesas y se hundió de nuevo en la lucha.

—¡Abajo! —su voz resonaba por encima de todo lo demás—. ¡Quietos! ¡Atrás!

Los Leones obedecieron. ¿Cómo no iban a hacerlo? El príncipe sabía cómo gobernar su batalla. Se retiraron con cuidado y él se arrodilló junto a los perros.

Rosvita se arrodilló junto al rey, que tenía un desgarró supurante en el brazo izquierdo, la ropa destrozada y manchada de saliva y sangre, e hilos rotos en la piel. Las garras también habían rasgado la túnica por detrás, pero, gracias a Dios, la gruesa toga real lo había protegido de todo menos de un rasguño superficial. Dejó a un lado el impacto y se intentó poner de pie.

—¡Majestad! —protestó ella.

—¡No! —apartó a todos los que corrieron en su ayuda, incluso a sus hijas, mientras avanzaba con dificultad.

—¡Majestad! —gritaron Villam y una docena más de personas cuando se acercó a Sanglant y a los perros, pero parecía no tenerlos en cuenta.

Uno de los perros estaba muerto. Cuando Henry se paró a su lado, Sanglant sacó su cuchillo y le cortó el cuello al segundo, con un tajo tan profundo que era imposible que sobreviviera. El tercero lloriqueaba suavemente y se acurrucó para esconderle el

cuello al príncipe. Le chorreaba sangre por los colmillos. El pelaje gris estaba manchado de tierra y de asquerosa sangre verdosa de su propio y nauseabundo cuerpo.

—Mátalo —dijo Henry con una voz apagada por la rabia.

Sanglant lo miró, miró a Liath, que permanecía de pie con la estaca de hierro en una mano llena de sangre... y enfundó el cuchillo.

El impacto del desafío de Sanglant golpeó a Henry con más fuerza que los propios perros. Se tambaleaba, se agarró a Villam, que puso debajo de su brazo justo a tiempo para que se mantuviera en pie. La mente de Rosvita parecía trabajar a un paso tan lento que hasta ese momento no se fijó en el padre Hugh, que de algún modo se había librado de la furia y que, apoyado en su madre, escupía al suelo trozos de dientes. Tenía los labios manchados de sangre y, en la mejilla derecha, la huella roja de una horrible contusión que estaba a punto de hacerse visible.

—Me retiraré a mi cámara —dijo Henry, con tanta ira que todo el calor se había evaporado para dar paso a una furia tremendamente fría que se escondía debajo—. Que me lo lleven allí para enfrentarse a mi juicio.

Villam lo ayudó. Los sirvientes se apiñaron alrededor de ambos.

Rosvita sabía que debería seguirlos, pero las piernas no le respondían. Vio cómo la asamblea se apartaba para que pasara el rey y se desvanecía para constituir grupos que se escabullían e intrigaban en privado sobre la agitación que seguro se avecinaba. Las imágenes aparecían y escocían en su mente: el duque Conrad sigue a la princesa Theophanu mientras le toca el codo con una mano, se intercambian comentarios, niega con la cabeza, frunce el ceño y se aparta de ella para dejarla cuando camina tras su padre; Sapientia enrojece por la rabia y la humillación, agarra por el brazo a su joven Águila y se aparta deliberadamente de Hugh para dejar claro que él ha caído en desgracia para ella; Judith cierra la boca con fuerza y aprensión con el ceño fruncido; Ivar intenta abrirse paso entre la multitud para llegar hasta Liath, pero queda atrapado en una marea que lo aparta de ella y el joven Baldwin lo contiene a la fuerza.

—¡Hermana! —susurra Amabilia. Fortunatus la había sujetado por el brazo derecho, aunque no podía afirmar si para apoyarla a ella o para apoyarse él mismo. Constantine lloraba en silencio—. Vamos, hermana, retirémonos.

Todos, apiñados, salen en remolinos para dejar por lo menos a doce soldados, a los dos perros muertos y al herido, a la novia y al príncipe en medio de un charco de sangre. Solo, abandonado incluso por aquellos que antes lo habían apoyado.

Ese era el precio de contrariar al rey.

CAPÍTULO 5



EL GENTIL SUSPIRO DE DIOS

De un modo extraño, el desastre solo hizo que ella se reafirmara aún más en su posición. Permanecía de pie junto a uno de los perros muertos y mientras su sangre cobriza se filtraba en la tierra, sintió cómo en su corazón aumentaba una desesperada obstinación, como si la sangre del corazón de la criatura, que empapaba la tierra, transfiera la sustancia a través de sus pies para hacerla a ella más dura.

No iba a permitir que el rey apartara a Sanglant de su lado.

Sanglant miró a ver si quedaba alguien. Era aún peor de lo que ella esperaba: los habían abandonado todos, salvo la docena de Leones y los soldados que los escoltaron desde Ferse.

Entonces el capitán de esos hombres dio un paso hacia delante.

—Mi señor príncipe. Le ayudaremos encantados con los perros. Luego, debemos conducirlo ante el rey, tal y como nos ha ordenado.

—Enterradlos —dijo Sanglant—. Dudo que ardan. —Pasó los brazos por debajo del perro herido, lo levantó y lo arrastró hacia la cámara preparada para él. Los Leones se abrieron en abanico para dejarlo pasar. En el patio ya solo quedaban los sirvientes, que susurraban, miraban e iban y venían. El polvo giraba por las esquinas de los edificios. Ella olió a cerdo asado sobre brasas. Una oveja baló. Los truenos lejanos bramaban, pero perdían intensidad.

—¡Águila! —susurró uno de los Leones al pararse ante la puerta mientras Sanglant atravesaba el umbral de la puerta con el perro sin fuerzas. Reconoció a su viejo compañero, Thiadbold, cuya cicatriz era de un blanco marcado en contraste con la piel morena—. ¡Os ruego que me disculpéis!

—Llamadme Liath, os lo ruego, amigo mío. —Estaba desesperada por encontrar amigos. El que los leales perros de Sanglant hubieran agredido al rey...

—Liath —Thiadbold miró por la puerta, que todavía permanecía abierta. Ella pudo oír dentro a Sanglant gruñir al dejar al perro sobre el suelo—, nosotros los Leones no nos hemos olvidado. Si hubiera algo que pudiéramos hacer para ayudaros, lo haremos, siempre y cuando no contradiga nuestro juramento al rey.

Le saltaron las lágrimas ante su inesperada amabilidad.

—Yo os lo agradezco —dijo ella fríamente—. Por favor, comprobad si mi caballo está guardado en la cuadra, si podéis. —En ese momento se acordó de Ferse y del regalo de la mañana—. Hay una cosa... —acabó de explicarlo justo cuando Sanglant

la llamó.

El León asintió con la cabeza con seriedad.

—Poco se puede hacer por él.

Ella entró.

—¿No tenemos sirvientes a nuestra disposición? —le preguntó Sanglant.

—Solo los soldado de guardia.

Él se arrodilló junto al perro, que permanecía en silencio a los pies de la cama como si aguardara un deseable gesto amable, o la muerte. No se movió mientras Sanglant pasaba las manos por el cuerpo para comprobar las heridas: una pata trasera aplastada, una pata delantera acuchillada, una herida profunda en las costillas y otra en la cabeza, que le había cortado una oreja. Los jadeos poco profundos, con la grotesca lengua fuera, eran tan suaves como la respiración de un bebé. Ella nunca antes había estado así de cerca de un perro eika. Se estremeció.

Él sonrió forzosamente.

—Lo mejor será que salvemos a este, porque es lo único que queda de mi séquito —sacó del cuello la pequeña cadena fijada a la bolsa de cuero, ya marcada, de las que había sacado las gemas—. Guardó tu libro con gran fidelidad.

A pesar de la vergüenza de Sanglant, los soldados no lo habían abandonado. El capitán Fulk le trajo agua en un cuenco y un trapo viejo que rompió en tiras para vendar las heridas del perro. Ella ordenó su ropa, se quitó la espada, el carcaj y el arco y los dejó al lado de la cama con el resto de su equipo. No se atrevía a acercarse al rey con armas. En cuanto Sanglant terminó con el perro y ella ya se hubiera tomado un trago de vino para su garganta reseca y le recordara a él que se estirara la capa para presentarse con cierta corrección, los soldados los escoltaron ante la cámara de audiencias del monarca. No se encontraba lejos, porque este le había dado a Sanglant una cámara en un ala de su propia residencia.

Hallaron al rey sentado en un diván con el brazo vendado y con expresión seria. Sapientia estaba sentada a su derecha y Theophanu a la izquierda. Hizo que se retiraran todos los miembros del séquito salvo Helmut Villam, la hermana Rosvita y Hathui. Liath alcanzó a ver a Hanna, con la cara tensa por el miedo, antes de que desapareciera con los demás. Se quedaron media docena de auxiliares.

Liath se arrodilló, pero con el pulso firme. Sanglant titubeó, pero, entonces, despacio, también se arrodilló: suplicante ante el desagrado del rey.

—¿Qué te dijo Hugh? —preguntó Henry a Sanglant con total serenidad.

La pregunta sorprendió a Liath, pero Sanglant puso una expresión de terquedad y cerró la boca con tozudez.

—¿Qué te dijo para que lo atacaras de esa forma? —repitió el rey, pronunciando cada una de las palabras con tanta claridad que cayeron como piedras.

Sanglant cerró los ojos.

—«¿La cubres como un perro cubre a una perra?» —dijo con voz ronca, con tanta aspereza que ella apenas lo pudo entender. Entonces él se tapó la cara con las manos

avergonzado. Y ella ardió.

Se prendió la llama de una vela sin encender a un lado de la mesa.

Henry se puso en pie por la sorpresa y Sapiencia saltó a su lado y lo agarró por el codo para sujetarlo. Villam murmuró una oración e hizo la señal del Círculo en el pecho. Sin embargo, Theophanu solo miró la vela y asintió con la cabeza hacia Rosvita, como si respondiera una pregunta. Hathui suspiró suavemente desde su posición tras el diván del rey.

—¿Qué sucede aquí, Sanglant? —preguntó Henry—. ¿Por fin, una señal de tu sangre materna?

—Un simple truco que aprendí de niño y que había olvidado —dijo Sanglant sin mirar a Liath.

—No —intervino Liath, aunque le temblaba la voz—. No puedo permitir que cargues con lo que me corresponde a mí.

—¡Hechicería! —dijo entre dientes Sapiencia—. Ella embrujó a Hugh. Por eso se ha vuelto loco por ella. Igual que ha embrujado a Sanglant.

—¡Eres una insensata, hermana! —replicó Theophanu—. Ella me salvó la vida. ¡Es tu amado Hugh el maleficus!

—¡Chsss! —dijo el rey. Tocó el brazo de Sapiencia y ella lo soltó de repente para que pudiera caminar. La herida del hombro no había lastimado la dignidad de su andar. Helada, Liath no se atrevió a moverse cuando se detuvo ante ella y cuando la rodeó como hace un hombre con un leopardo enjaulado a quien pretende dar muerte—. ¿Habéis embrujado a mi hijo?

—No, majestad —tartamudeó ella, serena, pero aterrada.

—¿Por qué he de creerlos?

—¡Ella no ha...! —soltó Sanglant, con la cabeza hacia atrás.

—¡Silencio! O tendré que echarte y seguir con la entrevista en tu ausencia. Ahora. Hablad.

El rey podía aplastar la cara en un instante y ordenar con una simple palmada a los soldados que la mataran.

—Es cierto que conozco algo las artes de la hechicería, como parte de la educación que me dio mi padre —comenzó, no muy convencida—, pero me falta práctica.

—¡Ah! —dijo Sapiencia mientras paseaba detrás del diván de Henry. Sanglant se movió donde se había arrodillado, como si él, también quisiera pasear.

—Continuad —dijo el rey sin mirar a su hija. Su mirada, tan certera sobre Liath, hacía que ella se preguntase si tal vez era mejor que le atravesaran el vientre con una lanza para así acabar con todo.

—Mi padre me protegió contra la magia, eso es todo. Me dijo que yo nunca sería una hechicera. —Todo sonaba muy absurdo, y peligroso.

—Su padre era un mathematicus —dijo Rosvita de repente. ¡Ay, Señora! La voz de la fatalidad.

Henry gruñó.

—Ella llegó a mi séquito como discípula confesa de Wolfhere. Es una conspiración.

—Wolfhere no quería que ella lo abandonara —dijo Sanglant—. Le dio muchas razones en contra de que lo dejara, con gran furia. Él quería que se quedara con él.

—¡Mejor para hacerte creer que te la llevabas contigo! ¡Y para que te casaras con ella! ¡Un príncipe!

—No, padre. Escuchadme. —Sanglant se puso en pie en ese momento. Sapientia dejó de pasear y, con las mejillas enrojecidas, estudió a su hermanastro. Theophanu, con la misma frialdad de siempre, había enganchado las manos al cinto. Villam parecía ansioso y Rosvita, que podría convertirse en su mejor aliada o en su peor enemiga, tenía una grave expresión en realidad—. Escuchadme, os lo ruego.

Henry vaciló, se tocó el vendaje que le envolvía el brazo. Curiosamente, miró hacía Hathui.

—No puedo saber todo lo que pasa por la mente de Wolfhere —dijo Hathui, como si respondiera a una pregunta que le hubieran planteado—. No tengo ninguna duda de que ha visto y hecho muchas cosas de las que yo nunca me he enterado, y de las que no me enteraré, pero no creo que alguna vez haya pretendido otra cosa para Liath que no fuera seguirlo a él... y... —Miró a Sapientia, que se había detenido junto a la ventana para pasar los dedos por los caballetes de las contraventanas cerradas—... Liberarla del padre Hugh.

Sorprendente, Sapientia no dijo nada, ni siquiera pareció escuchar el comentario, a no ser porque su respiración pareció detenerse un instante.

Al final, Henry asintió con la cabeza a Sanglant.

—Puedes hablar.

—No hubierais tomado Gent sin su ayuda. Ella mató a Corazón Sangriento.

—¿Ella? ¿Esta?

—¿No oísteis el relato de Lavastine?

—Ella estaba bajo su mando. ¿Qué hay que decir de eso?

—Si no me creéis, entonces permitid que Lavastine se presente ante vos para que os cuente el relato.

—Lavastine ya ha sido engatusado antes —dijo Sapientia—, ¿por qué no otra vez...?

—Él y su séquito se fueron esta mañana —dijo Henry, interrumpiéndola—, así que el relato quedará sin ser contado.

—¿El conde Lavastine se ha ido? —En ese momento Sanglant iba y venía hacia la puerta, como un perro limitado por una cadena. Liath dijo entre dientes su nombre con suavidad, pero él andaba preocupado hasta que la mano que Henry puso sobre su pecho lo pilló desprevenido y lo detuvo—. Debo cabalgar tras él, para avisarlo. Si la maldición no la sigue... —Titubeó, volvió en sí y miró hacia la habitación—. Hay que enviar a un mensajero. No podéis ni imaginaros el poder de Corazón Sangriento.

—Se rumorea que era un mago —dijo Villam.

Sanglant rio agriamente.

—No es un rumor, yo mismo fui testigo... —Se dio un golpe a si mismo en la cara como si apartara un enjambre de mosquitos que nadie más pudiera ver—. No merece la pena contarlo. No merece la pena recordar ahora lo que me hizo.

En ese instante, ella vio cómo se suavizaba la cara de Henry, pero fue muy breve. Volvió a tocarse la venda y su boca mostró un gesto adusto.

—Hay mucho que explicar.

Sanglant se volvió, cogió a Liath por el codo y la levantó. Ella no quería frenar ese tirón, pero tampoco quería estar de pie, y no arrodillada, ante el rey.

—Solo alguien con magia podía haber matado a un mago tan poderoso como Corazón Sangriento.

—Explícate.

—Sabéis que él tenía poderes de ilusión, que podría hacer que las cosas aparecieran de repente sin que existieran realmente. O tal vez no visteis eso. Nosotros lo vimos. —Hizo una mueca y se volvió para mirar a Liath—. Ella sola... ¡Ay, Señor! Si la hubiera escuchado en Gent, mis Dragones aún estarían con vida, pero los dejamos entrar, abrimos las puertas, pensando que ellos eran nuestros aliados.

—El joven Alain mencionó una maldición —dijo Henry—, pero no entiendo lo que intentas decir.

—Él se había protegido contra la muerte —continuó Sanglant, sin prestar atención al comentario—. Se había sacado el corazón de su propio cuerpo para que así no lo pudieran matar. Se protegió con algún tipo de grotesca criatura que él mantenía en un arcón. Al final hablaba de una maldición, pero no puedo decir si liberó a la criatura. No lo volví a ver. De todas estas formas se protegió Corazón Sangriento. —Se volvió para señalarla y con ese gesto todos la miraron—. Ningún hombre, ni mujer por sí mismos podrían haber matado a Corazón Sangriento, pero ella lo hizo.

El silencio puso nerviosa a Liath, que miró fijamente el diván, del mejor lino, teñido de rosa sangre y bordado con una escena de caza magnífica con hilos de oro y plata: Henry, de pie ante ella, tapaba una parte, pero ella podía ver unos leones que forcejeaban con un ciervo y un venado que se alejan dando saltos ante tres jinetes, con unas perdices aquí y allá.

—Por eso se debe enviar un mensajero al conde Lavastine —concluyó Sanglant—. Si la venganza de Corazón Sangriento no acecha a Liath, si ella de alguna forma está protegida contra la magia gracias a los hechizos de su padre, entonces debe acechar al conde Lavastine. La magia de Corazón Sangriento era poderosa...

—Corazón Sangriento está muerto... —dijo Henry.

—Sin embargo, no pasa nada —dijo Hathui de repente— por enviar a un Águila para avisarlo, aunque no suceda nada.

—Era el perro —dijo Sanglant—. El perro que murió. Olía a Corazón Sangriento.

—¿Qué debemos decirle? —preguntó Hathui—. ¿Cómo alguien supera una maldición así?

Sanglant miró con un gesto de impotencia a Liath, pero ella solo pudo encogerse de hombros. En realidad, como Henry, ella no entendía realmente lo que él estaba contando. ¿Sería parte de la locura que le produjo el cautiverio, los meses encadenado que había pasado a los pies de Corazón Sangriento? ¿O tenía razón? ¿Alguna terrible maldición la estaría acechando o, burlada esta gracias a la magia de papá, acecharía a Lavastine?

—Enviad a un Águila —dijo Henry a Hathui— y contarle todo lo que habéis escuchado aquí. Después, regresad. —Ella asintió y salió rápido.

Henry se tocó el brazo herido, hizo un gesto de dolor, y vio a Sanglant estremeciéndose también, como por compasión o por sentimiento de culpa. Villam ayudó al rey a que se sentara en el diván. Henry parecía cansado, pero pensativo.

—Otros se han fijado en ella —dijo Henry, mientras estudiaba a Liath.

«Que nunca se fijen». Papá tenía toda la razón: así se llega a la perdición. Pero ya era demasiado tarde. En ese mismo momento podría haber estado con el hechicero aoi, pero no lo estaba. Podría haber estado cabalgando con Wolfhere, pero no lo estaba. No podía deshacer lo hecho.

Y tampoco quería hacerlo, ni siquiera en aquella situación.

—El conde Lavastine la hubiera llevado en su séquito, y él no es un insensato. Incluso mi clérigo de confianza, la hermana Rosvita, se ha interesado por ella. Sin duda otros también lo han hecho. —Villam tosió y se aclaró la garganta—. La Iglesia tiene derecho a controlar unos poderes así —reflexionó Henry—, sin embargo, existen. Dado lo que tú has visto, Sanglant... —Hizo un gesto y el auxiliar se apuró con un vaso de vino, del que bebió el rey y que luego ofreció, a su vez, a sus hijas, a Rosvita y a Villam—. Debe haber parecido más ventajoso casarse con una mujer vinculado a la hechicería que con una de cuna que comparte derechos del trono aostano.

—¿Por qué he de pensar en las ventajas que me ofrece? Ella me salvó la vida.

—Matando a Corazón Sangriento. Viste el valor del poder que tiene.

—No. —Sanglant enrojeció, con un tono más oscuro que el de su tez de bronce. En voz baja, habló rápido, como si temiera que las palabras lo condenaran—. Me hubiera vuelto loco encadenado si su recuerdo no me hubiera sostenido.

—Ah. —Dijo Villam con el tono de un hombre que acaba de ver y entender un milagro. Miró a Liath y esta enrojeció, al recordar la proposición que él le había hecho meses atrás.

Henry parecía apenado, apoyó la cabeza sobre las manos, como si le doliera la cabeza. Cuando la levantó la cabeza.

—Sanglant, las personas de nuestra posición no se casan por placer o sentimientos. Para eso están las concubinas. Nosotros nos casamos por beneficios. Por alianzas.

—¿Cuántas veces se me aclaró que yo nunca iba a casarme? ¿Qué no se me permitiría? ¿Por qué tuve que aprenderme esa lección de memoria? Ella es con la que me he casado y he dado mi consentimiento y jurado ante Dios. Vos no podéis disolver ese juramento.

—Pero puedo decidir si ella puede casarse libremente o no. El padre Hugh tenía razón: dado que se encuentra a mi servicio, debe contar con mi permiso para casarse. Si no está a mi servicio, entonces es esclava de Hugh y pasa a su disposición.

Sapientia refunfuñó entre dientes, como una mujer que llora y se lamenta. Theophanu se acercó hacia ella, como si intentara consolarla, pero Sapientia la apartó y se tapó el rostro con una mano. Rápidamente, la hermana Rosvita acudió junto a ella.

—Aún no hemos hablado del padre Hugh —dijo Theophanu en voz baja—, ni de las acusaciones que os he planteado, padre. También traigo conmigo, por escrito, el testimonio de la madre Rothgard.

—También yo tengo una carta de la madre Rothgard —añadió Rosvita. Sapientia lloraba sobre su hombro sin llamar la atención—. ¿En vuestro séquito, alteza, no se encuentra una monja? —le preguntó a Theophanu—. ¿Una tal hermana Anne, de nombre, que ha venido a investigar esta cuestión?

Theophanu parpadeó, confundida.

—¿La hermana Anne? Nos ha acompañado desde santa Valeria. Es una mujer mayor, muy sabia, devota y culta. Incorruptible. Pero enfermó durante el trayecto y tuvo que ser atendida en una casa durante varios días. Cuando sale, siempre viste un velo porque el sol le daña los ojos. Pediré que la vayan a buscar.

—¿Cómo sabemos —dijo entre sollozos Sapientia— que esta Águila no es el maleficus? ¿Si ha envuelto a Hugh con un hechizo...? —No hablaba con el corazón, ni siquiera ella misma creía lo que estaba diciendo—. ¡Dios tenga misericordia! ¡Qué él haya revelado su preferencia por ella, una mujer de nacimiento común, ante todo el mundo, humillándome así a mí!

—Chsss, alteza —dijo Rosvita con suavidad—. Todo se aclarará.

—Aún no he acabado con estos dos —dijo Henry—, pero tened por seguro que toda acusación de hechicería malévolas en mi corte será tratada con severidad si resulta infundada y con más severidad aún si se demuestra que es cierta. Sanglant. —Hizo una señal y Sanglant se arrodilló junto a Liath.

—Águila. —Liath se estremeció. El rey había recuperado tanto la compostura que ella sentía más aún el poder que él ejercía sobre ella. ¿Qué alma, que se esfuerza por liberarse del torbellino que rodea el tan temido Abismo, no se amedrenta ante el gentil suspiro de los Dioses? Con una ráfaga de aire, Ellos condenan irrevocablemente a las almas castigadas con el infierno—. Liathano, así os llaman. ¿Qué tenéis que decir o explicar?

No le salían las palabras.

—Estoy a vuestra merced, majestad.

—Así es. ¿Por qué os habéis casado con mi hijo?

Enrojeció, no podía mirar a nadie, ni siquiera a Sanglant, especialmente a él, porque así solo recordaría muy vívidamente la noche tan dulce que habían pasado juntos. Sin embargo, se fijó en su mirada hacia el suelo de piedra en parte cubierto por una alfombra elaboradamente tejida con púrpura imperial y marfil claro: las ocho estrellas arethousanas.

—Os... os lo juro, majestad. En ningún momento, pensé aprovecharme. Yo solo... —titubeó—. Yo...

—Bien —dijo Villam con una especie de bufido de risa—, me temo, mi buen amigo Henry, que aquí no veo otra cosa que no haya visto ya un centenar de veces. Son jóvenes y apuestos y están ansiosos por alimentarse de lo que les ofrece el cuerpo.

—¿Los jóvenes son los únicos en pensar así, mi buen amigo Villam? —preguntó Henry, con una carcajada—. Así será. Si existe alguna amenaza en ella aparte de los hechizos que evidentemente le enseñó su padre y que otros intentan explotar para poder controlarla, yo no la veo. Pero...

Pero.

La palabra sentó como un mazazo.

—No voy a permitir que mi hijo me desobedezca. Vino desnudo al mundo y yo lo vestí. Caminó hasta que yo le di un caballo para cabalgar. Mis capitanes lo entrenaron y él portó las armas con las que yo le obsequié. Todo eso lo recibió de mí y, arrogante, lo ha olvidado.

—No lo he olvidado. —Sanglant dijo con la voz quebrada, como si le doliera saberlo..., aunque su voz siempre era así.

—Ya no llevas puesto el collar de hierro que te puso Corazón Sangriento. ¿Dónde está la torques de oro que indica que eres sangre de mi sangre, descendiente del linaje real de Wendar y Varre?

—No me lo pondré más. —Con la mayor de las arrogancias, con la barbilla bien alta, la inclinación de la nariz impropia de los wendianos, por como mantenía la mandíbula tensa, se parecía mucho a un príncipe arrogante, a uno nacido de un linaje exótico.

—Me desafías. —El tono de Henry convirtió la frase en una pregunta. Ella lo interpretó como un aviso.

Seguro que Sanglant comprendió que no tenía sentido enfrentarse al rey. Ellos no podían ganar en un enfrentamiento con el rey, que tenía todo el poder mientras que ellos no tenían ninguno.

—Ya no soy un Dragón del rey.

—Entonces dame el cinturón de honor que yo mismo te puse cuando tenías quince años. Dame la espada que yo mismo puse sobre tus manos en Gent.

Villam dio un grito ahogado. Incluso Sapientia miró, mientras las lágrimas le recorrían el rostro. A Liath le ardía el estómago por la cólera de la derrota, pero

Sanglant parecía tristemente satisfecho mientras colocaba el cinturón, la funda y la espada a los pies del rey.

—Eres lo que yo hice de ti. —Las palabras de Henry sonaban como un martillo contra el hierro—. Harías lo que yo te diga. Soy consciente de las necesidades de la carne, que son múltiples, por lo que mantén a esta mujer como concubina, si así lo deseas, pero dado que ella, a mi servicio, no ha obtenido mi permiso para casarse, entonces su consentimiento, aunque fuera ante testigos, no tiene validez. Formaré un ejército y te armaré a tal efecto: lo dirigirás hacia el sur, hacia Aosta. Cuando hayas elevado al trono a la princesa Adelheid, te casarás con ella. Creo que la cama de una reina te resultará más satisfactoria que la de una hechicera, por muy hermosa que sea.

—¿Y qué pasará conmigo, padre? —preguntó Sapiencia, a quien las lágrimas se le habían secado de repente.

—Tú serás nombrada margravina de Eastfall, así que aprenderás a gobernarte por ti misma.

Enrojeció, como si le dieran una bofetada en la cara, pero no protestó.

—¿Y conmigo, padre? —preguntó Theophanu más tranquila—. ¿Qué sucederá con la petición de mano del duque Conrad?

Henry gruñó.

—No confío en Conrad y no enviaré a uno de mis tesoros más preciados a la mina de un hombre que alberga sus propias ambiciones.

—Pero, padre...

—No. —La interrumpió y ella era demasiado fría como para demostrar sentimiento alguno, ya fuera alivio, rabia o desesperación—. En cualquier caso, la Iglesia determinará que existen entre vos un parentesco demasiado cercano, con un antepasado común en... —Hizo un gesto hacia Rosvita.

—En séptimo grado, si calculamos por el método del viejo imperio. En cuarto grado, si calculamos a partir del método esbozado en una encíclica divulgada por el sagrado mandato de nuestra santa madre Honoria, que gobernó la Iglesia antes de Clementia, que ahora es skopos de Darre.

—No se puede consumir un matrimonio en el quinto grado de parentesco —dijo Henry con satisfacción—. Conrad no se llevará a una novia de mi casa. —La puerta se abrió, Hathui había regresado, hizo la reverencia, pero apenas había entrado cuando Henry se dirigió a ella—: Águila, decidle al duque Conrad que tendré una audiencia con él. Ahora. En lo que respecta al padre Hugh... bien...

—Enviadlo ante la skopos —dijo entre dientes Sapiencia—. ¡Así veré cómo lo condenan! —Y entonces prorrumpió en un llanto intenso.

—Bien —continuó Henry—, que me lean las cartas, y quiero hablar con la hermana Anne. —Vio a Sanglant, que aún seguía arrodillado con ciega obstinación, y frunció el ceño—. Vete a tu cámara y te presentarás ante mí cuando estés preparado para suplicarme perdón.

Era la autorización para que se retiraran. Liath se levantó. Estaba desesperada por

frotarse las dolorosas rodillas, pero no se atrevió a hacerlo. Sanglant titubeó. ¿Era una rebelión? ¿No había escuchado? Henry resopló, enojado, y el príncipe se levantó, miró primero a Liath y luego a sus hermanas...

—Vamos —dijo Villam, no sin compasión—. Es hora de que os retiréis.



Cuando llegaron a la cámara reservada para uso de Sanglant y la puerta se cerró tras ellos, ella se dirigió hacia sus brazos y allí se quedó durante un buen rato, sin querer moverse. Era sólido y fuerte, y ella sentía que podía descargar toda su rabia, fuego y miedo en las frías e infinitas profundidades de Sanglant sin llegar a llenarlo. Él parecía contento allí de pie, mientras se mecían los dos juntos: él nunca descansaba por completo, pero ella estaba en reposo ahí, con él, aunque hubiese tanta desgracia alrededor. Ella había vivido al margen de la sociedad tanto tiempo, con papá, que apenas podía sentir que hubiera perdido algo que valorara mucho.

¿Y si él decidía que la cama de una reina era más satisfactoria que la que compartía con ella?

El perro eika aullaba con gran debilidad y se derrumbó para lamerse una pata con la lengua seca. Sanglant lo soltó, cogió agua del cuenco y se arrodilló para que el pobre animal pudiera beber de sus manos. Alguien había cerrado las contraventanas y las esquinas de la habitación estaban entre sombras. La luz brillaba a través de los huecos de las contraventanas y formaba rayas en el suelo, en el perro, en el príncipe y en una extraña criatura hecha de metal que se había desplomado tras el respaldo de la única silla. De pie, se limpió las manos en los leotardos y dijo, de repente:

—¿Qué es esto? ¡Es una cota de malla! —Pasó los dedos por los gruesos eslabones de hierro—. Una capa acolchada. Un casco. ¡Dios de los cielos! Una buena y robusta lanza. Una espada. Una funda. —Un escudo en forma de lágrima, sin marcas y sin color: adecuado para un soldado de caballería. Lo levantó y colocó el brazo izquierdo entre las correas para probar el peso y el equilibrio. Desenvainó la espada.

—¡Ay, Señora! —murmuró ella con los ojos puestos en semejantes riquezas. Era mucho más de lo que le había pedido a Thiadbald: solo le había pedido una espada y un casco.

—¿Pero qué es esto? —preguntó él.

Liath encontró el cinturón del maestro Hosel entre su equipo y deslizó la funda por él; luego, con sus manos abrochó el cinturón alrededor de la cadera de Sanglant mientras a ella le salía las lágrimas provocadas por la generosidad de los Leones.

—Es tu regalo de la mañana. —Le quitó el cinturón y retrocedió, recordando las palabras que le había dicho Lavastine: «Si caminas a través del fuego, la llama te

consumirá».

Él le dedicó una sonrisa cortante.

—Dejemos que ellos declaren que no estamos casados, si así lo desean, pero Dios ha sido testigo de nuestro juramento y Dios cumplirá nuestra palabra. —Con la cara de Liath entre sus manos, la besó en la frente.

Había dos velas sin encender en la cámara. Las dos llamearon de repente y él se rio, la balanceó de un lado a otro y se desplomaron sobre la cama. Era una señal de su desgracia que, incluso al final de la tarde con los preparativos de un banquete en marcha y el palacio plagado de sirvientes y nobles, nadie les molestase.

Después, él se acostó con una pierna sobre las nalgas de ella y la cabeza vuelta mientras examinaba la espada, buena, fuerte, de hierro, para la guerra, no para exponer.

—¿De dónde viene todo eso?

—Los Leones sentían que me debían un favor, pero te respetan a ti más de lo que me agradecen a mí. Este es un tributo hacia ti... y hacia tu reputación.

Él se volvió para sentarse y se frotó la frente con una mano.

—Si no la he destrozado ya por completo a estas alturas. —Dobló las rodillas y golpeó la cabeza contra ellas, demasiado inquieto como para estar parado—. ¿Por qué no me di cuenta antes? No hay rastro del aroma de Corazón Sangriento a tu alrededor. Nunca lo ha habido. Sin embargo, atacó a los perros de Lavastine. No se trataba de una víbora..., aun así, ojalá hubiera sido una víbora, si me equivoco de olor... —Desde el suelo, el perro gimoteaba nervioso e intentaba ponerse en pie, pero no tenía fuerza suficiente. Sanglant se tiró del pelo, lo juntó en una única y densa cola tan tensa que le hacía demasiada presión en el cuero cabelludo y la soltó—. Ningún Águila puede cumplir con justicia mi mensaje. Ningún Águila conoce el aroma de Corazón Sangriento o puede buscarlo entre los arbustos. Debo ir tras él yo mismo.

—Chsss. Por supuesto que debes, pero yo cabalgaré a tu lado.

—¡No te dejaría aquí sola! —exclamó indignado. Entonces gruñó y cerró los ojos, desesperado—. Pero no tengo caballo, si no es por mi padre. ¡Ojalá me hubiera nombrado a mi margrave de Eastfall y hubiera enviado a Sapiencia a Aosta! ¡Entonces nos hubieran dejado en paz!

—Si es que se puede hallar paz en las tierras fronterizas, con los bandidos y los asaltantes quman.

—Si mi corazón está en paz, yo estaré en paz sin importar lo problemas que puedan aparecer. —Enterró su cara en el cuello de Liath.

El perro aulló. Ella oyó voces. Sanglant cogió la túnica y la puerta se abrió de repente para que entrara...

—¡Conrad! —exclamó Sanglant, que saltó de la cama y se quedó desnudo en medio de la cámara—. Bien hallado, primo. Antes no os pude saludar como merecíais. —Ella no pudo si no admirar su despreocupación, y su retaguardia, incluso mientras recogía como mejor podía la ropa bajo la colcha.

El hombre que acababa de entrar hizo que se retiraran sus sirvientes. Tenía una risa profunda, resonante y una voz parecida.

—¿Es este el saludo que merezco? Ruego que me disculpéis, primo. —Pero no parecía dispuesto a irse. Liath estaba avergonzada y furiosa. Después de ocho años sola con papá, no estaba acostumbrada al público continuó, aunque Sanglant sí lo estaba—. Tienes una novia escondida por ahí en algún lado, por lo que veo. Alcancé a verla cuando entraste y confieso que estoy impaciente por conocerla, ahora.

Sanglant se tomó su tiempo para vestirse y no se apartó del camino del otro hombre.

—Dejemos las cosas claras. Es mi esposa.

—¿He dicho lo contrario? Seguro, primo, que no pensáis que pretendo robárosla, como sí haría si solo fuera vuestra concubina. ¡Ah!, ¿pero esto qué es?

Ella se deslizó fuera de la cama, se estiró la túnica y se puso derecha. El duque Conrad, en persona, era como Sanglant pero más bajo y más ancho. Tenía el mismo tipo de impaciente vigor que Henry y las manos fuertes de un hombre que acostumbra a agarrar una lanza y un escudo. Él dio un paso hacia delante, le cogió la mano y le dio la vuelta para ver la palma más clara y luego la mantuvo sobre la suya. Su piel tenía un tono diferente: donde ella tenía un moreno dorado como si el sol hubiera quemado la piel, él tenía un matiz más amarillo oliva.

—¿De qué familia sois?

Ella apartó la mano. Él apenas era un poco más alto que ella, pero Liath se sentía menuda a su lado.

—La prima de mi padre es la señora de Bodfeld. No conozco a la familia de mi madre.

Él la malinterpretó.

—Sin duda, entonces, una puta de Gyptos. Eso lo explicaría. ¿Cómo ha llegado ella a vos, primo? —Tenía un rostro sincero y una risa fácil.

—Los Dioses me la han traído —replicó Sanglant, con aspecto enojado.

—Entonces a quienes han unido los Dioses, que ningún hombre ni mujer, ni siquiera los gobernantes, los separen. —También era de enfado rápido. Bullía, el sonrojo le llegaba al cuello y los tendones estaban marcados—. Cabalgad conmigo, Sanglant. Os ofrezco un lugar en Wayland.

—¿Cabalgar con vos?

Conrad respondió con rabia.

—Henry rechazó mi pedida de mano. No me dejará casarme con Theophanu. —Juró de mil maneras, describiendo lo que, en su opinión, podía hacer con sus caballos y sus perros y todas las ovejas con las que se podía cruzar en el transcurso de sus viajes. Liath se sonrojó—. ¡No veo razón para quedarme a comer y beber con un hombre que no confía en mí para casarme con su hija! ¿Qué decís?

—¿Qué tipo de lugar? ¿Cómo capitán de vuestro séquito?

Conrad se rio, pero con cierta sutileza encubierta, maliciosa y dulce.

—No, primo. Tenéis una reputación demasiado feroz y soy demasiado respetuoso con vuestro rango. Tengo unas tierras que he obtenido en una disputa reciente que puedo asignar a alguien que quiera apoyarme, incluso en contra de los deseos del rey.

—No haré una guerra en contra de mi padre —dijo Sanglant con tesón.

La puerta aún estaba abierta. Conrad hizo una señal a sus sirvientes para que la cerraran.

—No hablo de guerra, ni de Henry. Aunque estuviera tentado, no tengo suficientes apoyos.

También podía haber pronunciado el «aún»: estaba en el aire claramente.

—No haré una guerra contra mi padre —repitió Sanglant.

—Ni tampoco os lo pido —gruñó Conrad con impaciencia—. Me marchó por la mañana. Vuestra novia y vos podéis acompañarme o no. Como deseéis. —Miró a Liath una vez, como mira un hombre poderoso que se ha acostado con muchas mujeres y que pretende hacerlo con muchas más, y cuando Sanglant carraspeó, rio—. Eso he oído, pero no lo pude creer. ¿Es cierto que habéis vivido un año entre perros, mi señor príncipe? —Levantó una ceja, al ver la rabia de Sanglant—. Sin embargo, los perros no son muy distintos a los nobles que pululan alrededor del trono, ¿verdad?

Con eso, hizo una señal a sus sirvientes para que abrieran la puerta y se fue. El fuerte resplandor del sol de la tarde nubló los ojos de Liath, que tuvo que taparse con un brazo hasta que un León cerró la puerta desde fuera.

Sanglant comenzó a pasear y abrió una de las contraventanas para que entrara aire en la habitación.

—Te ha ofrecido tierras —dijo Liath, observándolo. Prefería no pensar en eso: tierra, propiedades, un lugar donde vivir en paz.

Él se dio media vuelta y se apartó de la ventana para recoger con impaciencia el contenido de la bolsa de su cinturón, que se había caído al suelo por las prisas al vestirse. Encontró un peine, y con él en la mano, la condujo a ella hacia la silla, la sentó y le deshizo el moño. Con un suspiro de satisfacción, empezó a peinarle el cabello, que le llegaba hasta la cintura. Las caricias la tranquilizaron.

—No confío en él —dijo él mientras se ocupaba de un nudo—. Pero tienes razón. Me ofrece tierras. No se opondrá a mi matrimonio contigo. Y a diferencia de las demás almas de esta tierra, a él no le importa que mi padre se oponga.

—¿Nos iremos con él por la mañana?

—¿Tenemos otra opción? —Para esa pregunta, ella no tenía respuesta.

—Has hecho el ridículo, Hugh.

La margravina Judith no se andaba con rodeos cuando estaba enfadada y en ese momento el enfado era mayúsculo. Ivar se había arrimado a una esquina de la espaciosa cámara reservada para ella y se agarraba a un Baldwin igual de asustado. Ella ya había golpeado a Baldwin en otra ocasión por no apartarse de su camino: aún tenía la mejilla enrojecida por la bofetada. Estaba tan enfadada que Ivar ni siquiera podía alegrarse un poco de sus reproches contra Hugh, los cuales le expresaba ante todos los de la casa.

De todas formas nadie parecía estar disfrutando. Los sirvientes y cortesanos admiraban y querían a Hugh, quien trataba a todos con la misma gentileza y la misma y perfecta amabilidad.

En ese momento Hugh tenía las manos cruzadas tras de sí, una magulladura poniéndose violeta en una mejilla y la mirada fija no en su madre, sino en un llamativo ramillete de flores blancas y rosas del exterior que impedía que la luz del sol de la tarde entrara por la ventana abierta.

—Tu comportamiento me ha avergonzado —continuó sin misericordia—, y que los Dioses me ayuden, puede haberte hecho perder tu influencia sobre la princesa Sapientia. ¡Insensato! ¡Pero más insensata he sido yo por pensar que podía educar a un hijo que no fuera presa de la debilidad masculina! ¿Qué esperanza aguarda a un hombre si se vende por la devoradora lujuria que siente hacia una mujer de nacimiento desconocido y que no supone ninguna ventaja para su familia, ni para los de su clase? Su poder sobre ti es proporcional al deseo que sientes hacia ella.

—Pero es que ella tiene poder —dijo en voz baja, aún enrojecido—. Más poder de lo que nadie por aquí pueda saber o sospechar. Excepto Wolfhere.

—¡Poder! Un rostro bello no es poder. Reconozcamos que su padre era hechicero, tal y como todos afirman ahora, reconozcamos que la sangre de hechicera le haya dado poder, pero de todos modos, ¿de qué te sirve si te has convertido en su prisionero a cuenta de esta impropia obsesión?

—Me pertenece —dijo con tanto fervor que un escalofrío recorrió la espalda de Ivar como si fueran los dedos del Enemigo, directos al corazón en busca de debilidad.

—Ella es del príncipe Sanglant, como es evidente para todos a los que la lujuria no ha cegado.

—¡Nunca será suya! —Extendió la mano de repente, destrozó el espléndido ramillete de flores y comenzó a hacerlo pedazos. Los pétalos caían a su alrededor.

—¿Te ha hechizado? ¿Ha lanzado algún tipo de encantamiento sobre ti? Dicen que su padre era un monástico malogrado que jugaba con las artes negras y con el vientre de una puta jinna, y que pagó por sus pecados cuando se lo comieron vivo los subalternos del Enemigo. Así tendría sentido que ella hubiera aprendido de él algunos trucos antes de que muriera.

—Sí —dijo Hugh con la voz quebrada—, me ha hechizado. —Apretó las dos manos. Asombrosamente, empezó a llorar con rabia y frustración... había perdido por completo el control sobre sí mismo.

Liath le había hecho esto.

Ivar no pudo evitar regocijarse de la cólera y humillación de Hugh. La Sagrada Madre le había infligido este castigo por su arrogancia, pero cuando pensó en Liath se le encogió el corazón.

¡Ella no se había dado cuenta de su presencia! Ni dos días antes cuando llegó por primera vez al séquito del rey, ni el día antes, cuando el rey sentenció que seguiría a su servicio y tampoco ese mismo día, al volver desafiando la orden del rey. ¿Con qué derecho lo había ignorado a él, que había hecho todo lo posible por ayudarla? ¿El amor que se habían prometido no significaba nada para ella? ¿Qué tendría el príncipe Sanglant que él no tuviera...?

—Chsss —dijo Baldwin, mientras le acariciaba el brazo para distraerlo, dado que no se había percatado de que estaba farfullando en voz alta—. No llames la atención hacia nosotros, o me volverá a pegar.

—¿Cómo lo puede querer? —soltó Ivar.

—Es normal que una madre quiera a su hijo.

—No me refería...

La margravina Judith se puso en pie y los dos jóvenes instintivamente se estremecieron y retiraron, pero ella ni siquiera los miró. Cogió un elegante cuenco de plata con agua y lo lanzó entero sobre la cara de Hugh.

—¡Contrólate! —Puso el cuenco en su sitio con total serenidad y se sentó—. Creo que por poco no llego a tiempo.

La impresión hizo que Hugh volviera en sí. Tembloroso, se secó la cara con una manga.

—Arrodíllate ante mí. —Lo hizo despacio—. ¿No soy yo la primera en tu corazón? —preguntó ella con un tono grave.

—Vos sois mi madre —respondió suavemente.

—Te tuve dentro de mi cuerpo, te di a luz con muchas dificultades y te eduqué con atención. ¿Así me pagas mis esfuerzos? —Él empezó a hablar, pero ella lo interrumpió—. Ahora préstame atención. Hace tres años tuve que aceptar enviarte a la Marca Norte tras el incidente en Zeitsenburg. Por aquel entonces me juraste que no habría más incidentes como aquel y, aun así, ahora te encuentro liado con la joven

hija de un hechicero. ¿Has contradicho mis deseos al respecto? ¿Hugh?

Tercamente, no contestó.

El bufido de Judith, entre dientes, hizo que Ivar se estremeciera por el miedo.

—¡La corte es una mala influencia para ti! Todavía le guardas rencor personal al príncipe, ¿verdad? Porque él, un bastardo, ha obtenido un poder en el mundo secular y tú no, ¿es eso verdad, Hugh?

Hugh agarró su túnica con una mano y se dobló sobre una rodilla. La otra mano permanecía libre, sobre las tablas del suelo, con la palma hacia abajo para sujetarse. Respiraba con virulencia y parecía que había fijado la mirada en algo invisible al resto de los presentes en la sala.

—¡Ella se entrega con gusto a él tras rechazarme a mí...!

Ella estiró una pierna, le tocó bajo la barbilla con la punta de la sandalia y le inclinó la cabeza hacia atrás para que así la mirara.

—Los celos te han enloquecido. —Opinó de la misma forma que haría una noble señora que examina sus reses y comprueba que algunas tienen las pezuñas enfermas: con calma, pero con cierto disgusto por su mala suerte—. Sus hechizos han afectado tu mente.

Bajó la pierna y se puso en pie.

—Iros —dijo a los cortesanos—. Comentad todo esto con las gentes de por aquí, todo lo que habéis escuchado aquí... que esa chica lo ha envuelto con encantamientos malignos. Mirad en qué lo ha convertido. Todos nosotros conocemos las elegantes formas del padre Hugh. Este no es su estado natural. —Salieron disparados obedientemente.

»Calentádle un baño para que podamos eliminar parte del veneno —dijo ella y media docena de sirvientes se dirigieron rápido a la sala adyacente. Entonces se dirigió a su séquito—. Lord Atto, no he olvidado el asunto del semental del rey, Potentes. Yo misma he hablado con el rey y si esa yegua zaina vuestra entra en celo mientras seguimos con el séquito del rey, podréis intentar cruzarla con Potentes. Si así lo deseáis, id a hablar con el encargado de las caballerizas del rey para organizarlo.

Lord Atto se lo agradeció efusivamente mientras se retiraba, pero Judith ya le había hecho señales a una de sus sirvientas para que se acercara.

—Hemma, he considerado la cuestión de los esponsales de vuestra hija y creo que para ella será bueno casarse con el hijo del ministro Oda. Tengo en mente regalarle esa pieza de elegante lino que encontramos en Quedlinhame. Si queréis aseguraros de que está empaquetada y preparada, os la enviaré con los mensajeros que regresan al este, así vuestra hija dispondrá de tiempo para hacerse alguna ropa para el banquete nupcial.

Con diferentes pretextos, los envió fuera hasta que solo quedaron Hugh, las dos sirvientas más ancianas, Baldwin, Ivar y ella. Las agradables maneras desaparecieron y habló con dureza:

—Ahora me vas a decir realmente que significa todo esto —cogió la barbilla de Hugh con una mano y la volvió para que la mirase de frente—. Me cuesta mucho creer los rumores que he oído. ¿Intentaste matar a la princesa Theophanu? Después de que te lo hubiera prohibido en Zeitsenburg, ¿has vuelto otra vez a manchar tus manos con uniones y trabajos, con toda esa corrupción que tú llamas brujería?

La luz que entraba por la ventana abierta moteaba la cara de Hugh, manchando con sombras y luces, la magulladura que estaba amarilleando. Su expresión, manifiestamente angustiada, sufrió varios cambios catastróficos mientras miraba a su madre, que había concentrado toda su fuerza de voluntad sobre él. Todo su cuerpo se estremeció y cayó postrado a los pies de su madre.

—Os lo ruego, madre —susurró—. Perdonadme. He pecado.

Ella gruñó, como única respuesta; parecía esperar más.

»¡Ay, Dios! —oró él—. Líbrame de la tentación. —Escondía la cara con las manos—. Ahora sé que me ha pasado. Fue una trampa que me tendió su padre. En cuanto la vi, ardí en deseos de poseerla a pesar de que, en mis oraciones, día y noche les rogaba a Nuestra Señora y a Nuestro Señor que me protegieran. Pero él me atrapó e, incluso después de morir, yo no podía escapar de ella.

Su madre parecía indiferente a semejante recital. Ivar no podía adivinar si le estaba creyendo, pero parecía satisfecha.

—Eres tan aburrido como un abad —acabó por decir— y cuando un hombre de tu inteligencia se vuelve aburrido, el Enemigo envía a sus subalternos para que lo tienten. Y, de hecho, una simple abadía no es la posición que te corresponde por tu linaje.

Levantó la mirada, con los ojos extrañamente secos después de su confesión entre lágrimas.

—¿Qué queréis decir?

—Hugh, obedece mis deseos y tendrás más. —Con una mano le agarró la oreja y la volvió hasta casi el punto en el que le hubiera causado dolor y con la otra pasó un dedo cariñosamente por los labios húmedos de Hugh y con el mismo dedo tocó sus propios labios, como si sorbiera la dulzura de su hijo—. Nunca te he fallado, Hugh. Te he dado todo lo que me has pedido.

—Así es —dijo él con suavidad. Titubeó, pero no añadió nada más.

Ella lo soltó, retrocedió y dejó que él se pusiera en pie.

—No me vas a fallar. No la volverás a ver y podremos salvar tu reputación.

Él inclinó la cabeza con humildad.

—Soy vuestro obediente sirviente, mi señora madre.

Ella miró a Baldwin e Ivar supo, con un dolor repugnante en el vientre, que eso también era un mensaje para su joven marido: a los que vivían en su círculo de poder no se les permitía desobedecer.

Baldwin inclinó la cabeza y repentinamente se sumergió en una apasionada oración. A medio camino, empujó suavemente a Ivar con el pie e Ivar, asustado y al

ver a Hugh darle a su madre un beso en cada mejilla y retirarse a la sala donde le esperaba el baño, también juntó las manos y se unió a la oración en susurros: «Nuestra Madre, que estáis en los cielos...».

Al verlos tan ocupados, Judith abandonó la cámara seguida muy de cerca por sus sirvientas y con un esbelto y sigiloso galgo detrás. Sin lugar a dudas, había decidido que había llegado el momento de aventurarse en el campo de batalla para salvar la reputación de su hijo. ¿Qué sería de Liath?

¡Ay, Señor! Liath.

—No estás concentrado —murmuró Baldwin, que parecía ofendido.

—¿Qué pasará con ella? —musitó Ivar.

Esta vez, Baldwin lo entendió.

—¿La deseas carnalmente, Ivar? —Apoyó una mano en el muslo de Ivar. La suave respiración, como el suspiro de un ángel, le rozó el cuello.

Ivar se estremeció convulsivamente.

—¡Dios me ayude! —rogó. Le dolía mucho pensar en ella. Era más fácil hundirse en pensamientos sobre Dios. Se puso a rezar con espíritu de venganza y, tras una pausa, Baldwin se unió a él.

El rey no los citó al banquete de celebración del regreso de Theophanu y de la llegada del duque Conrad. Ningún mayordomo real consideró adecuado llevarles fuentes con las selectas exquisiteces del festín, pero los soldados sí les trajeron ofrendas: pan, nabos cocidos, cerdo asado y verduras; era la comida que como militares podían esperar y que compartirían generosamente con un capitán al que admiraban y respetaban y con un Águila desacreditada con la que tenían que ser agradecidos por varios motivos.

Las horas del crepúsculo en verano eran largas y lentas y, mientras Sanglant le trenzaba el pelo, Liath escuchaba el dulce cantar de los clérigos en la sala en la que entretenían al rey con el himno que honraba la Ascensión de santa Casceil, festividad que guardaban.

La sagrada santa Casceil peregrinó desde su hogar en la lluviosa Alba hacia las costas desérticas de Sais el Joven. Allí, en el este moró en bendita soledad con un manso león como única compañía y allí se arrodillaba día tras día bajo el constante azote del sol del desierto, mientras los ángeles la abanicaban con sus alas para refrescar su frente y su cuerpo. Sin embargo, el calor, consumió tanto su sustancia mortal y sus sagradas oraciones enardecieron su alma con tanta pureza y verdad que el viento levantado por las alas de los ángeles, que también era el gentil suspiro de Dios, la elevó a los cielos. Allí encontró su lugar entre los justos.

Trenzar el pelo que había peinado momentos antes le dio a Sanglant algo que hacer con las manos, aunque cambiaba el peso de un pie a otro sin descanso, por lo que parecía a punto de empezar a hablar con suaves gruñidos. Ella le había dicho todo lo que creía que le tenía que decir, a pesar de lo cual no habían llegado a ninguna conclusión: ¿se irían con Conrad, o no?

—Mi señor príncipe. —Hathui estaba en la puerta. Liath podía sentir el olor a comida en ella. El acre aroma de las especias y salsas hacían agua la boca de Liath.

Él asintió con la cabeza para que entrara.

—¿Traéis un mensaje de mi padre?

—Vengo en mi propio nombre, para hablar con mi vieja compañera Liath, si me lo permitís.

—¡Es ella la que debe decir: yo no decido por ella! —dijo él mientras ataba la trenza y se apartaba de Liath.

Liath se levantó cuando Hanna entró en la sala detrás de Hathui. La insignia que parpadeaba en el cuello de su corta capa de verano parecía una acusación. Hanna había abandonado Kinfolk, el hogar y todo lo que era familiar para ella para seguir a Liath y, aun así, Liath se había alejado de un juramento conjunto para dedicar su vida a Sanglant. Hanna había estado llorando y Hathui parecía solemne.

—Esta es... esta es... mi compañera... —Liath balbuceó. No quería ignorar a Hanna como si fuera una simple sirvienta, aunque no sabía si un príncipe y un Águila rasa podrían encontrar algún terreno en el que sentirse como iguales. ¡Ay, Señora! ¿Alguna vez se había considerado a sí misma realmente como «Águila rasa» o más bien como una igual a los grandes príncipes por una cuestión intangible heredada de la actitud y educación de papá? ¿Alguna vez había tratado realmente a Hanna como a una igual a lo largo de todos estos años en los que Hanna había ofrecido amistad generosamente a una chica extranjera sin amigos?

Estaba avergonzada.

—Esta es el Águila que sirve a Sapiencia —dijo Sanglant en medio del silencio que provocó su titubeo—. Se llama Hanna. ¿No la conociste en el Descanso del Corazón? —Él miró a Hanna—. Allí llamasteis a mi esposa «amiga», creo.

—Mi señor príncipe —dijo Hanna, que se arrodilló de repente. Hathui, con una sonrisa tensa, seguía de pie, aunque inclinó la cabeza en señal de respeto. Entonces, Hanna vio al perro eika y retrocedió de un salto para colocarse al lado de la mesa.

—No temáis —dijo Sanglant—. No tiene la fuerza necesaria para haceros daño.

—¿Vivirá? —preguntó Hathui suavemente.

—Podéis decirle a mi padre que lo alimentaré como me sea posible, ya que es la única de mis posesiones que no me ha llegado gracias a su poder.

Sus ojos destellaban.

—¿Debo decírselo con esas exactas palabras, alteza? Humildemente le aconsejaría no hacerlo, dado que el rey sigue sin estar de buen humor con vos.

—Habéis hablado claramente, Águila. Decidle a mi esposa lo que habéis venido a hablar con ella, yo no interrumpiré.

Hathui asintió con la cabeza y comenzó.

—Deberías haber cabalgado con Wolfhere, Liath. ¿Cómo puedes haber viajado con el séquito del rey durante tantos meses sin haberte dado cuenta de la mina de intrigas que es esto? ¿Cómo vivirás aquí con el rey en tu contra y sin apoyos para el príncipe? ¿Qué dirás cuando los príncipes y los nobles vengan a solicitar favores, para ganar la atención del príncipe? Siempre habrá quien venga a suplicar a vuestra puerta, mendigos, leprosos y todo tipo de pobres y enfermos en busca de curación, y señoras y señores de la nobleza que desearán que vuestra influencia les consiga una

audiencia con el rey o con sus hijos... o que deseen que el príncipe influya a favor de sus causas, sean justas o no.

Igual que Conrad. Liath cogió el peine que estaba sobre la mesa. Una cosa tan sencilla y tan bien hecha. En la superficie de hueso, un par de dragones enroscados grabados, con marfil y perlas en el asa, señalaba a Sanglant como un gran príncipe que no desenredaba el pelo con astillas o con un sencillo peine de madera, sino con algo creado por un maestro artesano.

Hathui continuó.

—El padre Hugh ha sido acusado de brujería por la princesa Theophanu, pero si te llaman a testificar ante el rey en su contra, ¿cómo harás cuando la ira de la margravina Judith se vuelva contra ti? ¿Qué pasará si también te acusan de brujería? El rey nunca permitirá que te reconozcan como la esposa del príncipe Sanglant. Todo lo que he enumerado antes solo lo sufrirás como concubina, aún sin tener la consideración legal de esposa. ¿Crees que el juramento y la libertad de un Águila, solo en manos del rey, es un intercambio justo para el lecho de un príncipe?

—Liath —susurró Hanna—, ¿estás segura de que es sensato?

—¡Por supuesto que no es sensato! —replicó ella.

Sanglant estaba de pie junto a la ventana mirando hacia fuera. El viento le removía el pelo y la luz gris hacía de su perfil una máscara orgullosa: el arco de la nariz, los latos pómulos, el conjunto de la mandíbula imberbe. No hizo ningún movimiento para interferir.

—Por supuesto que no es sensato —repitió Liath con amargura—. Es así. Y no lo voy a dejar. Oh, Hanna. Tú me seguiste desde el Descanso del Corazón y ahora te abandono... —Cogió las manos de Hanna, quien resopló, aún pálida, y la abrazó de repente.

—¡Como si yo solo hubiera hecho el juramento de los Águilas para seguirte! A lo mejor quería ver algo más de mundo. A lo mejor quería escapar del joven Johan.

Liath se rio de modo vacilante, más como si sollozara. El cuerpo de Hanna le resultaba familiar y le daba seguridad, allí junto a ella.

—A lo mejor así fue. Lo siento.

—Sigo pensando que estás siendo una tonta —susurró Hanna—. Mi madre nunca hubiera permitido que ninguno de sus hijos se casara por... bueno...

—¿Porqué?

Hanna habló tan suavemente que Liath, pegada a ella, apenas pudo oírla.

—Solo por lujuria. Se podría decir que has ganado ventaja al atraer su interés, pero tú no le aportas nada, nada que sea útil para él...

Sanglant se rio sin apartarse de la ventana y Hanna enrojeció de furia.

—Más utilidad de la que nadie de todos los de por aquí puede imaginarse —dijo él como si se dirigiera a los arbustos—, aunque confieso abiertamente que no soy inmune a las debilidades de la carne.

—Pero nadie se casa solo por... —Hanna balbuceó y se detuvo—. Mi buena

madre siempre decía que para Dios el matrimonio es una herramienta útil, no un cama de placer.

—¿Debemos ser buenas, o útiles? —preguntó Hathui con sarcasmo.

—¿Debemos ser charlatanes como los clérigos? —replicó Sanglant—. Debemos procurar que las cosechas reporten ganancias, que nuestras fronteras estén libres de bandidos y asaltantes, y que nuestros criados tengas alimentos y sus hijos estén sanos. ¡Y debemos rezar a Dios para que nos libre de los inhóspitos perros que nos muerden los talones!

Hanna se separó de Liath como si le hubieran dado una bofetada. Hathui asintió con la cabeza de manera cortante.

—Si deseáis que nos vayamos, alteza.

—No. —Sacudió la cabeza con impaciencia y al final se volvió bruscamente para mirarlas—. Eso no es lo que pretendo que hagáis, aunque sí me gustaría que lo hicieran los nobles que rodean la corte. Os lo ruego, no os ofendáis por mi tosca forma de hablar.

—No sois tosco, señor, si no franco. —Hathui sonrió de modo encantador.

—No soy tan elocuente como mi esposa —dijo él, con un orgullo que maravilló a Liath.

En ese momento Liath tenía preocupaciones más acuciantes. Tiró de la manga de Hanna.

—Ven conmigo fuera, Hanna, te lo ruego. No estoy acostumbrada a... con tanta gente...

Había caído en desgracia, pero no estaba en prisión, y aunque prefería utilizar los excusados construidos en el borde de las murallas antes que el pozo de la cámara, no se atrevía a aventurarse sola fuera por miedo a encontrarse con Hugh. Hanna parecía más alegre en el exterior de la cámara cerrada, o lejos de Sanglant. Los sirvientes deambulaban por los jardines señalando y susurrando.

—¿Crees que soy una insensata, Hanna? —El constante escrutinio la hacía sentir incómoda. Su entrada en escena como esposa declarada de Sanglant la había convertido en un foco a la vista de todo el mundo.

—Sí. Es mejor servirlo como Águila que como su amante. Como Águila estás unida al rey por juramento. Como amante, te puede apartar de él cuando se canse de ti y entonces, ¿adónde irás?

—¡Hablas como Wolfhere!

—¡Sí, como Wolfhere! —Hanna esperaba a un lado mientras Liath utilizaba los excusados, pero se incorporó en cuanto Liath se le acercó—. Wolfhere se hizo Águila durante el reinado del rey Arnulf. Todos saben que él era uno de los preferidos de Arnulf. Entonces, Henry subió al trono y apartó a Wolfhere de la corte... ¡Pero no pudo expulsarlo de los Águilas! Hasta ahí llega la seguridad de un Águila.

—Ninguno de nosotros se encuentra seguro —murmuró Liath, al recordar los huesos limpios que encontró en la cuneta de un camino.

Se asomó por encima de las murallas para observar los campos alrededor. El viento del final de la tarde le refrescó la cara. Bajo el acantilado, el río se perdía serpenteante en la oscuridad del bosque. Los campos parcheaban la tierra más cercana con estrechas franjas de exuberantes cultivos: judías, algarroba y cebada. Unas figuras pequeñas caminaban por un pueblo que desde su posición solo parecía estar a un tiro de piedra, aunque ella sabía que se encontraba mucho más lejos. Los nubarrones de la mañana habían desaparecido hacía mucho tiempo hacia el nordeste y el cielo estaba claro; la luna ya había se encontraba a medio camino del cenit. El sol ya se había puesto, pero su resplandor aún coloreaba el cielo por el oeste. El brillante Somorhos se encontraba bajo en el horizonte. El cielo todavía brillaba mucho para poder ver a las estrellas más resplandecientes del cielo de verano: el cielo de la Reina.

—¿Seré reina? —murmuró y, entonces, le consternó tanto la idea de presidir la corte, en realidad, una mina de intriga, que se estremeció.

—¿Tienes frío? —Hanna le pasó un brazo cordial por los hombros. Un estruendo de risas surgió de la gran sala, que estaba escondida detrás de ellas entre la torre de la capilla y los establos.

—Es solo porque él no puede gobernar —dijo Liath de repente—. Si él tuviera alguna ambición sería rey después de su padre, ¡yo no lo soportaría!

Hanna rio de repente.

—Si tuviera alguna ambición de ser rey, ¡nunca se hubiera casado contigo! Se hubiera casado con una noble cuya familia lo apoyara a él.

—Yo merecía eso, ¡supongo!

—Quizá él tenga razón. —La expresión de Hanna escondió la tensión con preocupación y sorpresa—. Tú no eres lo que parece, Liath. Tal vez él es más sabio que todos nosotros. Dicen que la sangre aoi te afina en la magia igual que un poeta afina su lira antes de cantar porque sabe qué sonidos son los más dulces.

—¿Eso dicen?

—Algunos en la corte dicen que el príncipe Sanglant se volvió tan extraño durante el cautiverio eika porque los encantamientos le contaminaron la mente. Por eso es por lo que... —Se detuvo y sonrió como disculpa—. Por eso se comporta como un perro. Los perros pasaron a formar parte de él o él de los perros, como si fuera un hechizo creado contra él por el jefe eika.

Llegó sin hacer ruido y se posó en un irregular afloramiento de rocas. Al principio Hanna no lo percibió, pero Liath vio al búho al momento.

Soltó con cuidado el brazo de Hanna y dio un paso prudente hacia delante y se arrodilló.

—¿Quién sois? —preguntó al búho.

Los grandes ojos dorados parpadearon, pero no se movió.

—Liath —susurró Hanna—. ¿Por qué hablas con un búho?

—Este no es un búho normal. —Mantuvo la mirada fija en el ave, que tenía penachos de plumas en las orejas y un pelaje de plumas moteadas, con vetas blancas

en el pecho. Era el búho más grande que había visto nunca, a pesar de haber pasado tantas noches en silencio contemplando las estrellas, y así podía ver con su aguda visión nocturna a los animales que se despertaban y alimentaban durante la noche—. ¿Quién eres?

El ululato del búho resonó como un aviso.

—¿Quién? ¿Quién? —Despegó de la roca y se alejó.

—¡Águila! No pensaba que os fuerais a ausentar durante tanto tiempo. —La princesa Sapiencia apareció con un puñado de sirvientas, justo a la salida de los excusados.

—¡Alteza! —La expresión de Hanna traicionó su sorpresa no menos que su voz.

—¿También os ha embrujado a vos? —preguntó Sapiencia cuando Hanna se arrodilló ante ella. Liath titubeó, pero consideró prudente arrodillarse también—. ¡Enorgullecida por la atención de mi hermano!

—Os ruego que me disculpéis, alteza, por haber permanecido tanto tiempo lejos de vos —respondió Hanna con voz tranquila—. Nos conocemos desde antes de ser Águilas. Casi somos como familia...

—Pero no sois familia.

—No...

—Sois una mujer libre, buena y honesta, Hanna. Sin embargo, nadie sabe qué es ella. —Hizo una señal a un par de guardias que se habían mantenido detrás respetuosamente—. Traedla.

—¡Debo regresar...! —empezó a decir Liath.

—Debéis venir conmigo. —Los ojos de Sapiencia brillaban triunfantes—. ¡Águila, con el resto de nosotros no os saldréis tan fácilmente con la vuestra!

—Sanglant.

Pero el viento llevó su voz hacia la bahía de aire del exterior de las murallas, donde el acantilado descendía hasta la tierra. Pelear solo hubiera provocado otra escena y haría su vida aún más difícil, así que fue, aunque se arrepintió de haberlo hecho en cuanto Sapiencia se dirigió directamente a la sala, que estaba plagada de todos los cortesanos posibles, aparte de sus criados y sirvientas sentados en mesas de caballetes en el exterior. Con el duque Conrad y la Margravina Judith y varias señoras locales que se habían acercado para mostrar sus ofrendas al rey y para a cambio compartir su generosidad, el séquito del rey se había convertido en un campo lleno de vida en el que cientos de personas se apretujaban impacientes por disfrutar de la noche, sin importar la forma de entretenimiento. Y cuando Sapiencia la condujo hasta la gran sala, tan llena de gente que parecía estar hasta los topes, hubiera jurado que todas las miradas se volvieron para inspeccionarla. Tuvo náuseas, que desaparecieron cuando el brazo de Hanna le rozó el codo, lo que supuso su último, y más breve, apoyo.

Por supuesto, todos habían estado bebiendo. Era un banquete y el vino fluía libremente. El rey se levantó al verla y de repente supo, porque conocía las señales a

la perfección en el rostro de papá, que había bebido mucho, para ahogar las penas de su corazón.

Aunque no dejaba de ser el rey; eso se notaba en su porte y en su voz.

—¿La amante de mi hijo ha venido a mostrar sus respetos? —preguntó, e hizo un gesto hacia ella que hizo que cualquier alma de la corte que no la hubiera visto aún, la viera en ese momento.

—¿O se ha cansado de su nueva conquista? —dijo arrastrando las palabras la margravina Judith—. ¿O lo ha alejado de su lado como hizo con mi hijo en cuanto lo envenenó con su magia? —Su mirada asustaba tanto como la de un guivre y dejó de piedra a Liath. Hugh no se encontraba entre el mar de caras: todas la miraban, pero ella estaba segura, él se encontraba tras esta humillación.

—No nos corresponde a nosotros juzgar, sino a la Iglesia. —Sí, Henry estaba borracho, pero bajo un manto frío y enfadado y era capaz de controlarse tras las copas bastante mejor de lo que papá había sido capaz en alguna ocasión, aunque papá solo había sido un desgraciado padre. Henry era rey—. Sentaos a mi lado —continuó con una mirada de hierro, afilada como una espada—. Honremos a la amante real tal y como se merece, a ella que adorna la cama de mi hijo. —Sabía lo que estaba haciendo—. ¡Pero no vestida así! ¡No vestida como un Águila! ¿Mi hijo no os ha obsequiado con ropa adecuada para vuestro rango?

No preguntó para que le contestara; solo pretendía recordarle su poder, como si ella lo hubiera olvidado.

Theophanu se levantó de su asiento a la derecha de su padre. Una sirvienta se adelantó y la princesa le susurró algo al oído antes de volverse al rey.

—Majestad, tengo razones para estar en deuda con esta mujer. Permitidme vestirla de modo adecuado.

El golpe procedía de un origen inesperado. Henry vaciló, pero esa vacilación le dio tiempo a Theophanu a hacer señales imperiosas. Liath se escapó del círculo de los criados de Sapia y se introdujo en el ambiente frío, pero no desagradable, de los seguidores de Theophanu.

La condujeron a una cámara arropada bajo los aleros de la sala y de allí llegó la primera sirvienta sin aliento con los brazos llenos de ropa. Sacudió el fardo para exponer una enagua de fino lino y un vestido de seda índigo bordado con diminutas estrellas doradas de ocho puntas. La ropa se mecía como una estrella fugaz del cielo nocturno, pura y misteriosa.

—¡Nunca he vestido nada tan elegante! —susurró Liath sobrecogida, pero ellos la vistieron sin detenerse, le midieron el cuerpo: era tan alta como la princesa, pero más esbelta, y le pusieron como cinturón una sencilla cadena de eslabones de oro. Se declararon satisfechos con la situación de su pelo, pero como adorno le enrollaron alrededor de la nuca una red dorada de delicados tejidos de nudos salpicada de perlas.

—Dios tenga misericordia —murmuraron, al supervisarla—. No es de extrañar que el príncipe se haya quedado prendado de ella.

La condujeron de vuelta a la sala. Se sentía como si la llevaran al pozo de la humillación, pero eso no es lo que sucedió. Incluso Henry, interrumpido en medio de una frase que le dirigía a Sapientia, calló al verla. Todos callaron, todas las almas de la sala. Un instante después, cuando Theophanu se levantó para renunciar a su asiento junto al rey, todos comenzaron a hablar a la vez.

—¿No hay perros que la guarden? —La voz de Conrad, entrenada en la batalla, superó a la muchedumbre—. Yo no dejaría de prestar atención a un tesoro tan precioso.

Ella sintió cómo se le enrojecían las mejillas y cómo el rubor pasaba por sus extremidades y entonces deseó con furia enfriarse por miedo a causar una conflagración inoportuna y espantosa. El rey tenía una rara mirada y le ofreció su copa para que bebiera de ella. No se atrevió a rechazar el ofrecimiento. El vino le atravesó la garganta con su rico aroma y llegó al rojo vivo al estómago. Tenía que compartir la fuente del rey, un honor de tal distinción que la marcaba para siempre entre las personas presentes allí aquella noche. Nunca volvería a ser un ser anónimo, no al menos en el séquito del rey. Y lo peor es que los dedos del rey no dejaban de tocar y enredarse con los de ella en el plato por lo que, a pesar del maravilloso aroma y sabor de la comida, ella apenas pudo hacer que le bajara de la garganta, reseca por mucho vino que bebiera.

Hathui se coló en la sala y esperó con desaprobación tras la silla del rey. Hanna, atrapada por los servicios de Sapientia, solo podía lanzarle miradas desesperadas, incapaz de ayudarla. Las demás caras estaban desdibujadas.

Ante el rey luchaban unos hombres jóvenes y le lanzaban obsequios para competir por sus favores y ella tuvo que darle un beso al ganador: un muchacho musculoso cuyo aliento olía a cebolla. Los malabaristas y acróbatas entretenían y ella tuvo que colmarlos con monedas que le daban los mayordomos. Tenía que juzgar a los poetas que se acercaban con la esperanza de ganar el capricho, y el favor, del rey y este puso objeciones por varias razones a sus opiniones. Estaba sentado con los ojos medio cerrados y la observaba cuando no vigilaba a la corte. Rozaba con los brazos los de ella de vez en cuando, pero seguro que era por accidente, porque estaban sentados muy cerca. El dolor que le atrapaba el corazón no se iba.

—¿Cómo podéis honrarla, majestad —acabó por decir Judith, en el límite de su paciencia—, cuando mi hijo yace entre fiebres en su cámara, transpirando la contaminación que ella le ha provocado?

Henry se volvió desde su asiento para mirar a la margravina.

—Actuaré como corresponde, considerando las acusaciones vertidas ante mí el día de hoy. Ya he convenido un concilio de obispos que tendrá lugar en la misa de Matthias en Autum. Allí vuestro hijo y esta mujer serán llevados ante las personas más aptas para juzgar tales cuestiones. —Su mirada se posó de nuevo en Liath y brindó con ella con vino—. Sin embargo, como sabiamente me ha aconsejado mi querido primo Conrad, no dejaré que un tesoro así esté desatendido. Ella se quedará a

mi lado hasta entonces...

—¿A vuestro lado, primo? —gritó Conrad y soltó una carcajada—. ¿Será eso después de que el príncipe se canse de ella, o antes? Aunque yo también estoy muy asombrado de su belleza. No me avergüenza declarar aquí ante testigos que no me importa cuántas camas reales adorne, pues gustosamente la rescataré de vuestras manos cuando vos hayáis acabado.

Al reír Henry, otros nobles continuaron la broma, continuaron la apuesta: ¿Cuántos meses faltaban para que Sanglant se cansara de ella, o el rey, o Conrad? ¿Quién la tendría después?

¡Ay, Dios! La avergonzaba hasta la exasperación que se burlaran de ella de tal modo. ¡Preferiría estar girando sobre el Abismo a la espera de que Dios la empujara al infierno antes que sufrir todo aquello durante más tiempo!

A su izquierda la princesa Theophanu estaba sentada rígida como una roca. Detrás de Theophanu, Helmut Villam miraba a la asamblea con cara de pocos amigos y no se unió a las bromas. Sin embargo, Henry lucía una macabra sonrisa de satisfacción perversa en el rostro, justo cuando la observaba con ese horrible destello de deseo exacerbado por el vino en la cara. Ella lo reconoció en ese momento. Hugh la había mirado de esa forma algunas noches de invierno en el Descanso del Corazón; lo que seguía a continuación nunca era agradable, al menos, no para ella.

—Podéis ver por este espectáculo, amigos míos —dijo Judith con un tono que llegó a las cuatro esquinas de la sala—, ella ha embrujado también a nuestro buen rey. ¿Qué más pruebas necesitáis de que tiene las manos manchadas de malignos hechizos?

¡Ay, Señora! Por fin, apareció en la puerta con el crepúsculo detrás, solo, sin cortejo, aunque gracias a Dios se había tomado la molestia de que sus ropas parecieran cuidadas. A lo mejor se habían ocupado los soldados. El cinturón del maestro Hosel quedaba perfecto con la rica túnica y la malla. Casi parecía que las salamandras labradas en el cuero se deslizaban y brillaban a la luz de las antorchas.

Recorrió las filas de mesas y sin decir una palabra y sin el más mínimo saludo se detuvo con arrogante elegancia ante la mesa del rey. Allí extendió una mano. Ella se tambaleó de pies a cabeza, pero el rey la sujetó por la muñeca.

—Mi cama, o la suya —murmuró el rey.

A Sanglant le vibraban los orificios de la nariz por la furia, pero no se movió.

La mano de Henry le apretó el brazo. Un galgo gruñó suavemente y se calmó. Incluso los malabaristas y acróbatas se asomaron desde el lugar donde estaban sentados apretados bajo la mesa del rey. Todo el mundo miraba.

La cama del rey.

Ella se quedó aturdida durante un buen rato. Henry tenía casi la misma edad que hubiera tenido papá, si hubiera estado vivo, pero Henry llevaba los años con vigor y tenía el elegante, apuesto y noble aspecto que el Dios de la necesidad otorga a un reinante.

La protección del rey.

Hugh nunca osaría tocarla. Incluso las obispos, convocadas al consejo, seguro que mostrarían indulgencia con la amante del rey.

Sanglant aguardaba con la apagada calma de un hombre que sabe que el golpe de la muerte no se encuentra a gran distancia.

—Os suplico que me perdonéis, majestad —dijo ella—, pero he hecho un juramento ante Dios hace mucho tiempo.

La dejó ir. A ella solo le importaba salir de allí rápido; se agachó bajo la mesa y se arrastró entre restos de comida frescos, huesos de pollo y los posos de las copas de vino y, cuando salió por el otro lado, Sanglant estaba allí para levantarla, ayudado, inesperadamente, por uno de los malabaristas, que le dio un fuerte empujón por la espalda.

Todo el mundo comenzó a hablar a la vez.

Ella veía la puerta tan lejos que estaba segura de que nunca llegarían hasta ella; entonces, se abrió ante ellas y salieron fuera bajo el cielo nocturno. Ella hubiera corrido, pero él la obligó a andar para no parecer poco dignos.

Él no dijo nada. Cuando regresaron a la cámara, él rebuscó en las alforjas sin pedirle que saliera y sacó la torques de oro. Ella empezó a temblar. Él le cogió las manos y, aún sin decir una palabra, se la colocó alrededor del cuello, y la miró fijamente, envuelta con el elegante vestido del cielo nocturno.

La torques pesaba mucho, de hecho era el collar de un esclavo.

—Quítalo, te lo ruego. —Le costaba hablar—. No está bien que yo la lleve.

—No, está hecha para ti. —Sanglant se pasó una mano por los ojos como en una visión que no osaba soñar, sino ver—. Si hubiera sido en la corte de Taillefer, tú también los hubieras eclipsado a todos.

Ella pasó los dedos bajo la curva de la trenza de oro, la dio la vuelta y la puso sobre la mesa como si el roce le helara la piel.

—Debía haber unas trescientas personas allí dentro, ¡y todas me miraban!

—Tendrás que acostumbrarte.

—¡Nunca me podré acostumbrar a eso!

—¡Chsss, Liath! —Intentó besarla, para tranquilizarla pero ella estaba demasiado nerviosa como para calmarse. Fue junto a la ventana y se asomó. Bajo la esquina de la residencia se movían muchas figuras; por sus voces y las ordinarias bromas, y el vaivén de la multitud, supo que el banquete había acabado cuando se fueron—. Pretendía avergonzarte —dijo Sanglant mientras se acercaba a ella. Tuvo cuidado de no tocarla.

—¡Ay, Dios!

—¿Lo embrujaste? —preguntó él con indiferencia, al tiempo que pasaba un dedo por su mejilla.

—¡Yo no hice nada!

—No hiciste nada y, sin embargo, te ofreció su cama y su protección. Mi padre es

reconocido por su piedad y continencia. Durante todos los años que he pasado a su lado, nunca he visto un alarde como el que ha mostrado esta noche.

—¡Yo no hice nada! —repitió ella, ya furiosa porque la humillación todavía era muy injusta. Recordó sus propias palabras del día anterior—. ¡No tendré esta conversación una y otra vez si de corazón dudas de mis intenciones!

Él se rio, relajándose de repente.

—No, en mi opinión tú eres la que, de alguna forma, está embrujada. Cualquier hombre presente en aquella sala esta noche te hubiera llevado a la cama y te hubiera dado la mitad de sus propiedades y un tercio de los tesoros de su madre a cambio de tus favores. El Señor y la Señora saben que eres hermosa, Liath —se acercó tanto a ella que su respiración mecía el pelo de Liath—, pero ni siquiera el hermoso Baldwin hace que todas las mujeres de la corte enloquezcan de deseo por él. Y creo que los Dioses lo han hecho incluso más a semejanza de los ángeles que a ti.

—¿Quién es el hermoso Baldwin? —preguntó ella indignada.

Él se apartó de ella y cerró los ojos en silencio, escuchando el parloteo lejano de la asamblea que se arremolinaba en grupos. Ella solo oía un murmullo sin sentido, pero sabía que él podía oír bastante más.

—No —acabó por decir él—, aquí hay algo más, sobre ti hay algún encantamiento.

—¿Entonces esa es la única razón por la que me pediste que me casara contigo? —preguntó ella con aspereza—, ¿por un encantamiento? Y si así lo deciden las obispos, ¿me podrán condenar por algo en lo que yo no he participado?

Él negó con la cabeza, tras tomar una decisión.

—No te presentarás ante las obispos. Nos iremos con Conrad.

—¡Conrad fue el peor de todos!

—¡No nos podemos quedar en la corte! ¡No después de que el rey, mi sagrado padre, haya intentado apartarte de mí! —Entonces hizo una pausa y ciertos gestos vacilantes como preludio a sus palabras, para que ella supiera qué seguía—. ¿Estuviste tentada?

Como lo preguntó con tanta suavidad, la pregunta hizo que ella se riera.

—Por supuesto que estuve tentada. La cama del rey. ¡La protección del rey! Hubiera sido una insensata si lo hubiera desechado, ¿o no? Pero juré ante Dios que solo te querría a ti y a nadie más.

—¡Ay, Señora!, Liath. —La abrazó, aunque estaba tembloroso—. Juntos haremos muchos hijos muy fuertes y cada uno será una bendición para nuestro hogar. —La empujó suavemente hacia la cama pero ella se escurrió de sus brazos.

—Déjame estar aquí de pie durante un rato —dijo ella, volviendo hacia la ventana—. Estoy mareada. —Había bebido demasiado vino y la cabeza aún le daba vueltas. Él sonrió y se fue a sentar en la cama, contento con solo mirarla.

Se asomó para que le diera un poco el aire. En ese momento podía ver las estrellas en la bóveda celeste: la Espada de la Reina estaba en el cénit, pero desde

donde se encontraba no podía verla. El Río del Cielo manaba hacia el oeste y el Guivre surgía de las aguas con las estrellas corriendo por su espalda. Como la mirada de Judith, se volvía hacia ella con malicia. Demasiadas estrellas, por lo menos un millar, tan numerosas como los cortesanos y sirvientes y parásitos que seguían al rey.

—Papá y yo siempre estábamos solos. Incluso en la corte en Qurtubah donde todo era riqueza y multitud, permanecíamos escondidos en la periferia, sobre todo. Siempre estábamos solos.

—Qurtubah —murmuró Sanglant desde la cama, como un suave eco—. En una ocasión vi una espada de Qurtubah, ligera, pero fuerte. Tenía una curva.

Justo al norte vio Kokab, la estrella del Norte, y debajo, el Cucharón, siempre preparado para recoger las aguas celestiales y llevarlas a las bocas de los dioses para calmar su sed de semejante néctar. Esa era la historia que contaban los ancianos dariyanos, pero no era la explicación que los astrónomos jinna, en deuda con la gran filósofa gypiana Ptolomaia, plasmaban en sus libros.

—«La esfera mayor engloba todo lo existente» —dijo Liath suavemente. El libro de los secretos se encontraba tan cerca de ella que podía sentir su quiescente presencia, pero no necesitaba abrir sus páginas para citar el texto del académico jinna Al-Haytham, con quien habían coincidido una vez papá y ella—. «Rodea la esfera de las estrellas fijas y la toca. Gira con un movimiento rápido de este a oeste sobre dos polos fijos y da una vuelta cada día y noche. Todo el orbe que la rodea se mueve con ella».

—¿Eso significa algo que yo deba comprender? —bostezó, echado en la cama.

—Llamamos Kokab a la estrella del Norte porque señala el Polo Norte. También debe haber un Polo Sur, pero yo no lo he visto.

—¿Alguien lo ha visto?

—No sé si algún astrónomo jinna ha viajado tan lejos. No sé si hay tierras en el sur. Dicen que todo es un desierto, reducido a arena bajo el calor del sol. —Entre los edificios de palacio la gente se iba entre de risas, canciones y movimientos mientras la sala y el patio se vaciaban—. Al-Haytham dice que el día y la noche se alargan cuanto más cerca se encuentra uno del lugar bajo el polo. Sería el cenit...

Sanglant bostezó una pregunta más que pronunciarla realmente.

Liath señaló, aunque se dio cuenta de que había oscurecido demasiado como para que él la viera.

—El cenit se encuentra justo sobre nosotros. En ese lugar, en el que te encontrarías justo sobre el Polo, el eje del mundo es perpendicular y el horizonte ha de coincidir exactamente con el círculo del ecuador celestial. —La miseria de la tarde la abandonó mientras miraba las estrellas, cuyos misterios nunca dejaban de cautivarle el espíritu y de maravillarla—. Pero entonces la luz del día dura casi seis meses. Bueno, mientras el sol permanezca en los signos del norte, porque el sol siempre estará sobre el horizonte. Y la noche casi durará seis meses, cuando el sol se encuentre en los signos del sur, ya que siempre estará por debajo del horizonte. Así

también ha de ser en el Polo Sur, solo que el día y la noche serían al contrario que en el Polo Norte. ¿No es elegante? —Entonces fue ella quien bostezó, porque el encanto de la noche también había caído sobre ella—. ¿Sanglant?

Se había quedado dormido.

De repente se dio cuenta de que la nada habitual quietud se había extendido como una nube que se arrastra desde el horizonte para teñir el cielo. Volvió a bostezar y tembló.

—¿Sanglant?

Gruñó suavemente y se volvió. Aún estaba vestido completamente.

Ella se asomó más por la ventana, pero solo el viento hacía crujir las ramas. No había ninguna señal de vida, los perros no olisqueaban los restos de comida, ningún búho espiaba a los ratones, ni siquiera los sirvientes o las ratas limpiaban las fuentes dejadas a medio vaciar por los nobles borrachos. Era como si todo el mundo se hubiera quedado de repente profundamente dormido. Las estrellas titilaban bajo un velo de bruma, dividida por ella, que se encontraba allí, atrapada en el plano mortal.

—¿Papá? —Ella no podía ver si el alma de su padre flotaba sobre ella en el Río del Cielo hacia la Cámara de la Luz con los miles de otros liberados de la carne.

Nerviosa, cruzó la cámara hacia la puerta y se asomó. Cuatro Leones estaban desplomados, dormidos, en el dintel. En el patio grande no se movía nada con vida; el polvo hacía remolinos alrededor de las mesas abandonadas.

El terror la golpeó con tanta fuerza que apenas pudo mantener la puerta cerrada y empezó a temblar violentamente. Apenas pudo levantar la tranca para colocarla en su sitio, para bloquearla. Se volvió para dirigirse hacia la ventana, pero era demasiado tarde.

Una sombra se movió por la ventana abierta. Una pierna clavada. El brillo del pelo dorado junto a la luz de la vela. Su cara, amoratada, pero aún hermosa. Él puso la vela sobre la mesa. El perro eika aulló para avisarla, pero él le pegó una patada cuando pasó a su lado, al cruzar la cámara hacia ella. Le dio una bofetada a Liath, con fuerza, antes siquiera de que ella pudiera pensar en defenderse y la empujó contra la puerta. Al presionar su cuerpo contra el de ella, Liath pudo sentir su excitación sexual, y que Dios la ayudara, porque por un instante corrió por su cuerpo una punta de lujuria motivada solo porque la presencia de Sanglant hacía que su cuerpo estuviera vivo de deseo.

Y le volvió a pegar.

Ella peleó en respuesta, pero él estaba frenético. Estaba demasiado ido como para hablar con esa elocuente y hermosa voz. La cogió por los hombros y la lanzó sobre la cama, al lado de Sanglant. Que no se despertó. Que respiraba con gran tranquilidad, con los ojos cerrados, en paz y, a pesar de estar en reposo, fuerte y orgulloso.

—¡Ahora me vas a dar lo que le has dado a él!

—¡No! —La palabra le salió forzada por el peso de él, que se dejó caer sobre ella, con las rodillas sobre su pecho y una mano en cada hombro. Tenía la cara magullada

y los dientes delanteros, astillados. Su belleza estaba estropeada.

Soltó un hombro para buscar a tientas su cuchillo.

—O lo mato. Le cortaré el cuello mientras duerme aquí sin poder hacer nada y si quemas esta cámara en la que nos encontramos, ¡él será el primero en morir!

Solo era un mal sueño, ¿no? Se despertaría en breve y no pasaría nada.

El perro eika aulló y escarbó débilmente con las zarpas en el suelo. ¡Ay, Dios! Tenía que andar con ojo incluso mientras el terror la ahogaba. Era demasiado difícil no dejarse deslizar por la torre helada en la que se había escondido todos estos meses en el Descanso del Corazón. No podía. No debía.

—¿Cómo puedo saber que no lo matarás de todos modos, después de lo que has hecho? —preguntó ella con la voz quebrada.

—¡No puedes saberlo! Todos duermen, Liath. —Moderó la voz—. No puede ayudarte nadie ahora y ¿te arriesgas a quemar el lugar sabiendo que el rey duerme al otro lado de la puerta? No le dará tiempo a escapar. Será el segundo en morir. ¿Recaerá sobre ti su muerte también? —Torció el gesto de nuevo y la magulladura se oscureció por la luz hasta el punto de parecer la marca del Enemigo—. ¡Yo también tendré lo que él ha disfrutado! Él no es más que un perro. ¿Cómo puedes preferirlo a él antes que a mí?

—Te odio.

Él sonrió con la vieja y familiar hermosura, después de todo no la había perdido aunque se hubiera corrompido un poco.

—El odio solo es la otra cara del amor, hermosa mía. No puedes odiar lo que no puedes amar también. No puedes ni imaginarte lo hermosa que estabas, sentada junto al rey. Realmente tenías el aspecto de una reina, por encima de los demás. Me cuesta creer que hayas sido tan insensata como para dejar pasar los favores del rey por este, ¡por este perro!

—Los celos son un pecado. —Justo el día anterior ella había sido incapaz de odiarlo con toda su alma, pero, acorralada en la cama, salió toda la rabia. La mano se le paralizó y el entumecimiento le recorrió el brazo como un veneno, le invadió el pecho y se extendió con la inevitable condena de una plaga lanzada por los ángeles contra los que se han alejado de la Sagrada Palabra de Dios.

—Entonces caeré en el Abismo para siempre, pero ¡tú estarás a mi lado! Para siempre. Nos iremos por la mañana, de vuelta a Firseburg. Tú y yo...

—La princesa Sapientia...

—¿Qué me importa Sapientia? Ah, hermosa, ¡cuánto tiempo he esperado yo por esto! Quizá la espera lo hace más dulce.

Presionó el cuchillo contra el vulnerable cuello de Sanglant. Surgió una línea roja, aunque sin que llegara a sangrar realmente.

—¡Ay, Dios! —suspiró ella, que solo sentía fuego, un fuego que podía destruir lo que amaba.

—Sácate la ropa, para que pueda ver tu piel morena y tu preciosa figura.

¿Por qué el hechizo de papá que la protegía contra la magia no la protegía de Hugh? Lo que Hugh había hecho con ella durante el largo invierno en el Descanso del Corazón nada tenía que ver con un encantamiento, sino con el abuso y la crueldad.

¿Lo mejor sería morir junto a Sanglant?

—Te dije lo que quería. —Presionó más aún el cuchillo; de hecho, Sanglant murmuró y se movió, pero no llegó a despertar. No podía despertarse. Hugh presionó el cuchillo con más fuerza hasta que la sangre le corrió por el cuello.

El perro atacó, se arrastró hacia delante y agarró con la boca fuertemente el pie más retrasado de Hugh; aunque estuviera débil el perro mordía bastante. Hugh se tuvo que echar para atrás y gritó de dolor, golpeó al perro para librarse de él y para volverlo a la esquina.

Así ella tuvo más tiempo y una oportunidad.

Buscó su daga.

Él tiró de ella justo cuando ella agarró el mango, y la lanzó contra la pared.

—¡Lo voy a matar! Te lo juro, lo voy a matar. Me perteneces, maldita.

Ella forcejeó, intentando cogerle las manos para que no acertara con los golpes e intentando no convertirse en fuego a causa del terror. En ese momento Sanglant suspiró, con mucha paz, pero tan lejos que Hugh seguía dominando. Ella nunca se libraría de él, pero, por lo menos, si peleaba, moriría.

—¡Maldita seas! —Él la cogió por el cuello—. ¡Eres mía! O de nadie más.

—Chsss, hermano. Calmaos. Me temo que estáis alterado.

Hugh no reconoció la voz. Por encima de su hombro, Liath pudo ver la puerta abierta. Ella había bloqueado esa puerta. Aturdida por su inmovilidad, sintió que golpeaba la pared con la parte de atrás de la cabeza mientras Hugh la zarandeaba por el cuello. Solo pudo ver, pasiva y sin fuerza, como una figura cubierta con un velo cruzaba el umbral de la puerta y entraba majestuosamente en la habitación.

—Hermano —dijo con la voz de contralto de una mujer afligida pero dominante—, este es un comportamiento impropio en cualquier persona y más aún en un hombre que se ha entregado a la Iglesia y que ha sido educado en las buenas costumbres. ¡Ay! ¡Qué bajo han caído los hijos de Dios!

En ese momento aflojó la fuerza. Abrió los ojos y la boca asombrado. Soltó a Liath y ella resbaló por la pared como si no tuviera huesos y cayó con la espalda tensa sobre el suelo. Detrás de ella, el perro eika permanecía bajo la ventana como si estuviera inerte.

Él levantó una mano y señaló a la figura encapuchada como si fuera una amenaza..., o el preludio a un hechizo.

Sin embargo, ella levantó la mano, suave y de piel clara, en respuesta y de repente Hugh se llevó una mano a la garganta. Movía la boca, pero no le salían las palabras.

—Un semblante tan hermoso y una voz tan elegante, envenenados por debilidades tan triviales como la lujuria y la envidia. Os compadezco, hermano. —

Ella se apartó de la puerta, que se extendió y oscureció como si el abismo estuviera al fondo, donde nada se movía. Ella bien podía haber aparecido en la cámara procedente del fino aire, sin embargo, tenía peso y sustancia y hacia ruido al caminar—. No sois tan poderoso como creéis, aunque reconozco que tenéis fuerza de voluntad y una inteligencia prometedora. Cómo malgastáis tanto talento atormentando a una muchacha indefensa. Deberías eliminar esos profundos sentimientos de vuestra alma para que os purificara el amor de Dios. Entonces, entenderais que el poder que tenemos sobre la tierra, los deseos que ansia nuestra carne no son nada en comparación con la Cámara de la Luz. Debajo, todo es oscuridad. Allí arriba... —Hizo un gesto elocuente hacia el techo, pero, con un amplio movimiento del brazo, incluyó a los altos cielos—... Solo existe la luz del gentil aliento de Dios.

Hugh no podía hablar, aunque lo intentó. Intentó agarrar su cuchillo, pero se le resbaló de las manos. No tenía nada que hacer. Y Liath se regocijaba profundamente al verlo así.

—Venga, hermano, «curaos», pero no me hagáis daño, ni tampoco a esta joven nunca más.

Él dijo algo, no palabras, quizá una maldición que se le había atragantado. Tropezó con la mesa y buscó a tientas la vela; al final sujetó el mango de bronce entre el dedo pulgar y el índice. Aun así, apenas se tenía en pie. Gruñía como un cerdo mientras recorría a tientas la mesa. De repente, cayó de rodillas y extendió el brazo bajo el asa de la bolsa de cuero que antes de la lucha había sido enganchada al perro.

—¡El libro! —Liath trató de levantarse, pero tenía todos los huesos molidos y no podía moverse.

Él salió tambaleándose; la figura tapada con el velo dejó que se fuera.

Sin la vela, la noche iluminaba la cámara con capas de sombras. El silencio se impuso como si una multitud de búhos hubiera venido a posarse en los aleros.

Liath empezó a llorar y le dio hipo. El dolor la degolló como una cuerda ardiendo que se tensa cada vez más. Se había hecho daño en el hombro. Le dolían las costillas. En la cadera izquierda tenía el dolor punzante de una magulladura. Sanglant roncó suavemente y se volvió en la cama.

—¡El libro! —volvió a decir, con un tono áspero a causa del tiempo que Hugh le había agarrado el cuello.

La figura se movió hacia la cama.

—No encontrará un mathematicus que lo instruya en su uso, a no ser que acuda a nosotros.

De repente surgió una luz, sobre la palma de la mano levantada, con la forma de un globo encendido y cubierto de plata. Lo puso sobre la cama y el lustre de luz iluminó al dormido Sanglant y a la raya de sangre que seguía la curva de su cuello. Con un gesto fortuito, retiró la capucha y el velo de forma que la tela le cayó sobre los hombros como si una pequeña criatura se enroscara allí.

Tenía el cabello claro, peinado en una trenza que se recogía en un moño en la

parte de atrás de la cabeza. No tenía el pelo cubierto con nada más y unas togas sin forma ocultaban el resto. Desde donde se encontraba, Liath no podía verle la cara, solo una oreja y entreveía un perfil fuerte, ni de una joven, ni de una anciana.

La mujer se dobló hacia delante y con la luz ante ella examinó a Sanglant con gran interés. Le tocó las rodillas. Le levantó una mano y después la otra para inspeccionar las palmas y los dedos, luego los dejó caer sin fuerza sobre la cama. Siguió la suave ondulación de los pómulos, apartó los labios para estudiar los dientes y agarró los hombros como si fuera a medir su fuerza. Presionó con una mano la vieja cicatriz en la base del cuello, la marca visible de la herida que le había arruinado la voz, masajeó con suavidad en la última herida que empezaba a curarse, la marca del collar de hierro de Corazón Sangriento, y luego pasó un dedo por el corte poco profundo hecho por el cuchillo de Hugh para recoger y probar la sangre. De hecho, se comportaba realmente como una noble que quiere examinar en persona al excelente semental antes de comprarlo para cruzarlo con su manada.

—Así que este es Sanglant —dijo con curiosidad e indiferencia a la vez.

El nombre, pronunciado sin apasionamiento y aun así con una sensación de antiguo y oculto conocimiento, hizo que Liath empezara a hablar.

—¿Lo conocéis?

—Ningún mathematicus que estudie la geometría de los cielos, que sea consciente de lo que existe más allá del conocimiento humano, lo desconoce. Incluso los daimones del aire superior hablan de su evolución de niño a joven y a hombre.

—¿Quién sois? —susurró Liath. Sentía un agudo cosquilleo en las manos mientras la sangre volvía a correr por ellas. Intentó ponerse en pie, pero le cedieron las rodillas. Le dolía todo el cuerpo.

—Los miembros del grupo del duque Conrad me conocen como hermana Anne del convento de Santa Valeria.

Mostró una sonrisa agradable que ni mucho menos se extendió a los ojos. Tenía un rostro clásico, el pelo hacía que pareciera más pálida por la luz plateada del globo que se sostenía en el aire sobre la punta de sus dedos y, lo que resultaba más llamativo, una torques le rodeaba el cuello, trenzada con un oro que brillaba ante la luz mágica y enroscada en un nudo que un maestro artesano desconocido había convertido en una cara, que se parecía sobre todo a un ángel que descansa en un éxtasis beatífico.

—Vos no sois la hermana Anne —soltó Liath—. Yo la vi. Era pequeña y mayor y sus manos estaban arrugadas y cubiertas de manchas por la edad; sus ojos eran diferentes, eran marrones.

—¿Cuándo has podido ver a la hermana Anne? ¿Te detuviste alguna vez en el convento de Santa Valeria?

Liath vaciló y entonces se dio cuenta de la estupidez que suponía tenerle miedo. Si esta mujer podía apartar los hechizos de Hugh con tanta facilidad, entonces todo lo que quisiera hacerle a Liath, lo haría luchara contra ella o no.

—La vi en una visión a través del fuego.

Sonrió ante esta respuesta; esta vez parecía realmente contenta: había dejado de lucir una máscara. Levantó el brazo para que el globo le iluminara mejor la cara.

—¿No sabes quién soy, Liath?

El globo latía con la luz. Liath se esforzó por ponerse en pie. Se le estaba formando una magulladura horrible en el muslo derecho, en el lugar en el que Hugh le había bloqueado con la rodilla y las canillas latían con fuerza donde él le había dado una patada. El brillo plateado aumentó y el globo soltó chispas blancas y, de repente, las chispas se convirtieron en mariposas, que revoloteaban por todas partes y que volaban ligeras como el cristal por toda la cámara de modo que cada rincón se convirtió en un campo de luz dividido, cambiante. Cuando un suspiro pasó hacia ellas desde una fuente invisible, todos los destellos blancos se volvieron de colores: rubí, cornalina, ámbar, citrino, esmeralda, lapislázuli y amatista, estrellas caídas sobre la tierra y atrapadas en esa cámara, al tiempo que cada una estaba atrapada en una danza de tal peculiar belleza que no podía dejar de mirar sobrecogida.

Entonces se dio cuenta, por supuesto, pero, en un principio, no pudo hablar, no por culpa de la magia, sino porque era incapaz de recordar cómo se hablaba.

¡Ay, Dios! Los recuerdos se agolparon en su cabeza y salieron a la superficie, mientras se volvía para ponerse frente a quien mantenía el globo de luz.

—¿Ma... madre?

Le dolía la cabeza por el golpe que se había dado contra la pared. Las chispas se le arremolinaban alrededor de los ojos y, entonces, todo desapareció y se quedó con el constante brillo de la luz mágica y de una mujer fría, pálida, con un poder inmenso y una altura media que la miraba pensativamente sin dejarse llevar por la emoción.

—Has crecido, claro. Tu belleza es inesperada y te ha causado problemas, por lo que veo.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó Liath, como una tonta.

Soltó el globo, que subió hacia el techo, descendió y se fue a la deriva en equilibrio justo debajo de los aleros.

—He venido por ti, por supuesto. Os he estado buscando a ti y a Bernard durante mucho tiempo. Y, ahora, por fin, te he encontrado.

Durante su reinado como reina de Wendar y Varre, varios clérigos habían acusado a Sophia de Arethousa del pecado de vivir en lujuria más allá de lo apropiado para la raza humana y algunos habían mascullado que Dios la había castigado por la excesiva lujuria de sus hábitos golpeándola con una herida abierta: así de próxima, así de remota.

Sin embargo, Sanglant la recordaba con cariño. Ella siempre había sufrido a su fría manera que Sanglant vagara por las cámaras opulentas y paseara con extravagancia por las muchas y buenas posesiones que había traído con ella de Arethousa. De niño, le había encantado explorar aquellas cámaras: los vivos tapices, la rica fragancia del incienso que aromatiza el ambiente, los brillantes relicarios y cruces sobre corazones elaboradamente tallados con marfil y gemas, las suaves alfombras sobre las que un joven podía tumbarse durante horas mientras seguía con el dedo sus complicaciones, las suntuosas sedas por las que pasaría las manos solo para sentir la suavidad. Una vez rompió accidentalmente una pieza de ajedrez de cristal, uno de los magníficos jinetes con el que le encantaba jugar mientras se imaginaba entre ellos y, aunque la pieza era irremplazable, ella ordenó una pieza igual tallada en madera y no volvió a mencionar el incidente. Su libertad por las cámaras de ella terminó cuando cumplió los nueve años y lo mandaron fuera para que aprendiese a luchar, hacia su destino, tal y como pensó él por aquel entonces.

Nunca había olvidado la sensación de ese tejido. Alrededor de la cama de la reina Sophia colgaba un velo de gasa que parecía disolverse como la neblina cuando él lo apretaba con su pequeño puño.

En ese momento se agarraba a una sustancia igual de vaporosa: intentaba liberarse de la maraña de sueño de gasa en la que había quedado atrapado. Los perros lo matarían si no se despertaba.

Nunca se podría decir que no luchó hasta el último aliento.

Los sueños se agitaban en el límite de su visión: el rostro envenenado por los celos de Hugh de Austrá, que le aprieta el cuello con un cuchillo; la gente y los animales profundamente dormidos por los suelos de palacio como los muchos cadáveres esparcidos por el campo de batalla tras la batalla; un búho que pasa por encima hacia el este; aguas superficiales enturbiadas de repente por el movimiento de unas criaturas más cercanas a los hombres que a los peces; la mujer aoi cuya sangre

lo curó trota a paso firme por interminables praderas con un mugriento sirviente que cabalga tras ellas en un poni engalanado al estilo quman.

Ella se detiene para oler el aire, pasa la mano por el viento como si leyera un mensaje. El sirviente la observa casi con adoración; no tiene barba y viste una toga roída y sucia que pudo haber pertenecido a un monje y también lleva un Círculo de la Unidad al cuello. Él espera mientras ella levanta la lanza con punta de piedra que el viento hace sonar. Las campanas atadas en la base tintinean y rompen el silencio en el que se encuentran.

—Y ahora, por fin, te he encontrado.

Él se irguió, gruñó y se puso en pie con los brazos levantados como para golpear antes de despertarse del todo. En la sala de Corazón Sangriento, la velocidad había sido su única defensa. La velocidad y un terco rechazo a la muerte. Desde debajo de la ventana, el perro eika aulló débilmente, pero, por lo demás, no se movió.

—¡Sanglant! —Liath cruzó hacia él, le bajó los brazos y se quedó allí con una mano en la muñeca de Sanglant. Una luz extraña brillaba en la cámara, el fuego del hechicero: frío y sin energía. Él recobró el equilibrio apoyándose en el hombro de Liath y ella hizo una mueca de dolor, no porque él la tocara, sino por las heridas recibidas.

—¿Qué ha pasado? —Él se movió para colocarse delante de Liath, para protegerla de la intrusa, pero ella lo detuvo.

—Es mi madre.

La gasa todavía le nublabla la mente. Su madre. No veía ningún parecido con Liath en el rostro de la mujer, a no ser por el involuntario orgullo con el que se comportaba Liath y que era manifiesto en el porte y en la expresión de esa mujer noble. No le asombró que llevara una torques de oro, aunque sí le llamó la atención. ¿Era de ascendencia saliana? Ella lo observaba sin hablar y, de hecho, sin ninguna emoción aparente salvo por un toque de curiosidad.

—¿Qué queréis? —preguntó él sin rodeos—. Estamos casados, ella y yo.

—Eso he oído, y también muchas cosas más. Es hora de que Liath abandone este lugar.

—¿Para ir adónde? —preguntó Liath.

—¿Y con quién? —añadió Sanglant.

—Es hora de que Liath cumpla con el cargo que le corresponde por legítimo derecho de nacimiento. Vendrá conmigo a mi villa de Verna donde estudiará las artes de los mathematici.

Sanglant sonrió ligeramente. Liath se tensó, aunque él no podía decir si fue por preocupación o por la emoción de tal posibilidad. En realidad, ¿cuánto la conocía? La imagen que él se hacía de ella en su mente tenía poco que ver con ella. En los pocos días tras su regreso, él había visto que ella era a la vez más y menos que la mujer que él se había imaginado y alrededor de la cual había creado su vida durante los meses de cautiverio. Pero estaba dispuesto a ser paciente.

—Habláis de una hechicería prohibida —hizo constar él— y que la Iglesia ha condenado.

—La Iglesia no condena lo que debería condenar —replicó Anne—. Además estoy segura de que Dios aprueba nuestro trabajo.

—¿«Nuestro» trabajo? —murmuró él.

Liath le soltó la muñeca y dio un paso hacia delante.

—¿Por qué nos abandonasteis a papá y a mí? ¿Por qué nos hicisteis creer que estabais muerta durante todos estos años?

—Yo no te abandoné, niña. Tú ya habías volado y nosotros no te pudimos encontrar.

—¡Deberíais haber sabido que papá era incapaz de cuidar de nosotros!

Ella tenía una expresión desconcertante, una que no mostraba en los ojos, aunque tampoco parecía joven.

—A Bernard el mundo le gustaba demasiado —dijo con tristeza, aunque nunca le varió la expresión del rostro que a él le recordaba mucho a cuando la hermana Rosvita aplacaba a Henry: la máscara de la afabilidad que portan todos los cortesanos con éxito—. Era su gran debilidad. No podía apartarse de los asuntos de la carne... de todo lo pasajero y mortal. Se deleitaba con las plantas de primavera, con los cervatillos que corrían entre los árboles, con tus primeros pasos y tus primeras palabras, pero todos esos placeres también suponían una trampa para los incautos, porque a través de ellos el Enemigo extiende sus tentáculos sobre los que tienen un buen corazón y que son seducidos por la belleza del mundo. —Suspiró como haría una maestra que observa a un alumno admirado, aunque sea exasperante—. Veo su huella en ti, pero solo la suya. Ninguna otra mano se ha inmiscuido en tu alma para corromperte. Para cambiarte.

—¿Para cambiarme?

—Para apartarte de lo que debes ser.

—¿Qué es...? —preguntó Sanglant.

—Una mathematicus —dijo Anne con firmeza—. Reúne tus cosas, Liath. Partimos ya y estaremos lejos cuando el día comience.

—¿Con qué séquito viajaremos? —preguntó Sanglant.

Ella le dedicó una mirada insondable y, durante un instante, la cámara se oscureció y la piel de Sanglant tembló como si unas serpientes subieran por sus brazos y piernas y flaqueó por un miedo que no se parecía a nada que él hubiera sentido antes: lo mismo que una hormiga puede sentir en ese momento de sombra antes de que una mano descienda para aplastarla.

Ese instante pasó y enseguida se encontró en una cámara normal, arreglada con los lujos habituales de un hombre luchador de noble nacimiento: dos alfombras extendidas sobre el suelo de tablas; un arcón lleno de ropajes y ropa blanca; una mesa y, con ella, una silla mejor que un banco corriente; un cuenco de cobre grabado y una jarra para lavarse la cara y las manos, además de una bandeja de esmalte, varios

platos de madera, dos cucharas de huesos, dos copas de plata y una taza hecha de oro; una colchón de plumas y tela cubierto por una colcha maravillosamente bordada con la figura de un dragón negro, el sigil de sus triunfos como soldado. El globo de luz mágica iluminaba todos los rincones de la cámara y todo lo que ella contenía: cada pieza había llegado a él por el erario de su padre y por el favor de su padre, lo que en sí mismo suponía una especie de prisión. Su armadura y las armas, el regalo de la mañana, brillaban bajo la luz como si hubieran sido encantados con unos poderes desconocidos. Y quizá lo estaban: habían llegado a él por sus propios esfuerzos.

—¿Piensas viajar con nosotros? —acabó por preguntar Anne.

—Soy hijo de un rey y da igual cuál sea vuestro linaje, pero, señora, no podéis menospreciar mi linaje y mi noble nacimiento.

—Son los pecados del mundo y la debilidad de la carne lo que yo desprecio. ¿Debo permitir que mi hija siga sujeta ellos? ¿O salvaguardarla de ellos alejándola de todo lo que la tienta?

—Daisan el Bendito, dijo que en el matrimonio encontraremos purificación. La salvación nace de la creación.

Ella juntó las manos delante de sí misma como un santo que se prepara para orar.

—Sois un hombre erudito, príncipe Sanglant.

—En absoluto, pero escucho cuando los clérigos leen los Sagrados Versos. —Se permitió una sonrisa, medio escondida y rápida. Reconocía una batalla a la que unirse en cuanto se topaba con una y, como siempre, intentaba ganarla.

—¿Qué tenéis que ofrecerme? —preguntó ella.

—La protección que puedo daros mientras viajamos, a cambio de lo cual vos aceptaréis alimentarme y vestirme y me proveeréis con una montura adecuada.

—Yo no necesito ese tipo de protección bruta. Además, únicamente tengo dos monturas adecuadas para cabalgar. Solo tenéis para ofrecerme vuestros servicios, príncipe Sanglant. ¿Os uniréis a mí como sirviente, alguien que camine a mi lado?

El primer golpe siempre llega como una sorpresa, pero él sabía bien cómo golpear.

Liath no sabía. Su ira se desató de verdad.

—Tengo algo que queréis —gritó con furia.

La ira no tuvo ningún efecto sobre la calma superficial de su madre.

—¿El qué?

—¡A mí misma!

—Los lazos terrenales solo pueden interferir con la concentración y la objetividad necesaria en una persona que desea aprender las artes de la mente.

—Yo tengo un caballo y solo iré con vos si Sanglant nos acompaña. Cabalgará a nuestro lado en mi caballo y no como un sirviente, sino como un soldado. Como capitán.

—Ya que en otro tiempo fue capitán de los Dragones del rey. —Anne lo estudió. Él reconoció la mirada de alguien que aún no ha fijado el rumbo de sus acciones, pero

decidió esperar. Tal vez la acción de flaqueza de Liath serviría a su propósito y la verdad era que a él no le importaba cómo lograba la victoria. No la dejaría.

—Su nombre era famoso entre la gente de Wendar y Varre y entre sus enemigos —continuó Liath—. Merece más de lo que pensáis.

Anne levantó una mano para atrapar el globo de luz mágica y lo volvió hacia él directamente. En un principio él tuvo que parpadear porque la luz era fuerte, pero no se achicó ante su escrutinio.

—No, Liathano, no ignoro su valía, la de chico de sangre humana y aoi. En absoluto.

Como un dedo de aviso que le recorría la espalda, tensó la columna.

—No es lo que esperaba —dijo ella, sin dejar de estudiarlo de la misma forma que un águila que planea sobre la tierra e inspecciona el paisaje y todo lo que se mueve por debajo de ella—. Sin embargo..., podemos aprender más de lo que sabemos hasta el momento.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —Liath no se apartaba del tema en cuestión.

—Estamos de acuerdo.

—¡Ay, Señora! —Liath lo abrazó y derramó unas lágrimas—. Pido a Dios que encontremos la paz que tanto anhelas cuando llegamos a Verna.

Él mantuvo sus brazos alrededor de ella, pero miraba a su madre, que los observaba sin mostrar su aprobación, pero tampoco sin hacer notar una desaprobación evidente. Su mirada tenía una estela propia desconcertante. Él no confiaba en ella, aunque tampoco sintió en su interior que la decisión de Liath de ir con ella fuera la errónea. No podía explicarse esta contradicción.

Liath suspiró satisfecha y levantó la cabeza para recibir un beso y, por supuesto, él se lo dio.

No obstante, eso no significaba que él dejara de escuchar.

—Esto, también, es algo inesperado —murmuró Anne demasiado bajo como para que Liath pudiera oír, pero él escuchaba muy bien, como un perro—. Pero no deja de ser una ventaja para nuestra causa.



El palacio dormía mientras se abrían camino hacia el recinto superior, pero era normal. Él reconoció los susurros y murmullos. Mientras empaquetaban sus pocas posesiones, Liath le había contado con la voz entrecortada la historia completa del ataque de Hugh y, aunque en un principio él solo quería agarrar el cuello de Hugh con las manos y estrangularlo, era bastante consciente de que debía dejar que ese sentimiento aumentara y estallara. Ya tenían suficientes problemas. Henry no permitiría que se fueran; los tres eran conscientes de ese hecho desagradable y, por

eso, se daban prisa haciendo el menor ruido posible, aunque sacar al caballo del establo fuera una tarea complicada.

Cuando por fin llegaron a la puerta donde esperaban tres mulas y un caballo, él empezó a dudar de la magnífica apariencia de Anne, porque no tenía séquito. Un momento después, se dio cuenta de que estaba equivocado al escuchar un susurro en el aire. Hablaban una lengua que él no reconoció, aunque más que una voz era como el viento, y no pudo verlos, pero escuchó el aliento de su movimiento y el susurro de esa parte de sus invisibles cuerpos que les daba sustancia.

—¿Quién anda por ahí? —murmuró Liath, como si temiera que su voz despertara al palacio. A Sanglant en ese momento la luz mágica le pareció que solo era un farol más brillante de lo normal, aunque el resplandor tenía una llama demasiado constante como para ser natural.

—Mis sirvientes —dijo Anne en voz baja.

Él se estremeció al sentir que unos dedos le recorrían la espalda en busca de algo para luego desaparecer. El aliento le hacía cosquillas en una oreja, le agitó el pelo y se le puso delante de los ojos. Cuando se lo retiró, estaba solo otra vez. Tiró la armadura sobre la espalda de una de las mulas de carga, amortiguada por la colcha con el sigil de un dragón, la ató bien y luego pasó la lanza a Liath.

—Tengo que llevar al perro.

—¡El perro! —Había sorprendido a Anne.

—Mi séquito —dijo él con sarcasmo—. Si lo dejo aquí, lo matarán. Y él me salvó la vida en más de una ocasión.

—¡Horrible criatura! —farfulló ella, pero entonces ese esbozo de emoción se esfumó y asintió, como si el intercambio y la presencia del perro fueran demasiado triviales para que ella se diera cuenta.

Él tenía que moverse en silencio. En la capilla, los clérigos cantaban las vigiliass. Sus voces subían y bajaban tan sinuosamente que casi pierde el paso y se olvida de caminar, atrapado por las melodiosas oraciones. Los Leones roncaban con fuerza en la puerta; ninguno se despertó del mágico sueño. Cruzó el umbral, levantó al perro y lo llevó a las puertas. Lo puso como un saco de grano sobre el lomo de las mulas de carga y lo ató con una cuerda, tranquilizó a la mula, que no se tomó a bien el olor del eika sobre su lomo. A pesar de que actuaba con rapidez, no terminó a tiempo.

Unos soldados aparecieron en la penumbra; eran veinte o treinta y llevaban caballos cargados con los equipos de los soldados.

—¡Alteza!

Hablaban en susurros, no en un tono que pudiera despertar al palacio y a los guardias de la salida, que seguían dormidos en sus puestos.

—¿Quiénes son estos? —preguntó Anne suavemente.

—¡Hermana! —Bien entrenados como hombres, se arrodillaron como muestra de respeto, como harían los milicianos ante cualquier clérigo noble. Sorprendido, Sanglant la miró. Ella se había cubierto el pelo con una tira de tela dorada; en el

cuello no le brillaba ningún oro que pudiera traicionar su elevado rango—. Os ruego que nos disculpéis, alteza —prosiguió el portavoz, el capitán Fulk—, pero cuando recientemente le surgieron los problemas, nos reunimos e hicimos un juramento todos juntos: os seguiríamos si abandonabais al rey. Os lo rogamus, príncipe Sanglant, dejadnos cabalgar con vos. Os seguiremos incluso hasta la muerte si nos prometéis que nos guiaréis fielmente.

—¡Ay, Dios! —¿Cómo responder a esto? Fueron tal la emoción y la alegría que le recorrieron el cuerpo al pensar en los hombres que podía comandar, compañeros con los que vivir y luchar, que de repente se acongojó hasta las lágrimas al recordar a sus valientes Dragones.

Anne respondió antes de que él pudiera recobrar la voz.

—Noble oferta, pero allá adonde vamos, no nos pueden seguir. No podrán soportar tanta inactividad y tras esa inactividad los atraparían el aburrimiento y las dificultades. No, la vida contemplativa no está hecha para personas como ellos.

Tras estas palabras, ellos farfullaron, pero esperaron la respuesta de él. Se volvieron muchas caras hacia él: todos eran jóvenes y recién llegados a la marcialidad, a excepción de dos hombres de aspecto curtido, uno de los cuales era el capitán Fulk. Sanglant miró y asintió a cada uno de ellos y cada uno a su vez respondió a su manera: con un asentimiento con la cabeza como respuesta, una sonrisa chula, el ceño fruncido con seriedad, una reverencia de emoción, un apretón de mandíbula como decisión manifiesta.

—Las palabras de la hermana Anne suenan bastante ciertas —acabó por decir él. Le dolía el corazón por lo que le habían ofrecido, pero que no podía aceptar. No en ese momento. Todavía no—. Mi intención es recluirme... hasta que se enfríe la ira de mi padre hacia mí. Gustosamente os hubiera dirigido, compañeros, pero no sería una vida adecuada para vos, y es cierto que os aburrirías y que discutiríais y os pelearíais entre vosotros.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer, príncipe? —preguntó el capitán Fulk, casi suplicante.

Les debía ser considerado con ellos. Le habían ofrecido lo más importante para un soldado: permanecer al lado. No podía abandonarlos tan fácilmente.

—Id junto a la princesa Theophanu. Os pongo a su cuidado. Ella sigue sus propias reglas y se ocupará de vos. Pronto cabalgará hacia el sur, hacia Aosta, donde hallaréis muchas batallas. Cuando yo os necesite, sabré dónde encontraros. No participaré en ninguna batalla sin teneros a mi lado.

—Haremos lo que deseéis, alteza, pero nos mantendremos a la espera de vuestra llamada.

Sanglant caminó entre ellos y cogió la mano de cada uno entre las suyas como señal de fidelidad. Recordaba los nombres de los que habían estado en Ferse y preguntó los de los demás. Los veintisiete tenían espaldas fuertes y un brillo de hierro en los ojos. Eran hombres que se atrevían a desafiar al rey para cabalgar a su lado.

Los admiraba y era consciente de su valía.

Anne y Liath ya habían subido a las monturas: Anne sobre una de las mulas como corresponde a una buena clérigo y Liath sobre el caballo más pequeño, por lo que Resuelto quedaba para él, por su mayor peso. Le esperaron, pues ya había tomado una decisión: era el momento de partir.

Aun así, Dios sabía lo difícil que era para él dejar atrás su vida como príncipe, señor y capitán, más todavía tras el juramento que ellos le acababan de hacer libremente.

—Esperaremos por vos, príncipe Sanglant —repitió el capitán Fulk y los hombres murmuraron las mismas palabras y al pronunciarlas las hicieron vinculantes. Entonces, como si Fulk comprendiera que para el príncipe su presencia era como una cadena, indicó a los soldados que se dispersaran, lo que hicieron con rapidez y una eficiencia admirable. Incluso habían enfundado los cascos de los caballos con una tela para amortiguar el ruido de todos ellos cabalgando.

Sanglant subió a Resuelto y se apresuró para alcanza a Anne y a Liath, que ya habían desaparecido tras la puerta y que bajaban por la calzada hacia el recinto inferior. Las mulas caminaban pesadamente tras él y las cargas se balanceaban a un ritmo constante. No vino señal alguna de los sirvientes de Anne. Un búho ululó, oculto en la oscuridad. La luna menguante se mantenía baja por el oeste; su luz hacía que la calzada brillara como si la mano de un hechicero hubiera colocado esa luz baja ante ellos para facilitarles el camino y hacerlo más seguro ante cualquier cosa que pudiera dañarlos.

Anne ni siquiera miró atrás cuando cruzaron el último cercamiento y eligieron su camino a través de las murallas. Liath volvió la mirada una vez hacia los terrenos de palacio, que en ese momento quedaban en alto para ellos, hacia unos muros que palidecían bajo la luna; más que todo, parecía aliviada. Sin embargo, él lloró sin hacer ruido, por la pena que le suponía distanciarse de su padre y por el remordimiento que le provocaba dejar atrás a aquellos valientes hombres.

CAPÍTULO 6



UNA NUEVA ROSA

Reúne rocas que no sean más grandes que su puño ni más pequeñas que el huevo de una gallina y las guarda en una bolsa de cuero. Las rocas todas juntas no deben ser muy grandes para poderlas cargar, pero tampoco muy pequeñas para que le sirvan para su propósito, ni muy pocas. Aquí, en las tierras del norte, existe una rica oferta de rocas y, aunque los requisitos son estrictos, no le cuesta encontrar lo que busca.

Oye pasos, pero solo se trata de una esclava que viene a informar. La envía para espiar. Con la inteligencia como arma, porque con los esclavos había creado una red de puestos de escucha para buscar a sus rivales, se abre camino por el valle hacia el punto en el que se confrontó con sus dos últimos rivales.

Encuentra una posición estratégica entre dos rocas grandes y lisas. Observa con interés el duelo: el Primer Hijo de la Primera Camada, tranquilo, astuto y fuerte espera mientras el Séptimo Hijo de la Segunda Camada da vueltas con agresividad. Con demasiada agresividad. Observa sin apasionamiento cómo los dos hermanos se encuentran, chocan, se desgarran y se retiran de un salto. El Séptimo Hijo es rápido y despiadado. El Primer Hijo tiene más fuerza, pero la malgasta, porque todavía es demasiado joven para el duelo. Deja que el Séptimo Hijo amague y que lo rodee, entre a fondo y se retire, y mientras tanto ahorra fuerzas.

Otra embestida, otro golpe. Fluye la sangre, alivia. El Primer Hijo tiene un corte profundo en el hombro izquierdo. El Séptimo Hijo avanza con dificultad. Empiezan otra vez.

Al final resulta ser una cuestión de tiempo. El Séptimo Hijo es violento, pero la violencia no siempre cuenta. El Primer Hijo no escapó de las ruinas de Gent con gran parte de su regimiento intacto por ser un insensato. Ni tampoco lo es aquí.

Al final, es el Séptimo Hijo el que cae al suelo, sangriento y roto. El Quinto Hijo no espera a que el Primer Hijo arranque el galón que simboliza su victoria, sino que se repliega a su escondite y se abre camino a través de los árboles por el camino que conduce a la montaña, a la guarida de las Madres Sabias. Adelanta a la Madre Sabia más reciente, que todavía se encuentra en su lento trayecto hacia la montaña, sin pararse a hablar con ella. Debe ganar tiempo si ha de derrotar al Primer Hijo.

A esta altura, el incesante viento y el implacable frío han barrido con toda la vegetación, a excepción del musgo: hay musgo por todas partes salvo en las laderas sobre las que han caído rocas recientemente. Los arroyos nacidos por el deshielo

corren colina abajo, ligeros como el aire y con un frío glacial. Hay rocas por todos lados, revueltas en el lecho de los arroyos, envueltas por el musgo y cubriendo las laderas. Las rocas son el manto que envuelve la tierra profunda y el fuego oculto.

Aquí un brazo del fiordo se hunde en la elevada montaña, y un arroyo se vierte sobre un acantilado que se clava como el corte de un cuchillo. Las aguas que caen retumban en el fondo de la lengua del fiordo. El acantilado sobre el que se encuentra se refleja en las tranquilas aguas allá abajo. Durante un momento, distingue su forma, diminuta y poco definida, como un borrón transitorio sobre una tierra antigua; el viento que mueve las aguas lo borra, como sucederá con su mortalidad, en un futuro. Pero no hoy.

Un perro aúlla en la distancia. Un halcón planea sobre la cara del acantilado opuesto. Se une un segundo halcón, y un tercero.

El viento hace que le tiemblen los hombros y se aparta del borde y se dirige hacia el anillo de las Madres Sabias. Mira para el suelo con cuidado, porque aquí en la montaña, las redes plateadas de los dragones del hielo cambian de una estación a otra igual que cambian los caminos, arrastran dos líneas de arena brillante, cuyos granos son fragmentos de cristal de veneno: su cola.

Es un día extrañamente tranquilo, que desgasta lo que se supone es la noche en esta estación. Aquí, sobre la montaña, el viento suele cortar, serrar y afila la roca incesantemente. Hoy descansa quiescente, solo se agita de vez en cuando como si también esperara la decisión que pronto se tomará en la zona de anidación de las Madres Sabias.

La tierra desciende para hacer un hueco en el que las Madres Sabias de Rikin se reúnen y susurran. Sus pensamientos resuenan hacia los cielos y llegan al Viejo Hombre, a la luna, al sacerdote, que en tiempos antiguos fue desterrado a la montaña de los cielos como castigo por sus transgresiones. Por eso la luna es la única criatura celestial que se desvanece y muere, y nace otra vez en la oscuridad. Tal es el destino de todos los hijos de los Hijos de las Rocas.

Las Madres Sabias permanecen encorvadas en un círculo irregular; sus inmensos cuerpos se osifican: son demasiado pesados para moverse. Todas están de puntillas, solo rozan la enorme amplitud de la arena plateada. La arena está lisa; no hay marcas del siempre presente viento; no hay restos dispersos de las últimas tormentas; no hay festones que ondulen la superficie, porque para el nido de Madres Sabias es inmune al viento y está protegido ante los dragones de hielo.

Solo las Madres Sabias saben lo que están incubando aquí.

Durante un buen rato, observa el hueco brillante. No se mueve nada. Nada.

Pero eso no es más que una ilusión.

Incluso las criaturas más pequeñas que frecuentan la montaña saben cómo evitar las zonas de incubación.

Coge una roca de la bolsa y la lanza. En el lugar de la arena sobre la que cae con una sacudida, un estremecimiento mece lo que realmente se ve en la superficie como

si lanzase una piedra que ondulara unas aguas tranquilas. Mientras las vibraciones llegan a agitarla arena del otro lado, donde cae la roca, desliza un pie sobre la superficie dura y sigue con el segundo.

La roca se inclina, se balancea. Una garra deslumbrante, translúcida como el hielo, sale a la superficie para enganchar la roca. Con gran rapidez, la piedra y la garra desaparecen. Él se queda inmóvil. La arena donde la roca había formado unos remolinos se queda a un lado y no se mueve más.

Espera.

No se atreve a moverse.

No teme las garras de los dragones del hielo. Son criaturas frágiles, ciegas, tan finas como una cuerda y que solo se sienten cómodas cuando hurgan en sus nidos de veneno cristalizado. Incluso la luz de las estrellas los quema.

Sin embargo, no hay criatura que los Hijos de las Rocas teman tanto como los dragones del hielo. Ninguna muerte se puede comparar al desdichado destino que aguarda a quien haya sido picado. El veneno de los dragones de hielo alimenta a las Madres Sabias, que cuidan de las raíces de la tierra. Solo ellas son lo suficientemente fuertes como para tolerar ese veneno.

Para las demás criaturas, provoca algo peor que la muerte. Así se protegió Corazón Sangriento, con un hermano del nido animado por la magia y alimentado por el veneno. Esa es la marca del hechicero: incluso después de morir, su mano puede abatir a quien le mató.

Mete la mano en la bolsa, extrae otra roca y la lanza. Cada vez una roca nueva. Se desliza por la zona de anidación hacia un pequeño montículo que surge en el medio de las arenas de plata. Duro como el hierro, la superficie del montículo es lisa, con un brillo perlado.

Le lleva media noche de verano llegar allí, aunque al llegar al montículo y dar el último paso sobre su resbaladiza superficie, puede sacudir sus tensas extremidades. La cúpula redondeada le calienta los pies y huele a azufre. Está a salvo.

A salvo, es decir, hasta que tenga que cruzar de vuelta.

Ya ha hecho este viaje antes. Solo aquí, en el centro de la zona de anidación, los oídos mortales pueden oír los susurros de las Madres Sabias. Ninguna criatura esclava de la tierra vívelo suficiente para escuchar sus pensamientos en su totalidad. Aunque la Madre Sabia más joven puede hablar, solo si uno tiene la paciencia para escuchar. Él ya las ha oído antes. Les ha pedido consejo abiertamente.

No obstante, no es consejo lo que busca hoy.

La noche se debilita para dar paso a la mañana. Aguarda. El Primer Hijo no llega. Aguarda y escucha.

Ellos. Cruzarán. El. Puente. Y. La. Catarata.

Ellos. Separarán. Las. Aguas. El. Fuego. Los. Ríos. Cambiarán. Su. Curso.

Un suspiro pasa entre ellos. El viento gime desde las montañas del norte, murmura en las montañas del este y susurra con las débiles voces de aquellos pocos que se dispersaron hacia el sur, donde las rocas han sido desgastadas una a una por la marea y la corriente, donde el mar y el océano se unen y mezclan para lanzar el vapor de sus dispares perfumes hacia el aire salado.

De lo que hablan las Madres Sabias es un misterio para él. El sol pasa la altura del mediodía y comienza a hundirse antes de que él escuche una pisada sigilosa, seguida por el frustrado rugido del Primer Hijo de la Primera Camada, mientras salta por encima de las rocas y se coloca en el borde del terreno de anidación.

—¡Cobarde! —grita—. ¿Crees que ahí te puedes esconder de mí? ¡Pelee! Debes haber guardado agua y comida, porque si no, te debilitarás y morderás el polvo. Sal y pelea.

—Ven y hazte con mis galones —dijo el Quinto Hijo, que muestra los tres galones que se ha atado alrededor del brazo—. Si muero aquí fuera, aun así tendrás que venir y conseguir estas pruebas de tu valía ante la Madre Anciana.

Solo por un instante, el Quinto Hijo se queda boquiabierto, cogido por sorpresa. Él, el más fuerte y el más astuto de todos, lleva un único galón alrededor de un brazo, aunque no preguntará por qué su rival pudo haber conseguido tantos y él tan pocos. Enseguida controla el asombro. No es tonto.

Reúne rocas del borde del terreno de anidación. Cuando tiene suficientes, lanza la primera hacia el lado opuesto de la superficie arenosa, superficie que se ondula mientras él resbala en la arena y se queda quieto. Una garra se levanta en el aire y se enrolla en una roca apartada. La roca y la garra desaparecen. El Primer Hijo lanza otra.

El Quinto Hijo espera mientras el sol se hunde y el Primer Hijo cruza lentamente la trémula arena y espera hasta que el Primer Hijo recorra la mitad de la distancia entre la roca y él. Entonces, con tranquilidad, en cuanto el Primer Hijo se queda quieto y la última piedra que lanza desaparece bajo la superficie, coge una roca de su bolsa, calcula la distancia y la tira a los pies del Primer Hijo.

Hay un momento de quietud. El viento susurra detrás de él. Las sombras de la larga tarde de las Madres Sabias rayan el terreno de anidación: sombrío, iluminado, sombrío, iluminado.

El Primer Hijo salta y sale corriendo hacia la seguridad del montículo central, pero ninguna criatura corre más rápido que los dragones de hielo.

Tres garras rasgan la arena, sepultan la roca y entonces el grueso eje de una cola envite, golpeando hacia delante y hacia atrás, buscando. La piel de la criatura es clara como el hielo, por lo que el Quinto Hijo puede ver el veneno que se cuaja debajo. Golpea. La cola con pinchos retrocede más rápido de lo que los ojos pueden ver. Golpea tres veces, porque el Primer Hijo es ágil y está suficientemente desesperado

como para que la suerte lo acompañe y así pueda esquivarlo dos veces; pero a la tercera, le pica. Y desaparece bajo la arena.

El Primer Hijo brama por el dolor, por la rabia. Por el miedo.

Durante las convulsiones, se le caen todas las piedras que había reunido para el camino de vuelta. Llueven alrededor de él como si fueran muchos granizos del tamaño de un puño. Unas garras diminutas las buscan, encuentran y reúnen en su tumba, donde permanecerán durante siglos en las garras de los dragones de hielo. ¿Para qué quieren los dragones de hielo las rocas?

¿Quién lo sabrá?

Mientras el Primer Hijo tiembla y se sacude, mientras la baba y una sangre cobriza salen como espuma por la boca y por la nariz y por las orejas y por los oídos, el Quinto Hijo abandona cautelosamente el montículo y lo rodea. La lucha y los espasmos del Primer Hijo realmente afectarán a los filamentos que provocan sonido y movimiento en los dragones de hielo que cavan. Aun así todavía tiene que hacerse con los galones del Primer Hijo antes que desaparezca bajo las arenas y, por consiguiente, pierda los dos trofeos. Esta es la parte más peligrosa, porque debe calcular bien para llegar al Primer Hijo cuando ya no pueda luchar, pero antes de que los dragones de hielo lo arrastren al fondo.

El Quinto Hijo da una vuelta despacio. Su rival se pone tenso despacio o, en realidad y más exactamente, se solidifica.

Las convulsiones se ralentizan, se paran y la diminuta garra asedia. Los zarcillos de los dragones de hielo, cordeles como enredaderas, suben por sus piernas y comienzan a hundirlo, en un proceso torpe, al tratarse de algo tan grande. Los ojos del Primer Hijo mostraban la desesperación del miedo, del único miedo que se permite que los Hijos de las Rocas expresen sin perder todo su honor y su posición. El Quinto Hijo lanza una roca al otro lado del terreno de anidación y, a medida que el movimiento provoca una onda y atrae la atención hacia allí, se desliza hacia su rival, que puede verlo pero que ya no muestra resistencia.

Corta el galón de su hermano. Coge para sí el galón del Séptimo Hijo, ganado ayer mismo. El día oscurece, en la medida de lo posible en esta época del año. Solo las estrellas más brillantes de la montaña de los cielos atraviesan la capa del pleno verano.

Lanza una roca y se aparta lo suficiente para observar fuera de peligro y, entonces, espera, quieto y en silencio con los pies sobre las arenas cargadas de veneno.

Observa cómo el Primer Hijo se hunde en las arenas. Está indefenso y así permanecerá durante mucho, mucho tiempo. Los sacerdotes dicen que los dragones de hielo digieren lo que arrastran hacia sus nidos o que lo digiere la cosa que allí incuba y a la que ellos protegen.

¿Quién lo sabrá? ¿Quién ha regresado alguna vez para contarlo?

Las Madres Sabias no responden a esa pregunta concreta.

De acuerdo con el sacerdote, que puede saber, o no, la verdad sobre estas cuestiones, porque le conviene demostrar un conocimiento que en realidad pueden no tener, puede que la roca viviente, que es en lo que se acaba de convertir el Primer Hijo, tarde hasta mil años en ser digerida en el vientre de la zona de anidación. Mil años es la esperanza de vida de veinticinco Hijos de las Rocas, si mide la vida de cada uno a partir del final del anterior. Es mucho tiempo para morir y cada instante, según dicen los sacerdotes, que se pase despierto y consciente es una agonía.

No obstante, para el mar mil años no son nada. Mil años no son nada para el viento. Y para los huesos de la tierra que permanecen desnudos sobre la superficie como una roca, mil años pueden abarcar el más ligero movimiento de un dedo de la mano de una Madre Sabia. Para las estrellas sobre el firmamento de la montaña, mil años ni siquiera ocupan un pensamiento.

Saca del hueco una roca nueva de cada vez y llega a un terreno seguro mientras el amanecer ilumina la breve penumbra veraniega que constituye la noche.

Desde muy abajo sueña con que oye cantar a las Hermanas Veloces y con la impronta y los chirridos de sus pies en el terreno de baile. Cuenta los galones: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Y el sexto es el suyo, que todavía tiene sujeto en la cabeza.

Triunfante, desciende de la montaña para proclamar su victoria.



Cuando Alain se despertó y se encontró enredado en la ropa de cama y solo, escuchó cómo rezaba Tallia. Pronunciaba las palabras muy rápido, como si temiera no tener tiempo para decirlas todas. Faltaba poco para el amanecer. Se arrodilló junto a la ventana abierta, vestida modestamente con una enagua. Tenía la cabeza inclinada y los hombros algo encogidos como si tuvieran un gran peso encima.

Incluso le conmovía hasta esta visión. Él enrojeció y se puso boca abajo, pero no fue buena idea. Pesar se agitó y se levantó para seguirlo mientras se levantaba de la cama con gran esfuerzo, tropezó con el dormido Rabia y corrió fuera. Tallia no le prestó atención o, quizá, ni siquiera lo vio porque estaba demasiado ensimismada en sus oraciones. Dado que ella insistía en tal modestia, él también dormía con un calzón. En ese momento, durante el amanecer gris, disfrutaba del cielo cubierto. Una corriente recorrió el pabellón de huéspedes del monasterio en el que se habían guarecido para pasar la noche. El impacto contra sus piernas lo tranquilizó. Se salpicó la cara, se estremeció y subió al otro lado para aliviarse entre los arbustos. Pesar aullaba en bajito, olfateaba entre los helechos y arrancó uno. El viento susurraba entre las hojas. Empezó a lloviznar. Con los pies llenos de barro y las manos heladas, Alain volvió dentro tambaleándose. Había recuperado la ecuanimidad para sentarse en la cama; no se atrevió a arrodillarse al lado de ella, que podía pasar varias horas así.

En cuanto hubo luz, aparecieron los sirvientes, que le lavaron los pies, se llevaron el orinal y le trajeron la ropa. Tallia tuvo que dejar de orar para prepararse para que se prepararan para poderse ir. El conde Lavastine, que regresaba a casa triunfante, no tenía intención de perder tiempo en el viaje.

Fuera, Lavastine lo saludó con la breve sonrisa que en él indicaba la más profunda aprobación. Saludaba a Alain así todas las mañanas y, de vez en cuando, de una forma más rara y forzada, y con pequeñas y clementes bromas sobre ser abuelo. Oírlo hablar del tema angustiaba a Alain. Seguro que los sirvientes, que dormían en camastros o en el suelo junto a la cama de su señor y señora, sospechaban que el matrimonio no se había consumado. Tallia lo había reprendido seriamente dos veces por dar demasiadas vueltas en la cama cuando dormía profundamente y soñaba, sin dudas, con el Quinto Hijo. Los sirvientes podían suponer cualquier cosa al oír esos pequeños ruidos.

¿Por qué iban a creer otra cosa? Los Dioses de la Unidad los habían hecho hombre y mujer a Su imagen para que vivieran juntos en armonía y les habían concedido la inmortalidad de esa forma: mediante su congreso tendrían hijos y a su vez sus hijos tendrían hijos. Así, la humanidad había avanzado, como lo habían hecho todas las criaturas de la tierra, el aire y el agua.

Así, el condado de Lavas progresaría.

Intentó no pensar mucho en ello. Cuando estaba cerca de Tallia, su cuerpo tenía la desafortunada tendencia de reaccionar de distintos modos que lo avergonzaban. ¿Sería ella mucho más santa que él? ¿Sería una señal de su valía ante los ojos de Dios poder orar durante la mitad de la noche para mayor gloria de Dios, mientras él dormía profundamente? ¿Que se purificase con el ayuno mientras él devoraba la comida con la misma ansiedad que sus perros? ¿Qué ella le suplicara un matrimonio de dos almas; puras libres de la lujuria terrenal mientras él sentía de corazón, y en otras partes, que su alma ya estaba manchada al desearla con tanta fuerza?

—Estás callado, hijo —dijo Lavastine—. Tenemos una buena mañana. La lluvia es una bendición de Dios, porque gracias a ella las cosechas crecerán más.

—Y todo para que nuestras fortunas aumenten —dijo lord Geoffrey, que cabalgaba a la izquierda del conde. Alain lo miró. ¿Tenía un tono áspero o solo eran cosas de Alain? Geoffrey solía ser escrupulosamente educado—. Primo, os hubieran servido mejor —continuó Geoffrey—, si os ocuparais de los jardines de la corte con más asiduidad. Hay muchas facciones que deben ser regadas.

—No veo porqué he de regar si no tengo habilidad para ello. El rey me apoya y eso es lo único que necesito saber.

—El rey, Dios lo bendiga, no vivirá para siempre. En la corte corría el rumor de que pretende nombrar heredero a su hijo bastardo, pero la princesa Sapia cuenta con partidarios que no se quedarán quietos, sin hacer nada, si eso llega a suceder.

—El rey me ha honrado con la mayor de las recompensas que yo pudiera esperar. Ahora trabajaré sin descanso en los campos que Dios aprecia más: me aseguraré de

que mis tierras y mi gente prosperan.

—¿Eso es lo que Dios aprecia más? —preguntó Tallia—. Dios desea que nos purifiquemos de la mácula de oscuridad que ha corrompido a todas las criaturas terrenales, a todos salvo excepto a Daisan el Bendito.

—Incluso Daisan el Bendito, trabajó los campos, mi querida Tallia. ¿No se le conoce como el pastor que a todos nos ha reunido en el redil? ¿Qué pasaría si las mujeres no hilaran, ni tejieran, si los hombres no trabajaran el hierro o no se entregaran al cultivo de las cosechas, y si ningún noble se encargara de ellos, ya que Dios ha predestinado a cada uno a su propia puesto? ¿Entonces, que pasaría con esos buenos clérigos que oran por nuestras almas y que por sus oraciones reciben cera y trigo y ropas como diezmo?

—¡Porque se han de liberar de sus ropas terrenales, que no son más que una carga, y ascender a la Cámara de la Luz! —respondió ella, sorprendida.

Esas palabras mostraban irritación. Alain se dio cuenta, pero ni siquiera el conde de Lavas osó criticar a una mujer que, aunque fuera su nuera, estaba jerárquicamente por encima de él.

—Así será —reconoció cortante.

Tras Gent Lavastine había enviado a la mayoría de sus hombres delante de él, pero el séquito que el rey había ofrecido a Tallia era imponente. Cabalgaban de regreso a casa como si fueran un ejército victorioso.

—Alain, no te dejes seducir por los placeres de la corte —añadió Lavastine—. ¿De qué sirve volar alrededor del cortejo del rey? ¿Por su placer? ¿Por su favor?

—El favor del soberano no es algo que se pueda desdeñar —replicó Geoffrey, herido—. No es ningún pecado disfrutar de la caza y de los placeres de la corte.

—Ya he observado —dijo Lavastine con el más tranquilo y cáustico de los tonos— que os habéis familiarizado más fácilmente con la caza, los perros, los caballos, los halcones, que con la confección de telas, la fragua, la agricultura, el comercio o la medicina.

—Tengo esposa y ella tiene un ama y un auxiliar.

—Así es. Yo también tengo un ama, pero ¿qué capitán puede pretender ganar una batalla cuando se divierte en su tienda mientras las batallas se libran fuera? No importa cuán dulces sean sus canciones. No, primo, ganamos un mayor favor si complacemos a Dios tal y como he descrito.

—¡Ganamos el favor de Dios con la oración! —dijo tercamente Tallia.

—Es cierto. —Siempre estaba de acuerdo con ella. Sonrió—. Y rezo a Dios para que mi casa pronto sea bendecida con el fruto de vuestro matrimonio con mi hijo.

—Sí —dijo Alain con sensibilidad—, que Dios bendiga así a esta casa.

Tallia se puso colorada, miró para él y retiró la mirada. Unos cuantos miembros del séquito se rieron. Lord Geoffrey apenas sonrió.

La calzada atravesaba el bosque. Durante un rato cabalgaron en silencio, disfrutando del suave camino de tierra entre los árboles. Incluso los carros rodaban

con rapidez, ligeros por los surcos. De vez en cuando el bosque daba paso a una pradera en la que brotaban las flores. Una hembra de gamo se alejó dando saltos, seguida por un joven cervato. Un águila sobrevolaba los árboles.

A mediodía llegaron a un pueblo. Los niños se acercaron corriendo para verlos pasar, aunque se apartaron al ver a los perros negros. Pararon en el pozo del pueblo para que los caballos bebieran en el abrevadero. En cuanto Alain ató a los perros, los vecinos se acercaron a mostrar sus respetos. Una anciana tenía una sidra excesivamente fuerte que hizo que a Alain le salieran las lágrimas y que lo mareó un poco. Él le dio las gracias, animado por las risas de ella ante su reacción.

Sin embargo, no era solo culpa de la sidra. Ver a Tallia a la luz del sol hacia que la cabeza le diera vueltas. Se había cubierto el pelo con un chal, cuidadosamente doblado y colocado, aunque le quedaron sueltos unos mechones de pelo del color del trigo. Tenía un porte, con las manos relajadas y la boca abierta, que hacía que su corazón ansiara reconfortarla. Le ofrecieron una copa y ella la aceptó y bebió un sorbo de la sidra, ya que rechazarla no sería digno de una mujer noble de su posición. Alain envidiaba la humilde copa de madera, cuya lisa superficie tocaba sus labios. Cuando terminó, pasó la copa a su séquito para que bebieran. La volvieron a llenar y se la cedieron a los sirvientes. Después, Tallia esperó junto al pozo mientras los vecinos traían panes, pasteles fritos de harina y miel, y un queso acre. Eran unas ofrendas modestas, pero parecía que la complacían más que cualquier otro banquete.

—¿El joven señor querrá un huevo?

Era un regalo lujoso para un pueblo como aquel, ofrecido por una joven no mayor que Tallia. Tenía el pelo rubio sucio y recogido en una trenza; se había lavado la cara apresuradamente, por lo que aún le quedaba tierra en el cuello y en una oreja. Tenía una figura apetitosa que su ropa escondía poco. Su sonrisa era bastante hermosa. Abrió la mano de Alain para ponerle el huevo en la palma. Estaba caliente. Los dedos de ella también estaban calientes. De repente, Alain se alegró muchísimo de que el grupo no pasara allí la noche. Se sonrojó, ella le dio las gracias y, súbitamente, Tallia se acercó para colocarse a su lado.

Alguien se rio. La chica del pueblo se retiró, pero miró hacia atrás. Tallia se había ruborizado bastante y, audazmente, cogió la mano de Alain allí en público.

Era una pequeña victoria. Él le apretó los dedos, al volver a sentirse triunfante y verdaderamente esperanzado.

—Dios solo reconocerá nuestros sacrificios mientras los dos permanezcamos puros —murmuró ella.

Esta respuesta se le atragantó a Alain. Sintió como si le hubieran golpeado. Ella le soltó la mano y regresó junto a su caballo en cuanto el auxiliar de Lavastine llamó al orden a los sirvientes. Él se quedó allí de pie. No tenía valor para comerse el huevo. Lo peló, lo partió a la mitad y se lo dio a escondidas a Pesar y Rabia.

No habían cabalgado una hora desde el pueblo cuando un escolta se acercó para decirle al conde de que habían divisado a un Águila cabalgando tras ellos. Lavastine

amablemente se apartó del grupo y poco después apareció un Águila de aspecto cansado. Traía una montura de repuesto con una correa tras él. Tenía polvo alrededor de los ojos y el pelo parecía rojo, si no fuera por lo sucio que estaba de cabalgar.

—Conde Lavastine. He venido por orden de su majestad el rey Henry. Este recado llegó a sus oídos por medio del príncipe Sanglant —hizo una pausa. Alain conocía la mirada de los Águilas cuando recuerdan un mensaje memorizado días o semanas atrás—. «Conde Lavastine tened cuidado. Aquella flecha que mató a Corazón Sangriento está protegida contra la magia y si la maldición de Corazón Sangriento aún acecha la tierra, buscará a otro».

—Una maldición —farfulló lord Geoffrey.

—El príncipe Sanglant ya había hablado de una maldición —dijo Alain—. Los eika, creían que por lo menos les afectaría a ellos.

—Sin embargo, Corazón Sangriento está muerto. —Lavastine sonrió forzosamente—. Aun así, valoro mi vida como cualquier otro hombre y la vida de mi hijo, en particular. Que los hombres marchen en cuadro alrededor de los jinetes a la distancia de una lanza y que miren para el suelo y busquen cualquier criatura que corresponda con la descripción que nos dio el príncipe Sanglant. Que los clérigos recen y echemos esos encantos según la voluntad de Dios. Debemos confiar en Dios y veremos que nada malo sucede a aquellos que han sido fieles a Sus órdenes. —Hizo un gesto como señal de que esos eran sus deseos al respecto. Pánico ladró una vez y Miedo respondió. Incólume y Gozo se sentaron, jadeantes, en el borde. Pesar olisqueó la maleza que crecía en la cuneta de la calzada y Rabia se había dejado caer en el camino a la sombra de una carreta.

Lavastine se dirigió al Águila.

—Volved con el rey. Decidle al príncipe Sanglant que estoy en deuda con él por este aviso. Haré todo lo que esté en mi mano siempre que necesite de mi ayuda.

Geoffrey suspiró entre dientes.

—Si la corte se divide en el tema de la sucesión, está claro que os declararéis a favor del príncipe.

—Dios nos encarece a que paguemos nuestras deudas —replicó Alain.

Lavastine asintió.

—Águila, ¿habéis entendido todo?

El Águila parecía incómoda.

—Hay problemas entre el rey y el príncipe —dijo, eligiendo las palabras cuidadosamente—. Hubo un altercado en la corte, y cuando yo me fui de Werlida, el príncipe se había retirado a su cámara en la ignominia. Sus perros atacaron al rey, él golpeó a un padre delante de toda la corte y se opuso a la voluntad del rey y declaraba haberse casado con una mujer de una familia de menor rango a la que, además, acusaban de que hechicería maligna. —Entonces, al darse cuenta de que había levantado la voz, tosió y acabó el informe en un tono más contenido—. Él puede estar embrujado.

—¡Liath! —suspiró Alain. Tallia se volvió en la silla para mirarlo con el ceño fruncido.

—El Águila —dijo Lavastine.

—Ya no es un Águila —dijo el Águila ante ellos—. Despojada de su capa y de su insignia, ahora es la concubina del príncipe, o lo era, cuando yo abandoné Werlida.

—Hubiera hecho mejor viniendo con nosotros. Es difícil moverse por el camino del desagrado del rey. —Lavastine consideró el camino del silencio. Sus tropas ya se estaban colocando en sus nuevas posiciones alrededor de los jinetes y dos de los clérigos habían encendido incensarios para purificar la calzada por delante y detrás de ellos—. Decidle al rey Henry que si esa mujer caída en desgracia no tiene lugar alguno al que ir, el condado de Lavas la acogerá.

—Primo, ¿estáis seguro de que eso es acertado? —pregunto Geoffrey.

—Estoy seguro de que es prudente y previsor. Reconozco el peligro cuando lo veo y ella no supone ningún peligro para nosotros. Hay algo ahí... —Se calló y se apartó hacia un camino incognoscible; poco después, parpadeó y se sacudió—. Quien esté con ella, contará con una importante pieza del juego.

Mientras el Águila se alejaba y el séquito volvía a avanzar de acuerdo a las nuevas órdenes de marcha, las palabras que Tallia había dicho en su noche de bodas retumbaban en los oídos de Alain como si las acabara de decir.

«Yo solo soy un simple peón, nada más. Igual que tú, lo que pasa es que tú no lo sabes».

En el palacio de Werlida, la reina Sophia había ordenado que se construyera un jardín al estilo arethousano. Con la forma de octágono, tenía ocho muros, ocho bancos, ocho parcelas de jardín bien cuidadas que se llenaban de brillantes colores en primavera y en verano, y ocho senderos radiales que conducían al centro, en el que se encontraba una fuente con forma de torre con una cúpula rodeada por ocho hileras de ángeles que retozaban y tocaban unas trompetas. Según la leyenda, no corría agua en la fuente desde el mismo día en el que murió la reina Sophia.

En realidad, la fuente dejó de fluir unos años antes, porque un invierno falleció de una fiebre pulmonar el artesano arethousano que había diseñado el complejo funcionamiento interior y nadie más sabía cómo arreglarlo.

Aun así la leyenda se mantenía, como suele ocurrir con ese tipo de historias.

En ese momento, Rosvita paseaba sin prisas alrededor de la fuente con media docena de las jóvenes acompañantes de Theophanu, muchachas nobles que gravitaban alrededor de la princesa como parte de su séquito. Theophanu permanecía en el escalón más bajo con los pies sobre las alas de piedra de un ángel y agarrada con una mano a una trompeta del tercer escalón para mantener el equilibrio. Así podía obtener una mejor visión sobre el muro de contención hacia el que la calzada se bifurcaba en la base del recinto inferior.

Ante ellas desde el jardín había una vista magnífica. La tierra se extendía por campos y pueblos, tierras de pastoreo y maleza, matorrales y bosques y, al fondo, una zona de bosque cerrado. El río serpenteaba hacia el sur como una franja que desaparece entre una bruma de árboles.

Desde el sendero de gravilla, Rosvita observaba cómo el séquito del duque Conrad llegaba a la calzada que se bifurcaba y cómo sus pancartas giraban hacia el sur. A esa distancia, no podía adivinar cuál era él.

¿Conrad pensaría en Theophanu? ¿Sentiría de verdad que Henry hubiera prohibido esa unión o su rabia se debía al insulto implícito en el rechazo de Henry?

¿Lamentaría Theophanu perder la oportunidad de unos esponsales o estaba aliviada? Rosvita no sabía qué responder. Otra persona podría expresar su furia o enfurruñarse o llorar. Theophanu no tenía el valor para hacerlo, u ocultaba sus sentimientos muy bien.

—¡Theophanu!

El príncipe Ekkehard bajaba por un sendero a la cabeza de un grupo de chicos. La schola había llegado a Werlida el día anterior.

—¿Te alegra ver a Conrad irse? —preguntó Ekkehard mientras se ponía de pie sobre la mampostería al lado de Theophanu—. Yo quiero ir con él a Wayland, pero padre dice que iré a Gent y que seré el abad de un monasterio que pretende crear allí dedicado a santa Perpetua en agradecimiento al rescate de Sanglant, pero yo no quiero ir a Gent y, desde luego, no porque padre esté tan enfadado porque Sanglant se haya ido con esa mujer. No sé porque me castiga por lo que hizo Sanglant. — Ekkehard hablaba sin pensar, aunque a lo mejor había llegado al meollo de la cuestión: el cambio en el comportamiento de Henry desde la mañana en la que todos se levantaron y descubrieron que Sanglant y Liath se habían ido.

La inescrutable sonrisa de Theophanu no cambió al responder.

—Él no te está castigando, Ekkehard. Te está otorgando autoridad propia. Recuerda que somos hijos del rey: padre nos utilizará como estime adecuado para fortalecer el reino.

¿Sus palabras contenían algún trazo de ironía? ¿Sarcasmo tal vez? Rosvita no estaba segura.

Las puertas del jardín se volvieron a abrir y la tranquila contemplación desapareció por completo cuando el rey y sus cortesanos entraron tras Ekkehard. La cháchara de la turba irritó a Rosvita. ¿Qué había sucedido para trastornar el equilibrio? ¿No se había enorgullecido ella siempre de su gentileza clerical e incluso de su humor? ¿No se había ganado el amor y la confianza del rey y de la corte, no porque persiguiese sus ambiciones personales, sino porque era su deber como sierva de Dios? Hacía muchos años que no sentía tanto alboroto en su mente. Como Henry, ansiaba desesperadamente saber qué había pasado con Sanglant y Liath, pero hasta que Henry no mencionara el asunto, nadie osaba hacerlo.

Alrededor del rey revoloteaban los cortesanos, entre los cuales los líderes eran los embajadores de Salia y Ungria. Sapia prefería claramente al elegante lord saliano que había viajado hasta allí en nombre del príncipe Guillaume, pero Henry escondía sus preferencias y dejaba que lo cortejaran. Al llegar a la fuente, se apartó del embajador ungriano para ayudar a Theophanu a bajar de su posición. Ekkehard saltó detrás de ella.

—Padre, ¿mañana podré salir a cabalgar y a cazar con vos? —preguntó.

—Por supuesto. —Henry estaba distraído mirando cómo el séquito de Conrad atravesaba el bosque. ¿Pensaba en Sanglant mientras lo veía alejarse? Se acercó a Theophanu y poco después Villam, varios cortesanos y él comenzaron a discutir la situación en Aosta, dejando a Ekkehard indefenso en el borde de su discusión.

—Alteza, espero no importunar. —El joven esposo de Judith, Baldwin, se situó en el espacio vacío al lado de Ekkehard—. Quizá recordáis que nos conocimos la pasada noche.

—Sois lord Baldwin, el esposo de la margravina Judith.

—Así es —dijo Baldwin sin malicia.

Por un momento una sonrisita rondó los labios del joven príncipe, pero Ekkehard había aprendido a comportarse en una dura escuela y se contuvo.

—Claro que os recuerdo.

—No he escuchado más que alabanzas a vuestro canto, alteza. Quizá en los próximos días podréis honrarnos con vuestras canciones. —Baldwin era realmente un joven llamativamente apuesto, y Rosvita observaba divertida cómo Ekkehard se rendía a la ardiente mezcla de belleza y adulación.

—¡No veo por qué hemos de esperar! Hagámoslo ahora y tal vez saldréis a cazar conmigo mañana.

—Por supuesto, alteza. Estoy a sus órdenes.

Se alejaron juntos. ¿Ivar estaba en su estela, con un aspecto tan huraño como una rana seca? No le estaba permitido hablar con Ivar, que estaba sujeto a los votos de novicio, pero tal vez así era mejor. Cuando Judith y su séquito regresaran al este, estaría bien confinado en un monasterio, en el que el trabajo, el estudio y la oración ocuparían sus días y le dejarían poco tiempo para detenerse demasiado en lo prohibido.

Rosvita se estremeció, al pensar en el silencio del convento. No, en realidad, no había estado verdaderamente en paz desde el día en el que la Vida de santa Radegundis había caído en sus manos. El hambre de un ratón la roía, incesante e implacable. Tenía muchas preguntas y muy pocas respuestas.

¿Dónde había ido Sanglant? ¿Qué había sucedido con El libro de los secretos? ¿Liath lo había embrujado con magia o el príncipe había abrumado a la pobre joven con sus atenciones? ¿La apariencia tranquila de Henry cubría solo un corazón furioso que se exacerbaría y, con el tiempo, estallaría de alguna forma?

—Hermana. —El hermano Fortunatus se había acercado sigilosamente al jardín tras el séquito del rey. Ella se acercó para poder oír su susurro—. Me quedé en la puerta inferior y observé a todos los jinetes y todas las carretas. No había rastro de la hermana Anne del convento de Santa Valeria en el séquito de Conrad.

—¿La hermana Amabilia tampoco encontró rastro alguno de ella en el recinto inferior?

—No, hermana. —Nunca lo había visto tan adusto—. Ha desaparecido.

—Es un misterio —reconoció Rosvita—. Prepara una carta, hermano. Debemos informar a la hermana Rothgard lo antes posible.

Él asintió obedientemente y se retiró; su figura vestida de blanco pronto desapareció entre la turba de cortesanos arremolinados y que se habían repartido por todos los senderos para manifestar su admiración ante la belleza de las flores y las pequeñas esculturas de las tumbas, la mayoría de santos y ángeles, que poblaban el jardín o que aguardaban con la paciencia de la piedra de nichos esculpidos en las paredes.

Judith y el embajador ungriano habían pasado el muro exterior para ver cómo el

final del imponente séquito de Conrad se perdía de vista. Rosvita se acercó para escuchar.

El hombre habló con la ayuda de un intérprete.

—Esta hija que él se ha llevado, ¿no es la nieta de la reina albana? ¿Cómo es que el duque Conrad ha obtenido como esposa a una hija de la reina albana, cuando él no es rey?

Judith tenía una sonrisa que suavizaba su rostro y miró con fuerza.

—Si deseáis que vuestras peticiones sean aceptadas, yo no le plantearía esa pregunta al rey.

—Yo también creo que no debo hacerlo —dijo él, riendo. Primo del rey de Hungría, tenía un rostro jovial, largo, un bigote oscuro que brillaba con aceite y una barba rala no más densa que la de un muchacho de dieciséis años, aunque las canas ya le cubrían el cabello—. Pero se dice que los hombres trabajan como esclavos en Alba mientras las mujeres descansan como reinas y que ninguna hija de su casa reinante antes de esta abandonó a su madre. Aunque tengo mis dudas.

—Muchos tienen sus dudas —continuó Judith, algo contenta—. El duque Conrad viajó a Alba de joven. Hay quien dice que engatusó a la reina para que estuviera de acuerdo con los esponsales. Otros dicen que embrujó a la hija y que huyó con ella cuando la madre rechazó la oferta.

—Pero él no huye con la princesa Theophanu, aunque el rey rechazó su oferta.

—Alba es una isla. Henry no necesitaría una flota de barcos para perseguir a Conrad, si lo hubiera enojado.

—Ah, veo mucha razón en vuestras palabras. —El embajador húngaro vestía una distinguida túnica de seda de diseño arethousano, pero estropeaba la elegancia de la ropa al cubrir los hombros con una pesada capa de piel, pese al calor veraniego. Apestaba a un olor dulce y empalagoso que a Rosvita le provocó dolor de cabeza—. ¿Benedicirá el rey esta boda o preferirá al príncipe saliano?

Judith sonrió fríamente.

—Yo también deseo que los ataques quman finalicen. Mis tierras han sido atacadas con frecuencia estos dos últimos años, igual que las vuestras, y si los ejércitos wendiano y húngaro se unen, entonces quizá podremos atacar el centro de las tierras quman y poner fin a sus saqueos. Por supuesto, existe el problema de las creencias, mi querido amigo. Los diáconos arethousanos que lleváis en vuestro séquito no se adhieren al culto eclesiástico observado por la skopos de Darre. Una princesa wendiana no se puede casar con un príncipe de Hungría que no practique de acuerdo con las maneras correctas. El rey Geza debe reconocer la primacía de la skopos de Darre antes que al ilegítimo patriarca de Arethousa si desea esta alianza con el rey Henry.

—La bendita esposa de Henry era arethousana.

—Bendita gracias a la skopos de Darre.

—Lo mismo que desea el rey Geza, si Henry le ofrece esta alianza.

Judith se encogió de hombros para demostrar que ella no podía hacer nada al respecto.

—Entonces habéis hecho todo lo que podíais. El rey hablará cuando tome una decisión.



El rey no habló ese día, pero la noche siguiente en el banquete en honor del nacimiento de los santos Iskander y Dawud, los gemelos sagrados, levantó la copa para brindar por Sapia y para anunciar sus nupcias. Los dedos de Rosvita estaban pegajosos por la miel. En los banquetes de los gemelos era una tradición beber hidromiel y comer dulces de miel, por el famoso milagro de las abejas. Ella se chupó los dedos apresuradamente y cogió la copa que esa noche compartía con la princesa Theophanu. Henry no le había pedido consejo como solía hacer, pero desde el desastre con Sanglant cuatro días antes, Henry había pasado los días y noches de juerga sin pensar en cuestiones serias aparentemente.

Hubo una pausa mientras el rey observaba cómo la corte alzaba sus copas a la espera.

El hermano Fortunatus, detrás de ella, murmuró a Amabilia.

—¿Ya has apostado algo? ¿Qué valioso príncipe elegirá el rey? ¿El civilizado saliano o el medio bárbaro de Ungria?

—Es pecado hacer apuestas —anunció el hermano Constantine en voz baja—, y para los clérigos más que para la gente normal, porque Dios nos ha prohibido hacernos cargo de lo que solo los ángeles pueden saber.

—Yo digo que favorecerá al príncipe saliano —murmuró la hermana Amabilia, ignorando a Constantine como era habitual—, lo cual le proporcionará una alianza con el rey de Salia en caso de que los lores de Varre se vuelvan a rebelar.

—¿Con Sabella en prisión? No, querida hermana, elegirá al de Ungria y, si tengo razón, creo que me darás esos dos dulces de miel que tienes en el plato.

—La glotonería es pecado —intervino Constantine remilgadamente.

—¿Crees que favorecerá a los ungrianos? ¡Pero si el rey Geza ni siquiera ofreció a su propio hijo como novio, sino a su hermano pequeño!

—Un hermano pequeño que es un experimentado líder guerrero y que ha luchado contra los quman y contra otras tribus bárbaras. Con éxito. ¿Qué mejor aliado para Sapia, si se convierte en margravina de Eastfall? Alguien que comprende la situación de allí.

—Aceptó la apuesta —dijo Amabilia—, pero ¿qué me das si gano yo?

—Yo ya me he comido todos mis dulces de miel. ¿Qué más puedes querer?

—Tu pluma de búho, hermano. Eso es lo único que me puede contentar.

—Silencio, amigos —dijo Rosvita, pero con una sonrisa. La expresión de la princesa Theophanu permanecía tan anodina como la de las esculturas del jardín octagonal. Tenía la mirada fija en su padre, que alargó una mano a Sapia y le ofreció que se levantara.

Sapia enrojeció. De alguna forma había logrado mantenerse en silencio mientras hablaba su padre, cuya voz llegaba sin esfuerzo a las cuatro esquinas de la sala e incluso al exterior, donde los sirvientes y adláteres se amontonaron en las puertas para escuchar.

—Que el embajador de Salia cabalgue hacia el oeste con una de nuestras Águilas y que le ofrezca regalos a nuestro hermano, Lothair, en señal de nuestros buenos deseos y de nuestro mutuo amor. Que el embajador de Hungría cabalgue al este con una de nuestras Águilas y que le comunique este mensaje al rey Geza: Que vuestro hermano, el príncipe Bayan, se encuentre con mi hija en la ciudad de Handelburg no antes de la celebración de Matthias y no después de la festividad de san Valentinus. Que se casen en presencia de la obispo Alberada, que gobierna las almas de los ciudadanos de las tierras fronterizas y de aquellos paganos que aún viven en la oscuridad. Tras una celebración de tres días, que se dirijan a Eastfall y que allí protejan y defiendan a la población de Eastfall de los expolios provocados por los asaltantes quman. Esta es mi voluntad.

Theophanu dijo algo entre dientes, pero no se percibió en medio del alboroto provocado por los gritos de cada una de las bocas de las personas allí presentes que levantaron sus copas. Sapia aún estaba sonrojada. Miró para el embajador saliano, primero, y luego, para el húngaro. No parecía molesta. Parecía contenta.

—Prometida al fin —dijo Theophanu, que cogió la copa de Rosvita y se la bebió entera. Llamó a un sirviente que se la volvió a llenar—. Hermana, ¿no bebéis por la buena fortuna de mi hermana?

—Sin duda. —Rosvita bebió agradecida. Hada calor y el aire estaba viciado en la sala y, de repente, deseó estar paseando sola por el Jardín octagonal, donde podría pensar tranquila, pero no tenía tiempo para pensar. Theophanu no dominaba la oratoria, por lo que hablaba tan bajo que solo la oía Rosvita.

—Si Henry pretende que ella reine después de él, ¿entonces por qué no la desposó con un extranjero que no pretenda recibir muchos apoyos de los cortesanos wendianos? Dicen que los húngaros siguen sacrificando caballos en el solsticio de invierno, aunque recen a Dios el resto del año. ¿Es ese el tipo de hombre que mi padre pretende que sea el próximo rey consorte?

—No sabemos mucho del príncipe Bayan; solo que es un renombrado guerrero que ha ganado muchas batallas —añadió Rosvita de forma reflexiva.

El embajador de Hungría pidió otro brindis. Había dejado a un lado la capa de cuero y, con el raro bigote y poca barba, tenía un aspecto extraño con la elegante túnica de seda amarilla. No hacía dos generaciones que los ciudadanos de Hungría habían sido asaltantes como los quman y no habían perdido mucho el aspecto

bárbaro, incluso aunque imitasen el sofisticado estilo de vestir arethousano.

—Están todos ciegos —dijo Theophanu bruscamente.

—¿Quién está ciego? —preguntó Rosvita, sorprendida por la inusual pasión de la voz de Theophanu—. ¿Qué es lo que no ven?

—No importa —suavizó su tono y cogió la copa de Rosvita, aunque solo bebió un trago—. No si aún no lo sabéis.

—Te refieres a Sanglant.

—Mi padre no ha dejado de pensar en Sanglant durante estos cuatro días. ¿No lo notas en sus maneras, en que nunca lo menciona? Yo no estoy ciega.

—La ceguera tiene muchos disfraces. —Rosvita observaba cómo Sapientia bebía triunfante y cómo besaba a su padre, el rey, en cada mejilla, al tiempo que la asamblea manifestaba su aprobación.



La ceguera tiene muchos disfraces y un corazón furioso se desborda por vías inesperadas. La mañana siguiente Rosvita tuvo motivos para reflexionar sobre el tema con amargura. El rey la solicitó temprano.

Él se sentó en el patio delantero mientras observaba cómo los auxiliares supervisaban la carga de las carretas con provisiones y, en concreto, con los obsequios del tesoro y los elegantes objetos que Sapientia presentaría a su prometido como sello de su alianza. De vez en cuando levantaba una mano para indicar que determinada pieza no se debía cargar. De vez en cuando, hacía un gesto y cierto artículo, apartado a un lado, se colocaba en alguno de los arcones que llenaban para la dote.

Lo acompañaban los cortesanos, entre los que se encontraban Helmut Villam y Judith.

Sus tres hijos permanecían de pie detrás de él. Sapientia mostraba petulancia. Theophanu, tranquilidad. Ekkehard alternaba un pie y el otro para apoyarse, nervioso, mientras buscaba a alguien entre la multitud de nobles. Hubiera sido un joven apuesto si no frunciera el ceño tanto.

—¡Ah, mi fiel consejera! —Rosvita se arrodilló ante el rey y se le permitió que le besara la mano. Él tenía un brillo en los ojos que la incomodaba.

—Habrás más partidas el día de mañana. —Henry hizo una señal a Theophanu—. Tú, hija, cabalgarás a Aosta en mi nombre. Prestarás ayuda a la reina Adleheid en lo que puedas y debas.

—Con mucho gusto, pero, padre, solo me dirigiré al sur después del concilio de Autun.

—No, hija. Debes cabalgar ahora si pretendes cruzar las montañas Alfar antes de

que se cierre el paso. Nuestra causa no triunfará si esperamos demasiado. Mañana marcharás hacia el sur.

—¡Pero sabéis que he de testificar en Autun en el juicio del padre Hugh!

—He dicho —dijo Henry sin levantar la voz.

—¡Pero si no estoy para testificar en Autun...! —El rojo inundó sus mejillas y se calló, con la mirada puesta en Judith.

Rosvita reconoció la mirada de un combatiente que sabe que sus flancos están protegidos y que el centro se mantendría en pie: Judith lo consintió.

—Cabalgarás hacia Aosta, Theophanu. A los obispos corresponde juzgar, no a ti.

—¡Pero mi testimonio...!

—Puedes dictar lo que desees contar a los clérigos, así tu voz se oiría en el consejo.

Theophanu no podía hacer nada a no ser que pretendiera desafiar a su padre... como ya había hecho Sanglant, pero ella no era en absoluto como Sanglant. Recuperó la compostura, murmuró unas frías palabras de asentimiento y se retiró, aunque lanzó una mirada a Rosvita para nada dulce.

—Prometedme —susurró al pararse junto a Rosvita— que vos leeréis mis palabras en alta voz en el juicio. ¡Las obispos os escucharán a vos!

—Hermana Rosvita —la voz suave de Henry apartó su atención de Theophanu—, como mi hija no ha de sortear sola los peligrosos caminos de Aosta, os enviaré con ella para que la aconsejéis.

—Su..., su majestad. —Estaba demasiado impresionada para balbucear más palabras que esas.

—¿Pasa algo, hermana? —preguntó él con gentileza.

No hacía falta ser un clérigo erudito para prever la escena: con Theophanu y Liath fuera, y sin Rosvita para que discutir, el caso, la acusación contra el padre Hugh tendría poco peso, especialmente si Judith aportaba sus propios testigos para defender la inocencia de Hugh.

¿Quién dudaba de ella? ¿Qué pretendía Henry con este repentino cambio de planes?

—Nunca he estado en la ciudad santa de Darre —dijo Rosvita, a trompicones y sin ninguna elocuencia. Solo vio los ojos de Theophanu, brillantes y encendidos, y una expresión en su cara que hizo que pensara que la princesa estaba a punto de gritar por la frustración.

Pero no había nada que pudiera hacer.



La propia Rosvita tomó testimonio a Theophanu esa tarde, lo puso por escrito con su

cuidadosa mano y selló el pergamino. Luego escribió una carta y se llevó aparte a la hermana Amabilia.

—Amabilia, quiero que tú en persona entregues esta carta a la madre Rothgard en el convento de Santa Valeria. Fortunatus y Constantine vendrán conmigo a Aosta y lamento que no vengáis con nosotros al palacio de la skopos, tal como merecéis, pero debes prestar servicio de esta forma. Si la madre Rothgard no presta atención a las palabras que he escrito, entonces ruégale que asista al consejo de Autun. Puede dar testimonio de lo que observó cuando Theophanu estuvo enferma en el convento.

—Seguro que pensará que resulta extraño que la hermana Anne haya desaparecido. —Amabilia torció el gesto por la carta—. Según la princesa Theophanu, la hermana Anne fue testigo de todo, de la fiebre y de la ligadura que encontraron. ¿Dónde creéis que puede haber ido la hermana Anne?

—No lo sé —dijo Rosvita, aunque en su interior se temía lo peor.

Hallaron los primeros signos de asentamiento a media mañana: la trampa de un cazador, un cobertizo construido con ramas con un techo hecho de parras entrelazadas y una hoguera de hacía unos diez días. A mediodía encontraron el primer cadáver en el borde de un claro recientemente abierto a machetazos en un bosque de hayas. Era un hombre vestido con ropas wendianas. Le habían cortado la cabeza.

—Asaltantes quman. —Zacharias se arrodilló al lado del sangriento cadáver, le tocó el Círculo de la Unidad y comenzó a decir para sí la oración de los muertos, pero se detuvo. ¿No eran solo palabras? No significaban nada—. Deberíamos enterrarlo —añadió y miró a tiempo para ver a su compañera recoger el hacha que le había caído de las manos al hombre muerto. Ella la estudió, gruñó algo, la ató al caballo y se montó en él. Él se puso en pie, agarró las riendas y corrió detrás de ella—. ¿No deberíamos enterrarlo? —preguntó, jadeante, mientras se ponía a su altura.

Ella se encogió de hombros.

—Su gente lo encontrará.

—Pero su espíritu vagará si no lo colocamos para que descansa en paz. Eso era lo que mi abuela decía siempre. —Aunque siempre fue pagana y la Iglesia de las Unidades había puesto fin a las viejas costumbres.

—Los espíritus humanos no tienen la fuerza necesaria para hacerme daño. ¿Cómo vamos a enterrarlos a todos?

—¿A todos?

—¿No hueles el humo? —preguntó ella, sorprendida.

No olía nada. En ese momento, nada. Todavía nada. Caminaron por el bosque de hayas siguiendo un camino. Hacía un día que habían llegado al país de las colinas y que habían dejado atrás las praderas. Aunque él llegó a sentir el enojo de su maestro quman como si fuera la punta de una lanza contra sus omóplatos, no vieron rastro alguno de los quman. Empezaba a creer que realmente había logrado escapar de ellos.

Cuando llegaron al pueblo, se dio cuenta, otra vez, de que estaba equivocado.

El hedor de las hogueras cubría el pequeño pueblo como una mortaja. La empalizada a medio construir había ofrecido poca protección contra las valientes almas que trataron de recortar tierras de labranza del páramo oriental. Las cabañas aún ardían. Las moscas cubrían a un perro tirado en el suelo. Algunos cadáveres tenían cabezas. Los otros, no.

—Cabalgan por delante de nosotros. —El miedo le heló por dentro.

Ella agitó la lanza. El tintineo de la campana se fue apagando en el silencio, pero antes él oyó un ruido dentro de la estructura de una de las casas comunales chamuscadas.

—Quedan algunos.

—¿Quman? —Su voz entendió las palabras y se paró. Sabía que iba a empezar a llorar.

—No, la gente de los caballos se ha ido. Y nosotros también nos vamos.

—¿No deberíamos enterrarlos decentemente?

—Nos llevará mucho tiempo. Quédate si quieres. Pertenecen a tu tribu, no a la mía.

Aunque ella no se fue de inmediato. Una hilera a los dos lados de cabañas abiertas permanecía intacta. Los tejados resguardaban las herramientas de los artesanos y otras parafernalias: en otro tiempo habían trabajado allí un carpintero, un picapedrero y un peletero. Había pieles curtidas sobre caballetes rudimentarios junto a una docena o más de pieles colgadas sobre armazones para curar. Ella levantó y calculó el peso de unas herramientas, de las que probó su equilibrio; cogió unas pocas, aunque el cuero fue lo que le resultó más interesante. Lo enrolló alrededor de los dedos, escupió en él y con las rodillas probó lo fuerte que era. Al final cogió tres pieles y las enrolló. Luego hurgó en la panadería medio quemada y regresó con varias hogazas de pan ennegrecidas y con dos bolsas de cuero llenas de sidra. Él se quedó mirando, atónito como un idiota. ¿No estaba mal coger lo que no era suyo? Aunque los muertos no necesitaban comida. Ella ató las pieles, las herramientas y las provisiones detrás de la silla del caballo sin decir una palabra, se volvió y levantó la laza, mientras fijaba la mirada en algo que se encontraba detrás de él.

Ese ruido no era el viento. Era un susurro.

Él se dio la vuelta.

—¡Padre! —Cuatro mujeres, dos muchachos adolescentes y un anciano se apiñaban en la puerta de la casa comunal quemada. Alrededor de media docena de niños se amontonaban tras ellos. Una mujer tenía un bebé en brazos—. ¡Ay, Dios! ¡Padre! ¡Dios os ha enviado a nosotros en tiempos de penuria! —Una mujer dio un paso hacia delante, con los brazos extendidos como si esperara una bendición—. Pensamos que erais asaltantes que regresaban. Esa mujer que está con vos... —Se detuvo cuando vio el terrible panorama: una docena de hombres de distintas edades, un joven y una mujer muy anciana yacían en el suelo lleno de sangre—. Ella lleva un abrigo de ellos.

—Ella no es quman. —Le sorprendió lo ronca que sonaba su voz. Las palabras no salían con fluidez y la mujer del pueblo hablaba un dialecto cerrado; era una trabajadora de una región diferente a la de su gente.

—Gracias a Dios habéis venido a nosotros, padre. —Ella continuó y fue unas palabras más allá—. Podéis orar con nosotros. Podéis decirnos que hacer. —La mujer

más joven había empezado a lloriquear y la mitad de los niños hicieron lo mismo—. Huimos con los niños, pero los demás tenían que quedarse atrás para impedir que los asaltantes nos siguieran. ¡Ay, Dios! ¿Qué hemos hecho para que la ira de Dios caiga sobre nosotros de esta manera?

—Venga —dijo la mujer aoi—. Nosotros nos vamos. —Le retiró las riendas de la mano y empezó a andar.

El anciano se puso de rodillas.

—¡Habéis venido en respuesta a nuestras oraciones! —dijo él sin aliento—. Han pasado muchas estaciones desde que un santo diácono cantara salmos ante nosotros. Rogamos a Dios para que nos diera una señal cuando nos escondimos de los asaltantes en el bosque.

—¿Vinieron hoy? —preguntó Zacharias nervioso.

—No —respondió la mujer—. Fue ayer al final del día, tarde. No nos atrevimos a regresar hasta esta mañana.

—Entonces seguro que no están demasiado cerca —dijo Zacharias, pero la mujer aoi no miró para atrás, ni lo esperó. Él cogió en alto sus pertrechos y dio un paso hacia delante. La mujer más joven empezó a gemir como un fantasma condenado a vagar sin rumbo después de la muerte. Él titubeó cuando la hechicera cruzó la empalizada y la perdió de vista al moverse hacia el oeste—. No puedo ayudaros —dijo él finalmente.

—Pero sois un hombre de la Iglesia —gritó la mujer—. ¡Seguro que podéis quedaros lo suficiente para decir unas oraciones sobre estos valientes fallecidos para que así sus almas suban al cielo!

—Dios nos ha abandonado. —Cuánto los odiaba en ese momento por sus lloros y por la forma en la que lo miraban en busca de una salvación. Ni siquiera se podía salvar a sí mismo—. Orad por los ancianos, como hacían vuestras abuelas. Quizá entonces vuestra suerte vuelva.

Les dio la espalda y siguió a su señora. Sus gritos y lloros lo siguieron durante mucho rato por el tranquilo bosque, incluso cuando ya no podía oír.

Tres días después de que el Águila hubiera comunicado su mensaje, el grupo de Lavastine llegó al convento de Santa Genoveva. Algún alma juguetona había rallado las puertas con la formas de dos perros enormes y ese mismo espíritu invadía las casas de invitados; además, todos los manteles y vigas parecían tener forma de cara de perro o de perros retozando o cazando o descansando tranquilos, como si estuvieran expectantes ante el inminente regreso del santo mártir para cuidar de sus queridos compañeros. La abadesa envió a sus sirvientes personales para que esperasen al conde, a su heredero y a su primo, y después fueron invitados a cenar.

La abadesa era una mujer sorprendentemente joven, apenas mayor que Tallia. Segunda hija de una antigua y noble casa, la madre Armentaria había sido investida abadesa en la Iglesia a los doce años. La tía abuela de su madre había fundado el convento, del que había sido la primera madre; la abadesa siempre había sido una mujer de esa familia. Ella tenía el hábito de mando, y la institución que gobernaba siempre había sido próspera. Con voces dulces y cautivadoras, las monjas cantaban salmos a la Señora que la propia abadesa había compuesto para honrar al Dios de la Unidad.

*Santa Madre, vos que habéis dado la vida,
Bendita Tecla, vos que habéis presenciado la muerte,
en su forma femenina, Dios nos ha otorgado la mayor de las bendiciones
Os alabaremos y nos regocijaremos en vos.*

Sin embargo, ella seguía enojada por las recientes noticias.

—He oído que el rey de Salia ha ofrecido a uno de sus hijos como consorte y esposo de la princesa Sapiencia. ¿El rey Henry aceptará esta alianza? Algunas de las tierras bajo mi dominio se encuentran en la zona fronteriza entre Varre y Salia y allí ha habido problemas: los señores salianos reclaman sus derechos sobre esas tierras aunque yo tengo escrituras que demuestran que son mías. Un matrimonio así puede acabar con esos problemas.

—Es posible que el rey mire hacia el este para una alianza así —dijo Lavastine—. Según se cuenta, los bárbaros han aumentado sus ataques en las tierras de la frontera.

—Tiene dos hijas —observó la abadesa— y dos hijos, aunque uno de ellos es bastardo. Puede establecer cuantas alianzas quiera, hasta cuatro, para beneficiar a aquellos de nosotros que lo servimos.

—¿No servís a Dios? —preguntó Tallia con dureza.

Sin embargo, la respuesta de la madre Armentaria fue más dura.

—¿No oraréis con nosotras esta noche durante la vigilia, querida Tallia? Entonces, podréis juzgar por vos misma cómo honramos a Dios.

—Oraré con gusto y con todo mi corazón y durante toda la noche. Y hay más, quizá os gustaría saber.

Lavastine la miró sorprendido, pero no podía poner objeciones. Ni tampoco Alain. Cuando abandonaron la mesa, Tallia escapó de él, de nuevo y como siempre, para lo que siempre escapaba: para rezar. No podía ir tras ella al claustro reservado para las mujeres.

A él se lo llevó Lavastine al jardín para no oír más a lord Geoffrey y a los demás. Los perros los siguieron mansamente. A la sombra de un manzano, colocó una mano sobre el hombro de Alain y lo miró con severidad.

—¿Aún no está embarazada? Me temo que solo un hijo la curará de estos desvaríos.

—No, no, padre. Aún no. Ella es muy... —Tartamudeaba unas sílabas que ni siquiera él podía entender.

—Un hueso duro de roer, así que habrá que ingeniárselas, pero bajo esa difícil corteza, en el interior aguarda un fruto provechoso.

Alain comenzó a tartamudear una disculpa.

—No, hijo, te has comportado como cualquier hombre. Ella empieza a confiar en ti y temo que haya heredado de su noble madre la terquedad y de su noble padre, la ingenuidad.

Alain no sabía qué responder.

—Seguro que es la santidad, no la simplicidad, lo que hace que sea así. —Miedo se alejó de ellos hacia una exuberante hilera de vegetales, nabos y rábanos aún sin cosechar. Una abeja revoloteaba entre las rosas. Pesar y Rabia habían ido a olisquear una consuelda. Incólume lamía la mano de Alain. La campana sonó para citar a las monjas para las vísperas.

—Si se tratara de la santidad, entonces, ¿por qué se seguiría aferrando a esa herejía? —observó Lavastine—. Y si sus palabras supusieran algún peligro para la fe, la madre, scholastica no hubiera permitido que saliera al mundo, o la hubieran amenazado con la excomuni3n, pero no temen sus delirantes discursos. Entonces, tampoco nosotros tenemos porqué temerlos.

—Pero está demasiado obcecada. ¡No sé que hacer!

—Se aferra a eso porque la reconforta. A medida que confíe en ti, acudirá a ti para que la reconfortes. Debes ganarte su confianza igual que un albañil hace su casa: poniendo las piedras nuevas de una en una. Cuanto más cuidadosamente trabajes,

mejor se asentarán los cimientos y los muros. Unos pocos meses más no supondrán una gran diferencia, sino que dañarán tu alianza con ella si te precipitas y haces que se ponga en tu contra. Podrás criar a muchos hijos si empiezas a tenerlos dentro de diez o veinte meses.

En el prado más allá del jardín, las ocas empezaron a pelearse. Gozo se levantó de repente, vigilante, y se dirigió despacio al arco que se abría hacia el campo. Las ocas habían comido antes con mucha diligencia; en ese momento, siseaban y graznaban, como diría la tía Bel, como si quisieran ahuyentar al Enemigo.

—¿Y qué pasa con la maldición de las que nos ha avisado el príncipe Sanglant?

Lavastine silbó a Pánico y le golpeó en las orejas.

—Corazón Sangriento ha muerto. Si su muerte aún contiene peligro, entonces tendremos que estar preparados para enfrentarnos a él —sonrió forzosamente—, y tenemos que confiar en la misericordia de Dios.

Los perros enloquecieron. Miedo salió corriendo hacia el arco de entrada, ladrando con furia. Gozo ya había desaparecido entre la hierba. Las ocas se dispersaron. Pesar y Rabia se fueron del jardín dando saltos, arrasando las hojas con sus pesadas zancadas. Incólume agarró la mano de Alain con la boca y lo arrastró tras él. Solo Pánico se quedó en su sitio, furioso, gruñendo con rabia mientras se pegaba al conde.

Alain corrió hacia el arco. Fuera, en el prado, los perros se reunieron, aunque Rabia se apartó hacia un lado y Pesar saltó en la otra dirección. Cada vez ladraban más y con más furia. ¿Era eso un destello blanco en el suelo? El crepúsculo enrojecía las nubes que empezaban a cubrir el cielo por el oeste. En el este, unas pocas estrellas parpadeaban en medio de trozos de nubes. Desde la iglesia, escuchaba las primeras voces que invocaban a Dios. Las vísperas habían comenzado.

Yaced a mi lado, oh, Señor, dormid a mi lado.

Protegedme de todos los males

*Dejad que mi madre me cuide y me cante hasta mi dulce descanso,
mientras Vos cuidáis de vuestros hijos.*

Señor, tened misericordia, Señora, tened misericordia.

Gozo se detuvo, se tiró contra el suelo, se enderezó y empezó a cavar. Lanzó tierra por detrás de él. Incólume, Miedo, Pesar y Rabia se unieron a él y no tardaron en cavar con fuerza y con una infernal algarabía de ladridos.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Lavastine, que se acercó a Alain, pero Pánico ya estaba allí, mordisqueando la muñeca del conde e intentando arrastrarlo al jardín.

Un estremecimiento recorrió a Alain de arriba abajo. Se tocó el pecho, donde colgaba la diminuta bolsa que ocultaba la rosa. El frío le secó los dedos a través del lino de la túnica de verano.

—Dejadme ir —dijo. Para entonces los demás ya habían salido para averiguar que pasaba. Lavastine dejó a regañadientes que Pánico lo llevara al jardín entre los miembros de su séquito.

Alain corrió hacia una polvareda de tierra.

—¡Silencio! —gritó, pero no le hicieron caso. Le llegó tierra a los ojos y le bañó los labios y la lengua. Estaban inmersos en un frenesí de ladridos tan enardecido que sus ensordecedores ruidos le impedían oír los cantos de las monjas. Un pequeño cuerpo blanco yacía en el suelo.

Las fauces de Gozo se cerraron a su alrededor.

Los otros cuatro perros dejaron de ladrar al instante y formaron un círculo en torno a Gozo, que lo tragó. Entonces su cabeza hizo un movimiento brusco para mirar a Alain, presionó su nariz seca contra la mano de Alain, resopló durante un momento y, de repente, se apartó y comenzó a trotar hacia el bosque que había tras los pastos.

Alain lo persiguió, pero los demás perros se pusieron en medio y lo atacaron en grupo. Por su peso, lo tiraron al suelo y allí se quedó con Pesar sobre el pecho y con Miedo y Rabia sentados a sus pies. Incólume salió trotando tras Gozo, pero se paró en el borde del bosque, como un vigilante. Las ocas se habían agrupado en el lejano final de los pastos y, una vez tranquilas, se movían para repartirse entre hileras de cebada y espelta.

—¿Qué sucede, Alain? —Llegó Lavastine, espada en mano. Cuatro hombres de armas portaban antorchas y estaban armados con flechas que apuntaban hacia él.

Sin embargo, cuando Alain intentó describir lo que había visto, nada parecía tener sentido.

—Vamos —dijo Lavastine a los hombres de armas—. Ya he tenido suficientes maldiciones y supersticiones. Llamad a otros doce más y vayamos a buscar al perro.

—Pero, padre...

—¡Silencio! —dijo bruscamente Lavastine. Alain prefirió no protestar.

Caminó junto a Lavastine hacia el bosque, sin apartarse de su lado. Hacía tiempo que las buenas hermanas del convento de Santa Genoveva habían limpiado la mayoría de la maleza y de la madera seca para hacer fuego y tener carbón. El bosque despejado ofrecía poca protección. La luz iluminaba lo suficiente para guiar sus pasos, y las antorchas animaban a Alain, como si pudiera hacer que las llamas alejaran maldición que intentaran lanzar contra él desde la oscuridad.

Sin embargo, los cinco perros caminaban con tranquilidad, felices de que los dejaran buscar, lo que hicieron por lo menos durante mitad de la noche. No hallaron rastro de Gozo.

Cuando por fin entró a trompicones en la cámara preparada para él, Tallia y sus sirvientes, tuvo que abrirse camino con cuidado entre los miembros del séquito que dormían. La cámara estaba a oscuras y él, demasiado cansado para desnudarse, se acostó vestido. Buscó la cama con una mano, tratando de no despertarla, pero, igual que Gozo, se había ido.

Escuchaba unas voces que cantaban las vigilias durante el oficio nocturno. Se había escondido entre los muros del claustro. Ojalá pudiera hacer un esfuerzo por levantarse de la cama para ir a buscar a Tallia, que era todo y lo único que él siempre había querido.

Se quedó dormido.



Él mismo ondea su estandarte. De dos mangos de una lanza atados a un asta cruzada, colgó los huesos de sus hermanos muertos, al menos los que pudo recuperar; cuando el viento soplaba, hacían un ruido agradable: la música de la victoria. Ciertas piezas (cinco campanillas, un cuchillo con el mango de marfil y hecho de bronce, agujas, una copa de oro, anzuelos de hierro y una fina barra de hierro) fueron atadas entre los huesos para dar variedad a los sonidos. Amarró los cinco galones de sus rivales muertos en la parte superior, hizo un lazo con tiras de seda y lino desgarradas de los cuerpos de los enemigos de Corazón Sangriento por debajo como si fueran banderines y sujetó cada fila de huesos y metales con un círculo agujereado de barro cocido.

Toda la tribu se ha reunido para observar esta ceremonia en el terreno de baile de las Hijas Veloces. Se vuelve hacia la extensa colina que conduce a la playa donde recalán los barcos. Tras él, se encuentran las moradas de sus hermanos y tíos, a lo largo del valle hacia la montaña. A su izquierda, se hallan los almacenes que compartían los miembros de la tribu y a su derecha, la larga sala que correspondía a la Madre Anciana, construida por completo en piedra y techada con paja y tierra. La puerta estaba abierta, pero no ve que se mueva nada en el interior. Las Hijas Veloces se encuentran en un semicírculo frente a la sala de la Madre anciana. Han terminado la larga danza cuyos compases relatan toda la historia de la tribu de Rilán hasta los albores del mundo.

Han cantado y han reconocido su victoria: el Quinto Hijo de la Quinta Camada se convertirá en el jefe de la tribu de Rikin.

Ribetea la última tira de su estandarte y clava la afilada base en la tierra para que permanezca en pie. Coge del suelo una piedra y con ella se limpia los restos de pintura del pecho: la pintura que indica su parentesco con Corazón Sangriento, que ha muerto. Con los dedos, manchados en pequeñas tarros de ocre y tintura azul, se pinta en el pecho el nuevo motivo: un círculo con dos líneas cruzadas en el interior de forma que tocan cuatro puntos del círculo, uno por cada viento: norte, oeste, este y sur.

—Con estos vientos navegarán mis barcos—gritó. Todos lo oyeron. Ahora son su tribu, para moldear y usar como arma—. Con los cuatro vientos hacia las lejanas

costas del mundo, todas las regiones de la tierra que conocen las Madres Sabias.

Surge un murmullo entre los soldados, que se arrodillan con esa particular combinación de paciencia y tensión que indica que recelan de su gobierno. Todavía tiene que demostrar su valía ante ellos. Ellos tampoco entienden verdaderamente, no por ahora, sus intenciones.

La silla del jefe, el único que tuvo la previsión de salvarse del desastre de Gent, está adelantada y él se sienta en ella.

—Adelante, todos, y descubríos ante mí.

Extendió sus garras y todos se acercaron uno a uno. Primero, los soldados que lo siguieron incluso a pesar de que la desgracia lo acompañara, seguros de sí mismos, orgullosos, preparados para cumplir sus deseos. Creían en su fuerza. A continuación, siguieron los demás, algunos a regañadientes, otros con curiosidad. Pudo sentir el miedo de unos pocos y, a esos, los mató de inmediato. La tribu de Rikin era fuerte y pocos de sus tíos, primos y hermanos han sobrevivido a las campañas de Corazón Sangriento mostrando debilidad.

La presentación de los soldados ocupa la mayor parte del día, pero no le importa; no se trata de una ceremonia que debe hacerse apuradamente.

El sol se hunde como preparación para una noche más larga que la anterior: las noches crecen, los días menguan hacia el punto medio que Alain Henrison llama el equinoccio de otoño y que las Madres Sabias denominan «El Dragón le ha dado la espalda al Sol». Desde la orilla, escucha el batir de las aguas revueltas por las criaturas de las profundidades. ¿Los pueblos del mar han acudido para ser testigos? ¿Han venido para comprometerse con su gobierno?

Aún no puede dejar la silla. Hay otros asuntos que negociar.

—¿Dónde se encuentra el sacerdote? —pregunta, y el sacerdote arrastra los pies hacia delante, farfulla y salmodia y tararea con su aflautada voz—. Sacerdote, ¿tenéis lo que necesito?

—¿Mantenéis a salvo lo que yo más estimo? —responde el sacerdote.

Sonríe.

—Se encuentra a salvo en un lugar que nunca encontrareis, tío. ¿Tenéis lo que pido a cambio deponerlo a buen recaudo?

—¿No debo caminar ahora durante muchas jornadas? —se lamenta el sacerdote—. ¿No debo caminar por muchos senderos peligrosos? ¿Creéis que se plegará fácilmente a mi poder y, por tanto, al tuyo?

—Tendré paciencia durante un poco más de tiempo —responde.

El movimiento se arremolina en el respaldo mientras las Hijas Veloces se preparan para acercarse y escoltarlo al trono de la Madre Anciana, aunque no ha acabado. Hace un gesto y sus esclavos aparecen entre las sombras, en filas ordenadas, obedientes a sus deseos. No son bestias, como los otros esclavos, pero aun así los hombres de la tribu murmuran sorprendidos y con desconfianza.

—¿Qué significa esto? —exclamaron algunos de los Hijos de las Rocas.

—¿Seguiremos al que lleva el círculo de los Suaves y que permite que estos esclavos caminen en su séquito como guerreros honrados? —gritaron otros.

—Desafiadme si queréis —dijo el Quinto Hijo, con suavidad como para no resultar amenazante pero bastante en alto como para llegar lejos—, pero voy por delante de vosotros en el camino, hermanos. He derrotado a mis rivales y atravesado sin ningún daño el terreno de anidación de las Madres Sabias. ¿Alguno de vosotros podéis decir lo mismo? ¿Acercaos y desafiarme si os atrevéis? —No subió ni bajó la voz, como hubiera hecho Corazón Sangriento. No se puso en pie para hacer que su estatura fuera un desafío. No lo necesitaba.

Lo temen porque es diferente.

Y no son tontos. Esperarán y lo medirán y seguirán sus pasos mientras camine por el sendero de la victoria. Solo un líder débil necesita mirar hacia atrás. Un líder fuerte solo necesita examinar la tierra ante él, porque sabe que sus tropas son fieles y que marcharán tras él con entusiasmo.

—Adelante, aquellos que habéis nacido humanos y que me servís.

Se acercan vacilantes hacia las brillantes lanzas de obsidiana y el resplandor de la garra, pero se acercan, aunque puede sentir el miedo de todos, menos de uno. No osan rehusarlo; algunos, incluso se atreven a levantar la cabeza. Entre ellos, el jefe y la Madre Anciana se arrodillan ante él, como él les ha enseñado. Él ha visto esta forma de obediencia en los sueños de Alain Henrisson.

La diaconisa Ursuline, como cualquier Madre Anciana, no lo teme, la única de su tribu. Alza la mirada para encontrarse con sus ojos.

—He hecho lo que pedisteis y no tenéis motivo para estar descontento con el servicio que os prestado. ¿Y vuestro acuerdo?

Descaradas palabras para ser pronunciadas entre quienes podían cortarle el cuello al instante. Le enseña los dientes para recordarle su poder, pero ella tiene la serenidad que acompaña a quienes se mueven de la mano de los dioses, incluso aunque solo se trate de su Dioses del círculo, cuyas huellas él nunca ha visto sobre la faz de la tierra.

—Me habéis servido bien. Así os recompenso: todos los esclavos del fiordo de Rikin caminarán libres del redil y construirán casas comunales, como es nuestra costumbre. Es lo que harán, siempre y cuando se sometan a los deseos de sus señores en todos los demás aspectos. Mientras sirvan a nuestros propósitos, vivirán y, mientras haya paz entre los que caminan libres de los rediles, vivirán. Si no hay paz, entonces la justicia será pronta. —Cierra los puños y se los lleva al pecho de forma que sus desenfundadas garras brillan ante él, como si en el cuerpo le hubieran salido unas ligeras y afiladas cuchillas mortales—. ¿Dudáis de mí?

—No dudo de vos —respondió seria—. ¿Y qué pasa con la otra cuestión que discutimos?

La otra cuestión. Le cuesta un poco recordarla, aunque era la que ella más ansiaba. Ella hubiera dejado a su gente atrapada a cambio de eso. Lo que él le da a cambio de sus servicios es una señal de la generosidad que él ha aprendido a través

del sueño: los jefes y las Madres Ancianas de los humanos utilizan los regalos para mantener unidas a sus tribus.

—Con vuestras propias manos y con las herramientas que yo os ceda, en vuestro tiempo libre y siempre y cuando no interfiera con las tareas que los maestros os han encomendado, construiréis una iglesia para vuestro Dios del círculo y rendiréis culto en ella.

Ella inclinó la cabeza, gesto en el cual él vio sumisión y respeto a la vez.

Aunque no está del todo seguro de si sumisión es hacia él, su señor, o hacia el Dios del círculo al que ella considera el Dios de toda la creación.

Sin embargo, en realidad, no le importa mientras que ella lo sirva en la tierra. No es de su incumbencia adónde vaya después de la muerte.

Por último se acercaron las Hijas Veloces. Sus cabellos brillan bajo la intensa luz de la tarde, con un color dorado como el del sol, con un blanco perlado pálido como el de la luna, con el cobre, el estaño y el hierro de las vetas de la tierra. Ningún hijo de la tribu podría entraren la sala de las Madres Ancianas sin que ellas lo invitaran, y su invitación solo llega a los hijos que vayan a liderar, reproducirse o morir.

Él puede morir. Puede que la Madre Anciana no lo considere valioso, pero lo duda.

Cruza el umbral y entra en la sala de la Madre Anciana a través de una densa oscuridad con el aroma de la tierra y las rocas, las raíces y los gusanos: el perfume de los huesos de la tierra. Bajo sus pies el suelo pasa de ser tierra batida a una roca fría: una transición tan brusca que la cabeza le da vueltas y tiene que hacer una pausa para mantenerse en pie. El aire le roza la cara, se agita como una gran bestia y, desde donde se encuentra, tiene la impresión de que se abre un gran espacio ante él. Siente como si estuviera al borde de un inmenso abismo. Detrás de él, aunque no se ha dado la vuelta, aunque no hay paredes entre su espalda y el muro de la casa, la puerta ha desaparecido. Se encuentra en medio de la absoluta oscuridad.

Encima, ve estrellas.

Y debajo, también, ve estrellas, destellantes, brillantes e inalcanzables, repartidas como pequeñas hogueras.

—¿Quién eres, Quinto Hijo de la Quinta Camada? —No puede ver a la Madre Anciana, pero siente el susurro de su aliento seco en los labios, siente su cuerpo, que hace que sea imponente, que la muestra como una hija de la tierra—. ¿Cómo te llamaremos cuando dancemos los compases de nuestra tribu? ¿Cuándo cantemos la vida de los pastos, que mueren cada invierno, y la vida del vacío, que es eterna?

Hace mucho tiempo, hace meses, cuando los humanos medían el paso de los días, se encontró a la más joven de las Madres Sabias en el camino hacia la montaña. Allí, ella se dirigió a él.

—Deja que te guíe lo primero que aparezca ante tus ojos.

Entonces él creyó que ella se refería al funeral que había visto de camino haría el valle, porque fue el primer acontecimiento que presencié después de alejarse de ella,

pero él sueña y en sus sueños escucha a Alain Henrisson hablar de sus sueños. Como las sierpes de los escudos que llevaban sus soldados, Alain y él están entrelazados, unidos el uno con el otro, sin principio ni fin.

En un sueño escuchó a Alain hablar.

—En absoluto era el funeral. Era su propia mano.

Su propia mano.

Corazón Sangriento no confiaba en su propia fuerza ni en su astucia. En la debilidad, recurría a la ayuda de la magia, pero la magia solo se consigue a un precio y nunca es algo que se pueda poseer verdaderamente. Esta era la lección que había aprendido de su padre. Prefiere no confiar en la magia.

Solo puede confiar en sí mismo, en su fuerza, en su ingenio.

Muestra los dientes, con lo que los Suaves llamarían una sonrisa. Levanta la mano con lo que deja la oferta en la palma de la Madre Sabia más joven. No la puede ver, pese a estar tan cerca de su cara: así de oscura esta la sala, pero no tiene duda de que la Madre Anciana puede ver, porque su vista no es como la de sus hijos.

—Llamadme con el siguiente nombre: Mano Fuerte.

Oye cómo ella se mueve por las rocas, fuerte como el crujido de la tierra bajo el peso de las montañas.

—Que así sea. Que lo digan las Madres Sabias y que ese nombre se conozca por todas las montañas.

—Y más allá —murmura él—. Que se conozca en las cuatro esquinas de la tierra.

Su respuesta, como el cuchillo que ella blande, es afilada.

—Sus voces se escuchan más allá de lo que crees, hijo. Ahora vete. Mano fuerte se levantará o caerá dependiendo de lo que él se esfuerce.

Así se retiró.

En el lugar en el que la roca se convierte en tierra batida, él se detiene, pestañea cuando la puerta surge ante él entre la nada. Hay luz suficiente para que pueda volverse para mirar atrás. La cámara detrás de él, la larga sala de piedra y tierra, está vacía. No ve un pesado trono, ningún rastro de la Madre Anciana, solo tierra removida, equinas poco iluminadas y la ruda topografía de las paredes de piedra.

Ni siquiera sus huellas están marcadas en la tierra.



Alain se despertó al amanecer. En la distancia escuchó que cantaban los laudes. Mientras yacía en la cama con una mano extendida en el frío espacio en el que no se había acostado Tallia la noche anterior, las voces que celebraban los laudes acabaron, hicieron una pausa y comenzaron el servicio de la hora prima al amanecer. ¿La voz de Tallia estaba entre ellas? No podía distinguirla entre tantas. De ella, en aquella

cámara, no había ningún rastro.

Se levantó de la cama y se tambaleó hacia fuera, donde encontró a Lavastine ya en pie. Geoffrey, con cara de sueño, daba órdenes a los sirvientes y a los hombres de armas. Lavastine hablaba con los habitantes del bosque procedentes de las tierras cercanas, que se encontraban bajo dominio del convento. Levantó la mirada.

—Estas despierto, Alain. Salimos de nuevo. No puede haber desaparecido completamente.

Volvieron a salir: filas de hombres batían la maleza y caminaban en grupos escalonados de forma que se cubriera cada trozo de tierra alrededor del convento. Alain estaba agotado; tropezó con troncos caídos y raíces superficiales, veía pilas de hojas esparcidas por cualquier camino por el que pasara.

Al mediodía aún no habían encontrado señal alguna de Gozo.

Lavastine los llamó para comer, pero Alain no se podía rendir, aún no. Se quedó fuera con un puñado de sirvientes, con Pesar y con Rabia. Rastrearon de nuevo el camino de vuelta en el que las ocas habían sembrado la alarma en un principio e intentó seguir las huellas de Gozo hacia el bosque. Los perros no sirvieron de ninguna ayuda: ladraban a las ardillas y los pájaros que aparecían en su camino o engullían escarabajos o cavaban agujeros en el suelo.

Al final, a media tarde, tuvo misericordia de los cansados sirvientes y caminaron con dificultad de vuelta al pabellón de invitados. Estaba exhausto, tal vez más a causa de la pena que por un cansancio físico real. ¿Qué se habría tragado Gozo en el campo el día anterior? ¿Por qué después había salido huyendo como lo hizo? ¿Por qué no había regresado?

Pesar y Rabia lo siguieron de regreso a la cámara reservada para el conde Lavastine y sus sirvientes. Dos de ellos se pusieron de cuclillas fuera, en el pasillo, pero saltaron de repente al ver a Alain y le dieron paso. Encontró a Lavastine en la pequeña cámara dormido sobre la cama. Las contraventanas estaban abiertas para que entraran la luz y el aire; el sol iluminaba la parte baja de la cama de manera que los pliegues de la sábana tenían dos tonos. La cabeza de Lavastine yacía a la sombra; su pelo rubio rojizo tenía unas matas blancas. Tenía los ojos cerrados y respiraba acompasadamente mientras Pánico, Incólume y Miedo se tumbaban a su alrededor en el suelo de losas como fieles asistentes. Pánico roncaba con mucha energía, sentado a su lado, mientras Incólume dormitaba con la cabeza apoyada en las patas. Miedo se mantenía vigilante.

Alain se sentó en la cama. Movido por un impulso, se estiró para retirar unos cabellos de delante de los ojos de Lavastine. El sol, el viento y la edad habían hecho mella en el conde; le habían agrietado la cara y las manos. A pesar de que le nacían unas diminutas arrugas del borde de los ojos, unas pequeñas patas de gallo, conservaba un rostro suave. Lavastine era un hombre que sonreía o que fruncía el ceño con moderación, por lo que su cara no mostraba las huellas de esas expresiones.

No era un hombre grande, como el príncipe Sanglant, aunque sí esbelto y no muy

alto; el poder de su mente y de su voluntad lo había fortalecido. Era como la mayoría de los hombres y mejor que muchos: firme, práctico, de buen carácter, prudente y severo. No lo formaron para las fuertes emociones con las que bautizó a sus perros, sino más bien con el trabajo diario terrenal.

Alain sonrió con dulzura; espantó una mosca. Aún no era demasiado mayor, ni siquiera tenía la edad del rey, pero ya no era joven. Tal vez pronto sería abuelo.

Alain se sonrojó; el calor le inundó la cara y otras partes del cuerpo. Solo las mujeres y los hombres de la Iglesia se mantenían puros como los ángeles: se habían convertido en vehículos cuya pureza los acercaría a la inmaculada luz de Dios.

No obstante, Dios había creado el deseo para que la humanidad pudiera crecer y prosperar. ¿El Señor y la Señora no habían concebido la Sagrada Palabra entre ellos al unirse en un acto legítimo? ¿La Tierra y todo el Universo no eran creación suya? ¿Estaba mal que le encantara el mundo?, ¿que pensara en Tallia y en su unión en el lecho matrimonial?, ¿que pensara en hacer abuelo a Lavastine? Para Lavastine, un nieto, el heredero de su heredero, sería el triunfo que más ansiaba. Alain quería ofrecérselo.

Pesar aullaba junto a su rodilla. Alain se irguió y le dio unas palmaditas al perro, que le colocó el enorme hocico sobre la rodilla. De repente, le recordó llamativamente a cuando la pequeña Agnes, la hija más pequeña de Bel, era solo una niña y se acomodaba sobre las piernas de Alain durante las noches de invierno. ¿Cómo le iría a la tía Bel? ¿Henri pensaría algo en él? ¿Lo seguiría odiando?

Recordar el último encuentro con Henri aún le resultaba tan doloroso que Alain no podía soportar pensar en él durante mucho tiempo. ¿Qué lo acusara de mentiroso y para su propio beneficio! Haber dicho eso era como si lo hubiera apuñalado en el corazón.

Pánico gruñó mientras dormía. Rabia ladraba y colocó las patas sobre el alféizar y, como si las garras de los subalternos del Enemigo estuvieran buscando un corazón preocupado y débil, un estremecimiento, un repentino escalofrío, recorrió a Alain.

Algo crujía en el arbusto en el exterior de la ventana.

Se puso de pie de un salto y salió corriendo hacia la ventana, por la que se asomó. Pesar se levantó y lo siguió. No ladró ninguno de los perros. Pánico e Incólume dormían. Lavastine se revolvió en la cama, resopló y se dio la vuelta.

Solo era un pájaro, un tordo moteado que chirrió a Alain por molestarlo antes de salir volando con una baya en el pico. No podía dejar de temblar.

¿Cuál era la maldición del hermano del nido? El Quinto Hijo había hablado de él durante el sueño y el sacerdote había cantado sobre convertirlo en otro: «Que esta maldición caiga sobre aquel cuya mano comande el acero que le traspase el corazón». La flecha de Liath había matado a Corazón Sangriento, pero Lavastine había liderado el ejército del que ella formaba parte.

Alain se arrodilló junto a la ventana abierta e inclinó la cabeza hasta que la hizo descansar sobre las manos cruzadas. Pánico roncaba tranquilo sobre las losas y

Lavastine sobre la cama. Incólume y Miedo se habían colocado junto a la puerta, con la cabeza sobre las garras y los ojos cerrados. Rabia y Pesar le hacían compañía mientras oraba.

Una corriente de viento movió las hojas de los arbustos del exterior. Una mujer reía. El martillo de un herrero retumbaba en la distancia y, aún más lejos, sonaba un cuerno. En el pecho, la rosa de la Señora latía con fuerza como si el eco del martillo del herrero del exterior le golpeará el corazón.

Después de todo, solo se trataba de una maldición pagana. ¿Acaso los Dioses no eran más fuertes que la magia eika? Si rezaba de corazón, seguro que los Dioses protegerían a su padre.

Alain se despertó de repente, sorprendido por el tordo de la madera, que había regresado a por otra baya. Le dolía el cuello y se dio cuenta de que se había quedado dormido arrodillado, con la cabeza y las manos apoyadas en el alféizar de la ventana.

Se puso de pie y se estiró. Pesar lo observaba. Rabia se había ido hacia la puerta y miraba expectante. Lavastine seguía durmiendo; no quiso molestarlo.

Menos mal que los buenos sirvientes de la abadesa mantenían el pestillo de la puerta engrasado: lo abrió sin hacer ruido y salió con Pesar y Rabia pisándole los talones. Cuando entró con cuidado en su cámara, vio, como si fuera un milagro, que Tallia había regresado. Se había quedado dormida encima de la cama, con las manos cerradas y con la cabeza sobre los nudillos. Igual que él, se había quedado dormida mientras rezaba.

Con ternura, la metió dentro de la cama y le colocó las piernas y los brazos para que pudiera descansar cómodamente. No se despertó, solo murmuró unas palabras, se volvió y suspiró. Él se tumbó en la cama a su lado, con la cabeza apoyada sobre una mano, con el codo doblado de bajo; la estudió. Dado que había dormitado un poco, dado que había estado en pie mitad de la noche buscando a Gozo, estaba demasiado cansado para mantenerse despierto, pero también se había desvelado como para quedarse dormido. Ella era pálida como el lino más puro. Sus labios tenían un ligero tono rosa, delicado como el capullo de una flor. Una copa de madera había rozado esos labios. ¿Tenía que ser él menos afortunado que una humilde copa? Seguro que tenía tanto derecho, la obligación recíproca, el juramento hecho por una matrimonio casado que ha de ser fructífero.

Se inclinó sobre ella; sentía su respiración mientras la luz le rozaba la mejilla. Seguro que ella debía sentir cierto deseo. Solo necesitaba sondearlo: ella, como cualquier alma humana del mundo, no era de piedra. Tenía que haber un fuego que aplacar en su interior.

Se pegó a ella, le acarició la barbilla, se acercó para volver a besarla, solo para sentir el roce de la suave curva de su boca.

Ella abrió los ojos y gimoteó de miedo.

Él se retiró bruscamente.

—Durante toda la noche he orado para obtener una señal —susurró— de que Dios a través de mis actos podía revelar la verdad de la Redención a la abadesa. Y

Dios me respondió. ¿Ahora pretendes profanar lo que Dios ha convertido en sagrado?

Tallia abrió las manos. La piel de las palmas había empezado a derramar sangre de nuevo.

Salió disparado. No sabía que hacía, pero corrió con Pesar y Rabia tras él; la cabeza le daba vueltas por la confusión, como si tuviera mosquitos alrededor. Llegó al bosque y siguió corriendo, luchando entre matorros de maleza, sin dirigirse a ningún sitio, sin razón alguna.

No podía soportarlo más. Le resultaba imposible ser paciente. ¿Era error suyo o de ella? ¿Acaso importaba? Era incapaz de no pensar en ella, incluso a pesar de las manos sangrantes, sin sentir la absoluta euforia de la excitación sexual. Nunca se libraría de ese ardor; ¿por qué iba a hacerlo? ¿Al hacer hijos las mujeres y los hombres no eran partícipes del sagrado acto divino de la creación?

Se contuvo en un árbol, allí se apoyó, aunque el ataque no desapareció. Sudaba, ardía. No podía soportarlo más. Regresaría y la obligaría a ceder ante él. ¡Ay, Dios! Eso haría desaparecer la confianza que le había dado hasta el momento.

Empezó a llorar por la frustración y, al mismo tiempo, el cuerpo se aferró al árbol: empujaba las caderas contra él como si estuviera haciendo el amor. Horrorizado, se apartó.

En el borde de un prado, vio un matorral de ortigas y brezos.

Se quitó la ropa, se desprendió de la túnica y de los leotardos y se lanzó sobre las espinas y las ortigas. Pesar y Rabia comenzaron a ladrar, pero no lo imitaron. Se volvió a uno y otro lado hasta que le sangró la piel y todo el cuerpo se cubrió de verdugones. Solo entonces se puso de rodillas y se tambaleó.

En las hojas, en el suelo del frío bosque, se retorció de dolor, temblaba por la amargura y el pesar. Pesar y Rabia se pegaron a él, le lamieron la piel para calmarlo, pero ardía salvajemente y los arañazos escocían como miles de látigos, así que no le proporcionaron ningún alivio.

Sin embargo, pensaba en Tallia con el corazón puro.



Mucho después, se puso la túnica, aunque no pudo cubrirse las inflamadas piernas con los leotardos. El roce de la túnica sobre los hombros al regresar por el bosque le provocaba un fuerte dolor, pero podía pensar en Tallia con el corazón en paz.

Gracias a Dios, Lavastine no dijo nada después de que Alain explicara con tartamudeos por qué había salido al bosque a buscar a Gozo y que había visto al perro en medio de una zona de ortigas. Una monja mayor vino desde el convento para extender una crema suave sobre su piel, mientras no dejaba de chasquear la lengua, aunque ella tampoco preguntó cómo un hombre vestido podía haberse hecho

verdugones y rasguños por todo el cuerpo.

Gozo no regresó esa noche y Lavastine, al final, declaró que debían continuar el viaje. Por la mañana, el conde entregó como ofrenda una bandeja de plata en la capilla. Alain se arrodilló a su lado y fue bendecido por la abadesa, que cantó el servicio ante un altar de madera tallada rebosante de fieles. Tallia rezaba al lado de Alain, quien, con la piel aún dolorida y escociendo, pudo sonreír tranquilo y hablar con suavidad. La tentación lo había envenenado y el dolor lo había purificado.

Cuando salieron a la calzada, le acompañaban cinco perros y la sombra del sexto le inundaba el corazón.

—¿Por qué las llamáis estrellas fijas —preguntó Sanglant— si no dejan de moverse? Se levantan como el sol y se ponen como el sol. Durante el invierno en el firmamento orillan estrellas que no lo hacen en primavera, en verano o en otoño, así que se deben mover porque si no veríamos las mismas estrellas todo el año.

—Las llamamos estrellas fijas porque no se mueven con relación a las demás. A los planetas los llamamos estrellas en movimiento porque se desplazan entre las estrellas fijas en la elíptica, en el sendero entre las estrellas que nosotros también llamamos el Dragón del Mundo que envuelve el firmamento, o el Zodíaco, porque es un círculo de criaturas vivas fijadas en el cielo.

Sanglant era del tipo de persona a la que le gusta tocar. En ese momento tenía un brazo sobre los hombros de Liath, a la que le encantaba su peso y su calor. Después de que él hubiera acomodado los caballos para la noche, la buscó y la encontró en el lugar al que se había retirado para practicar ciertos trucos que Anne le había enseñado para controlar la llamada del fuego. Era una noche tan hermosa que las estrellas la habían distraído. La Reina estaba en el cénit, seguida por la Copa, el Báculo y la Espada. El León estaba al oeste con el Dragón tras él y la Serpiente ondulaba con un sinuoso esplendor en el horizonte meridional, mientras que el Arquero se alzaba detrás con el arco con culatín y preparado. De los planetas, solo se veía Mok, en su lenta escalada por el León hacia el Dragón, al que llegaría, según sus cálculos, en un mes o dos.

Habían atravesado una propiedad monástica unas pocas horas antes, pero, como solía suceder, no se habían quedado allí a pasar la noche. Por el contrario, y como también solía suceder, encontraron un alojamiento más aislado. Detrás de ellos, en el borde de un bosque, se encontraba la cabaña de un viejo viajero construida con ladrillos según el estilo dariyano. Casi se había derrumbado por el deterioro, pero los muros de mampostería aún eran fuertes y todavía quedaba parte del techo. La puerta estaba entreabierta, porque estaba muy pandeada para cerrarse. Dentro ardía una única luz: la luz mágica de la hermana Anne, que en ese momento meditaba u oraba.

Incluso después de doce días de camino, Liath no podía llamarla «madre» con facilidad.

—Entonces, si las estrellas están fijas, ¿cómo se mueven? —preguntó Sanglant, riendo.

—Es como una rueda que gira. Mira. —Levantó una mano, ahuecada para que los nudillos señalaran hacia arriba y la palma formara una curva como una cúpula. Él no veía bien en las noches sin luna, pero tenía su propia manera de ver: dejar libre su mano para que explorara su figura con el tacto, lo cual le distraía mucho.

Después de un rato, recordó que le había hecho una pregunta. En ese momento, estaban tumbados.

—¿Qué es eso de como una rueda que gira?

—Como el firmamento. —Tenía un brazo bajo su cuello y ella se había dado la vuelta para estar cómoda—. Imagínate una rueda con muchas chispas fijadas en ella. Ahora curva esa rueda con la forma de una bóveda y une esa bóveda contra otra, de manera que formen una esfera. Las chispas están fijadas en la superficie interior de la esfera, por lo que no se mueven. Cuando la esfera se mueve, si rota siguiendo un movimiento circular uniforme, entonces si te encuentras en el centro de la esfera, las estrellas se mueven porque la esfera se mueve.

—¿Y tú estás ahí, en el centro de la esfera? —Aún parecía entretenido. La verdad, como ella había llegado a saber, él era curioso a la vez que escéptico y fácil de aburrir con charlas así, y eso a veces a ella le molestaba.

—¡Claro, estás sobre la tierra! El universo es un conjunto de esferas anidadas, una dentro de la siguiente con la tierra en el centro. Más allá de la séptima esfera, que es la de las estrellas fijadas, se encuentra la Cámara de la Luz, adonde van nuestras almas cuando morimos.

—¿Alguna exploradora ha caminado a través de esas esferas y regresado para contar lo que vio?

—Ese es un pensamiento blasfemo. —La voz de Anne, fría, y sin embargo algo divertida, surgió en la oscuridad.

Liath se sentó de repente y se apartó un poco de su marido.

¡Marido! La palabra la dejaba estupefacta.

Sin embargo, había algo en la presencia de Anne que la hacía sentir impura por sus sentimientos físicos hacia Sanglant. Era frustrante ser una recién casada y viajar con una mujer que pensaba que debías mantenerte pura como los ángeles, tan frustrante que de vez en cuando Liath jugueteaba con pensamientos heréticos. Dios era hombre y mujer. ¿Por qué no iban a serlo los ángeles también, y si lo eran, de donde venían los bebés ángeles? Si los Dioses se habían unido en armonía para crear el universo, ¿por qué los ángeles no se iban a unir también? En ese caso, no debería considerarse una vergüenza que los humanos lo hicieran.

Debería haberle preguntado a papá, pero no tenía el valor para sacar esta discusión ante su madre.

Sanglant se puso de pie para mostrar respeto.

—Vuestro conocimiento es vasto e impresionante —dijo suavemente. Anne no lo amilanó—, pero para mí no tiene sentido.

—Ni debería. Vos tenéis vuestro espacio, príncipe Sanglant, como nosotros

tenemos el nuestro. Solo necesitáis saber que Dios ha creado el universo en el que nos encontramos. Lo que ellos quieran haceros saber, os lo revelarán. Liathano —se apartó de él—, vamos dentro.

Liath vaciló.

—Vete —dijo Sanglant en bajo—. Debo ocuparme del perro.

La vieja cabaña tenía un suelo de mosaico, en el que, inteligentemente, se habían colocado juntas piedras de río para formar la imagen de perdices que seleccionaban semillas en un matorral. La luz mágica iluminaba el suelo, que estaba cascado, gastado, roto y en pedazos, al fondo, donde el tejado no lo cubría. Anne se sentó en un taburete de lona. En una chimenea de piedra recientemente deshollinada, ardía una fogata. En la olla de la comida, bullía un guiso que olía tan bien que a Liath se le aguló la boca. En un muro titubeaba una forma insustancial, que cayó hacia la puerta como la antítesis de una sombra y que desapareció en la noche. Anne frunció el ceño.

—Me temen —soltó Liath, aunque no lo pensara, aunque fuera la verdad.

Anne la miró sin alterarse.

—Es hora de que cenemos.

Había dos cuencos. Liath sirvió obedientemente cocido para Anne, luego cogió algo para ella y se sentó en una pila de bloques que bien servían de asiento. Sopló el caldo para enfriarlo. Tenía un olor sabroso: conejo, puerros, hierbas. Comieron en silencio, como siempre. Solo faltaba una hermana que leyera los Sagrados Versos en voz alta para que el ambiente fuera el mismo que en un convento.

Cuando acabó, volvió a la olla para servir el plato de Sanglant.

—No, niña —dijo Anne en bajo—, primero hemos de hablar. Ya le llevarás la cena más tarde.

Molesta, Liath colocó el cuenco y la cuchara sobre la chimenea para mantenerlos calientes y volvió a sentarse en la banco de bloques. Había aprendido a ser cauta. Anne para nada era como papá. Semejaba ser una fuerza más que una persona, como si la mano de Dios bajara de la luna para tocar a los espíritus mortales, y uno no se dirige sin pensar a la mano de Dios.

—Tienes una sólida formación en los conocimientos básicos de los mathematicus. Me han gustado las respuestas que me has dado las últimas noches.

—Decís que contestaréis a mis preguntas cuando hayáis acabado. ¿Puedo hacerlas ahora?

La hoguera tenía un resplandor tan constante que Liath sabía que la llama procedía de una fuente que no era natural. En la chimenea había dos troncos que no se consumían, a pesar de que el fuego los rodeaba y los rozaba. ¿Aquellos ojos de salamandra parpadeaban en las profundidades del fuego? Unas chispas azules titilaban y deslumbraban en las llamas.

—Sí que puedes.

Liath empezó, tras darse cuenta de repente de que había estado mirando al fuego como si estuviera loca.

—¿Cómo me encontrasteis?

—El hechizo con el que te ocultó Bernard desapareció poco a poco después de su muerte, como esta cabaña y, de hecho, toda la gran red de calzadas y ciudades y apeaderos que se construyeron durante el gobierno de las emperatrices dariyanas y que han desaparecido por completo con el paso del tiempo y porque nadie se preocupa de ellos diaria o mensualmente, como sería necesario. Hasta entonces, permanecías escondida para mí.

—Después de que papá muriera, algunas veces oía una voz que me llamaba, pero nunca vi a nadie. ¿Erais vos?

—En ocasiones, cuando recordaba el dolor, decía tu nombre. Puede que me hayas oído, ya que el vínculo entre nosotras es profundo y nunca se podrá cortar del todo.

—Pero si papá a lo mejor sabía que nos buscabais, ¿por qué hacía que nos escondiéramos? ¿Pensaba que estabais muerta!

—Si él pensara que estaba muerta, no hubiera creído que te buscaba.

—¿Y qué pasa con la criatura que mató a papá? ¿Y con el daimon que vi y con los demonios que me acecharon en el camino?

La luz mágica se avivó, como si reflejara los pensamientos de Anne. Una palomilla entró revoloteando por la puerta y bailaba en el techo, tratando de acercarse a la luz.

—Debes contarme con precisión y al detalle todos esos incidentes.

Le habló de la voz de las campanas, de la muerte de papá y de la pluma blanca; de su encuentro en el Osterwaldweg con el daimon y de la pluma de vidrio que había dejado tras de sí en el camino; de cómo ella se había quedado sentada tan quieta que el daimon pasó caminando a su lado sin verla; de las criaturas que el anochecer había sacado de las sombras y que la habían seguido en la calzada junto al bosque de Bretwald; y, de cómo se había escondido dentro de un círculo de rocas.

—¿Cómo lograste escapar de ellos?

Las palabras se le atragantaron como piedras. Al final, habló.

—Vi un búho. —Era incapaz de no mantener la costumbre de ser cauta, por lo que no mencionó la pluma de oro que le había dado el hechicero aoi.

El círculo de rocas y el búho: eso era todo.

Anne la observaba sin expresión alguna.

—Los búhos son criaturas que se suelen ver de noche. Una simple roca no detiene a esas criaturas que describes.

—Ellos, ellos no me vieron —tartamudeó—, pasaron de largo. —El horror de aquello la frenó y las siguientes palabras salieron de ella con dureza, porque, como mínimo, no eran más que medias verdades—. En el camino había otros viajeros. Se quedaron sin ropas y las dejaron intactas junto a sus cosas. Nunca he oído nada sobre algo así. Ni siquiera sabía que esas criaturas existieran o cómo se llaman.

—Los subalternos del Enemigo recorren este mundo bajo muchos disfraces —dijo Anne con su calma habitual—, pero hay ciertos signos, augurios... Algunas

alteraciones llegan a la estructura del universo, de la creación de Dios, y cuando eso sucede, las puertas aparecen como ropas rasgadas. Las criaturas que han estado confinadas durante un tiempo en otros planos de la existencia pueden cruzar —arrugó la frente en ese momento y frunció el ceño de una forma implacable que podría hacer que la Señora la acusara de apostata—, o pueden ser reclamadas.

—Creía que los daimones eran reclamados desde esferas por encima de la luna.

—Puede ser. Cada esfera es el hogar de tipos únicos de daimones. Los que se encuentran en la esfera inferior son los débiles, y a medida que las esferas ascienden, crecen en poder y aspecto. Sin embargo, además, hay otros puentes, otras tierras cercanas a las nuestras, incluso otras formas de existencia en el universo que no conocemos del todo.

—Sabéis mucho.

La facilidad con la que Anne hablaba de estas cuestiones le despertaban un doble sentimiento: por un lado, respeto por sus conocimientos; y, por otro, una salvaje curiosidad, porque deseaba comprender el mundo natural: desde las rocas y las piedras hasta la más alta de las esferas.

—Se ha perdido mucho conocimiento, como en esta tierra por la que estamos viajando. Recorremos calzadas empedradas mucho tiempo atrás por los antiguos dariyanos, cuyos mercaderes, soldados y administradores viajaban mucho y con prontitud. ¡Cuánto hemos caído!

—Pero ellos eran paganos.

—Por eso cayeron. Sin embargo, todos estamos mancillados. No puede ser de otra forma mientras vivamos en esta tierra, en la que la mano del Enemigo aparece con más fuerza. Aun así, ellos tenían muchos conocimientos que hemos perdido, porque hemos dejado que sus grandes obras, construcciones y caminos se hayan deteriorado hasta convertirse en ruinas.

Desde el suelo de mosaicos, el ojo de la perdiz brillaba para Liath, como un ágata pulida y deslumbrante. Le faltaba el pico, aunque el resto del cuerpo permanecía intacto rodeado por una representación de pastos y juncias. Le encantó el realismo del paisaje. Prácticamente podía oír a los pájaros buscando semillas e insectos entre los matorrales. El viento susurraba sobre el tejado y Liath miró hacia arriba para examinar dos vigas que aún cruzaban por encima de la cámara.

Era increíble que después de cientos de años una humilde estructura todavía permaneciera en pie, claro que se decía que los antiguos dariyanos habían aplicado la magia a la arquitectura. En aquellos tiempos, las calzadas eran poco transitadas y, por experiencia, sabía que en las noches de lluvia no había nada que un viajero deseara tanto como encontrar un pueblo con sitio en un establo o, con suerte, un modesto pabellón de huéspedes en un monasterio. Los monasterios y conventos más distinguidos se mostraban reticentes a aceptar viajeros comunes y papá siempre había odiado llamar la atención sobre sí mismo.

—Mi lengua es la pluma de un escritor veloz —continuó Anne—. Déjame que te

cuenta una historia. Hace mucho tiempo, poco después de que el rey Tallie de Salia, que se convertiría en el emperador Taillefer mediante la gracia de Dios, alcanzara el trono y el poder, su bendita madre Bertrada le llevó una mujer de una familia noble y le dijo que había visto en un sueño que ellos dos se casarían. La mujer se llamaba Desideria, hija del rey Desiderius y de la reina Desideria del pueblo lobardo, el cual tenía por costumbre utilizar siempre el mismo nombre para la familia real, de forma que el poder del nombre no saliera de la familia. También se dice que se casaban entre hermanos, pero los cronistas de la corte de Taillefer quizá quisieron difamar a esa tribu a causa de los grandes problemas que le provocaron al emperador. No obstante, lo importante de esta historia es que su noble esposa, Desideria, era considerada una arúspice, oficio que resulta anatema para los humanos. Preveía el futuro mediante los sacrificios y los espejos, y utilizó sus artes para embrujar a la reina madre Bertrada para que sirviera a su causa, ya que Desideria había visto a través de sus augurios perdidos que el rey Tallie se convertiría en el emperador Taillefer, el más grande de los reinantes que la humanidad hubiese conocido.

»En aquellos tiempos en Salia en los que se mantenían las viejas costumbres, las mujeres no podían gobernar en las casas importantes. A pesar de esas antiguas prácticas paganas, los hombres aún creían en la veneración y en el respecto que les debían a sus madres, así que Tallie cedió a los deseos de su madre y se casó con aquella mujer, quien, de esta forma, se convirtió en reina, tal y como deseaba. En menos de un año, el rey Tallie pudo comprobar cómo ella utilizaba hechizos malignos para salirse con la suya. La repudió y la envió de vuelta con su familia. En cuanto ella se fue, él se casó con una princesa de Varingia.

—¿Esa era santa Radegundis?

—No. Esa era su segunda esposa, que se llamaba Hiltrude y que era una verdadera mujer noble. Desideria enfureció por cómo la había humillado y planeó una venganza. El primero hijo de Hiltrude murió al poco de nacer a causa de una fiebre y su segundo hijo también sufrió ese destino, acosado por los subalternos del Enemigo, que hicieron que enrojeciera y llorara desconsoladamente durante cinco días hasta que Dios tuvo misericordia de él ante tal agonía y se llevó su alma a la Cámara de la Luz. Esos fueron los dos únicos hijos legítimos a los que dio a luz Hiltrude. Tras eso, como venganza por haber perdido a sus herederos, el rey invadió el reino lobardo y los derrotó por completo.

—Pero la reina Hiltrude tuvo hijas legítimas, ¿no? —apuntó Liath—. Cualquiera de ellas seguro que podrían haber reinado después de que Taillefer hubiera logrado que los salianos reconocieran a las reinas como soberanas, igual que sucede en otros pueblos civilizados.

—¿He dicho acaso que esos fueran los únicos hijos varones legítimos de Taillefer? No, escucha mi relato y comprobarás hasta dónde llegó la ira de Desideria. Más adelante, Hiltrude sí que dio a luz a tres hijas, Tallia, Gundara y Berthilde. De ellas, Tallia era el ojito derecho de su padre. Como no quería separarse de ella, la

nombró obispo de Autun, la ciudad que él visitaba con más frecuencia y donde había construido la gran capilla que todavía hoy permanece en pie. Cuando cayó la fortaleza del rey Desiderius, Desideria se libró de la conflagración al vestirse como una humilde diaconisa. Entonces la malvada mujer llegó a la corte para vengar la desgracia y destrucción de su familia, pero Tallia era tan astuta y bendita que reconoció a Desideria a pesar de que no la había visto antes. Desideria huyó a un convento, en el que se refugió, tras lo cual llegó a oídos del rey el rumor de que ella había enfermado y muerto. Poco después de este hecho, la reina Hiltrude murió de una enfermedad que la consumió y el rey se casó con una mujer de buena familia llamada Madalgard. Sin embargo, esta era estéril y aunque el rey sentía afecto hacia ella, ella le rogó que la enviara a un convento, ya que era evidente que Dios quería que viviera como una «monacha», que era como llamaban a las monjas en aquellos tiempos. A continuación, tomó una concubina de cuyo nombre no quedó constancia y que le dio el hijo ilegítimo que posteriormente reclamó el trono y que fue asesinado por su atrevimiento. Luego se casó con la princesa svalabiana Farrada. —Anne se detuvo para beber un sorbo de sidra. No se le notaban los efectos de doce días en el camino, sino que se mantenía muy bien como la mujer noble y regia a la que Liath había visto por primera vez en la elegante cámara de Werlida.

—Pero dejemos a un lado esta parte de su vida, cuando llegó a emperador, porque no tiene ninguna relación con lo que quiero contarte para tu formación. —Se aclaró la voz, pensó y siguió—. El emperador citó en su corte a varios clérigos, para que se comprometieran a educarlo a él y a sus hijos. De sus hijos, Tallia era la favorita. Aventajaba a todos en sus estudios y, en particular, se aplicaba en el estudio de la matemática. Con estos conocimientos siguió el curso de las estrellas con sumo cuidado hasta que a una edad temprana supo tanto como sus profesores. En ese momento, una diaconisa llegó a la corte afirmando que conocía la más velada de las artes de hechicería. La princesa Tallia estaba ansiosa por estudiar con ella, pero no había pasado un año cuando la joven princesa cayó gravemente enferma. Entonces fue atendida por una joven sierva llamada Clothilde, que era tan inteligente como la princesa, aunque de linaje inferior. Clothilde se presentó ante el emperador y le suplicó que apartara a la sagrada diaconisa de su servicio, ya que un miasma maligno se había aferrado a la mujer como el hedor del infierno. La enviaron fuera y así Tallia se recuperó y llegó, como ya he relatado, a convertirse en obispo de Autun. Allí siguió estudiando las artes de los mathematici y allí, con sus compañeros, reveló múltiples secretos de los cielos.

»Pero su habilidad le creó enemigos entre algunos clérigos. Tiempo después, una diaconisa se presentó en el palacio de la skopos en Aosta para acusar a la obispo Tallia, diciendo que se había dado un gusto con la hechicería básica. La diaconisa afirmaba haber enseñado a la joven Tallia y testificó que le habían obligado a huir cuando descubrió terribles prácticas de asesinato, adivinaciones y sangrientos sacrificios que Tallia y sus compañeros solían realizar para controlar su poder sobre

otros, incluido el emperador. En esa época, Taillefer había dejado a un lado a sus últimas concubinas y se había casado con la joven Radegundis como quinta esposa. La joven reina rogó al rey que su matrimonio fuera como el de los ángeles, consumado solo en la mente, pero con el tiempo se quedó embarazada y su cuerpo estaba irremediabilmente mancillado por el toque del Enemigo, que es la mortalidad.

—¡Pero cómo podemos saber que los ángeles no sienten deseo...!

—Todavía no he acabado. —Anne no necesitaba levantar la voz. Liath bajó la cabeza obedientemente, pero la rabia bullía en su interior. De todo lo que había hecho durante los dos años posteriores a la muerte de papá, casarse con Sanglant era la única cosa que en su corazón le parecía bien del todo.

»Eres joven —añadió Anne—, y Bernard todavía ejerce una fuerte influencia en ti, así como las tentaciones del mundo y de la carne. Permite que continúe, y si eres paciente, verás que casi he acabado. —Tuvo que hacer una pausa para recordar por dónde iba—. En ese momento, la skopos, influenciada por la diaconisa, se alarmó ante tales nuevas sobre la brujería y los malefici de la corte del poderoso Taillefer. Ella misma partió con una embajada para investigar la verdad de estas acusaciones y poco después de llegar en compañía de la mencionada diaconisa, el gran emperador cayó enfermo. Todos temían por su vida y la obispo Tallia abandonó enseguida Autun para estar a su lado. Allí, a la vista de todos, descubrió a la diaconisa que había presentado los cargos contra ellas igual que Desideria, cuyas conspiraciones y artimañas hacía mucho que habían asediado al rey y a su familia. No la habían reconocido debido a la llamativa juventud que aún residía en su cara. Algunos decían que había usado la magia para mantenerse joven, pero cuando fue llevada ante la obispo Tallia aseguró que el odio era lo que la había conservado joven. Así fue como llegó a convertirse en prisionera de Tallia.

»Sin embargo, en aquel momento, la skopos, la tercera Leah que había ocupado el cargo, no sentía ningún cariño por la familia de Taillefer y, en concreto, existe muy poco afecto entre la madre Leah y la obispo Tallia, que no estaba demasiado satisfecha de su aprendizaje y de su sangre, pero que lo parecía para aquellos que le envidiaban todo lo que Dios le había dado. Taillefer falleció y los buitres se congregaron para saquear su imperio. La joven reina temía por su vida y huyó de palacio con su sirvienta Clothilde, la misma que tiempo atrás había servido a Tallia. La skopos se llevó a Desideria y no habían pasado dos años cuando la propia Desideria testificó en el Concilio de Narvone sobre las prácticas de Tallia. En ese Concilio, bajo influencia de la madre Leah, el sínodo de obispos condenó la práctica de algunas artes, incluidas la de los mathematici y Tallia fue suspendida y ya no se le permitió sentarse en el sínodo. Después de ese testimonio, Desideria desapareció, sin que nadie supiera que sucedió con ella. Aunque no se pudiera probar, no cabía duda de que al dañar a Taillefer, Desideria había acabado por desquitarse de que él la hubiera insultado cuando la abandonó por otra mujer. De esta forma, su cólera y malicia, tan incansables, provocaron el final del reinado de Taillefer y de sus

descendientes en el reino de Salia.

Sonrió ligeramente, pero solo como un gesto para indicar que había acabado.

—Tanto Desideria, que pretendía controlar el mundo, como la skopos Leah, que pretendía controlar el arcano conocimiento de la brujería, pero que no lo podía llegar a dominar, envidiaban a aquellos que tenían lo que ellas ansiaban. Desideria dañó el cuerpo de Taillefer y la madre Leah dañó a Tallia en la Iglesia. Por eso, el deseo es un pecado, porque permite que el Enemigo clave sus garras en nuestra piel y nos arrastre. No podemos ascender a la Cámara de la Luz mientras estemos llenos de deseo. ¿Entiendes lo que quiero decir, hija?

Irritada, Liath no dijo nada, pero se puso en pie, sorprendida, cuando respondió otra voz.

—Afirmáis que Desideria puso fin al reinado de Taillefer y de sus descendientes, pero hay una pregunta que vos misma hicisteis y que vuestro relato no responde.

Liath sonrió tímidamente y se volvió a sentar. Había empezado a escuchar con tanta concentración que no se había dado cuenta de que Sanglant estaba apoyado en la puerta, en el espacio entre la serena luz mágica y la oscuridad de la noche.

Anne respondió con frialdad.

—¿A qué pregunta os referís, príncipe Sanglant?

—«¿He dicho acaso que esos fueran los únicos hijos varones legítimos de Taillefer?». —Él agachó la cabeza bajo el dintel y entró, pero tuvo cuidado de no sentarse junto a Liath, aunque ella no se distraería más porque se sentara a una mano o a una cámara de distancia de ella. Era dolorosamente consciente de él, de su cuerpo, de su presencia, de la forma en la que se estremecía ante los ruidos inesperados e intentaba contener su reacción, de su costumbre de olisquear, como un perro, mientras reconocía la disposición de la sala. Él encontró el cuenco de cocido medio frío, se sentó con las piernas cruzadas y lo colocó sobre las rodillas—. He escuchado el relato sobre Desideria. He escuchado cantar la gloriosa Vida de Taillefer en la corte. En todas esas historias los poetas se lamentan del terrible destino de los dos hijos de Hiltrude, pero nunca los he oído hablar de sus hijos legítimos. Su tercera mujer no tuvo hijos, según cuentan los poetas, y la cuarta solo tuvo una hija, pero siempre he tenido dudas sobre santa Radegundis.

—¿Cuáles son esas dudas?

Se quedó mirando durante un buen rato el espeso cocido, como si estuviera decidiendo si engullirlo en ese instante o si ser educado. Tras un instante, las buenas maneras vencieron al hambre y se puso a jugar con el mango de la cuchara mientras respondía.

—Todas las versiones coinciden en que la reina Radegundis estaba a punto de dar a luz cuando se arrodillaba junto al lecho del enfermo Taillefer, rezando por su recuperación, pero ninguna menciona lo que sucedió con el hijo que llevaba dentro. Ella entra en un convento y allí se entrega a la vida contemplativa. Seguro que alguien hubiera mencionado el destino del último hijo vivo de Taillefer.

Anne lo miraba con una tranquilidad exasperante.

—Yo no hablo de todo lo que sé o sospecho. Sería insensato y, sobre todo, aquí, en el camino, donde pueden oírnos todo tipo de criaturas.

Sanglant soltó una carcajada y empezó a comer el cocido.

—Os ruego que me excuséis. —Liath salió fuera. Caminó junto a la vieja cabaña hacia las puertas pandeadas que señalaban la entrada del cobertizo. Lo había utilizado como establo; en el interior escuchaba el olisquear del perro eika y el suave ruido del caballo en reposo. Allí se inclinó, cerró los ojos y suspiró.

¡Ay, Señora! No se arrepentía de viajar con su madre: en cualquier caso, no les quedaba otra alternativa, pero era muy difícil entenderla. Entenderla era como tener que saltar un abismo en el aire, pero sin saber cómo hacerlo, y no estaba segura de que le gustara el terreno que avistaba en el otro lado, al que se suponía que se dirigía.

Un hilo le rozó la mejilla; se puso en pie y vio a uno de los sirvientes cernirse sobre ella, explorándole la cara con sus translúcidos dedos. Se fue resbalando como una hoja y se detuvo entre las sombras de los árboles, era un hilo de luz con una ligera forma masculina, con nada que ella pudiera destacar respecto a los demás sirvientes, excepto que los otros dos parecían vagamente femeninos.

—Liath. —Sanglant se acercó en medio de la noche y ella lo abrazó, con fuerza. Esto lo comprendía: él era sólido, presente. Su escudo.

—Te hace dudar, aun así, ¿verdad? —le susurró.

—¿Qué te hace dudar? —Podía quedarse allí para siempre y estaría contenta, pero él era muy inquieto. Siempre se impacientaba, nunca podía permanecer quieto, incluso mientras dormía, como un perro pendiente de un olor que amenazaba el ambiente.

Él se tocó el cuello, una vieja costumbre. Las dos cicatrices: la rozadura dejada por el collar de esclavo de hierro de Corazón Sangriento y el corte del cuchillo de Hugh, al cicatrizar, dejaron una franja de piel más clara y un hilo blanco, como un collar de tejido cicatrizado. Entonces, extrañamente, rodeó el cuello de Liath con una mano, presionando la garganta con el dedo pulgar.

—¿Por qué lleva tu madre una torques dorada?

CAPÍTULO 7



INSTANCIA

Las ratas salieron de noche para roer los huesos. Escuchaba cómo sus garras resbalaban en la roca, escuchaba a los perros gruñir mientras se acercaban arrastrándose para clavar sus fauces en su cuello y salió corriendo...

Despierto.

Estaba sentado, con los brazos preparados para golpear, sin aliento como si hubiera estado peleando. Por debajo, se movió la cama de hojas sobre la que se había tumbado el día anterior al ponerse al sol. Encima, brillaban las estrellas. El perro eika aullaba suavemente. Liath se revolvió y murmuró su nombre.

—Chsss —dijo él en bajo—. Sigue durmiendo.

Ella tiró de la manta hasta la altura de la cadera, apoyó la mejilla en un brazo como si fuera una almohada y siguió durmiendo, así de rápido. Él sabía que no iba a dormir más.

—¡Ay, Dios! —susurró—. Señor, protégeme de mis sueños.

Se apartó para no despertarla. No se molestó en ponerse la túnica, pero cogió el cinturón de la espada. La quietud de una noche con neblina lo cubría todo menos el ligero susurro del viento entre las hojas, viento que no bastaba para disipar el calor del verano. Escucho el gorgoteo del arroyo cercano en el que habían dado de beber a los caballos aquella tarde. Esa noche habían acampado en el bosque junto a la vieja calzada dariyana por la que se dirigían hacia el sudeste hacia zonas más agrestes y menos cultivadas. Esa noche no apareció ninguna casa dariyana en la ansiada marca kilométrica, sino unas ruinas destrozadas tiempo atrás por los carroñeros. Los sirvientes habían juntado ramas para hacer un pequeño refugio para la hermana Anne, pero Sanglant estaba acostumbrado a condiciones más rigurosas durante las campañas. Le alegró recoger hojas y, con el sigil del dragón acolchado sobre ellas y con una manta encima, hacer una cama con ellas junto al muro caído del apeadero.

Estaba feliz... o, por lo menos, contento. El ritmo diario del viaje lo mantenía en movimiento y, al moverse, no pensaba. Si se quedaba quieto demasiado tiempo, la vieja pesadilla le rasgaba en sueños, como había sucedido esa noche, y la mayoría de las noches.

Se tocó la garganta y se dio cuenta de que lo había hecho, y agitó la mano con violencia como si quisiera librarse de las cadenas a las que en otro tiempo había estado atado. Era libre, pero los recuerdos aún pesaban como lo habían hecho las

cadenas. Había sido prisionero de Corazón Sangriento durante mucho tiempo.

Algo se movía entre los árboles. Él se volvió, gruñó y se contuvo. Helado.

Un lobo apareció en el claro. Le brillaban los ojos color ámbar mientras lo miraban. Al lado entre la maleza surgió un segundo lobo, más pequeño. Desenvainó la espada. La empuñadura, al salir de la funda, provocó un aullido seco, breve y claro en el lobo líder. Un tercero apenas apareció en el claro a poca distancia de los dos primeros y se detuvo.

¿Cuántos más habría allí fuera?

—Liath —dijo con suavidad.

Se revolvió sin despertarse.

Dio unos pasos de lado, hacia ella. El perro eika también seguía dormido, aunque solía despertarse de repente cuando lo acechaba un peligro, pero desde que partieron de Werlida estaba terriblemente cansado.

Un cuarto lobo, tan negro que más que un cuerpo parecía una sombra, llegó al claro. Gruñía suavemente y él, rápido, sin pensar, respondió con un gruñido. El lobo líder volvió a aullar, como si fuera una orden. Dos perros más trotaron hacia el claro y se detuvieron.

—¡Liath! —dijo, más claro.

Ella se movió, bostezó dormida, y murmuró su nombre, preguntando.

—Coge tus armas —dijo él sin cambiar el tono de voz.

Tres de los lobos se separaron para rodearlos. Liath se sentó y cogió el arco.

La luz salía del refugio como un hilo plateado que era más pensamiento que forma. Tenía facciones humanas, pero en la oscuridad resplandecía. Se deslizó bajo el hocico del lobo líder, evadió un golpe y no tardó en acompañarlo uno de sus compañeros. Juntos, tiraron de los rabos de los lobos y los pincharon y las provocaron hasta que todo el grupo se dio la vuelta y desapareció en el bosque. Los sirvientes se esfumaron tras ellos, con una risa suave como el viento.

—Tápate.

La hermana Anne se levantó del refugio con el tercer sirviente rondando a su lado. Liath tiró de la manta hasta los hombros. Sanglant no le prestó atención y se fue al borde del claro para escuchar; aunque permaneció allí durante un buen rato, no escuchó rastro alguno de los lobos.

Cuando regresó, Anne se había metido en el refugio. Envainó la espada, se arrodilló al lado de Liath y la besó; entonces recordó que Anne seguramente estaría despierta. Se sentó sobre los talones.

—¿Qué ocurrió?

—Lobos. Los sirvientes los persiguieron. Sigue durmiendo. Yo me quedaré vigilando.

—Creía que mi madre había dicho que los sirvientes estarían vigilando.

—Y eso hacen, pero no puedo dormir. —Aunque no le dijo que era a causa de los sueños y no de los lobos. Al dispersar a los lobos, los sirvientes habían hecho un

mejor trabajo del que podría haber hecho él. Ella titubeó, y se tumbó: una suntuosa curva bajo la manta. Por un momento sintió la tentación..., pero dos siervos habían penetrado en el bosque y aún no habían vuelto. Se puso la túnica y se ató las sandalias, arrastró un tronco caído hacia la vieja y ruinosa casa del camino, y se sentó sobre él a media distancia entre la cama de Liath y el refugio.

Tras sentarse, se puso a observar las estrellas. Intentó imaginar las estrellas fijas y las estrellas en movimiento, las esferas y los epiciclos..., todas esas palabras que Liath utilizaba con facilidad..., pero eso lo hacía impacientarse. Se puso en pie y empezó a pasear; no podía sentarse quieto aunque sabía perfectamente que un centinela debe estar tranquilo. Pero es que cuando estaba quieto, parecía que el peso de las cadenas caía sobre él: las cadenas de Corazón Sangriento o las cadenas con las que su padre quería atarlo.

Rey y emperador, con todos los príncipes y nobles a por su cuello.

Se estremeció, empezó a deshacer el camino recorrido...

Habían vuelto sin que él se diera cuenta.

Se quedó mirando fijamente.

Había visto encantamientos bajo el gobierno de Corazón Sangriento. De niño, había visto a algunas criaturas escondidas en las sombras, que se asomaban entre los arbustos, medio escondidas entre las hojas del denso bosque en el que no se dejaba jugar a los niños, pero que aun así él había explorado. Sabía que la magia vivía en la tierra y, aunque odiaba pensar en eso, sabía que parte de eso vivía en su sangre, la herencia de su madre.

Este era un encantamiento diferente, con criaturas de otro plano de la existencia, «de una esfera superior», como diría Liath.

Bailaban en la hierba, con las manos unidas y quizá también fusionadas de algún inhumano modo, porque estaban más hechas de luz que de carne. Cantaban una melodía espeluznante y aguda, sin palabras que era una especie de lamento vibrante. La danza era a la vez de alegría y pesar, y se entrelazaron hasta que no pudieron separarse los unos de los otros.

Si sabían que él los estaba viendo, no lo demostraron. Solo bailaban.

Él no vio, ni oyó, ni olió rastro alguno de los lobos.

Observó a los sirvientes durante un rato, hasta que la primera luz del amanecer hizo que los verdes troncos aparecieran como grises y los sirvientes se consumieran ante la luz del nuevo día y desaparecieran de su vista, salvo en los lugares en los que la luz rozaban las ramas del refugio, luz que no era del sol, que aún no se había levantado por encima de las copas de los árboles. Escuchó una risa tonta junto al oído, sintió unos dedos que le pellizcaron el lóbulo de la oreja y un soplo de aire le rozó las mejillas. Se fue a ensillar los caballos entre risas.



A pesar del encuentro con los lobos, Anne los condujo más aún hasta el interior del bosque, territorio poco colonizado. Al día siguiente, alrededor del mediodía, llegaron a un cruce. Era un lugar solitario en la base de una colina escarpada de gran dificultad a causa de una roca a mitad del camino de la considerable pendiente. Alguien había talado árboles para hacer un claro, aunque había quedado un viejo tronco.

—A partir de aquí nos dirigimos al este —dijo Anne.

—¿Al sur, no? —Liath miró a su madre, sorprendida.

—Al este —repitió Anne.

Llegaron al verdadero cruce de caminos, mientras se acercaba a un lado del tocón de la vieja cabaña, Sanglant vio las tallas que decoraban la madera: hombres con cabeza de ciervos, mujeres con cabeza de buitres, un lobo. La base estaba cubierta de hojas de roble, ya secas y rizadas; alguien había amontonado un hito de piedras en la parte superior, piedras que tenían unas manchas rojas de sangre secada hace tiempo.

—Sacrificios —dijo Anne con aspereza— y cosas peores. —Bajó del caballo y caminó sobre el tocón. Sin ninguna expresión, separó una a una las piedras del hito. En la base, medio escondido en el podrido centro de un tronco, había un amuleto, algo descompuesto. Ella limpió el tocón con una rama—. Esto es obra del Enemigo.

Sanglant la observó con interés, a la espera de ver lo que iba a suceder. Quizá era verdad que el enemigo empujaba a las almas sin fuerza de voluntad para que causaran daño en el mundo de esta forma, pero él había visto a hombres recurrir a ritos extraños antes de la batalla y, entre ellos, muchos de los que rezaban a los dioses de sus abuelas tenían tantas posibilidades de vivir como los que rezan a Dios. No obstante, era cierta que esas demostraciones desagradaban al Señor y a la Señora y tenían que ser erradicadas.

Anne se volvió hacia donde Liath estaba sobre el caballo.

—Quémalo.

Liath palideció. No se movió, ni respondió.

—El don del fuego está en nuestra naturaleza. Quema este lugar, en el que los subalternos del Enemigo han puesto sus manos.

—No. La gente de por aquí solo lo hace para protegerse a sí misma y a sus animales de los peligros de los viajes o para garantizar buen tiempo mientras están en camino. ¿Por qué hemos nosotros de hacerles daño si lo que ellos han hecho no nos hace daño a nosotros?

—Bernard está hablando a través de ti. Viajó demasiado y era demasiado indulgente en sus juicios.

—Papá siempre decía que deberíamos dejar que el bien viviera tranquilo.

—Dejé que te quedaras con tu padre demasiado tiempo.

—¿Qué camino debemos seguir? —respondió Liath con frialdad. Se le veía enfadada.

—¿No vas a hacer lo que te pido?

—No lo haré. No entiendes lo que me estás pidiendo que haga.

—Soy de las pocas que lo entiendo. —Anne miró hacia Sanglant, que vio un resplandor alrededor de Anne y, de repente, oyó los susurros casi inaudibles de los sirvientes: unas palabras sobre el fuego y las brasas, pero la mayoría de lo que decían era difícil de entender.

—Opino que debemos seguir cabalgando —dijo él—. Seguro que hay un diácono cerca que se ocupe de estas viejas supersticiones como es pertinente. ¿No es por eso por lo que Dios ha ordenado a algunos que dediquen su vida a la Iglesia, que sean instrumentos entregados a las obras de Dios en el mundo?

—Muchos fueron concebidos y nacieron para ser instrumentos, príncipe Sanglant, sin que sean conscientes de su destino.

—Habéis hablado como mi padre, hermana Anne, pero yo no soy uno de esos, y mi esposa tampoco.

Anne evaluó a Liath por última vez.

—El hierro no sabe en qué se convertirá hasta que es moldeado en el fuego.

—Cabalguemos —repitió. Liath arrancó con su caballo, hacia la derecha.

Anne se quedó atrás.

—Irás en contra de los deseos de Dios dejar un santuario así como trampa para los desventurados e insensatos que puedan caer en la tentación de rezar y de dejar ofrendas aquí al haberlo encontrado.

—Os esperaremos más adelante. —Sanglant empezó a cabalgar, detrás de Liath. El perro eika caminaba con desgana a su lado. Liath se había detenido a la sombra de la roca del afloramiento.

—No entiendo la posición de tu madre en el mundo. ¿Se ha entregado a la Iglesia o es una noble con muchas propiedades bajo su dominio? ¿A qué familia pertenece?

—No me lo dirá —dijo ella, tan absorta en su rabia que, por un momento, daba la sensación de que no lo había escuchado, hasta que él se dio cuenta de que ya le había respondido—. Le pregunté por qué tiene una torques de oro, pero no me responderá. ¡No quiere que sepa cuál es mi familia!

—O tiene algún motivo para que no lo sepas. ¿Qué quiere ella que sepas tú, Liath?

—Las artes de los mathematici.

—«El hierro no sabe en qué se convertirá...» —murmuró y se calló, al oler humo. Escuchó el ruido de los cascos de la mula de Anne, que no tardó en aparecer en la curva.

Esa tarde aparecieron unas nubes y unas ráfagas de viento agitaron los árboles y lanzaron ramas en todas direcciones. Empezó a llover con tanta fuerza que se vieron obligados a refugiarse en el primer pueblo del camino con el que se encontraron; tuvieron que quedarse allí dos días más mientras la tormenta bramaba a su alrededor.

Mientras ascendían la última ladera, en la distancia vieron relucir la torre de Lavas, recientemente encalada y con un nuevo tejado de paja. Subieron a la cima para ver las tierras de Lavas ante ellos. Desde allí, Alain pudo ver el río serpenteante entre campos exuberantes, la pequeña iglesia, las cuidadas casas del pueblo, el recinto, la torre y la gran sala... todos prósperos y concurridos. Se había reunido una gran multitud junto a las puertas y, al ver el estandarte de Lavastine, surgió una gran ovación. De repente, la gente que esperaba en la entrada se hizo hacia delante en una torpe procesión para acercarse al camino y saludar a su señor.

—El ama Dhuoda ha preparado nuestra llegada —dijo Lavastine.

—Sus campos parecen bien atendidos —dijo Tallia— y vuestra gente esta vestida y alimentada.

—Así es —contestó él, no con petulancia, sino constatando un hecho.

—La iglesia es pequeña —añadió ella.

—Pero lujosamente amueblada, como debe ser. —Miró a Alain y, de nuevo, a Tallia—. También hay una capilla en la torre en la que oramos todos los días.

Cabalgaron en medio de una bienvenida entusiasmada. Muchos de los sirvientes y los vecinos reunidos se estiraron para tocar los pies de Lavastine o Alain al pasar. Alain reconoció un buen número de caras nuevas en los bordes de la muchedumbre; era gente vestida con ropas andrajosas y con expresiones tensas por el hambre. Observaban, esperanzados.

—Vuestra gente os quiere —dijo Tallia. La gente gritaba su nombre y pedía a Dios bendiciones para su vientre—. Cuando cabalgábamos por Arconia, la gente se reunía para vernos pasar, pero temían a mis padres, no los querían.



Lavastine reunió a la corte en la gran sala en una asamblea que duró toda la tarde. Repartió varios artículos que había recibido en el séquito del rey para su ama, sus auxiliares y sirvientes, y para la gente del pueblo: tinta y pergaminos, herramientas de hierro, un toro para que todos los vecinos lo cruzaran con las vacas, una docena de

robustas ovejas, esquejes de membrillo, higo y moreras, y esquejes de viñas de uno de los antiguos viñedos reales. Había arreos y correas para el maestro Rodlin; ollas de cocina para el cocinero y jabalinas, lanzas y cuchillos para los hombres de armas.

—Contamos con un número inusitado de trabajadores este año —informó el ama Dhuoda—. Nos ha llegado el rumor de que hay sequía en Salia. Muchos han venido con la esperanza de trabajar en la cosecha.

Tallia no esperó a ver la torre y los terrenos, sino que se dirigió de súbito con sus asistentes a reconfortar a los pobres en lo que pudo. Dhuoda condujo a Lavastine y a Alain al piso de arriba para mostrarle que había cumplido las órdenes enviadas con anterioridad por el conde. Habían construido una nueva cama y la habían colocado en la cámara que el conde solía utilizar como estudio.

—Esta será mi cámara de dormir —le dijo a Alain, con un gesto hacia el estudio. Subieron las escaleras de caracol hacia la cámara de dormir que, según la costumbre, pertenecía al conde de Lavas y que Alain y él habían compartido hasta entonces. En ese momento, la colcha con los símbolos combinados de los perros de Lavas y los corzos de Varre destacaba en la cámara, y se habían colocado los arcones de Tallia—. Ahora será vuestra. En esta cama han sido concebidos todos los herederos de Lavas.

—¿Incluso yo?

Lavastine suspiró, frunció el ceño y acarició la cabeza de Pánico distraídamente. Por su expresión, parecía que miraba lejos... en el tiempo, en la distancia.

—Incluso tú, hijo. Dios es misericordioso y nos perdona nuestros pecados mientras cumplamos nuestros deberes en la tierra.

Alain se acercó a la cama, pasó una mano por la colcha y miró a Lavastine. Caminar durante doce días había sido una agonía en la que cada paso hacía que la ropa rozara con la piel con ampollas y heridas, aunque se había curado y las ampollas de las ortigas hicieron que se ganara en parte las simpatías de Tallia. Y lo que era más importante aún, eso le había permitido pasar el resto del viaje sin más impetuosos incidentes que podían hacer que ella se volviera en su contra.

Sin embargo, volver a casa le provocaba en el corazón impaciencia y desesperación a la vez. Como hubiera dicho la tía Bel: «Si quieres encender una hoguera, primero debes cortar la madera».

No se había olvidado de la Vida de santa Radegundis, que habían escuchado en el séquito del rey y que Tallia admiraba tanto. Así mientras los días tranquilos sucedían a otros días tranquilos, mientras las cosechas maduraban y se recolectaban, él paseaba con ella todas las mañanas entre los pobres trabajadores que habían ido a Lavas con la esperanza de encontrar trabajo y alimento. Cuando ella le habló de fundar un convento en honor de santa Radegundis, él la animó. Con su acompañante favorita, Hathumod, pasaron muchas horas agradables con el constructor que ella había traído con ella, un clérigo formado en Autun, quien tuvo en cuenta el diseño tradicional defendido por santa Benedicta en su obra Norma y, al mismo tiempo, algunas modernas innovaciones introducidas por los hermanos de san Galle.

Por las noches, cuando estaban juntos en la cama, él se acordaba de las ortigas.

—¿Cuáles son esas ruinas de las que habla la gente? —le preguntó Tallia a Alain un día—. ¿No servirían a Dios para reconstruir un antiguo templo y para volver a consagrar el terreno para propósitos sagrados? Los miembros de mi séquito me cuentan que los sirvientes de aquí dicen que hay un altar de piedra en el que se llevaban a cabo horribles sacrificios. Dicen que aún se pueden ver restos de sangre.

Estaba ansiosa por hablar de los sacrificios. Cuando estaba de ese humor, a menudo lo tocaba, le rozaba la mano con los dedos, se apoyaba en él... todo inconscientemente. Él quería alentar eso, aunque mentiría si decía estar de acuerdo con ella, porque en realidad no sabía nada.

—Está fuera de nuestras murallas defensivas. Creo que era una fortaleza.

—Pero debieron adorar a sus Dioses allí. Esa gente siempre lo hace.

—Iremos a verlo y así podrás juzgar por ti misma si las viejas ruinas son apropiadas para construir un convento.

Él pasó los siguientes días supervisando la cosecha con Lavastine. Era corriente que el señor se inclinara a cortar el primer haz de grano de cada campo, como señal de buena suerte, y a Alain no le importaba trabajar. Le recordaba a su niñez, aunque Lavastine nunca le permitía trabajar de ese modo mucho tiempo. Ese no era el lugar de un lord.

La visita fue programada para el día de la festividad de Raduerial, el ángel de la canción. Cuando los sirvientes, auxiliares y los mozos de cuadra se reunieron, Alain sintió como si fueran a emprender una marcha y no un simple paseo a las colinas. Las acompañantes de Tallia charlaban animadamente.

Lavastine observó su risa y chismorreos con un movimiento de cabeza.

—Realmente creo —le dijo a Alain— que el rey Henry eligió solo a las chicas con la cabeza más hueca. Si tienen hermanos, seguro que solo piensan en cazar, en chillar y en ir de putas.

—*Lady Hathumod* no es como las demás.

—Cierto. Es una joven sensata, pero viene de Quedlinhame con Tallia. Supongo que se habrán librado de ella a causa de la herejía. Ella es la única que puede rezar tantas horas como tu esposa.

—Rezar a Dios nunca es tiempo perdido —replicó Alain, un poco herido.

Lavastine silbó a Pánico, que se había ido a investigar una pila reciente de estiércol de caballo.

—Me inclino a pensar que Dios valora las buenas obras más que la oración, pero no discutamos sobre esto, hijo. *Lady Tallia* es generosa con los pobres. El rey acertó al elegir a estas jóvenes para que sirvieran a su sobrina. Tallia no establecerá alianzas provechosas aquí.

Lavastine hizo una señal a los mozos de cuadras, que se separaron. Siguieron un amplio camino a través de los campos y hacia el bosque que los vecinos habían sobreexplotado para conseguir hierbas y madera para el fuego y para la caza menor.

Al final del verano, el sol parecía sangrar hasta que el aire se cubría con una capa dorada. Los cerdos salieron disparados hacia la maleza y levantaron un nido de perdices.

Los cazadores corrieron tras ellos. El camino se llenaba de ramas, se estrechaba y ascendía por laderas más pronunciadas de un viejo bosque que no había sufrido los estragos del ser humano. El diácono de Tallia los entretuvo con un relato mientras avanzaban.

—En aquella época, los salvajes bwrmen se dirigieron hacia el oeste arrasando hasta que al final llegaron a la gran ciudad de Darre, posteriormente llamada Dariya.

—¿Los bwrmen no destruyeron Dariya? —preguntó Hathumod, quien solía hacer preguntas.

—En realidad, sí. La destrozaron, la quemaron, mataron a todos los hombres mayores de doce años y convirtieron a todas las mujeres y niños en sus esclavos, pero el reinado de Azaril el Cruel, solo duró cinco años, gracias a que Dios es grande, y rápida su justicia.

—¿Y qué pasó con la visitación del ángel? —Tallia intervino en voz baja, aunque en esa época Alain estaba tan sensible a cualquiera de sus movimientos que podía oírla perfectamente, como si cabalgara a su lado.

—Dejadme seguir con mi relato. —El clérigo Rufino estaba calvo como una pelota y tenía las mejillas rojizas de trabajar muchas horas al sol supervisando la obra—. Mientras se dirigían al este hacia Dariya, el ejército sitió una ciudad llamada Korinthar. Sus gentes habían recibido la visita de san Sebastian Johannes de Eisenach en el curso de sus santos viajes, pero aunque cantó la misa con gran dulzura, no prestaron atención a sus oraciones. Por el contrario, se burlaron de él y cuando los bwrmen se acercaron, esas mismas gentes confiaron en él, lo sacaron de las murallas y lo lanzaron al encuentro de los exploradores bwr. Así Dios garantizó a san Sebastián Johannes el glorioso martirio que deseaba. Mientras, las gentes de Korinthar se prepararon para la batalla final con los salvajes bwrmen. Aunque sabían que iban a perder, creían que sería mejor morir luchando que rogar misericordia a un enemigo al que odiaban. Pero el ángel Raduerial visitó la cámara de la joven santa Sonja, la única en esa ciudad que había prestado atención a las oraciones de san Sebastian Johannes. El ángel la bendijo con el don de la canción.

»Santa Sonja se presentó en las puertas con la esperanza de salvar a su pueblo, incluso, a pesar de que la ridiculizaban por su fe. Como era joven y bella, fue llevada a la tienda del cruel rey, Azaril, en la que cantó con tanta dulzura que le ablandó el corazón. Ante esta señal de la gracia de Dios, toda la ciudad lloró y rezó en la pequeña iglesia construida por san Sebastián Johannes con sus propias manos, y a partir de ese momento en adelante, se comprometió a seguir la fe de la Unidad.

—¿Qué sucedió con santa Sonja? —preguntó Hathumod.

—Nadie lo sabe —admitió el clérigo—. Algunos dicen que el rey bwr la mantuvo cautiva y que después la mató cuando se negó a convertirse en su esposa.

Una de las jóvenes chilló.

—Pero se dice que los bwr no son personas, sino...

—¡Os lo ruego, mi *lady*! —En un hombre de modos tan suaves, la respuesta sonó doblemente fuerte—. Sería una abominación hablar más de ese asunto. Solo se trata de un relato inventado para probar a los hombres y mujeres con pensamientos impropios. La mayoría coincide en que caminó voluntariamente hacia las oscuras sombras habitadas por los bwrmen para llevar la Luz de la Unidad a sus tribus. Nunca se la volvió a ver. En cualquier caso, abandonó Korinthar y no regresó.

—¡Mira! —Tallia se abrió camino en la parte delantera de la procesión y en ese momento fue la primera en aparecer en el amplio claro. Alain cabalgaba a su lado. Las ruinas se extendían ante ellos. Ella se quedó mirando, con las mejillas sonrosadas. Él, mientras supervisaba los muros, se preguntó si habría una calzada dariyana escondida allí, cubierta por el musgo y las hierbas.

Mientras los demás se abrían en abanico para explorar, Tallia bajó del caballo y él la siguió hacia las ruinas en las que ella exclamó ante las tallas en piedra: espirales, halcones y gentes con cuerpos humanos y cabezas de animales.

—¡Debemos tirar abajo todos estos muros! Podemos tallar todas estas imágenes malignas de las piedras y utilizarlas para construir un convento en el que nuestras oraciones glorifiquen a Dios.

Le cogió la mano para arrastrarlo. En el altar se arrodilló junto a la piedra blanca del retablo, sin soltar la mano de Alain, y con la mano libre siguió el trazado de cuatro espirales que llevaban a un agujero del tamaño de un puño tallado en el centro de la pálida piedra. Se estremeció de entusiasmo y trajo a Alain hacia ella.

—¡Construiremos una iglesia justo en este lugar! ¡La capilla, con el Corazón, estará justo sobre esta piedra!

Tenía los hombros tan estrechos. Aún temblaba. La sensación de tener su cuerpo pegado al suyo despertó en él unos sentimientos tan fuertes que trató de soltarle la mano para poder separarse. El recuerdo de las ortigas no ayudaba.

Ella se quedó tan cerca que él bien podría haber inclinado la cabeza y rozarle la boca con la suya. Ella levantó la mirada con los labios entreabiertos y con una urgencia entrecortada en la mirada. Ella no retrocedió cuando él la acercó hacia su cuerpo.

—¿Ves? —susurró ella—. Dios nos ha presentado esta oportunidad para construir una capilla para honrarlo a Él y a Su Hijo, como debe ser. Podemos construir un palacio para honrar a la Madre y al Hijo, para llevar la fe verdadera a aquellos que se han perdido ante las falsas palabras de la Iglesia.

Encandilado por el rubor de su cara y de sus ojos, él hubiera estado de acuerdo en todo mientras eso significara que ella se quedaría así de cerca. Pesar aulló a la sombra de la puerta. Poco después, Lavastine apareció en el umbral, se agachó para entrar y presenció su abrazo.

—Disculpadme —se apuró en decir y se dio la vuelta para salir.

—¡Señor conde! —Tallia se apartó de Alain, que se quedó quieto temblando e intentado controlarse—. Ahora que casi se ha recogido la cosecha, hay muchos trabajadores en la zona que pueden servir a mis albañiles.

—¿Con qué propósito? —Lavastine se acercó, pero solo para tocar la piedra del altar.

—¡Para construir un convento en honor de la Madre y el Hijo! ¡Y una capilla, en la que puedan orar adecuadamente y en la que se pinte las imágenes del sacrificio de Daisan el Bendito, su Sagrado Hijo, para que la gente sepa la verdad!

—¡De ninguna manera! —Lavastine arrancó varios hierbajos que habían crecido alrededor de la piedra, como si le molestase tanto desorden—. Los condes de Lavas siempre han tenido buenas relaciones con la Iglesia y no es mi intención que cambien ahora.

—¡Pero debéis desear que la verdad traiga la luz al mundo!

—¡Deseo que en mi casa no haya problemas! Mi querida Tallia, el hecho de que vos abriguéis en vuestro corazón creencias que la Iglesia ha catalogado como herejías me preocupa, pero reconozco que solo Dios ha de juzgar los corazones y, por ello, os dejo que recéis como deseáis. Pero en estas tierras no construiré ningún monumento dedicado a un hecho hereje condenado por la skopos. ¡Y tampoco mi hijo lo hará!

El rubor que inundó en ese momento las mejillas de Tallia era mayor y más cálido que cualquiera de los provocados por la presencia de Alain.

—Sin embargo —Lavastine echó un vistazo a los muros caídos de piedra y las diminutas tallas de caracol y a los rosetones que adornaban la roca del altar—, sí os doy mi bendición para que fundéis aquí un convento dedicado a Edessia y a Parthios.

—Os estáis burlando de mí. —El brillo rubicundo había desaparecido para dar paso a la palidez de la rabia.

—En absoluto. El que los benditos Edessia y Parthios, esposa y esposo, trajeran al mundo a Daisan el Bendito, no es ninguna burla.

—¡Él es hijo de Dios, no de criaturas mortales!

—De acuerdo a las enseñanzas de la Iglesia, todos somos hijos de Dios. Y Daisan el Bendito, nació del vientre de la bendita Edessia. A menos que haya otra forma de que los niños lleguen al mundo, de la que nunca he oído hablar.

Tallia tomó aire llamativamente, como prelude de un arranque. Con la cabeza hacia atrás y la barbilla en alto, tenía el aspecto de una verdadera sobrina del rey, consciente de su poder y de su deseo de utilizarlo, pero, aun así, ella empezó a llorar y salió del edificio corriendo.

Alain salió bruscamente tras ella, pero la voz de Lavastine lo detuvo.

—Lo siento, pero me niego a ofender a la Iglesia solo para satisfacer sus erróneos caprichos.

—No tenéis porqué pedirme disculpas. No esperaba que quisiera construir una capilla para la herejía.

Lavastine suspiró.

—Quizá su rabia hacia mí haga que confíe en ti. Debes aprovechar cualquier oportunidad, como ya vi que estabas haciendo. Deja que supervise la obra. El clérigo Rufino puede que conozca las reliquias de los santos padres que podemos traer aquí. Será bueno para ella que se le recuerde que incluso los padres de Daisan el Bendito, se casaron y fueron bendecidos con un hijo por la gracia de Dios.

Alain salió corriendo. Tallia gimoteaba ostentosamente mientras sus asistentas se juntaban a su alrededor como aturdidos polluelos.

—Tallia. —Se apartaron para que pasara. Agarró a Tallia por el brazo con firmeza y se la llevó por una de las puertas hacia el agreste pasto de hierba y flores marchitas. De repente, ella comenzó a soltar todas sus penas, a desgarrar su frustrado corazón, su deseo de honrar a la Madre y al Hijo.

—¡Nadie me escucha! Mi madre solo se dirigía a mí para decirme lo que tenía que hacer y cómo tenía que actuar, y ¡mi padre es un estúpido y no dejaba de escupir, de mearse en los pantalones, de acariciar a las sirvientas y de intentar copular con ellas como un perro delante de todo el mundo!

Mostraba tan fragilidad que Alain temió que los temblores y los sollozos la hicieran derrumbarse, pero no fue así. Con la respiración contenida, esperó con una mano hundida en el agua fría hasta que sus dedos empezaron a entumecerse. La quietud de Alain al final hizo salir a una pequeña rana verde escondida entre los juncos. Nadó, se le subió a la mano y él la sacó del agua lentamente, con la otra mano por encima para protegerla del sol.

—Mira —susurró.

Ella se agachó, la miró... y dio un chillido y se apartó de un brinco. Unos pájaros salieron revoloteando. La rana saltó y desapareció en el arroyo.

—¡Esas criaturas son subalternos del Enemigo! —gritó ella—. ¡Provocan verrugas!

—¡Solo estaba intentando animarte! —Él saltó por encima del arroyo, resbaló y se empapó los pies. Se apartó de ella. El corazón le latía con fuerza. Poco después, Pesar y Rabia se pegaron a él, como sombras silenciosas. Se dio cuenta de que cerraba y abría el puño de la mano izquierda una y otra vez a un ritmo errático. Estaba furioso, se sentía herido e insultado. Rabia saltó a por una mariposa. *Lady Hathumod* lo llamó, pero la ignoró y se fue a recorrer los bordes del bosque.

Tropezó con una roca.

Maldijo con una sarta de juramentos que había oído tiempo atrás a los hombres que trabajan las canteras. La tía Bel le hubiera tirado de las orejas si lo hubiera escuchado hablar así, pero ya no era su tía. Le dolía el dedo que se había golpeado, y al estar frío y húmedo le dolía aún más. Pesar olisqueó el suelo. Alain se agachó para frotar el dedo y los dedos rozaron una roca.

Allí, ocultas bajo la hierba, se encontraban las quebradas losas de la vieja calzada, que se dirigía hacia el este por el interior del bosque. Levantó la hierba hasta que descubrió una losa completa. Al poner la mano encima, sintió una superficie fría,

pero extrañamente suave. Una hormiga correteaba por la piedra. Cerró los ojos. Tiempo atrás, los soldados y comerciantes dariyanos recorrían esta vía, con el corazón en otro lugar, pero seguro que con la cabeza llena de planes y sueños. La rosa le quemaba el pecho. Unas diminutas patas, las de la hormiga, le hacían cosquillas en la base del dedo pulgar. Y se cayó...



Las olas golpean el exterior del barco mientras salen del abrigado fiordo hacia el estrecho castigado por el viento. Están rodeados de islas, algunas de las cuales son simples bloques de roca y otras, ligeras curvas con verdes laderas. Las cabras huyen de la playa, sorprendidas ante su silencioso acercamiento. El cielo está despejado, azul; la distancia se cubre de una neblina blanquecina como si el horizonte se desvaneciera a la luz. El sol brilla en las olas con las festoneadas ondas del viento.

Alzan las velas y el viento las llena. Sus estandartes se agitan en la proa de todas las naves, como una cresta en la cabeza del dragón que les abre el camino entre las aguas.

Dejemos que descansen los demás. Dejemos que los demás crean que Rikin se hunde en el desorden, debilitado sin esperanza por la caída de la hegemonía de Corazón Sangriento. Cualquiera de sus hermanos, de haber ganado, hubiera desperdiciado la ocasión con una sangría febril y con venganzas mezquinas e inútiles.

Él se coloca en popa, con los ojos protegidos del sol, y cuenta sus naves. De lo que le quedó, reunió catorce. Tras su estela, se forman otros movimientos. Un lomo resbaladizo sale a la superficie y se sumerge.

Nadie espera que la tribu de Rikin ataque tan pronto.



... Y se contiene, tambaleante. La hormiga había llegado al primer nudillo de la mano. Sin levantar la mirada, oye el ruido de unos caballos, de una risa distante. Por algún motivo, la hormiga lo tenía fascinado, pero salió disparada del dedo, avanzó hacia la piedra y se perdió entre la hierba. Cuando apoyó el dedo en la losa salpicada, en la sombra que provocaba su cuerpo, encontró un diminuto corte tallado en la roca como si fuera la marca de un masón: un delicado rosetón.

La rosa, por todas partes en esta antigua ruina, estaba dibujada según la delicada manera habitual en los dariyanos: siete pétalos redondos alrededor de un centro circular. Tiró de la correa que llevaba alrededor del cuello, sacó la bolsa y la abrió.

Aunque lo hizo con cuidado, se pinchó el dedo con una afilada espina al rescatar a la rosa de su escondite de cuero para poder verla. Brillaba y la sangre que brotaba de su dedo no era más oscura que los pétalos.

Su pulso seguía el ritmo de la marcha ligera de los pies de unos soldados en formación que se alejan a grandes zancadas. Casi podía verlos en la calzada, como unas sombras que fluyen a su alrededor mientras se dirigen hacia delante, hacia un destino incognoscible. Un gran estandarte con plumas a la cabeza de la fila ondeaba con el viento que también golpeaba las rígidas crestas de los cascos de los soldados. Los soldados tenían rostros adustos, no como el del príncipe Sanglant, de rotundos y altos pómulos, de una belleza de facciones desconocida en las tierras de Wendar y Varre.

Entre ellos también se encontraban rostros más familiares, hombres de anchas espaldas y pelo claro, una mujer alta con la piel del color del carbón, un hombre pelirrojo y una mujer baja y fornida con las manos cubiertas de cicatrices y con los ojos tensados en los extremos. Una mujer caminaba al lado de la fila, gritaba órdenes, o ánimos, o noticias. Ella también llevaba una armadura, lustrada con un llamativo brillo. Una capelina roja hasta la cadera adornada con piel negra le tapaba la espalda, y una pequeña espada se balanceaba en su muslo. En la mano derecha llevaba un bastón que levantaba al gritar. El pequeño bastón tenía el plateado brillo de un sinuoso dragón del mismo largo. Ella también tenía el aspecto de Sanglant, descendiente de los Perdidos. Se dio la vuelta en la silla, hizo volverse al caballo y una luz destelló en el escudo pintado con una roja rosa sobre un fondo plateado. Parpadeó, medio cegado.

Las sombras desaparecieron. Solo era Rabia, se le acercaba para lamerle la cara. Farfulló algo, se sentó mientras se limpiaba la saliva de la cara y miró alrededor. Las largas sombras dibujan la marca de los muros en ruinas mucho más allá del claro. Se habían ido. No tenía le menos idea de cuánto tiempo había estado allí arrodillado solo. Guardó la rosa en la bolsa.

Al levantarse, dos sirvientes se aventuraron a acercarse con cuidado, manteniéndose a una prudente distancia de Pesar y Rabia.

—Señor Alain, el conde nos ha dicho que lo acompañemos de regreso.

Todavía mareado, asintió con la cabeza. Trajeron los caballos. Él tuvo que sacudirse las telarañas de la mente para recordar cómo se montaba. ¿Adónde había ido Tallia? ¿Lo había abandonado? La rabia aún quemaba, contenida pero persistente. ¿Por qué tenía que ser tan terca? ¿Por qué no lo amaba?

¿Era eso lo que Dios ordenó cuando decidió que habría armonía entre mujeres y hombres? ¿Que cada uno debía plegarse a los deseos del otro? ¿Sería él diferente al padre Hugh, que había utilizado su poder para forzar a Liath a que yaciera con él?

Recordó al apuesto joven marido de la margravina Judith. Él no parecía especialmente feliz. ¿Era eso lo que él quería para Tallia? ¿Qué se sometiera a sus deseos?

No. No había otra solución que tener paciencia con ella para que hiciera lo correcto, para que cambiara de idea. Sin embargo, esta tarea estaba resultando más dura de lo que él podía haber pensado.

Los sirvientes y él llegaron a las tierras de Lavas con la puesta del sol. Cuando atravesaron la entrada, un jinete apareció tras ellos en solitario.

—¡Mi señor! —exclamó—. Traigo un mensaje de Varingia.

La voz le resultaba extrañamente familiar. Por un momento, Alain vio a un extraño, a un joven de anchas espaldas y con una suave barba castaña. Lo reconoció.

—¿Julien?

El joven enrojeció y balbuceó.

—¡Se... señor Alain! —Lo dijo de forma extraña, como si hubiera pronunciado una palabras que sabía que le resultarían difíciles de enunciar.

—No creí que me fuera a encontrar aquí con vos —dijo Alain, tontamente.

—Soy un hombre de armas al servicio de la duquesa de Varingia.

«Un hombre de armas». Tenía un caballo, un abrigo de cuero, un casco colgado del hombro, un escudo con el semental de Varingia colgando de la silla, y una lanza. Bel nunca hubiera equipado a Alain así. Henri había entregado a su hijo adoptivo a la Iglesia. De repente, se rio. ¿Cómo podía ser tan tonto como para envidiar a Julien o como para que le molestara su buena suerte?

Le dio una palmada en el hombro.

—Bien hecho, primo. —Él era el heredero de un conde. Podía permitirse ser magnánimo... y debía serlo—. ¿Cómo están Bel y Henri? ¿Cómo le va a todo el mundo?

Julien seguía ruborizado y abiertamente incómodo, pero después de dejar los caballos en los establos, le ofreció un vacilante relato de la familia: Bel y Henri estaban fuertes; la hija más pequeña de Stancy había fallecido a causa de una fiebre, pero estaba embarazada de nuevo; el prometido de Agnes había ido a vivir con ellos, aunque no se habían casado en dos años; él mismo se había fijado en una joven, pero necesitaba el permiso de la duquesa Yolande para casarse.

Se dirigieron a la sala en la que acaba de comenzar la cena. Los sirvientes se habían adelantado y un auxiliar se acercó para indicarle a Julien dónde sentarse.

—¡Ni cerveza, ni avena! —dijo Alain al ver la humilde comida ante Julien—. ¡Traedle algo de la mesa del conde! —¡Dios de los Cielos! No iba a permitir que Julien le contara a la tía Bel que Alain lo había tratado como a un sirviente más y que no le había dado de comer lo mejor. Estuvo pendiente de comprobar que a Julien le servían vino, ave y otras comidas sabrosas de la cocina, como las que se solían reservar para la mesa del conde. Él ocupó su lugar junto a su padre, dejó que un sirviente le limpiara las manos y la cara y, agradecido, bebió una copa de vino.

—¿Quién es ese —preguntó Lavastine— al que muestras tanto favor?

—Mi primo Julien, bueno, no es mi primo. Es el hijo mayor de Bel del pueblo de Osna, la mujer que me adoptó. Siempre me trató como a un primo.

—¿Por qué está aquí?

El impacto de ver a Julien le había borrado de la cabeza todo lo demás.

—Sirve a la duquesa de Varingia. Ha venido por unos asuntos de ella, aunque no sé de qué se trata.

Tallia le tiró de la manga y, cuando él se acercó a ella, le susurró al oído.

—Te dio un ataque. ¡No deberías haber cogido la rana! Le supliqué a tu padre que permitiera que el diácono rociara agua bendita sobre ti y que te exorcizara con una oración, ¡pero se opuso!

—Mi padre sabe lo que hace. —No era correcto que Tallia criticara a su padre, porque no entendía nada del tema: deliberadamente, Lavastine mantenía a los clérigos apartados de Alain cuando tenía las visiones. Con cierta irritación, Alain se apartó de ella y cogió la copa de vino y bebió para evitar decir algo inadecuado.

En cuanto Julien acabó su plato, Lavastine le pidió que se acercara para que le diera el mensaje.

Julien se desenvolvió muy bien. Alain no tenía motivo alguno para sentirse avergonzado de que los relacionaran, ¿y por qué iba a sentirse así? Bel se había asegurado de formar en las buenas maneras a todos los que estuvieron a su cargo.

—Señor conde. Señor. Señora —asintió con la cabeza ante Lavastine, Alain y Tallia, sucesivamente—. Cabalga en nombre de Yolande, duquesa de Varingia, quien os saluda, conde Lavastine, y a su prima, Tallia de Varre. Dentro de quince días, pasará por aquí para saludaros en persona y para entregar los presentes en honor de la boda entre *lady* Tallia y lord Alain. Es su más sincero deseo celebrar la misa de Matthias con su prima, de forma que puedan orar por la paz.

Prima. Julián ya no era su primo. En ese momento, cuando Lavastine le dijo a Julien que por la mañana cabalgaría hacia su señora para hacerle saber que todo estaría preparado para su llegada, lo entendió del todo. Julián no vaciló cuando regresó al fondo de la sala, donde los hombres de armas y las sirvientes se reunieron a su alrededor para oír noticias de remotas regiones. Era un lugar al que ya no pertenecía Alain. Se entrometería, si intentaba hablar con Julien otra vez.

—Ya empieza —dijo Lavastine suavemente, con una sonrisa muy débil—. Ahora los chacales se reunirán a nuestro alrededor, porque tenemos el premio.

El premio.

Antes los premios, las alianzas, los lazos de sangre no significaban nada para Alain, pero en ese momento lo vio claro: la sangre y el nivel social de Tallia los atraería a Lavas como moscas a la miel. Tallia se había definido como un peón porque manos más poderosas la movían hacia donde ella no quería ir, pero él había aprendido las reglas del juego llamado ajedrez el año anterior. A las piezas llamadas leones también se les denominaba peones porque eran los hombres en armas, de origen humilde, y prescindibles, como Julien, pero Tallia no era un peón. Era nieta de reyes y reinas.

En el ajedrez, eso la convertía en reinante.

Viajar por calzadas deterioradas resultaba duro para los caballos. Anne los dirigió por la bifurcación equivocada en un laberinto de caminos entre bosques, por lo que tuvieron que volver sobre sus pasos solo para averiguar, tras mucha confusión, que el pavimento de la antigua calzada dariyana permanecía oculto entre el musgo y los escombros. Un guarda del bosque que encontraron por casualidad, sorprendido de encontrarse con ellos, les informó de que el pueblo de Krona se encontraba media jornada más adelante. Anne asintió con la cabeza, como si pareciera esperar esa información. Un par de horas después, al tiempo que se alargaba el crepúsculo, una de las mulas de carga se desplomó y murió, extenuada, ya no podía más.

Esa noche acamparon apartados del cadáver, pero Anne puso a un sirviente a que lo vigilara. Les había perseguido el mal tiempo y, en ese momento, lloviznó. Liath se había torcido el tobillo, al resbalar cuando se bajó del caballo, pero dominó su sufrimiento con un llamativo silencio. Hay que decir que Sanglant se sintió orgulloso. Había conocido soldados que sufrían en voz alta y otros que lo hacían en silencio, y aunque Dios encareció a la humanidad para que sintiera compasión, prefería a los sufridores silenciosos.

En ese momento, se agachó sobre una hoguera que, con paciencia, intentó que no se apagara a causa de la lluvia. Antes había reunido consuelda de la ribera de un arroyo, que estaba macerando en agua hervida. Anne se acercó a él. Tenía un raro avanzar, decidido, como si supiera adónde iba, pero no con gran entusiasmo, como si quisiera avanzar liviana para no dejar huellas. Sus ropas olían a aceite de rosas.

—¿Tenéis conocimientos de las tradiciones con hierbas, príncipe Sanglant? Pensaba que solo erais guerrero.

—Sé algo —dijo él con prudencia—. Es importante observar siempre, aprender qué es útil. Puedo tratar heridas y algunas enfermedades con las que nos encontramos en campaña.

Ella le hizo unas preguntas y él se sorprendió al descubrir que sabía de hierbas más que ella, cuyo conocimiento se debía a terceras personas, como si hubiera pasado tiempo con alguien que sabía de esas tradiciones, pero sin llegar a prestar atención realmente a esa sabiduría. No le interesaba. Si acaso, lo que le interesaba era el alcance de su conocimiento, no la tradición en sí, que él había obtenido durante muchos años al observar, al escuchar y al hacer preguntas a las sabias mujeres y a los

magos y a los curanderos mientras viajaba en los cortejos militares.

Posteriormente, cuando Liath olió la cataplasma, dijo «consuelda» con la voz entrecortada por la emoción, cerró los ojos y aspiró aire, mientras él la colocaba sobre el tobillo. Se colocó detrás de ella de forma que, espalda contra espalda, se apoyaban el uno en el otro. Había dejado de llover, pero de vez en cuando le caían gotas en la cara empujadas por una ráfaga de viento. El perro olfateó el suelo y luego se dejó caer a su lado. Era muy delgado y no lograba engordar. Algunas veces sentía como si él fuera el hilo que tirara del animal hacia delante, como si, de lo contrario, se fuera a caer y a morir.

—Papá siempre hablaba de la consuelda para los esguinces y los dolores —murmuró Liath—. La gente acudía a él cuando enfermaba. Yo nunca presté atención a todo lo que sabía Sanglant cerró los ojos. Se encontraba cómodo con ella como contrapeso en su espalda. Acarició las orejas del perro, cuya piel tenía una textura extraña, no del todo reconfortante como el verdadero pelaje de un perro, sino seco y áspero. Rígido. Gruñó y aulló; movía la cola con fuerza. Sanglant se quedó dormido, consciente del hilo que unía al perro con él del mismo modo que él estaba atado a su padre por una cuerda intangible que brillaba con tanta suavidad como la luz de una estrella. Sin embargo, ese hilo conector llegaba mucho más allá, hasta un lugar que no recordaba, pero que sentía en el pulso del corazón, tan débil que, más que verlo, tenía que olerlo y escucharlo: el vínculo de la fuerza de la sangre.

Una mujer pasea por el sendero de un bosque. La sombra y la luz hacen que sus ropas parezcan extrañas, de otro mundo: una chaqueta como la que visten los quman, una harapienta falda de piel hecha con un cuero pálido y fino. Plumas y cuentas adornan su cabello. Un hombre de aspecto rudo camina detrás de ella, con un caballo. Ella se detiene como para percibir un perfume, levanta la lanza de punta de piedra, la mueve una vez, dos veces.

Él gruñó y se despertó para ver cómo la hoguera ardía intensamente y que Liath, que se había recostado a su lado, permanecía despierta.

—Soy buena controlando el fuego —dijo ella—. La lluvia ayuda. La humedad es como un escudo...

Al pensar en los soldados que había dejado en Werlida, lo envolvió un arrepentimiento tan amargo que se estremeció y se levantó.

—¿Qué pasa?

—Tengo que caminar.

Regresó al lugar en el que se encontraba la mula muerta junto a la vieja calzada. Habían retirado la carga y la había llevado al campamento. Se había derrumbado junto a una marca señalizadora del camino, un pequeño poste de granito que apenas sobresalía entre el lecho del bosque. Con un dedo siguió el número tallado. El líquen había crecido en las líneas esculpidas. El musgo cubría la parte superior y plana de la

marca, húmeda y suave. El animal muerto provocaba un ligero olor a putrefacción, y el lustre brillante que señalaba la presencia de uno de los sirvientes lo rodeaba, inquisitivo, como si nunca hubiera visto la muerte antes, ni supiera qué hacer ante ella.



Por la mañana Anne hizo que los sirvientes pasaran el equipaje de la mula muerta a la suya, e insistió en ir caminando, cuando Sanglant le ofreció a Resuelto.

Resultaba difícil. Las raíces habían levantado algunas partes del antiguo pavimento. El agua y el hielo habían destrozado otras. Liath seguía en su caballo, sin quejarse. Al final, el bosque se abrió y, después de un río, vio un hilo de humo en un pueblo. El viejo puente estaba hecho añicos: faltaban tablones o estaban abiertos. Sanglant exploró la orilla, pero no encontró ningún barco, por lo que al final se ofreció para cruzar los caballos y las mulas uno a uno. En algunos lugares tuvo que juntar tablones. En otros, colocó el escudo en los espacios vacíos para que así pudiera cruzar. De esta forma, llegaron al otro lado. No vio señal alguna de los sirvientes, aunque uno de ellos le sopló en la oreja socarronamente.

La vieja calzada se bifurcaba una vez más antes del pueblo. Ahí Anne tomó el camino que se alejaba de la primera franja de campo.

—No vamos a ir al pueblo —dijo Anne cuando él objetó.

Estaba cansado, mojado, hambriento y quería calor, pero volvieron a dirigirse hacia el bosque, recorriendo con dificultad un terreno escarpado con rocas caídas. La vieja calzada se introducía animosamente y adquiriría interés con una serie de cambios de rasante y arcos de apoyo. Tiempo después del mediodía llegaron a una cresta. El viento soplaba incesantemente y convirtió la cubierta de nubes en un techo cuarteado, con jirones de nubes azules entre nubes blancas y grises. Atravesaron penosamente por la calzada al descubierto durante lo que pareció ser varias horas. Mantener el equilibrio era horrible: rocas sueltas, guijarros, musgo resbaladizo. A la derecha se encontraba un profundo y estrecho valle, poblado de árboles. Por fin, la calzada bordeó una hondonada de la cresta y, allí debajo, en la hondonada, había nueve rocas en pie, de las cuales una estaba mal colocada. Las otras ocho eran cuadradas y achaparradas, oscuras, coloreadas por los líquenes. Hacía mucho tiempo que había dejado de llover y la mayoría de las nubes se dirigían al noroeste, aunque el viento cortaba salvajemente en lo alto. Anne se retiró la capucha y descendió por un camino que se alejaba de la calzada y bajaba por la ladera hasta terminar como anillo de tierra alrededor de las rocas.

Acamparon en el exterior de la corona de piedras, algo alejados del viento. Liath hizo un gesto de dolor al apoyar el pie, aunque podía caminar. Sanglant, muy

diligente, le aplicó otra cataplasma. Le encantaba tocarla, incluso aunque fuera extendiendo una crema en el tobillo hinchado. Había tranquilidad, salvo por el viento. Demasiada tranquilidad.

Él levantó la mirada de repente, se puso en pie y escuchó.

—Los sirvientes se han ido.

—No pueden entrar en las salas de hierro —respondió Anne—. Regresarán por un camino distinto. Nosotros debemos esperar durante la noche. Esa es la magnitud de la oscuridad que nos tiñe mientras nos encontremos en esta tierra: solo podemos estudiar el mundo superior cuando la noche nos cubra.

—No entiendo lo que queréis decir.

—Las artes de los mathematici —dijo Liath súbitamente. Apenas había hablado con su madre desde el incidente en el cruce. Cerró los ojos y puso esa expresión que indicaba que estaba recordando; «buscando en la ciudad de la memoria» lo llamaba—. «La geometría de las estrellas —dijo despacio, como si citara—. Con sus cambiantes alineaciones, los mathematici pueden extraer poder de las esferas más altas hacia la esfera de la luna». Los círculos de rocas son puertas construidas mucho tiempo atrás, incluso antes del Imperio dariyano. Papá hablaba mucho de esos caminos, pero nunca los utilizamos.

—No tenía el conocimiento, o el valor —dijo Anne—. No tenía la paciencia necesaria. —Parecía a punto de decir algo más, pero no lo hizo.

—Eran demasiado peligrosas —replicó Liath—. Te pueden encontrar ahí, como en la visión del fuego.

—¿Quién puede encontrarte?

—Cualquiera que te busque. Si hay una puerta, entonces cualquiera que pueda verla, también podrá pasar por ella. ¿No es así?

—Muchas criaturas deambulan por la tierra durante un tiempo, es cierto, y algunas tienen la capacidad de introducirse en lugares a los que los humanos no pueden acceder. Estas coronas son salidas, pero no solo para criaturas hechas de una sustancia distinta a la nuestra y no solo para los humanos que se han esforzado en dominar las artes de los mathematici. Hay quienes conocen la brujería y practican sus secretos para beneficio propio, porque estas salidas conducen a lugares muy alejados de aquí incluso más allá de lo que consideramos la Tierra. ¿Bernard nunca te contó quién más ha tratado de utilizar estas puertas para su propio fin?

—Lo averigüé yo sola cuando vi un daimon —dijo ella con amargura—. Escuché cómo me llamaban... —Entonces, de repente, le cambió la expresión; pensó en otra cosa, para nada en los daimones, sino en algo de lo que no quería hablar. Nunca había logrado ocultar sus pensamientos; para él, ella era transparente. Era una de las cosas de ella que él consideraba muy atractiva: su impulsividad, como si no pudiera contenerse nunca.

—Los Perdidos —dijo Anne—. Ellos buscan las salidas. —Apartó la mirada de Liath—. Así que, príncipe Sanglant, ¿vendréis con nosotras cuando llegue la noche y

abramos la puerta?

—Los Perdidos —repitió él, atónito, y consciente de que parecía tonto—. Pero si ya no hay: desaparecieron mucho tiempo atrás, incluso antes del Viejo Imperio. Los antiguos dariyanos, los emperadores y las emperatrices, ni siquiera eran verdaderos elfos, sino solo mestizos.

—Como vos.

—Como yo —dijo él con aspereza—, aunque los aoi se marcharon hace tanto tiempo que quizá solo son un cuento.

—¿Salvo vuestra madre?

Él cerró la boca con un gesto amargo. En ese tema, lo derrotaría claramente. Sabía cuando callarse.

—Entonces, ¿adónde se fueron? —preguntó Liath. De repente, Sanglant supo qué disimulaba ella con el rostro: no quería que su madre supiera que había hablado con el hechicero aoi, que había atravesado una de las puertas y que había vuelto. ¿Adónde había ido en ese viaje?

—Adónde, en realidad... —dijo Anne, repitiendo la pregunta de Liath—. En Verna, donde tenemos ciertas garantías de protección, verás las respuestas que hemos obtenido.

Llegó el ocaso y, con él, las estrellas, como exclamaciones ocultas y calladas que de repente aparecen ante los ojos. Anne se levantó, se atusó la ropa y cogió las riendas de su mula. Sanglant se apresuró para coger a Resuelto y a la otra mula, mientras Liath cerraba la marcha. Justo antes de entrar en las rocas, Anne se arrodilló y comenzó un diagrama en la tierra, utilizando su bastón para dibujar ángulos y líneas. Después de un tiempo, se levantó y lo contempló a él primero y luego a Liath.

—Esto puede dañaros los ojos —dijo por fin, y cogió una tela con la que vendárselos.

—¡Pero yo quiero aprender...!

—A su debido tiempo, Liath. No querrás quedarte ciega, ¿verdad?

Liath estaba que echaba humo, pero Anne esperó a que fuera evidente que no irían a ninguna parte esa noche a menos que ellos estuvieran conformes. Sanglant tuvo que agacharse para que Anne pudiera llegar a él y le atara el trozo de tela sobre los ojos. La procesión seguía una colocación complicada: una mula de carga delante a la que Anne podía llegar, él detrás sujetando a Resuelto con Liath sobre él; ella llevaba las riendas de la otra mula y de la yegua. Así, él esperó. Oyó cómo el bastón marcaba la tierra. Un repiqueteó surgió del suelo. El perro aulló, con las orejas caídas. Los caballos se pusieron nerviosos, mientras que las mulas aguardaban con terca paciencia. Incluso llegó a creer haber visto a través de la tela una luz parpadeante.

Sin previo aviso, la mula se dirigió hacia delante. Él sujetaba con una mano la cincha y con la otra, las riendas de Resuelto e intentó avanzar hacia las rocas sin tropezar. El suelo cambiaba a sus pies, por lo que se desorientó. El aire de la noche

tenía un tacto suave, como la primavera. Le zumbaban los oídos y llevó un tiempo darse cuenta de que «oía» voces, como las de los sirvientes, pero muchas más y todas mezcladas.

Le rozaron unas formas. Unos dedos le pellizcaron el cuerpo. De repente, se retiró la tela. El cielo nocturno brillaba despejado, sin ninguna nube, salvo las grandes y oscuras formas que eran montañas, no nubes. Tres figuras a las que no podía ver el rostro subían por un camino para saludarlos. Anne bajó para hablar con la gente, que se había detenido en el camino. En ese momento vio el resplandor y la danza de espíritus etéreos que lo rodeaban y que rehuían a Liath.

—Obtuvo el poder de lo que leyó en los cielos y abrió un camino —musitó Liath. Ella también se había retirado la tela—. Papá me lo contó, pero él nunca lo intentó. Algunas veces creía que era una historia que él se inventaba, pero es cierto. Hay hilos tejidos entre las almas de las estrellas. La sabia pitia dijo que si se escucha bien, se puede oír la música que hacen las esferas al girar. Cada una toca una nota distinta respecto a la otra, cambiando siempre. Una melodía infinita.

—Silencio —dijo él en bajo—. Puedo oír.

—¿La música de las esferas? —Ella agudizó el oído, prestó atención, pero obviamente no escuchó nada, excepto los ligeros ruidos del viento y de las pequeñas criaturas entre las hojas.

—A los sirvientes.

Ella había soltado las riendas de su caballo y lo dejó que explorara la lujosa hierba. En ese momento, le rozó el codo a él y comenzó a hablar como si escrutara alrededor con la mirada para intentar verlos, pero él le puso un dedo sobre los labios para que estuviera quieta.

Y escuchó.

Poco a poco las voces se hicieron más claras, o tal vez los que habían viajado con ellos habían modulado el tono lo suficiente para que él pudiera empezar a entenderlos.

—¿Dónde estamos? —susurró él.

Ellos solo respondieron: «Primavera».

Estaban muy agitados: se agrupaban, se dispersaban, regresaban. Bailaron en un círculo una danza que no era una danza, apenas se los veía entre las centelleantes estrellas.

De repente, todo quedó claro, no precisamente por las palabras, sino por la forma en la que iban y venían, atreviéndose a tocar a Liath pero asustados de algo en ella; eran cautos y, a la vez, curiosos, empujados por la misma curiosidad que había hecho dudar al sirviente alrededor de la mula muerta. Les atraía algo que nunca antes habían experimentado y que les resultaba extraño, algo que no estaba formado de tierra.

Él sonrió con una repentina y llamativa felicidad y acercó a Liath hacia él para susurrarle algo al oído.

—Dicen que estás esperando un hijo.

Zacharias acertó en las pequeñas y larguirucha ardillas y sintió que el claro fluido babeaba.

—Tenemos comida.

Esa noche acamparon junto a un arroyo, al abrigo de unos árboles crecidos entre una caída de rocas: abrigo, defensa y agua. Por primera vez en varios días, ella permitió que Zacharias encendiera una hoguera mientras ella atrapaba las ardillas. No habían visto señal alguna de los jinetes quman desde el pueblo arrasado, incontables días atrás. Antes, como clérigo, había llevado la cuenta de los días y siempre sabía a qué santo rezar en el canto de las primas y de las vísperas. En ese momento, lo único que hacía era observar el amanecer y la puesta del sol. Aquel día había sido como cualquier otro día de verano, aunque más agradable porque sus enemigos aún no lo habían decapitado o matado.

Ella se agachó a su lado y cogió la porción más grande de la primera ardilla, como hacía siempre. No la envidiaba.

—Soy hijo y nieto de un hombre libre —dijo orgulloso—, no de un señor.

—Entonces, ¿por qué te buscan los quman?

—Fui esclavo suyo, pero me burlé en público del líder guerrero del clan que me poseía, al que llaman Bulkezu. Me burlé de él ante el begh, el jefe, de una tribu vecina, ante sus esposas e hijas. Ya es bastante malo que lo haga un hombre, así que para mí... Bulkezu no podía permitir que el insulto quedara sin vengar.

Ella se lamió los dedos y se volvió a sentar de cuclillas.

—¿No eres un hombre? —La grasa de la carne al fuego chorreaba y crepitaba en los carbones que estaban debajo. No respondió—. Ah —dijo ella, de repente—, te falta la cosa de los hombres. La parte masculina. No sé cómo se llama en esta lengua.

¿Era el calor del fuego lo que le abrasaba la cara, o su vergüenza?

Cuando ella se dio cuenta de que no iba a responder, se encogió de hombros y se entretuvo cuadrando las provisiones que le quedaban: tres hogazas de pan negro duro, cinco tiras de carne seca, dos bolsas de judías y guisantes marchitos, medio puñado de sal y nabos con un olor rancio.

—Nunca me habéis dicho cómo os llamáis —dijo él, en un arranque de rabia—. Conocéis mi nombre. Lo dije cuando nos conocimos, pero no me habéis dicho el vuestro, a cambio.

Ella tenía una forma de sonreír que mostraba amenaza a la vez que diversión.

—¿A cambio de qué?

—¡De mi servicio!

—No. Eso me lo diste a cambio de tu vida, que yo salvé de aquel al que llamas Bulkezu. —Cogió una de las bolsas de cuero que había robado del pueblo arrasado, la última que contenía sidra fuerte. La abrió y vertió un poco sobre su mano y lo lamió, puso mala cara, pero, de todas formas, bebió un trago y le pasó la bolsa a Zacharias. El fuerte sabor tuvo como consecuencia que se mareara y permitió cierto atrevimiento.

—Es cierto que no tengo nada que ofreceros excepto... —Su mirada se fijó en su falda de cuero, se estremeció y continuó—... Excepto mi conocimiento de los wendianos, lo que no es importante para vos, dado que ya habéis viajado por sus tierras antes, por lo que parece, pero decirme vuestro nombre sería una muestra de amabilidad, después de haber viajado tanto juntos.

—¿Amabilidad? ¿Qué significa amabilidad?

—Es la costumbre de mi pueblo de intercambiar los nombres —acabó por decir él. Le enfadaba que ella supiera más de él que él de ella, pero nunca podrían estar a la misma altura, daba igual.

La mujer guardó todas las provisiones en las bolsas; solo dejó fuera una hogaza de pan, que partió para enseñarle el interior sin secar, grueso, oscuro. Lo probó, asintió con la cabeza y partió el pan en porciones iguales, le dio una a Zacharias y se volvió a poner de cuclillas, mientras masticaba. Zacharias sacó con cuidado la segunda ardilla del espetón y comieron en silencio mientras la higuera ardía parpadeante y se reducía a carbón.

Ella respondió de repente.

—Mi gente me conoce como «La impaciente». El pueblo wendiano me conocía como «La que no es como nosotros».

—¿Cómo os puedo llamar yo?

Ella tenía grasa en el dedo pulgar, por lo que lo pasó por la falda para que absorbiera la grasa, que la oscureció.

¿Quién habría vivido bajo esa piel y cómo la habría perdido? Los ojos de ella tenían el verde de las esmeraldas.

—«Aquella cuyos deseos son la ley».

—¿No tenéis un nombre real? —Lo desconcertaba la profusión de títulos.

—Un nombre es solo como me llaman los demás. Como represento cosas diferentes para cada uno, tengo muchos nombres.

—¿Cómo os llamáis a vos misma?

Ella sonrió. Tenía unos dientes llamativamente hermosos, blancos y bien colocados.

—A ti te llamaré «Más-inteligente-de-lo-que-parece». Yo no necesito llamarme a mí misma, porque ya estoy en mi cuerpo, pero si necesitas un título, puedes llamarme

Uapeani-kazankansi-a-lari, o si es muy largo para tu lengua, Kansí-a-lari.

Por lo menos, este desafío podía asumirlo. Siempre había sentido orgullo de su inteligente idioma.

—Uapeani-kazankansi-a-lari. —Se atrancaba, lo dijo por segunda vez, una tercera después de que ella le corrigiera la pronunciación. A la cuarta, pudo pronunciarlo bastante bien como para que ella se alegrara y riera.

—Bueno, entonces, Más-inteligente-de-lo-que-parece, alimenta el fuego.

La zona estaba llena de maleza y madera, que eran fáciles de recoger. El atardecer apenas había dado paso a la noche cuando colocó más madera en el fuego y observó cómo ardía la hoguera. Ella se mecía adelante y hacia atrás en cuclillas, sin manos. Las llamas aumentaron, saltaron y se mezclaron con un arco. Y en medio...

El fuego.

Nada más, solo fuego. Ninguna figura de un hombre, como la que habían visto antes.

Kansí-a-lari farfulló unas palabras, como si fuera una maldición. Agitó los dedos, los entrelazó y, a través de ellos, miró hacia el fuego otra vez, como si fuera una corona. Zacharias solo veía fuego, como si lo viera por un velo. Ella dijo otras palabras. Unas formas borrosas parpadeaban y cobraban vida en el fuego. Un lord cabalgaba en un magnífico caballo a la cabeza de un llamativo séquito. Tenía el pelo y la barba plateados, era un hombre en la flor de la vida. Varios estandartes ondeaban ante él: un águila, un león y un dragón.

—¡El rey! —suspiró Zacharias, asombrado no por no haber visto antes al rey, sino porque reconoció sus sigiles.

Ella frunció el ceño ante esta imagen del rey, al esperar otra cosa.

—Saw-glawnt —dijo ella, más autoritaria, pero la imagen desapareció y el fuego creció y ardió. Ella dijo otra palabra y aparecieron sombras en la hoguera que mostraban visiones.

Un perro muerto yace caído sobre unas hojas. Las costillas relumbran de blanco en contraste con la deteriorada piel negra. Un agujero enorme se hunde en la carne del vientre en el que algo había roído hacia fuera... o hacia dentro.

Un hombre vestido como un clérigo se sienta en una cámara cerrada. Tiene la barbilla limpia y el pelo corto de un hombre entregado a la Iglesia. Su cabello es absolutamente dorado, como si un brujo lo hubiera hilado a partir de metal puro. Le tiembla la mano al acercarse a tocar la escritura sobre un pergamino que se encuentra en la mesa ante él. La visión es tan clara que Zacharias puede leer las palabras: «A la madre Rothgard de Santa Valeria, de la mano de la hermana Rosvita de Korvei, en la schola del rey, este mensaje os lo entrega mi leal compañera Amabilia de León. Os ruego, Madre, que viajéis a Autun con la hermana Amabilia. Os necesitan para que atestigüéis los acontecimientos». El hombre sonrío y muestra un diente astillado, el único fallo de su belleza. Pliega el pergamino. Debajo se encuentra un Círculo de la Unidad de bronce. Sangre seca la tiñe. El hombre la coge y la da la vuelta por la

cadena, y la visión gira y se estrecha y se convierte en otra cosa...

Un extraño hombre del color del bronce se aprieta las rodillas contra el pecho. Tiene la forma de un ser humano, en su mayor parte, pero no se parece a ningún hombre que Zacharias hubiera visto antes. El pelo brilla como un hueso pulido, la piel tiene la escamosa textura de la piel de una serpiente y se desnuda como un salvaje, aunque deja un pedacito de ropa atada alrededor de la huesuda cadera. En una mano sostiene un bastón. Con una astilla de obsidiana afilada talla unas marcas a lo largo de la madera, mete una pluma en pequeños botes de color ocre y pinta las marcas de un rojo mate. Entrelaza muchas pequeñas piezas, las enrolla y con ellas rellena el bastón vacío por dentro. De vez en cuando se balancea hacia atrás e inclina la cabeza —Zacharias no oye nada— y grita, triunfante o de dolor. Una onda atraviesa la visión, la sombra de unas grandes figuras de piedra y un círculo de arena lisa...

... Y vuelan sobre las praderas, más allá de la salvaje frontera donde moran los grifos. La hierba crece por encima de la altura de un hombre, incluso por encima de la esposa de un jefe con un elaborado tocado. A medida que descienden, una figura aparece entre la hierba, un rostro verde y blanco se asoma con un cuerpo imponente detrás. Agita unas alas. Vuela una flecha, directo, mortal, directo al corazón.



—¡Ay! —gritó Kansí-a-lari, dando un salto atrás y dando una palmada, dos, como si el sonido pudiera protegerla.

El fuego se agitó y se deshizo. Los pájaros nocturnos se habían callado. La luna temblaba en las aguas del arroyo.

Se puso de pie. Incluso a la luz de la pálida luna, él vio que su expresión mostraba algo más que la habitual sonrisa.

—Ha desaparecido de mi vista. —Entonces, observándolo como un cazador observa al ciervo que servirá de cena, dio un paso atrás, tocó el cuchillo, al mismo tiempo que mantenía el equilibrio para coger velocidad y golpear, luego cambió de idea.

—Mañana viajaremos hacia el oeste. A churendo.

—¿Qué es churendo?

—El palacio de las espirales. —Dio inedia vuelta y se introdujo en la noche.

El silencio se extendía a su alrededor como la muerte. De todos los habituales ruidos nocturnos, solo escuchó el murmullo del arroyo. Al final, se arrodilló y se estiró para avivar el fuego con un palo, pero no movió ningún tronco ardiente, ni rojas brasas. Desconcertado, tocó con los dedos los pálidos restos, una sustancia con la que se frotó los dedos.

Era ceniza fría, como si hubiera dejado de arder días atrás.

Ivar nunca había visto a tantas obispos y presbíteros juntos. El rey Henry había convocado el concilio el día de la misa de Matthias, pero le había costado dos días de rebeldes discusiones sobre la jurisprudencia y el rango —quién debe entrar antes, dónde se sienta cada uno—, antes de poder sentar al concilio. Entraron en la sala el cuarto día de reuniones, encabezados por la obispo Constance de Autun, la hermana más pequeña del rey. Tras ella caminaban un altanero presbítero cuya arrogancia era legendaria; se decía que nunca hablaba a nadie cuya madre no fuera, al menos, condesa. Luego, aparecían varias obispos y presbíteros cuyas ciudades y nombres Ivar no podía retener en orden, seguidos al final por un anciano presbítero llamado Hatto, al que no le había importado rezar las laudes al lado de Ivar tres días antes, y por último, la joven obispo Odila de Mainni, que recientemente había recibido la mitra y el báculo.

Las obispos y los presbíteros reunidos tomaron asiento en semicírculo en la cabeza de la sala, ante el trono del rey. En cuanto se colocaron en sus acolchadas y doradas sillas, sonaron los cuernos para anunciar al rey. Todas las almas que se encontraban en la iglesia se arrodillaron, excepto los hombres y mujeres de la Iglesia, con demasiada dignidad como para inclinarse ante un poder meramente terrenal. El rey Henry entró, vestido y coronado con todo su esplendor.

No obstante, ¿qué importancia tenía el esplendor terrenal cuando la única persona a la que realmente has amado se aleja de ti sin mirar atrás? ¡Y para irse a los brazos de otro hombre! Incluso Hanna lo había abandonado. Y se habían llevado a *lady Tallia*. ¡Ay, Dios! ¿Qué importancia tendrá el esplendor terrenal cuando se negaba a ver la verdad? Trató de aferrarse a ese pensamiento, mientras el rey pedía a su Águila que se acercara para enumerar los cargos: una acusación de brujería en contra de Hugh, abad de Firseburg, rebatida por una acusación de brujería en contra de una antigua Águila, llamada Liathano. Normalmente el soberano dejaba esas cuestiones exclusivamente en manos de la Iglesia, pero todo el mundo sabía que el rey Henry tenía motivos para odiar a esa mujer, que le había robado a su hijo favorito.

La obispo Constance se puso en pie, hizo el signo de la paz con una mano en alto, y la impaciente audiencia permaneció en silencio expectante. Ivar se imaginaba amargamente que a algunos pocos se preocupaban de que se impartiera justicia y de que se desterrara del séquito del rey la hechicería maligna. El resto solo quería saber

los detalles morbosos.

El fuerte tono de voz de la joven obispo llegaba fácilmente a toda la muchedumbre.

—En el año trescientos veintisiete tras la proclamación de la Sagrada Palabra por Daisan el Bendito, la cuestión de la brujería fue llevada ante las obispos y los presbíteros congregados en el Concilio de Kellai. En su infinita sabiduría, estos ancianos proclamaron que el Señor y la Señora no prohíben lo necesario y que, por consiguiente, la hechicería puede ser practicada bajo la supervisión de la Iglesia. No obstante, el Concilio también anunció lo siguiente: va en contra de la naturaleza humana intentar estudiar el futuro, por lo que se condena esa práctica.

—¿Es cierto que partís para Gent mañana, señor príncipe?

El susurro lo distrajo. Irritado, miró para atrás para ver a Baldwin y al príncipe Ekkehard como uña y carne y muy poco interesados en el Concilio.

—Es cierto. Voy a cabalgar con doce novicios que entrarán en el monasterio conmigo y con el horrible y anciano lord Atto para que nos vigile, ¡como si no pudiéramos cuidarnos solos! Es una pena que debemos partir tan pronto, Baldwin, porque prefiero vuestra compañía antes que la de los demás.

—Me honráis, señor. —Baldwin tenía la costumbre de sonreír con gracia cuando quería algo—. La corte será un lugar aburrido sin vos. ¿Qué cantaremos? Ninguno de los poetas de la corte tiene vuestra hermosa voz y vuestro magnífico oído.

Pasó un dedo por el lóbulo de la oreja de Ekkehard; el príncipe abrió mucho los ojos. Baldwin se acercó a susurrarle algo y Ekkehard parecía aún más sobresaltado. Baldwin le cogió la mano a Ekkehard y lo condujo hacia la entrada. Le hizo una señal a Ivar, pero Ivar se encogió de hombros, enfadado, le dio la espalda, e intentó avanzar hacia la multitud. ¿Cómo podía Baldwin abandonarlo también, justo en el momento en el que se encontraba en juego el destino de Liath?

—Dios nos otorga la libertad para hacer, o no, lo que deseemos —decía la obispo Constance—. No somos un simple instrumento puesto en movimiento para cumplir la voluntad de Dios; nos parecemos más a los ángeles. Sin embargo, la carne acostumbra a ser débil y la tentación es tan cierta como el amanecer y la puesta del sol de cada día. Algunos miembros de la Iglesia no pueden resistir las lisonjas del Enemigo y, por tanto, ahondan en las artes oscuras. En el Concilio de Narvone, cien años atrás, fue condenada la práctica de las artes de los mathematici, tempestan, augures, aroli y sortilegio, además de las artes, más terribles, de los malefici, cuyos nombres no pronunciaré en alto. Tengan presente que el Enemigo aún tienta a los débiles de espíritu. Tengan presente que nosotros, desde la Iglesia, los erradicaremos. Que el acusado sea traído al frente.

Ivar suspiró entre dientes al ver a Hugh. El corazón le latía con fuerza, como el golpear de un martillo. ¡Ay, Señora! Cuán sumiso parecía Hugh descalzo y vestido con la humilde túnica de un novicio que sufre su última vigila, aunque las sencillas togas marrones no lo hacían menos elegante. Algunos penitentes se afeitan la cabeza

como una ofrenda a Dios. Hugh no había tocado un solo mechón de pelo de su bella cabeza, sino para recortarlo un poco. Se arrodilló con humildad ante las obispos, e inclinó la dorada cabeza lo suficiente, pero no demasiado. El hijo de una margravina no podía ser demasiado servil.

Un clérigo leyó en alto un pergamino.

—Estos son los cargos presentados ante el padre Hugh de la abadía de Firseburg, antigua Austra. —El clérigo tenía una voz profunda que se desplazó por la sala como un rayo—. Ha practicado la brujería. Ha escondido textos impuros. Ha intentado matar por medios mágicos a la princesa Theophanu...

Entre la multitud, surge, se extiende y desaparece un murmullo. No había habido ningún espectáculo tan bueno desde el acto de rebeldía de Sanglant. En medio del revuelo, Ivar se abrió paso a codazos para acercarse al frente.

—... Y más, colocó varias ligaduras sobre ella para abatir sobre ella el punto élfico mientras la fiebre casi acaba con su vida. —Entonces, el clérigo leyó en alto tres documentos: el testimonio de la princesa Theophanu tal y como se lo dictó a la hermana Rosvita, el testimonio de la hermana Rosvita y una carta escrita la primavera anterior por la madre Rothgard del convento de Santa Valeria para la hermana Rosvita. Al final, describió un boceto de un broche con la forma de una pantera y hermanado con determinados signos y sigiles, que había sido un regalo secreto de Hugh a Theophanu.

—¿Qué respuesta tenéis? —preguntó Constance cuando terminó el clérigo.

Hugh habló en voz baja, pero Ivar ya estaba tan cerca como para escuchar. Seguía teniendo una voz hermosa.

—Soy culpable de un grave pecado. He dejado que me tentaran con algo prohibido y ahora me arrodillo ante vos y os pido que me juzguéis. Cuando era joven, intenté algunos hechizos... —zarandé la cabeza como si recordara algo doloroso y continuó—, pero recibí un castigo justo y me enviaron al norte para que cumpliera la penitencia trabajando entre aquellas gentes, muchas de las cuales aún adoraban a los antiguos dioses. Allí, muy a mi pesar, me sedujeron. —Respiró con aspereza y no pudo continuar, durante un momento.

El hermano Hatto se inclinó hacia delante con educación. La obispo Odila parecía nerviosa, y daba la sensación de que la marchita obispo de Wirthburg acababa de descubrir que bajo la sabrosa fuente de ave que se encontraba ante ella se retorcía un agujero de gusanos. El silencio en la sala era total, mientras Hugh se esforzaba por controlarse.

—Que Dios me perdone. No he dejado de soñar con ella todas las noches. —Las lágrimas brotaban de sus ojos, mientras levantaba la cabeza e imploraba a las obispos y a los presbíteros—. Os los ruego, hermanos y hermanas, liberadme de su hechizo.

¿Cómo podía ser, a la vez, tan apuesto y tan odioso? En ese momento, de haber tenido una espada, Ivar con gusto hubiera saltado y corrido hacia él.

Comenzaron a hacerle preguntas, y él respondió titubeante. Conoció a Liathano

en el Descanso del Corazón. Era una suposición generalizada que su padre había sido monje, pero rompió los votos y abandonó la Iglesia. Su madre había fallecido. Nadie dudaba de que su padre fuera un mathematicus. Algunos testigos —Águilas, Leones, sirvientes— se presentaron a regañadientes para hacer constar que a menudo ella miraba hacia el firmamento y que ponía nombre a las constelaciones y que seguía el movimiento de las estrellas en movimiento. Incluso Hathui estuvo presente y, con el ceño fruncido, testificó que Liath había llevado con ella un libro que trataba de mantener escondido.

—La hermana Rosvita dice que robasteis el libro a la mujer de nombre Liath —dijo Constance—. ¿Dónde se encuentra?

Hugh abrió los ojos con un asombro inocente.

—¡La hermana Rosvita! Tiemblo por su alma, eminencia. Con su testimonio, delata que ella también fue seducida por los maleficus, sin que aún se haya dado cuenta.

—¿Qué queréis decir? —preguntó la obispo Odila. Intervenía por primera vez—. ¿De qué acusáis a la hermana Rosvita? ¡Nunca nadie ha tenido motivo alguno para reprocharle sus servicios!

—¿No demuestra eso mis palabras? En su testimonio declara que conoce el libro porque ¡lo robó de un arcón que guardaba mi siervo! ¡Ay, Dios! ¡Cómo ha podido llegar a esto! ¿Acaso lo robó para ella, porque adora al mal? En realidad, no. ¡Se lo devolvió a los brujos que la han envuelto con hechizos!

Las obispos murmuraron entre ellas.

—¿Esa Liathano también hechizó a la princesa Theophanu? —Constance se mostraba escéptica—. Debía estar muy ocupada, si así fue. Por otro lado, ¿por qué la princesa habría hecho tales acusaciones en vuestra contra?

Bajó la cabeza y se negó a contestar. Fue su madre quien llamó a varios sirvientes que, como hacen todo los sirvientes, habían percibido la breve y apartada interacción. La princesa Theophanu tenía celos de su hermana y ellos habían presenciado algunas pruebas de que en ella había nacido una pasión antinatural hacia Hugh, que él, con delicadeza, había tratado de desviar. Asignada a Sapientia, la mencionada Liathano no había ocultado cuanto le desagradaba su señora real; tenía extraños hábitos y una forma de ser hermética; parecía diferente; sabía leer y escribir y tenía una rara y llamativa abundancia de conocimientos. La hermana Rosvita había intentado acercarse a ella y parecía preocupada por su bienestar. El príncipe Sanglant estaba obsesionado con ella. La mayoría de los hombres que la veían la deseaban, como si ella hubiera lanzado algún tipo de hechizo para que los hombres cayeran rendidos ante ella.

En todo momento, el rey permaneció observante y en silencio.

—¿Qué sucedió durante el incidente en el bosque? —preguntó el altivo presbítero—. Nadie cuestiona que dispararon unas flechas a la princesa Theophanu.

Alguien que había presenciado el incidente se presentó delante. Todos se

extrañaron de que el Águila hubiera gritado un aviso cuando nadie más hubiera visto nada inoportuno y que ella hubiera sido la primera en llegar junto a la princesa herida. ¿Era señal de su inocencia? ¿O una conspiración que fracasó?

—¿Qué motivo hubiera llevado a una Águila a asesinar a Theophanu? —preguntó Constance.

—¿Qué motivo hubiera tenido para quemar el palacio de Augensburg? —preguntó Hugh en voz baja.

»Es una historia tan horrible que me cuesta hablar, pero debo hacerlo. —Hugh miró a su madre, que permanecía seria y en silencio al lado de Helmut Villam y otros compañeros que cuentan con el favor de Henry. Asintió con la cabeza de manera cortante—. Confieso que en ocasiones he sido tentado por la carne. No soy un santo, que pueda luchar contra la tentación y ganar siempre. Mi alma está manchada por la oscuridad y ha habido momentos en los que las lujurias terrenales pudieron más que el deseo de mi alma. Cuando la princesa Sapientia, en el séquito de su heredero, pasó por Firseburg y pasó una noche en el pabellón de invitados de la abadía, admito, abiertamente y avergonzado, que esa noche se convirtió en una semana y esa semana, en dos. Mentiría si dijera que nunca me tentó el pensamiento del triunfo terrenal en la cuestión, como ella... —Utilizó las palabras con mucho cuidado, ya que su padre estaba cerca—. La princesa Sapientia es impulsiva y encantadora. Tal vez estaba orgulloso de ser el que ella había elegido, aunque no debería haber sucumbido. Pero pasó y regresé con ella al séquito del rey. En ese momento, me creí libre del hechizo con el que me había aprisionado en el Descanso del Corazón, pero estaba equivocado. Ella estaba allí. Y su rabia era como una lanza, porque así sucede cuando has sido hechizado por ella: no amas a nadie más. Sin embargo, cuando vio que no podía debilitar mi respeto y mi afecto hacia la princesa, tomó medidas más drásticas.

El rey se levantó del trono.

—Continuad.

—Ella deseaba librarse de Sapientia y del hijo que demostraba mi afecto hacia la princesa. En Augensburg, hechizó a los habitantes del palacio para que se quedaran dormidos, aunque me enfrenté a ella, aunque intenté detenerla desesperadamente, yo seguía siendo esclavo de su poder sobre mí. No pude pararla. Provocó el incendio. ¡Horrible!, ¡horrible! —titubeó y todos los presentes se revolvieron y susurraron como el murmullo lejano de una llama. Con un esfuerzo evidente, continuó—: Fue suficiente salvar a la princesa y a la mayoría de los que estábamos en palacio, aunque siento amargamente las vidas que se perdieron. No puedo dejar de pensar en lo que hubiera pasado si hubiera muerto toda la corte, si el propio rey hubiera estado allí en aquel terrible momento. ¿Qué hubiera pasado entonces?

Una exhalación recorrió la multitud, muchos se escandalizaron, demasiado asombrados como para hacer comentarios con el vecino. Henry camino hacia el centro de la sala y se paró a mirar a Hugh, con una expresión dura y furiosa.

—¿Por qué no testificasteis ante mí en Augensburg? ¿Por qué esto se ha

mantenido en secreto?

Hugh se tapó la cara con las manos.

—No podía —gritó—. ¡No podía! ¡No podéis entender el poder que ejercía sobre mí!

Henry torció el gesto. Levantó una mano cerrada, la colocó sobre el corazón y miró, sin ver, la cabeza dorada de Hugh, que no contestó nada; solo se volvió para mirar a la obispo Constance, como si esperara un veredicto.

Constance negó con la cabeza, como una mujer que escucha algo que no le gusta.

—¿Pero por qué la princesas Theophanu y, en concreto, la hermana Rosvita, os acusan, padre Hugh, y no al Águila, a Liathano? La hermana Rosvita es sabia y astuta. ¿Por qué habla en vuestra contra? También está la cuestión de la hermana Anne del convento de Santa Valeria, que desapareció sin dejar rastro.

Algo brilló en el rostro de Hugh, un destello luminoso de rabia que desapareció rápido.

—La hermana Anne del convento de Santa Valeria desapareció cuando Liath regresó. ¿Quién puede decir si ella consideró a la buena hermana como una amenaza y se deshizo de ella? Yo no puedo, pero me temo lo peor.

—La hermana Anne tenía el broche de la pantera en su posesión y desapareció con ella —intervino Constance—. Seguro que os interesaría, padre Hugh, que tal ligatura desapareciera, porque su existencia os condenaría.

—Es cierto —confirmó él—. Nunca discutiría vuestra sabiduría, excelencia. Sin embargo, otros tuvieron acceso a mis pertenencias personales. No soy el único que pudo haber tejido una ligatura en el broche cuya forma hubiera traicionado a su dueño, ya que se sabe que la pantera es el sigil de las tierras fronterizas de Austra. ¿No es cierto también que enviaron un mensaje al convento de Santa Valeria? Sin embargo, la madre Rothgard no ha enviado a ningún representante para que testifique en mi contra. Esa persona hubiera tenido tiempo suficiente para llegar a Autun, si la madre Rothgard considerara necesario testificar en mi contra. —Su mirada fue desde Constance a Henry, al que miró con la inocencia de una ángel—. En lo que respecta a la hermana Rosvita, no sé cuál era su relación con la hechicera, o cómo esta puede haberla influenciado. Ojalá la hubiera podido proteger... —detuvo la voz en esa palabra, pero continuó, con dificultad—, pero fui incapaz. Dios me perdone.

¡Incapaz! La humilde palabra se le atragantó a Ivar como una piedra. Supo por una repentina y dolorosa certeza el motivo por el que la margravina Judith se mostraba tan fría y tranquila. Supo como si lo hubiera visto a través del velo del tiempo, a través de las artes prohibidas de los sortilegi que buscan el conocimiento en los acontecimientos futuros, cómo se desarrollaría el resto del Concilio. La hermana Rosvita siempre viajaba con el rey. Su voz tenía peso. ¿Por qué la habían enviado hacia el sur, a Aosta con Theophanu?

En ese momento todo quedó claro. Hugh volvería a ganar.

—¡Miente! —Ivar se abrió paso hacia delante a trompicones hasta llegar a un

lugar en el que todos pudieran verlo—. ¡Yo estuve allí, en el Descanso del Corazón! Él abusó de ella mucho más de lo correcto. La retuvo, le robó los libros para que ella no pudiera pagar su deuda y porque él la quería solo para él. Él la quería a ella, no al revés. Todo el mundo en el Descanso del Corazón sabía que él la codiciaba desde el primer día que la vio.

Hugh hizo un gesto de aparente dolor.

—¡Los libros! Ay, sí, se los cogí en un inútil intento de salvar su alma. —Se volvió a las obispos—. ¿No es tarea nuestra, de los que servimos a Dios, tomar entre nuestras manos todas las pruebas de hechicería prohibida para enviarlas a la skopos? Pero Liath era muy joven. ¿Cómo iba a saber yo que el Enemigo ya la había corrompido tan profundamente...? —En ese momento se detuvo. Se tambaleó y le atravesó la cara una mirada de desesperación tan enferma que, por un instante, Ivar sintió pena—. ¡Ay, Dios! —murmuró Hugh—. Y que ya debía haber tomado al príncipe Sanglant.

Ivar vio la cara del rey en el momento en el que Hugh pronunció las funestas palabras. Un solo instante, pero le atravesó un sudor frío y le trajo a la memoria esa línea de El oro de los Hevelli.

«Su sino se presentó ante ella como el pavimento de una calzada por la que pretenden andar sus pies».

—¿Por qué si no Sanglant habría escapado de todo lo que le ofrecí? —murmuró Henry.

—¡Pero no es cierto! —gritó Ivar.

—Él también la amaba, pobre chico —dijo Hugh, con la mirada puesta en Ivar con una compasión tan sincera en el rostro que Ivar titubeó—. Él también fue uno de los que cayeron en su trampa.

¿No era verdad que Liath solo había aparentado amarlo? ¿Que no había honrado el pacto que hicieron en Quedlinhame? Había dicho que el hombre al que amaba estaba muerto y que nunca amaría a otro hombre y, sin embargo, había cambiado por completo y huido con el príncipe.

Sin embargo, aunque odiara a Liath por haberlo abandonado, odiaba a Hugh más. Odiaba a Liath porque aún la amaba. A él Hugh nunca le ofreció nada que no fueran insultos y desdenes.

—La considero una hermana —dijo con la voz quebrada—. Y me hubiera casado con ella si hubiera podido, pero no porque me hubiera atrapado con un hechizo.

—¿Cómo os llamáis, hijo? —preguntó Constance, acercándose.

Tembló ante la presión de tantas miradas. Judith lo fulminó con la mirada. Baldwin había vuelto a aparecer y hacía desesperados aspavientos con la mano, como si le quisiera decir algo, pero estaba demasiado asustado para entender el significado de los gestos.

—Me..., me llamo Ivar, hijo del conde Harl y de lady Herlinda de la Marca Norte.

—Un novicio corrompido por la herejía a quien envió al monasterio de San Walericus en la frontera —añadió Judith en voz alta.

Constance levantó una mano para pedir silencio. Mostraba una expresión fría y los ojos le brillaban llamativamente. Hacía un gesto de disgusto con la boca, como ante un sabor amargo.

—Vos no os encontrabais entre los que acudieron a testificar. ¿Qué sabéis de lo sucedido en el Descanso del Corazón?

—Recuerdo cuando Liath y su padre llegaron allí. Me hice amigo de ella y también Hanna, mi hermana de leche, que ahora es Águila.

—Águila de Sapientia que salió con la princesa hacia el este y, por tanto, otro testigo que no pudo declarar.

—¿Es cierto, como afirma el padre Hugh, que se sabía que su padre era hechicero? ¿Qué la gente acudía a él en busca de hechizos, pociones y amuletos?

—¡Él nunca causó daño alguno! ¡Nadie tenía nada malo que decir sobre él!

Se maldijo a sí mismo, porque todos se miraban como si dijeran: «Bien, aquí tenemos la prueba que necesitábamos». Incluso el bueno del hermano Hatto suspiró y se sentó en la silla, como un hombre abatido tras tomar una difícil decisión y que desea descansar un instante antes de tomar medidas en consecuencia.

—Su padre era un hechicero, alguien que le dio la espalda a la Iglesia —dijo Constance, suavemente. Frunció el ceño—. Aunque también puede ser cierto que no pretendió causar daño alguno.

—Bernard era un buen hombre, aunque estuviera equivocado —intervino de repente Hugh—. Quería mucho a su hija. Le enseñó mucho muy joven. ¡Ay, Dios! Me temo que ella no comenzó así, si no que el descubrimiento del poder supuso mucho para ella. El primer paso de semejante viaje pudo darlo con la mejor de las intenciones.

Se tapó la cara con una mano. Encogió los hombros.

El rey se volvió, aún con el puño cerrado, y regresó al trono, en el que se sentó.

—Hermanas y hermanos —dijo Constance al concilio allí reunido—, ¿tenéis alguna pregunta más que quisierais hacer o ha llegado el momento de deliberar?

No tenían más preguntas.

—Debemos orar —dijo Constance—. Despejemos la sala. Nuestro dictamen llegará cuando Dios nos presente la verdad.

Ivar se quedó sin respiración por la velocidad con la que dos de los soldados más corpulentos de Judith lo agarraron por los brazos y lo condujeron fuera. Se dieron prisa en sacarlo de la sala y en conducirlo por el palacio episcopal hacia la cámara que ocupaba la margravina.

Ella llegó seguida de su séquito, de su esposo y de su avergonzado hijo. Lo primero que hizo fue pegar a Ivar en la cara con tanta fuerza que se echó hacia atrás y cayó en las duras garras de sus escoltas. A una señal de ella, lo golpearon; cuando se desplomó en el suelo entre sollozos y lágrimas y suplicando clemencia, le pegaron

patadas en el estómago, en los hombros y le pisaron las manos hasta que solo se quejaba como un animal herido.

Un rato después, pararon.

—¿Cómo osas hablar sin tener la palabra, tú que has comido en mi mesa y que has viajado en mi cortejo? —Se acercó a él, dominante, con una rabia fría, y preparó el pie para darle una patada.

—Madre —Hugh se arrodilló junto a Ivar, protegiéndolo con su cuerpo—, el pobre no se pudo contener. Yo vi cómo ella lo atrapó con sus encantos...

—¡No quiero oírte más! ¡Vete a rezar con humildad, que es para lo único que sirves!

No se movió.

—Ya lo han golpeado bastante. No olvidará esta lección.

—¡Silencio! Estoy más que harta de tus lloriqueos, Hugh. Ya es suficiente. No tengo ninguna duda de que la joven te ha embrujado de un modo impropio, pero no creas que dejo de tener muy presente el incidente de Zeitsenburg. Sigues siendo mi hijo y te protegeré mientras me obedezcas. Tengo mis dudas acerca de cómo Dios juzgará el asunto, pero yo sé perfectamente que el rey odia a esa muchacha por robarle a su hijo y, en todo caso, es consciente de cuánto necesita mi apoyo. El concilio sabe bien en qué dirección sopla el viento.

—¿Condenarán a Liath para complacer al rey? —dijo jadeando Ivar.

—¡Llevadlo a los establos! —dijo ella, disgustada.

Se lo llevaron fuera. Dado que apenas podía caminar, lo arrastraron sin tener en cuenta que se estaba magullando las canillas con los escalones y que se golpeaba la cabeza con las esquinas. Estaba mareado, aturdido y lloraba cuando lo tiraron sobre una pila de paja y cerraron de un golpe la puerta del compartimento. Allí permaneció, derrotado y dolorido, durante un rato eterno.

Después de un tiempo, le dio mucha sed. Se le había hinchado la cara, por lo que le resultaba difícil ver, o quizá la tierra se hundía en la noche. El corazón le dolía tanto como el cuerpo. ¿Por qué Liath lo había abandonado?

No debía pensar en ella. Debía recordar las predicaciones de Tallia, que era la única que se había quedado. Los demás no podían ver la verdad porque estaban ciegos; se les había nublado la vista del mismo modo que a él las heridas apenas lo dejaban ver. Eso era lo que la vida ofrecía a la humanidad: azotes, magulladuras y podredumbre en el inmundo fondo de la tierra. Solo mediante el sacrificio y la redención se puede hallar la salvación.

Una luz cruzó su campo de visión, de repente. Escuchó susurros, una risa tonta, unos pies que se arrastran al otro lado del establo. Con dolor, se puso de rodillas justo en el momento en el que abrieron de repente la puerta del compartimento.

¿Era un ángel que brillaba a la suave luz de una vela?

—¡Ivar! —Solo se trataba de Baldwin, que se dobló para abrazarlo, aunque con ello le hizo daño y tuvo que dar un grito de dolor—. Dios bendito —exclamó

Baldwin, que alivió la cara y las manos de Ivar con un paño fresco—, vamos, vamos, querido. No tenemos mucho tiempo. Compramos a la puta para toda la noche, pero no creo que el centinela abandone sus obligaciones tanto tiempo, aunque sea para eso.

Pasó un brazo alrededor de la cintura de Ivar y gruñó, al tirar de Ivar para ponerlo en pie. El movimiento hizo estornudar a Ivar y el repentino estallido hizo que le doliera todo el cuerpo. Sentía un dolor punzante en la rodilla izquierda. Parecía que tenía rota la mano derecha.

—Vamos —dijo Baldwin, impaciente.

—¿Adónde vamos? —apenas podía hablar. El dolor se había alojado en el vientre y no desaparecería.

—Chsss —Baldwin le rozó el cabello con los labios—, no eres consciente de cuánto te quiero, Ivar.

Fuera, el viento de la noche azotaba con fuerza y le hizo temblar convulsivamente. Después de un rato, tras tropezar con unas rocas y mientras Baldwin murmuraba una explicación que Ivar no podía entender muy bien porque le iba a estallar la cabeza, llegaron a un callejón. De repente, más que ver, sintió que había más personas presentes.

—Alteza —dijo Baldwin.

—¡Ah, lo tienes! ¡Bien!

Ivar contuvo la respiración ante la sorpresa, primero, y luego, tosió con fuerza, lo que hizo que le dolieran tanto las costillas que casi vomita. Cayó de rodillas. Había reconocido la voz.

—¡Príncipe Ekkehard! —Su voz sonó como el ruido áspero de una lima sobre el acero romo.

—Milo y Udo os sacarán de Autun a escondidas esta noche a Baldwin y a ti y os protegerán en el camino —dijo el joven príncipe con un tono de eficiencia—. Mañana, cuando mi séquito llegue a vuestro escondite, os esconderemos en una de las carretas y os llevaremos con nosotros.

—¿Baldwin? —preguntó con voz ronca Ivar.

—Yo seré el próximo al que se lo haga, al que golpee como a un perro, cuando se haya olvidado de cuanto codicia mi rostro. ¡La odio!

—Y me amáis —dijo el príncipe Ekkehard con una pasión repentina.

—Por supuesto, mi príncipe. Os amaré y serviré como merecéis.

Ekkehard rio feliz, imprudente. Era demasiado joven: no había cumplido los quince y, en realidad, los jóvenes a su alrededor no eran más que muchachos, pero le habían abierto la puerta de la libertad.

Ivar no opuso resistencia, mientras lo colocaron entre arcones y se envolvieron con una manta a él y a Baldwin. Le dolía demasiado resistirse y, de todos modos, no quería quedarse ni con Judith, ni en un lugar cerca de Hugh, ni junto al rey, ni donde su corazón pudiera sangrar por Liath, aunque su corazón nunca dejaría de sangrar. Era el sacrificio que haría día tras días, como Daisan el Bendito, desollado y

desangrado a los pies de la emperatriz de toda Dariya. De la sangre del corazón florecerían rosas.

—Deja de hablar —susurró Baldwin—, estás delirando. Estaremos a salvo en cuanto salgamos de estas puertas.

Rozó la cara con unos irregulares tablones de madera mientras la carreta daba sacudidas por las calles. Poco después, a través de la manta, pudo ver el vago brillo de una antorcha. Atravesaron las puertas de Autun. Primero, olió la curtiduría, luego el matadero, con un intenso hedor a sangre, vísceras y muerte. En cuanto salieron de los alrededores de la ciudad, sintió el olor de los campos, de la tierra y del polvo de la cosecha. Hacía bastante frío, pero Baldwin, al percibir que estaba temblando, se pegó a él y le respiró suavemente en la nuca con calidez y dulzura; le movió el cabello.

—Liath —murmuró Ivar.

—La han tachado con la marca de los forajidos y la han excomulgado. Pensé que querrías saberlo. La han declarado maleficus. Es algo muy malo, ¿verdad?

Muy malo.

—Y Hugh...

—Lo envían al sur para que rece vigilado por la skopos y para que cumpla una pena de tres años. Estoy contento. Espero que lo hagan arrodillarse durante días y días, y que le sangren las rodillas.

La carreta dio con un bache y lanzó a Ivar contra un arcón. Gruñó de dolor. Le corría sangre por el labio inferior, que se había roto y empezaba a sangrar. También había lágrimas, aunque le dolía llorar. Le dolía todo.

—Chsss —dijo Baldwin—, será una aventura, ya verás.

Cuando la partida de caza se abrió camino con estrépito y apareció en el claro, hicieron salir no a un jabalí, ni a perdices, sino a un harapiento nido de pobres. Hombres sucios y llenos de heridas, mujeres pálidas y niños delgados como palos y cubiertos de mugre se alejaron de sus improvisadas cabañas y se fueron a descansar en el borde de los árboles. Ninguno llevaba zapatos o ropas en las que envolver los pies y eso que una temprana helada había escarchado el suelo con una brillante capa sobre la que resbalar fácilmente y extremadamente fría para caminar sobre ella.

Sin embargo, Alain, sentado en la silla de montar, llevaba botas, guantes y una capa forrada de piel.

—¿Quiénes son? —preguntó Lavastine, al acercarse a uno de los guardas del bosque.

No sabían quiénes era. Hacía diez días que habían reconocido ese terreno, con la intención de llevar al conde y a su séquito de cacería en esa dirección, y no encontraron a nadie.

—Habrán echado a toda la caza de la zona. ¡Malditos! —Lord Amalfred bufaba mientras se daba la vuelta con su caballo—. ¡Cabalgemos! —El joven lord saliano había llegado con el séquito de la duquesa Yolande y, si le hubieran dado a elegir, Alain hubiera preferido que nunca hubiera venido.

Lavastine examinó el claro con el ceño fruncido. La gente se apiñó bajo los árboles: demasiados cansados como para dispersarse y correr. Se encogieron por el miedo. Alain empujó suavemente a su montura hacia un lado para observar mejor las cabañas. Esas casuchas apenas merecían el nombre de refugio: las habían construido a prisa, con huecos en las paredes y en el techo por lo que no los protegían de la lluvia. Una hoguera ardía en una chimenea rodeada por piedras sueltas. En el interior de una, alguien había hecho un estante de troncos sobre el que había verduras marchitas, bellotas y un ratón despellejado.

Tras las cabañas, a la sombra de los árboles, había cinco tumbas recientes, de las cuales dos eran más pequeñas que las otras. Una sexta se encontraba a medio cavar, con una rudimentaria pala de madera abandonada a un lado.

Al final una de las mujeres avanzó poco a poco. En los brazos llevaba un fardo que estaba tan quieto que Alain no sabía si era un niño o un rollo de ropa. Tenía las manos blancas por el frío, aunque más blancos tenía los esqueléticos pies, tanto sus

ojos como la rehenchida y pálida mueca de los labios reflejaban miedo.

—¿Qué haréis con nosotros, mi señor? —Más que hablar, tosía, aunque acabó por toser de verdad, lo que despertó al niño que llevaba en brazos, porque en realidad era un niño, Lloriqueó, se revolvió y se calló de nuevo, demasiado débil como para protestar.

—Debéis seguir adelante —dijo Lavastine—. Nuestra cosecha ha acabado y no tenemos espacio para más mendigos. Puede que tengáis más suerte en el sur.

—Venimos del sur, señor. No había cosecha suficiente y no se encontraba trabajo. Nos entregaremos a su servicio si se compromete a alimentarnos y a darnos trabajo.

—Tenemos a los que podemos alimentar —repitió Lavastine. Hizo un gesto a un auxiliar, que se apresuró en adelantarse—. Aseguraos de que les damos pan, pero después tienen que abandonar estas tierras.

Algunos adultos se pusieron de rodillas y lo bendijeron por su bondad, aunque fuera poca. Los niños miraban con ojos apagados como hojas mustias.

—Os lo rogamos, señor, ¿podemos quedarnos por lo menos hasta que entierre a mi hijo? —Le dio otro ataque de tos, pero en esta ocasión el niño en sus brazos solo lloriqueó suavemente y en absoluto se movió.

Alain se bajó del caballo y se acercó a grandes zancadas. Ella retrocedió ante él, pero se detuvo, más asustada por la desobediencia y por las lanzas de los cazadores que por lo que él pudiera hacerle. Le olía el aliento a cebollas y respiraba con la ruidosa cadencia de una pulmonía cercana.

—Dejadme ver —dijo él con gentileza. Retiró la delgada manta que le cubría la cara.

El niño podría tener entre tres y seis años. Tenía ampollas con úlceras en la boca y al oírlo hablar, movió los ojos, demasiado hinchados como para abrirlos y rodeados de pus amarillento y pegajoso. Una mosca avanzaba sobre el párpado. Bajo la manta, estaba desnudo, consumido y pálido; la manta estaba agujereada. Podía verle los dedos de los pies. Se sacó un guante y le pasó los dedos por la frente. Ardía de fiebre.

—Pobre niño —murmuró—. Rezo para que encontréis salud, refugio y alimentos, pobres almas. Dios os acompañará.

Ella empezó a llorar ruidosamente, desesperada, en medio de una fuerte tos.

—Alain —dijo Lavastine, como aviso y como orden.

Empezó a retirarse, pero no podía. Los niños, unos diez, se habían acercado tan silenciosamente que no se había dado cuenta de que lo habían rodeado y que se apretujaban tan cerca que un niño harapiento, era imposible decir si era niño o niña, extendió una mano y le tocó las botas como si fueran una reliquia sagrada. Otro acarició el dobladillo de la capa de Alain y exclamó algo que podía haber sido una palabra o solo un balbuceo de asombro.

No podía soportarlo. Se desabrochó la capa y se la quitó de los hombros para ponerla sobre los de la mujer, de forma que también cubriera al niño. De repente, los demás la agarraron y tiraron de ella, peleándose para hacerse con ella.

—¡Alto!

Retrocedieron, incluso la mujer a la que había obsequiado. El niño en brazos permanecía inmóvil y en silencio. Por lo que parecía, ya había muerto.

Lo inundó una desesperación absoluta, un peso mucho mayor que el de la capa. Se estremeció por el cortante viento del otoño, se volvió y se apresuró en regresar al caballo. Un mozo se encontraba allí con las manos cruzadas para que apoyara en ella los pies y se alzara.

—¡Dios nos libre de los mendigos! —gritó lord Amalfred mientras la cacería se preparaba para partir. Los arneses tintineaban, los caballos resoplaban y los perros, sujetos con correas, embistieron hacia los niños, que se dispersaron entre gritos y lloros. Amalfred se rio y reunió a sus compañeros alrededor mientras se metían entre los árboles. Los guardas desaparecieron en el bosque ante ellos y en la distancia escucharon la solitaria campana de un perro que señalaba un rastro.

—No es correcto burlarse de ellos —dijo Alain al conde, que se había puesto a su lado.

Lavastine no intervino hasta que hubieron dejado el claro atrás.

—No puedes vestirlos a todos.

—Pobres gentes. Les hubiera dado mis botas, pero entonces me di cuenta de que se hubieran peleado por ellas y que eso sería peor. ¡Ay, Dios! Qué sufrimiento.

—Es un misterio, en realidad.

—¿Qué es un misterio?

—Por qué Dios permite el sufrimiento en el mundo.

—Los diáconos dicen que solo es un castigo de Dios para los que han pecado.

Lavastine gruñó de una manera que sugería que no estaba convencido.

—He oído los Sagrados Versos y me parece que no tienen en cuenta las palabras de Daisan el Bendito. Algunas cosas se encuentran dentro de nuestra naturaleza. Del mismo modo que los leones comen carne, las ovejas comen hierba y los escorpiones pican, nosotros comemos y bebemos, dormimos y nos despertamos, crecemos y envejecemos, nacemos y morimos. Pero la riqueza y la enfermedad, la pobreza y el paganismo: todas estas cosas son solo resultado de los decretos del Destino. No todo sucede según nuestra voluntad, sin embargo, tenemos la libertad para elegir nuestras acciones, como acabas de hacer al darle tu capa a esa pobre mujer. Ella tiene la libertad de utilizar el regalo o de despreciarlo y los demás pueden robárselo o dejarlo en sus manos. Así le mostramos nuestra valía a Dios: cómo nos comportamos en función de lo que hemos recibido y si elegimos obedecer la ley de Dios sin tener en cuenta nuestras circunstancias.

Los perros bramaron y sus bramidos dieron paso a un repentino rosario de ladridos. Los jóvenes nobles que asistían a lord Amalfred gritaban, aplaudían y corrían hacia el bosque, dejando atrás a Alain, a Lavastine y a algunos pocos hombres que, por edad o por prudencia, decidieron cabalgar a un paso más lento con el anfitrión.

Alain había perdido los deseos de cazar.

—Pero seguro que algunas veces la desesperación nos conduce al pecado — objetó él, mientras observaba cómo las ramas se agitaban y serenaban cuando la partida delantera se perdía entre los árboles.

—Es cierto que no somos culpables de aquello que se encuentra más allá de nuestro poder, pero tampoco eso nos justifica. El mal es obra del Enemigo. Es más fácil hacer lo correcto.

—Sufriste una convulsión. Lo que hiciste mientras estabas bajo el hechizo no fue decisión tuya. Y, por eso, hijo mío, es por lo que la Iglesia ha de mantener controlado muy de cerca todo lo referente a la brujería.

Los cinco perros iniciaron un coro de ladridos. Incólume y Miedo se fueron dando saltos hacia la maleza. Lavastine se detuvo y se dispuso a bajar del caballo, pero, de repente, Pánico apareció a sus pies, empujándolo con la cabeza para que no bajara de la silla.

—Iré a mirar —dijo Alain enseguida. Pesar y Rabia se erizaron, con el pelo de punta. Se habían movido en silencio para colocarse entre el caballo de Lavastine y la maleza, en la que los otros dos perros se revolvían y ladraban en un matorral que vibraba y se balanceaba como si un viento salvaje hubiera envuelto el lugar.

—Señor conde. —Varios sirvientes se habían adelantado, pero Alain se había pegado a ellos, bajó del caballo y, con la espada desenvainada, avanzó hacia la maleza, retirando ramas y cogiendo un puñado de hojas secas de helechos mientras se abría camino. Pesar lo siguió, sin dejar de ladrar. Rabia permanecía detrás con Pánico. Incólume y Miedo habían arrinconado en la esquina más densa de la zona más espesa de zarzas y helechos. Lo vio: un destello blanco apagado que se movía de un lado a otro en busca de una salida. Lo inundó un terror como una ráfaga de viento frío que lo hizo temblar.

—¡Alain! —gritó Lavastine.

—¡No me sigáis!

Aquello pasó como una flecha junto a las fauces de Miedo, que trataba de morder. Alain dio un corte. Con la espalda golpeó el suelo arcilloso y levantó trozos de hojas, Incólume saltó a un lado. Pesar se abalanzó. Una criatura salió disparada bajo las hojas. Volvió a verla donde se abrían las hojas y corrió hacia una capa de zarzas ese sobrenatural brillo blanco como un hueso limpio y pulido por el mar. Volvió a golpearlo, pero se arañó las manos con las espinas.

Ahí estaba de nuevo. Golpeó. Y falló.

La cosa se escabulló al lado de Miedo. Igual de rápido, se volvió para salir corriendo hacia los caballos. Pesar quiso morder. Alain saltó detrás de él. Más allá, vio un movimiento entre los árboles: los jinetes que se acercaban.

—¡No bajéis del caballo! —gritó, pero nadie lo oyó por el clamor de los ladridos de los perros. Incólume lanzó de cabeza contra un arbusto. Aulló y, de repente, todo se calmó, salvo el distante estruendo de un cuerno de caza.

Pánico gruñó y Rabia se unió a él, y luego Pesar y Miedo; eran como un muro de protección en el lomo de Incólume. El sonido subió por la espalda de Alain como el veneno. Le dio un pinchazo en el cuello y se volvió con la espada en alto. Un revuelo entre las hojas. Despedazó el arbusto, pero solo salió como pudo una ratona, que se escapó y salió volando.

Era él el de la respiración irregular.

—¿Alain? —Lavastine llevó al caballo hacia el arbusto—, ¿qué sucede?

Alain dejó caer la espada en el lecho del bosque, cogió a Incólume por el collar y la arrastró. Le sangraba la pata delantera derecha y aunque se la lamía, entre sollozos, la herida empezó a hincharse de una forma extraña.

—Debemos llevarla a casa. Me temo... —Se detuvo y miró hacia los sirvientes, que se habían reunido alrededor, embobados. Hizo el mismo gesto que hubiera hecho Lavastine y los sirvientes se movieron. Alain siguió en voz baja—. Lo he vuelto a ver, del tamaño de una rata y sin ningún color. Llegué a pensar que Gozo se lo había comido, que se había hecho con él para salvaros, pero debí haberme equivocado. ¡Ay, Señor! Es la mano muerta de Corazón Sangriento, la criatura de la que hablaba el príncipe Sanglant. Nos ha seguido hasta aquí.

Lavastine lo escuchó en silencio y miró a Incólume. Una hoja giró con el viento y se posó en la tierra.

—Colócala sobre mi silla. Regresaré con prudencia y dejaré que los demás sigan cazando como gusten.

Alain quería decir muchas cosas en el camino de vuelta, pero no podía expresarlas en frases que tuvieran sentido. Fue un trayecto largo y tranquilo con Incólume acomodada de forma extraña sobre el cuello de un caballo nervioso, pero Lavastine sujetaba con firmeza las riendas con una mano y con la otra el lomo del perro. En los establos, dejaron los caballos al maestro Rodlin y el propio Lavastine llevó a cuestas al perro hasta su cámara, dejando que Alain se aventurara en la sala en la que las mujeres se habían establecido para pasar el día.

Habían ocupado la mitad superior de la sala y él se detuvo junto a la puerta, sin saber si entrar, mientras las observaba reír y hablar. Incluso Tallia formaba parte de la conversación, con un entusiasmo que rara vez mostraba hacia Alain. En el lugar de honor, como le correspondía por nacimiento, compartía un diván con la robusta y hermosa joven que la llamaba «prima».

La duquesa Yolande lo ponía nervioso. En la mitad de su segundo embarazo, aún le quedaba bastante por lo que no le importaba ir de caza y, si no iba a cazar, entonces tampoco iban las demás mujeres de su séquito. Pero tampoco ningún hombre era bienvenido para pasar el día con ellas, a quien había organizado una reunión al estilo dariyano, con divanes, vino y debates sobre algunas cuestiones intelectuales.

—El médico dariyano Galene afirma claramente que los hombres son criaturas deformes —decía en ese momento—, pero supongo que no será culpa suya ser producto de la semilla más débil y enfermiza. Por eso su vientre no aumenta, como el

de las mujeres.

—Pero Ella, Madre de todos, eligió proclamar la divina palabra a través de los labios de un hombre —señaló Tallia.

—Un hombre al que dieron voz —corrigió la duquesa—, pero fue una mujer quien atestiguó. Fue el testimonio de la bendita Tecla lo que hizo levantar la Iglesia.

—Aun así —insistió Tallia—, los hombres también pueden aspirar a convertirse en ángeles.

—Que están hechos a semejanza de las mujeres.

—Es más correcto decir que las mujeres están hechas a semejanza de los ángeles —corrigió el diácono de la duquesa, que parecía refrenar sucesivamente a la joven duquesa y azuzarla.

—Pero todos nosotros somos capaces de comportarnos como ángeles con pureza en nuestros propósitos y sinceridad en nuestras oraciones, aunque no hagamos nada más. —Tallia insistía al respecto.

—Vuestras creencias, mi *lady*, tienen buenas intenciones —reprendió el diácono, aunque de la manera más delicada posible—, pero la Iglesia condenó clara y abiertamente la herejía como concepto erróneo del sacrificio y la redención en el Concilio de Aday. Debéis rogar para que Dios intervenga en este tema.

—¡Y eso hago! —replicó Tallia, desafiante.

—No, dejad que *lady* Tallia se exprese como considere. Me intriga mucho nuestra Madre y Su único Hijo.

—¡Mi *lady*...!

—¡Escucharé las nuevas si me apetece! No la silenciéis. —Una sirvienta se agachó para susurrarle al oído algo a la duquesa, que miró hacia la puerta—. ¡Ah! —gritó con una sonrisa que hizo que Alain deseara escapar corriendo—. Aquí tenemos a lord Alain. —Se acarició el vientre pensativamente y le hizo un gesto para que se sentara entre Tallia y ella en el diván. En comparación con Tallia, parecía grande y rubicunda, el tipo de mujer que daría a luz a muchos hijos sanos y que viviría para ver a sus nietos—. Que pena que yo no negociara con vuestro padre vuestra mano antes de que mi prima os robara.

—Mi *lady* —protestó el diácono—, pensad en vuestro esposo, al que tan recientemente habéis perdido.

—¡Ah, pobre Hanfred! Realmente siento que una lanza eika le atravesara el vientre, pero admitiréis, prima, que resulta mucho más agradable mirar a vuestro esposo que a mi viejo Hanfred, que descansa en paz en la Cámara de la Luz.

—¿Si? —preguntó Tallia, mirando a Alain como si nunca lo hubiera visto antes.

—¡Rezáis demasiado, prima! Venid, sentaos junto a nosotras. —Alain no se movió de la puerta. El que ella utilizara las manos con bastante libertad, aún sabiendo que era un hombre casado y, por tanto según sus palabras, «preparado para ser probado» hacía que no estuviera muy interesado en sentarse cerca de ellas.

—Os ruego que me disculpéis, debo ayudar a mi padre. Solo he venido para

presentar mis respetos. Parte de la partida de caza ha seguido cabalgando y dudo que vuelvan antes del anochecer.

—Lord Amalfred se encuentra con ellos, ¿no es cierto? —Yolande tenía una risa sonora. La abundancia acumulada en la bandeja que compartía con Tallia hubiera alimentado a todo el tropel de almas hambrientas con las que se habían tropezado antes. Alain se preguntó, con una repentina y violenta aversión, cuánta de aquella comida tirarían a los cerdos, aunque los cerdos también merecían la comida—. Sentiría saber que él regresa antes. Está deseando casarse conmigo, pero he de confesar que saber que disparó una flecha a nuestra querida prima Theophanu al confundirla con un ciervo me lleva a tener buen concepto de él, aunque, Dios mío, es muy aburrido.

—¿Por qué has regresado antes? —preguntó Tallia de repente, como si acusara a Alain de arruinarle el día al entrometerse de una forma tan poco delicada en la agradable compañía femenina de la que estaba disfrutando.

—Incólume está herido.

Ella de repente perdió el interés. Los perros ya no le aterrorizaban, sin embargo, no mostraba atención alguna hacia ellos. Se despidió de él con un gesto de la mano como el de la duquesa Yolande. Le dolió que lo tratara como a un sirviente, pero ella llevaba la torques dorada y los condes de Lavas, no. Podría ser su esposa, pero la duquesa Yolande no había realizado un viaje tan largo por el conde de Lavas, sino para estar con la mujer nieta por línea materna directa de la última reina de Varre.

A eso se jugaba allí aquel día, y él no formaba parte de ese juego. Era un hombre y, de acuerdo con la duquesa Yolande los hombres están hechos para la caza, no para la sala. Mientras los hombres podían destacar en el campo de batalla, el verdadero baile de poder tenía lugar donde se sellaban las alianzas, donde los rebeldes eran llevados ante la justicia y se intercambiaban los regalos.

En la planta de arriba, Lavastine estaba sentado sobre su cama y acariciaba la cabeza de Incólume, que jadeaba con la cabeza apoyada en el cobertor junto al conde.

—Pero su padre fue duque antes que ella —dijo Alain, sentado al otro lado de Incólume.

Lavastine levantó la mirada.

—Huyes de la imponente duquesa, por lo que veo. Bien, su madre pertenece a la familia karronesa y es bien sabido que no dejan que los hombres gobiernen a no ser que no haya ninguna hija, hermana o sobrina que puedan encargarse del bastón de mando. Su padre, Rodulf, ostentó el ducado porque no tenía hermanas y porque se entregó al campo de batalla y dejó que su esposa administrara sus posesiones y las de ella. Era una mujer difícil. Sin duda, él era más feliz en la batalla.

—¿Pero es cierto, o no, que los antiguos médicos escribieron que la semilla masculina era más débil y que las mujeres se parecían más a los ángeles que los hombres?

—Eso es lo que cuentan los diáconos eruditos. Si Tallia y tú tenéis una hija, yo

me alegraré mucho.

—¡Ay, Dios! —susurró Alain. Incólume yacía quieto, con los ojos abiertos y fijos en Lavastine mientras él le pasaba los dedos por las orejas y lo acariciaba con suavidad. La pata derecha estaba caliente e hinchada y tenía una textura extraña y granulada muy parecida en la punta a una piedra—. Igual que Pasión.

Lavastine gruñó.

—Si es cierto que una criatura nos acecha, entonces debemos colocar más guardias y centinelas. Aunque con ello, la duquesa Yolande pueda sentir que no confiamos en ella y pueda ofenderse.

—¿Por qué ha venido?

—Su padre siguió a Sabella y no fue hechizado como yo. Sabella aún vive...

—Prisionera en manos de la obispo Constance, en Autun.

—Pero aun así viva. Y Tallia es su hija, mayor de edad y casada... por lo que con el tiempo dará un heredero.

Alain encontró un zumbido en el pelaje de Incólume y se entretuvo en quitarlo.

—Pero no creo que ella conspire una traición. Creo que está haciendo la corte. La prudencia le dicta que lo debe hacer. Henry no está demasiado contento con sus tres hijos legítimos. Tallia tiene tanto derecho al trono como cualquiera de ellos.

De repente el ruido que escuchaba Alain eran los latidos de su corazón y el lento resuello de Incólume, que respiraba con dificultad. ¿El trono?

—Debes estar preparado para todo. —Lavastine acariciaba la cabeza de Incólume. Frunció el ceño brevemente, pero asustado—. Esta herida es exactamente igual que la de Pasión. Tres incidentes, iguales, sugieren una pauta y, aunque el príncipe Sanglant actuara de forma extraña tras su rescate, todos oímos rumores de los encantamientos de Corazón Sangriento. También está el testimonio de tus sueños. Los sueños suelen ser falsos, pero creo que los tuyos son visiones reales. Es mejor asumir que estamos amenazados por una maldición que no hacer nada.

¡Ay, Dios! Era otra vez como la batalla de Gent: observar cómo tus fieles criados caen uno a uno mientras te protegen. A Alain le rompía el corazón ver a sus perros sufrir de aquel modo.

—El diácono debe bendecir esta sala y colocar un amuleto sobre cada umbral.

—No me gusta recurrir a la brujería. Sin embargo... envía un mago para matar a un mago. Debemos hablar con el diácono sobre este asunto y explicárselo a la obispo Tierra. En su schola puede tener clérigos que expulsen los demonios y a otras criaturas creadas en los fuegos del Abismo.

—¿Y los guardias?

—Sería prudente, supongo, pero los perros nos protegen mejor.

—Ellos siempre lo perciben —dijo Alain—. Pueden olerlo.

—No debes salir solo, Alain. Tú debes tener cuidado.

—No me acecha a mí...

—¿Cómo lo sabremos? Las maldiciones son resultado del odio, no de la

inteligencia. No te arriesgaré, hijo. Debemos comportarnos como si estuvieran amenazados todos los que avanzaron hacia Gent. —Suspiró de repente y estiró la mano para pellizcar la manga de Alain—. Vas a necesitar otra capa. Aquí, abre las contraventanas. Que entre la luz. Quizá si absorbemos la herida y sacamos el veneno...

Pero al final no importó. Seis días después murió.

La lluvia corría por los torrentes. Desde hacía días no veían el cielo o las elevadas crestas que los rodeaban mientras atravesaban el paso de Julier camino de Aosta. La calzada se había convertido en barro y Rosvita había dejado de cabalgar sobre su mula y, en ese momento, como cualquiera de los miembros del ejército de la princesa Theophanu, decidió caminar, apoyándose en distintos puntos.

—¡Cuidado! —El grito la asustó.

Delante, el horrible susurro de una roca rodando la hizo detenerse de repente. Agarró las riendas de la mula y farfulló una oración. Agitando los brazos, el hermano Fortunatus resbaló en el camino y cayó en una cascada de barro y grava.

—¡Hermano! —gritó ella, que había aprendido a no moverse. Había visto a una mula de carga y al arriero desaparecer, al caminar por donde la tierra acababa de desplazarse sobre el camino. Pero Dios tuvo misericordia ese día. Fortunatus acabó por debajo de ellos a una distancia como la altura de un hombre, y en cuanto el barro dejó de moverse, los hombres de armas lanzaron cuerdas para arrastrarlo. Había perdido la mula el día anterior, al caer por el acantilado arrastrada por otra avalancha de barro y pizarra.

—¡He oído que casi estamos en la cima! —Fortunatus gritó con alegría después de recobrar el aliento—. ¡Realmente las rocas parecen mucho más abajo que ayer! —Estaba cubierto de barro, pero, por aquel entonces, ya todos lo estaban.

—¿Pero no es más fácil subir que bajar? —gimió el pobre Constantine, que parecía realmente asustado, como si fuera niño, más que hombre—. ¡No vamos a llegar vivos!

—¡Chsss, hermano! —dijo Rosvita—. Debemos continuar y confiar en que Dios nos mantenga a salvo. —Le tendió una mano a Fortunatus y lo ayudó a ponerse en pie, lo cual no era tarea fácil en un camino resbaladizo a causa de la infinita lluvia. Por lo menos, no se había puesto a nevar.

—Debimos haber esperado en Bregez —se lamentó Constantine— ¡para cruzar el próximo verano!

Fortunatus gruñó.

—¡Con una novia real y todo Aosta a nuestro alcance! Puedes estar seguro de que los señores de Aosta no van a perder el tiempo durante el invierno y la primavera.

Rosvita puso una mano sobre el hombro de Constantine, que temblaba.

—Hemos llegado hasta aquí, hermano, y solo estamos en la primera semana de otoño. Solo hemos tenido mala suerte por esta lluvia. No podemos hacer otra cosa que no sea seguir adelante. —¿Lo que le aguaba los ojos eran lágrimas o lluvia?

El día continuó como una sucesión de pasos lentos. A mediodía habían llegado al lado expuesto de la montaña en el que la lluvia los azotó, pero llegó la noticia de que la princesa consideraba más oportuno seguir adelante incluso en aquellas horribles circunstancias que intentar acampar en un lugar en el que estarían a merced de los elementos. Por primera vez, mientras avanzaban por el estrecho camino con un escarpado acantilado que se alzaba a su derecha y un accidentado precipicio que descendía a la izquierda, Rosvita escuchó refunfuñar a los hombres en armas.

—Deberíamos haber regresado.

—¿Por qué no esperamos hasta el verano?

—Nos ha abandonado la suerte.

—¿Crees que llegaremos siquiera a Aosta o moriremos a los pies de estos desfiladeros?

—No aguantarán mucho más —le dijo Fortunatus a Rosvita cuando todos se detuvieron para esperar a que arrancara una carreta que se encontraba delante de ellos—. No confían en ella, no como confiarían en el rey o en el príncipe Sanglant.

—¿Por qué todo el mundo habla tan bien del príncipe Sanglant? —preguntó Constantine. Seguía con la capucha echada hacia atrás y en ese momento tenía el pelo pegado a la cabeza—. No es mejor que un perro. Se comporta de un modo extraño.

Fortunatus rio con amargura y, por una vez, le falló su inagotable fuente de humor.

—Tú no lo conocías antes, joven insensato, así que ¡cállate!

Un estruendo como el de un rayo estremeció el aire. Un hombre gritó. El camino se derrumbó a menos de veinte pasos y una carreta, dos bueyes y el conductor cayeron por la ladera. Todos chillaron y gritaron a la vez, unos hombres maldecían, otros daban órdenes a las que nadie prestaba atención en tanto la carreta caía por el desfiladero hasta detenerse en una fisura. El conductor se aferraba a la carreta, que crujía. Llovían piedras a su alrededor y el agua azotaba el vehículo al tiempo que la carga se deslizaba hacia el neblinoso valle por debajo. Un buey avanzaba con dificultad y con su peso arrastraba la carreta centímetro a centímetro fuera de la fisura. Los otros luchaban con fuerza hasta que se liberaron de los arreos y, con un último bramido, desaparecieron en la niebla.

—¡Ey, allí, muchachos! —gritó un capitán que se acercó a Rosvita a caballo—. ¡Lanzad las cuerdas!

—Pero es un peligro acercarse al borde —gritó uno de los sirvientes. Era la única manera de que se le escuchara en medio de la lluvia—. Nunca cruzaremos. ¡Podemos regresar ahora!

—¡Cállate! La princesa está delante de nosotros. No podemos abandonarla.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre—. No tenemos ningún motivo para

seguirla.

El capitán levantó una mano para pegarle, pero se escuchó un grito procedente del otro lado del accidentado camino.

—¡Dejen paso! ¡Dejen paso!

Si era posible que el corazón se atragantase, a Rosvita eso le acababa de ocurrir. Al instante se pudo reconocer la figura de Theophanu por su altura, por sus anchas espaldas y por la capa con adornos de piel que vestía, pero también porque cabalgaba en su ligera montura, Albus, un caballo muy inteligente y equilibrado.

En ese momento, a pesar de los gritos de miedo y las protestas detrás de ella. Theophanu espoleó a Albus para que avanzara sobre la accidentada calzada en la que el más mínimo mal paso podía llevarla a la muerte. La ladera se sumía en recortados salientes tan abruptos que solo unos pocos raquíuticos árboles habían encontrado un punto de apoyo. Theophanu no titubeó al cruzar la brecha dañada, ni siquiera durante una ráfaga de viento que desplegó su capa como si fuera el ala de un águila extendida sobre el aire vacío.

Todos miraban fijamente y ella dejó atrás la brecha y se detuvo junto al capitán.

—Capitán Fulk, lancen unas cuerdas a ese hombre. Hemos perdido la carreta, pero no tenemos porqué perderlo a él también. Y que los sirvientes cojan unas palas. Las mulas de carga y los soldados a pie pueden cruzar por el derrumbe, pero necesitamos vigor para las carretas. —Parecía ajena a la lluvia, inmune a ella, al contrario que los demás. Fijó la mirada en Rosvita—. ¿Cómo os habéis quedado tan atrás, hermana? Cabalgad hacia delante conmigo.

—Nos necesitan aquí, alteza.

Theophanu parecía asustada. Pasó la mirada por los soldados y los sirvientes a la espera, todos en pie quietos como estatuas bajo la fuerte lluvia... todos excepto los que habían tirado las cuerdas para rescatar al conductor. Otro golpe sacudió el aire y la carreta parada en la fisura se zarandeó, dio un bandazo, chocó con el suelo y se hizo añicos.

Theophanu frunció el ceño. Acercó a Albus más al borde y Fulk comenzó a protestar y luego balbuceó.

—Ah —dijo ella—, lo tienen. —Ante su fría mirada, subieron al conductor, que parecía tener un brazo roto y muchas heridas, pero que, aun así, estaba de una pieza—. Como deseéis, hermana Rosvita —finalizó fríamente—. Visitadme esta noche.

Sin más, se volvió, cruzó otra vez la zona accidentada y desapareció entre la lluvia y la niebla que envolvían el camino ante ellos.

—Tiene valor, tengo que reconocérselo —dijo el capitán en voz baja, con sinceridad.

—No tiene corazón —objetó uno de sus hombres—, no como nuestro...

—¡Chsss! Sigamos.

Gracias a Dios, la lluvia disminuyó y se convirtió en una llovizna. Tras una hora de trabajo más o menos, lograron pasar las carretas por la brecha del camino.

Siguieron adelante. El viento atravesaba las capas de ropa húmeda y solo la interminable y dificultosa marcha proporcionaba algo de calor.

Al final de la tarde llegaron a un pueblo colgado en medio de un valle alto, como un águila colgada de su aguilera. Los vecinos eran gente de la montaña, ruda, rechoncha y baja, a la que no intimidaba la presencia de una princesa. Exigieron una renta desorbitada por usar los establos. Mientras los auxiliares de Theophanu regateaban, Rosvita halló un bendito refugio en la cabaña de la que se apropiaron los sirvientes de la princesa para su señora. Apestaba a humedad y a excrementos de palomas, pero estaba seco y en la chimenea de piedra ardía una fogata tranquilamente.

—¡Hermana Rosvita! —Theophanu sobrellevaba el viaje bien: había heredado la resistencia y la excelente salud de su padre. Había elegido un séquito solo de mujeres nobles y jóvenes con las mismas cualidades; reían, bebían cerveza y charlaban como si hubieran regresado de una excitante cacería y no de un esforzado recorrido por un peligroso camino bajo un aguacero—. Sentaos junto al fuego. Leoba, cededle a la buena hermana vuestro taburete durante un tiempo.

Rosvita se sentó agradecida y calentó las manos sobre el fuego.

—Os habéis arriesgado mucho hoy, alteza. Debo aconsejaros sobre...

—No, hermana, no me reprendáis. No me aprecian. Si cayera muerta, la mitad de los hombres de este ejército se encogerían de hombros, continuarían hacia Aosta y obtendrían el trono y lo prepararían para mi hermano. ¿No habéis oído al capitán Fulk y a sus hombres?

—No. Es un hombre formal.

—Así es, y también leal.

—Eso comprobé hoy.

Theophanu torció el gesto como si fuera un chiste que solo ella conocía.

—En efecto. Vinieron a mí y prometieron servirme..., prometieron servicio, he de decir, porque mi hermano Sanglant les dijo que lo hiciera. Se ofrecieron para acompañarlo en el exilio, pero él les dijo que no podían seguirlo adónde se dirigía, ¡y les pidió que se unieran a mi séquito hasta que él regresara! Sin embargo, resulta extraño. Dicen que había otra mujer con él aparte del Águila. ¿Sabéis algo de eso?

—¡No! Sé lo mismo que todos: que Liath y él se fueron solos, sin que nadie sepa adónde.

—Podéis preguntarle al capitán si queréis. Pediré que venga. —Envió a una sirvienta fuera, donde lloviznaba.

El capitán parecía agradecido de estar cerca del fuego, mientras Rosvita le hacía preguntas. Había observado que la mujer era de noble cuna y que vestía túnicas.

—Creía que era una clérigo. Y... bueno, ahora lo recuerdo. El príncipe la llamó «hermana Anne».

—¡Hermana Anne!

Escucharon un grito en la puerta y poco después un Águila cruzó el umbral y se

arrodilló ante la princesa. Estaba empapado, incluso a pesar de la capa atada sobre los hombros, y llevaba el pelo plateado pegado a la cabeza.

—¡Wolfhere! —exclamó Rosvita, que se puso en pie ante la gran sorpresa.

—El Águila preferido de mi padre —dijo Theophanu con cierto brillo en los ojos—. ¿Qué noticias nos traéis, Águila? ¿De dónde venís?

—De Aosta. —Primero miró a una y luego a la otra—. Me sorprende encontraros aquí, alteza. Hermana Rosvita.

—¿Pensabais encontraros con mi hermano? —preguntó Theophanu—. Abandonó el séquito del rey con deshonra.

Rosvita no conocía a Wolfhere, por supuesto, pero sabía quién era. Había formado parte de la corte del rey Arnulf, y era el tipo de hombre del que habla la gente. Nadie sabía por qué Arnulf lo favorecía, pero muchos lo suponían. Cuando Henry subió al trono y dejó claro que ya no sería bien recibido en el séquito del rey, los rumores aumentaron. ¿Qué secretos encerraba? Solo era un Águila y, aun así, no era la clase de hombre al que uno le plantea esas preguntas.

Su expresión disimulaba más de lo que mostraba.

—¿Y qué sucedió con Liath?

—Parece que todo el mundo tiene algún interés por ella —señaló Theophanu. Su pequeña corte se acercó para escuchar; incluso los miembros más jóvenes del séquito del rey habían oído algún comentario sobre el misterioso Wolfhere, un hombre odiado por el rey, pero en contra del cual no levantaría una mano—. Os compadezco, Águila. Se fue con Sanglant.

—¿Pero adónde se fueron? —preguntó.

—Nadie lo sabe.

—Deben haber partido hacia el convento de Santa Valeria —dijo Rosvita de repente. ¿Por qué otra razón si no los acompañaría la hermana Anne?—. Águila, seguro que vos sabéis que eso es algo bueno.

No respondió. Parecía distraído, desanimado.

—Mostráis un especial interés por ella —continuó Rosvita, cuya curiosidad disminuyó al ver la adusta expresión de él—. ¿Qué pretendíais hacer con ella?

—¿Hacer con ella? —exclamó él, indignado—. Pretendía ayudarla. Yo la liberé de aquella terrible situación...

—De Hugh —suspiró Theophanu.

Él la miró, asustado. No era frecuente ver asustado al viejo Águila.

—Ah, sí, y de Hugh, también, por supuesto. —Tenía el puño cerrado, pero, entonces, recordó, se quitó los guantes y con los dedos, engarrotados por el frío, rebuscó en la bolsa del cinturón—. Cabalgué a prisa, alteza, y crucé las montañas hace unas semanas con este mensaje del rey Henry para la reina Adelheid en el que le prometía apoyo. —El pergamino enrollado se había mojado en algunas zonas, pero, por lo demás, había permanecido intacto.

—Pero no lo habéis entregado —observó Theophanu.

Se lo acercó a ella y, tras un momento, ella lo cogió, lo abrió y pasó una mano sobre la carta finamente escrita. Rosvita reconoció la letra de la hermana Amabilia. ¿Habría llegado al convento de Santa Valeria a tiempo? ¿Habría acompañado a la madre Rothgard a Autun para el concilio? ¿Se habría topado con el príncipe y con su concubina?

—No pude —dijo Wolfhere finalmente, comenzando de nuevo como si sus pensamientos vagaran de nuevo—. Encontré a la reina Adelheid, pero no pude llegar a ella. Permanece asediada en la ciudadela de Vennaci. John Cabeza de Hierro, lord de Sabina, mantiene su ejército en el exterior de las murallas y pretende capturarla, convertirla en su esposa y coronarse rey de Aosta, pero no es el único con esas aspiraciones; ha sido el primero en llegar.

—Está bien que me hayáis encontrado, Águila. Ahora sabemos hacia dónde debemos dirigirnos. ¿Hay algo más que debemos saber del camino que nos espera?

—Alteza, el ejército de lord John es mucho mayor que el vuestro.

—Bueno, ya veremos. La reina Adelheid debe tener un ejército dentro de los muros de la ciudadela. Podemos atraparlo entre dos pinzas.

—Si halláis un modo de hacerle llegar a ella un mensaje. Lord John ha sellado todos los caminos de entrada y de salida, de lo contrario podéis estar segura de que yo hubiera podido entrar.

—Estoy segura de que lo hubierais logrado, Águila. Todos sabemos que sois astuto como una serpiente y que vuestros muchos años afilan vuestra sabiduría.

Su sonrisa fue breve, pero sincera. Parecía a punto de reírse, pero no lo hizo.

—En lo que se refiere al camino, habéis atravesado la peor parte. A mí me ha acompañado un tiempo mejor, y si la lluvia para, avanzaréis sin problema.

Theophanu había convocado a los capitanes. Wolfhere continuó con la descripción detallada del número y disposición del ejército de lord de Sabina y con la información que había recogido sobre la propia ciudadela y de las distintas facciones de Aosta, todas en lucha aparente entre ellas para hacerse con el premio como perros que pelean por un hueso. La lluvia había regresado y golpeaba el tejado con fuerza. En el interior, se estaba cargando de humo y una sirvienta abrió la puerta, lo cual apenas tuvo ningún efecto aparte de permitir que entrara una ráfaga de aire frío que apartó el humo de la chimenea y lo arremolinó en una esquina de la cabaña.

Rosvita salió cuando dejó de llover, aunque, mientras caminaba por el pueblo buscando a sus clérigos, las últimas gotas le mojaron las mejillas. El hermano Fortunatus se había refugiado en un puesto del mercado; le alivió ver que las plumas, la tinta y los pergaminos habían sobrevivido al día sin daños. La Vida de santa Radegundis, envuelta en hule, estaba seca, igual que la copia incompleta en la que estaba trabajando la hermana Amabilia y su propia Historia. Una vez que paró la lluvia, todos salieron en tropel al exterior donde los vecinos del pueblo habían encendido una hoguera y allí se turnaron para tratar de secar las ropas.

Ella notó el parpadeo de un diminuto fuego fuera del pueblo. Incluso después de

las penurias del trayecto, no podía resistir la curiosidad. Como el suelo empapado amortiguaba el ruido de sus pasos, salió del pueblo y pudo colocarse tras él sin que él se diera cuenta de que ella estaba allí. En el pueblo, los soldados reían y empezaron a cantar junto a la hoguera.

—Señora, tened misericordia —dijo él en voz baja—. Estoy muy cansado.

Al principio pensó que él sabía que ella estaba allí y que confiaba en ella. Tenía los hombros caídos y su verdadero misterio le llegó al alma. Dio un paso adelante.

El fuego siseaba. Ella se detuvo en seco.

En el fuego se movían unas figuras.

Estuvo a punto de gritar, pero había aprendido a controlarse a lo largo de los años en la schola del rey. El miedo la atravesó como si miles de chinches avanzaran lentamente por su piel y se desvaneció cuando centró la mirada... y cuando empezó a comprender lo que estaba viendo.

—He fallado —añadió él, hablando en medio de las sombra. Parecía al borde de las lágrimas. Un lento goteo de agua les ofreció una serenata en el lugar en el que la humedad se filtraba por una roca que sobresalía. Más allá, podía oír una cascada distante... o era el crujir del fuego, un susurro...

—No os preocupéis, hermano, habéis cumplido bien con vuestra parte.

¡Ay, Dios! Los viejos secretos acumulados por algunas Águilas, la capacidad de ver a través del fuego o de las rocas, un viejo truco que, según se decía, había caído en desgracia tras el Concilio de Narvone. Aunque ese truco seguía siendo útil para el soberano y se mantenía en secreto entre las Águilas por su juramento de lealtad entre ellos y al rey. ¿Cómo si no podrían enviar sus mensajes tan rápido, saber adónde se dirigían tan fácilmente y mostrar una inteligencia tan extraordinariamente valorada cuando llegaban?

El viento gemía entre las rocas. En la hoguera la sombra se movía, como una persona que se balancea ante un gran fuego. Una luz diminuta se inclinó de forma imposible detrás, una vela entre llamas... o era solo la imagen de una vela, que se veía a través del fuego.

—Encontrasteis a quien todos pensábamos que estaba muerto, que todavía puede suponer una amenaza para nosotros. Armados con este conocimiento, podemos actuar. Y pese a todo, hermano, vos hallasteis a la joven.

Wolfhere negó con la cabeza impacientemente. Rosvita no le veía la cara, pero todo lo que necesitaba saber lo obtuvo al oír el tono de su voz.

—La encontré y la volví a perder.

El viento le tiraba de la túnica, fría como el invierno, y se estremeció. Las llamas temblaban con el viento y, por un momento, pensó que las ramas y el carbón se dispersarían. Entonces, inexplicablemente, el viento se detuvo. Wolfhere apoyaba la frente sobre los puños. En medio del silencio, Rosvita escuchó claramente la voz, que no era joven, ni vieja, pero, sin duda, femenina.

—No temáis. Está de nuevo en nuestras manos.

Las olas golpean el casco del barco en su camino hacia el norte por la cara de la isla de Sovi que da a la tierra. Los remos apalean el mar con un ritmo firme como el latido de su corazón. Se protege los ojos del reflejo del sol en las aguas. ¿Hay movimiento en el estrecho que se encuentra más adelante? ¿O se trata solo del montículo de un islote recoso?

—¡Barcos! —gritó el vigía—. En el norte, cerca de la entrada del fiordo.

Había deseado avanzar por las aguas del extenso fiordo y cogerlos desprevenidos, pero el jefe de Skelnin no es tonto y para nada despreocupado de sus asuntos. Tiene exploradores, tiene escuchas. No se rendirá sin pelear. Incluso puede llegar a creer en su triunfo hoy... y quizá lo logre. Pero es improbable.

El vigía anuncia el número: uno, cuatro, nueve, doce, quince drakares en total y un número de esquifes de pescadores que nadie se preocupa en contar. Sus fuerzas cuentan solo con catorce dragares, pero los barcos de Skelnin se acercan a él como ovejas, agrupadas sin orden. Pelearán sin seguir otro plan aparte de matar.

A su grito, sus barcos azotan juntos en columnas de tres como islotes en los que encallarían los guerreros de Skelnin. Cinco protegerán sus flancos y atacarán a discreción cuando haya oportunidad. Los calderos de aceite caliente están preparados, las piedras colocadas y las lanzas arriadas.

Él mismo se sitúa en popa del barco central de la balsa central. Los capitanes de cada nave no miran hacia los barcos de Skelnin, sino al jefe de Rikin. Cuando los barcos se acercan, iza su estandarte como señal.

En cada barco se levantan dos postes, ambos coronados con un gancho de hierro. Los ganchos sostienen un caldero de aceite purgado de los gigantes del océano y mezclado con unos polvos que intensifican las quemaduras. A su orden, se encienden las teas en las cajas de fuego colocadas junto a los mástiles más bajos, y cuando el fuego toca el aceite de los calderos, comienza a bullir humo negro.

Cae una lluvia de flechas y sus hombres responden con la descarga de una capa de flechas. Caen unos pocos guerreros, aquellos que no se protegieron bajo sus escudos a tiempo. Uno se da la vuelta, cae por la borda y desaparece en las grises aguas del mar.

Llega a la plataforma el primer barco de Skelnin y chirría de costado. Se bloquean los escudos y las lanzas se alzan para repeler el abordaje, al tiempo que otros golpean

contra los garfios. Los Hijos de las Rocas de Skelnin se mofan y gritan mientras intentan salvar la distancia saltando. Él solo observa. Puede titubear un poco más mientras dos barcos más se acercan al suyo y sus demás barcos también son atacados.

Ganó esta batalla cuando encendieron los calderos.

Vuelan las primeras rocas, que golpean la madera. La proa de su barco con el vástago del cegador dragón choca contra imponente cabeza de jabalí del barco del jefe Skelnin. Ahora los rodean por tres lados. Levanta el estandarte por última vez.

Los calderos salen hacia fuera y una cascada abrasadora cae sobre el enemigo. Se extiende por las filas enemigas, salpica la carne y la madera como si fuera el húmedo y ardiente corazón de la propia tierra, tan abrasadora como la roca fundida que corre por las venas de la tierra. A medida que los barcos se rozan los unos contra los otros, sus guerreros se apuran en atacar donde el pánico se apodera del enemigo.

Un barco comienza a arder. La línea de protección se rompe y los guerreros de Skelnin se dispersan mientras los suyos avanzan, se acercan y golpean con el eje para despejar el barco. Lanzan al mar a los muertos y a los heridos, como habían prometido: cuando con templa las aguas, ve cómo las ondas que han seguido su estela vuelven a la vida cuando las gentes del mar se hacen con el banquete que él les había prometido.

Así avanza la batalla: tres barcos de Skelnin arden con una muerte abrasadora; despejan y toman cuatro; tres intentan ladearse y huir, pero sus barcos, los que le guardaban los flancos, corren tras ellos; cuatro luchan como si el bravo coraje les diera la victoria.

Pero él sabe más. La fortuna sonrío a los atrevidos y a los astutos.

Los últimos barcos de Skelnin forcejean con tres de los suyos y sus tripulaciones son arrolladas. Los barcos de los pescadores apenas tienen importancia. La mayoría ya han huido y los que intentaron unirse al tumulto se hundieron por las rocas. Sin embargo, atrapado en el medio de la batalla, el jefe de Skelnin ruge y sus guerreros más distinguidos luchan a su lado con la ira ciega de los locos. Para todos resulta evidente que perderán. Ahora ataca la última docena y con un gran rugido de desesperada rabia tiran abajo los escudos contra el lado de la sala de timón de su propio barco, empujados de alguna forma ante los otros por la marea de la batalla. Con un apabullante salto, el más grande de ellos, el propio jefe, se abre camino por un lado. El barco se estremece violentamente tras él y lanza a sus hombres y a uno de Rikin al agua. Las cabezas asoman, blancas como diminutos icebergs, y de repente, el hombre de Skelnin es arrastrado hacia las profundidades.

El jefe Skelnin expulsa la furia con un grito y golpea a dos miembros de la tripulación de Mano Fuerte como si fueran plumas. Entre maldiciones, carga contra Mano Fuerte.

Tal fuerza es una debilidad. Depender de ella debilita la mente.

A medida que el jefe Skelnin golpea contra todo hacia la popa del barco, llueven sobre él garrotes y lanzas y hachas. Su timón de colmillo de jabalí se hace añicos y el

hueso de la cabeza brilla a través del rasgado cráneo como la nieve de una cima, pero no se detiene. ¿Es posible que la rabia pueda superar los límites de la carne? Suspendidos en popa, con una lanza de punta de hierro en la manos, Mano Fuerte observa con interés cómo el jefe de Skelnin se acerca tambaleándose. Al final, incluso los más grandes sangrarán y la carne se convierte en tierra del mismo modo que los grandes acantilados que se alzan imponentes sobre ellos acabarán por convertirse en arena que la brisa dispersará... o eso dicen las Madres Sabias.

Golpeado por detrás de la rodilla y atravesado en la garganta, el jefe de Skelnin se derrumba a una flecha de distancia de los pies de Mano Fuerte.

Un rugido triunfante surge entre sus guerreros, un grito que estremece el aire y que resuena en los lejanos y oscuros acantilados. Ahora creerán en él. Ahora los demás acudirán para seguir su estandarte. Contempla la carnicería sin placer, pero también sin dolor. Así es como se llevan a cabo tales cosas. Para otras tareas, se utilizarán otros métodos.

A los heridos que parecen inclinados a entregarse y a vivir, les permite jurar lealtad al fiordo de Rikin. Los hombres que luchan en el mar son recogidos, intactos... ese fue el trato. A la mayoría de los muertos los tiran al mar, como prometió, pero permite que sus perros, sueltos en este momento, desgarran en pedazos al jefe Skelnin.



El clamor de los perros arrancó del sueño a Alain. Casi se cae de la cama. La alfombra se había movido y el suelo frío bajo los pies descalzos lo despertó por completo.

Tallia se dio la vuelta.

—¿Qué es ese ruido? —murmuró, como suave queja.

Él vestía el calzón, como siempre hacia en la cama, algo impropio de un lecho matrimonial, pero ese era el deseo de Tallia. En ese momento, buscó a tientas la espada y la funda y echó a correr hacia la puerta, en la que los sirvientes se echaron a un lado para apartarse de su camino, mientras se despertaban y se ponían en pie. Un amuleto envolvía el pestillo; pasó los dedos por la cuerda y la retiró. Abrió la puerta con tanta fuerza que la ligadura, bendecida y envuelta por la diaconisa, que colgaba del umbral, derramó sobre él hierbas secas y pedacitos de pergaminos inscritos con versos del libro sagrado. Se los retiró del pelo mientras corría por las escaleras hacia el piso de abajo. Los muros apestaban al incienso de las rondas nocturnas de la diaconisa con el incensario, que balancea hacia delante y hacia atrás para ahuyentar a las criaturas malignas del interior de las paredes. Una luz cargada de humo impregnaba las escaleras desde abajo: el humo de las antorchas.

El miedo le atrapó el corazón.

Tras la muerte de Incólume había transcurrido un mes de mucha tranquilidad. Había comenzado a pensar que se habían librado, que la maldición no era sino un desvarío de la trastornada mente del príncipe.

La puerta de la cámara de Lavastine estaba cerrada por dentro y los sirvientes ya se agolpaban allí. Algunos llevaban antorchas en alto para iluminar a los demás, que golpeaban la pesada puerta con los hombros para lograr abrirla. Alain tropezó en el rellano, al resbalar con el lecho de agujas de pino esparcidas por el suelo para espantar el mal. Incluso a través de las pesadas puertas de madera, el ruido de los perros resultaba ensordecedor.

—¡Dejadme pasar! —Los hombres se hicieron a un lado a su paso, pero agarró a dos de los más corpulentos y entre todos golpearon la puerta con todo su peso. Golpearon otra vez y los perros enloquecieron en el interior. Uno de ellos aulló de dolor; fue un aullido agudo seguido de ladridos furiosos en aumento.

—¡Pánico! —Era la voz de Lavastine.

—¡Padre! —gritó Alain. Con sirvientes a cada lado, golpeó la puerta de nuevo, que se estremeció y crujió. Sobre esa puerta también había colocado una ligadura, atada con más fuerza, pero cuyas partes comenzaron a lloviznar sobre ellos: salvia, eneldo marchito, ramitas de roble y tiras de lino escritas con signos y que olían a ciprés.

—¡Alain, no entres! —gritó Lavastine—. Está aquí dentro.

—¡Otra vez! —Tenía el hombro entumecido, así que se dio la vuelta para utilizar el otro. Golpearon la puerta y volvió a crujir, pero no se movió.

—¡Señor! —Apareció un soldado jadeando escaleras arriba, con dos hachas. Le seguía otro con una antorcha.

Alain cogió una y se puso a trabajar con voluntad ciega, enloquecido por el miedo, dando golpes con locura mientras los perros escarbaban y ladraban al otro lado. Tan cerca y tan lejos. Solo oía del conde una retahíla de maldiciones. ¡Ay, Dios! Si esa cosa ha entrado en la habitación, su padre no podía arriesgarse a correr sobre el suelo para abrir la puerta. Estaba solo en la oscuridad, con la única ayuda de los perros.

El acero hacía añicos la madera. A su lado, el soldado empuñaba el hacha con los entrenados golpes de un hombre que ha visto muchas batallas. La antorcha proporcionaba claridad suficiente para que Alain pudiera verle el rostro: era uno de los veteranos de la expedición de Gent.

—¿Es un asesino? —gimió un sirviente.

—¡No, una maldición maligna! —gritó otro—. ¡La mano muerta del eika que se venga del conde por vencerlo en Gent!

La neblina amarilleaba el rellano mientras Alain golpeaba. La madera se astillaba y el acero la agrietaba y se colgaba en ella. Los perros callaron, aunque uno de ellos gimoteó.

—¡Para! —La voz de Lavastine surgió de repente, desde el otro lado de la puerta—. Retiraos.

Todos obedecieron sin pensar. Se movió el pestillo. La puerta crujió, se movió y chirrió.

—Está pegada —dijo el soldado. Alain y él empujaron con los hombros. Se abrió por completo de repente y Alain entró en la habitación tambaleándose y se enderezó, parpadeando. La contraventana estaba abierta y una muy débil luz gris desdibujaba el horizonte. Los sirvientes se agolparon tras él, pero el silencio era aterrador e intenso.

Lavastine estaba de pie, descalzo, vestido con un calzón, sobre el suelo de piedra. En la mano derecha sostenía la espada desenvainada y en la izquierda un cuchillo. Pesar y Rabia bramaron a los hombres hasta que Alain les pidió silencio. Estaban tan tensos que se sentaron aunque gruñeran. Pánico lamía en el suelo una de sus patas traseras, y Miedo estaba detrás de Lavastine, una mole sin cabeza.

La luz de la antorcha hacía que las sombras bailaran como locas en el cuarto mientras los sirvientes avanzaban, farfullando, asustados.

—¡Padre! —Alain pudo hablar y avanzó a trompicones para agarrar la muñeca de Lavastine. Su piel estaba terriblemente fría, pero tenía el rostro enrojecido—. ¡Ay, Dios! ¿Qué ha sucedido?

Lavastine abrió la mano y el cuchillo cayó al suelo con un ruido sordo. Miedo bramó, con un estruendo en la garganta. Se movió alrededor de Lavastine y Alain pudo ver brevemente algo blanco que pendía de sus fauces antes de que el perro abriera la boca y dejara caer una criatura blanca horrible, parecida a una rata, a los pies de Lavastine como ofrenda. Parecía muerta.

De todos modos, era demasiado tarde.

La mirada de Alain, caída, se detuvo en los pies descalzos del conde, pálidos, arreglados y limpios... salvo dos puntos de sangre muy juntos en el tobillo. Lavastine no dijo nada, solo posó una mano en el hombro de Alain para sujetarse y, con Alain a su lado, cojeó de vuelta a la cama, sobre la que se sentó.

Su expresión mostraba una calma absoluta.

—Llama a la diaconisa —dijo—, me ha mordido. —Los sirvientes gimieron en alto, como un clamor conjunto, pero él levantó una mano para pedir silencio—. No, Dios es misericordioso.

—¡Misericordioso! —gritó Alain, aterrado. No quería mirar a la criatura que yacía expuesta en el suelo de tablones, pero uno de los soldados la golpeó con el mango del hacha, y no se revolvió, ni movió. Estaba inerte.

—Ya está muerta y ya no puede hacerte daño, hijo. —Finalmente uno de los moldados corrió escaleras abajo. Lavastine tocó a Alain. Tenía los dedos fríos como el mármol—. Comprueba que lo queman, pero fuera del pueblo, donde el humo no envenene a nadie.

Pánico gimoteaba por la habitación y, de repente, la expresión fría del conde titubeó y la sombra de la muerte apareció en sus ojos.

—¡Ay, Dios! Mi viejo Pánico. El más fiel.

—Aquí, ahora —dijo Alain con brusquedad—, sentaos, padre. —Recogió el cuchillo del suelo e hizo una cruz sobre la herida, pegó su boca y chupó, aunque Lavastine empezara a protestar pero finalmente dejó a su hijo actuar. La sangre sabía tan amarga como la esperanza. Alain la escupió en el suelo, volvió a chupar una y otra vez, y después hizo lo mismo con Pánico, mientras los sirvientes se apuraban en conseguir agua caliente, tela para vendar la herida y una pala para sacar de allí a la criatura muerta. La diaconisa llegó al amanecer. Se puso a hacer una cataplasma, y Alain envió un mensajero al monasterio de San Synodios, para pedir que enviaran al hermano Infirmario de inmediato.

Lavastine permanecía sentado con la tranquilidad de una roca, sin gritar ni una sola vez a causa del dolor, nunca maldijo el hechizo eika. Solo esperaba, acariciando la cabeza de Pánico y observaba con una sonrisa mínima, la que mostraba aprobación, cómo Alain ordenaba a los sirvientes y cómo, finalmente, dado que no había otra cosa que se pudiera hacer, se arrodilló a su lado para rezar.

SEGUNDA PARTE

LA RUEDA
GIRATORIA



CAPÍTULO 8



LO QUE VNE

—He aquí el joven lord. Alain escuchó el grito mientras su séquito rodeaba el camino del bosque y se detenían en el claro. Había diez cabañas a lo largo del camino detrás de las estrechas franjas del jardín. Una veintena de vacas pastaban en el borde del bosque. Campos de centeno invernal surgían más allá del pueblo. Bajó del caballo y cedió las riendas al mozo de cuadra.

—¿Estas son las tierras en disputa? —preguntó al auxiliar, aunque la gente del pueblo ya se había aglomerado y, según la vieja tradición, comenzaron a gritar todos juntos para llamar la atención.

Un auxiliar trajo el banco y se sentó, aunque eso no mitigara en absoluto la protesta. Así que se sentó, los miró tranquilo con Pesara, un lado, con Rabia al otro y con Miedo adormilado sobre sus pies. Un rato después, poco a poco dejaron de gritar y de gesticular, mientras, uno a uno, se dieron cuenta de que no tenía intención de hablar hasta que hubiera silencio. Con el tiempo, porque era paciente, todos se pusieron en pie ante él con respeto y esperaron.

—Ha llamado la atención de mi padre, el conde Lavastine, que algunas disputas hayan perturbado la paz de este pueblo y que varios hombres se hayan herido en las reyertas. Es deseo de mi padre que en sus tierras no se permitan contiendas, así que he venido para resolver el asunto. Los interesados, que se acerquen... ¡No! —Tuvo que alzar la voz cuando varios se acercaron a la vez, con los brazos en alto para atraer su atención—. Cada persona tendrá la oportunidad de hablar, sin importar el tiempo que se precise.

Tardaron un tiempo en testificar y fue un trabajo frío, especialmente porque tenía la obligación de permanecer sentado inmóvil y escuchar bajo el fresco cielo otoñal, aunque vestía una elegante capa de lana forrada de piel y, además, nunca quiso la sidra caliente que le traían los niños del pueblo. Escuchaba, porque era bueno escuchando, y después de un rato, cuando la gente del pueblo se dio cuenta de que se les escucharía de verdad, sus palabras adoptaron cierta templanza, mostraron menos quejas sobre los demás y se explicaron mejor. En cuanto revisó las quejas de todos y las insignificantes protestas y riñas sobre las praderas, sobre los derechos de pastoreo, sobre el reparto de las rentas pagadas a su señor por los campos de centeno comunales, sobre cómo dividir las restantes tierras y sobre la frecuencia con la que se deben dejar los terrenos en barbecho, alzó una mano para pedir silencio.

—Esta es la raíz de lo que os he oído decir: todos vosotros habéis prosperado tanto bajo el gobierno del conde Lavastine que no hay tierra suficiente para que hereden vuestros hijos con una extensión tan grande como la que vosotros habéis tenido para trabajar en vuestra época. —No osaron discrepar con esta opinión, y él vio que la idea calaba en sus cabezas. En cuanto había vio que aparecían las pautas, supo cómo lo hubieran resuelto Lavastine y la tía Bel, y él quería hacerlo lo mejor posible. En realidad, podía haber enviado a un auxiliar para que se encargara del problema, pero con Lavastine enfermo, necesitaba que lo vieran. Y, de todas formas, estar ocupado alejaba su mente de Tallia.

—Es mi voluntad, como heredero de estas tierras, que seáis recompensados, no castigados, por vuestro duro trabajo, pero también es necesario que acaben las disputas. Así, en nombre de mi padre, permitiré que cultivéis los claros del bosque, que hasta ahora se han reservado para el forraje, los cerdos y la caza. No obstante, solo podéis recoger dos cosechas en esos campos y, luego, debéis despejar nuevos campos, y no podéis regresar a ningún terreno anteriormente despejado durante, al menos, diez años. De cada cinco medidas de grano recogido, una debe entregarse al granero del conde. Por cada tierra arada al año, debéis utilizar un arado de hierro de las propiedades de Lavas. En nombre de mi padre y en el mío propio, he dicho.

Estaban satisfechos. Lo vio en los rostros, cuando se arrodillaron ante él, mientras decían: «Dios os bendiga, señor». Sin duda habría que resolver algunos detalles, pero de eso se encargarían los auxiliares. Surgirían discrepancias como siempre, aunque estaba satisfecho por haber hecho lo mejor posible.

—¿Cómo se encuentra nuestro querido conde Lavastine, señor? —gritó uno de los ancianos—. Hemos oído que ha caído enfermo.

Toda la satisfacción que sentía se esfumó de repente.

—Rezad por él —respondió—. Rezad a Dios por el don de su sanación.

Regresaron a las propiedades de Lavas al principio de la tarde. Al seguir a los perros escaleras arriba hacia la cámara de Lavastine, Alain escuchó el llorar apagado de una mujer. Entró en la habitación y vio a Tallia arrodillada en oración junto a la cama del conde, con los hombros temblorosos y las manos ahuecadas sobre el rostro.

—Te lo ruego, hijo —dijo Lavastine, al ver a Alain encadenar a Miedo y a Rabia a un aro de hierro de la pared cercano a la cama. La expresión de su rostro mostraba claramente alivio—, acompaña a tu esposa a vuestras cámaras. Ha rezado por mí durante toda la mañana y me temo que necesita descansar.

Alain se detuvo para acariciar a Pánico. Por orden de Lavastine, se permitía que el viejo perro estuviera en la cama junto a él, y allí descansaba, cada día más quieto, pero aún vivo. Gimió y presionó su caliente y seco hocico contra la mano de Alain. No podía agitar la cola, ni mover las piernas, pero mantenía la oscura mirada fielmente concentrada en su señor.

—Vamos, Tallia. —Ella no mostró resistencia cuando Alain la cogió por el codo y la puso en pie. Detrás, los sirvientes ayudaron al conde a sentarse y se retiraron

cuando Miedo saltó sobre la cama para tumbarse sobre las piernas muertas de Lavastine. Alain miró a otro lado y la condujo a ella aprisa a la planta superior. Pesar lo siguió hasta el umbral y, luego, entre sollozos, regresó para permanecer junto al conde.

Arriba, Alain pidió que salieran a las sirvientas de Tallia, que aún lloraba suavemente. Su pena por Lavastine lo emocionó profundamente. Pensó que nunca la había amado tanto como en ese momento, cuando las lágrimas hacían evidente su compasión.

—No desesperes, querida —le susurró al oído. Se arrastraba por el dolor; él la sostuvo cerca.

—¿Cómo no voy a hacerlo? —dijo ella débilmente—. Sigue tercamente ciego. Por eso se está convirtiendo en piedra, porque se niega a aceptar la verdadera palabra, la sagrada muerte y vida de Daisan el Bendito, que murió para que todos nosotros pudiéramos vivir sin pecado en la Cámara de la Luz. Caerá en el Abismo. ¡Ojalá Dios me hubiera dado fuerza para conseguir que creyera!

Estaba demasiado sorprendido como para responder. No se esperaba eso.

Ella lo miró: un destello de pasión apareció en sus ojos, un centenar de íntimas promesas. Lo aturdió; roto por el dolor y la profunda pena por Lavastine, seguía deseándola fervientemente. Suspiró y se acercó a ella, a la espera de lo que ella diría mientras le permitía abrazarla con tanta intimidad.

—Cuando muera, me permitirás construir un convento, ¿verdad? Sé que no pondrás impedimentos en mi camino. Solo es él el atrapado en esas viejas lealtades a la falsa iglesia. Podemos levantar juntos una iglesia dedicada a la Madre y al Hijo y nos consagraremos allí, en perpetua virginidad, en Su nombre. ¡Así, podremos liberarnos de la carga de la mortalidad! ¡Bendeciremos a los hijos que podríamos haber tenido al no condenarlos a la cárcel de la existencia en esta tierra!

—¡No! —Se resistió, se alejó y la dejó ir. ¿Cómo podía hablar de esa forma cuando todas las almas de esas tierras lloraban porque su buen señor se encontrara en el lecho de muerte?—. Sabes que el condado de Lavas debe tener un heredero. ¡Lo sabes! ¡Es nuestro deber!

—No, nuestro deber es romper con las cadenas de este mundo para huir de la carne que nos atrapa. —Se estremeció—. Aquello que nos resulta más desagradable, todos los vínculos con el Enemigo, la oscuridad, el deseo, el apareamiento salvaje, todo el vigor y todos los jadeos...

¿Se estaba burlando de él? Perdió la paciencia y la agarró por los hombros.

—¡Tenemos que tener un hijo, Tallia! Ese es nuestro deber. —Ella intentó apartarse, pero él estaba demasiado enfadado como para su miedo le provocara compasión, si es que sentía miedo. Tal vez solo se trataba de egoísmo.

—¡Nunca! ¡Nunca me corromperé de ese modo! Me he entregado a...

—Haz lo que deseas, construye lo que deseas, dedícate a lo que deseas... ¡después de darle un heredero al condado de Lavas!

Ella se balanceó, retrocedió y se desmayó.

Él se quedó allí de pie, como un tonto, con una Tallia sin fuerzas en brazos mientras las sirvientas cruzaban la cámara, alertadas por sus altas voces. Lo miraban como asustados conejos. Con un grito de frustración, la entregó al cuidado de *lady* Hathumod, la única sensata entre ellas, y corrió a la capilla. Se arrodilló ante el Corazón, pero aunque el padre que atendía la capilla le pasó por los labios agua bendita de una copa dorada, no encontraba palabras. Poco después, el padre lo dejó solo en el silencio de la sala de Dios, y allí arrodillado, pensó en que nunca se había sentido tan solo en toda su vida. Quería llorar, pero no tenía lágrimas. Quería rezar, pero no tenía elocuentes palabras. ¿Acaso Dios pidió alguna vez elocuencia? ¿Cuántas veces la tía Bel le había dicho que Dios prefería un corazón honesto a una lengua inteligente?

Al final agarró con fuerza el filo con borlas del mantel del altar con una mano y lo presionó contra la frente.

—Dios, os lo ruego —susurró—, os lo suplico, curad a mi padre.

Durante bastante tiempo se mantuvo a la escucha, pero no recibió respuesta alguna.

—Os lo ruego, venid, mi señor —dijo el padre en voz baja, volviendo a la cámara—. El conde pregunta por vos.

Lo siguió en silencio, tan en silencio que se detuvieron en el umbral de la cámara de Lavastine sin que se percibiera su llegada. Miedo todavía yacía en la cama y Pesar y Rabia se sentaron al alcance de la mano del conde, por si deseaba darles una palmaditas. Con la misma y tan poco natural calma de Pánico, los perros ignoraban a las personas aglomeradas alrededor de la cama. Lo mismo hizo Alain, que no podía apartar los ojos de Lavastine.

Cualquier observador podría haber supuesto que el conde solo era un dormilón, sentado cómodamente en la cama con una mano sobre su perro favorito mientras se encargaba de los asuntos del día antes de levantarse para ir a cazar con perros o con halcones. Ningún observador casual podría haber supuesto que las piernas ocultas bajo la colcha parecían ya piedras, y que la cama ya había sido reforzada para soportar el peso de más.

¿Se aterrorizaría al saber que el veneno se apoderaba de su cuerpo inexorablemente cada día un poco más?

—Asegúrate de que la segunda mejor colcha es para tu hija, la señorita Dhuoda, para su dote. De mis segundas mejores capas, asegúrate de que una de ellas se le da a la viuda del capitán para su hijo mayor y de que las demás son para mis leales sirvientes. —Una sonrisa más leve adornó su rostro mientras asentía con la cabeza hacia un rotundo auxiliar que esperaba a los pies de la cama—. Excepto para Christof, aquí presente, quien, me temo, necesitara dos para taparse. —Todos los reunidos en la habitación rieron con entusiasmo, aunque Alain pudo ver lágrimas en los ojos de todos, menos en los de Lavastine—. Pero hay una pieza grande de lino en

la casa de los telares que debería ser lo bastante amplia para él, espero.

Un padre sentado a la mesa escribía todo lo que decía Lavastine.

—En cuanto la casa de los telares finalice los nuevos tapices para la sala, quiero que los que ahora cuelgan allí vayan para Bativia.

—¿Pero no habíais asignado esa herencia para la hija de vuestro primo? —preguntó Dhuoda desde su sitio al lado de la cama.

—Sí, para Lavrentia, cuando sea mayor de edad. No habría dicho eso si la dejara con retales. Esos tapices quedarán muy bien allí. Es una sala pequeña pero bien construida y caliente en invierno. ¿Se ha sabido ya algo de Geoffrey?

—No, señor conde —dijo Dhuoda con el ceño fruncido. Miró al padre que había entrado con Alain, pero él solo se encogió de hombros.

Lavastine siguió la dirección de su mirada más despacio, como si tuviera el cuello rígido y le resultara difícil moverlo. Logró, con un esfuerzo evidente, levantar la mano derecha para hacerle una señal a Alain.

—Quiero que lord Geoffrey dé su palabra bajo juramento de que apoyará a mi hijo en todo lo que pueda en cuanto yo me haya ido.

Algunos sirvientes hicieron la señal del Círculo en el pecho. Alain se tiró al suelo al lado de la cama.

—¡No moriréis, padre! Veis que despacio se agarra a vos... os recuperareis. ¡Sé que lo haréis!

Lavastine se esforzó por levantar un brazo y con una mueca de satisfacción lo apoyó sobre la inclinada cabeza de Alain. Ya pesaba mucho más de lo debido.

—El veneno avanza cada día más, hijo. Solo puedo pensar que la criatura inyectó la mayoría del veneno en mis fieles perros y muy poco en mí. Supongo que es posible que el veneno solo me paralice, pero no siento esa esperanza en mi corazón. No desesperes. Estoy en paz con Dios y he dejado instrucciones precisas. —Miró hacia la mesa en la que el padre había dejado de escribir, luego hacia Alain, con frialdad y calma—. Mis deseos y peticiones y órdenes están claros a este respecto. Solo necesitas demostrar tu valía dando un heredero.

Todos los ungrianos olían de forma extraña, pero tenían aspecto de guerreros poderosos con los abrigos guateados, las capas de piel y las cofias con borlas, reunidos para el banquete nupcial en la gran sala del palacio de la obispo de Handelburg.

El príncipe Bayan era un hombre en la flor de la vida, bajo y fornido, de piel morena, con algunas canas plateadas en el pelo negro y con la costumbre de retorcerse los lados caídos del bigote. Había traído a su madre, que permanecía oculta tras unas cortinas de seda dorada en una litera de varas. Para que la litera nunca tocara el suelo estaba sostenida sobre los hombros de cuatro esclavos: uno con la piel tan negra como la brea; otro tan rubio como Hanna; otro de piel dorada y con unos extraños ojos saltones; y, uno con un aspecto mucho más parecido al de los guerreros ungrianos que los rodeaban. El banquete había empezado a mediodía y al final de la tarde ninguna fuente de comida había atravesado todavía las sedas opacas.

La princesa Sapientia se había mentalizado durante el largo viajes hacia Handelburg para que le gustara su prometido, pero, en realidad, era un hombre que gustaba con facilidad.

—Cuando Geza, amado de Dios, todavía es el príncipe, no el rey, entonces él lucha la batalla con los majariki... —Se volvió al intérprete, un corpulento padre de mediana edad con solo una mano; donde debía encontrarse la otra, tenía un muñón a la altura de la muñeca—. ¿Cómo lo llaman en wendiano? Ah, los arethousanos, ¿no? —Retorció un borde del bigote con los dedos grasientos de comer carne—. Sombreros de oro y olor fuerte a perfume, los majariki...

—¿El príncipe Geza venció a los arethousanos en la batalla? —preguntó Sapientia.

—Así que se convierte en rey de los ungrianos. Lucha contra sus tíos, los hermanos de su madre diríais vos, que defienden que ellos deben ser los reyes, no él. Cabalgan hacia los majariki y promete que no habrá asaltos y se inclina ante el Dios majariki si el ejército majariki pelea de su lado. Pero el príncipe Geza, amado de Dios, gana esta batalla y es rey.

—Dios no favorece a quienes lo adoran por su propio bien —observó la obispo Alberada desde su asiento entre Bayan y Sapientia. Al ser la hermanastra ilegítima y más mayor de Henry, se había encargado del obispado que le asignaron con mano

dura y siempre apoyaba a su hermano en la frontera oriental de su reino.

—¿Luchasteis con él, también, contra vuestros tíos? —preguntó Sapiaientia, menos preocupada por las cuestiones espirituales que por los relatos de gloriosas batallas.

—No mis tíos —explicó Bayan—. Soy hijo de tercera esposa de rey Eddec, nuestro padre. Todavía soy joven en ese día, dormido en la tienda de mi madre.

Trajeron un nuevo plato, servido por los guerreros y algunos clérigos que olían a limpio pertenecientes al séquito de la obispo. La obispo Alberada presidía sobre la escultura de una impresionante pierna de cerdo. Tan robusta de salud como su legítimo hermanastro, se parecía a su madre en belleza, una noble polenia a la que habían capturado en alguna guerra indescriptible y habían convertido en la primera concubina de Arnulf el Joven, antes de que se casara con Berengia de Varre.

Después de que repartieran la carne, Alberada miró al príncipe Bayan con mirada penetrante.

—Creía que el pueblo ungriano ya no tenían la costumbre de que un hombre se casara con varias mujeres tras aceptar la Palabra Sagrada de las Unidades. De acuerdo con la Palabra Sagrada, una mujer y un hombre deben ser fieles el uno al otro en armonía y exclusividad, a imitación de Dios Nuestra Madre y Padre.

Tuvieron que traducir las palabras de la obispo. Bayan escuchó atentamente y, luego, asintió con entusiasmo.

—Esto mi hermano proclama cuando toma el círculo de Dios. Sigo su gobierno. Dejo al lado mis esposas cuando llego a casarme con la princesa Sapiaientia. —Le sonrió. Le faltaba un diente, pero tenía una boca fuerte, aunque con los dientes algo amarillos, tal vez por las copiosas copas de un brebaje muy caliente, de sabor acre y de color marrón, que bebía de un trago después de acabar todas las copas de vino que le colocaban delante.

—¿Tuvisteis otras esposas? —preguntó la obispo.

—¿Todas a la vez? —preguntó Sapiaientia.

—Muchos clanes desean alianzas con la casa de Geza y envían hijas como oferta. Demasiadas para que se casen sus hijos y él, así que algunas son para mí, porque soy el único hermano del rey vivo. Supondría un insulto enviarlas de regreso. —Se levantó de un repentino salto y alzó la copa que compartía con Sapiaientia, gritó en su lengua e hizo un gesto con la copa. Un joven vestido con una chillona túnica adornada con galones de oro saltó, como respuesta, vació su copa de vino y se sentó. Bayan tomó asiento—. Ese es el hermano más joven de mi segunda esposa, que está muy enfadada por ser apartada, pero le doy mucho oro y le permito casarse con el príncipe de Oghirzo. —Se rio—. Le digo que él será mejor marido.

—¿No sois un buen marido? —Sapiaientia tenía un brillo en los ojos y, tras un momento, Hanna se dio cuenta, con cierto asombro, de que, en realidad, Sapiaientia estaba bromeando con su prometido. Nunca hubiera bromeado con Hugh.

El príncipe Bayan consideró el comentario muy divertido. Saltó de nuevo y pidió a todos los hombres de su séquito que se pusieran en pie y los invitó a un brindis por

su novia. Una mesa de hombres, aún en pie, cantó una bulliciosa canción mientras el resto se encargaba de aporrear sus copas contra las mesas. Después, Bayan declamó para su nueva novia en su idioma un largo y tedioso himno, interrumpido por la traducción del intérprete.

—Ella es tan hermosa como el mejor desnudo. Tan robusta como los conejos en invierno. Su empuñadura tan fuerte como la de un águila, su mirada tan fina como la de un halcón, es tan fecunda como los ratones. —Y así hasta que Sapientia estalló de risa.

—Alteza —susurró Hanna, inclinada sobre ella—. Si ofendéis...

—¿No os gusta mi poema? —gritó Bayan, que se dejó caer en la silla—. Está escrito con mis palabras, no habla otro hombre.

Sapientia se atragantó por la risa y se puso roja.

—Estoy segura, príncipe Bayan, de que solo son las palabras que utiliza vuestro intérprete para recrear lo que decís en vuestra lengua...

—¡No, no! —exclamó alegremente—. Siempre hago esos poemas que otros dicen que no ser buenos, no como los de los poetas de verdad, pero no me importan sus risas. Palabras de mi corazón.

—¡Ay, Dios! —dijo Alberada entre dientes—. Un mal poeta. También aparte de un buen guerrero, alteza.

Pero Sapientia estaba radiante.

—¿Hicisteis ese poema vos mismo para mí? ¡Oigámoslo de nuevo!

Estaba feliz por complacerla. En esta ocasión no le interrumpió la risa de la princesa. El poema tenía algún tipo de estribillo, que, cada vez que repetían, los ungrianos se ponían en pie, gritaban un verso a la vez y vaciaban las copas de vino. Mientras repetían lo mismo interminablemente, Hanna comía los restos de la bandeja que Sapientia había dejado a un lado. Estaba muy hambrienta, aunque de vez en cuando Sapientia le ofrecía que bebiera de su copa. La sala apestaba a vino y a orina.

Al poema siguió una demostración de lucha, con la clara intención de despertar el deseo femenino, ya que los jóvenes guerreros ungrianos se desnudaron hasta quedar con tan poca ropa que Hanna nunca había visto nunca a un hombre maduro de esa forma en un lugar público: con unos taparrabos se cubrían la entrepierna. Luego se embadurnaron la piel con aceite para que brillara, húmeda y escurridiza. ¿Las cortinas de la litera se abrieron en parte? ¿Vio una mano, con unos dedos salpicados de anillos, apartar la seda y un movimiento escondido que sugería que alguien se asomaba para observar?

Se inclinó para hablar con Sapientia al oído.

—Me pregunto si debéis proponer compartir comida con la madre del príncipe Bayan, alteza. No he visto que le hayan servido una bandeja.

Esa atención pareció sorprender a Sapientia.

—¿Vuestra madre no cenará con nosotros, príncipe Bayan?

Cambió de color, besó la punta de los dedos de su mano derecha e hizo como si

tirara algo invisible sobre el hombro izquierdo.

—No es adecuado.

Miró nervioso hacia la litera de varas y hacia la tela dorada que escondía a la mujer del interior.

—Mi madre, una poderosa hechicera, creo que la habéis nombrado, del pueblo kerayita, que es muy fuerte en la magia. Son los enemigos del pueblo ungriano, por eso mi padre se casó con ella. En nuestra lengua, la llamamos un chamán. A ella no se le permite compartir carne con gente que no es de su familia.

—¡Pero vos y yo nos vamos a casar! ¡Eso me convierte en su familia!

Él sonrió.

—No casados hasta que el hombre y la mujer se unen en el lecho, ¿no?

Ella se sonrojó.

—Esa es la costumbre en mi tierra, sí.

—¿Vuestra madre ha aceptado la Palabra Sagrada y el Círculo de la Unidad? —preguntó la obispo con aspereza.

Él parpadeó, sorprendido.

—Ella, buena princesa kerayita. Sus dioses le quitarán su poder si no da el sacrificio para ellos. Por eso no puede ser vista en esta compañía.

—Una pagana —farfulló Alberada—, pero vos rezáis en el altar de Dios, príncipe Bayan.

—Soy un buen creyente —coincidió, mirando al padre para asegurarse de que se había expresado correctamente. El hombre se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído y Bayan asintió con la cabeza, se volvió hacia la obispo y volvió a intervenir, con más énfasis—: Sigo la Palabra Sagrada del Dios de la Unidad.

Como si estas palabras fueran una señal, los hombres encendieron antorchas y las colocaron en los apliques de las paredes. La obispo se levantó con regia elegancia: no era muy alta, pero tenía una majestuosa figura. Como su sobrino ilegítimo, Sanglant, llevaba la torques dorada que señalaba su condición regia, aunque, como él, no podía aspirar al trono, a no ser que fuera cierto el rumor de que Henry conspiraba para situarlo en el trono tras él. Hanna no era ninguna insensata: escuchaba y observaba. ¿Por qué Henry casaría a su hija con un hombre, célebre por ser un fuerte luchador, pero con pocas probabilidades de inspirar respeto y lealtad incluso en Wendar? Solo Sapia parecía no darse cuenta de lo que suponía el prometido que había elegido su padre para ella. Le resplandecía el rostro y le brillaban los ojos, se levantó para colocarse junto a Alberada cuando la obispo llamó al orden a los presentes.

—Mientras la noche cae sobre esta sala, dejemos que Dios se encargue de esta cuestión.

Se sucedieron las plegarias habituales, el intercambio de dotes matrimoniales: la cesión al príncipe Bayan de una disputada región fronteriza, una tribu cuyos tributos en lo sucesivo adornarían los fondos wendianos en vez de ser entregados al rey ungriano; muchas vasijas del rey Henry de fabricación saliana y aostana; y, del este,

dos carretas cargadas de oro que los hombres de Bayan introdujeron en la sala. Hanna nunca había visto semejante muestra de oro puro, ni siquiera en el séquito de Henry. Brillaba con una presencia apagada, casi con mal augurio, acumulado como si fueran restos de los que deshacerse con indiferencia.

La obispo pronunció unas palabras de bendición sobre ellos. Se brindó a su salud, por la virilidad de Bayan y por la fuerza femenina de Sapia. —

—«Compitamos con espadas y no con palabras» —gritó Bayan—, «y si no es en la batalla con dignos oponentes, entonces que sea en la cama de una hermosa mujer». —Sonrió mientras brindaba con otra copa de vino. Tenía una asombrosa capacidad de beber y solo había abandonado la mesa dos veces para ir a orinar. Se volvió hacia su prometida con una sonrisa—. Estas palabras me enseña tu hermano, el famoso guerrero Campos Sangrientos, que convierte la tierra en roja con la sangre de sus enemigos. Pero vos lo llamáis de otra forma en vuestra lengua —habló con el padre, gruño e intentó decir la palabras en su lengua pero no logró que saliera nada inteligible.

—¿Os referís a Sanglant? —preguntó Sapia—. ¡Habéis conocido a Sanglant!

—¡Ay... ay! Peleamos contra los quman juntos estos cinco últimos años. ¡Es buena batalla! Ellos corren y no regresar. Él está todavía vivo, ¿no?

—Vive aún —dijo Sapia de forma cortante, a punto de decir más cuando una voz surgió al final de la sala.

—¡Abran camino! ¡Abran camino! —Dos hombres con ropas sucias se acercaron y se arrodillaron ante la mesa principal.

—¿Qué sucede? —preguntó la obispo—. ¿Las noticias que traéis son tan urgentes que no pueden esperar hasta mañana?

—Discúlpeme, eminencia —dijo el mayor de los dos, que tenía una barba pelirroja y una cicatriz sobre el ojo izquierdo—. Tenemos noticias de varios asaltos más allá de la ciudad de Meillessen. Ha habido más de una docena, han ardido pueblos, mucha gente ha muerto, alguna decapitada, según se dice. Es difícil saber cuánto tiempo hace que comenzaron, veinte días atrás o más, pero los agresores se dirigen hacia el oeste. Pensamos que sería mejor decírselo en cuanto llegáramos a Handelburg.

El padre lo había traducido, y el príncipe Bayan se puso en pie e hizo un gesto a un sirviente para que sirviera vino a los dos hombres.

—¿Quiénes son los atacantes? —preguntó, aunque parecía que ya sabía la respuesta.

—Son los quman, señor —dijo el hombre, sorprendido cuando vio en la asamblea a guerreros ungrianos reunidos con gente wendiana.

Bayan mostró una sonrisa despiadada, una expresión bastante opuesta a su habitual alegría.

—¿Qué marca portan estos quman?

El portavoz consultó a su compañero. Miró hacia a la obispo para pedirle permiso

para intervenir. Sapiaientia se revolvió nerviosa, y se levantó como un ligero eco del movimiento de Bayan. El portavoz la saludó con una reverencia, pero resultó evidente que no se dio cuenta de que era la hija mayor y supuesta heredera de Henry.

—Portan la marca del rastrillo de una zarpa —el mensajero utilizó los tres dedos centrales para hacer el gesto de rastrillo por su brazo—, así.

Bayan escupió en el suelo, se levantó de la mesa con la copa en alto. Gritó un nombre y en la sala resonó la aplastante repetición de todos sus hombres reunidos que, también, maldijeron el nombre y escupieron al suelo como respuesta. Volvió a gritar y ellos le respondieron; todos vaciaron las copas para sellar el trato.

—El clan del leopardo de nieve —tradujo el padre—. Bulkezu, hijo de Bruak.

Bayan se había embarcado en otro de sus poemas, que Hanna reconoció por las características cadencias y por la extraña traducción del padre, que sin duda hacía lo que podía para que las palabras sonaran agradables.

—«... Enérgico cabalga el guerrero. Fuerte es su vigor. Muchos días en la silla...».

—¿Qué es el clan del leopardo de la nieve? —preguntó Sapiaientia, sin dejar de mirar a los mensajeros, pobres almas desconcertadas al estar rodeadas por una hueste de guerreros ungrianos gritando y que muy posiblemente eran en parte paganos y mordaces al respecto. Le hizo una señal al padre, que titubeó, dejó de traducir y le respondió.

—El clan del leopardo de la nieve es una de las muchas tribus quman.

—¿Hay más de una tribu quman?

El padre la miró con disimulada sorpresa.

—Yo conozco las marcas de, al menos, dieciséis clanes quman. Son innumerables y tan despiadadas como cualquiera de las tribus que viven fuera de la Luz de Dios.

—¿Ellos son los que se os llevaron la mano? —preguntó ella.

Él se rio.

—No, en realidad se llevarían mi cabeza.

—¿Quién es ese Bulkezu del que hablan y por el que escupen?

—El líder guerrero que en la batalla mató al único hijo del príncipe Bayan, el hijo mayor de su primera esposa. Era una princesa kerayita, como su madre.

—Y los kerayitas... —Sapiaientia pronunció la palabra con extrañeza—, ¿también son una tribu quman?

—No, alteza. Viven lejos, al este, incluso más allá de las gentes que pagan tributo al emperador jinna. Está bien que su primera esposa haya muerto, porque ella no lo hubiera dejado. Hubiera lanzado un maleficio contra vos.

—¡Un maleficio contra mí! —Sapiaientia pasó una mano sobre el Círculo de la Unidad que colgaba de su cuello, y miró de reojo a la litera de varas. Las paredes de seda dorada no se movían. Tal vez no había ninguna criatura dentro, sino solo aire.

Él se acercó. Le olía el aliento a especias exóticas.

—Son brujas terribles, las más impenitentes de las paganas. —Extendió el codo

para mostrar el muñón de la muñeca derecha—. Pensaban que escribir era producto de la magia, por lo que me cortaron la mano. —Titubeó, vio cómo Sapientia miraba hacia la inmóvil litera como si creyera que la madre oculta pudiera oírlo incluso a tanta distancia y a través de los alaridos de los guerreros de Bayan, que repetían el estribillo—. Así es como llegué a estar al servicio del príncipe Bayan. Es un buen hombre, alteza. No tengo sino alabanzas hacia él.

—¿Es realmente fiel a la palabra de Dios, hermano? —preguntó la obispo Alaberada, que no dudaba en escuchar las conversaciones más privadas de su sobrina.

—Igual de fiel que cualquier ungriano.

—¿Y su madre? —preguntó Sapientia sin volver a mirar a la litera.

El padre solo asintió con la cabeza levemente.

—Es una mujer poderosa. No la enojéis.

Hanna no pudo evitar mirar, pero la litera permanecía tal cual estaba tanto fuera como dentro. ¡Cómo podían los esclavos mantenerse durante tiempo sin asombrarse ante ella! ¿Y la mujer del interior no empezaría a sentirse oprimida, encerrada y sentada en la misma posición tanto tiempo? Hanna no estaba segura de que ella pudiera estar así de quieta todo ese tiempo. Incluso mientras esperaba a la princesa Sapientia, tenía libertad de movimiento; se podía apartar para ir al excusado, podía pasear, reír, cantar cuando era apropiado, y comer y beber lo que la princesa no quería. Los restos del plato de la princesa eran mucho mejores que todo lo que había comido en el Descanso del Corazón.

No, en realidad ser una Águila del rey suponía una buena vida, incluso a pesar de los riesgos que implicaba. El peligro caminaba al lado de todos los hombres y mujeres sin importar sus circunstancias. No era frecuente que su pudiera caminar por la vida bien alimentado, bien calzado y con nuevas cosas con las que encontrarse en cada rincón.

El príncipe Bayan continuaba; daba patadas con un pie para enfatizar en cada línea de verso; las copas y las bandejas vibraban. A medida que aumentaba el volumen de ruido en la sala, el padre tuvo que acercarse más para explicar.

—Está cantando la canción de la muerte de su hijo para recordar a estos hombres la gloriosa muerte del muchacho, y del espíritu sin vengar que aún vagaba.

—Un pagano —observó la obispo Alaberada.

—Para llegar a cualquier lugar, eminencia, debemos dar pasos de uno en uno.

Se rio entre dientes.

—Hermano Breschius, habéis adquirido sabiduría durante el tiempo que habéis pasado entre los infieles, a pesar del sufrimiento que os han causado.

—He aprendido a ser tolerante, lo que nos conduce al mismo punto: al final, Dios vencerá. Solo tenemos que tener paciencia y confiar en Su poder.

—¡Guerra! —Palabra que bramó el príncipe Bayan y que repitieron sus hombres en su propia lengua—. ¡Jurad por esta batalla que cabalgaremos! —gritó y luego lo repitió en su propia lengua.

Sus hombres clamaron en respuesta. Hanna tuvo que taparse los oídos con las manos.

Acabaron las copas con rapidez y con una avalancha de movimientos la sala empezó a vaciarse.

—¿Adónde se van todos? —preguntó Sapiaientia. La obispo Alberada también se había puesto en pie, mientras observaba atentamente el remolino de gente en busca de alguna señal de problemas. Hombres jóvenes bebidos y entusiasmados corrían un gran riesgo de verse involucrados en peleas a puñetazos o en algo peor; Hanna lo sabía bien por las noches en la posada de su madre.

—Cabalgamos por la mañana —gritó Bayan con entusiasmo. Se levantó de la mesa, con una agilidad notable para un hombre casi de la edad del padre de Sapiaientia—. ¡Ahora nos vamos a la cama!

Sapiaientia sonrió claramente. Tenía muchas acompañantes camino de la cámara preparada para esa noche: como poco, treinta personas de diferentes condiciones, pero al final Hanna acabó sola con dos sirvientas en la habitación con Sapiaientia, el príncipe Bayan y un único sirviente masculino, un acicalado e imberbe joven que llevaba una fina torques en el cuello; tenía todo el aspecto de tratarse de un collar de esclavo.

Bayan sacó la espada y, por un momento, Hanna agarró su propio cuchillo mientras Sapiaientia permanecía en pie, fría, a un lado de la cama.

—Ninguna mujer —declaró Bayan mientras posaba la espada en el centro de la cama—. Juro ante mis hombres que no tomaré ninguna mujer hasta que mate un hombre en la batalla. Esto juran los hombres de mi pueblo, para darnos fuerza. Si rompemos el juramento, la suerte nos abandonará. Si os resulta difícil no tener a un hombre, tengo a este... —señaló a su sirviente—. Es uno de esos majariki que no tienen, ¿cómo lo llamáis? Tienen la parte del hombre, pero no la semilla. Pueden daros placer, pero sin la semilla, porque ahora que estamos prometidos, no podéis recibir otra semilla que no sea la mía. ¿Sí?

El brillo de su mirada ocultaba la encantadora sonrisa de sus labios y el tono simpático. Destellaban, un núcleo profundo implacable, llamativo en un hombre que parecía tan calmado y agradable como el cálido resplandor del sol de verano... hasta que uno se encuentra atrapado bajo su calor durante mucho tiempo.

—Vuestros hijos serán mis hijos, ¿verdad?

—¡Ese es el acuerdo! —replicó Sapiaientia, que se sentía afrentada. Se estiró sobre la cama para tocar la espada y acariciar la hoja. Era una hermosa pieza de metal, ligeramente curvada. Habían tallado en la hoja unas letras que Hanna no pudo leer. La empuñadura estaba recubierta de oro—. ¡Pero yo también soy una guerrera! ¡No juraré menos que vos!

—Entonces, ¿vos y vuestros guerreros cabalgaréis a mi lado cuando partamos por la mañana para cazar a esos guerrero quman? —El brillo implacable había desaparecido. Rio en alto—. Fuerte es mi esposa. ¡Es cazadora como la reina leona!

¡Cabalgaremos juntos a la guerra!

Los sirvientes del príncipe Ekkehard lograron ocultar a Ivar y, lo que es más importante, a Baldwin del anciano lord Atto los diez días durante los cuales Ivar tuvo que marchar junto a las carretas con una cogulla sobre la cabeza como un lego común, o que dar tumbos en la parte de atrás de las carretas. En cierto modo, supuso un alivio que lo descubriera, a pesar de la explosiva reacción de lord Atto.

—¡Lord Baldwin debe ser enviado de regreso a Autun de inmediato! ¿En qué estabais pensando, señor? Es un grave insulto para la margravina Judith. ¡Enemistades han destruido familias enteras por mucho menos que esto!

Ekkehard no tembló ante este ataque.

—Ella no tiene porque enterarse y mi gente y yo con certeza no seremos quienes se lo digamos. —No tenía la altura para mirar de arriba abajo a lord Atto, que tenía el fornido cuerpo de un hombre que ha luchado en muchas batallas, pero estaba fuera de la schola, joven y a su aire por primera vez—. ¡Baldwin se queda conmigo!

—Será enviado de regreso por la mañana, señor. Es lo que hubiera ordenado vuestro padre.

Lord Atto ya no era tan joven y había sufrido tantos daños en la pierna izquierda y en el brazo derecho que a nadie le sorprendió que, a la mañana siguiente, se resbalara al subir al caballo. Quizá la ligera parálisis que a veces padecía había elegido ese momento para reaparecer. Ekkehard y Baldwin se dieron prisa para prestar ayuda al pobre anciano, daban vueltas de aquí para allá alrededor de él y del caballo; cuando finalmente, pensaron en comprobar la silla. La cincha estaba tensa y bien colocada.

Atto se quedó en la casa solariega para recuperarse de la caída con dos sirvientes para que lo ayudaran. El príncipe Ekkehard reemprendió el camino con el grupo, por lo demás intacto, y con Baldwin cabalgando a su derecha. Nadie mencionó el incidente, aunque avanzaban con trote ligero, sin dejar de tener presente que la noticia acabaría por llegar al rey Henry.

No se cansaron del ritmo rápido. Eran jóvenes e imprudentes y se sentían felices por haberse liberado del confinamiento, aunque la felicidad no incluía a Ivar.

Al principio él no se unía a las diversiones nocturnas en las casas solariegas o en los pabellones de invitados en los que se quedan. Bebían mucho, peleaban, cantaban y se entretenían con cualquiera de las sirvientas que estuviera cerca y más o menos

dispuesta. Si no había ninguna mujer disponible, se entretenían entre ellos.

A Ekkehard le dio por llamarlo mi mojigato padre, y se convirtió en una broma entre ellos que, de todos, Ivar permaneciera puro, como un buen clérigo. Baldwin siempre estaba encima de él y en las noches en las que Ivar y Baldwin compartían una colcha para calentarse, Baldwin tenía una incómoda forma de rozarse contra él que le despertaba pensamientos sobre Liath. Estaba cansado de pensar en ella. Algunas veces la odiaba por la forma en la que su recuerdo le inundaba la mente incesantemente. Quizá Hugh tenía razón: a lo mejor Liath lo había hechizado. ¿Por qué los recuerdos de ella se apoderaban de su cuerpo con tanto furor? Apenas podía pensar en ella ya sin pasar por una situación embarazosa de la que todos se darían cuenta. Todos sabrían que ya no era más puro que ellos.

No era puro. Nadie lo era, nada podía serlo, atrapados en el mundo impuro. Ni siquiera a solas podía encontrar el valor para predicar la Palabra Verdadera y le molestaba que Baldwin, después de todo ya libre de Judith, no se uniese a él en la oración. No resultaba nada reconfortante rezar solo. De hecho, después de unos cuantos días en su compañía, empezó a preguntarse por qué debía seguir sumido en el dolor y en la pena cuando también podía ser despreocupado y caprichoso como todos los demás.



Les llegó un terrible rumor cuando cabalgaban hacia Quedlinhame: la reina Mathilda estaba muriendo. El auxiliar de Ekkehard encontró a Ivar y a Baldwin hospedados en la casa de un comerciante de Quedlinhame, ya que no se arriesgaban a que los reconocieran en el monasterio, en el que el príncipe se quedaría con su tía. Sin embargo, el comerciante invirtió todo su tiempo en la Iglesia del pueblo orando por la salud de la anciana reina. No tenían fuego y hacía un tiempo frío y deprimente: una llovizna otoñal se silenciaba en los alerones sobre ellos.

—Espero que el príncipe no se demore mucho. —Le castañeaban los dientes, como en el resto del día. Saber que el príncipe y todo el séquito oficial estarían mejor alojados y que cenarían más que gachas templadas solo empeoraba la situación.

—Debe hacer lo correcto, por su abuela —replicó remilgadamente Baldwin, que tenía un espejo y estaba comprobando si estaba bien afeitado—. Ven a cubrirte con la colcha conmigo, Ivar. Te calentará.

—¡No! —dijo con más acaloramiento que fuerza—. Sabes que he jurado los votos como novicio. No sería correcto.

—El príncipe Ekkehard y todos sus acompañantes han jurado los votos de novicio y eso no les detiene.

—Pero yo no quiero ser como ellos —respondió Ivar. A pesar de lo cual, en su

interior dudaba si a quien más profundamente despreciaba era a él mismo. Baldwin suspiró y regreso con el espejo.

Esa noche las campanas comenzaron a tañer, el lúgubre redoble de la campana de la catedral de Quedlinhame se mezclaba con el sonido más suave de la del pueblo.

—Alguien ha muerto —observó Baldwin sabiamente—. ¡Vamos! —Tiró de la capa y se puso la capucha para ocultar el rostro.

—Pero si nos reconoce alguien del monasterio que nos conozca...

—¿Por qué nos iban a mirar si piensan que somos gentes del pueblo? No puedo permanecer encerrado aquí más tiempo. —Como el viento, Baldwin tenía suficiente energía para levantar a Ivar como una pluma para llevárselo fuera con él e introducirlo en la multitud.

—La reina ha muerto. —Se extendieron por la muchedumbre que fluía por el empinado camino que llevaba a las puertas del monasterio. Cuando llegaron a la entrada, la gente se encontraba al borde de la histeria: lloraba y gemía provocando el estruendo desesperado de unas bestias que enloquecen.

—Nunca nos dejarán entrar —gritó Ivar. Sería mejor así. Los muros del monasterio de Quedlinhame lo asustaban. Ya había escapado una vez; si volvía a entrar, quizá nunca volvería a salir.

Sin embargo, los seculares abrieron la puerta. Cruzar el umbral produjo un efecto milagroso en la multitud. En cuanto pisaron suelo sagrado, se calmaron. Un bebé chillaba, pero, por lo demás, el gran gentío de cientos de personas, más de las que podía contar, avanzaba en el mayor silencio posible entre tantos pies en procesión y ahogados sollozos. Muchos agarraban Círculos y oraban quedamente. A medida que entraban en la catedral bajo la observadora mirada de media docena de ancianas monjas con el feroz aspecto de unos perros vigía, Ivar mantenía la capucha hacia delante para que nadie pudiera ver su pelo pelirrojo. Baldwin utilizaba los codos, caderas y un acertado pellizco para abrirse camino hasta que encontraron un sitio junto a la puerta, alejados del altar. Los pilares de piedra, con dragones, leones y águilas talladas, se alzaban sobre Ivar. Tiempo atrás habían rezado bajo sus vigilantes ojos. Empezó a temblar. ¿Y si portaban algún tipo de magia? ¿Y si podían ver y reconocerlo por lo que era? ¿No había traicionado a la Iglesia al escapar de la margravina Judith? ¿No se había rebelado contra la gran autoridad de la Iglesia al escuchar las predicaciones de *lady Tallia*?

Baldwin lo rodeó con un brazo para reconfortarlo. La gente del pueblo daba patadas con los pies y se restregaban las extremidades llenas de calor por la lluvia. El olor de tantos cuerpos sin lavar en invierno emitía su propio calor. Los dedos le dolieron al recobrar el calor.

Cuando las monjas y los monjes entraron, todo el pueblo se arrodilló. El suelo de piedra, como era previsible, era duro y frío; le dolieron las rodillas. En medio de un silencio horrible interrumpido solo por la tos de un niño y el susurro de la ropa mientras la gente cambiaba de posición para ver mejor, el cuerpo de la reina Mathilda

fue transportado en una camilla. Era pequeña y frágil y se había consumido. Vestía la sencilla toga destinada a la hermana más humilde de la Iglesia, aunque en los dedos llevaba ricos anillos y una fina diadema de oro le adornaba el pelo blanco. La madre scholastica y el príncipe Ekkehard caminaban tras el féretro y en cuanto la reina yació en la capilla ardiente, la abadesa se acercó a besarle los pies descalzos. A continuación, el príncipe Ekkehard también gozó de tal privilegio. Los novicios se colocaron en fila en silencio para arrodillarse al pie de las escaleras que conducían al altar y al féretro. Ivar miraba fijamente, con la esperanza de distinguir a Sigfrid entre ellos, pero las capuchas y las cabezas inclinadas los ocultaban muy bien.

La madre scholastica se colocó detrás del altar. A su lado, el hermano Methodius comenzó a cantar la oración de comienzo de la Misa Funeral.

—Bendita la Tierra de la Madre y el Padre de la Vida...

—¡Mentiras! —En los escalones una figura menuda se levantó para dirigirse a la gente durante la primera cadencia de una oración, en el momento de mayor receptividad antes que el ritmo de la liturgia los sumergiera en el estupor—. Todos estáis cegados por la oscuridad que la mentira extiende en esta tierra. La verdad sobre Su milagro y Su Sagrada Palabra ha permanecido oculta. Dios encontró un valioso vehículo en la santa Edessia. Dios le otorgó la luz bendita y, por eso, dio a luz a Daisan el Bendito, en el que cohabitan la naturaleza divina y la humana. Él nos ha mostrado a todos el mensaje de Dios, que sufrirá y que morirá para redimirnos de la mácula de la oscuridad que todos llevamos dentro...

El maestro gritó de frustración. Tres monjes se levantaron, se enfrentaron con el novicio y se lo llevaron fuera, mientras él seguía gritando, aunque sus palabras eran amortiguadas por una mano que le cerraba la boca. Ivar no salía de su asombro, mientras a su alrededor la gente comenzaba a charlar desenfadada, entre señales y preguntas.

—Era Sigfrid —susurró Baldwin—. ¿Se ha vuelto loco?

—En eso se ha convertido cuando hemos dejado de protegerlo.

—Tendremos que liberarlo.

—¿Cómo podremos hacerlo? —La risa de Ivar mostraba cierta amargura. Arrastró a Baldwin por el codo—. Vamos. ¿Y si nos encuentran aquí?

Conocía esa mirada del rostro de la madre scholastica mientras, poco a poco, la multitud se calmaba ante la muestra de su rabia. Parecía enormemente disgustada mientras hablaba con el hermano Methodius. Él asintió, se arrodilló junto al féretro, besó la túnica de la reina y abandonó la iglesia por una puerta lateral.

La madre scholastica levantó las manos.

—Oremos, hermanas y hermanos. Oremos para que Dios perdone nuestros pecados y para que con la oración sigamos el ejemplo de Daisan el Bendito, el hijo de Dios que vino a este mundo a través del vientre de santa Edessia, el que por medio de sus esfuerzos encontró el camino hacia la salvación que todos hemos de seguir. Oremos para que no nos empañen esos deseos que el Enemigo arroja sobre la tierra

como joyas, para inducirnos a elegir las por el llamativo brillo y los colores que atraen la atención de nuestros ojos. Seamos humildes ante Dios, porque Su palabra es la verdadera. Todo lo demás es mentira.

—¡Debemos quedarnos y escuchar! —dijo Baldwin entre dientes—. El príncipe Ekkehard liberará a Sigfrid. Su tía no puede negarle nada.

—¿Eso crees? Tengo una mejor idea. —Era más grande y fuerte, y temblaba de rabia e impotencia mientras tiraba hacia atrás de Baldwin.

—¡Levantaremos más sospechas si corremos!

En el umbral, la gente que no había encontrado sitio en el interior empujaba hacia delante, para intentar ver qué había causado la conmoción, y los ofendidos por el arranque de Sigfrid o por la falta de espacio del interior empujaban hacia fuera. Ivar siguió el flujo de la marea: dos pasos hacia delante, un paso hacia atrás, dos pasos hacia delante, hasta que llegaron a un día de mitad de otoño de llovizna y frío paralizante.

Baldwin mostró su desagrado durante todo el camino, pero, por una vez, Ivar no se sintió inclinado a ceder ante su enfado. Lo único peor que abandonar a Sigfrid sería que los atrapasen. La madre scholastica no mostraría misericordia.

Recorrieron a trompicones la calzada embarrada por la multitud. Resbalaron más de una vez hasta que los leotardos, las mangas y las manos chorrearón barro. No tenían nada con que lavarse, por lo que se arrimaron al pajar mientras el barro se endurecía y se secaba, luego se derrumbaron con un leve movimiento. Baldwin se cubrió con la única colcha. Ivar paseaba porque no podía dormir y hacía mucho frío como para quedarse quieto.

¿Por qué lo había hecho Sigfrid? ¿Había aguardado al momento oportuno durante todo este tiempo para reventar como una bolsa de vino demasiado llena en presencia de tantos obsecuentes oídos? ¿Él, Ivar, habría hecho algo tan valiente y tan insensato? ¿Era tan valiente como para actuar en consecuencia con lo que creía, para predicar, como había hecho Tallia, como había hecho Sigfrid, y para aceptar las consecuencias?

Era una verdad incómoda, pero tenía que enfrentarse a ella. No era más que un pecador frío y miserable.

—Oh, Ivar —dijo Baldwin—. Tengo tanto frío y te quiero tanto. Sé que eres tímido porque tú nunca has...

—¡Sí que lo he hecho! —replicó, con el rostro hirviendo—. Así es como mi padre celebraba el decimoquinto cumpleaños de sus hijos. Me envió a una sirvienta...

—¿Para convertirte en hombre? No es lo mismo. Tú la utilizaste del mismo modo que Judith me utilizaba a mí. Nunca lo has hecho solo para ti y para el que está contigo. Así es diferente.

—Lo hice así, cuando... —Cuando pensaba en Liath. Y ella lo había desperdiciado.

—Hacerlo una vez no cuenta. Te gustará. Ya verás. Y tendrás más calor.

En realidad, no importaba, ¿verdad? Lo que sí importaba era la mentira que se había contado hasta el momento: había que ver lo que le había sucedido a Sigfrid. Por lo menos, Baldwin se preocupaba por él, como nunca había hecho Liath. Se acercó a Baldwin y, cautelosamente, nervioso, le acarició sobre el corazón. Baldwin respondió con una repentina y tímida sonrisa, con una caricia en el muslo, con un suspiro dulce al oído.

Y entonces, después de todo, resultó más fácil vivir solamente de las sensaciones.



Por la mañana, Milo llegó sin aliento, con la nariz roja por el frío.

—Salid de la ciudad ahora —dijo— y esperad en la calzada hacia Gent.

En el exterior de las puertas caminaron un tiempo para entrar en calor; como comenzaba a aparecer tráfico en la calzada, Ivar se puso nervioso. Utilizó un palo para crear un escondite entre las espinosas ramas de un seto lleno de maleza. Allí, envueltos con la colcha, esperaron.

—Podríamos haber hecho algo por Sigfrid —farfulló Baldwin.

—¿De la misma forma que podrías haber hecho algo cuando la margravina Judith vino a buscarte? Estamos indefensos ante ellos. ¿O quieres volver con tu esposa? ¡Seguro que hace más calor junto a ella!

Baldwin gruñó.

Pasaron carretas, luego un vendedor ambulante a pie y, al final de la mañana, grupos de peregrinos cubiertos de harapos, llorando y gimiendo el nombre de la reina Mathilda. Sin duda, ya habían enviado a caballo la noticia al rey Henry, pero estos humildes peregrinos extenderían la noticia entre la gente común a cambio de un poco de pan y de un pajar en el que dormir.

Algo se estremecía en el interior de Ivar, un sentimiento, una idea... o quizá solo era el hambre.

—¡Mira! —Baldwin dio un brinco, se enredó el pelo en el seto y maldijo cuando las ramas lo detuvieron. Cuando Ivar lo liberó, la comitiva del príncipe Ekkehard había llegado adonde se encontraban.

—¿Por qué estás tan embarrado? —preguntó el príncipe a Baldwin con el ceño fruncido.

—Tuvimos que caminar hasta aquí, señor. ¿Hay noticias de vuestros amigos?

El príncipe Ekkehard tenía la costumbre de parpadear dos o tres veces antes de contestar, como si le llevara ese tiempo registrar las palabras. Era todo sol y alegría cuando estaba contento, pero hosco como un día de lluvia cuando se enfadaba. En ese justo instante, lo fulminaba con la mirada.

—No resulta fácil preguntar a mi tía. Te diré porqué. Ese compañero vuestro está

bastante loco y también es muy irrespetuoso. ¡Tratar la memoria de mi abuela de ese modo! Nunca me gustó y mi tía dijo que le aguarda un castigo horrible, así que no merece la pena suspirar por él. Lo hemos perdido.

—Pero vos prometisteis...

—¡Basta! No hay nada que yo pueda hacer —sonrió—. Pero tengo un buen trabajo para mi horrible primo, Reginar. Le dije a mi tía que está libre la abadía de Firsebarg ahora que han enviado a lord Hugh ante la skopos como castigo, así que lo enviara allí. Estaba tan agradecido que prometió hacerme un favor, por lo que le conté que allí había un novicio llamado Ermanrich a quien yo había visto en una visión y que quería que fuera a Gent para servirme. —Los jóvenes miembros de su séquito se rieron tontamente—. Vamos, hermoso Baldwin. —Se volvió persuasivo, al ver que Baldwin todavía estaba molesto—. Hice lo que pude.

—También podíais haber conseguido a Sigfrid.

—¡No hay nada que pueda hacer en contra de mi tía cuando está tan rabiosa! Merecerá cualquier castigo que se le imponga. Ha sido algo terrible... —El joven príncipe titubeó, al ver la expresión de Baldwin—. Pero todo lo demás lo hice como deseabas, Baldwin. Me quieres, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Baldwin, reflexivo, y farfulló—: siempre y cuando me mantengáis alejado de la margravina Judith. —Ivar lo empujó y él se sorprendió como un ciervo en busca de protección—. Os lo agradezco, señor.

—Debes hacerlo. Ven, cabalga a mi lado, Baldwin.

Le trajeron un caballo. Ivar encontró sitio en una de las carretas y allí empegó a rumiar mientras daba tumbos en el camino y escuchaba la conversación entre el príncipe y sus leales criados. Había oído la cantinela bastante a menudo: los hombres jóvenes eran temerarios e irresponsables por la falta de un vientre tranquilizador y el conocimiento de que darían a luz a hijas que serían sus herederas. No era de extrañar que las mujeres, como la Señora tiempo atrás, llevaran las riendas de la administración mientras que ellos se ocupaban del corazón. ¿Qué se podía esperar de hombres sin objetivos? ¿Del testarudo príncipe Ekkehard? ¿Del hermoso y mimado Baldwin?

¿Ivar, hijo de Harl y de Herlinda, era acaso mejor? Atrapado por el deseo hacia una mujer que nunca lo había querido. Un cobarde, al contrario que Sigfrid, que, al menos, había gritado la verdad aunque fuera irrespetuosa e insensatamente, sin importarle las consecuencias.

Lloró, aunque era un día de sol radiante.

—¡Pelo blanco! ¡Mujer de la nieve!

Una docena de guerreros ungrianos, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, afilaban sus curvadas espadas, pero se detuvieron para observar a Hanna pasar. Había crecido acostumbrada a ser el centro de atención cuando caminaba por el campamento, a causa del pelo rubio y la piel clara. Salvo el príncipe Bayan, los ungrianos no conocían la lengua wendiana, pero daba la sensación de que todos los soldados del séquito habían aprendido esas pocas palabras y que no les avergonzaba en absoluto llamarla con sus horribles acentos.

—Hermosa doncella de la nieve, ¡moriría por vos! —gritó un joven de pelo negro y un largo, caído y llamativamente grasiento bigote. Sus ojos eran dulces y le faltaba un diente de la parte de delante. Como los demás ungrianos, vestía un abrigo de cuero enguatado sobre unos pantalones anchos.

—Mis saludos a vuestra esposa, amigo —le respondió ella en ungriano. Todos se rieron, se dieron palmaditas en los muslos y comenzaron a hablar con locuacidad entre ellos, seguramente sobre ella. Resultaba desconcertante y agotador, ser objeto de tanta atención.

A su lado, el hermano Breschius se reía entre dientes.

—La «r» se pronuncia con más suavidad —la corrigió—, pero, por lo demás, fue un buen intento. Tenéis más facilidad para los idiomas que vuestra señora.

Hanna dejó pasar esa gentil crítica.

—Coquetean mucho, hermano, pero nadie me ha propuesto nada deshonesto. Me siento segura, paseando en el campamento.

Él gruñó amistosamente.

—Por ahora estáis a salvo. Cuando hacen un juramento, lo mantienen, no han dejado de ser bárbaros de corazón, lo que significa que son supersticiosos. Creen de verdad en que si malgastan sus fuerzas en actividades carnales antes de una batalla, seguramente morirán a manos de un hombre que no se esforzó de ese modo.

—Pero algunos de los que mantienen el juramento morirán de todos modos.

—Cierto. Es voluntad de Dios. En sus mentes, esas muertes serán culpa de otras cosas que hicieron o no: pisar una sombra, la castidad de sus esposas a leguas de distancia, una mosca que se posa en la oreja izquierda y no en la derecha. Profesan fe al Dios de la Unidad, pero sus corazones no se han entregado del todo al cuidado de

Dios. Vos, también, procedéis de una tierra que ha conocido la Luz recientemente, creo, hija. ¿El primer día de primavera no colocáis flores en un cruce para que os de suerte en los viajes del resto del año?

Lo miró con severidad. Entonces, sonrió, porque le gustaba por la mano que le faltaba y por el tolerante corazón.

—Habéis viajado mucho, hermano. Sabéis mucho.

Él se rio entre dientes.

—Todos somos ignorantes. Hago lo que puedo para compartir la Palabra Sagrada de Dios con aquellos que viven en la penumbra. Pero, que no se os olvide, Águila, cuidaos después de la batalla. Es costumbre que los que sobreviven se comporten como salvajes. Os aconsejo que en ese momento os mantengáis cerca de vuestra señora.

Ella miró hacia su destino: una torre de piedra sobre un caballón que dominaba el extenso valle del río Vitadi. Mitad de la empalizada de madera había sido construida una generación atrás y la había abandonado. En ese momento, según órdenes de la princesa Sapia, hombres reclutados en los poblados vecinos trabajaban para finalizar el fuerte.

Los hombres cavaban una zanja, transportaban troncos, perjuraban y sudaban mientras Breschius y ella subían por el camino que conducía a la puerta de la empalizada y, una vez dentro, por un sendero hecho en la cara rocosa de un desfiladero, por un túnel abierto toscamente en el que tuvieron que agachar la cabeza hacia el interior de la fortaleza.

En el interior de la roca escuchó resonar el eco de la jovial risa del príncipe Bayan, que se encontraba en el umbral de la torre, riéndose con el capitán wendiano al mando de la fortaleza. Se dio la vuelta y vio a Hanna y le hizo una señal para que se acercara.

—¡Aquí llega la mujer de la nieve! —exclamó—. Pronto el invierno llegará tras ella. —Tenía la agradable costumbre de arrugar los ojos cuando hablaba, por lo que, aunque no sonriera, sus ojos sí lo hacían. La vida era buena con el príncipe Bayan por eso—. ¿Dónde está mi real esposa? —preguntó.

Hanna miró de reojo al hermano Breschius que, gracias a Dios, le ahorró la incómoda respuesta. *Lady Udalfreda* de Naumannsfurt había llegado con veinte soldados de caballería y con treinta y cinco de infantería, y la princesa se sintió obligada a atenderla.

Hanna sospechaba que, en realidad, Sapia, a pesar de todo lo que le gustaba la lucha, no tenía estómago para presenciar aquello, por lo que había enviado a Hanna en su nombre.

Bayan se encogió de hombros en un ademán afable. El capitán wendiano los condujo hacia abajo por un estrecho tramo de escaleras hacia el último sótano, en el que hacía mucho frío. La roca tallada goteaba agua, que creaba charcos para botas incautas. Junto a la puerta del sótano, brillaba un enrojecido brasero con trozos de

carbón. Un soldado los azuzaba con una barra de hierro para calentarla. En la esquina más fría y húmeda, con la única iluminación de un pequeño farol, se encontraba un salvaje tan encadenado, de las muñecas a los tobillos, que estaba obligado a yacer en su propia inmundicia. Apestaba. Cuando Bayan entró, dos soldados lo agarraron por los hombros y lo pusieron en pie. Los miraba con la obstinación de unos ojos apagados por el dolor. En la mejilla tenía una llaga supurante. Al ver a Bayan, le escupió, pero no consiguió que saliera de su boca ningún fluido.

—Este es al que capturamos en el asalto de hace dos días —dijo el capitán—. Lo quemamos con una barra de hierro, pero solo habla su lengua y ninguno de nosotros lo entiende.

El príncipe Bayan jovial desapareció en algún lugar de las escaleras. El hombre que miraba al prisionero quman asustaba a Hanna con su expresión inmisericorde. Prescindió de su rudimentario wendiano y se dirigió directamente a Breschius, que tradujo.

—Traedme un bloque de madera y un hacha.

Cuando así hicieron, les pidió que desencadenaran la mano izquierda del prisionero y que la estiraran. El prisionero no tenía armas, por supuesto, pero seguía vistiendo la armadura, que no se parecía a nada que Hanna hubiera visto antes: pequeños trozos de cuero cosidos juntos para formar un abrigo de armadura, y un cinturón de cuero tachonado de placas de oro con forma de caballos y grifos. Un pequeño objeto se balanceaba en el cinturón y en ese momento se apoyaba en las dobladas rodillas, pero no pudo ver de qué se trataba. Portaba un extraño arnés en la espalda, un artilugio de madera y hierro y, extrañamente, con unas plumas cortadas en tiras.

A Hanna empezó a revolversele el estómago. Unas oleadas de hedor acompañaban al prisionero, que no emitió ningún sonido cuando los soldados wendianos le sujetaron la mano izquierda y le separaron los dedos sobre el bloque de madera. El príncipe Bayan sacó un cuchillo y, con un rápido tajo, le cortó el dedo meñique.

El prisionero soltó un sonido, un «ah» de dolor contenido mientras fluía la sangre. Bayan se dirigió a él en un idioma que Hanna no reconoció, pero, como respuesta, el hombre solo escupió. Bayan cortó el siguiente dedo, y el siguiente, y entonces Hanna tuvo que mirar hacia otro lado. Pensaba que iba vomitar. Bayan interrogaba al prisionero con una voz tranquila cuyo tono no contradecía la tortura que infligía. Ella se concentró en ese tono: era su cuerda de salvamento. El hombre gritaba.

Ella levantó la mirada y lo vio recostarse, sin una mano, mientras la sangre bombeaba del muñón de la muñeca. Tirado hacia atrás, tal y como estaba, ella pudo ver claramente el objeto que colgaba del cinto: negro y arrugado, con la forma de una cabeza moldeada con un grotesco parecido a una cara. Entonces, trajeron la barra de hierro para sellar la herida. Mientras gritaba, ella miró fijamente para esa espantosa cosa que colgaba del cinto para así no tener que observar la agonía y para darse

cuenta para siempre de que, en realidad, se trataba de una horrible y pequeña cabeza humana, arrugada y asquerosa, con una espléndida melena de pelo negro y duro.

—Voy a vomitar —farfulló. El hermano Breschius se hizo a un lado justo a tiempo y ella vomitó en una esquina, mientras, aparentemente sin prestarle atención, el príncipe Bayan reanudaba la tarea, en este caso, con la mano derecha. Primero le rompió los dedos uno a uno, luego le cortó el dedo meñique, luego el anular, el corazón, pero el prisionero solo gruñía, con estoicismo hasta el final.

Al final Bayan maldijo cordialmente y le cortó el cuello, tras lo cual se retiró con agilidad para no mancharse de sangre.

—Después de que la espada corte la mano, nunca habla, porque no tiene nada para volver a su tribu, porque ya no es un hombre —explicó. Se encogió de hombros—. Esa es la voluntad de Dios. Estos quman de todos modos nunca hablan. Tercos desgraciados. —Se rio provocando un retumbante y perverso sonido en el asqueroso fétido sótano—. Esas son buenas palabras, ¿verdad? Me las enseñó el príncipe Sartglant: «Tercos desgraciados».

Se rio y se secó las lágrimas. Ni siquiera volvió a mirar el cadáver, que significaba para él tan poco como un perro muerto tirado al borde de la calzada.

—Vamos —le dijo a Hanna—. La mujer de la nieve debe quitarse este olor y estar limpia como un lirio otra vez, ¿no? Nos vamos al banquete.

Se fueron al banquete, durante el cual Bayan entretuvo a *lady* Udalfreda y a sus nobles acompañantes con relatos encantadores, y en cierta medida indecentes, de sus aventuras como hombre muy joven entre las guerreras sazdakh, quienes, según él, no podían ser consideradas mujeres o guerreras hasta que hubieran capturado y yacido con un joven al que después le cortaran el pene como trofeo. Hanna no pudo probar ni un bocado, aunque el hermano Breschius se aseguró amablemente de que bebiera un poco de vino para que se le asentase el estómago.

En cierto modo, se sintió aliviada cuando dos escuchas llegaron llenos de polvo y con los ojos desorbitados con noticias de que un ejército quman se dirigía hacia ellos.

Los guerreros ungrianos dormían, comían y se entretenían con las armaduras puestas. Montaban y se preparaban para cabalgar con tanta rapidez que hacían que los buenos soldados wendianos del séquito de Sapiencia parecieran unos auténticos recién llegados, torpes y titubeantes. Incluso la colorida pintura de la litera de la madre de Bayan rodaba hacia la fila y esperaba allí, como con una queja silenciosa, mucho antes de que la princesa Sapiencia terminara de armarse y montar.

—¿La madre del príncipe Bayan cabalgará con nosotros? —preguntó Hanna.

Breschius asintió con la cabeza hacia la carreta, con la mirada alerta. Las ventanas cerradas y la puerta con la cortina pasada hacían que pareciera una pequeña casa sobre ruedas y hubiera resultado bastante pintoresco si no fuera por los blancos huesos que colgaban de los aleros como amuletos aunque, gracias a Dios, no fueran humanos, sino de animales. En la cima del techo una pequeña rueda adornada con lazos rojos, amarillos y blancos giraba con el viento.

—Los chamanes de la tribu no llevan la suerte en sus cuerpos como los demás de nosotros. Su suerte nace en otra persona, en alguien que nació el mismo día y a la misma hora. Se dice que la suerte de la madre de Bayan nació en el niño que después sería el padre de Bayan, un príncipe del pueblo ungriano, y que esa es la única razón por la que accedió a casarse con él, que, sin embargo, murió el mismo día que nació Bayan, así que, según su punto de vista, la suerte de ella pasó de padre a hijo. Por eso, ella debe permanecer cerca del príncipe, para velar por él. —Se rio como si lo hiciera de sí mismo—. Pero ella no supone ningún peligro verdadero. Ni siquiera los quman atacarían a una princesa kerayita, porque saben el destino que aguarda al clan de aquel que roce a una bruja kerayita sin su consentimiento. Ya lo comprobaréis. Ella es útil.

Partieron, por fin. Hanna agradeció dejar atrás la torre de piedra. El aire frío de otoño, el denso olor de la hierba y un frágil cepillo de fregar se llevaron los últimos vestigios de ese terrible hedor, aunque parecía que la acompañaba la imagen de una cabeza arrugada y horrenda hundida en su mente.

Vadearon el río, que corría con poco caudal tras el calor del verano y la sequía del otoño. El agua fría en las pantorrillas hizo que su respiración fuera entrecortada. Sapiencia cabalgaba justo delante de ella, al lado de Bayan, y reía tranquila mientras alcanzaban la otra orilla chapoteando, más como una noble mujer que cabalgaba hacia una cacería y no hacia la batalla. Detrás, los bueyes arrastraban la carreta impasiblemente hacia el agua, conducidos por dos de los atractivos esclavos. Resultaba muy extraño, y seguramente era un efecto de la luz sobre el agua, que le pareciera a Hanna que el río se retiraba en cierto modo, que las olas formaran una ligera depresión alrededor de las ruedas de la carreta de forma que el agua no salpicara la cama. Tras la carreta marchaba la infantería wendiana; sin caballos, se mojaron hasta la cadera, al tiempo que se burlaban y reían de los compañeros que mostraron algún signo de sensibilidad al frío.

En cuanto todos cruzaron, el ejército, de quizá unos doscientos soldados en total, estuvo preparado para seguir adelante. Las colinas se alzaban sobre el fondo del valle a alrededor de una legua de distancia hacia el norte. Se desviaron al este para seguir el río. Las nubes se movían desde el este, mientras se levantaba viento. Los soldados wendianos comenzaron a cantar un himno vigoroso.

Una repentina llamada recorrió la línea y, con ella, aumentó la tensión de los individuos que aguardaban la batalla. Los ungrianos cambiaron las posiciones, abrieron los flancos, Bayan se colocó en el centro mientras ordenaba a sus hombres con su fuerte voz de barítono. Más o menos la mitad de los jinetes ungrianos se separaron del grupo principal y se abrieron hacia las colinas. La infantería wendiana se replegó para formar un cuadrado en una cuesta.

Un extraño zumbido se expandió por el aire, aumentado en fuerza. Parecía que procedía de ningún sitio y de todos al mismo tiempo: extraño e inquietante, perturbador, como la sensación de una araña que sube por la espalda. El caballo de

Hanna se revolvió inquieto. Lo enderezó de vuelta al lugar, junto al hermano Breschius, en el que esperaban tras Sapiaientia y Bayan, y niveló la lanza. Los soldados de Bayan empezaron a lamentarse, como el aullido de un lobo enfermo, pero incluso ese ruido era mejor que el horrible zumbido incorpóreo. Ella entrecerró los ojos hacia el este, intentado encontrar la fuente. Las nubes oscurecieron el horizonte oriental. En la distancia, el estruendo de un trueno retumbó en las colinas. Incluso por encima de la tierra levantada por el ejército, podía oler la lluvia.

El príncipe Bayan se volvió de repente, miró para Breschius y para, ella y les lanzó una orden. Sapiaientia objetó. La esposa y el esposo quizá intercambiaron cuatro tensas frases: Sapiaientia pálida de ardor y Bayan, centrado y sin ninguna paciencia.

Súbitamente, Sapiaientia se rindió. Se dio la vuelta.

—¡Iros! —gritó a Hanna—. El padre y tú. Iros, ¡y observad todo lo que ocurra!

Los jinetes les dejaron paso mientras se retiraban de la línea.

—¿Qué es ese terrible sonido? —gritó Hanna por encima del barullo del repiqueteo y los alaridos.

Breschius sonrió pero no respondió, mientras la línea exterior de los soldados de a pie se apartaban para dejarlos llegar al centro del cuadro de infantería. Allí, junto a la carreta pintada, Hanna hizo dar la vuelta a su caballo justo cuando los soldados wendianos emitieron un gran grito de alarma y sorpresa, al que los ungrianos respondieron con un aullido de regocijo al tiempo que comenzaban la carga.

Entonces, vio que los quman, más allá de la línea ungriana, avanzaban a lo largo de la llanura del río, mientras oscuras nubes atravesaban el cielo tras ellos. Después de todo, no eran humanos. No tenían cara, pero sí alas. Las plumas ondeaban y latían, hacían estremecer el aire y creaban un baile de sombras y luces con las amplias alas que se inclinaban sobre su cabeza. Bajo los cascos, los rostros planos y metálicos relucían con brillo, pero amenazantes, a medida que el sol del oeste se abría paso entre las oscuras nubes para iluminar al ejército wendiano y ungriano con un suave resplandor. Los guerreros quman no hacían ningún ruido, excepto el silbido de las alas al cabalgar.

Los ungrianos cargaron, desorganizados en líneas irregulares como si fueran un grupo de hambrientos perros enloquecidos al ver carne fresca. El estruendo de los cascos y el zumbido de las alas casi ahogaban sus chillidos y gritos. Incluso, en la distancia, Hanna pudo ver cómo Sapiaientia esperaba impaciente bajo su estandarte. La princesa comenzó a retirarse tras los ungrianos, pero Bayan la detuvo al colocar su lanza frente al pecho, mientras él esperaba y observaba cómo sus hombres cabalgaban precipitadamente y sin orden hacia el enemigo.

—¡Los van a atrapar! —gritó Hanna, que de repente se preguntó qué sería de los wendianos después de que sus aliados se lanzaran con todas fuerzas y con tanta insensatez. Breschius sonreía con la calma de un hombre que había hecho las paces con Dios tiempo atrás y que no temía a la muerte.

Un manto de gotas susurraba mientras una mano anciana y amarillenta apartaba

unos ramales para observar. Hanna miró hacia allí, sorprendida, pero solo percibió una sombra. Escuchó un silbido, unas suaves palabras en una lengua extranjera y una ráfaga blanca se apagó entre dos hebras de cuentas color ámbar. Una pluma de oca cayó sin fuerza al suelo.

—¡Eh, ahí! —gritó uno de los soldados de infantería—. ¡Se acercan!

Los quman cargaron en orden hacia los ungrianos atacantes, disminuyendo la brecha entre ellos.

Los enloquecidos ungrianos de repente se volvieron sobre sus talones y dispararon hacia las filas quman tantas flechas que el silbido de estas acompañó al zumbido de las alas. La lluvia oscureció la parte este del cielo al tiempo que los ungrianos se acercaban desordenados a la línea wendiana, con cierto descontrol, abriéndose hacia el frente. Todo el cerco alrededor de Bayan osciló, se volvió y comenzó a desintegrarse. Bayan gritó algo inteligible a semejante distancia, mientras la línea wendiana, también se retiraba hacia el cuadro de infantería. Solo Sapientia intentó empujar a su cohorte, gritando a sus hombres para intentar que volvieran a formar.

Bayan volvió a intervenir con determinación al situar su flecha entre ella y su espada. De repente, se derrumbó todo el centro y todos huyeron en retirada ante la aplastante derrota.

Junto a Hanna, Breschius gruñó.

Hanna miraba horrorizada el debacle. No podía hablar. En la llanura tras el ejército quman, la lluvia golpeaba el suelo hasta embarrarlo. Sin embargo, en el lugar en el que ella se encontraba, en el lugar al que huyeron los soldados de Bayan desordenados, el sol aún brillaba y el suelo estaba seco. En la llanura se movían como hormigas cuyo nido ha sido pisoteado. Un soldado ungriano, rezagado, se cayó con una flecha clavada en la espalda y su cuerpo desapareció entre una veintena de cascos y de soldados alados, silbando.

En ese momento, supo que iba a morir de una forma que irrumpió en su corazón como una flor que se abre, con una belleza transformadora e imbuida por el efímero perfume de la mortalidad y de la revelación de la eterna presencia de Dios.

El fuerte avance quman comenzó a disolverse cuando algunos jóvenes guerreros no pudieron contener la impaciencia y avanzaron en desorden. Al separarse del resto, ella los pudo ver claramente por primera vez: en absoluto eran criaturas aladas, sino hombres con alas amarradas a la espalda como si fueran pájaros. Incluso los planos y metálicos rostros eran parte de los cascos.

Entonces, por supuesto, el flanco ungriano que se había dirigido hacia las colinas se lanzó a atacar a los quman, que perseguían con nerviosismo a los estandartes en retirada. Un grito agudo surgió entre la línea ungriana en retirada y, como si los tensara una sola cuerda, se dieron la vuelta todos y cargaron en una formación casi perfecta hacia el centro quman.

—¡Salveeeeeee! —gritó Hanna exultante, como respuesta a su señora. Observó

cómo el estandarte de Sapientia avanzaba y alcanzaba el de Bayan: el príncipe y la princesa se sumergieron juntos en la batalla. Atrapados entre dos azotes, los quman no pudieron hacer nada. Los que al final se descompusieron e intentaron huir cayeron atrapados en el empapado suelo al este de la llanura del río.

Bayan se retiró del tumulto hacia la carreta de su madre y, desde ese punto privilegiado, supervisó la escena con el ceño fruncido, sin preocupación, evaluando la acción. No parecía percatarse de la presencia de Hanna, pero llamó al hermano Breschius para que lo asistiera. En intervalos de uno o dos, sus hombres se acercarían a hablar con él, o le traerían un trozo de tela, un cuchillo, una pluma rota o la máscara pisoteada de un casco. Cada elemento sería examinado con cuidado y luego él volvería a observar a los ejércitos wendianos y ungrianos atacar al enemigo.

Mataron hasta que la oscuridad impedía ver.

Al final, trajeron lámparas del campamento. Sapientia regresó de la matanza con el rostro reluciente por la emoción y con la espada goteando sangre. Un farol colgaba del poste de su estandarte, al que iluminaba mientras ondeaba movido por el viento que soplaba del oeste.

—¡Salveeee! —Alardeó, como saludo a su marido—. ¡Una victoria! ¡Los hemos conducido a la batalla y hemos vencido con claridad!

En respuesta, Bayan alzó su espada, que también estaba manchada de sangre que se secaba.

—¡He matado a un hombre! —gritó—. ¡Ahora me llevo a la cama a mi mujer!

Sapientia rio de éxtasis. La rodeaba una energía atronadora, como la carga que queda en el aire después del estruendo de un rayo. De hecho, mientras todo el ejército se reunía alrededor del farol, Hanna percibió cómo la tensión aumentaba entre ellos, tal vez más peligrosa que la que surgió antes de la batalla.

Con los estandartes al frente y las antorchas alrededor, Bayan y Sapientia avanzaron entre el ejército y regresaron al campamento. Hanna hizo ademán de seguirlos, pero Breschius la detuvo.

—Tocad la carreta —le dijo con severidad—. ¡Hacedlo!

Vacilante, tocó una esquina. Le dio la sensación de que era simple madera, sin nada mágico en ella. Poco después, la carreta detrás de Bayan dio una sacudida. Hanna siguió obediente su estela junto a Breschius. El ejército cabalgaba en formación al lado; en ese momento, ella sintió que la observaban muchos soldados ungrianos, la miraban fijamente, se la comían con los ojos. Por supuesto, los wendianos también lo hacían, pero para ellos ella era un Águila del rey. Conocían su juramento y eran conscientes de que contaba con la protección del rey.

—Estáis a salvo al lado de la carreta —dijo Breschius—. Cuando regresemos al campamento, permaneced cerca de mí.

—¿Qué creéis que puede suceder?

Él se encogió de hombros.

La madre de Hanna no había criado a una inconsciente. El corazón ya no le latía

tan fuerte y podía pensar con mayor claridad.

—Eso no fue una batalla de verdad —dijo finalmente—. Acabó por tratarse de una matanza de cerdos.

—Aquello no era un ejército. Yo he visto un ejército quman y es algo aterrador, niña. Eso era una incursión. Eran hombres jóvenes, impacientes, enviados como avanzadilla de un verdadero ejército para ganar la gloria o para actuar como alerta para los que le seguían en caso de que no regresaran. Habéis visto cómo luchan. Fueron tan insensatos como para no ver ante sus narices un truco tan viejo como estas colinas. Me parece muy probable que no contaran con un líder mayor y sabio que los previniese cuando sintieron la fiebre asesina.

—La forma en la que intervino el príncipe Bayan para que evitar que la princesa Sapientia muriese.

La miró, pero ella no pudo entender su expresión bajo una luz tan tenue. En las esquinas de la carreta habían colgado faroles encendidos que se balanceaban seductoramente mientras el grupo volvía a atravesar el río para alcanzar la otra orilla. Por extraño que pareciera, en ese momento el río tenía menos profundidad. Las botas de Hanna apenas rozaron el agua al cruzar. Ya podía oír que más adelante, en el campamento, se cantaba, maldecía y reía casi con locura. A su alrededor, los hombres bebían mucho de las bolsas de cuero atadas a sus sillas. Contenía una especie de potente brebaje, cuyo aroma fermentado inundaba el aire cuando gritaban y bramaban entre ellos, cuando cantaban fragmentos de canciones o cuando bailaban en fila con el acompañamiento del tañido de unos laúdes de extraña forma. Habían enloquecido, exaltados por la fácil matanza y preparados para meterse en problemas.

—Mi abuela una vez me dijo que matar es solo la mitad de un acto —dijo ella.

—Tu abuela era una mujer sabia —añadió Breschius—. ¿Para ella cuál era la otra mitad del acto?

Ella sonrió nerviosa bajo la sombra de la noche.

—Ah, bueno, mi abuela todavía adoraba a los antiguos dioses. Decía que si se toma sangre, se debe sangre, pero que la mayor parte de la gente se olvida esa ley cuando matan en la guerra o por rabia. Sin embargo, esa sangre sigue manchándoles las manos y les cuaja el corazón.

—Cierto. Cuando el espíritu abandona el cuerpo, cierta energía queda atrás. Si no se contiene por miedo de la oración o del perdón o, incluso, con un acto de creación o por un don de iniciación, entonces el Enemigo puede arrastrarse hacia el corazón de alguien que haya matado. Por eso, la guerra está acompañada de muchos actos horribles y, por eso, quienes hayan formado parte de una batalla siempre deberían purificarse después con la oración.

—¿Esta noche guiaréis una oración aquí?

—Para los que quieran asistir, pero, lamentablemente, mi señor y la mayoría de los demás aún viven sus cuerpos según las antiguas maneras, a pesar de que con la lengua oren al Dios de la Unidad. El príncipe Bayan consumará el matrimonio y, así,

se purificará, aunque la Iglesia no aprueba esos métodos antiguos. No os alejéis de la tienda de la princesa Sapientia esta noche. Su presencia en el campamento puede no bastar para protegeros de los insultos hacia vuestra persona por cualquiera de los jóvenes borrachos de vino y sangre.

—Tendré cuidado —prometió ella.

Llegaron al pabellón real. Bayan y Sapientia aún estaban fuera, brindando con sus seguidores, pero enseguida se hizo evidente que Bayan solamente estaba esperando a su madre, cuya litera se detuvo a unos veinte pasos del pabellón. Él esperó, con la cabeza inclinada, mientras colocaban cuatro escalones bajo la pequeña puerta. Las tres ancianas y arrugadas sirvientas que asistían a la princesa kerayita descendieron los escalones con las bandejas y los restos de comida habituales y con una escupidera cubierta. Entonces una joven asombrosamente hermosa surgió entre las cortinas con abalorios, que brillaban y titilaban tras ella al bajar los escalones. Tenía una piel cremosa un poco más oscura que la de Liath, labios sensuales, amplios pómulos, ojos atrevidos y el pelo como la seda negra. Su vestido podía haber sido hilado con oro. Alrededor de la cintura llevaba por lo menos una docena de cadenas enlazadas y de su cuello caían abundantes collares de oro. Un anillo de oro le atravesaba la nariz y de cada oreja le colgaban tres pendientes de oro con la forma de huesos. En cada dedo tenía un anillo con gemas incrustada.

—¿Quién es? —susurró Hanna, atónita. Desde el día del banquete nupcial, en ningún momento llegó a ver o sospechar la existencia de la anciana mujer. Solo había visto a las tres ancianas sirvientas que entraban y salían de la carreta.

—No sé cómo se llama —dijo Breschius suavemente—. Ella también es una princesa de primer rango del pueblo kerayit. Es la aprendiz de la anciana. Aún no ha encontrado la suerte, por eso puede mostrarse ante gente que no son familiares de sangre.

El príncipe Bayan subió los escalones y se escondió en la carreta. Sapientia trató de seguirlo, pero la joven kerayit cerró el paso con un brazo en la puerta. Durante un tiempo, Sapientia protestó, pero la otra mujer la miró de arriba abajo, no de modo amenazante, negando con rotundidad. Sapientia acabó por fingir que había decidido retirarse al pabellón a esperar. La princesa kerayita la observó alejarse con la mirada sombría de una mujer modesta que vigilia a su amado.

¡Ay, Señora! Había algo en ella... algo familiar, familiar como Liath le había resultado siempre a Hanna, algún tipo de incipiente energía que no podía definir pero que Liath había conservado en su interior como un águila cautiva a la espera de que la liberen...

Mientras la mujer kerayita recorría la asamblea con la mirada, Breschius silbó entre dientes y empezó a temblar. Hanna podía sentir su aprensión, la aprensión de un hombre que había permanecido firme en la batalla sin muestra alguna de miedo. Todas las almas allí presentes, incluso los soldados jóvenes más borrachos y bulliciosos, permanecieron en silencio como deferencia hacia su evaluadora mirada.

Poseía la imperiosa indiferencia del sol, que nunca se cuestiona su brillo porque lo tiene.

En medio del silencio, Hanna pensó por un momento que podía oír el murmullo de la voz de Bayan y, en respuesta, el susurro, parecido al silbido de un grillo, de otra persona. Entonces se encontró con la mirada de la joven princesa, cuyos hermosos ojos almendrados se sorprendieron al ver a Hanna. Pelo rubio, ojos claros: Hanna sabía lo diferente que era allí, en la frontera. Pocos soldados wendianos eran tan pálidos como ella aunque, de todos modos, estaban cubiertos de tierra por la batalla.

El príncipe Bayan abrió la cortina de cuentas y bajó los escalones, riendo.

—¡Ahora! ¡A la cama! —gritó y todos se animaron. Cuando a continuación Hanna miró hacia la gente que de repente se agolpó a su alrededor, la joven kerayita había desaparecido. Los escalones de la carreta habían sido recogidos.

—¡Águila! ¡Hanna!

Tenía que irse. Asistió a Sapiencia en la cama, esperó con los demás hasta que retiraron las mantas. Como Águila, tenía que ser testigo de que el marido y la mujer se colocaban en la cama adecuadamente. Luego, como los demás, se retiró con discreción.

Tenía una manta y esa noche le pareció prudente no alejarse del toldo. Era difícil dormir, porque había mucho ruido, risas, gruñidos y exclamaciones de placer en el interior de la tienda y cantos, tambores, gritos y, en una ocasión, un aullido de terror en el exterior del campamento. Breschius también tenían una manta y roncaba tranquilamente a su lado, tapado y cómodo sobre la vieja alfombra extendida bajo el toldo. Unos pocos sirvientes dormían tranquilos en el otro lado.

Ella tenía frío y estaba inquieta. Esperaba, pero no sabía qué. Al final, se quedó dormida.

Y tuvo un sueño realmente extraño.

Todas las nubes habían volado hacia el este para hostigar a los quman, para purgar el rastro dejado por los jóvenes hermanos que cabalgaron en busca del enemigo, pero que nunca regresaron. Las estrellas descansaban con tanta intensidad en el firmamento que brillaban como resplandecientes chispas de luz: las almas de los exaltados daimones que existen más allá del acogedor mundo de la humanidad. Las estrellas nunca han brillado tanto como estas, como, si de alguna forma, hubieran doblado la gran bóveda del cielo hacia dentro con la fuerza de su voluntad, porque buscan algo que han perdido, algo que cayó en la fría y dura tierra.

De noche, la carreta de la chamán kerayita reluce con el reflejo de la luz de las estrellas y solo ahora es cuando la magia realmente fulgura en sus paredes: marcas y sigiles, espirales y conos, un árbol muy elaborado cuyas raíces descendían hacia el fondo de la tierra y cuyas ramas crecían por encima del techo para alcanzar el cielo. Un trémulo mástil, más compuesto

de luz que de sustancia, se alza hacia los cielos desde un agujero de humo en el centro de la carreta: habían grabado siete muescas en ese tronco sin ramas cuya parte superior parece fundirse con la Estrella Polar alrededor de la cual gira el firmamento.

Las cuentas tabletean y susurran mientras los escalones caían de la carreta. La joven princesa se asoma y le hace una señal a Hanna.

Ven aquí.

Hanna deja la manta y va. Al entrar, roza la cabeza con el dintel de la diminuta puerta. El interior no es como el exterior. La carreta es pequeña y, sin embargo, ella siente que se encuentra en un pabellón, como poco, tan grande como ese en el que duermen Bayan y Sapiencia. Los muros se mecen como si los golpeará el viento. Hay dos cabinas de camas muy elaboradas, una mesa baja y almohadas hermosamente bordadas sobre las que sentarse. Un pájaro verde y dorado se agita en la jaula al verla. Se sienta en una almohada y una de las ancianas sirvientas le trae una copa de un líquido caliente cuyo picante aroma le hace escocer la nariz.

—Bebe —dice una voz de cascabel y entonces Hanna ve a la madre de Bayan sentada cubierta por un velo entre las sombras: un rostro aparece visible tras la seda translúcida. Un tapiz cuelga del muro de la tienda, a su espalda: es la imagen de una mujer de pie sobre la tierra que se estira hacia el firmamento del que cuelga un palacio que planea mágicamente en el éter; del ombligo de la mujer se extiende una cuerda atada a un árbol del patio del palacio flotante; un águila vuela en medio y dos dragones enrollados observan con ojos achinados—. Lo que viene de la tierra regresa a la tierra —dice la anciana mientras Hanna bebe obediente—. ¿Qué me habéis traído, hija de hermana? Ella no es de mi clan.

El oro destella y la joven princesa da un paso hacia delante.

—Por fin la he encontrado —dice—. Mi suerte nació en esta mujer.

—¡Ah! —exclama la anciana con la aspereza de los grillos. Hay un ruido de fuera, un gemido muy agudo que provoca que descienda un estremecimiento por la espalda de Hanna, que piensa que seguramente ya no estén en el campamento, que seguramente han partido hacia un lugar alejado en el que peligrosas criaturas acechan los pastos nocturnos, porque en la naturaleza de los sueños uno puede recorrer así de rápido una distancia tan grande sin moverse.

—Ah —repite la anciana—, entonces nos acompañará.

—No. Aún no se vendrá conmigo. Debe encontrar al hombre que se convertirá en mi pura y, entonces, regresará a mí, con él.

La joven princesa se vuelve para mirar a Hanna y Hanna piensa que tal vez puede ver a través del oscuro iris de esos hermosos ojos almendra el trayecto de regreso hacia la tierra en la que viven y deambulan los kerayitas,

entre hierba tan alta que un hombre a caballo no se asoma por encima, en el que los grifos asedian a los incautos y los dragones guardan las fronteras de un vasto y horrible desierto sembrado de granos de oro y plata. Allí aguarda una mujer, aunque no es una mujer real, sino una criatura mujer de cintura para arriba y con el cuerpo y la fuerza elegante de una yegua de cintura para abajo. Es un chamán con grandes poderes y mucha edad, con el rostro pintado de rayas verdes y doradas y con un búho posado en la muñeca. Saca el arco y lanza una flecha hacia la luz de las estrellas. La trayectoria se arquea de forma inverosímil junto a la Estrella Polar y con un gran repique agujerea el corazón de la joven princesa, que da un grito ahogado, cae de rodillas, y con una mano se aferra al pecho.

Hanna se levanta de repente para ayudarla, pero en cuanto toca a la joven, siente el ardor de una flecha en el pecho, como si una avispa hubiera quedado atrapada en su interior. Duele.

Se despertó de repente cuando una mano le rozó el pecho. Se sentó enseguida y su cabeza chocó con la del hombre inclinado sobre ella. Sus ojos se acostumbraron a la luz grisácea que presagia el amanecer.

—¡Alteza! —exclamó, retirándose tan rápido como pudo.

El príncipe Bayan sonrió de modo encantador, mientras se frotaba la frente. Vestía solo unos arrugados pantalones, por lo que mostraba mucho de su fuerte y atractivo cuerpo. El aliento le olía a vino.

—¡Hermosa doncella de la nieve! —dijo él, encantador, sin amenazas.

—¡Bayan! —Sapientia apareció en la entrada del pabellón, vestida solo con una enagua.

—¡Está despierta! —gritó Bayan con entusiasmo. Él volvió a dentro tambaleándose y, después de mirar a Hanna con enojo, Sapientia lo siguió.

Se habían levantado varias sirvientas y en ese momento se apresuraban para asistir a su señora. Salieron poco después, entre risas tontas, con el orinal. Hanna creyó prudente acompañarlas al río. Se lavaron entre las rocas: se sentían seguras en grupo, aunque, de todos modos, la juerga se había extinguido con la mañana. La mitad de los soldados dormían aletargados mientras la otra mitad regresaba al campo de batalla. Al volver a la tienda, el hermano Breschius le pidió a Hanna que lo acompañara, lo que hizo a regañadientes, tan solo porque le caía bien el anciano sacerdote. Ante el fuerte resplandor de la mañana, el campo de batalla era una horrible visión: había que espantar a los buitres y a los carroñeros, y los cuerpos empezaban a oler. Cada vez llegaban más soldados para saquear al enemigo, aunque Hanna no podía soportar tocarlos, ni siquiera cuando encontraron un buen cuchillo de hierro en el cinturón de uno de los muertos, que, como los demás, llevaba colgado en el cinto una de esas diminutas y horribles cabezas humanas.

Se organizó una cuadrilla para enterrarlos. Los soldados wendianos cavaron fosas

comunes, desnudaron los cuerpos y los tiraron mientras el hermano Breschius bendecía el alma de cada fallecido. Lo que los ungrianos hacían con sus muertos era un poco menos terrible que el desprecio con el que saqueaban al enemigo. Mutilaron a todos los cadáveres de su tribu antes de enterrarlos: cortaban dedos, arrancaban dientes de las mandíbulas y hacían trizas los mechones de pelo. Estos tesoros eran envueltos con cuidado y se entregaban a algunos soldados, que se los llevaban con las armas y armaduras recuperadas.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Hanna, al volver con Breschius al campamento—. ¿No se les entierra adecuadamente y se les deja descansar como corresponde?

—Ah, sí, ya lo viste, pero ellos también creen que cierta parte del espíritu reside en el cuerpo después de la muerte y cada año a mitad del invierno queman los restos de sus familiares en una hoguera. Creen que así los espíritus de todos los fallecidos el año anterior son encerrados en el otro mundo, de forma que no puedan regresar para hacer diabluras en este mundo.

—¿Pero no creen que las almas ascienden a la Cámara de la Luz? ¿Cómo pueden venerar a Dios si no creen eso?

Breschius se rio con gentileza.

—Dios es tolerante, hija. Y así debemos ser. En eso consiste toda su creación. Nos envían a esta tierra para aprender de nuestros propios corazones, no para juzgar a los demás.

—Vos no sois como la mayoría de los padres que he conocido. —Entonces enrojeció, al pensar en Hugh. El hermoso Hugh.

Breschius se rio. Ella tuvo la repentina sensación de que él le podía leer el corazón bastante bien, pero que era un alma demasiado humilde como para juzgarla por lo que ella sabía que era un anhelo insensato y pecaminoso.

—Porque ninguno de nosotros somos los mismos, todos debemos aprender algo distinto durante nuestro paso por este mundo.

—Tuve un sueño muy extraño —dijo ella, para cambiar de tema—. Soñé que entraba en la carreta de la madre del príncipe Bayan y que la joven princesa decía que su suerte había nacido en mi cuerpo.

Él se paró en seco y palideció.

De repente, ella sintió que en su garganta una mariposa se agitaba, atrapada, sin poder volver a ser libre.

—Solo era un sueño. Tenía que tratarse de un sueño. Pude entender lo que decían.

—No pases por alto su poder —dijo él con la voz quebrada—. Nunca vuelvas a hablar de eso, nunca. Se enterarán.

—¿Cómo se iban a enterar? ¿Si estoy a mil lenguas de distancia de ellos? —Él negó con la cabeza tercamente. Se había producido un cambio tan grande en él, que al verle ponerse tan tenso y atribulado, ella también se asustó—. ¿Entonces, me contestaréis a una pregunta? ¿Qué es un pura?

Él enrojeció. Le comenzó a sudar el cuello y la frente, aunque no hacía calor. Ante ellos, el campamento era un hervidero de movimiento. Detrás, el río murmuraba sobre las lisas rocas de las aguas poco profundas y, en la lejana orilla, una fila de soldados llegaba al vado y cruzaba.

—Pura —dijo con voz ronca— significa «caballos» en wendiano.

—Entonces, ¿por qué la princesa kerayita decía en mi sueño que yo encontraría al hombre que se convertiría en su pura?

Cerró los ojos como si quisiera expulsar, o ver con más claridad, algún vago y antiguo recuerdo.

—Un caballo sirve para ser montado, para cargarlo, para cruzarlo con las yeguas. Su sangre, bebida en caliente de una vena, da fuerzas. Un caballo fuerte, fino y elegante puede ser fuente de orgullo y entretenimiento para el dueño. Pero un pura se refiere también a un joven apuesto que sirve a cualquier princesa kerayita destinada a convertirse en chamán. Las mujeres chamán de la tribu kerayita viven aisladas por completo. En cuanto han tocado la suerte, pueden no volver a ser vistas con alguien que no pertenezca a su clan, o que no sea esclavo, a quien no se considera persona. Los chamanes no se casan, como tampoco sus hermanas. La madre de Bayan se casó solo porque... bueno, ya lo he contado antes. Uno no toca su suerte como obtiene a su pura. Un pura no es una persona real, sino un simple esclavo.

—Entonces, ¿por qué estas mujeres acaban por hacerse con un pura?

Se había recobrado lo suficiente como para mirarla con ojos divertidos e iluminados.

—Tú has hecho un juramento como Águila, hija, pero ¿nunca miras a los jóvenes con cierto deseo que te agita el corazón? Incluso la madre del príncipe Bayan fue joven en otro tiempo. Una mujer kerayita elegida por los dioses para convertirse en chamán es joven y su camino es difícil. No todas lo logran. ¿No querías tener un caballo para tan largo trayecto?

El rubor de él había disminuido y, por primera vez, ella lo miró realmente como una mujer mira a un hombre cuyas facciones aún dejaban entrever cierto rastro de juventud. En otro tiempo, había sido un hombre joven y apuesto, un religioso atrevido que se dirigió al este para convertir a los infieles. Resultaba fácil imaginar que una princesa kerayita se prendara de un joven tan exótico.

—¿Y los puras son liberados —preguntó ella— cuando sus señoras ya no los necesitan?

—No —respondió en bajo—. Ningún chamán se desprende de su pura de buen grado.

¿Lo había entendido ella mal?

—Discúlpeme, hermano. Por sus palabras y expresión pensé que tal vez vos en otro tiempo habías sido... —Se sintió demasiado avergonzada como para continuar—. No era mi intención juzgarlo mal. Es evidente que servís a Dios fielmente.

—No me has juzgado mal, hija. —Le rozó el codo—. Ella no se desprendió de mí

voluntariamente. Falleció. Y me acusaron de su muerte porque le enseñaba la magia de la escritura. Fue su tía, una reina de su pueblo, quien me cortó la mano. Posteriormente, el príncipe Bayan se enteró de mi cautiverio porque aquella reina era la esposa del primo de su tía y él me pidió como regalo. Por eso ahora estoy a su servicio. Dios perdonó mi desobediencia, porque la verdad es que yo amé a Sorgatani libremente y hubiera permanecido a su servicio el resto de mi vida. Pero no fue ese el caso. —Sonrió con ironía, pero sin rabia—. Así que ahora sirvo a un agente de Dios, que es el príncipe Bayan, sin que importen sus defectos. No pienses mal de él, hija. Es un buen hombre.

Hanna primero se rio, porque no se había asustado ni sentido ningún peligro durante el frío antes del amanecer cuando Bayan la acosó, pero, luego, se serenó. Liath había sufrido muchísimo por el acoso de Hugh. A Hanna no le entusiasmaba nada dedicar las noches a esquivar las atenciones de un príncipe mucho más poderoso de lo que ella sería nunca, y menos aún al encontrarse tan lejos del rey, que era su única protección. Al príncipe Bayan no le culparían de seducir a un Águila. A ella sí, y perdería su posición en el acuerdo. Y ella quería seguir siendo un Águila. Quizá por eso, más que por cualquier otra razón, le resultaba tan difícil entender la elección de Liath. ¿Cómo podía Liath abandonar la vida que se ofrecía a los que juran al rey ser Águilas? Hanna ya no podía imaginar ser otra cosa que no fuera Águila. Era como si hubiera sido una persona antes de que Wolphere llegara al Descanso del Corazón aquel profético día y otra después, como si hubiera estado esperando toda su vida a que él le ofreciera la insignia y la capa de un Águila.

—Soy un Águila —dijo ella en alto—, y quiero seguir como tal. Aconsejadme, hermano. ¿Volverá a suceder?

Él solo frunció el ceño.

—No lo sé.



Justo antes del mediodía, Bayan y Sapia aparecieron, satisfechos y con buen aspecto. El hermano Breschius celebró un servicio religioso por los vivos y una misa por los muertos. Se convocó un consejo de guerra para discutir la colocación de las tropas, los signos de actividad vistos tras la frontera, dónde habían atacado los quman la última vez y si tal vez una fuerza mayor se encontraba al acecho, a la espera de una oportunidad. Los centinelas informaron de que habían matado a media docena de guerreros quman que habían estado merodeando durante la noche. *Lady Udalfreda* hizo saber que habían quemado al menos diez cascos a las afueras de su ciudad de Festberg y que los refugiados habían huido para refugiarse en el interior de las murallas. Otros señores y capitanes wendianos expusieron casos similares y los

ungrianos también tenían nuevas noticias: la sequía o las luchas condujeron a las tribus hacia el suroeste, hubo asaltos a lo largo de la frontera con el Imperio arethousano, se habían visto algunos presagios en el sacrificio de invierno que auguraban el desastre.

Sapientia le pidió a Hanna que se acercara.

—Se han escuchado muchos rumores de que una gran fuerza de quman se mueve por esas zonas fronterizas y ya tenemos la confirmación de que es así. Pero no contamos con fuerzas para resistir una invasión, si así sucede. Vos, mi fiel Águila, debéis regresar junto a mi padre, el rey Henry, e informarle de nuestra situación. Le ruego que nos envíe tropas para reforzar la frontera o algo más, por si resulta que nos aplastan.

El príncipe Bayan observaba a Sapientia con orgullo, con la satisfacción con la que cualquier preceptor contempla con a su alumno, mientras ella avanzaba sola por primera vez. Pero también miraba de vez en cuando a Hanna, y de repente hizo un guiño.

—Águila, os contaré al oído un mensaje privado. —Hanna tuvo que acercarse para oír a la princesa, que habló murmurando—. Me gustáis, Hanna. Me habéis servido bien y fielmente. Sin embargo, recuerdo lo que sucedió con esa bruja que sedujo al padre Hugh. Vos la conocíais y tal vez os ha contagiado parte de su encanto, aunque estoy segura de que vos nunca intentaríais hechizos semejantes. Debéis iros. Cuando regreséis, mi marido habrá olvidado por completo lo de esta mañana.

Hanna no estaba tan segura.

La realidad era que ella no lamentaba tener que partir. Era un hombre atractivo, encantador y de buen corazón. Sin duda sería un buen acompañante en la cama, pero ella no podía olvidar la frialdad y la despreocupación con la que había torturado al prisionero quman y que, después, mencionó por casualidad que desde un principio sabía que aquel hombre no le confesaría nada. Entonces, ¿cuál era el objetivo a no ser que odiara a los quman? Estaba vengando la muerte de su hermano, matando a los quman uno a uno.

Al amanecer del día siguiente se despidió de la princesa y del hermano Breschius, quien la bendijo y ofreció una oración por ella para que tuviera un buen viaje. Vaciló junto a la carreta kerayita, pero no había percibido signo alguno de la chamán y de su joven aprendiz desde la noche de la batalla. Incluso entonces, las puertas permanecieron cerradas. ¿Las cortinas de cuentas se movieron a un lado para que alguien del interior pudiera asomarse? Tal vez. Levantó una mano como saludo, como despedida, por si acaso.

Cabalgó hacia el oeste, con el sol naciente a la espalda. Era un buen día para cabalgar, despejado y con un frío agradable. A medida que dejaba el campamento atrás, empezó a cantar y su escolta la acompañó con buena armonía.

Alzaré la mirada para ver la aurora

*Porque Su ayuda vendrá a mí desde ella,
La ayuda del Señor y la Señora,
que hicieron los cielos y la tierra.
El Señor nos protegerá de todo mal.
La Señora protegerá nuestra alma.*

No podía dejar de pensar en la princesa kerayita. ¿Había sido un sueño? La picadura de avispa le quemaba el corazón.

Por la noche, Alain abandonó la capilla en la pausa entre las vísperas y las completas para caminar en silencio hasta la gran sala. Pesar y Rabia caminaban tras él. Al final de la sala, en la otra entrada, dos sirvientes barrían fragmentos en la puerta. Sacudían las escobas contra el suelo de fuera, agitando la paja. Como estaban de espaldas no lo vieron; hablaban en voz baja mientras cerraban las puertas tras ellos en la fría penumbra del crepúsculo de otoño.

Quedaba un poco de luz, aunque era tan poca como la esperanza que conservaba. Habían ordenado la sala: las mesas y los bancos están bien alienados; aun así, golpeó con la canilla un banco y se magulló la cadera con la esquina de una mesa antes de tropezar con el primer escalón de la pequeña tarima tras la mesa mayor. Cayó con la rodilla sobre el segundo escalón y maldijo entre dientes. Pesar gimió. Él buscó a tientas, encontró una de las patas de la silla del conde y se puso en pie; permaneció allí, sintiendo las sólidas y cuadradas esquinas bajo sus manos, los adornos de voluta en el respaldo, los enormes y suaves lomos de perros tallados en los brazos, cada uno de los cuales acababa en una cara gruñendo.

En la sala ni siquiera se movían las ratas. Oía el susurro de las completas, debilitadas por la distancia, los muros de piedra y el sosiego de los clérigos de Lavas.

Esa mañana, por primera vez, Lavastine había sido incapaz de sentarse en la cama. Su cuerpo pesaba demasiado como para moverlo. Oración y ejercicio... todo en vano.

Por primera vez, se sentó en la silla del conde.

La penumbra envolvía la sala, pero era más fácil probar el asiento en privado sin las miradas y las reverencias, la expectación y las peticiones que recibiría más tarde, cuando se reunieran todos para verlo en el asiento del poder. Así se podría acostumbrar poco a poco... si es que alguna vez lo lograba.

Se levantó rápido con aires de culpabilidad, cuando una comitiva entró en la sala: Tallia y los miembros de su séquito. La iluminaban con las antorchas de forma que pudiera cruzar hasta su lado sin que le molestaran los bancos y las esquinas de las mesas.

—No te quedaste a las completas. —Tenía como costumbre de la infancia la discreción y, en ese momento, al tocar la silla del conde, se inclinó sobre él como un ladrón que planea hacer algún daño con un cómplice—. He rezado por esto... para

que Dios lo mate como no creyente. ¿Comprendes, o no, que será mejor así? Dios respondió a mis oraciones al respecto porque desea que yo construya una capilla en Su honor. —Titubeó y puso una mano sobre él como para sellar su aprobación.

Alain solo podía mantener la mirada fija. Detrás, un sirviente entró en la sala a toda prisa.

—¡Señor Alain! —El sirviente lloraba—. Se encuentra muy mal, señor. Debe acudir enseguida.

Alain dejó a Tallia con los cuidados de sus revoltosas asistentas. Bajó los dos escalones de una sola vez. Un sirviente mantuvo la puerta abierta mientras él entraba con grandes zancadas en la cámara en la que Lavastine yacía rígido como una roca en una cama de cortinas. Miedo se mantenía vigilante en la cabecera.

Alain se arrodilló a su lado y cogió una de las manos del conde: tenía la textura del granito claro. Se movió solamente gracias a que Alain la levantó. Lavastine movió los ojos y abrió la boca. Alain supo que seguía vivo porque aún respiraba: el pecho no mostraba ningún ascenso y descenso revelador, el aliento de Dios subía y bajaba para alimentar su alma.

Un olor a almizcle inundó la habitación, pero desapareció rápidamente. Levantó la mirada para ver a Pesar, Rabia y Miedo agrupados alrededor de Pánico, que yacía en los pies de la cama de Lavastine.

Lavastine murmuró unas palabras en un tono casi inaudible, como un ligero resuello, pero Alain había pasado muchas horas junto a él durante los últimos quince días, y aún podía entender las últimas y costosas palabras.

«Más fiel».

Golpeó a Alain con la misma y enorme fuerza de cualquiera de los grandes golpes recibidos por su escudo durante la batalla: Pánico estaba muerto, había fallecido en la última hora, había pasado a la existencia mortal. Por eso lo olisqueaban los demás, en busca del olor de su padre-primo sin llegar a encontrarlo. Su espíritu había huido. ¡Ay, Dios! El de Lavastine le seguiría pronto.

Puso una mano en la garganta del conde, pero no sintió ni calor, ni pulso.

—Alain. —Seguía en vida, con una fuerza de voluntad sorprendente, aunque estaba paralizado—. Heredero.

—Padre, estoy aquí. —Le partió el corazón ver sufrir a Lavastine, aunque, en realidad, no estaba claro que tuviera dolores. Tenía la frente tan estirada como siempre, aunque había adquirido una apariencia granulada parecida a la piedra, como si estuviera convirtiéndose en una efigie tallada en roca.

No obstante, si algo era Lavastine, era terco y decidido. Si pudiera expresarse mejor, hubiera fruncido el ceño. Movié una ceja. Los labios se abrieron, despacio.

—Debes. Tener. Heredero.

En la capilla de la sala del piso de abajo, los clérigos comenzaron a cantar un himno de los Sagrados Versos: «Un vestigio restaurado en tiempos de paz».

Ese día, dice Dios, Nosotros destruiremos todos vuestros caballos y destrozaremos todos vuestros carros de guerra. Arrasaremos las ciudades de vuestra tierra y arrasaremos vuestras fortificaciones. Acabaremos con todos vuestros hechiceros y ningún vidente marchará entre vosotros para abrir el velo que les permite divisar el futuro. Derrumbaremos todas las obras realizadas por vuestras manos. Con rabia y furia, Nos vengaremos de todas las naciones que Nos desobedezcan.

Alain lloraba. No soportaba dejar que Lavastine cayera en la desesperanza.

—Está embarazada —susurró, en una voz muy baja para que nadie más lo oyera. Al escucharse a sí mismo, lo repitió con más atrevimiento—. Tallia está embarazada.

¿Hubo algún movimiento en el rostro de Lavastine, alguna leve expresión de la piel que el veneno había convertido en mármol? ¿La garganta tragó y los ojos mostraron una chispa de alegría? ¿Una sonrisa en los labios?

Seguro que Dios perdonaría a Alain la mentira. Solo pretendía hacer feliz a su padre en sus últimos momentos de vida.

—Padre, vamos a tener un hijo —continuó. Con cada palabra se hacía más fácil—. Habrá un heredero, como vos deseabais.

Hijos de Sais, guiaréis a vuestros enemigos con la espada, los pilares sagrados se alzarán entre sus ruinas y todo lo que os odie habrá de ser destruido.

Lavastine exhaló un suspiro con las últimas palabras.

—Hecho. Bien. Mi. Hijo. —Alain lo observaba: se le vidriaron los ojos, motitas de gránulos salpicaron el blanco del ojo mientras el iris se volvía como el zafiro. Tras el largo esfuerzo, en ese momento todo transcurrió muy rápido, aunque tal vez su alma se hubiera aferrado al fiel Pánico y en cuanto este murió, él también se alejó en el viaje final. Tal vez solo había esperado por esa noticia.

Reinó el silencio.

Alain lloró amargamente. Las lágrimas empaparon el cobertor y descendieron por el brazo de Lavastine como la lluvia sobre la piedra. Los perros bramaron suavemente, pero no se opusieron a que se acercaran varios sirvientes y a que el mayordomo pasara un dedo por los fríos labios del conde.

—Dios tenga misericordia —dijo en bajo el auxiliar—. Se ha ido.

Alain se puso en pie y cogió una lámpara y la acercó a los labios de Lavastine. La llama se movía con el más mínimo parpadeo.

—¡Aún vive! —gritó. Un sirviente le cogió la vela con suavidad. Se lanzó a la cama, sin dejar de llorar, sin soltar la mano fría, mientras oraba desde lo más profundo de su corazón y con las manos cubiertas de lágrimas—. Dios, os lo ruego.

Perdonadle la vida a mi padre. Curadlo y os serviré.

—Señor Alain. Déjelo. Ya no está aquí. Se ha ido con el Señor y la Señora.

—La llama se movió. Aún respira.

—Era vuestra respiración, señor. Se ha ido.

Soltó la mano impacientemente y Pesar gruñó, al hacerse eco del ánimo de Alain. Los sirvientes retrocedieron cuando se arrodilló para rezar. Seguro que Dios tenía poder para curar cualquier veneno, cualquier herida. Esto solo era una nimiedad, comparado con Su poder.

—Lo haré según desea Tallia o según deseáis Vos. Entregaré mi vida a la Iglesia, para siempre, con mucho gusto, solo si curáis a mi padre, Señora. Ojalá le devolvierais a mi padre la fuerza y la vida, Señor. Engendraré tantos hijos fuertes como queráis si ese es Vuestro deseo, permaneceré célibe, si así lo decidís, pero, por favor, os lo ruego, Dios, sanadlo. No dejéis que muera vuestro leal siervo. Hacedme una señal.

El tapiz de la pared se mecía suavemente como si lo moviera el viento, si no fuera porque las contraventanas estaban cerradas para evitar las corrientes de aire. Volvió a agitarse como si lo sacudiera una mano temblorosa. Concentró la mirada hasta ceñirse a la escena representada en el tapiz: un príncipe cabalga con su séquito por un bosque oscuro. Un escudo cuelga de la silla del príncipe: una rosa roja sobre un fondo azabache.

Y allí estaba oculto en las sombras del tapiz. ¿Cómo no lo había visto hasta entonces? Perros negros, tres, oscuros y bellos, seguían la pista de cerca. Podía oír sus pasos sobre la tierra, podía oír el crujido de los arreos y el constante ruido de los cascos de los caballos. El viento hacía bailar las hojas y, como acababa de llover, estaban salpicados de gotas de las hojas como si fueran lágrimas de daimones llorosos. Cabalgó entre los sirvientes, inocente, invisible, porque era uno más entre todos ellos. Se sentía protegido por la oscuridad y las sombras, por el muro de bosque que se alzaba a ambos lados de la calzada. Le permitía ser atrevido y avanzar con el caballo. A medida que se acercaba al príncipe, comprobó con sorpresa que no era ningún príncipe, sino una mujer vestida de hombre, como si estuviera disfrazada. Era mayor de lo que en un principio había pensado, y tenía una expresión fría y terca. El broche con el que cerraba la capa era una fina réplica de la rosa roja pintada en el escudo que colgaba de su muslo. ¿Qué casa noble tiene una rosa roja como sigil? Ella se dio la vuelta sin que le sorprendiera verlo cabalgar tras ellos y dijo:

—¿Cómo le va al niño?

Aparece tras ella luz de unas antorchas, que le deslumbra durante un momento, y ya no camina por el camino del bosque, sino entre rocas con una brisa que ya no es una brisa, sino más bien la madera de un barco bajo sus pies, que se balancea sobre el agua. Los cabos tapan las estrellas en el horizonte oriental. Escucha el chirriar del metal contra otro metal como si una refriega propagara el crepúsculo del valle hacia la gran casa construida dos generaciones atrás por el famoso jefe Bloodyax, de la

tribu de Namms.

Otro líder guerrero ha llegado al valle de Namms antes que él.

Un pequeño barco amarra junto a su nave y un explorador, el Noveno Hijo de la Duodécima Camada, sube a bordo para informarle.

—Es la tribu de Moerin, diecinueve embarcaciones, que vienen a resolver una antigua disputa con las gentes de Namms.

—El jefe moerin es el anciano Lengua Amarga, ¿verdad? —pregunta Mano Fuerte, que sigue con la mirada fija en la batalla abierta, iluminada por el último resplandor del sol sobre las lanzas confiadas y la aparición de antorchas a lo largo de todo el campo de batalla.

—No, el anciano Lengua Amarga murió la pasada primavera durante un asalto. Tienen un nuevo líder que se rodeado de consejeros de la isla y al que los Suaves conocen como Alba. Se ha nombrado a sí mismo Nokvi, al estilo de los humanos.

—¡Mirad! —El Décimo Hijo de la Quinta Camada permanece al lado de Mano Fuerte como uno de sus habituales porteadores debido a su precisa visión y a su fuerza fuera de lo común. Levanta un brazo y señala hacia el oscuro valle—. Donde se levanta la gran casa. Mirad allí.

Las llamas cobran vida por la viveza del fuego libre. Mano Fuerte pisa con un pie el borde del tablón más alto y se inclina hacia delante para mirar el crepúsculo, mientras la gran casa se incendiaba. Al arder, las antorchas resuenan en la sala. Huele a aceite, que prende rápido.

—¡Escuchad! —dice Mano Fuerte y ante su voz todos los hombres callan y escuchan.

Novki, jefe de la tribu moerin, ha atrapado al líder guerrero namms y a sus hombres en el interior de la sala, ha bañado la sala en aceite y le ha prendido fuego para quemarlos vivos. Ni siquiera la dura piel de los Hijos de las Rocas podía aguantar semejante infierno.

—¿Atacamos? —preguntó el Décimo Hijo.

—¿Con ocho barcos? —Mano Fuerte corta rápidamente al hacer con la mano izquierda una señal que significaba «no»—. Vine para hacer una alianza con el pueblo namms, no para pelear con ellos. Debemos conocer más a este Nokvi antes de atacarlo. El invierno se acerca y dentro de poco los barcos no podrán navegar, pero hay otras formas de reunir fuerzas incluso contra un líder que se ha aliado con los humanos de Alba.

Odia darla vuelta sin la alianza que vino a establecer. Puede parecer cobarde, pero no es tonto. No le ciega el deseo de gloria. Busca algo más frío, difícil y permanente que el breve y tal vez brillante destello de una batalla gloriosa.

Se lleva el cuerno a la boca y sopla en retirada.



El sonido hizo que de repente Alain volviera en sí y se entregara a un lloriqueo que resultaba lejanamente familiar y, a la vez, extraño.

—¡Señor conde!

Alain se dio prisa para inclinarse sobre Lavastine, pero el conde era una estatua de piedra. No se movió. No respiraba.

Estaba muerto.

Un peso empujó suavemente la pierna de Alain, que de repente recordó en qué cámara se encontraba y se dio cuenta de que Pesar, Rabia y Miedo se habían tirado en el suelo y estaban acostados junto al lecho de muerte de Lavastine como cachorros indefensos, gimoteando. Le llevó un poco más de tiempo caer en la cuenta de que los miembros del séquito se encontraban a la espera y que, nerviosos, miraban fijamente a los perros, aguardando su reacción. El auxiliar que acababa de hablar no se dirigía a Lavastine.

—Señor conde. Salga. No hay nada que pueda hacer.

Las palabras le golpearon como el tañido de una campana, pero era la campana lo que en la vieja iglesia habían empezado a tocar por el alma fallecida que, a través de las siete esferas, se dirigía a la Cámara de la Luz. Él siguió en pie, aunque no sentía las piernas como suyas.

No podía hacer nada. Entre susurros, los sirvientes abrieron un camino ante él, al tiempo que los perros se ponían en pie y se colocaban detrás de él, que, a partir de ese momento, se convertía en su señor. Sin embargo, los perros no gruñeron ni prestaron atención alguna a los sirvientes que los rodeaban; lo seguían como sonámbulos, con la sumisión de unos corderos.

Recorrió en silencio las escaleras de la torre y el oscuro y largo pasillo camino de la gran sala. Ante una puerta abierta hacia el patio, sintió en la cara una ráfaga de aire frío y vigorizante y el olor le trajo el vivido y doloroso recuerdo de las tardes de otoño en las que trabajaba mucho con su padre adoptivo, Henri, haciendo cuerdas o reparando lonas en el exterior de la casa comunal de la tía Bel. Aquella vida había quedado atrás para él. Dios lo había elegido para tareas mayores. Atravesó la puerta abierta y entró en el denso y anticipado silencio de la gran sala.

Se sentó en el asiento reservado para el conde de Lavas. Pesar, Rabia y Miedo se tumbaron a sus pies.

Un rato después, Tallia se aventuró en la sala con su séquito. Con los labios blancos y las manos temblorosas, ocupó el asiento a su lado.

Poco a poco, procedentes de la sala y de la cabaña y del establo, del pueblo y de la cocina, del campo y del patio, se reunieron en la sala sirvientes, soldados, granjeros y miembros del séquito y se colocaron en la mesas según su rango. La luz de las antorchas mostraba intermitentemente sus rostros, ensombrecidos por la indecisión, iluminados por el respeto, pero siempre con cierta cautela hacia los perros y, tal vez, hacia él. Al final, la campana dejó de tañer.

—Señor conde —dijo la portavoz, el ama de las propiedades, la señora Dhuoda.

Le llevó un tiempo responder: esperaba que otro respondiera, pero esa otra voz no se oyó.

—Acercaos —dijo el conde de Lavas— y aceptaré vuestros juramentos al tiempo que haré el mío.

CAPÍTULO 9



UN NIDO DE MATHEMATICI

Theophanu hizo un astuto uso de la información que habían obtenido de Wolfhere. Utilizó los terrenos de las colonias alrededor de Vennaci para ocultar a los miembros de sus tropas, de forma que fingió situarse en una desviación táctica con una gran fuerza que, por lo que parecía, rodeaba a la fuerza reunida por John Cabeza de Hierro.

Él no tardó en convocar una negociación. Theophanu asistió con gran ceremonia y con veinte miembros de su séquito. Rosvita hizo de intérprete, ya que la lengua hablada en Aosta resultaba incomprensible para cualquiera que entendiera dariyano.

Cabeza de Hierro era franco e impaciente. En cuanto sus sirvientes le trajeron vino y una silla, comenzó.

—El rey Henry quiere casarse con la reina Adelheid.

Theophanu lo observó por encima de su copa de vino, de la que bebía de vez en cuando, resguardada bajo la protección de un elegante dosel de tela escarlata.

—Dios os acompañe, lord John —respondió ella—. Aquí, en Aosta, en otoño el tiempo es muy agradable, ¿verdad?

Abandonaron las montañas en cuanto dejó de llover y el cielo se despejó. La luz era tan brillante que, al mediodía, todas las personas y cosas, las tiendas, los estandartes colgados sobre flechas, las filas de guardias, la lejana línea de caballos amarrados parecían perfilados en un esbozo.

—No me interesan la cortesía, princesa Theophanu. Se acercan refuerzos. Los señores de Aosta me apoyan. No quieren que los gobierne un extranjero.

—Sin embargo, vos no sois el único príncipe de Aosta que desea casarse con Adelheid. Es obvio, lord John, que el hombre que se case con la reina Adelheid podrá reclamar el trono vacío.

El rostro de Cabeza de Hierro era tan franco como su lengua y solo destacaba por una cicatriz en la mejilla y la prominente nariz dariyana. La profundidad y el brillo de los ojos oscuros evitaban que fuera feo; y, sin duda, mostraba determinación y se aferraba con tesón al tema que más le interesaba.

—Henry quiere casarse con Adelheid —repitió él.

Theophanu respondió antes de que Rosvita tradujera, ya que entendía algo.

—No, en realidad, esa no es la intención del rey Henry.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí?

—Solo para presentar mis respetos a la reina Adelheid. Si queréis ofrecermos escolta a través de vuestras líneas, entraré en la ciudad y os dejaré solo.

—Imposible. No lo puedo permitir.

—Entonces nos encontramos en punto muerto, lord John.

—Así es, princesa Theophanu. —Un sirviente volvió a llenarle la copa mientras él hizo señas a un capitán que se había acercado a la cabeza de un grupo de soldados encadenados como prisioneros, que, en su mayoría, eran de baja estatura, de amplias espaldas y que incluso tenían la piel y el pelo incluso más oscuros que los aostanos.

—¿Son estos? —preguntó Cabeza de Hierro a su capitán.

—Sí, señor, los capturamos ayer cuando atacaron la entrada este.

Cabeza de Hierro los miró con desdén. Sus soldados, hombres de aspecto rudo que vestían una variopinta colección de tabardos y armaduras de las que seguramente se habían apropiado en muchos campos de batalla, escupieron a los prisioneros.

—Bien, entonces, ocuparos de ellos, pero aseguraros que es dentro de las murallas, como siempre.

—¿Qué haréis con estos prisioneros, lord John? —preguntó Theophanu—. Seguro que han servido a su señora fielmente. Eso no es un crimen, no en Wendar, por lo menos.

Él gruñó y pidió más vino. El hecho de no ofrecer comida fue deliberado, pero seguramente el asedio había influido tanto en las provisiones de John como lo hacía en las de los asediados en el interior de las murallas.

—Son mercenarios de Arethousa, no fieles criadas. Todos sabemos lo sanguinarios, viciosos y poco fiables que son los arethousanos. —Sonrió sin perder el tono hiriente de sus palabras. ¿Sabía que la madre de Theophanu era arethousana? ¿Intentaba que ella mordiera el anzuelo? Theophanu le dirigió una mirada fría—. Un buen número de estas moscas arethousanas rondan la miel de Adelheid y no veo motivo alguno para animarlas a que se queden. ¡Que se vayan! —gritó al capitán—. Usad los cuchillos con inteligencia. No hagáis cortes muy profundos.

Todos los soldados presentes rieron con ganas, sin amabilidad.

—¿Vais a ejecutarlos? —preguntó Theophanu, asombrada—. Sin duda pagaré el rescate de estos hombres para que todos sean liberados.

—¿Y los incluiréis en vuestro ejército? Creo que no, princesa Theophanu. Todos saben que el emperador arethousano busca eunucos, así que le he estado enviando más con todos mis respetos, y hoy recibirá otros veinte o más para su alegría.

—¡Esto es una barbaridad! —farfulló Theophanu.

—Aconsejo que nos retiremos, alteza —murmuró Rosvita a su vez—. Me temo que no encontraremos satisfacción alguna aquí.

—Entonces, ¿cómo llegaremos a Adelheid o cómo le haremos saber que estamos aquí? —susurró Theophanu—. Lord John ha puesto más obstáculos de lo había imaginado.

Mientras los prisioneros eran conducidos fuera, se oyó una repentina conmoción

en la calzada que conducía hacia la puerta norte, ante la cual se encontraba el campamento de John. Había entrado una mujer joven, que se tambaleaba, gritaba, con el pelo suelto y enmarañado. Al ver al lord bajo el dosel, lloró más aún y se arañó las mejillas hasta sangrar. Un niño dormía en un canguro en su cadera y la sangre que caía de su rostro salpicaba sus diminutas piernas como un repentino brote de viruela.

—Traedme a esa mujer —gritó John. Aunque la empujaban hacia delante con más prisas que cortesía, ella no se estremeció cuando la tiraron al suelo para que se arrodillara ante Cabeza de Hierro—. ¿Qué problema tenéis, mujer? Me resuenan los oídos a causa de tanto lloro y grito.

—¿Qué clase de poderosos guerreros se enfrentan a mujeres desarmadas? Algunas de las de mi sexo tomaron las armas con justicia y para ellas acepto vuestras violentas maneras, pero las demás hemos prestado atención a las palabras de Nuestra Señora y solo utilizamos las armas que nos ha proporcionado la Reina del Cielo. Sin embargo, ahora compruebo que habéis decidido luchar contra aquellas de nosotras que hemos jurado llevar a cabo la obra de la Señora en la tierra.

Parecía ofendido.

—Yo no le declaro la guerra a ninguna mujer, a no ser que hayan tomado las armas como hombres, como las sazdakhs de antaño.

—¿No nos habéis declarado la guerra cuando nos priváis de lo que nos pertenece por derecho? Hace un mes o más me habéis arrebatado el ganado y ni una sola vez me he quejado de ello, pero ahora pretendéis arrebatarme algo que nunca recuperaré en cuanto se haya perdido. —Hizo un gesto hacia los prisioneros. Cabeza de Hierro se encogió de hombros, como si no la entendiera—. Los vais a castrar, como es vuestra costumbre, señor, pero ¿con qué derecho les vais a despojar de un miembro que no les pertenece?

—Bueno, entonces, ¿a quién pertenece, sino a ellos? —preguntó mientras los soldados alrededor se reían. Se habían reunido más. Un asedio era una tarea aburrida, por lo que cualquier distracción era bienvenida.

—¡A sus esposas, por supuesto! —respondió indignada—. ¿Acaso que otra cosa nos da calor de noche? ¿Qué nos da los hijos que tanto deseamos? —Puso una mano estropeada por el trabajo sobre el niño que dormía. La sangre aún sin secar le tiñó las uñas—. Quitadme cualquier otra cosa, señor, ¡pero no lo que para mí es más importante!

En ese momento, todos los soldados empezaron a reír a carcajadas; incluso John soltó una risotada.

—No puedo defenderme ante tal argumento —gritó—. Muy bien. Podréis recuperar a vuestro esposo intacto, pero decidme, mujer, he de tomar algunas medidas disciplinarias contra aquellos que se levantan en armas en mi contra. Si vuestro marido se vuelve a enfrentarme a mí, ¿qué le quitaré?

La mujer dudó solo un momento.

—Tiene pies, manos, nariz, ojos. Tomad lo que queráis de aquello que le

pertenece a él, pero, os lo ruego, dejadme lo que me pertenece a mí.

Estas palabras provocaron en los soldados otra ronda de risas. Theophanu también mostró una suave sonrisa cuando desencadenaron al marido de aquella mujer de los demás desdichados destinados a pasar por el cuchillo.

—Espero que vuestro marido sea merecedor de una esposa tan inteligente —dijo mientras la mujer, el hombre y el bebé eran acompañados fuera.

Rosvita se inclinó para hablar en voz baja.

—Estoy pensando —susurró— que si una mujer puede salir de la ciudad, también puede entrar otra.



—Me opongo —dijo el hermano Fortunatus—. ¿Y si os capturan?

—Soy una clérigo —insistió Rosvita—. No es probable que John me haga daño. Y si me hace prisionera, apelaré a la skopos de Darre.

—Entonces, permitidme ir con vos.

Rosvita señaló el camastro sobre el que gemía el pobre y joven Constantine, con las manos sobre el vientre. Había bebido como un tonto agua estancada y estaba descompuesto.

—Debes proteger los libros, hermano —dijo a Fortunatus— y cuidar del joven Constantine. Aunque se encontrara bien, aún es demasiado joven e inexperto y no puedo confiar en él para que vigile las cosas como lo haces tú.

El duro viaje por las montañas había despojado a Fortunatus de masa y de sentido del humor. Frunció el ceño.

—La hermana Amabilia podía haberos convencido.

—No, hermano. Hubiera insistido en acompañarme.

Eso provocó que se riera, pero la despedida fue triste.

El sol aún no había salido. La neblina suavizaba los bordes del campamento y convertía las tiendas en descomunales bestias escondidas por las nubes. Entre sus mujeres Theophanu había elegido a Leoba, que era alta, fuerte y un poco imprudente, para que acompañara a Rosvita. Enviar a muchas juntas hubiera llamado la atención; una diaconisa sola podía atraer problemas. Con el rostro y el cuerpo ocultos bajo la túnica y la capucha de un clérigo, Leoba la esperó en el límite del campamento con los dos guardias que las acompañarían a través de las tropas. La neblina del amanecer las cubrió en secreto mientras atravesaban el sotobosque, cruzaban un arroyo poco profundo y cuando dejaron atrás a los guardias del puesto de centinelas más alejado, en el borde de la llanura. La colina sobre la que se encontraban las puertas y torres de Vennaci brillaban en la bruma con el primer resplandor del sol. Atravesaron campos vacíos por uno de los antiguos caminos por los que, por las noches, los jornaleros

habían regresado a la seguridad de las murallas de la ciudad.

El suelo estaba cubierto de polvo y llano al seguir la senda de una zanja de riego medio cubierta de hierbas. Alrededor solo veía el legado de un conflicto: cebada madura sin recoger; campos en barbecho que deberían haber sido sembrados con trigo en invierno para que no los hubieran cubierto hierbajos hasta la cintura; una manada de ganado en la distancia que pisoteaba una zona de avena. La gente de Adelheid no podía salir. Cabeza de Hierro tenía suficientes provisiones o había decidido dejar que los campos se estropearan como un mensaje para los que se encontraban atrapados dentro de las murallas.

La joven noble no dijo nada mientras avanzaban y mantenía la capucha sobre la cara para ocultar sus rasgos wendianos. La amplia túnica disimulaba sus rasgos, pero no su altura. Incluso allí, solas, se mantenían en silencio: practicaba, pensó Rosvita, para cuando la capacidad de Rosvita de disimular las pasara entre las líneas o las expusiera y las hicieran prisioneras.

John Cabeza de Hierro podía ser misericordioso y pedir un rescate por ellas, o podía ser testarudo. Rosvita prefería no pensar demasiado en eso. Sin embargo, agradecía bastante el silencio de Leoba y el cuidado que tenía para ocultarse. Mientras avanzaban, Rosvita ensayó su discurso, probando poco a poco con la lengua las variaciones y los ceceos con los que los aostanos del norte estropeaban los nítidos sonidos de la lengua dariyana.

El campamento principal de Cabeza de Hierro se encontraba al oeste. A lo largo del muro norte en el que una única poterna se abría hacia el río, los guardias habían colocado los puestos de vigilancia. Llevaban el tiempo suficiente como para levantar unas casuchas en la que había un rápido y eficiente negocio de prostitutas, que en ese momento salían de las casuchas de dos en dos o de tres en tres para colarse en la ciudad con las manos llenas de monedas o agarrando pañuelos que envolvían pan y queso. También habían acudido algunos comerciantes de la ciudad, cubiertos por la noche, que al amanecer recogían sus mercancías: sedas espectaculares, lino, cucharas de plata, unos lujos que ante las escasas provisiones de comida no parecían ser muy importantes cuando los niños lloraban de hambre.

—¡Aquí, hermanas! ¿De dónde venís? —El guardia que las detuvo tenía el pelo grasiento y una hebra de carne entre los amarillos dientes.

—¿Qué tipo de hermanas? —preguntó otro guardia, que se bufaba entre risas cuando agarró con fuerza de las capuchas. Tiró de la de Rosvita y todos exclamaron ante su palidez septentrional. Entonces, con un palo, empujó la que escondía a Leoba.

El miedo heló el corazón de Rosvita. No era Leoba. Debería haberse dado cuenta de lo que iba a suceder cuando la princesa consintió de tan buen gusto al insistir Rosvita que sería demasiado peligroso que la propia Theophanu intentara atravesar el frente. Si los hombres de Cabeza de Hierro las atrapaban, tendría una prisionera noble con la que chantajear y una afilada espada sobre la cabeza de su padre. Era obvio que sus palabras habían caído en saco roto. Theophanu no se estremeció, ni mostró

ninguna expresión mientras los guardias le daban con los palos. Estaba claro que no habían estado en el campamento de Cabeza de Hierro el día anterior: no la reconocieron.

Captó la idea de repente, como la voz del Enemigo que susurra la traición: cualquiera que viera a Sanglant por primera vez tendría claro que se trataba del hijo de un rey. Sin embargo, sin su séquito, era imposible percibir la elevada posición de Theophanu.

—Acaso debemos devolver esto a lord John —dijo el guardia grasiento.

—Somos fieles diaconisas de la Iglesia, como podéis ver —dijo Rosvita con frialdad, ceceando y arrastrando las palabras todo lo que podía. No necesitó disimular la rabia: si se la mostraba a ellos, quizá lograría no traicionar su rabia hacia su señora por exponerse al peligro de esta manera—. Hemos recorrido el largo camino desde el palacio episcopal de Rabeen porque hemos oído que muchas mujeres han caído en el descrédito debido a este asedio, que perturba la paz de Dios. Pretendemos conducir las de nuevo hacia el buen camino.

—¿Hay mucho pan en el buen camino? —preguntó el mismo guardia, cuya broma le valió una ronda de risas de sus compañeros.

—No hay pan mejor que el perdón de Dios —respondió Rosvita con severidad—. ¿Rezaráis con nosotros, hermanos?

No querían rezar; estaban saciados y aburridos y no encontraban ninguna amenaza en dos diaconisas tan locas como para desear entrar en la ciudad asediada, pero estaban bastante alerta como para discutir.

—Tenemos órdenes de no dejar entrar a nadie. Les daríais noticias.

—Oh, al diablo, Aldericus, las putas llevan noticias todos los días. No me digas que no has soltado chismorreos antes, durante y después. La mitad de esas putas son espías de la reina.

—¡Por la tetas de la Señora! ¡Con lo que sabemos, una de esas putas es la reina! Es una línea directa de mujeres, dicen, que llega a la anciana reina Cletia cuando gobernaba Darre. Dicen que tuvo más de seis maridos y que hizo que un presbítero demostrara su valía en el diván y forzó, a los que más le gustaron, a satisfacerla una y otra vez hasta que se cansó de ellos o hasta que apareció una nueva cara bonita. No es de extrañar que luchara con la skopos, que en aquella época pensaba igual. ¡Es en lo único en lo que piensan las mujeres!

Todos se burlaron y rieron a carcajadas, aunque algunos observaban de cerca a Rosvita y a Theophanu. Rosvita no podía disimular su desprecio, pero Theophanu tenía el don arethousano de ocultar las emociones: su expresión seguía siendo cándida y altanera.

—Hay muchas enfermedades en la ciudad. —Rosvita había traído plata con ella, pero en ese momento consideró que un soborno resultaría sospechoso—. Tanto mi joven hermana como yo somos curanderas y Dios se ha dirigido a nosotras y nos ha pedido que vengamos a atender a los enfermos y a los pecadores que podamos. Y

debemos esperar aquí, orando, en este campamento para contarles a todas nuestras hermanas que viven en pecado que deben apartarse del camino de la locura y la impureza durante cada uno de los días y semanas que vos permanezcáis aquí, hermanos, hasta que se nos permita entrar a ayudar a los que pasan necesidad.

Como amenaza, funcionó bastante bien. Ninguno de los guardias quería que las devotas hermanas rezaran en público para atraer la atención sobre la ilícita actividad que tenía lugar a la sombra del asedio.

—¡Venga! ¡Seguid a las putas! ¡Apuesto a que os darán menos placer del que me dieron a mí!

Con las risas y los gritos de burla a sus espaldas, cruzaron tierra de nadie, la vacía franja de terreno que se encontraba a un tiro de arco de las murallas y entraron por la poterna.

Los centinelas de la ciudad eran más delgados y menos alegres y no las querían dejar entrar por si acaso fueran espías de Cabeza de Hierro. Rosvita tuvo que sobornarlos con la plata para poder entrar, a pesar de lo cual, después de haber levantado las finas barreras, se las llevaron al cuartel. Las barracas de piedra construidas contra el muro apestaban a mugre y a excrementos y la mayoría de los soldados tirados en los catres o en el suelo tenían catarro o heridas abiertas y sin tratar. Pero no parecían desanimados. Los muros de piedra desprendían humedad. Olía a humedad y a sudor sucio. Rosvita estornudó y su acompañante murmuró reflexivamente.

—Cuídese, hermana. Puede que todas las criaturas del Enemigo huyan de su cuerpo y os dejen sola.

El capitán tenía una sala propia sin ventanas en la base del cuartel. No tenía puertas: en el umbral solo colgaba ropa hecha jirones. Una erupción cubría un lado de la cara del capitán y la nariz soltaba mocos. El soldado dejó el soborno de plata sobre la mesa ante él, mientras bebía una copa de vino y las miraba con la resignación de un hombre que lo ha oído todo.

—Tolero a las putas y a los vagabundos porque cada trozo de pan que introducen alivia un poco nuestras existencias de grano, y porque nos traen noticias, pero no tengo paciencia con los espías, ni siquiera con los que se visten como clérigos.

—Y yo no tengo paciencia con los tontos —dijo Theophanu, que por fin se hizo presente. Había estado callada demasiado tiempo—. Soy Theophanu, hija del rey Henry de Wendar. —Como si supiera que él dudaría de sus palabras, se apartó la túnica del cuello para mostrar la torques de oro.

Con eso fue suficiente.

El capitán se puso de pie de un salto.

—¡Alteza! Había oído que habían llegado tropas desde el norte, pero pensé que era un simple rumor. La gente diría cualquier cosa para conseguir una pizca de pan y los hombres de Cabeza de Hierro no son tontos. Saben como alimentarnos con mentiras. Si es verdad...

—Si es verdad —soltó Theophanu con frialdad—, entonces será mejor que nos llevéis junto a la reina Adelheid de una vez.



Los escoltas las llevaron por una maraña de calles hacia el centro de Vennaci: una amplia y abierta plaza rodeada en los cuatro lados por la catedral, el ayuntamiento, el mercado y el palacio. Allí fueron entregadas al cuidado de un auxiliar. Los sirvientes que rondaban los pasillos del palacio estaban delgados como los soldados, pero en ningún momento, ni en las calles, ni entre el ejército, ni entre los ciudadanos de Vennaci, Rosvita encontró el pánico o los arrebatos de desesperación que preceden a la derrota. Había agua suficiente y era evidente que alguien estaba administrando bien las provisiones de comida.

Pero las reservas de grano no durarían para siempre.

Un auxiliar vestido con una rica túnica de color índigo las condujo hacia el patio que se encontraba en el centro del majestuoso palacio, el centro del centro, el pulso de la ciudad. Vides en floración convertían las arcadas en un derroche de flores púrpuras. Las abejas zumbaban. Las mujeres nobles estaban sentadas en bancos ornamentados acariciando monos y pequeños perros que tenía cadenas de oro como correas. Los sirvientes barrían bien los caminos de ladrillos bajo la sombra de unos ciruelos. Un jardinero regaba un lecho de lavandas, lilas y brillantes peonías con un jarro de cerámica tan fino que a una noble no le hubiera avergonzado usarlo para refrescarse en su cámara. Un soberbio seto de laurel se encontraba hacia el horizonte sur. Allí, el patio, rodeado por el palacio por tres lados, daba lugar a una panorámica completa de la llanura más abajo. El ejército de Cabeza de Hierro había acampado en esa llanura y las tiendas y los estandartes se divisaban desde allí en la distancia, con lo que sus colores palidecían como un fresco dejado al sol.

No había ningún trono, ni ningún asiento central, sino unos bancos colocados con buen gusto a intervalos entre las camas de plantas: romero, ruda, salvia y rosas. Entre las muchas almas que pululaban por el jardín, Rosvita reconoció a la reina de repente, aunque nunca la había visto. Estaba sentada en un banco como las demás nobles y no vestía con más ostentación que ellas, ni tampoco llevaba la corona de reinante o la torques dorada de las familias reales habitual en el norte. Sus pies estaban cubiertos no por un doguillo o un mono juguetero, sino por un leopardo moteado, ágil y bello, con ojos perezosos y una tensa curvatura en los hombros. Ronroneaba, como si fuera un murmullo, mientras ella lo acariciaba con un pie escurridizo, con indiferencia, como si no se diera cuenta de que le podía arrancar ese delicado pie desde la altura del tobillo con un simple mordisco.

Estaba entrevistando a tres putas, arrodilladas algo nerviosas a un brazo de

distancia del gran felino; en sus rápidos movimientos e intermitentes y repentinos cambios de expresión, Rosvita reconoció el hábito del mando. El auxiliar se inclinó para susurrarle al oído y ella se despidió de las prostitutas dándoles una moneda a cada una, luego se levantó y se dirigió hacia las visitantes. El leopardo moteado se desenroscó con gracia y la siguió. El timbre del amable ambiente del patio cambió por completo con su movimiento. Todo el mundo quería ver lo que iba a hacer.

Se detuvo ante ellas, miró a Theophanu de arriba abajo y se atrevió a hablar en wendiano.

—¿Tú, mi prima? Aprendo esta lengua de por hablar con el rey.

—Prima, te saludo —respondió Theophanu a la manera aostana. Entonces cambió al wendiano y dejó que Rosvita interpretara—. Te saludo, prima, y te traigo saludos de mi padre, Henry, rey de Wendar y Varre. —La princesa era mucho más alta que la reina Adelheid. Sobresalía por lo menos una cabeza y sus atractivos rasgos tenían una dureza que permanecía con el paso de los años. Adelheid estaba hecha de una pasta distinta: tenía el tipo de exuberancia, de belleza joven que se enfrenta a la edad con la respetable autoridad de una robusta matrona.

—Vamos —dijo Adelheid en aostano y agradeció la labor de Rosvita con la cabeza—, tomaremos vino y comida, pero me temo que no podremos perder el tiempo con cortesías, como sería adecuado. Debéis contarme cuántas tropas habéis traído y si deseáis utilizarlas para alejar a Cabeza de Hierro.

Continuó hablando tan rápido que Rosvita se vio obligada en varias ocasiones a pedirle que repitiera mientras abandonaban el patio, pasaban junto una columnata y las conducían a una terraza abierta a la sombra de una enorme pérgola de uvas en la que sirvieron una mesa con varias exquisiteces: una bandeja de fruta, platos dorados llenos de pasteles de ciruelas, pan de semillas de amapola y un decantador de vino cuyo rico aroma sazonaba cada uno de sus bocados.

—Habéis visto —Adelheid empezó cuando ya habían calmado los peores retortijones provocados por el hambre— como los perros se pelean por un hueso. Las buenas gentes de Aosta son mis hijos, y son obedientes, pero los señores son carroñeros. No puedo confiar en ninguno. Si alguno derrota al ejército de Cabeza de Hierro, solo será para ocupar su lugar. Dicen que Cabeza de Hierro mandó envenenar a su mujer antes de dirigirse hacia aquí porque ella no quiso tomar los hábitos y entrar en un convento para dejarlo libre y que así se pudiera casar conmigo.

—No parece un hombre misericordioso —Theophanu cogió otro racimo de uvas de la bandeja y arrancó con cuidado la fruta madura del tallo—, pero no cuento con tropas con la fuerza suficiente como para librarme de él sola.

—¿Y si nos coordinamos para atacar? ¿Vos atacáis mientras mis tropas salen de los muros?

—Es posible. Antes de irme, acordé ciertas señales con mis capitanes. Están preparados para atacar si fuera necesario, pero ¿cuántos forman vuestras fuerzas? ¿En cuántos podéis confiar?

Discutieron esa opción pero acabaron por descartarla, aunque a regañadientes. Cabeza de Hierro aún contaba con gran ventaja, por mucho que atacaran por dos frentes.

—¿Cuánto tiempo podéis aguantar el asedio? —preguntó Theophanu—. Puedo volver junto a mi padre y reunir un gran ejército. No, incluso aunque pudiéramos cruzar las montañas, no podríamos regresar hasta primavera.

—Para entonces nuestras reservas se habrán agotado. —Adelheid hizo un gesto hacia la mesa—. Los jardines de palacio no pueden alimentar a todo el mundo y los centinelas de las murallas me han contado que Cabeza de Hierro ya ha puesto a sus ingenieros a trabajar para que intenten represar el río. No, prima. Esta mañana mis clérigos me han dicho que los guardias de la puerta norte tuvieron la visión, en el cielo nocturno, de un ejército hecho de llamas. Seguro que ese signo era el heraldo de vuestra llegada. Creo que esto forma parte de un plan de Dios. Esta es nuestra última y mejor oportunidad para actuar.

—Cabeza de Hierro pronto se enterará de la colocación de mis tropas —añadió Theophanu—, y entonces sabrá que no me atreveré a pelear contra él. Y en ese caso me veré obligada a rendirme.

—No os dejaré ir. También corréis riesgos aquí. Se casará con gusto con cualquier princesa wendiana, si no puede tenerme a mí. Ya consiguió a su primera mujer por la fuerza, después de asesinar a su marido. Era del sur, aunque las tierras de su familia ahora se encuentran en manos de los generales arethousanos, así que ya no le servía para nada. No, debe haber alguna salida.

—Quizá podáis escapar igual que entramos nosotras, disfrazadas de clérigos o de otra clase de mujer.

Adelheid se rio.

—¿Cómo una prostituta? Se lo que dicen de mí. Puede funcionar: yo sola con otra podríamos escapar, pero no dejaré a mis leales súbditos en manos de Cabeza de Hierro, sobre todo a mis buenos soldados. Ya habéis visto lo que hacen con ellos. No, pero aun así he de llegar a Henry. ¿Es cierto que ha muerto la reina y que no se ha vuelto a casar?

—Es cierto, prima. Mi madre, la reina Sophia, murió hace tres años. De hecho no os ocultaré el deseo real de mi padre. —Theophanu hizo una pausa y una pícara sonrisa adornó los rojos labios de Adelheid mientras esperaba que Theophanu acabara—: que os caséis con su hijo.

—¿Con su hijo? —Adelheid se sonrojó—. Debe ser muy joven el príncipe, ¿verdad?

—No, Sanglant ya ha cumplido los veinticinco y es un reputado guerrero y capitán...

Adelheid se puso en pie y el leopardo, que parecía dormido, se levantó tan rápido que Rosvita dejó escapar un grito de alarma.

—Ese Sanglant del que habláis, es el bastado, ¿no? ¡Yo no me voy a casar con un

bastardo! ¿Henry está lisiado? ¿Es demasiado mayor como para engendrar hijos o está demasiado viejo como para dirigir una guerra?

—No, majestad —respondió Rosvita, sin esperar a Theophanu—. Sigue tan fuerte como siempre.

—Entonces, ¿por qué una mujer como yo habrá de querer un hombre joven, si puedo tener a un hombre en óptimas condiciones, que aún es joven y que ha demostrado saber gobernar? Hemos de liberar este lugar y llegar a salvo a su corte y le ofreceré mi mano y la corona del reino de Aosta. ¿Creéis que me rechazará?

Este arrebato cogió por sorpresa incluso a la sutil Theophanu, pero Adelheid reaccionaba de maravilla ante la rabia y las dificultades y ofreció a Henry todo lo que quería. Sanglant se había desacreditado a sí mismo al rechazar una recompensa tan suntuosa. ¿Por qué Henry iba a rechazarla, si las circunstancias habían cambiado tanto?

Theophanu se levantó, caminó por el borde de la terraza y se apoyó en la balaustrada para observar la empinada ladera de una colina cubierta llena de olivos. Entre los árboles había unas colmenas bajitas. Un poco más abajo había un huerto cuyos árboles crecían hacia el muro interior.

—Mi padre no es tonto, prima. —Se quedó mirando colina abajo durante un buen rato hasta que Adelheid, por curiosidad o impaciencia, se colocó a su lado. Rosvita tenía cuidado de mantenerse alejada del leopardo moteado, que permanecía alerta junto a la reina, sin dejar de mover el rabo mientras la reina le acariciaba la cabeza distraídamente.

—¿En qué estáis pensando, prima? —Adelheid acabó por preguntar, rompiendo el silencio.

Theophanu sonrió, impasible y casi burlona, mientras colocaba una mano sobre la barbilla en un gesto pensativo y analizaba el campo de olivos y las colmenas.

—Creo que tengo una idea. Contaremos con otros aliados si pensamos cómo sacarles provecho. Dime, prima, ¿los caballos de Cabeza de Hierro están cubiertos con muchas armaduras?

No había ningún motivo para que el árbol cayera en aquel momento y en aquella dirección. Su fino oído lo salvó: un chasquido en un lugar donde no debería haber oído nada, la primera astilla del tronco debilitado de un árbol que cruje al caer, el susurro inquieto de sus fieles compañeros. Uno lo pellizcó con fuerza en el muslo e hizo que, primero, se tambaleara a un lado y, luego, se apartara de un salto cuando un viejo abeto se cayó estrepitosamente en medio de la cubierta del bosque y se derrumbó sobre el lugar en el que momentos antes se encontraba él. Se arañó con ramas y gruesas agujas al intentar alejarse. El estremecimiento de la caída resonó en los desfiladeros de la zona.

Sanglant estaba tan atónito que, en realidad, se quedó quieto con la boca abierta entre los abetos, las piceas y unos cuantos fresnos que cubrían la colina, y con un hacha en la mano que no sujetaba con fuerza. Mientras, las ramas del árbol caído se sacudieron, tambalearon y pararon, al tiempo que se alejaban los últimos ecos. No había ningún signo de enfermedad a lo largo de la vasta extensión, ni quemaduras en la densa capa de agujas, ni infecciones por toda la corteza. Su aliento se convirtió en una nube en las laderas más altas del flanco del valle encantado en el que permanecía el invierno. La nieve cubría el suelo, ocultando las laderas de hierbas y flores de primavera.

Los árboles sanos no caen por sí solos.

Volvió en sí y silbó al perro, que corrió a lo largo del abeto caído, se perdió en un matorral y saltó como un loco; volvió a correr con el rabo entre las piernas. Después del incidente con la sopa, había decidido llevar la espada con él. Apoyó el hacha en el tronco del árbol que había pretendido derribar y que ya tenía la marca de la primera media docena de golpes, cogió la funda y sacó la espada, que tenía un buen contrapeso, aunque le resultaba un poco ligera después de haber ganado peso y fuerza trabajando con el hermano Heribert en los proyectos de construcción.

Gruñó en bajo mientras olía el aire. Miró a uno de los sirvientes, lo que era raro porque ella no tenía olor, sino más bien textura, como la textura que tiene la ropa, una diferencia que se percibe al tacto, que no se ve, ni se oye, ni se huele. Los demás se reunieron alrededor hasta que él sintió que su presencia le ahogaba.

—Chsss, os lo ruego —dijo para silenciar los murmullos. Se callaron. Él trataba de escuchar, pero no oyó nada. Siguió el árbol hasta la base. Habían hecho una brecha

leve en el enorme tronco y al pasar los dedos por el duro tocón, se dio cuenta de que eso no lo había cortado un hacha. Parecía una manzana rebanada por un cuchillo. Se arrodilló y olfateó el suelo, pero no percibió nada.

—¿Qué ha hecho esto? —preguntó a las almas presentes.

No contestaron, solo se reunieron. Él no sintió su miedo precisamente. Se trataba de una especie de trama tejida por la forma de ser, brusca, ruda y sorprendente de ellas, criaturas que no eran de la tierra en absoluto, sino de las familias de daimones cuyo hogar eran las etéreas alturas bajo la luna, según le había contado Liath. Sus espíritus, fáciles de atrapar y de dominar, servían a los cinco magos que vivían en Verna.

Había que reconocer que igual que los servían el hermano Heribert y él construyendo y labrando. De hecho, resultaba bastante irritante comprobar que alguien en la valle contaba con los medios para derribar árboles con mucho menos esfuerzo y tiempo y aun así no estaba dispuesto a compartir ese conocimiento con Heribert y con él, quienes tenían que realizar el trabajo duro de construir viviendas decentes para todos. El hijo de un rey no debería servir a los demás de esta forma, por muy alto que fuera su rango, pero, por el momento, con Liath embarazada y sus estudios en marcha, él estaba aguardando el momento oportuno. Deseaba trabajar, comer y disfrutar de ese paréntesis de paz.

Sin embargo, los furtivos intentos de acabar con su vida comenzaban a molestarle.

Exploró el bosque brevemente pero, como esperaba, no encontró ningún signo ni huella del agresor. No esperaba otro intento ese día; quien fuera el que no lo quería era un poco torpe, tal como demuestra el incidente con la sopa, alguien poco acostumbrado a matar, quizá, o que lo infravaloraba. Era obvio que ninguno de los habitantes del valle conocía el hechizo que su madre le había hecho, porque, de lo contrario, no se hubieran molestado en intentar asesinarlo.

Regresó y taló el árbol por el que había venido, luego se dedicó a la tediosa tarea de podar las ramas del tronco del gran abeto. Solo hizo una pausa para comer pan y queso con cerveza a media tarde y en varias ocasiones para afilar el hacha, pero aun así, cuando se acercó el anochecer, solo había hecho la mitad. Le dolía la espalda y tenía la túnica sudada. Se colocó la espada enfundada a la espalda y se dirigió colina abajo por un camino de animales.

Los abetos y piceas dieron paso a los robles, a las hayas y a los fresnos, y después a los huertos. Se detuvo en los viñedos para arrancar unas uvas maduras; tras saborearlas, continuó. Las sombras caían sobre la ruinoso torre de piedra, las viejas cabañas y la sala recién acabada y tan nueva que aún parecía brillar. Heribert trabajaba en un caballete para serrar, desnudo hasta la cintura porque tenía la toga sujeta en el cinto. Tenía la ligera elegancia de un clérigo, de músculos enjutos y nervudos, y las manos callosas de un carpintero. Estaba cepillando lentamente un tablón.

—Paz, hermano —dijo Sanglant, que se acercó entre risas—. Me avergonzaréis si no dejáis de trabajar y me acompañáis al estanque. —Heribert sonrió sin levantar la mirada del trabajo—. Algún día —observó Sanglant— espero que haya una avalancha que arrase todo este valle antinatural, pero, por Dios, mientras los demás huiremos para salvarnos, vos os mantendréis firme y os tragaré porque estáis condenado y determinado a conseguir una última esquina curvada de ese modo.

Heribert se rio, pero siguió trabajando. Su fiel aprendiz, una robusta criatura que parecía de madera y de aire, soplaba las virutas de madera en cuanto caían del tablón. Sanglant se sentó en una cuidada pila de tablas sin acabar que Heribert y él habían serrado de los troncos durante la semana pasada y varios sirvientes se colocaron a su alrededor como remolinos de aire muy contenidos. Se había acostumbrado a su presencia. Mientras Heribert acababa el tablón a su gusto y retocaba las esquinas, el príncipe observaba a dos magas: una anciana y una joven, que, sentadas en el exterior de la torre de piedra sobre un banco rudimentario, discutían en una lengua que él no conocía. Estaban demasiado lejos como para escucharlo a él y a Heribert, y como era habitual no parecían darse cuenta de su presencia.

—Realmente me encantaría ver a nuestra hermana Zoé desnuda aunque fuera una sola vez, porque creo que ha de ser una visión poco común que contemplar bajo esa túnica.

Heribert refunfuñó al medir las esquinas con una escuadra y resopló, satisfecho con las proporciones.

—Me temo —continuó Sanglant— que ella desdeña lo masculino.

—O al miembro masculino —Heribert se remangó las mangas de la túnica de clérigo y se ajustó el cinturón. El sirviente hizo el extraño ruido que significaba «adiós» y se escabulló entre los troncos sin cortar apilados cerca—. Se casó muy joven con un hombre que la trataba con crueldad, por lo que he oído. Lo mató con un hechizo cuando tenía dieciséis años, después de tres años de abusos en la cama.

Sanglant negó con la cabeza.

—¡Ojalá lo hubiera hecho antes! ¿Cómo llegó aquí?

—Buscó refugio junto a su tía, que era monja en Santa Valeria. Y entre una cosa y otra acabó aquí.

—Ah —dijo Sanglant—. ¿Pero quién es su tía?

—Dicen que está muerta. —Heribert había empezado a dejar a un lado las herramientas. Hizo una pausa—. ¿Creéis que la hermana Zoé es quien os intenta matar?

—¿Quién sabe? La hermana Zoé y el hermano Severus no me dirigen en absoluto la palabra. Me desprecian, creo. Para la hermana Meriam, soy objeto de una completa indiferencia. Para nuestra magnífica y poderosa hermana Anne, realmente creo que solo soy una herramienta más cuya utilidad aún no ha descubierto. —Señaló hacia la anciana sentada cerca de la voluptuosa Zoé—. Solo la hermana Venia me trata con amabilidad.

Heribert se ruborizó.

—Cuánto más discretas son, más justas parecen. No confiéis en ella.

—Eso ya lo habíais dicho, y dado que es vuestra tía, supongo que he de confiar en vuestras palabras porque seguro que la conocéis bastante mejor que yo. Un rostro bello puede ocultar un corazón horrible.

Sonrió al pensar en Hugh. Aunque no era un sentimiento piadoso, le gustaba recordar la última vez que lo había visto, sangrando abatido en el suelo, a merced de los perros. Aunque pensar en los perros le hacía pensar en su padre. Suspiró. Dos de los sirvientes lo rozaron y ese ligero roce fue como un bálsamo sobre su herida piel.

—Creéis que la hermana Anne daría la orden de intentar mataros —decía Heribert mientras amarraba sus herramientas en una bolsa inteligentemente cosida e inventada por él mismo.

—Tal vez es una prueba o tal vez no lo sabe.

Heribert rio de repente.

—No creo que haya nada que ella no sepa, pero seguro que Liath comprende la mente de su madre mejor que nosotros. Deberíais confiar en ella.

Lo pensó, pero negó con la cabeza.

—No. Se preocuparía innecesariamente e insistiría en que nos fuéramos, y eso, me temo, causaría más problemas de los que arreglaría en cualquiera de los sentidos. Necesita estar aquí, por lo menos hasta que nazca el bebé y ella se haya recuperado. —Sonrió irónicamente—. En todo caso, Heribert, no he visto que pueda guardar los secretos muy bien, aunque cree que si lo hace. Si se enfada, lo suelta todo y acusa a todos solo por estar indignada por mi causa. Me gusta saber que ellos no saben que yo sé.

—A menos que ellos sí sepan que vos sabéis y, así, saben que vos creéis que ellos no saben que vos sabéis, por lo que se convierte en un juego más enrevesado de lo que vos creéis, amigo mío.

—Ah, pero os olvidáis de que yo me crie en la corte del rey. Seguro que he presenciado todos los enredos posibles cuando se quiere intrigar.

Heribert titubeó, parecía preocupado.

—Debéis tener cuidado, alteza —dijo, utilizando el título como siempre hacía cuando pretendía burlarse o mostrarse serio—. Un nido de mathematici es, en realidad, un nido de criaturas peligrosas.

—¿Por qué os habéis quedado, Heribert? —preguntó de repente Sanglant.

La sonrisa de Heribert era burlona.

—Temo irme más de lo que temo quedarme. No soy un hombre valiente, como vos, príncipe. En el fondo no soy un guerrero, como son muchos clérigos. Tengo miedo a lo que puedan hacer conmigo si intento irme. En cualquier caso, no hay forma alguna de escapar que no sea por el círculo de rocas, no al menos que yo conozca. Yo no conozco los secretos de la roca. —Colocó la bolsa de cuero para las herramientas en el cobertizo que Sanglant y él habían construido junto a la zona de

trabajo y en el que dormía Heribert—. Para ser sinceros, aquí estoy contento. Nunca antes había tenido la oportunidad de construir.

—Bueno, mi querido amigo —contestó Sanglant, mientras se ponía en pie—, habéis construido un magnífico edificio. Pero ahora quiero lavarme. ¿Nos vamos?

Los sirvientes se arremolinaron a su alrededor cuando se levantó y le hicieron cosquillas en la mandíbula y le pellizaron las orejas. Por naturaleza él era tan rápido que, a su vez, podía atraparlos, como una forma de burla de la que ellos disfrutaban porque él no podía causarles ningún daño a esos cuerpos etéreos. Entre risas, los persiguió hasta que se dispersaron y sus delicadas risas repicaron con la brisa. Heribert solo negó con la cabeza y, juntos, los dos hombres se fueron al estanque para liberarse del sudor y del polvo de un verdadero día de trabajo.



La hermana Venia, antes conocida como la obispo Antonia de Mainni, observaba cómo su hijo ilegítimo y su compañero desaparecían al anochecer. Tal vez resultaba inevitable que los dos hombres, reunidos en tales circunstancias, se hicieran amigos, aparte de sus virtudes, Sanglant era tosco, inculto y solo mitad humano: una compañía apenas adecuada para un joven que había sido formado cuidadosamente desde la niñez para convertirse en fuente de sabiduría y en el reluciente vehículo de la gracia de Dios. Sin embargo, el príncipe difícilmente podía dejar de elevarse en compañía de un clérigo joven tan elegante.

—No me gusta cómo me mira —dijo la hermana Zoé de repente—. Mira con lascivia.

—¿El hermano Heribert? —preguntó Antonia, sorprendida por la acusación.

—¿Heribert? No, me refiero al príncipe.

—Ah, sí. Está muy vinculado a la carne, creo.

Zoé se estremeció.

—Ninguno de nosotros puede escapar a la carne. —El hermano Severus apareció procedente de la torre, con un farol en la mano—. No al menos mientras sigamos en esta tierra. Él es una mala influencia para la chica. Al estar cerca, no se puede esperar que ella se concentre en aprender. ¡Embarazada! —Dijo las palabras a disgusto—. Ella no es lo que nos esperábamos.

Zoé se volvió a estremecer.

—Es asqueroso. Apenas puedo soportar mirarla, con ese vientre hinchado. Es una deformidad de la carne bien definida que podría tener, si se hubiera conservado como una vasija pura.

—¿A quién de nosotros se le ha dado permiso para tirar la primera piedra? —preguntó Antonia sorprendentemente—. Ninguna de las mujeres de este valle

permanece pura, ni siquiera Anne, que incluso dio a luz a una niña. En lo que respecta a los hombres, por supuesto, no puedo hablar. —Aunque ella se preguntaba a menudo por Severus, el viejo malhumorado, que tenía el tipo de arrogancia engreída que, según su experiencia, seguramente ocultaba multitud de pecados que sin embargo, parecían conveniente olvidados.

Él solamente arqueó una ceja.

—Esa no es la cuestión. Nosotros esperábamos una vasija pura, pero hemos recibido una rota. No es el matrimonio carnal lo que la hecho así, sino su absoluto vínculo con esa criatura. El príncipe representa un peligro para todo aquello por lo que hemos trabajado. Mirad cómo los sirvientes se apiñan a su alrededor cuando deberían estar encargándose de tareas para nosotros.

—Es mejor verlo a que esté donde pueda causar daños a nuestras espaldas —replicó Antonia.

—Ese es un argumento que ha utilizado la hermana Anne. Puede ser verdad, pero me parece que nos podríamos librar de él de una y vez y para siempre y que así se acabaría todo.

—Él no es fácil de matar —dijo la hermana Anne, que salía de la torre con la hermana Meriam caminando lentamente tras ella—, aunque estoy de acuerdo de que su influencia sobre Liathano resulta contraproducente a nuestros propósitos.

Meriam se había vuelto más frágil a lo largo de los últimos meses y su voz, fina y seca, era apenas más audible que un susurro, pero su mente no había perdido nada de su perspicaz fuerza.

—Todos fuimos jóvenes alguna vez y los jóvenes son más susceptibles a las tentaciones. Yo algunas veces pienso que nuestro ausente hermano Lupus podía haber sido el único en ser fiel a sus votos.

—¡Un plebeyo! —Severus miró hacia la sala, iluminada por un brillo tan suave como el fuego fatuo—. Apenas es una criatura con la que nos podamos comparar, hermana Merian.

—En mi país tenemos un dicho, hermano: un hombre rico puede convertirse en esclavo igual que un pobre, si esa es la voluntad de Dios. La fortuna es caprichosa y un hombre puede llegar a rico y un esclavo a general por designio de Dios.

—Los dichos de los infieles resultan de poco interés para nosotros —replicó Severus con calma.

—Vayamos a cenar —dijo Zoé, que se puso de pie a toda prisa—. Entonces quizá podremos comer hasta saciarnos antes de que vuelva el perro. Odio tener que verlo comer.

—Debéis esforzaros por ser imparcial —dijo la hermana Anne con voz tranquila—. Lo que os molesta no es su presencia, sino un prolongado contacto del Enemigo con vuestra alma.

Zoé se ruborizó. Desde la llegada de Sanglant, Zoé había comenzado, sin duda inconscientemente, pero con frecuencia, a alisar sus ropas contra el cuerpo cada vez

que hablaba del príncipe. Lo estaba haciendo en ese momento: rozaba las suaves y blancas manos, nunca estropeadas por los trabajos manuales, con el lino azul celeste del vestido. En cierto modo, suponía un alivio para Antonia. Heribert podía haber advertido los exuberantes encantos de Zoé, pero ya era obvio que ella nunca se había fijado en él, cuya pureza estaba a salvo de ella, al menos. Él se había fijado en Liath, por supuesto. Antonia había observado la naturaleza humana durante muchos años y se dio cuenta, de repente, de que Liath tenía la cálida e inconsciente belleza que atraía a los hombres como las mariposas a la luz que las puede matar. Sin embargo, Liath estaba embarazada y su esposo rondaba a su alrededor con toda su salvaje gloria. Heribert no se entrometería. Los hombres eran fáciles de llevar precisamente por su tendencia a someterse a cualquiera de ellos que parecía más fuerte; por eso Dios había decidido que las mujeres administraran la Iglesia, ya que eran más racionales.

—Él ha traído discordia a su entorno —dijo Severus—, pero ese, supongo, será el legado de la sangre de su madre.

La pobre hermana Zoé era un ser apasionado, a pesar a su deseo de vivir una vida contemplativa. Aún sonrojada y nerviosa, salió hacia la sala. Antonia podía oler a cordero asado y a pan recién hecho. Anne miró hacia la puerta abierta de la torre, tomó una decisión interna y siguió a Zoé. Severus esperó lo suficiente para acompañar a la hermana Meriam a paso lento. Por una vez, Antonia echó de menos al hermano Marcus, que, pese a toda su altanería, ofrecía más conversación que todos los demás juntos y no tenía miedo a especular sobre los sucesos del mundo exterior, pero se había ido destino a Darre semanas atrás.

Una luz aún se mantenía encendida en la cámara más baja de la vieja torre de piedra. Antonia miró hacia dentro y vio a Liath sentada en un banco en una mesa nueva recientemente construida por el príncipe y el clérigo. Por supuesto, resultaba penoso que ellos tuvieran que trabajar en la carpintería, pero la vieja mesa era espantosa, llena de huecos, escorada y picada en una esquina. Las mesas nuevas que ellos había hecho para la torre y para la sala suponían una gran mejora.

Liath estaba leyendo: un dedo seguía las palabras por la página de vitela; los labios representaban las palabras que leía, pero raramente emitía algún sonido real. Antonia nunca había visto una lectora tan tranquila, asombrosamente silenciosa.

—Ah —dijo Liath de repente, para sí misma—. Si todo cae hacia el centro con la misma presión y si, por consiguiente, el universo como un todo siempre ejerciera presión contra la Tierra en todos los puntos y de manera uniforme, entonces la Tierra no necesitaría ningún apoyo físico para descansar sobre el centro del universo.

—¿Qué leéis? —preguntó Antonia. Liath era una criatura extraña, aunque era la hija de Anne, había algo fuera de lo normal en ella, aparte de ser capaz de leer con una luz tan tenue.

Liath se puso en pie, sorprendida, golpeó la mesa con los muslos y farfulló unas palabras.

—Os ruego que me disculpéis, hermana Venia —dijo con educación, mientras

cerraba el libro—. No me había dado cuenta de que había oscurecido. Estoy leyendo a Ptolomaia. Nunca había tenido la oportunidad de leer Sintaxis, salvo unos pasajes. Ahora veo que aunque he leído Sobre la configuración del mundo, en estas palabras se ocultan muchas cosas que yo nunca había llegado a entender del todo.

Antonia nunca había oído hablar de un libro llamado Sobre la configuración del mundo, pero no iba a admitirlo ante esa niña ignorante que aún se vestía como el Águila común y corriente que había sido y que no tenía la decencia de ocultar su poco atractiva pasión por la ordinaria criatura que ella llamaba «esposo». Resultaba tremendamente difícil verla como hija de Anne, que era arrogante y fría y, en otros muchos aspectos, todo lo que uno puede esperar de la descendiente de una casa noble. Precisamente Antonia no tenía claro a qué casa noble pertenecía Anne, porque sus compatriotas aún no confiaban en ella por completo, pero ella no era tonta: estaba empezaba a ver cómo se entrelazaban los asuntos allí.

Liath envolvió el libro con su cubierta de cuero y lo puso sobre el aparador, torció el gesto un momento ante la mesa sobre la que había estado escribiendo cálculos matemáticos extraídos de una efemérides, una colección de tablas que mostraban las posiciones diarias de los cuerpos celestes. Vaciló al toquetear el estilo e hizo unas correcciones en los cálculos.

—¿Qué pensáis? —preguntó imperiosamente y le acercó la tabla a Antonia para que la mirara.

Fue enormemente irritante que esa joven insensible captase con tanta facilidad lo que para Antonia era la parte más difícil de la educación de un mathematicus. Sin duda, la Iglesia había condenado esa aritmética semejante a los arañazos de los dedos del Enemigo cuando juzgaron a la obispo Tallia, una adepta al arte e hija del emperador Taillefer, en el concilio de Narvone cien años antes.

—Es a la hermana Anne a quien le corresponde corregir —dijo Antonia con severidad—. Solo he venido para deciros que es la hora de cenar.

—¿Ha regresado ya Sanglant? —preguntó la muchacha. No tenía el respeto debido a los mayores. Parecía poco consciente de las elegantes maneras que Heribert, por ejemplo, mostraba con tanta naturalidad como las ropas.

—Ha ido a asearse, creo.

—¡Ah! Iré a buscarlo para cenar.

Antonia comenzó a reprenderla, pero ella ya se había escabullido, bastante rápido considerando el vientre de embarazo que empezaba a mostrar. Pobre hermana Anne. La chica no había sido bien educada. De hecho, para Anne debía suponer una afrenta diaria ver que su hija se comportaba como una plebeya y con la insolente y desconsiderada compañía de un príncipe insignificante. Sanglant podría ser ordinario, pero, aun así, sus maneras, al haber crecido en la corte, eran mejores que las de Liath. Como un perro, a él se le podía formar.

Antonia la siguió en la penumbra, a través del huerto y de los viñedos hacia el prado de hierba en el que una laguna se enclavaba contra una colina, casi oculta en la

oscuridad. Oyó reír a los dos hombres con ese compañerismo habitual entre los machos, criaturas sin objetivos.

Entonces Sanglant gritó, de repente, con el tipo de voz que postergaba el sonido de la batalla.

—¡Liath! Dios prohíbe que te acerques tanto o arruinaréis a nuestro casto clérigo, que está aquí como su madre lo trajo al mundo. —Hubo un sonoro ruido sobre el agua.

Alarmada, Antonia se acercó a ver el agua iluminada por la luna en el lugar en el que la esbelta figura de Heribert estaba hundida hasta la cintura, con las manos sobre las caderas. Junto a él, Sanglant salió del agua chisporroteando; tuvo un ataque de risa cuando el agua le corrió a raudales por el pecho, la espada y la cabeza. Se había sumergido.

—No creáis que estoy desarmado —replicó Heribert en un tono de broma diferente a cualquier comentario que ella le hubiera oído antes—, ya que tengo la espada de la inteligencia a mi servicio y vos, bueno..., vale, no diré nada más.

—Solo he venido para decir que la cena nos espera —gritó Liath lastimeramente desde la oscuridad.

Sanglant salió del agua con bastante poco recato, se sacudió como un perro y luego se secó con una túnica. Se vistió a toda prisa, mientras Heribert permanecía discretamente en el agua. En cuanto acabó, desapareció entre los árboles, en donde se oían unos murmullos, muy poco claros como para entenderlos, pero con el timbre de unas palabras de amor.

Era un enigma, pero como todos los enigmas, podía resolverse o, en el peor de los casos, se podía presionar hasta que se revelaran los secretos: dos hijos nacidos de madres que eran, si todos los comentarios sobre la madre de Sanglant eran ciertos, poderosas magas. No importaba lo que los demás sospecharan de los aoi, no importaba que pensarán que no habían desaparecido del todo, sino que permanecían ocultos a la humanidad, porque, con todos sus conocimientos, eran unos insensatos que deseaban matar al príncipe Sanglant, que tenía una fuerza evidente. Dios lo había bendecido con el poder del liderazgo. Ella sabía qué reputación era reconocida en el mundo. Ella la había tenido una vez y aún no había renunciado a sus sueños y esperanzas. Su estancia en Verna era solo una estación de paso para algo mayor, algo que ella podía controlar con el conocimiento que obtendría de los mathematici. El hermano Severus se equivocaba: no era voluntad de Dios que todos Sus elegidos debieran abandonar el mundo, sino que los más sabios deberían gobernarlo con justicia. Ella era una de los elegidos.

—¡Nos veremos allí, Hermano! —gritó Sanglant a Heribert.

Antonia oyó cómo los pasos se alejaban en dirección a la sala. Lo siguió la habitual multitud de sirvientes, a los que Anne no había ordenado alguna tarea. Resultaba extraño cómo se arremolinaban a su alrededor.

En ese momento, la laguna se veía gris y, cuando salió del agua y se secó,

Heribert solo era una sombra aún más gris. ¿Cuánto le habría visto Liath? Seguro que el crepúsculo había cubierto su desnudez y, si no fue así, entonces, era un pequeño precio que había que pagar mientras él, sin darse cuenta, se congraciaba con el príncipe que algún día resultaría de gran utilidad para ella.

Los apicultores de Vennaci usaban un tipo especial de humo para hacer dormir a las abejas. Por la noche colocaron las colmenas en la muralla, a cada lado de la gran puerta oriental y prepararon unas pequeñas catapultas.

El ejército de Adelheid se había reunido el día anterior y con una única escapada al amanecer por el exterior de la puerta oriental; con todas sus fuerzas, habían asaltado el campamento de Cabeza de Hierro antes de que su número superior los forzara a retirarse a la ciudad. Capturaron a muchos, mataron a algunos. Tras atacar, Theophanu había atravesado el frente con una pequeña escolta y regresado con sus tropas, dejando a Rosvita con Adelheid en señal de buena fe.

En ese momento, desde la zona de la muralla junto a las puertas orientales, Rosvita observaba cómo los supervivientes se reunían de nuevo antes del amanecer y se preparaban para una batalla en la que muchos perecerían. Su lealtad la había impresionado: Adelheid conocía el secreto de los gobernantes, que consistía en recibir lo que se daba. Era generosa y cuidaba de sí misma. Por eso ellos deseaban arriesgar tanto para conseguir para ella la libertad para así escapar hacia el norte.

Cabeza de Hierro no había permanecido inmóvil. Había colocado sus fuerzas frente a las puertas orientales para atacar y, cuando salió el sol, adelantó la caballería para retener un posible segundo frente.

—Hermana, os lo ruego, debemos reunimos en la puerta norte. —Una de los clérigos de Adelheid se alejó de Rosvita justo cuando, en las montañas del norte, vio surgir la primera y espesa nube de humo: la señal de Theophanu. Se dieron prisa a través de la tranquila ciudad. Los ciudadanos de Vennaci se habían resguardado en sus hogares para esconderse o esperaban fuera con todas las pertenencias que podían cargar, con la esperanza de huir tras la salida de Adelheid. La ciudad estaba tan silenciosa que Rosvita pudo oír cómo las armas chocaban por primera vez tan lejanas como la campana de una iglesia que resuena a una legua de distancia. El ejército de Theophanu había atacado el campamento de Cabeza de Hierro, o eso esperaban ellos.

En la puerta norte, rodeaba a Adelheid una escolta armada de unos cien soldados, tras los cuales aparecían su séquito, las carretas, los sirvientes y el ganado, que berreaba y gemía. Se oyó un grito procedente de las puertas orientales.

La reina Adelheid montón una hermosa yegua negra. Rosvita subió, tras ella, a un caballo castrado gris; en cuanto estuvo sobre él, escuchó como un enloquecido rugir

estallaba en el este.

Adelheid soltó una carcajada.

—¡Han lanzado las abejas sobre la caballería de Cabeza de Hierro! —gritó mientras los soldados aplaudían—. ¡Vamos! ¡Cabalgemos!

El portal norte se abrió al tiempo que los arqueros comenzaron a disparar desde la muralla. La infantería avanzó con estrépito para forjar un camino para la caballería a sus espaldas; Rosvita no tardó en moverse con ellos. Era terrible al tiempo que excitante cabalgar hacia la batalla con la oración como única arma.

Una flecha silbó sobre sus cabezas. Ella se agachó, sintió que se le tensaban los músculos y se maldijo por la edad y los padecimientos. Un espasmo le recorrió la espalda, pero no sintió sangre. El caballo flaqueó cuando ella dio un grito ahogado. Un soldado apareció a su lado y le quitó las riendas de la mano. Le gritó algo que ella no pudo entender: el sonido rugía en sus oídos, pero no podía distinguir si lo que le ensordecía era la batalla o su propio miedo e inquietud. Dejó que él la guiara y se dedicó a pensar en la tarea que le habían inculcado en el convento: la oración.

Pisotearon la línea formada tras la puerta norte, en la que tres días antes Theophanu y ella habían intercambiado unas palabras con los aburridos y hastiados guardias de Cabeza de Hierro. En ese momento, los soldados de Adelheid cruzaron sus espadas con los mismos guardias y los mataron mientras sus pesados caballos pasaban con gran estruendo. Las carretas retumbaban detrás. Las chozas se derrumbaron por la violencia de la carga y entonces salieron a la llanura. Desde ese punto, podía ver un manto de lucha ante la puerta oriental, que vista a esa distancia solo parecía una masa agitada de caballos enloquecidos, de jinetes tirados, de humo en la muralla, una bulliciosa refriega oculta bajo una nube de polvo. Pasaron sobre campos abandonados, saltaron zanjas de regadío, bordearon filas de árboles colocadas como barreras para el viento y, sin mayores incidentes, el frente de la caballería con Adelheid en cabeza llegó a la primera fila de colinas desmoronadas.

Allí hicieron una pausa y miraron atrás. El polvo oscurecía toda la llanura en torno a Vennaci, excepto las torres. Los soldados vitorearon con entusiasmo. Adelheid miró fijamente la ciudad que había abandonado, con un duro perfil en contraste con las colinas doradas por el otoño al fondo. Vestía unos leotardos de hombre bajo el vestido, que había remangado sobre la silla de montar, y un abrigo de cuero hecho con astucia para que se adecuara a su pequeño cuerpo con una estola de malla ligera sobre los hombros y unas solapas rojas de cuero reforzadas con placas de metal sobre las caderas. En la cabeza solo llevaba un yelmo cónico con un pañuelo que le envolvía el pelo para acolcharlo. El trote y el viento habían desenrollado el pañuelo, que entonces ondulaba tras ella, con lo que se convirtió en el estandarte que seguían sus hombres. Era joven y, en ese momento, sobre la colina, con la encarnizada batalla tras ella y tan solo con la fugaz esperanza de la huida ante ella, era hermosa como las santas y los generales agradecidos por Dios.

—Aún no estamos fuera de peligro —dijo abruptamente.

—Debería haber unos centinelas aquí. —Rosvita reconoció el pequeño pero abrupto valle que Theophanu y ella habían recorrido tres días antes. Todavía le dolía la espalda, pero, a medida que disminuía el dolor, se dio cuenta de que solo se había dislocado un hombro. Al observar a los rezagados acercarse, comprendió que había sido afortunada. Llegaban caballos sin jinetes. De las carretas y de los sirvientes, solo una apareció traqueteando: el tesoro de Adelheid, bien guardado por una escolta de veinte jinetes armados de los cuales cuatro tenían heridas abiertas y supurantes en el cuerpo. Adelheid supervisó los últimos restos con una expresión de feroz desafío.

Tras ellos venía el capitán, gloriosamente vestido con una malla y un tabardo cuyo rico índigo no estaba manchado por la mugre. La cresta de su yelmo estaba torcida.

—¡Majestad! Cabeza de Hierro ha reunido sus fuerzas. No tardarán en entender nuestras intenciones. Debemos seguir adelante ahora. Hemos perdido a los demás.

—Entonces no esperaremos más —dijo ella con firmeza—. Que Dios cuide y proteja a quienes me han servido fielmente.

El capitán Rikard se hizo con el control de las tropas y se encaminaron por las colinas con la carreta tambaleándose y repiqueteando tras ellos. Un grito distante rasgó el aire; a continuación, oyeron gritos y el choque de armas. Apareció un jinete, desapareció en los descensos del terreno, y volvió a aparecer. Vestía los colores de Adelheid. El capitán hizo volver a un soldado de caballería, mientras los demás seguían hacia delante. En cuanto el soldado llegó junto al mensajero, los dos se dieron la vuelta para alcanzar a los demás. Sus gritos no tardaron en oírse.

—¡Cabeza de Hierro ha enviado una gran fuerza para que nos persiga!

Llegaron a una marca del terreno que Rosvita reconoció: un árbol ahorquillado en la bifurcación entre dos caminos. Cuando el capitán empezó a dirigir a la reina hacia delante, Rosvita le hizo una señal.

—¡El camino hacia el campamento de la princesa Theophanu es por ahí! —gritó, indicando el camino de la derecha.

Rikard negó con la cabeza.

—Si las tropas wendianas están ocupadas con Cabeza de Hierro, entonces nos veremos atrapados entre sus flancos. Debemos cabalgar hacia el norte. Allí se encuentran los nobles de Novomo, leales a la reina.

Cinco soldados se separaron y descendieron hacia el campamento wendiano. Por un momento, Rosvita pensó en cabalgar con ellos. Pero no lo hizo. Le habían encargado ayudar a Adelheid y esta no se encontraría a salvo hasta llegar a Wendar. Algunas verdades resultaban amargas: como la mayoría de los hijos segundos, Theophanu era prescindible. ¿No era esa la razón por la que Henry la envió a Aosta en vez de a Sapientia, después de Sanglant lo rechazara?

El serpenteado camino atravesaba helechos y franjas de hierba doradas. Se apiñaban hacia arriba y las curvas del camino eran cada vez más pronunciadas hasta el punto de tener que bajar del caballo para dirigirlos. El sol del mediodía hizo brillar

los afloramientos de las rocas, pero parecía que solo Rosvita sufría bajo el calor, aunque los soldados también sudaban. En un tramo rocoso, acabó por romperse un eje de la carreta. Una gran llanto surgió entre los sirvientes mientras Adelheid examinaba tal calamidad con el ceño fruncido. Los ojos le brillaban de rabia, pero no hacia sus siervos.

—Debemos conservar la insignia real y las coronas y las listas de ofrendas a toda costa —ordenó—, pero del resto del tesoro dejad todo lo que no podamos cargar. De poco me valdrá el oro si estoy encerrada con él en mi regazo en una cárcel preparada por Cabeza de Hierro.

—Si pudiéramos esconder parte lejos del camino, majestad —dijo uno de los auxiliares—, tal vez podríamos volver y recuperarlo.

—¡Mirad! —El capitán Rikard había buscado una posición estratégica, las ruinas de una antigua torre algo alejada del sendero principal. Cuando Rosvita cabalgó tras él para divisar las escarpadas colinas sobre las que habían pasado, los cascos aparecían muy abajo—. Los hombres de Cabeza de Hierro —le dijo él, señalando.

Desde aquel antiguo lugar, soldados de otra estirpe habían vigilado el acceso por el sur con facilidad, como hacía Rosvita en ese momento, mientras se protegía del destello del sol al mirar hacia el sur con los ojos entrecerrados. Las torres de Vennaci aparecían pequeñas y envueltas por la tierra, no mayores que su mano al medirlas en la distancia. Miró hacia el oeste, donde Theophanu había establecido su campamento...

—¡Allí! —gritó el capitán.

¡Allí! El fuego arrasaba el campamento wendiano: las tiendas ardían. El humo oscurecía las encarnizadas luchas. En cualquier caso estaban muy lejos para comprender realmente lo que estaban viendo. ¿Theophanu estaba derrotando a las tropas de Cabeza de Hierro o, por el contrario, estaba siendo vencida?

—Se están acercando —dijo el capitán y, de repente, Rosvita se dio cuenta de que a él le importaba muy poco el campamento wendiano, para el que ni siquiera miraba. Todavía estaba evaluando el avance de los soldados de Cabeza de Hierro. Un yelmo destelló con la luz del sol y se perdió en la sombra cuando una veintena de soldados desaparecieron por una carretera con muchas curvas, cabalgando en la vanguardia. Debajo de ellos, apareció un estandarte con unos colores que Rosvita no distinguió muy bien, pero que el capitán reconoció.

—Nos persigue el propio Cabeza de Hierro. —A toda prisa descendieron por el camino principal, donde esperaban Adelheid y los demás—. Majestad, debemos dejar atrás a los que van a pie o seguro que os alcanzan. Cabeza de Hierro ha aprendido la lección. Él mismo lidera la partida que nos persigue.

No dijo nada durante un momento que pareció alargarse hasta el infinito y que, sin embargo, no duró más que diez latidos. Los sirvientes, que no tardaron en comprender la situación, se arrodillaron en el polvo y las piedras y le rogaron que continuara. Los bendijo y, con lágrimas en los ojos, los abandonó a la merced de los

hombres de Cabeza de Hierro.

—¿Estaba equivocada, clérigo? —acabó por preguntar mientras descendían por un desfiladero: la reina, doce cortesanos, seis sirvientas, cuatro clérigos, Rosvita y unos ocho soldados. Los sirvientes la siguieron en masa porque en esa desigual parte del camino no les resultaba difícil continuar el ritmo de los caballos—. ¿Me equivoqué al creer que había llegado el momento de huir? ¿Debería haberme entregado a merced de Cabeza de Hierro? ¿Debería haber mantenido el asedio durante el invierno y rogar por la liberación? ¿La visión en el cielo de un ejército entre llamas era una señal del Enemigo y no de Dios?

—Solo Dios lo sabe, majestad. Su plan continúa siendo un misterio para todos nosotros, los mortales. Hicisteis lo que creísteis correcto en determinado momento.

Adelheid le lanzó una mirada repentina.

—¿Y vuestra señora, mi prima Theophanu? Tal vez este plan nuestro tiene como resultado su muerte. ¿No fue insensato intentarlo?

—Dios nos ha dado el libre albedrío, majestad. Está en nuestra naturaleza asumir riesgos, presionar hacia delante, algunas veces, como tontos hacia el desastre, otras veces, imprudente hacia un éxito inesperado. No puedo dar una respuesta. Solo puedo decir que no podemos ser más de lo que somos.

Durante un rato, el camino avanzaba suavemente junto a un arroyo que fluía a lo largo de un estrecho valle habitado solo por maleza y por laderas cubiertas de hierba. En esa zona, se apuraron y dejaron atrás a la masa de sirvientas. En una ocasión escucharon un grito empujado por el eco a través del aire. La senda no tardó en volverse desigual a lo largo de ascendentes crestas. Llegaron a una zona pedregosa que se hundía por un desfiladero y que luego se elevaba considerablemente para descender de nuevo en el siguiente valle, en el que los afloramientos rocosos daban lugar a formas impresionantes en las empinadas paredes del valle, esculpidas por milenios de viento y lluvia.

—Nuestro trayecto hacia Vennaci fue mucho más suave que este —dijo Rosvita a uno de los clérigos, un hombre magro y adusto llamado hermano Amicus.

—Vos vinisteis por una calzada a través del valle Egemo —mencionó—. Nosotros nos desplazamos al oeste y al norte hacia las tierras de los ascéticos capardianos. Es un pueblo duro y nos resultará difícil cruzar su territorio, pero aún más lo será para Cabeza de Hierro y para sus hombres porque ellos tienen más caballos a los que dar de beber y más hombres a los que alimentar. Tal vez nos podamos ocultar aquí hasta que él deje de perseguirnos.

¿Cabeza de Hierro hubiera dado la vuelta para hacer prisionera a Theophanu? ¿O ya estaría en sus manos, o muerta?

Los caballos pasaban apuros por los pedregosos caminos que en algunos puntos no eran más que senderos de cabras. Cerca del anochecer, uno se quedó cojo. Su jinete se desprendió de la armadura y se marchó hacia el campo para esconderse en las colinas con la esperanza de escapar de Cabeza de Hierro. En ese momento, las

togas de Rosvita estaban cubiertas de tierra, se le habían agrietado los labios, la cara le ardía por el sol y el viento seco. Aún le dolía la espalda y tenía hambre. Aunque, por lo menos, su caballo seguía sano y fuerte. Despacio, su mundo se había reducido a la salud de su caballo y abarcaba el camino, afortunadamente, vacío tras ellos.

Se había acumulado agua en las ensombrecidas profundidades del siguiente desfiladero, un hilito que conducía hacia una charca y que se secaba entre las rocas. Pararon para beber y para abrevar a los caballos. No contaban con muchas provisiones; habían perdido comida y ropa en las carretas, pero los soldados llevaban consigo carne seca y pan del día anterior, comibles gracias a la mucha hambre y al saber que Cabeza de Hierro estaba mejor armado, tenía más provisiones y que, posiblemente, les estuviera alcanzando. Había avena para los caballos para tres días como máximo. Después, tendrían que forrajear en un terreno cada vez más severo.

El crepúsculo descendió sobre ellos de repente, pero una amarilla luna, casi llena, brillaba lo suficiente como para iluminarles el camino mientras avanzaban guiando a los caballos. Había mucho silencio, solo roto por los ruidos de sus pasos. El cuero crujía. Un hombre susurraba a su compañero. El hermano Amicus tosió. El agua corría por una imperturbable roca. Después de que los caballos y las personas bebieran hasta saciarse, Rosvita se lavó la cara. La arenilla le embadurnaba las mejillas. Se soltó una de las peinetas que le sujetaban el cabello y le cayó un tirabuzón sobre el cuello donde se mezcló con el sudor y la suciedad.

Siguieron adelante, guiando a los caballos, hasta que la luna se puso y tuvieron que recuperar el sueño que pudieron con centinelas que vigilaban la guardia y la retaguardia. Rosvita dormitó de forma irregular y soñó con el libro del hermano Fidelis.

Las primeras líneas de la Vida de santa Radegundis ardía en su mente como si le hubieran prendido fuego: eran unas líneas de relucientes llamas sobre un papel de vitela celestial. «El Señor y la Señora otorgan gloria y grandeza a las mujeres a través de la fuerza mental... Parte de esta compañía es Radegundis, ella cuya vida terrenal, yo, Fidelis, con la mayor humildad y el menos digno, ahora intento celebrar... El mundo divide a aquellos a quienes la ausencia de espacio una vez separó». Había más, pero no pertenecía en absoluto a Vida. Era un fragmento que recordaba de un florilegio que había leído años atrás, antes incluso de entender su significado, pero en ese momento no pudo recordar dónde, solo que las palabras salían a la superficie de su mente igual que los pensamientos, como un banco de piscardos arremolinados junto a la orilla.

«De esta forma los mathematici leen el pasado por medio de ese antiguo registro con el que podemos comprender los uniformes movimientos del cielo, que Dios ha dejado como su libro de notas, que no esconden nada al erudito que ha aprendido el lenguaje secreto de las estrellas. Todo lo que ha sucedido se puede leer allí y todo lo que sucederá, y a ella, que domina este lenguaje, se le puede revelar incluso el conocimiento oculto más antiguo de los Perdidos, que desaparecieron de esta tierra

hace muchos años a causa de poderes más allá de nuestra comprensión».

Las ardientes palabras destellaban con chispas tan brillantes como estrellas que caen a la tierra, como ángeles que huyen de la justicia de Dios. Escuchó una voz en sueños desconocida, sin embargo, tan nítida como si la hubiera oído el día anterior.

«Ya ese tiempo lo denominaron la Gran Ruptura».

Se despertó de repente, temblando. ¡Ay, Dios! ¿Qué había sucedido con el libro? ¿Qué sería del hermano Fortunatus y del pobre y enfermo hermano Constantine? ¿Habrían fallecido durante la conflagración? ¿Cabeza de Hierro los habría hecho prisioneros? ¿Se habría estropeado el libro? ¿Se habría quemado? Si se hubiera perdido, con la copia tan minuciosamente realizada por la hermana Amabilia, ¿todo el conocimiento del hermano Fidelis, su Vida de la santa, se habría borrado por un instante de lujuria y codicia?

La luna no atenuaba su luz, por lo que las estrellas brillaban como miles de faroles que ardían implacablemente. El Río del Cielo se extendía hacia el oeste, plagado de las almas de los muertos que corren a raudales hacia la Cámara de la Luz. La asaltó un espantoso acceso de certeza: Amabilia estaba muerta, perdida para el mundo. Su alma pasaba por el gran río como uno de los miles de destellos de luz.

Lloró un poco y al llorar cambió su asiento sobre la fría roca. La espalda le estallaba por un dolor ardiente que le hizo estremecer. Los destellos de luz parpadearon ante ella, desaparecieron y volvieron a aparecer y desaparecieron otra vez en la brumosa distancia.

Oyó unos bruscos e intensos susurros. A su alrededor la compañía se preparó para continuar, aunque todavía era de noche. Las inconstantes luces se aclararon y se convirtieron en un fuego fatuo y luego, con un escalofrío de temor, ella se dio cuenta de que se trataba de faroles que recorrían el camino.

—¡Hermana! —El hermano Amicus se arrodilló a su lado, aunque más que verlo, lo sintió—. Debemos continuar enseguida.

No se pudo poner en pie sola. Dos soldados tuvieron que levantarla. Cada mínimo movimiento provocaba un dolor agónico que le sajava la espalda.

—¡No puedo andar! —murmuró. Casi les rogó que la dejaran, pero sintió un repentino desafío, un intercambio de palabras y una afortunada voz familiar.

La alegría mejora el dolor.

Los grupos se mezclaron y unieron aunque había pocos wendianos. Se abrió paso a la fuerza hasta llegar junto a Theophanu, a quien le besó la mano repetidamente.

—¡Alteza! —Se aterrorizó con solo escuchar el crujido de su voz, casi imperceptible—. ¿Cómo habéis llegado aquí?

—Estos buenos soldados aostanos nos condujeron sobre vuestra pista —dijo Theophanu—. ¡Mi maestra más valiosa! —Besó a Rosvita en las dos mejillas. Estaba demasiado oscuro como para verle la expresión, pero la agarraba con fuerza, incluso con vehemencia—. Tenía miedo de que os hubierais perdido, como tantos otros.

—¡Hermana! —En la oscuridad oyó la voz del hermano Fortunatus, bastante

espasmódica, pero maravillosamente real—. ¡Hermana Rosvita!

Les separó la agolpada multitud cuando Adelheid se acercó a saludar a Theophanu, mientras órdenes murmuradas recorrían aprisa la compañía, que se preparaba para marchar. De alguna manera, encontró su caballo y con la ayuda de un soldado aostano, montó y le dio las riendas a él. Tal vez hubiera sido mejor caminar. Se agarró con fuerza a la silla y rezó; el más mínimo movimiento hacía que le estallara la espalda. Se mareó bastante. Un rato después, se dio cuenta de que podía ver el campo bajo la grisácea luz del comienzo del amanecer.

Llegaron a una bifurcación. Rosvita se había colocado en primera línea. Escuchó una gran discusión detrás de ella y deseó desesperadamente darse la vuelta para mirar, pero cada vez que intentaba volverse en la silla le recorría la espalda y los hombros un terrible dolor que literalmente le impedía moverse. Acabó por rendirse y se sentó encorvada, aguantando el dolor y la enorme curiosidad, sin saber cuál era peor. Al final, siguieron adelante, pero ella pudo oír detrás que un grupo se alejaba de ellos.

Después de un rato, el hermano Fortunatus se acercó a ella.

—¿Estáis bien, hermana? —Su expresión traicionó su ansiedad—. ¿No estáis herida?

—Solo son los achaques de la edad, hermano. No estoy acostumbrada a cabalgar con este ímpetu. Mi espalda está hecha un nódulo.

—Tengo un bálsamo que os puede ayudar, hermana.

—¿Qué habéis recuperado del campamento? —preguntó—. ¿Dónde está el hermano Constantine?

Estaba demasiado cansado como para llorar.

—El hermano Constantine empeoró después de que os fuerais, hermana. Creo, quiero creer, que lo peor se acabó, que se estaba recuperando, pero estaba muy débil como para moverlo cuando... —En ese momento titubeó—. Tuvimos que dejarlo atrás, pero confío en que los aostanos respetarán a la Iglesia y que lo cuidarán tal y como Dios desea que sus sirvientes sean cuidados. —Puso una mano sobre las alforjas cubiertas de polvo colocadas sobre la grupa de la mula, su única posesión aparte de la toga que vestía—. Tengo vuestra Historia, hermana, y la Vida de santa Radegundis y la copia de la hermana Amabilia; los bálsamos y ungüentos, porque estaban cerca y a mano, y vuestra pluma de águila, bien envuelta. Tuvimos que abandonar todo lo demás.

—Dios te bendiga, hermano.

—No —dijo con impaciencia—. Yo no serví de mucho. La princesa Theophanu mantuvo la calma en medio del desastre, pero solo gracias al capitán Fulk y a sus hombres pudimos salvar la vida. No permitieron que el paso de los días les dejara caer en el aturdimiento, como nos sucedió a los demás. Los hombres de Cabeza de Hierro son despiadados. Ahora veo con claridad que tenían planeado atacar nuestro campamento sin avisar desde hacía mucho tiempo. De hecho, tenemos suerte de que

la reina Adelheid decidiera huir cuando lo hizo, porque, de lo contrario, realmente creo que Cabeza de Hierro tenía la intención de eliminarnos a todos absolutamente. Solo gracias a la táctica de la reina, él se vio obligado a retirarse de la ciudad. Ya había colocado hombres detrás de nuestras líneas para atacar de noche.

De repente, sobre el sonar de los arneses y el constante ruido de los cascos de los caballos y el gemido del viento entre las rocas, escucharon el inconfundible clamor de la batalla.

—¿Qué sucede? —exclamó Rosvita.

—El capitán Rikard se quedó atrás con la mitad de sus hombres para tenderle una emboscada a Cabeza de Hierro y tal vez lo mate, si Dios los ayuda. Eso nos dará tiempo.

—A costa de sus vidas.

Fortunatus se encogió de hombros. Siguieron adelante. Los ruidos de la batalla no tardaron en desaparecer. La consciencia de Rosvita se limitaba al agonizante dolor punzante de la espalda y a la presencia del hermano Fortunatus a su lado. Dejó de ver el paisaje que atravesaban. No se bajó del caballo cuando llegaron a un manantial, pero bebió agradecida el agua que le trajo un soldado wendiano dentro de un casco. El agua estaba caliente y el casco resbalaba por el sudor, pero nada de eso le importó: estaba húmedo y le aliviaba la seca garganta. No le importaba nada más.

La guerra era un deporte para los jóvenes. ¿O no era en absoluto un deporte, sino la simple manifestación física de una ambición descontenta y del aburrimiento juvenil? Las ancianas raramente tenían la energía o la obsesión de cabalgar hacia la guerra: por eso Dios las había situado en posiciones de autoridad, para frenar los peligrosos ánimos de los gobernados por el deseo de riqueza y de poder material, de todo lo hecho de carne y de tierra y, por tanto, contaminado por la mano del Enemigo.

Durante un buen rato, mientras el sol se alzaba en el cielo, cerró los ojos y esperó, acompañada solo por el sonido de sus pasos en un lugar sonoro, pero vacío. Hacía calor, pese a estar en otoño. Pensó que se le había resecado tanto la garganta que tal vez nunca volvería a hablar, pero eso seguro que le permitiría abandonar la corte y, por fin, terminar su Historia del pueblo wendiano que le había prometido a la reina Mathilda tanto tiempo atrás. ¿Realmente habían pasado cinco años desde que hiciera esa promesa? ¿Había estado tan ocupada en la corte de Henry como para avanzar tan poco? ¿Acabaría alguna vez?

—¡Hermana! —Se sorprendió, jadeó por el dolor, y se dio cuenta de que se había quedado dormida sobre la silla. El hermano Fortunatus permanecía junto a ella y la sostenía—. ¿Os habéis desmayado, hermana? ¿Podéis caminar?

Un soldado estaba a su lado con un trozo de pan seco y el mismo casco. Tuvo que humedecer el pan con el agua para poder comerlo, pero al final se lo tragó y fue capaz de mirar alrededor y de contar su muy reducida compañía: la reina Adelheid, la princesa Theophanu, unas tres docenas de soldados wendianos dirigidos por el capitán Fulk, igual número de soldados aostanos y un número de nobles damas y

clérigos y sirvientes que ascendía a tres docenas. Poco a poco se dio cuenta de que la consternación se arremolinaba en las tropas. Le llevó un momento comprender el motivo: en la última hora, ocho caballos, incluido el de la reina, se habían quedado cojos y ya no tenían suficientes monturas. Habían enviado a dos exploradores al camino para averiguar noticias sobre sus perseguidores, pero no volvió ninguno. Aún tenían avena para los caballos, pero ninguna comida más y para el agua dependían por completo de los manantiales y arroyos que encontrasen.

El pan le había dado algo de fuerza. Vio la crudeza del lugar: una piedra rojiza abatida y movida por el viento y por el tiempo hasta crear grandes pilares suavizados con estrías, como si la mano de Dios los hubiera pintado; y suaves desfiladeros erosionados con cientos de diminutos orificios. No había árboles. A lo largo del lecho de un arroyo, se amontonaban como almas perdidas hierba y achaparrados arbustos.

—¡No! —Se oyó la voz de Adelheid. Parecía audaz como una leona—. He perdido demasiado hasta ahora como para ceder ante Cabeza de Hierro. Lo he convertido en duelo entre él y yo y me niego a entregarme o ¡a rendirme! Un poco más y dejaremos esta ruta; nos dirigiremos al norte y nos introduciremos en el páramo de Capardia.

—Verá nuestras huellas —objetó Theophanu, sin vehemencia. Rosvita no podía más que admirarla. Por muy cubiertos de polvo, cansados o privados de esperanza que estuvieran, ella se mantenía recta y serena y evaluaba la desesperada situación con frialdad.

—Así será —respondió Adelheid—, pero adónde nos dirigimos, eso no importa, porque no nos podrá seguir hasta allí. ¿Quién de vosotros es tan valiente como para seguirme hacia el lugar de los que han muerto hace ya tiempo?

Un centinela ondeó una bandera en la cresta de la colina tras ellos y una espada pasó de hombre en hombre hasta llegar a Adelheid.

—Entonces uno de nuestros exploradores ha vuelto a nosotros —dijo Adelheid con satisfacción.

Sin embargo, de repente, el centinela abandonó su puesto y descendió la colina a trompicones y a la carrera con hombres repartidos a su alrededor.

—¡Ay, majestad! —gritó él—. Han disparado a Berto en la espalda con una flecha. Veo el estandarte de Cabeza de Hierro y a sus hombres. No tenemos mucho tiempo.

—¿Con cuánto tiempo contamos? —preguntó Theophanu con tanta tranquilidad como si estuviera pidiendo un segundo plato de carne durante la cena.

—Nos alcanzarán en una hora, aproximadamente cuando los clérigos canten.

Todos miraron a Adelheid, no a Theophanu.

—Vamos —dijo ella con decisión—. El hermano Amicus conoce bien esta tierra, porque vivió aquí. Él nos llevará hasta el convento de santa Ekatarina, adonde me llevó mi madre cuando era una niña y un príncipe no muy distinto a Cabeza de Hierro acababa de secuestrar y asesinar a mi hermana. Allí viví segura durante un año en el

que la guerra acabó con la vida de mis tres hermanos mayores. Puedo contar con las monjas, así que ¡vamos! ¡Debemos darnos prisa!

Algunos, incluida Rosvita, tuvieron que montar de dos en dos en los caballos. Para recorrer a toda prisa el trayecto, Rosvita se sentó tras Fortunatus y apoyó la cabeza sobre sus anchas espaldas, más huesudas, pero aún robustas. Se quedó casi dormida y cayó en estado de vigilia, cuando abandonaron el camino principal para dirigirse hacia un paraje tan extraño que, durante un momento de alucinación, llegó a pensar que habían atravesado un portal mágico hacia otro mundo diferente, habitado por criaturas fantásticas de otro plano de la existencia: basiliscos y dragones, grifos y gigantes modelados en piedra. Ochos jinetes se quedaron atrás para borrar sus marcas y para seguir por el camino principal como señuelo. Hombres valientes, todos ellos. ¿Pero no era esa la naturaleza de un soldado? Si servían a su señora fielmente, serían recompensados con la prosperidad terrenal si sobrevivían y, cuando muriesen, como todos harían tarde o temprano, con un lugar entre los leales criados de la Cámara de la Luz.

Estaba mareada por el hambre y el dolor y todo le parecía demasiado extraño. Los labios le ardían con palabras aún sin pronunciar.

—¿Qué fue la Gran Ruptura? —preguntó, pero nadie respondió. Cerró los ojos para lograr una bendita oscuridad.

Mucho tiempo después se balanceó como si estuviera en el océano y el abismo de aire se abrió ante ella de forma que si inhalaba profundamente, podía respirar el universo entero y todas las estrellas al alcance de su mano, allí, más allá del abismo. Vio el suelo muy abajo y un acantilado sobre su hombro, rozado por la gran cesta en la que estaba sentada acurrucada. Le empujó hacia arriba, descendió y entonces apareció la roca bajo sus pies y unas manos para levantarla. A su alrededor resonaban muchas voces; estaba muy oscuro, oscuro como el abismo en el que no brilla nada de la luz de Dios, porque no es la presencia del Enemigo lo que supone un tormento, sino la ausencia de Dios.

No obstante, el aire era dulce y ella yacía en una cama suave y el agua le aliviaba la piel y un ungüento calmó el horrible color de la espalda y los hombros. Le dieron de comer unas gachas tan suaves y templadas que le bajaron por la garganta como un bálsamo para el plañidero corazón.

Nadie le había respondido aún. Apareció una cara, borrosa como un cambiante banco de peces bajo el agua. Era anciana, arrugada como una manzana de la cosecha del otoño pasado.

—¿Qué fue la Gran Ruptura? —preguntó Rosvita, sorprendida al escuchar su propia voz, áspera por el dolor y por la dureza del viaje y su fracaso. ¿Por qué estaba preguntando eso? ¿De dónde había salido?

La vieja bruja le extendió un bálsamo en las mejillas. Al principio, le picó, pero luego desapareció.

—Estáis sufriendo por la falta de agua y por el exceso de sol, dolor y ansiedad,

niña —dijo en un tono aflautado por la edad—. ¿Quién te ha hablado de la Gran Ruptura?

—No lo sé —respondió Rosvita, maravillada.

Se le había regulado la vista. Dos rendijas en la cámara de rocas dejaban entrar el aire y la luz y se dio cuenta de que yacía en un camastro en medio de un cuarto circular tallado en la roca. Los muros revocados estaban cubiertos de frescos agrietados y desconchados desde hacía mucho tiempo por su inmensa antigüedad. La gente, en realidad, no la gente, sino unas criaturas parecidas a los humanos, la miraban con ojos verdes de jade y con la piel descolorida hasta tener un tono bronce verdoso. Más que por ropas, estaban cubiertos por un plumaje de llamativas plumas, por faldas cortadas de un modo rudimentario y cosidas de cuero y pieles, por taparrabos atados con astucia, chales tejidos con conchas, cuentas de oro y piedras preciosas. Había escritas algunas narraciones en las pinturas, una tierra exuberante desgarrada por la invasión, una población desesperada y abrumada, las obras de los magos, cada uno de los cuales sostenía un báculo de piedra negra. La sangre de un hombre despellejado vivo dio lugar a los guerreros. Ardieron y cayeron grandes ciudades de una arquitectura inmensa e intrincada. Y había una corona de estrellas: un círculo de rocas bajo un cielo nocturno de brillantes estrellas. Solo una constelación resaltaba por sus joyas sobre el círculo de rocas: la de la Hija que se convertiría en Reina. Trató de alcanzar el chispeante grupo de siete estrellas, llamado la Corona, que se encontraba justo encima de Rosvita, a la altura de la cúpula curva que era el techo de la cámara de rocas.

—¿Dónde estoy? —susurró Rosvita.

—Estamos en el convento de santa Ekatarina, quien oró y ayunó en el desierto durante muchos días hasta que en los cielos tuvo una visión sobre batallas titánicas y de dragones que volaban por el firmamento. Y una voz le dijo: «Todo lo que se ha perdido renacerá en esta tierra gracias a un Gran Descubrimiento como el de la Gran Ruptura que hizo desaparecer a los aoi». Entonces, llegó a este lugar, en el que encontró estas pinturas que le hablaron de la terrible época en la que los Perdidos gobernaban las tierras de los mortales y en el que fundó un convento, así que unos pocos hemos seguidos sus pasos y nos hemos preocupado por lo que Dios ha conservado.

—¿Estas son las reliquias de los aoi?

—¿Cómo saberlo, mujer? Fueron pintadas hace mucho tiempo. Tal vez suponen el último testamento de los aoi. Quizá representan recuerdos de los humanos que vivieron aquí en aquel lejano tiempo, antes de que tuvieran los medios para plasmar sus recuerdos por escrito. Pero ahora debéis descansar. Debéis dormir.

—¿Y los demás?

—Están a salvo.

Se fue y Rosvita se quedó sola, aunque no sola del todo, sino que con las criaturas que la miraban desde las paredes, acusadoras, orgullosas y enfadadas. «No son como

nosotros». Tenían un aspecto duro y cruel, arrogante, malicioso e implacable. ¿Qué habían escrito las madres de la Iglesia sobre la tribu de los elfos? «Nacidos del apareamiento entre los humanos y los ángeles». Con toda la fría belleza de los ángeles y las pasiones animales de los humanos.

La madre de Sanglant tenía ese aspecto. Rosvita la había visto una vez, cuando ella misma era una mujer muy joven, recién llegada a la corte del rey Arnulf. La mujer élfica se había llamado a sí misma Alia que significa «otra» en dariyano. Nunca nadie supo su verdadero nombre. Había querido algo y todo el mundo pensó al principio que era un hijo, pero ella lo abandonó en cuanto nació.

¿Qué había querido realmente Alia? ¿Llegarían a saberlo alguna vez?

Más allá del fresco que representaba el círculo de rocas y una asamblea de magos aoi, un cuchillo de obsidiana pintado parecía cortar la narración que transmitían esas paredes, como si quisiera acabar con ella. Después de ese corte había un paisaje de accidentados acantilados marinos y una línea de costa y la fresca expansión de un mar vacío. Todos los elfos y sus ciudades y sus problemas y sus enemigos habían desaparecido.

A Liath no le gustaba estar embarazada. Le hacía sentir estúpida y torpe y atrapada de un modo extraño como nunca antes, como si antes hubiera podido salir de la tierra hacia el éter sin mirar atrás y en ese momento estuviera anclada a la tierra por la criatura que crecía dentro de ella. También se sentía cansada y maniática y distraída. Le dolían los pies. Y tenía que orinar todo el rato.

Si no fuera por todo eso, estaba feliz y encantadora. En ese preciso instante, con un suspiro contenido, se sentó en el borde de la cama, que, por supuesto, había sido lo primero que Sanglant había ayudado a construir a Heribert cuando llegaron a Verna hacia cuatro meses. Sanglant se dejó caer en la cama tras ella y se estiró para pasar una mano sobre su cabeza y otra sobre el vientre, en el que sentía el latir, eso decía, del corazón de su hijo.

—Fuerte y claro —dijo ante su silencio—. ¿Qué es esto, Liath?

Ella había estado ausente, rascando la cabeza del perro eika, medio enrollado bajo la cama. Le sorprendió que le espetara todos esos pensamientos, diminutos y a medio formar que le poblaban la mente con un agradable caos.

—Cuando calculo los movimientos de los planetas en el cielo para los próximos meses y años, no dejo de detenerme en la medianoche del día 10 de octubre del año 735. Ese día veo grandes signos de cambio, de poderes que sufren altibajos, la posibilidad del poder y del cambio. Tres planetas en el punto más bajo y dos descendientes y la luna creciente bajo el horizonte en el signo del Unicornio, aunque se alzarán a primeras horas de la mañana. Solo Aturna estará ascendente y saldrá a medianoche en el signo del Sanador, bueno, en realidad, justo en la cúspide del Sanador y del Penitente.

—¿Esto es adivinación? —preguntó Sanglant—. Pensaba que no se podía leer el futuro en las estrellas y desde luego no hemos llegado al año 735. ¿O sí?

—No, no. —Intentó coger la tabla de cera y jugueteó con el estilo atado a ella. Entonces, distraída por el trozo de queso sobre la mesa, cortó un poco para comérselo—. Estamos en el año 729 y pronto estaremos en el 730, pero el avance de las estrellas en movimiento es constante, por lo que podemos predecir dónde se encontrarán en cualquier punto del futuro. Pero cuando calculo la carta para ese día, siento que me falta algo, que si tuviera eso, todos los augurios tendrían sentido.

Sanglant gimió por un dolor fingido.

—Quizá mientras piensas, podrías encontrar todos los dolores de mi espalda y de mis brazos y de mis piernas. Nunca había visto un abeto tan imponente como el que cayó... —se detuvo, pasó la mano por un verdugón que tenía en la mano izquierda y siguió—, como el que talé ayer. He cortado a hachazos madera rígida durante todo el día y me he rasguñado con las agujas y ahora me pica muchísimo y me duele la espalda —pero lo dijo entre risas: nunca se lamentaba. Se acercó para acurrucarse tras su espalda mientras la acariciaba con una mano—. ¿Es mucho pedir una hora de simple consuelo?

Papá y ella habían vivido sin muchas risas, pero con Sanglant era de risa fácil.

—Ya nunca consigo una hora de simple consuelo. ¿Por qué tú sí? —Él amablemente no respondió; solo se enrolló en torno a su estómago, con lo que mostraba su hermosa y musculosa espalda a la luz del único farol que colgaba de la viga transversal sobre ellos.

Con ayuda de Heribert él había limpiado una cabaña alejada, tapado los huecos de las paredes, rehecho el tejado, cerrado un lado y colocado una puerta en el umbral. El primer mueble había sido la cama, formada por cuatro postes, una celosía de cuerda y un colchón de plumas sobre el que se tumbaban todas las noches con gusto. También había construido un arcón en el que sentarse y en el que guardaba su armadura, que engrasaba y pulía una vez a la semana. Durante los últimos meses, había recurrido abiertamente a la herboristería de la hermana Meriam y sobre un estante en alto sobre el arcón estaba preparada toda una serie de aceites, bálsamos y bolsas de hierbas secas.

Cerró los ojos, mientras ella le extendía un unguento sobre la espalda y le frotaba una cataplasma mezclada con una pasta de raíces de zanahoria sobre los arañazos de sus manos y por la parte baja de los brazos donde la túnica no le había protegido de los rasguños del abeto. El aroma de la resina de pino se mezclaba con el aceite de jengibre.

Era una tarea absorbente sentir la piel de Sanglant bajo sus manos, las curvas de su cuerpo, la media sonrisa de satisfacción en su rostro. Vivía con tranquilidad en el mundo, en el presente, entregado al reino de los sentidos. Algunas veces eso a ella le irritaba, pero otras veces lo admiraba. Nunca podría ser como él. Incluso en ese momento, sus pensamientos se revolvían como si estuvieran atrapados en el torbellino de los cielos, en constante movimiento.

¿El cielo se movía de este a oeste? ¿O la Tierra era la que se movía de oeste a este? Tanto Ptolomaia, en sus escritos de siglos atrás, como el astrónomo jinna Al-Haytah, solo diez años antes, creían que las leyes físicas y los hechos factibles demostraban que la Tierra permanecía quieta en el medio del firmamento y que este giraba a su alrededor. Sin embargo, otros autores más antiguos habían defendido lo contrario. De hecho, el que nadie supiera realmente la respuesta hacía que todas esas preguntas le resultasen mucho más interesantes.

Sanglant gemía cuando ella se concentraba en un nudo de su espalda. Dios sabía

que él no pertenecía de verdad a ese nido de mathematici, aunque, ¿por qué no? Él también necesitaba un refugio. Necesitaba descansar. Necesitaba un lugar en el que hallar paz. Ya tenía pocas pesadillas y ya no actuaba tanto como un perro. Sin embargo, algunas veces le preocupaba que se aburriera al tener solo que talar árboles y ayudar a Heribert a construir. Ella aún no estaba preparada para irse. Había tanto que aprender que a veces dolía, sabiendo que había llegado por fin a un lugar en el que le permitirían aprender sin castigarla por lo que era.

Y sin embargo...

Le rozó la mejilla con dulzura.

—¿Por qué no siento nunca que puedo confiar en ellos verdaderamente? —le susurró ella al oído. Los sirvientes andaban y se escondían por todos sitios y ella nunca sabía lo que le contaban a Anne, que los controlaba—. ¿Por qué no confío en mi propia madre?

Se había quedado dormido.

En realidad, tal vez él nunca hubiera tenido la respuesta. Tal vez, nunca la podría tener. No podía hacerlo todo por ella. Ni tampoco ella se lo permitiría.

Lo besó, se puso las sandalias y salió. Se aventuró por el camino habitual, allanado por el desgaste, hacia los hoyos en el exterior del asentamiento. La noche estaba nublada y fría, pero no le suponía ningún problema ver con una luz tan débil, nunca le había costado. Por el embarazo había dejado de utilizar leotardos porque eran muy incómodos y solo se vestía con su vieja túnica, con un cinturón sin apretar alrededor del creciente abdomen y que le llegaba hasta la pantorrilla. Ninguno de sus acompañantes dijo nunca nada, pero percibía claramente que desaprobaban la informalidad con la que Sanglant y ella se vestían: ella como una plebeya y él como un soldado. Aunque los magos llevaban togas de las mejores telas, estaban gastadas: se preocupaban muy poco de un aspecto tan trivial como la vestimenta, o eso decían. De todas formas, papá siempre decía que «el hábito no hace al monje».

En cualquier caso, no les importaba su censura. No tenía telas para hacerse nuevas ropas, ni ningún modo de conseguir otras, a menos que los sirvientes pudieran hacerle una toga con restos de rayos de luz, con la seda de las arañas o con las venas de las hojas. Sin duda lo harían si pudieran, aunque solo fuera para agradar a Sanglant. Podía ver a una docena, aproximadamente, enroscada alrededor de los aleros salientes de la vieja cabaña, pero por el sendero hacia la torre de piedra, solo la siguió un sirviente. Siempre era el mismo, un daimon de aspecto femenino con la textura del agua, fluido, translúcido, aunque no estaba realmente interesado en ella, sino en lo que crecía dentro de ella, como si el embarazo le hubiera despertado la obligación de permanecer a su lado. Los demás parecían temerla.

Abrió la puerta de la torre, encontró un farol sobre la mesa y abrió la lechosa puerta de cristal. Humedeció el dedo índice y el pulgar y tocó la mecha. La luz llameó, el aceite prendió y el farol ardió sin parar. Anne le había enseñado ese truco, la había adiestrado en las costumbres de la mente que le permitían controlar

cantidades de fuego así de insignificantes, como un niño que aprende las letras tan bien que no necesita pensar para reconocerlas cuando las ve. El sirviente se apartó del fuego, asustado, pero no abandonó la cámara, solo rondaba cerca como una niñera ansiosa. Liath puso la tablilla y la pluma sobre la mesa y abrió el estante de libros en el que se guardaban las efemérides junto a otros tesoros, en un depósito de siglos de conocimientos escondidos y protegidos de los estragos del tiempo y de los hombres ignorantes. Eso decía siempre Anne.

Tocó con la mano el lomo de las muy gastadas efemérides, aunque, distraída, sacó la Sintaxis de Ptolomia. Lo abrió por el segundo capítulo, en el que el reputado autor planteaba las seis hipótesis. La primera, el cielo tiene forma esférica y se mueve siguiendo una esfera. Dos, la Tierra es esférica. Tres, la Tierra se encuentra en el medio del universo. Cuatro, en tamaño y distancia la Tierra tiene la proporción de un punto con relación a la esfera de las estrellas fijas. Cinco, la Tierra está quieta, no experimenta movimiento de un lugar a otro. Seis, hay dos desplazamientos en el cielo: uno diurno, que lleva todo de este a oeste, y otro elíptico del Sol, la Luna y los planetas, de oeste a este.

Se volvió a levantar y salió fuera. ¿Era el embarazo lo que la impacientaba o la repentina inyección de conocimiento, los constantes estudios, o sus cinco compañeros en las artes cuyas expectativas la presionaban continuamente? Le exigían mucho. Ella se exigía mucho a sí misma. Solo Sanglant no le exigía nada, aunque eso no era del todo cierto: sus expectativas eran diferentes a las de los demás, menos obvias pero tal vez más insidiosas.

El viento en las cumbres había alejado las nubes, por lo que pudo ver las estrellas, aunque se volvió a cubrir enseguida. La esfera de los cielos giraba de este a oeste, por lo tanto, vistas desde la inmóvil Tierra, las estrellas surgían por el este y se ponían por el oeste. A lo mejor el firmamento estaba en reposo y era la Tierra la que giraba de oeste a este, tal y como habían sugerido los astrónomos arethousanos Hipparchia y Aristachius fallecidos hace tiempo. Eso tendría el mismo efecto, ¿no? O a lo mejor tanto el firmamento como la Tierra se mueven alrededor del mismo eje, manteniendo las diferencias observables al rotar a velocidades diferentes.

Cogió una roca y la lanzó al aire, con las manos sobre la cabeza. Aterrizó con un ruido sordo a su lado. ¿Si la Tierra se moviera, al lanzar una roca con suficiente fuerza hacia arriba, ese movimiento la alejaría de ella antes de caer al suelo?

¡Ay, Dios! Tenía que volver a orinar. Cuando lo hizo, la mente le había vuelto a la pregunta más persistente, la única que no le abandonaba nunca: ¿Por qué no confiaba en ellos?

La noche no era un buen momento para dedicarse a una complicada maraña de pensamientos. Estaba cansada otra vez. El cansancio siempre aparecía de repente. Había dejado un farol encendido y un libro fuera, así que volvió a la torre. Todo estaba tranquilo, igual que lo había dejado: el farol ardía tranquilamente y el libro seguía abierto sobre la mesa, un momento suspendido en el tiempo que llevó sus

pensamientos adonde habían estado. Seguro que no podía lanzar una piedra con la fuerza suficiente para probar la teoría de la rotación de la Tierra. En comparación con el cielo, la Tierra era diminuta, pero eso no significaba que un humano que recorriera su superficie pudiera atravesarla. Había visto barcos acercarse desde el horizonte: las velas y los mástiles aparecían primero, lo que sugería no solo que la Tierra fuera esférica, sino de un tamaño inmenso en comparación con una simple zancada humana. Le parecía que solo necesitaba encontrar un lugar en el que el sol del solsticio de verano al mediodía no proyectara una sombra al medir un palo colocado en vertical en el suelo como marca. Entonces podría caminar hacia el norte a lo largo de la misma longitud, calculando la trayectoria y en el siguiente solsticio de verano solo tendría que volver a medir la sombra con otra marca vertical en un punto diferente. Si no había sombra alguna, entonces la Tierra no era esférica, pero si la había, entonces debería ser capaz de calcular la circunferencia de la Tierra multiplicando el grado del ángulo por la distancia en leguas entre dos puntos. En El libro de los secretos, papá había escrito sobre una ciudad lejana en el sur, en el Gyptos arrasado por el sol, en el que san Meter el Geométrico, había cavado un pozo situado exactamente donde los rayos del sol del solsticio de verano llegaban al fondo. Si caminaba hacia el norte desde ese punto...

—Tus pensamientos están lejos de aquí.

Saltó y dijo algo entrecortadamente, casi con humor, pero se sintió aliviada al ver a la hermana Meriam justo en el umbral, caminando con un bastón en la mano derecha. Liath la ayudó.

—Vi una luz —dijo Meriam—. ¿No has despertado al hermano Severus?

Liath miró hacia la escalera que conducía a la trampilla del techo.

—He estado en silencio.

—Eso está bien —respondió Meriam. Colocó una mano nudosa sobre el vientre de Liath sin pedir permiso, pero contaba con la autoridad de los ancianos. Liath no podía ofenderse por su franqueza al hablar o por la indiscreción de sus maneras—. Estás aumentando como debes. ¿Dónde está el príncipe?

—Duerme.

—Muchos nudos.

—¿Qué queréis decir?

Meriam retiró la mano. La edad la había secado. Era tan baja que Liath se sentía gigante a su lado.

—Quiero decir lo que digo: muchos nudos en los hilos que unen la vida de los humanos entre ellos.

—¿De dónde sois? —preguntó Liath de repente—. ¿Cómo llegasteis aquí?

—Soy del este —dijo Meriam con mala cara, mostrándole su piel oscura.

—¡Lo sabía! —Liath se rio, se contuvo y levantó la mirada, con sentimiento de culpa, al saber que Severus no se tomaría bien que lo despertaran. A él no le gustaba mirarla: el embarazo le molestaba, pero eso solo hacía que ella se preguntara por qué

a un hombre con tantos conocimientos le incomodaría algo tan común. ¿Qué le importaba?—. Quiero decir —intervino Liath—, ¿de qué zona del este? ¿Cómo llegasteis aquí?

—Vine por un sacrificio.

—¡Un sacrificio!

—Una ofrenda. —Tenía un acento indefinido por el tiempo y la edad, un ligero deje de especias exóticas y sol atroz—. La khshayathiya me envió como regalo al rey del pueblo wendiano, pero el rey no me encontró utilidad, por lo que me entregó a uno de sus duques. Cuando llegué a la madurez, me llevó a su lecho. Tiempo después, di a luz a un hijo.

—¿Estáis diciendo —preguntó Liath despacio, asombrada— que vos sois la madre de Conrad el Negro, duque de Wayland?

—Así es.

A Liath le parecía imposible que aquella diminuta mujer pudiera dar a luz a alguien y, mucho menos, a alguien tan robusto como el duque Conrad.

—Pero vos tenéis tierras que administrar. Un hijo del que cuidar. ¡Nietos! ¿Por qué estáis aquí?

Meriam era muy mayor como para ofenderse por preguntas impertinentes.

—El hecho de que diera a luz a un hijo vivo y a tres muertos no cambiaba la senda preparada para mí. Solo la retrasó. En cuanto mi hijo alcanzó la mayoría de edad y obtuvo el ducado y encontró una esposa, fui libre para retirarme. Ya no necesitaba que lo cuidaran.

Liath ahogó una risa.

—¿Lo conoces? —Meriam preguntó sin sonreír, pero con el sencillo orgullo de una madre que conoce la valía de su hijo.

Liath pensó la respuesta y decidió ser cauta.

—Es difícil de olvidar.

—No eres en absoluto como él. —Meriam pasó los secos dedos por el brazo de Liath. A pesar de la edad, las manos no tenían callos. Desde la infancia hasta ese momento, había vivido como una noble, sin humillarse nunca con las tareas diarias de la vida. Incluso las manos de Liath tenían callos, legado de la vida con papá, y Meriam los exploró brevemente, como si la piel de Liath le revelara toda su historia, con el simple roce de la punta de los dedos—. No tienes sangre jinna. ¿De qué familia era tu padre? ¿De dónde procede tu tez?

—Lo único que sé de la familia de mi padre es que tenía una prima señora de Bodfeld. ¿Pero no puedo tenerla por la familia de mi madre?

Meriam la miró extrañada.

—¿Anne no te ha hablado de eso?

—¿De qué?

—No me corresponde a mí hacerlo.

Al hablar Meriam con ese tono de voz, Liath supo que sería inútil intentar

presionarla para que dijera más. Ni siquiera toda la arrogancia del hermano Severus podría intimidarla. En la intimidad de un encuentro privado en medio de una noche pacífica, Liath no pudo evitar una pregunta más.

—Dijisteis que os prepararon vuestra senda, aunque se retrasara, pero no habéis respondido a mi pregunta. ¿Por qué estáis aquí?

El viento hizo crujir la puerta. Las sombras se enroscaron alrededor de las vigas; un sirviente se había acercado para escuchar, o para dormir, si es que alguna vez dormían. Bajo una luz tan débil, resultaba fácil olvidar lo anciana y frágil que era Meriam, pero, conservaba la misma fuerza de juventud.

—Me sacaron del templo de Astoreos, El que es el Fuego Encarnado, donde me encontraba para ser acolita de Su servicio, una sacerdotisa del Fuego Sagrado. Por aquel entonces ya había aprendido lo suficiente como para conocer mi tarea en la vida, porque algunas de las sacerdotisas de aquel lugar tenían el don de la profecía. El que mi destino me condujera a otro lugar durante un tiempo es solo otro nudo en el tejido de la vida.

—Entonces, ¿desde siempre estuvo decidido que fuerais una mago, como yo?

Meriam se rio entre dientes, con la edad le divertía la ceguera de la juventud.

—No, no igual que tú. Yo vine aquí para salvar todo lo posible.

—¿Salvar de qué?

—«Cuando la corona de estrellas presida los cielos...». Ah, pero no habéis acabado aún vuestros cálculos.

Ese comentario rápido desconcertó a Liath de nuevo, como una piedra que cae sobre la tierra desde su primer lugar de origen. Esos malditos cálculos. ¿Qué había pasado por alto?

—Lo sabréis cuando lo veáis —dijo Meriam, en respuesta a una pregunta que no se había llegado a hacer.

—¿Por qué todos lo convertís en una especie de misterio? —preguntó Liath—. ¿Por qué no me decís qué busco?

—Porque no lo entenderás de verdad hasta que lo hayas descubierto por ti misma. —Liath comenzó a protestar, pero Meriam levantó una mano para pedir silencio—. Se puede discutir que al haber visto como se cabalga, ya se sabe cabalgar, pero, en realidad, no se sabe hasta que lo hace uno mismo. ¿No es así?

—No entiendo...

—No entiendes porque insistes en pensar en que el arte de los mathematici es como un relato, algo que puedes entender tanto si te lo leen como si lo lees tú misma, pero el arte de los mathematici no es una historia, es una habilidad, como montar a caballo, o luchar, o administrar unas propiedades: algo que se perfecciona con tiempo y esfuerzo. ¿Tú mandarías a un aprendiz de tejedor a coser las túnicas del rey? ¿Le pedirías a un novicio que explicara los Sagrados Versos? ¿Confiarías tu vida a un capitán que nunca ha atravesado estos bancos de arena? De todos, tú has de entenderlo mejor que nadie.

—¿Por qué? —Liath se rio: había copiado la costumbre de Sanglant—. No importa, hermana. Sé lo que diréis. Diréis que cuando aprenda bien, entonces también entenderé por qué debo aprender bien.

—Ese es el principio del aprendizaje. —¿Le hacía gracia a Meriam? Era difícil saberlo. Era demasiado mayor como para comprenderla con facilidad. Como todos los magos, estaba cubierta de varias capas, y ninguna de las cuales era fácil de atravesar.

—Por eso estáis vos aquí, ¿para aprender?

—No —respondió tan rápido que en el corazón de Liath un centenar de dudas se convirtieron en una oscura premonición y la noche ya no parecía tan tranquila—. Estoy aquí para salvar a mi hijo y a los hijos de mi hijo de lo que se aproxima.



Sanglant se despertó de repente. Estaba de rodillas sobre la cama preparado para arremeter contra su atacante antes de darse cuenta de que estaba amaneciendo y de que Liath acaba de cerrar la puerta al salir. Temblaba de sueño, de miedo y por los recuerdos en su cabeza.

A veces pensaba que los sueños sobre Corazón Sangriento nunca terminarían. A veces recordaba una noche, una de cada dos, en la que dormía tranquilo, sin soñar absolutamente nada.

Se había despertado durante la noche, cuando regresó Liath. Mantuvieron una larga conversación de la que no recordaba nada con mucha claridad, salvo que, además de comer todo el queso y el pan, ella había hablado de que era incapaz de confiar en ese nido de mathematici en el que se habían visto envueltos. A lo mejor él no se había despertado del todo. En algunas ocasiones no sabía cuando los repentinos ataques de aprensión de Liath eran simples sombras resultado de sus propios miedos o premoniciones reales de una verdad que solo ella alcanzaba a entrever. Él prefería no confiar en los mathematici, especialmente en unos tan poderosos y escondidos como estos y especialmente al saber que, al menos, uno de ellos quería matarlo. Tal vez Liath solo sufría porque quería confiar en ellos. Quería que ellos se deleitaran con el conocimiento igual que ella, que supieran cosas por su bien. Quería que fueran sencillos, sinceros y puros.

Él había vivido mucho tiempo en la corte. Había luchado en más batallas de las que podía contar y lo haría de nuevo, si fuera necesario, y rezaría a Dios después para pedir paz. Había visto a mucha gente morir. Realmente había gente en la que confiar, almas abiertas y sinceras como sus pobres, muertos y fieles Dragones, o incluso algunos ancianos y astutos, como Helmut Villam, quien se pegaría a su espalda para proteger su vida durante la batalla. Seguramente hubiera almas puras en ese mundo,

pero él lo dudaba.

Las personas de este mundo con las que él se había topado eran agradables en su mayoría, siempre y cuando uno a su vez fuera agradable con ellas, pero estaban lejos de ser puras. Incluso después de haber escapado y huido durante toda su vida, Liath podía ser sorprendentemente ingenua.

Sin embargo, con Dios como testigo, él nunca había deseado a una mujer tanto como a ella. Y en una determinada época él había deseado y tenido trato con muchas mujeres.

Se rio burlonamente, se vistió, sacó al perro, salió y se encontró a Liath sola disparando flechas.

En un principio, se quedó boquiabierto, como un tonto, al verla en la pradera tras la cabaña. Nunca había visto semejante demostración de idiotez. Apuntaba directamente sobre su cabeza, como si disparara al cielo. Tensó y lanzó la flecha.

—¡Liath! —gritó él, mientras corría hacia ella.

Ella le daba la espalda al sol, y a él, y había echado la cabeza para atrás para ver cómo la flecha no hacía más que subir y subir para luego, como sabría cualquier tonto, frenar, dar la vuelta, girar y descender hacia la tierra. Hacia ella, que dio un paso atrás y metió el pie en un agujero del suelo, por lo que se cayó justo cuando la flecha comenzó a arder sobre su cabeza y llegó al suelo hecha cenizas, que también le salpicaron el pelo.

—¡Liath! —gritó él, arrodillado a su lado, aunque ella se reía y se friccionaba la cadera que se había golpeado con más fuerza.

—¡No vi el agujero! —dijo ella, alegremente.

—¡Lo hubieras visto si hubieras mirado para el suelo y para dónde ibas!

—¡Pero es que así no hubiera visto el vuelo de la flecha!

—¡Ay, Dios! —farfulló Sanglant, que le ayudó a levantarse y que, por si acaso, le quitó el arco de la mano. Pasó la palma de la mano por su vientre para escuchar al bebé. El corazón latía a buen ritmo, más rápido cuando se agitaba y más despacio cuando se calmaba. No había daños—. ¿Se puede saber que estabas haciendo?

—Eso precisamente. Intento averiguar si la Tierra rota. Si lo hace, entonces una flecha disparada hacia lo alto aterrizaría a cierta distancia del arquero. Por esa razón, el arquero, de pie sobre la Tierra, se habría movido por la rotación de la Tierra mientras la flecha coge altura y cae...

—¡Sobre tu cabeza!

—No si tuviera la suficiente altura o velocidad de rotación. —Ella hizo un gesto de dolor, al volver a masajear la cadera magullada. Luego pasó la punta de la sandalia sobre los restos de la flecha sobre la hierba, pensativa.

La salida de sol brillaba tras ella, entre la cima de las montañas. Aún no se había hecho la trenza, por lo que unos mechones de pelo le cubrían la cara y otros le recorrían el cuello. ¿Cada cuánto él se quedaba admirándola, como si no existiese nada más en ese momento? Era como si una parte de ella se hubiera introducido en él

y se hubiera instalado en su alma, mucho antes de que él se diera cuenta de que ella ya estaba allí. Era mucho más cautivo de ella de lo que nunca había sido de Corazón Sangriento; sin embargo, en este caso él había hecho las cadenas, que en realidad no eran cadenas. Eso que los unía era invisible, pero no por ello menos fuerte. En momentos como ese sentía que la felicidad lo cegaba.

Ella levantó la mirada y lo vio observándola, sonrió radiante y señaló su arco, que él sujetaba.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó con alegría.

En momentos como ese, él pensaba que seguramente nunca llegaría a entenderla.

CAPÍTULO 10



A SIMPLE VISTA

Pesar, Rabia y Miedo lo despertaron esa mañana igual que todas las mañanas, con besos, con lengüetazos por toda la cara. No paraban de acosarlo hasta que él se levantaba de la cama, se lavaba la cara, se aliviaba y permitía que un sirviente le trajera la túnica y los calcetines. Los llevaba escaleras abajo y luego fuera, donde corrían, agitaban los rabos y brincaban como salvajes, ladrando de placer, mordiendo guirnaldas de hielo sobre ramas bajas. Aún no había nevado, aunque la misa de la Vela, el primer día del invierno, había sido hacía una semana, pero todas las mañanas el suelo destellaba por la hermosa y fría helada.

Cuando los perros acabaron de saltar y desfogarse, les silbó para que volvieran y lo siguieron dócilmente hasta la sala. Se sentó en el asiento del conde y el pueblo se acercó como hacía todos los días, receloso de los perros que se apoltronaban a sus pies, aunque con respeto. Esa semana se habían recogido muchas manzanas que se guardaron para los barriles de sidra; unas cabras se habían metido en el trigo de invierno de una casa solariega de Ravnholt y el hombre que trabajaba el campo quería que la dueña de las cabras le pagara una compensación por el daño que habían causado; un jornalero de Teilas deseaba el permiso del conde para casarse al año siguiente; los pastores habían cortado cincuenta cabezas de ganado para la matanza de Novaria, porque esos animales probablemente no pasarían el invierno; los clérigos deseaban saber que almacenes de grano se deberían abrir para distribuir pan entre los pobres. La duquesa Yolande había enviado un mensajero para comunicar que llegaría para celebrar la festividad de santa Heredia con su querida prima. Por lo tanto, tenían seis semanas para preparar el alojamiento y las comidas para su séquito. Los halcones y los esmerejones deberían ser echados a volar. Había que cazar no solo por diversión, sino también para obtener carne para ahumar para los meses de escasez del final del invierno y de principio de la primavera.

Tomó algo para comer al mediodía y después, como siempre, subió las escaleras hacia la cámara en la que el cadáver de Lavastine permanecía tan frío como la piedra, sin ninguna mácula de deterioro. Pánico estaba tumbado en un lado de la cama e Incólume, en el otro, como dos fieles guardias que parecían esculpidos en granito. Al lado de la cama cubierta, Alain rezaba todos los días, a veces durante una hora o más tal y como lo sentía, pero ese día colocó una mano sobre la frente de Lavastine, buscando a tientas el espíritu encerrado dentro. Era difícil creer que su espíritu

hubiera escapado mientras yacía allí tallado tan perfectamente por un maestro escultor, en muerte como en vida. Alain lloró un poco, como siempre, por la vergüenza de la mentira.

¡Ay, Dios! Los mensuales cursos de Tallia no la habían visitado desde la muerte de Lavastine dos meses atrás. Todos decían que estaba embarazada, e incluso ella misma había empezado a murmurar algo sobre una santa concepción y sobre una lluvia de luz dorada que la había visitado durante sus oraciones, que esos días ocupaban la mayor parte de las horas en vela. Alain no podía evitar desearlo contra todo pronóstico, aunque sabía lo que diría la tía Bel: «Ninguna vaca parirá sin que un toro la cubra antes». Era una de sus maneras de decir que para que un trabajo estuviera hecho, alguien tenía que hacerlo, y él era, por desgracia, consciente de no haberlo hecho.

Sin embargo, estaba demasiado cansado como para pelear contra la resistencia de Tallia. Ya resultaba bastante difícil hacer que comiera más de un mendrugo de pan al día. Ya resultaba bastante difícil levantarse cada mañana y sentarse en el asiento del conde y montar el caballo del conde y hablar con las palabras del conde. Seguía esperando que Lavastine entrara en la sala, pero nunca lo hacía.

Sin embargo, como diría la tía Bel: de nada sirve que el niño llore por lo que ha derramado; es mejor limpiarlo y seguir adelante. Lavastine hubiera estado de acuerdo con ella. Alain se sacudió, besó la frente de granito y se fue.

Pensó mucho en la tía Bel en su camino hacia la iglesia de Lavas con tres clérigos y dos auxiliares como séquito para supervisar las obras. En primavera, Tallia y él deberían continuar su avance por sus tierras para mostrarse, para recibir juramentos y jurar ellos mismos. ¿Cómo sería recibido en la zona de la tía Bel? ¿Con sorpresa? ¿Con el respeto merecido por su posición? ¿O con desdén y rabia? No podía soportar pensar en Henri. Aún le dolía demasiado, incluso después de tanto tiempo. Le enfurecía que, entre todo el mundo, Henri creyera que él podía mentir y engañar para progresar en la vida. Tal vez sería mejor pasar de largo y no visitarlos por el momento. Podía esperar. Siempre habría otro año.

Aunque ese era un comportamiento cobarde.

Los trabajadores de la cantería comían pan y queso sentados al sol en el exterior de la iglesia. Extrañamente, el séquito de Tallia también esperaba fuera, arremolinado como una bandada de palomas perdidas en la entrada del porche.

—Señor conde —*Lady* Hathumod se acercó, vacilante: parecía contrariada—, *lady* Tallia pidió que se le dejara sola para estar en íntima comunión con Dios.

—Así será. Entraré solo. —Hizo una señal a su séquito personal para que esperaran fuera y los perros se dejaron caer en el umbral.

No la había visto desde el día anterior y, detenido en la nave de la sombría iglesia, al principio, no la vio hasta que los ojos se acostumbraron. La luz de las ventanas orientadas al este caía sobre el altar. A medio camino, el féretro de piedra se levantaba lentamente, piedras revestidas por otras piedras revestidas para crear un

lugar adecuado para que descansara el cadáver de Lavastine.

La delgada figura de Tallia estaba arrodillada ante el altar; los hombros temblaban encorvados. Avanzó tan despacio que ella no lo oyó; a medida que llegaba a su lado, la escuchó gruñir suavemente con dolor.

—¿Tallia? —Le tocó suavemente el hombro.

Ella gritó y se apartó de él. En ese momento, vio lo que ella había estado haciendo: rasgando las heridas de las palmas y las muñecas con un clavo viejo. Salía sangre de los irregulares cortes. El pus inflamaba el corte profundo de la palma de la mano derecha. Al ver su horrificada expresión, ella empezó a llorar sin poder contenerse.

Él no supo qué hacer, salvo quitarle el clavo.

Al final la convenció con paciencia para que volvieran a su cámara. La colocó sobre la cama y expulsó a las sirvientas, incluso a Hathumod. Solo dejó de llorar porque estaba demasiado débil como para hacerlo durante mucho tiempo. Tenía el rostro hundido, casi esquelético, y su piel estaba tan translúcida que se veían las venas azules. Hacía mucho tiempo que no se aseaba: encontró suciedad tras las orejas y un círculo de mugre alrededor del cuello. Los pies estaban roñosos y las rodillas, cubiertas de costras y escamas a causa de tantas horas de rodillas. Tenía las muñecas tan delgadas que creyó que se las podría partir en dos, si se enfadaba mucho.

Sin embargo, extrañamente, no estaba enfadado. Solo muy cansado.

—Tallia —acabó por decir en el mismo tono que habría usado la tía Bel al sentarse después de haber estado corriendo durante tres días con un niño mortalmente enfermo que, tras superar el peligro, comenzaba a quejarse porque no le gustaban las gachas—, no estás bien. Permanecerás en cama y comerás gachas y pan todos los días, y verduras y carne, hasta que estés tan fuerte como para no volver a olvidarte de ti misma de este modo.

Ella empezó a gimotear.

—Pero Dios debe quererme. Dios solo me querrá si sufro como hizo Su amado Hijo. A través del sufrimiento nos acercamos a Dios. Entonces también me podré acercar a Dios. Ojalá me permitieras construir una capilla. Entonces Dios me querría más porque he sido muy obediente.

—Te quiero, Tallia —dijo él, sin pasión. Se sentía extraordinariamente cansado. El clavo le pesaba en la mano como si fuera un grave pecado; tal vez lo era. No se lo restregó a la cara, ni la acusó. Tal vez la primera vez había sido un milagro.

Aunque ella siguió con el amor de Dios y la lluvia de luz dorada y la vasija pura modelada como novia de Su Hijo, que sería revestida con el aroma de la santidad otorgado a todos los santos amados por Dios, cuando, en realidad, incluso en una cámara en la que se esparció lavanda seca y madreSelva para suavizar el cercano olor del invierno y con sobrecitos de hisopo y menta para ahuyentar las pulgas y las alimañas, él podía sentir su olor, como a leche cortada.

—No te has lavado —dijo él. Se levantó, cogió un paño y un jarrón de agua, se

sentó a su lado sobre la cama. Estaba demasiado cansado como para persuadirla, pero sabía qué tenía que hacer—. Dame las manos.

Ella se quejó en voz baja mientras él le lavaba las manos, los codos, el cuello y la cara, y los sucios pies y rodillas. Como él la ignoró y solo hizo lo que había que hacer, ella acabó por consentir las atenciones.

Al acabar, el agua estaba marrón. Pasó el dedo por los dedos para examinarlo, pero solo vio sangre en la punta. Un dedo no podía hablar. La miró y vio que ella tenía la mirada fija en el dedo, con los ojos tan abiertos como si viera una víbora en sus manos. Alain suspiró, sacó la bolsita de debajo de la túnica y extrajo la rosa, cuyos pétalos cayeron suaves y frescos sobre la palma de su mano. Le picó una espina en el dedo y sangró.

Ella gimoteó, con los ojos puestos en él, o en la rosa, o en el dedo, o en la sangre, como si fueran señales del Enemigo. Tal vez solo temía que él traicionara su secreto y su pecado.

—Tiéndete sin moverte —dijo él con firmeza y, sorprendentemente, ella se tendió sin moverse, mientras él pasaba los delicados pétalos por los feos cortes de su mano con una caricia y con un ritmo hipnótico con el que él se mecía.



[...] mientras ellos se mecen y navegan con ímpetu sobre las olas para abandonar las aguas tranquilas del fiordo y entrar en el estrecho. Está de pie en la proa de la nave, con una copa de madera vacía en una mano y un pequeño arcón en la otra. Las aguas se separaban ante él, corrían por los costados y formaban una estela de espuma. Las cabezas aparecen en la superficie, como compañeros siempre presentes.

Con siete barcos, corre hacia el sur, hacia Jatharin del Norte, porque un mensajero ha llegado de Hakonin y ha contado que los eikas que asaltaron Jatharin han atacado las tierras de la periferia y quemado casas solariegas. Habían tomado o matado a muchos esclavos, y lo peor de todo, habían robado un nido de huevos. Este insulto debe ser vengado; de cierta manera, es una especie de prueba. Si no puede proteger a los que han jurado aliarse con él, entonces sus enemigos, uno a uno, zarparán de madrugada en busca de un aliado más fuerte. En busca del que se ha llamado a sí mismo Nokvi, el jefe de Moerin, amigo de los hechiceros del árbol albano.

Se vuelve, por fin, y hace una señal al sacerdote, que se arrastra hacia delante sujetando lo que parecía una flecha envuelta en una tela teñida de color azafrán.

—Has vuelto de tu viaje —dice.

—¿Yo? ¿Dónde creéis que he estado?

—Norte y este, sur y oeste —responde—. Encima y debajo. Esos son los misterios que solo los sabios pueden entender.

—¿Quién es sabio y quién insensato? —El sacerdote se ríe socarronamente.

—Ya lo veremos —responde—. ¿Qué me habéis traído?

El sacerdote salmodia unos disparates como respuesta, ya que los sacerdotes no acostumbran a hacerlo. «El halcón vuela, el rondador nocturno muere. El cuervo llama, el fresno cae. Yugo de oro, canción de anciano. Piel de serpiente, en el diente. Ala de dragón, lobo de corazón. Tono de flauta, muerte de magia. Él está, la tierra vivirá». Mientras canta, desenvuelve la tela y muestra un mango de la altura de un hombre pintado y adornado con plumas y huesos, trozos correosos inencontrables, la piel translúcida de una serpiente, dientes amarillentos colgados de un alambre, cabello de las Hijas Veloces hilado en cadenas de oro y plata, hierro y estaño, cuentas de amatista y cristal enredadas con correosos hilos rojos, y varias flautas de huesos trabajadas y colgadas con tanta astucia que la brisa del agua gemía entre ellas.

—¿No viajé por el mar y la tierra, bajo el agua y por las montañas, sobre la luna e, incluso, por el acantilado de los cielos para encontrar estas cosas? —dice casi sin aliento el sacerdote—. ¿No te traje lo que prometí?

Mano Fuerte agarra el mango. Zumba en su mano como si unas abejas hubieran hecho una colmena en el interior de la madera, y tal vez así era, aunque no podía ver una abertura. Lo examina todo; salvo ese zumbido, se le parece a los que habitualmente distinguen a los seguidores de un jefe de los de otro: se diferencia poco del que él mismo se hizo cuando triunfó en el fiordo de Rikin. No es más que un objeto. No puede hablar, ni decirle la verdad.

—¿Esto me protegerá de la magia? —pregunta—. ¿De esos que me siguen?

El sacerdote hace sonar la bolsa de huesos que cuelga de su delgada cintura. Con esfuerzo, concentra sus ojos borrosos, como si intentara ver solo en su mundo, no en muchos mundos, como se rumorea que pueden hacer los sacerdotes. Habla con palabras directas en vez de con adivinanzas y preguntas.

—He trabajado durante muchos meses para realizar este trabajo. Conozco muy bien los hilos que mueve la magia. Este amuleto es tu estandarte. Llévalo contigo para que te proteja a ti y a los tuyos de la magia, siempre y cuando extiendas tu brazo de protección.

Sonríe, con la copa en la otra mano.

—Tengo una mano fuerte, puedo sujetar mucho con ella.

—¿Y vuestro trato? —sonsacó el sacerdote—. ¿Cómo me liberarás de las Madres Sabias? —Casi se estremece por la emoción. Su piel es como un viejo monedero curtido suelto sobre huesos esqueléticos. Mano fuerte se pregunta cuántos años tendrá. ¿Cuántos inviernos habrá visto pasar? ¿Cómo alargará los años más allá de lo normal para un hijo del viejo nido de la Madre Anciana?

Sin embargo, está resignado a no descubrir nunca la verdad. Tal vez es mejor que algunas verdades no se revelen.

—Es bastante fácil liberar de las Madres Ancianas —responde.

Hace una señal y los guerreros cogen al sacerdote por los brazos para sujetarlo

mientras Mano Fuerte le abre el pecho. El aroma de la sangre y del poder es fuerte, pero no titubea. Sumerge el cuchillo en el agitado corazón del sacerdote. La vieja criatura se sacude, se tensa, intenta gritar una maldición, pero el amuleto protege a Mano Fuerte y a sus seguidores de la magia. La sangre brota a chorros de la boca del sacerdote y Mano Fuerte la recoge en la copa.

Solo con la muerte se obtiene la libertad de los decretos de las Madres Sabias, que, como las rocas, viven durante incontables generaciones. Sus hijos son como la lluvia: rozan la roca antes de correr hacia el río, hacia el fiordo, hacia el mar.

Cuando la copa se llena hasta el borde y la sangre se derrama por un lado, ve cómo el espíritu del sacerdote gira en el líquido verde cobre. Escucha un alarido.

—No, no, no, ¡me has engañado!

A medida que el cuerpo deja de temblar, a medida que el corazón bombea a lentas sacudidas y disminuye hasta convertirse en un hilo de sangre, a medida que el cuerpo flaquea, el espíritu del sacerdote se estira con unos dedos borrosos como hilos para intentar encontrar un hogar para su espíritu yaciente, pero todos están protegidos por el amuleto. Se expande siguiendo círculos cada vez más amplios para buscar, andar a tientas. En cuanto abandona la copa, bebe un trago de la sangre del sacerdote y se la pasa a los soldados, cada uno de los cuales toma un sorbo. De esta forma, la esencia del sacerdote se diluirá entre muchos y su espíritu vengativo no podrá regresar.

De repente, las manos de aspecto brumoso encuentra un hilo que une su cuerpo con el de su hermano de sangre, el que ve en los sueños, y corre por el hilo como una chipa de fuego mientras Mano Fuerte lleva la copa a la verja.

—Tirad el cuerpo al mar —ordena, y así se hace. Las gentes del mar salen a la superficie para rodear el cuerpo que se hunde. Después, el pecho y el corazón ya disecado se colocan en un brasero. Al quemarlos, el humo hace escocer la nariz. Se apoya en la verja y hace girar la copa. La última gota de sangre cubre el borde de la copa y cae. Cuando desaparece entre las olas, un último y ligero aullido de rabia y fracaso hace vibrar al hilo que lo une con Alain Henrisson y, entonces, se vacía. El espíritu del sacerdote se ha disuelto. Las olas golpean la nave. Los remos están recogidos y la vela izada. El viento la azota. Se acercan girando, dando bordadas.

En la distancia oye el grito lastimero de una gaviota. Las olas baten sobre rocas invisibles.

Con indiferencia, deja que la copa caiga de sus dedos. Cae, golpea el agua y desaparecer en el mar.



El clavo rodó por los dedos de Alain, que se sobresaltó y agarró la rosa con la otra mano.

—No, no, no, ¡me han engañado!

¿Quién había hablado? No había nadie en la sala.

Tallia se había quedado dormida.

Recogió el clavo y lo escondió en la bolsa, para guardarlo con la rosa.

Siempre que le daban la Vida de santa Radegundis a Rosvita, tenía sueños extraños. Unas veces le susurraban en una lengua que ella no entendía muy bien. Mucha gente la miraba fijamente, aunque no eran personas realmente: eran extraños que en otra época habían recorrido esos caminos y que luego habían desaparecido; se habían perdido tiempo atrás, pero habían dejado un mensaje que solo ella podía leer. Las palabras giraban cerca y se confundían hasta el punto que ella no podía decir dónde empezaba una y dónde acababa otra.

—¿Estamos a salvo? —preguntó. Tenía mucho calor y sudaba de forma que las paredes parecían gotear y exudar brillantes murales de un paisaje exótico convertido en blanco.

—Descansad, hermana. Estáis enferma. —Pensó que quien le hablaba tal vez era Theophanu, o podría tratarse de Fortunatus o de la anciana monja que había hablado de la Gran Ruptura, la que frotó un bálsamo en el pecho cuando respirar ya suponía un esfuerzo. Así fue más fácil dormir y soñar.

Una rueda de oro destelló con la luz del sol, al girar. El joven Berthold dormía tranquilo en una caverna de piedra, rodeado por seis miembros del séquito cuyo jóvenes rostros resplandecían con un cambiante resplandor de luz. Una ventisca de nieve cayó sobre las cimas de las montañas y en los bordes de la tormenta bailaban unos daimones pálidos como la luna, al ritmo de una melodía de envidia, misterio y miedo. Un león asoló la fría ladera de una roca y en la llanura de hierba amarilla bajo esa escarpa, perros negros cazaban un ciervo de ocho puntas y les seguía el rastro una partida de jinetes vestidos con prendas tan brillantes como gemas.

Los Perdidos la rodearon, la acosaron con sus ojos de piedras preciosas y ropas de bárbaros y le susurraron secretos al oído: «Yo no protesté cuando vi que nuestro padre y señor prefería a su primer hijo, porque así son las cosas, y como uno de los que llegó segundo, no me importaba esperar tras el primero, porque yo sé qué merece la pena. Pero ¿de qué vale mi nacimiento de alta cuna si nuestro padre y señor se casa de nuevo y engendra a nuevos hijos a los que quiere más y sitúa por encima? ¿Por qué he de servirlos, si yo llegué antes? ¿No fue por eso por lo que se rebelaron los ángeles?».

Se despertó.

—Hermana Rosvita. —La princesa Theophanu se sentó en un taburete a su lado.

Tenía el mismo aspecto robusto de siempre, acaso un poco pálido. ¿La ansiedad le inundaba el rostro? Era difícil decirlo, y esa expresión desapareció rápido—. Os traigo gachas y vino. Y noticias.

—Dejadme comer primero, os lo ruego, alteza.

Rosvita estaba acostada sobre un catre de una pequeña celda de un monasterio hecho sobre la roca. Los muros encalados parecían demasiado rudos en comparación con los extraños y persuasivos frescos que decoraban la otra cámara, que rondaban los sueños provocados por una fiebre pulmonar debida al agotamiento. Durante un buen rato, la habían desesperado, pero en cuanto pasó lo peor, la habían trasladado a esta celda, cercana al refectorio.

Una sirvienta acercó una bandeja con una copa de vino y un cuenco y luego se retiró bajo el arco de entrada excavado en la piedra que conducía al pasillo hacia el exterior, donde ya no se oía nada. Theophanu esperó con paciencia, con las manos sobre la falda. Un fino haz de luz que entraba por el borroso agujero le iluminaba la cara. Solo gracias a eso Rosvita sabía que era de día. En el convento de santa Ekatarina, el tiempo no avanzaba. Un día daba paso a otro, allí confinada en los muros de roca, protegida del mundo exterior, con la única compañía constante de las series de oraciones, de las canónicas constantes que se sucedían una tras otra, la vigilias se convertían en laudes, que se convertían en primas, que se convertían en tercias, que se convertían en sextas, que se convertían en nonas, que se convertían en vísperas, que se convertían en completas, que se convertían en vigilias de nuevo. Y así una y otra vez, como Dios en la Unidad, el círculo que nunca acaba.

En cuanto Rosvita terminó, Theophanu se acercó para retirarle la bandeja, la copa y el cuenco y los puso sobre el suelo. El movimiento se recubrió de un susurro, tan leve como el del aoi en los sueños de Rosvita.

—Tal vez debería entregarme a Cabeza de Hierro a cambio de que deje ir a Adelheid.

—¿Nos encontramos en una situación tan desesperada?

Bajo una luz tan tenue, era difícil ver claramente la expresión de Theophanu. ¿Era la rabia o la angustia lo que recorría sus fríos rasgos arethousanos?

—Es bastante desesperada. La gentil abadesa ha sido generosa con sus provisiones, pero somos setenta y cinco personas y cincuenta caballos en un convento que aloja a nueve. No ha de quedar más de una semana de comida y forraje. Hemos cogido todo lo que tienen las monjas y no hemos ganado ventaja respecto a nuestro enemigo. Si me entrego a Cabeza de Hierro, entonces no dejaremos a las monjas en la miseria.

—Un gesto de nobleza, alteza, pero sabemos qué tipo de hombre es.

—Él serviría de marido. He tenido paciencia, hermana. He perdido las esperanzas de que mi padre alguna vez esté de acuerdo en que me case con un hombre o incluso con la Iglesia. Cabeza de Hierro es ambicioso y despiadado. ¿Soy yo mejor en el fondo? Preferiría un marido como él que esperar a que mi padre se vuelva a casar y

me reemplace con hijos menores que le agraden más.

—¡Fueron vuestras palabras las que oí en sueños! Pensé que era otra voz...

¿Se estaba sonrojando?

—Hermana, ruego que me disculpéis. No debería haber hablado sin pensar. El Enemigo nubla mis pensamientos.

—Sea paciente, alteza. Seguro que, en esta severa tierra, Cabeza de Hierro tiene dificultades para mantener un ejército de trescientos hombres.

—Eso esperamos, pero no es tonto. Tengo más noticias. —Cierta tono en la fría voz de Theophanu hizo que Rosvita tuviera pavor a lo que podría seguir—. Debes acompañarme, hermana. Ya lo verás. No estoy segura de que pueda confiar en mis propios ojos.

Esas afirmaciones no podían sino despertar la curiosidad de Rosvita, algo siempre inflamable. Se levantó y se alegró al comprobar que las piernas estaban más firmes que el día anterior. Theophanu llamó a una ayudante para que se acercara para ayudar a vestir a Rosvita. Entonces, se abrieron camino por el túnel cavado en la roca que conducía al refectorio. La luz entraba por siete ventanas abiertas en la roca en lo alto de los muros y mostraba una sencilla mesa de caballetes, suficiente para las nueve mujeres que tenían allí su hogar, y el alto telar en el que se arrodillaba la hermana Diocletia y sobre cuyo listón acababa de colocar hilos de urdimbre recién medidos. Las saludó con la cabeza, cogió un puñado de hilos sueltos y con destreza comenzó a teñirlos en una pesa del telar.

Tras el refectorio se abría una terraza. Rosvita escuchó los sonidos del campamento de Cabeza de Hierro: mazos y martillos golpeaban con un ritmo irregular, los capitanes gritaban órdenes, los hombres gruñían y maldecían. Los gritos se proyectaron con facilidad y se propagaron por la monumental cara de la roca del enorme afloramiento sobre el que estaba esculpido el convento. La terraza era un espacioso bloque de roca que daba al sur sobre lo alto del acantilado. El sol extendía una luz tan agradable que era difícil creer que estaban en invierno, dos días después de la festividad de la Vela. En una cuenca poco profunda ahuecada en la roca, Teuda, la robusta lega, estaba inclinada, moliendo trigo para convertirlo en harina. A su lado había vasijas de grano a remojo en agua caliza, junto a una cesta para la cebada recién molida. Un jardín espacioso cubría el resto de la terraza, dividido en cuatro partes por pasillos levantados sobre el suelo y hermosas cortinas intercaladas que servían como barreras contra el viento. Sin duda, la tierra había sido traída cesta a cesta desde abajo. La hermana Sindula estaba deshierbando menta. Estaba bastante sorda y concentrada en su tarea, no se dio cuenta de su presencia. La otra lega, la joven Paloma, estaba arrodillada a unas pocas zancadas de distancia, regando hierbas. Dejó en el suelo su jarra de cerámica, se puso en pie, se quitó la tierra de la toga, la devolvió al terreno, y cruzó hacia ellas. No era mayor que Theophanu, ya tenía una mirada fulminante como la de las compañeras más antiguas, como si el viento las secara en ese punto tan aislado.

—Venid. —Las condujo hacia la verja por la que podían mirar hacia abajo.

A la derecha, en una terraza más baja, una docena de soldados de Fulk se mantenían en guardia sobre los cabestrantes. Habían dañado el más pequeño durante el último ataque, una de las patas de apoyo había sido aplastada por la piedra de una catapulta. El más grande sujetaba la cesta grande en la que se había levantado aquel día de hacía seis semanas, aunque no lo recordaba mejor que si fuera un sueño. Según Theophanu, el capitán Fulk y sus soldados habían ideado que una amplia correa reemplazara la cesta para que así pudieran subir los caballos, antes que perderlos ante Cabeza de Hierro. Siguió con la mirada una serie de puntos de recogida y de cornisas poco profundas, y el sendero por la escalera de mano. Habían alineado y apartado a un lado todas las escaleras. También habían bajado otras y un cabestrante quemado en el primer asalto estaba abandonado. Los precipicios se levantaban sobre ellos, convertidos en gigantescos escalones que terminaban en una pequeña meseta marcada con una corona de rocas: desde ese ángulo ella no podía contar las grandes losas de piedra en vertical a baja altura, ni podía imaginarse que alguien pudo haberlas subido hasta ese enorme afloramiento, demasiado abrupto como para escalarlo.

—Para ser un lugar sagrado —señaló Theophanu—, resulta realmente defendible.

—No cabe duda de que las ancianas madres que crearon aquí el convento conocían bien las imperfecciones de la humanidad.

El andamiaje que construían los soldados de Cabeza de Hierro en ese momento llegaba a medio camino de la terraza inferior, con una amplia base, reforzada por los lados y llena de agujeros humedecidos para proteger la madera. Cabeza de Hierro incluso permitió que sus tropas talaran la docena de viejos olivos que crecían en la base del acantilado. No parecía que nadie estuviera holgazaneando. El estandarte de Cabeza de Hierro ondeaba en la tienda central, bien alejada del disparo de una flecha desde la terraza inferior y casi oculta donde el barranco se cortaba a la izquierda. Ella no recordaba haber cabalgado por ese barranco durante su último galope hacia la salvación, pero veía que era el único camino hacia el convento.

—¿Hay algo nuevo que deseáis que vea? —Lo vio en cuanto Theophanu señaló un estandarte que se agitaba sobre un pequeño pabellón de caza medio escondido tras la blanca y grandiosa tienda de Cabeza de Hierro: seda roja con un águila, un dragón y un león bordados en oro.

—¿Ese es el sigil de Wendar? —preguntó Paloma—. ¿Significa eso que ha venido el rey de Wendar?

Rosvita casi se rio, al imaginarse al rey confinado en tan mísera tienda y sin señal alguna de su complejo séquito.

—No, hija. Una partida que cabalgara por asuntos del rey y con ese salvoconducto llevaría ese estandarte. Allí, en la punta, hay un círculo de oro, lo cual significa que es una embajada comandada por un clérigo enviado desde la corte del rey.

—Llegaron ayer al anochecer, escoltados por los soldados de Cabeza de Hierro —dijo Theophanu.

—¿Puede que vuestro padre haya sabido de nuestra difícil situación?

—Veremos —dijo Theophanu. Se volvió a la joven lega—. Paloma, conoces la ruta. —La joven asintió con la cabeza—. Gutta —le dijo a la muchacha de pelo oscuro—, vete a ver que tarea te espera en las cocinas.

Paloma condujo a la princesa y a Rosvita de vuelta por el refectorio, bajo un túnel lateral que se ladeaba hacia las escaleras, y por un tapiz que ocultaba un túnel más pequeño, ventilado por conductos de aire. Pronto se oscureció mucho como para ver, salvo recurriendo al tacto, por lo que avanzaron tan silenciosamente como lobos que olisquean una presa inesperada. Entonces, de repente, una tenue luz se filtró por una pantalla esculpida con mucha astucia en una fina capa de roca, de forma que se podía ver la cámara iluminada detrás, sin que se vieran sus figuras. Rosvita se calmó al lado de Theophanu y juntas miraron fijamente la encalada sala de invitados. Rosvita había llegado a esa sala cuatro días antes para visitar al hermano Fortunatus que, como los soldados y los sirvientes masculinos, no podía aventurarse por salas consagradas de un convento sagrado. En ese momento, solo veía soldados de pie, haciendo guardia, nerviosos, para un par de clérigos aostanos. Un Águila pelirrojo se mantenía a un lado, a cierta distancia, con el rostro ensombrecido.

—Aún me parece increíble —le decía un clérigo a otro en aostano—, he atravesado el paso de san Vitale en agosto y me topé con ventisca. No sé cómo su grupo pudo haberlo pasado a esas alturas del año y alardear de buen tiempo. —Bajó la voz—. ¿Y si se trataba de brujería que influía en el tiempo? Sin embargo, ninguno de sus escoltas dirán una mala palabra sobre él. Es como si los hubiera hechizado a todos.

—O que fue acusado erróneamente.

—Sabes tan bien como yo que normalmente el paso de San Vitale se cierra desde mediados del otoño hasta el principio del verano. ¡Nunca he oído nada sobre un grupo que hubiera cruzado antes de la festividad de las Velas!

El otro hombre se encogió de hombros.

—No ha sido un invierno muy frío. Tuvieron suerte. Los soldados con los que hablé me contaron que cuando recorrían las últimas leguas, empezó a nevar tras ellos.

—Eso no demuestra nada. Podía seguir tratándose de un hechizo sobre el tiempo. ¿Qué me dices de esas otras historias que he oído? ¿Y de esas luces que vimos en lo alto de la roca la pasada noche? Tú también oíste los gritos.

—Silencio —dijo su amigo, mirando a los soldados—. Estamos aquí para comprobar que cumple la palabra dada a lord John, nada más. ¿Qué más da si hay brujería en marcha? Algunas veces me pregunto qué mal hace, si se utiliza para el bien. Estoy bastante harto de este asedio y estas raciones que no me importa si la magia se utiliza para persuadir a la reina Adelheid para que se rinda y así podamos regresar a casa.

—¡Dominic! —El amigo sacó el Círculo de la Unidad que le colgaba en el pecho, como una protección frente al mal.

Theophanu arrastró la mano de Rosvita y esta la siguió por un pasaje tan estrecho que la roca le rozó los hombros primero y luego la cabeza, hasta tener que agacharse y caminar de rodillas como una penitente que se acerca al altar. El camino descendía, Theophanu le soltó la mano y ella rozó el escalón de una escalera y, más arriba, las sandalias de los pies de Theophanu. Se paró en seco al lado de la princesa en un espacio como el de un aparador con sitio para las dos. Un velo borroso más cercano a la neblina que a la luz protegía un lado del lugar; le llevó unos momentos descubrir dónde estaba.

Se agacharon juntas, embutidas dentro del altar esculpido en la capilla. La luz que ardía fuera, velado por una cortina de tela, procedía de dos faroles que colgaban de unos estantes de hierro colocados a cada lado de la diminuta cámara.

Un hombre arrodillado ante el altar, con la cabeza inclinada, con las manos entrelazadas mientras rezaba. No podía verle la cara, pero no lo necesitaba. Sintió que Theophanu temblaba a su lado como una liebre atrapada en una red. Conocía aquellos hombros, aquel brillante pelo rubio, la perfecta postura, ni demasiado humilde, ni demasiado orgullosa, arrodillada ante el altar de Dios y orando con su melosa voz.

*Señor, mi corazón no es altanero, ni mis ojos altivos;
ni me dedico a asuntos demasiado elevados para mi Señora,
Seguro que me he portado bien y con calma.
Mi alma es la de un niño destetado y aferrado a su madre.
Pongamos nuestras esperanzas en Dios, siempre.*

Un clérigo se puso en pie tras agacharse por el arco que conducía a la sala de invitados.

—Ruego que me disculpe por haberle molestado, lord Hugh.

Levantó la mirada. Resultaba realmente sorprendente cómo la luz enmarcaba sus rasgos incluso cuando no sabía que alguien lo observaba. Su expresión era sombría, pero la mirada, amable.

—Hermano Dominic. —Sonrió con dulzura, aunque no lo suficiente como para mostrar el diente roto—. Hablad, hermano. Contadme lo que os perturba.

—¿La madre abadesa no ha respondido aún a vuestra petición, lord Hugh? ¿Os recibirá y os permitirá hablar con la reina Adelheid?

—Aún no he sabido nada, pero confío en Dios, como debemos hacer todos.

—Algunos se preguntan si vos os habéis ofrecido a negociar con la madre abadesa solamente para libraros de la cautividad de lord John. Después de todo, aquí estáis a salvo de él. Podéis esperar el rescate y observar desde la seguridad mientras sufren quienes os trajeron hasta tan lejos.

—Me humillan vuestras acusaciones, hermano, pero seré el primero en reconocer

que las merezco. —Mientras hablaba, manteniendo la compostura, jugaba con un lazo rojo enroscado en la mano izquierda—. No deseo ningún mal a los clérigos y soldados a los que se encargó la tarea de escoltarme ante la skopos. Los soldados de lord John no deberían habernos hecho prisioneros, ni habernos traído aquí, y en cuanto supo nuestro destino, debería habernos liberado para que continuáramos. No obstante, comprendo que es un hombre ambicioso y que quiere aprovecharnos como prisioneros. Si fracaso aquí, me uniré a mis compañeros en una muerte mártir. Si tengo éxito, entonces cabalgaremos hacia Darre y me presentaré a la skopos tal y como me obligaron en el concilio de Autun.

El hermano Dominic gruñó, como si estuviera molesto.

—Vuestras palabras son razonables, lord Hugh. —Titubeó y al final habló en un tono tan bajo como el de un hombre que conspira contra su señor—. Resulta difícil de creer que un concilio os pudiera condenar.

Hugh inclinó la cabeza.

—Dios sabe la verdad.

El hermano Dominic se movió con nerviosismo, como si temiera haber hablado demasiado.

—Os dejaré con vuestras oraciones. —Se retiró.

Durante un buen rato Hugh permaneció arrodillado allí, con la cabeza inclinada, inmóvil, en silencio. Rosvita apenas osó respirar. Tenía la mirada fija en la pintura sobre la pared de enfrente, borrosa en ese momento, pero todavía perfectamente legible. Las imágenes describían un grupo de aoi vestidos con plumas y capelinas, y no mucho más, que atraviesa un arco de fuego que conduce a un círculo de rocas en pie. Detrás de las rocas, había una segunda corona de rocas más pequeña, más o menos de un cuarto del tamaño del primer círculo, situado en un grupo de edificaciones con un diseño extraño, pero mágico. Una partida de viajeros, pintados más pequeños en proporción, surgía de la segunda corona de rocas por un arco de llamas.

La hizo retroceder un movimiento de Hugh, que sacó un pequeño arcón que había permanecido escondido entre las faldas de sus togas. Una cinta roja como la sangre estaba enroscada con el broche al que ceñía. Soltó la cinta, levantó la tapa y sacó un ramito de enebro y una forma rectangular envuelta en lino. Al desenvolverlo, descubrió un libro.

Rosvita se retiró bruscamente hacia atrás, y se golpeó la cabeza contra la roca. En la garganta, le quedó atrapado un grito ahogado. ¿Cómo había recuperado él El libro de los secretos? Empezó a leer en alto.

Quando la Luna está llena, la estudiosa puede, por medio de los hilos tejidos por los planetas y el aire caliente engendrado por el crecimiento de la Luna, persuadir hacia la Tierra a los daimones del aire inferior, a aquellos que viven bajo el influjo de la Luna. Es bien sabido que los hombres pervertidos y

codiciosos de las riquezas terrenales son más susceptibles a sus influencias y la estudiosa puede obtener lo que desea de esta forma: si envuelve bien con los hilos de los cielos a estos daimones y pronuncia los hechizos y los siete nombres de las siete discípulas y quema el humo de enebro e hinojo para nublar y encadenar sus espíritus, entonces ellos harán lo que ella les pida. De forma que no los vean, se insinúan con gran sutilidad y maravillosamente en los cuerpos de humanos porque sus propios cuerpos tienen poca sustancia corpórea, pero participan del aire y del fuego del cielo, y a través de varias visiones imaginarias mezclan sus pensamientos con los de sus anfitriones hasta que una boca pronuncie lo que otra mente susurra.

¡Ay, Dios! ¿Qué habría pasado con Liath en el juicio en Autun? El corazón le latía con fuerza.

Theophanu empujó suavemente a Rosvita y con Paloma regresaron por el túnel hasta salir al pasillo principal. Tuvo que descansar porque las piernas le temblaban y le dolían como si hubiera escalado toda la roca; cuando recuperó las fuerzas, caminaron en silencio y pasaron a la capilla donde una encorvada hermana Carita oraba arrodillada. Tras la capilla se encontraba la diminuta biblioteca cuyos ejes verticales proporcionaban luz suficiente para que Rosvita pudiera ver los tonos de color en la suave roca (gris, rosa y crema) que rayaba los muros. La hermana Petra estaba sentada en el atril del escriba, de una forma que los conductos de ventilación iluminaban su trabajo. Con estudiados y practicados golpes, pasaba la pluma por el papiro. Rosvita hizo una pausa. Semanas atrás, en los peores momentos de la fiebre, le había pedido a la madre Obligatia que continuara con la copia que la hermana Amabilia había estado haciendo de la Vida de santa Radegundis. ¿La hermana Petra estaba copiando la obra del hermano Fidelis?

Theophanu y Paloma habían continuado, así que se dio prisa para seguir las en vez de entrar para preguntar. Muchas manos habían gastado y suavizado los muros y las zapatillas le resbalaban por un suelo que parecía del mejor mármol, lustrado por el paso de miles de pies durante siglos. Bajaron las escaleras y, en la profundidad de la roca, llegaron a un rellano tan oscuro que casi chocan con la hermana Hilaria, que surgió de las escaleras más amplias que conducían al pozo. Dos baldes llenos se balancearon en la aguadera sobre sus hombros y sobre su cabeza se bamboleó una tercera apoyada en una base de tela enrollada. Olía a agua y a roca empapada. Tras ella, dos de las sirvientas de Adelheid entraron tambaleándose en el rellano y apoyaron unos baldes medio llenos para recuperar el aliento y proteger los ojos de la luz.

—Un buen día para vos, alteza —dijo la hermana Hilaria, aparentemente relajada tras la subida—. Hermana Rosvita, me alegra verla en pie.

Se hicieron a un lado para que pasaran por delante de ellas hacia las cocinas. Manchas de humo decoraban los muros sobre las chimeneas de la cocina en las que

los conductos de ventilación permitían que entrara la luz y saliera el humo. En la chimenea central ardía una hoguera, atendida por la pobre hermana Lucida, que, además de lisiada, estaba algo mal de la cabeza. En la única mesa, Gutta y otra mujer amasaban, con harina hasta los codos. Gutta vestía un delantal de loneta beis para proteger el fino vestido de la reina. Otras dos sirvientas estaban ocupadas revolviendo una sopa poco espesa compuesta sobre todo por grasa de caballo, y aplanaban tortas.

La hermana Hilaria vació el agua en un barril. Dio una palmadita a la hermana Lucida en el hombro y la lisiada monja agachó feliz la cabeza y dijo unas incomprensibles palabras que Rosvita no entendió. La hermana Hilaria se rio.

—No, yo no debería dejarte todas las cebollas. Eras una glotona con las cebollas, ¡y no seré yo la que te incite al pecado! —Lucida graznó una risa y con una alegre sonrisa Hilaria colocó las aguaderas sobre los hombros para iniciar otro viaje hacia el pozo justo cuando la otra mujer que cargaba agua la vaciaba en el barril—. ¡Solo un viaje más, amigas! —gritó Hilaria con alegría—, y habremos acabado.

—¡Por el momento! —se quejó otra, pero Theophanu y Paloma ya habían continuado y Rosvita se apresuraba tras ellas. Aún estaba débil y no confiaba en sus piernas, así que bajó con cuidado la rampa en la que resonaban extraños ecos. Se oscureció rápido, y como las monjas no tenían aceite de más para los faroles tuvieron que avanzar a tientas. Rosvita percibió el cambio: el aroma a malestar, el endurecimiento de los muros bajo los dedos. Tropezó con el borde de una pequeña zanja cavada en la roca; Theophanu la agarró por el codo para sujetarla. A tientas, Rosvita descubrió una rueda de molino colocada de canto, rodada a un lado en un hueco hecho en la roca.

—Cuidado —dijo Paloma—. Se puede rodar y colocar en medio del pasaje para bloquearlo.

—En caso de ataque —dijo Theophanu—. Las monjas que construyeron este lugar seguro que confiaban muy poco en la amabilidad humana.

—Oh, no —dijo Paloma, con sorpresa—. Las monjas no esculpieron estas cámaras. Siempre han estado aquí, así que la historia continúa. Las monjas, Teuda y yo vivimos aquí. Ni siquiera la madre Obligatia sabe hasta dónde llega el laberinto de la roca. He cogido una vela y descendido para explorar, pero nunca hay tiempo suficiente para llegar muy lejos antes de que la llama de la vela se apague. Vamos. Es justo después de esa esquina.

A Rosvita le llevó un tiempo identificar los sonidos que resonaban a su alrededor, como si fueran música y, entonces, dieron la vuelta a una esquina y llegaron a una caverna tan alta que no se podía ver el techo por la oscuridad. Solo ardía un farol, que mostraba a la reina Adelheid sentada, relajada, mientras los soldados la entretenían. Uno aporreaba un laúd, bastante bien afinado, y rasgueaba una alegre melodía mientras un compañero la tocaba en una gaita. Un trío le daba a unos tambores sobre los muslos y otro hombre hacía vibrar unos reclamos de pájaros como contrapunto a la melodía. En el margen de la luz, media docena de soldados daban patadas en el

suelo y daban vueltas en reducidos e intercambiados turnos, bailando. Resultaba muy extraño ver a la reina Adelheid sonreír y dar palmas como si ese tosco espectáculo le agradara tanto como los elegantes espectáculos de la corte. Sus nobles acompañantes permanecían de pie detrás de ella; algunos se divertían, otros observaban tensos y forzados. Adelheid vio a Theophanu, le hizo señales para que se acercara y le indicó una silla a su lado. En cuanto los soldados vieron a Theophanu, titubearon y dejaron de tocar.

Theophanu retiró el cojín de la silla y lo puso en el suelo.

—Siéntate aquí, si quieres, hermana.

—Gracias, alteza, majestad, ¿dónde está la hermana Obligatia?

—Todavía se encuentra con los heridos.

—¿Puedo visitarla un momento?

La reina y la princesa asintieron. Un soldado se acercó para acompañar a Rosvita a la cámara contigua donde yacían los heridos. Al agacharse bajo un pequeño arco tallado en la roca, escuchó que la música empezaba de nuevo detrás de ella, como un eco extraño en la gran caverna.

Pasaron semanas antes de que Rosvita comprendiera que la anciana monja que se ocupó de ella durante su enfermedad era la madre del convento. En ese momento, a la luz de un único farol, la madre Obligatia se arrodillaba al lado de un hombre rubio herido combatiendo durante uno de los infructuosos ataques de Cabeza de Hierro. Estaba colocando con cuidado la cataplasma del hombre.

—Dios os bendiga, madre —murmuró él, cuando Rosvita se acercó a su lado.

Pronunció una bendición para él antes de agarrarse a un robusto bastón mientras se esforzaba con sus pies. Antes de que Rosvita pudiera acercarse para ayudarla, el capitán Fulk apareció a su lado para prestarle ayuda.

—¿Cómo puedo asistirle, madre? —preguntó Rosvita.

—Quedaros a un lado un momento, hermana. Solo me falta esta pobre alma, pero me temo que no podré hacer nada con sus heridas.

Un hombre descansaba separado de los demás y permanecía en silencio, salvo por un espantoso quejido que surgía a intervalos, algunas veces seguido por un hilo de palabras roncadas que no tenían ningún sentido hasta que se dio cuenta de que hablaba en aostano, no en wendiano: «Sin principio, sin fin, un frío escozor en mi corazón durante la caída de la piedra, duele. ¡Dios me proteja! ¡Ay, Dios! ¡Los ojos!».

Las sombras formaban una capa clemente. Las heridas habían supurado. Se le caía la piel de la boca, exponiendo los dientes y las encías, y un ojo parecía quemado y cerrado con hilos plateados sobre la curva de su cráneo. Un ligero olor a metal hizo que le escociera la nariz, un sabor como el de las limaduras de hierro hasta el punto de que casi podía humedecer el aire. Entonces, la madre Obligatia deshizo los vendajes que le cubrían el pecho. Rosvita sintió náuseas por el hedor de la descomposición y tuvo que dar un paso atrás.

La sostuvo una mano, la del capitán Fulk, que murmuró una disculpa y que se

separó apresuradamente. El soldado que sostenía el farol cerró los ojos.

Desde el pozo de oscuridad fuera del halo de luz, el hermano Fortunatus apareció para ocupar un sitio al lado de Rosvita.

—¿Estáis bien, hermana? —La oscura luz hacía que su rostro tuviera un aspecto anormalmente pálido, o quizá era solo el sufrimiento del pobre soldado.

—Estáis demasiado nervioso, hermano —dijo ella con amabilidad—. Para ser una mujer de mi edad, me estoy recuperando bien. No tengo nada de qué quejarme. Dios mío, ¿por qué iba osar hacerlo? —Hizo unos gestos—. ¿Qué le ha pasado a este pobre hombre? ¿Es uno de los soldados de la reina Adelheid?

La madre Obligatia dio unos toques con un ungüento de fuerte olor a las heridas y el soldado comenzó a sacudirse, entre horribles gemidos. Rosvita tuvo que mirar hacia otro lado mientras el capitán Fulk se arrodillaba para sujetar al hombre.

El hermano Fortunatus se movía nervioso antes de hablar con un susurro.

—Aquí hay magia, hermana. Se nos ha ocultado hasta ahora.

—¿No creeréis que la madre Obligatia o cualquiera de estas buenas monjas permiten la brujería?

—Aquí se oculta un secreto —insistió tercamente—. Miradlo. Lo trajeron ayer por la noche, justo antes de las vigias. Me parece raro que su ataque haya tenido lugar solo horas después de que lord Hugh suplicara que se le dejase hablar con la reina.

—¿Qué queréis decir?

El hombre dijo algo ininteligible, entrecortadamente, con una voz ronca y ahogada y perdió el conocimiento. Los hilos de plata le quemaron el rostro, resplandeciente, latiendo como si fuera el corazón.

—Es uno de los soldados de Cabeza de Hierro. Un grupo de doce o más escalaron la parte norte del afloramiento la pasada noche. Llegaron a la cima de piedra de la cumbre al anochecer. Supongo que desde allí pretendían descender sobre nosotros desde arriba.

Se sintió débil de repente, impresionada por los recuerdos de sueños imposibles de interpretar. Parecía que el suelo bajo sus pies se sacudía como un barco que avanza sobre las aguas. Le dolía el estómago.

—Debería estar durmiendo.

Fortunatus la sujetó por el codo. La voz le tembló.

—Hermana, estuvisteis muy enferma. Yo había perdido las esperanzas con vos.

Su preocupación la tranquilizó. Pudo mirar al pobre hombre inconsciente sobre el suelo. La madre Obligatia trabajaba con eficiencia.

—¿Qué sucedió con los demás soldados? ¿Fueron hechos prisioneros?

—No. Alguna criatura ronda la cima de rocas. Los mató. Este fue el único que sobrevivió y no vivirá mucho más.

La madre Obligatia se puso en pie con la ayuda del capitán Fulk y se apartó del hombre moribundo.

—No puedo hacer nada más —dijo a Fulk—. ¿Ha tomado algo de agua?

—No la puede tragar, hermana. —La expresión de Fulk era grave.

Obligatia asintió con la cabeza y, de repente, salió, cojeando despacio, de la pequeña cueva contigua con Rosvita, Fortunatus y Fulk presentes. El capitán Fulk le trajo un taburete y se sentó entre Adelheid y Theophanu, e hizo un gesto con la mano para hacer saber que los músicos debían acabar. Rosvita se colocó sobre el cojín a los pies de Theophanu y Fortunatus, tras ella. Cuando los soldados acabaron la canción, la madre Obligatia se volvió hacia Rosvita.

—Hermana Rosvita, me alegra verla tan fuerte. ¿Habéis visto a nuestro visitante?

—La madre Obligatia fue brusca, sin ser altiva, sabia sin ser serena, y generosa sin ser amable. Como siempre, fue directa al grano—. Lo envió lord John para negociar y acabar con el asedio. Sus compañeros de Wendar están retenidos como rehenes por su buena conducta. ¿Sabéis quién es?

—Hugh de Austra —dijo Theophanu en un tono tan frío como si recitara la lista de las cosechas que se habían de plantar—, hijo ilegítimo de Judith, margravina de Austra y Olsatia, y valiosa compañera de mi padre, el rey Henry.

—Lo conocéis —dijo la madre Obligatia.

—Si puedo intervenir —dijo Rosvita rápido y Theophanu asintió con la cabeza. Después de seis semanas subsistiendo gracias a la caridad de la madre Obligatia, Rosvita no vio motivo alguno para esquivar la verdad—. Creo que tanto a la princesa Theophanu como a mí nos enviaron al sur, a Aosta para que no pudiéramos testificar cuando el padre Hugh fue convocado a un concilio eclesiástico el pasado otoño en Autun. Lo acusaron de brujería.

Adelheid se irguió en el asiento, con una expresión de curiosidad.

—¿Hubierais declarado a su favor o en su contra?

Bajo la tenue luz, Theophanu parecía más que nunca una anciana reina, atrapada en una pintura colgada de alguna pared de una antigua iglesia, dorada y con los ojos oscurecidos con kohl. Respondió sin emoción.

—Tenemos motivos para creer que los cargos presentados contra él eran ciertos. No debemos confiar en él, por muchas promesas que haga.

—Duras palabras —observó Adelheid.

La Madre Anciana jugueteó con el pulido bastón apoyado sobre sus muslos. Detrás, medio escondido en la sombra, el capitán Fulk y los soldados se habían agachado para escuchar.

—Es difícil saber en quién confiar cuando se presentan cargos de brujería —dijo ella.

—¿Tenéis experiencia en esos asuntos, madre? —preguntó Rosvita.

—He visto cosas que me hubiera gustado no presenciar, pero, no obstante, en una semana nuestras reservas se habrán agotado. Ha llegado el momento de decidir. Estoy dispuesta a pasar hambre por una cuestión de honor, pero no puedo pedirle a mis monjas que hagan lo mismo.

—Entonces parece que debemos hablar con él —dijo Adelheid. Su sonrisa iluminaba como una carcajada—. Mis soldados dicen que es un hombre llamativamente atractivo. ¿Es cierto, prima? Aún no lo he visto.

Theophanu se negó a decir nada.

—Debéis decidirlo a ese respecto, prima.

—¿Entonces estamos de acuerdo en que debemos hablar con él?

—Estoy en contra —dijo Theophanu con frialdad. Miró fijamente a Rosvita. Todos lo hicieron.

Rosvita suspiró.

—En realidad, alteza, no existe otra opción. Tengo las mismas ansias que vos, dado lo que hemos visto y vivido, pero en estas circunstancias debemos ver que tiene él que decir.

—No iré a Cabeza de Hierro sin pelear —dijo Adelheid. La fiereza con la que levantó la barbilla y el sonoro bramido de su voz contrastaron mucho con la inescrutable calma de Theophanu, que, de modo alguno, salió bien parada.

El capitán Fulk se acercó.

—¿Se me permite intervenir, majestad? ¿Alteza? ¿Madre? —Después de que todos asintieran, el soldado siguió—. Debemos pasar a la acción, pronto, de una forma o de otra. La comida y el humor disminuyen a la vez, tal y como estamos, atrapados. Ya hemos perdido un cuarto de los caballos. Desde anoche corren rumores de que hay un duende que ronda la cima de rocas. Mis hombres temen las tareas de los establos, porque se encuentran muy cerca de la cumbre. Algunos tienen miedo de que ahora que esa criatura ha probado la sangre, pueda acecharlos. Algunos preferirían rendirse antes que morir de una forma tan horrible.

Todo el mundo permaneció en silencio y Rosvita se dio cuenta de cuanta tensión había en el ambiente. El reflejo amarillento del farol ofrecía escasa protección ante la oscuridad. La madre Obligatia, aun así, no mostraba signo alguno de nerviosismo.

—De hecho un daimon acecha la cima de piedra a la altura de esta roca, pero no es más peligroso que los traviesos duendes que acechan los corazones de los que están descontentos con su suerte en este mundo. Mis predecesoras y yo misma hemos protegido este convento desde los días de santa Ekatarina, cuatrocientos años atrás, o más. No nos ha molestado la criatura atrapada allí arriba, ni hemos sentido sus garras.

—¿De dónde viene? —preguntó Theophanu—. ¿Por qué acecha este lugar?

—Siempre ha estado ahí. Por eso prohibí que vuestro grupo explorara la cima.

—Dijisteis que era un lugar consagrado, prohibido para quienes no son hermanas de este convento —objetó Adelheid—. ¡No dijisteis que estaba asediada por una criatura como esa!

—Ahora ya sabéis por qué está prohibido. No contamos todo lo que sabemos. Tampoco lo necesitamos.

Incluso una reina podía parecer avergonzada. Así estaba Adelheid en ese momento.

—Os ruego que me perdonéis, madre. Estoy seguro de que sabéis bien que hacer a ese respecto.

—El antiguo conocimiento debe ser guardado, no sea que caiga en manos endurecidas por la ignorancia y la ambición. ¿Creéis que queremos que un hombre como lord John sospeche que tenemos secretos escondidos entre estas paredes?

—Como los conocimientos de los aoi —murmuró Rosvita, pero la madre Obligatia había permanecido atenta; balanceó el bastón y lo golpeó de repente, con dureza, contra el suelo. El ruido resonó por las cuevas y los hombres saltaron, sorprendidos. Se extendió y asentó un murmullo, una cascada de risas nerviosas.

—Es mejor ser prudente con los viejos secretos. Preferiría que vos no lo hubierais sabido, porque un viejo secreto es como una gran piedra. En la orilla, quieta, permanecía en silencio. Arrancada y lanzada a un estanque en calma crea fuertes ondas que alteran la estructura del agua e incluso puede superar o barrer la red de vida que allí florezca.

—Os doy mi palabra, madre Obligatia —dijo Adelheid—. Habéis sido muy generosa. Nunca revelaré vuestro secreto.

—Si cualquiera de los soldados de Cabeza de Hierro hubiera escapado después de su ataque la pasada noche, tendría una historia que contar. —Colocó el bastón sobre los muslos como para indicar que el asunto se acababa ahí—. Capitán Fulk. Que una docena de vuestros hombres escolten a nuestro visitante hasta aquí. Asegúrese de vendarle los ojos. Lo que no sepa no se lo podrá contar a lord John.

El capitán Fulk eligió a cinco hombres, aunque él mismo fue con un farol. Como les quedaba poco aceite, la madre Obligatia sugirió que esperaran a oscuras; nadie objetó. Con el farol apagado, la oscuridad de la cueva era tan profunda que Rosvita no podía verse la mano aunque la tuviera ante sus narices. Sintió el frío de la piedra con tanta intensidad como la fiebre de la curiosidad, sentada en la oscuridad rodeada por el susurro de los soldados. ¿Qué diría Hugh? ¿Cómo había llegado allí? ¿Cómo había obtenido El libro de los secretos? ¿Qué criatura rondaba la cumbre de rocas? ¿Sería realmente un daimon, y si así era, qué aspecto tendría? Eran criaturas etéreas que vivían sobre la esfera de la luna, por lo tanto, ¿cómo había quedado atrapado allí, bajo la luna? ¿Con qué poder había matado a los soldados? ¿Vendría buscando a los demás, o lo contendría la propia cima? En ese caso, ¿qué propiedad inherente a las rocas podría recluir a una criatura de tanto poder y de un origen sobrenatural? Entonces, ¿todas las cimas de rocas contenían en su interior propiedades mágicas intrínsecas? ¿Era imposible incluso que el pobre Berthold de algún modo hubiera caído atrapado en la corona de roca sobre Hersford, en vez de haber muerto por una caída o un derrumbe como ella creía? ¿Eran sus sueños ciertos?

Theophanu se movió en el asiento. Fortunatus tosió ligeramente.

—Quizá una canción —dijo Adelheid con una voz que la oscuridad hizo brillar asombrosamente, como un repentino rayo de luz que escuece los ojos.

Al principio, con vacilación, pero luego con más energía, a medida que el sonido

rellenaba el espacio resonante, los soldados empezaron a cantar: «Para la Señora y para el Señor, luz y oscuridad uno son».

—He estado leyendo vuestra Historia, hermana Rosvita —dijo la madre Obligatia mientras los soldados continuaban con la suave melodía compuesta de los sentimientos más seculares: un amor perdido, un largo viaje.

—Me temo que está incompleta. Si tuviera tiempo, y con vuestro permiso, hubiera consultado vuestra biblioteca para ver qué puedo aprender de las crónicas que tengáis aquí. Aunque no hay razón para que aquí, en Aosta, haya crónicas que registren las hazañas de los wendianos. Sin lugar a dudas, mi pueblo aún considera como bárbaros a aquellos que en otro tiempo gobernaron como parte del glorioso imperio dariyano.

—Entonces, está bien que escribáis su historia, ya que nadie en Darre lo hará. Yo vine aquí desde el norte.

—Me habéis sorprendido, madre. No he notado acento alguno del norte en vuestras palabras.

—Me crie desde muy niña en un convento de Varre, pero cuando tenía catorce años me llevaron al convento de Santa Radegundis en Salia. De hecho, llegué a su convento menos de seis meses después de que santa Radegundis abandonara este mundo hacia la Cámara de la Luz.

—Es increíble. Seguro que habéis visto el Vida, ¿no?

—La hermana Petra lo ha estado copiando diligentemente durante estas seis últimas semanas. Vos misma durante vuestros delirios mencionasteis que este manuscrito es la única copia existente. No podemos perder un documento tan preciado. —Su voz tenía el habitual temblor de la edad, tan frágil como los tallos de flores arrasadas por un vendaval. La compañía se había apaciguado y el silencio reinaba mientras Obligatia hablaba como lo haría un obispo que lee las escrituras para edificar a la congregación—. *«El Señor y la Señora otorgan gloria y grandeza a las mujeres por medio de la fuerza mental. La fe las hace fuertes y en estas vasijas terrenales se esconden los tesoros divinos. Una de ellas es Radegundis, ella cuya vida terrenal yo, Fidelis, el más humilde y el menos merecedor, ahora intento celebrar, de forma que todos conozcan sus hazañas, y cantar oraciones por su gloriosa memoria. El mundo separa a aquellos a quienes la falta de espacio separó en otro tiempo. De este modo acaba el prólogo».*

Algo en el tono de la abadesa hizo que le picara la piel a Rosvita, como un ratón que mordisquea el queso en los dedos que lo sostiene.

—¿Cómo conseguisteis el libro, hermana Rosvita?

—Lo recibí de las propias manos de Fidelis... —Se detuvo, al escuchar a la madre Obligatia jadear de dolor.

—¡De sus propias manos! Debíais ser muy joven.

—En absoluto, madre. Vivió muchísimos años. No hace dos años que lo recibí de él.

—¡Dos años! ¿Cómo puede ser? Él ya era mayor...

El sonido y el eco de las voces de los soldados y de las botas que marchaban sobre la piedra interrumpieron la respuesta de la anciana y la luz aumentó justo el tiempo suficiente para que Rosvita captara el final del gesto de la madre Obligatia: retiraba una lágrima de la mejilla.

Entonces apareció Hugh. Era imposible saber cómo podía caminar con tanta gracia, llevando los ojos tapados por una tela. Conducido por el capitán Fulk, que apretaba sus dedos contra el brazo de Hugh, se arrodilló ante las tres mujeres, a quien él todavía seguía sin ver. Rosvita arrimó a un lado el borde de su toga, con cierto temor de que, si alguna parte de Hugh la tocaba, supiera al instante que se trataba de ella, que sabría todo sobre ella y todas sus sospechas, lealtades y debilidades.

—Había deseado que me llevaran ante la reina Adelheid o ante la bendita madre de este convento —dijo con su hermosa voz. El soldado que sujetaba el farol permanecía de pie tras él, lo que provocaba una especie de halo, la corona de los santos, alrededor de su rubio cabello—. Soy Hugh de Austra, hijo de Judith, margravina de Austra y Olsatia. Os ruego que me permitáis hablar, si ese es vuestro deseo.

—Yo soy Adelheid. —Se levantó, aunque sabía que él no la vería, pero seguro que oyó el cambio de posición, porque volvió la cabeza ligeramente, siguiendo un extrañó movimiento de búsqueda como el de los grandes gatos que Rosvita había visto en la colección de animales salvajes de Autun, los cuales levantaban la cabeza cuando oían que la puerta se abría y cerraba para introducir un venado en su recinto—. ¿Cómo vuestro grupo y vos habéis llegado hasta aquí, lord Hugh? Este convento no se encuentra junto a ninguna calzada principal.

—Majestad. —No inclinó la cabeza precisamente, pero había llegado a dominar el arte de mover los hombros para mostrar respeto: orgulloso como un noble, pero no demasiado como para no reconocer el rango superior de ella—. Habíamos cruzado el paso de San Vitale y cabalgábamos hacia el sur, a Darre, cuando en la calzada nos abordaron los soldados de lord John, que, en contra de nuestra voluntad, nos trajeron a este campamento. Nosotros queremos seguir nuestro camino hacia Darre. Ese es nuestro único objetivo.

—En ese caso, ¿por qué Cabeza de Hierro os envió aquí, si sois su prisionero? ¿Y los demás miembros de vuestro grupo?

—¡Ay! Lord John es un hombre ambicioso, majestad. Con toda sinceridad, os diré que sospechaba de las razones de nuestro viaje. Sugirió que éramos agentes del rey Henry de Wendar. Cree que llevamos mensajes a la skopos de parte del rey Henry sobre el destino de Aosta. Fue categórico, majestad. —Hizo una pausa mientras Adelheid se reía—. Dijo que de ser él Henry, enviaría a la skopos un mensaje para ofrecer protección y oro, en caso de que ella fuera a apoyarlo como rey de Aosta.

—¿Ese es el mensaje que vuestra compañía y vos lleváis a Darre? —preguntó Adelheid directamente.

—No, majestad. He sido acusado de brujería y me envían ante la skopos para ser juzgado. —Con qué facilidad salían las palabras de su boca, tanta que por un momento parecía imposible creer que no podía sino haber sido acusado falsamente—. Lord John me envió a persuadirlos para que os rindáis, a cambio, mi grupo continuará su camino. Eso es todo.

—O a cambio de liberaros, ¡y así podréis escapar del juicio de la skopos!

La tela que le cubría los ojos no ocultaba su hermosa boca. Estaba sonriendo, aunque no lo suficiente como para mostrar el diente roto.

—No es mi intención convencerlos para que os rindáis, majestad. Mi intención es mostraros cómo podéis escapar, después de lo cual, convenceré a lord John para que me libere junto a mi grupo para continuar hacia Darre.

Adelheid rio encantadísima. Rosvita se dio cuenta de que estaba disfrutando del encuentro, como si fueran dos espadachines que se pelean en una batalla absurda.

—¿Cuál es vuestra lealtad hacia mí y mis seguidores?

—No tengo ninguna lealtad hacia vos, majestad, aunque deseo que no os ofendáis por mi lenguaje directo. Soy un súbdito leal al rey Henry. Si lord John os captura, os obligará a casaros con él y utilizará esa circunstancia para reclamar que se le nombre rey de Aosta. El rey Henry también tiene ambiciones sobre Aosta.

—¿Sí? —preguntó Adelheid con coqueta timidez—. No estoy segura de qué pretende Henry de Aosta. —Miró a Theophanu, pero no se dirigió a ella directamente. Theophanu permanecía, incognoscible, en silencio.

Hugh parecía sorprendido.

—El rey Henry envió una fuerza hacia el sur para encontraros, majestad, pero quizá no os habéis topado con ella, lo cual explicaría la horrible situación en la que os halláis. Por consiguiente, os ruego, majestad, que me dejéis actuar como embajador del rey Henry: él quiere ayudaros, ya que sois la legítima reina de Aosta. Os ayudará con un ejército, si fuera necesario.

—Sin embargo, yo he oído que quiere casarme con su hijo bastardo, Sanglant, a quien pretende hacer rey junto a mí.

Sucedió entonces: un cambio en su expresión tan alarmante como un trueno distante que rompe la calma de un día de verano de calma. Enseguida, desapareció.

—¿Por qué dar al hijo lo que merece el padre?

—¿Creéis que Henry desea casarse conmigo? —preguntó Adelheid.

—Sería insensato por su parte apartarse de una mujer de vuestro rango y calidad, majestad.

Theophanu volvió a la vida como la figura de un cuadro que se mueve y rompe la capa de pintura, y se hizo presente en la sala.

—¡Vos no podéis conocer los deseos de mi padre! Él desea que Sanglant se case con Adelheid.

—¡Alteza! —Se sorprendió. Se cambió de posición, para dirigirse a ella—. No sabía... Esta tela me ha desorientado, de otro modo hubiera percibido vuestra

presencia...

—¿Y cambiado vuestro relato? —preguntó Theophanu—. Sin embargo, estoy aquí, y he estado escuchando. ¿Cómo pretendéis ayudar a Cabeza de Hierro con sus planes?

Él mantenía el control mejor que ella.

—Ningún hombre puede servir a dos señores. Ayudar a Cabeza de Hierro para mi propio beneficio sería traicionar al rey Henry. —Se expresaba con la elegancia de un cortesano, grácil y agradable, pero, por primera vez, Rosvita escuchó un timbre diferente en su refinado tono, uno tan rígido como el granito—. He hecho cosas de las que no me siento orgulloso, he comprobado que una ambición vergonzosamente mezquina puede arruinar a un hombre prometedor, pero nunca he actuado de modo alguno contra mi soberano. —Casi parecía que estaba provocando a Theophanu para que sugiriera lo contrario, pero ella no respondió.

—Me gustaría escuchar la propuesta de lord Hugh —dijo Adelheid.

—¿Se encuentra aquí la madre abadesa de este convento? —preguntó Hugh—. Es necesario que conceda su permiso, porque lo que sugiero puede no contar con su aprobación.

El gruñido de Theophanu fue por sí solo un comentario.

—Estoy aquí, hijo —dijo la madre Obligatia—. Hablad libremente ante mí.

—Hay una corona de rocas en la cima de este peñasco. Es posible viajar rápido grandes distancias a través de puertas creadas gracias a la arquitectura de estos círculos de rocas.

—¿Viajar? —preguntó Adelheid, después de lo cual rio como si fuera un chiste especialmente elegante—. Tenéis que explicaos, lord Hugh. No os entiendo.

—Cuando viajamos en barco, majestad, no atracamos en cualquier acantilado o en cualquier punto de la orilla, sino en puertos adecuados para desembarcar en tierra. Pensad en esas coronas de rocas como en un puerto y en el camino que atraviesa cada corona no como tierra o mar, sino como en el éter, el elemento de las siete esferas, en todo lo se que se encuentra sobre la luna.

—¿Cómo va a ser eso posible? —exclamó Adelheid—. ¿No es blasfemia sugerir que podemos viajar por el éter mientras seguimos con vida? Solo las almas de los muertos ascienden a través de las siete esferas en su trayecto hacia la Cámara de la Luz.

Hugh volvió la cabeza hacia la madre Obligatia; a pesar de sus protestas sobre el vendaje en los ojos, podía distinguir dónde estaba sentada cada una de las intervinientes.

—Incluso las pinturas de la pared de la capilla para invitados revelan el propósito real de las coronas de rocas. No puedo afirmar si hay otras pinturas ocultas en este convento que revelen otros secretos, pero la que yo vi confirma que los antiguos aoi sabían cómo utilizar los círculos de rocas. Tal vez incluso los construyeron ellos, porque en los antiguos relatos se les describe como grandes magos.

—¿Puede ser eso cierto, Madre? —preguntó Theophanu en voz baja—. Seguro que estos son los desvaríos de una mente ilusa. ¿No lo creéis, verdad?

La madre Obligatia permaneció en silencio un buen rato.

—Continuad, lord Hugh —fue lo único que dijo.

Él inclinó la cabeza para mostrar respeto y obediencia.

—Ayer, al anochecer, observé unas extrañas luces procedentes de la cima de la colina. Oí unos gritos terribles e incluso olí un extraño aroma, como el de un rayo que acaba de caer y me pregunté si no viviría allí alguna criatura que guardara la corona. Había visto otras coronas, pero ninguna tan protegida. Al menos, ninguna de las que yo haya visto o de las que haya oído hablar.

—De hecho, hijo, habéis acertado en vuestras suposiciones. En el interior de la corona está atrapado un daimon, pero no sé el motivo.

—¿Cuánto tiempo lleva atrapado ahí?

—Nuestros documentos han mencionado que eso siempre ha morado ahí. Santa Ekatarina fundó este convento más de cuatrocientos años atrás. Así que si es posible viajar a través de las coronas, y admito que no estoy segura de que pueda creer en una afirmación tan increíble, de todos modos, la nuestra está cerrada a ese tráfico por el daimon que la acecha y que mataría a cualquiera que se acerque demasiado.

Él se arrodilló con la cabeza inclinada durante un buen rato. Rosvita observó a quienes lo observaban a él. Adelheid se acercó como si lo hiciera hacia un leopardo leonado al que quisiera acariciar, aunque con la inseguridad de que le pudiera arrancar la mano de un mordisco. Theophanu tenía la mirada fija en Hugh, como si fuera una serpiente a punto de atacar. La madre Obligatia lo miraba.

Él acabó por levantar la mano y hablar.

—¿Y si yo pudiera atar a ese daimon y liberar al convento de su sombra? Entonces la reina Adelheid, la princesa Theophanu y sus acompañantes podrían escapar a través de la corona y Cabeza de Hierro no podría hacer nada para detenerlas.

Adelheid se sentó, con el rostro tan brillante como si hubiera descubierto que el leopardo, después de todo, era fiero, y que le gustaría tener una criatura salvaje como esa en su colección de animales salvajes.

—¿Y vos nos acompañaríais y dejaríais a vuestro grupo en las manos de Cabeza de Hierro?

—No, yo me quedaría. No abandonaré a mi séquito. Son buenos hombres y no merecen ese destino.

—Si vuestro plan funciona, Cabeza de Hierro os matará por traicionarlo. Lo habéis conocido. ¿No creeréis lo contrario?

—Sé qué tipo de hombre es. Mi madre es igual. Sé cómo manejar a lord John.

—Prima, seguro que no queréis poner vuestra vida en manos de este hombre —dijo Theophanu con una furia tranquila—. ¿Cómo vamos a permitir que nos ayude con la misma brujería por la que fue condenado por la Iglesia? ¡Él mismo admite que

lo han enviado para que la skopos juzgue sus crímenes! ¿Cómo vamos a confiar en él? ¡Fácilmente puede enviarnos a la corona para que la criatura acabe con nosotros...!

Todos los soldados y cortesanos empezaron a hablar de repente, creando un agitado rumor que el capitán Fulk no silenció de forma alguna. Las nobles acompañantes de Adelheid asaltaron a la reina con una avalancha de preguntas; las acompañantes de Theophanu, más firmes, eran más silenciosas, pero no estaban menos nerviosas mientras cuchicheaban entre ellas, se retorcían las mangas, señalaban y hacían gestos. Hugh solo escuchaba. Rosvita tuvo miedo de respirar, como si él pudiera distinguir su aliento y, por lo tanto, identificarla. ¿Habría sabido él que Theophanu llevaba allí todo el tiempo? ¿Estaba jugando con ellas? Aunque la maldita desconfianza la asedió cuando habló de su lealtad al rey Henry, él decía la verdad.

Los sirvientes, apiñados en la oscuridad, captaron la temperatura del ambiente y el ruido no tardó en aumentar hasta que resonó en la cueva.

La madre Obligatia golpeó tres veces el bastón contra el suelo y hubo un silencio repentino y abrumador salpicado por dos ataques de tos y un estornudo.

—Ya basta —dijo sin levantar la voz—. Hemos oído las propuestas de lord Hugh. Capitán Fulk, acompáñelo de vuelta a la sala de invitados, para que espere allí nuestra decisión.

El capitán Fulk hizo una señal a los escoltas. Hugh se levantó con dignidad, tan aquiescente como un cervato domesticado.

—Os ruego, madre, que permitáis que se le quite la venda de los ojos antes de que se retire —dijo Adelheid—. Me gustaría comprobar si es tan apuesto como todos dicen.

La madre Obligatia movió el bastón que sostenía en las manos.

—En el convento de santa Radegundis, celebramos la misa en ambos lados de la pantalla que recorre el centro de la nave para que no podamos mirarnos los unos a los otros, mujeres y hombres, porque, como se sabe que santa Radegundis dijo, «el Enemigo sabe que hay muchas formas de apartar a las mujeres y a los hombres de su camino sagrado». He mantenido aquí esa regla, y no permito que las monjas vean a los hombres en cuanto hacen su juramento como novicias, pero sé que en Wendar las costumbres son diferentes y que los clérigos de ambos sexos se mezclan libremente en la obra de Dios.

—En cualquier caso, yo no soy monja y tampoco deseo serlo —dijo Adelheid.

—¿Ni siquiera si fuera la única manera de evitar convertirnos en la esposa de Cabeza de Hierro?

La pregunta pasó con aparente suavidad. Theophanu abrió los ojos de par en par y, de repente, pareció estar pensativa. Sin embargo, Adelheid echó la cabeza hacia atrás, riendo, como si la pasión y el orgullo fueran cosas con las que alegrarse y que adoptar el alma de su existencia.

—Seré reina por derecho propio, o muerta, Madre. Sabéis que no pretendo faltar el respeto a la Iglesia.

—Así será —coincidió Obligatia, pero Rosvita no pudo interpretar la emoción de su voz—. Muy bien. Que le retiren la venda un momento.

Tras una orden de Adelheid, se encendió un farol. Mientras el capitán Fulk desataba la tela, Rosvita se escabulló para esconderse en la sombra detrás de la silla de Theophanu y, como las demás damas de esta se acercaron hacia delante para ver mejor, ella se escondió aún más entre sus faldas. No vio, solo oyó, cuando Hugh intervino con un tono gentil y afable.

—Majestad —dijo él—, alteza, madre.

Rosvita lo imaginó acompañando los saludos con una elegante reverencia, adecuada a la humilde y melodiosa voz.

—Bastante apuesto —dijo Adelheid mientras sus acompañantes susurraban y se reían tontamente entre ellas—, ¡pero me basta con un esposo guapo! Siempre estaba con las pobres sirvientas y siempre me he preguntado si no sería una de ellas la que lo empujó escaleras abajo la noche que murió. La Señora le perdone sus faltas.

—La Señora y el Señor conocen perfectamente nuestros fallos —dijo la madre Obligatia—, y ambos son misericordiosos. Capitán, vendadle los ojos y llevadlo de nuevo a la sala de invitados. Después, regresad aquí.

Se acabó. Se llevaron a Hugh.

Rosvita volvió al lado de Theophanu. Nadie tuvo tiempo suficiente para comentar su extraño comportamiento ya que Adelheid se levantó enseguida para dirigirse a la abadesa y a la princesa.

—Opino que nos arriesguemos.

—¡No podemos confiar en él! —gritó Theophanu—. Nos conducirá a la corona y dejará que la terrible criatura nos mate a todos. Así, Cabeza de Hierro se librará de nosotros.

—¡Cabeza de Hierro me necesita! Soy el último miembro vivo de la casa real de Aosta. Nuestra familia ha reinado aquí durante cincuenta años. Solo puede reclamar el trono legítimamente a través de mí.

—No si estáis muerta —replicó Theophanu—. Entonces la veda estará abierta.

—¡Para él no! Su abuelo materno era un mercenario que hizo fortuna pelando con los jinna y que después vendió a su hija como concubina al señor de Sabina. Aunque a ella se le conocían muchos amantes de baja cuna y todos creen que uno de ellos fue el padre de Cabeza de Hierro.

—¿Entonces cómo llegó a ser lord? —preguntó Theophanu.

—Mató a su hermanastro y se casó con la viuda, noble de nacimiento, con tierras y riquezas. Como no tuvo hijos con ella, los arethousanos ocupan sus tierras ahora. Nadie sabe si la mató o si la confinó en un convento. ¿Creéis que los nobles de Aosta se arrodillarán ante él? —Su rabia se enfrió de repente; se volvió hacia la abadesa—. Os ruego que me perdonéis, madre. No es decisión nuestra, ¿verdad? Si vos lo

prohibís, no podremos hacer nada.

Obligatia pasó las manos a lo largo del bastón.

—Yo no interferiré si decidís aceptar la ayuda de lord Hugh.

—¿Consideráis posible que la corona pueda servir como él dice? —preguntó Rosvita, sorprendida.

—Cuando mi predecesora se encontraba en su lecho de muerte, me dijo unas palabras en privado y me comunicó lo que las abadesas habían estado guardado aquí desde los días de santa Ekatarina. No tengo pruebas, no he visto nada por mí misma, pero se cuentan historias sobre coronas que se convierten en puertas que conducen al viajero a tierras lejanas.

—Una antigua magia que hemos perdido —reflexionó Rosvita—. Sin embargo, alteza —añadió, dirigiéndose a Theophanu—, ¿no vimos nosotras también la pintura en la capilla de invitados? Podía tratarse de una forma de viajar que la humanidad ha olvidado tiempo atrás, o que nunca conoció.

—Estoy en contra —intervino Theophanu con terquedad—. No puedo sino manifestarme en contra, porque creo ahora, y siempre lo haré, que intentó matarme recurriendo a la magia. Aún no habéis dicho lo que piensas, hermana Rosvita. ¿Estáis de acuerdo conmigo o con Adelheid?

—¿Es correcto aceptar ayuda de alguien que ya ha sido condenado por el hecho que nosotros le pediríamos? Sin embargo, un hombre como Cabeza de Hierro que corta olivos antiguos y castra a los leales soldados de sus enemigos no es lo bastante sabio como para ser un buen reinante. Y si por sus venas no corre sangre noble, entonces no merece... —Extrañamente, pensó en Hathui y no terminó el comentario—. En cualquier caso, alteza, debemos actuar por el bien de vuestro padre, de quien sabemos que es un soberano justo y sabio. —Aun así solo podía negar con la cabeza, preocupada por la repentina importancia de todo—. No, no puedo decidir tan rápido cuando los problemas que se nos plantean son tan graves. Necesito tiempo para reflexionar.

—Muy bien —dijo Theophanu, de nuevo llena de fuerza y frialdad—. Respetaré vuestra decisión, hermana Rosvita. Estaré de acuerdo con lo que decidáis.

—¡Os lo ruego, alteza! —lamentó Rosvita, casi riendo porque en ese momento la carga parecía pesar el doble.

—No, he resuelto. Estaré de acuerdo con lo que vos escojáis, hermana, porque en este asunto confío en vuestra opinión más que en la mía.

¡Ay, Dios! Theophanu confiaba en ella para examinar a Hugh bajo una perspectiva razonable, cuando ella solo lo podía ver a través de un velo de odio y, quizá, de deseo frustrado. Sin embargo, Rosvita no estaba segura de que pudiera juzgar a Hugh y su oferta con gran sabiduría, dados sus prejuicios sobre el tema. No era imparcial: aún podía ser que estuviera equivocada respecto a Liath.

Aun así tenía que juzgar. En ese momento, cargaba sobre sus espaldas el destino de una reina y una princesa e, incluso, de Aosta.

Todos estaban esperando su decisión. Al final, habló.

—Madre, ¿podría tener algo de soledad para reflexionar?

La abadesa asintió con la cabeza.

—Como deseéis, hermana. Paloma puede acompañaros a la biblioteca.

Parecía un lugar adecuado para una mujer con su tendencia para tomar la que podría ser la más difícil, incluso crítica, decisión de su vida.

Ivar se despertó desorientado. Le dolía la cabeza y la boca le sabía a pescado podrido. Después de un rato, se dio cuenta de que no estaba solo. Alguien muy caliente bastante húmedo y desnudo se apretaba contra él en la cama llena de bultos. Procedentes de algún lugar de la oscura sala, oía susurros, risas tontas, gruñidos y un gemido que se convirtió en un jadeo de repentino placer.

La persona a su lado se revolvió.

—¿Estáis despierto, señor? —Tenía una voz aguda, entrecortada, como la de una mujer en medio del trance del éxtasis carnal. La noche anterior, durante la festividad en honor de la misa de las Velas, esa voz y su cuerpo lo habían encendido hasta que no pudo más; eso y el vino, por supuesto. Pero así eran todas las noches, allí en Gent, en el recién construido salón dormitorio del monasterio de Santa Perpetua, señora de las batallas y santa patrona de los castos y de las mujeres estériles. Todas las noches el padre Ekkehard ordenaba que se organizara una fiesta y traían de la ciudad a jóvenes bien dotadas para que sirvieran comida y bebida; después de los juegos de dados, de las canciones, de los bailes y de las luchas, y de gran cantidad de vino, algunas de las muchachas se iban, pero otras se quedaban.

Cuando alguien abrió una contraventana, él tuvo que cerrar los ojos: la luz había que tuviera la cabeza a punto de reventar. La chica salió de la cama y orinó en una esquina; él escuchó la suave salpicadura sobre las ramas de enebro esparcidas por el suelo. Poco después, se sentó con fuerza a su lado y le dio un golpe en la espalda con poco entusiasmo.

—Podemos montar a caballo de nuevo, señor —dijo ella—. Sabéis cuanto me gusta montar.

En la agria mañana, su voz no sonaba tan sincera como la noche anterior. Hablaba con cansancio y, sinceramente, bastante aburrida.

Él hurgó bajo el colchón, encontró unas monedas y las puso en sus manos.

—No —dijo él—. Vete.

—¡Ah! —por primera vez, él escuchó verdadera pasión—. Es muy generoso, señor.

Él solo hizo adiós con la mano. Tenía que orinar y deseaba con todas sus fuerzas que ella se fuera. Sin embargo, mientras la joven se deslizaba en su ropa y se iba en medio de ruidos de otras mujeres que se iban, que vomitaban, y mientras oía el

balanceo y la dispersión de un juego de dados que empezaba, él deseaba aún más poder huir con ella. Aunque no con ella, precisamente; no le importaba ella más que la mujer con la que se había acostado antes, o con la anterior, si bien había sido la misma mujer durante varias noches. No estaba seguro. Por el contrario, parecía que Ekkehard nunca se cansaba de sus fiestas nocturnas y, como Ekkehard era el príncipe y había sido ordenado padre del monasterio de Santa Perpetua en el Vesper, ellos lo seguían adonde los llevara.

—Querido Ivar. —Baldwin se dejó caer a su lado, desnudo como había estado la chica. Estaba sudado y despeinado; alguien le había vertido los posos de una jarra de vino sobre la cabeza. Aun así era el hombre más apuesto del lugar—. Nos vamos a cazar. Han visto una nueva presa en los bosques del este. ¡Vístete!

Ivar gruñó.

—¡Montado hasta la extenuación! —Baldwin se rio—. ¡Hundido! ¿O no es así? —Acarició el cuello de Ivar con mucha más pasión que la joven e Ivar sintió el familiar movimiento de la lujuria entre las piernas. Casi todas las cosas lo podían animar aquellos días; de hecho lo hacían muchas cosas.

—¡Aún no está lisiado! —Baldwin dejó vagar sus manos mientras se acostaba al lado de Ivar en la estrecha cama. ¿Por qué no? No había otra cosa que hacer allí. Día sí y día también. Por lo menos, Baldwin lo quería de verdad. La mujer solo había buscado la moneda—. Querido Ivar. ¿Cómo era ella? Cuéntame todo lo que hiciste con ella. ¿Te tocó así? ¿Te recordó a Liath?

Ivar se puso en pie de repente, la lujuria desapareció.

—Tengo que orinar. —Prácticamente se cayó de la cama en su prisa por irse. El movimiento hizo que la cabeza le diera vueltas y que el estómago se le revolviese. Vomitó en una esquina y empezó a llorar, y después de un rato se dio cuenta de que Baldwin estaba agachado a su lado y una mano le sujetaba la espalda.

—Aquí, ahora, lo siento —dijo Baldwin—. Había prometido antes que no hablaría más de ella.

—Ojalá esté muerta —dijo Ivar, furioso—. Me abandonó. Nunca se preocupó por mí lo más mínimo.

—Es verdad —coincidió Baldwin—. Aquí, acuéstate otra vez. Pareces enfermo. —Silbó de repente y unos de los sirvientes se acercó rápido—. Traedle un poco de vino. Y acercadme mi ropa.

—No me gusta estar aquí —farfulló Ivar. Le iba a estallar la cabeza—, pero no hay ningún lugar al que ir y ninguna razón para irnos, y ¡nada, nada, nada! Y el príncipe no me cae muy bien —añadió él, odiándose por lloriquear.

—A mí tampoco —confesó Baldwin—. Pero él nos ayudó a escapar de la margravina, ¿no? —El sirviente regresó con una copa de vino y con la ropa de Baldwin—. Vamos. ¿Y esa dulce sonrisa?

Ivar no lograba formar ninguna sonrisa, ni dulce, ni amarga ni de cualquier otra manera. Se tapó los ojos con un brazo y así se quedó, odiándose a sí mismo y a todo

lo que le rodeaba, excepto a Baldwin.

¿Debía la cabeza dolerle de esa manera? Poco después, la puerta del dormitorio se abrió de repente con tanta fuerza que golpeó la pared de detrás. Baldwin se levantó de un salto. El mal llamado hermano Humilicus apareció por la puerta como si fuera la ira de Dios, con el ceño tan fruncido que parecía permanentemente cincelado con esa expresión en sus atractivos rasgos. Estaba a cargo del nuevo monasterio del rey Henry; había ordenado clara y metódicamente que, a su llegada, Ekkehard hubiera cambiado por completo.

A Ivar tampoco le gustaba el hermano Humilicus. De hecho, ya no le gustaba nadie, ni ningún lugar, ni nada. Excepto quizá Baldwin y Ermanrich y Sigfrid, porque habían sufrido con él en Quedlinhame. Salvo *lady Tallia*, pero a él realmente no le gustaba ella; uno no aprecia o desprecia a un santo. Los santos viven más allá de las simples emociones. Existen para que se les veneren.

Sin embargo, él solo se había dedicado a hundirse en vino y en la lujuria carnal.

Baldwin le agarró con fuerza el brazo y le tiró al suelo mientras los demás jóvenes novicios se tiraban también, a trompicones, para mostrar respeto al hermano Humilicus, su superior en muchos sentidos.

También en la piedad.

El príncipe Ekkehard se sentó desparramado sobre su cama, con la mirada fija y enfurruñada en el hermano Humilicus, pero no se molestó en levantarse. Su cama estaba algo apartada de las demás y, como era habitual en él, lo acompañaban dos chicas, una a cada lado. Milo estaba acurrucado como un perro a los pies de la cama y roncaba mucho. Una de las chicas se vistió a toda prisa mientras el hermano Humilicus la miraba con disgusto. La otra, la favorita de Ekkehard, era hermosa, de pelo oscuro, al menos cinco años mayor que él. Su esbelto cuerpo ya mostraba signos de embarazo. Llevar un bastardo real era algo de lo que se sentía orgullosa y había seguido el ejemplo del príncipe: se estiró con insolencia, mostrando los agrandados pechos y el vientre.

—No habéis asistido a las oraciones de la mañana, padre. —El hermano Humilicus estaba obligado a decir eso todas las mañanas.

—Así es. Aquí, Milo. —Empujó a Milo con un pie y el chico resopló al despertar—. Traedme mi ropa de caza. Estimado hermano Humilicus, por favor, comprobad que los caballos están preparados. ¿Nos acompañará mi primo, lord Wichman?

—Como queráis, padre —respondió el hermano Humilicus con un tono apagado. Se retiró sin más comentarios.

Ivar se puso la túnica, salió a trompicones y se lavó la cara en el tanque de agua. Aunque el frío del invierno helaba el aire, no se había formado hielo en el agua. Durante el último mes aproximadamente, la nieve había cubierto el suelo dos o tres veces antes de derretirse y había llovido unas pocas veces y nada más. Mientras permaneció allí de pie, respirando bajo el aire frío, el dolor de estómago cesó, pero nada podía aliviarle el dolor del corazón. No quería estar allí, en Gent. No quería

regresar al Descanso del Corazón o a Quedlinhame, aunque de todos modos no podía. No tenía ningún motivo para estar en ningún lugar. Había vivido bien antes de Liath. Era feliz, casi. Todo era culpa suya.

—A lo mejor te embrujó —dijo Baldwin, mientras se acercaba a él por detrás y apoyaba una mano sobre su hombro amigablemente.

Ivar empezó a llorar, odiándose por ello, y se enfadó.

—¿Qué sentido tenía presenciar el milagro de Quedlinhame? ¿Por qué Dios nos iba a atormentar haciéndonos ver Sus obras tan de cerca para luego abandonarnos?

Baldwin se encogió de hombros, encontró una vasija de cerámica en el suelo y la utilizó para lavarse el pelo. Cuando se reincorporó, colocó la vasija de nuevo en el suelo y se limpió los ojos y la boca. Le corrió una gota por la nariz.

—Dios nunca nos ha abandonado. El milagro continúa en nuestros corazones, si nosotros lo permitimos. Tal vez Liath era una verdadera agente del Enemigo, como dijeron en el concilio. Las obispos y los presbíteros no la condenarían sin motivo, ¿verdad? Tal vez disparó una flecha envenenada hacia nuestro corazón, Ivar, y esa es la razón por la que estás siempre tan triste y enfadado. El príncipe Ekkehard lo ha percibido. Él no está seguro de que quiera que estés entre sus acompañantes si no bebes, ni ríes, ni cantas como nosotros.

—¿Y las putas y las borracheras todas las noches y no rezar nunca y solo dedicarme a complacerme a mí mismo? ¿Para nada esa es la obra de Dios!

Baldwin cogió un ramillete de perejil mustio, lo masticó y lo escupió.

—¿Cómo podemos saber qué es la obra de Dios? Yo solo hago lo que me mandan.

—¡No lo haces! Huiste de la margravina Judith.

—Tuve que hacerlo —dijo Baldwin con aire de gravedad—. Dios me obligó. Dios me susurró que la margravina Judith envió a su último marido a una batalla en la que ella sabía que él moriría, porque quería casarse conmigo. Dios me avisó de que iba a hacer lo mismo conmigo dentro de cuatro o cinco años, cuando apareciera un hombre más joven y apuesto.

Ivar miró a Baldwin bajo la fina luz de una agradable mañana de invierno.

—Baldwin, no hay hombres más apuestos que tú, ni en todo el reino siquiera.

—Aun así se podría cansar de mí. Podría venderme a los arethousanos y me cortarían la verga. Les gustan los eunucos. Eso fue lo que me contó el padre Hugh. De todos modos, ella no me gustaba y nunca lo hará. No quiero estar casado con una mujer como ella. ¡Me trata como a un caballo! ¡Como una cosa que usa y que mantiene cerca hasta que la vuelve a necesitar!

—¿Hay alguna mujer con la que te gustaría casarte?

Baldwin pensó un rato.

—Con una que me tratara bien —dijo finalmente—, pero, mientras, estoy libre de ella. Si antes tuve que ser la prostituta del príncipe Ekkehard y ahora tengo que ser su halagador cortesano, que así sea. Si tengo que aceptar a las prostitutas que le sobran,

porque él cree que es divertido, que así sea. No me importa, siempre y cuando no huelan. ¿Por qué me iba a importar?

—Porque es aburrido.

—¡Aburrido! —Los rasgos perfectos de Baldwin mostraron asombro—. Una mujer o dos cada noche, o un amigo, si lo prefieres. Caza casi todos los días. Buena comida y el mejor vino. Cantos y bailes y peleas. Acróbatas que te entretienen cada día. Poetas que cantan relatos de antiguas batallas. ¿Cómo puede todo eso ser aburrido?

—¡Ay, Dios! —La idea, una vez pensada, arraigó profundamente en el corazón de Ivar—. Pero es que es siempre lo mismo, una y otra vez. Al final, uno no tiene nada.

—¡Da lo mismo! No me puedes decir que no te asombraron como a todos los demás las mujeres acróbatas y lo que hacían. Lord Widunan las hubiera dejado quedar un mes si hubiera podido.

—¿Pero no se quedaron un mes? Ninguna quería irse. —Ivar recordaba muy bien a las acróbatas. Las ágiles y casi desnudas muchachas que hacían trucos con cuerdas fueron celosamente protegidas por los hombres de la compañía teatral, incluso hasta el punto de ofender al prendado Ekkehard, pero dos de las mayores habían actuado de otras y asombrosas formas para los hombres, aunque la compañía se fue en cuanto se llenaron los bolsillos de monedas y regalos—. No les gustábamos. No más que a ti ser el esposo de la margravina Judith. Los animales comen y beben y cazan y están en celo. ¡Baldwin! ¿En qué nos diferenciamos de las bestias, tal y como nos comportamos hoy?

Baldwin no se inmutó. Un repentino estallido de color y ruido surgió en el dormitorio cuando Ekkehard y sus compañeros aparecieron en el claustro, entre carcajadas y chácharas. Los pocos monjes que aún trabajaban bajo las órdenes del hermano Humilicus salieron disparados hacia la iglesia, que era el único lugar que Ekkehard nunca profanaba con las putas.

—¡Ven! —ordenó el joven príncipe—. ¡Baldwin! ¡Vamos a cazar!

Baldwin agarró a Ivar por la muñeca.

—Tienes que seguirle la corriente —farfulló—, ¡o no nos protegerá! —Arrastró a Ivar para seguir al príncipe e Ivar se dejó llevar: después de todo, no había otra cosa que hacer. En la puerta del monasterio se encontraron con el primo de Ekkehard, lord Wichman, que paseaba con furiosa energía. Al levantar la mirada, vio al príncipe.

—¡Os habéis quedado en la cama hasta tarde, primo! —exclamó—. ¡Deberíamos haber salido hace una hora! ¡La próxima vez no os espero! —A Wichman le había llevado meses recuperarse de las heridas provocadas durante la batalla de Gent el pasado verano y aún cojeaba, pero, por lo demás, estaba saludable, inquieto y, como el conde Harl solía decir de aquellos jóvenes tan impacientes, preparado para los líos. De hecho se había proclamado señor de Gent en ausencia de otros candidatos, y gobernaba sucesivamente con indulgencia o con rigor. En ese momento se rio—. ¡Y tampoco lo tendré que hacer! He recibido noticias de que ha habido ataques quman

en el este. ¡Mis acompañantes y yo cabalgaremos hacia allí para luchar contra los bárbaros!

—¡Iré contigo! —exclamó Ekkehard.

—No tenéis experiencia en la lucha. Solo nos haréis aminorar la marcha y os entrometeréis en el camino.

Ekkehard tenía una cara hermosa y una testaruda manera de avanzar los labios y la barbilla cuanto lo contrariaban.

—¿Cómo puedo acumular experiencia si nadie me deja cabalgar en el campo de batalla?

—Ahora sois abad. —Wichman se volvió a reír, no precisamente con amabilidad. Ivar no pensaba que a Wichman le gustara su joven primo; lo toleraba porque estaba cansado.

—Tenéis campos espirituales de los que ocuparos.

Ekkehard no se echaba para atrás con facilidad.

—Pero justo ayer vos recibisteis el mensaje de la duquesa Rotrudis de que tenéis que volver a Osterburg para casaros. ¿Qué vais a hacer?

—Quemé el mensaje. —Wichman se encogió de hombros—. Le diré a mi madre que nunca lo recibí.

—Yo no haría eso —dijo Ekkehard con astucia—. Yo mismo le escribiré para contarle vuestra desobediencia.

Wichman se atusó la barba y movió la pierna enferma.

—Muy bien. Pero será vuestra cabeza la que cuelgue de un cinto quman, no la mía, primo. —No dijo las palabras con un buen tono—. Vuestros compañeros y vos podéis cabalgar conmigo, pero, os lo advierto, debéis acatar mis órdenes. No permitiré que vuestra insensatez haga que nos maten a todos los demás.

Ekkehard pensó en ello, pero no era tonto.

—Muy bien —asintió—. ¿Ahora podemos irnos de caza?

Uno de los compañeros de Wichman se acercó a susurrarle al oído algo al lord.

—Ah. —Hizo una señal. Llevaron hacia delante a una persona de aspecto harapiento desde la parte atrás de la tropa—. Tengo un regalo para vos, un tipo que mis guardias encontraron en la puerta la pasada noche, que pidió que lo dejaran entrar y dijo que había venido desde Firsebarg en Varre siguiendo una orden directa vuestra. Es otro monje, y uno gordo. No creo que vuestras amantes se acuerden de él. —Wichman mostró una seca risa—. No es guapo como los demás.

Allí estaba, cansado, pero corpulento y tranquilo. Tenía los pies descalzos, cubiertos de llagas y tenía el pelo irregular y largo, pero se alegraba de verlos.

—¡Ermanrich! —Baldwin le dio una palmada en la espalda y lo llevó ante el príncipe Ekkehard, que le permitió que le besara la mano y luego lo rechazó. Ya no era interesante.

—Vamos, Baldwin —dijo el príncipe—. Te conseguí lo que querías. Ahora, vayamos a cazar.

—Me quedaré para asegurarme de que está atendido —intervino Ivar enseguida. Baldwin le lanzó una mirada rápida, un gesto de aprobación silencioso.

El permiso estaba concedido. En realidad, al joven príncipe no le importaba ni un ápice si Ivar se quedaba o los acompañaba. Trajeron los caballos, el príncipe y sus acompañantes montaron y cabalaron de buen humor.

Ivar llevó a Ermanrich a la enfermería, en la que a esa hora solo se encontraba el enfermero, un buen hombre que miró a Ivar con recelo y que pidió a Ermanrich que se acostara sobre un catre. Restregó aceite de lavanda por sus pies, luego le cortó y peinó el enredado pelo. Después de eso, sin duda, había que informar al hermano Humilicus de esa nueva llegada. Ivar miraba los pies de Ermanrich con sobrecogimiento: la piel de las llagas estaba seca y agrietada y tan gruesa y dura como un asta.

—¿Hiciste todo el camino andando? ¿Descalzo? ¿Con este frío?

—¡Tardé dos meses! —exclamó Ermanrich con alegría—. ¡Y qué agradable trayecto! —Se puso boca abajo y tiró de la túnica para enseñar la parte de atrás del cuerpo. Una masa de viejos verdugones y rayas le marcaban el trasero y la espalda—. ¡El prior de Firseburg en persona me azotaba todos los días porque yo no iba a abjurar! Pero yo sabía que Dios escucharía mis ruegos. —Dejó caer la harapienta vestimenta y suspiró aliviado—. Entonces, lord Reginar vino de Firseburg y me liberó para que viniera aquí, a Gent. ¡Yo sabía que Dios me había llamado! —Ivar le dio cerveza y pan, y mientras engullía el pan entre sorbos de cerveza, el canto de los monjes en la iglesia les sirvió de serenata. Ermanrich rompió el silencio finalmente—. ¿Aquí cantáis misas cada hora? En Firseburg solo lo hacían los días festivos.

—No. ¿Os enterasteis que murió la reina Mathilda?

—Sí, que descanse en paz. Oramos durante una semana. Luego, lord Reginar me dejó ir.

—La reina legó su calendario al príncipe Ekkehard, por lo que los monjes de aquí rezan por las almas de los muertos registradas en ese libro: por todos los fallecidos de su familia y por todas las personas que dieron buenos regalos a Quedlinhame o que hicieron cualquier otro servicio. Todas esas oraciones les ocupan la mayor parte del día.

—Pero vi que el príncipe Ekkehard se iba de caza. ¿Él no es el padre aquí, por encima de los monjes? Debería estar rezando, no cazando. ¡El calendario de la reina! ¿Cómo puede tomárselo tan a la ligera? ¿No le corresponde a él orar por las almas de los muertos en su familia, como hacía ella, para que sus oraciones ayuden a elevar esas almas a la Cámara de la Luz?

—Veo que el hermano Ivar ha elegido mantener sus votos esta agradable mañana y quedarse con nosotros para rezar. —La puerta oscureció con la entrada del hermano Humilicus, seguido por el enfermero que se retorció las manos. Las secas palabras de Humilicus siempre hacían estremecer a Ivar—. ¿Qué es esto? ¿Otro descarriado traído por nuestro santo padre? Pero habla con sentido común. ¿Queréis servir a Dios,

hermano? —le preguntó a Ermanrich.

Ermanrich se puso de pie e hizo una respetuosa reverencia.

—Así es, hermano. Os saludo en nombre de Dios, Nuestra Madre, que se envió a sí misma por medio de un hijo nacido de padres mortales no corrompido por el Enemigo. A este niño lo llamó Su Hijo y gracias a Su sufrimiento y redención nosotros nos salvaremos. —En ese momento, cuadró los hombros con firmeza, a la espera de la barra del martirio o, por lo menos, de la vara sobre las nalgas.

—Un hereje —dijo el hermano Humilicus suavemente—. Debería haberlo notado, pero, ¡ay!, hemos caído tan bajo que creo que prefiero a un hereje que sirve a Dios con devoción que a un abad que se hincha la boca pero que solo se sirve a sí mismo. ¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Ermanrich, hermano. —Hizo la señal de respeto a Humilicus, y se arrodilló obedientemente—. Veo que estáis comprometido con la obra de Dios, aunque estéis equivocado. Si aún no creéis en la verdad, oraré para que Dios os guíe hacia la verdad con el tiempo.

El hermano Humilicus solo miró al enfermero, que estaba ocupado preparando algún tipo de bebida en el armario en el que guardaba las hierbas y plantas medicinales.

—En estos tiempos todo se ha apartado. Los abades usan el claustro como casa de putas y los novicios sermonean a sus mayores. Es una extraña coincidencia. La obispo Suplicia acudió a mí justamente ayer para quejarse de ciertas pinturas creadas por el Enemigo contando esa herejía y que han aparecido en las paredes de distintos lugares de la ciudad. Es una mano inmunda con un aspecto hermoso, que bajo su piel solo esconde gusanos y lombrices.

Aguantaron una charla del hermano Humilicus sobre los males de la herejía y la desobediencia, pero la presencia de Ermanrich había levantado el ánimo de Ivar. Por primera vez en varias semanas, sentía el estímulo de la esperanza. Tal vez no todo estaba perdido. Tal vez la vida no estaba tan falta de significado, ni giraba en torno a la comida, a la mierda, a las putas y a los vómitos.

¿Quién estaba haciendo esas pinturas en Gent?

Al rato, el hermano Humilicus se tuvo que ir. A regañadientes permitió a Ivar y a Ermanrich entrar a la iglesia para rezar durante el servicio de tercia. Humilicus tenía un monasterio que supervisar y que regía con estricto control cuando Ekkehard estaba ausente. No le gustaban los chicos de Ekkehard, así los llamaba cuando el príncipe no estaba cerca, y no se esforzaba nada por incluirlos en la ronda diaria de la vida monástica. No resultaba complicado salir por la puerta de los sirvientes y recorrer los campos de trigo y centeno de invierno, y luego cruzar el puente de piedra hacia Gent. Como aún eran novicios, no les habían cortado el pelo según la tonsura de los monjes, para que parecieran jóvenes monjes. Los monjes pasaban bastante por Gent en su camino hacia el este para convertir a los infieles o para predicar entre las tribus recientemente convertidas: los rederii, los salavii, los polonios, los ungrianos

sacrificadores de caballos, los starvikki de pelo rojo y los clanes de guerreros que se llaman a sí mismos rossi. Algunos de estos monjes pasaban la noche en el pabellón de huéspedes del monasterio y algunas veces Ivar se escabullía de las fiestas en la casa dormitorio para escuchar sus conversaciones con el hermano Humilicus sobre sus aventuras entre los bodinavas de cara plana que comían, orinaban, luchaban, fornicaban y daban a luz sobre la silla de montar, los atroces quman que se hacían con cabezas humanas y que colgaban alas sobre sus cuerpos, las mujeres guerreras sazdakh que mataban a todo hombre que pusiera un pie sobre su territorio, o los misteriosos kerayit cuyas hechiceras eran tan feas que una mirada suya podía convertir a cualquiera en piedra. Todos conocían historias de otros monjes, de sus hermanos en la Iglesia, que habían padecido gloriosos martirios entre los salvajes y hablaban de esos benditos hechos con maravillosos y sangrientos detalles.

—¡Mira! —murmuró Ermanrich, zarandeando a Ivar y señalando a un muro encalado.

El color recorría la gran pared blanca con un relato que se revelaba con imágenes: Dios reina en los cielos en su elevado asiento, con todo el universo sobre su mano; en el cuerpo de la bendita santa Edessia, ella coloca milagrosamente un niño sagrado que posee tanto naturaleza humana como divina; crece y se convierte en un hombre y recibe la Palabra Sagrada en un sueño; predica y le asisten sus seguidores, liderados por Tecla, Mathias, Mark, Lucia, Johanna, Marian y Meter; lo detienen acusado de sedición por los oficiales del imperio dariyano; se presenta ante la emperatriz Thaisannia y cuando se niega a honrarla con sacrificios, ella lo condena a muerte; es desollado vivo y le arrancan el corazón del cuerpo, pero allí donde cae su sangre, florecen las rosas.

Se quedan mirando, y con la mirada fija, Ivar se da cuenta de que la gente de la ciudad pasaba junto al muro para señalar y susurrar. Algunos colocaron guirnaldas marchitas de flores otoñales bajo la pintura que describía el martirio de Daisan a manos de los ejecutores de la reina.

Se acercó para tocar con cuidado la pintura. Los colores ya estaban agrietados y desconchados; unas tormentas más los borrarían, como si nunca hubieran estado allí, pero las imágenes permanecerían en los corazones de la gente.

¿Quién lo había hecho?

—¡Parad, amigos! —decía Ermanrich tras ellos—. ¡Venid! Os puedo explicar ese misterio, que se os ha ocultado. ¡Conozco la verdad! ¡Escuchad!

Ivar empezó a darse la vuelta, para hacerlo callar... y chocó con una niña de tal vez doce años, que era robusta, bien formada, con el pelo dorado habitual en esa zona y con un color especial de piel, algo roja y marrón. Ella lo cogió por el codo y lo miró directamente a los ojos, como si intentara ver su corazón. Tenía la mejilla embadurnada de mugre, pero, por lo demás, estaba limpia. De su cuello colgaba un Círculo de Unidad de madera muy brillante.

—¿Qué es esto, niña? —preguntó él, como un monje. Ella tiró de su codo e

indicó «Venga» con el lenguaje de signos utilizados por los clérigos. Ermanrich estaba inmerso en un sermón y la gente del pueblo se habían reunido para escucharlo, algunos con interés, otros con desdén y otros porque no tenían nada mejor que hacer.

La niña volvió a tirar de él y volvió hacer el signo.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

Ella no contestó, pero señaló las imágenes e hizo el movimiento de unos golpes, como si tuviera un cepillo. Dejó a Ermanrich y la siguió.

Ella andaba rápido y se introdujo por un callejón. Un perro callejero olisqueaba la basura. Habían abandonado una olla rota en una esquina a la sombra bajo unos aleros salientes. Salieron a una calle y caminaron al lado de la pared del complejo palaciego desde el cual lord Wichman gobernaba el pueblo. Había coronado los muros con brillantes estandartes, rojos y dorados, negros y plateados, que ondeaban con el viento que venía del río. La niña arrastró a Ivar de la mano y acortaron por un patio en el que una olla para teñir bullía sobre un fuego abierto y en el que una niña de formas delicadas y de unos cuatro años jugaba con una muñeca hecha de retales; miró hacia arriba y les balbuceó unas sílabas sin sentido, aunque la acompañante de Ivar le hizo la señal de silencio antes de seguir tirando de él. Después del pozo y del tanque de agua había una pequeña puerta; Ivar tuvo que agachar la cabeza para no golpearse. Llegaron a un callejón oscurecido por las casas construidas en un estrecho sendero hasta el punto que tocaban los muros por encima. Al volver una esquina, el sol lo deslumbró.

Allí, junto a un muro recién enlucido, se habían reunido unas quince personas para mirar. La niña lo arrastró hacia delante y cuando vieron que la acompañaba un monje, se hicieron a un lado para que Ivar pasara.

Tras ellos, un cuerpo menudo, con una toga, trabajaba con fervor dibujando figuras en la pared que rellenaba con tintes: oro de heno, púrpura de sauces, azul de acianos, marrón del enebro. Daisan el Bendito, libre de las vestimentas mortales de su piel, asciende a la Cámara de la Luz para reunirse con su Santa Madre. Sus discípulos, más abajo, lloran de alegría...

El pintor se volvió para frotar en un tarro de tinta. Ivar le vio la cara.

—¡Sigfrid!

Dio una sacudida, que le hizo derramar el tarro, y se volvió del todo hacia de su acusador. Su fino rostro resultaba dulcemente familiar, pero le pasaba algo en la mandíbula.

—¡Ay, Dios! ¡Sigfrid! ¿Qué haces aquí? —Ivar se echó hacia delante y lo agarró por los brazos, y le dio un abrazo—. ¿Cómo pudiste salir de Quedlinhame?

Sigfrid lloró unas lágrimas. Su amable cara brilló de alegría cuando abrazó a Ivar. Entonces, con las manos manchadas de tinta, se señaló a los pies e hizo el signo «andar». Como los de Ermanrich, estaban doloridos y mugrientos y tenían callos.

—Estuvimos allí, Sigfrid, cuando murió la reina Mathilda. Baldwin y yo estábamos escondidos porque nos escapamos de la margravina Judith y huimos con el

príncipe Ekkehard. Aunque no pudimos quedarnos en el convento de Quedlinhame con él porque pensamos que nos podrían reconocer, fuimos a la iglesia de todos modos y te escuchamos, te escuchamos cuando tomaste la palabra y empezar a predicar. Te sacaron a rastras. ¿Te expulsaron? ¿Cómo llegaste aquí?

Sigfrid no respondió. Aquella fina y afilada boca solo sonrió ligeramente, traicionando la inteligencia que habitaba en su ser. Sigfrid estaba vivo de una forma diferente al resto de los demás. Cuando creía, creía de verdad, con todas las partículas de su cuerpo. Ivar veía cómo le brillaba la cara y por un momento se apoderaron de él las terribles garras de los celos: ¿por qué se le concedía esa seguridad a Sigfrid mientras que él se hundía en la agonía de la duda?

¿No era esa la voz del Enemigo pretendiendo que odiara a su amigo?

Lo cogió por los hombros.

—Sigfrid, cuéntame.

Sigfrid le señaló el muro, y las manos y entonces abrió la boca.

Le habían cortado la lengua.

—¡Por amor de Dios! —gritó Ivar—. ¿Quién te hizo esto? ¿Fueron unos bandidos del camino? —Sigfrid negó con la cabeza, sin dejar de mirar a Ivar con una expresión que rebosaba una alegría contenida.

Ivar sintió que empezaba a respirar con dificultad a medida que descubría la horrible verdad.

—¿Te hicieron esto en Quedlinhame?

Sigfrid hizo el signo de «sí».

Era demasiado para él. La madre scholastica había ordenado que lo hicieran, pero Sigfrid no mostraba ningún rastro de rabia, de odio o de pesar. Se había cumplido el deseo de Dios: le habían cortado la lengua, pero no lo habían silenciado. Hablar con la lengua solo era una forma más de expresarse.

Todo afloró en ese momento, como la rosa que brotó de la sangre de Daisan el Bendito. Sigfrid había perdido la lengua porque no tenía miedo de contar la verdad, pero Ivar aún tenía la suya. Él aún podía hablar, del mismo modo que Ermanrich predicaba unas calles más allá.

Dios los había elegido para ser testigos del milagro. A su vez, ellos tenían que dar testimonio. Después de todo, era fácil, el deseo de Dios estaba claro. En ese instante, se dio cuenta de cómo lo había conducido allí y adónde se dirigirían desde entonces: hacia el este, cabalgando con el príncipe Ekkehard y lord Wichman hacia las tierras en las que las manos de la falsa Iglesia no intervenían tanto.

Ivar miró a la multitud, unas dos docenas de personas en aquellos momentos. La chica muda lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos, esperando.

El mundo entero esperaba.

—Amigos míos —empezó.

En las horas entre la sexta y las nonas, Rosvita se sentó en la biblioteca con la crónica del convento de Santa Ekatarina abierta en un atril ante ella. La mayoría de las entradas eran bastante inofensivas: *«En el año 287: hubo una gran plaga entre los pájaros. En el año 323: la reina envió a su hija más pequeña para que se convirtiera en abadesa. En el año 402: una tormenta de nieve llegó inoportuna a Cintre y todas las uvas se echaron a perder. Un grupo de clérigos de Varre se quedó tres semanas en el pabellón de invitados. En el año 479: se vieron algunos augurios en los pueblos y un cometa brilló en el cielo, al sur, durante dos semanas, después de lo cual hubo un terremoto. Muchos vecinos aparecieron en la escalera para suplicar pan. El rey murió en Reggio»*.

¿La crónica guardaría constancia de la muerte de la reina Adelheid? En los últimos meses del año 729: la reina se privó de comida hasta morir en el convento de santa Ekatarina. O habría otros resultados. En el año 731: la reina fue estrangulada por su marido, John Cabeza de Hierro, después de que diera a luz a un niño con legítimo derecho al trono. Cabeza de Hierro se nombro a sí mismo regente del bebé.

¿Podían confiar en Hugh? ¿Se condenarían al traficar con la magia, aunque fuera para salvar la vida? ¿Sus afirmaciones serían ciertas?

¿La historia era un registro de malas elecciones hechas en vez de otras peores? Tenían pocas opciones, y todas desesperadas. Sin embargo, ¿tenía que ser de ese modo? Había buscado en muchas crónicas, habían aprendido a leer entre líneas y en los márgenes, de forma que no tardaría en descubrir cosas que debía saber antes, que necesitaban enlazarse con el relato para que su historia del pueblo wendiano estuviera completa. Siempre permanecía algo oculto, algo que se olvidaba.

Lo que está a simple vista es lo que mejor se esconde, como se solía decir.

El patrón se había desarrollado despacio, aunque aumentó sensiblemente en los últimos cien años, tras la muerte del emperador Taillefer. Empezaron como márgenes, pero pronto aparecieron en el cuerpo principal del texto, en forma de listas sin sentido pero que en su mayor parte estaban relacionadas con un comentario sobre el séquito de nobles que inesperadamente se habían refugiado en el pabellón de invitados: Hersford en el ducado de Fesse, siete rocas; Krona en el ducado de Avaria, nueve rocas; Novonmo en el condado de Tuscerna, siete rocas; Thersa en el ducado de Fesse, ocho rocas.

Los ratones arañaban las paredes.

—Hermana Rosvita, espero no molestarla.

Se sorprendió, dejó caer una mano sobre el pergamino y se rio entre dientes cuando la madre Obligatia entró cojeando.

—Pensé que erais un grupo de ratones y entonces recordé que aquí no los hay. — Se levantó con precipitación y acercó un banco para que Obligatia se pudiera sentar.

—Hay ratones, y seguro que bastantes. La mayoría de nosotros somos ratones, que avanzamos apresuradamente por las salas de los poderosos. Si no nos apartamos de su camino, nos aplastan.

—Duras palabras, madre.

—Seguro que las maneras de las reinas y los príncipes no son ningún misterio para vos. —Posó una mano sobre la Vida de santa Radegundis, que permanecía cerrada sobre el segundo atril junto a la copia casi acabada, abandonada a esas horas por la hermana Petra, que había ido a ayudar a cargar agua—. ¿Habéis encontrado vuestras respuestas?

—No. Solo he hallado más preguntas, madre. Tengo mucha curiosidad. Es la carga que me ha dado Dios. ¿Qué puedo entender de entradas como esta: «San Thierry en el ducado de Arconia, cuatro rocas»? El convento de San Thierry está cerca de la sede del condado de Lavas, ¿verdad?

—Así es —dijo Obligatia, sin mirar la crónica—. Me crié en el convento de San Thierry, aunque nunca he visto las tierras de Lavas en persona. ¿Quién las lleva ahora?

—El conde Lavastine, hijo del joven Charles, nieto del anciano Lavastine. Su heredero en un joven serio y de buenas maneras, lord Alain, aunque he de mencionar que nació como bastardo y Lavastine solo lo aceptó como heredero hace dos años.

—Sois una verdadera historiadora, por lo que veo. ¿Lavastine no tenía herederos legítimos?

—No tuvo ningún hijo en su matrimonio legal. Aquí hay otra entrada, un lugar que he visitado, sobre el monasterio de Hersford. —Tocó la entrada—. Siete rocas, igual que dice aquí. ¡Ay, Dios! Aquí Villam perdió a su hijo, que había ido a jugar entre las rocas.

—¿El niño murió?

—No sé. El joven Berthold desapareció con seis compañeros. Nadie sabe que pasó con él, pero siempre he pensado que se acercó demasiado hacia la oscuridad y cayó, y lo mataron. Ahora no sé qué pensar. Pobre niño. Era un gran historiador en potencia, Debería haber entrado en la Iglesia.

—Ah. Siempre resultaba terrible perder a un hijo.

—¿Son las coronas de rocas, verdad? Cuando Henry aún era príncipe, perdió una amante aoi en Thersa, la que le dio a su hijo Sanglant. Ella también desapareció entre las rocas, y así sigue la historia. —Pasó otra página, la repasó y leyó en alto—. Brienac en el señorío de Josselin en Salia, siete rocas. Aquí, otras siete rocas, en las

ruinas de Kartiako. No sabía que hubiera tantos círculos de rocas.

—Nadie puede saberlo, a menos que mire. Por eso lo que está a simple vista es lo que mejor se esconde.

—Pero se construyeron hace mucho tiempo, incluso antes del imperio dariyano. Los cronistas de aquella época las describían como algo antiguo y se preguntaban si unos gigantes habrían vagado por la tierra. Nadie sabe quien las construyó.

—¿Quién creéis que las construyó?

—Tal vez, unos gigantes, pero si fueron ellos, entonces ¿por qué no hemos encontrado restos de palacios apropiados para ellos? Creo que lord Hugh tiene razón, que los deben haber construido los aoi. —Era difícil decirlo; dar la razón a Hugh debilitaba su deseo de condenarlo completamente—. Si fue así, se perdió su secreto.

Dentro de los muros del convento, el viento no soplaba; solo se escuchaba en la distancia un ligero silbido. En la biblioteca no ardía aceite y con el sol ya no en lo alto para rasgar los rayos, había cierta oscuridad. Rosvita se dio cuenta en ese momento, cuando miró la crónica del convento y tuvo que entrecerrar los ojos para poder leer las letras; el cambio había sido gradual.

—No quiero que se pierdan mis secretos —dijo la madre Obligatia. Sus dedos rozaron los de Rosvita como el revoloteo de las alas de una mariposa de la luz y se movieron sobre Vida—. Los he mantenido tan ocultos en mi pecho durante tantos años, pero este libro es una señal. —Abrió Vida al azar y leyó en alto.

—«*Cuando las mujeres de la corte llegaron a Baralcha, trajeron las ropas mejor cosidas con seda katai y bordadas con hilos de oro y plata, pero la bendita Rade Gundis no vestiría ropas opulentas, por muy espléndidas que fueran. No se presentaría ante el emperador cubierta de oro y plata, sino con las vestimentas de los pobres, que ella misma había cosido con ortigas. Y las mujeres de la corte se asustaron. Temían que el desagrado del emperador cayera sobre ellas, porque la llevaron ante el sacro emperador vestida como una indigente y no como a una reina; sin embargo, incluso con las ropas de un vagabundo, la bendita Rade Gundis eclipsó tanto a la multitud de ricos que hasta los fieros perros del emperador se inclinaron ante ella en reconocimiento de su santidad*». —Le falló la voz y cerró los ojos. Como en todas las ancianas, resultaba difícil adivinar su edad. Tenía la piel arrugada, que, sin embargo, se conservaba suave y blanca, como la de una mujer que ha pasado gran parte de su vida entre paredes. Tenía las manos de una noble, libre de los callos provocados por el trabajo duro, aunque tenían fuerza.

—El hermano Fidelis acabó sus días en el monasterio de Hersford —dijo Rosvita, al ver que su libro había revelado un profundo pozo de emociones en la abadesa. ¿Qué le llevaría hasta ahí?—. Debía tener unos cien años cuando hablé con él. Me dio el libro justo antes de morir. Fue su último regalo. Fue su testimonio.

—Cierto, fue su testimonio. —Empezó a respirar de modo entrecortado, como si hubiera estado corriendo—. Que después de todos estos años, yo vuelva a tocar algo que él tocó...

—Madre, os explicáis en clave. —Habló con el más tranquilo de los tonos, pero el corazón le ardía.

—Creo que aquel verano caí bajos los efectos de un hechizo. Era tan mayor como para ser mi abuelo, sobrepasaba los cincuenta años, y yo tal vez tenía quince años. Él trabajaba en el jardín, y por eso yo pensaba que era un lego. Pero era amable, y triste, y yo siempre había sido solitaria y había estado sola en el mundo. A las niñas nunca se nos permitía salir al exterior de los muros. Entonces, me desarraigaron del único lugar que conocía y me llevaron a Salia, cuya lengua apenas entendía. Tomé los votos de novicia, porque no sabía nada más de la vida, pero descubrí que era bastante fácil renunciar a esos votos.

—«He pecado una vez, y mucho» —murmuró Rosvita, recordando la escena: la puerta hecha de ramas atadas juntas, el refugio de Fidelis era una cabaña tan pobre y rudimentaria que los vientos invernales debían haber soplado entre sus huecos un día sí, y otro también. El susurro de la mariposa de su voz—. «Por yacer con una mujer». —El pensamiento casi era demasiado blasfemo como para pronunciarlo, pero Rosvita nunca había rehuído de los pozos y zanjas cuando la curiosidad la llevaba por terrenos agrestes—. Fuisteis su amante, con la que pecó.

Obligatia palideció, como si le hubieran pegado, y entonces se rio entre dientes.

—Estáis hecha para escribir la historia.

—Os lo ruego, ¿no era mi intención insultar! Él dijo que seguía pensando en ella con afecto.

Una única lágrima se asomó en el borde del ojo, pero era tan débil que el aire se la llevó. Obligatia mantuvo la compostura perfectamente.

—Nosotros no pecamos. Él no me tocó hasta que renunció a los votos como monje, hasta que declaramos la promesa del amor ante un testigo, a los ojos de Dios. Deberíamos habernos ido a comenzar una nueva vida en otro lugar, pero los dos éramos expósitos. Solo conocíamos el claustro. Pensó que podíamos quedarnos en la propiedad como trabajadores. Ahora me doy cuenta de qué inocentes éramos los dos.

»Por supuesto todo se descubrió cuando mi embarazo avanzó. La abadesa se puso muy furiosa, porque no quería ninguna mácula que contaminara la santidad del convento fundado por la piadosa reina recientemente fallecida. ¡Ay, Señora! El dolor del parto no fue nada en comparación con el dolor que me supuso separarme de él. Me quitaron el bebé en cuanto nació, aunque me dio tiempo a ver que era una niña. Nunca más la volvieron a mencionar. Tampoco volví a ver nunca a Fidelis. A él lo expulsaron, o lo encerraron. Nunca lo supe. Yo me quedé sola. La soledad siempre es peor cuando has conocido la compañía.

»Me llevaron a un convento de Wendar y me obligaron a cumplir un voto de silencio en la celda de una ermita, pero hui de allí porque tenía el corazón roto y no podía soportar estar a solas con mis pensamientos un día tras otro. Ni siquiera podía oír a Dios a través de los cantos de los pájaros. Vagué como una indigente durante una semana o más, comiendo bayas y hierbas con bulbos. Al final llegué a una casa

solariega en una propiedad llamada Bodfeld. Me recogieron porque necesitaban a alguien que enseñara a sus hijos dariyano. Él convento cercano dedicado a santa Felicity era regido por una abadesa perteneciente a familia con la que llevaban muchos años enfrentados, por lo que no quisieron acudir a ella para encontrar un tutor, pero yo tenía formación suficiente para enseñar a las niñas a leer, a escribir y a calcular.

»Tenían un sobrino, hijo de un hermano fallecido de la señora, que se encaprichó de mí. Yo era como una planta con sed de agua. Los acontecimientos transcurrieron como suele suceder con los jóvenes. Insistió en casarse conmigo y, como ellos tenían muy buen corazón y poseían un terreno algo alejado de la casa principal, porque no les importaba mucho la cuestión de la sucesión y yo tenía las maneras de una noble y la formación de una monja, permitieron que nos casáramos. Con el tiempo, di a luz a un niño. Lo llamamos Bernard, como al difunto padre de mi marido. Entonces mi marido y su tío fallecieron y su hermana se vino a la finca. Yo no le caía bien. Me quitó al niño y lo entregó a un monasterio para que lo criaran allí, porque no quería cubrir los gastos que suponía alimentarnos.

—Qué crueldad —murmuró Rosvita, pero Obligatia continuó sin parar, como si temiera que no fuera a expulsar todo aquello de su corazón, encerrado allí en silencio durante tanto tiempo como si ella misma hubiera estado atrapada en los muros de roca de aquel convento.

—Me vi obligada a retirarme al convento de Santa Felicia, pero me trataron mal porque les molestaba el trabajo que yo había hecho en Bodfeld. Dios quiso que un hombre culto, el Águila favorito del rey Arnulf, se refugiara una noche en el pabellón de invitados del convento. En aquel momento yo me encargaba de llevar la comida a los huéspedes, aunque tenía que pasarla por debajo de una cortina porque no se me permitía verlos. Pero yo tenía curiosidad y a él le gustaba hablar. Cuatro meses después la abadesa recibió una carta de la schola del rey en la que se le solicitaba que me enviase a estudiar a la schola de Mainni.

»Estudí en Mainni durante un año. Entonces el mismo Águila apareció por la schola camino de Darre con un grupo de clérigos. Me llevaron hacia el sur con ellos, para que pudiera presentarme ante la skopos. Resulté gravemente herida durante una caída en el trayecto por el paso de San Vitale y me trajeron aquí para que me recuperara. La madre Aurica me aceptó bajo la promesa que me enviaría de vuelta en cuanto me hubiera curado. Sin embargo, abandonaron en la escalera a la pobre hermana Lucida menos de dos meses después y me encargaron su cuidado; era una niña tan pequeña y enfermiza. No podía soportar abandonarla y ya no pude confiar en el mundo. La madre Aurica estuvo de acuerdo con el engaño: haríamos creer que yo había muerto de un envenenamiento de la sangre. Dejé de utilizar el nombre Lavrentia, que me había puesto la abadesa de san Thierry, y empecé a llamarme Obligatia, para demostrar que había comprendido que Dios había perdonado mis pecados al entregarme a un bebé para que lo cuidara. Eso sucedió hace cuarenta años.

La historia era tan increíble que Rosvita no pudo entenderla toda al principio y a medida que ubicaba las cosas con los detalles, casi se pierde en el relato.

—Debéis estar hablando del Águila Wolfhere.

—¡Ah! —Se le iluminó el rostro, como si hubiera recuperado un viejo juguete—. ¡Así se llamaba! Lo había olvidado. Sin embargo, es extraño, lo vi hace un año en el palacio de la skopos en Darre. Ya es un hombre mayor, claro, pero nunca olvidaré su cara, porque me salvó del sufrimiento.

—¿Por qué estabais en Darre? —Rosvita se vio golpeando compulsivamente los bordes ondulados del pergamino y, de repente, se agarró las manos y las colocó firmemente sobre la falda.

—Es tradicional que, cuando muere la abadesa de san Ekatarina, la sucesora que ella ha elegido viaje a Darre para recibir la bendición de la skopos. Esperé en el pabellón de invitados durante una semana antes de que me concedieran una audiencia con nuestra santa madre, Clementia, en su sala de audiencia. Estaba allí cuando llegó el Águila, enviado por el rey Henry de Wendar. Le escuché contar la historia de la obispo Antonia de Mainni y las acusaciones de brujería vertidas contra ella. Escuché a la madre Clementia determinar el castigo de la excomuniación y, hermana, sinceramente, he de decir que temí por mis hijas, las monjas que continuaban aquí mientras yo me aventuraba fuera. ¿Y si las acusaban de brujería por culpa de la criatura que acecha la corona de rocas? ¿Por esas crónicas tan concienzudamente registradas a lo largo de los años que señalan la existencia de los círculos de rocas? Y nos podrían haber acusado de ello, porque como habéis comprobado vos misma, aquí hay secretos escondidos. Así que regresé, sin decir nada.

—Sin embargo, vos deseáis aceptar las obras de brujería de Hugh de Aosta.

—Sé que supone algo extraño y arriesgado estar a merced de alguien con más poder que uno. Adelheid se refugió aquí una vez antes, hace muchos años. Era una niña dulce y valiente, siempre alegre. La ayudaría si pudiera.

—Pero Hugh también conocerá vuestros secretos y puede utilizarlos en vuestra contra.

Obligatia extendió una mano para tocar la pared de la biblioteca, blanca y pintada con rombos dentro de rombos, como si fueran piezas de un puzle amontonadas unas sobre las otras. Rosvita no podía concebir vivir durante cuarenta años dentro de esas paredes, aunque uno aprenda a liberar el espíritu. Una esquina, una sombra o una pared que siempre frena la mirada; solo en la terraza tenía una vista abierta, pero era una vista que nunca cambiaba. Había crecido acostumbrada a ver cambios, como los de la vida, un viaje en el que los escenarios nunca se repiten realmente; ningún río se repite dos veces porque con el paso de los minutos todos los ríos se convierten en nuevos ríos.

—En cualquier caso ya lo sabe —dijo Obligatia en voz baja. Un rato después, continuó—: El pasado verano un solitario monje nos rogó que le dejáramos pasar una noche en el pabellón de invitados. No solemos recibir huéspedes, como podéis

imaginar. Si los viajeros que atraviesan el paso de San Vitale deben apartarse del camino principal a causa de la lluvia, entonces, algunas veces, pasan por aquí, pero, de lo contrario, llevamos una vida aislada. Es lo que buscamos, cada una por sus propios motivos.

—Sin embargo, cuando llegan huéspedes, según los testimonios de esa crónica parece que les preguntáis si conocen las coronas de rocas.

—Pocos de nosotros somos inmunes a la curiosidad, así que le preguntamos a un viajero a ese respecto. Dijo que se llamaba hermano Marcus y entonces hizo algo extraño: me llamó por mi antiguo nombre, el que yo había abandonado cuando emprendí mi vida aquí. Me llamó «Lavrentia». ¿Cómo podía saber que así me llamé en otro tiempo? Era más joven que yo.

—¿Quién sabía que el último sitio donde se os vio con vida fue este convento?

—El Águila, Wolfhere.

—Quien os pudo haber visto en el palacio de la skopos. Puede que hubiera otras personas en el grupo con el que viajasteis hacia el sur hace cuarenta años.

—A lo largo de todos esos años, no he visto a otra persona que conociera de antes. La madre Aurica falleció hace tiempo. Mis monjas solo me conocer como madre Obligatia. El Águila es el único vínculo. De repente, me resultó extraño que él hubiera realizado semejante esfuerzo para sacarme de San Felicity tantos años atrás. ¿Por qué ese extraño hombre vino y me llamó por mi antiguo nombre? ¿Qué secretos míos conocía?

—«Ella ha vuelto a nuestras manos» —murmuró Rosvita, mientras recordaba la escena ante el fuego en el paso de Julier—. Wolfhere desapareció de la corte por orden del rey Henry hace años. En la época del rey Arnulf se decía que él sabía más de lo que debía saber un hombre. Yo misma he visto que puede hablar a través del fuego. Sin embargo, ese poder se conoce como un don de los Águilas. ¿El hermano Marcus explicó del algún modo por qué os buscaba?

—No, pero reconozco abiertamente, hermana, que me asusté porque temía a la mujer que me sacó de San Thierry cuando yo era una niña. Tuve pesadillas en las que ella aún me seguía. Ahora me resulta extraño que en Salia, en un monasterio en el que los hombres y mujeres estaban separados tan estrictamente, me las hubiera arreglado para abrirme camino hacia un jardín en el que trabajaba un monje.

—La retrospectiva es algo maravilloso. Pudo haber sido un accidente.

—Ya no creo que lo fuera, aunque no tengo ninguna prueba. ¿No mencioné quién fue a buscarme en Varre, quién fue la persona que me sacó de San Thierry? Fue la hermana Clothilde.

—¿La misma Clothilde que era sierva de san Radegundis y que luego fue su compañera en el convento?

—La misma. Nunca he dudado de que ella sea leal a Radegundis. Creí entonces, y creo ahora, que ella hubiera sonreído amablemente y le hubiera cortado el cuello a cualquiera que la contrariara. Nunca nadie la contrariaba.

—Salvo vos. Una novicia que tiene conocimiento carnal de un monje y los dos están a su cuidado, en el monasterio...

—No, hermana, ella lo sabía. Ella hizo de testigo en nuestro compromiso de matrimonio. Ella lo permitió. Por eso os cuento esto. Cuando yo era joven, era demasiado apasionada y pasaba demasiada hambre como para pensar con claridad. Pero el hermano Marcus hizo preguntas que despertaron mis recuerdos y ahora veo elementos que no pude entender entonces. Sois historiadora, hermana. Comparto mi secreto con vos porque creo que existe una respuesta que encontrar. Ahora creo que me dejaron vivir porque yo era una ignorante.

—O porque pensaron que estabais muerta.

La madre Obligatia sonrió con amargura.

—Hermana, sabéis lo que queréis, pero ahora estoy decidida a no dejar que mi secreto muera conmigo. Perdí a mis dos primeros hijos porque no tenía ningún poder en el mundo, ni una familia que me protegiera. Ahora rijo como abadesa un pequeño monasterio de seis monjas y dos legas. El hecho de que guardemos un misterio entre nosotros ha sido la carga de las madres de aquí durante siglos, pero me pregunto si la skopos y sus consejeros han olvidado su existencia.

—Me habéis honrado con vuestra confesión, madre.

—No, yo solo os he dado otra carga. Sois aplicada y de corazón tranquilo, hermana. Os lo ruego, averiguad por qué un hombre que se llamaba a sí mismo hermano Marcus vino a nuestro pabellón de invitados el pasado verano y preguntó por mí por el nombre de Lavrentia, que había abandonado mucho tiempo atrás.

La roca poseía un efecto amortiguador, cercano y limitador. En el séquito del rey, Rosvita se había acostumbrado a los gritos de los conductores de las carretas, al relinchar de los caballos, a la caída de la lluvia, al inconsciente cantar de los pájaros, al olor del establo y a las risas del viento sobre su cara. Entonces, ni siquiera hubiera sentido a los ratones. Lord John y sus hombres podían trabajar a cientos de millas de distancia, pero su trabajo era invisible e inaudible tras los muros de roca. Ninguna vibración, ningún crujido de las rocas le insinuaban algo del hombre que se mantenía a la expectativa en el pabellón de invitados. ¿Hugh seguiría rezando? ¿Dios lo perdonaría por sus pecados alguna vez? ¿Dios le perdonaría a ella los suyos?

—No hay mucho que averiguar. —Rosvita pasó las páginas de la Vida hasta el final. Fidelis había perfeccionado el arte de la escritura; ni siquiera la hermana Amabilia había encontrado nada que criticar de su minuciosa mano. Él había mencionado esas pequeñas cosas—. Los pájaros cantan sobre un niño llamado Sanglant —dijo, recordando sus palabras—. ¿Habéis oído hablar de las Siete Durmientes, madre?

—Por supuesto, santa Eusebé cuenta el relato de las Siete Durmientes en su Historia.

—¿No habéis oído un relato que las mencione?

—No. ¿Por qué los pájaros cantaron por Sanglant? ¿Qué hechicero entendía su

lengua?

—No lo sé. —Sus ojos seguían la escritura y representaba las palabras con los labios; en ese momento se le ocurrió algo y lo dijo en alto—. «El mundo divide a aquellos a quien el espacio no separó antes». Madre, ¿creéis que Fidelis estaba pensando en vos cuando escribió esas palabras? Supongo que estaba pensando en santa Radegundis. Él vivió en el lado masculino como monje durante toda la vida de santa Radegundis, casi cincuenta años. Hasta que ella murió, él nunca conocería un mundo sin ella.

—Seguro que él escribió esta Vida mucho después de que yo me fuera de su vida. Debió haberse arrepentido al haber vuelto a la Iglesia y al haberse convertido en eremita.

—O pensó que no le quedaba otra opción. Él vagó lejos de Salia durante sus últimos años de vida. Era un hombre curioso, el único defecto que ellos no pudieron eliminarle.

La madre Obligatia sonrió como si encontrara un recuerdo agradable y lejano.

—Era un hombre curioso en cuanto se le despertaba el interés. —La luz de la juventud brilló en ella por un momento, como el destello de la muchacha de quince años que había cautivado a un monje de cincuenta años. Entonces recordó qué era en ese momento y suspiró—. Dios deseaba que yo dedicara el resto de mi vida a la oración. Sin embargo, algunas veces me pregunto qué habrá sido de mis dos hijos. Dios me perdone, hermana. Aún adolezco de egoísmo. En cierto modo, no me importa nada vuestra alma inmortal o si os condenáis por colaborar con un hechicero condenado. Quiero que escapéis para que podáis averiguar la verdad y me temo que si os rendís ahora, lord John os encarcelara a vos y todos los miembros de vuestro grupo y exigirá un rescate. Podéis permanecer en sus cárceles durante años. Podéis morir en Aosta. ¿Cómo entonces vais a descubrir la verdad? Si no hay nadie que me pueda ayudar, ¿cómo me aseguraré de que no les sucederá nada a las que viven a mi cuidado?

—¿Creéis que es posible que las coronas de rocas sean pasos, entradas y salidas entre ellas? ¿Que realmente podamos viajar entre ellas?

—No lo sé, pero sí sé lo que pensaban mis predecesoras. Y en eso creo. —Pasó un dedo por las páginas de la vieja crónica con delicadeza, como si temiera que se pudiera desvanecer al tacto—. Por eso registraron aquí los círculos de rocas. Pensaron que había un patrón, escondido a primera vista si podían aprender a entenderlo.

Sonó una campanilla: la llamada a la oración.

—¿Qué habéis decidido Rosvita? ¿Aconsejaréis el plan de lord Hugh o no?

—No lo sé. Debo rezar a Dios para que me aconseje.

Rosvita cerró los dos libros y los dejó en el atril mientras ayudaba a la madre Obligada a levantarse. Le ofreció un brazo y, aunque Obligatia se apoyó sola en el codo de Rosvita, su tacto resultaba tan ligero que parecía más una memoria que una

presencia real.

Estando Theophanu, Adelheid y sus nobles señoras presentes, la capilla estaba atestada de gente. Los muros describían una curva hasta formar una cúpula, cargada de símbolos pintados sobre la pared encalada: santa Ekatarina estaba sentada en el centro, con ambos brazos extendidos a los lados, las palmas hacia arriba en un gesto de corazón abierto y de completa rendición al Dios de la Unidad; una pálida corona compuesta de estrellas le ardía en la frente, como señal de su santidad; sobre ella, dos dragones iguales se enroscaban entre nubes grises, inmersos en la feroz batalla que denota el conflicto inherente a una creación teñida por la oscuridad; más allá, como si se viera desde la cima de una montaña, en el cielo relucía un palacio, sin duda con la intención de representar la Cámara de la Luz a la que regresaban todas las almas cuando las vestimentas de la oscuridad había sido, por fin, retiradas de sus espíritus tras su ascensión a través de las siete esferas después de la muerte.

En deferencia a las hermanas lisiadas o ancianas, se habían colocado unas tablas en hileras de forma que, cuando se arrodillaban, podían apoyarse en la madera. El suelo oscuro estaba pulido, como si a lo largo de las décadas muchas de las monjas hubieran necesitado poca ayuda durante las oraciones. Tras tantas horas, Rosvita se sintió agotada. Ella también necesitaba el compasivo apoyo de las sencillas tablas.

Había estado enferma durante mucho tiempo y se había recuperado en un período mucho menor y en ese momento sentía fogonazos de calor y que el sudor le cubría la frente y la espalda. Tenía el pelo de la nuca húmedo y le resbalaran las palmas.

¡Ay, Señora! Estaba tentada. ¿Podría Hugh atar al daimon? ¿Ella lo podría ver? Nunca había visto un daimon, por supuesto, y el fuerte deseo de ver lo nunca visto antes y el hecho de que posiblemente no volvería a tener otra oportunidad le enardecía el corazón.

Cantaron parte de Los dichos de la reina Salomae la Sabia, que había vivido mucho antes del nacimiento de Daisan el Bendito.

*No sigáis el camino de los malhechores. Alejaos. Evitadlos.
Porque el hombre malo no puede dormir hasta que no haga el mal.
La mujer mala no puede dormir hasta que ha provocado la perdición de
alguien.*

Sin embargo, Theophanu y ella se convertirían en cómplices de las fechorías de Hugh y de sus horribles actos si aceptaban su ayuda, si le permitían que las ayudara con la misma brujería que ellas habían condenado con tantas ansias anteriormente.

*Porque aunque los labios del hechicero goteen miel
y sus discursos sean más suaves que el aceite,
al final resulta tan amargo como el ajenjo*

y tan afilado como una espada de dos filos.

¿Podía mancharse las manos, aunque fuera por una buena causa? No obstante, sabía que no era una santa, deseosa de morir, más que comprometerse, por su honor. Si Adelheid moría sin someterse a Cabeza de Hierro, Aosta sufriría. Si Theophanu se rendía, todos los de su grupo, y ella misma, serían encarcelados y posiblemente morirían a manos de Cabeza de Hierro.

Seguro que en esas circunstancias Dios los perdonaría por poner un pie brevemente en un camino de otro modo dedicado a los perversos. Aun así, ¿cuándo el fin siempre justifica los medios?

La madre Obligada llevaba la lectura diaria con su frágil voz.

—Cantemos hoy el himno de la creación en honor de la festividad de santa Eulalia, ella que fue la comadrona de santa Edessia. Sus manos dieron al mundo lo que para nosotros es vida: Daisan el Bendito, que bajó la Palabra Divina del cielo a la Tierra.

*Todo está sobre nada,
Así surgió el universo.
Aunque algo brotó del Padre de la Vida
y la Madre se quedó embarazada con una forma de pez
y dio a luz, y lo llamaron el Hijo de la Vida.
Cuando su alma descendió a través de las siete esferas,
solo participó de cosas puras,
No introdujo en su alma nada impuro durante su descenso.
Nosotros sabemos que esto es cierto y que el mundo es impuro.
Sabemos que esa es la verdad,
que el mundo impuro se aparto del Padre y de la Madre
en quienes él una vez moró en comunión.*

En ese momento le vino a Rosvita, sin buscarla, inesperada, una flecha desde cielo que no había visto antes y que golpeó y destrozó la tierra.

«El mundo divide a aquellos a quien el espacio no separó antes».

¿Y si Fidelis era hijo de Radegundis?

La brutalidad la sacudió. De repente fue incapaz de respirar. Parecía que las tablas se movían debajo de ella como cuando en la tierra un temblor desgarró el suelo sobre el que se había permanecido firmemente.

¿Y si Fidelis era hijo de Taillefer, su legítimo heredero?

*Porque Dios lo calculó todo y dispuso,
el Padre con la Madre en su unión sexual lo crearon.
Lo pusieron en sus herederos
Al Jardín de la Vida, que es la Cámara de la Luz,
vuelven todas las almas.*

Si fuera cierto, entonces ¿por qué la reina Radegundis no proclamaba que Taillefer tenía un hijo vivo? Su silencio había provocado el fin del gran imperio de Taillefer. ¿Por qué no habría dicho nada?

*Sin embargo, por la necesidad el Amor nos obliga.
Es del todo imponible para alguien solitario
dar a luz y resistir,
por lo tanto él fue el niño que fue producido por dos,
por la Madre y por el Padre, que juntos hicieron la vida.*

«¿Qué sois vos, Águila?», había preguntado Rosvita a Liath aquella noche del último verano en el que le había dado a la joven Águila El libro de los secretos, que a su vez ella había robado a Hugh, porque no había creído en él, sino en Liath. Liath respondió: «No tengo familia».

—Perdí a mis hijos porque no tenía una familia que me protegiera —le había dicho la madre Obligada menos de una hora antes.

El hijo legítimo de Taillefer hubiera reinado tras él si Radegundis hubiera podido encontrar apoyos entre la nobleza saliana durante los años necesarios para convertir a un niño en hombre. Los príncipes salianos a menudo mataban a sus rivales por el trono, incluso aunque esos rivales fueran familiares de sangre. Radegundis era una mujer sin una familia que la apoyara. Todo su clan había sido asesinado cuando ella solo era una niña. ¿Cómo iba a confiar en los señores salianos?

*Y él nos respondió, dijo:
Vendrás al paraíso si actúas correctamente,
si prestas atención a la Palabra de Nuestra Señora y de Nuestro Señor.*

Radegundis no había querido ser reina. Tal vez decidió apartar al niño de las tentaciones de las fuerzas terrenales. O tal vez solo quería protegerlo de sus enemigos. ¿Era mejor eso que entregarlo como expósito al mismo convento en el que ella servía?

«Lo que está a simple vista es lo que mejor se esconde».

Theophanu la miró fijamente y le hizo una pregunta con el rostro, como si le preguntara si se encontraba bien. Rosvita negó con la cabeza, para hacerle saber que

no necesitaba ayuda. Para ahuyentar esos incómodos pensamientos. Era demasiado increíble. No lo podía creer.

De hecho era tan increíble que no tenía otra opción que creerlo.

*Y él le dijo a ella: «¿Cuándo veremos nuestro banquete nupcial,
tú que eres el rubor de la tierra y la imagen del agua?
Porque tú eres la hija que coloqué sobre mis rodillas y a la que canté
hasta dormir.
Todos existimos gracias a la unión del Padre y de la Madre.
El camino hacia la purificación nace con la concepción y el nacimiento».*

Sin saberlo, cuarenta y cinco años antes, la madre Obligada había dado luz a la nieta legítima de Taillefer. ¿Qué habría sucedido con esa niña?

Al arrodillarse, mientras el sudor le refrescaba el cuello y sin que cesara el temblor de manos, recordó otra vez las palabras de los Sagrados Versos: «El principio de la sabiduría consiste en esto: adquirir conocimiento, aunque te cueste todo lo que tengas».

No tenía escapatoria, incluso aunque le costara todo lo que tenía. No podía arriesgarse a ser prisionera de Cabeza de Hierro, pese a que ello implicara correr el gran riesgo de confiar en los hechizos de Hugh, pese a que ello exigiera su complicidad.

Tenía que averiguar si era cierto. Tenía que averiguar que había sucedido con la niña.

Se lo había prometido a la madre Obligada y en ese momento ya resultaba obvio que alguien más había descubierto el secreto de la anciana y que la buscaba, con la esperanza de encontrar a la única descendiente del emperador Taillefer, si es que seguía con vida. Estaba obligada a ayudar a Adelheid y a Taillefer. Le debía lealtad al rey Henry y a sus ambiciones.

Pero, sobre todo, era terriblemente curiosa.

Todavía la canción de la reina Salomae la Sabia, le resonaba en los oídos mientras la congregación se arrodillaba en silencio y los muros de roca de la diminuta capilla expelían humedad y el peso de incontables años hacia el aire mohoso.

«No dejéis que vuestro corazón os tienta para que os desvíe por sus sendas: a muchos ha traspasado y tumbado. Sus víctimas son infinitas».

Que así sea.

Desde hacía tiempo sabía que la curiosidad era su perdición. Averiguaría la verdad, sin importar adónde la condujera.

—Esta noche —había dicho Hugh cuando le comunicaron que aceptarían su ayuda. En ese momento ella estaba conmocionada por la avalancha de actividades mientras se preparaban para partir. Ella era una hoja rota que flotaba en una marea incontrolable. Tenía que encontrar a la madre Obligada y hablar con ella antes de que se fuera; antes no había tenido tiempo: todos se habían encargado de apartarlas en cuanto fue evidente que arriesgarían lo que debía permanecer prohibido.

Aun así, ella estaba llena de júbilo.

—Hermana Rosvita, os lo ruego, despertad.

Tardó un poco en reconocer el pelo marrón y el amplio rostro de la mujer que la miraba. ¿Había guardado sus sospechas para sí misma? ¿Cuánto tiempo llevaba temblando por la revelación?

—¿Os ayudo a levantaros, hermana? Debemos irnos ahora o nos quedaremos atrás.

Se había quedado dormida en la biblioteca, desplomada sobre el atril. Durante el sueño, incluso había llegado a babear: una esquina de la crónica estaba mojada. *Lady Leoba* guardó con brío la Vida de santa Radegundis y la copia tan hermosa escrita primero por la hermana Amabilia y luego por la hermana Petra en la resistente bolsa de cuero que contenía la inacabada Historia de Rosvita.

Era difícil permanecer en pie. Se sentía débil y cansada y le dolía por todo el cuerpo. Se le había agarrotado el cuello y la espalda le crujía y chirriaba al estirarse. Le dolía la rodilla izquierda y sentía los nudillos inflamados. Era el peso de la edad.

—Dejad que os lleve esto, hermana —dijo Leoba, mientras se echaba al hombro la bolsa con elegancia.

—¿Dónde está la madre Obligatia?

—Está con la princesa.

—Debo hablar con ella antes de partir.

—Como deseéis, hermana. La princesa Theophanu está esperando por vos.

Con la luz de un único farol sostenido en alto por la joven Paloma, se abrieron camino por la cueva. Estaba vacía, de manera demasiado inquietante: no quedaba un trozo de cuero que mostrara que un gran grupo se había refugiado allí, solo un leve olor algo putrefacto.

—Él hombre murió —dijo Paloma—. Al que tocó la criatura. ¿Creéis que todos

vosotros también vais a morir?

—Espero que no, joven —respondió Rosvita. Leoba se encogió de hombros, pero era demasiado alegre como para mostrarle miedo, si es que sentía algo.

Paloma las condujo por una extraña serie de cámaras talladas en la roca. El túnel se bifurcaba a ambos lados, uno subía y otro bajaba.

—¿En otra época esto fue una ciudad? —se preguntó Rosvita en alto mientras llegaban a la rampa que inclinada hacia arriba, tallada en una gran pared de roca y que se estrechaba de repente cuando un surco aparecía en el suelo. Otra rueda de molino aparecía al lado, encajada en la roca, preparada para ser rodada y cerrar en caso de ataque.

—Creo que fue un refugio —dijo Paloma—, igual que ahora. Se construyeron formas de bloquear el camino tras ellos por si era necesario huir hacia arriba, hacia la corona de rocas. Aquí... cuidado. —Iluminó una tabla que salvaba una zanja, cuyos bruscos lados desaparecían en la profunda oscuridad—. Está demasiado lejos como para saltar. ¿Oléis los caballos?

Rosvita los olía y enseguida escuchó sus nerviosos relinchos, el farfulto de los hombres y el impaciente trasfondo de un séquito que se preparaba para partir. La luz corría por ingeniosos pozos que la conducían hacia el interior de las rocas. Paloma apagó el farol y subieron los escalones de un muro cuyos lados estaban salpicados de cuadros de luz.

—Esos agujeros son tajos para las flechas, para que los defensores desde los establos puedan disparar a cualquiera que baje por estos pasillos.

Dos esquinas abruptas dieron paso a las grutas bajas e iluminadas utilizadas como establos, en la parte alta de la roca en la que varias terrazas proporcionaban luz, aire y espacio para el ejercicio. Sin embargo, ella vio varias pilas de huesos y despojos, quemados y arrastrados hacia un lado; seis semanas en aquellas condiciones habían sido demasiado para algunos de los caballos ya debilitados por el extenuante trayecto desde Vennaci.

Delante, el séquito se había reunido según el orden del avance, alineados en fila y a lo ancho por un camino que subía en espiral hacia una terraza y luego sobre la pared de la roca. El viento soplaba sin cesar; era de noche, pero el cielo estaba despejado y la luna brillaba llena. No se atrevieron a usar faroles por miedo a llamar la atención de Cabeza de Hierro hacia su desesperada treta, aunque cabía la posibilidad de que sus centinelas pudieran verlos de todos modos, ya que la luz de la luna marcaba sus siluetas en el enorme afloramiento. Sobre ellos vio como se erguía la negra y enorme cima y más allá, el jardín de estrellas de invierno, cuyo brillo era atenuado por el resplandor de la luna llena.

Leoba utilizaba los codos y unas pocas y elegidas frases, algunas educadas y otras más toscas, para abrirles camino a través de la retaguardia y hacia el grupo principal. Rosvita tuvo que hacer una breve pausa para tranquilizar a Fortunatus, que estaba atrapado en un conglomerado de clérigos, pero que quería unirse a ella

desesperadamente. Para calmar su angustia, le dio la bolsa de los valiosos libros para que los guardara. Entonces, ella prosiguió hacia delante, adonde la reina Adelheid y la princesa Theophanu permanecían junto a sus monturas. El capitán Fulk y una docena de soldados conformaban la vanguardia.

—¿Dónde se encuentra la madre Obligatia? —preguntó Rosvita después de haber mostrado los debidos respetos.

—Se ha adelantado con lord Hugh —dijo Adelheid—. Los demás permaneceremos aquí hasta que escuchemos el cuerno, lo que será la señal de que podemos avanzar sin peligro.

—Si es que el peligro llega a disminuir —murmuró Theophanu, que se mantenía firme al lado de su montura, con la misma tranquilidad de siempre. Había aceptado la decisión de Rosvita sin protestar, incluso casi sin reaccionar. El mozo que sujetaba las riendas de su caballo parecía nervioso: movía los pies cada vez que miraba hacia el camino que ascendía por la roca y que desaparecía en una curva que conducía a la cima. ¿Qué destello de luz era aquel?, ¿o se trataba solo de una visión?

—Debo hablar con ella a solas —dijo Rosvita—. Dejad que suba.

—Hermana, ¡no! —dijo Theophanu claramente—. ¡No quiero perderos!

—La madre Obligatia nos advirtió de que no la siguiéramos hasta que supiera que no había peligro —dijo Adelheid—. ¿Y si lord Hugh no puede eliminar a la criatura? Puede dirigir su mirada asesina hacia vos, hermana. Y vos no tenéis culpa alguna.

—No más que el soldado que murió —dijo Rosvita—. No, alteza. Os lo ruego, no tratéis de detenerme. Tendré cuidado, pero debo hablar con ella.

Theophanu no dijo nada, ni para dar permiso ni para negarlo, así que Rosvita continuó. El viento le golpeaba la cara, por lo que juntó las manos para protegérsela mientras mantenía la mirada fija en el suelo, siempre consciente del escarpado precipicio que caía a su derecha y de las distantes y diminutas fogatas del campamento de Cabeza de Hierro. El sendero ante ella era tan ancho y fácil de transitar como el camino apócrifo que conduce a los incautos, a los insensatos y a los perversos hacia el Abismo.

Ella subió trabajosamente la ladera y el lugar en el que la senda giraba hacia la izquierda por una serie de cúspides achaparradas, daba lugar de repente a una cima plana. Las rocas en pie tapaban las estrellas a intervalos regulares. Una ligera tracería blanca se colaba entre ellas como si fuera niebla movida por el viento. Desparramados en el círculo de rocas había cuerpos putrefactos, por lo menos, una docena, destrozados, torcidos, sin brazos, con las caras ennegrecidas, con las armas destrozadas.

Se estremeció ante el panorama y escuchó un susurro de aviso. Una mano la agarró por el codo.

—Debéis regresar, hermana Rosvita. Es peligroso que estéis aquí.

—Alguien debe presenciarlo. —El conocimiento la había liberado: no solo arriesgaba su cuerpo, sino también su alma inmortal y pretendía ver todo lo que había

que ver.

—Yo he asumido la responsabilidad de ser testigo —susurró la madre Obligatia. Rosvita sintió contra su cadera el bastón de la anciana y le asombró que la abadesa tuviera la fuerza suficiente como para caminar hasta allí con sus lisiadas piernas. No podía dejarla sola.

—Me quedaré con vos. Debo contaros lo que he averiguado...

En ese momento lo vio, avanzando abiertamente, alto y glorioso bajo la luz de la luna, al tiempo que cruzaba hacia el círculo de rocas y se detenía a tres pasos frente al primer arco abierto de rocas en pie, con un dintel bajo el que una zona oval de tierra arenosa se convertía en suelo blanco. Una figura translúcida avanzó como una flecha por el círculo, serpenteando alrededor del dintel que brillaba con el reflejo del destello de las estrellas. Hugh comenzó a cantar, con las manos en alto y los dedos estirados. El viento desapareció y una quietud sobrenatural inundó la cima de forma que ella pudo oír su voz, clara y suave como la de los ángeles.

Matthias, guiadme. Mark, protegedme. Johanna, liberadme. Lucia, ayudadme. Marian, purificadme. Peter, sanadme. Tecla, acompañadme siempre. Que la Señora sea mi escudo y el Señor, mi espada. Dios, santificadme y destruid todo mal y toda perversidad. Liberadme de todos los ataques del Enemigo. No permitáis que criatura alguna me dañe. Que el bendito Dios me guíe. Que Dios reine para siempre en un mundo infinito.

Rosvita olió a enebro quemado y un fuerte incienso subyacía con un segundo olor ácido. Sin dejar de cantar, Hugh se arrodilló para colocar nueve piedras pequeñas en el suelo con la misma disposición que las rocas grandes que formaban el círculo y, con un bastón bastante pulido y muy parecido al de la madre Obligatia, hizo un dibujo de ángulos e intersecciones entre las rocas en el óvalo de arena. Rosvita parpadeó rápidamente: estaba segura de que tenía la vista distorsionada, porque a medida que trazaba las líneas en la zona ovalada, ella creyó que esos ángulos e intersecciones cobraban vida entre las rocas, como una enorme cuna de finos hilos tejida entre los monolitos.

La luz destellaba dentro del círculo de rocas con el pulso de un relámpago y ella escuchó un lamento. Rosvita esperaba que Hugh se cayera, dañado, e intentó agarrar a la madre Obligatia por el brazo, para arrástrala hacia atrás hacia un lugar seguro en lo posible, pero no había sido Hugh el que había gritado. Por un momento, la criatura se hinchó hasta que descolló sobre ellos; lo vio con claridad: tenía la delicadeza del cristal soplado y el fabuloso resplandor de una espada recién desenfundada. Sus alas abarcaban la mitad del firmamento y parecían emplumadas con cristal. ¿Era así como aparecían los ángeles?

—¿Quién sois? —dijo Hugh, más como una orden que como una pregunta.

Tenía el aspecto de un humano, pero tal vez solo imitaba la forma de Hugh o la de

los soldados que había destruido. Volvió a gritar un lamento disonante; en ese momento, Rosvita vio que la criatura se retorció contra los hilos tejidos entre las rocas, como si estuviera atrapada.

—Perdido, perdido —cantaba la criatura con un tono bajo vibrante que resonaba como una campana.

Bailaba y saltaba como una llama con el mismo patrón: la forma etérea crecía y se encogía siguiendo una marea invisible. Rosvita sintió un frío que la consumía tan profundamente que la estela hizo que los dedos y las mejillas le ardieran del frío. En ese momento, pudo ver el cielo y las rocas a través de la figura.

—La senda ante mí y tras de mí está cerrada. Solo descendí para comprobar que se había abierto cuando la tierra espiró, oh, ¿fue hace un instante o aún no ha sucedido? —La criatura, más que hablar, cantaba en tal mezcla de lenguas que Rosvita creyó que escuchaba wendiano primero y luego dariyano y aostano y luego arethousano, o todos a la vez o ninguno, en realidad, como si el habla humana con la que se expresaba fuera una capa hecha con muchos retales de lana.

—¿Qué sois? —dijo Hugh—. ¿De dónde venís?

—Perdido, perdido —gemía la criatura—. El camino ante mí y tras de mí está cerrado. El aire pesa en este lugar. Se respira un viento nauseabundo lleno de agonía. ¿Por qué estoy atrapado bajo la luna? Debía haberlos seguido en el ascenso porque ellos huyeron de este lugar, ellos que están sobre nosotros, y yo estoy aquí debajo y perdido.

—Solo os puedo ayudar si habláis conmigo con sentido —dijo Hugh con persuasión.

La criatura explotó de repente, como si estuviera furiosa, y Rosvita, ante la luz cegadora se protegió los ojos con una mano. A medida que el destello desaparecía, miró entre los dedos para ver claramente la jaula de arquitectura insustancial que rodeaba al daimon: líneas y ángulos e intersecciones que partían de la tierra hacia el firmamento y que resplandecían como si colgaran de ellos miles y miles de gotas de rocío de puro y brillante éter, trazadas a lo largo de un jardín oculto en la noche. Todas las fulgurantes hebras se lanzaban directas como el vuelo de una flecha hacia la cúpula del firmamento y cada hebra se tensaba con una estrella. Dos hilos, más gruesos que los demás, más poderosos, se habían enganchado a planetas: el fuerte resplandor rojo como la sangre de Jedu, el Ángel de la Guerra, y el dulce brillo de la sabia Aturna. Un hilo como la gasa y como la lana enredada rozaba la luna como si hubiera agarrado, tirado y estirado su sustancia.

Eso era brujería: las artes de los mathematici que podían dominar los cielos a su voluntad y manejar su poder para cambiar la tierra. O eso había oído ella que susurraban. Incluso la madre de la Iglesia más indulgente las hubiera condenado y cien años atrás una clérigo tan poderosa como la hija del emperador Taillefer, la obispo Tallia, había sido censurada por estudiarlas.

Pero era hermoso.

—¿Qué sois? —repitió Hugh, aún con paciencia, aún con suavidad—. ¿De dónde venís?

—Perdido, perdido —cantaba la criatura con el tono de una campana y luego se retorció, se movía y se contorsionaba más cerca, imitando la persuasiva cadencia de la voz de Hugh, como si le replicara—. Desatadme y os daré todo lo que deseéis.

Hugh se rio.

—No podéis darme lo que quiero, porque no podéis controlar aquello cuya génesis se encuentra por encima de vos.

La criatura se retorció y aulló y gimió con unos tonos agonizantes.

—Perdido, perdido. Abrid el camino.

—No sé abrir el camino, sinceramente —dijo, con toda la razón—, pero me serviréis porque yo os he atrapado.

Hugh se sacó de la manga el lazo rojo que había utilizado para cerrar el arcón en el que guardaba El libro de los secretos. Colgó el lazo sobre un pálido trozo de suelo y lo bajó hasta que un extremo rozó el centro de un pequeño óvalo, hacia el que convergían todas las líneas. Entonces, lo dejó caer y se deslizó sobre la tierra haciendo una espiral rara pero elegante que giraba alrededor del punto central. Dio una palmada, luego dio dos bruscamente y, después, tres. El sonido reverberaba como el crujido de una roca que se agrietaba y el daimon desapareció del círculo de rocas.

Se agachó para recoger el lazo, que parecía retorcerse y ensortijarse alrededor de su mano como una serpiente al volver a guardarlo en la manga. El daimon había desaparecido. Entonces Hugh permaneció de pie en silencio durante un rato, mientras estudiaba los brillantes hilos tejidos entre las rocas. ¿La brujería había hecho manifiesta una estructura invisible que recubría el cosmos, esa vasta arquitectura celestial creada por Dios?

Hugh empezó a cantar suavemente; se había levantado viento y ella no pudo entender qué decía, pero lo pudo ver a la luz de la luna coger su paño y utilizarlo como una lanzadera, aunque en realidad lo utilizó para volver a entrelazar los hilos siguiendo otros patrones, unos que hacían que las líneas comenzaran a latir y rasguear como si, por debajo, ella escuchara la lejana música de las esferas.

Una tenue luz se extendía desde las rocas, alcanzando su plenitud de repente como un arco de llamas que coronaba el dintel más cercano.

—¡Os lo ruego, madre! —gritó Hugh, como si le faltara aire tras haber corrido una legua para llegar a ellas—. Avisadlos.

Rosvita cogió el cuerno de la madre Obligatia y sopló: el sonido formó un arco, estalló y entonces ella lo volvió a intentar y esta vez fue un sonido grave y profundo que resonó más allá de las rocas, hasta que ella se quedó sin aire y el sonido titubeó y desapareció. Ella escuchó otro cuerno como respuesta inmediata. Esperaron.

Hugh hizo un gran esfuerzo para sujetar las líneas de la nueva configuración. Mientras que el séquito subía el sendero con gran esfuerzo y la luna se deslizaba por su senda nocturna, algunas líneas se colocaban y otras tenían que volver a ponerse en

orden.

El capitán Fulk y sus soldados aparecieron con Adelheid y Theophanu justo tras ellos, con faroles en alto para iluminar el camino, y se detuvieron sorprendidos mientras Rosvita y la madre Obligatia empezaban a recorrer el camino velozmente.

—Rápido —dijo Hugh, casi jadeante a causa del esfuerzo aunque no se había movido de su posición de rodillas. Tenía el rostro oculto; solo revelaban su tensión las líneas de la espalda y el cuello y la voz entrecortada. El pelo le brillaba como el oro—. Debéis atravesar ahora mientras los cielos... mientras los cielos se encuentran en esta conjunción. Rápido. El camino se va a cerrar.

—Por Dios —dijo uno de los soldados; el capitán Fulk le indicó que se callara.

—Pero no sé... —Hugh continuó, casi sin voz por el cansancio.

—¿No sabéis qué? —gritó Theophanu con dureza. Igual que Adelheid, estaba sobre su montura; el mozo caminaba a su lado con una mano en la brida del caballo. Los demás se amontonaban tras ellos: los caballos relinchaban y los sirvientes y acompañantes farfullaban nerviosos.

—... Dónde apareceréis.

Adelheid se rio. Espoleó al caballo, adelantó a los soldados, al capitán Fulk, bordeó a Hugh para pasar bajo el brillante arco, tras el que desapareció. Así de fácil.

Rosvita no podía saber si Theophanu odiaba parecer, o que la consideraran, cobarde, o si había dejado su destino en manos de Rosvita sin pensar en las consecuencias.

—¡Capitán! —exclamó entonces Theophanu y el capitán Fulk gritó las órdenes de avance. Los soldados emprendieron la marcha con la adusta expresión de unos hombres a los que han ordenado caminar por un precipicio por el bien de su señora.

—¡Ay, Dios! —dijo Rosvita cuando Theophanu pasó a su lado, con la mirada puesta solo en el terriblemente hermoso entramado que brillaba en la noche ante ella—. ¡Madre Obligatia! Tengo que hablar con vos.

—Nunca pensé... —Los susurros de Obligatia casi se perdieron bajo el caminar y el crujido del séquito en movimiento.

—¡Escuchadme! No tengo pruebas, y si mis sospechas son ciertas, el descubrimiento resultará peligroso para vos y para quienes están a vuestro cargo... —Un caballo que la rozó al pasar le hizo perder el equilibrio; se tuvo que apoyar en la roca y se raspó la mano.

—Cuidado, muchacho. —La madre Obligatia usó el bastón para esquivar a un sirviente desviado que parecía a punto de echar a correr—. Los descubrimientos siempre resultan peligrosos. Vamos, hija, coloquémonos en un lugar en el que no nos empujen. —Apartó a Rosvita del camino, hacia una cumbre. La luz de la luna cubría su rostro de alabastro, le hacía parecer más joven, como una doncella inocente, utilizada y despreciada.

Rosvita se dio cuenta de que jadeaba y que había empezado a sudar. Le dolía el estómago y estaba muy cansada, pero tenía que darse prisa.

—Creo que Fidelis era el hijo perdido de la reina Radegundis, que fue el último y único hijo legítimo de Taillefer. Si hubiera sido así, entonces vos distéis a luz a la nieta de Taillefer, concebida y nacida en una unión legal y vinculante. Si no me equivoco, no resultará sorprendente que haya gente en el mundo exterior que os busca, ahora que se sabe que estáis viva, ahora se pueden preguntar cuánto sabéis. Si no me equivoco, eso significa que Wolphere es mucho más de lo que parece. No puede ser una coincidencia que aparezca tan a menudo en vuestra vida.

—Bueno —dijo la madre Obligatia con el tipo de sonrisa que una reina ofrece cuando por fin ha descubierto que su mejor compañero y consejero ha estado planificando una traición—, eso es hablar sin rodeos, hermana.

—¡Hermana Rosvita! —El grito procedía del séquito y ella levantó la mirada y vio al hermano Fortunatus saludándola con una mano frenéticamente, aunque lo empujaban a codazos. Intentó apartarse del grupo, para acercarse a ella, le hizo un gesto y la llamó, pero seguía hacia delante mientras el grupo principal avanzaba tras la reina y la princesa; los más renuentes eran empujados por los más leales. Se detuvo un caballo al que hubo que pegar con la fusta. Ella no podía ver a Hugh, porque el camino hacia la corona se encontraba entre ellos. Aún había hilos de luz tirantes entre el cielo y la tierra, entretejidos entre las rocas y parecía que las estrellas latían, o tal vez ella estaba tan cansada que veía cosas.

—Yo era la única novicia que Clothilde llevó al convento de santa Radegundis —dijo Obligatia de repente—. ¿No os llama la atención? ¿No resulta extraño que ella hiciera la vista gorda cuando Fidelis y yo nos conocimos? ¿Que ella misma fuera testigo de nuestra promesa de consentimiento, gracias a lo cual nuestra unión fue legitimada?

—Debió haber querido desesperadamente que el hijo legítimo de Taillefer engendrara también un heredero.

—Pero si el papel del Águila en esta historia no es una coincidencia, entonces las acciones de Clothilde resultan igualmente sospechas. Si todo es cierto, ella debía saber quién era Fidelis. Debió estar de acuerdo en mantener su nacimiento en secreto, pero ¿por qué esperar tanto para que se casara? ¿Por qué no antes, antes de que murieran todos lo que podían haberlo apoyado en la creación de un nuevo linaje en el trono de Salia? ¿Por qué esperar a que pasara de los cincuenta años?

La respuesta surgió de repente. Era obvia, si se creía en una premisa increíble.

—Esperó a que falleciera la reina Radegundis.

—«Radegundis juró no casarse con un hombre terrenal». Y tal vez hizo lo mismo con su hijo. ¡Ay, Dios!, pobre Fidelis. Era un hombre con un gran corazón. Si era sí, si la reina Radegundis quería ahorrarle las cadenas del poder terrenal, entonces Clothilde no sirvió a la reina Radegundis tan bien como canta el relato, ¿no? Claro que puedo creerlo tras haber sufrido sus atenciones.

—Con esta perspectiva, no podemos saber que había en su mente.

—Arrancar al azar a una joven huérfana de un oscuro convento y llevarla por

muchas leguas a lo largo de dos reinos en una sutil conspiración que al final no llegó a nada. Parece increíble.

—Pero sí que llegó a algo. ¿Dónde está vuestra hija? ¿Qué fue de ella? Pretendo averiguarlo.

Ya habían cruzado los últimos caballos y la retaguardia, en medio de una enérgica canción de taberna, tal vez para animarse, marchaba en columna de dos hacia el arco.

—¡Daros prisa, hermana! —gritó la madre Obligada, agarrando la mano de Rosvita brevemente para luego empujarla hacia delante—. ¡Averiguad lo que podáis!

Rosvita avanzó rápido hacia delante con el corazón latiendo como un martillo, entre breves y dolorosos jadeos y con las rodillas a punto de fallar. La tierra estaba revuelta y llena de huellas; golpeó estiércol fresco al apresurarse, pero el mordaz olor estalló y le dio cierta fuerza para apresurarse mientras el último soldado desaparecía entre el brillante arco, al lado del cual se encontraba abandonada una bolsa de cuero. Ella se agachó para recogerla y sintió las familiares líneas de la Vida y de las hojas sin encuadernar de su Historia. Fortunatus había cogido las copias y había continuado, había dejado esas para ella y con el corazón lleno de gozo se apuró tras él para escuchar su nombre.

«Rosvita».

Era una voz tan suave como una maldición en susurros, tras ella. La luz brillaba mientras ella se volvía para mirar, con un pie en el círculo y otro sobre una tierra hundida en la noche, con la esperanza de ver a la madre Obligada, pero solo vio a Hugh. Él permanecía con sus cosas colgando de las manos, la miraba fijamente con una expresión imposible de interpretar dado que los hilos ardían y se enredaban y la luna creciente se inflaba como un muerto hasta abarcar todo el cielo.

¡Ay, Dios! ¿Qué había hecho? Había estado de acuerdo con que se le permitiera llevar a cabo su plan. Había convencido a Theophanu para que así fuera. Con su complicidad, con sus ruegos, había provocado que se practicara brujería prohibida en aquel lugar sagrado. Horrificada, retrocedió y al instante la inundó una luz, desorientada, perdida.

Sin embargo, la hermana Amabilia la encontró allí, en la luz, sonriente aunque le habían cortado el cuello y la sangre le corría por la toga.

—Dios mío, hermana —gritó Rosvita, que corrió para abrazarla—. ¿Dónde habéis estado? —No pudo coger a Amabilia en brazos: por mucho que se acercara o por muy rápido que lo hiciera, Amabilia siempre permanecía a la misma distancia.

—Me han asesinado, hermana. Cayeron sobre mí en el bosque y me asesinaron a mí y a mi escolta, pero solo cogieron la carta que llevaba para la hermana Rothgard y el Círculo de la Unidad que llevaba en el corazón. Pensé que viviría hasta ser tan anciana y sabia como vos, hermana, pero no ha sido así. No lloréis por mí, porque he conseguido el abrazo de Dios. Estad alerta, hermana. Vos también estáis en peligro.

—¡Ay, Dios, Amabilia! ¿Cómo puede ser esto cierto? —Lloró, y las lágrimas se convirtieron en astillas de hielo por el frío viento—. Nadie escribe tan hermosamente

como vos. ¿Cómo podré trabajar sin vuestras bromas y vuestro amable corazón a mi lado?

—Guardaos, hermana. Guardad a quienes amáis. Manteneos en el camino.

Amabilia había desaparecido. Allí no había nadie. Solo había sido una visión y sin duda una falsa, y el camino también había desaparecido; solo las lágrimas se convertían en hielo bajo sus pies y la quemaba y rasgaba, haciendo de cada paso una agonía. La bolsa de cuero que llevaba bajo el brazo empezó a calentarse, le provocó ampollas en la piel, por lo que la apartó de ella, aunque sacó Vida para conservarlo. Sin embargo, era el libro lo que proyectaba la luz y el calor. Los sigiles entrelazados en la portada se inflamaron como carbón encendido, como cubiertas y protecciones mágicas cosidas en el cuero y en el propio pergamino, símbolos extraños y otros familiares, los símbolos que representan los planetas, el sol y la luna, el Círculo de la Unidad, letras arethousanas y otras que no conocía asomaban en varios lugares gracias a la meticulosa mano de Fidelis.

¿De quién se protegía Fidelis? ¿De quién se escondía?

Entonces se acercaron sobre ella, revelándose en la luz; resplandecientes y terribles, los espíritus ardían en el éter con alas de llamas y ojos brillantes como cuchillos y cuando la miraron fijamente, fue como si la atravesara un rayo.

—¿Dónde está la niña?

Sus voces retumbaban como una abrasadora llama desgarrada del Sol. Ya no estaba en la tierra, lo supo entonces, y se había perdido porque el camino había desaparecido ante ella y tras ella. Se tapó los ojos, aunque ya no veía, cegada por su fulgor. Ella retrocedió tambaleándose, deseando escapar.

Se cayó. Se cayó y el viento pasaba rápido, como si se hubiera caído y fuera a caer durante miles y miles de años. La oscuridad se la tragó y ella no vio ni la luna, ni las estrellas. Sabía qué camino había seguido: había dado el último paso sobre el precipicio y se sumergía para siempre en el pozo infinito al que la habían llevado sus pecados.

CAPÍTULO 11



EL PALACIO DE ESPIRALES

Si Zacharias hubiera sabido lo lejos que se encontraba el palacio de las espirales, no la hubiera seguido. Caminaron hacia el oeste por las zonas fronterizas durante aquel verano; luego, a medida que las lluvias y tormentas del otoño iban y venían, se dirigieron hacia Wendar, por caminos y viejas calzadas de los ducados de Fesse y Saonia, hacia el antiguo reinado de Varre, que en aquel momento se encontraba bajo mandato de reyes wendianos. Se acercaron lo suficiente como para ver las torres de Autun, pero nunca entraron en ninguna ciudad o pueblo. Cazaban y recogían hierbas, juncos y flores en los bosques y en las tierras agrestes. Al caballo le bastaba con los pastos y las hierbas.

Algunas veces en los pueblos, él intercambiaba pieles que había curtido o cestas o colgantes hechos por Kansi-a-lari por harina, sal o sidra. En una ocasión, dieron un hechizo para lograr fertilidad a una mujer estéril a cambio de una medida de tela. El ciclo mensual de la joven labriega había desaparecido justo después de su boda, pero no se había quedado embarazada. A Zacharias le sorprendió la preocupación de Kansi-a-lari hacia ese problema. Ella apenas mostraba interés por las actividades humanas, pero, a causa de esa mujer estéril, interrumpió su trayecto durante cuatro semanas completas para atenderla muy de cerca con gachas de avellana, té de mejorana y varios aceites y pócimas de ortigas o jazmín. Zacharias la observaba atentamente; tenía buena memoria y ella sabía cosas prohibidas por la Iglesia. Como si fuera un milagro, a la mujer le volvió el período por primera vez en cinco años. La agradecida señora les hizo unas túnicas con la tela, lo que hizo más fácil el viaje, porque a partir de entonces Kansi-a-lari podía vestir algo más que la falda de piel y la chaqueta quman y él algo más que la rasgada túnica de monje, con lo cual ella parecía menos extranjera y a él algo más hombre. Gracias a esas vestimentas, incluso, podían trabajar a cambio de alojamiento y comida en granjas alejadas cuando disminuían las provisiones.

En la festividad de las velas, pagaron con dos monedas de cobre y un colgante contra las verrugas al barquero que los ayudó a cruzar el río Olliar. Cuando llegaron a la otra orilla, pisaron suelo saliano. Para sorpresa suya, Zacharias descubrió que Kansi-a-lari hablaba saliano mejor que wendiano.

En Salia, llovía un día de cada diez, nunca nevaba e incluso por las mañanas los charcos que surcaban el suelo solo estaban cubiertos por una fina película de hielo.

Era un tiempo agradable para viajar, aunque él percibía una ola de desesperación cuando las gentes del campo examinaban las escasas cosechas del invierno y los bosques arrasados. Si las lluvias no llegaban pronto, no habría florecimiento en primavera. A causa de ese miedo, las gentes no querían extraños en sus pueblos, por lo que la mujer aoi y él acampaban en el bosque todas las noches, lo que no suponía dificultad alguna. Ya tenían túnicas, leotardos y capas de cuero. Él echaba de menos la cerveza y la sidra, pero había arroyos continuos y abundantes de los que beber, y raramente sufría las dolencias estomacales que le habían atormentado cuando vivía como esclavo de los quman.

Por fin llegaron a un territorio lleno de rocas en el que un sendero les condujo hasta el borde del mar. Zacharias había oído hablar del mar, pero nunca lo había visto: un río tan ancho que la vista no alcanzaba a ver la otra orilla. Las olas golpeaban la orilla en la base de un escarpado acantilado, que, un poco más allá, dejaba paso a una playa en forma de media luna en la que la espuma creaba unos arcos blancos en los tramos más altos. Un arroyo manaba por las rocas y abría un canal por la playa de arena hasta llegar al mar. Los secos labios le ardían por la sal y lloró de asombro y cansancio cuando vio el horizonte y el sol que se ponía en el oeste. Se mareó por el incesante movimiento de las olas.

—Pronto llegaremos allí —dijo ella, mientras se protegía los ojos del sol. Se humedeció los labios como para probar la sal del aire, y señaló hacia el oeste, hacia el horizonte en el que el sol se ponía sobre aguas relucientes y agitadas. ¿O era el sol lo que relucía? Allí había algo más, tan lejos que provocaba un brillo intermitente sobre las pálidas aguas y se desvanecía para volver a aparecer cuando el ángulo de sol lo volvía a mostrar.

—Churendo —dijo ella. Tras ello, dos cabras habían dejado de pastar en el borde rocoso para observarlos con recelo. Una golondrina de mar caminaba por la orilla y metía y sacaba la cabeza del agua. A ella se unió otra, y otra. Hacia el sur las nubes rozaban el mar.

—Esperaremos —dijo ella— hasta que vuelva la luna llena.

Acamparon en un hueco en el que la marea había arrastrado madera secada. Él construyó una especie de refugio, cuyas paredes y tejado ella formó a partir de resistentes hierbas marinas. Allí esperaron a que la luna creciente se convirtiera en llena; gracias a muchas horas de observación, él se dio cuenta del ritmo del mar, ya que las mareas subían y bajaban con una asombrosa regularidad. El arroyo proporcionaba mucha agua fresca y dulce. Cazaron cabras y se las comieron, pescaron algunos peces y limpiaron la corteza interior de unos pinos para hacer pan. Zacharias incluso halló unos pocos rábanos encogidos que juntaron con unos puerros mustios para improvisar un caldo.

El día de la luna llena, ella insistió en que se bañaran. El agua estaba extremadamente fría y no hacía mucho calor, pero ella fue categórica: para acercarse a churendo, tenían que estar limpios. Habían llegado al punto de intimidad de unos

compañeros de camino, y a ella no le importaba examinar los rincones de Zacharias: las orejas, la nariz, los pliegues tras las rodillas, el lugar donde Bulkezu lo había mutilado, la piel entre los dedos de los pies. Usaba el cuchillo para eliminar la suciedad de las uñas de los pies y de las manos. Él se sentía como un animal al que preparan para el matadero; de niño, había visto a su abuela limpiar igual a un cordero para el sacrificio de primavera, recorriendo cuidadosamente las imperfecciones. Dado que Kansi-a-lari se había ocupado de sí misma del mismo modo, él pensó que tal vez aquello formaba parte de otro ritual: uno no se acerca a los lugares sagrados de los dioses sin lavarse las orejas o con las uñas sucias. Entonces supo que ella había dejado de considerarlo un hombre porque se lavaba frente a él y le permitía que la lavara y le revisara los lugares de su cuerpo que ella no veía o a los que no llegaba. Él la deseaba, porque era hermosa de una manera extraña e incómoda. Después de todo, Bulkezu no le había mutilado el cerebro. La piel se le enrojecía y el corazón le latía con más fuerza y la familiar mano del Enemigo llegaba a su vientre para acariciarlo tentadoramente, pero ya no había nada que respondiera.

Ella le permitió que se vistiera con una túnica y con leotardos, pero no con sandalias, y en las manos y en los pies le pintó círculos blancos, como las esposas de un esclavo. Ella guardó su túnica, capas y sandalias en las alforjas del caballo.

Le llevó toda la tarde, primero, untarse de aceite y, después, vestirse. De las bolsas de cinco dedos, sacó vasijas diminutas y frutos secos inteligentemente cortados tapados con trozos de cuero igual de pequeños, que contenían semillas y tintes. Ella se pintó unos extraños remolinos de colores que hacían juego con el tatuaje que recorría el brazo desde el hombro hasta la mano: espirales naranjas en el vientre y los pechos, rombos amarillos de cuatro puntas en las caderas, pequeños círculos rojos en las nalgas y un llamativo zigzag azul en las piernas. En las manos y en los pies se pintó unas marcas blancas como las garras de un leopardo. Se puso la falda de piel, se ató unas cintas con borlas alrededor de los tobillos, las pantorrillas y las rodillas y en el cuello se colgó dos collares hechos de pinzas de animales pulidas. Se recogió el pelo con cuentas y atravesó el peinado con una fina aguja de hueso y tres plumas: una dorada como el sol, otra verde como el campo en primavera y otra negra como el carbón. Engalanó la flecha con lazos y en la base ató las campanas que había guardado aparte.

Al anochecer, bebieron agua dulce del arroyo hasta saciarse. Ella llenó dos bolsas de cuero, tras lo cual, le dio a él tres semillas para que comiera: una seca, otra amarga y la última dulce. Después, los condujo al caballo y a él hacia la playa. Los acompañaba la suave melodía de las campanas y cada cinco pasos agitaba la lanza con fuerza para que sonaran más aún. No había viento, pero aún hacía un frío glacial. La marea estaba baja, muy baja, como si el mar hubiera sido engullido por las fauces de un gran monstruo que vivía en las profundidades de la tierra. Avanzaron por la playa más allá de la línea de las ausentes grandes olas y, aun así, las aguas parecían alejarse delante de ellos y la tierra detrás. Caminaban por una zona arenosa pero

llamativamente firme. Él miró atrás una vez y vio los acantilados tan lejos que, por un momento, lo cegó el terror.

Mucho tiempo atrás, había aprendido a nadar; los niños de las fronteras aprendían rápido, igual que a pescar, a sembrar o a cortar madera. Sin embargo, durante mucho tiempo había vivido entre nómadas que nunca se metían en el agua porque daba mala suerte. Tal vez se había olvidado. Tal vez lo arrastraba la fuerza de las olas...

¿Y adónde iría entonces? ¿Su alma ascendería a través de las siete esferas hacia la Cámara de la Luz? No, allí ya no era bienvenido. ¿Se hundiría irremediamente y hasta el final de los días en el Abismo? De todos modos, ¿qué había de temer del Enemigo? ¿Quién era el Enemigo para él, cuando él ya no temía ni amaba a Dios?

Ella se arrodilló para dibujar unas marcas en la arena, y rezó en su lengua, con ciertos gestos primero hacia el norte, luego hacia el este, el sur y el oeste. Sacó unos guijarros de su bolsa y colocó uno verde en el norte, uno rojo anaranjado en el este, uno marrón sin brillo en el sur y uno blanco en el oeste. La arena refulgía bajo la luna llena. Gotas de agua corrían hacia el mar oculto, un centenar de marcas de dedos sondeaban hacia el oeste a través del lecho marino.

¿Se hacían más anchas? ¿Subía la marea?

—Estamos a medio camino —dijo ella, poniéndose en pie. Destapó una de las bolsas de cuero y le permitió que tomara tres sorbos—. Debemos avanzar rápido.

El caballo resopló nervioso. El viento le rozó la mejilla, pero no sopló mucho más. Empezaron la marcha.

—Enseñadme a rezar a vuestros dioses —dijo él de repente.

Después de un buen rato, ella habló.

—Mis dioses no son vuestros dioses y nosotros no rezamos como vosotros. Si no quieres rezar al Dios divino de tu pueblo, entonces busca otro Dios al que rezar. Me contaste antes que tu abuela es una sabia mujer. Reza a los dioses de la madre de tu madre. Así serás feliz y tal vez ellos te protejan.

Un estrecho canal de agua apareció ante ellos. Ella lo atravesaba y él la siguió. El agua solo les llegaba hasta los tobillos, pero, tras él, surgieron un segundo y un tercero, cada uno más profundo que el anterior. Avanzaron trabajosamente por otro banco de arena hacia un cuarto canal y allí ella tuvo que levantarse la falda para no mojarse.

Peces que no veía le mordisquearon las piernas. Cuando se volvió para mirar detrás de sí, solo vio una oscura línea que marcaba la orilla. El caballo se puso más nervioso y se asustó. El agua se agitaba y giraba en remolinos como una cesta de serpientes que se despiertan. El viento le rozó el cuello. El gran monstruo respiraba: la marea subía.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó él con la voz quebrada.

—Allí —respondió ella.

Allí. Se acercó ante ellos por el lecho marino. Al mirar hacia arriba, se dio con el dedo en una piedra. Ella los condujo hacia una rampa de piedras poco profunda que

surgía perfectamente del lecho marino como si fuera una ciudad olvidada y oculta bajo la arena. A medida que avanzaban, el agua se arremolinaba alrededor de ellos, tragándose las brillantes arenas y los estrechos canales, todo ello subsumido hasta que solo caminaron con los pies secos sobre la rampa de piedras mientras el mar regresaba y, con él, el viento nocturno. La luna estaba en alto en el cielo, cubriendo las estrellas.

Su abuela había llamado a la luna «la cazadora pálida», la que observa la vida y la muerte de los animales y que, estando llena, tenía una fuerza mayor.

—Os lo ruego, gran cazadora —murmuró él, probando las palabras, extrañado—, dadme fuerza. Prestadme parte de vuestra fuerza.

Una empinada isla apareció ante ellos: un fuerte de rocas con relucientes muros de mármol. Ascendieron hasta que la rampa finalizó en la base de una puerta de ébano. Un camino adoquinado con piedras negras serpenteaba hacia ambos lados: en uno, un muro se erguía en vertical; en el otro, un acantilado caía en picado.

Ella se dirigió hacia la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj, por un camino, mientras las aguas se levantaban en la base de la colina y lentamente sumergían la rampa.

—¿Y si sube más? —preguntó él, nervioso. Ella no le contestó, siguió adelante por el negro sendero que rodeaba la isla. Él intentó recordar las oraciones de su abuela, pero las palabras habían desaparecido mucho tiempo atrás, dejando solo el recuerdo de ella: anciana y arrugada, pero saludable, con un pícaro sentido del humor. Después de muchos años ella accedió a rezar ante el altar del Dios del Círculo, y el sacerdote se alegró tanto que ofreció un gran banquete para celebrar esa conversión, y sus padres lloraron de alegría porque, por fin, ella se había dirigido hacia la Luz. Sin embargo, él la había visto esconder una figura de madera tallada de El Gordo, el proveedor de sabiduría y abundancia, en los lados de la chimenea; cada vez que se arrodillaba y rezaba ante la sagrada imagen de la Madre y el Padre de la Luz, en realidad lo hacía ante El Gordo.

Caminaron durante mucho tiempo por el negro sendero, pero cuando llegaron a la puerta de ébano, las aguas se levantaron por encima de la rampa con una altura de dos hombres. Seguía aumentando.

—Ahora, estamos fuera —dijo ella, que sacó el cuchillo y pasó la hoja por la palma de su mano. Cubrió con sangre la superficie de ébano de la puerta, luego cortó del mismo modo la mano de Zacharias y del hombro del caballo; también manchó con su sangre la puerta.

Sondeó con los dedos las sombras alrededor de la puerta, agarró una palanca y tiró de ella. La puerta se abrió hacia fuera sobre unas bisagras silenciosas. Ella atravesó el umbral y él la siguió y descubrió que se encontraba sobre un estrecho camino que avanzaba paralelo al sendero de piedra negra del exterior. Altos muros de piedra se alzaban a ambos lados. El caballo rehusó avanzar, pero cuando el agua del mar llegó al umbral y le cubrió los cascos, salió disparado hacia dentro.

Ella arrastró la puerta para cerrarla frente a la creciente marea. Él levantó la mirada con ansiedad: ¿serían los muros tan altos y herméticos como para contener las aguas y mantenerlos a salvo? Se agachó para rozar el suelo, que estaba tan seco como un hueso limpio aclarado por un verano de calor seco. Ella empezó a caminar hacia la derecha, en la dirección contraria a las agujas del reloj, y él la siguió. Después del tiempo que se correspondería con el canto del servicio de la tercia, una hora escasa, regresaron adonde habían partido, a la puerta de ébano.

—Ya estamos dentro —dijo ella.

A Zacharias le escocía la mano. Tenía mucha sed, pero ella no le ofreció nada de beber, y súbitamente se sintió tan cansado que, tembloroso, se apoyó en los muros de piedra...

—Nieto.

Se movió bruscamente hacia atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Hay algo vivo en la roca que me habla con la voz de mi abuela.

—Aquí no hay nada vivo —dijo ella con firmeza—. Hemos entrado en churendo, el palacio de las espirales. Aquí se unen los tres mundos. No te sorprendas por lo que puedas ver u oír.

—¿Qué son los tres mundos? —preguntó él, mientras ella se dirigía ya hacia la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj, y él tenía que seguirla con el caballo a remolque—. ¿Para qué volvemos a dar la vuelta otra vez? —le requirió—. ¿No hay por allí un camino que asciende?

Ella se detuvo de repente y se volvió. Con la mirada le cerró la boca y cuando ella reanudó la marcha, él la siguió en silencio, con humildad.

Recorrieron el polvoriento sendero, en el que la arena quedaba marcada y resbalaba bajo sus pies. Rodearon la colina en el sentido de las agujas del reloj, como había hecho fuera, pero cuando regresaron a la puerta ya no era de ébano; ya no era la misma puerta, sino una de piedra rosa muy pálida. Él miró distraído hacia el mar que crecía y se alzaba debajo. Estiró el cuello y alcanzó a ver la entrada con ménsula que caracterizaba la puerta de ébano medio hundida bajo ellos. Miró a la luna. Habían estado caminando durante una hora escasa, y aun así, la luna estaba cerca del horizonte, casi anegada por el mar, un cuarto de luna menguante que seguro en unos seis días sería llena. Se sentía mareado, por lo que se balanceaba y tuvo que sostenerse apoyando una mano en la roca, pero cuando la tocó, vio a través del cuarzo rosa un mar diferente, que en absoluto era un mar, sino un río que serpenteaba a través de brucas y altas colinas.

Las naves avanzan lentas y en silencio río arriba, esbeltas y depredadoras. La proa del barco guía es larga y estrecha, con la forma de la cabeza de un dragón. Criaturas como hombres, pero que no son hombres, baten los remos y, a veces, cuando patinan en los bajos, los remos atraviesan

una capa de hielo. Las puntas de las lanzas de piedra y metal relucen cuando las alcanza el sol, que se alza levemente sobre las colinas del noroeste. Delante, el río se arremolina pálido alrededor de una serie de postes; alguien ha marcado el río con estacas para que los barcos no puedan surcarlo. Sin embargo, las criaturas de los barcos los anclan a las estacas y desde esa base asedian el campo, con incendios y matanzas. Las casas solariegas y de campo arden bajo la pálida luz de un sol que nunca supera la mitad del cielo. Pronto se hará de noche, gris y fría. Los incendios salpican las laderas y los valles, como una procesión de antorchas. Entrada la noche, arden con una luz parpadeante y se apagan cuando se desata una tormenta. Solo hay oscuridad.

Ella desapareció alrededor del camino, que seguía girando hacia la derecha. Él agarró las riendas del caballo y la siguió. No quería quedarse atrás. Bajo los pies sintió el suelo de la pendiente, que no deja de aumentar. Estaban escalando.

La siguiente puerta brillaba con el pálido destello del hierro. La marea estaba baja. La luz del amanecer bordeaba el horizonte por el este formando una sombra sobre las rocas. Las estrellas relucían implacables sobre ellos. No vio la luna. ¿Aquello allá debajo era el reflejo de aguas aletargadas? Se inclinó hacia delante, apoyando una mano en la puerta.

Una mujer se sienta en una silla tallada con guivres. Al cuello lleva la torques dorada de una familia real y sobre la frente, una diadema. Por su pelo corre plata y su rostro está cubierto de enfados y frustraciones de oro. Su cámara en la torre está ostentosa y lujosamente amueblada, pero los dos guardias que permanecen al otro lado de la puerta delatan su propósito: es una cárcel, nada más. Ella levanta una mano y hace una señal al mensajero que ha llegado, una mujer anodina vestida como una clérigo.

—¿Qué me habéis traído? —pregunta en un tono demasiado bajo como para que la escuchen los guardias, aunque, de todos modos, están aburridos y, en ese momento, charlan con un camarada oculto en las escaleras—. ¿Estáis segura de que la obispo Constance no sabe nada de esto?

—No, alteza —responde la clérigo—. A la obispo le han construido un nuevo palomar, pero esta paloma llegó al antiguo, por eso pude enterarme, gracias a algunos de vuestros fieles sirvientes que no aprueban que una obispo wendiana se imponga sobre ellas como señora feudal y como obispo a la vez.

—Dádmela —ordena la mujer. Obediente, la clérigo se la entrega y la mujer desenrolla una fina tira de lino, bastante sucia y húmeda y marcada con unas letras. Se vuelve hacia la mujer—. Leédmelo.

Al principio, le costó entenderlas, ya que algunas de las letras estaban manchadas y desdibujadas, pero al final leyó en alto.

—*Para la que por derecho es reina de Varre y Wendar. Manteneos firme. No desesperéis. Hay alguien que no os ha olvidado y que regresará para ayudaros a tiempo.*

—*¿Eso es todo? —pregunta la mujer.*

—*Sí, alteza.*

—*¿Y esa marca, allí, al final?*

—*Es un tipo de sigil, pero no lo comprendo.*

Entonces la mujer gruñe y hace un gesto hacia el fuego.

—*Quemadlo.*

Se ha bajado un postigo para que entre el aire, a través del cual él ve el cielo del amanecer y la lejana luna: la última plata de la luna menguante se oculta tras los árboles que se alinean a lo largo de un ancho y noble río.

—Cazadora pálida, protegedme —jadeó él, mientras se apartaba de la puerta, tambaleándose hacia atrás hasta chocar con el inmenso muro. No había camino hacia arriba, ni hacia abajo, excepto el que ya seguía. A lo mejor no debía rezar a la cazadora pálida. Tal vez debería rezar al ahorcado, que se suicidó por sabiduría y que estuvo colgado durante nueve días y nueve noches bajo un fresno mientras los cuervos se alimentaban de su hígado. Aunque no lo recuerda. Había sido mucho tiempo atrás y las maneras de su abuela suponían una curiosidad para él, que ya creía en el Círculo de la Unidad y en la Madre y en el Padre de la Vida, porque sus padres creían, porque los obedecía, porque le gustaban los sermones del sacerdote y, después, porque las palabras escritas en los Sagrados Versos sonaban tan suaves al oído que las memorizó todas.

En ese momento, solo con el caballo en el estrecho camino, no podía recordar ni una palabra de todos aquellos salmos que en otro tiempo se había sabido de memoria; solo recordaba las oraciones de su abuela, que no había sido bendecida con hermosas palabras o elegantes frases, pero que sabía cómo ir al grano.

—Oh, Gordo, aquí están los primeros puerros del jardín. Son un poco pequeños, pero muy dulces. Por favor, haced que mi hija tenga el segundo hijo que tanto desea. Aquí están algunas semillas de manzana que guardé tras la última cosecha. El cuarto árbol de la izquierda no produjo bien el pasado otoño. Si no decidís honrarla con la fecundidad este año, entonces le diré a mi yerno que lo tale y plantaremos un hermoso avellano en su lugar. Tengo en mente para vos un buen y joven árbol junto al río, es fuerte y aún no demasiado grande como para ser trasplantado. Colocaré aquí un palo, cerca de las pepitas, para que podáis oler su santidad.

Aquel invierno, recordó, ella había hecho que su padre cortara el manzano y que en su sitio plantara el avellano. Su madre había dado a luz a una hija sana y fuerte, a quien llamó Hathui. El árbol y Hathui florecieron a un tiempo, y todos los otoños su abuela colocaba en secreto una ofrenda con las primera gachas del avellana ante el altar de El Gordo, junto al arroyo en las colinas tras sus tierras. Él siempre iba con

ella, pero nunca lo contó.

Ella se había ido.

Hacía mucho tiempo que se había muerto. Y su compañera había desaparecido en el sendero, tras los curvos muros.

Dejó a un lado la memoria, aterrado por haberse quedado atrás en aquel lugar de visiones y sombras. El caballo caminaba impasible lenta y pesadamente detrás, mientras él se apuraba y las piernas le ardían al apresurarse para adelantar camino. Por fin la vio. Parecía muy por encima de él y el aire tenía un extraño brillo como si pisaran a través de otra sustancia nueva, algo fuera, más allá del aire. Le dolían las rodillas. Le ardía la garganta. El sol brillaba con una luz tan pálida como los muros de mármol.

Apareció una tercera e imposible puerta; unas repentinas aguas azules, como las de un río, se congelaban y se alzaban entre dos pilares de roca. Tras la puerta, el mar bullía y azotaba bajo un cielo nublado y rasgado por la tormenta. La espuma rociaba los muros. En absoluto divisaba la lejana tierra. Dio un paso atrás, preparado para continuar. No quería perder de vista a Kansi-a-lari otra vez.

No obstante, ella se había detenido junto a la puerta azul cielo.

—¿Quién está ahí? —preguntó y, en respuesta, colocó la mano sobre la pálida puerta azul.

Los estandartes ondean en el exterior de una elegante sala de madera. Los sirvientes se apuran de aquí para allá con madera y arcones y telas y palas y bolsas de pan tan fresco que puede ver el vapor y queso curado y una caja llena de pájaros cantores de brillantes colores. La nieve cubre el suelo. A medida que el sol se levanta, la luna llena se pone. Traen los caballos, cuyo aliento se empaña por el frío y, de repente, la gente sale precipitadamente de la sala, como pollos que escapan del corral para huir del zorro.

Es el rey. Todos conocen al rey, incluso quien, como Zacharias, solo lo haya visto en visiones. Los cortesanos se arremolinan a su alrededor como las corrientes de las mareas, unos hacia dentro y otros hacia fuera. Los mensajeros van y vienen mientras él aguarda a que le traigan su caballo. Una mujer con una capa de Águila le da la espalda al rey, mientras escucha a uno de sus compañeros, que parece como si acabara de llegar a caballo. Entonces ella se vuelve: es una mujer alta, de nariz aguileña, que le resulta tan familiar que él se queda boquiabierto cuando ella le comunica al rey al oído el mensaje de su compañero.

—Vuestra fiel Águila Udala ha llegado de Varre, majestad, con noticias de la obispo Constance de que todo permanece en orden en Autun pese a los rumores de que se practica brujería en las tierras del oeste. Hay sequía en Salia. Udala también trae un mensaje de lord Geoffrey, primo del conde Lavastine. Ha oído que ha muerto hace dos o tres meses a causa de un

hechizo maligno. Os ruega que vayáis a las tierras de Lavas, porque acusa al hombre que dice ser el bastardo de Lavastine de recurrir a la brujería para embaucar al conde para que lo nombrara su heredero. Os ruega que vayáis cuando podáis, para juzgar este asunto.

Zacharias, atónito, se fija en cómo el rey se atusa la barba pensativamente, no enfadado, solo pensando. Nunca la hubiera reconocido solo por el rostro, porque ha cambiado a lo largo de los años, desde la última vez que la vio. Ha crecido y madurado, pero el recuerdo de su voz permanece alojado en lo más profundo de su corazón para siempre; mucho de lo que recuerda son palabras y sonidos.

¿Quién lo hubiera pensado? Era una mujer muy audaz y esquelética. Era su hermana, Hathui, que llevaba la capa de un Águila y se encontraba a la derecha del rey.

Traen el caballo del rey, que monta y se aleja.

—Ah —dijo Kansi-a-lari a su lado, con el mismo sonido que haría una persona que logra quitarse una espina del pie. Colocó la mano derecha sobre su hombro izquierdo como para decir: «Te felicito», o tal vez: «Estoy resignada ante mi desgraciado destino».

Ella avanzó, y él tras ella. La cuarta puerta tenía el lustre del ámbar, pero como ella no vaciló, él no se detuvo. No quería quedarse atrás. El empinado camino se convirtió en unas escaleras, que también se empinaban a medida que subían la colina. En ese momento, él entendió, por fin, que el camino era una espiral que giraba hacia la cima.

La quinta puerta lo sorprendió. Brillaba como la amatista y bañaba el paisaje tras ella de mar y cielo nocturno con un tono de pálido violeta. No había luna. No pudo percibir las estrellas, que estaban desordenadas, en el lugar incorrecto. Desorientado, tropezó y cayó sobre el caballo; empujado, se apoyó en la roca, pero la mano le resbaló por la superficie húmeda de la puerta justo cuando Kansi-a-lari lo avisó con un grito.

—¡No mires!

Pero ya había desaparecido.

Una mujer joven con el pelo tan negro como la obsidiana, con los ojos almendrados y los pómulos anchos y el cutis oscuro de las tribus del este se arrodilla como una esclava en vez de como la princesa que obviamente es. Lleva un vestido tejido con hilo de oro tan suntuoso que brilla cuando se mueve. Su cabeza está inclinada, pero su mirada hacia la criatura que se yergue ante ella es atrevida.

La criatura no se parece a nada que él haya visto antes, pero sabe lo que es, un miembro del pueblo bwr, los legendarios que viven en la hierba

profunda. Ella es una mujer, o una yegua; es ambas cosas y ninguna a la vez. Tiene el grueso cabello recogido en trenzas y una crin clara y tosca le cae por el lomo desnudo y también está trenzada, enroscada con cuentas y pequeños huesos de ratón. La cara y la parte superior del cuerpo están cubiertas por unas rayas verdes y doradas. De la cintura para abajo, el cuerpo es el de una elegante yegua con un pelaje de un gris tan perfecto que parece plata.

—Vuelve a mí —dice la criatura—, cuando puedas traerme esas cosas. Las garras y la grasa de un oso. Los dientes de Mole. Los huesos de un ratón, sin que falte ninguno. Hilos de la mortaja de un hombre muerto. Una escama de dragón. La piel mudada de una serpiente. Las cenizas de una hoguera que ardiera una noche de luna llena. Dos brasas, que aún queman, de la chimenea de una mujer embarazada. Una cuenta de ámbar. Lapislázuli tallado con la forma de un dios. La pluma de un búho. La concha de...

Ella se detiene y de repente él comprende que ella se ha dado cuenta de su presencia. En la sombra ella mueve el brazo izquierdo y muestra un búho posado en la muñeca como si fuera un halcón.

—Venga —le dice ella al búho, que alza el vuelo de repente y en silencio.

Kansi-a-lari lo apartó con tanta fuerza que tuvo náuseas y le costó respirar. Sufrió espasmos atroces en el estómago, justo debajo de la caja torácica. Tenía un dolor punzante en el codo izquierdo.

—Lo vas a estropear todo —le dijo ella con severidad—. No vuelvas a mirar a través de la puerta de Shagupeti.

Siguieron la ascensión. A partir de entonces, solo había escaleras, que giraban alrededor de la colina con los muros de la torre a ambos lados, como muros infinitos. Nunca encontró interrupción desde su posición, ni rastro alguno de lugares donde morar, de escaleras, de caminos, de salas o de cualquier tipo de pájaro u otro animal, ni siquiera de hormigas o arañas. En el fuerte no había nadie aparte de ellos tres: ella, él y el caballo, y las visiones.

El sol brillaba, pero no lo podía ver mientras recorría con dificultad escalón tras escalón. Intentó contarlos, pero no pudo. Tenía demasiada sed como para hacerlo. Ella, impaciente por su lento caminar, se adelantó hasta el punto que él dejó de verla, pero estaba demasiado cansado, le dolían las rodillas y sabía que la alcanzaría a tiempo porque no tenía otro sitio adónde ir.

Cuando por fin se encontró con ella, ella se quedó inmóvil ante la sexta puerta, con las palmas sobre la roca de rayas verdes brillantes, como la malaquita tan gastada que no era más ancha que un velo.

Ella dijo algo y recibió una respuesta. Él se acercó con sigilo para escuchar.

—Ten cuidado, prima —dijo una voz a través del velo—. No somos los únicos que recorreremos los senderos. Se han abierto nuevas puertas, aunque esta no se esperaba. Recorred con cuidado la tierra de los humanos. Estas lejos de casa y los

caminos se hacen cada vez más inestables. No tardes mucho en vuestra misión o no podrás volver.

Cuando se acercó a ella, ella retiró las manos de la puerta y se volvió para mirarlo sin alterarse.

—Vamos —dijo ella. Él tuvo que seguirla, sin atreverse a parar para tocar la puerta, y ver lo que ella había visto. ¿Con quién había hablado?

A partir de entonces, los escalones parecían para gigantes, hasta la altura de la rodilla. El pobre caballo tuvo que escalar como una cabra montesa de cornisa a cornisa, pero era una criatura resistente; como los caballos quman, nunca había recibido mimo alguno. Mataban a los que no resistían y los metían en la olla. Era un caballo pequeño pero fuerte, adecuado para que lo montara un líder como Bulkezu; tenía el corazón de un príncipe y ningunas escaleras iban a impedir que siguiera adelante.

A él le faltaba el aire y tuvo que parar para recuperar el aliento cuando llegaron a la séptima puerta. Tuvo que detenerse para cubrirse los ojos con una mano, porque lo cegó mirar la puerta, envuelta en un fuego azul blanquecino, en absoluto de piedra, no de madera, sino de alguna sustancia tan brillante como la forja de un herrero, aunque tan fría como el viento invernal. Le tuvo miedo, y se mantuvo bastante apartado, pero sin poder dejar de mirar porque en su interior sabía que tras la puerta se encontraba un lugar que ningún hombre había visto antes, que ningún hombre podría ver jamás.

Vio movimiento acercarse: el revoloteo de unas alas en un fuego abrasador, como si una horrible criatura estuviera a punto de surgir de la brillante puerta para cercarlo.

Gritó. Y entonces algo oscuro, caliente y pesado le nubló los ojos.

—Rápido —dijo ella, mientras le agarraba del codo.

Él gimoteó, forcejeando, y al final se liberó de la criatura que lo envolvía. Ella había tirado su copa sobre su cabeza.

—No mires atrás —dijo ella—. El velo está disminuyendo. Se han dado cuenta de lo que se encuentra bajo ellos y son muy peligrosos. Si te tocan, te convertirás en cenizas al instante.

—¿De verdad que allí había algo? —jadeó—. ¿Qué era?

—Creo que en tu idioma se llaman ángeles.

De repente, el camino se cortó bruscamente a la derecha. Pasaron por un arco con ménsula rematado con dos enormes piedras talladas para que parecieran leonas, feroces y protectoras. En los oídos le resonaban tres profundas y atronadoras notas, y le sangró la nariz. Ella le soltó el brazo y él se tambaleó tras ella hacia una plaza ovalada enlosada con mármol y cercada con muros hasta la altura de la cadera, con la piedra tallada tan perfectamente que, cuando se arrodilló y pasó el dedo a lo largo de las finas grietas que unían dos, no encontró ninguna argamasa, solo la perfecta colocación de dos bloques de piedra perfectamente labrados.

El viento aparecía sin misericordia a esa altura, por lo que se alegró de tener la

capa para cubrirse los hombros mientras recobraba la postura y se erguía. Era una noche fresca, sin nubes, hiriente por el estruendo del viento. El mar rodeaba la isla y se acallaba rítmicamente en la base de la roca. Ninguna nube ocultaba el firmamento. La Espada de la Reina, el Bastón y la Copa brillaban en el este; la luz de la inflada luna, que se ponía, había borrado todas las estrellas del oeste, menos las más brillantes. Él conocía las estrellas y constelaciones más llamativas, igual que cualquier niño que mirara de noche hacia arriba, hacia el cielo, deseando ver un ángel.

¿Habría visto la sombra de un ángel en la séptima puerta?

—Zacharias.

Ella maneó el caballo por la puerta y se acercó al muro para asomarse. Su cuerpo resplandecía con un brillo asombroso, como el del bronce pulido. La falda de piel se le enredó alrededor de la cadera y los muslos, y el pliegue de los brazos le ocultaban el pecho. Una cadena de oro se le ensortijó, sin apretar, en la muñeca. Aspiró profundamente.

—¿Puedes olerlo? —dijo ella—. El día y la noche de nuevo en equilibrio. Ha llegado la primavera. El mundo intermedio es rico en crecimiento. —¿Cuánto tiempo hacía que no olía esta riqueza!

Él se quedó mirándola, desconcertado. ¿Cómo podían estar en primavera? Habían llegado junto al mar pocas semanas tras el solsticio de invierno, no mucho después. Solo habían tardado una semana en cruzar las arenas y ascender por el fuerte de la isla. ¿No había sido así?

El brillo del amanecer bordeaba la tierra oriental en el lejano horizonte mientras la luna se hundía bajo las olas del oeste. Ella se apartó del muro y alzó la flecha, la agitó una, dos y tres veces.

—Vamos. Sigue mis pasos.

Desde el arco de entrada anduvo en línea recta hacia el centro de la plaza. Él la siguió, pero cuanto más se acercaba al centro, más sentía que el suelo empezaba a fundirse bajo sus pies, que primero caminaron sobre la piedra, luego sobre el barro y después a través de un fango que arrastraba con los pies y le absorbía la fuerza. En el centro del óvalo había un hoyo poco profundo en el que se arrodilló Kansi-a-lari. Él tuvo que arrastrarse para llegar allí, haciendo presión contra el aire, que se parecía más a agua vertida sobre él, por un canal abierto desde el hoyo, en cuyo borde se inclinó hacia delante. De repente, se cayó, resbaló, dio vueltas y acabó chocando contra Kansi-a-lari, que permanecía de pie en el centro de la hendidura, inclinada con los pies firmes a ambos lados de una depresión tan grande como para contener un corazón humano. La frente le dolía por el impacto y tenerla tan cerca lo mareaba, por algo irresistible en su olor, o en su poder, o en el aire. Levantó la mirada.

—Cazadora pálida —suspiró, pero ya no veía el cielo, sino una especie de luz pura y brumosa que emanaba de todos lados y de ninguno al mismo tiempo. Tras esa luz, como si fuera a través de un cristal con burbujas, vio una escalera de oro directa

desde el centro del hoyo poco profundo a través de la propia Kansi-a-lari y mucho más allá hasta llegar al cielo. Se desvanecía en el firmamento y más allá hasta convertirse en un hilo. Creyó ver que unas figuras ascendían y descendían por un arco iris de colores, de rosas, de plata, azul cielo, con ámbar, amatista, malaquita y fuego azul blanquecino, pero tenían unas formas tan variadas y se movían con una gracia tan escurridiza que llegó a pensar que no eran más que alucinaciones. Se frotó los ojos y bajó la mirada.

Muy abajo, incluso por debajo de la propia roca, tan lejos que parecía inalcanzable, tanto que un hombre podría caer durante un día, diez días o un año, vio las agitadas y crecientes aguas, negras como el carbón, cubiertas de una espuma blanca.

Sin embargo, cuando tocó la curva del hoyo con los dedos, solo sintió el frío mármol.

—¿Qué es este lugar? —susurró. Le quedaba un leve hilo de voz. Quizá ella quería que muriese de sed. Quizá era una especie de sacrificio hacia sus dioses.

—Esto es churendo —repitió ella, con cierta impaciencia—. El palacio de espirales. Aquí se encuentran los tres mundos: el superior, el intermedio y el inferior.

—¡Oh! —susurró él con temor—. ¿Qué hay debajo de nosotros? ¿Es el Abismo?

—No conozco ese «abismo» del que hablas —contestó ella—. Debajo de nosotros se encuentran las aguas del caos. Sobre nosotros está el mar superior, que en vuestra lengua se llama «cielo». De ahí es de donde zarpa nuestro barco y debemos llevarlo a casa, a su puerto, pero aún no está preparado para nuestro regreso, aunque no nos podemos retrasar, porque en el mundo intermedio los días se suceden pase lo que pase. No esperan por nosotros. ¡Ay, Sharatanga, protégeme! No puedo encontrarlo mirando en el mundo terrenal, pero en el palacio de las espirales, nada se oculta a nuestros ojos. ¿Dónde se ha ido?

Se volvió hacia el norte, levantó la flecha y la agitó cuatro veces. Primero habló en su lengua y después, como si tuviera en cuenta su presencia, en wendiano.

—Falda de jade, aquí está mi sangre. —Sacó una fina horquilla del pelo y se agujereó la lengua cuidadosamente con ella. La sangre cayó sobre el mármol y resbaló por la depresión con forma de puño—. Pídele a tu hermana que escuche mis palabras. —Se volvió hacia el este, levantó la lanza y la agitó tres veces—. Falda de flores, aquí está mi sangre. —Se le cayó, de nuevo, de la lengua; sus cuentas se esparcieron y se deslizaron por la hondonada esculpida en el suelo de mármol—. Pídele a tu hermana que escuche mis palabras. —Se volvió al sur, levantó la lanza y la agitó dos veces—. Falda de serpiente, aquí está mi sangre. Pídele a tu hermana que escuche mis palabras. —Se volvió hacia el oeste, levantó la flecha y la agitó una vez—. Falda iluminada, aquí está mi sangre. Pídele a tu hermana que escuche mis palabras.

Por último, miró hacia el cielo, alzó la flecha sin agitarla, así que las campanas solo susurraron sin sonar.

—Kerawaperi, aquí está mi sangre. Escucha mis palabras. Muéstrame lo que permanece oculto a mis ojos. —Se puso de cuclillas sobre el hoyo con forma de puño. Hizo algo con la horquilla debajo de la falda; cayó sangre que se fusionó con la pequeña depresión.

Aún agachada, desató la bolsa de cinco dedos y sacó una bellota. Abrió la diminuta tapa e inclinó una bellota hacia delante. Salió un líquido negro y viscoso como el alquitrán, que se extendió, cayó y chisporroteó cuando se mezcló con su sangre.

—Las aguas del caos —dijo ella—. Aceptadlo como una ofrenda.

Lanzó a un lado la bellota, rebuscó en las sobresalientes tetillas de la bolsa, sacó otra. Esta, sin cerrar, tenía un líquido más parecido al oro que al agua, tan ligera que parecía dispersarse hacia el aire antes de descender flotando para mezclarse con lo que ya había en la hondonada.

—Cinco gotas del mar superior. Aceptadlo como una ofrenda.

Chasqueó muy rápido la lengua una vez, dos veces, otras dos veces y le hizo una señal a Zacharias. El miedo le encogió el estómago, pero se arrastró hacia delante. Ella lo quería a él. Ese iba a ser el sacrificio: su propio corazón crearía un charco bajo los pies de ella.

—Es mejor desde las partes masculinas —dijo ella—, pero a ti no te han dejado nada. Saca la lengua. —Ella mantenía la horquilla en la mano.

¡Ay, duele! Apretó los ojos y rezó al ahogado para que le diera valor. Cuando manó la sangre y ella empezó a hablar, él abrió los ojos para mirar.

—Tomad esto, la sangre de una criatura que vivirá y morirá en el mundo intermedio. Dejad que los tres mundos se unan allí. —Al final, ella se puso en pie y destapó una de las bolsas de cuero. Él dio un grito entrecortado. La sed le había cerrado la garganta. En ese momento, de repente, el corazón le latía con tanta fuerza como cuando sentía placer en cualquier parte de su cuerpo. Podía oler el agua, dulce, clara y fuerte.

Ella lo vertió todo en la depresión con forma de puño, y mientras no dejaba de extenderse, ella permaneció con los pies en el agua. Se quitó las plumas, una dorada como el sol, otra verde como el campo primaveral y otra negra como el carbón, y las dejó caer.

Cuando llegaron al agua, surgió un vapor, un vaho que se concentró y desapareció. En medio del vaho, él tuvo una visión tan vivida que sintió que podría ser capaz de estirarse y tocar a la mujer que allí se encontraba.

Una mujer joven con la piel de la cara quemada lee a la luz de una vela; mueve los labios, pero no hace ningún sonido. Con la mano derecha, pasa las páginas, una a una. La mano izquierda descansa en su amplio vientre de embarazada.

Él escuchó un silbido, agudo, entre dientes; poco después, se dio cuenta de que era la respiración de Kansi-a-lari, su voz.

—Él está cerca. Lo puedo sentir.

Un hombre entra en la habitación con cuidado. Es alto, de amplias espaldas, elegante como los grandes hombres que se encuentran cómodos con su cuerpo. Tiene un destello en los ojos que puede deberse a la furia, o a la risa. A este hombre lo ha visto dos veces antes en las visiones.

Su compañera espiró una palabra saliana, aguda, con una exhalación.

—¡Sanglant! —Ella dio tres patadas en el suelo y agitó la espada de modo amenazador hacia el cielo con un gran grito, como el de un halcón.

La visión desapareció al mismo tiempo que el agua y que las tinturas que ella había estado vertiendo sobre el suelo de mármol. El viento deshizo el vaho y el sol se alzó en una brillante mañana de primavera llena de promesas. Permanecían solos en una plaza oval; el mar se quejaba y murmuraba más abajo. La mujer aoi mostró una sonrisa de satisfacción a pesar de todo. Le dio a él la otra bolsa de cuero.

—Bebe ahora. Después de todo, comeremos las provisiones que nos quedan. Descansaremos aquí durante un día y empezaremos nuestro descenso mañana al amanecer.

Se lo hubiera tragado todo, pero sentía mucho respeto por su buen compañero, el caballo, así que se vertió agua en la palma de la mano y dejó que el animal la tomara. Solo después bebió tres sorbos, luego otros tres, con moderación.

Cuando recuperó la voz, se volvió hacia ella.

—¿Quién era la joven? Era hermosa.

—No lo sé. —Ella se sentó relajada junto al hoyo poco profundo, a comer la última carne de cabra seca.

—¿Quién era el hombre?

Ella cortó en tiras la dura carne y las comió una a una, se lamió los dedos antes de responder.

—Es mi hijo.

Tallia habló lloriqueando y se quejó, pero cuando se daba cualquier orden con la suficiente firmeza, ella la obedecía. Esa era la técnica que él debía haber seguido desde el principio. Al final, lo comprendió. Por supuesto, ella tenía un rango superior, pero el nacimiento no lo era todo; era débil, como había dicho Lavastine. Recordaba las indirectas e intrigas de la duquesa Yolande sobre las coronas y los tronos, pero Tallia ni siquiera tenía la fuerza suficiente como para gobernarse a sí misma. ¿Cómo se podría pretender que rigiera un reino?

Tardó bastante en recuperarse porque había pasado demasiada hambre. Durante un tiempo, yació enferma, con frecuentes fiebres. Aceptaba algunos alimentos, otros los vomitaba. Al principio solo permitía que él le diera de comer, porque tenía que alimentarla con pequeñas porciones seis veces al día como a la inválida en la que se había convertido. Al haber crecido en la casa de la tía Bel, había pasado mucho tiempo cuidando niños enfermos, por lo que sabía cómo tratarlos cuando se comportaban con rebeldía primero y con docilidad minutos después. Al final ella se habituó a comer con normalidad y, semanas más tarde, comenzó a ganar fuerza. Llegó, y pasó, la festividad de santa Heredia, el mes de Askulavre transcurrió con su frío y la duquesa Yolande no llegó.

Los últimos meses de Askulavre, grandes y grises nubes cubrieron el cielo y en el espacio de dos días nevó con diligencia. Durante semanas, no podía ir más allá del río y del pequeño convento dedicado a san Thierry, que había sido creado por el abuelo de Lavastine, Charles Lavastine el Viejo, el año en el que su madre, la condesa Lavrentia, murió al dar a luz a su segundo hijo, el abuelo de lord Geoffrey, que también se llamaba Geoffrey.

El día de santa Oya, Tallia demostró estar tan fuerte como para sentarse a su lado, mientras daba la bienvenida a las jóvenes que en el último año habían sido bendecidas con la sangre sagrada. Ella las engalanó con coronas de enebro y acebo, ya que la nieve había impedido utilizar las habituales violetas. Aquel día en la iglesia, a las muchachas así consideradas se les permitió sentarse en los bancos de las mujeres como reconocimiento de su nueva posición. Sin embargo, el día de santa Oya no introdujo nada en el vientre de Tallia. Su pecho no aumentó, como hubiera sucedido si hubiera estado embarazada. Ninguna sangre sagrada le manchó los muslos, mientras la luna crecía y menguaba. Algunas sabias mujeres de manos

nudosas del pueblo examinaron a Tallia y dijeron que, a causa de su enfermedad, su vientre se había marchitado y que necesitaba tiempo para volver a ser fértil, tiempo además de varias infusiones de ortiga y mejorana, o de una poción de Manto de la Señora, el remedio de todas las mujeres para las enfermedades del vientre. Con el tiempo y una dieta rica en carne y legumbres, según ellas, su vientre volvería a aumentar y a estar preparado para albergar a un niño. No obstante, también le advirtieron que, hasta entonces, él y ella no debían volver al lecho matrimonial.

Él fue cauto con ella, pero también le dejó claro que, en cuanto se recuperase, ellos tratarían, era su deber, de engendrar un hijo. Ella lo miró con sus enormes y delicados ojos.

Como si se tratara de una broma pesada, Rabia se puso en celo. Alain encerró a Pesar y la dejó con Miedo, pero no se quedó preñada. Igual que Tallia, habría que esperar.

Fevrua era conocido, comprensiblemente, como el mes de las privaciones, en el que las provisiones del invierno se agotaban sin que hubiera llegado la primavera. Durante la administración de Lavastine, siempre había suficiente suministros para su gente y Alain gestionaba bien: encargaba a la castellana Dhuoda que se ocupara de lo que hacía mejor y él se dedicaba a juzgar en los casos de disputas: se había derrumbado un muro de rocas y dos señores discutían sobre el lugar exacto del muro limítrofe; un joven había dejado embarazada a una muchacha y ambos querían casarse, pero los padres de él ya le habían organizado un buen matrimonio y querían que la familia de la joven abandonaran sus pretensiones o que ofrecieran una dote semejante; un peón había asesinado a un compañero, pero los dos estaban borrachos; el moho había estropeado un valioso almacén de centeno y el agricultor afectado acusó a su vecina de haber lanzado un conjuro sobre su grano, porque estaba enfadada con él por no permitir que su hijo se casara con su hija, aun cuando, en realidad, su hijo era un guarro inútil. Las disputas del invierno, como decía la tía Bel, tenían un regusto a aburrimiento; eran insignificantes y hoscas. Él se esforzó por resolver estos problemas con sentido común y con buena conciencia.

En la época de la festividad de santa Johanna, la mensajera, Tallia se había recuperado bastante como para salir a caminar entre los pobres que iban y venían por las barriadas construidas en los bosques al oeste del pueblo de Lavas. Muchos de ellos habían huido hacia el norte desde Salia con la esperanza de encontrar refugio allí. Cada harapienta familia tenía una historia distinta: sequías, hambruna, luchas entre señores, asaltos de eikas, aunque hay que reconocer que ninguna sabía qué sucedía solo que en Salia había sufrimientos y no había ni trabajo ni comida.

No, al menos, para todos. Nunca habría suficiente.

Él solía llorar por las noches, por haber visto otro pequeño cadáver. Parecía demasiado horrible. Parecía demasiado injusto.

A menudo él apartaba el pan de su plato, lo suficiente, y entregaba esos trozos de pan por la noche cuando sacaba a los perros por última vez. Todas esas pobres almas

tenían tan poco que, a la mañana siguiente, contarían que una hogaza de pan se convertía en veinte, suficientes para alimentar a cuarenta personas. Entonces, algunos miembros de su séquito, al oír tales rumores, se quejarían diciendo que malgastaba sus riquezas con extraños, mientras que otros argüían que su pueblo tenía suficiente y que esa era la muestra de un lord generoso que acumulaba lo que no necesitaba.

A menudo rezaba junto al cadáver de Lavastine, pero nunca recibía respuesta alguna.

Llegó la fiesta mariana y el primer día de primavera, la nieve se derritió, las violetas florecieron en abundancia y se concluyó por fin la tumba en la iglesia de san Lavrentius. Parecía apropiado que Lavastine yaciera allí aquel agradable día, de aire fresco que, como si fuera su muestra de aprobación, aliviaba los corazones, con un cielo compuesto a partes iguales por altas y suaves nubes y por un cielo azul, ni demasiado oscuro, ni demasiado brillante.

Les ocupó toda la semana bajar el cadáver por las escaleras con un trineo. En vez de instalar caballos, ataron unas cuerdas firmes al trineo y una docena de hombres se ofrecieron voluntariamente para transportar el cuerpo hasta la iglesia. Lo que sería un breve paseo en condiciones normales se convirtió en una hora durante la que se arrastró un pesado cadáver hasta su lugar de descanso, mientras que en la iglesia el diácono oficiaba ante la congregación la misa en honor al martirio de santa Marian, la Discípula. Los allí reunidos observaban en silencio cómo los hombres utilizaban una combinación de cuerdas y palancas, piedras y poleas para levantar el cuerpo y colocarlo en la tumba. A continuación, colocaron a Pánico a sus pies e Incólume por encima de su cabeza para que lo acompañaran tras la muerte.

Entonces, con Alain y Tallia arrodillados a un lado de la tumba, el diácono cantó la misa por los muertos y dirigió los himnos de la congregación. Las campanas tañeron para finalizar el funeral y, a medida que salía la asamblea, todos tocaron un pie de Lavastine antes de abandonar la iglesia. Tallia se fue con sus sirvientas para supervisar la preparación del banquete.

A Alain le resultó difícil salir. En cierto modo, abandonar allí solo a Lavastine suponía aceptar que finalmente había muerto.

—¡Ay, Dios! —rezó—, no dejéis que yazga en la oscuridad. Os lo ruego, Señora y Señor, que la esperanza se imponga al dolor. —Tocó la fría frente, dura y suave como el granito—. Os lo prometo —susurró—, veré como nombran conde a vuestro legítimo heredero después de mí.

—¡Señor conde!

Tardó un momento en responder, al esperar otra voz. Pasó un dedo por los pálidos labios de piedra y reconoció a uno de sus auxiliares.

—¡Señor, un mensajero! ¡La duquesa Yolande llega hoy con un séquito de cuarenta personas!

La nieve se había derretido, pero Alain se topó con una tormenta de actividad cuando regresó a toda prisa a la sala. No podía hacer otra cosa que no fuera esperar:

todo el mundo sabía cuál era su trabajo y él dejaba que lo hicieran sin interferir.

Al final de la tarde, tras el servicio de nonas, apareció el séquito con elegantes estandartes y lustradas lanzas, brillantes tabardos y alegres canciones. Por un momento, perdió el control y recordó el momento, mucho tiempo atrás, en el que vio por primera vez un séquito de nobles, cuando vio el séquito de *lady* Sabella. Por aquel entonces, le había parecido una visión enviada desde el cielo y, en ese momento, no pudo evitar calcular los días que se quedarían, cuánta carne y cuánto pan iban a comer, dejando, por lo tanto, menos para repartir entre los pobres, y cuántos daños causarían por sus chismorreos e intrigas.

La cabalgata se abrió camino en medio de muchas risas y gritos. Su propia gente se alineó junto a la calzada para observar cómo él esperaba en el porche de la entrada con el sol poniente sobre la cara, con Tallia a su lado y Pesar, Rabia y Miedo sentados a sus pies, obedientes.

—¿A qué vienen todas estas caras largas? —gritó la duquesa Yolande mientras se bajaba del caballo para dar un beso a Tallia en la mejilla. Tenía un aspecto robusto, estaba bien alimentada y alegre. A pesar de las semanas de recuperación, Tallia parecía delgada y amarillenta a su lado—. Es primavera y debemos alegrarnos mucho. ¡Ah, conde Alain! ¡Adivinad a quien me encontré en el camino! Lo he traído para que podáis celebrar juntos la primavera.

Cabalgando a su lado, como si fuera un familiar se encontraba lord Geoffrey, que saludó a Alain, con la debida cortesía y suficientemente apartado de los perros, y que mostró sus respetos a Tallia. Para ese entonces, ya habían informado a Yolande de lo acaecido ese día, por lo que ella insistía en que se le llevara a ver el féretro.

Ella hablaba mientras avanzaban.

—En realidad, quería venir antes, pero tuve que permanecer en cama por este niño. Gracias a Dios ha resultado ser fuerte a pesar de ser tan pequeño. —Alain no había visto ninguna señal del niño, que debía estar bajo el cuidado de alguna niñera del séquito de Yolande—. Así que nos quedamos un tiempo en Autun, donde permanecí yaciente. Estaba tan agradecida por las oraciones de la obispo que, en su honor, llamé al niño Constantinus. Tenía el pelo bastante oscuro como su padre, lo que era una pena, pero bueno... Autun era un laberinto de chismorreos. Un día oía una cosa y la contraria al siguiente. Henry está descontento con sus hijos. Desterró a Sanglant de la corte por casarse con una de sus Águilas, la cual fue excomulgada y condenada por utilizar brujería maligna. Me parece que lanzó un embrujo sobre el príncipe porque Henry quería nombrarlo su heredero y ella quería ser reina. Aunque, teniendo en cuenta lo mujeriego que era Sanglant, me pregunto si todo eso será verdad. ¡Es más probable que él la sedujera a ella!

—Por favor —interrumpió Alain, sorprendido por todas estas nuevas—. ¿Cómo se llama ella?

—¿Ella quién? Al mismo tiempo, el rey casó a Sapia con un bárbaro y la envió a luchar contra los salvajes, lo que no presagia buenos augurios para sus

aspiraciones al trono. Nunca la hubiera casado con un ungriano si hubiera pretendido que ella reinara tras él. Envió a Theophanu hacia el sur, a Aosta, para, tal vez, favorecerla a ella, pero es muy fría. Nunca muestra sus sentimientos como una persona real. La sangre de su madre la hizo así, lo juro. Al pequeño lo envió a Gent para que se hiciera abad. ¿Qué os parecen todas estas nuevas, prima? A mí me parece que Henry cree que ninguno de sus hijos legítimos es el apropiado para el trono.

Tallia empezó a sonrojarse. Tenía cierta capacidad para escuchar sin escuchar y Alain la reconoció en aquel momento. Las palabras de Yolande había fluido sobre ella como el agua sobre la piedra, sin darse cuenta de qué manera todo aquello estaba relacionado con ella.

Al final, respondió, con una mirada nerviosa.

—¿Y mi madre?

—Solo se me permitió ver a *lady* Sabella en presencia de la obispo Constance —Yolande rio con amargura—. A causa de los crímenes de mi padre en contra de Henry, aún no se confía en mí. Pero ella se encuentra bien. Vuestro padre ha jurado los votos de la conversión en Firseburg. Dicen que allí está contento. Vuestra madre no está tan contenta, aunque sabe perfectamente como morderse la lengua. Le conté vuestra visión de Nuestra Sagrada Madre, que es Dios, y de Su Sagrado Hijo.

Tallia se puso en alerta, como un perro ante un olor. Se ponía muy guapa cuando se apasionaba por algo. Sin embargo, Alain tenía una espina clavada en el pecho, como si fuera la carga más pesada que hubiera soportado nunca, a excepción de la mentira que le había contado a Lavastine y el juramento roto que había hecho a su padre adoptivo, Henri.

—¿Qué dijo mi madre? ¿Se ha entregado a la Palabra Verdadera? ¿Entiende el milagro de Su sacrificio y redención?

Yolande se encogió de hombros de casualidad.

—Dijo que la que reina que se encuentre en el poder puede utilizarlo para influir en la Iglesia.

—¡Ah! —Tallia miró a Alain y luego apartó la mirada. Tenía el color muy subido; las delgadas manos se movían como si sujetaran la correa de un perro nervioso—. No había pensado en eso —musitó y, entonces, de repente, se calló y se quedó mirando fijamente el porche de la iglesia a medida que pasaban por debajo de su sombra. Esperaron en el interior de la nave durante un momento para que se acostumbraran los ojos. A continuación, en grupo, avanzaron hacia la tumba.

—¡Ah! Entendí mal —siguió Yolande—. Pensé que habíais dicho que Lavastine en persona había sido enterrado hoy directamente. ¡Qué excelente trabajo! Parece muy real. Juraría que nunca había visto nada igual, ni siquiera en la capilla de Autun. Hay una estatua de piedra del mismísimo emperador, yacente en una capilla ardiente, bastante parecida a esta, pero puedo garantizar que la obra no tiene tanta calidad.

Tallia susurró.

—Fue una maldición.

—¿Disculpad? —preguntó Yolande bruscamente, con la mirada puesta en Alain. Geoffrey se había acercado para pasar una mano por uno de los hombres de piedra, pero retiró la mano de repente como si hubiera notado algo alarmante.

—Dios lo maldijo por no haberme permitido construir una capilla en honor de Nuestra Madre y su Hijo —dijo Tallia—. Por eso murió, pero, a partir de ahora, todo va a ser diferente.

—Así será —murmuró Yolande, con los ojos en Geoffrey—, si así lo haces. ¿Y el heredero? ¿Ya estás embarazada?

Geoffrey levantó la cabeza. El silencio se había apoderado del grupo con tal intensidad que Alain podía oír cómo el polvo caía de los aleros y cómo los ratones escarbaban las paredes. Tallia cogió aire para hablar. El último rayo de luz atravesó las ventanas y se extendió por el suelo de piedra, tembloroso, breve como la esperanza de vida humana, como la rápida sacudida de las alas de un ángel.



Parpadea una cortina pálida y rosa en el aire, una luz trémula en el cielo que desaparece. ¿Fue eso el pasar de las alas de un ángel? No. Él sabe bien de qué se trataba. Las Madres Sabias dicen que la cortina de luz que se ve a veces en el cielo invernal es, en realidad, viento procedente del sol y dirigido hacia la tierra. Él supone que tienen razón: ven mucho más allá que él. Sin embargo, en noches como esta, se pregunta si, en vez de viento, no se tratará de un tipo de agua, alguna marea difícilmente explicable que se arrastra hacia delante, que asciende y desciende, entre la tierra y los cielos. Allí permanece, de pie, atrapado en la corriente, a la espera.

El aire ronda a su alrededor, como la lenta exhalación de la tierra; el calor inunda el frío cielo de la noche a medida que abandonaba las rocas. Espera en un cráter, un cuenco de rocas sobre el alto acantilado. Espera solo, porque solo fue señalado por el rastro de la Madre Anciana de Hakonin. Por como había derrotado a los guerreros de Hakonin cinco semanas atrás, por como se había ganado un nombre al convertirse en líder de la tribu Rikin, por como ahuyentó a los asaltantes jatharin que habían acosado las granjas de Hakonin más distantes, por todo eso, fue elegido por la Madre Anciana de Hakonin para entrar en la cueva de nidificación en el fondo de la roca. Los caminos permanecen ocultos para todos, salvo para las Hijas Veloces; las trampas y los escollos aguardan a los imprudentes, a aquellos que buscan lo que está prohibido: el secreto de los nidos.

Caminó a través de salas de rocas y por el reflejo fosforescente de túneles, siguiendo el débil repique y la dispersión de la faja dorada de la Hija Veloz que lo guía. Ella lo llevó hasta aquí, por unas escaleras talladas en la roca hacia ese cuenco de roca abierto al aire, azotado por el viento que emerge de la montaña. Aquí espera.

Primero lo percibe como un cosquilleo que le rodea la nuca, como un dolor penetrante en la base de la columna. De repente, el aroma se extiende con la agudeza de un filo de obsidiana.

La Madre Joven de Hakonin ha desovado.

El olor le impacta mucho. El dolor le rasga el vientre. Se parte en dos, eviscerado. Todos sus sentidos se tambalean ante la arremetida. Como si hubiera una aguja, le atraviesa un hilo para coserlo, para tejerlos, sin que haya un fin para lo que fue antes y tampoco un principio para lo que es ahora. Cuando se acerca la marea, la playa es sepultada sin remedio. Cuando una bolsa de agua se llena demasiado, el agua se derrama porque no puede contener más de lo que puede: cuando un fuego arde y atrapa una yesca seca, se aviva.

Estaba en sus garras. Está perdido ante él, como un cúmulo de sentimientos. El olor de los nidos húmedos recién expulsados lo inunda como una lluvia de flechas que caen sobre él y le perforan hasta los huesos.

¡Qué pena del pobre Alain! Para él, todos los días son como este, marcados por las despiadadas e infinitas fauces de la emoción.

La Madre Joven de Hakonin surge entre las sombras, con la grácil y enorme figura del granito más hermoso. Lo observa sin apartar la vista, con la fuerza del castigo en la mirada. Tras ella, nuevos nidos brillan en charcos poco profundos, masas de globos diminutos cuyas membranas incoloras aparecen bañadas de rojo y rosa bajo la cortina de luz celestial que baila por encima, bajo el viento expelido por el sol. Su complejo perfume se mezcla con el hilo de su cuerpo para que así forme parte del tejido. A la altura de la ingle, aparece un saco y se hincha, a punto de estallar. Llegan otros.

Ya no es la criatura que era. Por esa noche, pertenece a las Madres de Hakonin y servirá a sus propósitos, que es la vida de la tribu. Él se tambalea hacia delante, aunque lo odia, aunque se deleita, mientras sus últimos pensamientos racionales son borrados por la salvaje y sangrienta hambre de una cosa a la que no puede poner un nombre de su idioma, sino de la lengua de Alain y que no es otra que «deseo».



La tira de luz solar se estremeció y se desvaneció al ponerse el sol por el oeste. Él sentía a su lado la respiración de ella, su más mínimo estremecimiento, cuando ella expulsaba el aire que había aspirado instantes antes, siglos antes. Ella rozó con sus dedos los de él; ella se estremeció y vaciló, como una mariposa, igual de hermosa, igual de frágil. Él lo recordó todo entonces. Todo el deseo que él había sentido por ella lo inundó del mismo modo que la marea arrasa la orilla. En ese momento estaba más bella si cabe: en las mejillas tenía el rosa más pálido, su pelo estaba limpio y era

tan fino como los rojizos trigales al sol del verano. Poseía un cuello con la elástica gracia de los cisnes. Había ganado suficiente peso como para que el vestido le ciñera los pechos y para que las caderas aumentaran bajo el tejido como un lugar de descanso para unas afectuosas manos.

Ella no lo miró, pero se sonrojó con el color de una mujer que ve a su amado por primera vez en la intimidad de la alcoba. ¿No era evidente que ella lo amaba a él, que con toda seguridad no la merecía a ella, nieta de reinas y reyes?

Al final, ella intervino con la voz más firme que él le había escuchado nunca.

—Dios ha escuchado mis oraciones. Sigo siendo virgen. No estoy embarazada.

Geoffrey exhaló un profundo suspiro de satisfacción y se volvió hacia Yolande.

—¿No predije yo esto? ¡Dios ha hecho que él sea impotente! Es una señal. Si fuera el legítimo heredero, a estas alturas ya la hubiera dejado embarazada.

¡Ay, Dios! Su propio deseo lo había cegado. Tallia lo miró fijamente y desafiante. Finalmente, él intervino con la voz entrecortada.

—Explicad lo que queréis decir, lord Geoffrey.

—Quiero decir —dijo Geoffrey, entusiasmado con el asunto— que vos engañasteis a mi primo Lavastine. Sois un farsante. Lo he sabido desde el principio. Ya he enviado un mensaje al rey Henry en el que solicito su intervención en el tema.

—El rey Henry ya ha juzgado el asunto —replicó Alain—. Él en persona decidió las reclamaciones de mi padre. Yo no pedí que me reconocieran como su heredero. ¡Fue el propio Lavastine quien me presentó ante el rey sin que yo supiera que esa era su intención!

—Eso es lo que decís ahora, pero todos saben que Lavastine en aquella época se encontraba bajo los efectos de un hechizo. Yo nunca he dejado de ser leal al rey Henry, pero vos habéis confraternizado con el Águila que ha sido declarada fuera de la ley y excomulgada por brujería. Le habéis hecho regalos. ¿Quién puede decir que no embrujasteis a mi primo Lavastine?, ¿que no lo convencisteis de algo que nunca ha sido cierto? Le dio un ataque, un ataque provocado por un hechizo. Por eso os nombró su heredero.

La duquesa Yolande lo observaba con la presión de la opinión, y de la ocasión, en la mirada. ¿Su propio padre no se había aliado con Sabella en contra de Henry? ¿Quién podía conocer sus lealtades? Tallia tenía cierto derecho legítimo al trono. La esposa de Geoffrey pertenecía a una familia poderosa y tenía una hija, aún un bebé, que esperaba que fuera nombrada condesa de Lavas. Por su parte, Yolande tenía un hijo pequeño, el segundo niño, que, si vivía, necesitaría casarse con una noble poderosa.

¡Ay, Dios! No era de extrañar que Lavastine no tuviera mucha paciencia con la corte. Las intrigas no eran más que un palacio de espirales, lleno de enredos y nudos en el que, una vez se entra, es imposible encontrar la salida. En él, os moriréis de hambre, mientras los carroñeros se alimentan de vuestra carne, sangre y huesos.

Alain se volvió hacia Tallia, quien, pasó la mano suavemente por su virgen

vientre. Ni siquiera lo miró a los ojos. Eso era, por supuesto, lo que más dolía. Podía haber arañado la mano de él con sus uñas: el dolor no hubiera sido tan grande.

Silbó y, de repente, la atención de los miembros del séquito de la duquesa se dispersó cuando los perros entraron dando saltos, entre gruñidos, y lo rodearon. Tallia empezó a llorar, Geoffrey se retiró cinco pasos y puso la mano sobre la espada. La duquesa Yolande llamó a sus guardias, pero permanecieron vacilantes en la puerta, con miedo a acercarse.

—¿Entonces qué pasa con los perros? —preguntó Alain—. Si vuestra hija o vos sois los legítimos herederos, ¿por qué me obedecen los perros?

—¡Otra señal más de vuestro embrujo! —dijo entre dientes Geoffrey—. No fue mi abuelo el maldecido por los perros. Él solo era el hermano pequeño de Charles Lavastine, que se convirtió en conde tras la muerte de su madre. ¡Ay, Dios! ¿No conocéis la historia? La condesa Lavrentia solo tuvo un hijo, a quien llamó Charles Lavastine. Nunca se quisieron. Ella rezaba todos los días para tener una niña, que tendría preferencia ante él, pero no se quedó embarazada. No hasta que Charles Lavastine tuvo dieciocho años. Todo el mundo se sorprendió de que una mujer, después de haber cumplido los cuarenta, tuviera un hijo. Su marido murió en un accidente de caza estando ella encinta, y ella falleció en el parto. Hay quien dice que fue a causa de la decepción de haber tenido otro niño en vez de la niña que tanto deseaba. Otros dicen que Charles Lavastine la asesinó para asegurarse de que no se volviera a quedar embarazada. Entonces se convirtió en conde y a él le correspondió poner nombre al niño. Lo llamó Geoffrey, mi abuelo, quien fundó un convento en San Thierry y que recorrió el campo en busca de niñas para que se convirtieran en monjas y rezaran por el alma de su madre. Allí dispuso que descansara su madre. Fue justo después de que ella muriera cuando los perros llegaron al condado de Lavas y cuando él empezó a cazar y a ir a todos lados con ellos, como si fueran sus guardaespaldas. Nadie sabe cómo, por qué o de dónde salieron, pero todos afirmaban que se trataba de un hechizo y que había entregado algo muy valioso a cambio de los perros. Desde entonces, los perros solo lo obedecían a él y luego a su hijo, el joven Charles, y luego a su hijo, el Lavastine más joven.

—Y ahora me obedecen a mí —respondió Alain con suavidad. ¡Ay, Señor y Señora! Estaba furioso y, aun así, la rabia permanecía en silencio, como las brasas al rojo vivo cubiertas por las cenizas. Geoffrey había ocultado sus intenciones todo ese tiempo. ¿Lo habría sospechado Lavastine? Sin duda. Por eso quería que Geoffrey hubiera estado presente en su lecho de muerte, para que hiciera un juramento, pero Geoffrey no estuvo allí.

—Pero si todo este tiempo se ha tratado de un encantamiento, también podríais haber encantado a los perros. No tenéis pruebas de que él fuera vuestro padre. Convocaré a todas y cada una de las almas de este condado para que juren qué vieron, o qué no vieron, hace dieciocho años cuando aquella sirvienta fue postrada en la cama con un niño que ella aseguraba que era su hijo bastardo. Todas las mujeres

pueden mentir. Incluso vos podéis mentir, al oír la historia, y haceros pasar por lo que no sois. ¡Dios Santo! —Geoffrey se volvió hacia la duquesa Yolande, como si le estuviera suplicando—. ¿Cómo vamos a confiar en el testimonio de estos perros? Son criaturas del Enemigo. Todo el mundo sabe que estos mismos perros acabaron con la vida de la esposa de mi primo y a su hija pequeña, destrozando sus cuerpos.

Tallia lloriqueó y se acercó a Yolande, que tenía los ojos bien abiertos a causa de un interés evidente.

—Si eso es cierto —dijo Yolande—, entonces ¿por qué Lavastine iba a permitir que estas bestias lo acompañaran después de todo?

—Ella le mintió —dijo Alain con la voz quebrada—. El niño no había sido engendrado por Lavastine, sino por otro hombre.

—Eso decía él —respondió Geoffrey—. Eso decía él para tapar su propia culpa. Nadie hablaba de ello, nadie lo acusó, porque lo temían.

Eso ya era demasiado.

—¡Su gente confiaba en él porque era un buen señor con ellos y se preocupaba por ellos!

—¿Y quién se preocupará por ellos ahora? —Geoffrey se volvió de nuevo hacia la duquesa Yolande—. Los perros son una maldición, no un regalo. Y lanzaron la maldición sobre mi tío abuelo Charles Lavastine, no sobre mi abuelo. La maldición pasó del primer Charles al segundo Charles y después a Lavastine, al que afectó la brujería y al que engañó su hijo. Pero mi línea familiar está libre de la maldición y mi hija está sana. Lavastine la nombró heredera a ella el día que nació. Ella es la legítima heredera de este condado, no este... este... —No miró a Alain, solo hizo un gesto hacia él como si fuera un animal a punto de ser conducido al matadero—. Este chico de vulgar origen que nos difama a todos al pretender ser de noble cuna.

Miedo arremetió contra él.

—¡Tranquilo! —gritó Alain, aunque el daño ya estaba hecho. Miedo derribó a Geoffrey, lo golpeó con fuerza y le hubiera arrancado la cara si Alain no hubiera saltado y no lo hubiera agarrado por el collar y tirado de él.

—Si hay alguien más a quien debáis mostrar lealtad aparte de a mí —dijo Alain furioso al agitado perro—, entonces ir hacia a él ¡ya! —Soltó el collar del perro.

Miedo salió corriendo hacia la puerta. Los guardias se apartaron de su camino de un salto, al tiempo que apuntaban frenéticamente al imponente perro con sus lanzas. Yolande les gritó una orden y se pusieron en formación, con retraso, creando una barrera para proteger a Yolande, a Tallia y al postrado Geoffrey. En el exterior, los criados se dispersaron entre gritos.

Rabia gruñó pero no se movió. Pesar dio dos pasos hacia delante, pero se detuvo, estremecido, cuando bajaron las lanzas, que le rozaban su gran cabeza.

—Tranquilos —dijo Alain, con más suavidad, aunque le temblaba la voz. Los dos perros se sentaron, obedientes.

Geoffrey se puso de pie, sin mostrarle atención.

—¿Veis? —dijo a Yolande—. El perro se fue. —Ya no miraba a Alain; le dio la espalda.

—El rey debe juzgar lo que me habéis mostrado —dijo Yolande—. Vamos, prima —le indicó a Tallia, que estaba blanca como la nieve y casi tan inmóvil como un cadáver—. Debéis acostaros. Podéis tener la certeza de que yo os protegeré hasta que me asegure de que se hace justicia.

Se fueron juntas, con la fuerza de la compañía. Tallia ni siquiera miró atrás una sola vez.

Había silencio en la iglesia. Lavastine seguía yaciendo muerto, como una verdadera estatua. ¿Su espíritu lloraría al oír a Geoffrey destrozar sus esperanzas? ¿O ya descansaba en paz en la Cámara de la Luz?

—¡Ay, Dios! —Rabia le rozó la mano con la nariz y le lamió los dedos. Empezó a recordarse a sí mismo quién era y dónde se encontraba. Dos de sus auxiliares seguían allí, impacientes y preocupados. Pesar aulló suavemente y se dirigió a la puerta para el paseo nocturno. Alain sacó a los perros. Algunos de sus sirvientes lo esperaban fuera. Otros se habían ido con la duquesa.

Buscó a Miedo en todos los lugares que frecuentaba: la caseta de los perros, la alcoba, la vacía cámara de Lavastine en la que solo permanecían el olor a almizcle de la piedra y las marcas del trineo que habían usado para arrastrar el cadáver de Lavastine por el suelo. Miedo había desaparecido.

Por la mañana volvió a buscarlo, pero no encontró rastro alguno de él, ni siquiera con Pesar y Rabia a su lado. Entonces se encaminó a almorzar con la duquesa Yolande, en las cámaras que se le asignaron.

—¿Dónde se encuentra mi esposa? —le preguntó a ella, al ver que Tallia no acudió a comer.

—No se siente bien —respondió Yolande con suavidad—, pero no temáis por su bienestar, conde Alain. Descansa al cuidado de mis médicos.

—Me gustaría verla, estimada duquesa —dijo Alain, con terquedad.

—¡Ay! Está durmiendo y creo que será mejor que no se le moleste, ¿verdad? Os haré saber cuándo se despierta.

Pero no lo hizo. Visitó las cámaras ocho veces al día y Tallia seguía indispuesta, descansando, dormida o al cuidado de los médicos, cuyo trabajo no podía ser interrumpido. ¿Yolande había hecho un pacto con Geoffrey? ¿Habían planeado ese rapto? Porque le parecía un rapto. Si pudiera hablar con Tallia, seguro que ella volvía con él, pero no conocía los protocolos.

La duquesa Yolande se fue al día siguiente, y Tallia con ella, escondida en una carreta con una resistente cubierta de lona sobre la que habían bordado los sementales que formaban parte el sigil del poder de Varingia. Geoffrey cabalgó hacia el este, hacia las propiedades de su esposa, pero dejó atrás su estandarte para señalar sus reclamaciones.

—El rey Henry vendrá aquí. —Era más una amenaza que una afirmación.

El conde de Lavas recibió las audiencias en su sala y cabalgó por sus tierras, evitando Osna. Las noticias volaban. Por los campos y los bosques, oía a la gente susurrar y los veía señalarlo. Unos pocos se apresuraban para arrodillarse ante él, mientras otros se comportaban con cierta insolencia. Aunque la mayoría seguían mostrando verdadero respeto, él ya había sido heredero y conde durante el tiempo suficiente como para adivinar qué pensaban o qué habría pensado él de estar en su lugar: ¿A quién favorecerá el rey? ¿Cómo resolverá el rey? ¿Cómo nos preparamos para lo que pueda suceder?

Esperaban y observaban. Se había abierto el abismo. Se había sembrado la duda. Ya era bastante: era lo que durante tanto tiempo temió Lavastine.

Miedo nunca regresó.

—El movimiento es la primera causa del cambio —dijo Severus con su seca y arrogante voz— y las esferas inferiores están gobernadas por las leyes del movimiento celestial. El poder emana del éter, que es el elemento más cercano a Dios y que, por tanto, permanece ajeno a las actividades del Enemigo. —Liath no podía ver la expresión de su rostro, pero la podía deducir por su tono de voz. Él insistió en colgar una manta entre ellos cuando él le daba clases de manera que así no estaría obligado a mirarla—. Esta influencia del éter afecta a todo. En el movimiento radica la armonía, pero en el movimiento también se va el poder. Como los cuerpos celestiales se mueven, agitan los hilos del poder del éter en función de los ángulos y la confluencia de las relaciones entre ellos.

En ese momento, el único efluvio en el que se podía concentrar Liath era que el feto que llevaba en su vientre estaba ejerciendo presión sobre su vejiga, pero no se atrevió a interrumpir a Severus. Una vez ya le había reprendido por haber pedido ir a orinar en medio de una clase, además de haberse negado a darle clase durante dos semanas, hasta que, finalmente, Anne lo calmó.

—Ptolomaia discute las posiciones de los planetas y de las estrellas en el firmamento en función de su movimiento. —En ese punto, Anne o Meriam habrían insistido en que Liath recitara pasajes que ella ya había leído en la Sintaxis o en Configuración del Mundo de Al-Hayham, pero Severus nunca pretendía descubrir lo que ella ya sabía. Como el éter, él emanaba—. Ella afirma: «Los cuerpos celestiales son más poderosos en el cénit», y nosotros también hemos descubierto que su poder aumentaba los ángulos y los hilos a medianoche, en la mayor profundidad, en el lugar opuesto al cénit. Pero ella continúa en esa posición: «Es más, se encuentran en su segunda posición más poderosa cuando se sitúan en el horizonte, o justo por debajo de este, a punto de aparecer». Las estrellas y los planetas que descienden crean un flujo diferente, que se podía usar, o rechazar, en función de las intenciones de cada uno, pero que no se podían ignorar nunca. Deben tenerse en cuenta todos los movimientos. Debe considerarse el todo, no las partes. De esta forma, el mathematicus puede comprender y aprovechar el poder que emana del cielo. Por consiguiente, posición y movimiento. Dejad que estos actúen según vos los guieis.

El feto se movió y ejerció presión hacia arriba, sobre su estómago. Liath evitó un eructo. La sala olía a las virutas de madera que habían desparramado por el suelo

aquella mañana. Severus nunca les permitía que se sentaran fuera cuando él daba clases, porque, decía, el mundo natural la distraía, sin duda otro ejemplo de su degeneración. Le rozó la mejilla la brisa, que se colaba por las puertas delanteras, que estaban abiertas. Era otro estupendo día. En la distancia, oyó los firmes cortes de un hacha que interrumpía el silencio a intervalos. Sanglant estaría fuera, en las colinas del valle, fuera, al sol, al viento y al aire fresco, pudiendo orinar cuando quisiera. En momentos como aquel, lo envidiaba.

Severus continuó.

—Ahora. Pasemos a la cuestión de los cambios de fuerza con la distancia y consideremos los cuerpos celestiales. La mayoría de los antiguos académicos coinciden en que las estrellas son ángeles caídos de la Cámara de la Luz, pero ¿qué relación mantienen con los daimones que moran en las esferas superiores? ¿Los daimones son esclavos de su movimiento y de su voluntad, o son criaturas de libre voluntad, como nosotros?

Liath se movió en la silla, con la esperanza de que estuviera a punto de acabar. Él tendía a mezclar libremente la teología con la astronomía, y la teología a ella la aburría. Ella preferiría calcular el movimiento de los planetas u observar el mundo natural antes que reflexionar sobre los deseos de Dios o diseccionar algunos puntos oscuros disimulados en los Sagrados Versos.

—Así que hemos caído —continuó con un suspiro más de disgusto que de nostalgia—. Esa es la tragedia de la humanidad: nuestras almas, puras, han caído a través de las esferas para alojarse en un cuerpo corrupto, aquí en el cruel y pasajero mundo de las generaciones. Podríamos estar más cerca de Dios...

Se detuvo. Ella oyó, claro como si fuera el sonar de una campana, el ladrido de un perro, pero no era el de Sanglant. A continuación oyó un chillido.

Severus se movió tras la sabana. Ella gruñó, se levantó con esfuerzo y caminó tras él, después de separar a un lado la sabana y de pasar por la puerta con cuidado; al salir, la luz del sol la deslumbró.

Al principio, le resultó difícil comprender la escena que estaba presenciando. Dio la vuelta a la esquina de la sala y allí, escondida, se puso de cuclillas para orinar, mientras la acompañaban los chillidos, los gruñidos y los gritos. Se puso en pie y volvió pesadamente a la esquina cuando un gran perro negro atacó a la hermana Zoé. Liath agarró un palo, pero cuando llegó al lugar, Heribert ya había corrido hasta allí, blandiendo su sierra ineficazmente y Zoé se había retirado a la torre, donde sollozó en la seguridad de la puerta, mientras la consolaba la hermana Meriam. La hermana Venia se había retirado con Severus, pero en ese momento avisó con un grito. El perro se lanzó sobre Heribert y lo derribó justo cuando Liath lo aporreaba en los cuartos traseros. Se dio la vuelta, gruñó, pero verla y olería a ella provocó que aullara y que se escapara.

Ella escuchó un aullido. Poco después Sanglant apareció corriendo, con su perro eika también corriendo delante de él. El negro sabueso dio un salto y el aire se cargó

con las expectativas de la sangre y la muerte, mientras los dos canes se acercaban y Sanglant se abalanzaba para llegar a ellos antes de que se lanzaran el uno sobre el otro.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Anne, mientras hacía a un lado a Zoé y a Meriam y salía resuelta para situarse al lado de Heribert, quien se echó para atrás como un cangrejo, para quitarse del medio—. ¿De dónde ha salido esta criatura?

Como si lo tirara hacia atrás un hilo irresistible, el perro negro se apartó, se dio la vuelta y se fue a sentarse a los pies de Anne. Allí se quedó, con la lengua fuera. Sanglant silbó al suyo para que se retirara, y este se escondió, sin dejar de gruñir, con el rabo entre las piernas detrás de él, mientras su dueño se acercaba a Liath. Le acarició el hombro para asegurarse de que se encontraba bien. Respiraba con dificultad; no sabía si a causa de los rápidos movimientos o del miedo, pero solo pudo negar con la cabeza para hacer saber que no se había hecho daño. Él fue a comprobar cómo estaba Heribert y a ayudarlo a levantar del suelo. La hermana Venia se apresuró para cepillar al joven clérigo con tanto interés como si tuviera tres años. Todos se quedaron mirando para el perro negro, que se sentó sumiso a los pies de Anne.

—¿Qué significa esto? —preguntó Anne. Levantó las orejas del can, para mirar si tenía garrapatas, le abrió la boca para examinarle los dientes y le examinó las garras para buscar espinas y llagas—. ¿De dónde apareció?

Zoé no salió de la torre, pero respondió con apenas voz.

—Salió del círculo de rocas. Luego, se fue a por las cabras y después me persiguió. El resto ya los visteis.

—No encuentro la razón de esta intrusión y de que vuestro trabajo se interrumpa más. —Anne le chasqueó los dedos al perro—. Vamos. —La siguió mansamente hacia una de las naves, en la que le indicó que se tumbara. Allí lo ató y dejó, tras pedir a los sirvientes que trajeran agua—. Necesitará comida —farfulló.

Severus se dirigió hacia ella, manteniéndose fuera del alcance del perro, y comenzó a hablar en una voz apagada que no llegaba a los demás. Sanglant había vuelto junto a Liath, con cara de pocos amigos.

—Te podía haber hecho daño —le dijo.

—Pero no fue así y parecía que estaba a punto de arrancarle la cara a Heribert. No provocó ningún daño. —Lo agarró por el codo y, con un poco de presión, lo acercó—. ¿No te recuerda mucho a uno de los perros del conde Lavastine?

—Sí, es verdad —aspiró—. Y huele como sus perros.

Se quedó callado un buen rato, a la escucha, pero ella no dijo nada, solo lo observaba. Había engordado, había perdido la expresión de angustia que lo perseguía después de Gent. La túnica ya no le hacía arrugas, ni le caían trozos de tejido sobre aquel cuerpo extremadamente delgado. Era apuesto, no porque tuviera un rostro hermoso, sino porque era enérgico y estaba lleno de vida, igual que cuando ella lo vio por primera vez, antes del desastre de Gent. Liath suspiró de felicidad y se apoyó en

él. Sin apartar la mirada de Anne y de Severus, él pasó la mano por el vientre de ella, y como si le respondiera, el feto se dio la vuelta en una especie de asombroso intercambio comunicativo de presión y movimiento entre padre e hijo.

—Están hablando en dariyano —dijo él, molesto—, y solo entiendo una palabra de cada diez. Hablan del perro, lo puedo asegurar, como si lo hubieran reconocido o supieran de dónde viene. ¿Pero por qué iban a hablar del emperador Taillefer?

—Calla —dijo ella, con la mirada puesta en los otros. Meriam y Zoé habían regresado a la torre y la hermana Venia aún estaba mimando a Heribert, que parecía impaciente por librarse de esas atenciones. Anne y Severus seguían ajenos a todo, inmersos en un profundo debate. Los sirvientes se arremolinaron alrededor de Anne, como lívidas formas serpenteando entre el viento. La sirvienta fija de Liath, la ninfa de las aguas, se había acercado sigilosamente para darle un repaso al lado de Sanglant. Liath le silbó y la criatura se apartó rápido—. Vamos —dijo Liath—. Vamos a ver lo que podemos.

Parecía que nadie les prestaba atención mientras se alejaban del grupo de edificios: la nueva sala de madera, la vieja torre de piedra y la media docena de pabellones y refugios. Pasaron por las aromáticas fosas, cruzaron el huerto y bordearon el prado y el estanque, después del cual el rastro de un animal ascendía por el bosque hacia un claro que, a un lado, acababa en un escarpado precipicio. Ahí terminaba el valle, bloqueado por una cascada de grandes rocas lisas.

En el claro había una vieja casucha abandonada. Ante todo parecía un antiguo apeadero sin utilizar desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, el suelo era bastante sólido y resistente. Sanglant y ella habían probado su fuerza varias veces antes de estar en un estado tan avanzado de su embarazo. Era uno de los pocos lugares en los que lograban algo de privacidad, aunque, en realidad, dada la constante presencia de los sirvientes, nunca estaban en privado verdaderamente. Aun así, les gustaba ir allí, porque ninguno de los magos iba nunca.

Un anillo de rocas bajo un tejado de paja combado constituía la cocina. Ella se agachó allí, con las rodillas muy abiertas para acomodar el vientre. Él se sentó a su lado con las piernas cruzadas y con el perro detrás de él. La ninfa se deslizaba entre las vigas del techo y serpenteaba alrededor de las laterales, mirándolos nerviosa. No los había seguido ninguno más de los sirvientes, aún atraídos por la confusión.

Sanglant había reunido una provisión de leña y, con unas astillas y unos troncos pequeños, ella hizo un sencillo montón en aquella primitiva chimenea. Entonces, ella llamó al fuego. Desde el principio se dio cuenta de que la sirvienta se había colocado a una distancia prudencial. Sanglant levantó la mirada y con los ojos siguió su rápido y fluido movimiento.

Liath le tocó la mano.

—Mira —repetía ella todo el tiempo, incluso aunque no hiciera bien. Creó un arco en las llamas y miró a través de él, buscando algo—. Lavastine no se encuentra allí —murmuró—. No logro encontrarlo.

El fuego titilaba, ascendía, proyectaba unas sombras a través de una estrecha cueva que giraba en torno a sí misma...

[...] en la nave de la iglesia en la que un joven se arrodilla y reza ante un féretro de piedra. Inclina la cabeza y el pelo le oculta la cara, pero ella lo reconoce de repente. Hubiera sabido de quién se trata en cualquier sitio, incluso sin los dos perros negros sentados a su lado, como fieles asistentes.

—Alain —susurra mientras el calor le abrasa el rostro y él balbucea al rezar como si hubiera oído en su corazón el eco de la voz de ella. Él levanta la mirada, pero solo para señalar a un sirviente que entra con una vela encendida. La luz inconstante cae sobre el féretro y allí, por fin, encuentra al conde Lavastine, en silencio, como si descansara, hasta que se da cuenta de que, para nada es él, aunque podría serlo perfectamente, porque la imagen es sorprendentemente parecida. Por un momento, ella siente un profundo asombro y respeto por el desconocido artesano que haya tallado ese monumento en piedra; entonces, curiosamente, siente pesar, como sentiría por un familiar.

—Está muero —dice ella.

Sin embargo, las palabras la hacen girar y pasar por un segundo arco, ese arco familiar que la arrastra con una fuerza parecida al deseo. A través de la roca de fuego mira fijamente el claro vacío y los árboles muertos. Una pluma azul celeste está tirada en la tierra. El hechicero aoi se ha ido.

—¡Liath! —dijo él de repente, con una mano en su muñeca como si la arrastrara.

A ella le ardía la cara y, por un momento, fue incapaz de hablar, ni recordó dónde se encontraba.

—Chsss —dijo él—. ¡Estás llorando!

Ella lo recordó y también quién era y que relación mantenía con ella. Durante un rato, descansó su cara sobre el pecho de él, sorbiéndose la nariz, pero resultaba muy incómodo, porque el enorme vientre siempre estaba en medio.

—¡Ay, Dios! —farfulló ella, entre breves risas—. ¡Me alegraré mucho cuando este niño salga de mí!

Él la besó en la frente y la soltó.

—¿Qué viste?

—¿No lo viste? —preguntó ella, como siempre hacía, siempre que lo intentaban—. Pensaba que la sangre de tu madre te había acercado a la magia.

—Así debería haber sido —dijo él, con media sonrisa—, pero aún soy incapaz de ver a través del fuego más que simples sombras. ¿Viste a Lavastine?

—Está muerto —dijo ella, y Sanglant respondió con un suspiro y un «¡ay!» de desesperación—. En su lugar, ahora el conde es lord Alain, pero solo tiene dos perros con él. Tal vez los otros estaban en su caseta.

—¡Ay, Dios! Deberíamos haber ido con él. Estoy seguro de que fue la maldición de Corazón Sangriento lo que acabó con su vida.

—La maldición que estaba dirigida hacia mí —murmuró ella.

—Tranquila, amor mío. Lo que pasó, pasó. Fuera la voluntad de Dios, o fuera un accidente, ya no se puede hacer nada.

—No —coincidió ella, con lágrimas por las mejillas—. No se puede hacer nada. Está muerto. Vi a Alain rezar junto a su tumba. ¡Ay! —lanzó un gruñido, le escocían las piernas como si estuvieran llenas de alfileres y agujas hasta los pies. Sanglant la acompañó al precipicio y ella pasó una mano por los pequeños pero gruesos trozos de roca mientras avanzaban. La hierba llegaba perfectamente a los pies del muro de roca que, bruscamente, se descomponía en otras, en piezas enormes como monstruos que abarrotan el claro. Resultaba extraño cómo estaban colocados, en un revoltijo y, sin embargo, sin ninguna señal de que hubieran caído otras más lejos y que rodaran por la hierba. Era como si una mano invisible las hubiera detenido y las hubiera puesto en pie, en el borde del claro. Empezaron a caer copos de nieve, que se le posaron en el rostro. Ella sentía el invierno, pero eso no la emocionó.

—Estoy seguro que es uno de los perros de Lavastine —dijo Sanglant. Lamió un copo de nieve que tenía en un dedo—. Conozco su olor.

La nieve se arremolinó a su alrededor, se disolvía en el arroyo que borbotaba por las rocas y pasaba junto a sus pies, empolvaba las margaritas y las campanillas de invierno y las algarrobas y se fundía sobre la verde hierba como lágrimas de un niño al que le acababan de dar un juego nuevo. Más allá del acantilado y del muro de piedra, el invierno envolvía las montañas mientras ellos permanecían allí, en la eterna primavera.

—Pero si eso es cierto, ¿cómo llegó hasta aquí? —preguntó ella—. ¿Por qué vino?

Sanglant no dijo nada, solo pasó los dedos por el cuello, por donde una vez había estado la torques de oro de la familia real.

Ella tuvo un sueño.

Una rueda dorada brillaba y giraba a la luz del sol. Una mano atrofiada alcanzó el pestillo de una puerta hecha de palos unidos y la puerta se abrió lentamente. Vio el rostro de Fidelis, por fin. ¿Se parecería a la del emperador Taillefer, al que ella había visto esculpido en la piedra? Dentro de la casucha había tanta oscuridad que solo podía distinguir la figura de un hombre, frágil y mayor, y entonces, el sueño se escurrió por su mente, como un pez de sus manos. Se agachó hacia delante para entrar en la casucha y en una cueva cuyas paredes brillaban como si hubieran sido recubiertas con oro fundido. El joven Berthold dormía en la base de una columna de roca ardiente, rodeado por seis miembros del séquito cuyos jóvenes rostros mostraban la tranquila expresión propia de los ángeles que logran ver a Dios. Las llamas se alzaban hacia el cielo y, a través de ellas, pudo ver un paisaje tan vivido que, al instante, estuvo allí, sobre un manto de hielo. Una tormenta de nieve asolaba las cimas de las montañas, las nubes se escurrían entre las altas cumbres rocosas y los gritos del viento casi ahogaban la voz que le hablaba al oído.

—Hermana, os lo ruego, despertad.

Tenía el cuello frío y los hombros húmedos. Cuando intentó agarrarse a algo, sus manos se hundieron en la hierba cubierta de rocío. Una abeja zumbaba alrededor de su línea de visión. Cuando se levantó una brisa, la hierba le dio en la cara, haciéndole cosquillas en la nariz. Estornudó.

—¡Hermana Rosvita! —Con extremo cuidado, Fortunatus la ayudó a sentarse—. Os habéis desmayado. ¿Estáis bien? —La salida del sol le encandiló los ojos, por lo que tuvo que protegerse la cara con una mano.

—Estoy muy confundida —dijo ella, sin energía—. ¿Dónde estamos? ¿La hermana Amabilia está aquí?

—Tranquila, hermana. —Él sonreía como un tonto y le dio una palmadita en la mano, a la manera de un hombre que trata de aplacar a un perro nervioso—. Estamos a salvo. Dejadme que la ayude a ponerse en pie.

Incluso con su ayuda, Rosvita se tambaleó al levantarse. Había tenido demasiada presión tras su enfermedad y todo la afectaba. La escena era tan extraña que creía estar soñando todavía, pero oyó con gran claridad el zumbido de la abeja, entretenida en sus asuntos, y la nariz le picaba con más realidad aún, debido al polvo, por lo que

volvió a estornudar.

—Salud —dijo Fortunatus.

Tal vez no era una alucinación.

Estaba en una loma cubierta de hierba y salpicada con cerifolio almizclado, campanillas de invierno blancas como la leche y el venenoso azul del acónito, una flor tan bella que todo el mundo creía que poseía alguna hermosa virtud, cuando, en realidad, era mortalmente venenosa. Detrás de ella, en el lugar en el que la colina se nivelaba con una cumbre plana, un círculo de rocas en pie coronaba lo alto. Ante ella, el séquito se había dispersado por la colina como niños que juegan, en dirección a una calzada desgastada. Su ánimo era contagioso. Todos armaban jolgorio, gritaban y reían. Fortunatus le dio una palmadita en el hombro y señaló el panorama ante ellos.

—¿Lo veis? —gritó él. Más allá, enclavada en el comienzo de un profundo valle que se abría camino entre las montañas, aparecía una ciudad amurallada—. El hermano Amicus dice que es Novomo, que está por lo menos a cien leguas o más del convento. ¡Un solo paso nos ha traído tan lejos! ¡Nos hemos salvado por un milagro!

—No fue ningún milagro —dijo ella con la voz quebrada—, y estamos más condenados que salvados. ¿Es verdad que el invierno ha quedado atrás?

Él no la escuchó: reía; lentamente, el calor del día y el buen humor de los demás se introdujeron en ella y la animaron. El recuerdo de la pobre Amabilia se desvaneció, igual que el horror del abismo. Había elegido recurrir a la ayuda de Hugh, a pesar de saber lo que él era, como una mujer desesperada que utilizaba un tinte de acónito para tratar las altas fiebres de un niño, aunque supiera que el ungüento, más que curar, lo podría matar. Sin embargo, habían sobrevivido; habían huido. Por eso, por el momento, podía estar contenta.



A medida que la cabalgata avanzaba desordenadamente hacia Novomo, adquirieron una escolta de granjeros curiosos y de un puñado de soldados que se habían acercado para averiguar quiénes eran y para enviar un mensaje a su señora. Durante el trayecto, Adelheid no podía hablar de otra cosa que no fuera su misterioso viaje.

—¡Pensad en lo que sucedería si pudiéramos utilizar este poder! Los ejércitos se podrían desplazar con rapidez. Siempre nos adelantaríamos a nuestros enemigos.

—Os lo ruego, majestad —interrumpió Rosvita—. Es peligroso confiar en quienes actúan en contra de la Iglesia para aprender esas habilidades.

—¿Os arrepentís de que hayamos escapado? —preguntó Adelheid.

Theophanu observaba a Rosvita, sin decir nada. Parecía distante, preocupada.

Rosvita suspiró.

—No, majestad, pero nos encontrábamos en una situación desesperada. Desearía

no tener que volver a tomar una decisión como esa nunca jamás. Puede que esta vez hayamos tenido suerte, porque podríamos perdernos en un segundo intento. No me queda claro que esa salida pueda adecuarse a todo un ejército. ¿Puede permanecer abierta indefinidamente? ¿Las puertas solo sirven para pequeños ejércitos? ¿Y si está nublado? En cualquier caso, me pregunto si realmente hemos resultado inmunes. ¿No os resulta raro este paisaje?

—Esas son las montañas Alfar. Detrás de Novomo se encuentra el paso de Santa Barnaria. Hacia el sur, el camino lleva a Darre, a no más de diez días de distancia a caballo. Nada de esto me resulta extraño, hermana.

—¿Ni las flores, ni el calor? ¿Qué sucedió con el invierno, majestad?

Eso acalló a Adelheid y, cuando una detallada escolta, alertada por los exploradores, salió de la ciudad para saludarla, ella no les mencionó la misteriosa puerta por la que habían viajado.

—¡Majestad! —La señora de Novomo bajó de su caballo e hizo una reverencia. Estaba sorprendida por la aparición de Adelheid y, de repente, empezó a mirar nerviosa alrededor de ella a los bosquecillos de árboles y a los campos en los que los trabajadores, conscientes de sus deberes, labraban el terreno para sembrar—. Dios es misericordioso, reina Adelheid. Habíamos oído que habíais muerto.

—¡Muerto! —exclamó Adelheid.

—¿No os habéis enterado? La skopos coronó a John Cabeza de Hierro rey de Aosta hace más de un mes, en Darre.

—¡Rey! —exclamó Adelheid.

—Nos han traicionado —dijo Theophanu con frialdad.

Sin embargo, Adelheid no estaba preparada para rendirse ante la primera señal de adversidad, no desde su asombrosa escapada.

—No estoy muerta, como podéis comprobar, *lady* Lavinia. ¡Puedo marchar hacia Darre para recuperar lo que me pertenece legítimamente!

Lady Lavinia era una mujer mayor de ojos marrones y observadores y con la aguda cautela de una dama que ha aprendido a preparar sus propias pociones para que los enemigos no tengan la oportunidad de envenenarla por inadvertencia. Hizo un gesto hacia la variopinta comitiva, desplegada tras la reina y la princesa. Los caballos tenían un aspecto lamentable a la clara luz del día. Tres ya se habían abotargado por un exceso de hierba fresca y uno se había roto una pierna, al echar a correr después de atravesar las rocas, y tuvo que ser sacrificado. La mayoría de los sirvientes avanzaban a pie, incluso cojeaban algunos nobles acompañantes, cuyas ropas, antes elegantes, estaban mugrientas por las seis semanas de asedio con agua solo para beber y cocinar. Sin duda, todos apestaban y se hubieran horrorizado por su propio olor, si no se hubieran acostumbrado a él.

—Os ruego que me disculpéis, mi reina, pero ¿con qué ejército ibais a marchar hacia Darre? En cuanto Cabeza de Hierro sepa que seguís con vida, enviará a sus hombres para que os capturen. Tiene espías por todas partes. De hecho, majestad, no

puedo partir con vos porque han llevado a mi hija mayor a su corte para que viva allí como rehén a cambio de mi buen comportamiento. Os daréis cuenta, me temo, que Cabeza de Hierro ha logrado muchos aliados de esta forma. Debéis liberarlos de los temores que sienten por sus hijos, antes de poder contar con su lealtad. Muchos se unirían a vos de buen grado, porque sabemos quién es Cabeza de Hierro, pero, en realidad, si no hay posibilidades de ganar, todos perderemos nuestras tierras.

—¿Y si puedo reunir un ejército?

Lady Lavinia levantó las manos en un gesto de impotencia. Señaló a su propia escolta, formada por hombres apuestos con brillantes túnicas, con flechas y yelmos, y a una fila de clérigos con lustrados incensarios.

—Vuestros parientes han muerto, reina Adelheid, Dios les ofrezca descanso. Cabeza de Hierro es dueño de vuestros tesoros, de todo el oro, la plata y las armas que dejasteis en Vennaci. ¿Cómo formaréis un ejército tan grande como para que los demás podamos confiar en vuestras manos nuestras vidas y tierras?

Adelheid no se amilanaba. Tal vez esa cualidad la hacía brillar. Levantó un brazo para señalar las montañas que se alzaban al norte.

—¡Presentaré mi caso ante el rey Henry!

Entre los soldados de Fulk se oyó una irregular aclamación, que fue copiada y repetida por su séquito.

Lady Lavinia parecía verdaderamente aliviada.

—Una sabia decisión, majestad. Haré todo lo que pueda para ofreceros refugio y, con mucho gusto, os ofreceré nuevas monturas y provisiones. Siempre he cumplido con vuestra gente y con vos y no os habría convertido en prisionera, o esposa, de Cabeza de Hierro, pero no os puedo ofrecer más, no por ahora. Estoy atada de pies y manos.

—No estaréis encadenada para siempre —declaró Adelheid. Menos harapienta que los demás, se había puesto la capelina para la huida, aunque en ese momento un sirviente portaba su casco—. Cabeza de Hierro nunca se atreverá a perseguirnos hacia Wendar y sé que el rey Henry no permitirá que esta injusticia permanezca impune. Permitidnos alojarnos con vos durante el invierno, *lady Lavinia*, y cruzaremos las montañas en cuanto los pasos se abran al final de la primavera.

Lady Lavinia tenía cara de no entender nada y sus clérigos, los que pudieron oír, susurraban entre ellos.

—Habéis vagado demasiado por los páramos, reina Adelheid. La primavera y el año nuevo llegaron hace más de un mes. ¿No tenéis clérigos con vos que calculen los días? Hoy celebramos la festividad de san Peter, el Guardián.

¡El día 3 de abril!

Rosvita se mareó un poco hasta que Fortunatus, que caminaba a su lado, alcanzó para sujetarla en la plácida y huesuda mula sobre la que estaba sentada. Se recuperó bastante rápido. Siempre le habían resultado fáciles los cálculos, y este no exigía muchos conocimientos, no con las señales a su alrededor.

Habían entrado al círculo de tocas el día 3 de decial, con luna llena. De algún modo, con ese paso, habían avanzado cien leguas... ¡y cuatro meses enteros!

—¡Eso es! —exclamó Liath. No pudo dormir, por lo que había estado sentada en el banco junto a la puerta abierta, leyendo gracias a su asombrosa visión nocturna a la luz de la luna en cuarto menguante—. «En este punto, resultaría acertado tener presente que todos los cuerpos tienen tres dimensiones: longitud, latitud y altitud». ¡Ay, Dios! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¡Eso era lo que necesitaba!

Sanglant se levantó corriendo de la cama mientras ella soltaba palabrotas, con expresiones de soldados que él no sabía que ella conociera. Agarró firmemente el vientre, se mordió el labio e hizo una mueca.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! No, no, no necesito ayuda. —Ella lo apartó con la mano, aunque con la otra seguían presionando el abdomen. Él sujetó el banco, porque se estaba balanceando cuando ella se movía por el dolor—. Está pasando.

—¿Viene el bebé?

—No lo sé —dijo ella, de manera desagradable—. ¡Ay, Señora! ¡No quiero que el bebé llegue ahora! ¡Estoy muy cerca de la respuesta! —Ella buscó a tientas sus sandalias y las encontró—. Me voy a la torre. Solo necesito una noche más... —Maldijo otra vez y lanzó las sandalias a un lado, disgustada, incapaz de llegar hasta los pies para atárselas.

—Iré contigo —dijo él, mientras ella se levantaba con gran esfuerzo, evidentemente, tras decidir andar descalza.

—Muy bien. —Ella salió sin esperar y sin dejar de farfullar para sí. Estaba pasando por algo mayor que él, el misterio que perseguía, el misterio del parto, o de ambos a la vez. Sanglant había visto ya a mujeres que durante el parto se olvidaban por completo del mundo alrededor, como si toda la vida y el universo se redujeran al cordón que las unía: a una hija solitaria con la santa Madre de la Vida, Ella que había dado luz al universo.

Él se vistió a toda prisa. El perro eika trotaba tras él. Los sirvientes susurraban a su alrededor, al tiempo que le pellizcaban las orejas y le cardaban el pelo, pero como él no respondió, se quedaron atrás, a cierta distancia, y luego desaparecieron en la noche para entretenerse. Solo la ninfa de las aguas, a quien él había empezado a llamar «Jerna» lo persiguió, dentro de su sombra, como para mantenerse fuera de la vista de Liath. La forma de la criatura había cambiado notable e inquietantemente a lo largo de los últimos meses. Él ya no estaba seguro si tanto los daimones como los

humanos tenían como forma material un parecido mate a los ángeles, o si los sirvientes, más esencia que sustancia, copiaban la forma humana mientras se encontraban atrapados en la tierra. Su vaga forma humana había aumentado, los pechos se habían hinchado y el vientre se había redondeado a imitación del de Liath. ¿Por qué ese anhelo de su parte? ¿Los daimones no concebían y no daban a luz igual que los humanos? En realidad, su presencia había empezado a molestarle en otro sentido, justo cuando su mirada se acercaba a la hermana Zoé más a menudo de lo que debía.

Fue fácil alcanzar a Liath por el camino, dado que avanzaba tambaleándose. Le tocó un brazo y, cuando ella levantó la mirada sorprendida, como si se diera cuenta en ese momento de que la estaba siguiendo, él la besó. Distraída por un momento de su propósito, se apoyó en él, con una suave sonrisa, con la mirada puesta en su rostro.

En el prado, Resuelto seguía durmiendo, con una pierna levantada. Las mulas estaban amontonadas un tanto alejadas; una tenía apoyado el cuello en la cruz de otra. Había mucha tranquilidad.

—Mira —dijo ella, levantando un dedo para tocarle los labios y para luego moverle la barbilla para que viera lo que ella estaba mirando: a él no, al cielo—. Al amanecer, estaremos en el día 6 de abril y, justo ahora, a medianoche, vemos el mismo cielo que veremos en verano al anochecer y que en invierno veremos al amanecer. Ahí está el Dragón. Allí. Mira. Puedes ver como Jedu rojo abandona la Balanza. El 7 de abril, entra en la Serpiente. Ese día está lleno de poder y de oscilaciones en el cielo, porque también cambian el brillante Somorhas y el raudo Erekes, desde el Niño hasta las Hermanas. Es un tiempo de importantes comienzos.

—¿Dónde se encuentran Somorhas y Erekes? —Sanglant ya podía identificar muchas de las constelaciones y todas las estrellas en movimiento. Después de tantos meses con Liath, era difícil que no se aprendiera los nombres y sus historias.

—Ahora no se les puede ver, porque todavía están muy cerca del sol, pero Somorhas debe volver a ser una estrella nocturna el día 7, cuando pasa a las Remas. Erekes es más difícil de ver, pero si estuviéramos bajo el Polo Norte, o en el ecuador, el cielo de esta noche y en este preciso instante sería distinto. Longitud, latitud y altitud.

—¿Sería distinto?

Ella le cogió la mano y empezó a caminar de nuevo.

—Los antiguos magos babaharshan y los hechicero aoi que les enseñaron a ellos vivían muy al sur de aquí. A medida que el observador se desplaza hacia el sur, el ecuador celestial se alza más en el cielo. Y lo mismo sucede con el plano de la elíptica. Estar en el cénit, «coronar» el firmamento significa que una estrella se encuentra directamente encima del observador en el punto más alto de la cúpula celestial. —Se detuvo de nuevo—. Mira allí. El Arquero de la Reina casi ha llegado al cénit.

—Está cazando al Dragón.

—En unas pocas horas, la Reina se encontrará en el cénit y, al amanecer, su Copa y Espada la seguirán hacia el cénit.

—Por la rueda giratoria de las estrellas —señaló él, gratificado por la repentina y clara sonrisa que le mostró ella, asombrada de su calor.

—Exacto. Eso nos lleva al día 10 de octubre del año 735. Cinco años y cinco meses a partir de hoy. —Liath abrió la puerta de la torre con cuidado y Sanglant levantó la mirada hacia el techo de vigas mientras entraba, pero no escuchó nada. Severus dormía en la planta de arriba, y pobre del que lo molestara.

—El cielo de otoño a medianoche es el cielo de la Niña, de la Heredera de la Reina. El Guivre desciende hacia la Niña a medida que ella se acerca a la Corona, pero la Niña no es indefensa. Está atendida por el Águila de la Reina, por las Hermanas, que son sus tías, y por el Cazador, que también es un príncipe. El Halcón vuela delante de ella y tras ella le sigue su fiel Perro de Caza.

—Incluso si los planetas cambian con el transcurso de los años, las estrellas siempre se levantan al mismo tiempo.

Ella vaciló y luego se rio. Era un sonido tan vivo que él se tuvo que reír con ella y luego resopló, al verla mirar hacia arriba con una aprensión exagerada.

—Ven, mi amor, si tú me proteges de los destinos entretejidos en las estrellas, yo te protejo del hermano Severus, por muy mal humor que tenga al bajar.

—¡Ay, Dios! —Se puso tensa de repente y con una mano se agarró firmemente el vientre. Él sintió que la recorría el dolor, pero ella no dijo nada, solo jadeó para expulsar parte del dolor, mientras él le acariciaba la parte baja de la espalda. La ninfa salió de la noche como una flecha para acariciar el vientre de Liath, pero Liath no se dio cuenta y, cuando se relajó con una espiración, Jerna se escapó de vuelta a un pozo de sombras protectoras.

Cuando se recuperó, Liath se masajéó el vientre con la base de la mano, entre débiles sonrisas.

—Solo iba a decir que las estrellas fijas no siempre se alzan y sitúan al mismo tiempo. Se llama la precesión de los equinoccios, pero el ciclo tiene lugar durante mucho tiempo, miles de años...

—¡Ay, Señora! —gruñó él—. Con cinco años me basta. Dios de los Cielos, Liath, ¡dime el secreto que has descubierto para que podamos volver a dormir!

Ella encontró un farol, encendió la mecha con un roce; la facilidad con la que producía fuego no dejaba de sorprender, aunque a esas alturas ya debería estar acostumbrado. Esos días el embarazo no había atenuado su belleza, aunque era cierto que se cansaba antes. Su rostro era más suave y redondo, pero los ojos le brillaban de la misma forma y con la misma intensidad y el pelo tenía la misma tendencia a escaparse en rizos y mechones de la trenza que él le hacía todas las noches.

Liath sacó las efemérides de su armario y las abrió por el final. Él reconoció dónde empezaba la escritura precisa de un escriba desconocido y dónde la de Liath, llena de manchones de tinta, letras borrosas e interrupciones repentinas.

—Si nos fijamos en la progresión de los planetas a través de las efemérides... — Se volvió, señaló, como si creyera que él no entendiera el significado de las marcas—. El día 13 de cindre del año 735, cuatro de los planetas estarán en retroceso, moviéndose hacia atrás a lo largo de la elíptica: el veloz Erekes en la cúspide del Dragón, la sabia Aturna y el audaz Jedu en el León, y el señorial Mok en el Penitente. Esto sugiere líneas de fuerza que se mueven en el universo en contra de los principios establecidos. Solo la brillante Somorhas, reluciente como la Estrella de la Noche, avanza hacia delante y ese día entra en la Serpiente. —Su dedo pasó de la precisa y bastante recargada escritura del escriba desconocido a las páginas que ella misma había rellenado durante los últimos meses—. Pero, el día 18 de cindre, Erekes, Aturna y Jedu invertirán su camino y se moverán hacia delante de nuevo, como si devolvieran al universo su justo orden. Si embargo, dos meses después, en setentre, la brillante Somorhas retrocederá, seguido al principio de octubre por el veloz Erekes. Todo acaba el 10 de octubre del año 735. Aturna y Jedu se colocarán en la cúspide del León y del Dragón, mientras que Somorhas y Erekes retrocederán a través de la Serpiente y el Mok se desplaza en retroceso a lo largo de la cúspide del Penitente y del Sanador. La Luna en cuarto creciente, que a medianoche se pondrá por el horizonte, estará en el signo del Unicornio. El sol a medianoche dormirá en el nadir de los cielos en el signo de la Serpiente, el precursor de la muerte y del cambio que quita la piel de uno para revivir solo en otro. —Liath levantó las dos manos, con las palmas hacia fuera para señalar un punto hecho rotundamente—. Pero nosotros vivimos en latitudes norte. En la latitud donde vivían los magos babaharshan en sus antiguas ciudades, el 10 de octubre del año 735 a medianoche, la Corona de las Estrellas presidirá el firmamento.

—Eso es exactamente lo que Wolfhere... —Sanglant se detuvo. Con la puerta abierta, pudo oír la brisa nocturna murmurar entre los árboles y, casi disimulada por el susurro de las hojas, el paso de un animal grande que avanza. Los ratones corrían por los muros detrás del armario abierto donde los magos guardaban sus aparatos: un astrolabio envuelto en terciopelo en una caja de palisandro, una esfera armilar que mostraba los movimientos de los cielos, un globo celestial con las estrellas señaladas con puntitos de pintura plateada. Chirrió una contraventana—. Eso es lo que me dijo Wolfhere.

Ella tuvo que apoyarse en la mesa, por el dolor o por el impacto.

—Me mintió —susurró—. Él debía haber sabido que ella ha estado aquí todo el tiempo.

—Liath... —levantó una mano para avisarla. Un pie pisó la tierra fuera. Jerna, que rondaba alrededor de Liath, de repente se escapó como una flecha y se introdujo en las bandas de metal de la esfera armilar hasta convertirse en un resplandor entre las sombras.

—Estáis desvelados —dijo Anne mientras entraba por la puerta. No le preguntó a Liath lo que estaba haciendo. No lo necesitaba.

—Por lo general, reconocemos un año por el regreso del sol —dijo Liath, sin levantar la mirada. Aún respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo, con los ojos puestos en algo que veía más allá del libro abierto ante ella—. Los magos babaharshan reconocían los años por la precisión de los equinoccios, cuando todas las estrellas habrían de regresar al mismo lugar del que habían partido y, de esta forma, recuperaban la misma configuración tras las grandes distancias de todo el cielo. Uno de sus «años» podría equivaler a decenas de miles de los años tal y como los definimos nosotros.

—Has vuelto a leer a Cornelio —dijo Anne.

—Pero puede que haya otras formas de localizar un año. Con el ciclo de la brillante Somorhas cada ocho años, por ejemplo, o cuando la Corona de las Estrellas preside el firmamento. —Liath por fin se enderezó. Parecía cansada, y ansiosa, y triunfante—. Alguna gente dice que los aoi siempre han estado ahí, antes de que la humanidad construyera ciudades. Otros dicen que hace tiempo los aoi navegaron hasta estas costas en hermosos barcos fabricados con juncos de oro y plata, y que ellos gobernaron los pueblos de la humanidad y que, con el tiempo, se ofrecieron a enseñarles a algunos las artes de la brujería.

—Para luego arrepentirse eternamente, cuando los magos humanos se volvieron en su contra —dijo Anne—. Cuando la humanidad se mezcló con ellos y llenó los países que gobernaban los aoi con ejércitos de humanos inigualables. Cuando la humanidad llevó a sus señores enfermedades contra las que no podían luchar.

Liath frunció el ceño.

—De acuerdo con el Libro de los chaldeos, los emperadores y las emperatrices del imperio dariyano calculaban los años como lo hacemos nosotros, gracias a cada giro del sol. Sin embargo, ellos también copiaban a los aoi, cuyo calendario igualaba a un gran año con cincuenta y dos de los nuestros. Incluso los chaldeos no sabía cómo funcionaba el calendario aoi. Se perdió con ellos dos milenios atrás. Pero su año empezaba y terminaba cuando la Corona de las Estrellas presidía los cielos. Ellos vivían muy al sur de nosotros, o procedían de una tierra más al sur que la nuestra. Debían ver un cielo diferente al nuestro. —Liath cerró el libro y colocó una mano encima, como para mantenerlo cerrado. En ese momento miró a Anne directamente—. ¿Quién hizo los cálculos de este libro?

En un principio, Sanglant no creyó que Anne tuviera la intención de contestar, pero ella se acercó y abrió el libro por la primera página de los cálculos. No había ningún prefacio, ni notas explicativas o firmas, solo números.

—La obispo Tallia.

—La hija del emperador Taillefer.

—Ella misma. Ella comprendió que bajo el misterio de los Perdidos se escondía algún secreto más profundo. Por eso, ella calculó los dos mil setecientos años atrás hasta llegar al día en el que la Corona de las Estrellas presidía el firmamento. Aquella medianoche, los augurios, como se decía en las líneas de fuerza entretejidas en el

cielo, abrirían el mundo al cambio, trayendo el aliento del éter que permanece inmaculado a los efectos del Enemigo hacia el aire que respiramos aquí debajo de la Luna...

—Cuando los portales se abren entre las esferas. Cuando se puede liberar el gran poder para bien o para mal. Dijisteis que hay vías para llegar entre las esferas e incluso más allá de ellas... —Liath gruñó cuando sintió otra punzada de dolor. Él la agarró mientras se tambaleaba, la sujetó.

Anne lo observaba a él con una mirada tan descarada y clara como si fuera el corte de un hacha. Sin ninguna sutileza.

Algunas veces, cuando estaba cansado o preocupado, su mente dejaba de trabajar durante un momento, como un arroyo repentinamente obstruido con hojas, tierra y piedra y que da marcha atrás, y más atrás, hasta que la fuerza acumulada del agua atrapada acaba por abrir bruscamente un pasaje entre los desperdicios.

—Estáis hablando de la gran conspiración del pueblo de mi madre de la que Wolfhere sugirió que yo había formado parte de manera activa, pero ella me abandonó cuando apenas tenía dos meses. Si yo participaba tanto de sus confidencias, entonces explicadme porque me abandonó, sin saber nada.

—Es un misterio, pero no podéis negar lo que sois, príncipe Sanglant.

—Yo soy un bastardo. Puedo luchar, puedo liderar a los hombres en la batalla. Si algo más que sepáis de mí y que aún yo desconozca, entonces, por favor, decídmelo ahora.

Anne mostró una ligera sonrisa.

—No sois muy versado en el arte de la corte, al que algunos llaman intrigas. En ciertos aspectos, sois astuto, príncipe Sanglant, pero no por lo general, porque, como vuestro perro que espera fuera, demostráis que os quedáis en la apariencia. Poco más hay que saber.

—Yo no tengo capas —replicó él, volviéndose a reír.

—Él no es... —intervino Liath acaloradamente, para defenderlo, pero él le rozó una mano y, por una vez, ella se calló un comentario imprudente.

—Pero una copa hecha de oro también muestra por completo su sustancia a primera vista —continuó Anne como si Liath no hubiera hablado—. Eso no la hace menos preciosa. Estáis aquí por un motivo.

—Eres el vínculo que une a los aoi y a los humanos —dijo Liath—. ¿Pero con qué intención?

Anne sonrió, observando como Sanglant la observaba a ella, como dos oponentes que aún no han desenvainado las espadas.

—Por lo que está escrito en la Revelación de santa Johanna: «Y llegará a vos una enorme desgracia, un cataclismo como nunca hayáis conocido otro. Las aguas bullirán y los cielos llorarán sangre, los ríos ascenderán por las colinas y los vientos serán remolinos. Las montañas se convertirán en el mar y el mar se convertirá en las montañas, y los niños llorarán por el miedo a no tener un suelo sobre el que crecer».

—Capítulo siete, versículo veintidós —dijo Liath automáticamente.

Anne continuó.

—Algunos dicen que Johanna hablaba de una visión que había tenido sobre un gran cataclismo que asolaría el mundo un desventurado día del futuro. Otros defienden que ella registró en las Revelaciones las palabras de alguien que había experimentado en su tiempo semejante desgracia.

—Pero vos creéis que santa Johanna escribía sobre el futuro —dijo Liath, mientras jugaba con las páginas del libro y pasaba un dedo por la vieja escritura como si la tinta por sí misma pudiera revelar secretos.

—No —dijo Anne—. Creo que ella narraba el pasado y el futuro, de lo que sucedió dos mil setecientos años atrás y de lo que sucederá dentro de cinco años, si no lo impedimos a tiempo.

Esa vez, él percibió el dolor antes de que ella se moviera: abrió los ojos de par en par, tensó la mandíbula mientras casi pierde la vista y le agarra a él el brazo. A través de su piel, él sintió el pulso de su corazón y, en la distancia, un segundo pulso, suave, ligero y veloz, que se ralentizó cuando el dolor alcanzó el nivel más alto para volverse a acelerar. Al pasar la punzada de dolor, Liath susurró algo que no pasó de la lana de su túnica.

—He estado en el lugar donde viven los aoi ahora.

—En absoluto han desaparecido —dijo él en alto, sorprendido por no haberse dado cuenta antes. ¿No se había creído las historias que ella contaba sobre el hechicero aoi? ¿O las había rechazado por ser algo inexplicable?—. ¿Cómo pueden haber desaparecido si mi madre pudo caminar sobre la tierra? ¿Y si estaban escondidos...?

—Sabemos que los aoi desaparecieron de la tierra hace mucho tiempo, dejando solo a sus hijos mestizos —dijo Anne—. Fueron esos mestizos los que fundaron y levantaron el imperio dariyano.

—Los aoi no han desaparecido por completo de la tierra —objetó Liath—. Hay sombras en lo profundo del bosque.

—¿Esas sombras son realmente terrenales o están atrapadas de alguna forma entre los vivos y los muertos, entre la sustancia y el éter, condenados a vivir como sombras?

Como los sirvientes, condenados a vivir en cuerpos que solo imitaban a los de los humanos. Sanglant no expresó ese pensamiento en alto. Sabía perfectamente como desafiar a un oponente en una batalla abierta cuando superaba en número, pero tenía peores armas. Aún no estaba desesperado.

—No has escuchado con atención, Liath —reprendió Anne—. La obispo Tallia fue la primera académica que conocemos, desde los días del imperio dariyano, que contó con los conocimientos suficientes como para calcular el mensaje escrito en el firmamento. Porque el firmamento no miente. Solo muestran la creación de Dios. Ella descubrió que en la fecha que tú mencionaste, se desencadenarán grandes fuerzas. A

partir de los antiguos registros reunidos de los archivos del antiguo imperio dariyano, ella descubrió que tenemos enemigos que permanecen a la espera para destruir a la humanidad. Por su servicio a la humanidad, la obispo Tallia fue humillada por la Iglesia en el concilio de Narvone, porque la envidiaban.

Como ninguno de los dos respondió, ella continuó.

»Pero la obispo Tallia se encargó de que su conocimiento no muriera con ella. Lo transmitió a su compañera en la artes, Clothilde, que, a su vez, se aseguró de que hubiera otros que la siguieran. Nosotros somos los que parecemos estar durmiendo mientras el mundo se despierta a nuestro alrededor, solo que, en realidad, estamos esperando aquí en nuestro escondite para salvar a la humanidad de lo que la amenaza.

»El siete es nuestro número, porque tenemos el mismo número que los planetas: el Sol, la Luna, el veloz Erekes, la brillante Somorhas, Jedu, que es el Ángel de la Guerra, el majestuoso Mok y la sabia Aturna.

—Los Siete Durmientes —murmuró Liath—. He estado muy ciega. ¡Ay, Dios, aquí viene otra!

Él dejó que lo agarrara, clavándole los dedos en el brazo. No podía hacer nada más.

—No deberías haber permitido que te distrajeran de tu verdadero propósito —dijo Anne con frialdad, sin moverse para tocar a Liath cada vez que el dolor iba y venía—. A quien hay que culpar es a Bernard por esa debilidad tuya.

Liath emitió un ruido a medio camino entre un grito y un jadeo, pero no a causa de un dolor físico.

—¡No tenéis ni idea de lo que tuvimos que pasar! Papá murió para protegerme.

De repente, le brotaron las lágrimas, espontáneas e inesperadas, como si todo —los recuerdos, el miedo, su total e impotente desesperación cuando lo perdió—, por fin se hubiera derrumbado por el peso del firmamento. Sanglant nunca la había visto llorar por la muerte de su padre. En ese momento, se sintió abrumada.

La tormenta fue breve, pero tempestuosa y Anne tuvo que esperar a que pasara, sin ninguna otra reacción que no fuera quitarle con cuidado el viejo libro para que las páginas no se humedecieran. Lo guardó bajo llave en el armario, señaló con dedo hacia el techo y la sirvienta bajó revoloteando y desapareció.

—Siéntate, Liath. Estás alterada. La sirvienta te traerá algo de beber para que te recuperes.

Liath se sentó obediente, encogida de hombros por el peso de aquel viejo dolor. Sanglant no se sentó. Él, también, había perdido a su madre y nunca había llorado por esa pérdida.

—¿De dónde era mi madre? —preguntó él en ese momento.

Anne parecía poco sorprendida por la pregunta.

—Henry la encontró en Darre, pero ella había estado antes en Salia, o eso creemos, porque la lengua que mejor hablaba era el saliano. De qué parte de Salia era, nadie lo sabía, ni se podía adivinar; tampoco ella revelaba nada.

—«Llegará un momento» —dijo Liath con la voz firme que utilizaba cuando citaba de memoria— «en el que todo el poder que gira en el universo, la fuerza que mueve las propias esferas, pueda ser tocada por manos humanas. Cuando pueda ser controlada y manipulada para un bien mayor por aquellos que tienen el conocimiento y la voluntad de arriesgarse a sí mismos en tal empresa». Ese es el arte de los mathematici. Que fue aprendido de los magos babaharshan, que lo aprendieron de los aoi mucho tiempo atrás, según cuentan los relatos. —Ella hizo una mueca, se movió con torpeza, y por un momento, él pensó que se acercaba más dolor, pero estaba incómoda. Si era la voluntad de Dios, el bebé nacería pronto y sin incidentes, lo cual sería una bendición. Liath le lanzó a Anne una mirada acusatoria—. Eso es lo que habéis estado escondiendo todo este tiempo. Creéis que los aoi manipularon el poder de los cielos para irse de la tierra.

La sirvienta regresó y colocó una bandeja con tres copas de sidra sobre la mesa y después se fue hacia los aleros. Anne miró para la bandeja, sorprendida por la sidra o por el número de copas; no estaba segura de por qué. Él le pasó una a Liath y se aseguró de la que bebiera antes de acabar él la suya. Anne ya había empezado a hablar.

—Hay mucho que aún no comprendemos sobre el universo, pero sabemos que existen muchas intersecciones en el tejido del universo que pueden ser atravesadas por los que saben hacerlo. Nosotros decimos que ese grupo de estrellas es la Niña que está intentando agarrar una «corona de estrellas», aunque ¿no llamamos también «corona» a los grandes círculos de rocas que encontramos en la tierra? La magia creó esos círculos hace mucho tiempo y creo que fueron los aoi quienes los construyeron en la cúspide de su poder. Creo que esos eran los mecanismos por los cuales los aoi se transportaban a otros lugares. ¿Bernard y tú viajasteis alguna vez a los precipicios de Barakonoi, al sureste de Aosta?

—Sí, fuimos. Siempre los recordaré porque eran muy bruscos, la línea de la costa termina y comienza el agua. Recuerdo haberle dicho a papá que me parecía que alguien había hecho un corte limpio con un cuchillo. —Titubeó, mirando a Sanglant. Él solo se encogió de hombros; nunca había estado allí—. Había una ciudad allí y también acababa así. Como si la hubieran cortado. Siempre pensé que una parte debía haber caído al mar, pero era imposible. No había ningún rastro de ruinas en el mar. Había mucha profundidad. Ni siquiera había algún banco de peces, eso me dijo papá.

Anne asintió con la cabeza.

—Los que nacimos de la tierra debemos permanecer en la tierra. Ni siquiera los magos como los aoi pueden existir fuera del éter tal y como hacen los daimones y los ángeles.

—¿Estáis sugiriendo —preguntó Sanglant— que utilizan su magia para literalmente llevarse una parte de la tierra con ellos a su exilio?

—¿Qué importa, si ya no están? —farfulló Liath, frotándose el vientre—. Si ya no andan por la Tierra, no pueden suponer una amenaza para nosotros.

Anne no había apartado la mirada de Sanglant desde que este entró en la cámara, del mismo modo que uno no aparta los ojos de la serpiente venenosa con la que comparte una acogedora parcela de suelo.

—Una flecha disparada al aire caerá en la tierra a tiempo. Cualquier gran poder liberado en el universo regresará algún día en proporción a su fuerza original y dirección. ¿Lo que ha sucedido una vez puede volver a suceder, y si ya se ha abierto un canal, con qué facilidad el río fluirá hacia donde está seco?

—¿Se supone que debo responder esas adivinanzas? —preguntó Liath, irritada.

—No —dijo Sanglant—. Creo que está diciendo que los Perdidos regresarán.

—El día 10 de octubre del año 735, a medianoche —dijo Anne—, cuando los caminos entre las esferas se abran y la Corona de Estrellas presida el cielo.

Liath se presionó el abdomen con las dos manos y cerró los ojos con el tipo de suspiro que una persona deja salir cuando sabe que el gran esfuerzo ante ella obligatoriamente será mucho más duro que el que acaba de terminar.

—¿Por qué me siento como una marioneta que baila al ritmo de alguien que maneja las cuerdas?

—Si se fueron porque la humanidad les había provocado unas dificultades tan desesperadas —preguntó Sanglant—, ¿por qué iban a querer regresar?

—Por el mismo motivo, príncipe Sanglant, por el que querrían que naciera un niño mitad aoi y mitad de sangre real humana. —Hizo un gesto hacia él—. Para recuperar lo que una vez fue suyo: el dominio del mundo.

El viento hizo vibrar las contraventanas. Un búho ululó en medio de la noche y Sanglant escuchó el grito de una pobre criatura atrapada en sus garras. Anne se volvió para mirar a Liath, quien, durante un rato le agarró la muñeca a Sanglant y se preparó para otra punzada de dolor, esta vez más fuerte que cualquiera de las anteriores. Parecía estar tan lejos de él, con toda su atención dirigida hacia el interior, que parecía que ella misma había sido apartada de él y de cualquier parte del mundo que estuviera más allá de su vientre, del que el bebé ya se esforzaba por salir hacia el mundo.

—Deben despertar a la hermana Meriam —dijo Sanglant—. Dijo que actuaría de comadrona.

Anne esperó a que Liath dejara de jadear.

—Por eso eres tan importante, Liathano. Y todo lo demás en lo que has estado involucrada no importa, no puede hacerlo. —Un poco de sudor le cubrió la frente a Liath, cuando levantó la cabeza y miró a Anne con tanta irritación por la interrupción, curiosidad o sobrecogimiento, por la solemne declaración que había invocado.

—Han esperado el momento oportuno a salvo, guardando su poder y su magia, ahora pretenden gobernarnos otra vez igual que hicieron hace miles de años. Son fuertes y despiadados. Tendrán líderes crueles. Romperán el mundo para recuperarlo, porque su regreso a la Tierra causará un cataclismo sin precedentes. «Porque las montañas se convertirán en el mar y el mar se convertirá en las montañas».

Anne se movió hacia delante hasta que la luz de la linterna la iluminó. La torques de oro brillaba en su cuello y, como cualquier reina o emperatriz, ella destacaba con esa confianza que se llama poder, la capacidad de cambiar a los demás a su voluntad.

—Hija mía, solo los puedes parar tú.

CAPÍTULO 12



VNA BENDICIÓN

Sanglant no se dio cuenta de cuánto le desagradaba la hermana Anne hasta que pasó el resto de aquella noche, un día y otra larga y agotadora noche y tal vez el día más angustioso de su vida al lado de su mujer de parto, que se esforzaba en silencio, sufría en silencio y se debilitaba inexorablemente. Los dolores iban y venían en sacudidas que aumentaban a un ritmo regular, como la marea que sube, pero sin que llegara el bebé.

Heribert se ocupó del fuego, trajo sidra caliente para la hermana Meriam y Sanglant y vino para que Liath sorbiera cuando pudiera tragar y se encargó del taburete de partos que había construido un mes antes según las indicaciones de Meriam. Cuando esta necesitaba descansar, la hermana Venia se sentaba al lado de Liath y le acariciaba las manos y le masajeaba la espalda.

—Recuerdo que así fue con la madre de Heribert —dijo ella con sensibilidad.

Zoé y Severus no se acercaron, lo que, sin duda, era positivo, pero la hermana Anne también ignoró el sudor y la tensión de la cabaña, no dio ningún consejo, ni ofreció ninguna palabra de consuelo. Estaba demasiado ocupada como para asistir al parto, o no quería verlo.

—¿No se acuerda de cómo fue? —acabó por preguntar Sanglant, pero la hermana Meriam tan solo gruñó. Estaba examinando a Liath otra vez: con una mano exploraba la forma del vientre desde fuera y con la otra desde el pasaje interior.

—Mi nuera tuvo partos más fáciles que este —comentó—. Yo también. Temo que el bebé venga de nalgas.

—¿Cuánto tiempo más puede aguantar? —preguntó él en voz baja, pero después de dos noches y dos días completos de parto, Liath estaba demasiado cansada como para oírlo. La hermana Meriam solo se encogió de hombros.

Llegó el anochecer y con él la estrella nocturna, un faro sobre el horizonte. No la había visto desde hacía semanas. Según Liath, había estado oculta tras el sol, pero ahora brillaba tranquila desde el pacífico puerto de la constelación conocida como las Hermanas, protectora de las mujeres.

Algo cambió en ese momento, un último grito, una liberación, o tal vez en absoluto era la influencia de Somorhas, tal vez se debía a la infusión de ajeno que Meriam había hecho bajar por la reseca garganta de Liath. Meriam se engrasó las manos con grasa de cerdo, pasó la mano por el estrecho pasaje y agarró algo. En ese

momento, Sanglant sostenía el cuerpo de Liath sobre el taburete de parto. Ella estaba demasiado débil como para estar sentada por sí sola, por lo que todo su peso cayó sobre él.

—Vamos, mi amor —dijo él—. Empuja.

Primero salieron los pies del bebé, luego una cadera y después un cuerpo lleno de manchas blancas. Liath apenas tenía energía suficiente para hacer presión para que saliera la cabeza. Después de eso, se desmayó y sangró, y él pensó que a lo mejor él también se desmayaba, no por la sangre, sino por el miedo. Nunca había estado tan asustado en toda su vida.

Meriam le pasó el bebé de repente.

—Lavadlo —dijo ella y se dispuso a masajear el flácido vientre de Liath hasta que la placenta salió a raudales con otro chorro de brillante sangre roja. Tarareando, la anciana mujer puso una cataplasma sobre la ingle de Liath como si eso pudiera detener la hemorragia.

—¡Cuidado con el bebé! —exclamó ella, severamente, porque él había estado mirando horrorizado a su esposa durante todo este tiempo. Dispuesto a obedecer de inmediato dado su cortante tono, él bajó la mirada a un par de ojos de un verde tan asombroso que, por un momento, pensó que, en vez de ojos, eran esquirlas de esmeraldas. Salió fuera, con paso inseguro, pero agarrándola bien, a pesar de lo pequeña que era, y la lavó en una pila llena de agua fresca del arroyo.

Ella chilló con todas sus fuerzas.

—Buenos pulmones —dijo Heribert, que saltaba de un pie al otro, para intentar verla bien—. Parece fuerte.

—Es una bendición —murmuró Sanglant, y besó a la diminuta criatura en su arrugada frente.

—¿Cómo la llamaréis? Es vuestro derecho como padre ponerle nombre.

Levantó la mirada, sorprendido. Una de sus pequeñas y perfectas manos encontró su dedo meñique y se agarró a él. Tenía la tenaz disposición de un guerrero innato.

—Lo acabo de hacer —dijo, sabiendo que las palabras eran ciertas—. «Bendición».



Liath estaba demasiado débil como para amamantar a la recién nacida. Meriam lo intentó con infusión de ortiga y perejil, pero después de que brotaran unas cuantas gotas de fluido de sus pezones, se secaba. Daba igual lo que probara Meriam: hinojo, tiras de carne convertidas en un suave puré, una infusión de verbena o de vitex, su pecho no producía nada. Dormía casi continuamente, incluso a veces resultaba difícil levantarla para que se tomara el vino y las gachas. A veces ardía de fiebre. A veces

estaba fría como la muerte, si no fuera por la ligera exhalación de su respiración.

Cuando ardía, era incoherente, se sacudía, daba vueltas y balbuceaba a intervalos, alejada de él.

—Los cielos correrán más rápido que cualquier rueda de molino, tan profundos bajo la Tierra como por encima. Pero ellos y sus criaturas son eternos. La Tierra es mortal. Sin embargo, mirad, ella partió demasiado rápido. ¿Qué es ese rayo de luz que atraviesa los cielos y los molesta? Solo tiene un lado y nunca termina. Solo regresa a su punto de partida.

Algunas veces, cuando deliraba, se encendían velas apagadas, o cobraban vida mechas que no habían ardido. En esos momentos, los sirvientes huían de la casucha, asustados. Solo Jerna, que se había vuelto más valiente, se quedaba allí y no dejaba de rondar alrededor de la niña; la acariciaba, le soplabla la cofia negra de pelo con puntas ralas y después la alisaba. Incluso serpenteaba alrededor de la cuna por las noches, como un guardián sobrenatural, cuando Sanglant lograba dormir, aunque constantemente le interrumpían el sueño los lloros de la niña o las repentinas y agitadas fiebres de Liath.

De vez en cuando, Liath intentaba mostrar interés por la bebé, pero se quedaba dormida por el esfuerzo que le suponía colocarla sobre su pecho o, peor aún, empezaba a resollar, a llorar débilmente por no poder darle de comer. Entonces los lloros la agotaban y caía en un sueño frío, durante el cual sus manos parecerían hielo.

La bebé chillaba y chillaba. Sanglant la llevaba en un cabestrillo en el pecho, o sobre la cadera, o la colocaba en una cuna mecedora que había construido Heribert. Allá donde fuera, los sirvientes se reunían alrededor e intentaban tocar a Bendición; hasta tal punto de curiosidad les llevaba su presencia que desatendían sus trabajos y Severus acabó por quejarse, malhumorado, de que se le había quemado el pan, de que las gachas estaban frías y de que las mantas estaban desordenadas sobre su camastro, cuando deberían estar cuidadosamente dobladas después de haberse levantado por la mañana.

Siguiendo una sugerencia de Meriam, Sanglant ordeñó las cabras e intentaron todo lo que pudieron: calentaron la leche y se la daban directamente en la boca gota a gota, empapaban la esquina de un paño con leche de cabra y se la ponían entre los labios, moldearon un pezón con intestinos de oveja para que succionara. Sin embargo, solo tomaba una minúscula cantidad antes de apartar la cabeza. Los chillidos se convirtieron en lloriqueos y los lloriqueos en gemidos.

—Ah, bien —dijo Anne cuatro días después del nacimiento, observando a la niña con ecuanimidad—. Morirá, lo cual sirve para demostrar que no debería haber nacido.

Él sintió que un bramido le recorría por dentro, de tal forma que su perro eika se puso en pie y ladró, de tal forma que el nuevo acompañante de Anne, el perro negro, gruñó y arremetió contra él.

—¡Sentado! —dijo Anne, y el perro se sentó. Aún no le había puesto nombre, ni

parecía dispuesta a hacerlo. Ella solo miró a Sanglant, a quien le dio la sensación de que se estaba burlando de él, esperando a que se desmoronara, furioso por ver cómo la vida abandonaba a su preciosa hija.

Sin embargo, el miedo y la desesperación lo habían curado en cierta medida: no había tenido pesadillas desde el día que nació Bendición, y la rabia había desterrado los viejos instintos. Pasó una mano por la cabeza de su perro para calmarlo y miró a Anne directamente a la cara.

—¿Tan poco corazón tenéis como para quedaros mirando cómo muere vuestra nieta?

—La voluntad de Dios es incognoscible.

—Entonces, si albergáis tan poco amor en vuestro corazón, pensad en la torques de oro que lleváis al cuello. ¿No tenéis una responsabilidad para con vuestra familia para mantener vuestro linaje vivo?

En ese momento, estuvo mucho más interesada que nunca.

—¿Qué queréis decir, príncipe Sanglant?

—Desde el día que nos conocimos, me he preguntado cuál es el linaje real de vuestra sangre. Si tengo razón, no encuentro sentido alguno en que no hagáis el más mínimo esfuerzo para mantener a esta niña con vida. ¿Es posible que seáis la nieta del emperador Taillefer?

—¿Qué os hace pensar que lo soy? —preguntó ella. Él percibió que la había sorprendido y, por su reacción, se dio cuenta de que el golpe iba bien encaminado.

—¿Quién si no podrías ser? No sois de la familia varren, porque han muerto todos excepto mi tía Sabella, su hija la princesa Tallia y su pobre e idiota marido, incapaz de gobernar. No tenéis sangre wendiana porque conozco a toda mi familia. Todas las princesas salianas, casadas, solteras o entregadas a la Iglesia, fueron analizadas por el consejo de mi padre tras la muerte de la reina Sophia, desde la más vieja bruja de sesenta años hasta una niña de nueve, porque todos se preguntaban si habría alguna adecuada para que se casara con él. Nunca se mencionó a una mujer de vuestra edad y aspecto. Los karroneses no osan llevar la torques dorada. Tampoco las casas reales de los reinos orientales se engalanan de ese modo. Las reinas albanas visten brazaletes, no torques, para mostrar su origen. Reconozco que podríais ser aostana, pero, de acuerdo con todos los rumores, la casa real de Aosta ha desaparecido, a excepción de la reina Adelheid. —Él mostró una leve sonrisa, al pensar que si no fuera por Liath, podría estar llevándose a la cama a la reina Adelheid. Sin embargo, si no fuera por Liath, aún seguiría encadenado al trono de Corazón Sangriento, como un loco—. ¿Quién si no podrías ser? Santa Radegundis estaba embarazada cuando murió Taillefer. Nadie sabe qué sucedió con el niño al que dio a luz, pero vos sí.

Ella no dijo nada.

Bendición se movió y gimoteó, con la cabeza hacia a un lado, se volvió hacia su pecho, pero él no tenía nada para ella. ¡Ay, Dios! En ese momento estaba tan enfadado, al sentir el diminuto cuerpo sostenido entre el antebrazo y el pecho, que

podría haberse abalanzado y haber estrangulado a esa regia mujer que lo miraba con la fría mirada de una emperatriz que supervisa lo que debería llevarse a cabo bajo su supervisión; lo que debería, pero no es, porque él la había herido en el orgullo al adivinar la verdad. Él había atravesado su capa protectora y ya sabía el secreto de Liath.

¡Ay, Señora! Sabía el secreto de Liath y se sabía triunfante. ¿En qué quedaba el linaje de la reina Adelheid comparado con este? Henry, entonces, habría aprobado el matrimonio. En realidad, Henry seguro que hubiera recibido esta unión con los brazos abiertos, al unirse y sellarse su línea con la del fallecido Taillefer, el emperador daisanita más grande que el mundo haya conocido. Si Henry buscaba la legitimidad más allá de la fuerza bruta, para restaurar el Sacro Imperio Dariyano, esta niña se la podría ofrecer.

—Ayudadme a salvar a mi hija —dijo él, a quien se le entrecortó la voz en esa ocasión. Sabía que Anne lo interpretaría como un signo de debilidad y que buscaría la mínima apertura para clavar la daga. En ese momento, al encararse con ella, se dio cuenta de que ella siempre estaba y había estado esperando el momento para matarlo. Era más sutil que los demás.

—No —dijo ella.

—¿De verdad que no tenéis nada en el corazón? —preguntó él—. ¿No tuvisteis ningún lazo afectivo en vuestra juventud? ¡Ay, Dios! ¿Quién os crio?

—Una mujer llamada Clothilde.

—La sierva de santa Radegundis. —Él recordó la historia, aunque no le quedaba claro cómo el hijo perdido de santa Radegundis se las arregló para, a su vez, tener un niño.

—Es cierto que Clothilde trabajaba como sirvienta de la reina Radegundis, pero en todos los aspectos y en todas sus acciones ella era la fiel sirvienta de la obispo Tallia. Hizo lo que tenía que hacer: enfrentarse a la mayor amenaza. Y yo haré lo que hay que hacer, tal y como ella me enseñó.

—¿Cómo puede ayudar a vuestra causa dejar morir a esta niña?

—Porque es vuestra hija, príncipe Sanglant. Es sangre de vuestra sangre y he jurado asegurarme de que vuestra sangre no florezca nunca más sobre esta Tierra. Han alimentado su fuerza en el éter, donde viven cerca de la Cámara de la Luz, de donde surge toda la fuerza. Pretenden regresar a este mundo para gobernarlo con mano de hierro y con horribles sacrificios. Pretenden borrar la luz de la Iglesia y cubrir el mundo con la oscuridad del Enemigo, porque son criaturas del Enemigo.

Sanglant, irritado, negó con la cabeza.

—Liath una vez me contó que los Perdidos nacían del fuego y la luz y que si, eran mancillados por la oscuridad, se debía solo a que todo lo que existe en el mundo está mancillado por la oscuridad. ¿Por qué yo soy peor que vos?

—Vos sois una criatura de ellos, príncipe Sanglant —dijo ella, con frialdad—, y Liath es mía.

—¡Es vuestra hija! ¡Seguro que para vos es más que una simple herramienta!

—Todos somos simples herramientas, príncipe Sanglant, pero algunos somos agentes de Dios, mientras que otros son agentes del Enemigo. Nunca se os ocurra pensar que un niño de vuestra familia será bienvenido en la Tierra, mientras mi gente y yo estemos aquí para deteneros.

En otro tiempo él había conocido la desesperación y la amargura. En ese momento, las revivió.

Anne se fue y él se retiró a recuperarse, a sufrir, a esforzarse como hizo Liath cuando dio a luz con todas sus fuerzas para traer al mundo una bendición. Liath aún podía morir. Bendición aún podía morir.

No si él podía evitarlo.

Se apoyó en la esquina de la casucha; estaba agotado, vacío, sin respiración. El bebé estaba acurrucada contra él, quieta, en silencio, demasiado pequeña.

Meriam salió y lo vio.

—Liath duerme. —Se encogió de hombros—. No creo que vaya a morir, príncipe Sanglant, pero pasará un tiempo antes de que se recupere del todo. Me temo, sin embargo, que no podréis hacer nada más para salvar a la niña si no lográis que tome la leche de cabra. —Se fue, no triunfante, sino con un suspiro; era una mujer práctica que había visto los signos y que lamentaba el dolor que veía en el mundo.

No obstante, quedaba algo más. Vio a Jerna deslizarse por la puerta, esperando a que él entrara. Parecía que la estaba viendo realmente por primera vez en días. Había estado tan preocupado y ella solo era una más entre todas las criaturas que revoloteaban alrededor, que le había faltado la energía suficiente para darse cuenta de algunas cosas. Había adoptado la forma de una mujer, un rostro compuesto, extrañamente, por todos los rostros femeninos de las mujeres que vivían en Verna: la deseada boca de Zoé, los marcados pómulos de Meriam, la regia nariz de Anne, la amplia e inteligente frente de Venia y el pelo le caía, igual que a Liath, como agua, hasta la cintura, pero seguía siendo lo suficientemente clara para verla a través de la cortina que colgaba en la puerta que conducía hacia el interior. Había adoptado la forma de una mujer, la elegante curva de unas caderas anchas, con un modesto velo de bruma para ocultar las partes femeninas, brazos robustos, un cuello hermoso y un pecho tan abundante como el de cualquier mujer dotada por la naturaleza: grande y turgente, goteaba un fluido claro.

Por un momento pareció una imagen obscena, contra natura, pero entonces Bendición lloriqueó y se removió en sus brazos y él no dudó.

—Jerna —dijo él suavemente, convenciéndola para que se acercara, porque era inconstante. Todos ellos lo eran, todos los que trabajaban como sirvientes en Verna bajo las estrictas órdenes de la hermana Anne, la misma que estaba deseando ver a su propia nieta morir de hambre.

Pero él lucharía por su hija hasta su último aliento.

—Jerna —repitió y ella se acercó, no como una mujer, sino como otra cosa, como

algo que intentaba convertirse en mujer. Ese acto la podría marcar para siempre, apartarla de sus iguales, los cuales no caminaban sobre la Tierra, sino sobre el aire, bajo la Luna. Ese acto podría marcar a Bendición para siempre, porque ¿cómo podría explicar él la alimentación que podría ella recibir de una criatura etérea que mora más cerca de Dios que los humanos y que está compuesta por una proporción diferente de elementos? Sin embargo, tenía que intentarlo.

Le ofreció a Bendición y la criatura suspiró con cierta satisfacción, sin poder expresarse, y se colocó a la niña en el pecho. Bendición se colocó, encontró el pezón y empezó a succionar.

Después de un húmedo y frío viaje de más de cinco meses, Hanna por fin llegó al séquito del rey Henry en las tierras de Lavas el día de la festividad de santa Samais de Sartor. Aquella mañana, a la salida del sol, ella había rezado a la santa, que era especialmente venerada por los sirvientes, porque ¿y si santa Samais no hubiera sido la lavandera que lavó las ropas de Daisan el Bendito, lo único que quedaba de él en la tierra después de que su cuerpo hubiera ascendido a la Cámara de la Luz en el Éxtasis? ¿Y si el agua en la que lavó esas túnicas benditas sanado a los enfermos y curado a los lisiados? Santa Samais había aceptado el martirio antes que entregar la ropa de Daisan el Bendito, a los subalternos de la emperatriz Thaisannia, la de la máscara, porque la emperatriz se había dado cuenta de que las túnicas tenían poderes milagrosos que ella deseaba controlar.

No, Hanna reflexionaba, mientras subía una elevación del terreno y veía Lavas debajo: ella buscaba el martirio como hacían los antiguos santos, pero ella era una fiel sierva de Henry y deseaba servirlo con la misma lealtad con la que santa Samais había servido a Daisan el Bendito. Manfred había muerto al servicio de Henry y ella esperaba contar con el valor y la lealtad suficiente para morir con el mismo honor que Manfred, si llegaba a ese punto.

Sin embargo, la picadura de una avispa le quemaba el corazón, fastidiando, incesante, incómoda. Aún soñaba todas las noches con la princesa kerayita.

La saludó un León centinela de pie.

—¡Amiga Hanna! ¿Cómo te va? ¿Hay noticias de la princesa Sapientia? —Era su viejo amigo Ingo, con buen aspecto y bien alimentado.

—La princesa Sapientia estaba bastante bien cuando la vi por última vez. El príncipe Bayan y ella obtuvieron una victoria ante los quman.

—¡Alabado sea Dios! ¿Y tú, amiga mía, qué tal?

Se rio.

—Me alegra comprobar que hoy no cabalgaré más. El rey Henry se mueve rápido. Perdí tres caballos por cojeras solo en el último mes y ¡ha llovido mucho! Me ha dado la sensación de que siempre he estado a dos días de él. ¿Qué noticias hay por aquí, amigo mío?

—¿No te has enterado? La reina Mathilda ha muerto, que descanse en paz en la Cámara de la Luz. El rey recibió el mensaje en Autun. ¡Ay, Señor! Rezó durante siete

días y siete noches vestido solo con la túnica de un pobre. —Ingo suspiró y se le cayó una lágrima—. Su dolor emocionó e hizo llorar a todas las almas presentes. Aún lloro, solo de pensarlo.

—Que la memoria de la reina sea bendecida —dijo Hanna, como era apropiado—. ¿Y entonces que le trajo aquí, a Lavas?

—Aquí está teniendo lugar un importante juicio. —Le cambió el humor de repente y escupió al suelo, por el disgusto—. Los nobles, que están otra vez peleándose por la tierra. Los codiciosos bastardos siempre quieren más para sus hijos preferidos. Uno cree que estarán satisfechos con lo que tienen, pues nunca es así. ¿Cuándo acabará de una vez? —dijo—. Bueno, el conde Lavastine era un hombre justo. Es una desgracia que haya muerto.

—No recuerdo que estuviera mayor o enfermo —dijo Hanna, sorprendida por la noticia.

—No lo estaba. Los caminos de Dios son un verdadero misterio. —Levantó una mano para hacerle la señal de que se acercara y ella tuvo que agacharse desde la montura para poder oírlo—. A lo mejor fue la brujería, según dicen algunos.

Ella se enderezó, impresionada por la manera en el que él se había apartado de sus compañeros y había agarrado la lanza, como si temiera un ataque.

—Parece que estos días todo el mundo habla de brujería. ¿Y qué se sabe del príncipe Sanglant? —Era una manera indirecta de preguntar por Liath.

—¿Aún estabas con el rey cuando el príncipe se fue? Bueno, pues no ha regresado, ni tampoco nadie ha sabido nada de él. Fue una compañera tuya la que lo hechizó, según cuentan.

—¿Todavía dicen eso? —preguntó ella, con prudencia.

—Ah —dijo él, al leer algo en su expresión y que ella no ocultó—. Entonces, no habéis oído las noticias. El concilio reunido en Autun la excomulgó por ejercer la brujería.

El golpe fue fuerte y hubiera sido más fácil encajarlo estando sola. Le dio las gracias y siguió adelante. Al avanzar hacia la tierra de Lavas, percibió el tenso silencio de la gente local y, como contrapunto, los constantes susurros de los sirvientes de la corte, que parecían estar disfrutando más de lo que deberían, teniendo en cuenta la gravedad de los cargos y la muerte de un bueno hombre. ¿Estaba en la naturaleza de los hombres alegrarse de los infortunios ajenos?

Le entregó su caballo a un mozo de cuadras, retiró de sus ropas la peor suciedad y se dirigió a la sala, un edificio de fina madera con paredes encaladas y grandes vigas en el tejado pintadas con brea para evitar las termitas. Nunca había estado antes allí, aunque Liath había visitado el lugar hacía un año o más, y le había contado un poco lo que había sucedido entre lord Alain y ella. En ese momento a Hanna le pareció que el destino conspiraba para mantenerla alejada de Liath. Solo Dios sabía dónde se encontraba Liath, y en qué condiciones. Y a ella se le había olvidado preguntar a Ingo sobre Hugh.

Sus antiguos compañeros, Folquin y Stephen, hacían guardia en la puerta de la gran sala. Le dieron una palmadita en la espalda y le susurraron unos saludos, antes de dejarla pasar dentro, a pesar de que fuera se hubieran reunido unas cien personas y de que estuviera prohibido entrar. No era de extrañar: se había aglomerado tanta gente dentro que olía mal, y hacía calor a pesar de la fresca y húmeda primavera. Alguien había pensado en esparcir menta con los juncos del suelo, pero el sudor de tanta gente superaba cualquier otro olor. Ella tuvo que abrirse camino a codazos, porque los presentes estaban tan abstraídos ante la escena a la que estaban asistiendo que no reconocieron su insignia de Águila.

Fue un trabajo lento. En algún lugar de la parte de delante de la sala, había gente testificando sobre Lavastine, sobre su primer matrimonio, sobre la terrible muerte de su única hija legítima y sobre la amante con la que había yacido y que murió durante el parto.

Se metió entre dos mayordomos vestidos con un elegante lino, como si fueran pollos acicalados como cisnes, como habría comentado su madre, pero acabó tras un noble bastante ancho que parecía inmune a sus codazos. Era tan bajo como para poder ver, por encima de su hombro, la tarima sobre la que Henry estaba sentado en su trono. El rey parecía cansado. Tenía líneas en el rostro que no estaban allí seis meses antes. Hathui se quedó detrás de él; había llegado a dominar el rostro inexpresivo de las leales sirvientas. La sobrina de Henry, Tallia, estaba sentada a su izquierda y Helmut Villam a la derecha. En el lado opuesto, lord Alain y lord Geoffrey, los litigantes.

Henry levantó una mano y un mayordomo pidió que se acercara el siguiente testigo, una gruesa anciana que, por el evidente delantal manchado, había sido llamada estando en las cocinas. El noble delante de Hanna seguía moviéndose porque ella intentaba adelantarlo, pero no pudo lograrlo y se quedó entre él, un banco y una mesa. El ambiente en la sala era tan tenso y estaba tan concentrado, que no se atrevió a gritar, como hubiera hecho Hathui —«Hagan sitio al Águila del rey»—, aunque tuviera derecho a hacerlo.

Se colocó sobre el banco, al lado de un trío de jóvenes elegantemente vestidos, desde donde pudo oír a la cocinera contar su historia con gran dominio de sí misma.

—Sí, majestad, aquella habría sido Cecily. Todos sabíamos que esa era la amante del conde Lavastine, descanse ella en paz, pero no era la que dio a luz al conde Alain. Tuvo un muchacho deforme, nuestro Lackling, que murió hace dos años, el pobre. Se cayó al río y se ahogó, eso creemos, porque nunca recuperamos su cuerpo.

—¿No creéis que se puede haber escapado, que tal vez esté vivo? —preguntó Hathui.

—No, Águila, nunca hubiera huido de aquí. Por eso sabemos que murió. Desapareció un día y nunca volvió.

—¿El conde Lavastine sabía que ese chico, Lackling, era hijo de su amante? —preguntó Henry.

Ella entonces pareció nerviosa; retorció las manos en el delantal.

—No, majestad. La misma noche llegó una pobre mendiga, y ella y su hijo murieron, así que dijimos que Lackling era de ella y que el bebé de Cecily era el que murió. No creo que más de tres personas supiéramos la verdad, y los tres juramos no hablar nunca del tema, porque el joven conde acababa de prometerse en matrimonio y su novia era una mujer celosa, llena de sentimientos dolorosos, que Dios le dé descanso. Queríamos protegerlo a él.

—Así que mentisteis.

—Así es, majestad. Siento haber pecado, pero creo que volvería a hacer lo mismo. A Dios corresponde juzgar el asunto, no a mí.

—¿Quién sabía la verdad?

—Bueno, la sabía yo, y lo sabía la diaconisa Marian y lo sabía la anciana Agnes. La diaconisa y la anciana Agnes se encargaban de todos los nacimientos y yo ayudaba a Agnes cuando necesitaba ayuda, le daba ropa y agua y cerveza para las mujeres de parto... Las dos han muerto, Dios las bendiga. Soy la única persona viva que asistió a los dos partos, porque nacieron cuatro niños en el espacio de tres noches. Uno era el niño muerto de la pobre vagabunda, que Dios les dé descanso a él y a su madre. Otro fue Lackling. Otro el conde Alain. Y el último una cosa diminuta, una niña que nunca volví a ver porque su madre y su padre se fueron con ella a la mañana siguiente, a pesar de que la madre aún estaba débil. Creo que estaban asustados, porque las otras tres madres habían muerto. Creyeron que eran un mal augurio. Tenían miedo de que la niña también muriera, si se quedaban.

Estas palabras hicieron que Geoffrey interviniera.

—Un momento, un momento —dijo Henry, levantando una mano—. Si sabíais que ese niño, Lackling, era el hijo nacido de la amante de Lavastine, y que Alain había nacido de otra mujer, entonces ¿por qué no dijisteis nada cuando el conde Lavastine nombró heredero a este joven?

La anciana cocinera parecía atribulada.

—¿Qué iba yo a decir, majestad? ¿Iba a meterme en los asuntos del conde? ¿Iba a gobernar por él?

—Podíais haberle dicho lo que sabíais.

Ella hizo un gesto hacia Alain.

—Estaban los perros, majestad.

Por supuesto, todo el mundo miró. A ambos lados de Alain había un perro sentado. Tenía una mano en el cuello de cada uno, como si los estuviera conteniendo, o como si ellos fueran todo lo que le mantenían firme. Sin embargo, en su rostro no se podía ver nada que no fuera una especie de resignada calma. Se había cortado muy corto su negro pelo; las ropas estaban cuidadas y le quedaban bien. Sin embargo, si no fuera por los perros, no lo acompañaba nadie, ni siquiera un sirviente, mientras que lord Geoffrey estaba flanqueado por nobles de la familia que, con cintos de espadas y los brazos cruzados de forma amenazadora, parecían estar preparados para

resolver el problema con los puños. Lord Geoffrey tenía el tipo de cara que se enrojece por la excesiva cólera que se filtra de la sangre a la mente. Parecía que estaba a punto de interrumpir con un embravecido discurso en cualquier momento.

—¿Los perros? —preguntó Henry.

—Él tiene el don de los perros, majestad. Igual que lo tenían el conde Lavastine, y su padre antes que él, y que sus almas descansan en paz en la Cámara de la Luz. — Torció el gesto con una mirada imperceptible para los demás, que pasó sobre su hombro como si mirase a alguien entre la multitud, y entonces se rozó la protuberante nariz con timidez—. Pobre Rosa. Esa era la madre del conde Alain, porque sé que ella lo aguantó bastante. Yo lo vi salir de su cuerpo, igual que vi nacer al pobre Lackling de Cecily, no había posibilidad de confundirlos, porque Lackling salió de Cecily con la cara torcida y las piernas extrañas y Alain era un bebé con las formas más perfectas que yo hubiera visto. Sin embargo, Cecily era la buena chica, obediente y tranquila. Nunca se acercó a otro hombre que no fuera el conde, y no estoy segura que esto fuera más decisión de él que de ella, disculpadme, majestad. Ella siempre decía que había un joven en su pueblo con el que pretendía casarse, cuando volviera a su casa. Rose, ay, ella era una puta, no hay palabras. Hermosa como una rosa, esa chica. De ahí sacó el nombre, porque nunca alegó tener uno propio. Su gente y ella llegaron de Salia un año o dos antes, encontraron trabajo en la cosecha y ella no tenía nada que fuera suyo; era tan pobre como los ratones de una iglesia. Eran tan pobres que ni tenían un señor que los recogiera. El hombre que decía ser su padre la llamaba «muchacha» y todos sospechábamos que él hacía eso que va contra la naturaleza, me entendéis, majestad.

La gente se rio y susurró alrededor de Hanna; encontraban divertido ese chisme salaz. Henry frunció el ceño y golpeó, una vez y con fuerza, el cetro contra el suelo. Todos callaron.

—Por favor, silencio para que esta mujer pueda testificar.

Volvió a rascarse la nariz, enrojecida por el calor de la sala o por la mirada del rey.

—Era muy pobre y su padre la trataba muy mal: siempre le estaba pegando y la llamaba con unos nombre indecentes aunque lo pudiera oír cualquiera; no es de extrañar que estuviera buscando cualquier cosa y en cualquier lugar. Todo el mundo sabía que hacía sus tareas en las viejas ruinas. Siempre iba allí para encontrarse a los Perdidos y para que un príncipe de la antigua gente viniera a ella y la hiciera reina. ¿Quién va a decir que ella no se encontró con el joven conde en las ruinas una noche? Todos los hombres de esta zona la miraban con lujuria en los ojos, era tan hermosa y tenía eso en ella que hacía, ya sabe, que, si uno le da algo bueno, ella, bueno, disculpadme, ella haría que mereciera la pena. Es tan probable que el conde Alain fuera hijo del conde Lavastine como de cualquier otro hombre, majestad.

Lord Geoffrey estaba a punto de estallar y estalló.

—¡Puede ser de cualquier hombre de esta propiedad! ¡Podía haber sido un mozo

de cuadra nacido fuera del matrimonio! ¡Ay, Dios! ¡Puede ser un producto mal engendrado de una unión incestuosa entre la chica y el padre!

—Disculpadme, señor —la cocinera replicó con una sorprendente aspereza—, ¿y qué pasa con el asunto de los perros? No cualquiera, solo los condes de Lavas pueden tocarlos. Obedecen al conde Alain igual que hacían con el conde Lavastine. Eso era suficiente para el conde Lavastine, y él era un hombre prudente y un buen señor para nosotros. Confiábamos en él y nunca hubo ningún motivo para cuestionar sus decisiones. Solo hizo una tontería en su vida, cuando mataron a su pobre hija, y se arrepintió el resto de su vida.

—Duras palabras —dijo Henry.

Su sobrina Tallia se removió en el asiento como si su voz la sorprendiera, pero no levantó la mirada de sus rodillas. Tenía el rostro pálido, el pelo claro, las manos blancas, casi era anodina, un gran contraste con la rellenita noble joven que estaba a su lado como asistente, con las manos cruzadas delante de ella cuidadosamente y con una seria mirada que de vez en cuando dirigía hacia Alain.

—¿Y ese muchacho, Lackling? —preguntó Henry—. Parece que estáis segura de que era el hijo bastardo del conde Lavastine. ¿Él podía tocar los perros?

—Ay, bendito vos, majestad —dijo ella, riéndose—. Él no tenía inteligencia como para intentarlo, ni nadie se lo iba a permitir. Tenía el cuerpo deforme, pobre chico, y el alma más dulce que se puede esperar, pero era simple de mente.

—Os lo ruego, majestad, ¿me dais permiso para intervenir? —dijo Alain. Su voz sorprendió a Hanna. Nunca lo había oído hablar antes; no había maldad ni furia en su tono, nada que pudiera incomodar a un corazón, ni que desgarrar un alma. Henry asintió con la cabeza—. Los perros nunca molestaron a Lackling.

Sorprendía que comentara algo así frente a las acusaciones, realmente horribles, que le había hecho su rival. La joven noble sentada al lado de Geoffrey, muy probablemente su esposa, porque tenía una niña pequeña en el regazo, se acercó a susurrarle algo al oído a Geoffrey y él se recostó en la silla, irritado, pero sin decir nada.

—¿Qué estáis diciendo? No entiendo lo que queréis decir. —Henry se recostó en la silla, con las manos sobre los apoyabrazos con forma de dragón, cuyas talladas lenguas le lamían los dedos y que frotaba con los dedos sin darse cuenta mientras escuchaba.

—Nunca le molestaron —repitió Alain—. Nunca lo atacaron, ni intentaron morderlo, como hacen con todo el mundo. —Deliberadamente, no miró a Geoffrey.

—A todo el mundo menos a vos —replicó Geoffrey. Su cara pasó del rojo al blanco al instante, como reflejo de un hombre pecador, o miedoso—. Porque vos sois un agente del Enemigo. Usasteis la brujería para esclavizarlos, del mismo modo que recurristeis a ella para utilizar a mi primo a vuestra voluntad. Todos hemos oído la historia de que el anciano conde Charles Lavastine fue acusado de haber hecho un pacto con el Enemigo para conseguir esos perros. ¿Por qué los iba a querer un

hombre normal? Todos hemos visto y oído lo fieros que son. Solo pueden ser criaturas del Enemigo y, si os obedecen, debe ser porque ¡vos también servís al Enemigo!

—¡Un momento! —gritó Henry y levantó una mano para pedir silencio cuando la multitud empezó a murmurar y a formar revuelo. Los perros gruñeron un poco, pero Alain les tocó el hocico y se acostaron, apoyando sus grandes cabezas sobre las patas delanteras. El rey hizo una pausa, mientras Hathui se agachaba para susurrarle algo al oído. Él asintió con la cabeza y ella ordenó algo a un mayordomo, que se alejó rápidamente. Hanna se echó hacia delante en el banco, volvió a quedarse atrapada, entre una noble señora y su acompañante. Pensó en pasar por debajo de la mesa, pero los galgos de la noble señora se habían agachado como una jauría bajo la mesa y no solo le gruñeron, cuando se agachó para comprobar las posibilidades que tenía, sino que formaron un fétido revoltijo de sobras allí debajo. Se colocó a un lado en el banco cuando el rey volvió a hablar.

—Esa es una grave acusación, lord Geoffrey, no solo contra Alain, sino también contra el conde Lavastine, su padre, el joven Charles, y su abuelo, Charles Lavastine. ¿Queréis relacionarlos a todos en una alianza con el Enemigo?

De repente, la joven noble y un anciano que se parecía a ella se acercaron, rabiosos, a susurrarle algo a Geoffrey, que parecía estar furioso y mortificado, alternativamente. La niña sobre el regazo de la mujer se inquietó y le dieron un higo para que lo mordiera y se tranquilizara.

Los allí reunidos habían empezado a hablar, con cierto murmullo de rabia soterrada, como si fueran abejas obligadas a salir de la colmena con humo, aunque Hanna no sabría decir a quién se dirigía esa rabia. Alain solo se movió para darle una palmadita en la cabeza a uno de los perros. Tallia miró a su tío. Parecía que solo tenía ojos para Henry, y aun así, su mirada era más la de un conejo que observa al halcón que le podría comer que la de una sobrina confiada. ¿No la había casado con lord Alain el verano pasado? ¡Por supuesto! ¿Entonces por qué no iba a estar sentada a su lado?

—No, majestad —dijo Geoffrey finalmente—. Es evidente que el conde Lavastine y su padre eran inocentes.

—Entonces, ¿cuestionáis la conducta del anciano Charles Lavastine?

—Nadie sabe que obtuvo a cambio de los perros, pero a él le provocó mala suerte en su casa. La historia continúa con que su madre murió en el parto el día que él recibió los perros. Él mismo no tuvo más que un hijo, aunque se casó cuatro veces, y su hijo fue el único que vivió, a pesar de que su mujer parió diez o doce veces. Mi primo Lavastine solo tuvo una hija, y no solo su madre y ella fueron asesinadas por esos perros, sino que además se rumoreaba que la niña tampoco era suya, que su mujer había cometido adulterio. Dos veces estuvo a punto de volverse a casar y las dos mujeres murieron en extrañas circunstancias. Y, al final, la misma mala suerte trajo a este mentiroso a los territorios de Lavas, a este hombre que tentó a mi primo y

que lo embrujó. Y que, además, lo mató, según he oído. Todo el mundo coincide en que lo mató la brujería, alguna inmunda criatura del Enemigo. Incluso los que no hablarían mal de este bastardo reconocen que mi primo murió de un modo sobrenatural. ¿Acaso no es cierto? —preguntó al final, por primera vez mirando beligerante a Alain.

—¿Que la brujería mató al conde Lavastine? —respondió Alain—. Estoy del todo seguro que es cierto y soy el primero en afirmarlo. —Este tranquilo comentario causó mucho revuelo; la gente se volvió para hablar y gesticular con el que tenía alrededor. Fue tal la sorpresa que Hanna pudo atravesar el banco hacia otro y de allí adelantó entre la multitud hasta llegar a medio camino de la parte delantera—. Lo mató una maldición de Corazón Sangriento, el jefe eika al que venció en Gent.

Lady Tallia enrojeció, el color le inundó las mejillas. Su asistenta le tocó el hombro, como para hacerle una señal, pero ella no intentó hablar.

—Un ardid inteligente —comentó la noble sentada al lado de Geoffrey. Su voz era tan dulce como la miel, aunque un poco más empalagosa—, pero no tenéis pruebas.

—El príncipe Sanglant testificaría que había una maldición. Cuando estuvo cautivo de Corazón Sangriento, vio una criatura sobrenatural a la que se le dio vida para que llevara a cabo esa maldición. Esa criatura, esa maldición, es lo que mató a mi padre.

Hanna se estremeció; fue en ese momento cuando se dio cuenta de que se decantaba, en corazón y alma, por lord Alain y en contra de lord Geoffrey, debido a su comportamiento en aquella sala. Sin embargo, ¿qué sentía la multitud? Ella solo era una chica común. Los nobles, sin duda, se unirían entre ellos.

Henry pareció enfadarse ante la mención a Sanglant.

—Entonces, ¿no hay duda de que creéis que sois hijo de Lavastine?

Alain respondió sin vacilar.

—Puede que sea cierto que no soy el hijo del conde Lavastine. No lo puedo saber y no lo sé, porque nunca conocí a mi madre. Me crio una familia de comerciantes libres en el pueblo de Osna; eran una hermana y un hermano llamados Bella y Henri por los hijos del rey Arnulf el Joven, por vuestra hermana y por vos, majestad. Me dijeron solamente que yo había nacido en las tierras de Lavas de una mujer soltera y que ellos aceptaron acogerme. Vine a servir durante un año a las propiedades de Lavas y fue entonces cuando el conde Lavastine supo de mí por primera vez. Yo nunca pedí ser nombrado su heredero, pero él me reconoció como su hijo y me honró con su confianza. Cumpliré sus deseos y actuaré con la rectitud que él persiguió toda su vida, porque eso me confió en el lecho de muerte. Le juré mantener este condado y el título de conde, como él quería que yo hiciera. Cualquier mujer y hombre de esta tierra testificará que eso es cierto. Muchos fueron testigos. —Por la sala, algunas personas aisladas asintieron con la cabeza, pero los nobles seguidores de Henry miraban impasibles—. Sé cuál es mi deber —concluyó—. Os corresponde a vos,

majestad, juzgad si lo consideraríais adecuado.

—¿Admitís que podrías no ser su bastardo? —preguntó Henry, visiblemente asombrado.

—Dios nos encarece a decir la verdad, majestad, y la verdad es que no lo sé.

La gente de Geoffrey se revolvió y sonrió; unos parecían indignados y otros, llenos de júbilo. Sus expresiones se reflejaban por toda la sala de cortesanos, que seguramente deberían estar preguntándose si un chico común y corriente los había puesto en evidencia y los había avergonzado al pretender ser uno de ellos. Él tenía el mismo porte de dignidad y elegancia, aunque su expresión estaba suavizada por una circunspección y modestia que era más sincera y noble que la de cualquier noble de nacimiento allí presente, a excepción del rey. Y por eso lo odiaban.

Aun así, Alain continuó. Tal vez era ajeno a lo que le rodeaba. Tal vez no le importaba. O tal vez era realmente así de honesto, como un auténtico milagro.

—Mi pa... el conde Lavastine me nombró su hijo y me trataba como a un hijo. Resulta vergonzoso que sus deseos no se respeten de una forma tan bochornosa, pero soy muy consciente por mi propia cuenta de que a todos nos tienta el orgullo, la envidia, la codicia y el deseo de actuar de unas maneras que Dios no puede aprobar. Le pido que lo tenga en cuenta, majestad. Aquí lo que se está cuestionando es la decisión de Lavastine, no mi valía.

Geoffrey parecía furioso. Su gente farfullaba, enfadada y molesta por ser aleccionada. La esposa de Geoffrey sentó a la niña derecha en su regazo, como si la mostrara en el mercado y quisiera conseguir el precio más alto por ella. Henry parecía pensativo; se estiró para hacer un comentario en privado a Helmut Villam. Su sobrina estaba rígida como una estatua; parecía desesperada. ¿Se le había prohibido intervenir? ¿Qué esperaba?

Hathui recorrió la sala con la mirada para medir la reacción de la corte; Hanna, al verla de casualidad, levantó una mano para captar su atención. Tardó un poco, pero Hathui acabó por verla y lo puso en conocimiento del rey. Los auxiliares se introdujeron en la multitud, abrieron camino y Hanna pudo llegar junto al rey y arrodillarse ante él.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Henry—. ¿Cómo se encuentra?

—Está bien, majestad. Se ha casado... —Ante estas palabras, se oyó una aclamación general y Hanna tuvo que esperar a que se calmara para poder continuar—. El príncipe Bayan y ella han ganado una batalla a los quman. —Como en ese momento volvió el júbilo, avanzó lo que pudo hasta lograr hablar con Henry en voz baja—. Hay más, majestad, pero su hija me ha encargado que se lo cuente en un contexto de mayor privacidad, si así lo consideraríais.

Henry se recostó y cuando la multitud se hubo calmado y se mantenía a la espera de su reacción, levantó una mano.

—Quiero cenar, ya he escuchado suficiente por hoy. —Se levantó y, de ese modo, se disolvió la asamblea.

No obstante, esa tarde, al ponerse el sol, Hanna estuvo con Hathui y ambas observaron cómo el rey paseaba por el jardín, mientras una fina lluvia le mojaba la capa. Ya le había transmitido el mensaje de Sapia, por lo que tenía que aguardar, con las demás Águilas que cabalgaban con el monarca, el momento en el que la volvieran a enviar a un servicio.

—Todavía llora la muerte de su madre —mencionó Hathui—, que su alma descansa en paz. Te lo digo, Hanna, el rey necesita una gran alegría en su vida, ¡no disputa tras disputa como ahora!

—Entonces, ¿tú estás a favor del conde Alain?

—¡Gracias a Dios yo no tengo que decidir! Las acusaciones de lord Geoffrey son complicadas, difíciles de rebatir, pero el conde Alain no es tonto. El rey Henry respetaba a Lavastine y, como dijo Alain, es más difícil juzgar las acciones de un hombre muerto que la valía de uno vivo.

—¿Eso crees? El muerto no se puede defender.

—Pero una buena reputación es su mejor defensa. Es más difícil juzgar precisamente porque no se puede defender, porque toda su vida está ante ti. ¿Quiénes somos nosotros para decidir si hubiéramos actuado de distinta manera y que nuestras acciones hubieran resultado mejor? —El jardín de rosas se encontraba entre la gran sala de madera y la torre de piedra, y en los otros dos lados estaba cerrado por una pasarela con tejado y una empalizada de troncos. Media docena de sirvientes holgazaneaban al abrigo de ese tejado—. También creo de verdad que, en la mente del rey, Lavastine y Alain siempre estarán relacionados con sus propios deseos hacia el príncipe Sanglant. Por esta razón, creo que probablemente favorezca al conde Alain frente a lord Geoffrey.

Hanna se puso la capucha y la sujetó bien en la barbilla. El viento cambió y una ráfaga de lluvia le sopló en la cara. En el otro lado de la empalizada de troncos escuchó el sonido de unos caballos llevados hacia el establo después de los ejercicios de la tarde. Los mozos de cuadra se gritaban, entre risas y bromas.

Unos pasos hicieron crujir el sendero detrás de ellas, que se hicieron a un lado para que pasara Villam. Este conversó con el rey brevemente, tras lo cual regresó, por donde había venido, a la torre de piedra.

—¿Se sabe algo de Liath? —preguntó en bajo Hanna.

No pudo ver la expresión de Hathui, pero sintió que la otra mujer se tensaba y se apartaba un poco de ella.

—Se fue con el príncipe Sanglant. Bueno, tú ya sabías eso. Por aquel entonces, todavía estabas con la corte. El consejo de Autun la declaró culpable del delito de brujería y la excomulgó. Si tienes algún contacto con ella, Hanna...

—Me excomulgarán a mí también, pero, aun así, es mi amiga, y sea lo que sea de lo que se le acuse, sé que es inocente. ¿Qué pasó con el padre Hugh?

Hathui gruñó entre dientes.

—Lo enviaron a Aosta para ser procesado ante la skopos. Solo ella puede juzgar a

un hombre de su rango.

—¿No has sabido nada de Liath desde entonces? ¿Ni una palabra del príncipe Sanglant?

—Nada —respondió Hathui, aún más bajo—. Y he mirado...

Su tono contenía cautela, pero despertó la curiosidad de Hanna.

—¿Qué quieres decir con mirado?

Hathui echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie pudiera oír: los auxiliares estaban bastante alejados y el rey se había dirigido hacia el extremo más alejado del jardín, donde la curva de la torre de piedra se encontraba con el muro y donde una zarzaperruna se alzaba formando un encalado; él tocó la flor, se agachó para olerla y, entonces, como con un ataque de furia, la arrancó.

—Has servido a los Águilas bien y con lealtad —dijo Hathui en voz baja—, pero debes esperar a que regrese Wolfhere, porque no tengo los conocimientos para enseñarte, solo para ver unas sombras.

—No te entiendo.

—Un Águila puede ver más de una perspectiva. Wolfhere, junto con otros pocos más, conoce el secreto. Los que podemos, lo aprendemos para ayudarnos a nosotros mismos y para ayudar al rey, pero no debes hablar nunca de ello con nadie más. Es como nuestra insignia. Es parte de nuestro juramento, el que hicimos para servir al rey y ayudarnos entre nosotros.

—Servir al rey y a nadie más —dijo Hanna, con la mirada puesta en el rey, quien arrancó los pétalos de la planta para comérselos, se impresionó un poco por su acidez y arrancó una segunda flor—. Decid solo la verdad de lo que uno ve y oye, pero no hablar con los enemigos del rey. No permitáis que ningún obstáculo se interponga en vuestras tareas para con el rey. Vuestras obligaciones con vuestra familia son secundarias, y no os caséis... —En ese momento se detuvo y Hathui siguió por ella.

—Ayudad a toda Águila que lo necesite y proteged a vuestros compañeros de cualquiera que les pueda hacer daño. Y, por último, acercaos mediante la fe a Nuestra Señora y a Nuestro Señor.

—Lo juro —susurró Hanna, recordando la noche que le entregaron la insignia que la convertía en un Águila, a partir de aquel momento y para siempre. Un repentino dolor en el pecho hizo que se estremeciera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hathui, al percibir el movimiento.

Ya había pasado, ya se había desvanecido como si solo fuera producto de su imaginación. El rey se dirigió hacia ellas.

—Hathui —la llamó y los sirvientes se acercaron corriendo—. Aquí. —Le dio la flor a Hanna—. Cogedla para mi sobrina. Decidle que le vendrá bien para recordarle que las espinas de las palabras que inducen al error sin mentir son pequeñas pero persistentes, y que la rosa blanca, símbolo de pureza, también tiene vetas con imperfecciones.

Ella hizo una reverencia y se retiró cuando él lo requirió y cogió un pequeño

cachorro de galgo al que puso una correa para correr por el jardín. Ella tuvo que preguntarles a los sirvientes y descubrió, para su sorpresa, que *lady Tallia* no se alojaba con su marido en la torre del conde, sino en el pabellón levantado en el exterior de la empalizada, pabellón que compartía con la duquesa de Varingia.

La duquesa era una mujer de aspecto rubicundo con la enorme presencia de una noble de alto rango. Una niña con la edad suficiente para mantenerse sentada recibía a la corte en un sofá dorado, al lado de la duquesa, que entretenía a la sonriente criatura dando palmaditas con las manos y pellizcándole las orejas. Una de las nobles del séquito de Tallia también se había unido al juego, arrodillada para mover el sonajero hecho con una jícara y que la niña lo agarrara. La conversación era absurda; la llevaba la duquesa Yolande, que trataba a Tallia con poca diferencia respecto a cómo trataba a la bebé y que canturreaba unos ritmos infantiles para la niña, al tiempo que intercalaba comentarios sobre las ropas y comportamientos de los cortesanos. Tallia no dijo ni una sola palabra. La niña hablaba más.

—¿A que es una dulzura? —le preguntó la noble a Tallia, que miraba al bebé como si fuera un escorpión que se había colado entre las alfombras.

—Alteza —dijo Hanna, mientras hacía una reverencia—. Duquesa Yolande. —A la luz del farol, pudo ver mejor la flor cuando se la entregó a *lady Tallia*: los sedosos pétalos blancos realmente tenían unas líneas veteadas entre púrpuras y rosas, de hecho tenía tantas que la rosa ya no pareció blanca—. Su majestad el rey Henry me ha pedido que os entregue esto, alteza, junto con este mensaje: «Decidle que le vendrá bien para recordarle que las espinas de las palabras que inducen al error sin mentir son pequeñas pero persistentes, y que la rosa blanca, símbolo de pureza, también tiene vetas con imperfecciones».

Tallia no se movió, no se esforzó por coger la rosa, solo se quedó mirando.

—Una prostituta normal y corriente —murmuró, estremeciéndose. Parecía que sobre todo hablaba para sí misma—. Por eso me mostró el clavo. Estaba intentando contaminar mi fe en Dios.

Por extraño que parezca, en la clavícula tenía cierto lustre de suciedad, como si hubiera olvidado lavarse. Alrededor del cuello llevaba un Círculo de la Unidad de oro, además de una pequeña bolsita rellena de hierbas. El olor amargo hizo que a Hanna le picara la nariz y que tuviera ganas de estornudar. De cerca, el claro cabello de Tallia parecía lacio, sin vida y grasiento, y tenía ojeras. Tenía las manos delgadas y blancas y llenas de vetas, como la flor, aunque eran azules, más que púrpura.

—Vamos, venga —dijo la duquesa Yolande—, es un golpe horrible, lo reconozco, pero es un joven apuesto y que habla bien; conozco a muchas nobles que desde luego son menos discriminatorias respecto a los hombres que permiten en sus camas. —Le cogió la rosa a Hanna y la pasó por delante de la niña, que la agarró; se hizo daño con una espina, por lo que empezó a llorar—. ¡Hay vida para ti! —exclamó la duquesa. Quitó la rosa de la mano de la niña, le dio un beso en la enrojecida piel y le hizo una gracia para que olvidara su miseria. La joven noble recogió del suelo la rosa; miró

alrededor rápidamente y entonces se la metió entre el pecho y el vestido, como si fuera un preciado recuerdo.

—*Lady Hathumod*, no habéis dicho lo que pensáis de este escándalo. —La duquesa Yolande se puso a la niña sobre el regazo, mientras, los miembros de su séquito se reunían alrededor para balbucear ante ella y para hacerle cosquillas en la mejilla. Gorjeó, feliz, ante todas las atenciones.

—No, señora duquesa —respondió la noble con un tono grave—. No lo he hecho.

—Seguro que después de haber vivido con él aquí varios meses, os habéis formado una opinión sobre su origen. ¿Creéis que lo engendró uno de los perros? —Las señoras rieron y rieron, pero *lady Hathumod* siguió en silencio—. ¡Ah! Sois una criatura aburrida y seria, *lady Hathumod*. ¿Tal vez tengáis alguna revelación con la que entretenernos?

Tallia levantó la mirada, sorprendida, y suspiró de repente, como si silbara entre dientes.

—Como deseáis, señora duquesa —dijo *Hathumod*, con la mirada puesta en Tallia—. ¿Alteza?

—Sí —dijo Tallia, con una voz vehemente, mientras le temblaron los hombros como si le diera una parálisis—. Ya hablamos del tema ayer.

—¡Venga, hablad! —insistió Yolande.

—Estábamos discutiendo la cuestión de la santidad de las mujeres —dijo *Hathumod*—. ¿Por qué Dios eligió a un hombre como vehículo de Su santidad en la Tierra y no a una mujer? ¿Por qué Ella envió a un hijo para fuera partícipe de la mortalidad y no a una hija?

—Creo que habíamos coincidido en que Ella eligió a santa Tecla para que fuera la Testigo, porque la palabra de una mujer vale más que la de un hombre.

Hathumod sonrió con el resplandor de un corazón sincero. Extendió los brazos como si se abriera al cielo.

—Las mujeres ya son los vehículos de Dios. ¿No estamos hechas a Su imagen y semejanza? Dios, por Su misericordia, entregó a Su Hijo para que fuera sacrificado igual que los hombres se suelen entregar a la batalla para proteger a su familia. A nosotras se nos recuerda ese sacrificio con la sangre que derramamos todos los meses.

Esa conversación herética incomodaba muchísimo a Hanna. Se deslizó hacia la puerta, incluso tosió un poco y, cuando nadie se concentró en ella, ni nadie pareció preocuparse de enviarla a algo, se coló con cuidado por la puerta y se escapó.

Encontró a *Hathui* con el rey en el jardín de rosas. Había dejado de lloviznar, aunque los senderos de losas brillaban, alisados por el agua. El cachorro de galgo tenía la misma energía que la bebé; saltaba y ladraba cuando Henry daba palmadas, se alejaba corriendo y se acercaba más rápido aún, cuando le silbaba. *Hathui* permanecía al lado del rey, reía con él, y cuando él se subió el cachorro al pecho y se serenó de repente, *Hathui* también se tranquilizó. Se puso a pasear de nuevo,

acariciándole el lomo al perro, mientras sus sirvientes los observaban desde la pasarela y Hathui esperaba en el sendero cercano.

¿Estaría caminando así toda la noche? ¿Hathui lo atendería todo el tiempo? Una racha de lluvia salpicó las rocas, pero fue breve y pronto se calmó. Hanna se limpió las gotas de la nariz. Aunque ya había oscurecido del todo, podía sentir que las nubes se revolvían y circulaban en lo alto. En los terrenos ocultos tras la palizada, ladró un perro. Uno de los sirvientes estornudó y un compañero murmuró una bendición. El rey se detuvo junto a Hathui para comentar algo que ella respondió con un susurro, y siguió caminando. Su intimidad maravillaba a Hanna, no porque fuera algo remotamente lascivo, sino por ser algo más profundo, como si fueran cabeza y mano.

Hathui la vio y se acercó.

—¿Algún mensaje para el rey?

—No. —Le repitió lo que había oído—. Parece que está en trance. La única vez que se movió fue cuando empezaron a comentar esa herejía que la tiene embelesada.

Hathui gruñó.

—Tal como esperábamos. Aquí sucede algo extraño, diría yo.

—Se me pone la piel de gallina —farfulló Hanna.

Hathui miró a la torre, donde la luz aún brillaba en la cámara superior.

—Vete, entonces. No es necesario que esperes en pie toda la noche.

—¿Tú te quedarás con el rey?

Hathui se encogió de hombros.

—Ahora, a veces pasea por las noches. Como mi anciana abuela diría, necesita que lo reclame una cama con algo más que plumas.

Hanna se rio entre dientes.

—En absoluto es como Villam, eso dicen. Ni una sola amante desde la muerte de la reina Sophia. ¿Crees que es verdad?

—¡Chsss! —La réplica fue tan repentina que sorprendió a Hanna—. Ninguno de nosotros tenemos porqué hablar del rey Henry irrespetuosamente. ¿Te gustaría tener que juzgar todos los días casos como este? Tiene ante él una difícil decisión. Lord Geoffrey es un buen hombre en el fondo, a pesar de toda la rabia mostrada hoy, y cuenta con el respaldo de una gran familia y con el apoyo de los nobles. Sin embargo, el conde Alain es mejor hombre, y el rey Henry lo sabe, pero él no tiene una familia noble que lo apoye, aparte de su esposa. Dependerá del testimonio de *lady Tallia*.

—De ahí, la rosa.

—De ahí, la rosa —coincidió Hathui—. Ahora, vete. Has recorrido un largo camino. Te mereces descansar.

Encontró las barracas donde estaban acuartelados sus compañeros, estiró su manta en medio de las demás Águilas y disfrutó de su compañía, mientras bebía cerveza y comía queso con pan. Chismorreaban sobre dónde habían estado y lo que habían visto, compartían cotilleos de noticias e información útil: qué monasterios guardaban la mejor cerveza y qué pueblos recibían mejor, dónde atacaban los

bandidos y qué atajo de un bosque estaba plagado de grupos de agresivos perros salvajes. Querían saber cosas sobre el este y qué sucedía por allí; les contó detalles de la boda y les hizo reír cuando repitió la poesía del príncipe Bayan. Especulaban en voz baja sobre el príncipe Sanglant, pero nadie mencionó el nombre de Liath, como si al abandonar las Águilas su nombre hubiera desaparecido de su memoria, como si temieran que pronunciarlo pudiera relacionarlos con la brujería o sellarles los labios para siempre.

Ella estaba cómoda allí, acostada sobre la paja y rodeada por unos buenos muros de tablas. Los caballos daban patadas en los establos que estaban debajo de ellos; su olor y calor ascendieron y, uno a uno, los compañeros se retiraron a dormir. Ella se durmió y soñó.

Está perdida, abriéndose camino a golpes a través de una maraña de altos brotes que le arañan las manos y le golpean la cara. Hojas como espadas terminan puntos muy altos y que ella no alcanza. Es un bosque de hierba. El cielo está cubierto de nubes. Un extraño zumbido cosquillea el aire, por su tono es más como un silbido pesado que un suspiro. Se tropieza con un montículo, se cae y aterriza enterrando las manos en las tripas enlodadas y apestosas de un gran oso plateado que, eviscerado y cortado en tajos, se extiende muerto por el suelo.

Justo en ese momento, la cubre una pesada sombra. Siente el viento de unas garras que la intentan golpear y escucha un agudo bramido de desaprobación. Unas alas se mueven como fuelles sobre ella. Sale corriendo, aterrada, y se sacude sin sentido por la hierba, con las manos sangrando y rodeadas de un aura, pero el viento de esa zona vuelve, caliente y sorprende. No puede verlo con precisión, está demasiado asustada como para levantar la cabeza, pero es algún monstruo y, cuando grita, las garras se posan sobre sus hombros, la agarran y, a continuación, sus pies ya no tocan el suelo.

Patalea inútilmente a medida que suben y suben y el suelo queda tan lejos que la cabeza le da vueltas y lo único que puede hacer es agarrar con fuerza su flecha. En absoluto la han atrapado las garras de un pájaro, sino algo más pareado a las zarpas de un leo, y sin embargo, ella alcanza a ver allí arriba una noble y aterradora cabeza de águila, con mechones en vez de oídos, y armada con un pico espeluznante. Sobre las enormes patas traseras suspendidas sobre ella hay una cola dorada. En el corazón del cegador lustre de plumas grises como el hierro en el que podría clavar la punta de la lanza, ve un único punto pálido en el pecho, pero han ascendido tan rápido que teme que si la mata y ella la suelta, morirá de la caída.

Si solo es un sueño, ¿importará que muera?

No quiere averiguarlo.

Vuelan hasta que le duelen los hombros. Al contrario que las garras, el tiempo no apremia. Pasa un día, una hora, un minuto; no está segura. El paisaje cambia a medida que pende sobre él. Tal vez ni siquiera se está moviendo, tal vez es la tierra debajo de ella la que se mueve mientras ella permanece colgada inmóvil. Liath solía

hablar sobre esas cosas: el firmamento siempre está girando a nuestro alrededor, más rápido que cualquier rueda de molino, a la misma distancia por arriba y por abajo, bastante redondo y sólido y pintado con estrellas; pero ella nunca lo ha entendido, aunque tal vez sea más correcto decir que ella no entendió por qué hay que preocuparse de eso. Aun así, en los últimos años ha visto muchas cosas que la han hecho dudar y que hicieron que le doliera la cabeza de pensar. Las nubes se han retirado tras ellos, esparciéndose como ovejas hasta que el sol brilla a intervalos, tanto que tiene que parpadear mucho para que los ojos se acostumbre a esa fuerte luz. La sangre del oso se seca y se queda pegajosa sobre las manos, como un par de incómodos guantes. Temblorosa, al mirarse las manos ensangrentadas, se da cuenta de que el oso no tiene zarpas.

Delante, la hierba se extingue en lomas de arena y en campos de piedras, de rocas grandes tumbadas con formas raras y vetadas por un antiguo cataclismo. Delante, el suelo reluce dorado y plateado. La criatura desciende hasta que ella ve que la llanura que se abre ante ella es un desierto con arena desparramada que parece un mar de gránulos dorados entretejidos con canales de polvo plateado. El sol se pone y baña las brillantes arenas con una luz rosa. De repente, surge la oscuridad, aunque hay una única luz, una fogata. No ve la luna.

Así, súbitamente, bajan en picado y las garras la sueltan. La criatura grita y ella ensordece, cae con las manos sobre los oídos y pierde la lanza, y golpea el suelo. Las rodillas le golpean al pecho y no puede respirar, trata de agarrarse a cualquier cosa, encuentra la lanza junto a un codo. La gruesa arena le quema la piel, aún caliente, tras las horas calentándose al sol. Los granos tienen una forma extraña, distinta a la de todas las arenas que haya visto antes: tienen forma de disco, son planas y redondas, como la uña petrificada de un bebé. ¿Qué océano depositó esta arena aquí? ¿Dónde está la orilla?

La fogata ilumina una figura que camina hacia ella; conoce esa forma igual que conoce su propio corazón, que, para ella, siempre es una profundidad fácil de sondear.

—Te llamé —dice la princesa, mientras le ofrece la mano y le ayuda a levantarse.

—¿Qué era esa criatura? —Hanna pregunta mientras se sacude las rodilleras de los pantalones. Por un motivo extraño, se ha acostumbrado a esas reuniones.

—Eso era un grifo —dice la princesa, enfatizando la palabra como si pensara que Hanna no la va a entender, a pesar que cada palabra que intercambian, dos personas que no hablan la misma lengua, fueran inteligibles en el sueño.

—¿Lo controláis? —pregunta, mareada.

—No, solo le pedí ayuda. Igual que te la pido a ti. —Hanna ahora ve con claridad gracias a la luz de la lumbre y de las estrellas; incluso la guiaba el velo de luz mágica de la princesa. Cuatro garras de un oso enorme cuelgan con fuerza de una correa de cuero sobre su cuello. Varias bolsas en miniatura cuelgan de un cinto que lleva en la cintura, cada una de las cuales están atadas inteligentemente con un hilo tan fino

como la tela de una araña. Le falta el sombrero cónico de fieltro; tiene las trenzas recogidas detrás del cuello para mantenerlas apartadas de la cara. Tiene un corte curado en los nudillos de una mano, y el abrigo de cuero está rasgado, como si se hubiera rajado y lo hubieran cosido recientemente. Se está cocinando carne y la grasa bulle. Tiene la nariz manchada de hollín.

—¿Cómo puedo ayudaros? —pregunta Hanna—. Esto no es más que un sueño.

—¿Cómo puedo encontrar una escama de dragón? Todos los dragones han muerto. Desaparecieron cuando huyeron los Perdidos, según nos cuentan los viejos relatos.

Hanna se ríe. A lo mejor en los sueños, la verdad es más fácil de encontrar porque no la oculta una avispada ceguera. Se deja caer de rodillas y junta un puñado de arena, aunque permite que los extraños granos dorados se escurran entre los dedos. El calor que emanan le provoca un maravilloso ardor, como un beso mágico.

—¿Esto no podrían ser escamas de dragón?

La princesa kerayita ríe a carcajadas, como un grito de alegría. Su expresión y comportamiento son exóticos y sombríos, sin embargo, apenas es una mujer, no mucho más mayor que la propia Hanna. No se diferencia de cualquier muchacha, llena de júbilo como si le devolviera una broma a una astuta anciana maestra. Con su emoción, agarra a Hanna por los hombros, no de una forma muy diferente al monstruoso grifo, y le da un beso en cada mejilla; a continuación, le golpea bajo la mejilla con la parte de atrás de la mano, como una rara expresión de cariño. El aliento le huele a leche agria. Tiene los labios oscuros, como si estuvieran manchados con zumo de bayas.

—¡Ay, ay! —grita—. Quédate conmigo, suerte, y atraparemos a los demás juntos. Diecisiete piezas me dijo que debo entregarle y, por ahora, tengo cinco. Así le demostraré que merezco convertirme en su aprendiz.

Un ruido sordo vibra en la tierra; más que oírlo, lo sintieron en la planta de los pies. La princesa agarra de repente el brazo de Hanna y se balancean juntas, aunque no son ellas; es la tierra lo que tiembla y ellas se mueven con ella. El suelo se estremece y se detiene como si los dragones enterrados bajo un milenio de escamas perdidas se hubieran despertado y estuvieran intentando liberarse.

El temblor la agarra y ella siente que el suelo se escapa bajo sus pies, como si girara, no por la brujería, ni por unos monstruos voladores, sino por una alteración repentina que atraviesa la tierra. A ella también la recorre, pero aún sigue soñando. No ha abandonado el mundo de los sueños, la han desplazado.

La tierra se mueve bajo sus pies y el cielo está oscuro. No brilla ninguna estrella, ni destella la luna, pero el viento del amanecer le barre la cara; puede verlo en la gris escena que se desarrolla ante ella y se da cuenta de que ha hecho un largo viaje, de que los temblores de la tierra la han apartado de su rumbo. Está en un lugar en el que nunca ha estado antes. Siente que otra mente y otra alma se mezclan con los sueños, mientras sueña y ella ha traído aquí, desprevenida, tal vez. Ninguna maldad la

oprime, pero el corazón que late dentro de ella no se parece a nada que ella haya sentido antes, no se parece a su simple y aprensivo corazón, más cruel que compasivo, más justo que amable, todavía con contradicciones incomprensibles.

Camina entre ellas y cae dentro.



La primavera llegó temprano, como había predicho la gente del mar que puede predecir el tiempo en la sal marina. En invierno, no hubo fuertes tormentas que disturbaran los fiordos. Ahora se encuentra en la popa de su barco y el mar se desliza por debajo con la suavidad con la que la grasa cubre una cacerola caliente. La fuerza de la tierra casi basta para atraerlos. Los remos apenas rozan el agua.

La victoria se puede obtener de muchas maneras y esta victoria se logrará al amanecer sobre un enemigo que se encuentra durmiendo.

Sin duda, Nokvi es astuto y fuerte, y la magia de sus aliados puede anular a muchos enemigos, pero esa magia no puede dañar al huésped de Mano Fuerte y la fuerza de Nokvi no le servirá de nada en medio de la confusión provocada por un ataque al amanecer.

Los barcos varan en silencio en la playa en el lado más apartado de la lengua de tierra, en la que una abrupta cresta llega hasta el estrecho. Sus guerreros desembarcaron con el silencio de las rocas; para este ataque, han dejado los perros atrás. Emprenden la caminata que los llevará por la cresta y hacia el valle de Moerin, donde gobierna Nokvi. A medida que ascienden, los pinos y los abedules se hacen más frecuentes a su alrededor y el huésped acelera entre los árboles hasta que, al llegar a la cima, ven que las hogueras que señalan la larga sala de Nokvi arden y crujen claramente bajo ellos. Todo está en paz.

A medida que descienden por la ladera, aumenta el ruido que hacen y él siente una punzada de duda, pero ya es demasiado tarde. Sus guerreros están empezando a bramar, muy inteligentes, preparados para la masacre; cuando salen del bosque y corren por los campos, él se da cuenta que, incluso, con este breve anuncio, la gente de Nokvi será apresada fácilmente, desconcertada por lo temprano de la hora y por el inesperado ataque.

Sin embargo, no se produce ningún movimiento en la sala.

En la distancia escucha un grito, como el de un cuervo; de repente, se detiene.

Llegan a la sala con un rugido atronador y no es hasta que el primero golpea la puerta y la tira a un lado cuando percibe lo peor. En el exterior, arden las hogueras de aviso. En el interior, está encendida una chimenea, pero no avisa a nadie, porque nadie se levanta, se sienta o salta sorprendido, estupefacto o encolerizado. La sala está vacía.

—Anuncia la retirada —grita a su portaestandarte, aunque sabe que ya es demasiado tarde.

Tal vez esta será su prueba más dura.

—Quemad la sala —declara— y encended todas las antorchas que tenemos.

Entre los árboles surge una nueva fuerza, dando saltos de éxtasis; sus aullidos aumentan como las llamas que ahora se ocupan de los muros de la larga sala. Son los Suaves, cuya piel es del color del mar de noche y no tienen ropas o adornos, solo portan lanzas y garrotes con la punta de hierro y corren hacia los guerreros rikin, chillando y riendo como locos. Avanzan sin miedo y, justo antes de que caigan sobre sus guerreros, ve a humanos vestidos caminar entre los árboles con bastones en alto: hechiceros. Él agarra con fuerza su propio bastón, pero la magia de los hechiceros no afecta a sus guerreros, solo a ellos mismos, que atacan a la línea rikin con alaridos, primero por el fervor de la batalla y después por la agonía.

—¡Retirada! —vuelve a gritar, y esta vez arranca el cuerno a su portaestandarte y anuncia él mismo la llamada, fuerte e imperiosa.

—No, no —gritan sus guerreros—, dejad que los masacremos. Son débiles como terneros.

Aun así, conduce a sus tropas hacia delante. Saben cómo obedecerlo. Saben que él es más previsor que ellos. Y, por ahora, algunos se dan cuenta de que los han engañado. Con las lanzas y el fuego, se abren camino a palos a través de la multitud de hombres desnudos, hacia la cresta y los árboles. Solo los más estúpidos se habían quedado en la sala cuando las tropas de Nokvi aparecieron corriendo en la oscuridad desde la otra dirección. Es un plan inteligente. Nokvi deseaba atrapar al ejército de Rikin por detrás mientras se debilitaba matando a hombres embrujados.

Es una carrera en retirada dura y humillante la ascensión a la cumbre y el descenso a los barcos. Solo cuatro de los barcos arden con tanta fiereza que las llamas no se pueden contener. Él mismo mata a uno de los incendiarios, un humano desnudo que farfulla y que le ataca inútilmente con un cuchillo antes de que la criatura caiga, doblada en dos por una estocada en las tripas.

Cuatro naves perdidas, igual que un tercio de sus hombres. Un barco tiene que ser hundido en el estrecho y diez guerreros más lanzados al agua al morir a causa de las heridas.

A pesar de todo ello, se considera afortunado. Ha subestimado a Nokvi y a sus aliados. Podía haber sido mucho peor.

No es en la victoria cuando uno se da cuenta de lo fuerte que es.



Pesar lo lamió y él se asustó como una liebre desbocada y se encontró llorando en la

tumba de Lavastine.

No es en la victoria cuando uno se da cuenta de lo fuerte que es.

¡Ay, Dios! No podía llorar por sí mismo, no realmente. Lloraba por lo que había hecho con las esperanzas y sueños, destruidos en ese momento. Lanzados a los perros.

Ya no es mi padre.

No, el rey Henry aún no había juzgado el caso. Sin embargo, si Henry decidía a su favor, ¿podría volver a llamarse hijo de Lavastine sin preguntarse si no sería mentira? ¿No podría ser cierto, como dijo la cocinera, que Lavastine también hubiera yacido con la joven? ¿No habría ido él a las ruinas una noche y sucumbido a la tentación como casi le ocurrió a Alain mucho tiempo atrás con aquella muchacha, Withi? ¿Cómo podrían saber qué opción era la verdadera? ¿Cómo alguien lo podría asegurar?

¿Qué había vinculado a Lavastine y al pobre Lackling, tan diferentes que parecía imposible que pudieran ser padre e hijo, después del testimonio de la cocinera? No los había unido nada, salvo la sangre, salvo tal vez la forma en la que los perros gimieron y gimotearon cuando ambos murieron.

La reclamación sanguínea de Geoffrey por el puesto del conde era mayor que la de Lackling por motivos de competencia. No obstante, si la adecuación era la única norma, entonces ¿no podría él argumentar que él sería mejor que Geoffrey? Bajo su gobierno, la gente se encontraría mejor que bajo el de Geoffrey. ¿No era orgullo pensar así? No, era la verdad. Lavastine había reconocido esa verdad y había tomado una decisión sobre la base, en parte, del sentimiento y la emoción, seguro, pero, también en parte, de la razón, porque Lavastine se tomaba en serio sus deberes para con la tierra y para con la gente bajo su protección.

¿Qué era la sangre? Lo era todo, todo con lo que uno cuenta para describir a su familia y, aun así, el vínculo que había compartido con Lavastine no era menos real en función de si los unía la sangre o no. Lavastine y él habían sido entrelazados de una forma que para ambos resultaba evidente.

Él aún lo quería y tenía la amarga intuición de que si la cocinera a su pesar le hubiera comunicado a Lavastine su testimonio, el conde hubiera sonreído, con sus secas maneras, y le hubiera dicho que para él no significaba nada.

No, el fallo no había sido de Lavastine. Siempre había sabido dónde se encontraba. Había sabido lo que iba a suceder y había hecho todos los esfuerzos para prepararse para ello.

Sin embargo, Tallia no estaba embarazada. Alain había fallado y, peor aún, le había mentado al hombre que más confiaba en él.

El saberlo se alojaba en su corazón la misma amargura que la causada por la acusación de que podría no ser más que el hijo mal parido de una prostituta y de su padre, nacido del incesto y de la aberrante pobreza. ¡Ay, Señora! No era mejor que los pobres mendigos que se habían refugiado en las casuchas de sus terrenos y que

suplicaban comida para sus famélicos hijos.

¿Acaso el Señor y la Señora no los amaba igual que a los elegantes nobles a los que nunca les faltaba ropa lujosa y bandejas a rebosar?

«Pero tú no eres más noble que el hijo de un vagabundo». La voz le desgarraba como un dedo que toqueteaba una herida abierta. ¿Dios también quería a las prostitutas? La vergüenza de haber hablado en alto frente a todo el mundo aún le remordía las entrañas. Nunca dejaría de roerle por dentro. Durante todo este tiempo, su padre adoptivo, Henri, lo había protegido de lo que ella era en realidad. Solo una vez había dicho algo sobre ella, que era hermosa. Como si eso fuera lo único que importara. Tal vez, en el corazón de Dios, eso era lo único que importaba.

Rabia aulló y le dio un cabezazo y él le rascó alrededor de las orejas, enterró su cara en su enorme cuello, mientras le daba unas palmaditas y ella gruñía con satisfacción. ¿Y el testimonio de los perros? ¿Adónde se había ido Miedo? ¿Volvería alguna vez?

Pasó una mano por las ijadas de piedra del pobre Pánico, el viejo perro yacía muerto a los pies de Lavastine. La maldición le había enmarmolado cuando el viejo perro se endureció y murió, por lo que aparecía tallado en piedra negra salpicado con blanco. Lavastine yacía en paz, con Incólume guardándole la cabeza y Pánico los pies. La vergüenza de ese día no le afectó, porque, desde luego, estaba expiando sus pecados. Su alma había ascendido a la Cámara de la Luz. Alain así lo creía.

A su lado, Pesar se mantenía rígido, gruñendo, pero no hizo ningún ademán de avanzar. Alain se puso en pie y se peinó el pelo hacia atrás con una mano.

Aunque estaba solo en la iglesia, del mismo modo que había estado solo en la sala.

Entonces la vio en la puerta, mirando nerviosa desde detrás de la primera columna cuadrada.

—Acercaos. Los perros no os harán daño.

Lady Hathumod se movió con la indecisión de un cervato que se acerca a unos dóciles leones, con la inocencia necesaria para confiar y, aun así, contenida por una antigua cautela.

—¿Traéis un mensaje de ella? —preguntó él con impaciencia.

Se detuvo a tres pasos de él, con la cabeza modestamente inclinada, con las carnales manos unidas en actitud de oración.

—No, mi señor. Ella se niega a veros. Se niega a mandaros un mensaje.

—¡Entonces yo iré junto a ella! La duquesa Yolande no tiene derecho a mantenernos apartados de esta forma.

Con atrevimiento, ella avanzó para colocar una mano en el antebrazo de él, como si quisiera sujetarlo. Enseguida se retiró igual de rápido. Tenía las mejillas sonrojadas y brillantes. Aun así no lo miraría a los ojos.

—No, mi señor, por favor, no lo hagáis. Solo servirá para humillaros.

—¿Qué humillación mayor puedo recibir que la de ayer? —La amargura salió por

su garganta, mientras la bilis le quemaba el estómago—. Tallia confía en mí. Ella solo necesita saber que no la culpo de lo sucedido. No es culpa suya que la duquesa Yolande se la llevara arrastrando. Estoy seguro de que ella no quería ir, no realmente.

—Os lo ruego, mi señor. —Parecía a punto de llorar mientras se agarraba las manos con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, y roja la punta de los dedos—. No culpéis a la duquesa Yolande. Da igual lo que digáis, *lady* Tallia no os recibirá. Si vais, os verán suplicar en el exterior de su puerta como un vagabundo o entrar en sus cámaras privadas como un ladrón común y corriente.

—Dado que la mayoría de los nobles de aquí consideran que no soy más que el hijo de una prostituta, ¿qué daño me va a hacer...? —Saberlo fue demasiado, se detuvo. No podía creer que Tallia lo hubiera abandonado tan cruelmente.

—Os lo ruego, mi señor —dijo en voz baja—. No perdáis vuestro tiempo sufriendo por esa mujer, porque ella no os merece.

Sorprendido, Alain vio cómo rodaban las lágrimas por las mejillas de ella.

—¿Qué queréis decir?

—Tallia es una vasija imperfecta. Ella es con lo que Dios ha probado nuestra fe, porque a ella se le entregó la verdad, pero la verdad la destrozó.

Él estaba demasiado atónito como para responder. ¿Cómo ella había disimulado esa falta de respeto hacia su señora durante todos estos meses? Él nunca hubiera dudado que Hathumod no era sino una obediente compañera, que había aceptado voluntariamente el destierro de Quedlinhame para seguir con su amada señora.

—Sé, mi señor, que vos no creéis que el mensaje verdadero nos ha sido revelado por el hermano Agius, a quien Dios entregó la gloria del martirio. ¿Sin embargo, quien soy yo para cuestionar los designios de Dios? Yo también soy un simple vehículo de Dios.

—Seguro que la Señora te envió para permanecer al lado de Tallia. Ella necesita a alguien que la cuide.

Su boca, tensa, reveló la profundidad de su disgusto.

—Ella se ha apartado de quien la ha querido desinteresadamente. Voy a dejar de estar a su servicio, señor.

—¿Pero adónde iréis? ¿De regreso con vuestra familia?

—No, me enviarían de vuelta al claustro, porque tienen demasiadas hijas, pero no tierra suficiente para dividir entre nosotras. No quieren que vuelva con ellos.

—¿Entonces, adónde? No podéis emprender la marcha por vuestra cuenta. Vos no merecéis la vida del mendicante, *lady* Hathumod. —Hizo un gesto hacia su ropa, un vestido de buen lino bordado con conejos retozando; ella misma parecía un conejo; con un rostro suave y redondo, era alguien a quien apetece acariciar más que golpear. Llevaba unas pantuflas de tela, de color rojo brillante: el tipo de calzado fino y delicado para gastar después de un día de caminata. No tenía callosidades en las manos. Su piel aún era suave como el pétalo de una rosa—. ¿Regresaréis a Quedlinhame?

Él se dio cuenta de su tenaz postura.

—No me recibirán. No importa adónde vaya, señor. Confío en la sabiduría de Dios. —Ella, por fin, tuvo valor para mirarlo a los ojos, y a él le sorprendió su certeza, tranquila y apasionada—. Sé lo que he visto aquí. Ya vi lo que sucedió con los panes entre los pobres. Si es voluntad de Dios esconder a sus siervos entre nosotros, yo permaneceré en silencio.

Entonces, sorprendentemente, ella se arrodilló ante él y le besó la mano como una señora haría ante su rey.

—¡No, no lo hagáis! —gritó él, abrumado ante ese acto de devoción. Gentilmente, la ayudó a levantar, pero no pudo decir nada más, porque en ese momento entró el Águila del rey, que venía a buscarlo para llevarlo a la corte.

Al final, estando todos reunidos, Alain observó que la Tallia que no le hablaba y ni siquiera le miraba, la única mujer a la que había amado, se presentaba ante su tío el rey.

—¿Juráis ante esta corte y en nombre de Nuestro Señor y Nuestra Señora que el matrimonio nunca llegó a consumarse?

—Sí. —Dijo ella. A él le pareció que le alegraba decirlo, que se regocijaba mucho con esa palabra que a él lo avergonzaba y arruinaba.

Un noble se rio, como si bufara. Henry dejó de estudiar a su sobrina y se hizo un silencio tal que Alain podía oír cómo las pezuñas de Rabia chasqueaban en el suelo cuando movía la cabeza sobre las patas. Alguien que estaba cerca echó un pedo maloliente. Una abeja zumbaba en el exterior de una de las contraventanas abiertas y, en los lejanos campos, golpeaban como si estuvieran molestos y enfadados.

—Por el juramento que hicisteis frente a testigos vuestra noche de bodas, tenéis derecho a apoyarlo como parte de su familia —continuó Henry, casi como si se lo sugiriera—. ¿Hablaréis en su nombre?

—Yo no soy su esposa —dijo Tallia, y el rostro se le iluminó con el brillo del triunfo—. Al no haberse consumado, el matrimonio nunca tuvo lugar.

El más leve aroma de una zarzaperruna que se desvanece se alejó lentamente de él hasta desaparecer y entonces se dio cuenta de la rosa que colgaba de su pecho, tan pesada como un trozo de escoria de hierro sin valor alguno. La punta del viejo clavo había cambiado, clavado en su esternón como si le golpeará desde el corazón.

La traición de ella era lo que más dolía.

Henry se recostó en la silla con un suspiro evidente.

—Así será —dijo, con un tono que parecía más que contrariado—. Ninguna mujer u hombre puede gobernar sin una familia en la que apoyarse. Como este hombre, Alain, no tiene familia que lo apoye, no me queda otra opción que dictaminar a favor de lord Geoffrey. A su hija, Lavrentia, la nombro condesa de Lavas, que será guiada bajo la regencia de su padre hasta que llegue a la mayoría de edad a los quince años.

A partir de ese momento, lo demás fue ruido sin sentido.

Aun así, ¿el juicio no había sido hacía un año o más? ¿Su padre de adopción, Henri, no lo había acusado de lo mismo que Geoffrey, excepto de la brujería?

Las palabras de Henri lo habían condenado.

—«No creéis que soy el hijo de Lavastine» —había gritado Alain.

—«No, ¿y por qué iba a hacerlo?» —había dicho Henri sin dudar.

¡Ay, Dios! Y sin Tallia, ¿habría tenido el valor para hacerlo, para gobernar como conde año tras año, solo, como Lavastine? No era de extrañar que Lavastine se hubiera entendido con el joven desconocido y huérfano. Había estado solo y desesperado. ¡Qué insensato había sido Lavastine! ¿Hubiera actuado mejor, algo menos insensato, algo menos desesperado después de años de solitario gobierno? No, este final sería para bien. No podía haber esperado otra cosa.

Entonces, se sacudió, teniendo esta situación como el pecado de la desesperación. No deshonraría la memoria de Lavastine rindiéndose ante la autocompasión.

De esta forma, volvió en sí cuando amainaron los gritos y las patadas en el suelo y cuando Geoffrey se puso en pie, triunfante y con ira.

—¡Os lo ruego, majestad! Debéis castigarlo por su atrevimiento. ¡Dejad que la Iglesia lo juzgue por usar la brujería! —Tuvo que limpiarse la boca porque estaba escupiendo, por el ansia con la que lanzaba las palabras.

Rabia y Pesar se levantaron, tensaron las patas, más amenazantes en silencio que todo un grupo de perros ladrando. Uno de los familiares de Geoffrey lo agarró por el brazo y lo tiró hacia atrás.

Henry se levantó y golpeó el suelo tres veces con su cetro y todos los que estaban sentados se pusieron rápido en pie.

—¡No! —gritó Henry, con la mirada puesta en Geoffrey hasta que el pobre hombre golpeó con las rodillas la silla y se sentó, aunque se levantó enseguida, temeroso de ofender al rey—. Vuestro fervor ciego no os honra. No veo que en este caso haya brujería, sino el error de un hombre sincero al buscar al hijo que había perdido.

Incluso Geoffrey fue lo suficientemente inteligente como para dejarlo pasar. Dio un paso atrás, inclinó la cabeza con humildad y cogió a su hija pequeña, la nueva condesa, en brazos, como símbolo de su victoria.

Henry se volvió para mirar a Alain. ¿Parecía herido? ¿Su voz se había afectado con la mención a sus hijos perdidos? Alain estaba demasiado petrificado como para preocuparse.

—Habéis servido a Dios y a este trono con lealtad, Alain. Os ofrezco dos opciones: huir de los territorios de Lavas ahora para no regresar a cualquiera de sus terrenos bajo pena de muerte o aceptar un puesto entre mis Leones, conforme vuestro origen, para servirme.

Así de rápido se había caído la rueda de la Fortuna. Sencillamente era demasiado sensacional como para comprenderlo, pero tenía que reaccionar. Tenía que pensar. Se esforzó por aclararse lo suficiente para no hacer el ridículo. ¡Qué Dios lo ayude, no

avergonzaría a Lavastine haciendo el ridículo ante Geoffrey y su sonriente familia!

Por supuesto, Henry sabía qué iba a hacer. En realidad, no había dos opciones. ¿Tenía algún lugar al que ir salvo regresar avergonzado al hogar de Bel, aunque de todas maneras no le estaba permitido porque Osna estaba bajo la protección Lavas?

Él se acercó y se arrodilló, desde su lugar entre los nobles, como había visto antes que los Águilas se arrodillaban ante él, como antes los sirvientes se habían arrodillado ante él, aunque aquel entonces parecía demasiado lejos. Parecía que la rosa había echado espinas de hielo, que le pinchaban el corazón hasta el punto de que pensó que le debían estar saliendo torrentes de sangre que cubrían todo el suelo. A lo mejor se habría caído por el dolor, pero Rabia y Pesar se acercaron y se sentaron uno a cada lado de él, de forma que sus cuerpos presionaban calurosamente el suyo, tembloroso.

El rey Henry no retrocedió, tampoco los perros le ladraron.

—Os serviré y estaré a vuestras órdenes, majestad —dijo Alain.

El príncipe Ekkehard vio la pluma de oro sobre la calzada, después de que uno de sus mozos de cuadra la cogiera para él y se la puso delante de la cara a su primo.

—¿Habéis visto algo como esto? ¡Creo que es oro puro! ¡Qué suerte haber sido el primero en verla!

—Quitadme eso de delante, os lo ruego —dijo Wichman, mientras apartaba el brazo de Ekkehard—. Huele.

—¡No huele! —gritó Ekkehard, tras llevársela a la nariz y recibir un gran olor. De repente, empezó a toser y todos los compañeros de Wichman se rieron. Wichman aprovechó la tos de Ekkehard para quitarle la pluma de la mano a su primo. Por la forma de su boca y los ojos fruncidos, Ivar creía que estaba intrigado.

—¡Es mía! —objetó Ekkehard cuando se le pasó el ataque de tos.

—Así es, primito, pero ahora mismo le estoy echando un vistazo. —Wichman se la pasó a uno de sus compañeros y no tardaron en pasarla entre los jinetes más mayores, mientras, Ekkehard echaba chispas.

Wichman y sus luchadores no son distintos a una pandilla de bandidos, pensó Ivar. A Ermanrich les había dado por llamarlos el señor Temerario y sus nobles compañeros Desconsiderado, Negligente, Irresponsable, Inconsciente, Salvaje, Mudo, Inútil y los tres hermanos Idiotas, los seis primos Borrachos y, por supuesto, el infame Arribista, al que una vez descubrieron haciendo cosas indescriptibles con una oveja. Sigfrid no estaba de acuerdo con semejante frivolidad, pero, de todas formas, siempre acaba riéndose porque Ermanrich tenía una traviesa habilidad para imitar.

—Es oro —dijo Arribista sabiamente mientras la hacía dar vueltas— y, maldita sea, pero me encantaría ver a esas muchachas acróbatas actuar vestidas solo con una falda hecha con estas cosas. ¡Y entonces iba a hacer yo con ella una cosa que yo me sé! —Conocido también como lord Edo, era la persona más resuelta que Ivar había conocido nunca.

—Imposible que sea oro —dijo Desconsiderado, quien, como todos los demás amigos de Wichman, era un noble joven, estúpido y aburrido de algún lugar de Saonia—. No hay pájaros de oro.

—Demasiado oro —dijo Inútil, quitándosela de la mano—. Qué va a ser esto una pluma de pájaro. Es una pluma quman. También tienen alas, ¿verdad?

—Yo nunca he visto nada igual —dijo Wichman, que zanjó con el tema—, pero

me gustaría ver de qué pájaro viene. Venga, padre Ekkehard. —Se la devolvió con una sonrisita—. Tal vez vos, un clérigo que ha estudiado, podéis saberlo. ¡Oh, Dios! —Le salió un gemido bastante inesperado y todo el mundo se puso alrededor a mirarlo. Se dio una palmada en la frente—. ¡Me olvidé a todos mis clérigos en Gent!

Eso se había convertido en un chiste viejo, pero sus compañeros y él aún se desternillaban de risa.

Por increíble que pudiera resultar, el príncipe Ekkehard había aprendido a callarse en momentos como ese. Le pasó la pluma a Baldwin para que la guardara.

Hacía un rato que habían pasado las primeras señales de un pueblo: bosques talados para las casas y las hogueras, prados usados para el pastoreo, un montón de huesos de cerdo y campos dejados en barbecho. Había sido un paseo tranquilo. Sorprendentemente había pocos pájaros en los árboles. En ese momento, cuando el sol se hundía en la tarde, la luz se filtraba con suavidad a través de las hojas de primavera. Cabalgaron al lado de un huerto en flor. Tres chicos a medio crecer aparecieron entre los árboles para mirar.

—¡Mirar sus lanzas! —gritó uno de ellos, que tenía la cara por lo menos tan sucia como los pies.

—¿Vas a matar la bestia? —gritó otro, galopando por la calzada hasta que una zanja lo detuvo. Su amigo ya había salido por un camino secundario, saltando un arroyo y desapareciendo entre un montón de bayas que le llegaban por la cintura como si lo persiguieran todos los subalternos del Enemigo.

Les adelantó la noticia. Cuando llegaron al pueblo, fueron recibidos por una delegación de los ancianos del pueblo, tres mujeres mayores y dos hombres encorvados que parecían tener una docena de dientes entre todos. Lo que debía ser el resto del pueblo se reunió detrás de ellos: señoras; hombres y muchachos de todas las edades, niñas pequeñas. Extrañamente, parecía que entre ellos no había mujeres en edad de casarse. Unos perros ladraron y Desconsiderado intentó pegarle a un perro escuálido con su lanza, y rasguñó a la pobre criatura en los cuartos traseros. Ivar ya había visto la misma escena antes, cuando viajaron sin prisas hacia el sur y el este desde Gent: los ancianos del pueblo ofrecieron unos pocos y pobres regalos como un claro soborno y luego sugirieron que el grupo viajara a una casa solariega o una hacienda monacal siguiendo el sendero, hacia un lugar más adecuado para acoger a un grupo de su trascendencia. Wichman se negó porque prefería actuar con prepotencia a los pueblos, donde forzosamente había una oferta amplia de reacias muchachas.

—¡Por Dios! —gritó la más anciana de los sabios, una mujer mayor que tenía que apoyarse en una vara para mantenerse en pie. Tenía una manera extraña de cortar las palabras al final, de acuerdo con el dialecto local—. Nuestras oraciones han sido escuchadas, Dios mío. ¡Decidles que habéis venido a matar a la bestia!

—¿De qué tipo de bestia se trata? —preguntó Wichman, mientras recorría con la mirada las cabañas cercanas y las más lejanas. Más allá, extensos campos verdes

rayaban el terreno, intercalado con filas de árboles y arbustos llenos de frutas. Destelló entre dos árboles algo pálido que se escapaba entre la seguridad de los árboles: ¿un perro?, ¿una cabra?

—¡Ay! ¡Una criatura horrible que no ha nacido de la tierra! Desde que el margrave Villam y la duquesa Rostrudis hicieron retroceder a los rederis durante estos últimos veinte años y los mandaron a la Luz de Dios, no hemos tenido ningún problema por aquí. ¡Hasta ahora! —Algunas personas se lamentaron en alto—. Siempre ha habido sombras en el bosque, ¡pero no como esto! Primero, toda clase de luces impías sobre las viejas rocas, y ahora la bestia. ¿Por qué Dios ha decidido atormentarnos?

—¿De qué tipo de bestia se trata? —repitió Wichman. Mostraba una pequeña sonrisa irritante.

—Una criatura horrible que nunca debió caminar sobre la tierra. Una noche sale de las rocas, volando entre una luz cegadora. Grande como una casa, es como un águila, solo que es un monstruo enviado por el Enemigo para acosarnos. Sus zarpas podrían abrir una vaca de una sola vez. Primero solo atrapaba venados, pero tememos que...

—¿No tenéis más hijas aparte de estas niñas pequeñas? —preguntó Arribista de repente. Se estaba restregando un muslo obsesivamente y sudaba un poco, aunque no hacía mucho calor.

Todos los hombres y mujeres allí presentes se quedaron blancos y en silencio. Un niño saltó y se llevó una bofetada en la boca.

—¡Comidas! —dijo la mujer con voz temblorosa. Tenía verrugas en la nariz y miraba con una chispa de tenacidad—. La bestia primero se llevó al ganado y luego a nuestras hijas.

—Yo me hubiera llevado primero a las hijas y luego al ganado —dijo Inútil—, pero ese debe ser un ágil familiar de Eddo. —Se rieron a mandíbula batiente, incluido Arribista.

—¡Callaos! —dijo Wichman, que no se había reído—. ¿A quién pertenece esta tierra?

—Es nuestra, señor. Vine con mi marido, Dios lo tenga en su gloria, para asentarnos cuando aquí solo vivían unos salvajes. Fue un acuerdo hecho con los mayordomos del rey Arnulf. Nosotros no estamos en deuda con ninguna señora, solo con el rey.

Gruñó pensativamente. Su caballo, impaciente, se movía hacia los lados y él tiraba de él.

—Pero yo he de tener a mis compañeros contentos o no querrán arriesgar sus vidas. ¿Qué nos podéis ofrecer?

—Comida y refugio, señor.

—Yo sé lo que estáis escondiendo —dijo Wichman—. Y lo quiero para mis hombres y para mí.

—¿Qué están escondiendo? —preguntó Arribista con impaciencia.

El príncipe Ekkehard adelantó su caballo. En comparación con su primo mayor, él tenía un aspecto menudo y algo frágil, pero se alzaba con mucho orgullo y, por supuesto, vestía magníficamente.

—Soy Ekkehard, hijo del rey Henry —dijo con enérgica voz—. He venido para salvaros. No pido ninguna recompensa para mis compañeros o para mí, sin importar cuánto arriesguemos nuestras vidas, porque sé cuáles son mis deberes como príncipe de este reino. Contadme más acerca de esa bestia que os hostiga.



De esta forma, Ivar se encontró atravesando hierbas y follaje que le llegaban al pecho por un sendero lleno de maleza y siguiendo al guía, un muchacho delgado y bastante asustado al que casi no se le entendía al hablar. Al ser el compañero menos favorito de Ekkehard, habían enviado a Ivar delante para explorar las rocas, la guarida de la misteriosa y terrible bestia, y evidentemente su guía había sido elegido porque era la persona, pobre joven, a la que los ciudadanos del pueblo no les importaba perder.

«Cebo» había dicho Wichman y todos sus compañeros se habían dado palmaditas en la espalda ante tal ocurrencia y bramaron y se rieron. A Baldwin le molestó y se dispuso a interceder, pero Ivar lo paró. Realmente le enorgullecía ir. Ya no tenía miedo porque en ese momento confiaba en el plan de Dios, incluso a pesar de que algunas noches aún tuviera sueños incómodos sobre Liath. De todos modos, no era justo dejar que el pobre chico fuera solo.

Se subió la toga de novicio cuando vadearon un ancho pero poco profundo arroyo. Mojado hasta las rodillas, llegó a la otra orilla y siguió con un torrente de oraciones a medida que seguía ascendiendo tras el muchacho. Dios tenía un plan, evidentemente, seguro que Ella lo tenía, y él confiaba en Ella, pero no dejaba de preguntarse por qué su estómago no podía decidir entre salir por la garganta o caer por el otro lado, y si mantenía la boca en movimiento no pensaba mucho. ¿Cuántas almas perdidas había conducido él hacia la verdad desde la revelación que presenció en las calles de Gent? ¿Las suficientes como para dirigirse a la sala de los mártires? Ermanrich, Sigfrid y él habían predicado entre los ignorantes con tanta agresividad durante la semana posterior que, al final, el hermano Humilicus había llegado a sospechar y tuvieron que ser juzgados por la obispo, acusados de herejía.

Se habían librado solo porque Ekkehard se iba con Wichman al día siguiente, y llevados por la persuasión de Baldwin, había utilizado su autoridad principesca para apartarlos de las garras de la muy enfadada obispo. Pero él no se había quedado contento. Y aún no le gustaba Ivar.

¿Se habían salvado suficientes almas en Gent? Era difícil asegurarlo, y los

vecinos ante los que habían predicado durante el camino eran reticentes, pero, al menos, esas humildes almas no los habían apedreado o expulsado. Habían escuchado y hablado entre ellos. Habían hecho unas pocas preguntas.

Nadie había dicho que el trabajo fuera fácil. El plan de Dios no era un camino de rosas.

A veces, Ivar se preguntaba qué tenía pensado Dios para gente como lord Wichman, una de las criaturas más inútiles que habían pisado jamás la tierra. «Envía una bestia para matar a una bestia» había murmurado Ermanrich cuando la expedición se armó y se preparó para asaltar la guarida de la bestia, pero paró de reírse tontamente de su chiste cuando Ekkehard envió a Ivar delante. Ekkehard le dio un pequeño cuerno, que en ese momento él agarraba con la mano derecha. Deseaba no tener que usarlo.

—¡Chsss! —El chico le hizo una señal con un palo y se movió hacia una ladera revuelta y oscura que se encontraba delante de ellos, una sobrenatural colina redonda coronada con rocas caídas y árboles arrancados desagradablemente. De repente, a Ivar le resultó extraño que los pájaros hubieran dejado de cantar. El sol brillaba entre las rocas; entonces, parpadeó, al verlo brillar, al verlo mover, como si la luz del sol estuviera atrapada en el círculo de rocas e intentara liberarse.

—Uh, uh, uh —gruñó el joven aterrorizado y salió corriendo.

Desde el centro de las rocas se levantó el sol, aunque ya estaba a medio camino por un cielo oriental, parcialmente escondido entre fragmentos de nubes. Aquello era grande y brillante y estaba cubierto de oro. Ivar oía gritos detrás de él; el jinete lo había visto y, de todos modos, se quedó boquiabierto al ver cómo aquello se levantaba más y más y se dio cuenta de que había soltado el cuerno.

Tenía la forma de águila con la cabeza de un águila con penacho y un pico noble, pero claramente no era un águila. No crecían tanto y las águilas no tenían plumas de oro, como si hubieran sido doradas al acercarse demasiado al sol. Era magnífica, con plumas en la cola que parecían arder y unos ojos que incluso a esa distancia parpadeaban y brillaban como la luz de las estrellas. Era lo más hermoso que había visto en su vida.

Escarbó en el suelo y encontró el cuerno, lo levantó y sopló, pero lo único que salió fue un leve resuello.

Resonó. El sonido tronó a su alrededor, tan melodioso como la voz de los ángeles, demasiado poderoso como para que los oídos humanos lo captaran. Nunca había visto nada recubrir el suelo con tanta rapidez. Estaba lejos, al alzarse sobre las piedras caídas, y de repente, estaba cerca, grande como un caballo de batalla, y descendía a por él con las garras afiladas y acabadas en punta como espadas.

Se lanzó de plano sobre el suelo. El aire se levantó y sopló cuando la criatura pasó sobre él. El batir de sus alas le quemó el cuello y le mareó un olor tan fuerte y embriagador como el incienso utilizado en la iglesia. Escuchó un chillido humano más allá de él, pero estaba sin aire y no se podía dar la vuelta.

¿Esa era la cara del Enemigo, tan deslumbrante que mataba por quedarse mirando maravillado? ¿O era una preciosa visión del rostro de Dios en todo Su terrible esplendor?

Una mano huesuda le tiró del tobillo y él dio un aullido, dio una patada..., pero solo era el chico, que había regresado para llevárselo. En la distancia, escuchó caballos gritando y un estallido de gritos. La voz de Wichman sobresalió momentáneamente sobre el caos.

—¡Con vuestras lanzas, imbéciles!

Un caballo sin jinete apareció galopando de ninguna parte, aterrorizado, e Ivar se apartó de su camino de un salto, tropezó, rodó y se golpeó el hombro con una roca inoportuna. Se apoyó en las manos y en las rodillas, se levantó como pudo tras un seto espinoso y jadeó hasta que pudo volver a pensar. El chico había desaparecido con el caballo, o tras su estela. Al final, enfadado por su cobardía, salió corriendo hacia el vado, intentado mantenerse oculto.

El clamor de una escaramuza particularmente dura resonó en el aire, caballos heridos, un hombre muy nervioso, un gruñido jadeante como fuelles erráticos, alguien que no dejaba de gritar por su brazo. Ivar apareció en el vado. Más allá, donde el bosque se convertía en campo abierto, la gran criatura atacaba a un grupo revuelto de jinetes como un ángel con pico envuelto por una luz dorada. Había siete jinetes que se deleitaban con el brillo, liderados por Wichman, que nunca se escondía ante una pelea. Cada vez que la bestia se acercaba al suelo, ellos pinchaban y empujaban con las lanzas; siempre, batiendo con fuerza las alas, la criatura se alzaba fuera de su alcance. Con un grito, el príncipe Ekkehard se apartó del grupo, para lograr cierto empuje desde abajo, y por un momento estuvo fuera del alcance de los demás. La bestia se volvió hacia él, con una gracia increíble, y con las garras lo atrapó por los hombros.

Los brazos del joven príncipe le cayeron a ambos lados, cuando las garras se clavaron bien en los hombros protegidos con una cota de malla. Se le cayó la lanza al suelo, pero él no gritó, a pesar de que empezó a sangrar. Batiendo las alas forzosamente, la criatura trató de levantarlo en el aire. El caballo se soltó del príncipe, quien empezó a patlear, agitando las piernas inútilmente, como si tratara de llamar a su montura, que ya había escapado hacia el bosque. El yelmo, que se le soltó del golpe, rodó en la tierra.

Él seguía forcejeando, moviendo las piernas vigorosamente e intentando golpear con ellas, mientras la criatura volaba bajo hacia el vado donde Ivar se había quedado paralizado, incapaz de hablar o de reaccionar. Wichman y los otros cinco jinetes golpeaban detrás, persiguiéndolos muy de cerca. Con gritos y chillidos, entre los árboles aparecieron más jinetes que llamaban al príncipe. A medida que la criatura se acercaba, aún volando bajo, Ivar pudo ver la cara de Ekkehard, que estaba blanco y hacía muecas mientras se retorció, aunque, extrañamente, parecía regocijarse.

El viento que provocaban las alas hizo saltar a Ivar, cuando se dirigió directo a su

cabeza, aún incapaz de ganar altura. Sin pensar, saltó. Con dos pasos, cambió de las cuclillas a estar en el aire y pudo agarrar una de las colgantes piernas de Ekkehard.

Al principio, creyó que tanto el príncipe como él iban a salir volando porque separó del suelo la punta de los pies, pero, al momento, se encontró arrastrándolos por el agua cuando la bestia se ladeó, obligada por el peso de más. Escuchó a Wichman gritar, sintió a los caballos cerca, conducidos en contra de su voluntad. No vio el golpe, pero sintió el bandazo a través de las piernas de Ekkehard y escuchó al príncipe gruñir entre dientes. La bestia tembló y los tres cayeron al suelo. Los lentos y tensos golpes se habían convertido en el desesperado revoloteo de un ala herida que salpicaba en el arroyo.

Al soltarlo, Ivar se volvió y vio cascos golpeando el aire sobre él. Una lluvia de puntas de hierro y astas de madera pasó silbando y convirtió el cielo en efímeras cintas. El cruel pico golpeó a una mano de distancia de sus pies descalzos, y el agua saltó desde un corte supurante bajo un ojo radiante. La sangre de la criatura le escaldaba los dedos de los pies. Se hizo a un lado, dando vueltas y más vueltas por el agua poco profunda, respirando con dificultad y tragando más agua que aire hasta que llegó a la mitad del arroyo y se apartó del frenético círculo de la orilla. No veía más que hombres y caballos y lanzas, un frenesí de lanzas que se levantaban y caían como martillos que golpeaban hasta la muerte desde la vida.

Las plumas de oro, delicadas como una obra del más elegante orfebre, y la viscosa y clara sangre ocupaban una mancha que aumentaba desde la orilla. La sangre caliente hacía escocer y le quemaba la piel en los lugares por los que se extendía a su alrededor, por lo que se abrió paso como pudo entre los guijarros y las piedras viscosas y, con esfuerzo, salió del banco cubierto de hierba justo cuando se oyó un grito entre los hombres.

Se habían convertido en la bestia y bramaban sobre la derrotada presa.

Sigfrid corrió hacia Ivar y se puso de rodillas a su lado. Estaba llorando y decía por señas desesperadamente: «¡No! ¡No!».

Ya era demasiado tarde.

La gloriosa criatura estaba muerta.

Ivar se puso en pie y se dirigió tambaleándose hacia la voraz multitud de jóvenes celebrantes y, por un milagro, los amigos de Wichman hicieron sitio para él. Ni siquiera le tomaron el pelo ni lo pellizcaron como hubieran hecho en otro momento, cuando se abrió camino entre ellos para acercarse a la bestia. Muerta, tenía un aspecto grotesco, ya no sublime. Solo era algo monstruoso y muerto con plumas brillantes y unos ojos apagados y sin vida.

Baldwin ayudó al príncipe Ekkehard a ponerse en pie.

—¡Maldito idiota insensato! —gritaba Wichman mientras Ekkehard intentaba mover los brazos—. Os dije que os quedarais atrás. Nada de atacar como un imbécil enloquecido por la gloria. ¡La próxima vez os apartáis de mi camino!

La sangre goteaba a través de la cota de malla y el príncipe se bamboleó un poco

mientras Baldwin lo ayudaba a mantenerse en pie y otros jóvenes compañeros se apiñaban alrededor, haciendo que la distancia entre su enorme primo y él aumentara. Entonces vio a Ivar.

—Te debo la vida —dijo Ekkehard de mal talante—. ¿Qué recompensa quieres a cambio?

—Quemadlo —dijo Ivar. Sigfrid se había acercado a él con el rostro lleno de lágrimas. Ermanrich estaba en la otra orilla, con la boca abierta del asombro—. Eso es todo lo que os pido, alteza. Quemadlo.

Cuando llegó el muchacho, con el caballo que se había escapado, lo enviaron al pueblo con la noticia. Wichman ordenó a la mitad de sus hombres que buscaran el resto de los caballos desaparecidos. El pobre Salvaje, el único herido, estaba muriéndose a causa de la pérdida de sangre y los traumatismos: la bestia le había desenchajado un brazo. No se molestaron en llevarlo a otro sitio, solo lo acomodaron en el suelo y le echaron vino de sus odres en la boca para emborracharlo y calmar el dolor. Los que se quedaron recogieron las plumas de la bestia como podían, pero tuvieron que renunciar al botín porque la sangre les provocaba ampollas incluso a través de los guantes. Cuando los vecinos aparecieron desfilando entre gritos de triunfo y una guirnalda de adelfillas y pensamientos para cubrir el magullado cuello del príncipe Ekkehard, también trajeron jarras de cerveza y una antorcha encendida.

Ekkehard aún no podía levantar los brazos, así que solo asintió con la cabeza cuando la anciana del pueblo le ofreció la antorcha.

—Os ha herido a vos más que a nosotros —dijo él, con magnanimidad—. Dejad que el que más ganado perdió de entre vosotros le prenda fuego.

—Es que ninguno de nosotros perdió ganado, señor —dijo ella—. Era tan cruel y tenía un aspecto tan aterrador y vivía tan cerca que temíamos que empezara a atacarnos.

Ekkehard parpadeó varias veces y muy rápido, como si esas palabras no tuvieran mucho sentido para él. Entonces, encogiéndose de hombros, envió a Milo a que lanzara la antorcha sobre el cadáver a una distancia prudencial.

Las llamas saltaban del cuerpo. Inútil, que aún andaba por allí con la esperanza de hacerse con unas pocas plumas más, se quemó y se apartó de un salto, dando un grito como un perro herido.

—¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó Ermanrich a Ivar por cuarta vez.

Ivar solo se encogía de hombros. Sigfrid se arrodilló a una distancia prudencial de la hoguera y empezó a rezar, a mover los labios aunque no emitía ningún sonido inteligible. Aún lloraba.

El fuego rugía. Cuando las plumas crepitaban y se evaporaban por el calor, Ivar empezó a ver formas en las llamas: sobre el humo apareció una multitud de palomas del color de la miel; leones, elegantes y pálidos, paseaban a una distancia invisible; corzos plateados se alejaban como si saltaran sobre imaginarios escalones de rocas y

desaparecieron en el cielo; unas salamandras se deleitaban en las llamas y sus brillantes cuerpos estaban más rojos que el carbón encendido y soltaban chispas de fuego azulado por los ojos.

—Creo que hemos cometido un terrible error —susurró.

Más allá del fuego, donde las celebraciones no habían disminuido y nadie parecía darse cuenta de que esas extrañas emanaciones eran algo más que una embriagadora nube de incienso que flotaba hacia el cielo, surgió una discusión tan violenta como el fuego que surgía del gran pájaro.

—¡Nos habéis mentido, vieja bruja! —Wichman descollaba sobre la anciana que les había hablado al principio y la amenazaba con un puño lleno de sangre—. Sé que escondisteis a vuestras hijas. Habéis admitido que era mentira que la bestia se las hubiera comido. Vi a algunas corriendo por el bosque.

—Dejadla —dijo Ekkehard de repente. Aún estaba sentado en el suelo y Milo, Baldwin y Udo se mantenían tras él, mientras sus sirvientes trataban de descubrir cómo sacar la ensangrentada malla sin agravar las heridas de los hombros—. ¿Qué derecho tenéis a importunarlos?

—¡El derecho de un comandante que acaba de perder a un soldado por defender a estas miserables alimañas!

—Yo también lamento la pérdida de lord Alfrid, pero ese no es motivo para violar a sus hijas.

Wichman bramó, proyectando los brazos y dando un paso a un lado. Lanzaba su cuerpo de una manera determinada hacia cualquier espacio cercano cuando se ponía de mal humor, como una persona que ocupa un lugar para demostrar que puede hacerlo. Le sangró la nariz.

—Ahora hay un cambio en el corazón del jovencito caliente que nunca fue más feliz que cuando se dedicaba a manosear putillas en Gent. ¿O sois más feliz con vuestro asistente Baldwin? Si no os llega, puedo prestaros a Eddo, que él prueba los canales de cualquier criatura, humana, animal o lo que sea.

—No os burléis de mí —dijo Ekkehard en voz baja—. Y no molestéis a esta gente. —Se había quedado blanco alrededor de la boca, pero, por lo menos, ya no sangraba más. El viento llevaba el embriagador humo desde la pira de la bestia directamente hacia él, aunque parecía que no se daba cuenta.

Por supuesto, Wichman se había apartado sabiamente de la pesada nube de humo.

—¿Cómo pretendéis detenerme? Yo tengo quince experimentados hombres frente a vuestros catorce muchachos a medio crecer. Podemos haceros pedazos y seguir nuestro camino sin derramar una gota de sudor.

—Y además chulearnos a las chicas del pueblo —añadió Arribista con entusiasmo—. ¿De verdad que nos las «escondieron»? ¡Malditos sean!

—Mi padre... —empezó a decir Ekkehard, casi gritando de rabia.

—¡Ay, Dios! —exclamó Wichman, con un golpe en la cabeza de una forma familiar y burlesca—. ¿Qué me va a hacer el querido tío Henry? Soy de la familia. Y

necesita el apoyo de mi madre, ¿verdad que sí? Así que callaos, primito, y regresad con vuestros novicios y vuestras oraciones, ¿o habéis olvidado que sois monje, no soldado?

—Entonces, adelante —dijo Ekkehard, tranquilo. Sentado, parecía un niño que en vano intenta intimidar a un gigante furioso. Sin embargo, dio la sensación de que cuando el humo se retiró de la pira se fundió con su cuerpo. Por un momento, Ivar vio la sombra dorada del ave muerta alzarse, con las alas extendidas, desde los maltrechos hombros del príncipe.

Con una mueca y un poco de ayuda de sus compañeros, Ekkehard se puso en pie. Incluso levantado, lo superaba su musculoso primo, un grande y robusto luchador experimentado, superviviente de la segunda batalla de Gent, líder de esa tropa de temerarios jóvenes que, superados en número y fuerza, había peleado en combates relámpago contra los asaltantes eika de Corazón Sangriento durante medio año. Ivar había oído todas las gloriosas historias, y también Ekkehard, aunque la admiración por su primo se había convertido en una vergüenza y un fastidio para Wichman.

Algo había cambiado.

—Adelante —repitió Ekkehard—, pero aseguraos de que mi padre sepa quién mató y quién aterrorizó a estos indefensos vecinos. Ellos no tienen ni señora ni señor que los venguen, ni que provoquen una contienda en su nombre para exigir la reparación de los daños que vos les causéis. Solo tienen la promesa del rey de que están bajo su protección. —Entonces se volvió para dirigirse a los ciudadanos del pueblo. Dicho sea en su honor, no habían huido, solo se habían retirado como perros a punto de ser fustigados que sabían que estaban encerrados con sus captores—. Mantened a vuestras hijas escondidas —les dijo antes de volverse a su primo—. ¿Ahora qué vais a hacer? ¿Matarlos uno a uno hasta que traigan a sus hijas? ¿No tienen ovejas suficientes para satisfaceros a vos y a vuestros amigos?

Wichman le pegó un tortazo.

Se cayó, sacudido como cuando el pájaro murió en el arroyo. Agitó los magullados brazos y se apaciguó. Con los ojos perdidos, se quedó allí lánguidamente.

Baldwin arremetió contra Wichman y entonces surgió un alarido de pelea. Los chicos de Ekkehard se lanzaron con los hombres de Wichman. Ivar se hubiera unido, pero Ermanrich se lo impidió y, de todos modos, todo acabó enseguida. La mitad de los muchachos de Ekkehard tenían los ojos negros y los demás, las mejillas moradas, y la mayoría se mantenían a un brazo de distancia como marionetas.

—Dejadlos —dijo Wichman, disgustado—, traed mi caballo —le dijo a su mozo de cuadras. Escupió en el pie de la vieja bruja antes de montar. El caballo se hizo a un lado, intentando alejarse de la pira, y él le dio un tirón—. Vamos —dijo a sus compañeros—, podemos encontrar un alojamiento mejor que este. Guardar el anillo de Alfrid para que se lo podamos devolver a su hermana.

Se fueron bramando entre los árboles, camino de la calzada principal. Extrañamente, tras su partida, el sol apareció tras el manto de nubes. El fuego, ajeno a

todo, seguía con su estruendo. Unos venados brillantes salían del cadáver en llamas y corrían en medio del agradable humo hasta que sus formas se desvanecían a la luz del sol.



Por la mañana, Ekkehard seguía sin poder mover los brazos lo suficiente como para montar, pero tenía un aspecto sorprendentemente alegre mientras los habitantes del pueblo se preocupaban por él. Le habían dado la mejor cama de la aldea, con espacio para tres y, de acuerdo con Baldwin, no más plagada de pulgas de lo habitual. La casera había esparcido hierba lombriguera por el suelo para mantener alegadas las alimañas y habían traído muchos juncos para hacer camas cómodas para los compañeros y sirvientes de Ekkehard.

Sigfrid se había perdido.

Lo encontraron en la pira. Por el dorado lustre de hollín de su pelo y nariz y por el estado de su ropa, dedujeron que había salido a hurtadillas en algún momento del final de la tarde después de que todos se fueran a dormir y que había rezado toda la noche junto a la pira. Al ver a Ivar y a Ermanrich, cogió una vara y garabateó unas palabras en las cenizas.

—La festividad de san Mercurios, el Variable —leyó Ermanrich, que leía con más facilidad que Ivar—. Sin duda una explicación para el noble comportamiento de ayer del príncipe Ekkehard. —Le cogió el palo a Sigfrid y atizó las brasas que aún ardía en la pira. No había humo, pero parecía que una pequeña neblina de cenizas rondaba la hoguera como si la expulsara una enorme criatura que respiraba debajo. La pira emitía calor. En ese momento olía como una gran tumba de flores en la que un centenar de ricos aromas se fusionaban en uno.

—¡Uh! —Ermanrich dio un paso hacia atrás y soltó el palo.

En el brillante montón de brasas, se retorció un reluciente gusano rojo y dorado.

Sorprendido, Sigfrid extendió los brazos para contener a Ivar y a Ermanrich. Aunque, en general, no se olvidaba de que le falta la lengua, en realidad, estaba intentando hablar, pero estaba tan entusiasmado, tembloroso, con el rostro lleno de expresividad, que emitía unos sonidos muy patéticos hasta que al final se hizo con el palo y trató de escribir algo en las cenizas. Surgió una fuerte ráfaga de viento y tuvieron que retroceder de un salto cuando la pira formó un remolino de ceniza dorada que giró y se disipó.

El resplandeciente gusano desapareció.

Sigfrid empezó a llorar.

—Eso era una señal —dijo Ermanrich con solemnidad—, pero ¿era Dios o el Enemigo?

Sigfrid, más extasiado que consternado, se puso de rodillas y volvió a rezar. Ellos no pudieron hacerle cambiar de opinión y allí se quedó rezando durante el resto del día, mientras los vecinos iban y venían para ver los restos de la bestia, aunque ninguno se atrevió a tocar las brasas. De hecho, a medida que pasaba el día, parecían brillar más aún, aunque, a lo mejor, solo era fruto de la imaginación de Ivar, la reacción de su débil cuerpo cuando, animadas por la marcha de Wichman, las jóvenes del pueblo regresaron. Nerviosas al principio, como cerdos que saben que han matado a uno como ellos, se abrieron cuando ninguno de los jóvenes del grupo de Ekkehard las molestaba.

—Tal vez nuestras oraciones por fin llegaron al corazón del príncipe Ekkehard —dijo Ivar a Ermanrich esa tarde, mientras se daban un festín de pollo asado sazonado con mostaza, pasteles de miel, verduras y un pan negro muy basto que tuvo que mojar en cerveza para hacerlo comestible.

—No lo sé —dijo Ermanrich, indeciso—. Todo ha sido muy repentino.

A Ekkehard aún le dolían los brazos demasiado como para moverse, aunque, al mismo tiempo, parecía que se curaba bien. Le permitió a Baldwin que le diera de comer y además embelesó a los vecinos al beber de una copa de madera, con un cisne grabado, que le había ofrecido uno de los ancianos del pueblo.

—Os lo suplico, señor —dijo Baldwin, sonriendo con gracia—, permitidme llevarle algo a nuestro compañero, Sigfrid, porque, de lo contrario, me temo que no va a comer.

—Os suplico que lo hagáis —dijo Ekkehard, que, como todos, admiraba a Sigfrid por su humilde devoción hacia Dios y por la facilidad con la que derramaba lágrimas sinceras. Sin embargo, en ese momento, la noble expresión desapareció brevemente para convertirse en otra cosa—, pero no os lo llevéis —dijo señalando hacia el final de la mesa, donde estaban sentados Ivar y Ermanrich—. Llevaos al gordo.

Ivar enrojeció. Ermanrich se levantó y se inclinó para decirle algo al oído.

—Solo tiene celos de ti porque Baldwin te quiere. No te preocupes, Ivar.

Sí que le importaba. Acabó de cenar en silencio, rechazado por los demás cuando Ermanrich y Baldwin se fueron. Todos lo despreciaban porque el príncipe Ekkehard lo hacía, pero ¿Daisan el Bendito, no había perdonado a sus enemigos? ¿No le había recordado a sus seguidores que, quien vive según la carne, es débil y está sujeto a la tentación? Todo el mundo se alegraba cuando la carne actuaba correctamente, pero, aun así, el cuerpo, nacido en un mundo mancillado, no solía ir acompañado de un alma sin mácula.

Era muy duro ser bueno siempre.

Fue muy duro, aquella noche, cuando se despertó de un incómodo y vivido sueño sobre Liath, y le llevó un rato, jadeando para relajarse, darse cuenta de que le habían empujado un pie. En una cálida noche del final de la primavera, las contraventanas y la puerta habían quedado abiertas y, con la luz de una luna casi llena, vio la pálida forma de una mujer vestida solo con una enagua y que se introdujo con cuidado en la

cama compartida por Ekkehard, Baldwin y Milo. Milo dormía profundamente en cualquier circunstancia y a Ekkehard le habían dado zumo de adormidera para el dolor, porque cuando moverse en la cama le impedía descansar.

Pero Baldwin estaba despierto.

—¡Señor príncipe! —susurró ella—. ¡Alteza...! —Apoyó una mano sobre el pecho desnudo de Baldwin.

—Yo no soy el príncipe —murmuró él, aunque no hizo ademán de retirar la mano—. Ese es el príncipe Ekkehard, a mi lado.

—Pero vos sois tan hermoso, señor. Como un ángel. —Metió la mano por el interior del cuello de la túnica. Por un momento, Ivar vio la pálida superficie de su piel, cuando apartó la tela. Tuvo que cerrar los ojos, porque todo su cuerpo estaba demasiado ruborizado y aún sentía el sueño en él que había pensado que podría ensimismarse por completo.

—Conseguí una flecha, señor —susurró ella—. La pluma de un ángel.

No pudo evitar mirar. Ella no se había puesto al descubierto, sino que había mostrado una pluma dorada cuyo tenue brillo iluminó los hermosos rasgos de Baldwin e hizo que la muchacha pareciera la más hermosa que él había visto, de pelo oscuro, nariz pequeña y con un lunar en la mejilla derecha que se movía cuando sonreía.

—Sabía que había una señal. He tenido muchos sueños extraños desde que vi las luces en el viejo círculo de rocas, antes de que llegara la bestia. Soñé que me había visitado un ángel. Lo mismo le sucedió a Rodlinda y a Gisela y a Agnes, y ella se casó el pasado otoño. ¿No sois vos, señor? ¿No sois vos el ángel? ¿No os envió Dios para visitarnos y revelarnos algo?

Ivar seguía puro desde el día de su revelación, y Dios sabía que no había sido fácil.

—¡Ah! —La exhalación de Baldwin hizo que sonara más satisfecho que sorprendido, cuando la joven, sin esperar su respuesta, se colocó sobre él.

Ivar se giró y apartó de los ronquidos de Ermanrich, que no se hubiera despertado aunque hubiera pasado una manada de caballos en estampida y salió como pudo antes de hacer algo que lo marcaría para siempre o que, por lo menos, daría a Ekkehard otra razón para burlarse de él. Gracias a Dios, la luz de la luna le permitió salir del pueblo y recorrer los huertos y el bosque hasta llegar a la pira, aunque pisó más espinas de las que pudo contar y se arañó la cara y los brazos con ramas bajas.

Sigfrid se había quedado dormido y algún alma amable había considerado taparlo con una harapienta manta. Su delgada y manchada cara, en reposo, era tan inocente y dulce que, de repente, los deseos y dudas de Ivar se desvanecieron y pudo arrodillarse con un corazón puro. No sabía por qué, pero pensó que era importante que alguien rezara junto a la pira de aquella brillante criatura que solo había matado para alimentarse hasta que fue atacada por lujuriosos hombres engañados por otros con miedo. Era cierto que había asustado a los habitantes del pueblo que, según decían, se

habían encontrado con los cadáveres eviscerados de unos venados, pero ¿no era natural que las criaturas como esa se alimentaran de carne? Al contrario que la humanidad, los animales no tenían libertad para cambiar lo que eran y cómo se comportaban. Incluso una criatura creada por Dios necesitaba comer. En realidad no había dañado a nadie y tal vez no lo hubiera hecho nunca.

No obstante, quizás aquellas visiones que había visto surgir del humo de la pira habían sido alucinaciones, visiones enviadas por el Enemigo. A lo mejor solo era una cuestión de tiempo antes de que la bestia hubiera comenzado a alimentarse de los vecinos y de su ganado. Sin embargo, lo dudaba. A él también lo había empujado el miedo y la lujuria. Con sus propias acciones, había ayudado a que lo mataran.

No estaba seguro de qué hora era. A diferencia de Sigfrid y Ermanrich, no había aprendido a seguir la aparición y la puesta de las estrellas cuando empezaban las Vigilias, pero cuando escuchó el distante canto de un gallo, comenzó a cantar la oración de la noche.

*¿Por qué los malvados prosperan, Señora,
y los puros de corazón sufren tormentos en esta tierra?
¿Por qué los que se visten con violencia
y solo hablan con malicia
viven con espléndida riqueza,
alejados de la dificultad?*

La aurora apareció cuando cantaba el Benedictus, y Sigfrid se revolvió y se despertó. Se puso de rodillas para rezar a su lado, aunque, por supuesto, no podía pronunciar ninguna palabra. Ellos lo vieron mucho antes que nadie fuera a buscarlos: un diminuto polluelo rojo y dorado que revoloteaba entre el carbón aún al rojo vivo. A medida que aumentaba la luz, se enterró en lo profundo de las cenizas.

A media mañana, Milo fue a recogerlos, enfadado por haber tenido que hacer ese recorrido y un poco nervioso al examinar la pira aún sin apagar a una distancia segura.

—El príncipe Ekkehard te solicita —dijo—. ¿Aún no se ha acabado eso? ¿Por qué seguís rezando ahí? Está muerto, ¿no?

De regreso al pueblo, Baldwin parecía exhausto, como si no hubiera dormido nada. No podía dejar de bostezar. A lo mejor el príncipe hubiera percibido algo, pero aún estaba atontado, recuperándose del zumo de adormidera.

—Quizá el hermano Sigfrid lo puede explicar —estaba diciendo Ekkehard cuando entraron.

Se habían reunido algunos miembros del pueblo y había ido a quejarse sobre los sueños y las molestias que les acosaban desde la misteriosa llegada de la bestia.

—En realidad, buen hermano —dijo una anciana que parecía haber sido nombrada su portavoz—, pensamos que esas visiones desaparecerían en cuanto la

bestia muriera, pero no ha cambiado nada. Ha empeorado, incluso. ¿Qué nos quiere decir Dios con esto? ¿Hemos hecho algo mal? ¿Nos está castigando?

Ermanrich se había convertido en un experto en comunicarse con Sigfrid, con o sin escritura, y Sigfrid los aventajaba tanto en la comprensión e interpretación de la voluntad de Dios que todos habían llegado al acuerdo tácito de respetarlo en cuestiones de doctrina y escrituras.

—¿Qué es el alma? —preguntó Sigfrid, aunque Ermanrich hablaba por él—. Es todo lo que somos, aunque no podemos vivir en la tierra sin un cuerpo. Daisan el Bendito, tenía un cuerpo mortal habitado por un alma inmortal, porque Dios amaba tanto al mundo que Ella nos dio a Su único hijo, quien cargaría con nuestros pecados. Por eso Él se presentó ante la emperatriz Thaisannia, la de la máscara, y Él no se inclinó ante ella, porque Él sabía que solo Dios merece devoción. La emperatriz hizo que lo desollaran, igual que hacían con los criminales, en aquella época, y le arrancaron el corazón y lo tiraron al suelo, donde fue hecho pedazos por unos perros, porque ¿nosotros mismos somos los perros, que sin pensar devoramos los tesoros de Dios en el transcurso de nuestras gruñidos y peleas?

Baldwin trataba de no volver a bostezar. Parecía que los vecinos presentes comenzaban a estar nerviosos.

El príncipe Ekkehard ya era capaz de doblar un brazo por el codo para poder rascarse la nariz con el dorso de la mano.

—Creo que ya basta por ahora —dijo.

—¡Os lo ruego, tenéis que creernos! —exclamó Ermanrich, lo bastante alto como para que saltara cierto número de gente, incluidos algunos de los demás compañeros de Ekkehard—. ¡Su sangre borró nuestros pecados!

Sigfrid tiró de la túnica de Ermanrich e hizo una complicada señal de signos y gruñidos, y apartó unos juncos para poder trazar unas letras en el suelo de tierra de la casa comunal.

—¡Oh! —dijo Ermanrich, bastante sorprendido como para preocuparse por primera vez—. ¿Estás seguro...? El príncipe Ekkehard dijo... —Sigfrid asintió con la cabeza enfáticamente—. Ah, bueno —continuó Ermanrich, tartamudeando un poco. Miró de repente a Sigfrid, que fruncía su rostro amable, pero cuya expresión estaba tan inmóvil como una roca firme—. El buen hermano Sigfrid dice que aquellos de vosotros que no tengáis fe en la verdad de nuestras palabras mañana al amanecer veréis un milagro, y entonces creeréis.

Ekkehard los llamó a un lado, después de que los vecinos se dedicaran a extender la noticia.

—¿De qué estáis hablando? ¡No quiero perder la buena voluntad de esta gente porque soltéis unos parloteos y los asustéis! ¡Baldwin! —Obviamente estaban pasando los efectos del zumo de adormidera, los brazos tenían más flexibilidad y movimiento que el día anterior y él se estaba sometiendo a bañar los hombros desnudos con agua de esencia de pino mientas reprendía a Baldwin—. ¿Y qué pasa si

llegamos a mi hermana y ella nos envía de vuelta a casa por culpa de vuestras peroratas? ¡Ay, Dios! ¡No! ¡Fuera! —Golpeó al sirviente que estaba sondeando las heridas de los hombros—. Mañana cabalgaré. Puedo cabalgar perfectamente. Estoy mucho mejor. ¡Dios protégame! Toda la noche he estado soñando con súcubos que suspiraban y gemían a mi lado en la cama hasta el punto que pensé que me volvía loco. Prometí no tocar a ninguna de sus mujeres y ahora no quiero parecer malo, no desde que yo hice que Wichman pareciera tan malo ante ellos, pero tenemos que irnos de aquí.

—Bien dicho, alteza —dijo Ivar con una desagradable mirada hacia Baldwin.

—Vayamos a rezar a la pira de la bestia, señor príncipe —dijo Baldwin—. Los habitantes del pueblo no están allí ahora y podremos estar tranquilos.

Ekkehard miró a Ivar con recelo, como si, por arte de magia, soliera tentar a Baldwin para que se apartara de su legítimo señor, pero como no quería tener problemas, estuvo de acuerdo. Diez de los jóvenes de Ekkehard los acompañaron a la pira.

—Eso es un cambio de ánimo —farfulló Ivar mientras iniciaban el camino—. No te he visto orar mucho durante los últimos meses, demasiado ocupado besándole los pies al príncipe.

—¿Así me lo agradeces? —respondió Baldwin—. ¿Con este mezquino malhumor? ¿No te he protegido todo este tiempo? ¿No fui yo quien nos salvó de Judith? Que Dios me ayude, sin embargo, espero que puedas devolverme el favor, porque ¡no puedo pasar otra noche como la que acabo de sufrir! No dejan de entrar por la ventana, una tras otra, delirando sobre ángeles y revelaciones. —Se estremeció, pero ni un simple gesto de dolor pudo estropear sus rasgos perfectos. Al caminar tan cerca de él, Ivar olía la esencia de jazmín que le quedaba en la piel. Tenía un ramito de lavanda seca entre su brillante pelo; Ivar se lo quitó y lo aplastó con los dedos. Surgió un leve aroma que se desvaneció.

—Dios nos proteja —exclamó Milo, que caminaba delante. En el lugar en el que la pira besaba el arroyo, había vapor y todas las cenizas y carbones estaban ocultos por una nube revuelta. Un aroma a flores destiladas con incienso impregnaba el aire. Un leve crujido salió de la mortaja de bruma y se mezclaba con el murmullo del agua sobre las rocas y el helado siseo del vapor.

—No me... me gusta esto —dijo Milo, mientras daba unos pasos hacia atrás, pero Baldwin se acercó todo lo que pudo y se dejó caer de rodillas.

—¡Nada puede ser peor que lo que yo tuve que soportar la pasada noche, de verdad! —proclamó—. Prefiero morir que volver a pasar por ello. —Sigfrid le dio con el codo y él añadió apresuradamente—: Aunque, por supuesto, sé que Dios nos protege. Debemos estar aquí. —Agarró a Sigfrid por la manga y lo acercó; bajó la voz—. ¿O no?

De esta forma, con cierta ansiedad, pasó el segundo día. De vez en cuando los vecinos iban a mirar, como para asegurarse de que no estaban haciendo travesuras,

pero la mayoría del tiempo los dejaron solos, aunque una o dos veces Ivar creyó haber escuchado unas risas tontas en el borde del distante bosque, tan alejado que, cuando miró atrás, solo vio pálidos destellos entre los árboles, perros o cabras, o las torturadoras del pobre Baldwin.

Baldwin rezaba con más hermosura que los demás y podía conducir las oraciones siempre que Ermanrich lo guiara.

*Los que caminan lejos de Dios están perdidos,
y destrozados están los que renuncian a Ella.
Aunque si yo no deseo nada sobre la tierra,
Dios será mi refugio infinito.*

Así llegó el crepúsculo y el príncipe Ekkehard se unió a ellos al anochecer, cuando cantaban los servicios de vísperas, en el que participaban todos. Sus voces se combinaban con dulzura, los tenores y los más graves, y unas pocas voces más profundas que algunas veces aún se quebraban.

—Ese pueblo apesta —dijo Ekkehard cuando hubo un momento de silencio, aunque aquella noche la luna estaba llena y alegre—. Preferiría dormir aquí fuera. ¿El fuego aún caliente?

El fuego calentaba y no había dejado de bullir de forma extraña, pero no parecía que nadie pensara que estuviera sucediendo algo extraño. Ivar sintió que se dividía en dos: asustado y, a la vez, incapaz de escaparse porque en lo profundo del improbable fondo de su cuerpo no podía librarse de la sensación de que estaba a punto de suceder algo extraño y maravilloso.

Durmió mientras la luna ascendía hacia la medianoche. El canto de un gallo lo despertó. Estaba acostado sobre el suelo empapado de rocío con la mejilla sobre un montículo de tierra fría y un trozo de hierba medio metido en su nariz. Algo avanzaba sobre su cara; él maldijo y lo sacudió antes de levantarse, deseando quitarse el dolor de cuello.

Cerca, Sigfrid estaba cantando la Benedictus Domina, si no fuera porque Sigfrid ya no podía cantar, aunque Ivar reconoció su voz; había cantado tantas veces al lado de él en Quedlinhaim que la dulce voz de tenor del otro chico se había convertido en su línea de vida para lo peor de su desesperación.

Sigfrid estaba cantando y llorando de alegría, y a medida que el amanecer de la aurora emitía la primera luz y los primeros colores, Ivar vio que la neblina se había disipado y que mostraba que la pira había aumentado hasta alcanzar una altura monstruosa y que las brasas doradas y rojas parecían un millar de rocas unidas que se amontonaban unas sobre otras hasta sobrepasar la altura de un hombre. Ekkehard, que se despertaba, se levantó a tropezones haciendo remolinos con los brazos como si se hubiera olvidado de que estaba herido, y retrocedió tambaleándose, y lo mismo sucedió con los demás, que se tropezaron con los vecinos, que se acercaban en masa

para mirar. Incluso algunos de ellos se aventuraron hacia delante gritando que les habían desaparecido los dolores de muelas o que ya no cojeaban. Sigfrid cantaba con los brazos en alto, hacia los cielos, y Ermanrich, que estaba bastante sorprendido, pero que era eminentemente práctico, lo apartó arrastrándolo, cuando la pira se alzó y se movió como si fuera una criatura que se despierta. Baldwin se arrodilló tan fijamente y con las manos en posición de orar que Ivar pensó que había entrado en trance. Se lanzó hacia delante para moverlo, para despertarlo, para avisarlo.

La salida del sol destellaba más allá del túmulo donde las viejas ruinas de rocas estaban colocadas como la corona, destruida y descomunal, de una reina fallecida mucho tiempo atrás. El día se liberó de la noche.

La pira se abrió. Una nube de fragancia reventó sobre ellos. Llovieron flores a su alrededor y unos pétalos incorpóreos se desvanecieron al tocar el suelo.

Se extendió, desplegó las alas y la gran bestia surgió tan gloriosa como el día, después de una larga, oscura y desesperada noche. Barritó. El sonido resonó desde los cielos hasta la tierra y viceversa, con un eco continuo hasta que Ivar se dio cuenta de que aquello para nada era el eco sino una respuesta.

—El fénix —exclamó Sigfrid—. Es el signo de Daisan el Bendito, que surgió de la muerte para convertirse en Vida para todos nosotros.

Alzó el vuelo y se movió con tanta rapidez en el cielo que la última estrella que titilaba hasta desaparecer, mientras el sol repartía luz por todos lados, podía haber sido el último destello de ese ser visto desde la Tierra mortal.

Cuando desapareció, el príncipe Ekkehard gritó estupefacto y todos los vecinos exclamaron sorprendidos y sobrecogidos: los dolores de todos los allí presentes desaparecieron milagrosamente.

—Habéis sido testigo del poder del Hijo y de la Madre —dijo Sigfrid, el único entre ellos que no parecía sorprendido. Su fe nunca ha flaqueado—. Así, estáis curados.

Ivar sabía que esa belleza lo había marcado para siempre.

—No seáis tan impaciente. Esto solo es un pequeño contratiempo. Tenemos más de cinco años para entrenarla para que cumpla su parte, tiempo más que suficiente. Estáis permitiendo que vuestra habitual aversión a su conducta os nuble la razón, hermano. Todo se desarrollara a nuestra manera.

—Eso decís, pero hasta ahora ha habido demasiadas sorpresas y contratiempos.

Sanglant tuvo que concentrarse para marcar la pasarela de troncos, haciendo girar el mazo con el mismo ritmo que estaba usando antes de que Severus y Anne hubieran aparecido procedentes de la torre y hubieran comenzado a caminar hacia él. No quería que sospecharan que estaba escuchando. Después de diez meses, aún no se habían dado cuenta de cuánto oía.

—Es cierto que debemos probarla para ver la locura que supone estar atada a los deseos terrenales. Espero que su reclusión y su enfermedad le hayan demostrado la falta de sentido que tiene satisfacer los deseos carnales.

—Debemos librarnos de... ¡ese bruto!

—Cuidado, hermano. He puesto a prueba sus fuerzas de muchas formas y me temo que el geas que le dio su madre sea más fuerte que nuestra magia.

—Queréis decir que no podéis matarlo.

—No puedo, pero tengo varias ideas. Aún tenemos la pieza más fuerte. Solo tenemos que esperar hasta que podamos utilizarla en su contra.

—¡Nunca la convenceréis para que la emprenda contra su marido y contra su hija!

—Ya veremos, hermano. Hablemos de otras cosas.

Estuvieron caminando por la nueva pasarela todo ese tiempo y en ese momento Sanglant se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—Que tengáis un buen día, príncipe Sanglant —le dijo Anne, mientras rodeaban el trozo que él estaba marcando. El hermano Severus gruñó algo que pudo ser un saludo.

—Buen día —dijo él, apoyando el mazo sobre un hombro. Tenía el impulso salvaje de golpearles sus petulantes rostros con el mazo de madera y, por un momento, fue más que evidente que el deseo era patente, pero lo rechazó igual de rápido. Sin lugar a dudas Anne se protegía a sí misma y, de todos modos, él difícilmente mantendría la buena consideración de Liath si asesinaba a su madre.

Incluso aunque ella acabara de admitir que era la persona que había intentado

matarlo.

—¿Liath asistirá al almuerzo de mediodía? —preguntó Anne con un tono agradable, haciendo una pausa fuera de su alcance. Ella podía, pensó él, fácilmente haber ido a preguntarle eso a Liath en persona. Pero no lo hizo.

—No, creo que no. —Movi6 un tronco con un pie; casi había acabado la pasarela entre la torre y la sala. Heribert y él la habían colocado primero sobre las peores zonas de barro, ya que las lluvias de primavera convirtieron los senderos en fango, para que así Severus y Anne tampoco se mancharan las zapatillas cuando bordeaban la última parte que faltaba—. Comerá en nuestra cabaña. —Entonces, sonrió.

El perro de Anne le ladró, quizás al percibir su falta de sinceridad. Él había dejado su perro eika cerca de Liath, un hábito que había adoptado durante los dos últimos meses desde el nacimiento de Bendición.

—Muy bien —dijo Anne, y Severus y ella pasaron a la otra parte de la pasarela y continuaron su camino. La hermana Zoé permanecía justo en el exterior de la puerta de la sala, fingiendo que no observaba. A esa distancia Sanglant se fijó en ella, cuyo vestido drapeado sugería unas exuberantes curvas, y ella se volvió de repente y desapareció en el interior de la sala. Él se rio y uno de los sirvientes lo pellizcó en el muslo, como para reprenderlo.

—¡Chsss! —le dijo él, aún riéndose entre dientes—. Ya he trabajado bastante esta mañana. Tengo derecho a entretenerme de una forma tan inofensiva. —Pero la criatura ya iba hacia la sala en la que, sin duda, la invitarían a servir o limpiar. Sanglant olió a pan recién cocido y se dio cuenta de lo hambriento que estaba. La pasarela podía esperar. Agarró el mazo y se lo colocó de hombro a hombro, saltó sobre los troncos y recorrió el camino con curvas, a través de uvas en ciernes y huertos verdes con hojas y frutas aún sin madurar, que conducía hacia su esposa y su hija.

La escuchó antes de verla.

—No, no, por supuesto que él hizo lo único que podría hacer. No me queda otra que envidiarla, porque ella puede alimentar a mi hija y yo no.

Cuando vio la cabaña, se encontró a Liath reclinada sobre el diván que Heribert le había construido para que pudiera acostarse fuera y estudiar los libros que Meriam y Venia le habían traído. Heribert estaba sentado al pie del diván. Había estado tallando un sonajero en madera de cerezo, y todavía tenía el cuchillo y la talla en las manos, mientras Liath y él observaban cómo Jerna alimentaba a la niña a la sombra de un manzano.

Realmente era una escena extraña: podía ver la corteza del árbol a través del cuerpo translúcido de Jerna y, aunque parecía que ella no estaba hecha de sustancia, sino de aire y agua, podía sujetar a la bebé durante breves períodos de tiempo, lo suficiente como para darle de comer, antes de que le resbalara por el pálido cuerpo, como si atravesara un pastel denso y cayera suavemente en el suelo.

—¿De qué creéis que está hecha su leche? —susurró Liath, pero Heribert solo se

encogió de hombros.

—Bendición está creciendo —dijo él, como si con eso bastara. Y bastó.

Liath levantó la mirada y vio a Sanglant. Tenía una sonrisa tonta en el rostro, estiró las piernas fuera del diván e hizo palanca para levantarse, agarrándose al respaldo ondulado de conchas que Heribert había tallado con tanto cuidado en madera de arce.

—No, no —dijo ella—. Iré hasta ti.

No estaba lejos, a no más de cien pasos, pero él tuvo que apretar los dientes para quedarse quieto y no salir corriendo a ayudarla. Ella aún estaba muy débil, como si hubiera consumido toda su fuerza y se la hubiera entregado a la niña. Ni siquiera podía encender la mecha de una vela, pero podía caminar cien pasos y apoyarse en él un poco para regresar juntos. El calor del cuerpo de Liath contra él suyo despertó todo tipo de sensaciones, pero la sentó con cuidado en el diván, le dio una palmadita al perro y fue a lavarse las manos y la cara con agua fría en el abrevadero junto a la puerta.

Cuando regresó, una procesión de sirvientes habían traído bandejas de comida desde la sala: cerveza, pan, queso blando con sabor a eneldo y un potaje de centeno con sal y nata. Liath se hizo a un lado para que él se pudiera sentar junto a ella y, en general, comieron en silencio. Él aún estaba digiriendo la conversación que había oído sobre él un rato antes. ¿Cómo podía haber dejado pasar por alto que todo este tiempo fuera Anne la que estuviera intentando matarlo? Obviamente era ella.

¿Realmente Anne pretendía que Liath se pusiera en contra suya y de la niña? ¿Cómo pretendía conseguirlo?

—Estáis pensativo hoy, señor —dijo Heribert.

—Ah, hoy es la festividad de san Mercurius, el Variable —intervino Liath—, así que hoy pueden pasar muchas cosas extrañas.

Haberse vuelto inválida había liberado una increíble cantidad de humor de algún hueco escondido en lo profundo de Liath. No siempre era divertida, pero él se sentía obligado a reírse porque no quería herir sus sentimientos y, en cualquier caso, resultaba encantador ver que lo intentaba, ella que había sido tan seria.

—Es un día extraño —coincidió él—. Por una vez estoy harto de trabajar.

—Ojalá pudiéramos ir a algún otro sitio. No creo haber estado nunca tanto tiempo en un solo lugar como ahora, a excepción del Descanso del Corazón y de Qurtubah. Estoy acostumbrada a estar en movimiento. Esto es bonito, de verdad, pero a veces me siento prisionera.

Bajo el árbol, Bendición acabó de comer y, a medida que se retorció y necesitaba expulsar los gases, comenzó su lenta caída de los brazos y el cuerpo de Jerna. Heribert se levantó de un salto y corrió a sujetarla.

—Somos prisioneros —añadió Liath.

—¡Chsss! —dijo Sanglant, poniendo una mano sobre la de ella—. Vamos, amor mío, estás cansada de este paisaje. Vamos a la vieja cabaña...

Heribert volvió a sentarse en el diván, tozudo y reacio a dejar a la niña. Le ponía caras tontas, hacía muecas con los ojos y la boca, estaba embelesado con ella, porque Bendición acababa de empezar a sonreír y era verdaderamente asombroso hasta que punto llegaba cualquiera de los tres para provocar una de esas repentinas medias sonrisas en la diminuta niña.

—No sé si podré caminar hasta tan lejos —dijo Liath, pero se mordió la lengua, al mirar al huerto y hacia las laderas, como si quisiera enfrentarse a ellas.

—Si no, puedes montar a Resuelto.

Era fácil convencerla, igual que era fácil provocar una sonrisa en Bendición, quien, con todo, era un bebé sorprendentemente tranquilo. Acabaron la comida y comenzaron el camino con el perro delante. Liath caminó lo que pudo; cuando se tambaleó entre unos cornejos blancos, Sanglant la colocó sobre la grupa de Resuelto. Heribert se había negado a dejar a Bendición y Jerna los seguía a cierta distancia, nerviosa por Liath, como siempre. El sendero estaba salpicado de flores y de una capa de agujas de pino en descomposición. Pasaron junto a varios tocones de árboles que él había talado.

—¡Ay, Señora! —murmuró Liath—. ¿Hago muy mal por desear que hubiera otro lugar en el que estudiar? Rosvita sugirió el convento de Santa Valeria, pero creo que me es imposible por ahora. —Se rio al mirarlo de una forma que lo hizo ruborizar. Una mujer en parte inválida convertía el lecho nupcial en un lugar incómodo, por lo menos para un hombre que, antes de Gent, no había necesitado practicar la abnegación—. ¡Imagina que la schola del rey recibiera a los mathematici para que estudiaran allí!

—¡Chsss! —murmuró él, aún pensando en las múltiples comodidades del lecho nupcial—. Si hay sirvientes cerca, les llevarán tus palabras.

Pasaron la arboleda de abedules y llegaron al alto claro y al muro del acantilado y de las rocas caídas. Habían brotado flores de verano entre las primaverales primulas y las campanillas de invierno. Aún resultaba complicado señalar las estaciones en un valle en el que los manzanos tenían brotes, flores y frutas maduras en todas las ramas. Sin embargo, gracias a Liath, había aprendido a observar la rueda de estrellas y sabía que el verano estaba muy cerca. En el mundo más allá de ellos, había empezado la campaña de verano. ¿Se habría enfrentado Henry al este? ¿Se habría dirigido hacia el sur, hacia Aosta o se había estancado en el norte, por las discusiones o amenazas de los recalcitrantes nobles? ¿Los eika habrían vuelto a atacar o su derrota en Gent los había debilitado tanto como para que tuviera que pasar una generación antes de volver a atacar las costas norte con la misma furia que habían tenido bajo el mandato de Corazón Sangriento?

Sorprendentemente, ya podía pensar en Corazón Sangriento sin que le recorriera un indeseado gruñido. Hada dos meses que no tenía pesadillas. Ayudó a Liath a bajar de Resuelto. Estaba muy cansada y se quedó dormida al colocarla en el camastro de la vieja cabaña que ellos habían acomodado meses atrás; había sido el único lugar al

que podían escapar de los vigilantes ojos de los sirvientes de Anne. Él guardaba unos vividos recuerdos de aquellos días.

—No he estado mucho por aquí arriba —dijo Heribert, fisgoneando.

—¡Ah! Garabatos de Liath. —Extendió un pergamino lleno de diagramas y ecuaciones y luego lo dejó a un lado para coger una vieja y resquebrajada suela de cuero y le dio la vuelta para buscar la marca del artesano. Tenía a Bendición acurrucada en un codo. Ella también se había quedado dormida y Sanglant la cogió y la colocó con ternura en el brazo de Liath, que murmuró algo y se cambió de posición para recostar a la niña sobre ella. Con los ojos cerrados y los labios rozando el denso pelo negro de Bendición, se podía encontrar un parecido, pero el rostro de la niña aún estaba sin formar del todo.

—Liath es fuerte —dijo Heribert en voz baja, mirando hacia atrás para asegurarse de que Jerna no los había seguido hasta dentro—. ¿Cuánto tiempo vais a mantenerla ajena a lo que habéis descubierto?

—Que Dios me ayude, hermano, pero solo os lo he confiado a vos porque ¡no soporto callármelo! —Sonrió para que no se notara el dolor en las palabras—. Pero dado que no nos podemos ir de este sitio y que ella aún está así de débil, he elegido protegerla de esta forma, a pesar, incluso, de que no me hace mejor que la hermana Anne.

Heribert gruñó afablemente.

—Una mordaz comparación, amigo mío. Pero, si ella no conoce el secreto de las rocas, ¿cómo podemos huir?

—Yo, si fuera ellos, pensaría que eso sería lo último que le enseñaría. Es algo extraño que sea tan sabia en unas cosas y tan ignorante en otras.

—No creo que todo el mundo tenga la misma gran experiencia de la vida que vos, señor.

Lo dijo de broma, pero Sanglant se encogió de hombros.

—No les desearía que la tuvieran.

—Chsss —dijo Heribert, repitiendo el aviso de Liath a Sanglant, que, por un momento, pensó que el clérigo lo estaba consolando, pero entonces, al ver que tenía la cabeza ladeada, se dio cuenta de que Heribert estaba escuchando.

Jerna estaba cantando, pero no era una canción, ni tan si quiera una melodía; se parecía a la voz de un arroyo.

Él salió fuera, con Heribert justo detrás de él.

Al principio no la vio a ella, sino agua que corría por el gran muro de rocas que bloqueaba un borde del prado. Heribert le tiró de la manga y lo acercó, y señaló, colorado y sudando por la agitación.

Jerna estaba cantando mientras se dirigía hacia las rocas derrumbadas, sin crear un camino, sino abriendo uno que había permanecido cerrado e invisible en el lugar en el que el arroyo se interrumpía por la roca.

Esperó justo lo necesario para atar al perro con una larga correa a la puerta de la

cabaña, antes de seguirla hacia las rocas. Heribert lo seguía muy de cerca, incluso se tropezó con él una vez, y otra se agarró al cinto de la espada de salamandra cuando se resbaló en una ladera de guijarros, aunque el camino estaba claro y bien marcado, en cuanto uno sabía que estaba en él. Se movía alrededor del arroyo, a través de un vertido de rocas del tamaño de cabañas y bordeaba las paredes del irregular precipicio hasta que se extendía por un estrecho desfiladero y terminaba en un saliente que miraba hacia otro lugar. Jerna no pasó más allá de la última caída de rocas, pero Sanglant recorrió todo el camino hasta que el sendero en surcos circulares se convertía en una estrecha senda muy parecida a un camino de cabras. No vio ninguna cabra, aunque dos pequeños pájaros revoloteaban en la pared de una roca cercana y exploraban las grietas con sus finos picos. En ese lugar casi había otra estación: la nieve aún cubría la mitad de algunas laderas y, sobre las faldas más soleadas, florecían tojos. Avanzó unos pasos más, apartando la nieve del camino, y se detuvo en un afloramiento desde el que podía observar el panorama ante él.

Más abajo, una calzada volvía por un pronunciado paso delimitado por precipicios y ensombrecido por tres picos extraordinariamente altos que brillaban al sol. La neblina envolvía la cima más alta, pero las otras surgían agrestes y despejadas sobre la bóveda del cielo azul, pero tan blancas que su resplandor molestaba los ojos.

—Dios nos proteja —susurró Heribert, al acercarse a él—. Esto es el paso de Santa Barnaria.

—¡Las montañas Alfar! —musitó Sanglant—. Nunca las había visto: solo había visto sus estribaciones del norte. Nunca las he recorrido, aunque he escuchado relatos.

Las altas cimas lo habían dejado atónito. Las había visto antes, por supuesto, desde Verna: una tenía un distintivo recodo, como si la cumbre se hubiera deslizado hacia un lado. Sin embargo, desde ese ángulo, parecían mucho más enormes y hasta ese momento no había apreciado la inmensa y escarpada pared de la gran montaña central que descendía hacia el pronunciado desfiladero que caía sobre el terreno más abajo, marcando un paso. La calzada atravesaba el paso, hecho de piedra. Más allá, en parte escondidos por el ambicioso arcén de una cadena montañosa, vio un grupo de edificios que parecían un monasterio y que, probablemente, sería una especie de hostel de viajeros.

De hecho, vio a unos viajeros por la calzada, una comitiva propia de una gran señora o de un comerciante nervioso que transportaba especias y sedas desde el este: media docena de carretas, un escuadrón de unos treinta soldados de caballería y tal vez otro tanto a pie. Llegaban desde el sur en una fila que se había alargado bastante quizá porque la gruesa nieve aún bloqueaba partes de la calzada y las carretas tenían dificultades para pasar. En ese momento, la vanguardia llegaba al hostel y varias figuras diminutas salieron de uno de los edificios a saludar.

Un estandarte se abrió paso en la brisa y mostraba al león, el águila y el dragón de Wendar.

—¡Por el Señor y por la Señora! —Escuchó su propia voz temblar mientras examinaba a los jinetes que avanzaban allá abajo—. Es Theophanu. ¡Ay, Dios! ¡Mira, allí! Es el capitán Fulk con sus hombres.

Había aprendido a tomar rápidas decisiones. En la batalla la rapidez y la resolución con la que uno se mueva a menudo marcan la diferencia entre la victoria y la derrota.

—Puede que esta sea nuestra única oportunidad —dijo—, porque está claro que han ocultado el camino y que no podemos llegar sin la ayuda de Jerna. Id, Heribert, yo tengo que regresar a por Liath y a por Bendición.

—¿Qué queréis decir?

Una cosa que adoraba en una tropa de buenos soldados es que, en cuanto confían en ti, saben que es mejor no hacer preguntas estúpidas.

—Esta es nuestra oportunidad de escapar. Ahora, vos bajáis, acudís a Theophanu y le contáis que yo voy. Si nos persiguen, tal vez tengamos que pelear.

—Pero... pero ¡no puedo ir! ¡Soy un forajido! Estoy condenado por la Iglesia.

—No me importa lo que hayáis hecho en el pasado, Heribert. Habéis sido un buen amigo para mí y confío en vos. Poneos en manos de la misericordia de Theophanu. Contadle que os he visto y que quiero que vos estéis bajo su protección, pase lo que pase. Dadle... —Pero no tenía nada que darle, ni siquiera un anillo, nada que ella supiera sin ninguna duda que fuera de él, algo que él entregaría solo en la muerte. No tenía nada aparte de la muerte y sus chicas—. Recordadle cuando salvamos los huevos de un petirrojo del gato de la margravina Judith y cuando hicimos que le dieran una azotaina al desgraciado de Hugh porque casi dejó que el gato se ahogara. —Empujó a Heribert—. ¡Venga!

Nunca ningún soldado había resistido ese tono. Incluso un clérigo podría ver cómo sus pies se movían antes que su mente estuviera de acuerdo.

Heribert se tropezó en el camino y acabó en un montón de nieve con los brazos como los de una medusa: a merced de la corriente en la que estaba atrapado.

—No me gusta dejaros, señor —dijo, como si pretendiera dar la vuelta y regresar.

—Heribert —gritó él, casi detrás de él, al saber cuando hacía falta la acción y las palabras no eran necesarias—, si es verdad lo de los Perdidos, que están regresando con una avalancha de fuego y sangre, ¡es necesario que el rey Henry lo sepa! ¡Tiene que saber que mi hija es la tataranieta de Taillefer! ¡Maldita sea! ¡Utilizad la cabeza! ¡Venga!

A lo mejor Henry no se creía una historia tan tumultuosa, pero no importaba. Sanglant sabía cuando había una oportunidad al verla. Esperó solo lo suficiente para ver a Heribert tambaleándose por el camino. Entonces se dio la vuelta y regresó rápido a las rocas. Jerna lo seguía en el hombro, agitada, tirando de él como para detenerlo, pero él tenía demasiada prisa como para prestarle atención en ese momento. Sabía lo que le quemaba el alma: estaba impaciente; se había recuperado. Había vivido toda su vida en movimiento, atacando cuando la línea del enemigo

estaba débil, entrenando a nuevos Dragones, cazando, yendo de prostitutas (sinceramente, no podía llamarlo de otra manera), cabalgando de una escaramuza a otra para proteger el reino de su padre. No estaba acostumbrado a la inactividad y, por eso, sentía como si, por fin, se hubiera despertado de un sueño muy largo.

—¡Liath! —gritó mientras salía de la oculta grieta con Jerna lloriqueando detrás de él, y saltó sobre el prado. Las flores se abrían con tal profusión que el prado parecía más un jardín, un tranquilo paraíso.

Salvo por el horrible hedor a sangre.

Su perro eika se encontraba junto a la cabaña degollado. Sangre verde cobre manchaba la hierba.

Anne lo estaba esperando, de pie, paciente, en la puerta, con los brazos cruzados por delante exactamente igual que su tocaya, santa Anne, la Pacífica, cuya imagen él había visto pintada en un pilar de la capilla de Taillefer en Autun. Su perro estaba sentado a su lado, arañado alrededor del hocico y con la piel manchada de un fluido cobrizo, pero, por lo demás, ileso. Se puso tenso y gruñó al ver a Sanglant, pero Anne lo tranquilizó con una palmada en la cabeza.

—El hermano Heribert tendrá que aprovechar sus oportunidades —dijo ella—, pero yo esperaba que vos también huyerais.

Él utilizó una palabra tan grosera que al principio pensó que no lo había comprendido, hasta que habló.

—Hay muchos perversos, pero tenéis razón en vuestras conclusiones. La daimon actuó según mis órdenes. No volveréis a encontrar ese camino. No había contado con vuestra lealtad hacia vuestra esposa y vuestra hija, aunque, tal vez, no debería sorprenderme. Los perros a menudo llegan hasta la muerte para proteger a los suyos.

Estaba demasiado enfadado por su propio error como para hacer algo más que no fuera señalar al perro eika muerto, el último y más fiel de sus seguidores.

—No nos dejaba pasar. La hermana Zoé superó su aversión y se llevó a Bendición a la torre. El hermano Severus condujo el caballo. Liath aún duerme dentro, porque ninguno de nosotros tiene la fuerza bruta necesaria para llevarla y ella se resbalaría entre los brazos de los sirvientes. —Se hizo a un lado para que pudiera pasar él, que trató de desenvainar la espada, pero los sirvientes se apiñaron a su alrededor y cuajaron el aire sobre su muñeca de tal manera que no la pudo ni subir ni bajar—. Ella no está hecha para ese mundo, príncipe Sanglant. ¿Nos olvidamos de decirnos que ella ha sido excomulgada y declarada fuera de la ley por un consejo presidido por vuestro padre? ¿No? El que ella haya morado aquí y haya aprendido más sobre los secretos de los mathematici solo sellará su destino. En Darre, ejecutan a los mathematici. Así que iros, dejadnos. Aún permitiré vuestra partida, solo. Es mejor así.

No se podrá decir que él no hubiera luchado hasta el último aliento o que hubiera abandonado a los suyos.

No necesitó decir nada. Los dos sabían que estaban en guerra.

Pasó a su lado, entró en la cabaña para coger a su mujer y con Anne detrás y Jerna siguiéndoles, nerviosa, regresó callado y furioso a Verna.

La capilla de Autun encargada por Taillefer y construida por sus artesanos era el edificio más hermoso que Hanna había visto nunca; ocho enormes pilares separaban ocho bóvedas y cada arco estaba hecho de bloques alternos de piedra clara y oscura. En el segundo nivel, finas columnas se alzaban aún más y sobre ellas había una tercera hilera de columnas, iluminadas por altas ventanas. Tras ese grandioso octágono se encontraba el claustro en el que esperaban los adláteres y los sirvientes como Hanna, aunque podían ver el espacio central en el que el soberano presidía las ceremonias o en el que esperaban a que los admitieran en el ábside tras la cámara este, donde se hallaba el altar.

El sepulcro de Taillefer se encontraba en el centro, bajo la bóveda. El gran féretro de piedra estaba coronado con una efigie muy real, con un retrato en piedra que, a pesar de sus afamados artesanos, no rivalizaba con la efigie de Lavastine en la iglesia de Lavas, aunque había joyas incrustadas en las ropas de piedra y formando estilizadas rosas, y las manos de mármol sostenían una corona dorada de siete puntas, cada una con una gema: una brillante perla, un lapislázuli, un pálido zafiro, una calcedonia, un rubí, una esmeralda y un ónix rayado naranja y marrón. Pintada en los pilares bajos, velaba por él una corona de santos, cada uno de los cuales tenía unos rasgos tan distintivos que Hanna creyó conocerlos a todos, como si fueran viejos y familiares parientes.

Sin embargo, casi todos los demás no observaba los santos o la corona, sino más bien la escena que tenía lugar en la tarima en la que permanecían los restos de Taillefer.

—¡No! —Tallia se había lanzado a los pies de su tío y en ese momento agarraba con sus huesudas manos los tobillos de su tío—. Os lo ruego, tío, si me queréis de verdad, no me dejéis aquí con mi madre. —Sus sollozos resonaban claramente en la capilla.

Si la escena no hubiera sido tan embarazosa, Hanna se hubiera reído abiertamente de la expresión de Henry, quien, en contadas ocasiones, manifestaba tanto sus verdaderos sentimientos.

—Os lo ruego, Constance —le dijo a su hermana, que gobernaba como obispo y como duquesa—, sacadla de mi vista, queréis. Os la ofrezco para que la cuidéis.

La obispo Constance tenía la cautela de una mujer que se encuentra en paz con

Dios y que es muy consciente de que ante el rey no posee mácula. Si estaba tan disgustada con Tallia como lo estaba Henry, Hanna no lo podía entrever en el suave tenor de su rostro.

—Tallia —dijo ella, con una mano sobre el delgado hombro de la muchacha—, debéis controlarlos. Aquí estaréis a mi cuidado. El que vuestra madre también aguarde aquí es elección suya. Según he oído, habéis desechado una vocación en Quedlinhame y un respetable matrimonio. Ahora, os quedaréis en Autun hasta que decidamos que se puede hacer con vos.

—¡Os ruego que no me dejéis al cuidado de mi madre! —Tallia no soltaba los pies de Henry, ni disminuía los roncos sollozos. Hanna deseaba fervientemente que Alain no fuera uno de los Leones de guardia en ese momento, para así no tener que presenciar aquella humillante escena.

A Henry le resultaba difícil mantener el equilibrio con Tallia agarrada a él como un ancla, pero pudo hacer una señal a sus sirvientes, que se movieron para abrir las grandes puertas. Agarró una mano y se puso derecho, como si se preparara para un golpe.

Desde donde se encontraba Hanna, no veía cómo abrían las puertas, pero entró aire del exterior y tras el fuerte sople de verano, siguió un séquito de sirvientes majestuosamente vestidos y nobles acompañantes con la joya del grupo deslumbrando en medio de vestidos leonados de terciopelo, ornamentados con mangas bordadas en oro. Su pelo negro estaba plagado de canas, aunque aún era robusta: había nacido en un linaje fuerte. Llevaba la torques dorada de la familia real en el cuello y avanzó con un simple y superficial saludo con la cabeza hacia la obispo que la tenía encarcelada.

—Dios mío. ¿Realmente es mi hija la que se encuentra tirada en el suelo como si fuera la más baja y suplicante de las mendigas? No ha mejorado con los años. —Se volvió para mirar a su hermano con una repentina media sonrisa—. Bueno, Henry, he oído que mi madrastra ha muerto, y lo siento, porque nunca me trató mal, a pesar de haber puesto por delante a sus hijos para que se hicieran con lo que me correspondía por derecho. Parecéis cansado, hermano. He oído que esta noche festejaremos juntos. —Tallia había estallado entre fuertes gritos como si la estuvieran acuchillando hasta la muerte. Se aferró tanto a las piernas de Henry que este casi se cae—. ¡Oh, Dios! —siguió Sabella, mientras le hacía una señal a una de sus sirvientas—. ¿No podemos librarnos de estos lamentos?

La máscara de piedra había vuelto a ocultar el verdadero rostro de Henry. No dijo nada, no se movió, mientras unos musculosos e inesperadamente atractivos jóvenes del séquito de Sabella avanzaron rápido y apartaron a Tallia de su tío, para llevarla fuera, aunque seguía llorando y retorciéndose.

—Oremos —dijo Henry en medio del silencio que continuó— para que mi santa madre descanse en la paz que merece y para que todos nos reconciliemos tal y como Dios, y ella, desearían.

La obispo Constance inclinó la cabeza y alzó las manos en señal de oración.

—Porque en la ciudad de la reina Salomae la Sabia, se cantó «que haya paz entre hermanas y hermanos». —Miró a Henry de una forma que a Hanna le sugirió que su hermano y ella habían tenido una larga conversación sobre este encuentro—. Venga. —Abrió una mano para indicar que debían moverse hacia delante—. Oremos.



Era la misa de Lucia, el primer día de verano y, por tanto, en la sala de la obispo se sirvió un festín. Hanna casi se había acostumbrado al esplendor de los banquetes reales, pero, aun así, la mesa de la obispo Constance tenía la grandeza y la suntuosidad de un banquete celestial. Lino blanco envolvía las mesas y en todos los puestos había una cubierta doblada, una servilleta de mesa bordada con parras verdes y púrpuras. Todos los presentes tuvieron un banco acolchado o comieron, de acuerdo con su condición, en bandejas de oro, plata o latón que habían sido lustradas hasta conseguir tanto brillo como para haber servido como espejos. Muchachas nobles servían vino al rey y a sus regias hermanas a través de delicados coladores. Sobre un plato de oro, trajeron un cisne decorado con plumas tan pesado que hicieron falta dos hombres para cargarlo. Las patas de ternera aún humeaban desde el asador donde eran servidas para los que no podían entrar. Al final de una larga tarde de pleno verano no necesitaban velas para iluminar el festejo. Al menos, tres arpistas intercalaban canciones o actuaban juntos, no porque su música se pudiera oír por encima del ruido de los celebrantes o de la muchedumbre de peticionares a los que dejaban pasar de vez en cuando para suplicar ante el rey.

Hanna esperaba tras el asiento del rey con Hathui y así pudo conseguir un poco del codiciado cisne, de la oscura carne que nadaba en una salsa tan acre que tuvo que cerrar los ojos al probarla. El sabor era tan arrollador que no lo escuchó llegar en el último montón de llegadas, solo oyó que el rey hacía un lacónico comentario y luego esa familiar y grave voz de un hombre que no temía hablar ante un monarca.

—He dejado a la princesa Theophanu en Aosta, majestad. Estaba sana y saludable y había llegado sin peligro con la mayoría de su séquito intacto tras un viaje tremendamente difícil a través de las montañas. Como yo mismo le dije, la reina Adelheid en aquel momento era asediada en la ciudad de Vennaci. Un caudillo aostano que se hace llamar lord John Cabeza de Hierro había decidido casarse con ella tras conocer la muerte de su joven esposo.

Era Wolfhere, tan saludable y vigoroso como siempre, si eso era posible. Él la vio de pie al lado de Hathui, y Hanna podría jurar que él le hizo un guiño. A ella no dejaba de sorprenderle cuanto le alegraba verlo.

Henry gruñó irritado antes de beber un sorbo de vino.

—¿No sabéis nada más? —Agitó los posos y miró el interior de la copa como si fuera un mago de una religión antigua que podía leer la fortuna en esos restos—. Maldito hijo tozudo —farfulló tan bajo que tan solo lo pudieron oír los guardias Águila y, tal vez, su hermana Constance—. Si me hubiera obedecido y se hubiera ido... —Pero se calló y levantó la copa para que se la llenaran.

A su izquierda, Sabella observaba al Águila arrodillado ante el rey con una mirada burlona, como la de una mujer que se pregunta si el oso bailarín también puede hablar.

—He de hablar sobre ese Cabeza de Hierro con uno de mis clérigos, que se educó en Aosta —dijo ella—. Se rumorea que asesinó a su hermanastro de noble cuna y que se casó con la viuda, pero si persigue a la reina Adelheid, la mujer debe haber muerto, o debe haberse retirado a un convento.

Si a Wolfhere le sorprendió ver a Sabella festejando en la mesa con su hermano, no lo demostró. Solo inclinó la cabeza para señalar que estaba de acuerdo.

—Yo conocí a lord John, alteza. Supongo que ese retiro a un convento será una clemente liberación de las atenciones de él para con una mujer de noble cuna.

Sabella resopló y parecía estar bastante entretenida.

—Hay más —añadió Wolfhere—. Mientras permanecí en Karrone tras cruzar las montañas, escuchamos noticias de que Cabeza de Hierro había perseguido a la reina Adelheid y a la princesa Theophanu por las colinas al noroeste de Vennaci. Se refugiaron en un pequeño convento en la zona capardiana sin explorar. Desde entonces, no he sabido nada nuevo.

Mientras Henry reflexionaba sobre estas preocupantes noticias, a Hanna se le permitió salir para llevar afuera a Wolfhere y que se asegurara de que comiera algo.

—¿Por qué no te quedaste con ellas? —le preguntó ella.

—Tenía otros deberes, como sabéis, Hanna, y otros mensajes que entregar. ¿Cómo te va a ti?

Se sentó con él y le contó las aventuras mientras él cogía medio pollo, al que quedaba poco para estar carbonizado después de tanto asarlo; y lo engullía con pan y cerveza.

—¿Qué crees que significan esos sueños? —terminó ella—. ¿Son visiones verdaderas o falsas?

—No te lo podría decir. Una indigestión de estómago las podría causar, o puede que hayas elegido un extraño destino. A mí de vez en cuando se me metía una piedra en el zapato y una vez resultó ser una hermosa ágata que pulí y colgué de una cadena. —Sonrió como si recordara algo del pasado—. No, no te puedo decir. Sé poco de las tribus orientales —se rio—. Conocí al príncipe Bayan hace mucho tiempo. ¿Quién hubiera pensado que a la princesa Sapientia le hubiera gustado tanto?

—¿Quién hubiera pensado —farfulló Hanna— que le gustara más que el padre Hugh? ¿Sabes dónde está Liath, Wolfhere?

—En algún lugar seguro, espero —respondió en bajo—. Sería terrible para ella

regresar a una corte en la que se enfrentaría a un juicio acusada de brujería.

Como Wolphere siempre la sorprendía, tardó un momento en responder.

—¿Cómo te enteraste de lo que sucedió en el consejo de Autun? Yo me enteré hace solo diez días cuando me uní al séquito del rey.

El final de la tarde de un día de verano tenía una somnolienta luz; no era del todo de noche, ni del todo de día.

—Has visto bastante Hanna —acabó por decirle—. Puedo confiar en ti la visión del Águila.

—¿Qué es la visión del Águila? —preguntó ella, aunque ya sospechaba algo.

—Mañana búscame al rayar el alba en el exterior del campamento de los Leones.

—No añadió nada más.



En la capilla de Taillefer, los clérigos cantaban las Vigilias mientras ella pasaba por los establos y el palacio hacia el lugar en el que trescientos Leones habían establecido su campamento, con pequeñas tiendas de campaña y grandes pabellones, carretas colocadas en círculo y un rueda de arena acordonado para entrenar.

Unos pocos Leones estaban despiertos y andaban por allí. Como plebeyos y soldados de campo, avanzaban con pocos sirvientes y una parte de sus tareas consistía en cuidar de ellos mismos como los legionarios dariyanos de la antigüedad que, se decía, cavaban sus propios fuertes de tierra cada noche cuando estaban en campaña y, además, no despreciaban hacerlo.

No pudo pasar junto a los centinelas sin buscar a sus viejos amigos, pero resultó que se encontró a Ingo fuera de las carretas con un trozo de salchicha en la mano y un gatito que le maullaba desde detrás de una rueda.

—¡Amigo! —dijo ella justo cuando el gato le arañó y él dio un grito y dejó caer el trozo de salchicha. El gato correteó hacia un montículo de paja amontonado junto al eje—. Ahora es un peligroso enemigo —dijo ella mientras se agachaba tras él—. Te ruego que me perdones por asustarte. Parece una dura batalla.

Se chupó el dedo arañado.

—Tonterías. A su madre la atropelló ayer una de las carretas de agua y hemos intentado que se asomen, pero no se acercan ni siquiera por un poco de carne.

La luna en cuarto menguante pendía cerca de los árboles. Las estrellas estaban desapareciendo al acercarse el amanecer.

—Asustadizo —dijo Hanna—. Eso decía mi madre siempre, que no puedes soltar a un niño entre extraños y pretender que cante y baile. —Sonrió. Recogió la salchicha, se la volvió a ofrecer y chasqueó la lengua, con la esperanza de que los gatitos se asomaran. Ella oyó los agudos y casi risibles silbidos desde su escondite en

la paja—. No he visto a vuestro último recluta en palacio —añadió ella.

Ingo se encogió de hombros sin apartar la mirada de la paja, que tenía una pronunciada curva y caída; una cola gris apareció brevemente, pero se volvió a esconder.

—Thiadbald es ahora el nuevo capitán de nuestra compañía —dijo— y ha decidido mantenerlo ocupado aquí en el campamento hasta que sea oportuno. No hay necesidad de hacerlo sufrir más de lo que ha sufrido ya, pobre muchacho. Después de todo lo que ha pasado, no tiene una mala palabra para nadie.

—Ella lo atacó —dijo Hanna en voz baja—, pero a lo mejor era un mal marido.

—Chsss, amiga —dijo Ingo de repente. Se levantó y ella se volvió al ver una alta figura que se acercaba por la fila de carretas con una pala sobre el hombro y dos enormes perros tras él. Tropezó y se detuvo delante de ellos, casi se cae. Los perros se sentaron con toda la educación que se puede esperar, sin hacer ningún ruido. En ese momento vio quiénes eran y no pudo evitar levantarse para verlos de frente, aunque ninguno hizo un movimiento o ruido amenazador.

—Os ruego que me perdonéis, Ingo —dijo Alain—. No os vi. —Él también vio a Hanna y la saludó con educación. Obviamente él no sabía quién era ella y ella no iba a recordarle a Liath, a quien asociaría con tiempos más felices. Hizo un gesto hacia la carreta—. ¿Os vais hoy? No he oído ninguna orden.

—No, hoy no. Son los gatos...

—Ah. —Él también parecía saber lo de los gatos. Se arrodilló junto a la rueda, bajó la pala y examinó el montón de paja inmóvil.

Al estar tan cerca de la pala, Hanna pudo sentir el acre olor de las fosa y vio trozos de suciedad y sustancias más pringosas en el borde de la pala. Se había estado dedicando a tareas de evacuaciones, una faena extraña para un hombre que diez días atrás caminaba entre los grandes príncipes de la realeza. Aunque si el trabajo le molestaba, ella no podía ver ningún rastro de resentimientos en su rostro. Tenía un perfil interesante, limpio, un poco agudo por el corte de la nariz. El pelo negro le crecía desgreñado y se lo había recogido con una tira de cuero. En ese momento, miraba con tanta intensidad la paja que ella se preguntaba si se habría olvidado que índigo y ella estaban de cuclillas a su lado. Estiró una mano despacio; silbó muy bajo, casi no era un sonido, pero la paja se movió y apareció una diminuta nariz rosa y luego, al lado, otra.

No movió la mano, ni le había cogido la salchicha a Ingo. El gato gris salió de la paja y se tambaleó nervioso hacia él, le olisqueó los dedos y con la pequeña lengua rosa empezó a lamerle. Una segunda sombra, más coloreada que gris, se acercó junto al primero, seguido por un tercero.

Hanna temía moverse. Ingo parecía helado del asombro; la salchicha se le cayó entre los dedos. Los perros observaban, con un inquietante silencio. Uno se sentó para lamerse una pata.

Después de que los gatitos hubieran lamido los dedos de Alain, él volvió la mano

lentamente y los acarició hasta que se oyeron unos leves ronroneos. Aún se movía con cuidado, pero los recogió contra su pecho, donde se acurrucaron con la cara escondida.

—Se los llevaré a la cocinera —murmuró—, a lo mejor les da algo de nata. —Hizo un gesto con el pie hacia la pala—. Regresaré...

—No, compañero —dijo Ingo—. Yo la pondré en su sitio.

—Gracias —dijo Alain, y con la carga y sus inquietantes guardias se fue por la fila de carretas y desapareció en el campamento.

—Bien —dijo Hanna—. ¿Qué te pareció eso?

—Es un tipo extraño, realmente —dijo Ingo, mirando a Alain con una expresión pensativa—. No es irrespetuoso, ni arrogante, considerando lo que fue. Ni tampoco es humilde y sumiso. Se podría pensar que siempre ha sido un León, de verdad. Sin embargo, cuando lo vi sentado entre los señores, nunca dudé de que ahí es adonde pertenece. Y esos perros. Son fieros como leones cuando están con alguien que no sea él y con él se comportan como corderos.

—¿Pensaba que los perros pertenecían a los condes de Lavas! ¿No se quedaron con lord Geoffrey?

—No, están aquí, en el campamento. No sé si lo siguieron o si los echó lord Geoffrey. Aun así, es muy raro.

Lo dejó ahí, pensando también que era raro, pero se le hacía tarde y Wolphere esperaba fuera, más allá de los centinelas, donde ardía una hoguera. Justamente estaba añadiendo otro tronco cuando la vio y le indicó que debía sentarse frente a él.

—Hubiera deseado que Hathui también viniera, pero debe permanecer junto al rey.

—Él confía en ella y la respeta.

—Como debe hacer —incidió Wolphere, pero mostró su sonrisa de zorro viejo, clara, certera y extrañamente tranquilizadora—. Tengo un truco que enseñarte. Lo llamamos la mirada del Águila. Es una manera de ver distancias lejanas a través del fuego.

Hanna se rio ante una propuesta tan absurda.

—¿No me crees, verdad? —señaló él—. Con la preparación adecuada, muchas Águilas pueden aprender a ver a través del fuego a cualquier persona que hayamos visto lo bastante cerca como para hacer un buen retrato de ella en nuestra mente. Con el tiempo, también aprenderás a oír voces en las llamas, pero eso al principio no sucederá. Y debo advertirte de que algunas personas no ven, que son ciegas. Si tú eres una de ellas, Hanna, no pienses mal de ti.

—¡Solo envidiaré a los que no son ciegos!

—Aquí, ahora. Mira el fuego. No mires para nada, ni siquiera para las llamas. No, de verdad no mires para nada. No esperes nada. Mira lo que hay más allá de las llamas, no mis manos, ni los árboles, ni el campamento, sino esa quietud que se halla en el centro de todas las cosas. Esa quietud que nos une a todos. Mira a través de ella,

como si fuera una ventana a través de la que podemos ver.

Ella se sentó todo lo tranquila que pudo, con la mirada fija.

—Bien —susurró él. Evidentemente él sintió algo que ella no sintió. Ella solo percibió el calor de las llamas y como si hubiera otro pulso, otro hilo que la acercaba hacia la picadura de abeja de su corazón. Unas sombras se estremecieron entre las llamas y, durante un momento, creyó ver el perfil de la princesa kerayita—. Dime a quién ves —murmuró él.

—Liath —susurró ella—. Quiero ver a Liath.

Y ella realmente vio algo: no eran llamas, no eran sombras, era un muro, como un velo de fuego.

—¿Es esa la Cámara de la Luz? ¡Ay, Dios! ¿Está muerta?

—Solo permanece oculta para nosotros —respondió él con tanta tranquilidad que sus miedos se disiparon—. Te adaptas a esto rápido, Hanna. Empiezo a pensar que tus sueños son verdaderos, y que una parte de tu alma ya se ha abierto a estas enseñanzas.

—¡Pero yo no veo nada! —Frustrada, se pasó una mano por los ojos, que le ardían por el humo—. ¡Ay, Señora! ¿Esto no es brujería? ¿Estoy poniendo en peligro mi alma inmortal por hacer esto?

Él se recostó, para relajarse.

—No, muchacha. Utilizas esta habilidad por el bien del rey. Gracias a la mirada del Águila puedes reunir conocimientos escondidos en la distancia o por las intrigas. Cuando viajas, puedes encontrar el séquito del rey con más facilidad si sabes por dónde está viajando.

Ella se rio.

—¡Mejor que perseguirlo siempre a dos días de distancia! Sin duda se llega más rápido y con menos rodeos.

—¿Has visto suficiente? Está saliendo el sol y tenemos que atender nuestras tareas.

—Y sin duda parecemos un poco locos al mirar el fuego de esta manera, pero... ¿puedo intentarlo una vez más? ¿Y el príncipe Sanglant? Seguro que está con Liath, así por lo menos sabré dónde está ella.

Él solo levantó una mano, como si no tuviera energía para persuadirla. Sin embargo, el fuego ardía y se avivaba y ella no vio nada, por lo que empezó a creer que él le estaba siguiendo la corriente, que ella no había visto nada en absoluto en la llamas.

—Bueno, una última vez —dijo ella, porque la hija de la señora Berta no era de las que se rendían fácilmente—. Con toda sinceridad, te diré, Wolfhere, que siempre me he preguntado que habrá sucedido con la obispo Antonia y el hermano Heribert, si realmente habrán sobrevivido a aquella avalancha. La Señora sabe que llegué a conocer sus rostros muy bien. Pobre Heribert. Parecía bastante bueno. Siempre me pregunté por qué sería tan leal con ella.

Al principio ella pensó que era humo, una rama húmeda atrapada en medio del fuego, pero la sombra se extendió y cogió forma, y Wolfhere hizo un pequeño ruido, casi inaudible, el mismo que podría hacer un ratón cuando un gato salta sobre él.

—No debemos demorarnos más —dice una mujer de un porte majestuoso y con una voz serena y comedida. Es una voz familiar, pero a través de las llamas Hanna no puede distinguir muy bien el secreto de su timbre—. Dejamos Novomo antes de haber estado seguros de que el paso estaba abierto porque teníamos la palabra de que Cabeza de Hierro avanzaba hacia el norte para detener a Adelheid. Ahora se llama a sí mismo rey de Aosta.

¿Ese silbido era de las llamas o de Wolfhere?

Un suplicante se arrodilla ante la gran dama.

—Pretendió seguirme, alteza. Si no lo hizo, fue contra su voluntad.

Se agruparon más formas tras las llamas, aunque en cierto modo todavía dentro de ellas. Eran como las sombras de un edificio visto tras una empalizada; una de ellas hablaba.

—No encontramos nada, alteza. El camino de cabras se acaba en la ladera y los precipicios son demasiado escarpados como para subirlos. O miente para salvarse el pellejo...

—O hay más magia suelta de la que hemos sospechado hasta ahora —dice la regia mujer—. Después de todo lo que hemos visto, creo que debemos creer en lo último. No. Estoy convencida de que ese hombre estaba con mi hermano. ¿No me puedes decir más, hermano Heribert?

¿Es una visión verdadera o falsa? Hanna prefirió no hablar por miedo a que su voz pudiera borrar la sombra. ¿Era realmente el hermano Heribert? ¿Dónde había estado escondido todo este tiempo?

—No puedo decir más salvo que, cuando yo lo dejé, estaba vivo y sano. Temo decir algo más, alteza. Hay palabras que es mejor no decir.

—Es una cuerda muy fina para hacer un puente —dijo el hombre en las distantes sombras.

—Una vez más, ¿dónde está mi hermano? —pregunta ella.

—Sino me siguió, entonces es que no podía —insiste Heribert—. Hay poderes que no entendéis... —Parece tener miedo de decir más.

—¿Qué sugerís entonces, hermano? —ella suena exasperada y Hanna comienza a creer que la curva de sus hombros no es natural, es una capa, una pieza de ropa habitual en los viajeros; la regia mujer está preparada para partir y solo espera a recibir, o a dar, la última palabra.

—Lo que él dijo. Acudir al rey, como ibais a hacer de todos modos.

—El propio rey Henry selló el documento que ordenaba censuraros y llevaros ante la skopos. ¿Os atrevéis a presentaros ante él, a sabiendas de lo que os puede esperar?

—Confío en vos para que me protegáis, alteza. El príncipe Sanglant eso dijo.

—¡Ay! —Parece asustada y contenta al mismo tiempo—. Así que estoy obligada por sus palabras, maldito sea. —La sombra en la sombra, la parte de su cara es una sonrisa—. ¿Os arriesgaríais así por él?

—¿Quién no lo haría? —pregunta él, que parecía realmente sorprendido y su risa como respuesta es llamativa—. Hay una cosa más, alteza. Os lo ruego, ¿puedo hablar con vos en privado?

Ella hace un gesto, pero no todas las sombras se retiran.

—¿Confiáis en este hombre, princesa? —pregunta el consejero.

—Confío en mi hermano, capitán Fulk —responde ella— y vos también. — Cuando las llamas cambian y se levantan, Hanna solo ve dos sombras en el fuego.

Cuando Heribert vuelve a hablar, al principio apenas lo puede oír.

—Tiene una hija.

—¡Una hija! ¿Del Águila?

—¿Qué queréis decir con Águila?

—De una mujer llamada Liathano.

—Sí, de Liath. Él cree que Liath, y por lo tanto su hija, desciende de...

Le llegó tierra a la cara. Wolfhere se había puesto de pie de un salto y lanzaba cenizas y tierra sobre el fuego, que ardía con luz parpadeante mientras ella tosía y escupía. Él ya se iba, a grandes zancadas, con los hombros tan tensos que en parte ella temió correr tras él.

Pero tenía muchas preguntas. Había visto demasiado como para temerlo. Y aún escupía tierra y cenizas calientes.

—¡Wolfhere! —Ella corrió, y aunque él no aceleró el paso, cuando lo alcanzó, estaba jadeando bastante—. ¿Por qué hiciste eso? ¿No era esa la princesa Theophanu? ¿Por qué el hermano Heribert está con ella y por qué habla del príncipe Sanglant como si fueran viejos amigos? ¿De verdad estaba diciendo que Liath y Sanglant tenían una hija juntos? ¿Lo que vi es verdad, o solo es una visión enviada por el Enemigo?

—Te marcó el tiempo con Liath —dijo Wolfhere con aspereza y, a continuación, con una agonía que no mostraba en el rostro—: ¿La he juzgado tan mal? ¿Ha cambiado tanto?

—Pero...

Se volvió hacia ella con una expresión más adecuada para un hombre que acabara de ver a la muerte recorrer la calzada en su dirección.

—Vete a Hathui y sírvela a ella y a las Águilas bien, pero no me hagas más preguntas, porque no puedo y no voy a responderlas. Tienes un buen corazón y me caes bien. Aléjate de lo que no puedas comprender.

No dijo nada más, aunque ella lo siguió como un cachorro perdido, sin dejar de preguntar. Él ni siquiera la miró, se dirigió a los establos y se apropió de un caballo, aunque no tenía el permiso del rey para irse. No le respondió, solo se fue, dejando Autun a caballo sin mirar atrás.

Después del almuerzo, Henry llamó a Hanna ante él en el jardín privado del palacio de la obispo.

—Hathui dice que habéis presenciado la partida de Wolfhere.

—Así es, majestad.

—Ha partido sin mi permiso o sin las órdenes de alguno de mis mayordomos o amas.

Ella primero miró a Hathui, pero la otra mujer solo levantó la barbilla, señal que Hanna no pudo interpretar. Después de todo, ella era el Águila del rey. A él le debía lealtad, ¿no?

—Así es, majestad, pero no sé adónde se iba.

—¿Hathui?

—Yo tampoco, majestad. —Hathui respondió con una renuencia evidente.

Él se dio una palmada en la pierna lo bastante fuerte como para que el sonido sobresaltara a Hanna.

—Sabía que algún día se traicionaría. —Parecía exultante—. El fiel Águila abandona su puesto. Así tenía que ser. Lo prohíbo en la corte. Si lo vuelve a ver algún hombre o mujer leales a mí, que lo detengan y me lo presenten, por deserción. —Dirigió su despiadada e iluminada mirada a Hanna—. ¿Sabéis que provocó su huida? No temáis, hija. Sé que sois inocente de su traición.

No podía mentir. Ella se dio cuenta de inmediato que él comprendía toda su culpa.

Inclinó la cabeza en un vano intento de reunir todos sus pensamientos. La pasarela sobre la que se arrodillaba estaba pavimentada con bloques, colocados siguiendo el dibujo de un rombo que se repetía una y otra vez alrededor del camino cuadrado que encerraba la glorieta central. Cuando volvió a levantar la mirada, el rey se había inclinado hacia delante desde el acolchado banco en el que estaba sentado, y se balanceaba con un codo apoyado en una rodilla.

—Seguid —dijo él, aunque ella aún no había dicho nada.

—¿Conocéis esa habilidad llamada la mirada del Águila? —preguntó ella.

Ninguna chispa de sorpresa o disgusto estropeó su expresión. Continuaba tras la máscara de dignidad.

—Mi padre me contó ciertas cosas conocidas solo por el heredero. De hecho, fue Wolfhere quien llevó el truco de la mirada del Águila a vuestra compañía. ¿Lo sabíais? —No lo sabía y él se debió dar cuenta por la expresión de ella, dado que continuó—. Por esa razón y por muchas otras, mi padre honró a Wolfhere y lo convirtió en su amigo del alma. Lo sé. Aparte de eso, ¿qué visteis?

—Esto, majestad. Primero, una mujer que creo que era la princesa Theophanu, que entrevista a un hombre que se hace llamar hermano Heribert. El mismo Heribert, creo, que fue enviado a Darre con la obispo Antonia y que desapareció con ella en la avalancha de la que yo misma fui testigo. Yo sentía curiosidad por lo que les podría haber pasado... —Se detuvo para volver al centro del relato. El rey permanecía en

silencio, a la escucha—. La princesa dijo que lord Cabeza de Hierro perseguía a Adelheid, y que había sido coronado rey de Aosta. —Henry gruñó, como si hubiera recibido una patada en el estómago, pero no dijo nada—. El hermano Heribert le dijo a la princesa que hacía poco había estado con el príncipe Sanglant... —En ese momento él le prestó toda la atención posible, pero a ella no le gustó—. Pero el príncipe por algún motivo no lo podía seguir. Heribert dijo que el príncipe quería que él se dirigiera a usted, majestad. Tuvo una hija...

—¿El hermano Heribert tuvo una hija?

—No, majestad, perdonadme. El hermano Heribert dijo que el príncipe Sanglant tuvo una hija con Liath. —Cerró la boca, esperando.

Henry entrecerró los ojos casi del todo y negó con la cabeza, como cuando el niño que se queja de ser demasiado patoso para cazar regresa a casa con el primer oso de la temporada.

—Que Dios me ayude por haber engendrado un hijo tan tozudo. Si pudiera conseguir a Adelheid para él, entonces solo habría que librarse de Cabeza de Hierro, y el hijo que necesita para demostrar su valía ya ha nacido. —Tras un momento, la recordó. Era terrible que concentraran en ella esa mirada. Ella nunca se había dado cuenta de que los ojos del rey tenían una sombra marrón tan compleja, y de que tenía unas vetas amarillas y un verde incandescente—. ¿Qué otras noticias podéis darme de mi hijo? ¿Dónde se encuentra?

—No lo sé, majestad. No vi el sitio, ni tampoco sé si hablaban fuera o dentro de un lugar. Pero Heribert dijo una cosa más. Dijo que Liath y la niña era descendientes de...

Se abrió una puerta y la obispo Constance apareció en el jardín, vio a su hermano y se dirigió hacia ellos.

—¿Descendientes de...? —Henry levantó la mirada, vio a Constance y alzó una mirada para hacerle una señal. A continuación miró a Hanna otra vez.

—Así acabó, majestad. No oí nada más. No estoy segura de que Wolphere no apagara el fuego para ocultar el resto.

Henry no dijo nada, solo se recostó en el asiento y toqueteó la torques dorada que portaba, el símbolo de su sangre real y del derecho a reinar. Allí, en su descanso a mediodía en el jardín, no vestía trajes reales; en realidad, Hanna apenas lo había visto engalanado y coronado con la dignidad de un monarca. Vestía el traje habitual de todos los nobles wendianos: una túnica ricamente bordada, leotardos, sandalias y los diferentes anillos que portaban los grandes príncipes. Se sacó uno de ellos y se lo dio a Hanna.

Ella se quedó boquiabierta ante él: una esmeralda lustrada verde pálido, casi lechoso, engarzada sobre una gruesa tira de otro tachonada con diminutos granates rojos como la sangre.

—¿Qué noticias hay, hermano? —preguntó la obispo Constance, sentada a su lado sin pedirle permiso—. Tenéis esa sonrisa en la cara. Creo que los gatos no se

hicieron con la nata hoy.

—Había pensado que sería prudente viajar a Wayland, sin embargo, he recibido una bendición en la persona de esta Águila. Ella cabalgará hacia Sapientia con doscientos Leones y cincuenta soldados de caballería para luchar en el este. Y yo cabalgaré hacia el sur para buscar a Theophanu.

—¿Al sur de Aosta? ¿Creéis que es sabio, hermano? Sería mejor que avanzarais con Conrad hacia Wayland antes de emprender grandes empresas.

Sin embargo, él se había puesto la máscara de piedra y Hanna no había visto nunca a nadie, ni siquiera a sus poderosas hermanas, discutir con él cuando estaba de ese humor.

—Creo que, a partir de esto, se sucederán muchas cosas inesperadas. De hecho, estoy seguro.

CAPÍTULO 13



LA MAREA INVISIBLE

Después de todo, quizá fue una bendición que se le permitiera escapar de los recuerdos que lo afligían. Caminar durante horas un día de verano poseía cierto ritmo relajante, como un bálsamo para el corazón, y de noche no tenía ningún problema en cuanto montaba el campamento, cavaba las fosas y cenaba una comida de pan y judías, todo hecho más apetitoso con cerveza o vinagre dulce. El rey mantenía fuertes a sus milicias alimentándolas bien y seguían un ritmo lo suficiente rápido y enérgico como para que solo los perseguidores más rápidos pudieran alcanzarles.

Aun así, le rompía el corazón verlos: vendedores que gritando sus mercancía; mendigos que sostienen copas de calabaza con la esperanza de lograr un trozo de pan o un poco de sopa; jóvenes que esperaban unirse a los famosos Leones o que solo querían un poco de experiencia arreglando ruedas o cepillando los caballos de los carros; mujeres y niños que venían a comerciar favores a cambio de comida o de baratijas. Algunas veces un León acogía a una novia a lo largo de la gran marcha, aunque fuera en contra de las normas. Los capitanes eran estrictos, pero mientras nadie eludiera las tareas o se quedara atrás, ellos mirarían para otro lado.

La caballería, por supuesto, era otra cosa. Se movían más rápido y más despacio, ayudados y frenados por sus buenos caballos y su pequeña comitiva, un mozo de cuadra, un sirviente, una concubina y un ayudante para el menos importante entre ellos y bastantes más sirvientes para él más destacado.

Estaba cavando las fosas nocturnas con Folquin la segunda vez que la vio; era una figura pálida vestida con unas sucias túnicas de novicia y arrodillada ante un par de vagabundos que se habían puesto en marcha con la procesión tres noches antes: un hombre musculoso con la cara de un niño asustado y su compañero, un hombre arrugado que no tenía pies.

—Mira ahí. —Empujó suavemente a Folquin con el extremo de la pala—. ¿La ves? —Ella había vertido agua en una copa y se la estaba ofreciendo al hombre lisiado.

Folquin había perdido su única túnica jugando a los dados la noche anterior y ese día estaba irritable y cavaba la tierra con gruñidos de enfado.

—¿Eh? —dijo, mientras levantaba la mirada de repente.

—Esa mujer... —Pero ya se había ido, se había escabullido entre el campamento provisional de prostitutas. A esa hora de la noche, varios soldados de caballería, libres

de cualquier otra tarea que no fuera cabalgar hacia la guerra, salían a pasear de dos en dos o de tres en tres, en busca de problemas o de un poco de placer, o de una combinación de ambas cosas.

—¿Entonces, te gusta una de ellas? —preguntó Folquin—. Creí... —Pesar gruñó un poco y Folquin se dio un golpe a sí mismo en la cabeza. Era buena persona, acaso algo imprudente, y era fácil llevarse bien con él—. Perdóname. No se puede bromear con eso.

—No, no pasa nada. —Alain le dio una palmadita a Pesar en la cabeza en tono reprobatorio y el perro se volvió a sentar junto a Rabia—. No es culpa tuya, pero yo juraría que la conozco. Y si es quien yo creo que es, no tiene porqué viajar con el ejército.

—¿Quién crees que es?

—Mi espo... —Se mordió la lengua, golpeado por la vieja vergüenza—. No, debo estar equivocado.

—Ven, te diré una cosa —dijo Folquin precipitadamente—. Yo me ocuparé de tu primera hora de guardia y así puedes ir a buscarla y saber si estás equivocado o no. —Sacó una gran pala de tierra y la lanzó sobre la zanja—. Siempre he odiado cuando no puedo dejar de pensar en algo que puede ser o que pudo no haber sido. ¡Ojalá no hubiera tirado un dos!

Alain tuvo que reírse.

—¡Ojalá no hubieras tirado ningún dado!

—No, déjalo, te lo ruego —se lamentó Folquin, apoyado en la pala y con una sonrisa—, no me vas a dar una charla como la que me dio Ingo, ¿verdad?

—No, no igual que la de Ingo. A mí manera, por supuesto. ¿No fue tu tía quien te tejió esa túnica?

Folquin gimió, golpeándose la cabeza contra el extremo de la pala.

—¡Ay, Dios! ¡Ten misericordia! Ya tuve bastante con que Ingo me llamara jugador sinvergüenza. ¡Ahora esto! Mi pobre tía. ¿Cómo voy a mirarla a la cara a partir de ahora? Se va a dar cuenta de lo poco que cuidó las cosas que ella me regala.

—Y de las que te preocupas.

Alain había descubierto que el intrépido corazón de Folquin escondía una verdadera devoción por su lejana familia, a quienes abandonó por la vida de León del rey. Siempre estaba recogiendo para sus hermanas pequeñas hermosas cintas y pequeños y lujosos elementos de la casa como un colador de madera, copia de los de plata y oro utilizados por las señoras de la nobleza; tenía bastantes amigos entre los Águilas que, de vez en cuando, le enviaban un paquete hecho con esas cosas para su pueblo, si por casualidad pasaban por él.

En ese momento, mientras les salpicaba un poco de lluvia, caliente y refrescante, vio que Folquin realmente parecía arrepentido.

—Es verdad, ¿no? Arriesgué algo que no tenía derecho a arriesgar, porque cuando me regaló esa túnica fue como si me diera un trozo de su corazón.

—Eso es —dijo Alain rápido—, lo perdiste con Dedi de la tercera cohorte, ¿no? Tal vez podemos ofrecerle a cambio hacernos cargo de alguna de sus tareas. No sé que dirá Ingo, porque él ya tiene bastantes responsabilidades, pero a mí no me importaría ocuparme una noche de uno de sus turnos de excavación de excusados. Si Stephen, Leo y tú también lo hacéis y, además, se le explica el asunto a Dedi, ¿por qué no iba a querer devolverte la túnica?

Folquin se puso derecho y lo miró fijamente durante un momento de un modo muy incómodo. Tenía el pelo rizado y muy corto. Se tiró del mismo, en un gesto habitual, antes de volver a cavar.

—Estaría muy agradecido —dijo en voz baja—, y decía en serio lo que dije sobre que fueras a buscar a esa mujer esta noche, si quieres hacerlo. Yo me encargo de tu guardia.

Cuando acabaron de cenar, el día se había convertido en ese largo y neblinoso crepúsculo que se prolonga tanto en verano. Por algún motivo, era una noche de bullicio en el campamento de las prostitutas, una extensión de tiendas, refugios e incómodos cobertizos hechos de lonas atadas a los árboles que se levantaban y quitaban todas las noches, mientras el ejército se dirigía hacia el este. Tal vez las refrescantes lluvias habían hecho que los soldados de la caballería recuperaran las energías. Un bardo actuaba mientras tres mujeres bailaban para un público agradecido. Entre las sombras, las monedas cambiaban de manos, y las manos buscaban debajo de las faldas lo que estaba escondido. La prodigalidad de los pechos era más evidente que la de las limosnas, porque había más mendigos de lo habitual, incluidos niños con manos paralizadas, delgadas manos dentro de faldas rotas y túnicas sucias y remendadas, ancianos atrofiados apartados del medio por jóvenes y robustos lores que buscaban liberarse del aburrimiento, que es la esencia de los bien alimentados. Alain había olvidado apartar comida como solía hacer, y ver tanto sufrimiento lo irritaba, pero en el mundo no había dejado nunca de haber sufrimiento. Rabia y Pesar caminaban a su lado; a él nunca le molestaba su presencia. Una noche como aquella, en aquel ambiente, mantenían a los vendedores y a las prostitutas alejados. La verdad es que él no quería tener a una mujer acostada a su lado que le ofreciera lo que Tallia le había negado durante tanto tiempo. Seguro que alguna consecuencia positiva tendría la promesa que le había hecho; él nunca distorsionó el juramento que ella había hecho, incluso aunque no pudiera evitar mirar a aquellas mujeres y preguntarse cómo sería aceptar lo que ellas ofrecían con más libertad que Tallia.

Sin embargo, todo tenía un precio.

Rabia aulló y volvió la cabeza al percibir un sonido, o un olor, que él no pudo sentir. No encontró a quien estaba buscando. Seguro que antes solo se la había imaginado.

Escuchó unos ruidos que procedían de un denso matorral tras un ancho arroyo. Al principio pensó que aquellos frenéticos gruñidos eran de un cerdo hozando. Cuando

escuchó la débil, pero fuerte risa de un hombre, se dio cuenta de que se trataba de una lucha desesperada y desigual. No lo dudó, no pensó tanto en mojarse los pies como en empujar a un lado las frondosas ramas con los antebrazos y entrar a tropezones en una maraña de ramas y hojas bajas bajo la que los dos hombres estaban agachados para observar a un tercero que forcejeaba en el suelo con una mujer con un vestido sucio que trataba de apartarse. Era ella, la que gruñía desesperada. Eran ellos, los que se reían.

Tardó un momento en darse cuenta de quién era ella.

Al lanzarse hacia delante, arrastró unas hojas con el pelo. Bajo la cúpula, había más oscuridad, como si una mortaja hubiera cubierto el sol. El lecho del bosque suavizaba las pisadas de sus botas. Los perros avanzaban a través de los matorrales detrás de él. Los hombres se dieron la vuelta.

—¡Ey! Dietrich, ¡tenemos compañía!

—¡Déjanos en paz! —gruñó el que estaba en el suelo.

Uno de sus compañeros, claramente borracho, se rio tontamente.

—No, deja que se una. Si ella no acepta dinero, recibirá lo que se merece, ¿eh? Es más que suficiente para cuatro.

No intentó pelear con ellos. Eran tres y él solo uno, pero se metió bajo la cúpula de vegetación que los rodeaba, se arañó la cara y las manos, y agarró la muñeca de la mujer. La arrastró, mientras ella luchaba en parte contra él y en parte contra el hombre que aún buscaba a ciegas sus muslos y que tenía la túnica a la altura de las caderas, con lo que mostraba una gran extensión de carne. Tuvo la inteligencia suficiente para sacarla hacia el bosque y no hacia el arroyo, donde su apuro se hubiera convertido en un espectáculo público del que se reirían.

Los tres hombres los siguieron, insultando y maldiciendo; él puso a la mujer detrás de él y los esperó. No eran tan altos como él, pero tenían los musculosos brazos y los altivos rostros de los hijos de nobles acostumbrados a los privilegios. Se abalanzaron sobre él como tres toros, pero se mantuvo firme y levantó una mano, y preparó la voz para que lo oyeran bien. Sabía qué tenía que hacer, porque en otro tiempo fue un señor más poderoso que ellos. Y tenía a Rabia y a Pesar a su lado.

—¡Cómo osáis molestar a esta santa mujer!

Las palabras hicieron que avanzaran poco, o tal vez lo consiguieron los perros, que permanecían en silencio y enormes con las bocas abiertas, mostrando los dientes, y con sus grandes cuerpos preparados para atacar.

—¡Mira el tamaño de esos perros! —farfulló el primero—. ¿Dónde tengo la maldita espada? —Tuvo que buscarla a tientas un poco, por el exceso de bebida, pero encontró la empuñadura y desenvainó la espada.

El segundo mostró los puños y apretó las manos, contento por la posible pelea. Miró alrededor y encontró un palo, con el que golpeó el suelo dos veces para probar su peso.

Aun así, con los perros a su lado, Alain no sintió ningún miedo. Podría suceder

que aquellos jóvenes altaneros le pegaran, le dejaran marcas y lo vencieran, incluso que se enfrentaran a los perros, pero todo ello sería un delito menor en comparación con el haberla atacado.

—¿Qué tipo de hombres sois, que atacáis a una santa mujer entregada a la Iglesia...?

—¡Y a la que encontramos confraternizando con las prostitutas! —gritó el hombre que había estado en el suelo. Acabó de colocarse el cinto, sacó un cuchillo y lo mostró amenazante—. Apártate de delante, León. No tienes derecho a entrometerte en nuestro camino. Y no quiero problemas con esos perros. Si es tu amada, pagaré los daños, pero no hay ninguna prostituta que me diga que no de ese modo y que se salga con la suya. ¡Por Dios, me avergonzará ante mis compañeros!

—¡Os avergonzará ante Dios! —dijo Alain, en voz baja, pero furioso—. ¿Qué educación os han dado vuestros padres para que creáis que vuestro orgullo importa más que el miedo de esta inocente mujer, que vuestra lujuria importa más que su caridad? Ella ha renunciado a toda lujuria y todo privilegio para atender a los pobres, que son criaturas de Dios igual que nosotros. ¿A qué habéis renunciado vos? Ni siquiera podéis dar un paso sin arrastrar con vos vuestra vanagloria, como si Dios creara este mundo solo para que vos disfrutarais de él. Ni siquiera podéis aspirar una bocanada de aire sin llenar vuestro corazón de cólera, porque os habéis olvidado de que la compasión es lo que debe regir nuestros corazones y no el amor a uno mismo. Sois una concha vacía, que se mueve con fuerza y gruñe de noche, y mucho antes de que deis el último paso hacia el Abismo, os daréis cuenta de que andáis por el mundo casi como si fuerais un cadáver putrefacto, porque todo lo bueno de vos se habrá esfumado, y os habrá devorado todo lo desconsiderado y salvaje.

Por algún motivo, los tres hombres se habían retirado, y cuando él dio un paso hacia ellos, cayeron de rodillas.

—Daisan el Bendito, nos enseñó que el bien es natural a los hombres, y que el mal es la obra del Enemigo. ¿De qué lado os alineáis? Elegir vuestro sitio ya.

En realidad, él estaba temblado, estaba muy enfadado, aunque no sabía, ni le preocupaba, cómo pretendían responder ellos. Cuando empezaron a llorar y rogarle su perdón, le sorprendió tanto que no se le ocurrió ni una palabra que decirles. Al final, ellos se tambalearon y se fueron a trompicones de vuelta al campamento, sin dejar de sujetarse entre ellos, temblando y gimiendo.

—Señor.

Con la furia, se había olvidado de ella. En ese momento, se dio la vuelta. Ella estaba de rodillas, con la cabeza medio cubierta por el chal y el pelo caído sobre los hombros. Tenía el vestido manchado de tierra y vegetación; estaba más delgada de cara, pero conservaba la costumbre de pestañear ante él, como una marmota, como un animal indefenso que necesita protección.

—Lady Hathumod. —Extendió una mano para ayudarla a ponerse en pie, pero ella se apartó de él, o de los perros, que se habían puesto a su lado—. Por favor,

decidme que no os han herido.

—Solo unos rasguños, señor.

—No deberíais estar aquí. ¿Cómo os mantenéis? Seguro que no...

—No, señor —dijo ella, bajando la mirada, avergonzada de repente. Había perdido las zapatillas o las había gastado; sus descalzos pies, a los que no tapaba el vestido, estaban llenos de ampollas y ensangrentados.

—Os lo ruego, perdonadme. Por supuesto que no lo hacéis, pero, entonces, ¿de qué vivís? Vi hace unos días, y de nuevo esta noche, que llevabais agua a los mendigos. ¿Quién os mantiene? —Él sabía que no se podía mantener. ¿Cómo podía sobrevivir la hija de una noble fuera de las salas del reino o de los claustros, a no ser que, como otras jóvenes nobles, eligiera entregarse a la guerra con sus hermanos?

—Las prostitutas me mantienen, señor. Ninguna mujer de la Iglesia les predica la palabra, les oficia misas o las bendice. Ansian, como cualquier otra alma, oír las buenas noticias. ¿No es buena noticia para ellas que Daisan el Bendito, cargara con nuestros dolores y nuestros pecados y que, de esa forma, trajera la luz a toda la humanidad? ¿No es un alivio para ellas, que no conocen otra forma de vida que no sea el pecado? ¿No deberíamos atender a los enfermos y afligidos antes que entregar nuestro ser a quienes viven entre comodidades, señor?

—Os lo ruego —dijo él, porque las palabras eran tan dolorosa como el corte de un cuchillo—, no me llaméis por un título que ya no puedo reclamar.

Se puso las manos en la frente, pero no contestó.

—No podéis viajar con el ejército, *lady* Hathumod. No está bien. Llegaremos a un convento y seguro que aceptaran a una joven de vuestro origen, educación y sensatez.

—Dios tenga misericordia, señor. —Se balanceó hacia delante y se sujetó a su mano—. Que no me haga abandonaros.

¿Podría ser que ella lo amara de la misma desesperada forma en la que él amaba a Tallia? ¿O ella se estaba agarrando a alguien familiar en un mundo extraño para ella, alejada de la noble vida a la que ella se había acostumbrado? De todos modos, él le debía su dulzura.

La ayudó a levantarse y la acompañó de regreso al campamento. Le mostró la tienda en la que dormía ella. Tuvieron que esperar allí un poco hasta que salió una mujer de aspecto ordinario y, tras ella, un León de la tercera cohorte, que se estaba colocando la túnica, un hombre al que reconoció vagamente, pero sin saber quién era. Él saludó a Alain sin ninguna vergüenza y se fue, silbando. La prostituta se tomó un trago de sidra e inspeccionó a Alain.

No era una mujer guapa, pero tenía el don de saber dejar que el cuello de su enagua permitiera entrever sus pechos y sabía cómo colocar una mano en la cadera y que la pierna sobresaliera lo justo, para sugerir que había buenos bienes a la venta.

¿Así había sido su madre? ¿O conservaría cierta flor de inocencia que se abriría en cierta medida en su mísera vida? Henri siempre decía que era guapa. ¿Cómo sería su madre si siguiera viva? ¿Toda su belleza endurecida como la sabia extraída de un

árbol joven? ¿La belleza estaría condenada a marchitarse en donde no se alimentaba la bondad? ¿La belleza solo podía surgir de la inocencia y la pureza? ¿O era una cualidad en absoluto relacionada con algo que no fuera su casual presencia en el mundo?

—Os lo ruego —le dijo a la prostituta—. Acabo de evitar que violaran a la hermana Hathumod. La arrastraron hacia los arbustos...

—Sería lord Dietrich —dijo la prostituta, al tiempo que revisaba a Hathumod con resignación y le sondeaba las costillas y el abdomen, mientras Hathumod permanecía quieta con la cabeza inclinada. La joven novicia estaba avergonzada, o humillada, o despreocupada. Él no sabría decir—. Ha ido a por toda las mujeres del cortejo y estaba buscando una presa fresca.

—¿Se puede hacer algo para protegerla?

Mostraba una sonrisa no más desdeñosa que la de las nobles de dura mirada que supervisan extensas propiedades y azotan a sus sirvientes cuando se enfadan.

—¿De los señores? —se rio—. Vos, los Leones, sois más honrados que ellos. Tenemos suerte si nos dan comida después de haber cogido lo que quieren. —Con habilidad y experiencia, pasó los dedos entre los muslos de Hathumod y sintió su ingle. Alain miró rápido hacia otro lado, avergonzado por Hathumod, pero ella solo jadeó, se encogió de hombros y se tapó la cara con las manos. Ni siquiera protestó. La prostituta se olió los dedos y negó con la cabeza mientras hablaba con Alain—. No han causado ningún daño, esta vez, pero no podemos hacer mucho por ella, amigo. Está un poco tocada de la cabeza, cree que es hija de una noble, y aunque le garantizo que habla bien, yo no veo que la siga ningún séquito. No tiene ni la más mínima idea de cómo cuidarse. No nos trae nada de comer porque no tiene manera de conseguir comida ni posesiones con las que comerciar. La hemos estado alimentando a cambio de sus predicaciones, porque realmente no tiene otras habilidades. Ni siquiera sabe remendar una falda.

Él reconocía un negociador cuando lo veía. Había observado a la tía Bel regatear el día del mercado muchas veces.

—Veré que comida sobrante puedo traer, pero yo no tengo dinero. Soy nuevo en los Leones y solo se nos paga dos veces al año.

—Ummm —dijo ella, examinándolo de nuevo, pensativa—. Nuevo en los Leones, en efecto. Tenéis una buena espalda, amigo mío, pero una buena espalda no da de cenar.

En ese momento, odió a Geoffrey por hacerlo pobre. Antes, había tenido el poder de ayudar a los pobres e indefensos, pero, entonces, apenas tenía para él y él se sentía indefenso.

—Las noches que no tenga trabajo en el campamento haré lo que pueda para ayudaros, traeré leña, un poco de caza. Reuniré bayas cuando estén maduras.

Alguien le había mordido el labio inferior a la prostituta y la herida aún no se había curado. Jugaba con la herida con la lengua mientras lo miraba con un interés

profesional.

—Sois un muchacho apuesto y habláis bien. Tengo una prima en mi pueblo de Felsinhame. Está buscando marido. No le importaría tener uno que se ausentara durante varios meses de una vez, si es buen hombre. —Al percibir algo en su expresión, se apresuró—. No es como yo, una pecadora horrible, una vieja guarra. —Dijo la palabra con severidad, y por un momento, él vislumbró un tormentoso recuerdo en el fondo de ella y que apareció en su rostro—. Ella no es como yo. Es una buena muchacha.

—No estoy buscando esposa —dijo con suavidad mientras, detrás de él, Hathumod gimoteaba y empezaba a llorar.



—¿La encontraste? —le preguntó Folquin cuando, a medianoche, Alain llegó al puesto de guardia un poco más abajo del mismo arroyo que había cruzado para salvar a *lady* Hathumod.

—¡Ay, Señor! Sí, la encontré —respondió Alain, tan cansado que solo quería acostarse y dejar que la hierba creciera a su alrededor, para así no tener que preocuparse de lo que le había sucedido a la pobre Hathumod y de todo el sufrimiento de las almas perdidas, aunque alguien tenía que preocuparse—. Ella es... —No correspondía a él divulgar los secretos de Hathumod—. No debería estar aquí.

—Ninguno de nosotros debería estar aquí —dijo Folquin—. Una vez conocí un niño, el hijo del primo del primo de mi madre. Era demasiado lindo, el niño, y se enteró que había hombres que le darían todo lo que tenían si se comportaba como una chica con ellos. Así, tal vez le gustaba hacerlo o tal vez le gustaba conseguir las baratijas o le gustaba agarrarse a ellos con esa soga. No lo sabremos. Lo mataron una noche en una pelea con cuchillos, pobre tonto. —Se paró, para ir a descansar.

Alain acarició las orejas de Pesar, ausente. Llevaban diez días de marcha y ese día habían acampado en algún lugar de Fesse o Saonia, no estaba seguro. No sabía qué terreno pisaba. El capitán Thiadbold, Ingo y los demás Leones de la primera cohorte ya habían hecho ese recorrido antes; reconocían los puntos de referencia y los terrenos, los nombres de los pueblos y el curso de los ríos. Habían cruzado un vado que había sido el punto de cruce de una barca y se habían visto forzados a rodear un segundo vado que, en ese momento, era un gran corte y un banco erosionado demasiado brusco para subir las carretas. Los bosques de verano hacían agradable la marcha, una maravilla sin acontecimientos, salvo las heridas habituales: una rueda que pasa sobre un pie, un hombre que recibe en el muslo la patada de un caballo, dos peleas a puñetazos y un ataque con cuchillos a una mujer de un pueblo. En ese lugar del centro de Wendar, el reinado del rey Henry estaba marcado por la tranquilidad y

por la suficiente comida.

Sin embargo, él no estaba tranquilo mientras vigilaba en la linde del silencioso bosque, una maraña de pequeños árboles en el filo y de otros más viejos más allá, un bosque enorme y perturbador con las estrellas como única iluminación, un bosque antiguo que aún no había caído por las hachas de los humanos. Habían pasado por un pueblo al principio del día, pero en ese momento solo se encontraba ante ellos un camino recto, tan recto como el vuelo de una flecha hacia el bosque. Por todas partes, había piedras caídas, cubiertas de líquen y oscurecidas por el musgo, a lo largo de un viejo camino de paso construido por otra gente. ¿Alguna vez los generales dariyanos habrían avanzado con sus ejércitos por ese bosque?

En ese momento era él el que se encontraba en ese sendero y sentía las piedras una superficie rígida bajo la suela de las sandalias. Unos pocos pasos por delante de él, el camino medio escondido cruzaba el arroyo en un antiguo vado. Más que verlo, lo escuchó en la oscuridad en la que el agua resonaba sobre las rocas. Un punto para cruzar como ese hacía de buen puesto de guardia, según había teorizado Ingo.

Las ranas coreaban de fondo, pero se sentía el silencio. Una única salpicadura extendió ondas sonoras en la noche, pero en seguida se tranquilizó. A su derecha, vio la figura de otro centinela que paseaba nervioso en el borde de un puesto de roble particularmente agresivo que salía en el prado en el que había establecido el campamento. Reconoció los fornidos hombros de Leo, el compañero de tienda de Folquin. Se rompió una ramita. Un búho ululó. Las estrellas resplandecían, como una multitud de luces gloriosas. No sintió nada fuera de lo común en la noche, aunque se acercaba viento desde el sureste. El día anterior habían marchado por prados y bosques abiertos. En aquel momento, el denso bosque se encontraba enfrente, y lo estaría durante un largo día de marcha, dijo Ingo, antes de llegar al valle del río Vesper y su sucesión de fuertes, ciudades y pueblos fortificados, construidos durante el reinado del rey Arnulf el Viejo, como protección frente a los expolios de los miembros de las tribus rederianas y helvetias, quienes, hasta hacía veinte años, habían atacado todos los inviernos. Ya eran daisanitas y labradores tranquilos, que trabajaban en paz al lado de los caciques wendianos. Sin embargo, en los últimos años, según los chismes nocturnos de las fogatas, los quman habían atacado en el interior de Saonia, como relámpagos que aparecen, crepitan y desaparecen. Más al este, pasado el río Oder, su grupo atravesaría las zonas fronterizas y desde ese punto siempre tendrían que estar en guardia.

La guerra. ¿Esta guerra era diferente en algo al terrible duelo entre Henry y Sabella, entre un hermano y una hermana? ¿Sería más fácil luchar contra un enemigo tan diferente y tan salvaje? Incluso contra los inhumanos eika, había aprendido que no podía matar.

Se quedó atónito al recordar ese hecho el día que había perdido el condado de Lavas y comenzado a prestar servicio en los Leones del rey.

¿Qué harían los Leones cuando se dieran cuenta de que no podía pelear?

¿Qué iba a hacer si la Señora de las Batallas lo había abandonado?

Rabia aulló y le tocó los dedos con el morro y él se rio un poco entre dientes. ¿Qué importaba? Marcharía hacia la batalla al lado de los demás, porque esa era la lealtad que se debían los unos a los otros y al rey. Si moría, por lo menos estaría en paz y, si vivía, no sería peor de lo que era entonces.

No estaría peor, siempre y cuando no pensara en Lavastine o en Tallia. Siempre y cuando siguiera avanzando cada día, hablando cada día, trabajando, comiendo y durmiendo como si otro Alain que nunca había conocido otra vida que no fuera aquella habitara su cuerpo, aquella concha vacía, erosionada y escaldada por la mentira que había arruinado las esperanzas de Lavastine. No tenía ninguna duda de que Dios lo estaba castigando por la mentira. Aunque, si se volviera a dar la misma situación, durante el último suspiro de Lavastine, volvería a hacer lo mismo, una y otra vez, siempre, solo para oír a aquella amada voz decir: «Bien hecho».

Pesar le mordisqueó, y empezó a llorar, pero se esforzó para no hacerlo. Se restregó la cara con fuerza con el dorso de la mano, para eliminar las lágrimas. Sabía adónde le conducirían las lágrimas. Tenía que seguir caminando sin mirar atrás.

¡Ay, Dios! El inocente muchacho que soñaba en el pueblo de Osna lo hubiera dado todo por luchar con los Leones, plegados hacia el este, hacia la aventura y la gloria de una guerra justificada.

¡Ay, Dios! Aquel inocente muchacho lo había dado todo: el único hogar y la única familia que había conocido, a la única mujer que había amado, al padre que lo amó y que murió en paz porque había dejado todo lo que tenía en las manos del heredero en el que confiaba.

Todo en ruinas.

Se hundió de rodillas, tuvo que apoyarse en el suelo con la lanza tirada en el suelo a su lado, mientras luchaba contra los sollozos que le brotaban del pecho. No podía llorar. No debía llorar. Sin embargo, se estaba ahogando, nadaba en el dolor, perdido mientras las olas lo inundaban. Lo empujaban unos cuerpos como si lo fueran a levantar sobre la marea...



[...] mientras mira sobre el hombro del nuevo jefe del valle de Namns. Había pocos hijos del viejo jefe que quedaran para ser elegidos, después de que la conflagración visitara el valle de Namns con Nokvi, pero Mano Fuerte ha tenido paciencia para reunir un barco perdido de aquí y un grupo de guerreros de allá. Ahora uno de los niños supervivientes del valle de Namns se ha levantado para hacerse con el bastón de mando. Se ha puesto el nombre de Golpe Nefasto y, como Corazón Sangriento, ha elegido observar la ceremonia mágica de la muerte.

Como Corazón Sangriento, ha convocado a sus subordinados para que presencien la ceremonia, para demostrar que no teme a la muerte o a la traición, porque la traición rebotará con mayor fuerza contra cualquiera que se atreva a matarlo.

Aunque, en realidad, solo el que teme la muerte y duda de su fuerza recurre a los hechizos mágicos sobre la muerte. Corazón Sangriento se vengó así del hombre que provocó la suya. Sin embargo, la maldición es una señal de debilidad, no de fuerza. Corazón Sangriento, después de todo, sigue muerto.

Mano Fuerte observa que Golpe Nefasto extrude una zarpa y descuelga un pequeño tarro esculpido en granito. Solo la piedra puede contener el veneno de los gusanos de hielo. La delicada tapa de granito se cae y, de repente, la sala de Hakoni está permeada del olor de la única muerte que teme un Hijo de las Rocas. En la jarra hay un solo grano del veneno plateado, pero es suficiente.

El sacerdote del valle de Namms agita un cascabel y lanza al aire un puñado de hierbas, que caen amontonadas sobre el altar en el que el cadáver y la jarra se encuentran uno junto al otro. El polluelo muerto no es más grande que la mano de un hombre, y es blanco como la leche. El pellizco de una zarpa lo partiría en dos. Apesta a sal y a agua marina.

Solo a través del sacrificio un polluelo se convierte en Hijo de las Rocas, en vez de seguir siempre como un perro. En cada nido, algunos de los polluelos ciegos se remueven unos sobre otros, mientras la mayoría escapa para vivir sus pequeñas vidas en el fardo del perro, como los impensables hermanos de los que caminan y planean. Es la mente la que separa a un hijo de un perro y pensar es lo que hace a uno una persona y a otro una bestia. En los nidos de las Madres, es esa primera muerte ciega y a tientas lo que hacer que florezca una mente.

Y cuando los nidos se abren y los polluelos salen a trompicones, los cadáveres se quedan atrás. Atrapados en la andrajosa membrana. Ahí en agua de mar se remojan, abandonados, inadvertidos, sin descomponerse...

... A menos que un nuevo jefe tema la muerte lo suficiente como para arriesgar la caminata hacia la guarida de los gusanos de hielo, para que así pueda entretejer la magia de la muerte: la mano de la muerte que golpeará al que lo mató a él y que provocará la muerte del asesino como recompensa, una muerte por otra muerte.

El sacerdote enciende incienso, y su aroma es tan dulce que pica, pero no supera al olor del grano de veneno. Con unas pinzas de hierro forjado, Golpe Nefasto saca el grano de la jarra y con cuidado lo deposita en la boca abierta y amorfa del diminuto cadáver.

Hay silencio en la sala mientras los polluelos de Golpe Nefasto esperan y observan, aunque hay más jefes en la sala, de otras tribus, a quien Mano Fuerte ha llamado para que sean testigos del nacimiento del gobierno del Valle de Namms. Esta es su manera de anularla victoria de Nokvi, de llamarla atención sobre que él, Mano Fuerte, dirá quien vive y quien muere, quien florecerá o quien ladrará tras él como un perro. No obstante, necesita a esos aliados para vencer a Nokvi. Y ellos lo necesitan a

él. Solos serán devorados uno a uno por las fauces de Nokvi para convertirse en marionetas que bailan al son de la magia humana. Todos ellos saben lo que sucedió cuando la tribu de Rikin asaltó Moerin, que los hechiceros albanos embrujaron a sus hermanos humanos para que atacaran como locos en una batalla que no podían ganar. Tal vez algunos hubieran deseado que Mano Fuerte muriese allí, en la trampa de Nokvi, pero no fue así. Ahora saben que la alianza de Nokvi con los hechiceros de los árboles albanos los amenaza a todos, y que no tienen protección frente a la magia de Nokvi, a menos que se alíen a Rikin.

El polluelo muerto no muestra ningún cambio mientras el veneno se disuelve en su cuerpo inerte.

—Llevas la maldición —dice Golpe Nefasto de repente, con la zarpa aún extruida, como una larga amenaza o como algo olvidado.

—No la llevo —dice Mano Fuerte, que proyecta la voz para llegue a todos los jefes reunidos: ocho tribus han enviado representantes, que han acudido, como dicen los humanos, cuando él las llamó. No está seguro de que sea suficiente.

»Yo no llevo la maldición —repite—. Yo no preparé el hechizo mágico de la muerte cuando cogí el estandarte de Rikin para mi mano. Cualquiera de mis rivales lo bastante fuerte y astuto para matarme puede probar si quiere.

Golpe Nefasto se ríe. Está en deuda con Mano Fuerte por el liderazgo y porque lo sabe y le molesta; su gratitud, como un pescado viejo, apesta un poco.

—Con mucho gusto, caminaré detrás de vos hasta que vuestros hombros se doblen ante el peso de vuestra arrogancia. Entonces, os mataré y ocuparé vuestro lugar.

Mano Fuerte sonrío, enseñando los dientes como hacen los humanos para mostrar compañerismo.

—Entonces nos entendemos —dice, aunque las palabras están dirigidas a todos los presentes.

El sacerdote dice con voz ronca una confusa frase y retrocede del altar. Como todos los sacerdotes, que prolongan su vida con medios sobrenaturales, teme todo lo que huele a muerte.

Traen el arcón de conservación y lo abren aliado del polluelo blanco mortecino que aún permanece sin vida en el altar. El sol del final del verano se derrama entre la puerta occidental, vierte luz sobre el pasillo central y veta el oscuro altar de madera con su brillo ámbar.

El pequeño cadáver se estremece, se revuelve y regresa a la vida, desde la muerte, porque ese es el otro legado del veneno de los gusanos de hielo, que puede sacar vida de la muerte y muerte de la vida, que puede provocar el terror de ambos o de ninguno.

Las palabras pronunciadas del sacerdote la sellan, a la mano muerta, ala vida de su asesino, y las palmadas de Golpe Nefasto cierran la tapa y encierran el cadáver dentro de la caja que lo contendrá desde este momento hasta que muera.



Alain gritó, atrapado en la oscuridad.

Aunque no fue su voz la que oyó.

Volvió a oír el grito, un chillido, una desesperada llamada de ayuda. Un cuerno tartamudeó, titubeó y petardeó. Procedentes del campamento, escuchó gritos en respuesta debilitados por el viento que corría hacia sus oídos como una tempestad. Cuando volvió en sí, se encontró arrodillado en el suelo, apoyado en las manos. El agua borbotaba sobre sus dedos. Al mirar fijamente el agua, se dio cuenta de que se ha movido hacia delante durante el lapsus hasta el punto de que acabó con las manos en el arroyo, sobre el camino de piedras cubiertas de musgo.

El arroyo corría en el sentido equivocado.

Unos pies con sandalias se pararon en medio del arroyo justo enfrente de él. Desde esa posición, lo único que Alain podía ver era cuero que acababa en unas pantorrillas musculosas. La punta de obsidiana de una lanza apareció ante sus ojos y se colocó frente a su nariz. Aunque no había luna, sí había la suficiente para ver claramente al hombre de pie ante él: a medida que Alain levantaba la mirada desde la pantorrilla hacia el muslo y a un torso con una coraza ornamentada con extrañas y rizadas bestias, supo con un escalofrío que aquello no era un hombre.

Media capa blanca estaba abrochada en los hombros de la figura.

Levantó la mirada hacia un rostro sin barba, más moreno que pálido, con unos ojos profundos y viejos bajo un ancho mechón de pelo negro recogido en un moño y adornado con una pluma de búho. La punta de la lanza se mantenía fija ante la nariz de Alain.

En ese momento, Alain se dio cuenta de dos cosas: el tenso murmullo de unos hombres que se reunían para pelear en el arbusto detrás de él, y el silencio los perros, que estaban sentados alerta, pero con los pies inmóviles.

—No te voy a matar solo porque los sagrados te asisten —dijo el príncipe. Alain lo reconoció entonces, pero, en absoluto estaba claro que ese príncipe de los Perdidos reconociera a Alain—. Apártate del camino. Déjanos pasar.

Por detrás, Alain escuchó la fuerte voz de Thiadbold.

—Hazte a un lado, Alain, y lanzaremos una descarga.

Hay más detrás de él, hay gran cantidad. Dios.

¿Solo los iluminaba la luz de las estrellas o era una luz sobrenatural que fluía con ellos como el fuego de las brujas? Con cuidado, Alain se estiró para arrodillarse, firme ante el príncipe. Presionaba con fuerza el suelo de piedras con las rodillas. Detrás del príncipe, la procesión se extendía por el sendero hasta el interior del bosque, en tal cantidad que no podía contar porque no los podía ver a todos. Todos tenían esta maravillosa e inquietante consistencia propia, que era más una sombra que

algo real, aunque era bastante real. Sus armas parecían tan mortales como su lanza, que se encontraba como un palo negro en la hierba. Parecían tan mortales como para matar; esas sombras, arcos y lanzas estaban preparados en soldados sonrientes que eran hombres y mujeres, aunque evidentemente no eran hombres y mujeres humanos. La luz surgía entre ellos de la misma forma que el vapor surge de una olla hirviendo. El viejo sendero también brillaba, como un hilo plateado que atravesaba la tierra de este a oeste.

—¿Qué sois? —preguntó Alain—. ¿Sois dariyanos?

—No conozco esa tribu —respondió el príncipe—. Hazte a un lado.

—Si nos hacemos a un lado, ¿seguiréis vuestro camino sin hacernos daño? —preguntó Alain, sin apartarse del camino.

—¡Déjanos disparar, Alain! ¡Hazte a un lado! —gritó el capitán Thiadbold. Por la tranquilidad del rostro del príncipe y la mirada impasible de los soldados más cerca de él, Alain se dio cuenta de que el príncipe y sus seguidores no oían la voz de Thiadbold.

—No, capitán —dijo Alain—. Dejad que pasen tranquilos. No buscan pelear con nosotros.

—¿Hay más contigo? —preguntó el príncipe.

Una mujer sombra justo detrás del príncipe silbó, levantó el arco y bajó algo detrás de la cabeza de Alain, justo cuando él escuchó que la hierba crujía detrás él y la voz de Thiadbold, mucho más cerca.

—Están desplegados muy pegados —dijo el capitán—. Utiliza la cubierta para que encuentres sitio para disparar.

—Voy a levantarme —dijo Alain, y con un cuidado infinito eso hizo: se movió todo lo despacio que pudo para asegurarse de que nadie se iba a asustar. Tuvo cuidado de mantener los pies sobre el viejo camino—. Os lo ruego, capitán Thiadbold. Decidles a vuestros hombres que se retiren. Dejad que pasen tranquilos. No tienen nada en contra de nosotros. —Levantó una mano, con la palma hacia arriba y la abrió en señal de paz—. ¿Dónde se encuentra Liathano, señor?

—Está recorriendo las esferas —dijo el príncipe, con los ojos abiertos por un elegante asombro—. ¿Cómo es que la conoces? Hay algo familiar en ti...

—Seguid vuestro camino tranquilo, os lo ruego —dijo Alain—. Os juro por Dios, por los Dos que habitan la Unidad. Juradlo por vuestro Dios, y nosotros nos retiraremos. No os molestaremos. Entre nosotros no hay guerra.

La mujer sombra detrás del príncipe escupió en el suelo.

—¡Entre nosotros siempre hay guerra!

—No, no seas impaciente —dijo el príncipe, mientras colocaba el mango de la lanza sobre el sendero—. Tenemos nuestros problemas. Este ijkia'pe dice la verdad. Ellos pertenecen al mundo totalmente. No necesitamos luchar contra ellos.

—No, por ahora —dijo la mujer—, pero si la marea nos arrastra de nuevo a la costa, es mejor que ellos sean menos.

—No, imprudente. ¿O has olvidado el ejército de shanaret'zeri que nos persigue?
—Levantó la lanza y la agitó. Las campanas atadas a la base sonaron suavemente—. Que así sea, ijkia'pe. Juro por El que Arde que, si no tocáis a ninguno de los nuestros, nosotros no tocaremos a ninguno de los vuestros, aunque me quedaré aquí a vuestro lado mientras pasa mi gente y mi lanza se clavará en vuestro corazón, si me habéis mentido.

Alain se apartó del camino.

—Así será. Capitán Thiadbold, os lo ruego, decidles a los hombres que se retiren. Dejad que pase esta gente y no habrá enfrentamiento.

Habló la voz de una mujer, muy humana. Creyó que podría ser la del Águila rubia que cabalga con ellos.

—Escuchadle, compañeros. Creo que él ve más que nosotros.

—Retiraos —dijo Thiadbold—. Que no ataque ningún hombre, así lo ordeno.

El comando pasó a través de los Leones reunidos, con el eco de los susurros de la procesión de sombras. El príncipe se hizo a un lado para esperar junto a Alain, aunque mantenía los pies sobre las rocas, por lo que la mujer sombra marcó el camino, avanzando con grandes zancadas con el arco tensado por delante. Ella también portaba una coraza de bronce brillante, pero no tenía espada, solo una fea daga de obsidiana ajustada en el muslo.

—Dios tenga misericordia —dijo Thiadbold. Por el sonido de su voz, parecía que se encontraba unos pocos pasos por detrás de Alain—. Nunca he visto una mujer tan hermosa. Moriría contento si clavara su daga en mi corazón en el momento de la liberación.

Se había levantado viento, como si soplara tras la marcha, envuelto por la procesión. Marchaban en columnas de dos, con rostros de otro mundo con la tez de bronce y con un extraño atuendo con más cuentas y plumas de las que Alain había visto nunca. Solo unos pocos llevaban metal, en la armadura o como adorno. Todas las armas eran de piedra, salvo las flechas, que parecían dardos finos, del largo de un brazo y tallados en hueso. Ninguno de sus hombres tenía barba. Ninguna mujer portaba un arco. Había pocos niños, muy protegidos en el medio de la larga fila, bebés de piel bronce desnudos y de largas extremidades, jóvenes silenciosos con ojos brillantes como estrellas. Todas las almas entre ellos llevaban jade en la oreja. Su paso fue como el viento y, mientras Alain observaba, se dio cuenta que, de hecho, sus pies realmente no pisaban el suelo. La hierba no estaba marcada. La tierra no estaba movida.

La verdad era que no estaban allí, no como él.

Algún hombre lloraba de miedo entre el grupo de humanos, farfullando sobre una procesión de sombras que venía a rondar el mundo de los despiertos.

—¿De dónde venís? —preguntó Alain suavemente, mientras pasaba la última docena, silenciosa como cadáveres y con los ojos alerta, aunque en realidad no parecía que lo vieran—. ¿Adónde vais?

—Quedamos atrapados entre un lugar y el siguiente cuando el mundo cambió. Fuimos barridos hacia el mar donde el suelo siempre cambia bajo nuestros pies, pero siento el cambio de la marea. Regresamos. Como dijo la imprudente, acaso la marea nos empuje de vuelta a la tierra. Entonces, nos vengaremos.

El príncipe se colocó en la fila detrás del último de sus soldados.

La luz bordeó el horizonte. Cantó un gallo. El fino trozo del final de la luna en cuarto menguante flotaba sobre los árboles y se escondía en el amanecer.

Desaparecieron.

Si a Alain le hubieran golpeado en el estómago, no hubiera sentido nada más que el viento que lo hubiera tirado. El arroyo fluía y borbotaba sobre las rocas y ya corría en el mismo sentido que la noche anterior, hacia el Nordeste, hacia el bosque. A lo mejor antes estaba soñando.

—¿Qué fue eso? —preguntó Thiadbold, al tiempo que todos empezaron a hablar a la vez.

—¡Capitán! ¡Capitán! —Un hombre se acercó corriendo—. Es Leo. Estaba de centinela en el bosque. ¡Un misil de elfo, capitán! Le han disparado y tiene fiebre.

Alain fue al borde del bosque con el capitán Thiadbold, el Águila rubia y un grupo de Leones nerviosos, que, de inmediato, se repartieron en parejas para buscar entre los árboles. El amanecer los hacía atrevidos. En el viejo camino no había huellas de ninguna partida, de unas cien personas o más, que hubiera pasado por allí durante la noche.

Leo era un hombre que no decía mucho y normalmente solo maldecía. Estaba temblando y se agarraba el hombro con una mano, pero el sarpullido ya se había extendido hacia la garganta desprotegida. Le corría sudor por el cuello y la frente. Los ojos tenían la mirada del espanto.

—No, no —farfulló, al tiempo que intentaba apartar a alguien que estaba delante de él, pero que no existía—. No, no. No hagáis ruido u os escucharán llegar.

—Quitarle la malla para que podamos ver la herida —dijo Thiadbold. Aún llevaba el casco, que cubría su pelo rojo, pero Alain solo pudo verle la parte de la lastimada oreja donde se habían ladeado las orejeras de cuero—. Pensé que era un sueño. —El capitán continuó, con la mirada puesta en Alain—. Por eso hice lo que decías. Eso y lo que Hanna dijo... —señaló al Águila, que había saltado tan rápido de la cama, era evidente, que no se había puesto el cinturón de la túnica—. Parecías muy seguro de ti mismo... —Negó con la cabeza y frunció el ceño. Aunque sin demasiada desconfianza, daba la sensación que sentía no haber estado de acuerdo con aceptar al nuevo recluta de Henry.

—Muchos de nosotros hemos visto cosas extrañas estos días —dijo el Águila—. Cosas extrañas en tiempos extraños.

Sus palabras produjeron una marea de ansiosos comentarios entre los Leones allí reunidos, que se detuvieron solo cuando Leo gritó porque tres compañeros lo inmovilizaron y le quitaron la cota de malla sobre los hombros. A continuación,

sacudiéndose, se tiró al suelo como un loco.

—Chsss —dijo Alain, mientras se acercaba y le sujetaba un hombro—. Dios te ayudará si te estás quieto.

Leo gimió, soltó baba por la boca y se desmayó.

En el hombro, no tenía marca alguna de flecha y, cuando Alain sondeó con los dedos el pequeño agujero perforado en el hombro de Leo, tampoco encontró una punta o un asta partida en la piel. Sin embargo, estaba purulento: de la herida ya le salían unas líneas rojas inflamadas y la piel alrededor tenía sarpullidos y ampollas. Alain colocó la boca sobre la herida y chupó, escupió, volvió a chupar, volvió a escupir, así hasta que le dolió la mandíbula.

—Llantén y oración para los misiles de elfos —dijo Alain—. Eso decía siempre mi tía Bel.

—Una cataplasma de ajeno para expulsar el veneno —añadió el Águila, pero ella hizo un gesto hacia Thiadbold—. Vuestro curandero puede conocer otros encantamientos.

—Nunca había visto nada tan extraño —dijo Thiadbold—. Ni una sola vez durante los diez años que llevo en los Leones. —En absoluto estaba mirando para Leo, sino para Alain—. Estuviste hablando con ellos, pero yo no oí ni una palabra de lo que decían. Solo eran sombras. Sombras de los Perdidos. ¿Cómo pudiste hablar con ellos, si eran fantasmas? ¿Qué tipo de hombre eres?

Folquin e Ingo se abrieron camino a empujones entre la multitud de Leones.

—Alain —dijo Folquin demasiado efusivamente, pero se agachó para agarrar una de las piernas de Leo—. Llémoslo al campamento.

—Podemos preparar un sitio en una de las carretas —dijo Ingo, echando a un lado a Thiadbold—. No tardaremos mucho. No demoraremos mucho la marcha. Preferiría estar fuera de este bosque al anochecer.

De esa forma, se pusieron en marcha. Folquin y Stephen bromeaban con Alain y con los hombres alrededor mientras el día pasaba rápido, a un ritmo constante bajo el dosel de árboles. Cuando llegó la tarde ya habían salvado la parte más densa del bosque y, desde una atalaya de la cadena de colinas, pudieron ver el río Vesper a medio día de marcha. A pesar de todo, Leo se estaba recuperando y cenó tanto que bromearon con que tendrían que darse prisa. Nadie mencionó la participación de Alain en el incidente o, por lo menos, él no lo oyó.

Alain estaba tan cansado que llegó a marearse y no pudo comer. Guardó su pan y su queso y se apartó de la hoguera. Encontró a Hathumod con bastante facilidad, sentada en el último crepúsculo; trataba de arreglar una falda rota, con los ojos entrecerrados ante la aguja. Cuando llegó a su lado, tosiendo suavemente para hacerle saber que se acercaba, ella se asustó, se pinchó con la aguja y dio un grito.

—Os ruego que me perdonéis, *lady* Hathumod —dijo—. No pretendía asustaros.

—No, señor —dijo ella en voz baja. Le brotó sangre del dedo índice y, sin pensar, se lo llevó a la boca para chupar. Había adelgazado. Él se preguntó si siempre tendría

bastante para comer o si, como Tallia, prefería ayunar.

Le ofreció el pan y el queso.

—Debéis comer esto, *lady* Hathumod, porque tenéis que manteneros fuerte. No podéis ayunar y además caminar todo el día. Verdaderamente, no envidio su suerte a esos mendigos, pero no tengo suficiente para alimentarlos a todos.

Lo miró con extrañeza.

—Por supuesto, será suficiente, señor, si viene de vuestras manos.

Era imposible discutir con alguien que hablaba así. Él se preguntaba cuantos mendigos habría visto ella antes de ir tras los Leones. ¿Abrigaría la inocente creencia de que la Señora Fortuna sonreía con la misma amabilidad a todas las almas sobre la tierra? ¿Su fe era más pura que la de él, o solo más ingenua?

La dejó, porque no podía soportar el tranquilo fervor de su expresión. Paseó hacia la cima de la colina, tropezando con las rocas porque no se veía bien los pies. Arriba de todo, sintió la tierra abierta a la izquierda, que hacia el este se convertía en un misterio, en los terrenos inexplorados que suponen todo paso hacia el futuro. Sintió el bosque a su derecha, como una bestia inquieta y jadeante que tiene mucho que ofrecer en el viento de la noche y muchos secretos que ocultar. ¿El príncipe y sus seguidores habrían marchado hacia el interior del bosque, o habrían salido de él? No lo recordaba en aquel momento. Tal vez había sido un sueño.

No obstante, había un sabor en el aire aquella noche, algo nuevo que él no había probado antes. A veces el mundo parece cambiar e invertirse: el interior sale hacia fuera, y el exterior pasa hacia dentro; los sueños se convierten en vigilia y la vigilia se convierte en un sueño.

Los grillos cantaban. Un búho ululó.

Cuando cerró los ojos, pudo ver a Mano Fuerte que cabalgaba sobre las olas y a su barco que viraba, cuando cambió la marea, hacia el mar.



Iba a suceder algo. Reuniría barcos y aliados y llevaría a Nokvi a la confrontación final en la que uno se erigiría ganador y el otro sería lanzado al mar.

Una hoguera de vigilancia ardía en la distancia señalando la nueva sala del Valle de Namms, construida hacia tan poco que la madera aún exudaba brea y el aroma a pino era tan fuerte como el del incienso. Esa noche estaba mareado o, tal vez, solo se trataba del velo de tiempo que se abría y cerraba como un fuelle bombeado por unas manos enormes. ¿El sueño se había convertido en vigilia y la vigilia en sueño?

El agua golpeaba el casco cuando los remeros empezaron a trabajar. Mano Fuerte se volvió cuando ellos se lanzaron contra el oleaje, lo atravesaron y se sumergieron en el estrecho. Un único farol ardía en la proa, sostenido en la jarcia sobre un poste.

Conocía las aguas bien, esas aguas. Vararían en un arenal del exterior del estrecho y, allí, él y sus consejeros favoritos (cuatro guerreros de su tribu, dos de Hakonin y dos esclavos humanos) se reunirían, y las gentes del mar podría enviar un emisario: era un lugar entre el mar y la tierra en el que nadie tenía ventaja.

Lo volvió a arrastrar una marea invisible que envolvía todo lo que se encontrara en su camino. Se arrodilló sobre la cubierta para sujetarse mientras el farol se balanceaba hacia delante y hacia atrás.



[...] y camina por el campamento en el que los Leones, aún nerviosos a causa del encuentro del amanecer con las sombras de los Perdidos, han encontrado entretenimiento con las prostitutas. La lámpara de aceite arde esta noche pródigamente; parece que los faroles son tan luminosos como las estrellas que se balancean sobre las ramas. Huele a asado de ganado.

Allí, junto al fuego en el que un muchacho con ropas harapientas hace girar una pierna de venado, ve a Hathumod sujetando la que debe ser su única posesión: una copia maltrecha y manchada de los Sagrados Versos. Se ha reunido gente alrededor de la hoguera; la mayoría son mendigos y adláteres, aunque también hay unos pocos Leones. Esta noche él está alerta, sabe que la marea está cambiando y que puede suceder cualquier cosa. Como está alerta, los ve venir: Lord Dietrich y sus dos compañeros con sus grandes y anchos cuerpos se abren camino con arrogancia entre la gente camino de su presa pero, entonces, de repente, se sientan al frente, adelantándose a los demás.

Él se acerca rápido.

—¿Te están molestando? —le pregunta, mientras agarra a Hathumod por la manga antes de que ella pueda dar un paso hacia la hoguera.

—No, no, mi señor —dice ella, y su sorpresa es la sorpresa de una niña sin malicia a la que le preguntan si ha hecho alguna vez una ofrenda a los dioses de su abuela—. Han hecho como dijisteis. Han elegido Su camino. Han venido a oír la enseñanza.

A la luz de la noche, las rocas parecían clérigos cubiertos y vigilantes en la cima de la colina. ¿Qué esperaban? Desde el fiasco en la vieja cabaña, Sanglant y ella habían buscado muchas veces entre las grandes rocas en el prado alto, pero no encontraron ningún camino. Jerna aún alimentaba a Bendición, pero había perdido la voz; robada, tal vez, o encerrada por la magia de Anne, que había usado al daimon para alejar a Sanglant y para luego asegurarse de que no podría volver a utilizarlo para lo mismo.

Mientras esperaba que las primeras estrellas parpadearan sobre ellos, Liath se pasó entre los dedos la pluma de oro que le había entregado el viejo hechicero aoi. En las rocas había un secreto escondido que le estaban ocultando las mismas personas que defendían que eran sus maestros: todo estaba envuelto, no solo las rocas. Acercó a la dormida Bendición a su pecho y le besó el pelo negro. Era fácil sostener y acunar su pequeño, suave y redondo cuerpo. Tenía la costumbre de chupar dos dedos mientras dormitaba. En ese momento, tras quedarse dormida muy rápido, tenía la diminuta boca lo bastante relajada para que sus dedos, igual de pequeños, perfectos y algo regorditos se colocaran entre su mejilla y el hombro de Liath.

Se le movió la trenza. Mechones de pelo suelto se revolviéron en el cuello. ¿Era la brisa que se levantaba o el roce de uno de los sirvientes? ¿La había seguido Jerna? No miró.

La corona de rocas de Verna no era realmente un círculo, sino más bien un óvalo un poco achatado. Le resultaba lógico que atrajera el poder de las estrellas que aparecían y se ponían y que los ángulos de los planetas se colocaran unos tras otros mientras atravesaban la elíptica: ese era el arte de los mathematici. Al principio, examinó el círculo desde el interior, de pie en la roca central y mirando hacia fuera, pero no aparecía ninguna línea de vista lógica. Parecía imposible relacionar las alineaciones de las estrellas desde dentro del círculo, como si intentara pasar la lanzadera a través de la urdimbre cuando uno está dentro del telar y los hilos, y no fuera.

Esa observación, por supuesto, había marcado la diferencia por completo.

Oyó pasos y entonces sí que se volvió y ocultó la pluma entre la túnica y el pecho.

Él no tenía la túnica sobre los hombros, sino sujeta por el cinto en la cadera, de forma que el pecho y la espalda estaban al descubierto. Balanceando el hacha en los

hombros, resultaba tentador. Bajó el hacha, la besó, luego a la niña y se pegó a ella como para volver a besarla. El brillo del sudor sobre su cuerpo debería haberse enfriado rápido a medida que aumentaba la brisa nocturna; seguro que tenía frío, aunque a lo mejor no se daba cuenta. Ella temblaba, pero no por el frío. Le acarició los labios con un dedo y, con la misma suavidad, lo apartó.

—¡Ay, Dios! —dijo él, con frustración en el tono.

Aunque no estaba más frustrado que ella. Ya habían hecho cosas que no deberían haber hecho, en la desesperada situación en la que se encontraban. No podía arriesgarse a quedarse embarazada otra vez, no por el momento.

—Esta no es una plataforma natural —dijo ella, señalando el nivel del suelo bajo sus pies. Ella estaba en la ladera hacia abajo respecto a las rocas, que desde aquel ángulo se encontraban orientados al oeste. Desde ese ángulo, ella levantaba la mirada hacia la corona de rocas.

—Desde este ángulo, las rocas se convierten en el telar y yo en la tejedora. Antes no tenía sentido que las rocas no fueran un verdadero círculo, pero mira... —Arrojó a Bendición aún más en su brazo izquierdo y sacó la pluma dorada para señalar—. A causa del círculo achatado, esas dos rocas, la más a la izquierda de la más cercana y la más a la derecha de la más alejada, forman una línea de visión que se alinea con el desfiladero de la cadena de colinas. Allí. ¿Lo ves?

Estuvo callado durante un buen rato. Luego, se movió por detrás de ella hacia la zona nivelada del suelo, que no media más de dos zancadas por dos zancadas. Tuvo cuidado de no tocarla, pero ella lo sintió de todos modos. Podría haber estado haciendo el amor con ella: su presencia se extendía con fuerza, aunque el deseo de Liath también hablaba a través de su cuerpo. Él también comprendía los riesgos. Él fue quien, cuando ella se recuperó del todo, mencionó que un segundo embarazo y otro parto podrían debilitarla tanto como el primero y que, para estar seguros de que ella tenía la fuerza suficiente para escapar de un momento a otro, deberían cerciorarse de que no se quedara embarazada.

En momentos como esos, ella se preguntaba si sería pecado odiar a la mujer que la había conducido hasta allí y que la había encerrado en una jaula, solo un poco menos represiva que aquella en la que la había confinado Hugh. Sin embargo, ¿en realidad estaría menos confinada solo porque la mano que la sostenía era más suave?

—Me traicionaron —continuó ella, bajando la voz, ya que sabía que los sirvientes podían estar en todas partes, podían escuchar y estarían haciéndolo. No había secretos en aquel valle para la que lo gobernaba. Ella siguió de todos modos, porque la rabia que le resquemaba en su interior solo le mancillaría el corazón—. Pensé que aquí podría estudiar tranquila, pero no es así. Para ellos solo soy un instrumento. Ahora sé que mi madre ha intentado matarte, y no puedo confiar en ninguno de ellos, teniendo a Bendición, porque podrían tratar de matarla a ella también. En absoluto puedo confiar en ellos. Todos me han mentido.

—Yo también te mentí. No te dije lo que sospechaba y lo que después supe.

—No —negó enfáticamente con la cabeza—. No te puedes comparar con ellos. Tú lo hiciste para protegerme. Esperaste a que estuviera tan fuerte como para reaccionar. No dudo de que pretendieras lo mejor. —Intentaba ser mejor, pero no podía alejar la irritación de su voz. Se rio con amargura—. Rodeada por todos lados por villanos. Incluso los árboles podrían oír nuestros susurros y desvelar nuestros secretos.

Como él estaba detrás, Liath no pudo ver su expresión, pero sintió que se movía y Dios la ayudó porque ella casi se vuelve en ese momento. Quería dejar a la niña y haber actuado con cuidado. Pero no podía. Como Sanglant había dicho sin rodeos, un segundo embarazo podría matarla.

—Ya la veo —dijo él de repente y añadió—: la línea de visión.

Fue un cambio de tema oportuno.

—Una estrella debe surgir en ese desfiladero. Si estoy en lo correcto, entonces su hilo de luz da vida a la corona. En cuanto la magia está viva dentro de las rocas, las demás estrellas y planetas, y la luna, pueden entrelazarse en la corona, de forma que eso hace que... bueno. No sé. Es la puerta que atravesamos para llegar aquí. Es una manera de desplazarse de una corona a otra.

—Entonces, si podemos relacionar la luz de las estrellas con la corona, podemos irnos. ¿No?

Ella sonrió con ironía.

—Nunca resulta tan fácil, ¿verdad? Para empezar, esta corona está limitada, porque las montañas esconden el horizonte. La porción de cielo es más estrecha que en una llanura o en una colina, por ejemplo. Segundo, no sé la antigüedad de estas rocas. Las pueden haber levantado en los últimos veinte años. Podrían estar perfectamente alineadas con las estrellas ahora, mientras las miramos. Pero si las construyeron los aoi, si son tan antiguas, entonces, por la evolución de los equinoccios, podría haber otras estrellas que surjan por el desfiladero un día como hoy y en esta época del año, y otros hilos de luz tejerían la trama hacia la cabaña y no los que se levantan estos días y en estos momentos. Las estrellas cambian más que las montañas.

Él negó con la cabeza otra vez, mientras jugueteaba con el hacha, como hacía cuando sus explicaciones lo impacientaban. Tal vez la guerra fuera más sencilla que la astronomía.

—Pero dijiste que eran estrellas fijas...

—No, no —dijo ella, entre risas. ¿No se lo había explicado ya?—. Están fijas con relación a las otras, pero, por ejemplo, mira allí... —Estaban al oeste de la corona de rocas y miraron hacia el este, y a lo largo de la cadena de montañas orientales se podían ver unas débiles estrellas que aparecían a medida que el crepúsculo se convertía en oscuridad. Volvió a utilizar la pluma para señalar—. Ese es el Penitente que se levanta por el este, en realidad, un poco por el Nordeste. No hay ninguna estrella brillante que surja en este momento de la noche, en esta época del año, pero

la Corona de Estrellas, sabes, el pequeño grupo de siete estrellas, se alzarán más tarde, aunque no creo que lo haga, justo allí, en el desfiladero. —Él no dijo nada, bajó el hacha con un ruido sordo. Parecía descontento con la vida, con el encierro, con su respuesta. Ella señaló sobre sus cabezas—. Mira allí, sobre nosotros. El cielo de las tardes de verano es el cielo de la Reina. Allí se mueve y allí están su Bastón, la Espada y la Corona. Y esas tres estrellas brillantes...

—Son el Zafiro, el Diamante y el Citrino. Los recuerdo bien.

—Pero como la rueda del firmamento se desplaza hacia atrás poco a poco a lo largo de los años, si hubiéramos estado aquí en la época de los aoi, hace doscientos años o más, el cielo de la tarde de verano habría sido... Bueno.

Tuvo que pensarlo. Bendición se removi6 y se inquiet6 en sus brazos; la meci6 de lado a lado mientras calculaba.

Había trabajado muy duro para recuperar la fuerza durante los dos últimos meses, tras el impacto de la escapada de Heribert y la repentina y abierta revelación de que Anne quería matar a Sanglant e, incluso, a Bendición. Los magos argumentaron que Liath no era su prisionera, sino su compañera, pero eso era, como hubieran dicho los antiguos oradores dariyanos, hilar demasiado fino. Le habían robado el único motivo por el que estaba allí: aprender libre de cualquier carga que no fuera el conocimiento puro. En realidad no les importaba en absoluto el verdadero conocimiento, y eso era lo temible. Era la guerra. Sanglant lo había dicho, y tenía razón. Él reconocía la guerra en cuanto la tenía delante.

Sin embargo, si no fuera por su odio hacia Sanglant, ¿ella no se hubiera unido voluntariamente a su causa? Si el regreso de los aoi causara un cataclismo que destrozase la tierra, si el mar se convirtiese en las montañas y las montañas en el mar, ¿no era su deber detener a los aoi antes de que sembraran tal monumental destrucción?

Podían equivocarse respecto a Sanglant y acertar en las obligaciones que recaían sobre ellos.

¿Pero cómo lo iba a saber ella?

—Las Hermanas —dijo ella mientras la rueda del firmamento cambiaba en su visión mental y giraba a través de los siglos. Solo por eso le encantaban las estrellas: eran eternas y silenciosas, ajenas a la marea de conflictos que sacudían la tierra constantemente—. Creo que las Hermanas se hubieran alzado y que el Guivre hubiera estado en el cénit. Diferentes estrellas tenían diferentes influencias. Si es cierto que los aoi construyeron estas coronas de rocas como un telar para la magia, entonces, los hilos que hubieran usado en cada estación habrían sido diferentes a los hilos formados por las estrellas hoy en día.

—¿Pero las Hermanas aún se levantan más o menos en la misma posición, no? —objetó él—. Solo que en un momento diferente del día. O en otro momento de la noche.

—Es más complicado que eso. Todo cambia con el tiempo, incluso el cielo, pero

a menos que tengamos una cadena ininterrumpida de observaciones registradas que lleguen desde su época hasta nosotros, solo podemos confiar en lo que vemos con nuestros ojos. Lo demás es cálculo.

—Y todo es muy interesante. Estoy seguro —respondió él, un poco exasperado—, pero ¿puedes o no abrir una puerta en las rocas?

—¡Ay! —dijo ella con un suspiro—. Sería posible, pero no sabría adónde voy a llegar. Tiene que haber algún sistema para la colocación de las coronas. Con mis propios ojos, he visto más de dos docenas, esparcidas por estas tierras, al norte, como en Heyetrop, y al sur, en los desiertos al oeste de Kartiako. He oído hablar de más. La Garra del León tejida al amanecer en verano te puede llevar a un sitio y tejida al atardecer en invierno a otro diferente. ¿Sabías que hay otra plataforma como esta en el otro lado de la corona? Así se puede mirar hacia el oeste, a la posición de las estrellas.

—Y en el norte y en el sur también, supongo.

—No, las estrellas no salen y se ponen por el norte y por el sur, pero es probable que aquí o entre coronas se pueda, por así decirlo, medir los límites meridionales de la salida y la puesta de la luna. La luna tiene un ciclo de un poco más de dieciocho años con relación a...

—Liath, te lo ruego. Escucha lo que te estoy diciendo. ¿No importa dónde acabemos siempre y cuando seamos libres?

Ella rozó el pelo de Bendición con los labios. El bebé tenía un olor puro, fresco y cálido. Era un regalo asombroso que procediese del sencillo acto en el que se unen dos cuerpos; era cierto que era una bendición. Sanglant colocó una mano sobre el hombro de Liath y le acarició el cuello con el pulgar.

—Te he traído algo —dijo él—. No te lo hubieras puesto antes. Dijiste que estaría mal que te lo pusieras, pero yo sabía que estaba hecho para ti. Sabía que era para ti, mucho antes de que comprendiera por qué.

—¿Y si está mintiendo? —dijo Liath, mientras se tocaba la garganta, pero él ya se disponía a colocar alrededor de su cuello la torques de oro que demostraba el linaje real. Parecía el collar de un esclavo; pesaba tanto como cualquier cosa con la que Hugh la hubiera atado.

—Por supuesto que es la nieta de Taillefer. No miente, Liath, y tú no crees realmente que lo haga.

—Vi su tumba en la capilla de Autun —dijo en bajo—. Recé allí con mi padre, una vez. Recuerdo haber mirado su efigie y haberme preguntado cómo los artesanos podían hacer cualquier rostro en piedra con tanta perfección. Papá estuvo llorando. No sé porqué. Supongo que nunca lo sabré. Él sostiene una corona de siete puntas en la mano. El clérigo allí presente dijo que era la corona del emperador, la que portaba cuando viajaba al exterior con su dignidad real, y que cada gema representaba una estrella en movimiento. Señalaba su derecho a reinar, que el emperador Taillefer gobernaba la tierra igual que Dios gobernaba en el cielo, que él contaba con su visto

bueno. Sin embargo, papá dijo que la corona había sido una ofrenda funeraria de la obispo Tallia, la hija favorita de Taillefer. Dijo que ella pretendía representar las siete esferas que el alma del emperador habría tenido que atravesar para llegar a la Cámara de la Luz.

La torques le pesaba en el cuello. Los dos trozos de oro se le hundían en la clavícula. Aún no se había adaptado.

—Es raro. Recuerdo textos con facilidad, pero las caras no aparecen en mi mente con claridad. Cuando hago memoria, no puedo ver el rostro tallado con la claridad suficiente como para saber si me parezco a él.

Cedió, al final, y se apoyó en él y le dejó que las rodeara a ella y a la niña con los brazos. Estuvieron allí durante un buen rato, observando las estrellas.

Recorrer el sendero de la duda era un terreno resbaladizo que siempre acababa en el fango. Antonia, antigua obispo de Mainni y, en aquel momento, conocida por el nombre de hermana Venia en el nido de mathematici donde vivía, no tenía la intención de caer atrapada en el barro.

No habían querido a Heribert entre ellos todo aquel tiempo, pero sus maneras y su elegante porte, aunque un poco perjudicados por los meses en los que acompañó al príncipe perro, eran la joya de aquel lugar, por lo general detestable. Aunque se estremecía al contemplarlo, la sala que había tallado con su manos y con la ayuda de los sirvientes y del príncipe Sanglant era una mejora tan grande respecto a la decrepita torre que era el edificio principal cuando llegaron, que no podía entender porque estaban tan ansiosos por librarse de él, ya que él solo había convertido aquel valle en una residencia adecuada para nobles de su rango y con sus habilidades.

Tal vez no les importaba ni en un sentido ni en el otro. Como el salvaje perro eika que habían matado para llegar a la niña, él se había interpuesto en el camino en el momento equivocado.

Ella había escuchado varias explicaciones, pero ninguna presentada con tanta ira y con pretensiones morales de superioridad como la del príncipe, que verdaderamente era incapaz de contener sus emociones. Tal vez era cierto que el frío recital de la hermana Anne debía haber sido más mesurado. La razón siempre triunfaba sobre las emociones primarias.

Sin embargo, el príncipe Sanglant, por su parte, imprudentemente, le había dicho otras cosas, por otro lado, y más que dudar, ella había decidido que, tal vez, en realidad, ella no apoyaba los objetivos de los Siete Durmientes. Tal vez, ella no comprendía la necesidad de salvar la Tierra del desastre que, según ellos afirmaban, los visitaría pronto.

Después de todo, ¿por qué el mundo no debería sufrir un cataclismo provocado por los Perdidos? Eran muy malvados y Dios nunca antes había rehuído el castigo. Si unos cuantos inocentes morían con los condenados, sería porque tendría que ser así. Morirían con el conocimiento seguro de que la muerte solo era un pasillo que conducía a la sagrada Cámara de la Luz, donde todos habitarían hasta la eternidad con la paz de la luz de Dios que a todos abarca.

Tal vez Heribert estaba mejor en el mundo, mientras tuviera la protección de

alguien más poderoso que él. Tal vez ella había aprendido todo lo que merecía ser aprendido, allí en Verna. Tal vez había llegado el momento de que volviera a aventurarse en el mundo y de que viera lo que podía aprovechar, una vez que había perfeccionado tantas nuevas habilidades.

Se arrodilló en el altar, una sencilla caja tallada en madera de cerezo y pulida hasta obtener un lustre hermoso. Por las protestas de Severus, Heribert había añadido varios ornamentos: hojas de uva que expresaban la generosidad de Dios, en cada esquina y en el borde, y elaboradas rosas, por la pureza, a cada lado. Le gustaba admirarlos, mientras rezaba, porque le recordaban que Dios no condenaba el lujo, los pequeños y elegantes detalles que hacían la vida más elegante, sino más bien la lujuria, el ansia gratuita de cosas carnales y terrenales.

—«Abridme las puertas de la victoria» —rezó—. «Al serviros, he sufrido reproches. Os ruego entonces, compensadme, reprender a mis enemigos».

Era el día 20 de agosto, la festividad de san Guillaume de Benne, quien había castigado al perverso rey Tarquín, el Orgullo de Floretia, y después, cuando este no estableció leyes de acuerdo con los deseos de Guillaume, y con la voluntad de Dios, por supuesto, provocó una gran inundación sobre Floretia que barrió todas las almas hacia el mar, incluido él mismo. Así se ganó la corona de martirio y su respeto, aunque ella hubiera abandonado la ciudad antes de invocar la ira de Dios. La ciudad nunca se recuperó y, según Heribert, aún se encontraba en ruinas.

Oyó voces fuera y, con un poco de esfuerzo, se puso en pie. En aquellos días le resultaba más difícil levantarse y agacharse. Estaba envejeciendo, con lo cual menos tiempo le quedaba para mejorar el mundo. Cuando salió de la capilla, le sorprendió ver al hermano Marcus caminando al lado de la hermana Anne por la pasarela de tablones, hablando con ella tan atentamente que al principio no se dio cuenta de su presencia o de la otra figura que pasó, el príncipe Sanglant. Aquellos días el príncipe no solía andar entre los edificios bajos; se guardaba, con su hija y su esposa, en su cabaña o trabajaban en los prados o bosques en las laderas más altas, pero una oleada de tormentas de verano habían desplazado unas placas de madera del tejado de la sala y él, había dicho, tenía mucho respeto por el duro trabajo de Heribert como para dejar que se estropeará.

El hermano Marcus levantó la mirada de repente vio al príncipe, se detuvo cerca y se quedó con la boca abierta como si esperara ver a su alrededor una manada de lobos babeando y aullando, aparecida de la nada.

—¿Morderá? —le preguntó a Anne.

—Sigue caminando, hermano —dijo Anne—. No corremos peligro.

Algunas veces, Antonia reflexionaba, los aliados se dirigen directamente al campamento del otro y se declaraban.

—Verdaderamente, príncipe Sanglant —dijo ella, acercándose a él cuando Anne y Marcus desaparecieron en la torre—, ha habido muchas idas y venidas inesperadas. Aun así, me pregunto por qué permanecen aquí los que más desean partir.

—¿Por qué os lo preguntáis? —Tenía a Bendición con él, envuelta en una tira de lino y descansando sobre su espalda de un modo muy parecido, supuso ella, a como él había portado el sable durante la guerra. La niña no podía entrar en la torre de los magos, por lo que cuando Liath recibía sus clases o se reunía con el resto, él tenía forzosamente que llevarla consigo. Después de todo, al haberse ido Heribert y al haber muerto el perro guardián, no confiaba en nadie más para que la cuidara.

—No es de sorprender que desconfiéis de mí —dijo ella—, así que os ofrezco una confianza, para que entendáis que yo también soy imperfecta y que no soy vuestra enemiga. Heribert no es mi sobrino, es mi hijo.

Lo había sorprendido. Eso era bueno.

—Él guardó vuestro secreto —dijo él.

—Es un hijo obediente. —Lo había sido, al menos, hasta que los magos de Verna lo corrompieron. En realidad, tenían la culpa de muchas cosas.

—¿Por qué me lo decís ahora? —preguntó él, pero ella solo hizo un gesto al aire—. No —dijo él—. No hay sirvientes cerca de nosotros en este momento. No hay nadie que escuche salvo yo.

Era verdad que él tenía un extraño modo de saber cuando los sirvientes estaban cerca y cuando se ausentaban. No le convendría ofrecer más conocimiento a Anne de los que ella ya tenía.

—La confianza es algo complicado. Algunos dicen que vos confiáis o que no confiáis en absoluto. Como alguien que ha estudiado los Sagrados Versos en cierta medida, puedo ver que hay gran parte de verdad en ello. O confiamos en Dios, o no. O acatamos Sus leyes y confiamos en que nos sostendrán en Sus manos, o no. No hay un puente entre la fe y la apostasía. Sin embargo, en las cuestiones terrenales todos estamos manchados con la oscuridad, incluso el mejor de nosotros. Todos, excepto Daisan el Bendito, por supuesto, ¿cómo si no podría haber sido elevado en cuerpo a la Cámara de la Luz si la mácula del Enemigo lo hubiera rozado? Él es el único de toda la humanidad que pertenecía a Dios totalmente.

—¿Eso no es herejía? —dijo él, casi entre risas. A ella le enojó que él le diera poca importancia a su sabiduría y experiencia de esa forma. Se enojó hasta que recordó que él no era malvado: como las bestias, carecía de entendimiento.

—No, hijo —dijo ella—, la herejía equivocadamente enseña que Daisan el Bendito, participaba de un alma mortal y de una inmortal, que era humano y divino. Eso no puede ser, como es evidente. Dios no permitió a Su mensajero que fuera sacrificado, como aseguran algunos herejes. Es en este preciso punto en el que la verdadera Iglesia, la de Darre, se apartó de los arethousanos hace trescientos años, porque el patriarca arethousano estaba equivocado... —Lo había perdido. Tenía la misma mirada sin expresión que el ganado que rumia su alimento en el campo.

Con algunos hombres, uno tenía que interactuar recurriendo a los términos más básicos. Le hizo cosquillas a la niña en la barbilla.

—Qué carga tan hermosa —dijo ella y vio que él se ablandaba. Como la mayoría

de los hombres, sufría un exceso de sentimientos. Ella se dio cuenta, por supuesto, por su propio débil afecto hacia Heribert. En cierto modo, ella admiraba la capacidad de Anne para ignorar los sentimientos hacia su hija cuando, a la fría y clara luz del día, tenía que tomar difíciles decisiones. Antonia nunca había sido capaz de utilizar a Heribert sin piedad como Anne hacía con Liath—. Mi hijo confiaba en vos, príncipe Sanglant —le dijo—. Y yo también.

—¡Hermana Venia! —Zoé la llamó desde la puerta de la torre y tuvo que irse.

—Él es útil —decía Anne cuando Antonia cruzó el umbral y entró en la cámara de la torre. Anne presidía la mesa. Severus estaba sentado a su derecha y, a su lado, se encontraba el hermano Marcus y, a continuación, la hermana Zoé. A la izquierda de Anne, estaba sentada la hermana Meriam con las manos juntas. Era tan pequeña y estaba tan encorvada que parecía un niño sentado en la mesa. Liath estaba sentada junto a ella. Anne vio a Antonia entrar y señaló el banco vacío al lado de Liath—. El que podamos comer y dormir con la comodidad de la sala se debe en parte a sus esfuerzos.

—Resulta extraño —dijo el hermano Marcus, aunque torció la boca con un gesto raro—. Debe haber alguna satisfacción en permitir que el hijo de nuestra enemiga trabaje como un trabajador cualquiera para nuestro beneficio. Tal vez es una señal.

Antonia se sentó al lado de Liath, que estaba callada, jugueteando con el borde de la mesa con un dedo y con la mirada fija en la pared. Tenía un libro cerrado delante de ella; la tapa de marfil había sido inteligentemente tallada para mostrar el famoso episodio de santa Valeria en el que confunde a los astrólogos paganos en la ciudad de Sais el Joven. Desde hace unos pocos días llevaba la torques dorada, el símbolo de su linaje real; su tez oscura hacía que el cálido y dorado brillo fuera más hermoso que en la pálida y clara piel de Anne. Aunque sería rebajarse pensar que Sanglant había descubierto el secreto de la ascendencia antes que ella, Antonia no era de las que despreciaba información solo porque tuviera una procedencia improbable. De hecho, lo que Antonia consideraba más interesante era que ninguno de los otros magos hubiera comentado nunca el origen de Anne o el repentino uso de Liath de la torques.

—Habéis venido precipitadamente de Darre —dijo Anne a Marcus—. Contadnos las noticias, hermano.

—Darre ya no es el lugar que era —dijo él, mirando hacia Liath como si no estuviera seguro de que ella debiera estar allí o no. Tal vez a él le desconcertaba la torques dorada que brillaba en su cuello, pero, como los demás, no lo mencionó—. Hay un nuevo poder en juego en Darre. Por eso no me arriesgué a hablar a través del fuego.

—¿Qué queréis decir, hermano? —preguntó Zoé—. ¿No estaréis sugiriendo que otra persona podría haber aprendido a oír a través del fuego o a viajar por las coronas sin nuestra tutela?

—El velo se estrecha —dijo Anne—. Otras criaturas caminan en el exterior esta vez. Hermano Marcus, elogio vuestra precaución.

—Todos los hombres han de moverse con cautela en la sala del presbítero. Yo aprendí eso hace muchos años. —Estaba sentado enfrente de Liath y se estiró en la mesa para llevar hacia él el libro de las tapas de marfil. Lo abrió y pasó las páginas al azar; no estaba mirando el texto, solo pensaba. Anne lo observaba. Liath no dijo nada—. La reina Adelheid abandonó Darre cuando su esposo murió y el último de sus familiares masculinos fue asesinado en el sur. En cuanto huyó, lord Cabeza de Hierro cabalgó tras ella. Sus orígenes son cuestionables, cuanto menos. Es por todos sabido que es el hijo bastardo de un hombre que lo puso al servicio de su protección. Llegó a capitán y a administrador, asesinó a su hermanastro cuando este recibió el título y se casó con su viuda, con lo que se hizo con el título de lord de Sabina. Cabeza de Hierro cercó a la reina Adelheid en Vennaci. Poco después, la princesa Theophanu junto con un pequeño ejército de soldados wendianos llegó al sur a través de las montañas. Aseguraban estar en una misión de paz hacia Darre para poner en conocimiento de la skopos ciertas peticiones del rey Henry. Por supuesto, Cabeza de Hierro consideró que ellos, también, buscaban a Adelheid y atacó Vennaci. Adelheid y Theophanu desaparecieron en el bosque y se rumoreaba que estaban muertas. Cabeza de Hierro regresó a Darre con el tesoro de Adelheid y con un nuevo consejero, un clérigo wendiano que, según oímos en la sala del presbítero, había sido enviado al sur para ser juzgado por brujería. Sin embargo, en cuanto Cabeza de Hierro llegó a Darre, la madre Clementia lo coronó como lord John, rey de Aosta. Creo que ese clérigo se unió a un daimon y ahora controla a la skopos por medio de él.

—¿Será eso cierto? —preguntó Severus—. ¿Cómo puede haber aprendido a unirse a los daimones? Durante mi juventud viajé por todas partes, de monasterio en monasterio para eliminar todas las referencias a la brujería que me encontré.

El hermano Marcus estaba disfrutando. Cerró el libro y levantó un dedo, como para imponer paciencia.

—Cuando llegó la primavera, un nuevo rumor inundó la ciudad. La reina Adelheid reapareció en el norte. Algunos dicen que la brujería la ayudó a huir del rey John. Otros dicen que vieron las coronas de rocas brillar a la luz del sol y de la luna.

Incluso Liath levantó la mirada y la agudizó por la sorpresa. Severus gruñó de irritación. Zoé se llevó una mano al amplio pecho, escandalizada. La sonrisa de Meriam era breve e ilegible. Anne esperaba a que Marcus continuara.

El hermano Marcus padecía el defecto del orgullo y en ese momento estaba orgulloso de sí mismo. Sin embargo, ese pecado no es el peor defecto que puede tener un hombre o una mujer, reflexionó Anne; no, mientras él o ella tuviera razón.

—Tiene el libro de Bernard —dijo él y entonces se recostó en la silla para disfrutar de las reacciones que provocó su afirmación. Antonia también estaba libre para estudiar a sus compañeros porque no tenía idea de qué era «el libro de Bernard» o por qué era importante.

—¡No! —dijo Severus—. Pensé que se había quemado.

—El sirviente no trajo noticia alguna sobre el libro —dijo Zoé—. ¡Bajo tal coacción no podía mentir!

—¿Tendría Bernard el poder de ocultarlo y de pasarlo? —preguntó Meriam, que parecía más intrigada que molesta.

—Continuad —dijo Anne sin expresión alguna. Ella era la única que no parecía sorprendida, pero, en realidad, nunca lo estaba. Tampoco Liath se sorprendió.

—Bueno, el libro de Bernard. ¿Qué iba a hacer? Me esforcé por recuperarlo, pero, lamentablemente, fallé. Él estaba más metido en la magia de lo que yo creía. Lo subestimé porque me parecía obvio que estaba trabajando la brujería por encima de sus conocimientos. Es más astuto de lo que yo creía.

Liath movió los labios formando una palabra o un nombre, pero no dijo nada.

Marcus sacó un rollo de la manga, y lo mostró casi como haría un niño que provoca a su hermana pequeña con un juguete que ella ansia.

—Pero me las arreglé para hacerme con esto antes de tener que retirarme. No sé dónde lo encontró él, pero creo que estaréis de acuerdo en que, para nosotros, resulta de gran interés. —Con una floritura, desató el lazo que lo mantenía cerrado y lo desenrolló sobre la mesa, sujetando los bordes curvos con las manos. Todos se acercaron para mirar.

—Os lo ruego —dijo de manera cortante cuando Liath lo tocó—, ¡tened cuidado! Es antiguo.

—Es un papiro —dijo ella—. En absoluto es un pergamino.

Las extrañas marcas de la página confundieron a Antonia al principio. Después, cuando Meriam intervino, ella también reconoció lo que era.

—Es un mapa —dijo Meriam en bajo—. Estas sombras representan montañas, creo. Eso es un río. Esto son árboles, creo.

Era un mapa, pero nada parecido a los antiguos instrumentos de navegación de los arethousanos o de los dariyanos en la época de su imperio. Además de oscuros símbolos en el borde del mapa, que probablemente representarían cuerpos celestiales o dioses paganos, había siete lugares principales marcados en la pálida hoja: seis puntos equidistantes en el exterior, casi formando un círculo, y uno en el centro rodeado por lo que parecían ser las montañas. Cada uno de los siete lugares estaba formado por siete objetos, de ángulos irregulares como flechas, rodeados de marcas que parecían señalar montañas, o un río, o un valle, o un bosque, o el mar. Era difícil decirlo y además el tiempo había oscurecido parte del mapa.

—Eso representa las coronas de rocas. —Severus realmente parecía sorprendido—. ¡Estoy seguro!

Marcus sonreía con timidez y dejó que el rollo se volviera a plegar. Volvió a atar el lazo y se lo entregó a Anne.

—Parece que mi teoría es la acertada. —Si con su petulancia pretendía herir a Severus, lo logró. El anciano parecía enfadado y se recostó en la silla con un gruñido.

—Interesantes noticias —dijo Anne, aunque ni su tono, ni su expresión

cambiaron. Colocó el rollo sobre la mesa. Liath lo miraba fijamente. Parecía que lo quería coger, para volver a estudiarlo, pero no lo hizo. Solo esperó—. ¿Qué debemos hacer con Darre?

Marcus agitaba una mano, vencido.

—La madre Clementia es anciana y está débil. No supone amenaza alguna para nosotros. No me importa que en Aosta gobierne Cabeza de Hierro o la anciana casa de Adeline y no creo que deba interferir en nuestros planes.

—Siempre importa quién gobierne —dijo Meriam en bajo.

—Ese libro es un peligro para todo lo que yo he tratado de ocultar concienzudamente con mi trabajo —farfulló Severus.

—Yo he trabajado durante muchos años —gritó Zoé, afrentada—, y sin embargo, solo puedo ayudar con el tejido de las puertas por su complejidad. Sigo con la sexta parte del Dragón y estoy realmente satisfecha con mi posición. No pretendo hacer ver otra cosa, pero ¡me parece imposible que un hombre sin formar pueda por sus propios medios abrir una puerta! ¡Sin ayuda!

—Con la única ayuda del libro de Bernard —dijo Anne—. En las manos adecuadas, puede ser una motivación muy poderosa, además de una ayuda importante para alguien con fuerza de voluntad y una prometedora inteligencia.

—O la capacidad de mentir convincentemente —intervino Zoé.

—¿Qué opinas tú, Liath?

Al contrario que Sanglant, Liath había aprendido a controlar su expresión; los sentimientos que guardaba en el corazón no aparecían en su rostro. Era opaca. No lejana, como Anne, sino velada.

—No tengo nada que decir. —Aun así, eso pareció una bagatela importante en la cámara.

¡Señora de los cielos! Todo el episodio dejó claro los problemas de aquellas personas. La Cámara de la Luz era un camino lejano. Dios no había puesto a la gente en la Tierra para que juguetearan con los pulgares mientras esperaban a que la muerte los reclamara. La estancia en la tierra era una prueba. Y Dios había elegido a varias almas, más rectas, para que se asegurasen de que toda la humanidad seguía las enseñanzas de Dios, les gustara o no. Como el ganado, deberían ser arreados, porque, de lo contrario, los lobos, los subalternos del Enemigo, se comerían viva a la humanidad.

—¿Debemos matarlo? —preguntó Marcus.

Anne sonrió con frialdad. Se volvió con deliberada tranquilidad hacia Liath.

—¿Debemos matarlo, Liathano? Tienes cierta relación con ese hombre, creo. Valoraría tu opinión.

—¿Quiénes somos nosotros para juzgar quién debe morir y quién debe vivir? —respondió Liath en voz baja, pero en esa ocasión Antonia sintió verdadera rabia bajo aquella fachada opaca.

Si Anne se ofendió por esa reprobación, no lo demostró.

—¿Es necesario matar a una persona que puede resultarnos útil más adelante? —preguntó Meriam.

—¿Cuándo se hace necesario matar? —preguntó Anne—. Solo debemos actuar de una manera tan drástica cuando no quede otra alternativa, cuando dejar a una persona vivir tenga consecuencias más funestas que provocarle la muerte. —La esfera armilar colocada en el estante detrás de Anne giró de repente, aunque no había brisa. Los planetas cambiaron de posición y se detuvieron en una nueva posición—. Pero la hermana Venia aún no ha intervenido.

—Creo —dijo Antonia cuidadosamente— que la fuerza de nuestras reacciones se basa en una historia y en una asociación de la que no sé nada. Me he unido a vos recientemente. Esos nombres me dicen muy poco. Todavía soy inexperta en las artes. —Y muy curiosa. Un hombre se había movido en los círculos de la corte en Wendar interesado en la brujería. Era una vergüenza que ella no se hubiera enterado la primera—. ¿Quién es ese clérigo wendiano enviado a juicio por brujería? ¿A qué linaje pertenece? ¿Quién es ese Bernard de cuyo libro habláis? ¿Dónde está en este momento?

—Bernard está muerto —dijo Liath—. Fue asesinado por un daimon. Alguien lo persiguió durante mucho tiempo.

El globo celestial sobre el estante al lado de la esfera armilar comenzó a brillar de repente: los pequeños agujeros pintados en su superficie, que representaban las estrellas, relucían como una llama, o uno de los sirvientes se había metido dentro. Una onda de luz rodeó una de las vigas sobre sus cabezas y el olor a la madera carbonizada inundó el ambiente. Fuera, las hojas vibraron cuando un fuerte viento las agitó, luego se calmaron. La ráfaga movió la puerta, que quedó abierta.

Liath se levantó de repente, rígida como un perro que ha percibido el peligro. Con cuidado, pasó una pierna sobre el banco, consiguió salir y se dirigió pausadamente hacia la puerta.

—Tú lo mataste —dijo. La luz del sol la pintaba y hacía que pareciese que brillaba un poco, aunque, por la tensa ira, su expresión era ilegible. El velo había dejado paso a un rostro monótono y a una voz con ira invadida por el impacto.

No era habitual ver que Anne mostraba más emoción que el contrincante con el que se enfrentaba. Tensó la boca. Cerró las manos sobre nada, excepto, tal vez, el recuerdo.

—Te apartó de nosotros. Casi te arruina durante los años que te tuvo a su cuidado. Casi te convierte en inepta, como podemos comprobar hoy, como hemos visto desde que te has unido a nosotros. Hice lo que tenía que hacer. Cuando entiendas que fue necesario, Liath, sabré que por fin hemos enmendado el daño que te hizo Bernard.

—Él te quería —susurró Liath—. Era tu esposo. ¿No te importaba nada? ¿Los juramentos no significaron nada para ti?

—No podemos permitir que el afecto, o el odio, nuble nuestro juicio. Debemos tener la fuerza necesaria para matar a los que se interponen en nuestro camino. Todos

nosotros solo somos herramientas en Sus manos, y nuestras vidas no tienen ningún sentido a menos que actuemos como instrumentos de Su voluntad.

—Dios mío —dijo Liath, mientras se iba.

Hubo silencio, si se le podía llamar así. La luz del globo celestial se atenuó y se apagó.

—¿Quién era Bernard? —repitió Antonia.

—Era uno de nosotros. Nos robó a Liathano cuando solo tenía ocho años y podéis ver lo que los años a su cuidado hicieron de ella. Aquello fue hace once años. Tenemos mucho trabajo que hacer para convertirla en el vehículo con el cual cumplir nuestros planes, terminar nuestra obra y rescatar a la Tierra de su terrible destino.

—De hecho —dijo Severus con timidez—, ella vino a este mundo precisamente porque es, dado que lo es, la única que tiene cierta posibilidad de matar al príncipe Sanglant. «Ninguna enfermedad conocida por ti lo afectará, ni ninguna herida afligida por una criatura masculina o femenina le provocará la muerte». Ella es la única que puede detenerlos.

—¿Pero por qué se la iba a llevar? ¿Él no lo entendía todo? —Antonia, como madre, encontraba asombrosas las frías afirmaciones de Anne, aunque había que admirar su determinación. Aunque, ¿no era antinatural en una mujer desear de esa forma el sacrificio de su única hija? ¿Cuántas mujeres nobles, y pobres también, habían acudido a confesarse en el altar de la gran catedral de Mainni para suplicar a Dios que les diera un hijo? Había perdido la cuenta. En realidad, durante mucho tiempo Antonia se había preguntado si el único pecado, el único error que había provocado el nacimiento de Heribert, no había sido la forma de Dios de permitirle que entendiera su deseo. Porque Daisan el Bendito, había dicho: «El camino hacia la purificación surge de la concepción y el nacimiento».

—Bernard estaba equivocado —dijo Anne con severidad—. Amaba el mundo demasiado.

Marcus suspiró en alto, acercando hacia sí otra vez el libro de las tapas de marfil y le dio unos golpecitos en la filigrana con impaciencia.

—¿Hemos acabado con la escena? —preguntó—. Me recuerda al teatro de Darre, que está de moda estos días ahora que Cabeza de Hierro ha subido al trono y está ansioso por investigar los encantos de cada bailarina que lo fascine, que, según parece, son la mayoría. Pero tengo otra noticia. Encontré a Lavrentia, justo donde el hermano Lupus dijo que estaría.

Anne se volvió y se dirigió al estante. Intentó coger la esfera armilar girando y sus tiras de metal se detuvieron de repente. Sin darse la vuelta, con lo que no se le veía el rostro, preguntó:

—¿De verdad sigue viva?

—Es la madre del convento de santa Ekatarina.

—Engañaron al hermano Lupus —dijo Anne en bajo.

—No —dijo Marcus—. Le han mentido abiertamente desde hace muchos años.

Ella debió sospechar. Debió haberse refugiado allí y la monja que por aquel entonces era la madre del convento, debió haberla recogido y extendido el mensaje de que había muerto. Eso yo lo llamo mentir.

—Hace cuarenta años —farfulló Severus—. Es mucho tiempo para vivir apartada de nosotros.

—¿Habéis visitado alguna vez el convento de santa Ekatarina, hermano? —preguntó Marcus, no con poco sarcasmo.

—No, nunca lo he visitado. Agradecería que no utilizarais ese tono conmigo, hermano.

—Entonces solo diré que es un lugar aislado y al que es muy difícil acceder. ¿Qué vamos a hacer con ella? ¿Representa un peligro para nosotros?

—Parece ida. Ahora la llaman madre Obligatia, pero no le vi la cara. No tengo nada que juzgar salvo su voz, que sonaba vieja y frágil, no robusta.

—Las voces pueden engañar. Ya nos engañaron una vez. Es más complicado de lo que parece.

Verdaderamente, pensó Antonia, era más complicado de lo que parecía. La hermana Anne no tenía el control de toda la Tierra, aunque después de un año o más en Verna uno podría pensar que sí. ¿Quién era Lavrentia? ¿Por qué era ella tan importante como para que se hablara en tales términos? Pero ella ya había preguntado bastante. No quería levantar sospechas de que era menos leal a su causa de lo que parecía a primera vista. Gracias a Dios, Zoé no temió hablar con franqueza.

—¿Quién es Lavrentia, y esa madre Obligatia, o como sea que la llaméis? —dijo—. Nunca he oído hablar de ella. ¿Por qué nos ha de interesar?

Incluso Marcus se mantuvo en silencio, observando a la hermana Anne.

—Ella fue la mujer que me dio a luz.

—¡Vuestra madre! —exclamó Zoé, sorprendida ante el descubrimiento, o tal vez solo sorprendida de que una mujer como Anne hubiera tenido realmente madre.

—No. Ella no fue mi madre, salvo porque en su vientre fui concebida y alimentada y de su vientre salí. Nunca la vi. —Anne levantó la esfera armilar. Era tan grande como para que la agarrara sola, pero la ayudaron las ondas que creaban los sirvientes, soplando en el aire debajo de sus manos para ayudarla a subirla. La posó con fuerza, y toda la mesa tembló por el peso. Erekes giró un poco. Mok se movió la distancia de un dedo y el brillante halo del Sol tembló, pero no se movió—. La mujer a la que yo considero mi madre es la que me crio. Su influencia me guio para llegar a ser quien soy.

Antonia pudo entender la mayoría de lo demás, aunque algunas preguntas quedaban sin responder: «¿Esta Lavrentia era la hija del emperador Taillefer o su nuera?». Y si solo se había vinculado por matrimonio, entonces ¿cómo había escondido a su hijo la reina Radegundis?

Anne apenas la miró, luego giró Aturna. El mecanismo era lento y pesado en la esfera exterior y el planeta de la sabiduría se movía muy poco.

—Es cierto que soy hija del hijo del emperador Taillefer, pero Lavrentia y él constituyen la parte menos importante de mi linaje. Me crio una mujer llamada Clothilde, y ella fue quien me instruyó en las artes de los mathematici, del mismo modo que la obispo Tallia la instruyó a ella. Ante todo, es a la obispo Tallia a quien debo mi linaje. En realidad, ella era mi tía, pero, por lo demás, yo la considero la mujer que me creó. Ella es la madre que nos dio a luz a todos nosotros, a los Siete Durmientes, quienes, en los últimos cien años, han trabajado para evitar esta catástrofe.

Entonces, Liath y Sanglant eran hijos nacidos en campamentos enemigos. Si los Siete Durmientes se preparaban para el cataclismo que asolaría la Tierra, seguro que los aoi estaban haciendo sus propios planes... allá donde estuvieran, ocultos en el éter. ¿Qué otra cosa complicaría viajar entre los velos que separaban una esfera de la otra? ¿Por qué si no enviar a una de sus mujeres a la Tierra para que tuviera un hijo mitad humano, mitad aoi?

En otro tiempo, ella había apoyado la reivindicación de Sabella porque creía en ella, pero Sabella estaba bajo la protección de la obispo Constance en Autun en aquel momento. Ella no le guardaba rencor a Sabella por su fallido intento de alcanzar el trono; Dios había decidido dar Su apoyo en otro lugar. Y tal vez Dios había elegido otro modo porque, como los ángeles y los daimones, podía ver tanto el pasado como el futuro. Había visto llegar ese día.

Y ella sabía cómo aprovecharlo.

Liath regresó de forma inesperada. Sanglant acababa de poner a Bendición en los brazos de Jerna. La niña era una comedora silenciosa y eficiente; la reconocería y succionaría, y cuando hubiera acabado, habría acabado. Tenía un peso que así lo demostraba, unas piernas y brazos rechonchos, aunque algunas veces él se preguntaba qué tipo de alimentación estaba recibiendo exactamente y por qué parecía crecer tan rápido.

Era mejor no pensar mucho en ello. Si un hombre te extiende una mano cuando te ahogas, no te paras a pensar en su rango y origen, o si tiene lepra.

—Sanglant.

Lo oyó como si fuera un susurro. Cuando se levantó y dio la vuelta a la cabaña, ella acababa de llegar a la puerta. Lo vio y lo agarró por el codo. Estaba controlando una emoción tan inaguantable que casi lo quema con la piel. Él le puso una mano en la frente, y se retiró, pero ella le cogió el otro brazo y lo miró fijamente y con fiereza.

—¿Hay algún sirviente cerca?

Él escuchó. Silbó.

—No, solo Jerna. Está dando de comer a la niña.

Habló en susurros de todos modos.

—Hay cuatro cabras con crías en el establo. Necesitaremos una. Mientras los hechizos de la hermana Anne dominen el valle, Jerna no podrá salir.

—Nunca antes te había oído referirte a ella como «hermana Anne». ¿Qué pasa, Liath?

Se acercó a él como si lo fuera a abrazar, lo que de por sí ya suponía un peligro, pero le habló al oído tan bajo que ninguna criatura que hubiera estado danzando alrededor la podría haber oído.

—Nos vamos esta noche.

—¿Qué pasa, Liath? —le repitió. Era un día sin viento, lo que era extraño, y aun así, desde aquel punto del valle, él podía ver que los árboles se balanceaban abajo, junto a la torre y la sala. Arriba, en medio de la ladera, había tranquilidad.

Oculto detrás de la cabaña, Bendición empezó a llorar. Liath salió corriendo, pero él la agarró y la adelantó, dio la vuelta a la cabaña para ver el árbol donde Jerna solía acomodarse cuando era la hora de dar de comer. Jerna se había ido. Bendición estaba tirada en el suelo, gritaba y tenía el pañal de lino un poco suelto, como si se hubiera

caído y hubiera rodado. Él la recogió y la abrazó contra su pecho, y ella se calmó casi de inmediato. Entonces, como hacen los bebés, para quienes ni el pasado ni el futuro significan nada, empezó a balbucear y sonreír.

—¡Ay, Señora! —dijo Liath, al acercarse a él. Estiró los brazos y en ellos colocó Sanglant a Bendición, que balbuceaba con dulzura mientras a Liath le corrían lágrimas por las mejillas—. Ella lo mató.

Se levantó viento en los edificios de abajo. Ya sentía su susurro y sus murmullos, aunque no ascendía por la ladera como un viento normal. ¿Estarían todos revolviéndose y gimiendo en un torbellino alrededor de Anne? ¿Qué era todo eso en torno a Anne inevitablemente?

—Ella mató a papá.

—Ah. —Eso agotó su elocuencia. ¿Qué más podría decir? «¿No puedo creer que ella haya hecho algo así?». Sí lo creía. Ese era el problema.

—Papá huía de ella. De ellos, de los magos. ¿Por qué me apartó de ellos? ¿Qué sabía, que lo había obligado a hacer algo tan drástico? Debía saber que lo perseguían. Debí pensar que el riesgo merecía la pena. ¿Por qué no me dijo lo que sabía? ¿Por qué no me lo dijo?

—Siéntate —dijo Sanglant, y ella se sentó. El susto la había convertido en una marioneta—. ¿A quién podemos pedir ayuda?

Ella se rio con amargura.

—A nadie. A ninguno de ellos.

—Pero la hermana Venia parece descontenta. No le pareció bien que la hermana Anne dejara ir a Heribert.

—Es mejor que los demás, en cierto modo. No me trata como si estuviera enferma porque tener hija y marido. Me cae bien la hermana Meriam, pero no creo que nos vaya a ayudar si ello significa ir en contra de la hermana Anne. ¡Ay, Señora! He dejado que me adormecieran. Me enseñaron lo único que querían que supiera, y escuché sus promesas y me quedé sentada pasivamente durante todos estos meses mientras me dejaban las migajas. Justo lo suficiente. Justo lo suficiente para mantenerme contenta, como una vaca que no se preocupa nunca por saltar la valla.

El suave ruido de una avalancha en la distancia estremeció el aire, pero cuando él levantó la mirada hacia las altas colinas y cumbres que los rodeaban, no vio que se levantara un polvo revelador, ni una columna de neblina blanca. Poco después escuchó un golpe seco, como un trueno lejano, pero ese día no había ninguna nube, salvo las columnas que solían rodear las cimas más altas.

—Algo los ha distraído —dijo él, mientras observaba como el viento batía las ramas de los árboles con frenesí allá abajo. Donde se encontraban ellos, a menos de doscientas zancadas sobre la pequeña tormenta, seguía la calma y la ausencia de viento—. En el arcón todavía debe haber una pequeña bolsa de tripa de cabra. Podemos utilizarla para dar de comer a Bendición. Estoy seguro que ya tomará leche de cabra. Hay un pequeño saco de cebada y unas judías colgando de las vigas. Hay

hinojo y menta, ya secos...

—También tenemos castañas.

Él asintió con la cabeza.

—Cuando hayas llenado los fardos y las alforjas, escóndelas en el arcón. No creo que los sirvientes los encuentren allí. Solo una vez he visto que uno de ellos fuera capaz de moverse hacia la madera, y no lo he vuelto a ver desde que se fue Heribert.

—Rezo para que esté bien —murmuró Liath.

—Como Dios quiera. No hay necesidad de tocar mi armadura. Me la pondré esta noche. Ahora bajaré a la cabaña y traeré una de las cabras. Y subiré a Resuelto.

Ella asintió con la cabeza, y comenzó a ponerse en pie.

—Liath, ¿puedes abrir la puerta?

Preparada para levantarse con la niña bien sujeta contra su hombro, lo miró. En ese instante dio la sensación de que a Liath le chispeaba el pelo y él pensó que la hierba bajo sus pies podría arder en llamas, pero ella se controló.

—Si Hugh lo puede hacer —dijo con un tono suave, pero furiosa—, yo también.



Sanglant se preguntaba adónde se habría ido y por qué se había marchado con tanta precipitación. Nunca antes había abandonado así a Bendición. Algo o alguien la habían llamado. A juzgar por el movimiento de los árboles de la parte baja del valle, suponía que había sido Anne.

Resuelto estaba impaciente por ir con él; el caballo gris siempre estaba deseoso de realizar sus paseos diarios. La cabra fue más reticente, pero él cogió a su cría y ella lo siguió con bastante docilidad, aunque tenía tendencia a tratar de embestirle por detrás y no dejaba de apartarse del camino para mordisquear todas las flores y hierbajos.

Había enterrado al perro junto al camino, justo bajo la cabaña, como un recuerdo, para Anne y para los demás, de que él no había olvidado su traición. Después de dos meses, se habían marchitado todas las hierbas y flores salvajes sobre el montículo que marcaba la tumba, dejando espacio solo a tierra y a cosas muertas. De cierta y amarga forma, le gustaba ese aspecto; a veces, al irritarse por los finos vínculos que lo sostenían, el estéril y pequeño tumulto coincidía con su humor.

Aún estaba que echaba humo. En cuanto Jerna descubrió con los cánticos el escondido sendero sobre lo alto del prado, debería haber puesto a Liath sobre Resuelto y haberlos sacado a todos, no solo a Heribert, pero había preferido la cautela. Tal vez había acertado al ser cauto: había sido una trampa, después de todo, pero le irritaba saber que había estado tan cerca de la huida.

Sin embargo, ¿hasta dónde podría haber llegado antes de que la hermana Anne hubiera enviado a sus sirvientes tras ellos? Sabía cómo había muerto el padre de

Liath y, aunque no temía por sí mismo, ni siquiera por Liath, no estaba seguro de poder proteger a Bendición.

Se sumergió tanto en ese tipo de infructuosas reflexiones que ató a Resuelto y a la cabra en los extremos opuestos del poste junto al abrevadero antes de darse cuenta de que Liath estaba hablando con alguien, dentro de la cabaña. Se detuvo al oír a Bendición un poco inquieta, y después hubo silencio. Tal vez solo hablaba consigo misma.

—No —decía Liath con rabia—, sois un alma demasiado bondadosa como para confiar en un hombre como Hugh de Austra.

—¿Entonces él es el hombre peligroso suelto en Darre?

—¿Con el libro de papá y un daimon a sus órdenes? Sí, es él.

—Evidentemente es inteligente.

Liath gruñó. Sanglant hundió una mano en el agua fría del abrevadero y esperó.

—Hugh me dijo una vez que uno solo puede odiar lo que también ama, pero no se puede confiar en él nunca. Nunca jamás. —Sanglant nunca la había oído hablar con esa furia apasionada y casi jubilosa—. Si Hugh hubiera estado aquí cuando estuve enferma, se hubiera sentado al lado de mi cama y me hubiera leído en alto y me hubiera recordado que Sanglant no sabe leer. Hugh se hubiera arrodillado al lado mío mientras yo medía el ángulo de subida o mientras trazaba el curso de la luna a través del zodiaco, y hubiera mencionado con mucha elegancia que Sanglant ha aprendido algunos de los nombres de las constelaciones y de las estrellas, los suficientes para navegar por el firmamento nocturno, pero que eso no le interesa de verdad, que no siente pasión por el conocimiento. No como yo. No como Hugh.

—A ninguno de nosotros se nos concede esa pasión concreta —dijo Venia con voz tranquilizadora, como si temiera la ira de Liath—. Debo confesar que considero que el cómputo es inconmensurablemente tedioso. ¡Todas esas largas tiras de cálculos! Pero puedo comprender que una mujer que sienta pasión por ellos se sentiría más atraída con más facilidad hacia una persona a la que también le gustasen.

—En absoluto eso era lo que yo quería decir. —Entonces soltó un suspiro tan tenso e interminable que Sanglant solo volvió en sí al sentir que la cabra le comía el dobladillo de la túnica. La empujó y se acercó—. Yo ya no llevo el collar de esclava. No tengo que hacerlo. Y nunca volveré a hacerlo. No se puede confiar en Hugh de Austra porque tergiversará todo lo que se le diga y se apropiará de todos los pensamientos de la mente ajena para utilizarlos en su beneficio. Él tiene que vivir con la mano agarrada al cuello de toda criatura que quiera poseer.

La hermana Venia no dijo nada. Tal vez hubiera sido más prudente permanecer fuera, pero, para ser sinceros, él estaba demasiado picado por la poco favorecedora comparación hecha entre Hugh y él. Cruzó el umbral y se encontró a la hermana Venia sujetando a la niña, mientras Liath tenía un pie sobre el arcón y la mirada apartada de ellas dos.

—Ah —dijo Venia—, príncipe Sanglant.

—¿En qué estás pensando con esa alegre mirada en el rostro? —le preguntó Sanglant a su esposa.

Ella no lo miró.

—Libertad —dijo ella y, durante un momento, creyó haber oído la fría arrogancia de Anne en su tono. Ella dejó eso de lado y se volvió para señalarle a su visitante—. La hermana Venia ha venido, como puedes ver. Dice que la reunión se disolvió por las desavenencias entre todas las partes y que los sirvientes están histéricos.

Venia sonrió con compasión.

—Os encontráis en una difícil situación. Yo aproveché la confusión de los sirvientes para hablar con vos, pero no me atrevo a quedarme mucho.

Sanglant suspiró.

—¿Estáis aquí para proponer algo?

—No, príncipe Sanglant. Solo para hacer una observación. —Le hizo una carantoña a la bebé un momento y Bendición sonrió e intentó agarrar el brillante y dorado Círculo de la Unidad que le colgaba del pecho. Venia apartó la joya con brío—. Me parece que los aoi, en su lejano hogar, decidieron crear al príncipe Sanglant por sus propios motivos. Parece que la hermana Anne y su conciliábulo tramaron hacer a Liath, a la princesa Liathano, para sus propósitos. ¿Pero por qué sucumbir a sus planes? ¿Por qué luchar contra ellos sin contar con alguna de vuestras visiones? —Se paró y dejó que la niña le agarrara el dedo índice. Discutían con educación. Bendición se rio.

—Continuad —dijo Sanglant.

Venia se encogió de hombros como si quisiera iluminar sus propias palabras.

—¿Qué veo aquí, en esta cabaña normal, encerrada en un valle de las montañas? Veo a la bisnieta del emperador Taillefer, descendiente legítima, casada con el hijo favorito del rey Henry, el soberano más poderoso de los reinos occidentales, y que con mucha probabilidad también ha nacido en una familia real por parte materna, cuya gente, según tengo entendido, pretende gobernar por derecho propio cuando regrese. Y, sin embargo, ninguno de vosotros tiene experiencia en estos asuntos. La princesa Liath no nació en un pueblo de magos, pero luego parece que ha pasado la mayor parte de su vida como una fugitiva. El príncipe Sanglant fue criado como un guerrero, no como un cortesano. Por eso, no habéis visto como podéis manejar la situación para vuestro beneficio propio.

Liath se mantuvo en silencio, mientras observaba, no a Venia ni a Sanglant, sino las vetas de madera de la tapa del arcón, como si esperara que surgiera con vida en cualquier momento.

—Continuad —dijo Sanglant.

—Si se acerca un gran cataclismo, aquellos que sobrevivan se encontrarán en el caos. Necesitarán fuertes líderes. Por separado, estoy segura que vos sois piezas con mucho poder en este gran juego que tiene lugar sobre nosotros. Sin embargo, juntos podéis ser aún más fuertes. —A continuación rio con modestia, sosteniendo a la niña

—. Creo que está mojada.



Se fue y los dejó en silencio.

—¿Por qué hablaste de Hugh con ella? —preguntó Sanglant.

Lo miró directamente a los ojos como si lo desafiara para que objetara sobre algo de lo que ella había dicho, como si supiera que había estado escuchando.

—Los demás han estado discutiendo sus actividades en Darre. Lo han enviado al palacio de la skopos para ser juzgado por brujería, pero, por lo contrario, parece que ha sometido a la skopos a su voluntad por medio de un daimon y que está utilizando su poder para apoyar a un hombre llamado John Cabeza de Hierro, a quien han coronado rey de Aosta.

—¿Qué se sabe de la reina Adelheid?

—Muerta. Huida. Nadie sabe. O no lo dicen. La hermana Venia se sentía en desventaja durante la discusión porque ella no sabía nada de Hugh.

—Por eso vino a ti.

—Puede haber considerado que yo tendría menos reparos en contarle lo que sabía.

—Puede haber querido tratar de ganarse un favor —señaló él, aunque era demasiado orgulloso para dejar que ella supiera cuando había escuchado. ¿Realmente a ella le molestaba que él no supiera leer?

—¿Qué me importa deberle un favor? —preguntó Liath—. Estaba enfadada y ella me escuchó. ¿Cómo puede importar en este momento lo que yo haya dicho? Mañana ya no estaremos aquí.

—Pero lo que ella dijo... —empezó él y ella se encendió con él con una rabia que él nunca había visto en ella.

—¿Gobernar como emperador y emperatriz con los perros yendo a por nuestros cuellos? Nunca.

—Pero, Liath —comenzó, persuasivamente, al ver la inseguridad y el difícil humor que tenía ella—, lo que la hermana Venia dice es cierto. Tenemos que mirar más allá de nuestra propia escapada, de nuestro propio bien. Muchas más personas aparte de ti, de mí y de Bendición serán arrastradas por esta marea, cuando todo se desborde. Si tenemos cierto poder para protegerlas, ¿no deberíamos intervenir?

Ella solo empezó a reírse.

—Va a ser mejor que la cambies —dijo ella—. Esta mañana Jerna trajo algo de musgo fresco de las laderas. Estás chorreando.

Él también se tuvo que reír. Con la cólera, no se había dado cuenta.

—¡Ay, Dios! —exclamó él, al sentir cómo la humedad le corría por las manos—.

Supongo que será más sabio recordar el viejo dicho: «Cada cosa a su tiempo».

Bendición empezó a inquietarse. Mientras él se dirigía hacia la puerta, Liath se sentó en el borde de la cama y, con la púa sobre la cera, empezó a hacer diagramas.

Al mediodía, se encontraron con los escoltas, una partida formada por soldados y mayordomo que cabalgaban hacia el palacio de Angenheim para avisar a su mayordomo de que aguardaran la llegada del rey, de su cortejo y de su ejército con el nuevo día. Dado que el grupo de Adelheid acababa de refugiarse durante tres días en las múltiples comodidades de Angenheim, Rosvita felizmente se hubiera vuelto para seguir el regreso del grupo del rey hacia palacio, para esperar la llegada de Henry.

—Si esperamos por el rey Henry en Angenheim, nos podemos preparar para el encuentro —le había explicado a la reina y a la princesa—. Y él tendrá noticias de nuestra presencia.

Adelheid rechazó esa posibilidad.

—Seguiremos cabalgando para encontrarnos con el rey. —Después, se volvió hacia Theophanu—. ¿Qué opináis, prima?

Theophanu no miró a Rosvita. En otro tiempo, antes de la huida de santa Ekatarina, la princesa hubiera buscado la opinión de Rosvita, incluso hubiera consentido su punto de vista, pero había dejado de ser así.

—Sigamos cabalgando —dijo Theophanu—. Prefiero ver a mi padre esta noche que deshacer el camino que ya hemos hecho y no verlo hasta mañana.

Rosvita echaba de menos la comunicación que había habido entre ellas. Theophanu se dirigía más al hermano Heribert, que cabalgaba a su lado como un privilegiado consejero. Después de su apasionada acusación a Hugh, resultaba desconcertante ver a Theophanu desarrollar una amistad tan cercana con un hombre al que había acusado de brujería y que estaba relacionado con la obispo Antonia. No obstante, Theophanu y Heribert los dos confiaban, y recordaban, su vínculo con el príncipe Sanglant; en cierto modo, Sanglant los unía. A Rosvita le entristecía pensar que por la opción que había elegido, por la confianza que Theophanu había depositado en ella cuando se enfrentaron a Hugh en el convento, había perdido su confianza. De hecho, en los malos momentos, se preguntaba si la princesa sentiría que ella, en realidad, la había traicionado en cierta medida.

Se preguntaba si se había traicionado a sí misma y a sus principios a causa de su insaciable curiosidad, porque era obvio que Theophanu no odiaba la idea de la magia, sino la idea de cualquier tipo de alianza con Hugh.

—Será bueno volver a cabalgar con la schola —dijo Fortuna tus en voz baja

mientras el séquito comenzaba a avanzar. Adelheid y Theophanu iban al frente, rodeadas de sus nobles acompañantes y clérigos. A continuación seguían, los sirvientes y las carretas, y el capitán Fulk y sus soldados cerraban la marcha. Todas las provisiones y muchos de los caballos habían sido un regalo de *lady* Lavinia en Novomo.

—¿Echas de menos a Amabilia, verdad, hermano?

—Echo de menos incluso al pobre Constantine. —Cruzar las montañas Alfar había servido para que recuperara parte del ánimo, aunque seguía muy delgado y con la cara menos regordeta. No era un hombre con tendencia a la delgadez y con el peso daba la sensación de que también había perdido lo que había parecido una inagotable fuente de jovialidad—. Os confieso que aún no puedo entender todo ese ceceo y esa dificultad de hablar de nuestros compañeros aostanos. Y aunque apenas me he encontrado con una vasija más pulida que el hermano Heribert, no estoy seguro de que confíe en nosotros, o de si debemos confiar en él, sabiendo de qué lo acusaron en otro tiempo.

—Él lo menciona abiertamente —dijo ella, al sentirse obligada a salir en defensa de Heribert, aunque fuera solo porque admiraba su completo y brillante dominio de cinco idiomas—, pero comprendo perfectamente lo que queréis decir, hermano. Pronto regresaremos a estar entre los nuestros. Yo también he echado de menos la schola.

Ella pensó que era cierto, un poco sorprendida. Había echado de menos la genial compañía de otros clérigos, mujeres y hombres, los libros, los documentos, los dedos manchado de tinta y, no en menor medida, la compañía del rey. Había echado de menos al rey.

¿También Henry desconfiaba de ella? ¿Era por eso por lo que la había enviado a Aosta? ¿O la había enviado por su relación con las acusaciones en contra de Hugh y solo porque, en aquel momento, tenía la necesidad de aplacar a la margravina Judith?

Pronto lo averiguaría.

No tardaron en pasar por un sólido puente que cruzaba un afluente del río Malnin. Avanzaron bajo una cubierta de árboles durante un rato, antes de salir a las tierras cultivadas alrededor de la ciudad de Wertburg. Los campos en verano estaban llenos, listos para la cosecha. Serpentearon por una cuesta y, ante ellos, apareció el estandarte del rey, ondulante en el palacio de la obispo de la ciudad que se encontraba al norte de ellos.

Las mejillas de Adelheid se sonrojaron. Theophanu estaba pálida. Fortunatus suspiró profundo como un hombre que, por fin, vuelve a casa.

Con un grito, el capitán Fulk y sus soldados empezaron una canción: «En honor del rey, yo canto».

Sorprendentemente, mientras descendían y atravesaban las puertas de Wertburg, se dio cuenta de que estaba llorando.

En realidad, avanzaban como una expedición bastante desaliñada, con muchas

bajas y sin la deslumbrante magnificencia esperada en una reina. Sin embargo, a medida que atravesaban las sucias calles, los vecinos de la ciudad se reunían en pasarelas de troncos para mirar. Cuando llegaron al palacio de la obispo, tras ellos había un cortejo considerable de gente con ganas de ver que sucedería tras el encuentro.

El rey Henry mantenía una audiencia en la gran sala. La multitud de mendigos agolpados en la puerta se apartó para dejar pasar a Adelheid, que entró en la sala con Theophanu a su derecha y dos sirvientas a la izquierda, portando la única parte del tesoro de la reina que había sobrevivido a la huida. Rosvita y los demás clérigos permanecían pegados a ellas, seguidas por los demás nobles acompañantes. El capitán Fulk y los soldados se quedaron fuera.

Ella lo vio a él, primero, sentado en el trono, escuchando con paciencia a un grupo de peticionarios. Su Águila de confianza permanecía detrás de él y, de vez en cuando, él le hacía una señal y ella se acercaba y le comentaba algo al oído. Parecía perdido en sus pensamientos, algo distraído ante las quejas y súplicas que le presentaban. Tenía líneas en la cara que antes no estaban ahí y parecía cansado, demacrado y extenuado en su ánimo.

Ella aún tenía lágrimas y dejó que salieran. En ese momento, comprendió el sentimiento del exiliado que por fin vuelve a casa. ¿Los cortesanos no lo habían cuidado? ¿Cómo había llegado a tener preocupaciones tan agobiantes?

De repente Hathui vio al grupo y llamó la atención de él, al susurrarle en seguida al oído.

Sorprendido, se puso en pie.

Los peticionarios se retiraron, como el agua que se aparta ante la proa de un barco imponente. Adelheid tenía poco: un elegante vestido que sobrevivió, sorprendentemente, a sus viajes, anillos y collares en consonancia con su posición, el pelo negro suelto en parte sobre los hombros y alrededor de su hermosa cara; pero lo más importante era que tenía juventud, e intensidad, y una embelesada y decidida expresión.

Henry dio un paso hacia delante. En el rostro tenía el tipo de mirada atónita que domina a los hombres muy jóvenes cuando una mujer hermosa les sonrío a por primera vez. Él llevaba siendo rey durante veinte años; sabía controlarse.

—Me han llegado noticias de que habían divisado a vuestro grupo —dijo él—, pero no esperaba verte tan pronto, hija. —Estiró una mano y acercó a Theophanu hacia sí y le permitió que le diera un beso en cada mejilla—. Traed una silla —dijo a sus mayordomos—. Una para mi mano izquierda. —Le indicó a Theophanu que debía sentarse allí, pero era obvio que le costaba apartar la mirada de Adelheid—. Y otra para mi derecha.

—Rey Henry —dijo ella, como saludo—, encantada de conocerlos.

—Reina Adelheid. Sois bienvenida a mi reino. Os ruego que os sentéis a mi lado y que descanséis.

Ella hizo un gesto a sus sirvientes para que abrieran los pequeños arcones que portaban.

—Después de un viaje en circunstancias tan desesperadas, no puedo descansar hasta estar segura de vuestras intenciones. Contemplad lo que he traído. —Su voz se extendió con facilidad por la sala. Abrieron los cierres; giraron las bisagras lubricadas. Una sirvienta se arrodilló y soltó tela de los objetos guardados en el primer arcón: dos coronas de oro bruñidas con rubíes—. Estas son las coronas de la reina y del rey de Aosta —continuó—, que he rescatado de las manos de Cabeza de Hierro. También tengo conmigo todo lo que pude rescatar: la lista de tributos, la insignia real, los sellos, el cetro y la copa real del linaje de Adelina, y la túnica de Daisan el Bendito, que hemos guardado en nuestro tesoro durante cientos de años. Estas cosas os las traigo a vos, porque seguro que, a estas alturas, ya sabréis que me ha desposeído del trono alguien que no lo merece. Necesito vuestra ayuda, Henry.

Hizo una pausa para mirar alrededor de la sala, como para evaluar a su audiencia, como para juzgarlos. El último prendedor que le sujetaba el pelo, ya bastante destrabado, se le soltó y cayó al suelo, justo cuando el pelo se le soltó con sensualidad. Una sirvienta se agachó para recogerla, pero Henry lo hizo primero, la levantó y con una sonrisa inesperada y bastante sorprendente se la entregó a Adelheid como si fuera una joya preciosa y no un simple prendedor de marfil.

Se tocaron las manos.

Solo Rosvita y las sirvientas estaban tan cerca como para escuchar el ronco susurro de Adelheid.

—Sois justo lo que esperaba que fuerais.

¡Ay, Señora! ¿Qué hombre era inmune a una mujer joven, apasionada y hermosa que poseía las coronas del reino que él deseaba desde hacía tanto tiempo? Henry, no.

La peineta cayó desentendida al suelo, cuando él agarró con fuerza su mano.

—Venid —dijo él; incluso era posible que su voz temblara un poco—. Sentaos a mi lado.

Esta vez Adelheid no lo dudó. Se colocó a su lado en una silla solo un poco menos elegantemente tallada que la suya; Theophanu también se sentó, a su izquierda. Desde su asiento, Henry vio a Rosvita y le hizo un gesto para que se acercara.

—¡Hermana Rosvita! ¡Mi más valiosa consejera! —Él le dio un fuerte apretón de manos cuando ella se arrodilló ante él. Como siempre, el enorme poder de su aprobación la dejó estupefacta. ¿Cómo había podido sobrevivir tantos meses sin él? Solo en ese momento, separada de él durante tanto tiempo, se dio cuenta de cuánto lo amaba—. Sabía que si os confiaba esta tarea, lo lograríais. Me habéis traído un gran tesoro.

—Majestad —dijo, por una vez no supo que más añadir.

Sin embargo, se había formado en una dura escuela, conocía la corte y sabía qué trampas y pozos debía evitar. Theophanu estaba sentada con tanta rigidez que bien

parecía la imagen de una reina de un antiguo fresco. Rosvita sabía cuando ser prudente, y cuando ser franca. Aprovechó el tener que arrodillarse para recoger el prendedor para darse unos momentos para encontrar las palabras adecuadas. Resultó que no era un sencillo prendedor de marfil, sino uno apropiado para una reina: con perlas incrustadas y diminutos ópalos, y tallado con la forma de un leopardo. Cuando se puso derecha, con el prendedor en la mano, habló.

—De hecho, majestad, es su hija, la princesa Theophanu, la que debería recibir todas las alabanzas del éxito que ha tenido esta expedición.

—¡No, no digáis eso! —exclamó Adelheid—. Mi prima Theophanu ha sido una gran compañera para mí durante esta crisis, pero la sabiduría de la hermana Rosvita nos permitió escapar. Todos estamos en deuda con ella por su constancia y su firme consejo.

Él se rio.

—Debemos festejar este encuentro con un banquete —dijo e hizo un gesto a los mayordomos para que fueran prestos a prepararlo.

No obstante, Adelheid frunció el ceño, aunque muy ligeramente, y se acercó a él de forma que rozó su hombro con el de él. Ella llevaba un ligero perfume de aceite de rosas extraídas de un jardín aostano macerado al sol.

—¿Por qué no un banquete nupcial? —manifestó ella con descaro.

De repente, los susurros barrieron la sala al tiempo que su pregunta era transmitida a aquellos que, en la parte de atrás, no podían oír. Rosvita no pudo contenerse: era una encerrona tan brillante que se escuchó reír antes de saber que lo iba a hacer. Henry pocas veces parecía sorprendido, pero en ese momento lo estaba. Sin embargo, no parecía contrariado.

—Traigo noticias —dijo Theophanu, que se movía en la silla como si no encontrara una posición cómoda—, de mi hermano Sanglant.

—Ah —dijo Henry con una pequeña sonrisa—, Sanglant. —Colocó una mano sobre la de Adelheid, más pequeña. Su mano descansó sobre ella ligeramente, pero con firmeza, y él pareció superado por una especie de cambio marino, una expresión iluminada, un cambio de perspectiva. Una vez, Rosvita había comprendido las riberas de su ambición, pero Adelheid se había colado dentro, trayendo con ella una marea invisible que había alterado el paisaje—. Nosotros también hemos tenido noticias de Sanglant, y creo que traéis en vuestro séquito a alguien que nos puede explicar más.

Theophanu fue entonces la que pareció sorprendida.

—Así es, padre —dijo con obediencia.

—Bueno —dijo él, observando renuencia en su, de otro modo, plácida expresión—, ahora no es el momento. Sin embargo, no nos olvidaremos del asunto de Sanglant. Tanto Villam como Judith han cabalgado hacia el este para unir a la gente de la frontera en contra de la amenaza quman. Si hay guerra en el este y la guerra se acerca a Aosta, entonces seguro que debemos convencer a Sanglant para que regrese a la corte. —Este comentario apenas causó un revuelo, dada la onda que acababa de

pasar ante la multitud. Henry se volvió para mirar a Rosvita con su mirada más persuasiva—. Pero no puedo tomar ninguna decisión sin consultar a mi mejor consejera. ¿Qué opináis, hermana? ¿Cómo he de responder a la propuesta de Adelheid?

Dio la casualidad que fue Hathui, de pie tras la silla del rey, la que levantó la barbilla para mostrar apoyo o para sugerir una respuesta. La sala permanecía en silencio en lo posible, al tener trescientas o cuatrocientas personas apretujadas dentro, sudorosas y esforzándose para acercarse y escuchar lo que iba a suceder.

En ese silencio de toses y pies nerviosos, de una pregunta lanzada en la distancia procedente de fuera y del aullido de unos pobres perros aplastados por la multitud, Rosvita recordó las palabras de Theophanu en el convento de santa Ekatarina, las que dijo cuando creyó que Rosvita aún dormía. ¿De qué vale mi nacimiento de alta cuna si nuestro padre y señor se casa de nuevo y engendra a nuevos hijos a los que quiere más y sitúa por encima? ¿Por qué he de servirlos, si yo llegué antes? ¿No fue por eso por lo que se rebelaron los ángeles?

Rosvita sentía mucho afecto por Theophanu, de verdad. Sentía simpatía por su difícil posición, ocupada con calma y dignidad durante tantos años. Incluso admiraba la fría lealtad de Theophanu hacia su hermano mayor, Sanglant, y el constante y resignado servicio que le había prestado a su padre.

Sin embargo, Rosvita era la primera y más leal sirviente del rey, después de servir a Dios, por supuesto. Henry siempre sería el primero en su corazón y, como su consejera de confianza, también tenía que tener en cuenta que beneficiaría al reino, y no solo al hombre. Se acercó para ofrecerle el prendedor de marfil.

—Aún sois joven, majestad. —No necesitaba decir nada más. Igual que ella, no tenía más que cuarenta y tres años.

Él sonrió con brío, y de hecho, en aquel momento pareció cinco años más joven, como si Adelheid hubiera traído con ella un hechizo de juventud que lanzaba sobre él. Henry se llevó el prendedor a los labios y lo besó suavemente, se volvió hacia la mano de Adelheid y lo colocó sobre ella, le cerró los dedos y lo selló con su propia mano, que cubría la de ella. Ella se sentó hacia atrás con una sonrisa abierta, satisfecha y vehemente.

—Enviad delante a Angenheim —dijo Henry a sus auxiliares y todas las almas presentes en la sala—. ¡Decidles que se preparen para un banquete real para el matrimonio de una reina y de un rey!

Zacharias se despertó al amanecer. Le dolía todo por haber dormido toda la noche. Kansí-a-lari estaba sentada con las piernas cruzadas en el hoyo poco profundo, con los brazos en alto para saludar al sol. Cantaba en su lengua y cuando acabó, se dobló para lavarse la cara en la charca de agua tranquila que se había formado durante la noche en el pequeño hoyo. Con gotas de agua cayendo por la barbilla, se movió para mirarlo.

—Ahora, bajamos —dijo ella.

—¿Vamos a volver a cruzar el plano del mar? —preguntó, con un estremecimiento. Esta vez podían no tener tanta suerte. Esta vez la marea podía subir mientras ellos caminaban, vulnerables sobre las arenas, y llevárselos.

Sonrió enigmáticamente y señaló el agua, como si le sugiriera que también se lavara la cara para prepararse para la terrible experiencia que les esperaba.

—El cosmos es como madera muy carcomida por los insectos. Está lleno de agujeros y pasajes a través de los cuales puede viajar la gente. Algunos agujeros son naturales. Algunos fueron creados con magia hace mucho tiempo. Por eso podemos llegar a churendo, el palacio de espirales. En él se encuentran los tres mundos. En él podemos descender por el camino en espiral y la puerta se abrirá al lugar en el que él permanece escondido.

—Vuestro hijo —murmuró Zacharias. Ella no parecía tan mayor como para tener un hijo adulto, pero tampoco parecía joven. Ella no dijo nada, solo esperó, y al final él avanzó hacia delante con mucho cuidado y metió los dedos en la charca de agua. Estaba fría y, cuando se mojó la cara, le picó, como si fuera algo salobre, pero parecía bastante inocua.

Tenía que ahorrar agua para el caballo, al que le ofreció el preciado líquido en sus manos. Mientras Kansí-a-lari preparaba su fardo y su bolsa, se estiraba la falda de piel y levantaba la lanza. Era una mañana fría, sin ningún rastro del invierno.

La niebla los rodeaba por todos lados; no podía ver la lejana orilla, ni tampoco veía el mar en la base de la isla, aunque lo oía como un suspiro y un murmullo constante.

—¿De verdad estamos en primavera? —preguntó él—. ¿Hemos podido viajar tanto en una sola noche?

Ella lo examinó en silencio. Luego desató uno de los lazos anudados justo debajo

de la punta de obsidiana de la lanza y lo arrastró como si fuera una serpiente por la superficie de la charca salobre.

—Nosotros somos... ¿Cómo lo llamáis? Para mover el barco, ¿qué utilizáis para tirar de las olas?

—Remos.

—Nosotros somos los remos. Agitamos las olas de la charca profunda, así. —Movi6 el lazo por la superficie en un círculo que cruzaba su punto de partida, se convertía en otro círculo y regresaba al principio—. Tenemos que viajar mucho sobre las espirales del aire y de la tierra. —El lazo goteó cuando lo levantó del agua—. En el palacio de las espirales, se pueden dejar atrás todas las dudas que alberga el corazón. —Dejó que el lazo volviera a caer a la charca y allí se quedó, siguiendo lentamente la invisible corriente. Se dio un toque en el esternón—. Tira en la charca aquello de lo que dudes. Ahí se quedará cuando descendas.

Él tenía muchas dudas, pero ninguna era algo que él pudiera agarrar con la mano. Sin embargo, ¿no le había dicho siempre su abuela que una flor salvaje era sacrificio suficiente para los viejos dioses cuando se entregaba de corazón y con sinceridad? Había visto cosas extrañas. Tal vez era hora ya de abandonar las dudas.

Agarró la correa de cuero del interior de su túnica y sacó el Círculo de la Unidad de madera que su padre había tallado para él mucho tiempo atrás. Lo sacó y lo ofreció.

—He visto muchas cosas que nunca pensé que existieran. Recorreré el sendero de la verdad, no seguiré las tradiciones ciegas. Tendré los ojos abiertos.

Dejó caer el Círculo en la charca. Desapareció ruidosamente y, mientras las aguas lo cercaban, hundió con él el lazo y ambos desaparecieron. La charca se quedó lisa y quieta, pero él no veía nada bajo la superficie.

—Ven —dijo ella.

Él cogió las riendas del caballo y caminó tras ella a través del arco con ménsula. Las leonas de piedra parecían rizarse para olfatearlo y sus enormes sombras parecían pesarle en la espalda como si lo empujaran con las garras plegadas, pero seguro que solo eran imaginaciones suyas. El camino se torcía bruscamente a la derecha y empezaron a descender en el sentido de las agujas del reloj.

Después de tres escalones, se sintió mareado; dudó. Habían ascendido en el sentido de las agujas del reloj. El camino se desviaba a la derecha para entrar en la plaza, ¿o no? ¿Cómo podían descender de la misma forma? Era como si el sendero los condujera hacia delante, no hacia atrás, como si se dirigieran hacia un lugar que todavía no existía, en vez de regresar al lugar del que habían partido.

Empezó a temblar. Sentía como si mil arañas se arrastraran por su piel; estaba tan tenso que apenas podía poner un pie delante del otro. Solo lo arrastraba el constante, lento y pesado caminar del caballo, solo la tensa línea de la espalda de Kansí-a-lari que se movía ante él lo mantenía en su estela. Era difícil concentrarse, pero por delante había una luz con un resplandor azul y blanco y tan cegadora que lo hacía

alzarse para alcanzarla, incluso cuando su mano lo traicionaba, incluso cuando ella soltaba un agudo susurro con una maldición, o una oración.

—Abuela —gritó él, tambaleándose hacia la luz.

La mujer aoi gritó. Lo retiró hacia atrás justo cuando la puerta llameó y se desplegaron unas brillantes alas de luz, que tenían un brillo tan implacable que le ardía la cara como si el fuego lo chamuscara. Un brazo fulgurante lo sujetó como para arrastrarlo por la cegadora puerta o para salir. Gritó y se lanzó a un lado; Kansia-lari lo cogió y lo colocó en un lugar seguro.

Chilló y, a continuación, corrió, jadeó y, al final, cayó. Se arrodilló allí con arena en las rodillas, mientras el caballo le rozaba la espalda. Olió ropa chamuscada y sintió el escozor de una quemadura en la espalda y en las mejillas.

—Vamos —dijo ella. Él escuchó miedo en su voz, aunque nunca antes había parecido que se hubiera asustado—. Los velos se están estrechando. Debemos continuar.

No resultaba fácil mantenerse en su estela. Sin embargo, aunque la puerta de fuego estaba oculta tras la curva del muro, él tenía miedo de quedarse atrás. ¿Y si lo habían seguido? ¿Y si lo volvían a tocar y lo convertían en ceniza? Ella caminaba a un ritmo que nunca decaía, que nunca vacilaba; ella lo había tirado todo a la charca y realmente lo había dejado atrás. ¿Y él?

—Cazadora pálida —musitó él, mientras se sujetaba con una mano a las riendas del caballo, que caminaba lentamente a su lado, agitando una oreja con impaciencia —, dadme fuerza. En nombre de mi abuela, prestadme algo de vuestra energía ahora. —¿Era eso el viento o la respiración de la Luna? ¿Era de día o de noche? Un viento fresco sopló por su cuello y sus dolores disminuyeron. El camino seguía descendiendo.

Ella había llegado a alejarse tanto por delante de él que casi estaba abandonando la puerta de malaquita cuando él la vio por primera vez en la curva abierta del camino. ¿Ella se había parado allí? ¿Había vuelto a hablar con la voz que la había llamado «prima»? Él ya era más audaz. ¿No había también él expulsado sus dudas? Los antiguos dioses lo protegerían, o no, y ella nunca le había advertido de esa puerta cuyas franjas de distintos verdes le hicieron pensar en prados convertidos en campos primaverales sembrados por su gente, en la tierra donde nació.

Se paró para recobrar el aliento ante la puerta de malaquita y apoyó una mano en la roca, fría y reluciente.



Hay un lazo plateado y dorado que atraviesa el firmamento, que se retuerce y gira a través de las esferas hasta que no puede distinguir un lado del otro, o si realmente

tiene dos lados, o una sola superficie infinita y brillante, que no deja de morir, que no deja de vivir. El cosmos ondea a su alrededor con grandes nubes infladas de polvo negro, con multitud de resplandecientes estrellas azules y blancas que brillan tanto que solo pueden ser el lugar de nacimiento de los ángeles, con vastas extensiones de un vacío tan intenso que siente que, a sus pies, se abre un abismo, una enorme rueda espiral de estrellas que giran en un asombroso silencio que puede ser el futuro, o el pasado, o la oración de los dioses. Aunque los planetas, la Luna y el Sol aún siguen su curso interminable, él escucha la suave melodía del repicar del firmamento dando vueltas y se estira para tocarlo, porque es muy hermoso. Pero su mano no puede atravesar la puerta. La roca verde se atenúa y se apaga. Él distingue en el sendero de plata y oro alrededor del firmamento la forma de una isla cuyo tamaño él no puede comprender; puede ser tan pequeña como su mano o tan grande como la Tierra, ya que el universo no tiene límites de los que él sea consciente, ni tampoco puede medir o abarcar su circunferencia.

Ve la isla lejos, pero de repente la ve cerca, como si, por un momento, él fuera un ángel, liberado para volar por el agitado cielo. Es una tierra seca, en la que el verde desaparece ante el marrón, que desaparece ante el polvo. No llueve. Los animales mueren. El maíz ya no brota.

No hay niños.



El caballo lo empujó con fuerza y él perdió el equilibrio, tropezó hacia un lado y separó la mano de la roca. La visión había desaparecido. Estaba solo en el polvoriento camino con muros de mármol que se alzan a ambos lados. Nunca se había sentido tan solo y, sin embargo, con la soledad llegaba la libertad. Había dejado atrás su pasado libremente, lo había lanzado en la profunda marea de una charca de mortalidad en la que todo desaparece en el tiempo. Si así lo decidiera, podía permanecer allí para siempre, y él mismo se convertiría en polvo sobre el que otro día caminaría otro par de pies. Pero el palacio de las espirales tocaba los tres mundos: el inferior, el superior y el intermedio, y él también los tocó a ellos. Se había liberado de las dudas. Podía avanzar sin miedo.

—Vamos, amigo —le dijo al caballo, tirando de las riendas. Lo siguió mientras él salía, se puso a seguir a Kansí-a-lari, aunque hacía mucho tiempo que la había perdido de vista.

Cuando llegó a la quinta puerta, con su luminiscente y peligroso brillo de violeta muy pálido, no titubeó; siguió caminando sin intentar mirar a través de él. Ella ya se lo había advertido: lo atacaron cuando la ignoró y él no era tan tonto como para ignorar su consejo por segunda vez.

Aunque avanzaba a un paso firme y ya no le dolía la espalda, no la vio al llegar a la cuarta puerta. La brillante superficie ámbar lo llamó como si tuviera voz propia. Él no lo pudo resistir, no pudo evitar acariciar la bruñida superficie, casi aceitosa al tacto de la palma de la mano. Vio.

Un muchacho en la cúspide de la hombría yace dormido en una cueva llena de tesoros, atendido por seis compañeros dormidos, pero hay algo que crece y cambia en la oscuridad de la cueva, como una bestia maligna que se despierta.

Se apuró, porque no deseaba ver más. El caballo lo arrastraba, deseoso de avanzar... o había olido a agua fresca. Las paredes se curvaban ante ellos, y en una infinidad de tiempo que no duró más de un instante, la vio en el sendero ante ellos en el lugar de la puerta azul celeste, situada en los altos y pálidos muros.

Ella había parado, vacilado, y levantado una mano, pero, cautelosamente, no mantenía una distancia de más de un dedo más allá de la roca azul hielo. Él llegó junto a ella, que no dijo nada, ni siquiera pareció haberse dado cuenta de que él estaba allí. Tras la puerta, el mar bullía y azotaba bajo un cielo nublado, rasgado por la tormenta. La espuma rociaba los muros de rocas y él no podía ver la orilla por el rocío blanco y las nubes bajas y el mar agitado.

—¿Quién está ahí? —preguntó ella y colocó la palma sobre la roca azul pálido; él situó la suya sobre la puerta, al lado de la de ella.

Los estandartes ondean en el exterior de una elegante sala de madera. Filas de jóvenes hombres esperan sin sosiego, hablan entre ellos, sujetan sus lanzas mientras los mozos de cuadras caminan entre los caballos para ajustar las cinchas de las sillas y para examinarlos cascos por última vez. Aún cargan unas pocas carretas con el tesoro real: mantos y ricas vestiduras; finas barras de oro y plata envueltas en lino; pequeños arcones de hierro llenos de monedas acuñadas; platos de oro y plata y utensilios propios de un rey; tiendas tejidas con una tela gruesa y señorial de un color más púrpura que las violetas. Un arcón lleno de ropajes reales y coronas. Mientras sale el sol, se pone la luna. La hierba crece a lo alto más allá de la sala y los árboles están cargados de hojas.

Las puertas de la sala se abren de un golpe y el rey sale con paso firme y acompaña a una hermosa joven con la mitad de sus años y con el porte de una reina. Él sonrío encantado por algo que ella dice. Los cortesanos se arremolinan a su alrededor como las corrientes de la marea, unos más cerca y otros más lejos. Un sirviente levanta un manto hecho de un tejido gris y lo abre sobre los hombros de ella, pero le llama la atención la insignia de un

Águila que ella lleva sobre el hombro. Es su hermana, y mientras la capa se arremolina y coloca sobre su pecho, a él lo hace volverse ese movimiento...

... hacia el gris oleaje y los golpes de las olas contra el casco de un fino y largo barco. Nada en el agua salada y entre las cabezas que se inclinan a su alrededor, con unos rostros tan inhumanos que se estremece y las aparta. Tienen anguilas en vez de pelo, y no tienen narices de verdad, sino unas rendijas para respirar; y sus dientes relucen, amenazantes. Cuando se da la vuelta y se sumerge, y la cola golpea la superficie, se da cuenta de que él es uno de ellos, que corre junto a los barcos hacia un destino incognoscible. El cielo está oscuro, sin ninguna estrella que marque su camino. Una luz brilla en la proa del barco más destacado, una señal respondida en una lejana e imperceptible costa...

... que él observa mientras un jinete, escoltado por tres hombres que sostienen antorchas, baja del caballo en el exterior de un gran pabellón de tela blanca. Las antorchas chisporrotean y crepitan bajo la llovizna. La lluvia moja el suelo y la hierba chapotea bajo los pies de un mensajero, cuando se quita el sombrero, que le queda ancho y está curvado por la parte superior, antes de protegerse de la lluvia y refugiarse bajo un toldo a rayas que sirve de protegida entrada al pabellón. Un alto trípode de bronce se levanta bajo el toldo. Un cuenco de grueso cristal se asienta en la base del trípode y una vela arde dentro del cuenco con una luz débil y nubosa. Después de un momento, un hombre corpulento sale tambaleándose del pabellón, mientras se ata las cintas de un pantalón ancho.

El mensajero se arrodilla.

—Señor, príncipe. Una gran hueste comandada por el príncipe Bulkezu ha atacado la guarnición de Matthiaburg y ha logrado la victoria. Hubo muchas muertes. Lord Rodulf de Varingia y sus compañeros cayeron o fueron hechos prisioneros. Los exploradores rederii han informado de que al menos diez de sus cadáveres decapitados fueron vistos clavados en picas en el exterior del campamento quman.

—¿Cómo saben que esos son los cadáveres del Rodulf y de sus compañeros? —pregunta el príncipe. Hace un gesto hacia uno de sus sirvientes, que le trae una copa de vino.

—Por los brazos y la armadura, señor.

Sorbe el vino, pensativamente. Tiene unos hombros bien musculados y un poco de panza. La cortina que da paso al interior del pabellón se mueve y una mujer pequeña, de pelo negro, mira hacia fuera. No viste más que un manto magníficamente bordado que enrolla alrededor de su cuerpo.

—¿Qué noticias hay? —pregunta.

—Los quman están en movimiento. —De repente escupe y una mancha púrpura aparece en la alfombra—. Otra vez debemos replegarnos. Contra

ellos nosotros no podemos entablar combate con las tropas que tenemos ahora. ¡Necesitamos los refuerzos de tu padre!

—¿No hay noticias de la margravina Judith? —pregunta ella—. Los quman pronto llegaran a su territorio.

—No hay noticias —dice él en voz baja—. Pero hacia el norte debemos cabalgar a lo largo de río Oder. Allí con suerte nos encontraremos con sus fuerzas. Entonces podemos atacar.

La mujer se aparta hacia la suave luz del farol. El manto que sujeta con tanta firmeza reluce; el hilo dorado traza antílopes y leones que dan saltos y que no son más grandes que su mano. Ella también tiene hombros bien musculados, llamativamente blancos, y el príncipe apoya una mano con una caricia sobre uno de ellos. El viento suspira por la cara de tela del pabellón. Campanas cosidas en el borde del toldo con un centenar de luces y voces en constante cambio.

Las campanas repicaron y Zacharias dio un paso atrás, tambaleando un poco para recuperar el equilibrio.

—La marea se acerca —dice ella. Agitó la lanza por segunda vez, y produjo un conjuro de campanas que resonó a lo largo del estrecho camino. Dio la sensación de que los altos muros de piedra cantaron como respuesta a su canción, pero, a medida que el sonido disminuía, ella comenzó a caminar de nuevo, hacia abajo, por donde la espiral se hacía más empinada y los pequeños escalones se hacían evidentes en el camino.

Él se agitó para liberarse de la inactividad y la siguió, pero ya parecía muy alejada de él, a miles de leguas a través de una sustancia turbia como el cuenco de cristal que hubiera contenido una única vela ardiendo. La neblina tapaba el cielo y él supo la posición de sol solo por el brillo blanquecino de la neblina sobre él.

La siguiente puerta brillaba con el resplandor del hierro mate, no muy diferente a la densa neblina sobre lo alto de los muros de piedra. Tras la puerta se encontraba una cubierta de niebla tan densa que podría haber sido un rebaño de ovejas reunidas, que tapaban la tierra y el mar debajo de ellas. Curiosamente, pudo ver unas pocas estrellas en lo alto y un cuarto de luna que se apartaban y acercaban a nubes tenues.

De repente, se sintió muy cansado y sediento. Se apoyó en el muro, se agarró, sin querer ver más visiones, pero, de todos modos, sus dedos se deslizaron por el resbaladizo muro y él tocó la puerta de hierro y miró tras ella.

Una mujer se sienta en una silla tallada con quivres. Ella lleva en el cuello la torques dorada de las familias reales y una diadema en la frente. El pelo se acerca al gris y su rostro está marcado con antiguos enojos y frustraciones. Una joven mujer de aspecto infantil con el pelo del color del trigo se arrodilla temblorosa ante ella. Solo viste una camisilla interior, de un

lino tan tino que él le puede ver debajo la forma de su cuerpo. Es muy delgada.

—Los progresos han continuado en el ducado de Constance —dice la mujer sentada con un tono tan duro como la puerta brillante—. Podías haber cabalgado con ella, pero decidiste quedarte aquí.

—Ella me prometió... —gimotea la mujer de rodillas.

—Yo no te prometí nada. Tengo aliados y ellos tienen un precio. Despreciaste a un marido, Tallia. Ahora harás lo que yo te pida. Que se acabe ya. —Se levanta de la silla—. Gerhard —llama a uno de sus guardias—. Ahora voy a pasear al jardín. Dejad que entre nuestro invitado.

Los guardias de la puerta se hacen a un lado para que pase un hombre, que entra en la habitación con el tipo de fuerza natural de una nube negra de tormenta. No es muy alto, pero sus anchos hombros y su fanfarronería sugieren a un hombre, algo patizambo, que ha peleado en muchas batallas y que ha cabalgado mucho para llegar hasta allí.

—Duque Conrad —dice la mujer de pelo gris, saludándolo con la cabeza—. He cumplido los términos de nuestro acuerdo. —Hace un gesto hacia la joven que llora, que ha juntado las manos en posición de oración—. La han limpiado un poco, aunque no puedo entender como un hombre la puede encontrar apetecible. —Sin esperar por una respuesta, tal vez al considerar la transacción desagradable, se va de la cámara.

La joven avanza de rodillas hasta que coloca las manos sobre el ornamentado altar apoyado en una pared.

—Os lo ruego, primo. —Su delgado cuerpo se agita mientras gime—. He jurado entregarme al servicio de Dios como una vasija pura, como novia de Daisan el Bendito, el Redentor, que está sentado en el trono del Cielo aliado de su Madre, ella que es Dios, Misericordia y Justicia, Ella que alentó la Palabra Sagrada. Os lo ruego, no me contaminéis aquí, en la Tierra, por una ganancia solo terrenal.

Mientras habla, él camina a su alrededor despacio, siguiendo un círculo, como haría un hombre sediento que ve una charca de limo particularmente nocivo y tiene que decidir si beber de ella o no.

—¿Has acabado ya? —pregunta él cuando ella se queda en silencio y lo mira fijamente con los ojos muy abiertos, más hundidos que brillantes.

Se tira bocabajo sobre el suelo.

—Estoy a vuestra merced —grita ella, con la cara sobre las alfombras—. ¿Pretendéis mancillar lo que ha sido creado por la sagrada mano de Dios?

—¡Ay, Dios! —dice él, molesto. Está extrañamente ensombrecido; es un truco de la luz, tal vez, o, de lo contrario, su tez es mucho más oscura que la de la mayoría del pueblo wendiano. De pie sobre su postrada posición, la contempla con el ceño fruncido, mojigato, lo que no coincide con la cubierta

de energía con la que se contiene—. Ojalá mi querida Eadgifu no hubiera muerto —dice él mientras la muchacha gimotea a sus pies—. Ella era una mujer de verdad. ¡Qué daría yo por retozar con ella en la cama una vez más!

—La lujuria es la sierva del Enemigo —dice ella entre sollozos.

—Os lo ruego —tercia él—, os suplico que no os engañéis pensando que provocáis en mí un poco de lujuria, lady Tallia. Lo que deseo es vuestro linaje, no vuestra persona. Descendiente por partida doble del trono de Wendar y del trono de Varre ¡y con tan poco que dar a cambio! Preferiría que me devolvieran a mi Eadgifu, pero Dios ha manifestado Su voluntad y ahora nosotros nos casaremos.

—¿Daisan el Bendito no nos encareció que nos libráramos de la mácula de oscuridad que nos contamina aquí, en la Tierra?

—Eso hizo. —Se ríe, pero no se divierte mucho—. Creo que predicó que el camino hacia la purificación se encuentra entre la concepción y el nacimiento.

—No —grita ella, mientras él se arrodilla a su lado y coloca una mano en su costado y le da la vuelta. Ella se aparta de su alcance—. Esa es la mentira. Estáis equivocado porque creéis el error. —Ella, resollando, acaba sobre la pesada silla en la que se había sentado antes la anciana mujer. Abre las manos como para revelar una señal, pero solo son sus palmas, marcadas por pus y heridas supurantes—. ¿No conocéis el sacrificio y la redención de Daisan el Bendito? Yo no merezco más que otra vasija y, sin embargo, Dios me ha elegido...

—No, vuestra madre y yo os hemos elegido. Buen Dios. Haced que vuestros sirvientes os limpien las manos bien después de que ya hayamos terminado. Venid ya. Acabemos con esto. —La agarra por una axila y la arrastra hasta la cama con dosel—. ¡Ay, Señora! Oléis a leche agria. ¿No os laváis nunca? —La sienta en la cama, con cuidado, pero ella cae hacia atrás, sin peso, y se tira sin fuerzas sobre el colchón de plumas mientras él comienza a desvestirse, rápido, sin palabras amorosas o miradas apasionadas—. Tengo que conseguir que te quedes embarazada, así que te dejaré embarazada.

Cuando él termina, ella empieza a sollozar con violencia. Sale corriendo de la cama, e intenta encontrar un lugar donde esconderse, pero es obvio que no hay ninguno. Corre hacia la puerta y la golpea, pero sus huesudos puños apenas provocan ruido alguno, y la pesada puerta está muy cerrada. Nadie responde.

Zacharias retrocedió. No podía soportarlo más. Era demasiado horrible.

—Esa no es la ceremonia de apareamiento que yo recuerdo —dijo Kansi-a-lari, con un frío desdén. Cuando él secó la mano con su túnica reflexivamente, se dio

cuenta de que ella aún observaba la escena que se desarrollaba por la puerta, con los ojos entrecerrados y luego abiertos de par en par; abrió la boca para dejar salir un suspiro mientras se separaba rápido. Se rio—. No, no es así como lo recuerdo. Tal vez los años han cambiado a la humanidad. Se tratan con mucha violencia. —Se estremeció, como si le hubiera subido una araña por la espalda o los dedos del Enemigo le hubieran tocado la base del cuello—. Continuemos. Ahora, estoy preocupada, ahora sé que no dejé atrás todas mis dudas. ¿Por qué han escondido a mi hijo?

Era difícil seguir cuando volvían a separarse. Él sentía como si estuviera caminando por un inmenso tanque de barro. Pronto necesitó inspirar dos veces para dar un paso, y luego, tres veces, y después cuatro. Solo el caballo parecía no afectado, incluso un poco impaciente.

Él consiguió un avance rítmico: un paso, respiración y respiración y respiración y respiración, un paso, respiración y respiración y respiración y respiración; y no pararía mientras el camino se curvaba y mostraba la segunda puerta, muy desgastada, con una rosa de color rosa claro grabada con letras apenas visibles y sigiles incomprensibles. Ella se detuvo. Los ojos le llamearon cuando colocó una mano sobre la roca de la puerta. Vio, primero, el tranquilo mar debajo y, por un milagro, la lejana costa limpia y clara bajo el cielo nocturno. Las estrellas centelleaban. Él no vio la luna.

Entonces, como apenas podía permanecer de pie, él también se apoyó en la puerta. La pálida roca le calentaba la piel.

Huele a hinojo quemado y, mientras acostumbra a los ojos a la noche, ve dos figuras de pie en la oscuridad de la ladera de una colina coronada con rocas. Uno sujeta el alto una rama muy envuelta de hierbas que arde. Sus hombros están extrañamente encorvados, y sujeta una espada en una mano. Tras él, espera con paciencia, en silencio un fuerte caballo de batalla, con las riendas sueltas sobre la cabeza para rastrear el suelo. Un escudo está fijado a la silla. Una cuerda de plomo amarrada a la silla se desliza y tensa; un momento después, ve a una cabra que empuja nerviosa al resuelto caballo, que permanece firme.

La segunda figura, armada con una pequeña espada y un arco, se arrodilla y con la saeta de una flecha, comienza a trazar un diagrama en la tierra. La saeta no tiene ni punta, ni emplumado, pero una pluma de oro que brilla con una débil luz está envuelta a un extremo. La figura se pone en pie, apuntando con la saeta hacia el horizonte oriental que, bastante extrañamente, se encuentra sobre ella. Por la curva de su cuerpo bajo su túnica, ve que es una mujer, bastante alta, pero no tanto como su compañero, que, por el ancho de sus deformes hombros, debe ser un hombre. Hay demasiada oscuridad para verlos rasgos y las expresiones.

Los árboles empiezan a balancearse. Las hojas se agitan por el viento en aumento.

En el lugar en el que un desfiladero corta el bulto de una montaña, aparece una estrella amarillenta y brillante. La mujer canta y con la saeta y la pluma de oro rizada atada en el extremo, parece alargar la luz hasta que se enreda con el círculo de rocas y teje entre las rocas en pie un dibujo de luz débil, no muy diferente a los sigiles inscritos en la puerta de roca ante él. Utiliza la saeta como la lanzadera de un tejedor mientras ajusta la mira sobre la brillante luz del lucero de la tarde, que ahora se hunde por el horizonte de las altas colinas, casi opuesta a la amarilla estrella que se levanta. Esta luz también la conduce hacia la roca y, en el lugar en el que se encuentran las dos luces, una malévolamente amarilla y la otra tan brillante como la mirada de un ángel. Se forma un fino arco de luz entre dos rocas en pie.

—Rápido —dice ella a su compañero, que con la mano libre agarra las riendas del caballo. La capa se aparta y revela por debajo una buena y fuerte cota de malla. Un bebé empieza a llorar. Sus hombros tiemblan y se mueve, y un pequeño brazo aparta la esquina de la capa sobre ella: él lleva a una niña sujetada a su espalda en el lugar de la larga espada. La cabra bala y tira hacia la sogas de plomo como si fuera empujada por el invisible reflujos de una marea.

Pero es que hay una marea, que aparta la mirada de él de la escena en las rocas hacia la oscuridad, en el fondo del valle allá abajo en el que una torre de roca se levanta para observar una magnífica sala de madera. Un arroyo borbotea alegremente y todo está tranquilo: demasiado tranquilo. En la torre de piedra, tres figuras se sientan inmersas en la meditación y unos extraños diagramas marcan la mesa ante ellas, y una luz plateada brilla desde la veta de madera a lo largo del contorno de esos diagramas: una rosa estilizada, una espada, una corona, un bastón y otros que él no tiene tiempo de descifrar, porque la marea ha arrastrado su cuerpo hacia fuera, hacia las cuerdas del ganado más allá de la torre, donde las sombras han suavizado incluso la luz de las estrellas. Desde esas sombras, puede oír los susurros del descontento.

—Estoy en contra. Es precipitado matarlo ahora, cuando nos podría servir en otros aspectos, si tenemos paciencia.

—No, hermana. Solo sois reticente porque no comprendéis el todo. Somos los únicos que protegemos a la humanidad de los Perdidos. O estáis con nosotros, o estáis contra nosotros, y si estáis en nuestra contra, hermana Venia, entonces tengo instrucciones de la hermana Anne de mataros.

—Muy bien.

Escucha el nervioso balido de una cabra justo cuando ve, como si fuera su eco, el destello de un cuchillo. La noche medio esconde el horripilante sacrificio: una mujer con el ceño fruncido raja a la sacudida cabra, que es

sujetada por un hombre con las túnicas de un clérigo. Clavó una mano en sus costillas mientras la sangre le salpica el brazo. Busca a tientas, tira y le saca el corazón, que todavía late. En cierta medida, terriblemente, la cabra aún está viva.

—Enciende el farol —dice, y se acaba. El resplandor del farol presta una irrealidad evasiva a la escena, mientras la cabra bala débilmente y el corazón late en forma de líquido en su mano. Empieza a cantar.

Un olor lo rodea todo, como el aliento de la forja, que se filtra de alguna forma, incluso a través de la puerta de hierro que lo aparta de la visión. Se le levanta el pelo de la nuca, y siente un cosquilleo en las manos, mientras lo arrastra una oleada de sombras con la fuerza de una corriente de mareas que fluye colina arriba y abajo, de vuelta hacia el hombre y la mujer y al creciente arco de luz que ahora aparece en el interior del círculo de rocas.

Súbitamente, la luz llamea de roca en roca, como una cascada de resplandor, como una red dibujada, como uno de los diagramas que vislumbró en la sala de la roca más abajo. La mujer se tapa los ojos con una mano, pero es demasiado tarde. Los han descubierto. Unas figuras surgen de la oscuridad, pero él no puede decir si son sombras y si son reales, si son dudas o si son sólidas formas humanas. Uno de ellos atraviesa por la puerta tejida de luz, con un bastón negro pulido, y los hilos se desenredan y raen hasta quedar en nada, mientras el hombre da un prudente paso atrás, su hombro golpea al firme caballo, y levanta la espada.

—Rápido —dice Kansí-a-lari. Respiraba en breves ráfagas. Había aparecido el sudor, que le corría por la frente. Enganchó el mango de la lanza entre el cuerpo y la puerta con la rosa y, entonces, él se da cuenta de que tiene todo su cuerpo pegado a ella, como si la succión lo mantuviera allí. El mango le presionaba las costillas, lo liberó y él se tropieza.

»Rápido —repitió ella. Mientras se preparaba para correr camino abajo entre los altos muros, ya tenía el arco listo y sacó la primera flecha emplumada con plumas de grifos, cuyo roce disuelve la magia.

Él tuvo que correr para seguirle el ritmo. La marea pegaba contra él, pero el caballo y las prisas de ella lo empujaban contra la corriente.

Entonces la puerta de ébano brilló ante él. A través de su hechizo, él vio el mar lamiendo la base, una ola de tormenta cubierta de blanco.

El camino brillaba bajo sus pies, bordeado con un brillo como la escarcha. Él se arrodilló, sin aliento, e, incluso con las dos manos para apoyarse en el suelo apenas se podía mantener.

—Nieta. —La voz de ella sacudió toda la tierra.

Pero él no tuvo tiempo de responder. Kansí-a-lari ya se había cortado una de las palmas y manchaba la roca negra con su sangre. Le cortó la palma a él del mismo

modo, con más prisa que cuidado. Mientras él pasaba la mano sangrante sobre la roca, ella hacía una muesca en el hombro del caballo y también limpió su sangre, cuando unas manchas oscuras mojaron la resbaladiza superficie como de obsidiana. Sudando, gruñendo con desesperación y rabia, colocó las dos manos sobre la puerta de ébano. Dijo una palabra.

La puerta se abrió sobre silenciosas bisagras. El agua manó para cubrir los pies de ambos y él la siguió a través del umbral hacia la vorágine.

CAPÍTULO 14



EL SONIDO DE LAS ALAS

Hanna ya había tenido lluvia suficiente para un verano y ella era una de las más afortunadas: como cabalgaba, no tenía los pies siempre húmedos. Al contrario que la mitad de los Leones, ella no tenía podredumbre en los pies. En los bosques, el suelo brillaba por una capa de agua poco profunda y con estanques que alimentaban a mosquitos tan persistentes y numerosos que todas las almas del grupo no dejaban de rascarse. Estaban plagados de arañas. Cualquier casco que se quedara en el suelo no tardaría en convertirse en un enjambre de criaturas asquerosas; en todas las tiendas, al desenrollarlas y montarlas, lloverían arañas desde el techo durante toda la noche. Cuando llegó agosto, ya habían perdido a todas las prostitutas y mendigos.

En la fortaleza de Machteburg, la disentería asoló sus filas. La señora Fortuna aún marchaba con ellos: solo murió un León, aunque la enfermedad devastó el campamento de seguidores y, por lo menos, una docena de los sirvientes de la caballería tuvo que ser enterrada junto a la calzada. Perdieron diez días antes de que el capitán Thiadfold y lord Dietrich declararan que estaban preparados para continuar la marcha. Los transportaron a través del río Oder en barcazas y luego se dirigieron al este por un camino cubierto de hierba. Una docena de tozudos seguidores del campamento que contaban con dos carretillas caminaban lenta y pesadamente tras ellos. Ella no entendía porque seguirían a los Leones hacia el bosque en el que solo les esperaba la guerra. Tal vez esas doce almas no tenían nada a lo que regresar y ningún lugar al que ir.

Seguía lloviendo.

Tres espantosamente lentos días de marcha después, al principio de la tarde de un empapado día de verano, llegaron a un pueblo de diez casas comunales y de una docena más de refugios subterráneos y cabañas. Rodeada por una empalizada interior y una zanja, el pueblo se encontraba en una encrucijada, y era tan próspero para contar con una pequeña iglesia justo tras la zanja interior. Una segunda zanja rodeaba los jardines, los campos y media docena de corrales, y dentro de esa segunda zanja trabajaba un buen número de gente, que, en cuanto vieron la hueste que se acercaba, levantaron las herramientas y corrieron a la seguridad de la empalizada, incluso pese a que todos pudieron ver el estandarte wendiano que lo señalaba como un ejército que marchaba bajo orden personal del rey Henry.

Thiadbold detuvo a sus Leones más allá de la zanja exterior y envió al interior a

Hanna con una docena de Leones. La caballería se alegró por poder dispersarse en los campos de alrededor para que así los caballos pudieran pastar.

La puerta seguía tercamente cerrada mientras se acercaban.

—No, no podéis entrar —dijo el joven que observaba, mirándolos detenidamente desde la torre de madera cuadrada—. Os lo ruego, ya tenemos bastantes problemas. Tengo órdenes de no dejar entrar a ningún hombre armado. —Hablaba wendiano con acento, silbando las «p» y las «t»—. Pero el Águila, sí. Puede entrar con las noticias.

Ingo estaba con ella.

—Así son los bandidos en esta ciudad —refunfuñó—. No sé si podremos confiar en ellos.

—No, iré —dijo Hanna—. Solo están siendo cautos. ¿Por qué me iban a hacer daño con un ejército de doscientos Leones y treinta soldados de caballería en el exterior?

Ingo y los demás se retiraron, abrieron la puerta de peatones y ella entró en el pueblo. Apestaba porque habían llevado dentro a la mayoría del ganado. Había pocos jardines y un buen número de niños sucios y descalzos. Un arroyo embarrado por las lluvias de verano, o por las aguas residuales, corría por un estrecho canal reforzado con muros de piedra. Había un pozo en el centro del pueblo; un par de jóvenes vecinos, una muchacha y un muchacho, hacían guardia sobre una vivienda de piedra, observando el flujo de baldes. Un niño apareció, secándose la nariz, y le hizo una señal. Ella lo siguió hasta la casa comunal que se encontraba más cerca del pozo. La esperaban tres hombres y tres mujeres, sentados en una gran mesa de madera llena de marcas de quemaduras y de cortes de cuchillos. Tenía una pata recién fijada, de un color un poco más oscuro que las demás. La saludaron con educación. Después de que se sentara, una muchacha con un vestido de lino llamativamente limpio le trajo un aguamiel bastante fuerte.

—No pretendemos ofender cerrando las puertas —dijo la mujer de las cicatrices que actuaba como portavoz de los reunidos. Las cicatrices parecían recientes; eran de dos cuchilladas en la barbilla—. No es que no confiemos en las milicias del rey, pero claro, recientemente hemos tenido problemas con bandas armadas. Es mejor salvaguardarse. La guerra se acerca, dicen. —Los miembros de la reunión asintieron con la cabeza. La muchacha trajo una jarra fresca de aguamiel y rellenó las copas de toda la mesa.

—¿Qué tipo de bandas armadas? —preguntó Hanna. Algunas de las palabras que utilizaba la mujer no le resultaban familiares y tenía un acento un poco extraño, aunque, en cuanto se acostumbró al siseo, fue fácil entenderla—. ¿Bandidos? ¿Bárbaros?

—Tenemos vecinos salavii, cierto, pero no son ellos los que nos preocupan hoy por hoy. Solo hace cuatro días un grupo de jóvenes salvajes vinieron desde el oeste asegurando que eran hijos de la nobleza de Saonia. Hubo problemas y no fue agradable. Le hicieron eso a tres muchachas de la ciudad que no está bien,

disculpadme, Águila, y por si fuera poco, acuchillaron a uno de nuestros muchachos. Pero la Señora Fortuna nos sonrió. Justo cuando las cosas empezaban a ponerse feas, la margravina Judith apareció con una hueste, vaya, seguro que tan grande como la vuestra, quizás más, porque tenía más caballos y más jinetes. ¡Ella los echó con duras palabras! —Los demás de la mesa asentían con la cabeza, al recordar el incidente—. Pero el daño ya estaba hecho. Pobre joven Hilde, que se ahorcó en el viejo roble hace dos noches, y hay quienes lo quieren cortar por los malos espíritus. Es el lugar en el que nuestras ancianas madres solían dejar ofrendas al Gordo... —Ahí, ante un claro gesto de uno de sus compañeros, ella se rio nerviosa e hizo un gesto a la sirvienta para que trajera pan—. Pero eso no es problema vuestro, Águila.

—Por supuesto que es mi problema —dijo Hanna—. Si los bandidos os asedian, incluso aunque sean hijos de nobles, el rey Henry querrá estar informado.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó uno de los hombres con amargura—. Su líder, el de los salvajes muchachos, decía ser sobrino del rey. ¿Qué va a hacer él? Nosotros no representamos nada para el rey.

—Es cierto que vos no tenéis sangre de la familia del rey, amiga, pero vivís bajo su protección, y si él permite que jóvenes salvajes, incluido su sobrino, tomen lo que quieran y hostiguen como quieran a aquellas gentes que buscan la protección del rey, entonces él bien podría entregar todo su tesoro y dejar la corona. El rey no tolera la desobediencia, ni siquiera la de sus sobrinos. He visto guerras civiles, amigos míos, y sé que el rey Henry no tolerará ningún comportamiento que merme su autoridad. Tampoco vos dejaríais que vuestros hijos pequeños corrieran por la casa como bárbaros, tirando las mesas y dejando que las manzanas se pudrieran.

Asintieron, al darse cuenta de la sabiduría de su respuesta.

—¿Cómo se llamaba, quién era el líder de esa banda de guerreros? —No lo sabían, o no respondieron. Aún tenían miedo. El pan humeó cuando ella cogió un trozo—. Bueno, entonces, ¿qué más dijo la margravina Judith? ¿Dijo hacia dónde se dirigía? ¿Qué camino tomó cuando se fue de aquí?

—Este y sur, dijo ella —explicó la mujer de las cicatrices—. Seguía el llamamiento de la hija del rey, por lo que hemos oído. Así es como supimos que la guerra se acerca. Ha habido enfrentamientos. Algunos dicen que se acercan hombres alados. Hemos hablado de construir una segunda empalizada. ¿Es cierto que le cortan la cabeza a la gente?

Hanna tardó un momento en entender quienes eran los hombres alados.

—He oído esa historia —dijo, con cautela, sin querer asustarlos. Sin embargo, ¿qué oportunidad tendría ese pueblo frente a una hueste de guerreros quman? Habían construido una sólida empalizada y una buena y pronunciada zanja, reforzada además con estacas en el fondo, pero no eran muchos—. Yo cabalgué con la princesa Sapia y el príncipe Bayan, su esposo. Vencieron a un grupo de quman, pero solo era una fuerza de avance.

—¿Debemos abandonar nuestros hogares e ir hacia el oeste? —preguntó el

hombre que había intervenido antes.

—No, Ernust —replicó la mujer de la cicatriz—. Si nos vamos, entonces esos malditos miembros de la tribu salavii se mudarán y ocuparan nuestro pueblo y ¡nunca nos lo devolverán!

Todos empezaron a discutir con un apasionamiento que demostraba que habían tenido muchas discrepancias sobre ese punto en los últimos días. Al final, la mujer de la cicatriz golpeó la mesa con su taza hasta que los demás callaron. Se dirigió a Hanna.

—¿Qué aconsejáis, Águila?

La miraban con expectación, y ella pensó que nunca había recibido una carga tan pesada como la que se encontraba implícita en sus miradas. No sabía que importancia le darían a su respuesta y, sin embargo, cualquier palabra que dijera en ese momento podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte para ellos.

—Los quman se mueven rápido —dijo, al final—. Si os atrapan en el camino, os matarán. Las lluvias han sido bastante fuertes y los caminos se encuentran en un estado terrible. Hemos tardado tres días en llegar hasta aquí desde la fortaleza de Machteburg, y no encontraréis un refugio más cercano que ese. Creo que será mejor que construyáis una segunda empalizada muy pegada a la zanja y que os preparéis para estar sitiados. Si vuestros vecinos salavii son buenos paisanitas, podríais aliaros con ellos para protegeros...

Eso era más desagradable incluso que pensar en morir a manos de los quman. Era cierto que los salavii se habían convertido diez, o incluso veinte años atrás y que no eran especialmente beligerantes, incluso aunque muchos pobladores wendianos se hubiesen establecido en lo que en otro tiempo solo había sido territorio salavii, los caciques wendianos se ocuparon de ello, pero todos sabían que eran oscuros, sucios, diferentes. Sus hijas eran prostitutas y sus hijos, unas cabras. Hablaban una lengua rara y eran demasiado tontos como para aprender wendiano. No se podía confiar en ellos. Lo peor sucedió cuando la Iglesia, por fin, envió a una diaconisa para atender la zona, ella estableció su parroquia en el pueblo salavii, y no en la pequeña iglesia perfectamente refinada que ellos habían construido en ese pueblo ante las expectativas de su llegada, y caminaba hasta allí el día del Cielo y el día de la Señora para oficiar misa y para predicar el sermón. Fue un insulto terrible.

Hanna veía claramente que era más sabio que la diaconisa se quedara más cerca de aquellos feligreses que tenían más posibilidades de extraviarse, pero no se lo iba a decir a esa gente, no cuando su rabia enturbiaba la casa comunal con la misma acritud que el humo de la chimenea.

—Os lo ruego, amigos —siguió, levantando las manos para pedir silencio—. Estamos en tiempos difíciles y debemos rogarle a Dios que nos guíe, pero si no hay nada más que pueda hacer para ayudaros, hemos de seguir la marcha para poder unirnos a la hueste de la princesa Sapientia. Si la margravina Judith se ha unido también a ellos con un grupo, entonces quizá los quman no tendrán que llegar a

vuestro pueblo y podréis seguir con vuestras cosechas.

—Si hay cosechas con toda esta lluvia —intervino el conversador Ernest—. No hemos tenido más de diez días de sol este verano...

Él lejano estruendo de un cuerno ahogó el resto de su queja. La asustada sirvienta dejó caer la jarra, que golpeó el borde de la mesa, se rompió y derramó loza y olorosa aguamiel por todo el suelo de tierra, atestado de gente. Todos se volvieron hacia el sonido.

Hanna ya estaba de pie y camino de la puerta cuando los demás empezaron a hablar, a llamarla para saber que significaba el cuerno.

—Es la llamada a las armas —dijo Hanna, que salió y corrió hacia la puerta.



—¿De qué están hablando ahora? —Ivar se acercó junto a Baldwin, quien, por primera vez en los dos días tras haber abandonado la fortaleza de Machteburg, se había retirado de su posición favorita junto al príncipe Ekkehard. Justo en ese momento, el príncipe estaba consultando con el capitán de su nueva escolta, formada por una docena de soldados de caballería ligera que habían estado de acuerdo en cabalgar con él hasta el campamento del príncipe Bayan, que, según el último informe, se encontraba en algún punto del este.

—Creo que coinciden en que no hay nada peor que ir a la zaga de un ejército —dijo Baldwin.

—Sería peor no seguir un ejército —replicó Ivar—. El enemigo puede estar en cualquier lugar por ahí, según dijeron en Machteburg.

Todos esperaban que el estandarte de los Leones apareciera en cualquier curva. El abono que salpicaba el camino aún estaba caliente. Surcos recientes de carretas habían creado peligrosas protuberancias y valles en el embarrado camino, lo que suponía una trampa para los cascos de los caballos. Unos pocos campos aislados y las bien marcadas huellas sugerían que había un pueblo cerca. Ivar esperaba, contra todo pronóstico, que el ejército que marchaba justo por delante de ellos hubiera parado allí, aunque hubiera acabado de pasar el mediodía. Contempló el sombrío paisaje, las descuidadas parcelas de campos al sur, la asquerosa calzada que se extendía hacia el este, hacia la guerra y la aventura y, tal vez, la libertad. Hacia el norte se encontraba el bosque, poco espeso, pero oscuro bajo las grises nubes. Las ramas de los árboles vibraban bajo una suave llovizna.

—Imagínatelo, Ivar —dijo Ermanrich—, ibas a entrar en el monasterio de san Walericus que se encuentra en algún lugar por estas tierras dejadas de la mano de Dios. Pero supongo que los misioneros que llevan la palabra verdadera son los favoritos de Dios, no los abandonados.

—Debemos quedarnos por aquí fuera después de que se acabe la guerra —sugirió Sigfrid. Aún resultaba sorprendente oír su voz—. Tal vez, es donde se supone que debemos predicar.

Baldwin le respondió, pero Ivar no lo llegó a oír. Algo captó su atención en esa zona de bosque al norte, algo en cómo se movían las lejanas ramas, mientras paraba el viento y la llovizna aumentaba. Los demás empezaron a moverse, pero él mantuvo la montura quieta y miró fijamente para los árboles.

Allí estaba de nuevo. Las ramas se movían. Una forma pálida brillaba tras un matorral.

—Ivar, ¿qué pasa? —Baldwin lo llamó.

—Espera —respondió en voz baja. Primero Ermanrich, luego Baldwin y después Sigfrid apartaron los caballos a un lado. Ellos también miraban hacia los árboles. Seguro que estaban tan nerviosos como él.

Abandonar la fortaleza de Machteburg y cruzar el río Oder había convertido la aventura de la guerra y de la honrada predicación en algo menos esplendoroso. Sin embargo, cuando cerró los ojos, todavía veía el fénix, levantándose, y en su corazón sabía que tenía que volver a encontrarse con aquella maravillosa criatura, que en la nube de su ser encontraría verdad y paz. Si aspiraba lo suficiente aquel humo mágico, seguro que dejaría de soñar con Liath. Lo que se movía entre los árboles no era un esplendor, pero, por un instante, creyó que era otra gran ave, atrapada en el bosque.

Entonces se dio cuenta del error.

Sigfrid dio un graznido de consternación y alarma, y entonces recordó que podía hablar.

—¡Dios tenga misericordia!

—¡Oh, mierda! —murmuró Baldwin.

Las alas tenían la gran envergadura de un buitre y el mismo blanco frío en la parte interior, pero se movía con rapidez, sorteando los árboles no con grandes aletazos, sino a medio galope. Otras alas aparecieron tras los árboles o desde los barrancos o sobre las lomas. Tal vez habían estado visibles todo el tiempo, si hubiera mirado. O tal vez eran más inteligentes que la tropa de inmaduros muchachos y la desentrenada escolta que habían cruzado el río Oder con la idea de que les esperaba la aventura.

El corazón le latía con tal fuerza que no podía respirar. Tal vez había una razón por la cual la aventura siempre sonaba tan bien en la seguridad de una sala, con un bardo que cante a los que hubieran sobrevivido.

La voz de Baldwin se hizo más alta y aguda con la alarma.

—¡A las armas, a las armas! ¡Vienen del bosque!

Delante de ellos, en la calzada, el príncipe Ekkehard levantó la lanza, aunque le retiró el brazo el hombre mayor que era capitán de su escolta.

—¡Son jinetes quman! Os lo ruego, alteza, dejad que cabalguemos delante con la esperanza de encontrarnos con el capitán Thiadbald. Él cuenta con doscientos Leones...

—¡Pero no puede haber más de doce! —gritó Ekkehard.

Otros aparte de Ivar ya habían escuchado las palabras del capitán. Unos cuantos de la compañía empezaron a moverse rápidamente por la calzada. En ese momento, Ivar ya podía ver a una veintena de jinetes quman acercándose entre los árboles.

—Gracias a Dios dejamos las carretas en Machteburg a cambio de más caballos —dijo Ermanrich, mientras golpeaba a Ivar en el muslo—. ¡Cabalga, idiota! ¡Te van a atrapar si te quedas ahí sentado con la boca abierta!

—¡Cabalgad, alteza! —gritó el capitán.

Ekkehard vaciló, como si contemplara la nobleza de esa acción.

Sin embargo, el capitán era un hombre con experiencia y sabía cómo tratar con cargas de jóvenes exaltados.

—¡Seguidme! —gritó, y toda la compañía avanzó hacia delante. Ivar no necesitaba más impulsos. El ligero recuerdo del fénix que alcanzó a ver entre los árboles desapareció en cuanto vio con claridad sus espantosas formas: alados como demonios, pero cabalgando robustos ponis, tenían rostros planos, sin rasgos, cuerpos anchos y voluminosos, y la piel leprosa con grandes escamas cuadradas.

Al empezar a galopar, los cascos levantaron y salpicaron barro. Ivar se volvió sobre la silla para ver al primer quman salir del bosque. Ellos también comenzaron a galopar a la caza. Tal vez era mejor mirar atrás. Ivar se concentró con decisión hacia delante, hasta que un sonido, como el de una flecha que silbaba detrás de él, le hizo bajar la cabeza hacia el caballo. ¿Ya lo habían alcanzado? Era el último hombre de la fila.

Le habían prestado una lanza en Machteburg y se balanceó en ese momento hasta casi perder el equilibrio. No tenía ningún jinete detrás de él. Solo era el sonido de las alas que cantaban una canción sobre la batalla que se acercaba.

Escuchó un grito, mientras bramaban alrededor de una amplia curva de la calzada. Delante, alcanzó a ver a un León que avanzaba, con la lanza en alto y con un soldado de caballería en marcha hacia su caballo. Otro León lanzó el grito: «¡A las armas!», e hizo sonar un cuerno con tres tonos agudos. La compañía de Ekkehard ya había golpeado la primera línea de soldados. Los mozos de cuadras y los sirvientes cabalgaban hacia la seguridad de la fuerza principal de los Leones, que había detenido la marcha en el exterior de una zanja que rodeaba jardines, campos y una empalizada interior que marcaba un pueblo fortificado.

Uno a uno, Ekkehard y sus soldados hicieron volver los caballos para encarar el camino por el que habían venido; Ivar cogió el escudo de la silla y apuntaló la lanza en la bota. Otra media docena de jinetes con armaduras más pesadas se habían unido a ellos cuando toda la compañía de combate de Ekkehard estaba colocada para enfrentarse a los quman. A medida de que avanzaban con ímpetu por la calzada, los quman bajaron las lanzas y, en ese momento, mientras su línea se solidificaba, el silbido de las alas fue el único sonido de todo el universo.

—¡A por ellos!

Ivar no estaba seguro de dónde venía la orden, pero era firme. Avanzó con los demás, con un grito expulsado desde sus pulmones por el miedo y la euforia.

¡Ay, Dios! Nunca antes había estado en la batalla. ¿No había soñado con eso? ¿No había querido huir con Liath y unirse a los Dragones? ¿Unirse a cualquier grupo guerrero de nobles mujeres para poder escapar de la monotonía de su vida como hijo menor del conde Harl en los tranquilos y atrasados territorios del norte? ¿Algunos nobles monjes, e incluso abades, no habían peleado en nombre de Dios de la misma forma?

Estaba aterrorizado, encantado y ardiendo, y no titubeó. No habría tiempo para ello a pleno galope antes de que la primera lanza se rompiera contra el primer escudo. Como una vasija que cae sobre un tramo de escaleras de piedra, el estrépito sonó mientras un guerrero tras otro chocaba con el enemigo.

Ivar mantenía su escudo pegado a la mejilla y al pecho, y se apoyó en su lanza. El golpe era como el del martillo de un herrero. Sintió que su montura se deslizaba entre sus rodillas y él era propulsado hacia atrás en la silla. Una lanza le había golpeado el casco, pero supo que no estaba muerto cuando golpeó el suelo con la espalda. Su caballo salió corriendo y, en el lugar en el que aquel cuerpo lo había protegido, en ese momento vio las alas de su enemigo perfiladas contra las nubes. Sin embargo, entre un asustado parpadeo y el siguiente, pasaron sobre él escudos de Leones, como si fornidos soldados de infantería saltaran sobre su cuerpo y una fuerte línea de hombres cargara a gritos con buen orden contra la línea quman detenida.

Uno de ellos, decorado con los colores del capitán y protegido por la línea de escudos formada delante de él, empuñaba una gran lanza con un gancho con la que retiró a un jinete tras otro desde su asiento. Ivar apenas tuvo tiempo para moverse hacia atrás antes de que diez de los quman cayeran ante los Leones y otros pocos fueran abatidos a su cargo. La docena restante de jinetes alados se dio la vuelta y huyó de vuelta hacia el bosque.

—¡Mantened las líneas, rápido! —gritó el León con los colores del capitán y su orden fue repetida primero por el capitán de Ekkehard, luego por el propio Ekkehard y después por un rezagado, un noble con una pesada armadura de caballería de asalto y que acababa de llegar. Un jinete nervioso trotó unos pasos detrás de los quman que huían solo para regresar con su caballo cuando una flecha le rozó los pies.

Ivar se esforzó para ponerse en pie. Le dolía muchísimo el codo izquierdo, y también la cadera. Baldwin apareció a su lado, zarandeándole un brazo.

—¡Ivar! ¡Ivar! ¿Puedes hablar?

—¡Ay! ¡No me tires del brazo! Estoy bien. Creo que lo peor lo recibí detrás. —Se subió la ligera cota de malla y se restregó allí, con un gesto de dolor.

—Udo está muerto —dijo Baldwin mientras los demás evaluaban los daños y una firme línea de centinelas se apostaba en el límite del bosque. Un grupo surgió de las sombras de la empalizada y corrió hacia ellos. Ivar le permitió a Baldwin que lo arrastrara hacia donde estaba Udo, que yacía muerto sobre el suelo. Una lanza había

atravesado el cuello del caballo y luego su vientre sin armadura. La visión hizo que Ivar se mareara.

El príncipe Ekkehard se arrodilló al lado de Udo y derramó unas pocas y nobles lágrimas.

—Toma este anillo, Milo. Se lo devolveremos a su hermana.

—No tiene hermana —dijo entre dientes Milo. Esforzándose por sacar el dedo de la mano sin vida de Udo.

Ekkehard se sacudió y miró rápido alrededor como para asegurarse de que su error no había sido percibido. Su mirada pasó por Ivar, que no era tan importante como para ser tenido en cuenta.

—Bueno, se lo devolveremos a su familia, como es propio.

—Alteza. —El capitán de los Leones se acercó y se arrodilló con prudencia sobre una rodilla—. No sabía que avanzabais al este hacia la guerra... —Era un hombre con experiencia, claramente, y era obvio que conocía bien la corte del rey. Ivar casi pudo verlo pensar, organizando la información y decidiendo que sería más prudente no mencionarle que él, tal vez, sabía que el príncipe Ekkehard había sido enviado a Gent para que se convirtiera en monje—. Os lo ruego, alteza. Si vos vais a liderar nuestro ejército, todos marcharemos con más seguridad hasta que lleguemos a la hueste de vuestra hermana.

Ekkehard se levantó con dignidad.

—Eso estaría bien —asintió—, pero ¿qué son esas criaturas que nos han atacado? ¿Son monstruos u hombres?

Dispusieron de tiempo para examinar a los muertos mientras el resto del ejército se ponía en orden de avance y se preparaba un rápido entierro para Udo. Aparentemente no habían vuelto, por los menos, tres hombres que había ido a por forraje para sus caballos; un grupo de veinte hombres fue a buscarlos.

Las planas y demoníacas caras, las terribles alas y los cuerpos escamados de los quman solo eran adornos. Las alas aplastadas donde habían caído muertos los hombres luego parecieron patéticas; las plumas que habían silbado de forma tan aterradora estaban hechas trizas, eran frágiles. Los rostros planos, sin expresión solo eran máscaras de bronce sujetas a los cascos. Los quman portaban un extraño tipo de armadura, de escamas de cuero reforzadas por otras de metal y cada una era más o menos del ancho y el largo de tres dedos juntos. Sin embargo, por debajo, eran casi tan humanos como él: semblantes de hombres jóvenes, de piel aceitunada, con ojos estrechos y dientes amarillentos. Uno aún estaba vivo, un poco despellejado. Un León le cortó el cuello y su sangre era tan roja como cualquiera otra que Ivar hubiera visto.

Gracias a Dios no era su sangre. Él había sobrevivido.

—¡Ivar! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás con la margravina Judith? —Hanna lo miró fijamente desde su caballo. Vestía la capa de Águila con garbo y tenía el desalentador ceño fruncido que aparece justo antes de una reprimenda.

¡Ay, Dios! ¿Nunca lo encontrarían digno?

—¡Dios nos ha llamado a un destino más grande! —replicó y hubiera seguido, pero Ermanrich se apuró y lo agarró por el brazo.

—El príncipe te dejaría felizmente aquí como un tonto, Ivar. ¡Venga!

Hanna lo observó irse y cabalgó de vuelta a su lugar en la hueste. El sitio de él estaba en el séquito del príncipe, pero sus huellas no fueron seguidas, porque llegaron a la cabeza de la hueste para encontrar a Ekkehard y a Baldwin entregados a una silenciosa, pero intensa discusión.

—¡No iré! —exclamó Baldwin.

—¡Irás!

—¡No iré! ¿Habéis oído lo que dijeron? La margravina Judith está solo unos pocos días delante de nosotros. Estará en el campamento de vuestra hermana. Ella no solo estará enfadada conmigo, lo sabéis.

—¡Yo no le tengo miedo a la margravina Judith!

—¡Deberíais! Después de que me haya fustigado y matado, ¡os solicitará como siguiente marido!

—¡Cabalga entonces a tu manera! —gritó Ekkehard, extendiendo un brazo a lo ancho para mostrar las vacías calzadas que surgían en esa encrucijada y que desaparecían en el bosque silencioso—. ¡No te irá tan bien contra los jinetes quman tú solo!

Ivar avanzó con su caballo hacia delante a través de la multitud y se puso al lado de Baldwin.

—Baldwin —dijo en voz baja—, el príncipe Ekkehard tiene razón. Es la muerte lo que nos aguarda por delante.

—Prefiero estar muerto que volver a su cama —farfulló Baldwin, haciendo un pequeño mohín. Aun así, lo hacía con hermosura.

—Puede pasar cualquier cosa —dijo Ivar—. Estamos armados y todos estamos en guerra. Es cierto que aún no nos hemos encontrado con la margravina Judith y las cosas pueden ir mal si nos descubre, pero después de lo que hemos pasado, ¡yo no voy a dejar este ejército!

Por primera vez, Ekkehard asintió con la cabeza en señal de aprobación. Baldwin, aún con mohines, suspiraba con fuerza y se encogió de hombros, para mostrar que se rendía.

—Pero nos arrepentiremos —dijo en tono alarmante—. Lo veréis.



Hanna se quedó atrás, en la retaguardia, mientras el ejército avanzaba. Nunca había pensado que se encontraría con Ivar otra vez y, sin embargo, ahí estaba, con el príncipe Ekkehard en vez de con la margravina Judith.

Todo aquel día parecía estropeado. Se estremeció, aunque no hacía mucho frío a pesar de la llovizna intermitente. El séquito con los equipajes daba bandazos por la calzada que giraba hacia el este, hacía el bosque, y justo detrás de ese séquito caminaban aquellas docenas de almas tozudas, los seguidores del campamento, y sus dos carros de carga, que empujaban por turnos. La mitad de la primera cohorte marchaba con buen orden en la parte de atrás y, por una vez, no dejaron que los seguidores del campamento se rezagaran detrás. Vio a Alain en esa última fila, pero él no la vio a ella. Él estaba observando los bosques y ella se preguntaba si él habría golpeado a alguien o si, como la mayoría de los Leones, solo había sido testigo de la breve escaramuza. Era un señor, ¿o no? Al menos, lo había sido, y ella había oído mucho hablar de su victoria en Gent cuando, con una pequeña fuerza, mantuvo una colina poco fortificada contra una multitud de eika. Ya sabía cómo luchar. No era de extrañar que el rey Henry le hubiera ofrecido que sirviera en los Leones, aunque la verdad era que le sorprendía que el rey no lo hubiera proveído de más nobleza, tal vez incluso que le hubiera ofrecido un puesto en los Dragones; pero la mente de Henry estaba cerrada para ella. No podía entender por qué hizo lo que hizo. Mientras tanto, aún les esperaban incontables días de marcha antes de encontrarse con Sapientia. ¿Habría más quman vagando por esos bosques, a la espera de atacar cualquier séquito que pasara por allí? Le picaba la espalda e hizo que su caballo anduviera al paso de la retaguardia para así no ser la última persona en la fila.

Cuando llegó a una curva de la calzada que les impedía ver el pueblo, miró hacia atrás; quizá solo era la oscuridad de las nubes o una sombra en sus ojos lo que sembraba miedo, duda y premonición.

Los carros y carretas surgieron de la empalizada, cargados de ropa empaquetada a toda prisa, arcones y barriles, desbordantes de cajas de pollos y cestas de nabos. Los vecinos se habían asustado. Mientras los Leones marchaban hacia el este tras la margravina Judith y el grupo de la princesa Sapientia, Hanna miraba fijamente como las gentes del pueblo comenzaban su huida hacia el oeste, hacia la fortaleza de Machteburg; todos estaban nerviosos, con los niños llorando en el regazo y por las armas que tenían los aldeanos: horquillas, lanzaras, palas. Solo se detuvieron para escupir sobre los cadáveres de los quman muertos.

Cabalgó hacia ellos, y les gritó:

—Quedaos en vuestro pueblo. Os atacarán de camino hacia el oeste. No os vayáis.

Pero no la escucharían.

Ya había perdido de vista a la retaguardia en el bosque. Ella tenía su propia responsabilidad. Había hecho lo que había podido en ese lugar.

Giró el caballo y cabalgó hacia el este por la calzada, vacía en ese momento. La llovizna lo empeoraba, porque cada gota, cada chasquido de una rama cargada de agua hacía que se diera la vuelta, preparada para que aquella docena de quman que había escapado volviera silbando sobre ella y la cortara en pedazos; para degollarla y

tizar su cabeza y quemarla hasta que se convirtiera en una horrible cabeza diminuta y arrugada. Se había dado cuenta de que los atacantes con los que se habían encontrado no llevaban cabezas en los cintos. ¿No significaba eso que eran jóvenes que aún no habían matado por primera vez? ¿No los haría eso más peligrosos, al estar desesperados por demostrar su valía?

Oyó un grito y, de repente, se relajó al dar la vuelta a una esquina y ver a una docena de Leones esperando en la calzada; eran sus viejos camaradas: Ingo, Folquin, Stephen y Leo, entre otros.

Ingo tenía bien agarrados la lanza y el escudo, por lo que utilizó la barbilla en alto para indicar el camino detrás de ella.

—Alain se dio cuenta de que te habías quedado atrás. ¿Viste algo?

—Solo a esos pobres aldeanos. Huyen hacia el oeste, a Machteburg.

—¡Ay, Dios! —dijo Ingo—. Sin duda se dirigen directos a los asaltantes. Pobres almas, pero no los podemos esperar. Vamos, compañeros. —Se volvió para seguir al ejército.

Cuando Hanna se abrió pasó entre las filas, sabiendo que debía cabalgar en la vanguardia, escuchó a Alain hablar con Folquin.

—Pobres almas —dijo en bajo—. Rezo a Dios para que les proteja hasta que acabe esta guerra y regrese la paz.



Esa noche acamparon a la vista del pueblo salavii. Una desigual empalizada protegía el pueblo, que contaba con más casas que el asentamiento wendiano, pero mientras que los wendianos construían casas comunales, los salavii preferían casas más pequeñas y redondas con tejados redondos cuyos aleros bajos servían de refugios de almacenamiento alrededor de cada casa. Tenían más aspecto de pobres, con menos ganado, pero parecía que estaban inundados de pequeños niños de pelo negro y tez clara que miraban fijamente a los soldados y que tenían que ser arrastrados al interior de la empalizada por sus hermanos más mayores y precavidos.

La diaconisa fue a saludarlos. Iba descalzada y estaba llamativamente mugrienta; había perdido los dos dientes de delante y necesitaba un bastón a pesar de su juventud, pero, por otra parte, era alegre.

—¿Qué recomendáis, Águila? —preguntó, después de mostrar una extraña cortesía al príncipe Ekkehard y a lord Dietrich. Había llegado del oeste y no tenía un acento claro. Dos hombres salavii la seguían, uno joven y otro bastante mayor.

—Vuestros vecinos wendianos han huido —dijo Hanna—. Os recomendaría que llevarais a esta gente al otro pueblo, que está mejor fortificado.

—No se querrán ir —explicó ella—. No confían en los wendianos.

—Si confían en vos, debéis convencerlos, diaconisa. Luchamos con un grupo que hace unas horas. Vendrán más. Preparaos si queréis, o buscad un refugio más robusto, si hay otros enclaves fortificados por aquí cerca. La guerra aún puede evitarse, pero es mejor estar preparado para lo que sea.

—Sabias palabras, Águila. Haré lo que pueda.

La lluvia, por fin, amainó. Buscó la tienda de príncipe Ekkehard, buscando a Ivar, al que encontró orando con los demás. Los guiaba el más débil de su grupo, un muchacho muy joven de cara fina y con una voz dulce y persuasiva. Cada palabra parecía cargada de un profundo significado, que ella no podía entender; se dio cuenta de que eso la incomodaba terriblemente.

—Os lo rogamos, Señora, velad por nosotros, como velasteis por vuestro hijo...

Las palabras le hicieron estremecer por una especie de terror, pero esperó con tesón hasta que acabaron e Ivar, al verla, se levantó y se acercó a hablar con ella.

Estaba tan impresionada que todo salió de una vez.

—Todavía estás involucrado en aquella herejía. Y has corrompido al príncipe Ekkehard. ¿Por qué no estás con la margravina Judith? ¿O en un monasterio? ¿No entiendes que estás yendo por un camino peligroso?

—No es una herejía, Hanna. —Había cambiado. Descansó una mano sobre su brazo y habló con el mismo persuasivo fervor que su frágil amigo, aunque su voz no tenía la misma música—. Es verdad. Tú no viste el milagro del fénix. Si lo hubieras visto, no dudarías de por qué el príncipe Ekkehard reza ahora con nosotros cuando antes solo nos toleraba.

—¿Qué tipo de milagro fue? —preguntó ella, aunque no le gustaba hacerlo: ese nuevo Ivar la ponía nerviosa. En otro tiempo, como una rosa trepadora, él había crecido con exuberancia y espontaneidad. En ese momento, parecía una vid agarrada a una reja demasiado grande.

—Un milagro de sanación... —Entonces él miró el anillo, y su expresión volvió a cambiar—. Pero ¿esto qué es? ¿Algún gran noble te ha seducido con la riqueza de los bienes terrenales?

—¡El rey me lo regaló como premio a mis servicios! —respondió ella, furiosa—. ¿Cómo osas acusarme...?

—¡Es lo que hizo Liath! —exclamó él.

Entonces, tal vez al oír ese nombre, el hermoso esposo de la margravina Judith lo llamó e Ivar solo titubeó un momento antes de irse con una cortante adiós. ¿Se había apartado tanto? ¿Su vieja cercanía había quedado en nada tan rápido? Ella se fue, inquieta y molesta, sin que la cálida noche prometiera nada mejor. No importaba dónde pusiera su manta, la humedad se filtraba en cuanto ella se acostaba encima. No durmió bien, y cuando se despertaba, daba vueltas al anillo de esmeraldas una y otra vez en el dedo.

Al amanecer, mientras se preparaban para salir, la diaconisa se acercó a ellos de nuevo con sus dos acompañantes salavii.

—Ha habido noticias —dijo ella, traduciendo mientras el anciano hablaba una lengua difícil e impenetrable—. Ha sido visto un ejército al este de aquí portando el estandarte wendiano. Esta gente se retirará a una vieja colina fortín al norte de aquí. Allí esperan capear la tempestad. Pero os prestarán al muchacho para que os guíe al otro ejército, si juráis por Dios, y para mi satisfacción, que no le haréis daño y que lo liberaréis en cuanto os encontréis con la avanzada del otro ejército. Como dije —añadió ella después de que el anciano hubiera acabado de hablar—, no confían en los wendianos.

Se hizo el trato y ciertos objetos cambiaron de manos: el joven se puso nervioso al lado del caballo de Hanna, y el capitán Thiadbold consideró adecuado recompensar al anciano salavii por sus servicios con una buena túnica de lana, unos leotardos de lino y con un par de botas, todo lo cual había pertenecido al León que murió de disentería, ya que nadie quería vestirlas por la agonía en la que murió.

El muchacho salavii era asustadizo. No aceptó su comida o bebida, no dijo una sola palabra durante el resto del día, cuando los condujo primero al este, luego al sur por un camino más estrecho y, después, hacia el Nordeste, a lo largo de un ancho pero poco profundo riachuelo que atravesaba bosques y praderas. Al final de la tarde, les dio el alto una docena de miembros de una avanzadilla a caballo. Para cuando Hanna se dio cuenta de que, de hecho, se habían encontrado con el ejército de la princesa Sapientia, el muchacho ya se había ido, ya había desaparecido entre los fresnos y álamos que flanqueaban el riachuelo, el cual, como ella vio en ese momento, era solo un afluente de un río mayor.

En la confluencia del riachuelo y del río, donde este giraba alrededor de una pequeña colina, Bayan había establecido el campamento, con su habitual astucia y aguda visión. Al norte había un bosque más denso, sobre todo de robles y pinos, y al este y al sur, árboles dispersos y pastos. Al este, se levantaban colinas en una empinada escarpa. La cuesta que había elegido Bayan parecía el último rezagado o el primer vigía de un ejército de colinas. Algún pueblo antiguo había construido en esa colina una estructura, desgastada hasta convertirse en bajos terraplenes de tierra que coronaban la cima. A ella le recordaba a un fuerte en ruinas, el tipo de lugar en el que la gente y el ganado se pueden proteger del enemigo. También podía haber algunas rocas caídas, pero desde la distancia a la que se encontraba, y con aquel ángulo, era difícil saberlo. Bayan, porque ella no tenía duda alguna de él había supervisado el emplazamiento del campamento, había colocado el pabellón real en la colina donde un terraplén, como un dedo curvado, proporcionaba refugio. La carreta en la que viajaba su madre descansaba a unas diez zancadas de distancia, cerca de una curva del terraplén. ¿La princesa kerayita todavía estaría con la anciana? ¿O los sueños de Hanna eran verdaderos sueños?

Pronto lo averiguaría.

El resto del campamento se extendía desde ese punto central en anillos; cada anillo de tiendas estaba protegido por zanjas recientes, ninguna especialmente

profunda, pero lo suficiente como para romper la carga de una caballería. Al cabalgar en la vanguardia, pudo ver los dobles centinelas, así como a los inquietos vigías que vagaban en parejas y a media docena que iba a caballo. Los árboles cubrían la panorámica por el oeste; en el este los bosques seguían el valle del río, por donde abría un amplio paso hacia las colinas. El campamento estaba preparado para la guerra. En alerta máxima, los hombres daban cabezadas vestidos con las armaduras y con las lanzas tan pegadas a ellos como si fueran amantes. Muchos de los caballos seguían ensillados y el resto estaban siendo cepillado o se le daba de beber. Al Noroeste, los jinetes supervisaban el forraje de tal vez unos cuarenta o cincuenta caballos a campo abierto.

La mitad del campamento salió para darles la bienvenida. Hanna no estaba segura de haber visto nunca tantos soldados reunidos en un solo lugar, salvo en la batalla del valle Elmark, cerca de la ciudad de Kassel, en la que Henry había vencido a Sabella. El estandarte de la princesa Sapientia se agitaba con la brisa. Había más estandartes en las tiendas y pabellones, solo que algo menos grandes que el de la princesa, aunque ella solo reconoció uno: la pantera saltando de la margravina Judith.

A medida que se acercaron al campamento, el ejército se separó en facciones de acuerdo con una complicada y confusa maniobra que ella no pudo seguir, pero, al final, ella se acercó al pabellón real en compañía del príncipe Ekkehard, lord Dietrich, que comandaba la caballería enviada por el rey Henry y el capitán Thiadbold, en representación de los Leones.

La princesa estaba sentada a sus anchas bajo el toldo de su pabellón, comiendo una ciruela, mientras observaba cómo su marido jugaba a los dados con un joven noble wendiano y un ungriano vestido con extravagancia y que fanfarroneaba de bigotes tan largos que se los tenía que atar en la nuca para que no le molestaran en el juego. El hermano Breschius estaba presente, en silencio, pero fue él quien delicadamente interrumpió el juego, aunque para entonces Sapientia ya se había levantado, al ver a Ekkehard o, tal vez, a Hanna. Probablemente no sería una reunión muy alegre.

Bayan no se había olvidado de ella. Se puso de pie con entusiasmo.

—¡La mujer de las nieves a nosotros vuelve!

—Venís de parte de mi padre —dijo Sapientia, con más frialdad, mirando a su marido con la repentina mala cara habitual en quienes no confían en sus íntimos—. ¿Y este quién es? ¿Ekkehard?

—¡Hermana! ¿No te alegras de verme? —Bajó de su caballo y se acercó, sin esperar a que le dieran permiso. Ella lo abrazó como a un hermano, dándole un beso en cada mejilla. Él era más alto que Sapientia, pero ella se había puesto un poco más corpulenta en los últimos meses, más ancha de hombros y, en comparación con la delgadez de la juventud de Ekkehard, ella parecía capaz de luchar codo con codo contra él, si se diera el caso.

—Dios nos ayude, primo —dijo el joven noble que había estado jugando a los

dados con Bayan—. Estaba seguro de que os habían comido vivo los quman.

—¡No gracias a ti, Wichman! —replicó Ekkehard y, por un momento, parecieron a punto de recurrir a los puños, pero Bayan se colocó hábilmente entre ellos.

—Dios nos ha bendecido —exclamó él—. Nuevas tropas han venido a nosotros. Con esta cantidad, podemos enfrentarnos a los quman.

Enseguida hicieron las cuentas, pero el humor de Sapientia no mejoró.

—¿Doscientos leones? ¿Treinta de la caballería pesada y no más de dos veintenas de inexpertos de la ligera? ¿Y Ekkehard con doce jóvenes sin probar y unos pocos sirvientes? ¿Esto es todo lo que mi padre pudo conceder, Águila? ¿No le contasteis cuán extrema es nuestra situación aquí?

—Le comuniqué vuestro mensaje textualmente, alteza —dijo Hanna.

—Vamos, esposa —intercedió Bayan—. La leona sobre el Águila no debe saltar, porque es la mensajera nada más. —Parecía divertirse con su personal juego de palabras y se rio efusivamente—. También con las fuerzas de la margravina Judith contamos, así que eso ya es más de los que teníamos antes, ¿o no?

—Así es —asintió Sapientia de mala gana, mientras él le acariciaba el hombro—. Pero ¿dónde está mi padre? Pensaba que ahora entendería la gravedad de nuestra situación y vendría él en persona. ¿Dónde está, Águila?

—Cabalga hacia el sur, a Aosta, alteza.

—¡Aosta! ¡Siempre Aosta! —Tiró la ciruela, que por poco golpea a uno de sus auxiliares y que cayó en la tierra—. ¿Por qué está malgastando sus fuerzas en Aosta cuando la amenaza real se encuentra aquí? Él no ha... —Se detuvo, pero un momento de silencio agotó sus recursos—. No ha habido noticias de Sanglant, ¿o sí?

La duda siempre era determinante.

—¡Lo sabía! —gritó Sapientia como un frío triunfo—. ¡Contadme lo que habéis oído...!

—No sé nada oficial, alteza, pero él rey se ha enterado... —No tuvo la oportunidad de acabar. Su prudente relato fue interrumpido por la llegada de la margravina Judith seguida de su comitiva de sirvientes y acompañantes. La margravina mostraba claramente una fría ira.

—¿Es cierto que el príncipe Ekkehard se encuentra entre nosotros? Por Dios, así es. ¿Dónde está?

—Ekkehard está aquí —dijo Sapientia, aunque para todos era obvio que Judith sabía exactamente dónde estaba.

Para darse crédito, él no retrocedió ante ella.

—Quiere el divorcio —dijo él con toda la calma que cualquier joven de quince años, más o menos, podía mostrar ante una mujer furiosa, imponente, armada y con edad como para ser su abuela.

Alguien en la multitud de seguidores se rio disimuladamente y lo hicieron callar.

—El divorcio es un derecho que yo puedo obtener, no él. Él no tiene base para el divorcio, ni tampoco el poder de su familia como para derogar nuestro acuerdo.

Tampoco se puede anular el matrimonio ya que recuerdo muy vividamente que fue consumado. Así que el matrimonio sigue siendo vinculante. ¿Dónde está?

No en vano Ekkehard era hijo de un rey.

—Juré que lo protegería. Si os lo entrego, no me pudo considerar un hombre de honor.

—Ni siquiera sois un hombre, príncipe Ekkehard. Solo sois un muchacho bastante estúpido.

—¡No podéis hablarme en ese tono!

—Por supuesto que puedo. Estoy segura que vuestro padre siente afecto por vos, pero solo sois el tercero de sus tres hijos sanos, y adultos. A la princesa Sapientia le falta ser coronada su heredera. Vos no sois necesario para el gobierno de vuestro padre. Yo, sí. Y quiero a mi esposo de vuelta.

El llamado Wichman interrumpió con una risotada.

—¡Ay, Señor! Estáis recogiendo lo que habéis sembrado, primo. ¿Cuál de esos encantadores muchachos es el novio perdido? No, ahora está todo claro, debe ser el ángel. Ninguno de los otros hubiera sido echado de menos, feas ratas. Aunque me temo que difícilmente se pueda considerar un ángel a Baldwin ahora, a saber con cuantos ha compartido sus favores.

La margravina Judith fue generosa con su ira.

—Os recuerdo, lord Wichman, que vuestro irresponsable comportamiento causó problemas en Gent. No olvidéis que vuestra madre y yo somos viejas amigas. Os ruego que no olvidéis tampoco que, aunque el tercer hijo de un rey sea de poca utilidad para él, los frívolos hijos de una duquesa son aún menos valiosos.

—Vamos, primos —dijo Bayan. Puso una aparentemente ligera mano sobre el hombro de Wichman, parecida a la de un tío que lo adora, pero que, aun así, lo aparta de la margravina Judith—. Discutir entre nosotros no debemos. —Juró en su idioma y le dijo algo apresurado al hermano Breschius.

—El príncipe Bayan nos recuerda que este no es momento de discutir —dijo Breschius con la amigable sonrisa del hábil cortesano—. Tenemos una guerra en la que luchar y ninguno de nosotros sabe cuándo puede iniciarse una batalla...

Tal vez Dios tenía cierto sentido del humor, aunque, por supuesto, la guerra solo resultaba divertida por sus raros detalles, nunca a cara descubierta en la batalla.

—¡Abrid paso! —gritaron unos guardias y unos vigías aparecieron en ese momento.

—¡Príncipe Bayan! ¡Alteza! —Dos hombres se pusieron de rodillas ante su líder—. ¡Noticias sobre el príncipe Bulkezu! Sus escoltas han sido vistos a menos de una hora a caballo al este de aquí, acercándose por el valle del río.

—Cerveza para estos hombres —ordenó Bayan.

La noticia se extendió desde el pabellón real como si la llevara una plaga de moscas, prendiendo por todas partes. Hanna casi pudo verla atravesar el campamento a medida que los hombres abandonaban el sueño a toda prisa, se apiñaban en grupos

o colocaban precipitadamente las sillas sobre sus monturas. Bayan pidió calma.

—Entonces, ¿dónde nos enfrentaremos a ellos? —preguntó Judith.

—¿Seguro que no nos replegaremos otra vez? —gritó Sapiaientia.

Bayan se tomó su tiempo. Preguntó muchos más detalles mientras el ejército se preparaba. Entrevistó en profundidad a los dos vigías, y cuando la segunda pareja llegó galopando, también pidió que les trajeran cerveza. Habían visto la vanguardia del ejército quman, una bestia horrible, silbante, con muchas cabezas que avanzaba por la ribera norte del río. Uno de los suyos había caído por las flechas quman y ellos mismos estaban levemente heridos y escaparon por los pelos de ser capturados.

—Debemos mantener nuestra base aquí —dijo él, por fin, hablando en ungriano y dejando que Breschius interpretara. No podía permitirse que no lo comprendieran bien—. Esta colina nos dará fuerza, pero, además, si su grupo es abrumador, podemos dirigirnos hacia el Noroeste y replegarnos en esa dirección, a través del río. Ellos dudarán porque son supersticiosos para cruzar el agua. Además, esta cima le dará a mi madre perspectiva necesaria para ayudarnos.

Todo el mundo miró nervioso hacia la pequeña carreta. Dos esclavos esperaban, con las piernas cruzadas, al lado de los escalones; uno era un hombre pálido y apuesto con un brazalete de hierro bien ajustado en su brazo izquierdo, y el otro, muy alto y delgado, cuya piel tenía el color negro azulado de la tinta. Ni siquiera Liath tenía la piel tan oscura. ¿La princesa kerayita esperaría dentro? Hanna cruzó la mirada con el hermano Breschius en ese momento y él le sonrió de modo alentador, pero en ese momento no le pudo decir nada.

Bayan hizo un gesto repentino y los guardias se pusieron en guardia cuando uno de su grupo sopló el cuerno de un carnero.

La llamada a las armas fue una llamarada y toda la actividad del campamento se paró cuando todos se detuvieron para mirar hacia la colina, hacia el pabellón real. Bayan cogió la mano de Sapiaientia y dieron un paso hacia delante para que los pudiera ver la mayoría del ejército. Surgió un gran grito y, entonces, todos los hombres y mujeres allí presentes se prepararon para la batalla.



La llamada a las armas fue inesperada, porque era el final de la tarde, unas pocas horas antes de la oscuridad. En todos los grandes poemas las batallas se inician al amanecer, con el primer resplandor del sol saliente, que separa las lanzas y espadas del enemigo cuando se acercan.

Aquello no era un poema.

Los muchachos de Ekkehard se apiñaron en la base de la colina, sin un líder, confundidos, indecisos sobre qué hacer, mientras el príncipe Ekkehard aún seguía en

el pabellón real.

—Yo digo que salgamos corriendo hacia el norte, en medio de la confusión de todos —farfulló Baldwin—. Nadie se dará cuenta de que nos hemos ido. Entonces podemos volver por el oeste a ese pueblo.

Ivar comprobó la cincha de su silla por tercera vez.

—¡Baldwin, Dios de los Cielos! Sería un deshonor abandonar al príncipe Ekkehard en este momento. Nos van a llamar cobardes.

—¿Qué me importa lo que digan de nosotros? —preguntó Baldwin. Tenía la lanza en el suelo, y rodó cuando enganchó un pie con ella y casi se cae—. ¡Lo único que quiero es irme de aquí antes de que ella me encuentre!

—¿Cómo vamos a escapar solos? Tenemos más probabilidades de que nos maten, y muertos no podremos predicar la Palabra Verdadera.

—¿Por qué Dios nos iba a honrar con Su Verdad si actuamos como viles cobardes? —dijo Sigfrid. Parecía muy frágil y ridículo con una lanza firmemente agarrada entre las dos manos. No era suficientemente fuerte para vestir una cota de malla, así que cabalgaba desprotegido.

—¡Eso mismo! —dijo Ivar—. Tenemos que quedarnos, Baldwin. Por lo menos hasta que acabe la batalla. Entonces haremos todo lo que tú digas.

La expresión de Baldwin recorrió unas diez emociones, cada una de las cuales igual de agradables de mirar. Ivar sintió un repentino y profundo momento de pena por él, condenado por su belleza a no ser más que un espejo en el que otras personas miraran sus propios deseos y sueños.

—¡Ivar! ¡Sigfrid! ¡Baldwin! ¡Mirad a quién me he encontrado! ¡Es un milagro!

Ermanrich salió a trompicones de la confusión de soldados que estaban formando unidades o que corrían en misiones incognoscibles, de una tropa de caballería que pasó cabalgando a su lado y de carretas que se dirigían al borde del río, donde, de dos en dos, eran transportadas a la otra orilla. Tambaleándose como un borracho, parecía ajeno al ejército que se preparaba para la batalla. Agarró la muñeca de una joven muy mugrienta que, como él, lloraba lo que parecían ser lágrimas de alegría.

—¡Es Hathumod! —gritó Ermanrich. Menos mal que la identificó él, porque Ivar nunca hubiera reconocido a la robusta prima de Ermanrich en esa mujer delgada y harapienta. Se parecía bastante a una mendiga, incluso tenía una llaga roja bajo la nariz y las uñas sucias y mal cortadas.

—¡Lady Hathumod! —Sigfrid estaba asombrado—. Os sacaron de Quedlinhame con lady Tallia. ¿También está aquí ella, la santa que nos reveló la verdad a todos nosotros?

—¡Ay, Dios! —exclamó Baldwin, agarrando a Ivar del brazo con tanta fuerza que este dio un grito—. Es ella. Es ella.

De repente, armada y gloriosa, la margravina Judith descendió la colina a la cabeza de su caballería, una fuerza enorme que contaba con más de ciento cincuenta jinetes muy bien armados. A su izquierda, su capitán llevaba el casco de la

margravina debajo de un brazo; a su derecha, cabalgaba el portaestandarte, con el mango apuntado en la bota y el estandarte desplegándose mientras se dirigían hacia la llanura donde tendría lugar la batalla.

Baldwin se escondió detrás de Ivar, pero fue demasiado tarde. Tal vez ella había descubierto su posición preguntando dónde descansaba el grupo de Ekkehard. Tal vez lo podía oler, como la pantera que ya se había alimentado una vez de la carne de un joven y delicado ciervo y pretendía comérselo todo.

—¡Ay, Señora! —exclamó Ermanrich—. ¡Milo aún sostiene el estandarte del príncipe en alto! ¡Eh, tú, idiota! Se supone que nos estamos escondiendo.

Ya era demasiado tarde. Tal vez habían sido demasiado insensatos al pensar que podían escapar de ella.

Ella levantó una mano y toda su hueste se detuvo entre el ruido de los cascos tras ella. Ella dirigió su mirada de pantera hacia su presa. Baldwin se puso de rodillas con las manos juntas, delante del pecho y levantó la mirada hacia los cielos como si suplicara a Dios que enviara una tormenta de ira que lo protegiera de su atención.

El gran cuerno de carnero volvió a atronar, agudo y rápido.

—¡Los quman! ¡A las armas! ¡A las armas!

Los gritos y chillidos surgieron como un trueno por todo el campamento y, en la distancia, Ivar escuchó un ligero y fino silbido que le provocó estremecimientos por todo el cuerpo. No había imaginado que el sonido de las alas pudiera llegar tan lejos.

—Serás castigado por tu desobediencia, Baldwin —dijo la margravina Judith, con una expresión de satisfacción en la boca—. No creas que te vas a escapar de mí.

—Cogió el casco de las manos de su capitán y se lo puso. Con eso, su estandarte se alzó para ondear por detrás; su caballería y ella se dirigieron directas al campo de batalla.

Los muchachos de Ekkehard subieron a los caballos, se prepararon para luchar. Ermanrich agarró a Sigfrid, cuya figura frágil y cuerpo liviano lo hacían parecer un niño, incluso en compañía de unos hombres tan jóvenes.

—Sigfrid. —Encontró la mano de Hathumod y la sujetó alrededor de la delicada muñeca de Sigfrid—. Acompaña a mi prima. Ella sabe dónde se encuentra el séquito de equipajes. Tienes que quedarte allí. —Entonces contempló a los demás con agresividad—. Él no está apto para el combate. ¡Todos sabéis que es verdad! No está hecho para este tipo de guerra. ¡Vete, Sigfrid! —Les dio a Sigfrid y a la lloriqueante Hathumod un empujón—. ¡Iros!

Ellos se alejaron rápidamente. Él se enjugó las lágrimas; mientras se subía a su caballo, gruñó por la tensión al golpear la silla con fuerza y, con retraso, cogió la lanza y el escudo que se había olvidado en el suelo y que un mozo de cuadras le acercó.

—Id con Dios, jóvenes señores —dijo el mozo de cuadras, quien, como muchos de los demás sirvientes, se replegó al séquito de equipajes.

Para su alivio, el príncipe Ekkehard cabalgó con la compañía, sobre un caballo

zaino castrado. Estaba radiante y animado; llevaba una cota de malla y un casco cónico lustrado con un nasal de bronce. Había desenvainado la espada y la blandía con entusiasmo.

—Vamos a ocupar una posición en el flanco derecho, a lo largo de la orilla norte del río.

Ivar se puso de pie sobre los estribos, para intentar ver las líneas. La caballería wendiana se extendía por la llanura, delante de la colina. Los Leones formaban una fila a medio camino sobre la colina; estaban flanqueados por otra infantería. Según Ekkehard, los pesados caballos de Bayan y de Sapientia esperaban en la reserva, escondidos entre la colina y el río, mientras los jinetes más ligeros guardaban el flanco norte de la colina, dejando libre el vado. El propio Bayan permanecía con Sapientia en la cima de la colina, así visibles ambos para la mayoría del ejército. Cuando Ivar se sentó sobre la silla, los estandartes de Bayan y de Sapientia fueron levantados una vez, dos veces y a la tercera se quedaron allí, alzados.

Ivar sintió que le recorría el pelo una brisa fresca, que aumentaba en intensidad hasta el punto que tuvo que protegerse los ojos con una mano para poder seguir mirando hacia la colina. Era viento del Noroeste, que soplaba con fuerza hacia el Sudeste, por donde se acercaban los quman. Con ese viento el estandarte del príncipe Bayan se soltó como si, de repente, hubiera cobrado vida, y se agitaba con ánimo, con tanta energía que Ivar pensó que podía oír su fuerte azote a esa distancia. A través de las grises nubes, un único amplio rayo de sol iluminó ese estandarte y su sencillo emblema: un águila de dos cabezas; y al príncipe, vestido con todo el equipo para la batalla, mientras un mozo le sostenía las riendas del caballo.

A lo largo de todo el frente, los hombres murmuraban mientras la columna de luz brillaba, temblaba y desaparecía hasta que una nube tapó el sol. Seguro que acababan de ver un augurio divino. Dios avanzaba con ellos. Ekkehard apuraba a sus compañeros hacia la amplia y espaciosa línea de la caballería ligera, para que pudieran llegar al frente. Cuando Ivar llegó a la primera fila de hombres armados con mallas ligeras con mangas, con lanzas y escudos, escuchó a Baldwin jadear detrás de él. La línea quman corría siguiendo un cerco vigoroso sobre la colina más cercana y hacia el valle del río. La larga fila de jinetes, que cubría por lo menos tres de las colinas visibles, acentuaba los contornos del terreno.

Solo había un estandarte en toda la hueste quman y se hundía oscuro y rígido en la colina central, como un círculo negro de tela con tres barras oblicuas blancas. Los quman esperaron dos disparos de arcos enteros desde la hueste wendiana. No se movieron. Todo el grupo se mantuvo sentado sobre los caballos, con las alas quietas. ¿Cómo podían haber muerto tantos pájaros para hacer tantas alas?

Cuando Ivar recorrió con la vista su línea, empezó a comprobar que seguía un patrón. Su caballería pesada se concentraba en el centro y en la izquierda, con tropas ligeras a la derecha. Las tropas más ligeras tenían lanzas fijadas en vertical junto a las sillas de alto respaldo y los arcos preparados. Las tropas pesadas tenían lanzas y

escudos. Todos los jinetes tenían alas y varios, repartidos al azar entre la hueste, tenían unas que brillaban como si el sol estuviera sobre ellos, aunque por el este no había ninguna luz solar. El ejército quman estaba envuelto por nubes bajas y oscuras.

—¡Allí! —dijo Baldwin, señalando. Al lado del estandarte caído esperaba un jinete sin alas. Por eso, no tenía la extensa amplitud de los demás jinetes, pero, incluso a esa distancia, su presencia y su postura no dejaban dudas en la mente de Ivar de que ese jinete sin alas era el aterrador príncipe Bulkezu.

—¿Qué pasó con sus alas? —farfulló Milo. Su lanza, con el estandarte de la batalla de Ekkehard sujeto justo debajo de las agarraderas, bajaba cuando él se movía en la silla. Nadie respondió.

Los dos ejércitos esperaban, los soldados se miraban a través del espacio entre ellos con un desconcertante silencio. Sus nerviosas monturas resoplaron, agitaron las orejas y piafaban con los cascos. Se oían ráfagas del cuerno a intervalos; dos ráfagas agudas que recordaban a las fuerzas wendianas que se controlaran.

Después de cada ráfaga, una marea de obscenidades se extendía desde la boca de lord Wichman, que esperaba con impaciencia con su grupo justo a la izquierda de la posición de Ekkehard.

—Se cree que sabe mucho —dijo Ekkehard—, pero el príncipe Bayan sabe más. Si hace atacar a su línea, quedaremos atrapados por los flancos quman y nos apartaran del vado y de nuestra colina firmemente defendida.

—¿Estaremos aquí parados hasta que se ponga el sol? —preguntó Ivar. Era tarde y, con la pesada nube encima, el anochecer llegaría antes de lo habitual—. No puedo creer que los quman vayan a atacar una colina protegida de noche.

—Entonces nosotros podremos cruzar el río y luchar otro día —farfulló Baldwin.

—No —dijo Ekkehard descaradamente—. Dios nos ha enviado una señal. Este día no acabará sin una batalla, y Dios nos mostrará Su mano al elegir un vencedor.

—¡Mirad allí! —gritó Ermanrich, que cabalgaba a la derecha de Milo.

Al unísono, tres jinetes quman avanzaron ante su línea, uno desde cada flanco y otro por el centro. Cada jinete portaba tres lanzas. Cuando atravesaron un tercio de la distancia entre los ejércitos, los tres plantaron una lanza en el suelo. Banderines rojos colgaban lánguidamente de esas lanzas.

A medio camino entre los ejércitos, cada jinete clavó una segunda lanza en el suelo. Siguieron avanzando a medio galope. Los soldados se movieron nerviosos en el frente wendiano, pero, en ese momento, como si el príncipe Bayan percibiera su inquietud, los cuernos volvieron a resonar con las dos agudas ráfagas que ordenaban contenerse.

Sin embargo, no todo el mundo estaba escuchando. Lord Wichman rompió la línea y galopó hacia el jinete más cercano, que aún sujetaba la tercera lanza. El hombre quman, en respuesta, bajó la lanza para cargar mientras sus dos alejados compañeros hicieron avanzar sus caballos hasta la distancia del tiro de una honda y colocaron las terceras lanzas con fuerza en el suelo, como si fuera un insulto.

Wichman y su oponente quman se encontraron a la carga. Un grito surgió entre la hueste wendiana, justo cuando se oyeron salvajes aullidos entre los quman. La lanza quman rebotó en el escudo de Wichman, mientras su propia punta de lanza, tambaleando, no dio en la cabeza del jinete, pero el mango de la lanza de Wichman, que golpeó la máscara del jinete, hizo tambalear al quman. Este cayó por el lado derecho de su caballo; la pierna izquierda se le quedó enganchada al estribo y arrastró y rompió las alas contra el suelo, al mismo tiempo que el marco de madera se astillaba y las plumas volaban por todas partes.

El poni quman siguió corriendo mientras Wichman dio la vuelta y salió tras él. El guerrero quman perdió el casco y la lanza, mientras era arrastrado por el suelo hacia la línea wendiana, con los brazos como aspas para lograr agarrarse a la silla. Wichman gritó de frustración cuando la línea wendiana, en la parte donde ondeaba el estandarte de la margravina Judith, se separó para recibir al asustado poni. Estalló un chillido de triunfo cuando el frente se cerró rápido de nuevo. Poco después, la cabeza del desafortunado jinete adornó una lanza. El juramento de Wichman se pudo oír en toda la línea y, de repente, una sonora carcajada surgió en el frente wendiano, al tiempo que se relajaban todos los hombres, seguros en ese momento de que se encontraba próxima una gran victoria.

Wichman hizo retroceder su caballo para encarar a la hueste quman, como si considerara perseguir a los otros dos jinetes, que regresaban a su puesto, pero, en ese momento, al lado del comandante quman, levantaron unos banderines y formaron un complicado esquema; la línea enemiga avanzó suavemente y con un silencio poco natural, sin gritos de guerra, solo con el rítmico sonido de los cascos.

Cuando llegaron a la primera lanza roja, una lluvia de flechas cayó sobre el flanco izquierdo de los wendianos. Los caballos relincharon, pero desde su posición, en el extremo derecho, Ivar no pudo ver el daño provocado en el otro lado. Los quman siguieron al trote y, en el segundo banderín rojo, nuevas flechas cayeron sobre las fuerzas wendianas, exactamente cuando los jinetes quman hicieron la transición al medio galope, ganando energía y velocidad. Cuando la línea quman se acercaba a la tercera lanza, el cielo sobre ellos, de repente, se volvió negro como el carbón y una punzada de luz blanca cayó en medio de los arqueros quman. Retumbó un rotundo trueno y, durante varios suspiros, Ivar no pudo oír nada, ni gritos, ni cuernos, ni cascos siquiera, mientras observaba cómo la línea quman se acercaba al galope a la tercera lanza. Otra densa lluvia de flechas oscureció el aire antes de caer con furia entre las filas wendianas. Lo primero que Ivar escuchó cuando dejaron de zumbarle los oídos fue el terrible silbido de mil alas en tropel.

Los cuernos sonaron en el viejo fortín circular desde el que Bayan y Sapiencia observaban la batalla que se estaba desarrollando, con entrecortadas ráfagas que señalaban el momento de atacar. La caballería wendiana se lanzó hacia delante y ganó velocidad para encontrarse con el asalto que se acercaba en el sentido contrario. Ivar bajó su lanza a medida que ganaba velocidad, se inclinó hacia delante y se la

colocó bajo el brazo. La línea quman se acercaba mucho, pero, por la amplitud de sus líneas, Ivar no se enfrentó a ningún enemigo. A su izquierda, un jinete quman empujó a Baldwin; a su derecha, otro jinete alado apuntó con su lanza hacia Milo.

Ivar apenas tuvo tiempo para pensar y mucho menos para decidir. Golpeó por su izquierda. El jinete quman apartó la lanza de Ivar empujando su propio escudo justo cuando Baldwin lo alcanzó en lo alto del pecho con la punta de su flecha. Uno de ellos salió volando e Ivar volvió sobre sí mismo hacia la derecha justo cuando el caballo sin jinete de Milo chocó con él. Helado, Ivar apuró a su caballo hacia la seguridad de su propio frente, aunque todo era caos a su alrededor y las líneas estaban mezcladas. En el suelo, enfrente de él, Milo yacía muerto, con una lanza hecha añicos asomándole por la boca.

La horripilante mirada de Milo lo entretuvo durante demasiado tiempo. Más que verlo, sintió el golpe de la espada, aunque esquivado con su lanza; sintió el golpe alcanzarle y darle, y entonces, extrañamente, le cayó la lanza de la mano. No había dejado de agarrarla, pero mientras se precipitaba hacia delante para intentar alcanzar al conglomerado de jinetes que se agolpaban alrededor de Ekkehard, vio sangre salir de los muñones donde dos de sus dedos habían estado unos momentos antes.

Era una extraña y nada conmovedora visión. Agarró el cuchillo largo, la única arma que le quedaba y le agradó darse cuenta de que su mano seguía funcionando. El quman con la espada había desaparecido en la refriega. Ivar se acercó a otro jinete quman por detrás e, incapaz de alcanzarlo a través del artilugio de madera que era el marco de las alas, clavó hasta el fondo el cuchillo en las costillas del poni. Retorció el cuchillo con fuerza y lo retiró cuando le adelantó; entonces estuvo delante de él y usó el escudo para golpear al jinete quman hacia su izquierda e intentar salvarse.

Allí, a su derecha, el estandarte de Ekkehard se tambaleaba en las manos de unos de los escoltas de Machteburg. El propio príncipe golpeaba a su alrededor como un loco con su larga espada, mientras tres quman se dirigían hacia él. Las plumas de las alas de uno de los jinetes brillaban como el metal, con un fuerte y desagradable resplandor, como si llevara en la espalda cien cuchillos de acero. Blandiendo un hacha, Baldwin se unió a Ekkehard, y golpeó al quman, pero el quman de alas metálicas lo golpeó en la carga y clavó su lanza en la mandíbula de la montura de Baldwin. El caballo tropezó y cayó; Baldwin desapareció. El jinete, apenas disminuyendo el paso, desenvainó la espada y, flanqueado por dos quman, se abalanzó a por Ekkehard.

—¡A por el príncipe! —grito el portaestandarte.

Ivar aceleró su montura hacia la refriega. Atacó por el lado ciego a uno de los jinetes con un contundente estrépito que envió a los dos hombres y a los dos caballos al suelo.

Buscó a tientas el cuchillo, perdido en la pisoteada hierba. Le dieron un golpe en un lado del casco; esquivó otro y agarró el brazo instintivamente cuando un puño enguantado adornado con nudillos de metal le volvió a amenazar. Con todo su peso,

llevó el codo del hombre al suelo y le sujetó la muñeca, mientras le dislocaba el brazo, al hacer que el hombro del guerrero llegara hasta la revuelta hierba; entonces, con otro giro, tensó el brazo hasta romperlo.

La máscara de hierro del jinete quman amortiguó el grito. Ivar metió los dedos por los agujeros para los ojos de la máscara e intentó volver la cabeza, sin embargo, el casco del hombre se dio la vuelta y se resbaló, haciendo perder el equilibrio a Ivar. Al soltarse con el brazo sano, el quman se volvió, liberado. Era joven, más joven que Ivar, y su rostro era perfecto, tan hermoso como el de una doncella. Sobre los hombros le caía un largo y sedoso pelo negro. Con la mano izquierda, sacó un cuchillo y arremetió contra Ivar. Este, sin pensar, lo golpeó en la cara con el casco, lo atontó y volvió a golpearlo una y otra vez. Con cada golpe aquellos hermosos y juveniles rasgos se llenaban de marcas y se destrozaban, hasta que la cara no fue más que una mancha roja en el barro.

Respirando con irregularidad, Ivar miró alrededor con desesperación en busca de ayuda. Él estandarte de Ekkehard se encontraba sobre la revuelta hierba; como si fuera una mortaja, cubría al hombre que lo había sostenido y que era un silencioso cadáver entre muchos otros. Sin embargo, el príncipe Ekkehard seguía cabalgando. Dos de sus hombres defendían al príncipe del ataque del jinete quman de alas metálicas, que los mató como a ovejas y que insistió hacia la presa. Ekkehard avanzaba como un loco, rodeando al hombre, pero las alas le tiraron la espada e hicieron jirones su malla. Se cayó, herido, y el jinete alado lo rodeó con el caballo, preparado para asestarle el golpe mortal.

Ivar se puso de rodillas para correr en ayuda de Ekkehard, pero estaba demasiado lejos. Las piernas le pesaban como troncos. No llegaría junto a él a tiempo.

Se oyó un rugido como el de un león detrás del guerrero quman. Wichman cargó contra el jinete. Chocaron y Wichman lanzó una lluvia de golpes con su pesada espada. El quman lo esquivó y atacó en respuesta, y los dos giraron e intercambiaban golpes, sin que ninguno aventajara al otro. Ivar pudo oír la medio enloquecida risa de Wichman, un ataque verdaderamente frenético.

—¡Cuidado!

Ivar se lanzó bajo la protección del hombre al que acababa de matar, cuando una espada pasó por encima de su cabeza. Apareció Baldwin, con el hacha en mano.

—Aquí. —Baldwin clavó una lanza en su lisiada mano.

—El príncipe ha caído —gritó Ivar, pero no pudieron ayudarlo; solo se podían ayudar a sí mismos. El jinete que acababa de pasarles dio la vuelta y regresó. Ivar lo empujó inútilmente cuando lo esquivó. Baldwin cortó la grupa del caballo con el hacha. El hombre se apartó a cierta distancia de ellos y regresó, pero cuando Baldwin e Ivar fueron a por él, enfundó su espada con calma y, sin apartar los ojos de ellos, buscó algo detrás de su espalda y sacó un arco encordado. Otro jinete poco armado se alineó a su lado y, al ver la cercana competencia, preparó una flecha. Tras él, un tercero se acercó para unirse a sus compañeros.

—¡Corred!

¿Había gritado él, o Baldwin? Salieron corriendo hacia la colina. Esperaba que las flechas se clavaran en su espalda. ¡Atacado como un jabalí herido! No esperaba morir así.

El cielo volvió a estallar con un destello cegador y el aire tembló por un trueno. Lluvia punzante azotó el suelo. Los caballos se encabritaban por el miedo, aunque los soldados seguían centrados en la batalla, los que no eran derribados o los que ya estaban heridos o muertos, haciendo caso omiso del tiempo. Ivar se arriesgó a mirar atrás y, de los hombres que habían intentado dispararle, vio a un jinete abatido y a los otros dos esforzándose por controlar sus monturas.

Con un grito de agradecimiento, Baldwin y él llegaron a la colina y subieron al ondulado terraplén de tierra en el que se encontraban dos Leones, incólumes y aún ajenos a la batalla. La lluvia paró con la misma rapidez con la que se inició.

—Bien hecho, jóvenes señores, habéis cumplido bien ahí abajo —dijo uno de los Leones jovialmente, mientras ayudaba a Ivar a subir la embarrada cuesta.

—Pero el príncipe Ekkehard ha caído. —Baldwin lloraba—. ¡Lo hemos abandonado allá!

—No, no, no temáis, no habéis roto vuestro juramento. Uno de los hombres de lord Wichman sacó al joven príncipe de la batalla. Creo que sigue vivo.

Sus despreocupadas palabras enfurecieron a Ivar, que se sentía mareado, desesperado y tenía ganas de vomitar.

—¿Por qué estáis aquí observando, nada más? —gritó—. ¿Por qué no os habéis lanzado al campo de batalla para lograr nuestra victoria?

El más mayor bufó.

—La batalla vendrá pronto hacia nosotros, lamentablemente, y si abandonamos esta colina, no seremos más que trigo para una cosecha de jinetes.

—¿Y adónde acudirían los jóvenes y extravagantes nobles como vos cuando perdieran sus caballos y murieran sus compañeros, si no a nuestro puesto aquí, en esa colina? —preguntó el otro, y aunque las palabras fueron dichas en un tono alegre, dolieron tanto como su mano herida.

Una flecha cayó en la tierra entre los Leones.

—Seguid ahora, muchachos —dijo el mayor—. Hay un fuerte en el otro lado. Si os dais prisa, podréis llegar a tiempo. —Las flechas salpicaron el suelo alrededor de ellos mientras un grupo de jinetes quman se acercaban a la colina, aunque retrocedieron, reacios a intentar atacar aquellos abruptos terraplenes.

A medio camino de lo alto de la colina, con la protección de un terraplén bajo, Ivar y Baldwin se detuvieron para mirar atrás. Los arqueros a caballo se habían acercado a una docena de pasos de la ladera y disparaban flechas a los dos Leones, que lentamente se deslizaron por la colina sobre sus traseros y cubriéndose el cuerpo con los grandes escudos. Los dos parecían heridos en las piernas; él no se había dado cuenta antes. Las flechas les rebotaban en los cascos y golpeaban en la parte frontal

de madera de los escudos, que oscilaban y rebotaban con cada movimiento.

Un jinete impulsó su caballo cuesta arriba, pero resbaló a un lado y el hombre y el caballo bajaron la ladera por una rampa de barro. Más a la izquierda, donde la pendiente era menos pronunciada, un puñado de Leones había formado un cuadrado de escudos repleto de lanzas. En una formación cerrada, se retiraron lentamente hacia la cima de la colina. De vez en cuando un jinete impetuoso se lanzaba hacia ellos para lanzar un ataque, pero sus lanzas siempre ahuyentaban al atacante. Mientras Ivar observaba, un jinete cayó atrapado y fue arrastrado tras los escudos. Su cadáver apareció poco después, abandonado mientras el muro de escudos retrocedía a un ritmo constante hacia la colina.

Baldwin jadeaba a su lado.

—Ellos son demasiados —dijo él con la voz quebrada.

Era bastante cierto. Los quman se reunieron en la base de la colina que hacía de fuerte como una marea en aumento. Solo cuando el quman de las alas de metal cabalgó entre ellos, empezaron a dispersarse hacia el río.

—Van al vado. —Baldwin se había puesto muy pálido, y apenas podía hablar por la fatigosa respiración—. Nos van a cortar el paso.

—Entonces será mejor que nos demos prisa, si queremos escapar. —La mano de Ivar temblaba y la miró fijamente, ausente, mientras Baldwin se ponía de cuclillas. La carne herida le sangraba. La verdad era que debería vendarla, pero no se le ocurría nada para detener la hemorragia.

—¡Vamos, Ivar! —A Baldwin se le quebraba la voz por el miedo—. Sigamos ese camino. —Perdieron de vista por completo el campo de batalla cuando se dirigieron hacia la parte occidental de la colina, en la que los fríos y embarrados terraplenes convertían su camino en un laberinto.

—¡Roguemos a Dios! ¡Amigos míos! —Ermanrich salió de una cortina de arbustos e hizo que Baldwin diera un grito. Ivar se tambaleó—. ¿Qué haces, rezagados, aquí escondido?

—¡Ermanrich! —Se dieron palmadas en la espalda entre ellos con fuerza, lloraron unas pocas lágrimas y luego miraron alrededor, buscando al enemigo. El choque de las armas aún sonaba alarmante, enmudecido de vez en cuando por el estruendo de un trueno lejano.

—¿Qué te pasó a ti? —preguntó Baldwin—. No te volví a ver más después de la primera carga.

—Mi escudo se partió en dos. Perdí la lanza. Cuando perdí el caballo, decidí que tal vez Dios no me había hecho para ser guerrero, así que hui.

—Muy valiente, querido Ermanrich —dijo Ivar.

—Veo que te faltan dos dedos. Déjame ver eso. —La túnica de Ermanrich estaba hecha jirones, arrancó una tira de lana con facilidad y le envolvió la mano con fuerza—. Está hinchándose. ¿Duele?

Ivar negó con la cabeza; cada vez se sentía más entumecido.

—Sí. No. Unos pequeños pinchazos de dolor por los dedos... quiero decir, en el lugar donde estaban los dedos. Nada más. Duele.

Siguieron moviéndose y, al llegar al estrecho final de la ladera, vieron que la extensa fuerza de los quman se movía justo hacia la curva interior del río. Unos cincuenta pesados caballos que cabalgaban bajo el estandarte de la princesa Sapiaientia se movieron hacia el sur para toparse con ellos. El peso de los jinetes guía presionó a los quman hacia el río como si fueran ganado apiñado y, sin embargo, todos esos jinetes quman poco armados decidieron enfrentarse con espada y escudo antes que intentar nadar hacia la seguridad.

El peso de su tumulto suponía una ventaja absoluta de Sapiaientia. A medida que los mataban, la caballería pesada condujo a los quman a lo largo de la ribera del río hasta que el guerrero de las alas de metal volvió a aparecer para formar de nuevo a sus tropas para contraatacar. Las dos concentrada líneas de caballos se opusieron en la estrecha tira de la vaguada del río, pero la penumbra ya atenuaba la escena, cuando la espada y la armadura y el escudo resonaron con el eco de alguna gran herrería. Sonó el cuerno: una llamada corta, otra larga. Y se repitió.

—¡Esa es la llamada a la retirada! —gritó Baldwin—. ¡Ay, Dios! ¡Nos van a abandonar aquí! ¡Los quman subirán la colina esta noche y nos mataran uno a uno!

Ermanrich tiró de él y corrieron de terraplén en terraplén, esos extraños terrenos curvados que envolvían la colina más como decoración que como una fortificación. A medida que se acercaba el anochecer, Ivar vio a Sapiaientia escoltada desde el campo por su marido mientras, por lo menos, la mitad de su compañía seguía luchando, tapando su retirada.

—Jóvenes señores, dadme una mano, os lo ruego. —Era una voz baja, casi perdida entre el barullo de la batalla y los crecientes truenos. A la sombra de un montículo de tierra, al León que había protegido su primera retirada le sangraban una docena de heridas poco profundas. Tenía una mano cerrada sobre la chaqueta de cuero curtido de su compañero e intentaba tirar de él desde el borde expuesto del terraplén de tierra; evidentemente su compañero y él se habían replegado por otra ruta, para cruzarse con ellos por ahí. Empezó a caer una lluvia neblinosa.

—¡No podemos esperar! —susurró Baldwin, pero Ermanrich ya había examinado la situación.

—No —dijo él—. Las fuerzas de la princesa han retirado a los que subieron por la ladera antes. No nos seguirán hasta aquí.

Baldwin temblaba.

—Pero podrían estar trepando por la otra cara de la colina. Caerían sobre nosotros desde arriba.

—Entonces, moriremos —dijo Ivar—. Pensaba que habías dicho que preferías morir antes que regresar a la cama de la margravina Judith. ¡Puede que tu deseo se haga realidad!

Avanzaron alrededor de la colina, deslizándose por el suelo mojado hasta que

cayó barro de sus manos y rodillas. La niebla se convirtió en llovizna y se estabilizó como lluvia cuando, por turnos, arrastraban y empujaban al León inconsciente a través del musgo y el barro, mientras su compañero herido se tambaleaba detrás. Cuando dieron la vuelta a la curva del sudoeste de la colina, vieron al borroso vado debajo de ellos con el irregular resplandor de la luna llena, de vez en cuando cubierta por las nubes. En cierto modo, aunque seguía lloviendo cuando se agacharon, el vado se veía por completo a la luz de la luna, e Ivar pudo ver que el frente de lluvia se detenía del todo a unos veinte pasos frente al semicírculo de Leones, cuyos escudos cerrados formaban una barrera tras la cual los jinetes y la infantería vadeaban el río hacia la seguridad de la orilla norte. Como si fueran las puertas de un refugio, los escudos se abrieron para recibir a los rezagados que aparecían apurados de uno en uno o en pequeños o atribulados grupos. Luego se volvían a cerrar para enfrentarse a las erráticas cargas de los furiosos quman, que no podían romper el fuerte muro de escudos. A través del río, el ejército se perdía en el interior del bosque siguiendo una formación sorprendentemente buena. El séquito de los equipajes se había ido hacía tiempo, aunque una única y pequeña carreta, más parecida a una pequeña casa con ruedas, se encontraba junto a la orilla. Por un momento, Ivar creyó haber visto que la ventana de cuentas temblaba y se balanceaba cuando alguien apartó a un lado el tapiz para mirar fuera.

A la distancia de un tiro de piedra desde la carreta, vio una figura de pelo claro con la capa de un Águila de pie, junto a su caballo. Hanna estaba a salvo al otro lado de río.

Más al este, aún seguían los truenos, aunque más lejos, como si la tormenta los hubiera rebasado. Debajo, pudieron ver a los quman presionando a las tropas de Sapientia hacia atrás, hacia el vado.

—Nunca lo conseguiremos —dijo Ermanrich—. Nos van a matar.

—No, amigos —dijo el viejo León—. No esperéis por nosotros. Si corréis...

—No podemos correr... —jadeó Baldwin.

—¿Estás herido? —preguntó Ivar.

—No. Solo es que... no puedo correr más.

—Mira allí —dijo Ermanrich—. Hay un pequeño foso allí delante. Nos esconderemos allí y luego correremos hacia el vado durante la noche.

—Los quman colocarán una guardia —dijo Baldwin—. Matarán a todos los que encuentren. Nunca lo conseguiremos.

—Bien, aquí tenemos a un muchacho que cree en la gracia de Dios —dijo el viejo León con una ruidosa risa.

—Es verdad —añadió Baldwin filosóficamente—, la muerte me liberará de mi esposa.

—Por lo menos Sigfrid y Hathumod están a salvo —dijo Ermanrich—. Y nosotros también lo podremos estar, si no desesperamos, lo cual es pecado. Lo sabes.

Ivar sabía que era pecado, pero en ese momento la mano le dolía de verdad y solo

quería tenderse y descansar. Sin embargo, siguió adelante con los demás, hacia una zanja llena de juncos y arbustos, resguardado del río por la empinada ladera, casi como un precipicio, de una colina y por dos duros terraplenes, cubiertos de barro y, curiosamente, de pizarra. Transportar al inconsciente León le daba algo en lo que concentrarse. Mientras, primero Ermanrich y, luego, el León mayor se refugiaban en la zanja. Ivar y Baldwin empujaron sobre el borde al hombre inconsciente, que cayó al agua, de un palmo de profundidad. Ermanrich enseguida se quitó el agua de la cara, aunque incluso el brusco empujón no lo había despertado. Tal vez había muerto ya.

Tras ellos, en lo alto de la colina, empezó a brillar una ligera luz.

—¡Ay, Dios! —susurró Baldwin—. ¡Mirad! Es el quman, ¡se acerca con antorchas para descubrirnos! —Se lanzó a la zanja e Ivar se resbaló y deslizó tras él, tan lleno de barro que otra capa más no supondría nada. La lluvia había amainado y las nubes por ese lado de la colina se dirigían hacia el sur, dejándolos con la amarillenta luz de la luna llena y ese extraño, inquietante y tenue brillo de la corona de la colina.

Limitada a un lado por el terraplén de tierra, la zanja se había convertido en una charca por el brusco precipicio del otro lado, por el que corría un arroyo de agua. La caída del agua había expuesto dos rocas lisas y cubiertas por otra roca en dintel enterrada en la colina; estaban casi cubiertas por una gruesa capa de musgo, que, en ese momento, colgaba en húmedos zarcillos sobre las grandes rocas, mientras el agua corría por encima.

Ivar juntó las manos y bebió y el agua fría le aclaró la mente, por primera vez desde que perdiera los dedos.

—Esto debe haber sido el manantial o la cisterna del viejo fuerte —dijo mientras rastreaba un ornamento tallado y aún visible bajo el musgo sobre una de las rocas: era una figura humana con los cuernos de ciervo. Apartó el musgo que colgaba—. ¡Mirad! —Baldwin se deslizó a su lado. Un túnel se abría hacia la oscuridad en el interior de la colina. Sin esperar, Ivar se deslizó detrás de la cortina verde. Era muy estrecho, pero pudo colocarse dentro, donde estaba a oscuras y el agua le llegaba a las rodillas, pero parecía bastante seguro—. ¡Baldwin!

Las ondas se revolvían a su alrededor, y entonces Baldwin se rozó con él por detrás.

—¿Ivar? ¿Eres tú, Ivar?

—¡Por supuesto que soy yo! He oído el rumor de que los quman le tienen miedo al agua. Tal vez nos podemos esconder aquí, a menos que sea demasiado profundo. —Tanteó por delante con un pie, pero el lecho invisible del charco parecía bastante sólido, solo unos pocos guijarros rodaron por debajo de sus botas, nada más. Ningún abismo. Sumergió el brazo en la oscura agua y encontró una piedra para lanzarla hacia delante. El ruido sonó con eco, y luego se desvaneció. Escuchó un goteo continuo... y un repentino corretear, como el de las rocas.

—¿Qué es eso? —dijo entre dientes, mientras agarraba a Ivar por el codo.

—¡Ey, me estás pellizcando!

Entonces lo escucharon, un gemido sin palabras que se parecía a la voz de los muertos, un balbuceo incomprensible.

—¡Ah. Dios! —Ivar también agarró a Baldwin—. Es un túmulo. Nos hemos metido en una tumba y ¡ahora estaremos malditos!

—¿Soiss vos? —La voz no resultaba familiar, alta y ligera y distorsionada por las rocas y el caer del agua—. ¿Soiss los amigoss de Ermanrich?

—¿L-lady Hathumod? —tartamudeó Baldwin.

—¡Ay, Grgracias, Señora! —No la podían ver, pero su voz era clara, aunque débil, distorsionada por las rocas y el eco—. El pobre Sigfrid fue herido en el brazo y noss perdimos y... y recé a Dios para que me enviara una señal. Y caímos aquí. Aquí está seco y creo que el túnel sse introduce más en la colina, pero me daba miedo seguir.

—¿Qué hacemos ahora? —farfulló Baldwin.

Gracias al frío contacto del agua, pudo volver a pensar. Su mano le ardía como si tuviera fuego, pero sabía lo que tenían que hacer, aunque ello implicara el riesgo de despertar el fantasma de alguna antigua y amortajada reina.

—Vayamos a por los otros, y nos meteremos todo lo que podamos en la colina. Los quman nunca se atreverán a seguirnos por el agua. Después de un día o dos se irán, y nosotros podremos salir.

—¿Así de fácil? —preguntó Baldwin, incrédulo o atemorizado.

—Así de fácil —prometió Ivar.

La flota se reunió al norte de Hakonin, en la bahía conocida como Vashinga, y desde allí navegó hacia el norte alrededor del promontorio de Skagin y pasaron las islas Kefrey, también llamadas los Hermanos Cabra. Unos pocos barcos atracaron para aprovisionarse en la zona donde varios pueblos pequeños de pescadores se amontonaban en las ensenadas; allí se hicieron con barriles de arenques secos y mataron a todas las cabras que pudieron encontrar.

Sin embargo, Mano Fuerte mantuvo la mirada fija en una presa más a proa. Sus exploradores le habían traído noticias de la flota de Nokvi, y cuando entraron en la gran bahía de Kjalmasfjord, encontraron a su enemigo anclado en las aguas grises y verdes. Un arrecife complicó su acercamiento y, además, Nokvi había posicionado sus barcos entre dos islas rocosas llamadas Cabra Pequeña y Serpiente Grande.

No importaba. Nokvi solo contaba con setenta y cuatro barcos en su flota. Aún creía que la magia de los hechiceros de los árboles albanos le daría la victoria.

Desde la cubierta de popa de su barco, Mano Fuerte supervisaba a su propia flota repartida como alas a cada lado: por lo menos noventa y ocho drakar y una veintena de esquifes auxiliares para sacar a los heridos del agua. Tras ellos, avanzaban las corrientes rizadas que señalaban la gran cantidad de gente del mar que había salido a comer. Sus lomos rozaban la superficie, brillantes, como elegantes curvas que desaparecían en las profundidades mientras sondeaban. Había llegado un viento del sur que convirtió a las aguas en espuma blanca. Sopló caliente y húmedo, y en el sur las nubes se amontonaban sobre el cabo.

A lo largo de su flota, recogieron y plegaron las velas. Los remos cortaron el mar mientras se formaban en orden para la batalla: los barcos hakonin y de Jatharin en el ala septentrional, los de Vitningsey y de los de Ringar en la meridional. Mano Fuerte se colocó con los barcos rikin en el centro, con los del valle de Namms a su izquierda y sus nuevos aliados (Skuma, Raufirit e Isa) a la derecha, donde podía mantenerlos vigilados.

Ordenó que bajaran los mástiles. Tambores escondidos marcaban el ritmo de la palada y la flota remaba hacia delante.

—Mano Fuerte. —El Décimo Hijo de la Quinta Camada hizo un gesto hacia el cielo a sus espaldas. Los seguían nubes cargadas de lluvias y haces de neblina gris unían las nubes con el mar—. Da mala suerte atacar bajo el cielo gris.

—Eso es obra de los hechiceros de los árboles. Nos creará menos dificultades a nosotros que al jefe que ellos pretenden ayudar. Su magia no es más que una sombra bajo el sol de mediodía.

Su barco se abría entre las aguas, bajando la proa un poco con cada oleada. Sus artesanos habían clavado placas de hierro en el vástago de proa del barco y también poblaron la proa con picas de hierro. A medida que se acercaba la tormenta, aumentaba la fuerza del viento del sur, que los empujaba hacia el frente de Nokvi. En el centro de su flota, Nokvi había ordenado a sus guerreros que amarraran juntos grupos de barcos en plataformas más grandes, como pequeñas islas para luchar. A sus barcos más ligeros los había repartido por sus flancos, por la movilidad, y en su retaguardia asomaban unas pocas embarcaciones más curvas con velas desplegadas y mástiles extraños, verdes y con hojas. Desde esas naves, los hechiceros de los árboles albanos observarían la batalla y ejercerían su oficio.

Aunque eso no les valdrá para nada. De hecho, él ya ha visto la perdición de Nokvi con la magia en la que confía Nokvi y con la que busca ayuda.

Cuando se acercaron las flotas, Mano Fuerte izó su estandarte y los barcos hakonin y los de Vitningsey retrocedieron para atacar los flancos de Nokvi. De repente, la lucha surgió violentamente de cubierta a cubierta. Cuando se extendió, alzó su estandarte otra vez para que comenzara el segundo ataque. Más barcos se volvieron para lanzar los cascotes contra su enemigo y arrasar sus naves. Mantuvo la dirección de su barco constante; sus hombres levantaron los remos para mantener la distancia de un disparo de flecha, aunque podía oír los insultos y mofas de los hombres de Nokvi. Sin embargo, Nokvi no había ordenado el avance y él ya había preparado los barcos, con los remos bajos y los cabos gruesos tensados. Esperaba a la tormenta.

Por detrás de él, Mano Fuerte sentía el aumento del viento.

En el flanco izquierdo, uno de los barcos de Isa rechinó sobre el arrecife y un barco de Vitningsey se iba a la deriva sin rumbo, hacia la isla de Serpiente Grande, sin tripulación. Aun así, algunos de los barcos de Nokvi también luchaban por mantenerse a flote; a uno le habían prendido fuego y el otro solo tenía una docena de hombres, defendiendo en la cubierta de popa.

El viento soplaba con mayor intensidad en ese momento. La cubierta se meció suavemente por debajo de él, como un recordatorio del poder del mar. Los barcos de Hakonin se habían dirigido con fuerza hacia el flanco de Nokvi.

Mano Fuerte hizo una señal, y prepararon los calderos. Sus hombres se alzaron con un gran ruido, ansiosos por sumergirse en la batalla. Desde el centro de la flota de Nokvi se alzaban columnas negras de humo; él, también, planeaba utilizar el fuego. De un barco a otro saltaron cables, amarrando juntos los que atacarían de frente el centro de Nokvi. A su propio barco con proa de dragón lo mantenía justo en la parte trasera de la primera plataforma rikin, con tres barcos al lado.

Hacia el norte y el sur, los barcos de Nokvi luchaban por mantenerse a flote ante

la fuerza del mayor número; muchos vagaban sin tripulación, vacíos si no fuera por los cadáveres. De su propia flota, se había hundido uno de los barcos de Raufirit y un barco ringarin estaba envuelto en llamas.

El viento tras ellos se convirtió en un vendaval. El agua del mar golpeaba los costados y la espuma le roció la cara. Levantó el estandarte por última vez cuando los azotó la última cortina de lluvia.

Su flota se cerró. Con los escudos en bloque, los hombres se preparaban. A medida que las dos flotas se acercaban, los guerreros Nokvi se aglomeraron en la proa de los barcos, el más fuerte de los cuales lanzó sus flechas, pero, en ese momento, el viento había alcanzado tal extremo que ninguna de sus trayectorias se acercó a la plataforma de Rikin antes de que las flechas cayeran en el agua sin causar daño. Sus propios guerreros lanzaban flecha tras flecha, al ritmo de la lluvia. Los proyectiles golpeaban a lo largo de los barcos enemigos y sobrevolaban sin problema el muro de escudos que recorrían cada proa.

Llegaron las cargadas nubes y el día se oscureció cuando rechinó la primera de las grandes plataformas, y el combate real comenzó en medio de una violenta tormenta, que, sin embargo, afectó menos a sus hombres que a los de Nokvi. Eran los hombres de este los que tenían que luchar de cara a la tormenta. La borrasca les borraba la visión. Apenas si podían permanecer en pie frente al clamoroso viento, al tiempo que sus propios barcos se dirigían una y otra vez con fuerza contra las barreras de madera de su enemigo y los soldados lanzaron piedras hacia la brecha, tan plagada como abundante la lluvia.

Los calderos de brea se balanceaban con fuerza, derramaban viento y brea caliente sobre los escudos y al mar, donde crepitaba y desaparecía. Con aquel viento, el fuego lo benefició poco, pero menos aún a Nokvi. Al final lo vio, de pie sobre la alzada cubierta de popa de su barco; era un musculoso Hijo de las Rocas, de piel dorada, pura como la madeja del tejido de la falda de una Hija Veloz. Llevaba un cinturón multicolor de plata, oro, cobre y estaño, con un espléndido dibujo que recordaba los círculos entrelazados pintados en su pecho. ¿Era posible que se hubiera adueñado, aparte de su magia, de los dioses de los humanos?

Mano Fuerte tocó el círculo de madera sobre su pecho, pasó el dedo a su alrededor con el gesto no olvidado. Es bueno conocer a tu enemigo, incluso aprender de él, pero insensato creer que tiene razón. Al reconocer eso, uno solo sienta las bases de la autodestrucción. Como había hecho Nokvi, al desconocerlo todo.

En ese momento, al fin, Mano Fuerte le dio al jefe del valle de Namms, Golpe Nefasto, la señal anhelada. A Golpe Nefasto le ha ofrecido el privilegio de la venganza.

Colocaron los barcos de costado. Las puntas resquebrajaron las planchas del barco de Nokvi, y se estrelló toda la línea de barcos, pero los chirridos y crujidos de la madera llevados al extremo no tardaron en ser tapados por los gritos de los Niños de las Rocas, que saltaban la brecha y agredían. Golpe Nefasto empujó hacia delante

con los hombres más fuertes, los que faltaron cuando Nokvi y sus hermanos moerin atacaron el valle de Namms y quemaron vivos al líder guerrero y a sus seguidores en su propia sala. La furia era un gran empuje. Golpe Nefasto alcanzó la plenitud con ella, de forma que nadie podía colocarse ante él. Usó un garrote de madera cubierto de hojas de piedra y, cuando cayó primero a la derecha y luego a la izquierda, aplastó escudos y cascos, brazos y cráneos.

Sin embargo, cuando Nokvi vio a Golpe Nefasto liberar la cubierta mientras avanzaba con dificultad, golpeando a ambos lados, él mismo saltó hacia delante con la lanza. Cuando Golpe Nefasto levantó el garrote para volver a atacar, Nokvi dio un golpe espectacular, rápido y seguro: alcanzó al jefe del valle de Namms en la garganta. No obstante, cuando cayó, Golpe Nefasto dio una última vuelta, con una fuerza agonizante, y el garrote atrapó la muñeca de la mano derecha de Nokvi y la cortó con tal violencia que tanto la mano como la lanza salieron volando sobre el cercado y hacia el mar. Entonces, sangrando a borbotones, Golpe Nefasto dejó de moverse.

Todo había sido despejado, excepto la retaguardia del barco de Nokvi. Al correr hacia delante desde la cubierta de popa, Mano Fuerte vio que la batalla a su alrededor estaba a su alcance. Otros barcos seguían luchando, pero cederían o huirían en cuanto vieran caer a su líder.

Dejó que sus guerreros despejaran el camino ante él. No confiaba en sus destrezas en la batalla; él no era un gran guerrero, ni nunca había querido serlo.

Quería ser rey por encima de los Hijos de las Rocas. Ni siquiera Corazón Sangriento había obtenido tanto poder.

—Matadlos a todos, excepto a Nokvi —gritó. Sus buenos y fuertes hermanos rikin hicieron un rápido trabajo con la última hueste moerin de Nokvi hasta que solo quedó él, que atacaba con una daga mientras las lanzas lo empujaban hacia atrás.

Cuando apareció entre sus tropas, Mano Fuerte lanzó su flecha contra el pecho de Nokvi con toda su fuerza. La estocada sujetó al timón el gran brazo de Nokvi, que bramó frenéticamente, pero en vano, cuando Mano Fuerte cogió un hacha a uno de sus hermanos y le cortó la otra mano a Nokvi.

Sus guerreros vitorearon, y desde la cubierta de popa vio que la batalla moría, al tiempo que cesaba el viento.

Arrancó la flecha del timón y, rápidamente, con el hacha, tumbó a Nokvi, que se agitaba y escupía, hasta que yació sin poder hacer nada, doblado sobre el cercado. El mar bullía a popa del barco, donde se reunieron las gentes del mar, cuyos brillantes lomos revolvían las sangrientas aguas.

—Que ningún clan se alce ante mí —gritó— o ¡me servirán como hoy me sirve el jefe de Moerin!

Lanzó a Nokvi por la borda.

Sin embargo, mientras Nokvi se esforzaba por librarse de los agarres de las gentes del mar, y se hundía bruscamente, mientras el viento amainaba y la lluvia desaparecía

con tal la rapidez que no la podía explicar ningún tiempo meteorológico natural que él conociera, saltó a la popa del barco y ascendió todo lo que pudo, para buscar las embarcaciones de los hechiceros de los árboles albanos. Una niebla envolvió la entrada norte de la bahía, como si las nubes que habían surgido desde el sur hubieran pasado por encima de la batalla para hundirse en el océano. Alcanzó a ver un mástil verde y floreciente que se desvanecía en la neblina.

¿Habrían los hechiceros de los árboles albanos traicionado a Nokvi como una manera de destruirlo, o lo habían abandonado cuando fue obvio que iba a perder?

Corrió de vuelta a su propio barco, que descansaba sobre las olas libre de los cabos gruesos que unían a los otros barcos; y, con el Décimo Hijo de la Quinta Camada al timón, se puso él mismo a los remos con sus hermanos mientras perseguían a las barcas albanas hacia la niebla.

Verdaderamente, con su velocidad y su fuerza podrían alcanzarlos, pero, a pesar del estandarte fijo sobre la proa del barco, justo debajo de la del dragón, casi desaparecieron de repente en la densa niebla. Dejó que se alzarán los remos en la proa, para poder mirar detenidamente entre la bruma que los rodeaba en silencio hasta que se preguntó si no habrían abandonado la Tierra completamente. Sin embargo, aún podía oler los restos de la batalla. Olió una colonia de petreles en un acantilado de la costa y escuchó los agudos gritos de una bandada de fulmares que se reunían en los ya lejanos barcos para alimentarse de las sobras dejadas por las gentes del mar. Los remos golpearon el agua. El mar susurraba contra una costa invisible.

Se inclinó hacia delante en medio de la niebla. ¿Aquello era un destello de luz? ¿Era un movimiento? La bruma le recorrió la cara, fría y húmeda; hubo un silencio tan extraño que creyó que podría oír los enfrentamientos de otra batalla a tal distancia que sabía que estaba soñando. Sabía que estaba soñando con Alain, exactamente cuando sintió que la espuma marina le salpicaba las manos y que el húmedo toque de la neblina le rodeaba la garganta.

Los Leones se quedan en la colina. Debajo, el príncipe Bayan ha formado la caballería para que se enfrenten a los jinetes alados quman, una hueste tan numerosa que parecen más una avalancha que rebasa las laderas orientales. Como una riada, cargan contra la línea wendiana y ungría. Piensa que nunca ha oído nada tan horrible como el sonido de sus alas. Nada, al menos, desde que Tallia lo repudió.

Debajo, los Bancos se unen a la batalla. Un relámpago cae en el medio de los arqueros quman, pero, después del revuelo de la confusión, se enderezan y siguen luchando.

Él solo puede esperar y observar: pronto los heridos y los derribados de la caballería buscarán seguridad entre los Leones y, aunque ahora él permanece a salvo, sabe que es una ilusión: la seguridad es efímera. La señora de la Fortuna solo espera para hacer girar la rueda.

Se maravilla de su propia amargura.

—¡Ahí! —grita Folquin—. Ahí está su estandarte, pero ¿su comandante es ese? ¿Por qué el resto de la hueste lleva con orgullo las alas y él no lleva ninguna?

—Orgullo —sugiere Ingo.

—¿Humildad? —Stephen es el más joven entre ellos, y aún duda en decir lo que piensa.

Leo se ríe.

—No, los príncipes no son humildes, Stephen. ¿Aún no sabes eso?

Cuando lo miran él ve, en su expresión, que están recordando lo que él fue en otro tiempo. Están recordando la discusión que tuvo con el capitán Thiadbold cuando el capitán le ordenó que encadenara a los perros a la comitiva de equipajes para que no le siguieran en la batalla; tal vez están recordando el punto de esa discusión en el que se olvidó de sí mismo y se comportó como un conde, no como un León normal cuya madre fue prostituta y cuyo destino se encontraba en manos del rey.

Los perros se fueron con las carretas de carga.

—Mira —dice ahora. Las nubes corren desde el este como gaviotas que acuden a la orilla antes de una tormenta—. Lloverá pronto.

—Dios los ayude —dice Ingo. Sabían lo que provocaría la lluvia en un terreno revuelto por caballos.

Alain no encuentra ningún patrón en la batalla, solo movimientos que bullen en remolinos y mareas que aumentan y descienden a través de la cambiante línea del tumulto. Los estandartes dan sacudidas de un lado a otro, como un barco en aguas picadas. Algunas veces caen. Algunas veces se levantan con la ayuda de las manos de otro hombre.

Folquin da un grito ahogado y vuelve a señalar.

—Se está moviendo.

El estandarte del príncipe Bulkezu se iza en alto. Y un aullido lo acompaña; es la primera voz que les ha escuchado a los quman, que cabalgan en silencio hacia la guerra y hacia la muerte, salvo por el silbido de las alas. Cuando el príncipe sin alas cabalga hacia la batalla, los cuernos suenan en el bando wendiano.

El príncipe Bulkezu dirige su carga en el centro de la línea wendiana, directo hacia el estandarte de Austra y Olsatia. La margravina Judith y sus tropas dan bandazos para encontrarse con la carga de su enemigo. Tan numerosos son que Alain siente que el estruendo de los cascos estremece la misma tierra. Tal vez solo es el retumbar de un trueno cuando las negras nubes recorren las colinas y el horizonte oriental se cubre de lluvia.

Los caballos wendianos con armas pesada se abren paso con entusiasmo por la línea quman. No tardan los Leones en bramar por el triunfo, ya que la

margravina Judith, con su estandarte a su lado, aplasta el estandarte quman. El viento levanta el suyo hasta que ondea con gloria. El estandarte quman solo destella hacia fuera, enganchado en su poste por las cuatro esquinas. El príncipe sin alas retrocede, y retrocede, por la fuerza de supresión, y alrededor de Alain, los Leones comienzan un himno ferviente, como si sus voces estimularan a sus compañeros: «Bendito sea Dios, que entrenó nuestras manos para la guerra».

Pero ellos solo son otro sonido más, perdido en el estruendo de la batalla.

La lanza de la margravina rebota en la cabeza del príncipe sin alas, hace girar el casco y, a medida que Judith se acerca, y suelta la lanza, él se libra del casco y una cascada de pelo negro le cae sobre los hombros. La espada de ella golpea certeramente sobre la cabeza desprotegida.

Pero el golpeo nunca aterriza.

Un jinete se lanza entre ellos sobre un caballo tan blanco como la nieve virgen. Un escudo redondo abollado recibe el golpe. Cambia la empuñadura y contraataca con un sencillo y suave golpe que corta la cabeza de Judith por encima de los hombros.

A continuación cae el estandarte de Austra, partido en dos, y es pisoteado en el suelo. El príncipe sin alas, liberado del casco y con un cabello negro tan brillante que parece un estandarte de seda por propio derecho, se entrega a la espada.

Y ella cabalga a su derecha, como una vez cabalgó junto a Alain.

Todo este tiempo, Alain creyó que la Señora de las Batallas se le volvería a aparecer. No había temido enfrentarse a la batalla porque sabía que ella estaría allí, como siempre había hecho.

Y ahí está. Sin embargo, en esta ocasión, ella cabalga al lado derecho del enemigo. ¿Lo ha abandonado? ¿Fue todo mentira? ¿Es eso su rosa, lo que arde en su pecho, o el miedo que quema un corazón asustado?

El centro wendiano se derrumba cuando los seguidores de Judith huyen del campo de batalla.

Solos en la colina, los Leones quedan expuestos.

—¡Venid, amigos! —grita el capitán Thiadbold, moviéndose por el frente—. Volveremos al vado siguiendo un orden. Mantened los escudos en posición. La caballería no nos podrá quebrar mientras mantengamos firme el muro de escudos.

La batalla se disuelve en un centenar de refriegas y el príncipe sin alas lidera una carga en contra de los Leones estacionados en la colina. Bulkezu toma primero hacia la izquierda, a lo largo del flanco sudoeste de la colina, pero, al ver que es demasiado empinada para los caballos, da la vuelta. La fuerza principal de los Leones ya ha alcanzado la cima y comienza a bajar por la cara norte, y desaparece. La primera cohorte permanece en la

retaguardia, y Alain mantiene el paso con sus compañeros, a medida que se retiran colina arriba detrás de los demás. La ladera debajo de ellos tiene una pendiente tan suave como para que los jinetes puedan avanzar, incluso con un terreno de tierra enfangado por las botas y por la lluvia de esta mañana. Sin embargo, los terraplenes frenan su avance. Los Leones, a pie, tienen ventaja aquí. Él está extremadamente contento de que Rabia y Pesar no estén con él. Aquí no los puede proteger.

Llegaron a la cima de la colina. El tiempo, el meteorológico y el temporal, ha convertido los terraplenes en montículos. En el centro del anillo central de tierra hay un revoltijo de rocas caídas. Thiadbold lleva a la última cohorte hacia las rocas justo cuando los jinetes quuman se abren camino entre el laberinto de terraplenes e irrumpen en la cima. Las estocadas de las lanzas resuenan contra los escudos. Las espadas se cascan en los armazones de metal, pero el muro se mantiene.

Ellos se retiran entre las rocas. Alain solo ve a jinetes avanzando delante de él. Espera. Ahora reza solo para mantener su lugar en la fila, para no resbalar en el momento inoportuno, para que el suyo no sea el escudo que ofrezca la primera, y mortal, brecha. Los otros golpean cuando reciben un ataque. Él solo puede agarrar el escudo y rezar. No sirve para nada, pero se esfuerza por hacer su parte lo mejor que puede para no perder la fe de sus compañeros.

Ya ha roto un juramento con la familia que lo crio. Ya ha mentido al hombre moribundo y, al romper su confianza, perdió lo mejor que ese hombre le había entregado. Ya ha perdido a la única mujer que ha amado de verdad.

Al menos aquí y ahora puede servir a la Señora de las Batallas como una vez juró que haría.

Entonces él la ve: una mujer de mediana edad con una cota de malla hecha de aros de hierro nuevos. Su espada no es nada elaborada, solo dura, de buen metal, hecha para matar. No lleva casco porque no lo necesita.

La Señora de las Batalla por fin ha vuelto a él.

Pero sigue luchando a favor del otro bando.

—¡Defended el frente! —grita Thiadbold, mientras golpea con su lanza con gancho al quuman justo a la derecha de la Señora. Con un golpe sencillo, le quita la lanza al guerrero que está a su lado. Sin embargo, ninguna espada o lanza quuman puede destrozar el muro de escudos.

Ella ve a Alain.

Levanta la espada y la baja, partiéndole el escudo en dos partes unidas solo por astillas de madera. Se ha abierto una brecha en el muro de escudos. Ahora morirán todos.

No si él se sacrifica.

Se lanza hacia delante para que puedan cerrar las líneas detrás de él.

Levemente, oye que pronuncian su nombre, pero no son tontos. La voz de Thiadfold vuelve a resonar.

—¡Cerrad la brecha! ¡Defended el frente!

Por un momento, conoce el triunfo. Entonces ella lo apuñala, justo debajo de las costillas. Su malla se abre como mantequilla ante la espada. La sangre se filtra a través de su tabardo, al tiempo que se desploma, aturdido, y cae.

—Pero juré serviros —susurra sorprendido, porque nunca pensó realmente que, de todas las cosas posibles, esto le estuviera pasando a él. Nunca pensó que sería uno de los que moriría en el campo de batalla.

—Eso has hecho. —Su voz, grave y profunda como la campana de una iglesia, resonaba en la cabeza de Alain—. Muchos me sirven tratando con la muerte. El resto lo hacen sufriendo con la muerte. Esa es la esencia de la guerra.

Sigue cabalgando, mientras la batalla fluye hacia delante, abandonándolo.

Un casco le aplasta la mano izquierda cuando un guerrero quman pasa por encima de él; la pata de otro caballo a la zaga le golpea en la mejilla. Su casco, muy bien atado, se suelta.

La marea de la batalla pasa sobre él. Un hombre gime en agonía, cerca. Caen unas suaves gotas de lluvia sobre su cara descubierta. En este momento todo parece más oscuro y, por un instante, cree que la visión está desapareciendo, pero, entonces, se da cuenta de que el sol se pone; realmente está oscureciendo. Bajo sus costillas un fuego comienza a arder y cree que tal vez lo quemará desde el interior. Ahora entiende por qué a algunos hombres les resulta fácil yacer y morir. Pero él sigue oyendo la agonía de aquel pobre hombre. Se arrastra sobre las alas de un jinete quman abatido. Se desliza por el cuerpo sangriento y cae, boca abajo, sobre el barro, pero con un gruñido; se apoya en las manos y en las rodillas, y la bruma de lluvia le aclara la visión. Allí, cara a cara, a los ojos, mira fijamente a un León muerto. Conoce al hombre, pero no recuerda su nombre. Ya no parece importar porque ¿no es un cuerpo sin alma? Lo que animó al hombre muerto en otro tiempo ha desaparecido. Igual que huirá pronto su alma. Sin embargo, él sigue arrastrándose, porque no puede oír sufrir al otro hombre.

Encuentra a un jinete quman retorciéndose en el suelo, entre pequeños ataques y espasmos en las extremidades; es lo único que puede hacer mientras gimotea, pobre alma. Un corte profundo en el abdomen ha derramado sus intestinos por el suelo, y también ha sido pisoteado.

¡Ay, Dios! ¿Por qué el sufrimiento asola a la humanidad? ¿Cuándo terminará?

En la distancia, escucha el sonido de la batalla, perdida en la ladera norte de la colina. ¿No es la esencia de la guerra?

El quman lo ve y, entonces, le mira fijamente. Sus miradas se cruzan. Tal vez en el campo de batalla todos los soldados comparten un lenguaje. Entre ellos hay una daga. El hombre gime unas palabras. Es una súplica, seguro. Es una oración.

Alain agarra la daga y, con todas sus fuerzas, embiste para cortar el cuello del derrotado hombre, para que así tenga una muerte tranquila, si es que se puede llamar así. Entonces, cae hacia atrás, exhausto.

Ya ha tratado con la muerte. Ahora la sufrirá. Así, ha servido a la Señora de las Batallas. Se toquetea el pecho, pero no tiene fuerza para sacar la pequeña bolsa en la que esconde la rosa. Ya no le queda nada más, nada que importe, ni familia, ni compañeros, ni promesas que lo aten. Está solo con la muerte, igual que salió solo a la vida, arrancado de una mujer moribunda.

La lluvia se hace más fuerte y empapa el suelo. El anochecer lo cubre todo, aunque ha salido la luna. Sin embargo, ¿cómo puede ver la luna si las nubes cubren el cielo? En el montón de rocas caídas, una pálida luz resplandece ininterrumpidamente.

Probablemente solo debería acostarse y esperar a la muerte, pero algo lo acosa y lo empuja hacia delante. Se esfuerza para llegar a la fuente de luz. Piensa en cuánto peleó aquí antes de que todas las rocas hubieran caído, derribadas por manos humanas mucho tiempo atrás o por las fuerzas arrolladoras del tiempo y la naturaleza. Sin embargo, ahora hay otra roca en pie en el medio de las ruinas. Desprende una ligera luz azulada que ondea como si a lo largo de ella ascendiera y descendiera agua. Cuando la alcanza, se agarra a su áspera superficie y se apoya para poder permanecer de pie y ver.

Debajo, el último puñado de Leones ha llegado al vado. Divisa el pelo rojo de Thiadbold; de alguna forma, el capitán ha perdido su casco. El príncipe Bayan y su caballería cruzan el río. Más al norte, Alain ve cómo el ejército se retira en orden. En el vado del río, donde unos cincuenta Leones, todos de la primera cohorte, defienden su posición, ve que los quman se acercan.

Río arriba, una ola menor llega a la orilla y se desplaza hacia la llanura, como un dedo que sondea. El príncipe Bayan los llama y los Leones se retiran poco a poco hacia el vado poco profundo: allí se encuentran el impetuoso y sentimental Folquin, el tranquilo Stephen, el musculoso Leo y el justo Ingo. Los jinetes quman más atrevidos dirigen sus caballos hacia la orilla e incluso entran un poco en el agua.

El río está subiendo. Una ola de agua se extiende sobre el frente quman, lo que hace que sus caballos se dispersen y que se retiren, mientras los Leones cruzan en orden la corriente y, por fin, llegan a salvo a la otra orilla. En cuanto su unidad sale del agua, una crecida ruge río abajo, procedente de

las colinas orientales. Es imposible atravesar el río. Cree que quizá ve unas criaturas en las olas, haciendo volteretas y jugueteando sobre la espuma, pero sabe que no puede confiar en las visiones que tenga.

El dolor le atraviesa el cuerpo. Tose y le recorre el pecho una agonía, como si le rasgaran una zarpas. Le cae en los labios un líquido caliente que le sabe a sangre. El mundo está en silencio, salvo por el borboteo de su propia respiración y el lejano rugir del río desbordado.

Entonces, oye, perfectamente, un ladrido. El fuego azul que parpadea en la roca le acaricia la espalda. Es extraño como eso lo calma y agudiza su oído. Escucha otro ladrido. Ellos se lanzan sobre él, le pegan con el rabo hasta que el dolor de los azotes de sus fustigantes rabos hace que la cabeza le dé vueltas, aunque él mismo ya da vueltas también. Pesar le lame la mano y Rabia salta sobre él, con cada una de sus garras sobre sus desplomados hombros, y le lame la cara con esa maravillosa y babosa lengua.

Y él llora, porque no quiere dejarlos. No es justo dejarlos solos en el mundo.

a luz brilla. Un fuego frío lo ahoga y con un horrible dolor siente que el suelo se mueve hacia un lado, mientras que él se cae hacia el otro...

Se acabó.

Así de fácil, había desaparecido la conexión.

La luz del sol caía sobre el agua. Mano Fuerte tuvo que taparse los ojos para poder ver. A su izquierda, se encontraba una pequeña isla plagada de una escandalosa colonia de petreles. El agua golpeaba contra el barco, a medida que ellos se adentran en las olas del mar abierto, tras rodear el cabo que protegía la bahía interior que conducía a Kjalmarsford. Los barcos albanos habían desaparecido en el mar vacío.

Aun así, los hechiceros de los árboles no habían escapado de él verdaderamente. En cuanto hubiera reducido a la última y más pequeña resistencia entre los clanes y hubiera conseguido que todas las tribus y jefes lo aclamaran como rey, atacaría hasta el último lugar. Entonces, todos los Hijos de las Rocas lo seguirían, y ningún humano sería capaz de detenerlos.

En el barco, sus seguidores rugían por el triunfo, y él escuchaba el lejano eco de la ensenada tras ellos, donde lo celebraban sus aliados y los hermanos de la tribu.

Ese día había obtenido una gran victoria.

Y con todo, lo único que él sentía era dolor.

La derrota sabía dulce, extrañamente. Anne los había encontrado y, sin embargo, por primera vez en dos años, él se mantuvo firme, preparado para la batalla, con la espada en alto y con un caballo muy robusto tras él. Por primera vez, vio más que un potencial en la mujer con la que se había casado; vio un poder manifiesto. Ella era más que cálculos incomprensibles y fastidios, preguntas repetitivas y paseos de madrugada bajo las silenciosas estrellas durante los cuales a veces parecía estar más interesada en medir las altitudes de las estrellas que, bueno, en medirlo a él. Se había ganado la espada de poder de la verdadera brujería, algo que uno puede utilizar.

Si pudieran salir de aquello juntos...

Anne osciló su bastón en el exterior del arco deshilachado de luz y lo dirigió, como el cetro de una emperatriz, hacia Liath. Cuando intervino, lo hizo con el tono de una monarca, con severidad y misericordia a partes iguales.

—Liathano, sé que piensas que yo maté a tu padre, pero juro que es cierto que no fuiste concebida por una unión carnal entre Bernard y yo. Ese vínculo de sangre sería demasiado débil para la trayectoria que te espera. —Liath, esforzándose con tesón para recuperar los dibujos y ángulos de las luces de las estrellas entre las rocas, titubeaba mientras Anne seguía—. Tu familia no es lo que tú crees que es. Tu animadversión hacia mí es un error. Bernard no tenía derecho a llevarte. Se hizo con lo que a él no le correspondía formar. Seguro que comprendes que el destino se nos acerca. Queda poco tiempo. No lo malgastemos discutiendo, cuando nuestros poderes juntos son lo único que puede salvar este mundo de la perdición.

En la distancia él escuchó el leve y desesperado balido de una cabra, un sonido que se convirtió en los gruñidos entrecortados de un animal moribundo. Las campanas sonaron, primero lejos y luego más cerca, aunque no más alto en sus oídos. Tres pasos enfrente de él, Liath daba vueltas como una loca con el asta de la flecha mientras las sombras los cubrían como el agua desde el círculo de rocas y confundían las últimas y relucientes palabras de su hechizo, como un viento oscuro que destruye una tela de araña cubierta de rocío.

—Nos vamos de Verna —dijo Liath.

—Eso no lo puedo permitir. Verna es el lugar donde tendrás que tejer tu parte cuando llegue el día. Aquí se encuentra el centro de todo. ¿No lo entiendes, hija? —En medio de las sombras, Anne se alzaba radiante, no porque desprendiera todo su

brillo, sino porque las sombras que se deslizaron sobre ella eran tan negras que la negrura describía su forma.

Liath maldecía entre dientes cuando las chispeantes y débiles líneas de su hechizo se enredaban, como serpientes decapitadas, y formaban nudos perceptibles solo por el rastro de niebla que dejaban los hilos que se retorcían con la sobrenatural oscuridad de fondo que lo absorbía todo, incluidos el cielo y la Tierra. Sin embargo, respondió con una voz fuerte.

—Me voy con mi marido y mi hija.

—¡Ay, Dios! —siguió Anne—. Intenté ayudarte, prevenirte de esta equivocada concepción, de esta niña. ¿No lo ves, Liathano? El príncipe Sanglant te ha usado de la forma más taimada. Intentó matarte dándote una hija, y ¡mira qué cerca estuvo de conseguirlo! Solo te salvó tu fuerza. Lo has defraudado. Él solo te quiere a ti y a la niña para obtener una victoria para su pueblo. Cuando te liberes de su influencia, verás con claridad tu deber para con Dios y la humanidad.

—No te creo. —Liath dio un paso hacia Anne, pero parecía acercarse a una resistencia invisible, como un muro de aire. Lentamente, como si enfrentara un gran peso, levantó la mano derecha, sondeando con el asta; entrecerró los ojos. La pluma de oro relucía.

El dobladillo de las túnicas de Anne comenzó a arder. Sorprendida, Anne dio un paso atrás. El aire giró a su alrededor hasta que se convirtió en un remolino y el fuego se sofocó.

—Sigues bajo su hechizo —dijo Anne con aspereza—, así que no me queda otra opción. «No será una herida provocada por ninguna criatura masculina o femenina la que cause su muerte». Que Dios nos perdone por trabajar con criaturas tan malignas, pero nuestra causa es justa. —Levantó los dos brazos—. Que el galla venga y los consume a él y a la niña.

Las campanas tañeron detrás de él, con una vibración que lo hizo estremecer desde los pies. El hedor de la forja bulló hacia la colina. El amargo aroma le hizo sentir un cosquilleo en la piel, como el rastro que queda después de un rayo.

La cabra atada a la silla de Resuelto, o su cría, hicieron un ruido tan horrible que él se estremeció de verdad y se batió para prepararse para un ataque. Bendición lloraba como si algo la hubiera picado.

Estaban rodeados.

Aquellos no eran los daimones cautivos de Anne, criaturas muy ligeras formadas de aire y agua. Los gemidos de Bendición se convirtieron en infantiles alaridos de dolor y él sintió un escozor, una quemadura horrible desde los hombros y en el cuello una punzada como de unos colmillos muy afilados.

Embistió contra Anne lanzando su espada.

Las sombras lo envolvieron por delante y por detrás; grandes columnas de oscuridad zarandeaban y oscilaban con un viento invisible. Lo atacaban; unos demonios incorpóreos lo ahogaban con sus ausentes garras. Sus voces eran el

murmullo de las campanas, y susurraron su nombre.

—Sanglant. Ven con nosotros y encontrarás la paz.

Con toda su fuerza, empujó todo lo posible el hombro hacia la sombra y le clavó la espada, pero la criatura no cedió. En el lugar de contacto del brazo, mil agujas de hielo atravesaron la armadura y la carne. Surgieron agujeros de sangre en la mano expuesta y sintió que el calor del líquido vertido le escocía por todo el brazo. Retrocedió solo para presionar un frío quemador que le atravesaba la espalda. Bendición gritó, con el horror de una niña diminuta que solo podía conocer el dolor, aunque no sus motivos. Él golpeó con furia a ambos lados, para liberarse, pero su espada atravesaba sin causar daños el torrente de sombras. Se volvió para intentar mantener a su hija lejos de sus garras.

Sin embargo, estaba rodeado. Sus enormes formas se elevaban sobre él y se inclinaron hasta que él dejó de ver el cielo. Un calor abrasador inundó el aire hasta el punto que apenas podía respirar. Le rozaron la cabeza y él se retiró sangre de los labios. La sangre que le caía de los cortes del cráneo y de la cara le entró en los ojos y le oscureció la visión. La malla no lo protegió. Su roce incorpóreo atravesaba la armadura y le desgarraba la carne. Bendición no dejaba de chillar.

—Retíradlos —gritó Liath desde algún lugar muy lejano. Podía verla porque brillaba, incluso, a través de la negra sustancia de sus cuerpos. El asta, apartada, también brillaba: la pluma de oro ardía sobre la oscuridad y le daba luz para poder ver. Ella había tensado el arco. Preparó una flecha, pasó un dedo por la punta, y el mango empezó a arder, con llamas en toda su extensión. Tensó, ajustó la mira y se mantuvo un instante así mientras el galla giraba a su alrededor, pero sin rodearla. Él ya no podía ver a Anne por la negrura, pero Liath sí, y también podía oír los gritos de Bendición. Lanzó la flecha.

En llamas, voló. Y se detuvo, apagada en el aire, levantada por galla o por los daimones de Anne, no lo sabía. En la distancia, aunque en realidad no estaba a más de unos pocos pasos de él, escuchó a Resuelto desbocarse y hacer ruido entre los árboles.

—¡Nunca os ayudaré! —gritó Liath—. Soltadlos.

—Los soltaré cuando te comprometas a servir a los Siete Durmientes —dijo Anne con frialdad.

Él supo que era mentira y sabía que Anne nunca permitiría que viviera, pero no le quedaba aire en los pulmones para decírselo a Liath. ¡Ay, Dios! ¿Las criaturas también estaban en su espalda destrozando a Bendición?

¿Cómo se había puesto de rodillas? Intentó levantar la espada para apartarlos, pero ya no le quedaba fuerza alguna en los brazos y se le había nublado la vista.

Los gritos de Bendición seguían sin disminuir lo más mínimo, como un terrible contrapunto al toque de difuntos que le resonaba en los oídos y borraba cualquier otra sensación hasta el punto de que, en su cabeza, sus voces resonaban, o tal vez solo era su moribundo pulso lo que retumbaba.

«Con nosotros encontrarás paz, Sanglant».

El aire silbaba y giraba a su alrededor. Una flecha se alojó en el suelo entre sus manos y, de repente, parpadeó y se libró de la oscuridad, y vio un cielo despejado con centelleantes estrellas sobre él. Una segunda flecha golpeó el suelo justo al lado de su mano izquierda y levantó tierra, y otro galla desapareció, con una chispa.

No eran las flechas de Liath. Por esa extraña y limitada concentración que los hombres consiguen en la batalla, las vio con claridad: astas de una madera desconocida y emplumadas con plumas de un duro metal que él reconoció de repente, con un estremecimiento de recelo. La pluma de un grifo.

Una tercera flecha golpeó cerca de su mano derecha y pudo ver su rastro, una ligera mancha azul que atravesó las criaturas que lo atacaban. Una cuarta flecha pasó rozando el suelo con centelleantes chispas en su estela. Tenía una punta de piedra, brillante, irregular y mortal.

Una bruma azul sin brillo surgió en el centro del círculo de rocas, como el vapor que bulle de una tetera. A través de ella vio otro lugar: un enorme terraplén, grandes muros de mármol y una puerta de ébano medio abierta. Una mujer surgió por esa puerta con un arco tensado y solo dio un paso antes de volver a disparar. Él se agachó instintivamente; la flecha le pasó por encima de la cabeza y escuchó la chispa de otro galla desterrado de la esfera terrenal.

En su estela olió el fuerte aroma del mar, incluso pudo sentir el agua salada en sus labios; en su estela, un hombre que llevaba un poni cargado salió tropezando del círculo de rocas. Las flechas silbaban desde su arco y cada saeta rociaba centellas e iluminaba el lugar y los galla dejaban de existir.

Se puso en pie y fue recompensado con un repentino e indignado berrido por Bendición, que seguía viva. La voz de Anne seguía oyéndose en la oscuridad. Aunque sorprendida por la inesperada enemiga, todavía no había sido derrotada. Como un general, reunió a sus reservas, aunque estas a lo mejor acababan de llegar, invocadas desde las esferas superiores. Los que la servían en Verna tenían la delicadeza del aire y la fluidez del agua. Los que acudieron a sus órdenes en plena batalla tenían un aspecto más severo: tenían forma humana, pero no rostro, y unas alas finas como el cristal. Ellos, también, tenían voz de campanas, un vibrato bajo punzante que hacía que se oyera el aire. Se movían como un viento salvaje y se lanzaron sobre la enemiga de Anne con el huracanado soplo de un vendaval. Sus endebles cuerpos se disolvieron para convertirse en una tempestad.

Con semejante viento, la mujer no podía disparar, pero el hombre detrás de ella cogió una flecha del carcaj y, sujetándola por la punta, la hizo girar sobre sí mismo para que las plumas de grifo trazaran un arco de chispas azules.

Los galla revolotearon a su alrededor. Bendición volvió a llorar. Cuando luchó para moverse hacia delante, para salir de ellos, vio el perjuicio causado por las plumas de grifo: no dañaron a los daimones del todo, pero, en cierto modo, rompieron el vínculo que Anne había utilizado para unir a sus sirvientes a la Tierra. Uno a uno,

los daimones salieron disparados hacia el firmamento, para desaparecer en el cielo nocturno. Libres de Anne.

Para eso estaban esos intrusos allí: para liberarlo de Anne.

En ese momento reconoció a la mujer; la había visto en sueños. El viento aún la golpeaba, pero ella, también, había cogido una flecha y, con ella en la mano, con la cara contra el viento y con el pelo ondeando tras ella como un estandarte, se abrió camino hacia él. Cada golpe liberaba a más daimones del cordón que los había atado a los hechizos de Anne. Le dio la sensación de que muchos de los sirvientes de Anne se lanzaron ellos mismos por voluntad propia hacia su grupo de compañeros como si estuvieran en un ataque, o en una derrota, en busca de libertad.

Él envainó su espada y buscó a tientas las flechas que habían caído sobre la tierra a su lado. Las plumas de grifo le cortaban las palmas, pero no le prestó atención a eso. No se podía decir que no luchara hasta su último aliento. Con flechas con las puntas de piedra como única arma, la emprendió con furia. Los galla retrocedieron, pero no huyeron. ¿Esas criaturas podrían incluso tener miedo? ¿Cortarles su forma terrenal le causaba dolor? Rotos, ¿sus espíritus no dejarían de ir a la deriva como un guerrero vencido que ha perdido la fe? Vibraban y se agolpaban a su alrededor, aunque se mantenían alejados por la amenaza de las plumas de grifo, solo por eso. Necesitó toda su voluntad para no atacarlos y solo contenerlos. No podía exponer otra vez a Bendición a sus ataques.

Una forma pálida se deslizó hacia el interior del círculo que había trazado a su alrededor, con el radio de alcance de las flechas. Empezó a atacar, pero se contuvo al reconocer su fluida figura. Era Jerna, que se estremecía y torcía y contorsionaba su etérea boca para intentar comunicarse con él, incluso a pesar de que parecía que la arrastraba hacia fuera otra fuerza.

Entonces él le dio en el pálido torso. Un lazo plateado se deshizo en filamentos y desapareció y, de repente, Jerna se lanzó sobre él. Se enrolló, con una frialdad tranquilizadora, sobre sus hombros y alrededor del bebé que lloraba. Los lloriqueos de Bendición cesaron poco a poco hasta parar y, por un momento, con los galla aún detrás, él tuvo el inesperado placer de contemplar el campo de batalla.

Por un momento.

Anne se encontraba junto a una de las rocas, con el bastón en alto; los daimones se aglomeraban a su alrededor y sus luminosas formas aliviaban su severa figura. No veía a Liath; en el lugar donde había estado solo había una capa de absoluta oscuridad, como si los galla hubieran consumido su ser por completo. A su derecha, Resuelto se había detenido en los árboles, cuyas ramas se batían y agitaban por el vendaval. Los galla solo se habían apartado del alcance de las plumas de grifo. El hedor a hierro de la forja era el aroma de la sangre de miles y miles de víctimas; eran cazadores y no se habían rendido ante su presa.

En la distancia, escuchó el estruendo de una avalancha. Entonces bramó la tormenta, surgida de ninguna parte. La tempestad lo puso de rodillas, al tiempo que

los galla daban bandazos ante unos vientos extremadamente fuertes. El vendaval rugía frente a él hasta el punto que dejó de oír y solo sentía su alarido. Ni siquiera podía levantar la cabeza. Los vientos le metieron tierra entre los apretados dientes y lo asfixiaban con pedazos de sustrato del propio suelo, como si, siguiendo órdenes de Anne, los daimones pretendieran rasgar la Tierra hasta el fondo. Ni siquiera los galla pudieron avanzar ante la vorágine.

—¡Liath! —gritó, pero no podía oír ni su propia voz por encima del atronador viento.

Y ella llamó al fuego.

El fuego surgió como unas alas sobre la cabeza de Liath. Las llamaradas destruyeron el grupo de galla que ya la había envuelto. Él la vio en ese instante: atrapada en el fuego, con el arco en alto y hacia Anne. Su expresión estaba tan concentrada que parecía ignorar el resto del mundo. Parecía ignorar que su fuego había atrapado las rocas, al saltar la brecha, del mismo modo que en un gran bosque las llamas saltan de árbol en árbol, como la mano de Dios. La bruma azul sobre el borde de aquellos muros de mármol, envueltos y medio escondidos, que trazaba el contorno de la puerta de ébano a través de la cual los intrusos habían llegado hasta ellos, se inflamó hasta convertirse en una onda blanca y abrasadora de calor que le chamuscó el pelo aunque estuviera arrodillado a bastantes pasos de distancia.

—¡Sharatanga, protégenos! —La voz sonó inesperadamente alta, en su oído. Una mano fuerte le cogió el brazo y tiró de él hacia arriba. Miró a los ojos, tan verdes como las esmeraldas: como los de su hija. Como los suyos—. ¿Qué tipo de criatura es ella? ¡Corre, hijo! ¡Corre! ¡Ella los está llamando! ¡Nadie puede sobrevivir por donde ellos pasan!

En lo alto, las propias estrellas parecían soltar latigazos de luz, como si fueran brazos ardientes que se estiraban. La hondonada del cielo parecía descollar hacia abajo, como si algo intentara atravesarla. Entonces encontró la puerta que ya había estado abierta.

Salió por la puerta de ébano un espíritu con alas de llamas y ojos brillantes como cuchillos. Tenía un forma, en cierto modo, inmensa y horrible. En el lugar en el que sus pies tocaban la tierra, salieron corrientes de fuego que prendían la hierba. En el lugar en el que su mirada fija tocaba la copa de los árboles, el delicioso follaje de verano se convirtió en hojas de fuego, como si se encendiera una secuencia de antorchas, y los pájaros escaparon en una ráfaga de alas y se fueron en masa, asustados, hacia los precipicios.

Otros se apiñaron detrás y avanzaron por la puerta hacia el pequeño valle, demasiado pequeño para contenerlos a todos. El aire se volvió tórrido, pulverizado con una neblina dorada que surgía de sus centelleantes cuerpos. El enjambre de galla dejó de existir como si fueran aspirados por una cámara contigua. Por el miedo, las mulas cocearon la puerta del establo y salieron corriendo.

Debajo, la sala de madera empezó a arder. Por un momento se entristeció por la

hermosa creación de Heribert, antes de oír gritos, el pánico del ganado, los gemidos de los etéreos sirvientes aún atrapados por los vínculos de Anne. Las cabañas prendieron fuego. Las reses, las cabras y los cerdos huyeron hacia la oscuridad. Dos figuras humanas salieron a trompicones tras ellos.

Sorprendentemente, la torre se incendió. Incluso ardió la roca y, mientras él observaba, dos figuras salieron de sus confines, agarrando firmemente contra el pecho sus preciados libros. El lustre de ese fuego incandescente brillaba incluso sobre los elevados precipicios a su alrededor, hasta que se dio cuenta horrorizado de que eso no era un reflejo de la conflagración, sino su continuación.

Incluso ardieron las montañas.

—¡Corre, hijo! —Tiró de él, pero él la hizo parar. De pie, era una cabeza más alto, por lo menos. Su poni lo empujaba pero, de forma reflexiva, él lo cogió por el cabestro para frenarlo en el sitio. Del sirviente humano no había rastro.

—¡Liath! —gritó él, porque no podía verla en medio del resplandor. Tragó aire para volver a llamarla, pero el calor le escaldó los pulmones y no pudo pronunciar una palabra.

A medida que avanzaban, cambiaban de un lado a otro, buscando; él se dio cuenta de que, en la Tierra, estaban ciegos, pero no mudos.

Su voz resonó como un trueno.

—¿Dónde está la niña?

Entonces la encontraron.

Sus alas se desplegaron con un esplendor despiadado cuando despegaron hacia el cielo. Su sonido reverberaba por las altas paredes de las montañas, como el enorme rugido de una avalancha. La noche brilló hasta el punto de que resplandecía con el calor del sol del mediodía. Tuvo que cerrar los ojos, tuvo que protegerlos con una mano porque la luz llegó a quemarle los párpados.

Entonces desaparecieron.

Abrió los ojos a la devastación: Ardían hogueras y relucían brasas. Árboles ennegrecidos crujían y se hacían añicos. Las ramas se disolvían en cenizas. Se tocó la espalda y encontró la querida maraña de pelo rizado. Ella se movió al tacto de él. Una mano pequeña se cerró alrededor de su dedo y ella balbuceó algo.

¡Ay, Dios! Seguía viva.

La suave respiración de Jerna le hacía cosquillas en la mano a Sanglant y le aliviaba la piel.

Allí de pie, recuperando el aliento, vio asomarse la luz del amanecer en las laderas orientales. De algún modo, la noche había pasado por ellos.

—Sanglant. —La mano en su dedo aún estaba fría y húmeda, como si estuviera cubierta por una capa de agua. Su voz era extraña y, sin embargo, del todo familiar. ¿Realmente era su madre, esa que estaba ante él, vestida con solo una falda de piel hecha jirones y llamativos dibujos pintados en su, por lo demás, desnuda piel?—. No sabía que habían hecho un enemigo tan antiguo y peligroso. Vamos.

Él soltó la soga del poni y se tambaleó hacia delante, resbalando en la ceniza. Incluso el suelo se había resecado y ennegrecido. De todas las cosas del valle, solo el círculo de rocas permanecía intacto. De los muros de mármol y de la puerta de ébano él no vio señal alguna. Una única figura se encontraba arrugada en la base de una de las rocas: Anne.

Liath había desaparecido.

Tal vez él había sabido desde el principio que los había visto abrir una brecha en la puerta y emerger a este mundo, que no los podía contener. Lo había notado antes, pero fue entonces cuando entendió que esencia vivía en el interior de Liath, como un segundo ser atrapado dentro de su piel.

El fuego.

—Sanglant, debemos irnos.

Él la miró sombríamente.

—¿Adónde pretendes llevarme? —preguntó él—. ¿Por qué he de confiar en ti? ¿Cómo sé que no has traído a esas criaturas para atacarnos y raptar a mi esposa?

Lo evaluó casi de la misma forma que una mujer examina a un semental que comprará siempre y cuando su carácter demuestre ser el adecuado.

—Te ruego que me disculpes, hijo. Debería haber afecto entre nosotros, pero no lo hay.

—Me abandonaste. —No sabía que era tan resentido. Hasta ese momento no supo cuánto rencor sentía hacia ella por lo que le había hecho.

Sin embargo, ella no se ofendió por su rabia.

—Te abandoné porque tuve que hacerlo, porque tenías que construir el puente entre nuestro clan y la humanidad.

—¿Un puente o una espada?

—¿Qué quieres decir?

—¿No es tu intención reconquistar la humanidad una vez habéis vuelto a la Tierra de vuestro refugio?

Ladeó la cabeza y lo miró socarronamente.

—Eso no lo entiendo. No fue por voluntad nuestra por lo que abandonamos la Tierra.

Con un gran jadeo y suspiro, la madera cayó por sí sola. La ceniza y el humo ascendieron de los escombros hacia el cielo, despedazado y rasgado por los daimones mientras revoloteaban por el valle en ruinas. ¿Eran libres, y se divertían con su antigua prisión, o esos eran los que no se habían liberado del hechizo de Anne? La propia Anne, tumbada sobre la roca, se quejaba y revolvía. Debajo, ladró un perro, cuya forma negra vio subir la ladera de la colina.

—Con ella no deseo enfrentarme otra vez —dijo la madre, que se sacudió hollín de la boca, escupió y olisqueó el aire, casi como haría un perro—. Mi sirviente ya no es de utilidad para mí.

—¿Está muerto? ¿Debemos enterrarlo? —Aunque él, también, observaba a Anne

con desconfianza, y en realidad, un buen capitán sabe que, a veces, uno debe retirarse con una buena formación, incluso aunque eso signifique dejar a la muerte atrás.

—Vamos —repitió ella, como si fuera un eco del pensamiento de Sanglant—. El tiempo pasa. ¿Puedes llevarme hasta Henri? —A pesar de que hablaba un comprensible wendiano, todavía pronunciaba el nombre de su padre de la forma saliana, con una «h» sorda y con una breve y confusa «ri».

Él silbó y el buen Resuelto, milagrosamente ileso, aunque se había chamuscado una parte insignificante, trotó nervioso hacia él, con la pobre cabra renqueando detrás. Le soltó la correa de las patas traseras, aunque baló en un tono más acusador e intentó morderles el brazo. La cría había desaparecido, consumida por los galla.

—Conozco un camino para salir del valle que debe estar abierto en esta época, a menos que quieras irte por donde llegaste. A través de la rocas.

—Por donde ellos caminaron, los viejos senderos serán serpenteados por el fuego hacia un nuevo laberinto. —Presentó la lanza y la agitó, y las campanas atadas a la base tintinearón alegremente—. Esa puerta está cerrada para nosotros.

—¡Ay, Señora! —murmuró él mientras agarraba las riendas de Resuelto y calmaba al agitado caballo, para luego ofrecerle a ella las riendas.

—No, caminaré. Yo llevo este caballo pequeño. —Con cuidado, tocó a Bendición en la cabeza. Jerna se apartó y se enroscó alrededor del cuello de Resuelto—. Muy fecunda es la sangre humana —murmuró, como para sí misma. Entonces se dio la vuelta e hizo un gesto hacia el bosque. El aire todavía olía a humo y casi era púrpura por el amanecer. Pequeños animales corrían por los restos de cenizas. Cuando emprendieron el camino, con los dos caballos, vio diminutos animales excavando en los restos; eran ardillas frenéticas o ratones azorados que chillaban o estaban en silencio, de acuerdo con su naturaleza.

—¿Quién es ella, la mujer que cogieron? —preguntó su madre.

Él solo pudo negar con la cabeza, demasiado disgustado por la rabia y el dolor como para hablar.

Ella no veía. No oía. Sin embargo, no estaba ni ciega ni sorda, solo se ahogaba en un baño de tanto brillo y de un sonido tan insoportable que todo se había convertido en una avalancha, en una nota, en un tono, en la ausencia de color, que era pura luz. No estaba segura de que estuviera respirando realmente o de que hubiera algo de aire y, sin embargo, tampoco estaba muerta. También resultaba bastante extraño que no tuviera miedo. Era la primera vez en muchos años que entendía que no había nada que temer. El peso del arco descansaba cómodamente sobre su palma, y lo sujetaba con fuerza. La punta de su pequeña espada enfundada, amiga de Lucian, le rozaba el muslo. Su carcaj de flechas le pesaba en la espalda, exactamente cuando un cambio de posición hacía que las tiras de cuero le presionaran la clavícula, moviendo la torques de oro que llevaba pesadamente al cuello. Un rizo de pelo suelto le hacía cosquillas en una oreja.

El azul titilaba.

Un instante o mil años después, lo volvió a ver: el resplandor azul del anillo de lapislázuli que le había regalado Alain. En algún lugar, donde su mano sacudía la punta de su nariz o a mil leguas de distancia del resto de su cuerpo, el anillo se agarró de algo y desprendió color, un hilo que pudo seguir con la mirada.

Se estaban elevando. Entonces tuvo una dirección. Sus alas batían con el ritmo constante de los demás; el sonido de las alas era tan abigarrado como la voz de un gran río, pero ella no tenía alas. Ellos la llevaban. La había levantado con ellos cuando se dirigieron hacia el cielo.

La llamaban «niña».

En la ciudad de siete puertas de la memoria, en la torre de su corazón, en el centro de su ser se encontraba una cámara con cinco puertas. Cuatro estaban orientadas a los puntos cardinales: norte, este, sur y oeste. Papá le había enseñado eso, los secretos de la memoria. Guiada por él, ella había construido la cámara en su mente. La quinta puerta, colocada en el centro de la estancia, la había hecho él; a través del ojo de la cerradura ella solo podía ver fuego, que él había guardado bajo llave incluso para ella.

Ahora sabía la razón.

¿De quién era ella hija?

Sobre ella, volvía a parpadear el azul, y cuando con una mano intentó tocar la

otra, no vio el anillo de lapislázuli, sino un endeble manto que enturbia el aire y cuyo borde era la llama azul y blanca, con el mismo perfil que tenía el contorno de la roca de fuego que había visto en la Tierra. ¿Esa era otra puerta? ¿La roca de fuego solo era uno de los muchos pasajes entre una esfera y la siguiente, entre uno y otro plano de la existencia?

¿Cómo iba ella a atravesarla, si no podía caminar o cabalgar?

Ellos dijeron:

—Vuela, niña.

Y la dejaron ir.

Pero ella no tenía alas.

Se desplomó. De repente, el aire era demasiado escaso como para respirar. Se sacudía, concentrándose en no dejar caer su preciado arco. Durante este momento, mientras caía, vio el mundo debajo de ella, como una densa y negra alfombra de tierra con una mínima y pálida luz del sol que se desvanece a lo lejos, en el oeste, donde el océano aparece infinito en el límite de su visión. Sin embargo, contra la vasta alfombra de terreno, allá debajo, brillaban siete coronas, siete coronas cada una con siete puntos en llamas. Una corona estaba en el centro y seis la rodeaban, alejadas de ese centro, como si esa corona central marcara el eje y las otras siete fueran centelleantes puntos en el aro de una rueda. La reconoció al instante: era la corona de estrellas del emperador Taillefer a lo ancho de la tierra y abarcando muchos reinos e incontables leguas. Era la gran rueda, la verdadera corona de estrellas. El antiguo mapa que ella había visto en Verna entonces tuvo sentido: siete coronas en siete lugares. ¿Esa rueda era el telar con el cual los aoi habían tejido su inmensa y catastrófica obra dos mil y setecientos años atrás?

En ese momento, inspirando el aire que no le ofrecía suficiente sustancia que respirar, también se dio cuenta de que iba a morir.

Entonces las gloriosas criaturas volvieron a resplandecer otra vez.

—Pesa demasiado para cruzar hacia las esferas superiores.

—Ella no está hecha de la misma sustancia que nosotros.

—No tiene alas.

Se reunieron a su alrededor. Cuando los tocó, ella sintió una intensa alegría, diferente a todo lo que hubiera experimentado antes. Ellos ardían con fuego puro, intenso y brillante, y la puerta que papá le había cerrado se consumió por las llamas. Cuando se abrió, vio por primera vez en lo más recóndito de su corazón.

Fuego.

En realidad, no era tan intenso como el de ellos, pero sí compartían la misma sustancia, que se entremezclaba con su carne humana.

¿De quién era hija?

Llegaron al reluciente manto de luz y ella lo atravesó como si fuera una cascada con ondas de luz que caían sobre ella. Sin embargo, ya no estaba elevándose. Parecía atrapada en el torbellino, y ellos habían empezado a desvanecerse como si siguieran

volando y ella se quedara atrás.

—¡Esperad! —gritó ella, pero ellos ya se habían situado lejos de su alcance y sus alas sonaban como una voz atrapada en el liso armazón en el que una esfera superior se traslapaba sobre una inferior.

—Síguenos.

En el aire arden unos espíritus con alas de llamas y ojos brillantes como cuchillos, se mueven en oleadas que fluyen muy por encima de la esfera de la Luna, y una y otra vez su mirada se concentra con la fuerza del rayo en la Tierra por debajo, donde quema todo lo que toca. Sus cuerpos son el aliento del Sol fusionado con la mente y la voluntad.

Ella no los puede seguir y se le rompe el corazón.

Sin embargo, a medida que se desvaneció la luz de su paso, ella empezó a buscar a su alrededor y se encontró caminando a través de interminables serpenteantes salas que, erosionadas y escaldadas por su paso, brillaban con una leve luminiscencia azul. Ella estaba dentro de la visión creada por el fuego, que era el cruce entre los mundos. Tenía que encontrar su camino de vuelta a casa.

Aunque ni siquiera sabía dónde estaba su casa.

¡Allí! Un muchacho dormía con seis compañeros, con las cabezas apoyadas sobre la piedra y los cuerpos sobre un rico tesoro escondido.

¡Allí! Criaturas deformes se arrastraban a través de los túneles, atrapadas por el elemento de la tierra que corría por sus venas.

¡Allí! Un hombre moribundo se desplomó sobre la roca de fuego y dos grandes perros lo empujaron suavemente y lo lamieron como si esas atenciones lo pudieran llevar de vuelta a la vida. Él se movió y ella lo reconoce con penar y dolor: era Alain.

Ella se lanzó a por él, pero calculó mal las corrientes de aquel lugar, que la arrastraron hacia la roca, a través de la puerta, y ella solo lo pudo agarrar al pasar. Su mano cogió un hombro cubierto de una malla...



Él ve a una mujer cubierta de fuego frío y su intenso tacto lo lleva con determinación hacia un lado hasta que se suelta y se golpea contra el suelo. Yace ahí durante un rato interminable, sumido en el estupor, tan agotado por el dolor que no ve. Entonces las lenguas lo vuelven a lamer para llevarlo, para no dejar de llevarlo hacia la vida.

Llorando, se tambalea para ponerse en pie, aunque no es capaz de erguirse del todo porque la herida es muy profunda, pero sus grandes hombros le ofrecen apoyo. Todavía se encuentra en la colina, pero, aunque adormecido por el dolor, ve que ya no está donde estaba. Hay un silencio absoluto. El suelo no está cubierto de cuerpos, truncados y desgarrados. No suenan los cuernos, ni los hombres gritan de dolor, ni el

rugir del río desbordado domina por encima del estruendo de un trueno en la lejanía. El sol surge por el este y muestra un día claro y agradable.

Terraplenes imponentes entretejen la colina; algunos han sido cavados recientemente. En el lugar en el que una neblina baja besa el suelo aún escondido tras una sombra, ve que un río serpentea un bosque poco denso de pinos y hayas, solo que no sigue el mismo curso que el río que él cruzó esta mañana. Es un río diferente en el mismo lugar. Sin embargo, ¿por qué entonces la colina parece tan nueva? ¿Por qué, en la cima de la colina, las sienta rocas están en pie si momentos antes todas estaban acostadas en una pila cubierta de líquen?

Ninguna roca de fuego azul arde en el centro del círculo. Por lo contrario, en el anillo de rocas ve un césped, cortado de forma que la hierba aparece recortada con varias alturas. Prímulas y amarillas pies de león dan un color diseminado en la hierba. Flores de lino de color blanco y púrpura claro coronan las rocas verticales achaparradas. La neblina cubre los tramos más altos de la colina y se enrosca alrededor de las rocas en pie más lejanas.

Sobre una roca baja y plana situada en el centro del círculo se encuentra un caldero grande de bronce con aves grabadas: garzas y patos, cuervos y grullas. Del borde cuelgan unos aros, cada uno de los cuales está unido a un segundo aro, de los que prende una hoja de bronce. Puede oler que el caldero está lleno de agua. Su simple olor le irrita los labios y la nariz. En realidad, él ya no tiene ningún motivo para vivir. Ni siquiera sabe dónde se encuentra. Sería mejor acostarse y morir en paz aquí, olvidar la injusticia de su destino, olvidar el dolor por lo que ha perdido y por lo que ha fallado. Sin embargo, aun así, sus piernas se mueven. Con una mano sobre cada hombros de los perros para apoyar su peso, se tambalea hacia delante hacia el caldero, porque tiene la idea de que un sorbo de ese agua lo curará, incluso aunque quiere morir porque el dolor es mucho, tanto el físico como el de la rabia y el pesar. Sin embargo, esos mismos pies siguen dando débiles pasos a trompicones, porque ni siquiera puede perder las esperanzas lo suficiente para derrumbarse y morir. Se pregunta si es posible amar la vida tanto.

Sin embargo, ¿por qué el mundo iba a ser tan hermoso si no está hecho para vivir en él y amarlo?

Le parece que una mujer se mueve hacia él. Cuando ella emerge de la niebla en el espacio entre las dos rocas, comprueba que en absoluto es una mujer de verdad. Tiene un pelo negro y largo que le llega hasta la cintura y una tez del color cremoso, cálido e intenso de unos cuernos pulidos. Sus ojos no parecen normales: las pupilas son afiladas, no redondas; y las orejas tampoco son redondeadas, sino que llegan a un punto cubierto de pelo negro. En el lugar en el que la cintura desciende hacia las caderas, su cuerpo cambia y se convierte en el de una yegua, suave y brillante como su pelo.

Es la criatura más hermosa que él ya visto nunca.

Ella se detiene ante el caldero, introduce las manos dentro y las levanta. El agua

se desliza entre los dedos.

—¿Quieres vivir? —Su voz es una melodía—. Si quieres vivir, debes darme todo lo que llevas contigo. Entonces podrás probar el agua de la vida.

Él quiere vivir, pero es muy duro abandonar lo que ha llevado durante tanto tiempo.

Aun así mueve las manos de todos modos, porque ansia esa agua. La promesa del agua es como una infusión de betónicas y adormideras que le da fuerza para abandonar el cinto y las botas, para esforzarse por sacarla cota de malla y el tabardo. Todo el lado izquierdo de su túnica de lana está manchado de sangre, pero él se la quita al igual que los leotardos, de modo que se arrodilla desnudo junto al caldero, mientras los perros le lamen la sangre que brota en esa zona. El dolor y la agonía de la sed lo han aturcido, apenas siente sus lenguas o el terrible dolor que le presiona bajo las costillas.

—Aún no me lo has dado todo —dice ella, y él se da cuenta de que así es. No le ha dado la bolsa, que cuelga del cuello con el peso del plomo. Le resulta muy difícil levantar los brazos, agachar la cabeza y quitársela. La bolsa estaba abierta con la cuerda suelta, y la rosa, marchita, cae al suelo con el clavo manchado.

—Aún no me lo has dado todo —dice ella—. Aún llevas contigo dos cosas.

Sabe cuáles son las últimas cargas que porta, pero no son objetos que puedan pasar de una mano a otra.

—¿Cómo te los puedo dar? —pregunta, jadeando mientras la sangre gotea de su herida más rápido de lo que Rabia y Pesar pueden lamer. Le corre sangre por el labio inferior que borbota al ritmo de su respiración—. ¿Cómo puedo darte el juramento que hizo mi padre adoptivo, que yo perjuré? ¿Cómo puedo darte la mentira que le conté a Lavastine porque quería que muriera en paz?

—Ahora son míos —dice ella. Se hace un lado con la gracia de los caballos.

Donde ella se encuentra, él ve a una joven mujer arrodillada en actitud de meditar concentrada, tan quieta que seguramente estuvo allí todo ese tiempo, aunque es manifiestamente imposible que dos criaturas habitaran el mismo espacio al mismo tiempo. Parece que la joven no lo ve y ni siquiera oye la conversación. Está vestida de una forma extraña, con un canesú ceñido de cuero, con las mangas por el codo, el cuello bordado y una falda de cuerda, cuyas extensiones de cordel muestran el muslo. Brazaletes de cobre grabados con cabezas de venados le envuelven las muñecas, y una preciosa y ancha cinturilla de bronce, ornamentada con espirales unidas y bordes batidos y sombreados le cubre el estómago. Lleva un collar de cuentas de ámbar y un tocado dorado decorado con espirales elegantemente grabadas y dos astas retorcidas de oro. En una mano sostiene un brillante espejo de obsidiana fijado a un mango de madera tallado con la forma de un ciervo. Tiene una expresión pensativa, pero que es el contraste entre unos ojos hundidos en la tristeza y una boca generosa que parece preparada para sonreír, la última provocación que la hace hermosa.

Entonces, la mujer centauro se mueve entre él y el caldero, de forma que ya no la

puede ver. Apenas puede ladear el cuello para mirarla a la cara. Aumenta una burbuja de sangre y revienta en su nariz, ya que los pulmones se nutren del corazón. Se nubla la vista, vuelve a ver y se tambalea. El cuerpo de ella amenaza, no porque sea tan grande como los caballos de guerra que portan a los nobles wendianos hacia la batalla, sino porque él se da cuenta ahora de que ella no es mortal del mismo modo que él.

Ella tiende las manos ahuecadas y las lleva hasta, los labios de él, que sorbe, y el agua desciende por la garganta como néctar.

Como néctar, extiende su esencia enseguida. Ya no siente ningún dolor en las costillas y el impacto de la sanación es tan profundo que cae aturdido hacia delante. Extrañamente, siente el pinchazo de la rosa en la mejilla derecha, donde su cara toca la tierra. Los perros lo olisquean y entonces se colocan con satisfacción a cada lado de su cuerpo tendido boca abajo. Está muy cansado.

Sin embargo, está vivo.

Entonces oye un movimiento y poco después la voz de una mujer da un grito ahogado de sorpresa y una mano le toca la espalda desnuda con el tipo de caricia reservada para un amante.

—Aquí se encuentra el esposo que te he prometido, Adica —dice la mujer centauro—. Viene del mundo inferior.

—¿Viene de la tierra de los muertos? —Esta nueva voz, eminentemente humana y cercana a su oído, es baja, un poco irregular, no musical, pero muy parecida a la voz de una mujer que es lo bastante valiente como para caminar con los ojos abiertos hacia los brazos de la muerte.

—Realmente era hacia la tierra de los muertos hacia donde se dirigía, pero ahora está aquí.

Su mano descansa placenteramente en la curva de su hombro derecho, como si estuviera a punto de darle la vuelta para ver como es, pero cuando ella habla, su voz se quiebra un poco con las palabras.

—¿Va a estar conmigo hasta que me muera, Sagrada?

Estará contigo hasta que mueras.



... y entonces lo había perdido y cayó libre, aterrizando sobre las rodillas con el viento golpeando desde los pulmones. El arco se encontraba a su lado sobre el suelo arenoso. Las ramas vibraban por un viento seco y una pluma de oro cayó suelta a través del aire para acabar en su mano. Tosiendo, se puso en pie.

—Bueno —dijo el hechicero aoi, dejando que la cuerda medio enroscada llegara al suelo, mientras él se ponía en pie—. Esta vez me has sorprendido.

—No esperaba venir aquí —admitió ella. Tenía que apoyar las manos en los muslos, mientras recuperaba el aliento, mientras controlaba los sollozos que la dominaban. Quería llorar, pero esa era una de las lecciones que papá le había enseñado y que había aprendido tan bien que se había convertido en un hábito.

—Si lloras, no los oirás acercarse por detrás de ti.

¡Ay, Dios! No había nada que pudiera hacer por Alain, pero tenía que ser tan fuerte como para encontrar a Sanglant y a Bendición; tenía que ser lo bastante fuerte para ir en su ayuda. Se levantó y respiró con un estremecimiento, guardó la flecha y se limpió la tierra de los leotardos a la altura de las rodillas y de las manos. Examinó mentalmente sus posesiones: arco, carcaj, espada, daga, capa, el anillo de Alain, la torques que le había regalado Sanglant. De Bendición no tenía más que el vínculo de la sangre compartida.

—Quería abandonar Verna —siguió diciendo, aún asombrada por la partida de las criaturas que querían llevarla con ellas—. Pero no sabía que acabaría aquí.

—Sin embargo, aquí estás.

—Aquí estoy —coincidió ella—, pero... —Aún dudaba.

—Aún estás vinculada al otro mundo —dijo él, sin consternación, sin irritación, sin alegría; expresaba la realidad.

—Aún estoy vinculada al otro mundo. —Sin pensar, colocó la mano sobre el fuego azul y blanco de la roca, y miró hacia el interior.

Apoya la espalda sobre la superficie de la roca y deja que el espléndido calor del sol lo caliente. Vinieron directamente del valle aproximadamente una hora después del amanecer, y con los pájaros que cantan a su alrededor y su madre caminando a su lado, comprende que ya se ha liberado de la hermana Aune, de sus amenazas y de la guerra. Sin embargo, ¿cómo se va librar de esa guerra sabiendo lo que sabe, que el pueblo de su madre pretende regresar a la Tierra desde el lugar en el que han estado escondidos o exiliados? Es cierto que su madre quiere ir junto a Henry. ¿Pero que le va a decir ella? ¿Qué le va a decir él a su padre? ¿Qué historia se podrá creer? ¿De qué lado se pondrá?

Ábrelos ojos. Resuelto y el poni pastan en la hierba que encuentran en la ladera de la colina. En el fondo, sale humo de la cocina del albergue y ve figuras con túnica que se apresuran. Hoy los monjes están agitados. Incluso las abejas lo están: se aglomeran alrededor de las flores, pero no se posan para absorber el néctar.

Su madre se pone de cuclillas a un lado del camino, con la punta de la flecha dirigida al suelo bajo sus pies. Con los antebrazos apoyados sobre las rodillas, observa a Jerna atentamente, que está amamantando a Bendición. La visión la fascina claramente, aunque él no está seguro de por qué debería ser así. Antes elle rogó que se vistiera con la túnica de viaje de Liath; era

obvio que en ciertos sentidos las mujeres de los Perdidos no tenían formas muy diferentes a las humanas.

¡Ay, Dios! ¿Dónde se encuentra Liath en este momento? Escucha, pero no puede oírlo.

Sueña que ella lo llama a través del abismo de los cielos.

—Sanglant —dice ella—. Mí amor.

Bendición aparta la cabeza del pecho de Jerna y balbucea y agita el aire como para coger algo que solo ella ve. Él no ve, ni escucha nada.

—Estás llorando, niña —dijo el anciano, mientras colocaba una amigable mano sobre su hombro.

—Así es —coincidió ella, pero esa vez dejó que le cayeran las lágrimas.

—Hay más en ti que lo primero que vi. —Él miró la roca de fuego con el ceño fruncido, mientras una luz parpadea en toda su extensión y comienza a morir—. Solo puedo ver a través de las puertas utilizando el poder de la sangre. Sin embargo, tú te asomas y ves.

Sorprendida, ella se dio la vuelta hacia él.

—Pensaba que erais un gran hechicero. ¿No podéis enseñarme todo lo que necesito saber?

Él le sonrió y se apartó, pero solo para sentarse en su banco de roca. Cogió la soga y empezó a dar vueltas a sus tiras alrededor de su muslo.

—Al final, solo una persona puede enseñarte todo lo que necesitas saber y esa persona eres tú. Si deseas aprender conmigo, debes tener paciencia. Ahora. —Hizo un gesto hacia la roca de fuego—. Debes decidir: aquí o allí. La puerta se está cerrando.

Las llamas se debilitaban hasta que se mecieron como una capa de agua sobre la superficie de la roca.

Aún estaba llorando dulces lágrimas que le corrían por las mejillas.

—¡Ay, Señora! ¿Qué debo hacer? ¿Cómo los puedo abandonar?

Sin embargo, ella había sabido todo este tiempo que esto podría suceder. Ella nunca se arrepentiría de la decisión que había tomado con anterioridad y, con lo que había sabido entonces, volvería a hacerlo de nuevo: regresar junto a Sanglant.

Sin embargo, ya sabía mucho más.

Y sabía quiénes eran sus enemigos. Lo había decidido cuando Anne intentó enfrentarla a Sanglant, cuando Anne demostró su deseo de dejar morir a su propia nieta. Esa decisión se había tomado cuando el hermano Marcus les había dicho que Hugh había usado la brujería de las coronas. La decisión se había tomado cuando Anne admitió que había utilizado y mandado al daimon que había matado a su padre. La decisión había sido tomada en el primer glorioso instante cuando ellos aparecieron por la puerta y la llamaron «niña».

—No soy útil para él, ni para nadie, hasta que no perfeccione mi energía —dijo

ella en bajo—. Pensaban que debería tener alas, y si eso es cierto, entonces tengo que encontrarlas... o averiguar qué querían decir y qué son.

Se acercó al viejo hechicero, soltó las armas y se sentó a sus pies. Sin decir una palabra, él le pasó tiras de lino, sin decir nada más, y volvió a enredar fibras de lino en la soga sobre su muslo. Ella esperó un momento, esperando que él, como Severus, comenzara a enseñarle, pero no lo hizo. Enrollaba el lino en la soga, tarareando algo entre dientes.

Detrás de ella, la roca de fuego titiló, se apagó y el último destello de fuego azul murió en la roca, que se convirtió en un pilar oscuro, mudo y sólido como una piedra. Despacio, con torpeza y con muchos comienzos fallidos, empezó a enrollar las finas y sencillas tiras en una cuerda más fuerte.

EPÍLOGO

Aquella mañana, poco después del amanecer, cuando salió a rastras del refugio de la roca que le había protegido y, por tanto, salvado la vida, Zacharias se encontró un dragón. La criatura se extendía desde un lado del valle hasta el otro. Donde su dorada y azotante cola parecía tocar la cima de la montaña, columnas de hielo y nieve bajaban de las cumbres, libres. Su gran cabeza jadeaba y soplabla más allá de la cresta que delimitaba el valle por el sureste. Llovían chispas de su nariz, como si fueran estrellas que caían. El vientre tenía el color del sulfuro y las garras, con las puntas de brillante acero, eran tan grandes como casas. Las escamas doradas estaban muy pegadas, unas se montaban sobre las contiguas, de forma que parecían una fila sobre otra de un muro de protección impenetrable y brillante. Colgó allí durante una hora entera, o tal vez más, mientras Zacharias se arrodillaba con sobrecogimiento y terror y observaba las resplandecientes ondulaciones de su vientre y las nubes de hielo que salían de la cima.

Entonces, con un ruido como el trueno, despegó hacia los cielos y desapareció con una chispa de luz.

Después de un rato, salió tambaleándose del círculo de rocas y encontró un arroyo, donde se lavó y alivió la piel irritada de sus manos. Dos cabras andaban a la desventura por los ennegrecidos juncos de la orilla. Él era demasiado nieto de su abuela como para dejarlas allí solas. Utilizó el cinto de la túnica como soga.

Más o menos en ese momento se percató de la torre y de la sala en ruinas que se encontraban más allá y vio que otra gente se movía por el valle. Se escondió tras los árboles y observó un rato, mientras dos hombres y tres mujeres rescataban lo que podían de los escombros. Parecía que no sabían qué hacer, como si no estuvieran acostumbrados a recoger y llevar, a clasificar y amarrar.

No vio motivo para confiar en ellos, no después de todo lo sucedido. Se volvió a perder por el bosque. Con el tiempo y con ayuda de las cabras, llegó a un prado en lo alto de la ladera noroeste. Allí encontró varias piezas valiosas en una vieja cabaña que adornaba un lado del claro: cuerda, una vieja suela de cuero, una pequeña olla para cocer, avellanas y bayas mustias almacenadas en una jícara, y un pedazo roto de pergamino con números y diagramas escritos en él. En realidad no sabía leer, escribir o cifrar. La obispo de Machteburg lo había ordenado padre porque su amplia memoria nunca le había fallado: para examinarlo, había recordado a la perfección los numerosos servicios con los que los clérigos predicaban a los creyentes y las rotundas declaraciones con las que le habían encarecido que convirtiera a los infieles.

Aunque no podía descifrarlos, se sentó un tiempo a estudiar esa página, guarecido en la cabaña, mientras las cabras arrancaban zarzamoras y ortigas. Alguien había dibujado círculos y órbitas, y estrellas en grupos como las constelaciones que había trazado su abuela en el cielo para él: el Perro Cazador, el Ciervo, la Cabra Caliente y el Conejo. Las madres de la Iglesia habían puesto otro nombre a las constelaciones y, sin embargo, todas esas sabias mujeres y hombres habían transmitido verdades inmutables: que cinco estrellas se movían por el cielo a través de una banda de

estrellas conocida como el Dragón Mundial, que el Sol y la Luna se dirigían hacia el norte y el sur en invierno y verano, que el paso del año y del tiempo de la noche podía medirse por la rueda de las estrellas en movimiento.

Ahí, en ese valle, al que lo había llevado Kansi-a-lari, alguien se había preguntado por el inmenso cosmos y había soñado con el funcionamiento del firmamento. Tal vez su hijo era el académico, o tal vez era la hermosa mujer que él había visto, primero, en su visión en el palacio de espirales y, después, en un momento de brillante gloria antes que fuera envuelta por los fieros daimones y transportada con sus alas hacia el cielo. Era posible que las figuras clericales que había visto junto a la torre fueran los académicos, pero no podía confiar en ellos después de que hubieran intentado matarlos. De todos modos, ¿por qué iban a esconder esos escritos allí cuando ellos tenían una hermosa torre y una sala allá abajo en las que escribir y contemplar con comodidad?

Sin duda no debería entretenerse tanto. No sabía cuáles eran las intenciones de aquella gente en ese momento, ante la más absoluta ruina. Metió el trozo de pergamino en la olla, sacó a las cabras de su banquete y encontró un camino cuidado y claramente marcado que subía por un campo de rocas. Le condujo por la cima de las montañas y a los brazos de tres monjes asustadizos.

Hablaban mal wendiano y, aunque él sabía suficiente dariyano para citar la liturgia con fluidez y completa, le resultó difícil entender su susurrada explicación de las montañas que ardían y de los augurios vistos en el cielo. Intentó disuadirlos de que exploraran el camino hacia el valle, pero no lo logró. Aparentemente hasta aquel día no habían sabido de la existencia del valle, aunque el albergue monástico que regentaban se había construido más de cincuenta años antes por una generación anterior de hermanos.

Le indicaron el albergue. Como ya era la tarde, y no había comido en tres días, se abrió camino por un estrecho sendero más adecuado para las cabras y hacia un calzada de piedra llamativamente bien conservada junto a las puertas del monasterio. El guardia era lacónico o estaba demasiado aturdido para hablar tras los acontecimientos de la noche anterior. Le indicó a Zacharias que entrara. Con algunos esfuerzos, porque en ese momento estaba bastante mareado, dejó las cabras al cuidado del aturullado cuidador de los establos. Y se dirigió hacia el albergue. Allí se desplomó con gratitud cuando el hospedero le ofreció un cuenco de gachas de legumbres calientes y humeantes, coronadas con una porción de exquisita mantequilla.

—Estos son tiempos extraños —dijo el hospedero cuando Zacharias terminó su comida y acompañó las gachas con una copa de vino muy fuerte. Hablaba varias lenguas muy bien, el wendiano entre ellas.

—¿Tenéis más huéspedes aquí hoy?

—No, nadie nos ha pedido refugio hoy, hermano, aunque he oído que un hombre y una mujer han sido vistos en la calzada una hora después del amanecer, pero creo

que el pobre hermano Conradus está volviendo a ver cosas otra vez, porque dijo que no tenían aspecto humano aunque vestían ropas humanas. El hombre incluso estaba armado, montaba un caballo de guerra, pero tenía una espalda terriblemente encorvada, como un demonio.

—¡Ah! —dijo Zacharias con precaución—. No me gustaría encontrarme con esa pareja. ¿Se dirigieron hacia el sur o hacia el norte?

—Hacia el norte, según dijo. ¿De dónde venís, hermano? —Hizo un gesto y el joven asistente llenó la copa de Zacharias.

—Del este.

—¿Dónde os guardasteis la pasada noche? ¿Visteis el gran incendio de las montañas? ¿Visteis al dragón? Como se dice en las Revelaciones de santa Johanna, «pobres de todos aquellos que estén junto a la tierra y el mar, porque cuando venga el dragón, quedará poco tiempo».

De repente, Zacharias se dio cuenta de su dilema. ¿Qué le iba a decir a ese hombre? ¿Debía ser honesto o prudente? ¿Podrían no acogerlo y enviarlo al sur para ser juzgado ante la skopos por ser cómplice de brujería, si se enteraban de todo lo que había hecho, y pensado? Sin embargo, ya no podía justificar la hipocresía de pretender estar de acuerdo.

—¿Creéis que el dragón solo presagia algún gran desastre?

El hospedero lo miró de forma extraña.

—¿Qué otra cosa podrían significar estas visiones? ¿No visteis como abandonaba el espacio a nuestro alrededor volando hacia el cielo y desapareciendo? Seguro que no es un presagio. Seguro que era una criatura viva, no acostumbrada a los confines de la Tierra que, de algún modo, ayer se abrió camino a través de las esferas a causa de los grandes tumultos en los cielos. Hay puertas a través de las esferas por las que las criaturas corpóreas pueden viajar...

El hostelero se puso de pie tan de repente que su banco salió volando.

—¿Qué tipo de herejía es esta? Las madres de la Iglesia nos enseñan que solo nuestras almas incorpóreas pueden recorrer las escalas de las esferas.

—¡No es así! —objetó Zacharias—. Puede que piensen eso, pero no lo saben todo. Si la vieja sabiduría está incompleta o incluso equivocada, ¿por qué no deberíamos enterrarla con reverencia y conceder un lugar privilegiado a lo que descubrimos que es cierto?

—¿Estáis repudiando la sabiduría de las madres de la Iglesia? ¿Afirmáis que os han otorgado una sabiduría negada a ellas?

—¡He tenido una visión del cosmos! En ella, he visto cosas milagrosas, pero no vi la Cámara de la Luz, sino una gran criatura, tan inmensa que no tenía ni principio, ni fin. Entonces pensé que éramos demasiado pequeños para abarcar a Dios. No podemos llamarlo Dios, o dioses de cualquier otro tipo. Ese cosmos es inefable, incognoscible, pero no estamos indefensos ante la gloria. Tal vez podemos llegar a entender como un dragón puede descender y ascender, para poder desear hacerlo con

el tiempo. Podemos aprender por qué las estrellas dan vueltas en una rueda tal y como hacen, o por qué...

—Estáis loco —dijo el hostelero con frialdad—. Veo que nuestro buen padre Lentfridus predijo bien esta mañana en la prima cuando dijo que estos augurios indicaban el desorden y el desastre. Él se ocupará de vos, porque yo no puedo. Vamos, chico, has sido corrompido.

Dejó la habitación sin decir una palabra más y el pobre joven asistente, con los ojos como platos y una mueca de susto en la boca, corrió detrás de él.

Bueno. Algunas cosas después de todo no cambiaban. Como entre los quman, era su lengua desgraciada y vivaz lo que le causaba problemas, pero no se arrepentía de sus apasionadas palabras. Solo confirmaban el objetivo que había tomado forma en su mente desde el primer momento en el que vio el dragón.

Había perdido su hombría y su honor, lo habían humillado y avergonzado. Había perdido su sencilla fe en las Unidades y, por eso, no deseaba regresar al hogar en el que por primera vez había prometido fidelidad a esa fe.

Había obtenido algo nuevo: una nueva visión del cosmos. No era un lugar en el que el Dios de la Unidad reinaba con esplendor desde un trono fijo y estático, o en el que los Dioses de su abuela se reunían en sacrificios e imponen ofrendas y castigos en consecuencia, sino un cosmos en la que todas esas cosas son ciertas y, sin embargo, ninguna lo es, un lugar a la vez más espléndido, más sublime y más misterioso de lo que había imaginado nunca.

Y él no era la única persona que aceptaba las cosas nuevas. Al menos, otra persona en ese mundo garabateaba en un pergamino. Reconoció los signos de interrogación, más que las respuestas. A pesar de que Kansi-a-lari lo hubiera abandonado, porque pensaba que estaba muerto o porque ya no le resultaba útil, sabía que tenía que ir tras ella, no por ella, sino por su hijo. Su hijo sabría quién había escrito en el trozo de pergamino.

Tuvo la buena idea de no esperar a que el hostelero regresara con el abad, que, sin duda, aparecería con toda la ira de un noble ofendido y las pesadas armas de la ortodoxia en la mano derecha. Su abuela siempre le había encarecido que fuera práctico, así que reunió sus escasas pertenencias y se fue por los establos. Con las cabras como sus tercas y bastante truculentas acompañantes y con una buena comida en el estómago, se dirigió al norte, por la vieja calzada de piedra, para seguir al príncipe.



KATE ELLIOTT, seudónimo de la escritora estadounidense de fantasía y ciencia ficción ALIS A. RASMUSSEN (Junction City, Oregon, Estados Unidos, 1958).

Rasmussen se trasladó a Oakland, California, para asistir a Mills College. Allí conoció a su futuro esposo, Jay Silverstein; viven en San José, California, y tienen tres hijos (incluyendo gemelos). Ha recorrido Europa y América empapándose de las culturas primitivas. Es una experta en esgrima medieval, cinturón marrón de karate y se dedica a tiempo completo a la escritura.

Sus novelas funden la magia, las intrigas políticas, el suspense, la aventura, mundos sólidos y trabajados y cuidadas historias de personajes de una manera memorable.

La talentosa serie *Corona de estrellas*, que ahora se presenta en España, cuenta con millones de seguidores en todo el mundo; ha sido traducida también al alemán, francés, italiano, ruso y al polaco.

Kate Elliott es una inquieta y cuidadosa escritora que aborda sin miedo la fantasía. En sus novelas recrea un mundo rico y sugerente, de bases históricas y gran profundidad, donde ubica historias llenas de emoción, suspense y personajes atractivos.